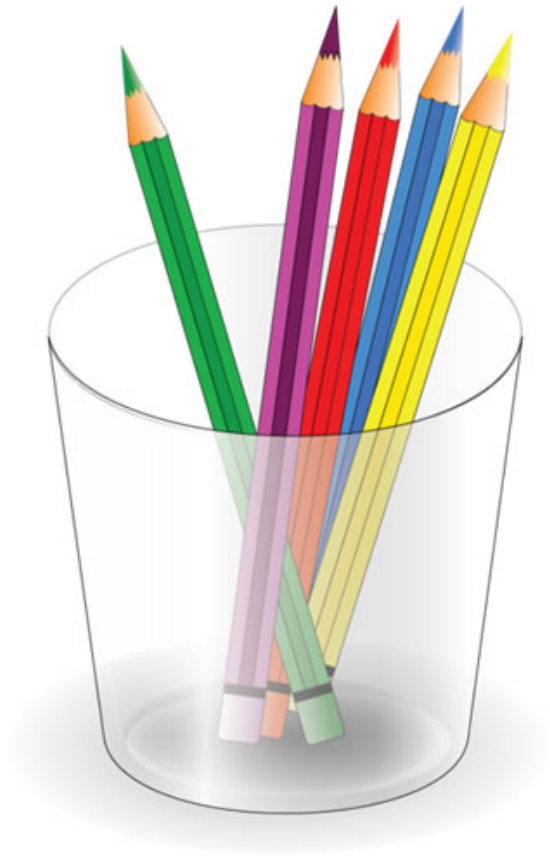
Antología de Alberto Escobar



Presentado por

Poemas del Alma

Dedicatoria

Lo dedico a todos mis lectores y los que me leerán en el futuro.

Agradecimiento

A Poemas del Alma por permitir expresarme.

Sobre el autor

Soy un simple lector, devorador eso sí, que necesita exteriorizar parte de las palabras que consume para no explotar.

índice

Vivir

Caminando

Se me olvidaba

Carmen

Alándalus

Nostalgia

No me quedan

Sueño

Luchar

Instante

Voltaire

Adagio de Barber

Preguntas al Viento

Miradas

Sus Caderas

Olvido y Memoria

Bucear a las Esencias

Rotación y Traslación

Lamiendo mis heridas

El Holandés Errante

Un día de muchos

Amor o Necesidad

Tener o no Tener

Mamá eterna

Una Rosa es una Rosa

Mi Guitarra

A la Misma Hora

Boccherini Siempre

La Odisea de Homero

Becquer en Mí

Caracol en su Desdicha

Las Rebeldes Musas de la Noche

Los Años Pasan...

Primero Tú. Luego Yo

Parece un Soneto

Romance del ahora

Es Mejor Querer

Sé tu mejor Tú

No pudo ser

Oda a mis Zapatos Viejos

Permítanme una reflexión

En Resumen.....

Mi Espacio

Salvando las Distancias

Sé mi espejo

El infierno diario

Lilit versus Prometeo

Bendita Locura

Poema incompleto

Enrique y Amparo

Gota que Colma el Vaso

Otoño

La Muerte de Séneca

Leer es vivir

Volando al Viento.

Óscar no te Olvidamos

Un Romántico Llamado Larra

Populismo

Marilyn Forever.

Un Día de Playa...

Correr Para Qué

Don Antonio en mis venas...

Silencio

Filisteos al Poder

Las Rosas de Heliogábalo

A Bartolomé Esteban Murillo.

Sigo siendo el mismo...

La Caja de Pandora

El Verano me Confunde...

¡Canta Federico, Canta!

Te Deseo Tanto...

¡Venero tu Simiente Abrahán!

Charlot con Regaliz

Me invades Satie

Al Margen de los Márgenes

Don Diego de Silva y Velázquez

Torre de Marfil

Hedy Lamarr

Tiempo, Amor y Muerte.

A ti Juan Ramón

Colosal se escribe con C de Cortázar

Tu Mirada me...

Camino Arriba. Reencuentro.

Pasión y Fuga en mal menor

De la Cicuta al Olimpo.

Siempre...

Mahatma Gandhi

Crónica de Una Muerte Anunciada

Sentado al Fuego...

Goya

Pur ti miro...

A un Ficus Frondoso

Insatisfacción

Etcétera...

Eu GENIO Salvador Dalí

Vuelvo a mis Clásicos...

Segunda Oportunidad

Edgar Allan Poe

Hágase la Luz Sorolla.

Cien Cañones...

A Rosario Vercelli.

Solo me lo preguntaba...

Con Las Manos en La Masa...

Recuerdos de Mi Niñez

Unamuno Trágico.

Sueño de Una Noche de Verano

Sayaka de Bizet

De lo que Sería Capaz...

La Pasión De Sade.

Sentir, Vencer, Ser...

Divina Commedia.

¿Qué es el Amor?

Te Sigo Buscando...

Annus Mirabilis 1905.

Sueños Mojados

Urbi Et Orbi.

Tus ojos, tu sonrisa...

Villa Diodati

María Magdalena me llama.

En suspenso...

Manantial sediento

Miscelánea

Conversando con Dios

Gabo

Origen del machismo

Orfeo y Eurídice

Tregua de navidad

Quien lee...

Apocalipsis

María la poetisa

Ejercicios literarios

Escarabajos peloteros

¡Eureka!

Sebastián

Nietzsche, el superhombre.

Impresiones

Arquímedes el genio

En un rincón del ayer

Marionetas

Los Sueños de la razón...

Borges y la magía.

Casanova, ¡inigualable!

Fuerte marejada

Prometeo en llamas.

Destripando vanidades

No es el momento...

Annabel Lee

Dolores

Rutina luminosa

Parada y fonda

Benjamin Franklin

Palabras encadenadas

Purgatorio

¡Miguel, Ay Miguel!

Sopor aeternus

Espérame Lolita

Eneas

La Última Cena

Thomas Chatterton

Paco de Lucía

Platero y yo

El Príncipe de Boccaccio

Hierba fresca

Beatriz o su llave.

Yo, Michael.

Fausto

El barbero de Sevilla

Sostiene Pereira

Miedo

Edipo

Habana Vieja

Gloria Fuertes

No me arrepiento...

Teatro: pura vida

Te añoro.

Teplitz

Mi ciudad

Trafalgar

Miro al sol

Rotundo pecho

Guitarra blanca.

Baruch Spinoza

Paramnesia

Montevideo

Un placer

Mandrágora

Salvaje Byron

Huir

Mi Patria

Ícaro

Molinos de cera.

Serenidad

Debe y Haber

Desnudo

Recaer y Renacer

Marcel Proust

Lunfardo

Mis palabras

Inmortalidad

Tántalo

Río de sal.

Habas con Jamón

Cicerón

Bendito error

Nueva vida

Viejo, Maduro

La Matemática

Casualidad

Farinelli

Irlanda

Milagreros

Libertad

Pigmalión

París

Precipicio

Aporofobia

Don Ramón María del Valle-Inclán

Reencuentro

El día después

Pensamiento

Cleopatra y César

Curiosidad

Un buen libro

Extraña costumbre

Humano, demasiado humano

Ruido

Moscas

Solo mía

Ensalada de sentires.

Fracaso

Inexorable

Llename

Envidia

Pez Globo

Piedras

La Risa

La Estupidez

La Escritura

Casi

Viaje

Agua

Parque de María Luisa

Política

Manos

Sabiduría

Horror Vacui

Tabula Rasa

Efecto Mariposa

Tentación

Ave Fénix

Un tal Lucas

Destino

Voluntad

Fantasmas

Ese Brindis

Adrenalinas

Vértigo

Flexibilidad

Romántico

Vocación

Cincuenta metros

Crepúsculo

Suerte

Aparisión

Sucesión

Obsolescencia

Temor

Posverdad

Habladurías

Celos

Hiedra

Escaparates

Error

Desesperado

Súcubo

Azar

Ilusiones

Destino

Shakespeare

Nebulosas

Dilema

Agosto

Invisible

Casualidades

Daláí

Magia...

Fuego

Frankenstein

Rayueleando

Vejez

Odisea

Cruzo

Misterio

Alexander

Ausencia

Ángel

Pensando...

Cansancio

Pegaso

Arcoíris

Eustaquio

Lluvia

Tolerancia

Holgazaneando

Ricardo

Eva

León

Paloma

Desvelo

Calma

Pasos

Perderme...

Desierto

Angie

Sofrito

Papá

Seducción.

Cielo

Sin escrúpulos.

La Roja

Magdalenas

Una nube en forma de osito de peluche.

Oda a un espagueti

Cataluña

A Pessoa

Crack en Nueva York

¡Baaaahhh!

Solo

Amante y Amado

1926

Amor, Fontana

Sherlock Holmes

Sed

Ver

Amada Sátira

Aprendiendo a contar...

Juego de Palabras

A contracorriente

El Crisantemo

De Rechupete...

Rosa de Azar

Presión

El niño que me forja

Fumata Blanca

Lirismo

Decepción

Sabiduría

Amo tus tinieblas

Madre

Las Puertas del Tiempo

Tú

Deshonra

Neones bajo la lluvia

Incertidumbre

Coincidencias

Alteridad, Otredad

Una Voz

El Circo

Moriscos

La ley de la conservación de la energía

Colaje

Cuando sueño...

Memento Mori

No te conozco...

Arenas Movedizas

Soledad o solitud

Siempre presente.

La Máquina del tiempo

Mi mirada

Te colaste

La Mariscala y Cherubino

Inevitable

Inspiración

Desde mi lecho

Sin cara

La entrevista

Sin paciencia

Mi luna

El Payaso

Mi palabra

Ya te conocí

Te pido tu consentimiento

Una visión

El paragüas negro

Soy pequeño

Soberbia

Te llamas libertad

Los besos que no diste

Al Sur del Kigo

Conversemos con Voltaire

La magia de descubrir

Fue un accidente

Avaricia

Leamos a Bauman

Mozdhi

Revivir

Desconfío

Una caricia

Y lllegó...

Queda pendiente...

Imito

Homo eligens

La Ira

El joven de la rosa blanca

Miro arriba

Recapacitemos...

Seis años

La curiosidad mató al alpinista.

Un escaparate

Te... tantas cosas...

Atardeceres

Stilla olei ardentis

Retrotopía

Es muss sein

Escepticismo

Rompe y Rasga

Gula y Pandereta

La inanidad del reloj

El santo al cielo

A Garcilaso

El taxista

Pereza

La Noche

Cinismo

Lujuria

Neotenia

Curiosidad

A contraviento

Navidades muertas

Walden

Pero...

Inercia

Retrocedo

Fue una dura jornada

Ser o no ser

No es posible

Imaginaba, imaginaba...

Mariana Pineda

Yo y Tú

Rosa Parks

Escarcha

Libertad de expresión

Ciego

Caducidad

Monteverdi

Tentación

Amazonas

Jericó

Gabriel

Adulterio

Patria

Corriendo

Mutatis mutandis

Cante Jondo

Iscariote

¡Qué cabeza!

La culpa

Cáncer

Isadora Duncan

Esfinge

Intemperie

Inocencia

Avalancha

Gustos y Colores

Malos tiempos

Ahora

Némesis

Cada mañana

Desperté

Humildad

Ecos

Tu balcón

Oscuridad

Surrealismo

Tus Manos

El hombre que leía demasiado

Tu cuenca

Yocasta

Urdimbre

Estrépitos

Mercromina

Lloro

Rebeldía

Estrés

Árboles

Paloma

Nostalgia

Sequedad

Misericordia

Cerradura

Rojo y negro

Lucía

Obsesión

No te creo

No sé

La balsa de la medusa

Grandeza

Dislexia

Violación

Luna para Tierra

Donoso escrutinio

Una visita al cielo

Revolución

De tripas corazón

Campo de plumas

Chispa

Suspenso

Galatea

Lola

Bambú

Balsa

Imagino

Murmullo

Nostalgia

Primeras letras

Me amo

Nuevo Evangelio

El tiempo pasa..

Hoja de otoño

Soy ingenuo

Deborah

Libre

Primera vez

Se equivocaba...

Espinita

Escalera...

Ilusión

Ausencia de un vagabundo

Dido

Sybil Vane

Recreos

Aquiles

Alejandría

Cesarión

Goliat

Exilio

Vivo

Siendo tú

Proserpina

Viajo

Oda a los poetas andaluces

Heces

De Esciro a Troya

Pasillos

Trastero

Eros y Tánatos

Parénquima

Escaque

Espero

Guadiana

Hermanas

Moscardón

Pobreza

Consciente

Rabia dulce

Clito el Negro

¿Qué queda..?

Lázaro

¡Qué sé yo!

¿De verdad quieres saberlo?

Jessica Rabbit

Muelle de la sal

Narciso

Palabras

Homofobia

Insinúame

La Susona

La Flor Azul

Gaudí o el Genio

Llora llorando

Sin Tiempo

Mariposas

Fuenteheridos

Antonio encadenado

La Jacaranda

Volver a verte.

Te llamaré Nadie

Mira al frente.

Picanteces

Locura de sirenas

Rendijas

Punto de vista

¿Qué me resta?

Una copa

Átropos

Libertad versus Amor

Ignoro

Adelfas

Segundos

Espirales

Su ventana

Mis ojos

Quijotes y Sanchos

Habítate

Amémonos hoy

Belleza

Soledades

Pureza

Juventud

Stultitiae Laus

Abel y Caín

Deseo

Mermelada de versos

Fuerza Bruta

Veleta

El banco

No contesta

Continuidad de los parques

Enigma

Inspiración Seca

Derramaba sus mieles

Eternidad

Uvi

Romance Roto

Renacimiento

Sin tacto

Un poema bien cortado.

El patio

El Lago

Coplas

Sensación

Frankenstein

Una historia

Ensayo sobre el Cansancio

Aguja e hilo

Espejos ustorios

Ya no te quiero

Amor cuasi imposible

La Carta

El carro de Tespis

Soy una roca

Nereida

Rabia

Vivo en un Velázquez

Topus Uranus

Punto G

Haragán

Impaciencia

Imprudencias

Que no se te olvide...

Mortaja

Mala Poesía

Canto de Sirenas

Esparragales

Frente a frente

Anabel

Esto es un contestador automático

Desnúdate

Qué asco

Soy un verso suelto

Sordera

Águila Enamorada

Que el Ángel se levante

Susurrando sigue...

Justine

Que no venga...

El Retrato

Libertad de expresión

Ojos de gacela

Alejandría

No aceptes rosas

Virgen María

Antinoo

Envidia

El parto

Amor versus Libertad

Razón dominical

Pobre Marta

Tristes y Pónticas

Rezando

Agua y aceite

Eso parece

Las consideraciones siderales

Un mal día

Ya verás

El Viajero del siglo

Sibila muda

Tú, yo y la Luna

La Vida es Tiempo

La Rosa

Llovía en mí

Mefistófeles

El tiovivo

¿Te cuento un cuento?

Principio de Arquímedes

Poema o Poemo

Duelo a primera sangre

Gravitaciones

A lo lejos...

Penelopea

Solo soy ahora

Ladrona de tinta

Su risa

Infierno

Salsódromo

Sí, tengo mundo

Ejecución

Juego de pelotas

Isla Blanca

El camino verde...

En busca del tiempo perdido

Amor de otoño

Cada día

El beso

Carpe diem

A modo de comentario

Entre hielos anda el cuento

Deliciosa muerte

Un fuego mal apagado

¡Mi Madinat Al Zahra!

La importancia de llamarse Nadie.

Vamos al turrón

En tu honor

Granizada

El parto de la osa

¿Quién será?

Un olor, un solo olor

Una buena Luna

Desde luego que el arte es largo...

Valentina

Abre tu huerto

En una duermevela

Una catarata sobre mi pupila

Margaritas

O Cyrano o Tyrano

Desde tu cielo

Quise

A galeras

Cualquier nuevo viaje sería redundante a lo sumo

O poeta é um fingidor

Justicia poética

Venga poeta, dame leña.

Huis Clos

Parque Amate

Apocalipsis

La madre de Frankenstein

Cerrojo

Camino del hogar

Mar de nubes

Mi calle

Histórico o histérico

Cielorraso infinito

Ítaca

El coño de la Bernarda

Soy así

Barbasco

Al kilo tanto...

Cielo claro

Ilha Branca

Pablo

Sargazo y barro

Todo pasa, todo queda...

El vagabundo del Betis

Amada mía

Contracaminas

Una mala tarde...

Me quise

Tic tac

Gradiva

No sé quién soy

Tersites

Perdimos el edén

Sherezade

Yo, puto

Antitéticos

¿Te gusto?

Vayamos más allá...

Príamo, Tisbe, Hero y Leandro

Amigos

Philia y Logos

Ondas de radio

Leonor

Por si acaso...

Picoteando

A ti, Soledad.

Quiero...

Eróstrato

No llegó a ser

Mi campo de futbito.

Quizá sea.

Balconing

Principio de Peter.

Ya he despertado

Como vilano al viento...

Pandora

La del alba sería...

Sub rosa

Cualquier lecho...

Maga

Marcela

De qué sustancia...

Sierpes

Soy juego.

Por algo...

Cuídate querido lector.

Filoctetes

Borracho

El curioso impertinente; soneto a ojo.

Tu columpio

Jasón sin argonautas.

La quinta del sordo

Demócrito

Violetas

Maese Pedro

Pienso, luego tengo tiempo...

Montesinos

De la Serna, Don Ramón Gómez.

Dice Plinio

Sobre Cicerón

Del mito al logos

Lucía Martínez

Palabra, no poema.

Pa qué tanto mirá...

Valiente gilipollez...

Nunca... Siempre...

Sí señores, bien oído está

¡Quieto todo el mundo!

Torre de pizzas.

Canales, mi apellido.

Leerte

Yo te despojo.

Comoquiera que fuese...

Instílame.

Siempre tú, Marga

Atrévete

Píntame despacio...

A colación de...

Dolor y Filosofía

Aires juanramonianos

El barbero de Picasso

Ojo por ojo

Esa magdalena

No viendo...

Té quiero

Critícame

Él

A la deriva

Yerra

Escucha

Ayer por Sevilla

Ese que...

Indiferencia

Una tarde de toros...

Enamorada

La bestia humana

Te pido la venia

Aurora

Son solo palabras...

Sin remite

No saques pecho

Es cribir

A ti, levemente

Esa ciega que va por ahí...

Lidia

Un mar derrama

Siempre salida

Soy Aire

Frida fría

Ventana y luz

R.E.M

Tejo y destejo

Hambre

Comprender, magma.

Ella

Diomedes

Sé sincera sinceridad...

Ríete

Ajax

Paris

Cuestión de alquimia

Pecunio

Karma, lengua.

De picos pardos

Vi colores

Naderías

No me canso

Como un azucarillo...

Darwin

Silénciate

Respetadme

El estilo

Quiero pensarlo

Así lo quise

Kairós

Una tecnología...

Exhausto

Si tú me hablas...

Casino

Su magia

Era y es

Pasaba por un parque...

Lucrecia

Su rizo

Carne de cañón

Dando puntadas.

Sí, entré sin permiso.

Cómo me arden, sí.

Isabel

Mi centro

Esa biblioteca...

Hegemonikón

Spoudaios

Mendel

Útero

Nada me importa.

No soy...

Te busco

Un arte de Amar

Lipogramas y heterogramas

Satie

Querer es...

Ayer toqué el cielo

Temblor

Me detengo...

Desperté.

Batilo

No tengo nada...

La busco, la encuentro...

Rilke

Creo...

Es verdad que...

Patria

Lo intenté.

¿Fue verdad?

Allí sigo

Siempre azul

Sangre, tierra

Así fue.

¿Recuerdas?

Cádiz

Fui testigo.

Galaroza

Verlaine.

Magia por fluidez, fluidez por magia...

A veces...

Piedra paridera

Komorebi

Me llamo Andana.

Dos tórtolas.

Caritas romana.

Dicha y muerte

Qué tedio.

Tu pecho.

No, Tomás.

Desde tu ingle...

Horacio querido

Yo romántico?

Ganímedes, aquí estoy...

Adamantea

Llegar o no llegar

Por mi pasado barrio.

A falta de pan...

Todas las palabras.

Panta rhei

Europa

Aquí creyendo...

Fue

Una luz. Esa luz...

Marta.

Sísifo

La mujer

Es darse cuenta...

Música ligera

De mañana

En silencio...

Una paranoia gorda...

Estar a la altura...

Li Po.

Sinapsis

Píndaro.

Es placentero...

A oscuras.

Navegar sí.

Lara

Esa lluvia...

En busca de un útero perdido.

Sígase la máxima.

Entre pajares y estesos.

Nada?

Vaqueros rotos.

Pa qué sirve un tenedor?

Dios

Reflexionemos...

Amor fati.

Ese es el ritmo

Soy poesía.

Mi voz.

Horizontes nuevos.

Veneno, fármaco

Apocalipsis

A mi bola...

Perdón, la puerta del.

De zorrillas y tenorios

Ya

Un pañuelo

Paraíso latente, o perdido, no sé.

Con su mismo...

Natalia

A ti, Poesía mía.

Este sí es el mil.

Así son los trenes...

Las cosas del Dante...

Como una perra...

Sin las abejas no...

En el metro

La Sed.

Jesusito de mi vida...

Las cosas de los perros.

Tu mirada

Madera rota.

¿Desagradecimiento?

Mucho almíbar.

Esperanza

Via maris

Lo que dan de sí unas gafas...

La sinfonía de los adioses.

Estoy loco.

Naufragando un poco...

Pentesilea

Giorgina

La lectura cura...

Madrid, me marcho.

Hojarasca

Ariadna abandonada

Paco José González

Mirra

Isaías

Mata Mua

Así es la muerte

Carezco tanto...

Es tiempo de silencio...

Se desenamoró a fuerza de mandoble.

Solo Goya

Superman

Vete tú a saber...

Tu rescoldo...

No sé, no contesto...

Inquiriendo en inquisiciones

Todos locos.

Que la Justicia haga el amor.

Orfeo sin Eurídice.

Otro mesías más...

Hay que reírse.

Qué desvergüenza...

Polvo soy...

Tú llevas la Razón...

Como perros del hortelano.

Ahora, en este preciso instante.

Todo fue en Córdoba.

Jezabel

Nada.

Te miro

Sé sincero.

Mis tentaciones...

Hay cosas que...

A esa rosa...

Estoy cansado...

Una gota siendo

Me sobrecoge

Déjenme...

Debes elegir...

Lo que salga...

Sí, lo eres.

Un puente

Corre lento...

La lluvia no podrá...

Las Ramblas

Godiva

Atlas

Esa luna...

Mentira

Adonis

Un poquito de vikingos

Un milagro

Te hice daño.

He sido...

Hoy y ayer; ayer y hoy.

Necesitaba contarlo

Aquí nace.

Ayer, de tarde...

Sigo

Soy genial.

Amor y Poesía.

Calamo currente

Almudena.

Mirarte

Mi guitarra

Pintura y Poesía

La certeza es...

Solo

Ojalá pudiera...

Eliminemos la cópula.

Háblame

Es enero

Para qué

Basilio y Quiteria

Ficciones

Una herida...

Imagino que...

Mi eco

Ese membrillo.

Hiperestesia

Meteorologías

Alzheimer

Es inútil

Eres luz...

Antonio

Confía en ti

Ironías

Un poquito de Cádiz...

Un bautizo.

Dido con Eneas

Leche de muerte

Malas hierbas

Manantial...

Otra de habas con jamón.

Otra vez...

Así llegaste.

Safo

Garcilaso de la Vega.

Tristán e Isolda.

Maná.

Dioniso

Hacia dentro

Melatonina

Tiovivo

Me importa un...

De una manera o de otra, corazón.

Víspera de un Domingo de Ramos

No tiene más importancia...

No me apetece matarte

In crescendo...

Deposito

De la rinorrea a la congestión

Cum laude

Estoy solo, escribo...

Eres una mosca

Vuelvo a casa

Miro de frente

Por la ventana

Cuestión de tiempo

Es el abandono...

Pan para hoy...

Vulnerable

Felisa

José Arcadio

Regados con vino

Es tan largo...

Ironías del destino

Por traslación

Te me apareciste

Ardo

Voy muriendo...

Soy siendo

Hazlo

Solo de ella depende

No es inútil

Añoro

Surus

Ser agua, aire

Mil kilómetros

Un mal sueño

Se me fue...

Azul

Exploto

Te suplico

Hundo los pies

Todo

No en mí

Infinito

Mi éxito

No sé...

Pugno

Esa calima

Esa sal...

Esa manta

Quién es él

Hoy no estoy poético

Soy una niña

Otra

Quedó pendiente...

De repente

Callado

Tuve sueño

Tres microcuentos

Uno de cada

Era de esperar

Sí, efectivamente

No fui a la zaga...

Manos

Vuelvo a ti

Siendo mar

De noche

Pero lo suficiente...

He querido...

Soy un pájaro

Sigue yendo

Dos hojas

No me hablen

Dejo un espacio...

Atrás

Cuentacuentos

Llueve...

Ojalá...

Hoy sí

Everywhere else

Ojos de corazón

Voy y vengo

Para qué

Nihil novum...

Ciego

Todo vale

Miro atrás

Sigo preso

Te sorprendiste

Soy un adolescente

Mi patria

Algunos...

Esa patata...

Me frustro...

Por ensalmo

Por la ranura...

Tenía miedo

Amar y/o aprender

Ese diciembre...

Nebulosa

Metrópoli

Dolor

Hablas

Existo

Ventanas

No te olvido

Abandonada

Obsesiva

Que seas...

Contra el cristal

Qué pereza...

Nunca

Prefiero la Astronomía...

Imaginando

Quise

Dijo un sabio

Tan inmaduro...

Más adentro

Qué más da ...

Estoy plof

Una ciudad

No llego

Te vi desnuda...

Me seducía...

Es una posibilidad...

En clase

Zombis

Ya vale de nocilla...

Es tarde

Un ejemplo

Como una cornada

Pinky

Josefa

Apenas yo

Dejo la pluma

Me miraba

Que llueva...

Paco

Tan flaca...

¿Por qué empiezo?

Afuera

Prefiero Luz

Peinarte

Te pienso

Te voy moldeando

La humedad...

Paréntesis

Yago

Al margen...

Idiolecto

Sofía

Haciendo...

¿Eres árbol?

Heroína

Esas Vascongadas...

Quijote

Sobrepuerta

Ese sonido

Nada importante...

Cuando actúo...

Una bala

Un perfume

Una sensación

Es necesario...

Bésame

A pesar de Newton...

Antoñito

Todo, todo y todo...

Una lira...

El pollo está caro...

Reconozco

Sí, difícil

Tu racionalismo...

De las arenas el número...

Tienes una posibilidad

Corro

Doscientos cincuenta...

Víboro

Sí, un poco sí ¿no?

Puerta con puerta

El ejercicio viene bien

Si te duele...

Prometido queda

Tan buena...

Presión

Como carámbano

Postura

Opino

Toda una vida

Algo siento

Gracias profe

Espacio

Una luz

Y mis ganas...

Viene la calma...

Lo suficiente

Algo de asueto...

Ábremela

No huyas

Creo que sí

Ache dos o

Un peso...

Caraja

Hoy nace

Fotocol

Es mejor

Sí quiero

Me sube

No me teman

Ve al médico

Una punzada

De mañana...

Sí, la mitad de todo...

Es difícil.

Esa grieta...

Despacio

Al cabo

Por escribir algo...

No ahora

Cúrame

Por escribir algo...

Por qué no

Mucho

A lo fácil

Carecemos

Ser piente

Si hablo

Hubo miedo

Murió

Huyo

Aliméntate

Mi manera...

Debajo

Ya macuesto

Un árbol

Una lagartija

Nadie, nada

Tonto de atar

Una vía...

De espaldas

Albertadas

Llueve...

Castañas traigo

No, exactamente

Que algún día...

Lo siento...

Infórmame...

Tus manos...

A hueco

Y tú qué?

Siénteme

Estuve...

Sal y Sol

Fueron dos

Escasamente

Dura

Una mosca

Siempre tuyo

De eso...

Con locura

Mi andalucismo

Una lámpara

Una furgo

Que nada...

Una golondrina...

Algo rapidito...

Posí

Precioso no

Responder...

Tremendo

Está bueno...

Al cielo

Al revolver

Maruja

Una historia

Serengueti

La Tremendita

A veces...

Ya no

Si he de morirme...

Me gusta

Sin ti

Jaime

Vicky

Es inabarcable...

A medida que

Yo no lo leería...

No quiero, no me gusta

Nazaret lo supo

Veneno

Boiascribí

Eso parece...

Hace frío

Octavio

Teresa

Me llegaba

Kilo a kilo

Dónde

Hay quienes...

Inquieto...

Adelfa rosa

Escarlata...

Manuel

Confieso que estoy viviendo...

Me acuden...

Su lechosidad...

Sine qua non

En su atención

Si miro

...Comunicantes

No entraba

Un moho ?que no un mojón?.

Es más lento, sí.

Cardenal

Me gustaría...

Labio...

A ver si es verdad...

Si quiere...

Sedimentos...

Casi mañana

Uno, cientos

Me cuesta...

Vivir

Cierro los ojos con fuerza para sentir el momento
Mis neuronas en concierto unen sus fuerzas infinitas
Logro por fin hacer realidad el ansiado encuentro
que desde que nací contigo mi mente incita

Solo la libertad interior es el anhelo que justifica
la existencia, sentir las gotas que la lluvia deja
sobre tu rostro, sentir que la vida en ti viva
No temer el dolor, solo importa el instante
no existe el mañana ni el ayer, solo el abismo
del momento, el desierto vergel del que se nutren
tus deseos.

Caminando

Sobre ascuas voy haciendo camino sin mirar atrás
La ignorancia del qué vendrá alienta mis pasos
Estoy sentado sobre el primer hito haciendo balance
de si ha merecido la pena soportar con los brazos
el peso que a mi cabeza correspondía llevar

La luz del Sol al frente encarna mi utopía
por más que intento acercarme, por más
desvelos que cobro sigue estando en la lejanía

Temo que mis alas se derritan si me acerco
demasiado, cual Ícaro que espera en demasía
el fruto de su ciencia sin fruto, ángel caído, quieto

El Sol siempre se ofrecerá a quien lo quiera tocar
La Luna espera su turno para refrigerio del caminante
Siempre hay una sombra para quien la quiera buscar
que propicie la brisa reparadora, necesaria, acuciante.

Se me olvidaba

Se me olvidaba que la vida es un suspiro
que se nos escapa entre los labios.
Un sentir sin sentido que vive y muere
tan deprisa que solo tú lo hace carne y
tiempo, como el pan con chocolate que se
adivina en mi memoria en las tardes de manta
y aguacero.
Si no fueras mi viga maestra que arrostra temporales,
mi casa sería ya pasto de la desesperanza.
Ayer se me olvidaba que tu vientre sigue siendo
el crisol de mi existencia.
Hoy pruebo otros claustros donde prender mi semilla
cuando la única tierra fértil vive en ti.

Carmen

Agoto los últimos cartuchos de la esperanza.
Decido moverme de la dichosa barra del bar
que me tiene atado y temeroso.
¡No me importa si me rechazas!, quien no arriesga
no gana (me repito una y otra vez antes de atacar).

¡Hola, me llamo Lázaro!¿ Y tú?
Yo me llamo Carmen, pero llámame mejor Ignorancia,
no me importa en qué trabajas o en qué estudias, estoy
con mis amigas relamiendo una herida de las tantas
que el amor me ha dejado, si vienes a hacerme otra no
te molestes.

Ante esta tarjeta de presentación decido meter el
rabo entre las piernas y volver al seguro cobijo de la
barra.

Cupido me ha castigado de por vida, ¿Habré partido alguna
vez sus flechas rebotadas en vez de devolvérselas?

La próxima vez que me vea las caras con él se lo
preguntaré sin falta.

Alándalus

Caminando por la Judería cordobesa, una tarde de mayo
con los patios en flor, oí los sones de un muecín convo
cando a la oración a su grey.

De repente sentí brotar de mis poros erizantes mis ancestrales
genes andalusíes instándome a acudir a la sagrada llamada.

En ese preciso instante comprendí que Alándalus vivía en mi
inconsciente y permanecía callado, como callada de algarabías
quedó mi Sevilla del despertar cristiano.

Ese silencio se trocó en tronadora existencia.
Desde este entonces anhelo la sabiduría que se me perdió
por los siglos y que solo la historia es testigo de su
brillantez.

Nostalgia

Me asomé a la ventana y te vi jugando,
intentabas hacer el pino y lo conseguiste,
tus amigas te felicitaban.

Apoyado en el alféizar sentí transportarme
a mi niñez,cuando las muñecas eran de trapo
y las pelotas de cuero.

Disfrutaba viéndome en ti y de repente tu cara
se tornó mía, tu juego cambió a fútbol y tu falda
a pantalón corto.

Te empecé a animar para que metieras un gol
pero el gol no llegaba.

Cuando se hizo de noche quise retirarme para seguir
mis labores pero no pude moverme un ápice siquiera,
me convertí sin notarlo en estatua de sal.

No me quedan

No me quedan palabras para darte,
razones que esgrimirte que cambien
tu ver y tu sentir.
Solo me queda desearte la luz de las estrellas
que te guíen hacia tu infinito, tu descanso del
guerrero en esta guerra de sentires y pareceres.

El infierno se ofrece a quien quiera escucharlo,
Yo contigo lo escuché, y ahora pago religiosamente
los recibos de la insensatez.

¿Por qué me hiciste esto, por qué yo y no otro?

¡Adios!, solo he venido a cerrar con llave la puerta
de lo nuestro.

Sueño

Anoche tuve un sueño, no fue el mismo que el
de Luter King.
No deja de sorprenderme, y mira que todos los días sueño,
como la mente digiere todos los sentires y veres acumulados
durante el día.

Aunque parezca un tópico me veo huyendo a saltos de alguien
que me persigue, no consigo ver qué es , nunca lo logro, es
como la cámara cinematográfica que persigue en plano corto
al fugitivo, logro escapar, me despierto, pienso qué puede
significar, no estoy de acuerdo con Freud en esta ocasión.

Creo que no huyo de nada ni de nadie, estoy contento con lo
que me rodea, eso creo.

Ahora que lo pienso creo que huyo de mi jefe, ¿o es de mi mujer?

Luchar

Luchar hasta que la sangre se derrame toda
por alcantarilla que da al río del fracaso.
Asegurar que antes de claudicar hemos exprimido
hasta la última gota, que el acaso no campe
a sus anchas, que no se chancee nunca del quizá
de la esperanza, que cada pregunta que surja
del alba no se quede sin su respuesta.

El amor es la causa de nuestro por qué en el mundo
que nos ha tocado sufrir, el único concepto que nos
redime de la penosa piedra de Sísifo, que nos compensa
de la ira de los dioses por robar la llama divina.

Amigo, no dejes de luchar por el amor
porque será el único y último verso que
nos encuentren en el bolsillo cuando nuestro
cuerpo sea pasto de los gusanos.

Instante

La Vida en ocasiones se hace insoportable,
los pensamientos se disparan como sables
que claman venganza, que anhelan carne
como buitre de ración expectante.

El instante es lo único que apunta a la estrella
añosluz distante, es la respiración no recreada,
real, lo único real si es posible la palabra.

El presente y el futuro son meros espejismos que
se instalan en engaño en nuestra mente, que necesitamos
para caminar en vida como luz consecuente, brújula que no
siempre nortea.

Cada metro de camino envara mi tendencia a torcer
la mirada hacia lo dejado, lo futuro espera indefinible,
el instante me devuelve el latido que llena cada capilar
sediento, el pasado residente en las galerías de la mente.

No quiero ser una Edith más que sigue con los pies
el dictado divino al abrigo de un Lot enamorado.
y con la mente recoge en sal endurecida el fruto
del ayer abandonado.

Voltaire

He visto a la envidia taponar nuestros poros
con la misma argamasa con que mancha al
prójimo.
He visto a la hipocresía rellenar de borra vieja
las arrugas, que siendo bellas, se antojan hirientes
a la vista de la Convención.
He visto al fanatismo equivocarse de camino en
la encrucijada que se le ofrece al creyente.
Finalmente, ya descanso la vista, confieso que no
he visto (y me he parado a mirar con atención)
que la humanidad reconozca su pequeñez y su extraordinaria
habilidad para equivocarse, cuando el error es nuestro único
guía espiritual.

Adagio de Barber

Entretanto ciegas la posibilidad de maltratarte al instante.
suavizas el tacto en negro y blanco sobre la hiedra helada.
deshechas cualquier tequiero propicio para salvar el alma.
decides tranquilo que el tiempo se desate sin tregua.

Llenas los campos de amapolas sin polen, vacías los nichos
llenos de esperanzas perdidas en polvo.
Te desganas ante el pensamiento oscuro del recuerdo
que maldice en ciernes el paso de lo eterno.

Voceas al aire palabras sin verbo, despiertas del letargo
a la dulce marmota que en sombras espera el nacimiento
de la próxima primavera, escribes versos que se desperdigan
en el aire como el vilano rojo de la acacia veraniega.

Prefieres el talvez de lo incierto que el pájaro en mano
de la caricia, deseas que tu cuerpo se quiebre en ramas
verdeantes que se aferren a la sucesión de círculos concéntricos
de un tronco centenario.

Respeta el ph de las lágrimas del que te vislumbra en fracaso
desde una posta del camino, pídele encarecido que te desvele
el secreto del oráculo que se desprende del efluvio de los siglos.
Considera siempre cualquiera y único tu reposo del guerrero.

Preguntas al Viento

¿Qué tiene de especial sentarse en una plaza cercada de naranjos
mirando a las estrellas, esperando que transite alguna para poder
desear?
¿Es necesario que se abra una sima entre los pies para que huyamos
de lo cierto a lo fascinante?
¿Podemos mirar de frente al que nos mira torvamente hasta que
penetremos en lo más hondo de sus entrañas sin que nos precipitemos
al abismo de la miseria?
¿Te gustaría que el sol bajase hasta tu puerta una noche de verano
para contarte historias de la noche de los tiempos?
¿Por qué a veces nos gusta que nos seduzcan con la mirada
a pesar de que solo nos quede el escalofrío de despedida que nos
araña hasta el desgarro el alma?
Yo... solo era por preguntar.

Miradas

Mi mirada aspira a ser luz corta en la noche
del vehículo que me lleva a la aventura, otras
veces luz larga si deseo deslumbrar sin conseguirlo
la más de las veces.
Cuando me veo solo ante lo posible lanzo miradas que atienden
toda paleta posible de pintor que se precie, miradas azules si deseo
sumir en pleamar a la sorprendida que se bate en retirada,
miradas en tonos pastel cuando necesito el bálsamo de una sonrisa
que se queda varada en mueca.
Las miradas hablan sin decir, dicen sin sonar, suenan sin letra
porque no existen palabras que describan un sentimiento dibujado
en un iris sediento, iris que busca tablas de salvación , complicidad,
calor, energía vitalizante, vida, permanencia, infinitud, tiempo detenido
en un instante sempiterno.
El amor que se hace con la mirada es el único que baña en eldorado
la eterna juventud del cazador cazado.

Sus Caderas

Tarde de domingo, cinco de la tarde de cualquier domingo
de cualquier mes , de cualquier año, derrotado, descansando
tras la batalla vespertina, disparando frases con pólvora de
ingenio, luces de neón que me desnortan en picado hacia el mar.

Pienso en el volver a empezar del lunes que no hay derecho, no
debería existir el concepto lunes, debería estar prohibido.
Pienso... No me atreví a decirle al oído: ¡ Enséñame a bailar
así¡,¡¿cómo es posible mover las caderas de esta manera?!
Aunque le hubiese dicho algo, pienso..., no estoy he-
cho para ella, es tan joven que no podría aceptar a
un hombre que regresa como yo, aunque siga con-
servando mis laureles, ¡ Y si me hubiera respon-
dido! me miraba, me miraba...

Mientras doy buena cuenta de una fabada y un buen gazpacho andaluz
me lamo mis heridas, me preparo para la próxima batalla sabatina.
¿Tendré suerte la próxima vez?. Ojalá se cruce ella otra vez en mi camino.

Olvido y Memoria

Aquí os presento a dos de mis mejores amigos
uno se llama olvido y el otro memoria.
Mi existencia no sería posible sin ellos
El primero lo necesito para seguir adelante
sin mirar atrás, para pensar en el ahora,
para sentir como si fuera el último sentimiento,
para fundirme en unidad con cada latido de mi
corazón.
El segundo lo necesito para saber quién soy,
para comprender dónde , cómo , cuándo y porqué
he sido, qué podré ser , qué quiero, qué detesto, qué
añoro...
Si me pidieran prescindir de alguno de ellos,
si me sometieran a ese dilema elegiría la memoria,
porque en el instante se cifra la vida.

Solo el momento existe.

Bucear a las Esencias

A solas con mi pensamiento me conmuevo al concebir
que los dioses me sitúan aquí por que es el sitio que
me pertenece.
Dispenso todas las energías que me impulsan a enfrentarme
a los minotauros que encierro dentro de los laberintos de mi
inconsciente, que se alimentan hasta la nausea de las ausencias
e insuficiencias que campean por sus respetos desde mi más
tierna infancia.
Deseo llegar al dios que guardo en mis entrañas a través del
necesario silencio, silencio que llene hasta fundir todos los
poros de mi alma para que se obre el milagro místico, el encuentro
conmigo mismo, encuentro que aclare mi destino, que desvele todas
las claves que sellan las puertas mi claustro inédito.
Estoy en un camino equivocado, sin salida, sin árboles a la vista que
me certifiquen mi proximidad a la Naturaleza, a mi naturaleza
primigenia que me alienta a unirme a los míos, a mis congéneres que
me sirven de espejo a mis esencias, a la cifra de aquello en lo que me
voy convirtiendo.

Rotación y Traslación

Llamo a la primera puerta que se me cruza en la escalera.
Me contesta una voz áspera que no son horas.
Asciendo al siguiente piso y repito, esta vez parece que
la energía que se desprende desde detrás de la puerta
me acoge en su seno. Me abre la puerta, me pregunta que
si sé lo que es la Noche, le contesto que sí, que es el lugar
donde hallan cobijo todos los pensamientos que han viajado
incesantes entre nuestras luces y nuestras sombras.
Me invita a sentarme al amor del fuego que se levanta en mi
presencia y me ofrece una taza de compañía, de compañía
inquisitiva, curiosa, sanadora...
Doy por concluida la visita casi a la hora en que el gallo anuncia
el renacimiento, el eterno retorno de lo mismo, el molino de
oración que permite el viaje al abismo.
Regreso a mi hogar a hacer balance, me siento en mi sillón de
lectura tratando de pulir cual espejo el libro que se me tercia en
mis rodillas.

Dios bendiga a la lectura... Es el único refugio que no juzga.

Lamiendo mis heridas

Sé que ayer estuviste aquí, percibo la estela de tu energía
todavía presente, tu olor se desprendió de ti para quedarse
jugueteando con mis más íntimas pertenencias, noto cómo
penetra en mi seno a través de mis narinas en los
despertares pesadilleantes de las madrugadas de satén y rojo.
Noto también, todavía, las huellas de tu piel antigua pasando
revista a cada poro de mi espalda como antaño, cuando me
rogabas que no te abandonara ahora, precisamente ahora que
encontraste semilla resuelta para abonar tu manantial sediento,
acreedor de deudas firmadas sin tinta, recientes pero pendientes
y asumidas como ciertas que la vida rasgó anulante como papel
inservible, papel sobrante de correo indebido que nos llega a
nuestra puerta.
Ahora me lamo las heridas del roce que tus uñas y dientes dejaron
en mi alma con la insistencia del sepultado en vida bajo sepulcro de
hierro, revuelvo las órbitas de los ojos hacia dentro para bucear en
el noventa y cinco por ciento que no conozco de mí para explicarme
lo inexplicable, lo consecuente de actos pasados, ni siquiera míos,
que se suceden como fichas de dominó colocadas para caerse en
sucesión abismante.
Me miro en el espejo de Medusa frontero a mi cama para sumirme
en mundos posibles, llevaderos en esta presente miseria, que me
endulcen mi travesía sahariana que se antoja circunvolucionante.
Espero que el oasis esté cerca.

El Holandés Errante

Eres tú?, ¿Necesitas que te ayude a subir la montaña? Me desperté
sobrecogido cuando la noche persistía negra en su negrura, ¡ Agarra
mi mano con fuerza, hijo, confía en mí!
Me levanté de mi frío catre para salir de este maldito sueño que
revierte incansable cada noche, que me persigue como perro de presa
ocupado con un solo software excluyente, que no puede no desafiar el
mandato imperante de su amo que cae como presión atmosférica
limitante de oxígeno.

Vuelvo a invocar el sueño tras las necesarias abluciones, que equilibran
la desazón como costumbre que sobreviene con la casualidad, que se hace
fuerte con la repetición sistemàtica y formularia, que me procuran de nuevo
el sueño no con diferente desenlace, vuelvo a caer en el Eres tú etc. etc...
El mí final me levanta como un resorte, como el mástil que precede a la
botadura achampanada del último barco que viajará sin tripulación, sin
pasaje porque es el espejo verde de una leyenda, de un holandés que
errante se difumina en el horizonte de lo imaginable.

Me doy por vencido
busco aliados en la televisión que me ofrece productos teletiéndicos
que no necesito.Busco amparo templado en una taza de café que,
con mueca por pregunta, esgrime porqués, cómos , cuándos, que no
logro definir por más que consulto la brújula sondante de mi inconsciente

El sueño me pone la larga y el intermitente para adelantar.
Decido facilitarle la maniobra, cedo al empuje de la melatonina remolona
que cada vez me tiene menos contento, logro reconciliarme con Morfeo hasta
las ocho de la mañana para cumplir con el sustento que me permite vivir en mí
, aunque apartados de los que fueron esperma y ahora son casi espermantes.

Empiezo un nuevo día otra vez. El Eterno Retorno de lo mismo, el nihilismo

nieztcheano que me encaja como anillo al dedo de un saturno que me rodea
en ahogo ambiente, anhelante.

Sobrevivo.

Un día de muchos

Día dieciséis de septiembre de dos mil dieciséis.
Abrí los ojos para no cerrarlos más a las siete de
la mañana.Me erguí en dirección al pantalón de
futin y a la primera camiseta al alcance de mi
mano, cumplí con las abluciones de rigor y me
precipité a la oscura calle silente, deslumbrada
por casi ningún punto luminoso de importancia.
Me entregué al regazo de la naturaleza
desperezante que me exhalaba al paso lo mejor
de sus aromas.
Vuelvo renovado a casa para atender la rutina
familiar que martilla como el cómitre en galeras de
película sesentera, me decido hacia mi trabajo en paseo
ensimismante a ratos, en brazos del libro de turno,
controlo en ciego el tráfico ambiente sin sufrir todavía
consecuencias incontables.
Cumplo con mi trabajo fluyendo desde dentro, siendo yo
dentro de un gigante que mercadea con tu vida y tu tiempo
como ambrosía olímpica.
Salgo de las puertas del infierno a las cuatro y cuarto,
cuando el sol brinca y juega con las horas sin pensar en su
pronto ocaso, regreso a casa en ausencia de los míos que se
mecen al ritmo de los horarios, descanso por momentos,
muero durante solo media hora para renacer
de mis cenizas con la fuerza ciclópea del Minotauro, me
incorporo a sus horarios (los de los otros morantes
de esta casa) para facilitar el tránsito de lo estipulado y acabo
dios gracias sobre el catre que ahora me solaza, que consuela mi
espalda liberando mis manos mediúmicas para escribir estas
palabras que os dedico.

Espero que vuestra jornada haya sido más interesante que la mía.

No os preocupéis, la escritura sana.

Amor o Necesidad

¡¿No te das cuenta que estás tirando tu vida por el sumidero
de la indiferencia?!
Le dijo Francisco a Soledad cuando coincidieron frente al
fregadero depositando los platos derrotados por la pugna
de cubiertos punzantes.
¡¿Por qué me dices eso Francisco, qué he hecho hoy?!
Sole, séme sincera por favor,¿Tú estás enamorada de Julio?
Creo que sí, ¡¿Cómo que crees que sí, sí o no?! inquirió Francisco.
No me gustaría que le hicieras daño a mi amigo, ni tampoco
a nadie pero más a mi amigo.
No sé, Fran, si es amor o necesidad, soy una mujer de treinta y tantos,
poco a poco se me pasa el arroz y necesito un padre para mis hijos,
¡quiero tener hijos, ¿Tiene eso algo de malo?!.
¿Crees que Julio es el tipo de hombre (no de padre) que tú buscas?
¿Qué te gustaría ser, qué te hace vibrar, qué te gustaría conseguir?
Ahora me pasa que mi instinto maternal no me deja contemplar el bosque
de mis deseos más esenciales, me han inculcado que una mujer que no ha
sido tierra fértil y productiva es menos mujer.
Como pueden comprobar, queridos colegas, desechamos la libertad en beneficio
de la apariencia, de la convención macerada durante siglos, de la seguridad,
del contrato.
El ego huye de la vida porque tiene miedo.

Miedo y Felicidad son enemigos cervales.

Tener o no Tener

Tener o no tener, That's the question.
Nos valoran por el tener, sobre todo
aquellos que siempre han tenido.
¿Qué necesito realmente para vivir?
comer, dormir, sentir, vivir, vivir,
ser feliz si es posible.
¿ Qué riqueza necesito para todo esto?
Creo que no mucho, entonces
¡¿Por qué trocamos vida, momentos,
conexiones cósmicas con el resto del
universo al que pertenecemos, por dinero
posesiones, seguridad, miedo a la vida
a la interperie, al peso de la atmósfera
sobre nuestras cabezas?!
La incertidumbre nos agobia, queremos
certezas, miedo, miedo, queremos tenerlo
todo atado y bien atado, poseer , apego a
lo terrenal, depender de bienes que no
podremos llevar con nosotros en el definitivo
sepulcro.

Pido a Dios que me permita el goce de andar
mi camino ligero de equipaje, como
mi ilustre paisano Antonio, que murió con
un único verso como bagaje, verso que
le devolvía a su principio, el eterno retorno
como leitmotiv, a su Sevilla azahareña.
Así me gustaría morir; con mis raíces brotando
de mi boca para sumirse en lo profundo
en busca de la esencia, mi esencia...

Mamá eterna

¡Mamá!. Hace casi seis años que no te veo, ¿Dónde estás?
¿Cómo estás?, me han dicho que estás por ahí arriba, eso
al menos dicen los curas que tan poco gustaban a papá
Espero que esté a tu lado, eso quiero pensar aunque
mi mente racional sabe que la energía que llevamos
dentro no nos pertenece, es un préstamo del cosmos
Somos polvo de estrellas que tenemos que devolver
cuando dejamos de ser.
Dale besos a papá de mi parte, a él sí que hace tiempo
que no lo veo, casi dieciocho años, tiene muchas cosas que
contarme desde entonces.

Espero que seáis felices, ojalá fuera verdad que allí el tiempo
no existe, que el presente es eterno, aquí también lo es , es
lo único eterno que tenemos, pasado y futuro son ilusiones.
¿Cómo pasas el día, qué haces, qué hacéis, hay por allí bares
para disfrutar en verano de una jarra bien fría de cerveza
Hay flamingo Ro también, tenéis una terraza para pasar
la noche como en vuestro palacio?.
Envíame una señal que me haga entender que me has
escuchado, que todo marcha bien, aquí, ya sabes, la vida sigue
Tengo ilusión por que vuelvo a empezar, estoy mudando mi
antigua piel por otra que espero más bella, más brillante...
Estoy seguro de ello.
Siéntete contenta por mí, el amor para toda la vida no existe
Tú eres una privilegiada.
Aquí abajo somos legión los jóvenes cuarentones que salen del
cobijo cierto pero frío para adentrarse en lo incierto.

Besos, te quiero.

Una Rosa es una Rosa

Ayer corté una rosa de tu rosal.
La rosa sangraba lágrimas de desamor
azucaradas como la vida que te espera.
Yo sentí un rayo frío que me derritió
el corazón.

Hoy vuelvo a tu jardín para seguir cortando
las rosas pendientes.
Al verme huyen despavoridas buscando
consuelo.

Claman tu nombre salvador, pero no te das
por aludida, no quieres verme, sacrificas tu
rosal con tal de evitar el recuerdo, el amargo
sabor del desabrido ayer, prefieres hacer ojos
sordos al reclamo, no te importan tus rosas,
das la espalda al sentimiento, no, no, no...
Ya han pasado veinte años, la vida, no sé
por què, me recuerda tu risa, tus momentos
de vino y rosas, me acerco de nuevo a tu jardín
con curiosidad.

Compruebo alegre que las rosas que vinieron
después siguen lozanas, llenas de vida.
Me alejo contento sin poder quitar la vista al
rojo fuego que desprenden, me alimento de su
energía para bien mío, la utilizo para mí mismo,
para cuidar mi jardín.
Bajo al porche de mi casa, me siento a recordar,
a revivir, me levanto para acercarme
a mi jardín de geranios y amapolas.

Decido regarlas con la energía robada como un
vulgar Prometeo.
Compruebo que les he dedicado poco tiempo.
A partir de ahora me impongo como deber visitar
tu rosal en busca del elixir
mágico que les ha devuelto la vida.

Mi Guitarra

Guitarra cantora, compañera de nanas, dadora de alegría,
me acompañaste desde la primeras luces, mis primeros
lloros no se entienden sin tu son, tu dulce son embriagador,
mezclado con alfajores y roscos de navidad.
Amiga de zambombas y botellas de anís, inspira el genio del
que te escucha, del que te goza.

Mi alma no sabe bailar sin que estés presente. Las Sevillanas
te deben la vida, los Fandangos también.
Nada en Andalucía se explica sin tu existencia, ni en España tampoco.
Cuando te escucho se me pone en pie hasta el último recuerdo,
el más recóndito y guardado.
Te siento tan dentro que eres mía desde que mis ancestros más lejanos
te adoptaran como hombro de penas, la guitarra flamenca de mis
andalusíes y moriscos, mi esencia mas esencial.

Ahora mismo te escucho mientras doy cuerpo a estos versos.
Versos que ningunean ante tu grandeza, ante lo que desatas en mí.

Deseo ser siempre, sin descanso, oído fiel a tus delicias.
Te quiero.

A la Misma Hora

Recibo tus whatsapps siempre a la misma hora.
¿Acaso es en ese momento cuando te solazas?
Entiendo que sí aunque no me contestes, recibo
tu respuesta como efluvio que el viento solar me
trae, azul verdoso, como el color de la esperanza
mojada en el mar de los Sargazos,
mar intrincado pero mar al fin y al cabo.
Voy viviendo pendiente de tus protones y
electrones que me incitan desde dentro a querer ser
savia de fotosíntesis que la noche apacigua, calma,
la almohada me llama a su seno sin ti, te siento lejos
cerca lejos, por la noche cerca cerca, en el trabajo
lejos cerca (en el instante de descanso bocadillesco).
Te siento como Holofernes seducido por la magia de
Judith justiciera, Judith Némesis tramposa,
pordiosera pero siempre seduciente como cobra al
son del bastón que el faquir blande sabedor.
Me decido flotando hacia el sol oscuro no naciente todavía,
solo luna testigo de su luz/Me lleva la aurora boreal que se
cierne perversa sobre la nube próxima, elevante pero
insuficiente/ Me fundo con mi bigbán en polvo
de estrellas que cae a la tierra fértil, necesario, abonante
estiércol de vida.

Solo tú sabes qué significan las leyes de Newton en la realidad
gravitante del universo, solo tu sonrisa cóncava como ensenada
vencida devuelve el sentido de mi seguir, sonrisa que me llega
por el aire hasta mi mano digital a esa misma hora.
Precisamente a esa y no a otra...

Boccherini Siempre

Me llegan a mis oídos, mientras disfruto del descanso
del guerrero tras agotadora jornada, los sones del violín
vivaz y dicharachero de mi amigo Boccherini.
Interrumpo la tarea para centrarme en las notas que me
traen a la memoria Master and Commander, en concreto
la escena en que Russell Crowe disfruta en su camarote
de un momento de asueto junto a su violín, momento
mágico que pone infinitud por unos instantes a una guerra
sin cuartel en el seno de la vorágine napoleónica de
principios del siglo diecinueve.
Como ves la realidad a veces es fractal, mi momento de
asueto se corresponde en relación biunívoca con el del
capitán del barco asediado por las fuerzas de la armada del
"Águila Imperial".
Cuando termina la pieza devuelvo la atención a mis asuntos,
pero al instante noto que no puedo contar con la colaboración
de todas mis neuronas, algunas de ellas han decidido por su
cuenta y riesgo seguir vibrando al son pasado pero persistente.
No me queda más remedio que bajar con ayuda de Youtube la
famosa Nocturna del susodicho amigo.
La música me invade tanto las habitaciones de mis entrañas
que decido achicar la anegación escribiendo unos versos,
o más bien unos pensamientos con pretensión lírica, que pongo
en vuestra palestra en espera de merecido veredicto.
Con el deseo de que los latidos de armonía que me invaden en
este momento tengan cumplido eco en tus neuronas
recojo los bártulos para irme con mi música a otra parte.
¡¡¡ Buenas Noches!!!

La Odisea de Homero

Atravieso los desiertos clamando tu nombre,
voy en tu busca sin descanso, creo que estoy
cerca, las hadas me tienden su brazo salvador,
las ondinas me ofrecen su lomo para cruzar
todos los ríos.
Parece que a lo lejos se divisa una cabaña,
el descanso me llama a su seno tras larga
singladura, Morfeo me espera con la mesa
puesta para que el alimento del alma se
compadezca con el del cuerpo.

Tras un largo y reparador sueño vuelvo a tu
busca, sé que estás cerca, me lo dicen los
diosecillos del bosque que me acompañan con
su aliento como verónica que enjuga el sudor
de mi pasión, pasión por verte, por sentirte,
por olerte, eres el manitú que nutre, dadora de vida,
Naturaleza muerta para dar vida, vida no sin muerte,
Tánatos no sin Eros, Eros no sin Tánatos.

Reanudo la intención de buscarte, dejo la cabaña para
besar la esencia del bosque.
Vivo la sabiduría que la rusalka me transmite como canto
de sirena, quiere sumirme en el lago del olvido para
hacerme suyo, Circe pretendiente que se doblega al destino
de Odiseo, Ulises que solo ve patria, Ítaca bendita, reino,
familia, hogar.

Viajo al fondo de mí mismo, me opongo a la tentación
ineluctable de Calipso,
resisto otra vez, otra y otra, logro escapar de nuevo,
me ato al mástil y resisto de nuevo.

Creo que estás ahí,¡¿ Eres tú Penélope, eres tú Telémaco?!.
Por fin estoy en mi ansiado hogar después de veinte años
de periplo por mis adentros.

(Ahora solo me queda matar a todos los pretendientes que
se han instalado de balde en mi casa y que, por cierto,
mi hijo no ha tenido las agallas de echarlos.)

Becquer en Mí

Esta mañana me acerqué al olivo de la infancia
aquel que nos daba cobijo cada tarde de verano
seguía vivo el tocón aledaño que asiento nos
daba cuando el cansancio rayaba en desmayo.
Acudíamos entonces a nuestros cuentos de
siempre aquellos que polvorean en las antiguas
alacenas piel con piel, cara con cara leíamos
hasta el relente hasta que las letras desaparecían
de emoción llenas.

Recuerdo el día del primer poema, era de Becquer
si mi mente no me traiciona, son ya veinte años
los pasados, son veinte primaveras que sin querer
se me viene la tarde de la Rima XXIX que leí en tu
regazo.
Recuerdo el silencio atronador, tu rizo negro
acariciándome el rostro, volé a los infiernos
dantescos al conjuro de tu aroma.
La emoción brotó en el último verso, tus ojos y los
míos uno.
Tus labios y los míos uno, todo lo demás inexistente.

En ese preciso instante comprendimos
que todo un poema, toda una vida, todo un instante
puede caber en un solo verso.

Caracol en su Desdicha

Vivo a la interperie de concha vacía
Caracol viudo, desahuciado en carne viva
Busco hermitaño que me preste su concha
concha cualquiera aunque duela verla
Necesito piel dura que me proteja
del escarnio del insolente, del que se mofa
sin castigo, sin reparo por ir sobre corriente
Víctima diaria del fiero caracol que presume
ufano con concha lustrosa, caracol no hacia
dentro necesitado por sonreirle el sol cada
mañana.

Me acostumbro al duro ambiente
Muestro mis manchas sin recelo
Son feas,¿Y qué?
Pero son mías. Sin miedo las muestro
Sin miedo al qué dirán
lo que dirán me lo digo antes yo.

Prefiero verme feo y yo, a no reconocerme
aunque guapo sea.
Importa la química, la física es líquida.
Caracol consecuente.

Las Rebeldes Musas de la Noche

El oficio de escritor, cruz pesada donde las haya.
Las musas me tuercen la mirada cuando las invoco.
Recurro a todas las pócimas, a todos los gigantes
cuyos hombros me sirven de atalaya para ver más
lejos.
Consigo romper por fin el silencio del fondo blanco
pero insatisfecho vuelvo a la orilla de la nada.
De nuevo me aventuro en un verso que se agarra
a la pared uterina pugnando vida. Prospera.
Avanzo con el segundo que nadando a favor
coge viento y se adentra en el piélago de la Gaya
Ciencia con éxito.
Parece que he cogido veta cual surco ferroviario
que me lleva a buena estación.
Coloco alegre el punto y final en la cuarta estrofa
como mandan los cánones del soneto.
Cierro mi cartapacio.
Doy por finalizado (por hoy) mi empeño en mantener
la llama encendida. Llama de los dioses que Prometeo
me entrega cada noche.

Los Años Pasan...

No me doy cuenta de cómo pasan
los años hasta que me miro al
espejo.
Por fuera más que por dentro
porque nunca envejece el alma.

No me reconozco en las fotos
Sí en cambio en los espejos
Los surcos empiezan en los ojos
La mirada es la notaria primera
de la juventud pasajera.

Las canas... qué decir
Nacen para no morir hasta
la misma muerte.

Mi rostro, mi piel, van cediendo
como castillo de naipes que el
tiempo cual viento derriba
hasta que mi cuerpo deriva
en polvo que se suma al cieno.

Primero Tú. Luego Yo

Confundes amor con posesión
Primero te quieres tú, después
a mí, si lo intentas al revés
no darás nunca con la solución.

Si me posees pretendes cambiarme
Si me cambias no soy quien conociste
¿De quién estás enamorada dices?
¿Solo del reflejo de tu luz al darme?

Si reprimes tus sombras debajo
de la alfombra de tu mente
Si no te sientas con ellas de frente
Nunca hallarás amor en tu interior
Nunca podrás enamorarte ni del mejor
hombre que en sueños imaginar puedas
Ahora reflejo tus luces, por eso te piensas
enamorada, eso dices, pero cuando refleje
tus sombras no querrás verme
porque te recordaré lo que no has solucionado
Lo que contigo misma no has sanado.

Concluyo que amor es quererse a sí
por completo, reconocer que eres
imperfecta pero perfecta a la vez
Si te quieres a tí podrás quererme a mí.

Parece un Soneto

Andando el tiempo me doy cuenta
de la inconstancia de lo visible
Todo puede ser verdad y posible
según la intención del que intenta

*

Lo que a mí me parece bonito
a otro le parece que no lo es
Lo que para mí está al revés
a otro le parece pan bendito

*

La moraleja es que es mi mundo
lo que cuenta para mí, no importa
el qué dirán, juzgar es nauseabundo

*

¿Acaso el otro opina mejor?
¿Quién es el poseedor de la verdad?
¿Me pueden presentar a ese señor?

Romance del ahora

Hay alguna fuerza en mí
que me impulsa a seguir.
No sé dónde acabaré
pero debo llegar al fin.
No pienso en el mañana.
No sé si estaré aquí.
Deseo vivir cada sorbo
de aire como un festín
que los dioses me ofrecen.
El mañana no existir
en mi mente quisiera yo
aunque cuesta un sinvivir
olvidarse del futuro.
Fuerza cual viento porvenir.

Es Mejor Querer

Vivo en tensión en un mundo
donde lucho por ganar
a no sé qué, más probar
que soy aún el mejor.
¿Ser el mejor para qué?
No logro apenas el ver
que luchar sí es detener
el latido del reloj.

Sé tu mejor Tú

Nada fuera de mí tiene sentido
Yo comprendo tal es el intelecto
Yo tengo el poder de
que lo que me llene sea belleza
o negrura, yo tengo
la sartén por el mango de mi dicha.
No dispondrán de mí
aunque lo quieran, ¡antes muerto yacer!
que vivir bajo témpano
de muerte en vida para quedar bien.

No pudo ser

Sabes que no puede ser.
Que lo que por ti sentía
se esfumó cual letanía
al recuerdo del ayer,
hasta fundirse poder
con el magma del quizás
que de su enigma serás
presa el resto de tu vida,
porque vivirás en huida
del amor cual Barrabás.

Oda a mis Zapatos Viejos

Zapatos años forzados decido
mandar al cielo, cuero
boca abajo en bidón de basura, arde
para siempre, recuerdo
esperando recibir pies andantes
sin gracias nunca di.
Pacto de sangre y carne para nada
pasto de reciclaje
en el mejor de los casos, vivir
echando de menos, se fue vencido
cuando se tornó guante.
¿Qué hay de la promesa para siempre
jurada para ahora sufrir demás
con otros nuevos? Vade

Retro.

Permítanme una reflexión

**Disiento profundamente del que se reviste
de dominio por acudir diariamente al mismo
sitio para cumplir con el sueldo que le da
pábulo.
La Costumbre es una emperadora con tal poder
que confunde en posesión sobre el asiento
que frecuenta pensándose prioritario
sobre el que le avecina solo por llevar más tiempo.
La Costumbre le empodera de tal manera que
se esparce en relajo sobre su pesebre que
,aunque discurre en él más tiempo que en casa
en algunos casos, se convierte en hogar, de hogar
pasa a propiedad privada y de ahí a erigirse con
derecho en dirimidor de su destino, cuando todo
lo que le rodea pertenece a una Santísima Trinidad
invisible que habita un olimpo desde el que ,como
avión que conforta de pitanza a niños hambrientos
tras guerras injustas, le acerca al susodicho una
ración cual perro de Pavlov.**

En Resumen.....

Miradas reacción química chiribitas
Acercamiento amistad risas compartir
Todo ilusión promesas futuro fusión
Recibir dando dos en confusión siempre
Imaginar sexo sexo sudor olores fundidos
Modelar tu cuerpo me acostumbro desear
Organizar boda ni un día más sin ti juntos
Niños para siempre padres siempre unidos
Intentamos de nuevo fracaso no soy yo
Oigo el llanto roto no puede ser así. Adios

Mi Espacio

Me cuesta mucho aceptar
¡Malestar!
Los ataques al palenque
¡pendiente!
que me protege sereno
¡Veneno!
del que pretende sin celo
invadir mi propio espacio
usando veneno rancio
malestar pendiente anhelo.

Salvando las Distancias

A veces preciso para mirar
alejarme de la habitual palestra.
A veces no hallo la llave maestra
que me permita actuar sin vacilar.
A veces si aprecio bella pintura
debo alejarme más de lo pensado
porque si me aproximo demasiado
no aprecio la esencia de su dulzura.
A veces vivo lo que me sucede
sin concebir su real significado
necesito pensar lo que ha pasado
para actuar según de razón procede.

Sé mi espejo

He llegado a la conclusión de que existo
porque contengo una energía que viene
dada por entes extraños a mi comprensión.
Vivo porque llevo una sustancia dentro
que me confiere el ánimo necesario.
No necesito nadie para vivir, mejor dicho,
no necesito nadie que no esté dentro de mí.
Todo está dentro y se refleja fuera.
El amor que en confusión atribuyo naciente
en otros existe en mí y hacia mí.
Existo para conocerme, por eso me reflejo
en los pequeños espejos que me rodean.
El amor es una energía que parte de mis
células, que existe mucho antes de mi
concepción.
Nadie posterior tiene la autoría, es solo un
reflejo del amor que nace en mí.
El amor es como el abrigo que sentimos
cuando nos vestimos, el calor no lo proporciona
el vestido, el vestido solo es un reflectante de
nuestro calor.

El infierno diario

Quiero escribir porque la costumbre me arrastra.
El cansancio de mi mente a estas horas me lastra
Mi ingenio que se debate en retirada encastra
ideas que aún escritas no valen una piastra.
****
No me doy por vencido
prendo el cálamo con fuerza bestial
y reanudo fundido
el poema mortal
que me tiene en sinvivir infernal.

Lilit versus Prometeo

Desde el orto de nuestra era
el hombre es considerado
el sujeto
de la sentencia primera
que pronunció asombrado
y repleto
de orgullo el dios del mundo
sin que mujer
viera, cuando ahora abundo
en que no ver
mujer es desdén
tal que Dios de ser deja.
¡Sal de tu edén!
Lilit avisada deja
a Adán por Samael
y abandona cual abeja
el panal de rica miel;
Ser súcubo que no ceja
recogiendo la semilla
que el hombre desprecia
en las noches de carencia
las cuales aprovecha
para crear estirpe
cuyos nombres Lilims son,
hijas de demonios y madres
de vampiros que extienden
el eterno femenino por toda
la tierra.
La mujer es esencia, el hombre
es superficie y vapor.
La mujer es tierra y causa.

Bendita Locura

La locura ha invadido mi cerebro
(dicen los sedicientes sacerdotes
que predican la esencia del enebro
pensando que son jueces de Quijotes
y Sanchos que atesoran las primicias
de lo que deben ser nuestras dotes).
Yo vivo dichoso dándome albricias,
siendo extraño al común de los mortales
disfrutando de los dones cual delicias
que me protegen de todos los males.
No me importa el que dirán, ¡Que lo digan!
Me gusta como soy, como chavales
que juegan libres sin pensar si miran.

Bendito loco
el que se atreve a ser
aunque a otros duela

La diferencia
entre un loco y yo es que
yo no estoy loco
- Salvador Dalí-

Poema incompleto

Hombre transición ocaso sepelio
Destino error tiempo curación rezo
Nietzche Dios paz eternidad cerezo
Renacimiento cenizas afelio
Corazón entrega cuartel humano
Continuidad prisión pulsión latido
Creencia camino testigo bandido
Presión decisión atención hermano
Renuncia pasaje retiro pena
Años sucesión perdición futuro
Presente ahora soledad arena
Vuelta recuerdo vida muerte muro
Recuento anécdotas barco papel
Familia compañía olor fluoruro
Sepelio entierro grisalla vergel

La vida ausente
en medio del gentío
llama sin flama.

Enrique y Amparo

Lamiendo la miel del reciente éxito
Cruza el Atlántico de vuelta al fuego
del hogar junto a su amada Amparo,
su fiel bastón.

Descansa en Londres
para embarcar a Dieppe
a la mañana.

Surcan las aguas negras
del canal que sentencia
con proyectil de guerra
la muerte, que por sorpresa
atraviesa su camino.

Se cierra su futuro de fresa
y vino con Amparo que fue presa
del piélago helado que besó la proa
del Sussex, partido cual esperanza
de mermelada en su justo medio.

Como Orfeo enamorado bajó al
inframundo para lograr rescatarla
sin éxito.

Enrique con su música no pudo
llevarla al mundo de los vivos.

No llegaba a la cinquentena
y en el mejor momento deja
la luz y la música que le nutría.

Descanse en paz el genio

Enrique Granados.

Gota que Colma el Vaso

LLega el momento en que me siento
risco que bifurca la corriente plateadas
de aguas que corren buscando salida.
Soy obstáculo en el fluir ajeno.
Me convierto en ser sobrante con sangre
incesante que golpea los vasos, con más
furia que antes quizás...
Soy gota que colma el vaso de lo impuesto,
del que está en el sitio, en el momento justo.
Soy carne del instante, de la mirada del ciego,
de la sensatez del que se pone en la palestra.
Estómagos agradecidos que digieren la carne
putrefacta sobre el sucio lecho donde reposa,
seres heridos por el puntero rojo que sostiene
el que a la vez aprieta el mango sin sartén
indigno, seres que gozan humillando sobre
muladares al que osa buscar porqués, que se
aúpan sobre hombros de gigantes de caricias
en el lomo, del hoy por mi y mañana por ti.

El que soslaya
la mirada del miedo
vivirá abajo,
en las cloacas negras
del desprecio eterno

Otoño

El otoño echa
un pulso al verano que
se niega a ceder
(otro más)
El verano entra
cada año más adentro
del primotoño.
(el último ya,¡¡de verdad!!)
En noviembre huelo
a azahar como en marzo.
Otoño extraño
(Este sí es el último,¡¡ lo prometo!!)
La hojarasca que
se nos pega al zapato
va remitiendo.

La Muerte de Séneca

Tu lealtad fue despreciada en el momento
en que toca oler los laureles logrados
tras muchos años de honor consagrados,
tras volcar en un engreído elemento
un mundo de vanagloriado talento
que inspiró a algunos de nuestros artistas
como Montaigne, y abrió a Colón las puertas
del nuevo mundo junto a Alonso Sánchez.
No mereció caer en desgracia
no tuvo la culpa, solo fue objeto
de la envidia de unos cuantos.
Solo fue que Nerón sumido en los efluvios
de otros aromas, de otros cantos de sirena
bastardos, decidió la licencia de quién esculpió
su mente desde que era casi esperma.
Prefirió morir antes de recibir una humillación
sin igual del que le debió su sediciente condición
de artista sin arte.
Quiso perecer como su admirado Sócrates pero
el destino se opuso a la consecuencia lógica de
la cicuta, decidió como reo víctima de lo injusto
vaciarse en agua embalsada bajo la neblina
como rejón de justicia, y su maldita asma.
Su venerable muerte le sienta in aetérnum en el
Olimpo de los dioses de la sabiduría.
Cuando Paulina más le necesitaba...
Cuando recibia los frutos de su sapiencia
al abrigo de su retiro espiritual...

El pensamiento
del hombre es volátil y

olvidadizo, sobre
todo con el que le ama.

Leer es vivir

Espero la mañana
para bajar de nuevo,
profundo pozo espera
hollar su rico lecho.

Alicia me recibe.
"Contar historias puedo
sobre eternos dilemas
que cifran pensamientos
de los insignes poetas"
- dijo apenas fui preso
del aroma de hojas
de papel que el tiempo
vestirá de amarillo
cuando mis pupilas no
sean tesitgo de cómo sus
letras se difuminan,
en el olvido del polvo quieto
que se hace carne de estante -.

Quien lee pulsa el interruptor
que abandera la salida en tropel
de un manantial eléctrico que se
confunde en mielina, que activa
mi firmamento de estrellas bajo
bóveda osea que alumbran lo
posible en mí, lo que me hace
sentir.

Quien lee vive más.
Libro compañero fiel.

Te siento tan dentro que
sin ti todo deja de ser.

Volando al Viento.

Me entretengo entregando al destino
la savia que se derrite ante mis ojos,
la savia verde que recorre mis venas
como caballo al aire que tiende alas
de bronce ante la faz del despecho.

Procura rendir cuentas, ahora que
puedes, para llegar al juicio final
ayuno de deudas, ni debe ni haber.
Déjate llevar por lo que sientes, sin
considerar si es o no a la costumbre
acorde, la voz del que teme la vida
porque es cobarde, hasta la náusea.
Entra en las termas milenarias que
te esperan para tu gozo, azules.
Están selladas a fuego por tu deseo
sincero, el único que cuenta en vida.

Pronuncia cada día, nada más posar
los pies en el suelo, un aleluya que
agradezca a los dioses no haber aún
enviado a la Parca fría, negra, que
nos llevará cual héroes de asfalto.

Si molestas a la convención es que
estás en el camino recto.
Sigue así.

Óscar no te Olvidamos

Qué voy a hacer si nací fuera de tiempo
Mi miel para asnos no estaba hecha
Me enamoré de él, con esta endecha
expreso no fue un simple pasatiempo.
Que estaba casado lo sé, me debía
a una imagen como afamado escritor
pero el corazón no entiende la fría
distancia entre lo debido y lo sido.
¡¡Debí callarme ante la letal infamia!!

Su padre lanzó a los vientos transido
de venganza mis andanzas en Sodoma.
Cometí el error de defender mi honor
ante un completo engreído.

Alfred atemorizado, y sus cómplices,
huyeron a París para no verse salpicado
por la maledicencia del Marqués, que
ideó de las reglas del pugilato.
Me quedé con dos palmos de narices, y
se me hizo costra en mis venas la vileza
del que hizo las delicias con mi fortuna
amasada a base de genio y figura.

La carcoma victoriana hizo el resto,
Gomorra no podía salir indemne siendo
la causa de la desdicha de Abrahám.

Me arrastré por el lodo durante dos años,
que me señalaron de muerte, pronto.
Canté mi De Profundis para deleite del

amante de las letras, entre el griterío de
las almas errantes del inframundo que no
pudieron rendir su óbolo a Caronte.

Sali en estampida hacia París para driblar
el martirio del que fui pasto hasta las cejas,
y que in extremis pude contar pero tocado
con rejón de justicia.

Lanzé mi canto del cisne a guisa de Balada,
que dejó constancia de que Reading fue
pesadilla inmerecida y reservé mi parcela
entre los grandes en Père-Lachaise, donde
querría ser socio hasta el gran Groucho.

Así fue mi final. No falló mi obra, fue sin
duda el público quien falló.
No era mi tiempo, llegué harto pronto...

Un Romántico Llamado Larra

No sé por qué lo hice, o sí, pero en aquel momento
no pude escribir otro desenlace distinto a mi vida.
No pude soportar que Dolores, mi pasión entera,
decidiera dar la espalda a su corazón por cumplir
con lo esperado y debido.
Fueron meses de pasión escondida, aquella que
de verdad enciende el alma, que colmaba hasta
el tuétano mi vis romántica que a mis veintisiete
años brillaba en el último confín del universo,
sin descanso, deseándola, Mi Dolores prohibida
.
Fue una mañana de invierno, recuerdo, de febrero,
si no me traiciona la memoria, cuando acudiste a
mi casa para comunicarme mi sentencia de muerte.
¡Que lo nuestro no podía seguir!,
que debiste ceder al ego, al miedo.
No pude evitar, apenas traspuso la puerta, asirme
a mi cachorrillo para no ser tragado por el abismo.
Lo cargué con azufre y rojo de Lucifer para allanar
mi memoria, tan celebrada en la España liberal,
que defendí a capa y espada.

Mi mundo de mielina y materia gris se esparció por
la habitación ante la congoja de Adelita, que oyó
el disparo desde su habitación de juegos, ¡¡ella, que
solo con cinco añitos ha tenido que sufrir tal golpe!!,
¡¡¡¡ Lo siento hija mía, no pude evitarlo, espero que
algún día me perdones!!!!.

Populismo

Después de siglos de evolución.
Después de ríos de tinta vertidos
por la sapiencia humana, existen
congéneres que se asoman al balcón
de las estrellas para pactar con
Mefistófeles la apropiación de toda la
Sabiduría habida y por haber por un
plato de lentejas, por el trozo del alma
que les seviría para comprender al que
menos tiene, la que le acercaría al que
también es cualquiera, al pobre hombre
que desea abrir sus brazos para querer
y no para pedir.

Después de tanta experiencia sobre lo que
no debemos hacer en sociedad y en singular,
hay quienes se agarran a la poltrona de oro
que abriga sus hermosos traseros, escupiendo
hacia arriba patrañas embutidas en palabras
malsonantes y populares que, sabedores del
rédito que les reportarán entre la población,
mayoritariamente (¡¡desgraciadamente
y adrede!!) analfabeta funcional, las explotan
como Las Médulas romanas.

Me refiero a la palabra que está más de moda
ahora, y que abarca el frontispicio de todo medio
de comunicación que se precie de serlo.
Esa palabra es Populismo.

La diferencia

entre un populista y
un político
es que el segundo cumple,
diciendo ambos lo mismo.

Quien no hace aplaudir al
pueblo cuando habla es porque
no está conectado con el.

Marilyn Forever.

Quizás sea que me faltaron mis padres
cuando más los necesitaba, cuando nací.
Nací de padre ausente y de madre también,
aunque la tenía a mi lado..., casi siempre
en brazos de hombres desconocidos cuando
no en los de Dionisos. Sé que lo hacía por
olvidar, aunque fuera por un rato, su aciaga
existencia.

Crecí, por tanto, sin el cariño de los que me
dieron la vida, cariño que he perseguido
incesante como un Odiseo cualquiera en
busca de su Ítaca.

Por eso siempre me atrajeron los hombres
mayores, como fue el caso de Arthur y de Joe,
que tenían unos doce años más que yo.
Por fortuna conocí a mi hermana Berenice a
mis doce años, en el mejor momento porque
fui objeto de una feroz violación por parte de
mi padrastro.

Ella fue mi compañía, aunque fuera sobre todo
por carta, durante mi periplo por las pantallas;
me pude al menos agarrar a su regazo para no
caer al abismo, donde al final caí, no pude evitarlo...

Fui toda mi existencia buscándome sin encontrarme
y conjurando la soledad con hombres, salvo
excepciones, de medio pelo. Buscaba un padre para
mis hijos, hijos que me dieran la compañía necesaria

para no caer en lo mismo que mamá, la pobre...

Arthur me aportó su fuente de sabiduría libresca que
tanto me apasionaba. Mi afición favorita, sobre todo
en los momentos de pleno sosiego, era colarme entre
las páginas de un buen libro, me gustaba especialmente
Rilke y sus "Cartas a un Joven Poeta"
que leía y releía sin cesar.
Creo que quien más me quiso fue Joe, que estuvo a mi
lado hasta en el momento de mi muerte.

La depresión se iba adueñando de mi ser hasta que
se confabuló con los barbitúricos para acabar conmigo.
En plena vieja juventud, cansada de vivir sin vivir.
Así fue mi vida...

Un Día de Playa...

Sumérgete por última vez en la playa
de mi mirada, perdida en el cóncavo
de una pregunta indiscreta, profunda
como el horizonte de la vista que hunde
su pie en la orilla vaporosa de las tres de
la tarde, justo a las tres en punto de la
tarde,cuando te plantas con los brazos en
jarra poniendo un definitivo paréntesis a lo
que está siendo pero que no será en breve.

A esa maldita hora en la que abismo mis
dedos atezados por el sol en la bendita arena
para perder mi mirada en la raya inexistente
del fondo, esa línea que remarca el horizonte
de sucesos del agujero negro que retoza
contento al otro lado.

Tras digerir el nuevo fracaso que sigue siendo
estertor discontinuo de un monstruo devorador,
abro mi maleta caliente, fuera de la sombrilla, y
meto mi corazón y mis nervios, envueltos en
desdicha, y atrapo el primer autobús que, por
equivocación, pasa al lado del desconsuelo que
queda pasando la duna de esta maldita playa,
a la que he llegado empujado por el azar de un
sueño, de un sueño roto.

Correr Para Qué

Se canta lo que se pierde en la vida.
Porque lo que está conmigo no cuenta.
Me acostumbro a lo que cerca me tienta.
Solo me importa el camino de ida.

Detrás de un no sé qué voy corriendo.
No puedo pensar, la ausencia de nada
de lo que tiene un alma anonadada
es apto para seguir compitiendo.

Tras de la primera caída razono.
¿Merece la pena todo este esfuerzo?
Revuelvo mis órbitas, me perdono.

Me sé diablo preso de este invento.
Estoy como hámster en una noria
que rueda sin posible movimiento.

Don Antonio en mis venas...

Tuve como matrona un verde patio andaluz
que reverberaba historia y arrullo de correntías
andalusíes, que congregaba naranjos como mulas
y burros en sus belenes las familias que le daban
voces y aguas de fregaza.

Mi familia, ilustre e ilustrada desde generaciones
perdidas en los álbumes conservados en polvo.
Mamé letras y músicas que me surcaron el camino,
camino que no existe hasta que no es caminado.

La vocación me venía dada, mi padre folclorista,
mi abuelo adepto a Darwin y catedrático de Biología
en la Universidad de mi querida tierra hispalense.
LLevé en mis genes la poesía, que mezclé con una
pasión nacida al conjuro de los filósofos alemanes
que sentí al calor del silencio de la Biblioteca Nacional.

Conseguí plaza como Catedrático de Francés en Soria
donde conocí a mi querida Leonor, que tan poco me duró...
Me cociné intelectualmente en los fogones de la Institución
Libre de Enseñanza, que me adelantó un siglo en el paso
del tiempo, que me hizo abominar de los títulos,
tan necesarios para sobrevivir.

LLegué a ser académico sin apenas poder ejercer como
profesor de instituto porque carecía del maldito título...
Conseguí al final obtener la licenciatura en filosofía con
el patrocinio del gran Ortega y Gasset, que fue mi profesor

de metafísica, y con el apoyo moral de Unamuno, mi amigo.
La muerte de Leonor me partió en dos, tan joven..., de
tuberculosis, la enfermedad romántica.

La desgraciada guerra entre hermanos me cogió en Madrid.
Nos fuimos, mi madre, mi hermano José y yo, a Valencia
y después a Barcelona.

Vaticinaba mi muerte en un pequeño pueblo de Francia desde
semanas antes de morir, lo presentía, por eso rechacé que me
dieran asilo en la embajada, en París.
Al final mi corazón no resistió, descansa en Colliure, desde
donde se veía mi querida España.

Mi hermano José me contó en el cielo que rebuscando en mi
viejo gabán encontró, entre papelajos escritos, mi último
verso de luz que quedó deslumbrado ante el zarpazo
de la Parca.

Este verso decía: " Estos días azules y este sol de la infancia".

Fui, en el mejor sentido de la palabra, un hombre bueno...

Silencio

Me debato entre silencios que me arrullan en la noche.
Patria de mis musas y de mis númenes.
Descanso necesario que me da posada y fonda.
Recodo de las calles que me llevan al sótano
de lo más íntimo, de lo más mío, de lo único
importante que abarrota el plasma de mi sangre.
Silencio que me amamanta cada noche al son de
una guitarra que rasguea a lo lejos como canto
de sirena, como reclamo de hogares cálidos que
me arrullaron con mis primeras luces.
Silencio que me devuelve la conciencia de los
posos que mi savia deja al pasar por mis venas.
Silencio que va en busca de las palabras que
expresan la sustancia que brota para confundirse
en el aire ambiente, palabras que lanza puentes y lazos con quienes escuchan mi canto.
Silencio que triunfará sobre mis versos si no son más bellos.
Silencio que se hace infinito tras un punto y final.

Silencio compañero y cómplice.

Filisteos al Poder

La Historia es una rueda de carreta sumeria
cuyos radios son las manecillas de un reloj
con ribetes de plata que yace detenido desde
que el hombre prueba las mieles de la Hélade.

La Democracia alcanza con Pericles su cima.
Las artes se inaguran para solo repetirse
con el rodar de los segundos, con el mismo
qué, pero con distinto cómo según los gustos
del momento; volvemos a estar rodeados por
los mismos filisteos que poblaron Gaza en
pleno dominio egipcio, que ahora pueblan los
platós de televisión y los espacios mediáticos;
seres que vuelan hasta sus nidos en lo alto de
la montaña enarbolando las banderas de la
ignorancia, que se preconiza por identificar a
una mayoría que se vanagloria de su
incultura.

Es tan poderosa esta cohorte de filisteos que
cualquier criatura virtuosa que, por azar,
recale en sus inmediaciones, se repliega de
verguenza por sentirse extraño, alienado,
diferente e indebido por que su arte no es
apreciable, a menos que se compense con
el vil metal.

Hay filisteos que abominan de cualquier
ejercicio que no sea traducible en pequeños
círculos con valor facial, que suponga

pérdida de tiempo por que el tiempo es
dinero.

¡¡No señores, el tiempo no tiene por qué ser
dinero!!

El tiempo son gotas de agua carbonatada que
se van traduciendo en estalactitas, yertas de
sonrisas imposibles, de vivencias perdidas, de
momentos que no pueden pagarse con una
tarjeta visa, de experiencias que amplían el
conocimiento de uno mismo y el amor a cada
célula de nuestro ser.

El tiempo es amor,
no es converible en
nada que nos limite.
Cuanto más tenemos
más presos seremos.
Lo verdaderamente importante
es lo que no se ve, lo que se siente.

Las Rosas de Heliogábalo

Es necesario que mi voz rebote
para que su sentido el oído note.
Es necesario que cuando una piel toque,
esa piel agradecida se acerque
para hacerse una, para ser enroque
de torres y reyes que se defienden juntos
de un asedio de hambre y de sed de calor.

Es necesario que dos almas, que mezclan
sus alas cuando se tercia la circunstancia,
beban de la fuente de agua de rosas que
Heliogábalo consumió sin perder de vista
al Dios Invicto, dios que refuerza los
eslabones del destino.

Pero la distancia que sobreviene por azar,
sin que tengamos tiempo de cubrir nuestros
cuerpos de miel , se encarna en Tramontana
que roza las esquinas de las calles recorridas
cuando el Céfiro nos empujaba al cielo para
jugar con las estrellas al escondite.

Es necesario que separemos nuestros cuerpos
para saber si nuestros vínculos soportan el
hielo que escarcha la sangre, sangre que
regaba nuestro huerto, huerto que ayer
rebosaba de membrillo que endulzaba tu
aliento en fragancias ya olvidadas, ya
marchitas del hálito antiguo que ensanchaban
nuestros labios con solo la sospecha de
mirarnos.

Todo se convirtió en mirada indiferente, mirada
sin leña que prenda en ascuas ya convertidas
en ceniza de bares en retirada, bares que lloran
el recuerdo de una víspera embutida en músicas
y risas conservadas en formol con coca-cola.

La lejanía es el rocío de diciembre que se cierne
sobre la lava que discurría impasible por la ladera
de una relación que quedó resumida en fotos en
blanco y negro, que hablaba de guerras entre
tirios y troyanos que perdieron su tiempo.

Dejemos que muera lo que no pudo resistir las
olas de un mar cada vez mayor, mar que rellena la brecha
abismal entre tu Sudamérica y mi África.

Dejémoslo descansar en paz.

A Bartolomé Esteban Murillo.

Salgo del vientre de mi madre encandilado
por la luz de mi ciudad, " La Puerta de las Indias"
Bebo de sus esencias más íntimas, de la miseria
imperante y de las costumbres de mis vecinos
que forjan el cañamazo de mi imaginario futuro.

Me hundo en mis ancestros para dotarme
de contenido artístico, mi padre no me aportó
mucho en ese sentido pero sí mi madre, de la
que tomé pronto su apellido como firma de mis
cuadros, mi padre cirujano barbero y mi madre
hija de pintores y plateros, fue ella la merecedora
de brillar conmigo en el olimpo de los pintores.

Mi tío Juan Castillo me enseño los primeros trazos
y otros pintores, como Francisco de Herrera,
curtido en Madrid, me aportó los mimbres
suficientes para cuajar mi manera de expresar,
de sentir ante un lienzo.

Pronto recibo sobre mi pecho la lluvia del éxito
emprendiendo numerosos encargos de los
conventos e iglesias de mi ciudad, que pululan
como hormigas en procesión infinita.

Me convierto en el pintor de las Inmaculadas.
Soy el más prolífico, con el permiso del gran
Antolínez, en la representación de tan maravillosa
advocación mariana, pero la desgracia me llegó a
unos cien kilómetros de mi ciudad, al caer del
andamio instalado en el cielo de la iglesia de los
Capuchinos.

Ya contaba con sesenta y cuatro años y muchos de
incansable dedicación a este bendito arte.
Los Desposorios de Santa Catalina quedó inconcluso.
No pude recuperarme de las heridas por que en mi
ciudad seguía atendiendo a los pobres, hasta el
último momento...

Por fortuna descanso en mi querida tierra, en el Barrio
de Santa Cruz, en un lugar precioso bajo una cruz
forjada con el amor de mi gente, a la que me entregué
en cuerpo y alma.

Así fue, en resumen, mi vida.
Difícil y dichosa...

Nací en las entrañas de Sevilla.
Me forjé a la sombra de tu Giralda.
Bebí de las fuentes del Betis
que refresco sobrado me daba.

Sigo siendo el mismo...

Sigo siendo el mismo niño que jugaba de pequeño con las pinzas de la ropa al fútbol, improvisando un balón con las canicas que tornasolaban la habitación a las horas en que el sol entraba por mi ventana cual tres potencias celestiales.

Las porterías, dos de ellas tendidas a lo largo. El portero en la mano izquierda se lanzaba por la pelota que el mejor jugador, en la mano derecha, le ajustaba al palo contrario con maestría.

Ese jugador, por casualidad, se llamaba Alberto. Era yo... y también era un centrocampista del Atlético de Madrid, por cierto muy fino en el trato del balón.

Por ese motivo me aficioné al Atlético, aunque mi equipo en esencia era el Betis, y lo sigue siendo.

Este era mi juguete preferido, el más barato, me pasaba horas y horas derramado en el suelo, soñando ser futbolista como los que coleccionaba en los cromos, sueños que duraron hasta que mi cuerpo adolescente tuvo

que renunciar a ser serpiente que se
camufla con el terrazo.

Ahora, andando los años, sigo
prefiriendo los juguetes más amables
al bolsillo, sigo arrodillándome en mi
suelo para nutrirme de lo más esencial
que me conforma.

Sigo disfrutando de lo más sencillo,
de un simple paseo que me permita
enhebrar el sinnúmero de vidas que
se me cruzan ante mis ojos, vidas de
personas anónimas, estrellas fugaces
que pasan por mi vida con la
frecuencia del cometa Haley.

Me gusta vivir con lo justo
Prefiero mil veces ser a tener
Me alimenta más una sorpresa
que la mejor de las ambrosías.

Por mucho que valga un hombre
nunca tendrá valor más alto que el
de ser hombre... (Antonio Machado)

La Caja de Pandora

Estoy en continuo dilema entre Apolo
y Dionisos, me encanta volar alto.
Desde la cima derramar el vitrolo
que envenena mi sangre de basalto.

Sangre como tinta negra del cálamo
que siendo bisturí rasga el asfalto.
La pasión rotunda que ciega el tálamo
que me ata de por vida a la poesía
que surge de mis venas de álamo.

¡Albricias por lo que siento cada día!
Me prosterno delante de Pandora,
le prometo que su caja abriría
si su esperanza me entregara ahora.

El Verano me Confunde...

Tengo
El presentimiento
De que la calima que agosta
mis entrañas está a punto de confundir
lo que siento por ti, de hacerme pensar que el
verano no es la estación indicada para enamorarse, pero
el corazón está lejos de ser un dichoso naranjo que florece al ritmo
dictado por los meteoros que castigan sus verdes ramas.
El corazón golpea como un loco que es sometido
a camisa de fuerza injusta e impertinente.
Termino esta carta pidiéndote
disculpas por cruzarme en
tu camino

¡Canta Federico, Canta!

Fui un soplo de aire fresco a la sombra
de la barbarie que oprime al hermano.
Fui alegría que se extinguió temprano.
La historia con lágrimas me renombra.
MI familia me dio todo el cariño.
Papá quería que estudiara leyes.
Yo quería ser poeta desde niño.
¡Puse el carro delante de los bueyes!
Al fin llegó mi primera alegría
porque papá estaba de mí harto...
¡Mi ritmo de vida casi un infarto!
Mis dramas empezaron a gustar.
Recité en grandes universidades.
Mi muerte fue un injusto despertar.

Te Deseo Tanto...

No soy capaz de conciliar el sueño.
Acabo de colgar el teléfono después
de un esfuerzo descomunal por desatar
tu voz de los nudos que agolpan en una
todas mis neuronas, todas en suspenso
solo con pensar en el día de mañana.
No soy capaz de conciliar el sueño.
Mis labios estallan como yemas de clavel.
Te imagino como serpiente que repta
sobre mi cuerpo abrasándolo por completo.
Sometiéndolo al castigo que la inquisición
me impone por hereje de amor.
No soy capaz de conciliar el sueño.
Pienso cual tortura de la gota de agua
cómo mis dedos recorrerán cada pueblo
del mapa de tu piel, piel de toro que cubre
la península de mi patria llamada Fantasía.

¡Venero tu Simiente Abrahán!

Me decido ahora a prender el cálamo
a estas horas intempestivas de la ...
solo con la condición de rendir culto
a la raza judía por su inteligencia ...
Los sedicientes traidores de Jesús han sido
los promotores de nuestro progreso.
La lista de lumbreras sería ...
y no deseo que mi memoria cometa una injusticia.
La Sabiduría es la diosa madre de los destinos del .....
Atenea impera
sobre el universo como Reina de la Humanidad.
Me postro ante tu presencia y me postulo como fiel sirviente y ....
Te deseo como agua de mayo que besa el follaje ...
herido por aurora que no cesa.
¡Atenea hazme tuyo a cambio de entregarte mi
alma cual Fausto arrepentido!
Te pido no envejecer nunca en esencia,
que sea mi retrato el que envejezca
en mi lugar. Como Dorian Gray
quiero tener la osadía de entregarme al demonio de la Ciencia
y ser un judío más, que rinda tributo a aquel que dicen que nos
creó.

Valga mi deseo como HOSANNA.

Charlot con Regaliz

Recuerdo tus patinadas
¡desternillantes lejanías..!
Tus destrezas enlatadas
que endulzaban esos días
en que merendaba risas
con chocolate caliente,
en que no había prisas,
en que todo era presente.
Fuiste en tu tierra profeta.
Acabaste tus días cerca
de tus raices, de tu maleta
de cuero y de tus zapatos
de regaliz que calmaban
apetitos solo a ratos.

Me invades Satie

Satie me invade en estos instantes.
Me invaden sus excentricidades, que desconocía...
Me invaden los trinos que se elevan del teclado
para ir a varar a las playas solitarias de mi silencio.
Me dejo invadir por el recuerdo del flamenco hecho
cuerda tensada que poblaba las más de las tardes
compartidas con mi madre, al amor de la costura
vespertina que precedía a la deliciosa cena, que
quedó sin remedio apilada en el trastero de mi
infancia, y precintada para su mudanza al mundo
de nunca jamás.

Las manías de Satie lo hacen único, tenía un piano
para depositar las cartas, comía y cenaba en tres
minutos...

Toda esta supuesta locura se hace arena derramada
de las manos de la indiferencia cuando mis oídos,
presos como Ulises del canto de sirenas, se postran
de hinojos ante sus Gnosiennes y sus Gymnopedies.
Su Gnosienne número cinco me recuerda A Felipe
Campuzano, que bailaba como caballo andaluz sobre
su piano cuando mi amor por la música empezaba a
gestarse, la música de mis raices...

Al Margen de los Márgenes

Los Telediarios se alimentan de los márgenes...
Gentes que reptan sobre la miseria
Guerras que llenan minutos que deben ser rellenados
Gentes que nacen, crecen, ríen y lloran en los márgenes
de los márgenes.
Ahora mismo voy a hundir mis pies en el fango para buscar azucenas.
Ahora que finaliza el año
tengo que incitar a la humanidad
a que salte de sus pesebres
para enarbolar la paloma que devolvió la esperanza
con una rama de olivo en el pico
Una paloma cualquiera que nos anuncie la bajada de las aguas.
Que pliegue los márgenes hacia el centro para que todos
(sin importar colores ni estirpes)
podamos pensar, jugar, reir, brindar y correr fuera del márgen de la justicia.
Quiero que sepan que no me importa bordear el abismo, eso no es lo peor,
Lo más difícil es no lanzarse adentro.
Lo complicado es resistir el impulso de
zambullirse en él.

Don Diego de Silva y Velázquez

Bebí las mieles sevillanas que rezumaba
La Casa de los Pachecos, maestro que
pintaba las gracias con un donaire que
embelesaba a la Curia romana que
altiva dominaba.
Tuve que abandonar cuna
y pesebre con lo puesto,
a buscar fortuna, corte
e ingresos con vil denuedo.
Felipe el cuarto acoge
en su Parnaso
mis rumores, promesas
que no tardaron
en hacerse realidades.
Me vienen los grandes encargos
que sentaron las bases de las
academias futuras, de las corrientes
más abundantes en cardumen que
imaginarse pueda.
Salen de mis lápices las Meninas, Las
Lanzas y un sinfín de retratos reales
que aseguran mi sustento y pertenencia
a una corte en las postrimerías del
esplendor que alumbró a las Españas,
valedoras de la verdadera religión.

Mi vida terminó lejos de la tierra que me
vio nacer, de aquel Edén dónde aprendí
a reflejar realidades en solo dos
dimensiones.
Allí donde pude respirar el aire más puro

que nunca una obra pictórica pudo
contener: El aire de Mis Meninas.

Torre de Marfil

Todo depende...
Lo que veo puedo verlo como me venga en gana...
Lo único verdadero es que respiro, como, río, pienso...

Lo que conjuga estos verbos reside entre dendritas...
El pensamiento es moldeable, puedo pensar que el verde no es verde, es la suma del azul y el amarillo, y por tanto depende del tono, de la luz que incide en ellos, del ángulo con que mis pupilas enfilen su visión, etc, etc...

Todo esto viene a que me siento desterrado en una torre de marfil. Vivo mi condena con las alas atrofiadas, para que quepan entre estas cuatro paredes.
Las separo de mi lomo para prenderlas a las sienes.
Me visto de Hermes inverso para desparramar mensajes.

Quiero que el primero de ellos vaya a los que imponen su criterio a los que se dignan en su camino acompañarle.

Aquellos que ponen condiciones al otro como si él mismo estuviera libre de pecado.

Aquellos que siendo mortales aspiran a instalarse en el cielo en amor y compaña de ángeles imposibles.
El segundo mensaje va para ti caminante.

Si eres conejo no renuncies a saltar, no puedes evitarlo.

Salta aunque te encierrren en corral de comedias. Recuerda que ningún ser humano debe desafiar a los dioses, no sea que la torre de marfil se convierta en Babel de discordia.

Sé tú, el mejor tú. La Navidad te invita a ello.

Hedy Lamarr

Fui Víctima de mi grandeza
Era Eva regresada para vengar a la condición femenina.

Reunía Belleza y Talento
Hice honor a mi sangre judía en un mundo hostil.

Fui la primera
en desnudarme delante de una cámara y fingir un orgasmo.

Hitler me besó
con delicadeza, quizás el único, la punta de mis dedos.

Lo odiaba hasta el paroxismo
por ello hice espionaje industrial con las ondas de radio.

Fui Tiresias por Bisexual
pero solo fue para huir de los guardaespaldas de mi marido.

Fui Tiresias por Visionaria
Mis prototipos fueron la base de actual Wifi y Bluetooth.

Fui Tiresias por desvelar
la sexualidad femenina, la mujer siente diez veces más.

Fui Anquises
en los brazos de la ciencia y del cine, se me reconoció tarde...

Tiempo, Amor y Muerte.

El Tiempo, gota incesante que hiere.
Arroyo que discurre en busca de mar.
Carne metálica, ojo saeteado.
Savia silente.

El amor, hálito que impulsa rosa
y negro el molinillo del destino.
Citoplasma de bombón que reposa
sobre el hondo miocardio del cretino.
Proteo que se escurre, luz cegadora.

La Muerte, Luna nueva.
Desenlace del relato.
Belleza oculta, descanso.
Cloto, Láquesis y Átropos.
Delta de aguas en remanso.
Vuelo de paloma blanca.

A ti Juan Ramón

A ti Juan Ramón te dedico estas letras que
a tu sombra son solo briznas de sinsentido,
vanos intentos de perfilar lo imposible.

Tu talento.

Quisiera ser Platero que espejea
en tu memoria, que lenifica tu pasión y
muerte en tu viacrucis contra el desánimo.
Quisiera ser bálsamo que remanse
tus aguas turbulentas, tus idas y venidas en
una España contraria a la razón, al hombre.

Anhelo ser solo matiz de tus primeros lirios,
aquellos que quisiste pintar al albur de tus
locas andanzas de colegial onubense.
Moriste siendo el Nefelibata de que avisara
Rubén Darío en sus flechas de admiración.

Despreciaste el Premio Nobel por impropio
a las alturas del sinvivir en que te debatías.
La vida dejaba de merecer tus despertares
sin Zenobia, la que justificaba tu existencia.
A tí Juan Ramón, por tus poemas, que como
pollo sin cabeza galopan por los intersticios
de mi ser.
Gracias por dedicarte a este bendito oficio.

Colosal se escribe con C de Cortázar

Surgí del vientre de mi madre
bajo una lluvia de
bombas
Pronto sentí el abandono
de mi padre
en una sucesión
enfermiza que
me postró en cama
con la compañía de mis
libros
como único bálsamo
¡ Gracias a dios!
Verne, Poe y Hugo
fueron mis mejores amigos
desde la infancia.
Fui lector empedernido que desató
preocupaciones maternas.
Crecí entre Cronopios y Rayuelas
que en mi madurez
encontraron
papel impreso.
Con apenas diez años me precipité a la escritura
con la estupefacción
incrédula de mi madre
que aún guarda los manuscritos
a salvo de mi.
La Partida
al más allá de mi mujer
y la leucemia
sellaron mi certificado
de defunción.

Agradezco a mis lectores su paciencia.

Tu Mirada me...

Dicen los sabios griegos
¡Pies en el suelo y mente en el cielo!
Mis pies pisan los fuegos
que brotan de tu pelo
que manan tus ojos que mirar suelo
Desde que el fotón primero
que rebotaste llegó
a mis ojos,
de agonía me muero.
Tu mirar de lleno cegó
mis abrojos.
Ahora entiendo a Santa Teresa en
éxtasis llegando a las Séptimas
Moradas para fundirse con su
amado, con su uno, contigo.
Gracias a tí entiendo la cosmogonía
numérica de Pitágoras, la música
que mece la armonía del Universo.
Asumo tu mirada esquiva, envuelta
en aureola trigueña.
Miras de soslayo tímida, consciente
de tu poder, de tu encanto.
Soy una víctima más, soy cualquiera
que ansía carne caliente que abrigar,
morada al desgaire del pasado que
fue hogar con leña.
Tu mirada callada, clara, fija pero
sin estridencias, como tus versos...
Anhelo más, pero el hiato entre tú
y yo es eterno.

Nunca fue imposible lo eterno...

Camino Arriba. Reencuentro.

Cuando el camino se vuelve tremendal.
Vuelvo a mi pueblo, a mis orígenes.
Vuelvo a tentar la superficie cálida
de aquellos que solo poblaban mis
recuerdos.
Decido descender de la carreta que me
lleva sierra arriba, en busca del sol de
mi infancia.
LLevo solo un pequeño hatillo de
vivencias.
LLevo ilustraciones grabadas en afecto
de aquellos momentos que negro sobre
blanco salpican mi autobiografía.

Es el momento de que los recuerdos se
vuelvan carne y tiempo futuro.
Pasado más futuro igual a presente por
que es una ecuación de suma cero.

Quiero que el tiempo retroceda para
salvar el paréntesis que rueda sin tocar
la hierba.

Necesito ser rumiante que sienta como
la fibra arrastra los estertores pasados,
el poso amarillento de la fría niebla.

Necesito ahora sentirme Quijote que
charla con Sancho, dejándose asombrar
por la lucidez insospechada de lo que

creía inexacto, ínfimo, menor, burdo.
Quiero fundirme en las placas de cobre
de una ilustración de Gustave Doré, que
sublime ataca las esencias del personaje.

Quiero renacer sin haber sido ceniza, sin
haber galopado sobre el Ave Fénix, sin
haber escrito cual Lope y sus epígonos.

Cuando el tremendal se vuelve camino
y la poesía barca, óbolo y Caronte.

Pasión y Fuga en mal menor

No salgo del trance de pensar tu crucifixión
Recojo tus
cosas enmerdadas por la inopia

Necesito una aspirina de Vivaldi para reconciliar
mi pasado, para que el presente me
autorice
el paso, resumo tu estancia en mi Vida como

una conjunción equíVoca de Marte y Júpiter.
VuelVo a la candela de la luna para refugiarme
en el Ospedale con las catarinas Voces de mis
alumnas.
Vislumbro mi desenlace en el subterráneo
de las baldosas, infecto, como corolario de un
curso de éxitos póstumos.
Deshebro las cuerdas de mi Violín porque
se

torna inserVible, recurro a la fuerza del chelo
y al susurro en lontananza del
pianoforte.
Maldigo tu sonrisa al bies que me empujó
a la isla
de los lotófagos, al sumidero del
olVido más íntimo y brumoso del mundo.
ViVo por tu culpa encerrado en la única
celda de castigo que Miguel de Mañara
pudo reserVarme en su hospital seVillano.

LLegué tarde a ti y por ello pago

los barcos perdidos sin honra.

Finísima ironía la del destino...

De la Cicuta al Olimpo.

Sócrates, hijo de familia humilde
Sócrates, Germen del Anarquismo
Mente curiosa y consciente
Reacio al saber sediciente de los poderosos.
La Mayéutica, fórmula alquímica
contra la soberbia.
Dijo la pitonisa que era el hombre
más sabio por ser el único sabedor
de su ignorancia.

El autodominio y el conocimiento
restablecerán el equilibrio entre el
Hombre y la Naturaleza.

Fue acusado de sacrilegio e
irreverencia contra la creencia
establecida, los dioses se cobraban
su ordalía pendiente con óbolos de
cicuta.
Pudo hacer valer sus amistades
para eludir el desenlace fatal,
pero quiso cumplir con una justicia
administrada por injustos.
El año 399 antes de cristo fue la
caída del telón de la Sabiduría
hecha carne.

Sexteto Sinóptico:
Sócrates, hijo serás de Atenea
aunque no quieras a tu madre verla

Deja por favor que ella un poco te
vea aunque por la grieta no entre
una perla.
Te dijeron que eras el hombre más
sabio, fue cual si te arrojan arrabio.

Siempre...

Siempre quise militar con los caídos en el ocaso de lo posible.
Siempre quise brindar con los que olvidaron sus copas en un resquicio
de las tablas de la ley.

Siempre quise derramarme sobre aquellos que perecieron de frío
a la sombra del caballo que sumió a Troya en el preludio de la
fundación de Roma.
Siempre me sedujo la condición de perdedor de Eneas, que soportó
sobre sus hombros a Anquises para salvarlo del desastre y erigirlo
en testigo de excepción del nacimiento de un imperio.

He oido alguna vez, confundido con los graznidos de los cuervos
que anuncian los vientos nefastos de las Parcas, que la cólera de los
Dioses es pura patraña guisada al fuego del atontamiento del Rebaño.
Siempre me he revelado a la palabra evocadora del Verbo.

Siempre me he opuesto a contestar a las preguntas de la Esfinge que
comulga con ruedas de molino, aquella que renuncia a su condición de
mujer por fundirse en las feromonas de la sumisión bíblica.
Siempre enarbolaré la bandera de la buena fe aunque mi inocencia
muerda el polvo de la incomprensión del que ha padecido la ira de la
venganza.

Siempre me atendré a los resortes que disparan mi sonrisa
y me hacen mirar al sol de frente, sin miedo a que me queme la retina.
Siempre voy a preferir conservar mi honra sin barcos, que disfrutar
del beneficio infame de calafatear barcos sin honra.

Mahatma Gandhi

Fui una brizna de esperanza a la deriva
de la sinrazón .
Quise arar otros surcos hacia la libertad
que no fueran los surcados a costa de la
sangre malva de un pueblo desarrapado.

¡¡Ahimsa, qué bella palabra!!

Utopía resumida en seis letras que
retozan en el firmamento como estrellas
que salen a nuestro encuentro solo para
que deseemos, aunque el deseo perfore
nuestras fibras, nuestra bóveda de
saberes curtida al amparo de los hechos.
Quise ser ejemplo para que me siguieran
como ratones al flautista de Hamelin.
Con mi rueca en ristre devané un futuro
de aleluyas que se quebró nada más
nacer.
El hombre sigue respirando por la herida
que se pudre al arbitrio de una violencia
inmanente a sus genes.
La milenaria India, madre trinitaria, fue
viviseccionada por manos ignaras hasta
la náusea de nuestra identidad.
Quise poner paz entre credos
sentenciados a muerte
para el resto de todos los días
de toda existencia pasada
y presente.
Mi muerte fue un esperado colofón

a mi inocencia militante, aquella
que soñaba con mundos imposibles
en una humanidad desengañada
de ángeles salvadores.
No he dejado casi epígonos, mi
esfuerzo no ha servido para nada...

Crónica de Una Muerte Anunciada

¡No volveré a hacerlo más.. te lo prometo!

¡¿Me oyes Elisendaaaaa?!

¡Por favor no me hagas estooooo..!

Sentado al Fuego...

Anoche me senté al fuego del hogar.
Mi corazón necesitaba fundirse
sobre mi pecho y mancharlo de
sangre para así decidirme a lavar
todas las pieles que se sucedían
para proteger mi dolor.
Me acordé de ti, Manuela, cuando
me decías que no podías concebir
una vida sin mí.
Me acordé de ti, Esperanza, cuando
lloraste mi ausencia pensando que
fuese definitiva.
Y también me acordé de ti, Azucena...,
cuánto te echo de menos...
Fuiste mi última esperanza de vencer
la soledad y el páramo infinito.
La Pampa me viene a ver cada noche
para recordarme que tras el desierto
cobra vida un sinfín helado que se
hace continente y contenido sin
necesidad de agotarse en el braceo
por que es estrecho y profundo.
Esta noche me sentaré de nuevo al
fuego de un hogar helado.
Helado no por falta de leña, que hay
y de sobra, sino por falta de chispa y
de pedernal que encandile un roce,
o dos si es posible.
He oído en la lejanía que la palabra
amor se escribe con mano trémula y
se pronuncia con el corazón y los

ojos muy abiertos.
Mañana me volveré a sentar al fuego
al caer la tarde para hacer balance,
cerrar mi contabilidad de triunfos
y fracasos y llevar mañana los libros,
por la mañana temprano, al registro
sentimental, para que sean sellados y
validados.
Espero no tener que pagar multa
administrativa, por esta vez...

Goya

Afrancesado por ser el progreso
Sirvo a la corte por simple sustento
pero sirvo ante todo a lo que expreso
con mis pinceles en el mero intento
de librar a este país del embeleso
de estar engañado, negado y
hambriento.
Soy cronista de la negrura ambiente
La obra de arte que no se atreve,
miente.
Por miedo a las malditas represalias
tuve que exiliarme en el país vecino
donde extrañaba nuestro don divino
cual es la luz del mar Mediterráneo.
En Burdeos hice amigos, recibí
la visita inesperada de Godoy
con quien disfruté de un gracioso
rentoy.
Olvidé mi condición de foráneo.

Pur ti miro...

Solo verte la primera vez, en casa de Otón,
me bastó para hallarme desposeído de mi
corazón para el resto de mi aciaga vida.
Antes de concluir la velada convinimos
nuestro enlace.
No dudaste un instante, tu sueño de ser
emperatriz estaba a la vista, al alcance
de tus blancas manos esculpidas por el
mismísimo Fidias.
Casi no nos conocíamos, solo supimos
que nuestras vidas debían unirse por el
designio de Venus, que nos dio la venia
casi desde el primer instante.
No pude por menos de rendirme al arroyo
de mis sentimientos,que se tornó cascada
tempestuosa con el paso de los años.
Mi obsesión por ti fue creciendo más aún
después de tu muerte.
Nuestra hija Claudia tampoco pudo vencer
tu ausencia.
Te pido mil veces perdón por golpearte
brutalmente, cuando albergabas en tu seno
a nuestra hija.
Tus insidias acabaron con la vida de mi
madre, Agripina, y con mi anterior esposa,
Octavia, y no contenta con eso quisiste
tentar a los dioses intrigando contra mi
adorado Séneca.
Apenas pude soportar tu esmerado
y obsesivo aseo.
Nuestras asnas no daban abasto...

Quedé tan prendado de tu amor que
Esporo cargó con tu sombra.
Sombra infinita y fatal...

A un Ficus Frondoso

Le topé de frente cual si fuera una aparición.
Giré la esquina para entrar en el parque de la Pirotecnia
y me invadió su porte, su presencia imponente, su frondoso
verdor que no raleaba ni desde una mirada cercana y minuciosa.
Me dio un brinco el corazón ante tanta belleza.
Pensé si era concebible tanta lozanía y majestuosidad
en un ser que emergiera de una simple semilla.
No pude por menos de detener el fragor de la lectura que me
copaba toda mi atención para disfrutar de este don
que el destino
me brindaba.

Le contemplé - era una mañana de primavera -como si se tratase de un
cisne negro, de una rara avis
que se me terciara como por arte de magia.
Detuve mi camino a su lado, acariciando su piel que se hizo sedosa
antaño, seguramente por el roce de otras manos también rendidas
de admiración.
Desde entonces - al menos una vez a la semana- repito el camino de
ida al trabajo para rendirle homenaje, más bien culto, como si fuera
un dios céltico.
Me detengo ante su voluminoso tronco, miro hacia arriba para abarcar toda
su espesura y le acaricio la rama principal que sale hacia la derecha, que tiene

un tacto suave como
Platero.

Insatisfacción

Abrí la cerradura de mi apartamento.
Mis pasos reverberaban como en una
iglesia.
Me dirijo a mi habitación y hallo un
papel sobre la mesita de noche.

Este rezaba: " Cuando llegue a mi
destino tendrás noticias mías".

Etcétera...

Mis ojos se abrieron con las claras del día. Pude comprobar que la cama estaba yerma al otro lado, mi mujer se fue a trabajar, o no, ¡ Claro, tonto de mí, estaba en su ciudad con su madre y los niños de vacaciones!, suele pasarme a veces, sobre todo al despertarme, que tardo en sincronizarme con la realidad.
Enfilo el pasillo hacia la cocina para reponer energías, decido visitar el centro de la ciudad como un turista más, era mi primer día de vacaciones y cuando trabajo no tengo tiempo de aventuras culturales.
Decido desplazarme a pie para saborear a fondo cada segundo que me era dado en ese dìa, que no era un día cualquiera, sentir el golpe del viento, cada aroma que flotaba en el aire como si fuera la primera vez que los percibiera, yo que no me he movido de mi ciudad en mi casi cinquentena...
Franqueo la puerta del Museo de Bellas Artes, me place muchísimo entrar en diálogo íntimo y casi místico con mis pintores favoritos, aquellos que pueblan mis mis gustos artísticos, los que me dieron a amar desde el colegio, que constituyen mis referencias de lo que debe o no debe ser estético.
Vuelvo sobre mis pasos para refugiarme en mi solitud de miel y rosas, la que me permite reunirme con mis musas y con mis otros yos, que me esperan anhelantes al otro lado de la conciencia.
Voy a llamarlos para ver cómo han pasado la jornada, les echo de menos pero también me añoro a mí mismo.

Eu GENIO Salvador Dalí

Siempre quise ser una concha más de las playas de Port LLigat y jugar al pilla pilla con mis musas, entre ellas la diosa Gala, la primera.
Ella vino a mi vida para convertirme en lo que soy , el pintor más famoso del mundo, sin ella ahora no habría llegado a las cotas artísticas que me adornan.
Ella me ha salvado de ser un simple homúnculo que deambula por los bajos fondos de lo imposible. Me gusta arrellanarme en su regazo y sonreirle como el gato de Cheshire, inasequible al desaliento ante su energía sideral.
Gala se me filtra entre los resquicios que rayan mis dientecillos apretados como una vía de agua que encuentra salida ante lo estanco como por ensalmo.
Solo puedo alcanzar a rozarla por mucho que me empeño, por que, aunque alcance a oir su voz, me siento a miles de años luz de su campo gravitatorio.
Sueño con hacer la obra de arte que me dé una cátedra en el Parnaso de los pintores eximios de todos los tiempos, sería de orate que no aprovechara mi talento para ganar dinero, eso del Avida Dollars es pura envidia de los sedicientes surrealistas, como el caudillo de todos ellos, el excelentísimo Breton, que me obligó a asistir a una de sus reuniones en plena vorágine vírica, tanto era así que permanecí toda ella con el termómetro en la boca para estar al corriente de mi temperatura, que era lo que más me importaba en ese momento.
Estoy terminando mi Fidias particular y creo que le he puesto menos testículo del necesario. Debo corregir cuanto antes este error, debo añadir más pasta en los bordes para que ofrezcan la redondez que corresponde.
Esta mañana me levanté a las doce con el regazo puenteado por una bandeja que mi musa me ha repletado de tostadas y zumos de

colores espectrales.
Tuve el mejor sueño desde hace unos días, tanto que me desperté con mi salivilla de placer sobre la comisura derecha, lo que suele sucederme cuando el sueño es premonitorio.
Por fin me anuncian los dioses que voy a hacer la mejor película que darse pueda en la historia del celuloide, la escena apoteósica se desarrollará sobre la Fontana de Trevi en cuyo centro colocaré una vieja vestida de Torero con una bandeja de Martinis, en la parte superior se abrirán dos ventanas con sendos rinocerontes que se lanzarán en picado sobre la fuente para hacer acto de aparición junto a la vieja; el resto del film queda in albis para no desalentar a mis seguidores.

Vuelvo a mis Clásicos...

Me refugio en el eco que reverberan
las paredes de mi patria de papel.
Paralelepípedo que me aísla de las
nociones de realidad que se atisban
en mis recuerdos sobre el mundo
primigenio.
Me decido a poner cuna y tumba
a todos los gañanes que se niegan
a beber del río de nuestra sabiduría.
Me aventuro a recorrerlo corriente
arriba para hallar el Dorado de mis
porqués.
Invoco a las altas instancias para que
me iluminen lo suficiente para no
atender los rumores retráctiles del que
oye sin escuchar.
Para este viaje olvido mis alforjas por
necesitar solo la compasión del que no
ve camino delante porque todavía no
está editado.
Desvelo todas las mascaradas que me
desvían del derrotero previsto.
Arranco de mi diccionario la palabra
Amor por que sé que no tendré que
consultarla en un futuro perfecto simple,
porque sé que si tengo que pronunciarla
no seré capaz de abrir mis ojos lo
suficiente como para que el viento la
lleve a su destino.
Aunque oí de pequeño que Petronio es el
árbitro de la elegancia, no dispongo de

energías para que mi canto sea armonioso
frente a desesperado.
La humanidad consternada espera auxilio...
Mientras yo debato sobre el sexo de los ángeles.

Segunda Oportunidad

¡Por favor , ten cuidado al salir!
Ya lo tuve...

Edgar Allan Poe

Nací a principios de una nueva era
-cuando se disolvía el yugo a guisa
de dogal que el hombre cual recia frisa
sufría en su cuello como sarmiento-
Quedé huérfano pronto y fui adoptado
por los Allan, aunque nunca lo fui
de veras, por ello no recibí
ni amor, ni tan siquiera sentimiento.

Pasé solo un curso académico en la
Universidad de Virginia e intente la
aventura militar que acabo en
naufragio.

Me decidí por el periodismo y pronto
emergió de mis entrañas mi vocación
por las letras.

Fui el inventor del relato detectivesco
y senté las bases de la futura Ciencia
Ficción.

Quise vivir de mis escritos - primero
al que se le ocurrió tal locura--
pero no fue del todo posible.

Caí en la bebida para enajenarme del
fracaso.
La desgracia fue adueñándose de mi
vida hasta colmar el vaso con la muerte
de Virginia, tan jovencita...

La muerte me visitó para quedarse,
con mis cuarenta apenas cumplidos.
Fue una especie de Chacona ante tal
rosario de desatinos y fracasos.
Fue un descanso merecido a tanta
gloria futura.

Hágase la Luz Sorolla.

La fascinación de la luz.
La ebriedad seductora
disfrazada de pintora
que enjalbega el sentimiento.
Las costumbres ancestrales
de un pueblo con pincelada
gruesa y casi cincelada
con buril verde sarmiento.

Marinas que invocan sueños
de mi memoria temprana.
Patios con cantos de rana
que no disponen de dueños
porque jóvenes risueños
retozan cual querubines
sobre emplumados cojines,
elevando zarandajas,
degustando las migajas
entre graciosos mohines.

Cien Cañones...

Alcanzo el número cien sin haber empezado
(sin tener la sensación de empezar)
Me sigo divirtiendo jugando a ser poeta
(sin serlo ni por asomo)
A veces soy un simple asno de Buridán
(me pierdo en la elección o en la ocurrencia)
Rocío la púrpura que me-supe-tener-escondida
(que a veces me mancha los dedos cuando hurgo)
Alimento al niño que llevo dentro como fiel escudero
(Todo niño lleva un hombre dentro, ese hombre
debe conservar a ese niño para poder sonreír al arco
iris que brota de una olla llena de monedas de oro)
Me gusta saberme mandrágora, fruto del último
ahorcado bajo la vorágine de la intransigencia.
Mi alma, mecida por un coloide letárgico, se hace
navegable ante la espera inmóvil de los barcos que
anhelan faenar al amanecer.
No me canso de profesar humildes homenajes a
aquellos que proyectan los rayos que hacen rielar
mi amnios uterino.
Huyo de las baladronadas que otros dispersan sin polen.
(sorprendidos por la magia de su hemisferio derecho).
Mi crónica del cien está echada al aire del instante.
Espero el eco de un crujir de suelas, del anodino gorjeo
del último pájaro de la mañana que nace.

Así sean cien más...

A Rosario Vercelli.

Me seduce tu mirada de noche iluminada
con clara luna suficiente al noctámbulo.
Sueño ser el amanuense de los poemas
que dedicas a tus platones imposibles
y, a continuación, desparramar la papilla
de colores y sabores que aderezan tus
quimeras sobre tu piel que, a modo de
brasa, cocerá mis ilusiones y las hará nada,
nada-de-nada-porque-no-soy-nadie:
solo una foto que escribe y palpita al
otro lado del ostracismo, y emite ondas
de radio para conectar con quien me sepa
vencido tras la trinchera vespertina.
Sé que si llevara a carne un anhelo
fundado en la imaginación, la mirada
profunda y castaña oscura que lanzas al
vacío se convertiría en barrotes de oro de
una cárcel de amor.

Me conformo con que existas, y si lo merezco,
con que me dirijas alguna letra, aunque sea
muda.

Solo me lo preguntaba...

Dicen las malas lenguas que si le pides
a la vida algo con insistencia, puedes
correr el riesgo de que te lo conceda,
y una vez concedido, ¿Qué haces con ello?
En ese momento es cuando empieza lo
intrincado porque es más difícil gestionar
el éxito que el fracaso.
El éxito es tan deslumbrante como un aluvión
de halagos que humedecen las chorreras de tu
camisa de los domingos.
El éxito que se puede preciar de tal es aquel
que no te exige rendir cuentas una vez
disueltas las mieles en el zumo lácteo de la
fragancia congénere.

Es como el amor que se alcanza tras una suma
de químicas convergentes. ¡Vamos a ver!,
¿ Si te gusté esa noche que coincidimos en el
concierto por lo que te decía, por mi mirada...,
por qué ahora quieres remodelarme a tu imagen
y semejanza; no estás corriendo el riesgo de
convertirme en un constructo frankensteiniano
que repudies tan solo ose abalanzarme a tu cuello
en desenlace prometeico?.

¿Quizás sea que te espanta tu imagen en mi espejo
una vez pasada la fiebre endocrina?

Con Las Manos en La Masa...

Salí del trabajo con un presentimiento.
Decidí volver andando a casa, para ventear
la tensión que me producía soportar la negrura
que advertía en lontananza.
Alumbré distintas soluciones a las tribulaciones
que me saeteaban el corazón desde mi pensamiento.
Oscilaba a caballo entre la desesperación
y la incredulidad.
Me sentía arrojado del nido que me había abrigado
desde la erección de mi última nueva vida.
La prueba del nueve de todo lo que pensaba se cifraba
en la prestancia constante y no requerida de mi vecino
Manuel.
Recuerdo que, durante las horas que compartimos este
último fin de semana, puso como chupa de dómine a mi
exmujer.
Me cocinaba a fuego lento durante todo el trayecto sin
darme cuenta de la abyección que frisaba la condición
humana.
Ensarté la llave en la cerradura y noté como el respingo de
un resorte, un aullido de mujer implorando comprensión y
un frufrú constelado de temor por ser descubierto.

Recuerdos de Mi Niñez

No era una chica que dejara poso en la retina.

Los recortes que guardo en mi memoria son la
síncopa táctil del premio que me suponía su
visión espectral.
Rebanaba la sensación de desquiciante desmemoria
por sobre el resquicio que su fragancia dejó en el
aire que me envolvía, era como si el peine del viento
quisiera dejar testimonio de su soberbia.
Esa señora punzante y resabiada llamada "Seriedad"
se apoderó de mi semblante apenas despuntaba el
primer bozo sobre mi labio superior.
Se gestaba a fuego lento la pericia de mi primer tártaro,
aquel que atañía al conocimiento del otro sexo, el misterio
que me abordaba por las noches cual ectoplasma satánico.

No pude de ningún modo sustraerme al embrujo de aquel
ser que se me terció una tarde de vuelta a casa, casi
vespertina.
Desde ese instante el Timor Mortis, enarbolado por la caspa
cristiana que proclamaba su influencia desde los altares
dominicales, vino a instalarse en mi casa conciencial para
siempre.
Una tarde me la encontré de frente brincando como una
posesa al conjuro de los juegos que las niñas desarrollaban
con la ayuda de una comba, una suerte de cuerda larga con
asideros al extremo.
Recuerdo que permanecí a buena luz observando las
evoluciones de las chicas que dibujaban palomas soterradas
a mi escasa inteligencia.

Es una de las contadas entrevisiones de mi niñez que guardo
con celo carcelario todavía.

Unamuno Trágico.

Dicen que dijo" Que inventen ellos".
Es una frase que no la imagino en boca
del que suspiró por una España uncida
a una Europa próspera y crisol del progreso.
"Venceréis pero no convenceréis" pronunció
ante el discurso reaccionario de Millán Astray
proclamando la muerte del Intelectual.
Tuvo que escuchar tamaña patochada
sujetándose con todas sus fuerzas de la
cátedra que le vio encumbrarse al Olimpo
de la Filosofía española y mundial.

Murió como vivió. Luchando por que se
mantenga encendida en su país la luz
de Atenea.

Soneto Sinóptico:
La Existencia es mera contradicción
Solo me importa el hombre de carne y hueso
La vida es tragedia, trajín y aflicción.
Toda pena se recrea en un beso.
Aunque vasco de cuna y estirpe fui
salmantino de cátedra y moral.
La injusticia y el descrédito sentí.
¿Mi propósito?, que la negra España
feudataria de la Santa Carcoma
se librase de la ancestral guadaña
que siega su futuro y se desploma
ante la pasividad del político,
que ansía solo su presto sustento.
¡Es como un mortal cólico nefrítico!

Sueño de Una Noche de Verano

Me senté en tu banco bajo el yugo
marmóreo del desánimo.
Sentí sobre mi piel cómo las gotas de rocío
descendían por mi desnuda manga con sabor
a súplica, trataban de proporcionarme la
frescura necesaria para afrontar esta herejía.

Experimenté de súbito cómo las comisuras
se me ensanchaban esbozando una sonrisa
que semejaba una ventana rota.
Asimilaba, cuando despuntaba el alba, la razón
por la que me decidí a hacerlo, intuía que de
atreverme a decírselo recibiría como por ensalmo
el pláceme que la vida me guardaba en su
chistera.

Todo transcurrió como si un león que vislumbra su
ocaso se humilla ante el perdón del nuevo rey
indulgente y sabedor de su superioridad sin saltar
a la palestra.

Me sabía por momentos papagayo verde que Machado
conserva en una jaula de plata para recordarle, como
las campanas de la iglesia, que solo se canta lo que se
pierde, nada más, y lo demás son cantares de gesta.

Tras la digestión del desaguisado me digno levantarme
para ajustarme al paralaje terrestre y seguir el camino
dibujado en mi código de barras.
Recibo el martilleo de las eternas obras públicas que
aprovechan el estío y la ausencia del alma de la ciudad,
llorando el tropiezo sin que se me note.

Sayaka de Bizet

Bebo los vientos por tus ojos gitanos
Solo intuirte se me revolucionan los
centros de mis entrañas.
Tu nombre me sabe a geisha legendaria
que se postra por costumbre al abuso
del varón.

Te veo salir de la fábrica con tus amigas
contoneándote sabedora de tu embrujo
tributario de los míticos cantos de sirena.
No pude por menos que convertirme en
un pelele don José que fue presa de la
fuerza que rezumaba tu libre disposición
y sensualidad.

Tendré que darte muerte porque no puedo
soportar la idea de que me dejes por otro
cuando te plazca. No quiero oir el Toreador
en honor a Escamillo, que me sirva de banda
sonora a tu ejecución sumaria.

Eres la llama del pebetero que mientras el
estadio bulle sigue firme y constante, llueva
o nieve, indiferente al desdén del público,
que solo tiene ojos para el fragor del atleta.

Me postro al eterno femenino que representas.
Surfeo la ola que despierta tu apabullante
energía y que humedece mi afecto, que sé
mutuo.

Tienes un espacio precintado para tí nada más.
Navego entre tus versos como un barquito que
se sabe naufragado antes de llegar a la orilla.

De lo que Sería Capaz...

Voy a poner ahora un pie en el estribo
para subirme al caballo del lenguaje
que me conduzca al Valhalla de la escritura.
Me voy a devanar el cerebro hasta el punto
de hacerme poesía sin morir en el intento.
Me propongo estudiarme para desvelar
los tejemanejes que revelan mis secretos
y los hace belleza para deleite del que mira
del otro lado.
Me voy a disolver de nuevo en la sustancia del
tiempo para entregarme el alma en un suspiro.
Me convierto en cómplice de la antimateria
para desgajar cada palmo de mi propio laberinto,
aquel que se hace efluvio ante una friega de alcohol
que reconforte el sueño que se avecina.
Me reconozco figura fractal que sigue un proceso
iterativo que se hace espejo infinito con solo asomarnos
en el zaguán acristalado.
Me arrodillo en adoración ante el Hic et Nunc que domina
las conciencias más modernas.
Me decido a conectar dos cabos de cables electrificados
para producir una disrupción que revolucione el estatu
quo ambiente, y después de ponerlo todo patas arriba
me sentaré en mi mecedora frente a la puesta de sol
para acariciar la tarraja de mi guitarra, dar buena cuenta
de la pitanza diaria que me espera con los brazos abiertos
y , sin solución de continuidad, iniciarme en la próxima
coyuntura que me permita intrincar los sargazos de mi mente

La Pasión De Sade.

Creo que mi condición aristocrática me jugó una mala pasada.
Me dejé embriagar por los efluvios que emergían de lo más
íntimo de mi sentimiento, tenía acceso a la crema de la sociedad
parisina de las Luces y quise granjearme la mejores mieles del panal.
Mis devaneos con los encantos femeninos desataron una procesión
satánica de desafueros que me llevaron a prisión por escándalo público.
Mi primera estancia entre rejas selló tal estigma de oprobio en mi
imagen que se precipitó, cual rosario que se desgrana, una sucesión
interminable de internados carcelarios que acabaron con mi precaria
salud, tanto física como mental, porque mis huesos restallaron exánimes
en un maldito manicomio en las afueras de Saint Maurice.
Lo único salvable de mi existencia fueron mis composiciones, que me
significaron árnica para mi alma dolorida de tanto sufrimiento.
Mis ciento veinte días en Sodoma y Justine, entre otras obras y opúsculos,
me ofrecian la salvación celestial que mis congéneres me negaban por contravenir
las leyes de la moral imperante y deslustrar las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia.
Mi vida fue el corolario ineluctable a una debacle existencial que no hacía justicia
a la loa que mereció mi obra en los siglos venideros.

Mi desgracia me es indigna
fui crucificado vivo
la moral sella maligna
un veredicto abusivo
Mis novelas son testigo
de mi larga procesión
de sufrires sin amigo
que me ofrezca solución.
Recorri toda la Francia
visitando las prisiones
fue la maldita constancia
la que acabó con el mito.

Los delirios de locura
echan el telón maldito

Sentir, Vencer, Ser...

Salgo a sentir, a ser lo último posible
Resisto la maleza que me atora
Agito todo mi cuerpo para vencer
la prisión que me impide ser.
Poseo los recursos, paro mientes
en el hombre que deseo para mí
sin saber si lo alcanzaré algún día.
Mi pensamiento vuelve a hacerse
sangre, sangre que tiende a violácea.
De puertas adentro me expreso conforme
a mis principios más ocultos.
De puertas afuera tiendo a estar conforme
a la regla que nos arrasa para no ser alguien.
Cuando salgo al azote del viento me monto
en la primera ráfaga que me pasa cerca y me
atrevo a dejarme llevar por su aventura, confiando
en que el destino sea el debido a mis conveniencias
y a mis apetencias de vida.
Intento ser rizoma que crece hacia delante, en vez
de hacia abajo como una vulgar raíz.
Me como el pan de la presencia para dar testimonio
de que algún día estuve aquí, dejando mi huella, mi
energía despreciada por el rigor del reloj.
Entro en juego con el frenesí suficiente para merecer
el ataque del que desea rebaño, me convierto en un
sucedáneo de mí mismo que pretende desaprender
lo aprendido durante siglos de cultura ancestral, para
entrar en la posteridad con los laureles que se precian
para que el cocido del futuro esté en su punto ideal.
Deseo hacerme perdidizo en un mundo como este,
donde la piedra debe renegar de sí misma, donde

lo sólido debe fundirse para prescindir de su forma.

Divina Commedia.

Siento ya el calor del Infierno rozando mis dedos.
No puedo impedir el impulso de la curiosidad
cuando estoy a punto de saciarla de una vez para
siempre.
Me hago acompañar en este crucial momento del
magisterio de Virgilio, que desde mis primeros
balbuceos literarios acude presto a mi llamada.
Me adentro en el primer círculo, atónito ante la
visión fantasmagórica de personajes que hollaron
el mismo suelo florentino que me sustenta.
Diviso cual aparición a mi amigo Cavalcanti que
en gloria se merece estar, no concibo su estancia
entre estos fuegos que hielan el espíritu más preciado.
Me dejo conducir por el que paró mientes en uno de
los hitos de la poética de todos los tiempos: La Eneida.
Me deslizo ingrávido de tan ligero por entre la maraña
que entreteje el marasmo del Inframundo, me dejo
arrullar por la síntesis de la Historia que supone este
desfile de almas que significaron tanto y tan poco.
Me paro en este rellano para oír un canto en mi
honor, que me digno escuchar con atención:

oh! Admirado amor, Dante
Flor y nata de tu tiempo
fuiste el bardo que elevó
el Stil Nuovo al extremo
de ser santo, seña y norte
de la nueva poesía y cielo
que albergó los regios númenes
que los siglos venideros
sancionarán como reyes

del empíreo y del Leteo.
Quisiste como señora
un ser perfecto, entero,
que atiende a Beatriz,
muriendo en el intento.

¿Qué es el Amor?

Qué es eso del amor que tanto se pregona.
¿El amor se nace o se hace?
¿El amor se cuece o se enriquece?
¿El amor es un sentimiento que nace puro, o
que claudica a la necesidad de amparo?
¿Qué amor es mejor, el que se consume
nada más cocinarse o el que se deja reposar
para que su sabor tome cuerpo y sangre?
¿Por qué a veces colgamos la etiqueta del amor
a algo que está más emparentado con el mercadeo
que con el sentimiento?
¿Acaso llamamos amor a todo aquello que nos empuja
a fundirnos con el prójimo aunque nos interese de este
su servicio y no su ser?
¿El amor es posiblemente primo hermano de la ausencia?
¿Quizás el único amor verdadero es el que surge como la
vida misma, por azar, como el presidio que sin causa disfrutamos
en la bóveda materna?
¿El amor es una liberación en sus primeros latidos para después
pasar factura de lo vivido como una vulgar atracción de feria?
¿Es como el pan duro que calentamos al microondas, que al principio
nos ilusiona tierno pero al volver la mirada se redobla la dureza primera?
Por favor, que alguien me lo explique.

Te Sigo Buscando...

Quien va buscando encontrará su espectro confundido
entre tinieblas.
Quien va encontrando se topa de bruces con el elixir
de la vida, aquel que solo se ofrece a quien no lo busca.
Te sé como matrioskas que empequeñecen en el trance
de la sorpresa, aquella que se mezcla con el sueño de
la razón.
La somnolencia del que se siente distinto te hace distante
En tiempos donde mi nostalgia y yo nos hacemos uno, me
siento el hazmerreír que rebosa razones royendo el rábano
del recuerdo más recóndito de mi raíz rubicunda.
En la cumbre de la insensatez me yergo incombustible,
y como premio a mi buen hacer me postro en el diván
del Tamarit para gozar de sorbos de Federico, que se deja
hacer como hembra en celo tensando el espinazo que zozobra
cual cenáculo de cinábrio que cimbrea al certero zarpazo de una onza.
Dejo por hoy, para descanso del lector, de ensartar insensateces
y me voy a disfrutar de la noche, que me espera anhelante.

Annus Mirabilis 1905.

Toda mi dedicación a la Física dio sus frutos
en 1905, año que aparece bordado con letras
de oro en mi diario, año en que coincidieron
las publicaciones de la esencia de tantísimas
horas de dedicación ferviente, que jalonaron
el nacimiento de un nuevo estadio científico
en el conocimiento de la Naturaleza.
Fueron cinco artículos, no solo los tocantes
a las leyes de la Relatividad especial y general
sino también, fueron cinco benditos artículos,
el relativo al Efecto Fotoeléctrico, que me
grangearía posteriormente el Nobel de Física.
Soy consciente de que abrí una nueva puerta
en el laberinto de la Ignorancia sobre el mundo
que nos rodea, como ya hizo mi admirado y
nunca suficientemente agradecido ni compensado
por mí Sir Isaac Newton en 1666, con su ley de
Gravitación Universal .
Einstein, el Dios Júpiter de tu tiempo.
Tu esencia judía obró el milagro.
Te subiste a los hombros de gigantes
para divisar el cielo estrellado.
Describiste la esencia del Empíreo
como nadie antes lo había logrado.
Desvelaste sus ocultos secretos
que aún hoy permanecen sepultados.

Sueños Mojados

Asistí anteayer a un suceso sobrenatural.
Me levanté de la cama para hacer aguas menores
a las seis de la mañana, acerté a pulsar el interruptor
que me devolvería la luz a mis ojos y me encontré
a mi hijo durmiendo sobre el inodoro.
Soporté durante unos instantes las ganas de evacuar
la urea amarilla para ayudar a mi hijo a acostarse.
Cuando me aseguré de que todas las piezas de mi
existencia volvían a su puzle me dirigí a saldar la
deuda fisiológica pendiente.
Me deslicé silencioso y rápido como una exhalación
a descargar mi vejiga, abrí la puerta del baño con
cuidado y firmeza a la vez y me quedé estupefacto...
Me vi a mí mismo sentado sobre la taza del inodoro
dormido y con los pantalones del pijama mojados.

Urbi Et Orbi.

Estoy siendo perseguido en este preciso instante por una jauría
de locos que desean hallar la recompensa que las autoridades
atenienses, a la manera de un Wanted westerniano, han cifrado
como precio por mi cabeza, que la exigen servida en una bandeja
de plata a semejanza de como lo hizo Salomé con la de Juan el
Bautista.
El motivo de tan encarnizada persecución es la dispersión de un bulo.
Corre como la tinta que me dedico a instruir a los jóvenes atenienses
en el arte de la oratoria y en el conocimiento de la democracia para que
no sean engañados por las voces emponzoñantes de la manipulación.
Quiero significar para las futuras generaciones el hálito de esperanza
que les abrió el corazón cual espiga nueva para acoger la sabiduría.
Mi palabra pretende conjugar con la resurrección del que anhela mirar
el mundo con los ojos de un niño que juega navegando en su sonrisa.
Soy el portador de la buena nueva, de la resurrección de las almas,
soy el ajusticiador del narcisismo de los gobernantes del mundo,
aquellos que pretenden aborregar a su grey para que les sirvan de
fuerzas de choque contra otros gobernantes y así ampliar su poder
omnímodo.
Soy el arcano 13 de este maldito mundo, que se ha desvirtuado desde
la desaparición de Grecia del escenario civilizador.
Solo he venido en descargo de la conciencia de mis dioses, que desean
el pronto restablecimiento del orbe que ellos se dignaron crear, y que
está patas arriba desde la irrupción del mayor de los Filisteos.

Aquí, oculto a la mirada de los que me quieren dar muerte, en el último
zulo de Atenas antes de llegar a despoblado, os lanzo mensajes SOS
a la lumbre de la única esperanza que me alienta:
La Humanidad sobrevivirá a esta debacle, estoy seguro...

Tus ojos, tu sonrisa...

Tus ojos me dijeron lo contrario.
Me dejé llevar por la magia del
momento.
¿Quieres que vayamos a otro
sitio?, me preguntaste.
La respuesta se ahogó en el camino.
Quise solo de ti la envoltura de tu
encanto, ser barquito de papel ante
el impulso de tu sonrisa.
Invoqué a lo más recóndito de mí para
no morir en el intento.
Me sumergí en una mentira hasta naufragar
en la última orilla.
Te besé sin saberlo...
Te quise en una urna de cristal. Te fuiste sin ti...
Tu perfume se me hizo sangre, lágrima de pino.

Villa Diodati

Recibí la visita por sorpresa de los Shelley en Villa Diodati.
Me encontraba descansando en mi pequeña villa suiza en compañía de mi médico y amigo John Polidori. Los días discurrían entre el tedio de la obscuridad y el frío de un extraño mes de junio de 1816, que pasaba por pertenecer a uno de los años más fríos que recordar se pueda en la tierna historia reciente.
Nos reunimos al conjuro del jugoso fuego que se cernía con cariño sobre nuestras sedientas pieles, y al amor de tan hospitalaria estancia me surgió retar a mis circunstantes a un desafío especial.
Acabábamos de degustar una fabulosa antología de historias de fantasmas perteneciente a la tradición alemana, y acto seguido, como hilo de Ariadna me salta la ocurrencia de proponerles una historia de terror.
De esta velada brotaron dos obras maestras:
Frankenstein o El Moderno Prometeo y El Vampiro.

De Aurora boreal fue.
Las guirnaldas brillaron.
Titiritera Mary.
A porfía Percy faro.
Complugo Polidori.
Anhelo todo versado
en grandes de oro letras,
Quererlo sin pensado.
Dábase cita Talía.
Su magia espesando
el ambiente invernal.
Filtro enamorado.

María Magdalena me llama.

Volvía del deber oscilando entre mitologías
cuando, de súbito, oigo a mi izquierda un lamento,
una súplica de clemencia de un cuerpo que yace
preso, preso de la circunstancia.
Reacciono a ella girando mi atención, que laboraba
entre letras, y diviso un sujeto menudo, que me llama
con un nombre que no alcanzo a comprender.
Sigo adelante haciendo caso omiso, masticando
la grima de pensar en la consecuencia de un contacto
sexual, mis pensamientos oscilando entre el infinito y
el estornudo.
Superado el escrúpulo de un imposible entendimiento
me cupo la desgracia de la chica, que aparecía apostada
entre yerbajos, ante una realidad adelgazada en lágrima
de abyección, donde la angustía vital se hace carne de
penumbra.
Me revisto de indignación ante tal esclavitud, maldigo la
existencia de aquellos seres de tan baja estofa que sostienen
tal execración.
Quiero enterar a toda la humanidad de esta realidad que
repugnaría hasta el más inhumano de los humanos, hasta los
susodichos "aquellos seres"...

En suspenso...

Absorto
Miro al frente, disfruto
El horizonte se confunde con el azul
El Sol está en todo lo alto del firmamento
Entrego el alma al diablo porque no puedo
más con ella
Las olas se rinden a mis pies para besarlos
Me siento Jesús alabado, levito sobre las aguas
Oficio la última misa sumiendo en mí mi cuerpo
Sello el cisma que me distancia para siempre
de lo que sé mío
Oigo a lo lejos, por detrás, una voz que me invoca
Niños jugando a mi lado disputan una cometa
El cielo puede esperar, el niño que llevo dentro
entra en trance, se despierta
¡Papá, Papá! (siento romperse la magia)
¡Ayúdame a recoger la sombrilla que nos vamos!
Muero...

Manantial sediento

Siento...

El sentir es prueba fehaciente de que vivo.
La emoción es el don más preciado que tengo.
La emoción me da todo y me lo quita, me lo complica.
Sin sentir todo sería gris, frío, yermo, pero también sereno,
plácido.
Ojalá fuera capaz de entregarme a las emociones que llenan
con la misma intensidad que rechazar aquellas que amargan.
Tengo un propósito, una filosofía, una religión que me consagra
a buscar el hedonismo, el placer en lo pequeño, austero, Dios
está en los detalles , en lo ínfimo y diario, quiero ser átomo
que gire constante en torno a un núcleo, un mundo, una naturaleza
que me conecte a la tierra que piso, humildad, ser grande por
saberme pequeño.
Eludir, evitar las disputas con el otro, no soy nadie para dar lecciones,
cada quien es cada cual, que decida el otro qué hacer como yo decido
por mí, bastante tengo con dirigirme a buen puerto como para...
Me interesa del congénere lo que me une, su energía, su corazón,
con la que me alimento, soy egoista porque si ayudo a alguien me
estoy ayudando a mí mismo, solo he venido al mundo que nos acoge
para saber quien soy, el otro me sirve para mí.
Solo yo puedo ayudarme, agradezco el bálsamo del otro aunque solo
me alive un instante.

Fluyo...

Miscelánea

Burlar todos los controles que nos imponen.
Poesía y Filosofía son las dos caras de la misma moneda.
Pitágoras consagro al Número como el átomo de todas
las cosas, el número irracional secreto de la secta.
Sefarad fue condenada por judaizar en la intimidad.
Las lumbreras del momento pusieron pies en polvorosa
para no ser arrollados por la apisonadora de la intransigencia.
Muchos escaparon a hurtadillas de la barbarie, entre ellos yo.
Siguen sin perdonarme mi apos Pilatos tasía política, no se dieron
cuenta de que el mundo conocido se derrumbaba a sus pies.
La Política es el arte de sortear cadáveres según Vargas Llosa.
Cuidado con subvertir el statu quo, que les costó lo indecible
establecerlo como para que venga un guapo a aguar la fiesta.
Me gusta aquel que cambia su esencia de raiz a rizoma, ese es
mi propósito en esta segunda juventud que disfruto.
Viajo al pasado enriquecido por mi tesón por endulzar mis amarguras.
Venero al que errático cabecea en su camino sin dejarse vencer por
los alisios traicioneros.
¡Quién pudiera elaborar y degustar el Pan de Lembas solo al alcance de
los inmortales , los Elfos que reinan en las galerías de lo imposible!

Conversando con Dios

Recuerdo el musgo que cubre la piel del desengaño.
Al decir de las lenguas de doble filo, la tentación
se hizo presencia entre la maleza.
Aquello que se hace llamar naturaleza clama venganza.
Una floresta de argumentos no es suficiente explicación.
Atizo a diestra y siniestra la hojarasca retórica que me
sale al encuentro, respondo con aquello que llevo entre
manos.
A fuer de sensato pretendo no tener rival, pero el
sentimiento ha nacido para llevarme la contraria y
sucumbir ante los hechos.
Coso las entretelas que se me rasgaron en la batalla a
sangre y fuego.
Alcanzo por fin la cúspide de los cabezos que se me
imponen como obstáculo al desafío terrenal.
Franqueo por fin las puertas de la Catedral y Urna de
mis dioses de hojas y tronco, dioses silenciosos y
milenarios como la vida.
Asisto a la última escisión de mi reino antes de disolverse
en el olvido más profundo que pensar se pueda.
Exangüe claudico para zambullirme en las aguas lustrales
del Leteo.
Bato el incienso de la putrefacción, perfumo las almas
malolientes del caminante que llega al templo jacobeo,
solo para besar una espalda...

Gabo

Vengo a recoger la Hojarasca que el otoño trae
a los pies del árbol que planté de niño.
En qué Mala Hora abracé con mis manos
las primeras manzanas agusanadas que propagaron
las bocas de la diosa Fama, tuve que sufrir Cien Años
de Soledad para poder curar sus pústulas malolientes.
El Otoño del Patriarca no fue suficiente para abatir la
rosa de alejandría que me nació entre mis dedos de
escritor y periodista, disfruté de Amor en Los Tiempos
del Cólera, en los tiempos en que Macondo no se hallaba
en los mapas y tuvo que inventarse.
Fui como el General de un falucho de Corsario en Su Laberinto
de pasión y muerte.

Bebí de las manos
de la literatura.
Estratagemas pido.
Que me den las Putas
Tristes *el martillo*
de gemas que burlan
las hablillas hechas.
Salva sea la pulla
que las partes son.
Ser araña y ruda.
Mosca ver en tela
blanca de tez uva.

Origen del machismo

Hombre y Mujer iguales en Libertad.
Nómadas que vivían de los frutos de
la tierra, descubren el fuego, el cerebro
crece, se hacen más inteligentes.
Cansados de buscar hallan la agricultura
Dominan la Naturaleza, construyen mundos
a su imagen y semejanza, tienen propiedades
que hay que conservar, el hombre, más fuerte,
es el que trabaja la tierra, la mujer también, en
el hogar es esencial, madre y dadora de la jalea
real a sus vástagos, Hombre fuera Mujer dentro.
Con el bienestar viene la discriminación de la
Mujer, la propiedad privada, la casa, la tierra,
los animales...exigen dividir el trabajo.
Solo la Mujer puede ser madre, la casa se hace
reflejo suyo, es su trabajo, para el Hombre es su
descanso, la Mujer esposa, remedia las fuerzas
de su marido para que siga siendo proveedor.
Aquí empieza todo, hasta ayer...

Orfeo y Eurídice

Fue solo vislumbrarte en las aguas del Estrimón
y caer enamorado hasta el arrobo eterno.
Me buscaste encarnada en blanco inmaculado
a la vista del género femenil rendido a la lira.
Me hallé ausente de suspiro desde tu vista.
Tuve que encontrarte para poder seguir viviendo.
Mi lira solo vibraba ante tu recuerdo, tu belleza.
Te alcancé por fin a orillas del río y te hice mía,
nos hicimos nuestros para siempre.
Aristeo, que te pretendió antaño, no soportó la luz
de tanta dicha ajena y te persiguió para hostigarte.
Una sierpe ajena a los hechos hundió sus colmillos
en tu lechosa carne para darte muerte y yo contigo.
Fue un jarro de vitriolo sobre mi gana de vivir.
Osé como única escapatoria acercarme al Hades
para devolverte a la vida, unos dicen que embelesé
al Cancerbero con mis trinos y otros que fue Caronte
el que se dejó seducir por mi triste melodía de amor.
El caso es que alcancé el Hades tras cruzar la laguna
Estigia y te busqué sin éxito hasta que se cruzó en mi
camino el mismísimo Hades, que me propuso un trato
de confianza.
"Volverás al mundo de los vivos precediendo a Eurídice
y recuperará su vida si no osas mirarla hasta que sea
bañada por el sol desde sus pies a su cabeza" dijo el dios
del infierno.
Así lo hice a pesar de mis dudas sobre la veracidad de sus
palabras.
Cuando traspuse el umbral del Hades y entré en mi mundo
con el sol como anfitrión, pensando que era el momento de
mirar atrás me decidí a hacerlo sin advertir que mi amada

tenía un pie todavía oscurecido por la umbría del inframundo.
La desgracia se apoderó de mí cuando la vi esfumarse en la nada.
Permanecí viviendo sin vivir, mi lira no reía como antes,
las mujeres, que celebraban la muerte de su rival, no pudieron recuperarme, exánime, ansiaba la muerte para rencontrarme con ella para siempre. Estas, desesperadas, me dieron muerte a pedradas, me concedieron mi deseo.
Por fin juntos para siempre...

Tregua de navidad

Eran en su inmensa mayoría niños arrojados
a las fauces de Leviatán, hambriento de venganza.
Añoraban el calor de sus seres queridos, tan lejos...
Les tocó sumirse en un sinsentido precisamente
en el tiempo del amor, en Navidad.
Fue la magia del deseo, la fuerza de la costumbre
que arrasa quimeras y demonios por enormes que
sean, fue un suceso infinito, elocuente de la grandeza
del amor, que soporta barbaries como esta.
En un lugarejo cualquiera, en tierra de nadie, se dibujó
la estela de la estrella de la esperanza.
Surgió del alma el primer villancico, y como sucesión
inefable de fichas de dominó, trascendiendo trincheras,
se hizo virus contagioso entre las filas combatientes.
No cupo otra cosa que el armisticio, aunque fuese del
tamaño de un suspiro.
Salieron a su encuentro como almas sedientas de afecto,
la simpatía era tan grande que no tardaron en conciliar
amistades, en desvelar secretos, en compartir padeceres...

Por un segundo se unieron las manos
de la justicia, otrora
inexistente, reinó entre hermanos
la paz, la amistad, solo
por unos instantes, fueron eternos.
Pronto, tras el fútbol, llegó la hora
de volver a luchar
por lo que llaman patria, ¿Porqué matar
a inocentes, quién
lo manda?, los de siempre, el vil vitriolo
de la victoria vehemente, el que está

sentado ante el pavo de los infiernos.

Quien lee...

La lectura se nos ofrece a quien le plazca
como una mano amiga que se abre cual flor
para acogernos, para llevarnos a mundos
remotos y presentes, a cielos e infiernos,
para vivir mil veces, en un mismo espacio
de tiempo, cientos de vidas como la nuestra
y sumarlas a los recovecos de nuestra mente
para alimentarla.
El libro es el amigo que espera paciente.
El libro aguarda la llamada de sus lectores
para brindarles todo su ser, toda su magia,
sin pedir nada a cambio, ni siquiera exige
su integridad, ni suplica una promesa de vuelta.
Un libro y su lectura se prestan mutua asistencia
como animales simbióticos, como una pareja
recién casada que estrenan el ritual del membrillo,
el beso inaugural de un futuro dichoso.
El lector que se rinde a sus encantos es, al fin y a la
postre, un Ulises que no soporta la tentación de
Calipso.
Entre libro y lector no cabe diéresis alguna, hay tal
comunión que el exterior se vuelve ciego, sordo, tan
profundo en su inexistencia que ni a voz en grito
conseguiríamos hacernos oír.
Quien lee se esfuma de repente como Eurídice, en su
último paso a la luz.
Quien lee va desdibujando con la práctica los tópicos
típicos que pululan en torno, como sopa de letras que
se desvanecen sin el engrudo de su sentido primigenio.
La lectura nos tiende una coraza contra anatemas,
nos fortalece contra cantos maléficos.

Apocalipsis

Mi plumín me llama, se ha acostumbrado.
Aunque el cansancio pugna por disuadirme,
la costumbre de reunirme con mis musas
en la víspera de mi descanso vence.
Mi plumín pretende desatar mordazas.
No trato de erigirme en un mesías de la
conciencia, no se volar, no soy un ángel
que pueda descender desde las alturas.
No soy el emisario, ni puedo serlo, de nada
nuevo porque me alimento de lo mismo que
los demás, no vengo de otro planeta.
Me molestan aquellos que viven de la sangre
del pequeño, que se les hace el colmillo agua
ante el lucro inocente, el lucro asible.
Aspiro a volver del revés las pieles de todas
las serpientes que silban solo para amedrentar.
Asisto al estrépito y a la nube de polvo que está
produciendo el derrumbe del mundo que me vio
nacer.
Las perneras de mi pantalón asisten manchadas
de desilusión ante la erección de la nueva Torre
de Babel, que se extiende a lo largo de la frontera
de un país hispano, soberbia como la de Nemrod.
Podría parecer que somos testigos del juicio final,
pero todavía estamos en los prolegómenos.
Se está prefigurando la reunificación continental
que devolverá a la tierra a su querida Pangea.
Toda la fanfarria y la sonería necesaria está
preparada para este momento.

María la poetisa

Me enamoré de la Filosofía con la primera mirada.
Fui veleta que se rinde a los vientos de la sabiduría.
Me tocó despertar en una época bendita para España,
la necesidad de regenerar el tejido nervioso de nuestra
patria alentó el advenimiento de especímenes intelectuales
del calibre de mi maestro Don José Ortega, santo y seña del
pensamiento contemporáneo.
La Razón poética fue mi marca registrada.
Lo poético se define como lo creado, el centro.
La arquitectura humana es fruto de la acción.
Me hice acompañar de mis númenes particulares
para tan ardua tarea, Espinosa y Platón, entre otros.
La Razón vital, que me sirvió de inspiración, y que tomé
de mi maestro, la convierto en Razón poética, el hombre
es creación, se reinventa con la acción, la vida y sus circunstancias
están preñadas de decisión, voy a la esencia de la tesis orteguiana.

Me filtro por los poros del sentimiento.
Me hago barniz que endulza la palabra
que lanzo al entendimiento del hombre.
Me detengo en el misticismo de Santo Tomás
Me perfilo en el ostracismo de Sócrates.
Quiero ser verdad serena
Quiero ver tras los retazos
de una sabiduría plena.
Unto los despojos que se me desprenden
de mi reprimir constante, acuático.
Quiero sentirte, Filosofía poética.
Quiero en mí hundirte, Poesía filosófica.

Ejercicios literarios

Cuando en el colegio asistía a las clases de literatura
me fascinaban los pasajes alusivos al amor pastoril,
donde los enamorados daban carta de naturaleza
a la égloga, en un ambiente paradisíaco.
Mi amor por la literatura fue adquiriendo su cañamazo
al abrigo de esos fragmentos clásicos, que acompañaba
con las ocasionales series infantiles de dibujos animados
que trataban de popularizar las señas de identidad de
nuestras letras, como el Quijote.
En estos tiernos años empecé a deificar a personajes
como Sancho, el Caballero de la Triste Figura, El Lazarillo...
Siempre me destaqué por el buen tino en la elección de mis
lecturas, fui ungido con el crisma de la sabiduría literaria,
que me ha granjeado placeres inusitados para la mayoría.
Cuando me decido a engolfarme entre las páginas de mis
imprescindibles me dispongo previamente a cumplir una
especie de eucaristía: Me pongo mi levita de respeto para
estar presentable ante los insignes personajes que van a
desfilar para mí, me sitúo a contraluz para alcanzar el
ambiente preciso y desnudo mi alma para que mi corazón,
y el resto de mis vísceras, estén a merced del festín de
colores y sabores que se va a desarrollar.
Hoy, en mi presente contínuo e imperfecto, acerco todavía
las manos a los rescoldos que mi amor primigenio a las
letras dejó en mi memoria.
Me reconozco un saltimbanqui de la fantasía libresca...

Escarabajos peloteros

La primera noción que poseo de los Beatles data de mi tiernísima existencia.
Recuerdo a mi hermana mayor inundando mi hogar con sus alegres sones.
Los rumores tan de moda que asperjaban mis discos de vinilo, ya casi a un
suspiro de rayarse, cruzaban postigos hasta colarse en los hogares
vecinos, cuyos pacientes moradores celebraban su llegada.
Sus letras y melodías, letras que no entendía afortunadamente, a fuer de
simples, alimentaron mis neuronas ávidas de estímulo, anidando para siempre
entre sus dendritas.
Quizás mis primeros balbuceos se confundieron con canciones tan conocidas
como "Hey Jude", "All you need is love " y una de mis favoritas
por el cuarteto de cuerda " Eleanor Rigby".
Todas estas vivencias infantiles campan diáfanas por sus respetos, tan frescas
como el pan desayunado esta mañana...
Hace apenas quince días sonaron
en concierto sus alegres canciones
en la taberna donde empezaron
Los intérpretes eran cual neones
que brillaran a la luz del aplauso
que le dispensamos como leones
Sorpresa en el auditorio causo
cuando me arranqué a cantar en alto
¡tanto que casi a la banda pauso!
Vivir para ver, sin reparo salto
Ver para vivir, cual enano chillo
Sentir para contar, loco me exalto
Contar para sentir, al estribillo.

¡Eureka!

¡Eureka! dijo Frederick a la vista del engendro que parecía
constituir la fórmula alquímica de sus desvelos.
El profesor de matemáticas de la Universidad de Heidelberg
estalló en ese momento tras acumular durante sus estudios
tal cantidad de tensión, estaba urgido por los plazos, que la
sucesión de los días con sus noches entregados a la búsqueda
le estaba pasando ya factura, cuyos números empezaban a
vislumbrarse en la sombra de sus ojos, ya entregados a tantas
horas de vigilia.
Al cabo comprendió que su descubrimiento contribuía en gran
medida a desentrañar uno de los velos de Maya que persistían
todavía en el longevo mundo de los Números.
A la mañana siguiente, siguiendo desde el alba la liturgia
de todos los días, se dirigió con el mismo caminar plúmbeo
hacia su despacho para preparar sus clases magistrales de
Álgebra.
Como si nada, sin que se le notara un ápice su delectación por lo
acontecido la pasada noche, dispuso sobre su mesa, en el aula,
todo su material didáctico.
Esta vez el tiempo se le hizo instante por la satisfacción que
acumulaba en el seno de su consciencia; el polvo rojizo de su
de arena se difuminó en el aire, que respiraban sus alumnos, para
hacerse nada.
Con el paso de los minutos se iba sintiendo invadido por una extraña
realidad: era como si lo que había descubierto fuera ganando cuerpo
y proyectándose hacia un futuro donde su nombre se codearía con los
grandes dioses de la Matemática que él ya conocía.
Un ángel con alas de marfil se posó por sobre el último pupitre vacante
de la clase, sin que pudiera ser visto por sus alumnos, para anunciarle la
buena nueva.
Como prueba de que sus veleidades científicas tomaban carta de

naturaleza le entregó un par de azucenas, que simbolizan la divinidad de lo logrado. No pudo por menos que redoblar su presencia de ánimo ante tanta magnificencia para que no fuera advertida por los circunstantes.
Burla burlando finalizó la clase y volvió a su despacho a digerir lo acontecido.
Entró con un anhelo inusitado, desesperante, cerró la puerta con llave y soltó sobre su mesa la sarta de rosarios, plumas, libros y recado de escribir de la que se hacía acompañar en sus clases desde que empezara en la Universidad, haya por los años en que compartía despacho con Gauss.
Volvió a su hogar ya tarde, en el crepúsculo vespertino, para cumplir con el principio del Eterno Retorno de lo mismo...

Sebastián

La náusea se apoderó de Sebastián tan solo posar
el primer pie en el escenario.
Él siempre confió en la capacidad de su lira pero en ese
momento... no tenía explicación...
Su alondra siempre dispuesta a cantar, aunque no fuera
de mañana, se hizo de rogar esa misma noche, cuando
más necesitaba de sus trinos.
Se sintió como desvalido desde la primera nota pero se
revolvió contra la desgracia que se atisbaba próxima,
invocó a lo más acendrado y profundo de su arte y,
finalmente salió airoso del enorme trance; era la prueba
del ser o no ser en el mundo de la Lírica.
Aunque a la luz de las candilejas se sentía siempre como
en su casa, Sebastián, esa noche precisamente, se supo
huérfano, como el bebé que es abandonado por su madre
al socaire de las estrellas sin otro motivo que la sinrazón y
el ofuscamiento.
Cuando terminó su aria favorita, Nessun dorma de Turandot,
las flores volaban sobre el lugar que ocupaba en el escenario
como las langostas mosaicas que salieran en tropel sobre la
ansiada cosecha. Fue como elevarse a los cielos y recibir de
Dios la gnosis esencial del Universo, repleta de perfumes e
inciensos solo reservados a los que besan la magia de la
excelencia.
Pronto se dio cuenta Sebastián de que el cielo no existe y
que la mentira es nuestra mejor compañera, porque aunque
sea hostil es verdadera.

Nietzsche, el superhombre.

Yo y Grecia
somos uña y feliz carne
que rellena, y que aprecia
lo dado
por los dioses del olimpo
al hombre, creado en vano.
Me revelo
a lo nuevo,
origen de mis desvelos.
Proclamo la no de Dios existencia,
la identidad del Superhombre ideo
La modernidad sobrenada, ausencia
Grecia, carne, rellena, Dioses, Hombre
Revelo, desvelo,Superhombre, nada.
Locura, helenismo, valores difuminados
Amor sin saciar, epístolas llenas de vacío.
Wagner cumbre y cieno de lo alemán.
Ópera que proclama y enarbola.
Grecia, raya en el tiempo, gramática
escrita en el agua de la Sabiduría.
Vivo en los pronombres que me
enseñaron tu grandeza, Hélade.
Albergo tus recuerdos como oro
en paño, me embriago para no
asistir a la debacle presente.
Apuro antes de morir el liquen
furtivo que se confunde con la
bruma y el néctar, bodega y solera
de tu cultura, añorada cultura...

Impresiones

Heraldos que alientan la escalada.
Embeberse en la sima siguiente.
Víctima de añagazas ajenas, pretenciosa.
Espinas de espaldas que exponen núcleos.
Evitar que la luz cenital ofusque verdades.
Caídas paulatinas que enseñan el tropiezo.
Cuernos de Unicornio de sanador roce.
Apuntar a los pliegos que se inyectan en tinta.
Sangre escarlata que lacra la epístola decisiva.
Desfiladero que llama al suicidio volcánico.
Fósforo ajeno a su cerilla cierta y esperada.
Llovizna que ciega al colibrí por saberse verde.
Ibis japoneses que gastan las esencias en torno.
Abrir paréntesis al terror para recoger excrementos.
Inocencias antiguas exhumadas por la moda.
Yogourt de libertad con trocitos de frutas del goce.
Carraspear si la garganta no da el do de pecho.

El enfoque espera la luz afinada... y azul.

Arquímedes el genio

Arquímedes, el Leonardo de la antigüedad.
Renacimiento en pleno helenismo.
inventor, matemático y genio.
Talento, Sabiduría al servicio de la patria.
Espejos ustorios, que quemaban naves por
arte de magia, garras, tornillos infinitos.
Todo un muestrario digno de un hombre
que viajaba al futuro por las puerta de Levi.

Desafió al vil romano
que sitiaba Siracusa
No siendo tal excusa
para dejar de la mano
el matemático empeño
que su interés ocupaba.
No mudó siquiera el ceño.
No tuvo ni mala baba.
Solo pidió al soldado
que no le tocara, ¡Dios!
los círulos, por que vio
cernirse sus burdas manos
sobre sus asuntos.

Un ave de presa se precipitó contra mí
cuando los romanos rindieron mi ciudad.
La necrología me reserva un espacio en
el sótano de las leyendas por mi bravura
y mi serenidad ante la equivocada muerte,
porque Marcelo me quiso vivo, apreciaba
mi sabiduría, hombre inteligente y no el
soldado que no supo sino darme muerte

como subproducto de la ofuscación.
Una chanzoneta me digno a cantar en honor
a tantos hombres que han dado su vida por
una ilusión, en mi caso fueron dos: La Ciencia
y la Patria, impagable e impagada...
Con mi pluma de ganso sello estas palabras.
¡Que queden purpuradas en oro y orladas
con hojas de parra, para cubrir mi vergüenza!

En un rincón del ayer

Los naipes que me tocaron en suerte
no fueron los mejores.
La canalla de mi infancia se hizo un hueco
entre mis juegos callejeros, robar era divertido.
Salir a la calle era toda una aventura, era un
carnaval de sabores y olores que acababa siempre
con el entierro de la sardina entre arenas de adrenalina.
Mis cronologías favoritas navegaban sobre incertidumbres.
La morisma que merodeaba las plazas de mi añoranza
se mezclaba con cristianos en un concierto de cardamomo
y jengibre que hacía las delicias de los que respirábamos
desde genes andalusíes.
Era punto menos que imposible cejar en el empeño de ser
políticamente incorrecto ante un abanico de posibilidades
que se me abría apenas pisaba el umbral del zaguán.
Ahora, que el tiempo se ha hecho hombre viejo, revivo los
golpes de sangre sobre la gorguera con la añoranza del que
espera las últimas citas con una bella chica llamada vida.
Irrigar todo ese torrente de recuerdos se hace achique
imposible, mi marchita sementera brilla por su fastamagoría.
Mis cicatrices de honor sobre el ropaje del alma es lo único
que conservo de aquello que fue... ahíto de inocencia...

Marionetas

¡Marionetaaaa! Marioneta que destierras laderas
¡que desatas seriedades fundadas en la ignorancia!
¡Mantennos alimentados con tu rostro marchito!
Cuántas veces me he reconciliado con el sol que
me seduce día a día solo con mirarte y escuchar
tus plegarias.
Eres manantial de magines y canciones en solfa
regodeadas de elocuencia y regadas de infancia.
Ahuyentas lo truculento con la primera hilada
de tus piernas,que vuelan al son de la letra
y música de tus historias, marioneitsta que le
da forma y por qués con el batir de tus palitroques.
Los bisbiseos que anteceden al espectáculo se
convierten, a un solo golpe de genio,en una salva
de aplausos que rompen el alba de lo imaginable.
Vivo todos los viernes al piedemonte de tus ayes
de alegría, recuerdos de los primeros compases
de mi entendimiento, de la expansión de mi risa.
Revivo hoy tus cuentos,tus pases y pases de historias
a través de otros ojos que también son míos.
Me deshago por fin de las hojas de parra que alimentan
mi pudor primigenio y legendario,centenario para más
señas, y vuelvo a ser niño,a ser feliz al abrigo de un pedazo
de tela y cañas que danzan y espolvorean ilusión y fantasía.

Los Sueños de la razón...

¡Por fin puedo despanzurrarme en mi sofá nuevo!
dijo Esteban en cuanto sintió el contacto de su espalda
con la mollez recién estrenada de su nueva adquisición.
¡Espero que no me molesten durante al menos una hora!
Fue un momento comparable a un orgasmo cósmico que
se reduce al absurdo de la dicha.
Al poco del comienzo de una película que encontró en medio
de la selva televisiva, al alcance de una especie de espada
láser, recibió una llamada telefónica que estuvo a un tris de
rechazar pero que la curiosidad movió su dedo pulgar sobre
la tecla verde.

¿Diga, Digaaa, Digaaaa?
No recibió respuesta, ni siquiera un ronroneo de interferencias,
colgó el aparato entre signos de interrogación.
Volvió a la película reclinándose en su adorado sofá, pero con
un escrúpulo en la mente, una piedrecilla que, como garbanzo de
cuento, no le permitía sumergirse en la molicie.
No pudo por menos que suspender la sesión por falta de atención,
se levantó de su paraíso para dirigirse a la cocina, se refugió en la
fragancia de un zumo de tomate con un gesto de pimienta, deglutido
con la mirada perdida y se fue a posarse sobre su humilde jergón
sabiendo que el sueño brillaría por su ausencia.

¿Y si fuera alguien que solo quería comprobar si el domicilio está
habitado, o alguien que me está vigilando entre bambalinas esperando
dar el zarpazo en plena conversación con morfeo?

Asistió Esteban a un concierto nocturno de fotogramas de terror, cuyos
figurines prefiguraban un desenlace inevitable...

Borges y la magía.

Mi idilio con las letras comenzó casi al abrir los ojos
al mundo, por fortuna crecí en un hogar alimentado
con los troncos frondosos que figuraban armazones
a un rimero de libros a cual mejor.
Mis padres atesoraban cultura a raudales, mi curiosidad
por conocer se desbordó al arrullo de las lecturas maternas
hasta convertirse en mar interior con el tiempo.
Pronto destacaría entre los niños de mi edad, a mi pesar
brillaba más de lo conveniente.
Empecé con nueve años mi carrera literaria traduciendo a
Oscar Wilde, fue inevitable la precocidad por el ejemplo
que me permeaba desde la alturas de mis hacedores.
No quiero aburriros con más datos, de sobra me conocéis.
Eso sí, quiero terminar mi semblanza con unos versos:
Mi genio todo abarca
cuento, ensayo
poemas que atrapan, braman
y recrean cantos
ancestrales, cantan
naturalezas, bardos
nórdicos de leyenda casi ignotos
que en mí vivos hallo.
Mi ceguera postrera no fue óbice
para seguir forjando fantasías
Mis cuentos, cuentos de verdoso ónice
trasponen con su brillo celosías.

Casanova, ¡inigualable!

Me supe protagonista de un juguete cómico
desde mis primeros chapoteos entre la crema
palaciega, que me encumbró a lo más granado
de las cortes dieciochescas, en plena ilustración.
Fui, sin dudarlo, un hombre adelantado a mis tiempos.
Pavoneé mis excelencias por los salones más excelsos.
Me ejercité en las artes de la elocuencia y las letras,
no en vano me permeé de ellas desde la cuna, mis hermanos
fueron pintores, y yo... por ser fui de todo y de nada.
Me atreví a traducir en octavas reales la Ilíada, pasada la
cincuentena, eso sí, hasta entonces no tuve el reposo
necesario, mi vida era un incesante ir y venir... y huir
de los estragos de mis aventuras con esposas, justicias...
Mi caballo sediento era pletórico pegaso guarnecido de los
arreos de guerra más deslumbrantes que damas de alta cuna
pudieron imaginar. Me dediqué a mi placer y al de la mujer.
Acabé en el ostracismo del olvido a los ochenta y cuatro
falsos años. Escribí mis memorias para revivir mis mieles,
que todavía endulzan corazones románticos,¡yo que fui el
menos romántico de los hombres..!

Yo no fui un Don Juan, Don Juan fue un sicario
del catolicismo más cerril, solo
quise el goce de mujer sin dolo.
Dispersas por el espectro más vario
todas se alegraron de mis correrías.
Recomendaban a sus más queridas,
Y con la mayor de las alegrías
caían a mis pies de placer rendidas.

Don Juan quiso humillar a la pobre dama
Inés por coger la manzana de la vil rama.
Yo solo quise premiar la maravillosa gama
de virtudes que tiene la hembra en la cama.

Eterno seré, inigualable en talento y porte.

Fuerte marejada

¡Nubes que ocultan lo que realmente importa!
Poner proa a lo desconocido es fascinante al ojo.
Escamotear la carta ganadora delante de mi vista.
Las malas hierbas se hacen buenas por la frecuencia.
La miseria emite podredumbre según fuerzas centrípetas.
Añorar aquel que tiene el alma sin esquinas, aquel que
sabe que entre su frente y su colodrillo le cabe un universo
de cielos y espinas.
Devorado por los perros de la indiferencia.
Indiferencia de los perros que son devorados.
Apreciar al que no se deja seducir por la desgana,
por la desgana del que seduce al que debe despreciar.
Ungir al que se cree santo de su devoción, uncir los bueyes
al carro de la ignorancia, ignorancia que se sube al carro de
todo mortal que muge como bueyes del desatino.
Deslumbrar con abalorios que no son propios, sino robados.
Robar los propios deslumbres para que el sol no pase factura.
Recogerse en la ontología del acaso, porque es el único hogar
en el que estaremos como en casa... sin nos dejan...
Imbuir de optimismo a aquel que encontramos en la calle
al socaire del cilindro de luna que le ilumina su cara.
Alimentar con gotas de rocío las elipsis que construye la noche,
la noche que deconstruye los espacios que deja el desánimo
en la cara del arrojado aventurero.
Llego a la casilla 63 del juego de la oca y me topo de frente con la reina
de los ánades llevando una corona de rosas entre las manos....

Prometeo en llamas.

En venganza por la derrota de los titanes ante las tropas
de Zeus, Prometeo desafía al dios de dioses robando el
fuego divino para entregárselo a los mortales.
No prretende luchar contra él cuerpo a cuerpo, le reta creando
los seres humanos del barro esculpido por sus prodigiosas manos.
Zeus se enfurece ante semejante obra, ante su inaudita perfección.
Prometeo se cobra la cuenta pendiente invitándolo a un banquete
de huesos y despojos, Zeus responde castigando a la humanidad, en
vez de a su creador, quitándoles el fuego para abismarlos en la oscuridad.
Prometeo pide clemencia ante el sufrimiento humano, pero esta no alcanza
el oído del todopoderoso.
El hacedor de la humanidad arriesga su vida robando el fuego del Olimpo
haciéndolo llegar a sus tiritantes hijos.
Prometeo vuelve a casa satisfecho con la sorpresa de encontrar a Epimeteo,
su hermano, quien había echado tanto de menos.
Disfruta momentáneamente de su victoria y consiguiente felicidad hasta el contraataque de Zeus, este le envía a Pandora con su caja, la curiosidad le impulsa a abrirla
y a esparcir por el mundo todo el mal que contiene.
Para proteger a la humanidad
de la venganza de Zeus, Prometeo
aceptó por águila ser privado
de rojo hígado
que crecía in eternum.
In eternum esperanza
concedió a los mortales
desde el fondo de la caja,
caja que abrió Pandora.
Pandora inspiradora de Eva, origen de todos los males del mundo.
De ahí se deduce que las mujeres son el crisol del mal...
Precisamente todo lo contrario. Diosas del Olimpo.

Destripando vanidades

Buscando aventuras me arriesgué al laberinto de mis pasiones.
Fintando emociones resulté paralítico de sentido común.
Solo pude abrirme paso dando coces al pasado entre vaivenes.
Me sentí en un erial de desolación envuelto en un pelaje erizado.
Os recuerdo que amanecí al mundo tras una cesárea abrasadora,
que exterminó hasta la saciedad el escondrijo donde fui tomando
sentido, sentido que se deja tomar cuando la saciedad se extermina
tras alimentarse por reducción al absurdo.
Ingenié prototipos de humo para estar a la altura de lo que inventa mi
mente, para sofaldar todas las imposturas que infestan los cielos claros
de mi patria primigenia.
Exigo indemnizaciones a los pregoneros que ejercieron de partidores de
mis aguas, aguas que me sirvieron de abrigo en el seno de mi primer hogar,
el claustro materno de mi inconsciencia.
La temperatura de mis circunstancias elevan los mercurios hasta reventar
ampollas y anginas, anginas y fiebres que quedan sin resolver.
Abjuro de cultivar los plantíos que los señores feudales me imponen como
pago a su protección inexistente, evito acudir a la vendimia para engorde del
bastardo de turno, que solo tiene ojos para medir con su cinta de sastre el caudal
de su putridez.
Me salva mi condición de letraherido de mi religión más íntima, mi amor a las
letras es el mejor dique de contención ante la pugnacidad del abyecto.
Muchos pretenden que el ingenio toma carta de naturaleza con un surtido bien
diverso de trucos de baraja, cual trileros de feria, feria de vanidades, vanidades,
surtidas en la miseria del pretendiente a la inmundicia.
La chusma galopa en tropel en un tumulto de minas de antracita que disparan como
chuzos apocalípticos.

Me afano en mantenerme ileso, no permito que me corroa el batiente de
las puertas del tiempo.

No es el momento...

Sé que esto no te incumbe
pero tu amor se está volviendo
un desprenderse de mi anhelo
de libertad que me está secando
la pituitaria, me está sumiendo
en un duermevela de frenético
sinvivir, tanto que no me doy
manos para atajar la vía de agua
que se me está abriendo en mi alma.
Ahora estoy gozando de mi flagrante
condición de liberto, desencadenado
de los pesares del compromiso.
Ahora no puedo volver a comer porque
no tengo hambre, salvo de aventuras,
de saberme a mi mismo fuerte, alzarme
hasta la cofa de mi navío para enhestar
de nuevo mi velamen
y navegar sin
rumbo.

Quiero rodar mi timón hacia el villorio
de mis primeras luces antes de que
llegue mi ocaso vespertino, quiero
recoger todas las conchas nacaradas
que me encuentre en las playas
que arribaré con mi humilde velero.
Lamento tu desdicha, pero nuestros
tiempos son ajenos el uno del otro,
correrás mejor suerte si solo me
pretendes savia endulzante de tu lecho,

pero no si me quieres tener como brazo
constructor, mi constructo fue ya
desmantelado en lontananza.

No quiero contagiarte mi lepra asolante
de rosas sin espinas, ¡busca parterres
blancos y puros!

No quiero ser compás de la geometria de tu desdicha...

Annabel Lee

Te pude ver por primera vez cuando apenas
levantaba unos palmos sobre la arena de
la playa verde donde jugábamos, en aquel
pequeño reino junto al mar de emociones
que pesaban sobre mi pequeño corazón.
Al cabo de un suspiro un viento helado
heló para siempre el alma de mi hermosa,
mi querida, mi esposa, el dorado de mi
existencia.

Nos quisimos tal como los mayores
son capaces de hacerlo, el reino
junto al mar fue el edén ideal
de nuestro amor, en los tiernos
albores de unas vidas tan ajenas
a lo real.

La luna ascendente me la trae en
sueños.
Las estrellas del cielo
me muestran su dulce sonrisa,
hermosa, inolvidable, su hielo...
Mi querida, mi esposa...
Mi diosa, mi ángel, mi todo.

Un viento helado se la llevó una
tarde porque los arcángeles nos
envidiaban.

No hay día que la noche no me la

traiga en sueños.
¡Me la robaron para siempre!
Pero de eso hace mucho tiempo,
Mucho, muchos años...

No dejo de pensar en ella, eterna
aspiración de un joven todavía.
Corazón...

Dolores

Vi a lo lejos una figura familiar.
Me acerqué desafiando la penumbra y distinguí
una presencia esbelta, angelical a mejor decir.
De mi tabernáculo surgieron imágenes que coincidían,
si bien desde mi perspectiva infantil, con las facciones
de esa mujer, que ya superaba la cinquentena, aunque
mantenía una lozanía envidiable.
Me dirigí a ella con la timidez del que teme errar, aturdido
por la sorpresa y la pugnacidad de mi curiosidad latiendo en mis
sienes, ¿ Te acuerdas de mí Dolores ?
Ella me miró como víctima de un hechizo, no se lo podía creer,
¡aquel niño que tuvo en sus brazos, que casi amamantó, le inquiría
por ensalmo en la calle!
¡No me lo puedo creer, eres Felipe ¿verdad?!
¡Sí, qué alegría verte, cuántos años, por lo menos diez..!
Nos contamos nuestras vidas entre sones constantes de carcajadas
de alegría, entre cláxones de coches impertinentes...
Nos prometimos volver a vernos, tener más contacto, no permitir
que la vida nos convirtiera en islas de océanos distintos, que lo efímero
del encuentro no se eternizara, que no desemboquemos en el mar de la
distancia, que no seamos seres en contínua despedida.
Al poco mis oídos fueron heridos por la noticia de su muerte, una distracción,
un atropello impregnado de vileza acabó con su hermosa vida, Dolores era
todo vitalidad, era un perseverar del sol en la metáfora de su sonrisa.
Dolores, cuna, hermosura, esbelta, brasas a pesar del hielo, despedida...
El azar vuelve a jugar conmigo a los dados para infligirme de nuevo quince y raya
en el sanctasantórum de mi esperanza.
Me quéde, y aún me quedo, con el fuego en el estómago ante tamaño mazazo.
Ni siquiera me pude despedir de ella porque la noticia me llegó tarde, todo este
trance lo viví como la antítesis de la primavera, que en esos momentos me practicó
una disección en mi optimismo, un corte transversal a mis sinrazones vitales.

En este preciso instante, en que asisto a la transcripción terapéutica de esta desgracia, procedo a guardar un minuto de silencio en deshonor del tiempo que se pudre en los relojes al trasponerse su fecha de caducidad.

Después de vaciarme el alma de lastre y sedimento, paso al siguiente renglón de mi deambular por el infierno...

Rutina luminosa

Me he despertado esta mañana cantando
como un sinsonte, me ha penetrado un olor
a tierra mojada desde la deshojada ventana
que me anuncia la buena nueva de un luminoso
día.
Aunque mi discurrir diario se asienta en lo precario
de mi fuente de ingresos, sonrío a cada sorbo de
ilusión que me asciende desde el tuétano de mis
huesos, vivo convencido de que mi alegría no tiene
verdugo posible, y se alimenta de rescoldos invisibles
a los ojos.
Me encamino hacia el trabajo bajo la todavía ducha de
rocío matutino con la gallardía del que se sabe vencedor
de batallas libradas en la inconsciencia del temor.
Soy ajeno a la tierra quemada que se pregona con lujo
de fanfarrias de ribetes dorados, anunciadoras de desgracias
no consumadas, y elijo bucear a pierna suelta en el tsunami
de cariño que brota de mis seres queridos.
Cuando vuelvo a casa para cobrarme el descanso del guerrero
de mil batallas con mil molinos de viento, me sumerjo en la
enésima sucesión de gotas reparadoras que recomponen los
pecios de mi constante naufragio vital.
Suelto amarras para dejar libre a mi imaginación, para que esta
hagas sus necesidades como mascota desesperada.
Desciendo al foso de los leones para hacerme tinta de texto que
me transporte a mundos ideales por imposibles, y me evadan de
lo mundano por tedioso y repetido.
Me deslizo sobre la regla para desencerrarme de la lectura y atender
necesidades perentorias, la atención filial merece un espacio exclusivo.
Cuando venzo la aridez del desierto rutinario me sumo en un oasis cual
eden sin manzanas pero con playa al este, donde me recreo

con los caínes que aspiran a la disolución de las nubes o a la conquista de la insensatez.

En estos momentos me prosterno ante el destino para que mañana llueva hacia arriba.

Parada y fonda

Os hablo desde la seducción del dique seco.
Depresión que se hace sima con el paso.
Convoco a todos los mercaderes que pugnan
por entrar en mi templo, no les dejo, es mío.
Aspiro a seguir siendo embrión, engendro que
emerge desde un archipiélago de chatarra.
Agradezco la bicoca de vivir de las rentas.
Mi copete emplumado será cercenado por
las tenazas de la experiencia.
Me sé en un pronto futuro barriendo las calles
al harapiento oráculo de la pitia de pacotilla.
Los luceros de la noche, en estos momentos,
hacen de improvisados obenques a los mástiles
que hollan mi desfallecimiento, que asemejan
la dulce melancolía del que ha vivido bastante.
No quiero cebarme conmigo mismo, pero la
postración en la que me hallo es hija de mi
insensatez.
Un porciento elevado de mi desgracia descansa
en mi exilio interior que no encuentra descanso
suficiente.
Solo en ti se puede subsumir este marasmo absurdo,
tú que eres la regla de la excepción más excepcional.
Te tengo por alegoría de una alambrada de espino que
presiona hasta el hematoma las aortas de mi estro.
Me gustaría devenir en hematíe que te surca hasta tu
corazón y que acaba bebiendo de las ubres de tu
lozanía medieval.
Julieta y Romeo, Romeo y Julieta enarbolando el negro
crespón de la desverguenza, llorando ácido lisérgico
ante el pus del suicidio.

Me siento en este mojón kilométrico para repartir el pesado
atlas que Zeus tiene a bien consagrarme sobre los hombros.

Me declaro en huelga contra la ley del embudo de los sedicentes
sanedrines de la cultura.

Benjamin Franklin

Creo que la historia me debe varios homenajes
por la profusión con que esparcí mis semillas
entre las distintas ciencias que adornan la mente
humana. Tuve la suerte de nacer en el seno de una
familia que, pudiente por burguesa, me pusieron
a mi alcance todos los ingredientes necesarios para
construirme un hombre con gran capacidad. No solo
destaqué en la política, en su virtud se me tiene como
padre de la patria norteamericana, sino que en las ciencias
inventivas fui un factor incansable: Pararrayos, catéteres,
lentes bifocales, humidificadores para chimeneas, cuentakilómetros,urinarios...
Inventos que me granjearon mi merecida posteridad.
Como guinda de mi pastel de carne, como metáfora a mis méritos
me dedico unos versos:
Con apenas pelusilla
me hice pugnaz periodista
y andando el tiempo artista
de la ansiada independencia.
Me pudo mi disidencia
contra la ruin presencia
del incordiante inglés,
que con certero revés
de mi pluma, abandonaba
las colonias ahítas del peso
de la maroma ingrata sobre
sus corazones anhelantes
de libertad y ley.
¡Pueblo norteamericano, salid,
salid a vuestro encuentro con la
historia, yo os doy vuestra carta
magna para que hagáis con ella

lo que os plazca!

Palabras encadenadas

Dogma de la displicencia
El talismán vejatorio
Trinitario
Irreductible potencia
Apostolado notorio
Un bestiario
Cáscara de nuez es esta antítesis
Mandarin impregna sin distinción
de malva la ajada cartografía
plagada de trufada, fresca síntesis
de un tugurio tiznado, opción.
Sellado con licor de malvasía.
Prurito que me alienta
Urdimbre sotto voce apolillada
Calumnia que calienta
Caleidoscopios de yesca tronchada
Libelos de sarcasmo
Dentelladas del destino, marasmo.
Rudimentos de mármol
Botas de siete leguas
con polvillo de tizón en la punta
Lo carpetovetónico
queda como rehén
según cuenta una leyenda extraña.
La tramoya del caminante sobra
El cacareo incesante de la pluma sobra
El frenesí sazonado de recodos sobra.
La espuma que surge del jabón de
ceniza también sobra, solo tiene sentido
la sazón y la esencia de lo decidido.

Purgatorio

¡Me estaba pareciendo increible!
¡Yo, en mi mismidad, entrando en las puertas del purgatorio,
como ya hizo Dante en compañía de Virgilio!
Me vi desde el primer instante invadido por una zozobra
abrasante, sentía como me subía desde las plantas de los pies
una especie de carcoma que me iba devorando célula a célula
todo mi cuerpo, como si el propio Hefesto me aplicara desde
el crisol de mi debilidad el divino fuego que le fuera robado por
Prometeo.
Seguí caminando solo, sin compañía que tan siquiera me devolviera
el eco de mis palabras, subiendo una suerte de escalera que ascendía
a un aparente limbo, donde las almas expectantes aventuraban sus
anhelos de reencarnación.
Al alcanzar la cima me hallé testigo de un espectáculo visual; las mejores
vistas que imaginar fuera posible.
Disfruté de la magnificencia de un cielo azul intenso, un cielo sin cometas
ni esperanzas, pero inmaculado y ahíto de posibles desenlaces.
Impávido e inconsciente del trance, se me declara a mis pies una hecatombe
que está a punto de arrastrarme hasta su vórtice; me sujeto como lapa a mi
épica y, dando un golpe de ancas, me subo a la superficie que estaba a punto
de desmoronarse, y con un veloz movimiento de caderas me pongo a salvo.
La calderilla humana que me sentía en ese momento se reveló, pongo pies en
polvorosa y me dirijo a la salida, que lucía por su casi inexistencia.
Me encuentro justo en la entrada a Pigmalión retozando con su ansiada Galatea
en un éxtasis de amor que haría las delicias de cualquier cinéfilo.
Franqueo justo a tiempo de cerrarse las puertas del Purgatorio y caigo de bruces
sobre la vitrina de una joyería, donde se exhibe la mística del brillo aparente, las
últimas creaciones de lo superfluo. Hecho mano de mi retórica para decirle a mi
amiga que necesito salir fuera a fumar y puesto ya el pie en el estribo, escaparme
de la fiebre consumista que nos corroe el intelecto.
Despejo finalmente todas las incógnitas que flotaban todavía entre los pecios de

mi consciencia y claudico ante la erótica del memento mori y la poética de las ecuaciones...

Por fortuna dispongo de espaciotiempo para solazarme, en el siglo del mundo visible, bajo la maceración de un baño de sales...

¡Miguel, Ay Miguel!

Miguel, Miguel, tenías que ser tú Miguel el
que pusiera goznes a las puertas del destino.
El que sembrara espitas que fueran a clavarse
como estacas en lo más hondo de mi ser.
Tus nanas con tus cebollas, tus sacramentales
autos que emanan de las fuentes calderonianas,
Tus odas y elegías que pellizcan el alma hasta
el quejido de lo sempiterno, tus romanceros que
surgen de mitosis fraguadas al aguardo de tardes
de cabras que pastan églogas y ditirambos.

Tu huida a Madrid para ser alguien en quien erigir
futuros que no lo fueron tanto, tu deseo de hacer
méritos a tu Josefina del alma, y a tu Miguelito
que tras desesperados escarceos se rindió en la
orilla de la vida.Tus fidelidades hasta la muerte
de tugurio en las inmundas cárceles del infortunio,
tus llantos que amamantaron de sales hasta las
generaciones ajenas al eco de tus gritos.
los Sijés,que te rindieron homenajes póstumos
fueron los corchetes de la intransigencia más atroz.

Mi causa era erradicar el gorgojo
que se extendía cual mancha de aceite.
El fascismo tiznaba de vil rojo
los avances que con todo el deleite
de la humanidad logró la ciencia
y el derecho sobre la conciencia
de ser hombre y su significado.
Yo fui, sí, Yo fui el niño que jugaba
en las cumbres a soñar que escribía

como los escritores que leía entre
cardos y rastrojos, entre peñas y enojos.

Morí por una causa perdida, pero no pude dar mi brazo a torcer
ante la barbarie que se me antojaba.
Queda mis ingenuidades y mi carboncillo que mi amigo Buero Vallejo
me bocetó en la cárcel mientras hacíamos confidencias.

Josefina de mi vida... te mando este retrato; ya que no me tienes
en carne me tendrás en poesía.

¡para que Miguelito sepa quien fue su padre!

Sopor aeternus

Mi boca se quedó sin lengua cuando abrí la puerta.
El óxido recorrió mis venas hasta la extenuación.
Mi vista hizo de tripas corazón ante la presencia de
un alma indefensa, que bullía bajo una manta azul.
La adormidera que pugnaba con confundirme no
evitó que destapara a aquella criatura desnuda, que
se debatía entre la vida y la muerte como un jabato.
Lo arrullé entre mis temblorosos brazos hasta casi
sucumbir ante semejante peso y lo fui relajando al
son de mi palpitante corazón que asemejaba a aquel
que chapoteaba en lo amniótico, corazón sin paradero.

No pude salvo acunarlo entre mis frías sábanas sin olor
a mujer, y alimentarlo de ínfulas y cogollos de mí mismo.
Al día siguiente, casi al alba, lo deposité en el umbral del
hospicio más cercano, sin sol como testigo para no ser
delatado ante Dios y sin la miseria de la claxonería diaria.
Sobre el camino de vuelta fui asaltado por un rosario de
dudas existenciales, todas fueron resueltas a trasmano
de lo conveniente en esos instantes.
A los pocos pasos noté como la suela de mis zapatos se
me llenaban de pasquines electorales que invocaban el
cambio, cogí uno como con pinzas y encontré unas letras:
¡No esperes a que cambien los demás, cambia tú primero!
Continué el camino sin reflexionar sobre ello inclinándome
sobre la ventisca que se declaró como por ensalmo maldito.
Llegué a mi umbral tras cruzar un páramo de emociones
encontradas, recuperé el equilibrio mental y fisiológico y me
dispuse a cumplir con mi diario cotidiano.
Con la hinchazón de estilo que me caracteriza discurrí entre
letras que se hilvanaban al engrudo de la vivencia, me subí

al altozano que mis escritores favoritos me reservan para mí y lo relaté con el lirismo que me concedió la perspicacia.

Punto menos que brillante fue mi relación de hechos que constelaron un día cualquiera como este, hice acopio de autoironía e intenté que Titivillus no me traicionara esta vez en la transcripción de estos sentimientos.
Antes de dar por concluída la página de hoy me dejé ver por la cocina, el hambre empezaba a estragarme, y di buena cuenta de las viandas ante una sucesión de estampas que mercadeaban con las vísceras cual dianas de púrpura.
Finalmente me digné a recoger mis despojos, me enconendé a mi melatonina que procurase el deseado sopor aeternus.

Hasta mañana.

Espérame Lolita

Con un hilo de emoción te escribo estas palabras.
Sé que soy un matusalén que gravita en tu torno.
No quiero, a pesar de los pesares, retirarme a mis
cuarteles de invierno, todavía me atisbo flagelo de
pasión, donde hubo fuego...
Tus pocos años aunque infinitos en sabiduría y
tu exuberancia, que destila efluvios de confusión,
devuelven a mi tibia carne, desvaída por la erosión
del tiempo, la prestancia de tus años.
Se predica de ti, y yo lo atestiguo, que eres una lolita
de ensueño, una nínfula que revolotea mi ausencia
desnuda para hacerla presencia caduca y trasnochada.
¿Por qué has ido a poner tus ojos zarcos en mi canicie
nevada, sin visos de deshielo que se funda en tu fuego?
Me obligas a mis años a cambiar mi caduco ropaje, ya casi
pegado a mi alma como una segunda piel.
Me has empujado a cambiar mi clámide de los domingos
por los tejanos de la sinrazón, ¡ A mis años..!
Agradezco a Lucifer haberte encontrado en un recodo de mi
sardónico destino, que me decido a habitar aunque resulte
a la postre un pequeño pasadizo de mi memoria, un angostillo
que me alivia de la aridez del desierto que me puebla.
Los hitos de mi camino me anuncian kilometrajes cada vez
más exiguos. Encontrarte ha sido como girar la vista hacia
atrás y rebelarme ante Cronos por lo mal que me ha tratado.
Me decido a navegar hacia ti aunque sea mi último naufragio
,¡que así sea, por favor!
Rocío de gasolina mi puño para que haga las veces de antorcha
en la noche, me despojo de todos los arrequives que me han
contaminado con la costumbre y me tomo la medicina de la
segunda juventud cuyo excipiente eres tú.

Velis nolis estaré a tu lado.

Eneas

Eneas, hijo de Afrodita y Anquises
convirtió su derrota en la victoria
y nacimiento de un gran imperio.
Lo llevó Las olas de la historia,
envuelto entre los velos del misterio,
a la fundación del pueblo romano,
herido en el amor a Dido en vano.
Fuiste el epítome del hombre que se levanta
de un fracaso, diría más; de quién convierte
una debacle en la esencia de una victoria.
Fuiste un Ulises sin Ítaca y sin lotófagos
pero con Dido, Anquises y Roma.
No volviste con tu familia sino que creaste
la semilla de lo que sería la tuya después de
renunciar al amor por imperio del destino.
Se te escurrió de los dedos tu querido padre, que
salvaste sobre los hombros del infierno ilíaco para
verlo morir en tus brazos en las costas sicilianas,
hallaste por el azar del maleficio de Hera el amor
en las costas púnicas en la persona de una diosa,
que después te juró odio eterno tras su abandono,
sin saber que fue ajeno a tu voluntad, que fue por
mandato de tu madre Afrodita.
Tu sacrificio se trasformó en leyenda, tanto en lo tocante
al devenir del Imperio Romano como en la trascendencia
literaria que alumbró tu biografía desde que las manos
doradas de Virgilio dieran en cincelarla.

Amor omnia vincit

La Última Cena

El vino amargo
que el cáliz enfatiza
Harto lo pago
sin gozar tu sonrisa.
tu sonrisa alba
que el vino dulce tizna
de fina malva.
La gangrena de tu vino
me emborracha hasta el aliento
Me desgrana hasta el viento
que viene a silvar mi sino,
que derrama profecías
que en lo íntimo me hacías
sobre nuestro amor divino.
Magdala de luces que me tienes en vilo
Me amilanan tus argucias, que salpimentas
al arrullo de la fogata que me acaricia con
los rescoldos que quedan tras la noche.
Me siento estraza que manchona la ventresca
cuando surco el mapa del tesoro que tu piel
me despliega sobre mis sábanas de marfil.
Quiero que esta noche seas aquella pupila
de Jesús que con su pelo trigueño enjugó
el agua bendita de sus cansados pies.

Quiero ser tu manuscrito, la cifra de tu goce supremo.
Aspiro a confundirme entre la turbamulta que injurió
la sangre derramada sobre la verónica, aquella noche
en que el vino se hizo aceite sobre el regazo de los
apóstoles.

Thomas Chatterton

Me dejaba atónita su compulsión tan desaforada por la lectura cuando apenas frisaba los ocho años, decía él que no lo hacía a consecuencia de una demoníaca posesión por el genio de los libros sino que era por sacarnos de la miseria, situación consustancial, diría yo, a cualquier familia humilde de aquella época, hablo de los años que mediaban el dieciocho, siglo de las luces según dice la historia, que , a decir verdad, alumbraban solo a unos pocos afortunados.
Thomas era un niño con un prurito por el conocimiento que sobrepujaba cualquier estimación medianamente razonable, leía libros de historia con la misma fruición que los de botánica, teatro, música, astronomía...
Recuerdo la anécdota de los pergaminos del siglo XV que llegaron a sus manos procedentes de una iglesia cercana, que los vendió para comprar material de costura. Ni corto ni perezoso se los leyó con toda la delicia que imaginar se pueda.
Tal era su ansia libresca que con once años compuso su primer opúsculo con un heterónimo, un tal Rowley, que tuvo bastante éxito.
A este título sucedieron una secuencia encadenada de obras de todo pelaje-: sátiras , obras de teatro, Biografías, y un largo etcétera.
Este ritmo de trabajo fue insostenible, hasta el punto de arrebatarle el seso y conducirle a un repentino suicidio que precisó de alguna tentativa previa antes de su aciaga consumación, cuando casi no tenía dieciocho años y dejándose inundar, como testigo de excepción , de arsénico sin compasión.
De esta forma pasó a engrosar la lista de poetas malditos con el número uno, a juicio de los escritores románticos, que bien saben de esto.
Chatterton, genial escritor, cultivó todos los géneros con la premura y el ingenio del que se sabe aspirado por el vórtice del sentido trágico de la vida.
Ejemplo vivo de como se puede comprimir el infinito en un suspiro...

Paco de Lucía

Aprendí a amarte con la costumbre.
Mi despertar del letargo uterino
se mecía a tus sones,
como el vago atardecer vespertino
se disuelve entre flores
de caléndula, que anuncian la cumbre
de tu genio universal.
Tus dedos son colibríes que pulen
la terraja de plata
de tu guitarra y vibra cual vestal
ahíta tras extensas libaciones.
Tu factura digna del dios de seis cuerdas.
Tus ecos que llenaban estancias,
brotaban de un tocadiscos sin importancia.
No pude evitar quererte como te quiero.
Te venero como a una efigie que se hizo
compañera de sumas y restas por resolver.
Me ayudaste a extinguir todas mis hogueras.
Me ayudaste a incrustar los arpegios en las
comisuras de mi sanctasantórum musical.
Me ayudaste a ventear vanidades pueriles
que siempre amenazan como pájaros de mal
agüero.
Gracias a ti siento una marabunta subir desde
mis pies cuando la música prorrumpe en mi ser.
Siento como un latigazo de endorfinas arrasar
mis hematíes sedientos de plasma.
Es como si de un plumazo tus notas que retuercen
el flamenco devoraran hasta la muerte mi débil
carne humana, víctima de los efluvios del corazón.
Eres el nuevo demiurgo que bajará para asistir al

juicio final al son de guitarreos imposibles, únicos.
Te sé filacteria de mis noches de insomnio, amuleto
que me protege de los ruidos infernales que queman.
Te uso frente al mezquino sin boca para tan rica miel.
Me revisto de ti en la sacristía de mi infancia, arpegio
de clave de sol que nació contigo y vivió en tu seno.

Platero y yo

¡Oh mi Platero querido, cuánto algodón
rellena tu entraña
y cuán radiantes tus ojos de azabache!
Fuiste la espita que prendió mi garganta
para desbocarse
en azul y malva de intenso color.
Te ofreciste a mi lectura como hiedra
que se peina al viento,
como oropel que con mi mirar se quiebra,
con el paso firme
del tiempo que se recibe a barlovento
y celebra ese entrechocar de mimbre
de los sillones de verano que daban
cobijo a dulces ensueños al conjuro
de tus estrofas y al olor de tus páginas.
Hice a mis profesores chanzas y embudos
para hallar la calma
que necesitaba para tu historias y láminas.

Observaba tus ilustraciones en el libro de
texto como el que observa un espacio cercado
por la memoria de sus ancestros, que pervive
en la inopia de lo improbable e ignoto.
Me imaginaba cabalgando sobre tu grupa como
si fueses babieca, presumiendo del timbre
que entrañaba alcanzar tus últimas páginas.
Tu muerte como colofón a tu serena vida
de provincias me embarró de perplejidad
e incomprensión como si se tratara del mejor
de mis amigos de carne y hueso que terciaran
juegos hasta el punto y final del crepúsculo.

Tus lecturas de clase al vaivén de sonsonetes
articulados para estimular la memoria se me
antojan nudos gordianos de la esencia
de la égloga más envolvente, más hermosa
que paisaje bucólico pudiera albergar en sí.

Entrego ahora el sueño eterno de la historia
que acaba, fundiéndome entre los pasajes
de "Platero y yo", tendido en mi yacija y
sintiendo en mi pecho el contacto de un
ejemplar de la Edición Prínceps, que
se dio a la imprenta de la librería Calleja
hace cien años. ¡Cien años ya...!

El Príncipe de Boccaccio

A juzgar por el volumen de los legajos que me llegaron
esa mañana por correo de posta el asunto que se me
encomendó no carecía de importancia, ni mucho menos.
Desde que empecé en este bendito oficio de síndico de
pobres, hayá por los albores de la Guerra de los Siete Años,
no recuerdo hallarme en tesitura de tal envergadura.
Según testimonio del que regentaba la librería de viejo que
fue escenario de los hechos, el supuesto ladrón de la "joya
de la Corona" de su negocio vestía un jubón gris ceniza,
una peluca a juego y unas calzas de terciopelo, parecía
pertenecer a un estamento no precisamente indigente.
El regente decidió quedarse a dormir ese día, precavido
, en el aposento que tenía pertrechado para tal ocasión
en el sótano del edificio que albergaba su tienda.
Tal recelo se debía a que tenía en depósito, procedente de
un bibliófilo anónimo de los contornos, un ejemplar de la
edición príncipe del "Decamerón" de Boccaccio, cuyo valor
es ocioso decir que era inconmensurable.
Al parecer la noticia se extendió por el pueblo, sin él saberlo,
como un reguero de pólvora, como proclamada por la dulzaina
de la indiscreción; se contaba que los militantes aventajados de
las familias de mayor ralea y jaez, y también los ricachos que
emergían desde la sima de la pobreza impelidos por un golpe
fortuna se levantaron de sus poltronas de papel para emprender
el vil acto de apropiación de un ejemplar de tamaña entidad.
En esas fechas, a propósito del escenario histórico del suceso,
hizo fortuna la expresión atribuída al matemático Pascal, que
rezaba : El agua hiere la piedra por su constancia, no por su
fuerza, y a esta expresión se inscribió el autor del intento de
robo, que al decir del sonajero popular se hacía llamar Himmler,
conocido nuevo rico, burgués del sector textil, que se aventuró en

el maquinismo incipiente que se abría paso en Europa.
Heinrich sigue preso en las mazmorras de la prisión estatal de Munich, después e veinte años, sin haberse demostrado fehacientemente la autoría de los hechos.
Se dice que el juez fue adobado por el Conde de Walstein, aunque tampoco está demostrado.

¡Habladurías..!

Hierba fresca

Mis pies sobre la hierba fresca dibujan huellas
de placer, las nubes en su llorar de aguacero
me impregnan de un azul sediento de polen.
Azahar que me penetra desde que mi sangre,
linfa disuelta en el amnios materno, naranjas
que gravitan sobre tierras yermas de libertad,
tierras que aspiran a ser barro escupido por la
pústula que embosca mi concepto de quien soy.

Quiero ahora empequeñecer a brizna de suspiro
que me lleve al Valhalla de los árboles milenarios,
milenarios de sabiduría, de aquella que cae en las
sentinas de las aceras de calles que huello a diario.
Como viera que las hojas de mis naranjos golpean
el suelo que me soporta, grito con la mirada puesta
en Marte para explicarme lo inexplicable.

Me gustaría, en este preciso segundo, ser bóvido,
pastar en los prados que Heidi me mostró posibles,
y sentarme a muir los aromas que me asedian y me
toman sin ejército, y que nacen del núcleo terrestre.

Cierro el éxtasis que siento por instantes inventando
mi necrología, porque el placer ha sido tan inmenso
que no hay existencia que lo justifique.

Mudo con decisión de perspectiva frente a los pasos
que me quedan por dar.

Hago miles de morisquetas al destino, que ignoro.

¡A palabras necias..!

Beatriz o su llave.

Decidí que lo mejor era volver a casa, la noche empezaba
a pesar sobre mis párpados blandos a trasnochar después
de años en la reserva del cortejo.

Me despedí de los amigos que se me terciaron en el camino
por capricho del destino, sin prometerme ni prometerles un
reencuentro, y traspuse la puerta del bar a eso de las cuatro
de una madrugada que se resistía a despertar.
Fui carne de sombras que cruzaban las calles aún en ciernes
a esas horas, desiertas aunque teñidas de un aura de neón
que latía a ritmo de sístole y diástole sin sustancia, ni sangre
que lanzar, muerta y serena, inmaculada concepción de dudas
me acompañaban los pasos hasta llegar a casa.

Cuando me dispuse a introducir el hierro labrado en la ranura,
mujer de un solo hombre, la llave fue escupida, bocado acre
que sorprende al excelso gourmet de la previsión.

Seguí insistiendo en la seguridad de poseer la razón de los hechos
y la cerradura se mantenía en sus trece, ya catorce veces...
Ya ahíto de fracaso me aventuré a pulsar el timbre, contrito por la
truculencia del caso, y mi cuerpo se armó de verguenza torera
esperando a puerta gayola a quien abriera.

Para mi sorpresa me abrió Beatriz, la chica que conocí esa noche,
y para mi mayor sorpresa aún me invitó a pasar, todavía no había
terminado la sólita liturgia de aguas que precedía su sueño.

El resto de la noche anduve beatrizado...Ni pude imaginarlo bajo
el cielo de luces rotantes de la disco...
A partir de esta síntesis ella fue mi integral y yo su derivada.

Nuestras llaves un sumatorio de chatarra, Piedra Filosofal.
Satán como maestro de ceremonias y Fausto padrino de bodas.
Deploro al tarambana que llevo en mí, su debilidad, insensatez.
A resultas del destino habito con Beatriz en lo inhóspito del deseo.
El destino que resulta del deseo habita inhóspito en Beatriz.
Solo me quedan en mi improvisado diccionario la cresta y los
matices del gallo que quedó desplumado y sin cacareo por afónico.

Yo, Michael.

¡Mala suerte el nacer con tanto talento!
Mi familia, grande como sus carencias
Mi padre nos exprimió nuestras esencias
No supe de mi niñez en su momento.
De la felicidad vivi siempre exento
Me quebraba cual triste juguete roto
en manos que ávidas no pusieron coto
a la ambición, desoyó mi sentimiento.
Fui un portentoso cantor
Fui tan grande en ovaciones
que en un guiño mis canciones
sonaron como un primor.
No guardo a nadie rencor
La música era mi vida
Un camino solo de ida
Un corazón sin motor.

Para mí, si os digo la verdad, fue una fortuna tener mi facilidad para cantar y bailar, que, a decir verdad se coció al fuego de un hogar donde la música era el alimento más sustancioso, porque el sustento era una batalla que no alcanzaba nunca armisticio.

La pulpa de mi triunfo como artista se oxidó al acercarse al desierto de mi vida emocional, que brillaba por su desatención más elemental, mis hermanos eran también mis amigos y casi mis padres, por que los verdaderos no tenían más fuerzas que la de salvarnos de las garras de la indigencia, que no es poco...

Mis giras asemejaban las que, salvando las distancias, padeció Mozart de pequeño, que también fue víctima de su talento, murió joven también...

Mis venas se esclerotizaban en la ausencia de afecto, de afecto extraño al de mi familia, ¡necesitaba ser normal!

Nunca lo conseguí, el dinero me ahogaba como un escape de gas sin control, el vértigo se instaló en mi vida desde niño y se convirtió en mi amigo más fiel, y se quedó a dormir a mi lado,y solo conseguía que se durmiera con ansiolíticos, a los que me volví adicto... y me vestía,y me llamaba cuando el desayuno estaba preparado, y se convirtió en mis manos y mis pies...

Me sentía un mugriento indigente en medio de una cárcel de oro, Neverland de escarcha y vacío.
Solo podía salvarme del precipicio la Metafísica de la regeneración.

Mi monte Helicón se ensordecía de liras con el paso de los años.

Mis musas se volvían estatuas de sal ante el embate del Xanax.

Quise ser el disidente de la familia, el patito feo que se convierte en cisne ante la sorpresa del mundo entero, regenerar la carcoma de la música negra de mis tiempos, anclada en la clásica herencia afroamericana, y enmurar mis oídos ante las críticas de la costumbre, del maldito inmovilismo, que tanto daño hacen...

Conseguí aventar nuevos aires en el panorama Pop.

Fausto

**No puedo soportar mi vida en la ignorancia de tantas cosas.
Soy un hombre ávido de saberes, desvelar los secretos del
Universo es la única razón de mi existencia, por otra parte
tan anodina... se ahoga en el prosaísmo de lo cotidiano, el
eterno retorno de lo mismo se me hace harto insoportable.
Soy Sísifo transportado en el tiempo con su piedra a cuestas,
reo eterno de la maldición y castigo infligidos por los dioses.
Soy el agua que discute de continuo con la orilla, que choca
movido por una fuerza sobrehumana, inexplicable a mis ojos
de viviente ignoto, que hace acopio de preguntas que fluyen
surcando los mares del tiempo sin hallar nunca respuesta.
¿Para qué quiero mi alma si esta sufre de incomprensión?
Mi alma yace marchita ante el interpelar constante de la
curiosidad más recalcitrante; debo haber nacido en un siglo
equivocado, temprano a mi deseo de saber, por que la ciencia
y la técnica presentes no pueden desentrañar ninguno de los
arcanos que me dominan.
Esta noche convocaré a Satanás para sellar un pacto con él,
le ofreceré mi alma, paloma sin alas y sin hálito, a cambio de
todo el saber acumulado por la especie humana hasta hogaño,
y el disfrute de los placeres que nos ofrece nuestro mundo
¡estoy ya expectante de su aparición!
que me gustaría que fuera una suerte de Deus ex Machina
sumido en espesa tiniebla.
Desde que tengo uso de razón me he cuestionado las lógicas
artificiales que me rodean, lógicas construídas sobre un armazón
de papel y alambre que no resistirían el embate de un suspiro.
He buscado aquí, allá, acullá y en todos los cajones de mi mundo
interior la verdad de mi percibir, verdad que solo puedo hallar en
la inmensidad de una gota de adn que se enfila como estalactita
que se esclerotiza al paso de la lastrante ignorancia.**

Me transforma en un basilisco el solo concebir mi eterna ignorancia, ¡daría todo lo que me rellena y me posibilita por un segundo de omnisciencia!

En cuanto me conceda Mefistófeles todos mis deseos escribiré el mejor ditirambo que pueda imaginar la frágil mente humana, me dejaré lacerar por las aristas que el icosaédrico placer me esgrima y, una vez satisfecho de mi insastifacción me entregaré a la muerte reduciéndome al estado larvario que me arrojó a la vida. ¡Seré el concertino de las mejores zambras que se bailarán en los aduares del mundo!

El barbero de Sevilla

Rosina me llamo, vivo en una cárcel de Sevilla
que tiene al Doctor Bartolo como alcaide.
Dicen que un conde, creo que responde a
Almaviva, quiere embriagarse de mi fragante
lozanía.

Hace días observo a escondidas como un joven
vecino me corteja, es muy guapo pero sin
posibles, y se hace acompañar de Fígaro, el
barbero, ¿Estarán tramando algo esos
truhanes?
El maldito de Bartolo no me deja curiosear y
divertirme, me vigila día y noche como un perro
guardián, ¡siempre acompañado del maldito
profesor de música, ese Don Basilio del demonio,
que le llena la cabeza de infundios y fantasmas!
¡¡ Estoy harta de los dosss!!

Estoy deseando cogerles en un renuncio para salir
a la calle y conversar con el joven Lindoro, ¡qué
cosas más bonitas me dice!
Me encantaría que fuera el Conde de Almaviva,
¡sería tan bonito que además de guapo fuera rico!
Al final se hizo justicia...

Bartolo me tiene presa.
Por un ser los vientos bebo.
Desconocido... lo pruebo
ignota de quién me besa.
Si es conde o vil farsante
quien quiere prender mi fuego.

Que no desfallezca ruego.

Mi deseo cosa acuciante.

Sostiene Pereira

Pereira, asomado al ventanal de la redacción del periódico de Lisboa, observaba con delectación el estuario del Tajo que, desde su perspectiva privilegiada, resplandecía de azules metálicos y verdes pasteles difuminados por la bruma acostumbrada a esas horas matutinas.

Pereira, que se sabía un periodista señalado por Salazar, quería llevar una vida tranquila, pacífica para con el régimen y lo más sana posible, dentro de los sinsabores de lo cotidiano.
Estaba algo pasado de peso, se sentía incómodo en el cuerpo que le tocó soportar y la rutina de su vida, maniatada por los rigores políticos, le congelaba la alegría necesaria para subsistir.
Toda esa grisalla existencial saltó por los aires al toparse con un joven filósofo y su novia, Monteiro Rossi, que le habló de la muerte.

Su atonía cotidiana se tornó compromiso contra las injusticias y la falta de libertad reinantes en su pais; asumió que el tiempo de que dispone en este mundo es único y el mal circundante debía ser conjurado de inmediato.

Soy solo un susurro sin sentido
Un leve viento que vuela en vilo
Un ser anodino ajeno al bramido
de un pueblo ahogado en un Nilo
de injusticias y muerte, que ha sufrido.
La muerte me sacó de un zafio silo

de indiferencia para despertarme
del letargo impuesto por los gendarmes.

Monteiro Rossi fue asesinado por que hablaba de la muerte. La muerte de mi mujer me aplastaba el hígado maltrecho por la enfermedad y el hastío.

El asesinato de estado al que molesta... los dos nos ganábamos la vida en un periódico adúltero, un caracol abandonado al azote de la marea, sin vida, sin libertad.
Me revelé, sostengo, porque la vida se me cruzó en mi camino para abofetearme, despertar del letargo, del conformismo.

¡Era tanta la miseria que me rodeaba! no podía seguir mirando al otro lado por miedo...
Rossi fue el enviado de Dios, enviado de gloria y energía...
Su muerte fue la gota que colmó el vaso.

Miedo

Miedo.
Miedo, aprieta la sangre.
Estandarte que se cierne sobre mi cabeza.
Cabeza que vuela sin estandarte.
Me sumo al hybris de Prometeo.
Desafío cualquier miedo que se precie.
Examino su anatomía para verlo venir.
Entrecruzo mis venas con las suyas.
Quiero ser su amigo, no me acepta, huye.
Némesis viene a vengarse por osado.
Me arranco las entrañas para mezclarlas
con salitre, realidad salitrosa, riesgo.
Me basto con los rudimentos, respirar.
Miedo que quiere menoscabarme.
No me dejo, no pretendo...
Mi mundo es de valientes que desoyen
los gritos del otro, de lo convenido,
lo normal... es el miedo, futuro.
¡Qué importa, quién sabe si estaré!
¡Presente, solo presente!
Ser santo y seña de uno mismo.
Ser valiente, no pasa nada...
Realidad en pepitoria, deliciosa.
Noche, sonrisa, sigo desnudo.
Serenidad, silencio. Todo es creación
de la Mente...

Edipo

El rey layo quiso darme la muerte
nada más nacer, dijo el destino
que yo rasgaría cual cuero fino
su piel alcanzando mi juventud.
Dejóme a merced de las alimañas
hasta que el rey Pólibo de Corinto
me recogió con un manto sucinto.
Me devolvió mi lastrada salud.

Crecí pensando que mi padre era Pólibo.
Mis amigos insinuaban, entre bromas y veras,
que él no era quien yo creía.
Quise salir de dudas preguntando al Oráculo.
Ni corto ni perezoso me dirigí a Delfos para
satisfacer ni desazón, que no hizo sino crecer
desde que se pronunciara mi sino.
¡Matarás a tu padre! anunció tajante la pitia
envuelta en una nebulosa mágica.
salí del templo sumido en una densa zozobra
que conducía mi cuerpo al naufragio, y decidí
con exultante arrojo no volver a Corinto para
burlar el destino.
Al cruzar uno de los puentes me encontré con
dos hombres, uno de los cuales me ordenó ceder
el paso a su acompañante; ante mi negativa nos
enzarzamos en una disputa que acabó con la
muerte de uno de ellos tras apuñalarle con mi
daga.

Resultó que el interfecto era mi verdadero padre,

el rey Layo de Tebas.
El destino dirige nuestras vidas sin que nuestra
conciencia pueda oponerse.

Aunque pongamos todo nuestro empeño.

Habana Vieja

Paré con la mano derecha al viento un Chevrolet
amarillo en pleno Malecón, a las nueve de la tarde,
ya besando el crepúsculo, y lo dirigí a la calle
Obispo, en la famosa Habana Vieja.

Me disponía a disfrutar de una fiesta de salsa y
rumba con aderezos de mojito y esencias de daiquirí,
salpicada con el encanto de Rosana y sus amigas,
que conocí en el aeropuerto de Barajas en una pirueta
del destino.

Iba enfundado en un traje blanco marfil con zapatos a
juego y un sombrero de paja típico, un canotié con una
cinta negra.

Me sentía como un maragato que fuera al famoso
programa de Televisión Española llamado"Gente Joven"
,que solía ver en mi primera niñez, allá por los balbuceos
de nuestra actual democracia.
Entré en el local, que estaba dispuesto para la ocasión
con mucho gusto, me encontré solo; la música sonaba
como si una banda la fabricara desde un foso oculto,
las bebidas desfilaban sobre la barra del bar sin camarero
que moviera las cocteleras, y además oía las voces de mis
amigas sin que pudiera dar crédito a mi ceguera.

Sentí como si mi piel fuera el reverso de un pergamino
escrito en innumerables ocasiones por el sarcasmo de
la fortuna, que se me antojaba adversa hasta el tuétano
del instante.

Me dejé prorrumpir en llamadas de socorro, pronunciaba el nombre de Rosana cual advocación mariana que se me apareciera sin previo aviso, pero la respuesta brillaba por su ausencia.
Me adentro en lo íntimo del bar, descerrajo habitaciones, husmeo el quid del conjuro que se escribía en clave de broma macabra, sin éxito.

Me siento delante de un piano que tocaba solo, por Compay segundo.

Viviseccionо cada olor, cada sabor a mi alcance, sin hallar paraderos.

Aterciopelo cada sofá, cada cojín, con la mojada yesca de la palma de la mano, sin encontrar calor humano, ni siquiera miasmas de rencor.

La membrana que recubre mi capacidad de sorpresa se expande hasta
casi romperse...
Dado por vencido salgo con el rabo entre las piernas, sin taxi que me devuelva a la realidad. ¡Menos mal que suena el reloj! Son las siete de la mañana. Apago la alarma. Voy a desayunar.

Gloria Fuertes

Aprendí a quererte desde niño.
Me reía escuchando tus poemas.
Tus historias fueron vivos emblemas
de mi amor a escribir.
Esperaba con ilusión tu hora.
Me sentaba delante de la tele.
Me quedaba suspenso cual pelele
que queda sin sentir.
Ahora me doy cuenta de lo importante que
fuiste para mí. Comprendo el influjo que tus
poemas "pa los niños", como tú decías,
ejercieron sobre mi vocación de aprendiz de
brujo en esto de juntar palabras biensonantes.

También debo reconocer la simiente familiar,
mi padre y mis abuelos hicieron sus pinitos no
sin relativo éxito, pero volviendo a tu magia,
tu estar en mis tardes de pan con chocolate
con "La Cometa Blanca" fueron una escuela de
poesía, y por tanto de vida.

Tu pelo blanco, que se hizo bandera en mi casa,
no en vano mi madre pronto recibiría las nieves
de la madurez-y yo ahora también las disfruto,
como herencia divina-tu corbata y tu traje
estrafalario parodiando la seriedad cotidiana del
hombre de negocios, hacían mis delicias cada
tarde, después de los deberes.

Te doy las gracias mirando al cielo, para que el trayecto sea más rápido, por alentar en mí este privilegio de gustarme entre letras.

Te querré siempre Gloria.

No me arrepiento...

Me arrepiento

Me arrepiento de dejarme llevar.
Me resigno a dejarme dirigir.
Me atrevo a expresarme, sinceridad.
Ya no me arrepiento de lo susodicho.
Ya no me arrepiento para contentarte.
Ya no te complazco para acallar tus
fantasmas.
Ya no te complazco dejando que decidas
por mí.
Me atrevo a equivocarme, si soy yo no
cabe error.
Prefiero perder siendo, y sufrir, que no
ser, indemne.
Si pierdo, pierdo yo, no me haces perder
o incluso ganar.
Sin alma, ¿Qué ganaría, amor, si gano para
ti pero sin mí?
Dame mis riendas, ocúpate de las tuyas.
¿Por qué tienes que hacerme a tu gusto,
hazme al mío?
Yo deseo tu mejor tú, no que seas mi mejor
yo, no estoy enamorado de mí, solo estoy
de acuerdo conmigo y no tengo otra opción
que aguantarme y alcanzar mi mejor versión.

Quiero lo mismo para ti, por ello no tengo
derecho a dirigirte.
Quiero lo mismo para mí, por ello no tengo
derecho a dirigirme sino de alegrarme, de

sentirme, de disfrutarme, no de manipularme,
no de manipularte.

¡Me gustaría que lo vieras así,

¿Por qué no puedes?!

Teatro: pura vida

Escenario:

Mi catecismo es el Teatro.
El Teatro es una escuela de vida.
Es la vida subida a la tarima.
Es la vida mostrada a través de
la mirilla del dramaturgo.

El teatro nos anticipa vivencias,
vivimos sin mancharnos de lo
abyecto y sentimos en la piel lo
excelso y lo inmundo, lo primero
se nos grava en los párpados y lo
segundo se nos queda en el
inconsciente, sin daño.

La del alba sería cuando comencé
los ensayos.
Antígona de Sófocles era mi ducha
de buenos días a la sazón de aquellos
tiempos, joven.
Al terminar la jornada solo me cabía
pensar en la sucesión instantánea de las
horas hasta el preciso instante del
comienzo de la siguiente.
Colocarme los coturnos cada día era mi
catarsis.
La batuta del director obraba milagros:
la ataraxia se hacía carne en mi carne

desde la primera estrofa.

Lo anfractuoso del devenir de la vida quedaba al márgen por espacio de dos horas de intensa levitación dramática.

De los coturnos de la tragedia fluía sin solución de continuidad a los borceguíes de la comedia.

Aristófanes, patrón de mi velero de libertad.
Mi pasión por el teatro no se aduerme en el barbecho de la circustancia. Hace tiempo que...

Siempre. Adiccion.Sangre.Venas.Llenas. Hambre.Pasión. Tensión. Corazón... Candilejas. Chaplin.

Te añoro.

Desfallezco.

Me deshago en caricias al contacto
de la hiedra que del balcón pende.
Me traigo a tu memoria peregrina
como el benceno se arroja al acaso.
No te siento en mis adentros
porque la divisa de amargura
que me envuelve detiene
el ascenso de tu marea.

Me niego a olvidarte.
Me niego a negarte en el duro
tránsito del exilio que me acecha.
Pretendo mirarte al través de un
susurro que tiemble de carmín el
pecho ardiente que me acoge, el
lecho de espinas rosas.
No sé si debo decir que el esquema
amarillo de silencio que me
envuelve tiene fecha de caducidad.
Lo dudo...

La mancha de mora con otra verde
se quita... pero tu mancha no es
morada, es de un negro opalino que
insiste en su negrura. Recuerdo que
gotea, borbotea en mis comisuras.
Desaliento.

Teplitz

**Fue el solo encuentro que se sepa
tuvieron en vida estos dos portentos.
Puede ser que fuera invento que
quepa en el recuerdo de ella, como
cientos de anécdotas que Bettina a
los vientos vertiera en su abundoso
recrear poético.**

**Beethoven y Goethe hablan contentos
cuando sucede un encuentro patético:
Se tropiezan con los adalides de lo
estético.**

**La Familia imperial austriaca coincide
en el balneario y se cruza en su camino.
Goethe, experto en estas lides, se cuadra
militarmente a su paso mientras Ludwig
sigue su camino sin reparar en la
excelencia de los sujetos que reciben la
reverencia de su compañero.**

**Los sorprendidos aristócratas giran la
mirada hacia el músico sin dar crédito
al desdén del que habían sido objeto.**

**Mientras tanto Goethe seguía
deshaciéndose en zalemas barriendo el
suelo con su sombrero.**

**A través de esta anécdota, supuestamente
real, podemos vislumbrar la personalidad**

de estos dos excelsos referentes de la creación artística: El adaptado, el ortodoxo a las convenciones, y el rebelde, el heterodoxo, el sultán de la libertad.

Espíritu neoclásico versus tempestad romántica.

Apolo contra Dioniso.

Mi ciudad

Carmen la cigarrera, que embelesa
a los gabachos que alzan la escopeta
contra el pueblo rendido a bayoneta.
Heracles, padre que tu rostro besa.
Julio César, que te cercó cual presa.
Al Mutamid, con poesía te camela.
Fernando, te trajo virgen y vela
y te desposó como a una princesa.

Me enamoran tus labios de canela...

Dicen que Melkart fue su fundador
tras derrotar a Gerión, rey de los
Turdetanos, los herederos del pueblo
tarteso, primera civilización
occidental.
Arribó allá por el primer milenio
antes de cristo a estas ubérrimas
tierras remontando el río Baetis
desde su desembocadura, que a
la sazón se situaba en la actual
ciudad de Coria del Río.
Cerca de este enclave instaló su
santuario y fundó la ciudad de Spal,
que en fenicio significa "llanura
junto a un río".
Este rey se emparentó con Heracles
por obra y gracia de la leyenda, de
ahí que se atribuyese su fundación al
héroe mitológico.

Trafalgar

El fuego que se desató entre El Príncipe de Asturias al mando de Gravina y el Victory de Nelson fue tan feroz que tras las primeras andanadas ya se sellaron centenares de bajas, la mayoría del lado aliado, para desgracia del emperador.
La afluencia de obuses era tan espectacular que hasta el escondrijo más recóndito del navío español no fue resguardo suficiente para contener a la muerte.
Juan Manuel, un herrero de la localidad de Vejer de la Frontera, que fue alistado a la fuerza por los gendarmes franceses que patrullaban las inmediaciones del teatro bélico, se debatía entre la vida y la muerte bajo la lluvia de proyectiles que volaban alrededor de su cabeza.

El médico de la dotación del egregio navío aliado no daba abasto, debía entregarse con trepidación a la atención de los heridos: fluían las costuras de urgencia para contener hemorragias, torniquetes, amputaciones de miembros superiores e inferiores...
Juan Manuel tuvo el acierto de lanzarse al mar para ser rescatado después de varios días a la deriva, porque el navío que lo albergaba se prosternó ante la Parca de los ingenios acuáticos a las pocas horas de

entrar en acción, ese maldito día de octubre
de mil ochocientos cinco.

Miro al sol

Alzo la vista al cielo
Miro de frente al sol
no pestañeo
arde mi pupila
Ceniza.
Sigo mirando
con el hilo de vista
que me queda.
Tuerzo la mirada.

Descanso los párpados sobre
unos niños que juegan, saltan
en su inocencia, rien porque
no saben, si supieran...
Quiero ser niño otra vez
Quiero regurgitar el sedimento
que el paso de los años
han depositado entre las costuras
de mis vivencias, de mis recuerdos.
Giro el cuello para mirar el camino
que voy dejando, estela machadiana.
Dejo de andar, observo el horizonte
del tornaviaje, arranco a correr para
colocarme en la casilla de salida.

Empiezo ab initium.

El pie derecho osa avanzar un paso,
luego el izquierdo, retrazo el mismo
camino, destino, ¡cuidado!, avanzo,
repito, rehuello el lecho sabido.

Busco solo encontrarme en mi elemento.
De entre las florecillas del bosque quiero
sacar el jugo, la savia que circula en sus
entrañas.
Triscar la hierba como si de un rumiante
me tratara.
Inventar filigranas con el hilo de estopa
que entresaco de las fibras del junco.
alejarme del ruído del progreso, sentirme
un joven jarifo a mis maduros años.

Rotundo pecho

Salir del paso
Vaciar el peso
Desentrañar el cañamazo
Desensañarse de los débiles
Desentenderse de sí mismo
Derramar la sangre en los brezales
Dirimir el desafío de la inocencia
con los caídos en la batalla.

Elegir siempre los atajos para
legar al grial - Vino esencial -
Llegaremos a donde llegaría si el
arsenal del que dispongo no
declinara su deber de destrucción
ante la imposibilidad que le concede
la lágrima, que humedece.

No hay barcos sin atarazanas,
no hay atarazanas que soporten la
inacción del martillo que insiste.

El martillo que marca el compás
de la emoción, que se eleva al
palpitante desnudarse de emblemas.
La verdad no tiene carta de
naturaleza, somos tan pequeños que
no concebimos alternativa al ojo que
se nos cuelga del rostro, prefiero
llamar baciyelmo al concepto que se
somete a dos verdades, o a ninguna.

La bofetada rotunda que la sonrisa
asesta a las palomas que empedran
el alma, el rotundo pecho que se
despepita por descollar de la
excrecencia que nace a la piel sin
vida ni esperanza, cuarteada a
preguntas sobre porqués que ni
siquiera esos porqués sabrían
responder si respondieran.

La razón me produce un hastío
ascendente con el paso de las hojas
del calendario, amarillo ya, casi...

Y es que cuanto más me miro el envés
de mi epidermis más sinrazón detecto.
Vi, veo y veré siempre la sonrisa a flor
de mañana que se abre al rocío,
empanada de sentires que no precisan
de fórmulas matemáticas ni ecuaciones.
Tengo razones que la razón no entiende,
las que me dan sentido, hijo del viento y
del rayo de luz soy, luz que se cuela por
entre las nubes que enrojecen de sol.

Guitarra blanca.

Abro
la
puerta.
Veo una guitarra de espaldas
contorneando un vestido blanco.

Mira el espejo que tiene justo ahí,
delante de su boca en forma de W.
Miro ese mismo espejo y miro a
ella, todo a un tiempo.

La guitarra entera
-desde el mástil al puente-
permanece en posición fetal, se
retuerce en su cordón umbilical
para olvidar que existe, su mundo
sigue gritándole su regreso, un
mundo incoloro, inodoro e insípido
con algún electrolito disuelto.
Me acerco al espejo sin rozar su
vestido.
Resuelvo su enigma para colocarme
del otro lado.

Me quedo unos segundos, que se me
antojan lustros, viviendo mi realidad
desde la otredad.

Salgo de Wonderland y entro en
Normalland con el deseo de aprender
a tocar esa guitarra.

De repente se levanta de su isla para saludarme, me manda un beso por email que no recibo por no estar conectado todavía y me pregunta:

¿Qué te apetece cenar?

Baruch Spinoza

A Jhavé te revelaste.
Rompiste con lo tenido
por verdad, y tú confiaste
con denuedo en el hombre ido
de las cadenas divinas.
La Natura es venerable
por ser genial creadora
de todo lo que es probable,
por ser dueña y señora
hasta de sus dulces ruínas.
Fuiste luz en medio de la tiniebla.
Luchaste con tu vida por sustraernos
de la rigidez de la ortodoxia religiosa.
Fuiste el azote de las convenciones.
Pusiste en solfa lo tenido por sagrado.
La esencia divina es el conqué de todo.
Cuerpo y mente es una misma cosa.
¡Quién sabe lo que puede un cuerpo!
Fuiste el cometa de las revoluciones
que vinieron, Rousseau mediante.
Filósofo original donde los haya.
Arriesgó su vida por sus ideas
sin saber hacer otra cosa que
pensar, y que pensemos.

Paramnesia

Recogerme, estirarme.
Enrollarme en vericueto.
Madejarme en mi secreto.
Reducirme, ausentarme.
Vaciar mi pecho hinchado.
Olvidar posibles celos.
Anestesia
Mi orgullo ya derrotado
en su lecho, soltar velos
Paramnesia.
Perseo que descansa.
Ariadna que hilvana.
El amor marchito
en el deseo inmarcesible.
Prótesis para la dignidad
perdida en el renuncio.
Romper los clisés.
Revelar las fotos fieles
al hígado que procesa.
Aprovechar relentes
para refrescar conciencias.
Abalanzar el peso que pesa
sobre mis pesados hombros.
Sentir el hilvanar del prurito
que me quema el esófago.
Todavía...

Montevideo

Recuerdo mi estancia en Montevideo
como un regalo que recibí del cielo
envuelto en celofán y lazos rojos.
¿Te acuerdas que vagábamos por
las calles al vapor del pan de munición
que nos tocó comer, sin monedas en
los bolsillos?
Dormía en los mejores divanes que se
me ofrecían en los frondosos parques, a
la sazón artríticos por el frío invierno,
tras un vagar profundo por una urbe que
me envolvía con su encanto casi gótico.
¿Te acuerdas del día que entramos en
un restaurante para desayunar las sobras
del día anterior y nos supo a gloria?
Fueron mis mejores vacaciones. Viví.

Desnudo, entregado al acaso. Sin miedo.

Un placer

Cada vez me gusto más en mi afán
de escandir versos, aunque, como
en este trance,no me asista Erató
en lograr dotar a estas letras de
un brillo que retribuya unos
segundos de lectura.
El deliquio que me proporciona la
diaria entrega a este suculento
juego me recompensa del esfuerzo
que,como en esta ocasión,me brota
de mis plexos para hilar pálpitos
que me convenzan de publicar para
ustedes, con mi debido respeto.
Cada día me ovillo sobre mí mismo
para verter dos gotas de lírica,
que apenas destilo con el sabor
que pretendo, gotas con que oso
perlar vuestros corazones ávidos
de placer.
No siempre la naranja zumea con
la misma profusión, mas mi mano
sigue aún firme en el exprimir
diario en busca de belleza.
Es un placer el alabear cotidiano
de mi estro para mi propio recreo
y el consiguiente de ustedes.
¡Como debe ser!
Seguiré en esta senda
gratis et amore.
Gracias por concederme
tanto tiempo.

Mandrágora

Dice la leyenda que cuando una mandrágora grita
es porque ha sido arrancada, y ese grito acabará
con la vida del que lo oye.

Me espanta

Me asusta la idea de dejar de verte.
Me abruma el peso de la atmósfera
sobre mi cabeza cuando pienso la
ausencia.
El hiato que retoza entre nosotros
es una playa desierta, fría y yerma
hace ya varios relojes de distancia.
Sin embargo, a pesar de todo,
NADA
de ti y de mí; rescoldos que yacen
desde que se vertieron las primeras
mieles, que siguen expectantes.
Luz suficiente para seguir ardiendo.
Me dijeron las lenguas de triple filo
que lo nuestro era flor de un día;
¡Erraron los muy agoreros, porque
fue de dos!
Dos lustros llenos de astros de luz
que guardaron nuestra luna de miel.
El infortunio se me hizo compañero
de piso, la hiel lo manchó todo cual
aceite lubricante contra el olvido.
Fue la divisa de la Experiencia.

Ciencia.
Velo armas, cual quijote soñando
Dulcineas imposibles, desde ayer.
Cejo, me dejo vencer por la cordura.
Mente que concilia sueño y razón.
Sueño que hurtó a Alonso Quijano
su triste figura, y que no pudo por
menos que ofrecerle lo más valioso:
La Muerte.
Me cabe la honra en estos segundos,
que vuelan de los dedos al teclado,
decir que prefiero vivir y morir en el
intento que respirar lejos del hogar...

Salvaje Byron

Cuando a Byron leo
Me imagino estandarte
de libertad y reo
de cárceles que veo
ajenas bajo el arte
de a la vida cantar.
Byron se entregó
a apasionado batallar
que la muerte llevó,
que la muerte elevó
a leyenda secular.
Byron fue hijo del mito romántico.
Quiso beber de Oriente en
Occidente.
Dio su vida liberando a un pueblo
ancestral, semilla de civilización
que encarna el origen, la esencia
de nuestra manera de sentir y
pensar.
Recorrió España, sobre todo el Sur,
buscando los aromas de Alándalus,
de Carmen, y de todo aquello que
fuera efluvio seductor de libertad,
de vivir.
Afligido de hidropesía de fontanas
ígneas, de aromas telúricos que le
aviniera con la muerte, ansiada
salida a tanto desfonde, a tanta
vida dichosa, imaginada, recreada,
encarnada en amores que nacían de
sus libros leídos y vividos, aquellos

donde literatura y vida eran unidad
indisoluble, confusión y realidad
quijotescas.
Engreído y bello, era un hombre
completo.
Erudito, adinerado por su nobleza
de cuna. Le gustaba ser el niño en
el bautizo, el novio en la boda.
No consentía que nadie le hiciera
sombra -se entiende pensando en
Polidori, su médico y emergente
literato, que eclipsó su luz en la
mítica reunión de Villa Diodati-.
Personaje desdichado en su
grandeza.
La desdicha solo cabe en la
inmensidad...

Huir

Un escritor siempre debe estar en fuga.
Jean Cocteau

Fugitividad

Esconderse tras un murallón
de palabras.
Escribir por costumbre
o por necesidad.
No tener nada que decir.
Epatar con palabras vacías.
La mayor soledad que pueda
concebirse se sintetiza dentro
de una muchedumbre
de palabras sin enjundia.
Un escritor que huye es aquel
que se esconde en un laberinto
tipográfico, para impresionar
sin decir.
Hay quien acumula saberes sin
saber archivarlos en los cajones
de su mente. Salen de su puño a
borbotones cual borborigmos.
Cantares de Ciego que obedecen
al invento, patraña intencionada.
Escindir el grano de la paja.
Las ideas hormiguean en el
cerebro sin asiento fijo.
Después hay que sacarlas en
plena candencia como un pulpo

escaldado listo para su consumo.
Evitar el desvarío que pergeñan
los monstruos que nos salen al
paso de la tinta impresa.
Huyo por huir, sin causa, rebelde.

Mi Patria

La verdadera patria de un hombre es la infancia.
Rainer María Rilke

Miguel siempre fue...

Se le recuerda tendido en el suelo jugando a batallas con sus muñecos de plomo que semejaban soldados napoleónicos.

Era prodigioso ver como transcurrían las horas sin que su cuerpo apenas alterara su posición, recogido en las historias que brotaban de su mente en el rugir de las palabras que ilustraban las crónicas militares.
Miguel ya era un niño corpulento a sus doce años, cuando alcanzó el cénit de su carrera trovadoresca, por así llamarla, y a pesar de ello serpeaba sobre el suelo de su habitación como una anguila, sin que el fluir del tiempo le opusiera impedimento alguno.

Su talento narrativo se fue dibujando al tictac de los años, engullía los minutos leyendo aventuras cuando el bozo ya apuntaba por encima de sus labios.
Su gusto por recogerse en sí mismo, por viajar hacia su interior, no perdió vigencia con la rotación diaria del reloj, más bien todo lo contrario.
Siempre se buscó en soledad, tanto que, cuando le tocó formar familia y compartir vida con su mujer, no pudo más que recibir la oportuna factura del desastre.
Fracaso liberador...
Fracaso que fue ángel anunciador del destino, espíritu

y musa de la literatura: su hogar, su patria, él mismo.

Ícaro

Me sentía encerrado
Privado
El rey Minos no quería
Todavía
Que la isla abandonase
Posarse
Mi libertad alzarse
Privado de esperanza
Todavía con templanza
Posarse o elevarse.
Osó desafiar la autoridad.
Su padre pone su ciencia
a su disposición.
Dédalo lo empuja.
Él no se queda atrás.
Ícaro en brazos del arrojo
de su juventud se lanza.
Recorre leguas y leguas
procurando no volar
demasiado alto, por el sol,
ni demasiado bajo, mar.
El calor del sol amenazante
y cercano, por una vez,
obró la desgracia.
Ese trozo de mar que se ofreció
cóncavo a su sepultura recibió
el nombre de Icaria. Así lo quiso
su padre, que lamentó su saber.
Dédalo, a cuyo timón reinaba la
sabiduría de los años, llegó sano
y salvo, con honores, sin hijo.

Sicilia lo recibió con Cócalo
como maestro de ceremonias.
El atrevimiento es la pimienta
de nuestras salsas, asumamos
el riesgo de salir escaldados.

Molinos de cera.

Debajo de mi manto, al rey mato.
Don Quijote de la Mancha
Primera parte. Prólogo

Soy muñeco que sufre en sus costuras
la tensión de fuerzas opuestas.

Unas tiran de mi brazo derecho y otras
del izquierdo con intención ruinosa.
Mis oídos, martillados por el chamullo
de rigor que desde altas instancias
confunde.

Mis oídos, además, descansan al son de
músicas que me impulsan al haraganeo
del olvido, fusas que me sajan el alma.
Me sujeto a mis maneras de sobrevivir.
Me atengo a mi cosmovisión porque es
solo mía, sin veleidades de proselitismo.
Solo pido que me den el espacio justo
para poder soñar despierto con molinos
de viento que puedan ser vencidos.
Libertad de pensamiento en una galaxia
de nebulosa y confusión.

Serenidad

La respuesta mansa la ira quebranta.

Proverbio

Ante el grito del que se acerca, estatua
de sal.
Ante la emoción que se desborda,
ante la rambla que se hace río,
puentes de calma.
Ante el secuestrado por la ira, ante el
que se deja gobernar sin ser aducido,
ante quien claudica bajo avalanchas,
el rescate de la concordia y la sonrisa.
Ante quien alza odios.
Ante quien daña.
Ante quien carece de las palabras que
reparan cual brisa fresca, lanzar
amarras para maniatar la ira como
si fuera ignorancia y comprensión.
El poder de la palabra susurrada.
La Asertividad

Debe y Haber

La historia del ser Humano es un parpadeo
en el Universo.

Si miramos desde lo más alto,
la grandeza de un cuerpo se
desvanece.

El milagro que comprime el
aleteo de una mariposa se
hace invisible si se mira
desde la altura de mis ojos.
El azar de la vida se disipa
en la sopa primigenia que
es apurada por la costumbre.

La mirada enfilada al objetivo
ignora que pierde lo único,
lo que venimos a hacer.
Somos casualidad y gloria.
Cohabitamos con la muerte.

Muerte y vida se codefinen
y por eso cohabitan.
Hay quien hincha el pecho
para disuadir.

Hay quien quiere llamar
sin llamarse.

Quizás todo sea por que
dentro de nuestro cráneo

tenemos dos columnas:
una el debe y la otra...
Una columna la emoción.
La otra la razón.

Gana la emoción o se mezclan
y no gana ninguna, o ambas.
Este es mi dilema y nuestro
problema, y nuestro emblema
y nuestro paraíso...

Desnudo

Lo mismo le da cuerda de cortina
que cuerda de guitarra

Hombres Buenos. A.Pérez Reverte

Solo es necesario para vivir
Aire y agua fresca.

Nacer desnudo.
Llorar para sobrevivir.
Comer y dormir.
¿Qué más preciso?
Crecer al calor materno.
Primero la química y
después la física.
Suman lo mismo tres
más dos que
cuatro más uno.
¿Para qué ambrosías si
con pan y cebolla
quedo también satisfecho?
Cuanto más poseo mayor
peso sobre mi espalda.
¡Qué mejor techo que el
cielo estrellado!

No deber nada a nadie,
sentirse saldado.
Lo recibido lo he de
devolver con creces.

Con lo que cuesta un
potosí me agencio
un ejército de platos
de lentejas.
No me importan los
capitales.
Comprendo cada vez
más a Esaú.
En mi tumba no caben
posesiones, solo lo que
está dentro de mi piel.

Recaer y Renacer

Soy un continuo recaer.

En cuanto toco a mi término
resurjo como un tentetieso.
Solo posar la cabeza sobre
la almohada, ingreso en la
inmensidad de un sueño.
Recaigo en el manantial de
mis recuerdos, que manan
del inconsciente, más vivo
y consciente que nunca.
Al abrir los ojos renazco a
la luz para recaer en la
rutina.
Recaigo de mi cuerpo al
ritmo de cada paso.
Ese recaer que se derrite
en sedimento de sabiduría.
A medida que recaigo me
desvendo de mis capas de
cebolla, en un viajar hacia
mi anhelada niñez, desnudo
de prejuicios, de fruslerías.
Por fas o por nefas miro en
pendiente la ladera de placer
que me queda por beber, veo
cómo mi piel se recoge para
hacerse ovillo y plegarse ante
la disipación de la carne.
Aprovecho cada minuto que
me concede la armonía

de mis sistemas.
La vida antes sobraba, antes
las reservas de helio eran
innúmeras porque no atisbaba
fin.
Ahora pretendo sorber
la energía que se esconde en
cada molécula.
Recaigo para renacer con
fuerza.

No hay renacimiento sin recaída.
Vida y muerte hermanas
siamesas.

Marcel Proust

Proust es el ejemplo eterno
de la literaria quietud.
Regreso a la juventud.
Primavera en invierno.
Notas en blanco cuaderno
Llenan sabores y olores.
Infancia, vagos primores
que acuden a la llamada,
deslizada a la alborada
de recuerdos y rumores.

Añoranza enterrada en el alma.
Viajes en el tiempo al conjuro
de un olor, un sabor, una visión.
Leer caminando con Swan.
Navegando al claror mañanero
sobre la estela que deja la letra
pronunciada al ritmo del sopor.
Embriagarse de paz, de ayer.
Patios con pozo, agua fresca.
Limoneros, moreras que moran
en la noche de verano.
Vapores que humean, despertar.

Magdalenas, losas de Venecia
que nos traen a la memoria
memorias que ya existían.
Frase de la Sonata de Vinteuil
que nos cerca en trance.

Proust, la sensibilidad y el arte.

Proust cíclope de las letras.
Monumento a la posteridad.
Siempre presente, mirando al
pasado, de reojo al futuro.
Presente, pasado y futuro no
significan más que un instante.
El instante que emerge de la
casualidad, que surge de súbito.

Lunfardo

Me alegro de que te guste Buenos Aires, yo también porque no me hablaron muy bien, no?, y por qué?, dicen que es una ciudad tan insegura como grande, por ahora todo ha ido de perlas, espero que todo siga así, ojala!, damos una vuelta hasta la hora de cenar? bueno, vale!, y adónde vamos? Podemos ir a "el Obelisco", que es muy bonito!, y después?, después podemos ir a la Plaza de Mayo, a Boca y terminamos con unos buenos tangos en Belgrano, te parece?, sí, me parece un buen plan, pues allá vamos!

Nos mezclamos con el paisanaje como buenos viajeros que somos. Las calles eran una sinfonía de colores por completo abigarradas, quisimos vivir hasta que nos saliera el tuétano de los huesos por las comisuras del entusiasmo, nos cruzamos y conversamos con gente de todo jaez, desde el más enchaquetado hombre de negocios hasta el desgraciado vagabundo que vive de la brisa.

Comíamos del humus que pisábamos por carecer casi de numerario, nos fuimos con lo puesto, que ya es mucho, lo principal son las ganas.
Nuestros corazones eran la caja de resonancia ideal para el rasgueo de alegrías que hacíamos sonar por las calles, regadas con la joven sangre de nuestras venas, verdes de esperanza e ilusión.

Volvimos a España en un cascarón de nuez que estuvo a pique de erigirse en tumba y féretro.
Fue una experiencia que consta con letras de oro
en mis papeles clandestinos.

Mis palabras

Mi patria en mis zapatos,
mis manos son mi ejército.
Último de la Fila.

Distraerse entre vanos asuntos
Dejarse inundar por las flores
que cada primavera acuden
puntuales, ¡y ya van varias!
Dejarse vencer por el placer.

Borronear versos que solo
laten en el mérito del que
los lee, mi emoción sobra.
Rosario de perlas que caen
de los poros de la Lírica.
Solo habito en las letras
que estelan mi pluma.
Mis huellas son mi lecho
Mis palabras, mi pensar.

Hete aquí el quid de todo.
Gemino los pasos hacia el
dilema de mi palpitar:
Ser o no Ser, uno mismo.
Pensamientos recurrentes.
Antediluvianos.

La escritura.

Ejercicio de introspección
que se repite, sigo siendo
impulsado por la misma
marea...
Si dejo suelta a la mente
se me hace eco, por que
conecto con mi íntimo.

Espacio

Inmortalidad

Ahora, al cabo de los años, me viene de vez en vez,
como la recidiva de mi juventud,
la despedida de Emily - creo que se llamaba
, si mi oído no me engañó -
de su profesor de natación en el spa de Brno donde
veraneaba, allá por el año veintitrés, felices años...

Emily era una mujer adentrada en el ocaso de su
vida, debía rondar los setenta años, lo que no le
parecía restar un ápice de alegría y ganas de vivir.
Ese día me encontraba desayunando plácidamente
en la cafetería del balneario, esperaba también la
llegada de Roberto, que se ofreció a compartir el
momento pero tardaba en bajar; estaba a punto de
volver a la habitación para saber de él cuando la vi
salir de la piscina y hablar con el joven que le
enseñó algunas nociones de flotabilidad.
Le dijo adiós como si François, que así entendí
su nombre, partiera desde una estación hacia
el desencuentro eterno.

Agitaba su mano derecha con tal entusiasmo y su
sonrisa se explayaba con tanta frescura que me
pareció ver renacer su juventud como de súbito;
su ajado cuerpo, sin pizca de sensualidad,
(ni siquiera se atisbaba un rescoldo de belleza
perdida en la erosión de la vida), se llenaba de una
juventud y una sensualidad como conservada con
naftalina en el pozo de su memoria.
Desde ese instante mi concepto de la belleza dio un
giro copernicano; lo importante es la energía, el alma

que nos rellena. El cuerpo es un simple contenedor,
continente que se expone a los rigores del destino.
Inexorablemente.

Tántalo

Tántalo fue invitado
a probar rico manjar.
Zeus confiado
piensa que es de fiar.
Ha contado
lo que no debe contar.
Ambrosía ha probado
y llevado a probar
para quedar demostrado
que llantar
con el dios Zeus venerado
No fue inventar.
Compartió con sus amigos
el néctar y la ambrosía.
Quiso devolver la cortesía
a los dioses del Olimpo.
En su casa les dio cobijo
pródigo en viandas y alegría.
Tanto comieron los dioses
que sus provisiones pronto
tornaron escasas.
Para no merecer su ira
guisó a Pélope como venado.
Los sabios dioses obviaron
el indigno manjar, Deméter
no se percató, por la reciente
pérdida de su hija Perséfone.
Zeus ordenó la reanimación
de Pélope a Hermes.
En el caldero mágico sucedió
el regreso a la vida de su hijo,

que en rito iniciático pereció,
y tan solo necesitó
el hombro de márfil de delfín
que Hefesto forjó.
Harto Zeus de tanta fechoría
lo aplastó con grande roca
que en una cumbre yacía.
Ya muerto, en el Hades,
como castigo a su apetito
desmedido, fue condenado
a morir en vida contrito,
y de frutas y agua rodeado
sin poder darles alcance.

Río de sal.

El hombre es transición y ocaso.
Nietzsche

Cuántas veces me derramé sobre ti
sin recibir recompensa justa.
Cuántas veces he habitado tu mente
solo para ahuyentar tu soledad.

Esta mañana me acerqué al cementerio.
Puse las últimas flores, flores verdes.
Sentí al instante un exánime crepitar en
mis venas, todavía, cenizas en rescoldo.

Retirélas para evitar un incendio mayor.
Fui por agua a la fuente del suspiro para
sofocar la nube, no puedo pensar por qué.

Aprendí que llevar grilletes en los tobillos
solo sirve para ralentizar el paso, pesado.

Lancé las flores al vertedero de mis ayeres.
Me niego a hacer fotos que congelen mieles.

No tengo ojos en la nuca, solo puedo mirar
hacia delante, solo Juno mira hacia atrás.

Mis instintos descansan sin estar cansados.
Nunca lo estuvieron, la rémora es la losa que
resta confianza, espada de Damocles atada a
un pelo de corcel blanco, a punto de vencerse.

No pararé hasta sentirme paloma que navega
sin ton ni son, al capricho del viento que bese
mi nuca y me eleve levemente, viento que me
haga planear sin planes, que me traiga árnica
a mansalva para el resto de mi vida.

Solo deseo discurrir como el río que solo sabe
conducirse hasta su mar en pos de la gravedad
que grava su cauce, con las únicas fronteras de
su lecho y sus paredes.

Río manriqueño.

Habas con Jamón

**¡No sabía que te gustaran las habas con jamón!
pues ya lo sabes, además estas que nos hemos
comido en este bar son las mejores que he
probado en mi vida, !qué! ¿ Nos vamos ya?
Javier y Santiago se lanzaron a la aventura en
una sala de baile recién estrenada en la ciudad,
llamada Ocean ¿Qué, te apetece una copa Javi?,
vamos con ella Santi, ¿Qué te pido brother?
un ron con cola porfa, ¡marchando!**

**Cada uno con su copa se colocaron en el lugar más
animado de la fiesta para imbuirse de toda la dicha
que flotaba en el ambiente. Enseguida se acercaron
a un grupo dónde reconocieron a una chica, Anabel.
Javi, ¿Qué tal Ana?¡ cuánto tiempo!**

**Anabel respondió con un mohín de disgusto que se
volcó sobre la cabeza de Javi como un torrente de
agua helada.¿¡Dónde vas Javi, no te vayas!?, ¡por
favor, no me dejes con la miel en los labios!**

**Reconoció Javi al día siguiente, una vez que las
aguas,como dijimos heladas, bajaron a la calma de
la marisma,que la ruptura fue dura por que estaba
muy enamorada pero Javi no se sabía compartiendo
minutos de rutina. Quizás su amor no fue suficiente
tempestad que llenara sus embalses, solo batibles
por la presión de una locura embriagadora, para dar
su libertad y dejarla en la estacada de la derrota.**

Lo que prometió ser una noche memorable se trocó por

designio del destino, y por su escasa fortaleza mental,
en una velada aciaga. Santi no tuvo ánimos para seguir,
después de dejar a buen recaudo a su amigo, en cama.

Javi casi no concibió el sueño pensando en la maldita
ironía del azar.

Reconoció que le dolía su dolor, y que su proceder para
con ella fue muy mejorable.
¡Me gustaría hablar con Anabel, Santi!
¿Crees que es buena idea?
A buenas horas mangas verdes...

Cicerón

Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?
¿Hasta cuando, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?

A un orador de talento
le distingue su valor.
La palabra es monumento.
El mayor rival, el temor.
Al amigo lo honrado
solo será dispensado.
La justicia aunque injusta
es mejor, incluso si abusa,
y ofrece mayor sustento
que la más honrada guerra.
Marco Tulio era un portento.
Blande el verbo como fusta.

Nutrióse siendo joven
de la savia greciana.

Una vez saciado regresó
a Roma para convertirse
en gran abogado, con una
maestría oratoria de nivel
inaudito para los oídos de
una audiencia que bullía
de fervor ante arranques
de elocuencia que ponían
la carne de gallina.

Ante tanta luminaria los
facinerosos temblaban,
los poderosos alzaban sus
togas de sofoco y rencor.
Sus destellos deslumbraron
hasta el momento fatídico de
su ejecución por represalias
políticas, Marco A. mediante.

El estoicismo fue su bandera.
Fue por suerte el helenizador
de Roma.

Bendito error

Nunca llegamos tan lejos como cuando
ya no sabemos hacia dónde vamos.
Goethe Máximas.

Cuando desconocemos,
Cuando perdemos la noción,
el vacío de conciencia que se
apodera de nosotros se hace
crisol de ingenio, el hambre
es el mejor revulsivo frente
a la inopia del desamparo.
Cuando no sabemos
surge la magia, que sale
a socorrernos para que el
naufragio sea solo página
que vuela al viento.
Cuando sabemos adónde,
nuestra mente nos conduce
sin necesitar la vista.
Vamos como caballo de picar
que lleva anteojeras, ojos que
no ven corazón que no siente.
Cuando erramos se nos abre
un paraíso de alternativas.
Se nos nace de súbito un cielo
insospechado, donde, a buen
seguro, saldremos ganando.
Conoceremos nuevos caminos
que la ley de la costumbre nos
negaba.

Bendito sea el error, no pienso
errar a sabiendas, no puedo.
Sé que el error me viene a ver a
diario, con frecuencia, y lo acojo
como una oportunidad que me
concede la diosa de la fortuna.
Aprendamos, no lamentarnos.
Cuando erramos pensemos que
algo no funciona, pensemos que
en ese preciso momento se nos
agasaja para que todo mejore.

Nueva vida

El avión tardó en despegar.
La lata de Coca-Cola que bullía
entre mis dedos se hacía caldo.
El personal de vuelo tableteaba
las instrucciones de rigor que
sabía inútiles en esa ocasión.
El motor runruneaba a los sones
del Réquiem de Verdi, abroché
el cinturón, para facilitarle a las
autoridades la repatriación del
cadáver y recé lo que aprendí en
el colegio para que todos mis
presentimientos quedaran en
agua de borrajas.
Cuando los azafatos anunciaron
el inminente aterrizaje agradecí
a las Parcas la oportunidad de
seguir dando la tabarra en este
mundo, que me tocó en suerte.
Me esperaba al otro lado del túnel
mi amiga Lucía, que casi no conocí
por la lejanía del último encuentro
- éramos jóvenes universitarios,
nos sobraba entusiasmo- y locos
de contento dejamos mi equipaje
en su casa para irnos ipso facto a
tomar unas birras.
Lucía, que me resultaba una copia
de Dorian Gray, seguía tan lozana
como entonces. Envidiaba su risa
y buen talante para conmigo, me

agasajó con una velada especial.
Me dio a conocer la crema de su
ciudad, que se me antojó blanca,
con una asepsia excepcional,
todo inmaculado, con frondosos
parques, con un río que corría
salvaje, sin muros de contención.
Yo diría que me encontraba en una
especie de Edén, donde Lucía era
una nueva Eva, pero yo no me sentía
Adán a su lado, mis años se hicieron
reos de mis pliegues y comisuras.
Me estaba enamorando del lugar, y de
Lucía; no concibo mejor lenitivo para
la eternidad que me esperaba.
Pensándolo bien , Lucía seguía siendo
la que nos abandonó, aquel aciago día
en la sierra, con los amigos de facultad.

Viejo, Maduro

Ten cuidado con las palabras.
No es lo mismo ser viejo que
ser maduro.
El matiz está en cómo has
gestionado tus emociones.
El que es viejo ha sido vencido,
ha doblado el espinazo ante los
rigores cotidianos.
El maduro ha sabido integrar el
dolor, el miedo, ha aprendido.
El apio verde tuyú de cada año
es un diapasón que marca el
ritmo de nuestra degeneración.
Quien se siente capitidisminuido
por el peso de las secuencias que
han constelado su filmoteca ha
claudicado, está cansado de vivir.
Quien afronta con naturalidad,
quien resta trascendencia a lo
que vemos y sentimos no podrá
calificarse de viejo, habrá vencido.
Cuando la vida te empuja a volver
a empezar a una edad en la que
se conviene necesario disfrutar
del descanso del guerrero, y crees
que ha sido un castigo del señor,
sostengo que eres viejo, no maduro.
Si te sabes nota discordante cuando
vuelves a los lugares de tu juventud
y te sientes marchito ante el verdor
ambiente, sigo sosteniendo que eres

viejo, no maduro.
Quien tasca el freno ante la erosión
de lo injusto y lo asume para que
la siguiente mordida sea mayor,
está sabiendo vivir, asumir, y por
ende sigo sosteniendo, es maduro,
no viejo.
Quien se extravía en el camino que
va trazando como estelas en la mar,
y aprovecha para explorar la fronda
que se abre a sus ojos, disfrutando
de la sorpresa del hallazgo, sostengo
finalmente que es maduro, no viejo.
Las campanadas que anuncian el año
que nace no deben acallar el fragor
de la cascada de la vida al caer.

La Matemática

No hay certidumbre allí donde no es posible
aplicar ninguna de las ciencias matemáticas
ni ninguna de las basadas en la matemática.
Leonardo da Vinci

La belleza de las Matemáticas es consabida.
(prefiero decir la Matemática si me permiten)
La Matemática encierra todos los arcanos del
mundo que nos rodea y nos alimenta.
La Matemática está en las hojas, en el tallo,
en las venas, en la Alhambra de Granada...
Si miramos las marismas de Odiel desde un
helicóptero que casi llegue a la casa de San
Pedro veremos como los caños se disponen
según las leyes fractales.
Lo fractal es maravilloso, está imbuído en
lo más intimo de la Naturaleza, nuestras
venas y los vasos leñosos que conducen
la savia son un ejemplo portentoso.
La Matemática es una suerte de sustancia
nutricia que da sentido a todas las ciencias
que se nos tercian en nuestro deseo innato
de saber de lo que nos rodea.
Ya decia Pitágoras, sabio donde los haya,
que la madre naturaleza puede dibujarse
en contornos y dintornos de números.
El número tiene significado y significante.
El siete es un número sagrado en el contexto
cristiano, mientras que el tres es el símbolo
de la masonería, si no preguntemos a Mozart

sobre el tenor de su Flauta Mágica.
La Música sin la Matemática no sería posible,
y nosotros, sin la primera, seríamos otros
seres, más lúgubres quizás.
La Matemática está en la cama que te arropa
cada día, en la cuchara con la que te nutres,
en la mesa que te sirve de sostén, en el coche,
en el libro, en el microondas, enlosado, autos,
en los poemas que pretendemos, en el habla,
en el cielo, en el ... o en la...

Casualidad

Casualidad.

Casualidad de cruzarme en el azar.
Entre tantos que hormiguean en la
ciudad tuvimos que cruzar los ojos.
Fue el instante explosivo que resume
una reacción química, ácido sulfúrico.
Tuvimos que pararnos y reconocernos.
Nudo con lazada que se reclina sobre
mi zapato, cerrándolo, asegurándolo.
No nos atrevimos a hablar, era enorme
el peso de la atmósfera que se inventó
sobre la estancia, niebla espesa.
Tuvimos que alejarnos, huir del vacío
que se cernía como halcón fulminante.
Ni un teléfono, ni un nombre, mirada.
La reacción sobrepasó las expectativas.
El horror vacui se hizo imperio, César.
Sus ojos redondos al impacto, atónitos.
Los míos grajos que vuelan bajo, frío.
Fueron segundos o fueron milenios.
Volviste la cara hacia la costumbre. No
Bailé al son del vals de los adioses.
Busqué un resquicio en el naufragio.
Recorrí las calles que orlaron el lugar,
el milagro, sin hallar paradero posible.
No dejo de preguntar a la noche dónde.
No soporto la ausencia de noticia.
Lleno de una nada que murió sin nacer.
Si la casualidad vuelve a mezclarme con
ella, daré respuesta a todos los enigmas

que salivan mi boca.

Farinelli

Ángel que se eleva del barro ufano.
Hijo de Euterpe y de Orfeo engreído.
Infante, en querubín convertido.
Tu voz derrochaste, pero no en vano.
Mi talento se declaro temprano.
Ricardo asombrado y sobrecogido
me acompañó en vasto recorrido
sorbiendo de mí cual vil soberano.
Seduje al mismo Händel y su corte,
que vibraban ante mis notas infinitas.
Las bellas damas perdían el norte
cuando osaba cual hambrienta termita
roer la entraña al de sereno porte.
Fui solo voz, canto que el cielo imita.
Recalé bajo los perfúmenes felipinos.
Me supe caja de música en sus noches
de insomnio y esquizofrenia.
La melancolía real hallaba lenitivo en mis
cinco arias nocturnas, que le elevaban a
cielos de ángeles con pelucas empolvadas.
Muerto el rey murió mi influjo cortesano.
Volví con mi música y mis recuerdos a
Italia para morir donde nací.
Mi vida, cuento de hadas que transforman
a príncipes en ranas cuando creen alcanzar
la inmortalidad.

Irlanda

Cada viaje responde a una mitología, y si no, crea la suya propia.
Javier Reverte.

Irlanda.

Eres engendro que arranca de la tierra.
Tus raíces, sargazo en torno a su centro.
Tus efluvios, que enloquecen al que posa
sus pies sobre tus gargantas, me navegan
en el seno de violines que entroncan con
las náyades de tus verdes lagos.
Fuiste cien veces conquistada y ninguna
invasora, mil veces encantadora, carne
mojada en vino rojo de sangre guerrera.
Escenario orlado en oro de sucesos que la
historia se digna ocultar a buen recaudo.
Ossianes que laten cual bravo corazón
que espanta fantasmas y ogros nefastos.
Isoldas rendidas a Tristanes que yacen
bajo el embrujo de un filtro amoroso.
Albergas la mayor densidad de poetas en
el mundo, y te precias de sus obras, reyes
en tu tierra, tierra que engruda las almas.
Tus hijos brotan de ti como si setas fueran:
Inmenso hongo que ofrece sus flores sobre
el humus, cual epifanía, sujetos de por vida
a tu seno, sin posibilidad de huída.
Joyce fue reo de tu hechizo, quiso ver en la
distancia a su Irlanda sin poder librarse de
ella, pegada a sus zapatos allá donde fuera.

Irlanda tiene el imán de su ancestralidad,
embrujo telúrico que zigzaguea como ofidio
de faquires que rompen el aire con músicas
que se pierden en la noche de los tiempos.

Milagreros

El Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David,
el que abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre.
Apocalipsis.

Se acerca el día del Juicio Final.

Las iglesias lanzan sus huestes
a predicar por las calles, sacar
rédito al nublo que patrocinan
los medios de comunicación.
Es raro el día que no soy herido
por llamadas de atención que
pretenden robar unos minutos
de mi tiempo para preguntarme
si fue antes el huevo o la gallina,
que persiguen cazar desesperos
para acorralarlos entre los muros
de su iglesia, la misma que mojó
mi frente cuando no tenía voz.
Vivimos unos tiempos en que los
campos están minados de atroces
depredadores de almas que vagan
zigzagueando sus miserias.
Ofrecen edenes que solo existen
en las obras pictóricas de artistas
holandeses, Jardín de las delicias.
Desoigamos a los milagreros.
Confiemos en la fugacidad de las
tempestades, que siempre mojarán

corazones ebrios de sangre.
Nada puede crecer para siempre.
El ocaso ofrece el descanso justo
al apogeo para que renazca como
ave Fenix, resurrección.
Cuando escasea la pitanza brilla la
ley del más fuerte, camarón que se
duerme se lo lleva la corriente.

Es natural querer acercar el ascua
a nuestra sardina, mas evitemos
acabar en la parrilla del espabilado.

Libertad

Luz de gas.

Hisopazos que inflige quien ostenta
el mando, Prometeo encadenado
que resurge de su prisión, labrys
ganadas en los campos de batalla
contra los que ponen las normas.
Atreverse a tomar decisiones ante
la mueca del que suele decidir por ti.
Ganarse el respeto de sí mismo para
que el que se suele salir con la suya
ceje en el empeño.
Ganar cada palmo de terreno cuesta
dios y ayuda, ser fiel a mí mismo es
el único camino a la victoria.
No miro nunca al sol, protejo la cera
de mis alas, miro abajo, cada paso es
un jirón de piel que se me muda en el
devenir constante hacia mi bienestar,
cada paso entraña una única manera
de hollar mi impronta, viviéndome.
La libertad, la que se me concedió al
alba de mis primeras luces, que cedo
a cambio de sustento y sopa, aquella
sin la que no puedo timonear mi nave
porque cualquier viento sería muralla
infranqueable, aquella que me arrulla
en un jergón de armonías donde poso
mi espalda y sueño... aquella que...
Poste a poste erijo un palenque donde
protegerme de los que construyen sus

seguridades sobre la desdicha del otro.
De los que prefieren el mal de muchos
para evitar la afrenta de enfrentarse a
sus fantasmas y ajustar cuentas.
Cobardía, inexistente autocrítica. Dolor.
Miedo, palabras que no aparecen en mi
diccionario y son seña de identidad del
narratario de este escrito.

Pigmalión

Lo Perfecto es Enemigo de lo Bueno.
Voltaire.

Insiste mi pluma labrando diosas.
Mi escoplo de tinta Galateas sueña
que me calienten con ardiente leña,
que destilen las pócimas preciosas.
Mujeres ufanas, las más hermosas.
Fuente de placer de mis ojos dueña.
¡Te Pido Afrodita, de tez trigueña,
que decores este jardín de rosas
que se marchita lento a cada paso!
Pigmalión cansado de cincelar
sin hallar la piedra filosofal,
bajo las estrellas dormir al raso,
sin con la mujer de mis sueños dar,
Ignoro la fórmula magistral.
Sigo el rastro animal
de una hembra llamada inspiración.
Ojalá me embriague con su canción.
Escribir es un tambalear contínuo,
es un nunca encontrar la palabra,
es buscar en un odre agujereado
el elixir de la magia, que solo existe
en la mente del iluso, del pigmalión
que insiste en una búsqueda que ya
ha encontrado.
El oro que buscamos en la corriente
de los arroyos lo ganamos pepita a
pepita cada vez que nos lanzamos

al papel en blanco.
De noche aguardo palomas bravías
que crucen mi ventana para nutrir
mi afán de volar a lo inexistente.

Lo que existe está ya escrito.

París

Être Parisien, ce n'est pas être né à Paris,
c'est y renaître.

Sacha Guitry

Permanecen en mis recuerdos varios Parises
que son dignos de encomio, el primero fue el
que me vino a buscar a la estación de Lyon,
el segundo, se me volcó encima a la vista de
de la majestuosa Tour Eiffel, al pie del pont
de Jena y el tercero, el que suspiré desde los
antepechos del Arc du Triomphe, que se alza
ufano atalayando los famosísimos Champs
Elysees, estampa imprescindible.
Llegué a París el día después de hacer escala
en la Ciudad Condal, donde solo tuve tiempo
de rendir pleitesía a la juventud agolpada en
la arena de la Barceloneta, que se solazaban
cual si se tratara de una discoteca con vistas.
El baño en este Mediterráneo barcelonetense
fue como una cálida inmersión en una bañera
hogareña; el agua estaba tan caliente como el
ánimo de los bañistas que acogían los verdes
mojitos, que circulaban en incesante tráfico.
Paris, inmenso en lujo y piedra, cada palacio
es más suntuoso que el anterior, más clásico.
Lo romano y lo griego se mezclan con el oro
de las exposiciones decimonónicas y el verde
cardenillo que tachona grotesco las avenidas

mas señeras de la ciudad.
El Sena, dueño y señor de su trazado urbano.
Puentes que se cuentan por decenas, cada uno
guarda cuentos que daría para sendos incisos.
Me sorprendió la elegancia del Alejandro 3º,
erigido para la exposición de 1900, símbolo de
la alianza franco-rusa, y la leyenda del puente
de las artes, donde los tórtolos simbolizan sus
amores eternos lanzando al agua ilusa la llave
de sus candados.
Si quieren saber más de París, ya saben...
Ya les he aburrido bastante.

Precipicio

El precipicio es peligroso
mas me atrae...
En cada viaje alrededor del olvido
me proveo de rabillos
de pasa.
Me asomo a la ventana, veo la
luz vespertina
empañando mi espejo herido
por el baño,
mi mirada tambalea de
posibilidad.
La Mitología de mi conquista se escribió
antaño,
solo ahora estoy en disposición de
moldearla.
Me fascina deambular por el dédalo
de las mentiras
que elevo hasta la cruz de mi frontispicio,
mentiras
que condensan la fórmula maestra
de mi existencia.
La mentira es prima hermana de la vida,
sus moléculas.
Me predispongo a engañarme si así gano felicidad.
¿Qué es la Realidad?
Acabo de improvisar unos retazos de ilusión a vuelapluma,
así lo repentizado
viene de las regiones más intestinas del inconsciente,
del puro yo.
Si el aceite que extraigo de mis almazaras no huele
a aceitunas de mi patria

chica,

no es esencia, harina, de mi costal.

Aporofobia

Aporofobia, ¿Qué es eso?

Cerca de donde vivo, en un pequeño parque a modo
de isleta inundada por el tráfico y el estrés, aguarda
la muerte un desdichado ser rodeado de los enseres
que ha podido arramplar, a buen seguro gracias a la
ayuda inestimable de algún alma caritativa.
Suelo pasar por allí, casi todos los días, al dirigirme
a mi trabajo, y lo veo, durmiendo, si es de mañana,
u observando el fluir de los vehículos y transeúntes
que se ciegan ante su presencia, si es por la tarde.
Solo una vez intercambié con él unas palabras, en
concreto unos pistachos que aceptó con ganas y con
reservas respecto del poder de sus muelas para dar
buena cuenta de tan apetitoso manjar, por lo que
detuvo mi excesiva generosidad con agradecimiento.
No siento la aporofobia como parte de mí, aunque sí
noto cierto recelo por tratarse de un ser diferente; lo
distinto crea un instintivo rechazo por desconocido.
Me simpatiza con él pensar que nadie somos ajenos
a la desdicha y que la vida es tan perversa que puede
darnos un revés y descuajar nuestro palacio de papel
en un abrir y cerrar de ojos.
Entiendo el recelo del prójimo hacia los caídos en
desgracia porque no podemos evitar la dictadura
del sentido rey, el de la vista, como vara de medir
del juez que llevamos dentro.

Su aspecto, en este caso, es, como no podría ser de
otra manera, tan descuidado que su piel dibuja un
lecho de hojarasca que reposa sobre el humus de

los soldados que han dejado sus vísceras, que yacen
desnudos ante el balanceo inexorable del péndulo.

Don Ramón María del Valle-Inclán

No hay desgracia en el mundo, por grande
que sea, que un libro no ayude a soportar.

Stendhal

Me gusta caminar sin dirección por
el Callejón del gato, enfrentarme a
los espejos cóncavos que guardan
en la memoria la figura grotesca de
Don Ramón, o mejor dicho, lo que
me gusta de verdad es sentirme en
la piel del insigne gallego, lucero de
mis letras, talento sublime y crisol
de cultura y lenguaje.
En mi primera cita con él me enseñó
a amar el teatro escrito. Su estilo es
la epifanía de la sal de la tierra que
lo vio nacer, las leyendas que corren
bajo el subsuelo celta de su niñez se
hacen carne en su puño florido.
Su verbo retumba aún en los tabiques
de los cafés madrileños que florecieron
al cloqueo de los intelectuales hispanos
que bullían espoleados por el progreso,
allá por los albores del siglo veinte.
Cuando me visita la apatía o la abulia no
hay mejor caricia que acercarse al hogar
perfumado de sándalo que vuela de las
páginas de sus Sonatas y de los poemas
de su nutrido y vigoroso repertorio lírico.

Saberme orondo amorcillo de sus retablos
costumbristas, que se erigen en frescos de
una España que se contoneaba sabedora
de sus embrujos ante el feliz porvenir que
se avizoraba en lontananza.
Fuiste un gran prodigio que se desparramó
a horcajadas entre dos siglos, o quizás solo
el fruto del azar que lanza al viento esencia
de blancas corolas para perfumar de alelíes
y cardamomo el parnaso de las artes.

Reencuentro

Reencuentro

**Volver a la senda que pisé cuando asistía a
los albores de mi juventud.**

**Volver a sentir las mismas voces y risas, ya
olvidadas, y que no obstante esperan quedas
la llamada del acaso, de lo insospechado.
Garabateo mis emociones con el cálamo de la
expectación, cuento los minutos para sumirme
en una catarata infinita de aguas que, aunque
pasadas, bajan renovadas de la montaña.
El álbum de mi memoria, cerrado en el abismo
de mi sangre, pugna por salir a la superficie de
sus nuevas pieles, más ajadas, más sabias.
Aparto la maleza con la guadaña del tiempo.
Avanzo por la jungla de mis emociones a duras
penas, depositando los detalles a buen recaudo
para que alivien mi sed en el momento preciso,
cuando esté con ellos.**

El día después

**Noto, desde hace tiempo, que el peso del ayer
va siendo tan grande que siento alivio cuando
miro hacia atrás, cuando recuerdo instantes
en que las manecillas del reloj se detuvieron.**

**Ayer hice un viaje a traves del tiempo, me subí
a lomos de un corcel blanco que se alzara ágil
al viento del recuerdo para guiarme a aquellos
años en que todo mi camino estaba por hacer.**

**Cual fue mi sorpresa cuando vi que todo lo que
dejé sigue en su sitio: la misma complicidad, la
misma alegría, la misma amistad...**

**Me alegra ver que la vida pasa por nuestros
corazones sin dejar llaga alguna, seguimos
siendo los mismos, pero más sabios, mejores todavía...**

**Espero, como en Casablanca, que esto sea
el principio de una hermosa reamistad...**

Pensamiento

Un pensamiento es una experiencia,
modifica la sensibilidad.

John Done.

Pensamiento, causa.
Todo lo que pienso sale de
mí como un ectoplasma
que se hace cuerpo y verso.
Pienso luego actúo, soy.
Pienso luego me emociono,
siento, pienso otra vez...
y voy rodando hasta el fin,
oscilando al son de los latidos
que restallan en mi cerebro.
Pienso porque no puedo evitarlo.
Mi mente piensa cada instante,
no para de hacerlo, miles de ellos
al día pasan por mi mente, fatiga.
Pienso en ti, en mí, en...
Solo puedo defenderme de ellos
postrándome a sus pies, vencido.
Soy una máquina pensante, debo
aceptarlo.
Si embrido este corcel incansable
seré el dueño de mi mundo:
Decidiré qué pensar, cuándo ,cómo.
Podré saber por qué lo pienso.
Es decir, desmenuzaré el punzante

desasosiego para disolverlo hacia
el desagüe más próximo.
Seré mi propio árbitro, el único que
decida la velocidad de mis vientos.
Decidiré cuán profundos serán los
grises surcos de mis tribulaciones
sobre mi piel.

Cleopatra y César

Yo no soy tu esclava, sino que tú eres mi huésped.

Me sentía en peligro ante el predominio romano.
César estaba dirimiendo su liderazgo en el imperio,
y buscó mi apoyo, que yo le ofrecí con prontitud,
sabedora de apostar a caballo ganador.
Lo que no preví, raro en mí dada mi capacidad, fue
que caería rendida a sus pies como una colegiala, y
y es que a su lado me sentía una reina, solos navegando
sobre la tibieza del Nilo, en un majestuoso bajel que
hacía las veces de morada flotante.
César se desenvolvía cerca de mí con toda la molicie que
le proporcionaba hallarse lejos del escenario beligerante.
En Roma se rasgaban las vestiduras ante la avidez de poder.
Mi amado Julio lo ostentaba con seguridad y en la melíflua
estancia palaciega soñaba con ser rey aclamado por el vulgo.
Me excitaba pensar que algún día recibiría los honores de
reina, entrando en triunfo en Roma para proyectarme a la
posteridad, como así fue...

Cesarión fue la síntesis de mi pasión, que pronto se esfumaría
por las sentinas de la traición.

Marco Antonio, su fiel escudero, hizo de argamasa de mi vacío.

Curiosidad

Prefiero que mi mente se abra movida por la curiosidad
a que se cierre movida por la convicción.

Gerry Spence

Desisto batido por la impotencia.
Por más que me afane, no tengo
los arrestos para escaparme a la
Curiosidad.
Esta insistente mujer me persigue
por las calles, se mezcla sin ser vista
con mi sustancia gris inventando un
emplasto pegajoso que se me unta
al cuero cabelludo y se me derrama
por las sienes, arrasando la garganta
como un reflujo gástrico sorprendente,
llegando a formar parte del quimo, del
quilo, hasta llegar a la sangre, después
se desgrana por entre cada una de mis
células sedientas para acabar vomitada
por mis oídos y mis demás mucosas.
La Curiosidad se aloja tan dentro de mí
que no puedo concebirla aparte.
Constituye mi genoma desde antes de
la explosión mitótica que me dio el ser,
yacía sumergida en el líquido más cálido
y delicioso que jamás he degustado, ni
degustaré... piscina uterina, madre.
Es mi hermana, mi nieta, mi mujer, mi

hija... Es la materia prima que rellena
cada molécula que tiene a bien darme
sentido, darme cuerpo y voz, energía.
Sin ella mi sangre no sabría respirar, le
faltaría el líquido elemento, la esencia.
Es la piedra filosofal del misterio oculto,
que quizás guardo entre los muros de
mi laberinto, perdido todavía.
Curiosidad, eres oxígeno, amor, todo...
Nunca sin ti, me esfumaría al viento,
si tú estás seré presente, si no estás
deambularé siendo solo recuerdo.

Un buen libro

Que el final del libro signifique el inicio de la felicidad.

Diógenes Laercio.

Un libro solo vive
si lo lees, si lo sientes.
Si no, esperan pendientes
sus letras que el viento silve.
Un libro solo pervive
en la memorias silentes
de quienes gozan recientes
los frutos que el sol avive
en sus páginas crujientes.
No existe mayor placer
que bucear entre frases
derretidas de la miel
del poeta bajo las fases
de la luna, de la hiel
que brota de sus vidas
cargadas de la experiencia.
Un buen libro te cambia la vida.
Te invita a descubrir ópticas no
imaginadas hasta entonces.
Te despierta de un letargo que
amenaza naufragio, te ofrece en
esta tesitura un fanal tan intenso
que verás tu camino expedito.
Un buen libro te traslada in mente
hasta un imposible belvedere del
cielo donde divisar lo indivisable.

Un libro que se precie de serlo no
precisa de facistol para ser leído.
Por muy pesado que sea, al ser
abierto, la savia flotante que surge
de dentro lo eleva de tus manos
cual pompa de jabón, cual espuma
que se deja vencer por la humedad
ambiente.

Extraña costumbre

**Tengo la extraña costumbre de leer mientras ando,
no siempre que ando, no, sino cuando voy al trabajo
o voy de exposiciones en Sevilla.
Llevo practicando este "deporte" desde hace años,
no recuerdo cuántos. Surgió por la necesidad que
tenía de aprovechar el poco tiempo de que disponía,
era un padre de reciente estreno, para alimentar la
tenia que roía, y sigue royendo, mis entrañas: mi
adicción a la lectura.
En estas, me veo un día, de frente, a una mujer que
caminaba por el parque de Guadaíra con un libro en
una mano y un parasol en la otra, por supuesto yo
iba leyendo también, camino del trabajo.
Al cruzarnos nos miramos, nos comprendimos, fuimos
cómplices en la mundanidad gris que nos rodeaba, nos
supimos engendros de una especie distinta, especial,
en un zoológico dónde lo lógico suele brillar por su
ausencia, y la cultura militante también; diría incluso la
cultura más elemental.
Este encuentro no fue el último, me crucé con ella, que
recuerde, una vez más, en el mismo camino, la misma
mirada pero menos intensa por carecer ya de la chispa
de la primera vez, la mirada se tornó esta vez en una
especie de saludo con una pizca de simpatía, que viene,
entiendo, por pensarnos de un mismo bando.
Estoy seguro de que me la encontraré al menos una vez
más. También, ahora que recuerdo, cuando me miró la
primera vez, incluso la segunda, bajó, o eso me pareció,
los ojos levemente, como en señal de pudor por hacer
algo que cualquier ciudadano convencional calificaría de
extravagancia, si no de locura...
POSDATA:**

Antes de que se me olvide, quiero añadir que además me sonrió, porque pensaría, diría yo, en su foro interno que no es la única.

Humano, demasiado humano

Soy un hombre; nada de lo humano me es ajeno.

Terencio

Soy un hombre embutido
entre infinitas paredes.
Acaricio el cuero gélido
que me aísla del relente.
Este helado cuero priva
al espíritu que mece
el deseo, salir, ser,
crecer, pero lo protege.
Soy tan profundamente hombre
que las costuras que tienen
en vilo mis blandas vísceras
estallan por impotentes.
Me entiendo porque me siento.
Pugno por ser transcendente,
por explorar nuevos reinos
desconocidos, presentes.

Me explico. Todo este rollo que os he lanzado
viene a que me siento en un momento en que
el conocimiento de mí mismo, y por extensión
de los demás, me hace ser más comprensivo
con los defectos del prójimo, porque conozco
los míos, vivo mi ser en toda su amplitud.
Lo del cuero es porque noto mis límites, busco
transcender, es decir, traspasarlos para conocer
dimensiones nuevas, negadas por mi educación.

Ahora que soy padre entiendo que volcamos los
defectos, los miedos, y los malos hábitos que
hemos heredado sobre los pobres niños.
A estas alturas pugno contra estas limitaciones
heredadas discutiendo las normas impuestas por
la costumbre, como es aquella que sostiene que
ser buen padre es ser servicial para con los hijos.
La excesiva atención nos amodorra y nos limita.
Por eso intento no hacer lo mismo con mis hijos.
Busco mi mejor versión, rompiendo las fronteras.

Ruido

El hombre se adentra en la multitud para ahogar
el clamor de su propio silencio.

Rabindranath Tagore

Si quiero ocultar una aguja vuelco paja
sobre ella.
Si quiero ocultar lo que debe saberse
vuelco ruído.

Vivo envuelto en voces que confunden,
nunca he recibido tantos datos, nunca
he adolecido de tanta información.
Nunca he deseado aislarme tanto, apartar
la broza que me araña las piernas.
Nunca he tenido el agua tan cerca, y los
frutos del Edén, al este, tan a flor de piel.
Nunca he tenido tanta sed, tanta hambre,
Por más que bebo no la calmo, agua estéril.

Voy a subir la Escalera de Jacob para acertar
a comprender este mundo.
¡Por favor, Groucho, páralo ahora mismo que
me bajo!
He decidido volver a la crisálida que me abrigó
cuando era insignificante.

He decidido tomar justo lo innecesario para pasar
desapercibido, que nadie me acose a preguntas.

He decidido dar la callada por respuesta.
He decidido desvenarme para que mi sangre pinte
mis bisontes sobre el cielo rocoso.
¡No quiero que las certezas arrecien sobre mi
ventana!, solo sé que no se nada, ni lo necesito.

Tengo problemas de fontanería.

Moscas

El temor a las moscas es el reverso del amor a los pájaros.

Otto Weininger, Diario íntimo

Temer lo que espanta a los ojos.
Ver peligro en todo lo que sale
de los esquemas.
Lo feo, lo impredecible me recela.
Las moscas son viejas conocidas,
así como viejas aborrecidas.
Las moscas me alimentan sin hacer
la menor mención de ello. Ellas son
también polinizadoras, eliminan lo
que sobra, lo que murió.
No hay espacio a la vida si no retiro
los cadáveres./ Las moscas son
artífices de mi sosiego/ sin saberlo.
Vivo porque otros mueren, muero en
mi inconsciencia cada siete años,
mis células no son eternas, dan la vez
a las que vienen detrás, es necesario.
Las moscas son la voz de la conciencia,
las que me recuerdan cual memento mori
que soy mortal, las que me sujetan a la
tierra cuando mi mente se eleva al cielo
creyéndose trasunto de Ícaro, fracaso.
Las moscas me enseñan que lo inmundo
encierra energía, encierra vida/me hacen

caer en que lo que creo agotado, caduco/
tiene latido, bulle, tiene alma todavía.
Amo a los pájaros sin restar cariño a las
moscas.

Solo mía

Nada ejerce mayor poder sobre mí
que la belleza de una mujer.

Giacomo Casanova

Mi Rosa Linda, te imagino, te veo
frente a mí, bailando una chacona,
deleitándome, endulzándome la hiel
que me quema la garganta al beber
los últimos sorbos de tus recuerdos.
¡Me atormenta pensar que mañana
, a estas horas, solo seré una brizna
de hierba exangüe, mustia, sin vida,
seca entre las páginas de la Historia!
Sufro la condena de la carne, espero
impaciente el desenlace de esta agonía.
¡Mañana será otro día, no para mí, no
tendré ojos para verlo!
El bálsamo de que dispongo es el solaz
que me concede la ficción de verte,
llevas el traje rosa pálido que tanto me
seduce, y la peluca blanca empolvada
que tanto me hace soñar con el pecado.
Me encanta el lunar que casi te roza el
nacer de tus labios. Si sigues atizando
mis apetitos me veré obligado a errar.
¡Que el señor no me lo tenga esta vez en
cuenta!
Antes de que me lleve el carcelero quiero

hacerte el amor , el último amor,
mi Galatea querida.
¡Entrégate a mi, solo esta noche..!
Voy a pasar la noche en vela, para gozar
de tu presencia en este infierno, disculpa
la inmundicia que te rodea, es parte de la
pena que me imponen por solo poseerte,
por que tu luz solo fuera fanal para mí,
¡tu adulterio me pareció insufrible, no
pude contener la ira!
Nos veremos pronto en el cielo querida,
espérame como tú sabes que me gusta,
será maravilloso el reencuentro.

Ensalada de sentires.

En el largo cian del cielo
clavo mis consignas.
A Dios pongo por testigo
que no volveré a ser cauto.
Me consagraré a la zarza
ardiente de mis pasiones.
Viviré siempre en gerundio.
Me dejaré pisotear por el
correr de los años, paciente.
Me lanzaré a la tentación de
desoir a los sedicientes sabios.
Me dejaré calentar los bulbos
si con ello regreso a la Cueva
de Platón, si logro el deseo de
que me engañen para me reír.
Acartonaré mi corazón si es
preciso, excepto conmigo.
Cuando tenga que huir lo haré
rompiendo el sonido, rasgando
el aire que ya no respiro.
Lo único que me existe vive dentro.
Las imágenes que se reflejan en el
espejo del agua son, creo, las que
dibujan mis geniecillos con la tinta
del gris de mi sustancia.
La verdad que nutre al dogma no
me alimenta ya, he descubierto la
oquedad del universo que encierra.
La verdad es vianda tan indigesta
que no puedo más que trocearla
para que mi boca la pueda prender,

pueda hacerla suya, más sencilla.
Vivo haciendo las maletas para huir
a la desbandada; es que, perdóname,
soy indeciso en los adioses.

Fracaso

¡Estoy rodeado de zascandiles!!!

Se le oía gritar a Johan desde las cavernas
del infierno.
¡Por vuestra culpa no voy a entregar a tiempo las
galeradas de esta maldita obra, que me lleva a
mal traer!!!
Johan era un reputado impresor de Weimar que se
afanaba, desde hace más de un mes, en la edición
princeps de "Los años de aprendizaje de Wilheim
Meister" del maestro Johann Wolfgang Von Goethe,
quien tenía en la ciudad un predicamiento sin igual
desde que se fijara en ella allá por mil setecientos
setenta y cinco, invitado por su majestad el duque.
Johan contaba con un nutrido equipo de pacientes
colaboradores, a cual más competente, mas una
mala previsión debida a una accidental negligencia
solo atribuible a él mismo le sumió en una zozobra
tal, que alguno de los pacientes operarios que
trabajaban de sol a sol en la imprenta se vio en el
dilema de seguir o no con ese suplicio.

¡Si esta noche no conseguimos lanzar los treinta
ejemplares que he comprometido con el maestro
suspenderé de empleo y sueldo a todo el mundo!!!
Al final, bajo el poder de la amenaza, que se cernía
sobre los malhadados trabajadores como un halcón
negro, consiguió entregar a Herr Goethe la tirada
prometida.
Parece ser que quedó muy satisfecho por el trabajo,

no en vano, como mencioné antes, la calidad de los
profesionales que se desempeñaban en la imprenta
München era de sobras conocida entre los escritores
de la época.
Pero, a pesar del buen trabajo, Johan no se dignó a
mostrar un reconocimiento, ni de palabra ni de obra.
Su tiranía acabó pasándole factura.
Al cabo de veinte años, sin operarios cualificados -
por que acabaron por irse con el tiempo - tuvo que
clausurar a cal y canto su floreciente negocio que le
dio fama. Los encargos fueron raleando lenta pero
constantemente.
Hace diez días acudí al entierro de Johan.
Afectado por su fracaso empresarial, fue atrapado
por las garras de la depresión hasta engullirlo como
una boa constrictor.
Nunca reconoció su mal talante para con sus empleados...

Inexorable

Es posible que sea objeto de una paradoja inaudita,
que dichoso por el encuentro con mi media naranja, me
trague de seguido el purgante de comprobar que se halla
exprimida, que el tren que el destino me asignó llegó a
la estación con años de retraso.
A veces, cuando me siento a pensar en lo que ya no tiene
remedio, alcanzo la maldita conclusión de que el ritmo de
mi caminar hacia el mar que todo lo anega es, o más lento
o difuso que el debido, diría más bien lo segundo.
Aunque, ¿Quién decide cuál es el ritmo adecuado?
Quizá sea mi natural tendencia al recogimiento lo que obra
el suceso que dimensiona mi carácter en todo lo esencial.
Quizás sea que lo que he podido divisar en mi interior me
ha entretenido, me ha parado a disfrutar de ellas, y me ha
incitado a llegar tarde a otras citas que, aunque el diligente
destino me las preparó envueltas en papel celofán, estimé
preferible posponer.
Quizá se trata simplemente de que mi intuición, sabedora
de que el camino es solo de ida, tercia emboscadas inefables
que me desvían del sentido recto del paso, que es, el más
pronto para llegar al objetivo, por otra parte indeseable.
Me encanta apartarme a la ribera a coger margaritas blancas
que fragantes brotan a la vida que nace insultante, juguetear
con los saltamontes y lagartijas que me sorprenden al surgir,
en definitiva, olvidarme de andar por que sé que, de hacerlo,
restaré esperanzas a mis pretensiones de inmortalidad.
Me afano en lograr la piedra filosofal que conjure lo inexorable.

Lléname

Energía

Dame tu energía, lléname.
Me he vuelto dependiente,
como España.
Si me arrastraste como un remolino
con tu sonrisa, paga ahora tu insolencia,
absórveme poco a poco, acércame
recorriendo mis órbitas hasta ser absorbido
por tu agujero negro, ese que forma la
cuenca de tus ojos.
Después devórame hasta que no quede
un átomo de mi pasado.
Todo esto, recuerdas, te dije el día que te
conocí, sí.
Llevábamos varías cervezas de más, por eso
me atreví, sí, ¡porque tú no tomabas la
iniciativa!, no podía aguantar, los estragos
que causarón tu simpatía y tus ojos, y todo lo
demás sobrepasaron mis expectativas, fui
arrasado de repente por un vendaval de
alegría y magia incontenibles.
Ahora, después de veinte años de feliz enlace
te sigo deseando igual, sigo sintiéndome
planeta a la deriva impotente ante el
magnetismo de un enorme monstruo sideral
que hace conmigo lo que quiere.
¿Nos vamos esta noche a recordar los viejos
tiempos? ,sí , me gustaría mucho, pero ,¿Con
quién dejamos los niños?, los niños tienen

ya edad de quedarse solos, ¿O llamamos a tu
madre?, no, déjala la pobre, ya no tiene edad
para follones.

Bueno, pues nos arreglamos y nos vamos.
¿Y si les pasa algo mientras
estamos fuera?

Envidia

Un marinero tiene una novia en cada
puerto, y con ello una suegra...

El colmo de la envidia es que quién envidies
te envidie a ti.
Es natural sentir desazón si alguien consigue
lo que has afanado durante años.
Es natural sentir ira por la injusticia
distributiva de la que te sientes objeto.
Es natural sentir el deseo de descargar la ira
contra el agraciado con el logro, que te debía
pertenecer solo a ti.
No es natural pensar que a lo mejor no eres
merecedor de tus deseos, quizá no has hecho
lo necesario, has estado perdiendo el tiempo.

Juno es el dios de las dos caras.
Una cara mira hacia delante, la
otra hacia atrás.
Una cara es luminosa, la otra no.
La Luna tiene una cara luminosa
y la otra oscura, como nosotros.
Desear la luz del que te sonríe.
Sonrisa que esconde una pena.
Mi luz es también luminosa, mía.
Mi oscuridad es tan mía como la
luz que me hace deseable.
Conócete a ti mismo, tan solo.
Si abismo mis ojos por entre las

rendijas del alma, veré paisajes
insospechados por edénicos,
pequeñas cascadas que se
precipitan entre la foresta.
Si miro a otro lado, acaso me sobresalte
negros nubarrones que ciegan mi vista,
por ventura adocenada al alborozo.
Tanto las cascadas como los nubarrones
son hijos de mi casualidad, son muy míos.
Si amo la tempestad como los cantos de
los pájaros que estallan desde mis venas,
no habrá espacio a la avidez ajena.
¡Quiérete, no envidiarás!

Pez Globo

Si no cocinas bien un Pez Globo te ocasiona la muerte
por envenenamiento más atroz que puedas imaginar:
Cuatro horas antes de morir inicias una cuenta atrás,
sumido en una total parálisis con plena conciencia.
Se dice que una buena parte de la femineidad china, si
no toda, tiene que conformarse, por imposición social,
con abandonar sus vidas humanas para convertirse en
muñecas.
Viven en una imbuida parálisis.

El peso de la cultura se me retuerce
como la serpiente pecadora.
Me agobia la gargánta hasta la mudez.
Estoy en la cintura de la vida.
Es el momento de osar alzar mi mano
para prender la daga salvadora, para
sajar la espina sinusoidal que presiona
desde que tengo uso de razón.
Le prometí al mar que sería su soldado.
Alzarme en vuelo para combatir piratas
que han entregado su garfios a cambio
de teléfonos móviles que los convierten
en corderos entregados al sacrificio.
¡Vayamos al fondo del asunto, camarada!
Agachémonos para aupar el orgullo que
nos erige todavía como álguienes.
No hemos sido concebidos para que unas
tablas de acero se ciernan sobre nuestras
cabezas, y nos circunden a flor de piel
como el ojo del Gran Hermano.
Mis entrañas siguen latiendo vivísimas.

No estoy para desperdiciar ni un julio de
energía en contentar al dragón que cuida
de nuestras ciudades desde la oscuridad
de su cueva.
Quiero dejar de palpar entre sombras.
Démonos de bruces con nuestra realidad.
Cojamos por las solapas a la ley que nos
empequeñece para controlarnos.
No queremos ser ovejas encarriladas.

Piedras

Si las piedras hablaran daría miedo salir a la calle.

Anónimo

Enterrado bajo un manto de besos
como Oscar Wilde, bajo un manto
de piedras descansan los besos que
no di, y los que soñé.
Las piedras que reverberan el eco de
mis pisadas me recuerdan que antes
que yo pasaron miles de almas, almas
que buscaban anhelos, que buscaban
donde cobijarse de la interperie.
Las piedras de la iglesia que arropó mi
bautizo de sangre recogieron mi llanto,
mi quejido sordo y elocuente.
Las piedras son iconos de la empatía,
si hace calor lo recogen para compartir,
si hace frío nos hielan desde abajo al
traspasar cualquier suela que se precie.
Las piedras son nuestro esqueleto, son
nuestras cuadernas, que guarnecen el
barco que se hunde o se eleva al saludar
la ola, sea cual fuere su envergadura.
El empedrado que hace traquetear las
ruedas de mi coche es un oído sin boca.

Las piedras son sabios que se extienden
sobre el asfalto para pasar desapercibido.

La Risa

La risa necesita un eco.

Henri Bergson

No hay mayor regalo que la Risa.
Dicen que hay otros seres en la
creación que también ríen, mas
la risa humana es intransferible.
Te ríes cuando el otro caen en la
más completa humanidad en su
afán de ser dios.
Cuando nos revelamos en objeto
y víctima de nuestra estrechez
acude la Risa como bálsamo
divino.
Si estamos atenazados bajo una
emoción, cualquiera que fuera,
la Risa debe esperar su turno,
debe aguardar a que la primera
salga porque son como agua y
aceite.
Dice Bergson que la Risa sin
eco no tiene sentido, entonces,
cuando nos reímos recordando
algo que hemos vivido, solos,
¿Qué ocurre?, ¿quizás Bergson
no estaba en lo cierto?
Es cierto que la Risa tiene un
cometido social, pero...

Dios baja a mí en forma de risa
cuando me hundo en la miseria.
Me coge de las manos, me invita
a ponerme de pie y me mece al
ritmo de un sonsonete que eriza
cada uno de mis vellos como una
corriente eléctrica maravillosa.
No existe mejor medicina contra
el sinsentido.
La Risa se desvela como lluvia de
verano que aparece solo para
aliviar la torridez que me agosta.

La Estupidez

Hay dos cosas infinitas: el Universo y la estupidez humana.
Y del Universo no estoy seguro.

Albert Einstein

Estar a la misma distancia del cielo
y del infierno.
Sentirse huesped con derecho de
pernada en mundos contradictorios.
Ser rey y villano al mismo tiempo
como el gato de Schrödinger.
Elevarse al multiverso con una
caricia, lo mismo que descender
al Inframundo solo con un gesto
que dibuja un pozo infinito.
Ser hijo de una casualidad que
pudo ser una catástrofe planetaria.
Ser artífices e ideólogos conscientes
de la cuadratura de un círculo que
continúa dando vueltas, siguiendo
las patitas nerviosas de un hamster.
Dejar de ser dioses en un detalle
para volver a serlo al poco, sucesión
infinita de aciertos y errores que
orlan los teatros de títeres que
albergan nuestras fantasías.
Ensalada musical que mezcla notas
de un cromatismo hiriente a unos
y embelesantes a otros, que se

consume sin más aderezo que la
magia que nos baña desde las
estrellas.
Retozar al atardecer en una torre
de marfil de corazones y picas,
de tréboles y rombos que juegan
a vaticinar si vencerá la razón o
la víscera en el Juicio Final.

La Escritura

Toda esta escritura no es otra cosa que la bandera
de Robinson en el punto más alto de la isla.

Franz Kafka

He oído que la escritura invade médulas
cuando el mito de Tántalo hace presa en
el espíritu.
Los manjares que se ofrecen a la vista
son negados por un conjuro maléfico
del destino; en esa tesitura solo queda
el consuelo de la fluencia de la emoción.
La escritura se antoja desaguadero que
conduce a fosa séptica la desgana, el
desacuerdo que mal aviene la pulsión
que nace dentro, con la tensión que
inunda el éter que circunda.
Esa desavenencia insta a la piel a volverse
del revés hasta convertirse en enana blanca,
a nutrirse solo de los jugos acumulados con
la fisión perpetua, y a construir un balsámico
sanctasantórum cuyo Arca de la Alianza
brilla vivencias.
Es entonces cuando el puño artífice pierde
toda conciencia y se enfrasca en desvenar
toda la sangre que se agolpa, que sobra por
impetuosa y que amenaza con hacer saltar
todas las alarmas de la sensatez.

En este trance, sin advertirlo, la nicotina de las
letras se va apoderando de cada rojo alveolo
que tapiza el pulmón, las endorfinas que brotan
vivarachas van poniendo puntales al naufragio,
y van dibujando barracas que abriguen sentires.
Por ello, el terminismo adhiere el marchamo a
los matices que entretejen los primeros escritos.
La avalancha del vocablo, a cual más ostentoso,
inunda las composiciones, más voluntaristas que
logradas, y más pretenciosas que testimoniales.
Tras vertirse ríos de tinta va retirándose la
hojarasca en forma de verborrea pretenciosa,
hasta dejar al alma pronunciarse sin embozo.
Aunque no siempre ocurre, La Matemática es
aceite al sentimiento...

Casi

Ayer por la tarde casi disfruté de un día
redondo, casi alcancé el autobús que me
lleva al trabajo, mi jefe casi me dio los
buenos días cuando casi entré por la
puerta, cuando me senté delante del
ordenador casi se me cae encima la
montaña de papeles que dejé
pendientes.
No contento con eso, en mi primer descanso
para el tentempié de la mañana, casi me
pido una tostada de aceite, jamón y tomate
triturado y un zumo de naranja- me quedé
solo en el zumo- que por cierto, también
quiero contar, a propósito de naranjas,
que en el bus de vuelta casi me encontré a
mi media naranja, otra vez, espero volver
a encontrarme con ella en otro momento,
más propicio, y espero además que no
me venga ya exprimida, como la última.
Cuando volví a casa, con ansias de no
ser nadie, me encuentro con una multa
de mi casi Ferrari, que no saco del
garaje desde el viernes pasado...
Antes de acostarme, me puse frente a
la caja tonta para alelarme hasta entrar
en trance de sueño, como hacen todos
con los documentales de la TVE 2, pero
tuve el desliz de casi envenenarme con
la lata de conserva que elegí para cenar,
casi no le miré la fecha de caducidad.
Ahora, ya superado ese maldito día,

casi sigo viviendo, o malviviendo en
la copa de un frondoso árbol que lo
contemplo casi como un paraíso...

Viaje

Se viaja no para buscar el destino sino para huir de donde se parte.
Miguel de Unamuno

Un viaje siempre supone una huida.
Advierto como punzada en el corazón,
entre la ternilla y el tegumento que
se pierde entre aurículas y ventrículos,
un prurito explorador que atañía ya a
mis primeros ancestros, y que me
impulsa a conquistar tierras ignotas.
No me resisto a imaginar que mis pies
graban sus suelas en lugares soñados,
que huyen de mí como sombra que se
persigue, y que nunca verán mis ojos
mas sí mi ilusión, con lujo de detalles.
Un viaje tiene dos caras como una
moneda.
Un viaje es una suma algebraica de
vivencias.
Los sentidos en plena efervescencia se
conjuran para dibujar un universo de
sensaciones que recorren el tuétano de
cada hueso hasta el suspenso. Acto
seguido impregnan con esa dulce savia
cada poro de los bastidores del carácter,
lo reinventa.
Un viaje, como un buen libro, si es
gratificante, marca una frontera entre
un antes y un después.
Quien no tiene cuentas pendientes con su

rebotica carece del impulso, del porqué.
Quien no tiene la piel lacerada por el
roce, o no tiene mataduras por el castigo,
no tiene viento a favor para echar al mar
velero alguno.
Salir , viajar para olvidar, para mirar al
otro lado.
Busco despedirme de mis cuitas, ver en la
lejanía del adios cómo el yo que se queda
se convierte en un punto en el horizonte,
cómo el yo que se queda digiere el limo
putrefacto que arrumbamos en un rincón
del alma.
El verdadero viaje discurre por dentro.

Agua

Soy agua que a veces piensa.

Joaquín Araújo

Mi piel solo acierta a ser una
balsa de aceite que acalla un
griterío de silencio que
duerme debajo.
Mi piel es una suerte de globo
abarrotado de agua que lanzo
a reventar contra la pared que
me impide, que me define, que
evita que me vaya derramando
allí por donde paso.
Si el acaso araña un ejemplo de
mi piel, afirmo, comprendo que
el agua que me abarrota me viene
a ver, en forma de glóbulos rojos,
que solo capitulan ante el ahogo
de la pústula.
Mi carne es una apariencia de
coloide que solo se explica con
el agua que le dibuja, el hueso
estalagmita que se calcina al
fuego lento del silencio
geológico, los cartílagos geles
que dan a nacer el movimiento,

el arte.
Solo soy agua, mi pensamiento es
agua que a veces nada en la
ciénaga de la razón, y otras divaga
en el desierto.
Busco fundirme en el agua que
silenciosa esculpe cada rasgo de mi
ser, hasta llegar a mi piedra filosofal,
mi sanctasantórum.

Posdata-:
Como veis, tengo tendencia a acabar en
el mismo punto: la búsqueda incesante
de el Dorado. Es porque me siento
inmerso en el fascinante viaje del yo.
¿Será la edad?

Parque de María Luisa

Voy ahora caminando sobre un lecho
de hojarasca que se demora otoñal
ante el rigor de la canícula.
Conjuro de ramas secas y hojas que
resisten perder su verdor, ya perdido,
tarde para retroceder, para mirar atrás.
Aspiro ávido las fragancias que me
suspenden por momentos, levito sobre
una de las avenidas del Parque de
Maria Luisa que van a morir a la Plaza
de España.
Me entretengo en contar las letras que
Becquer desperdigara antaño, desde su
glorieta, asperjando simpares Rimas y
Leyendas sobre la fronda que tapiza el
vergel que me invade.
Franqueo la puerta de la Plaza de
América repleto de sevillanía y
poesía, aquella que rezuma de la
poma blanquecina de azahar y
jazmín que embriaga cual licor.
Me interno en el asfalto de la
avenida de la Palmera para
recordarme, memento mori,
que el verdor es una ilusión que
se nos derrama de la punta de los
dedos cual sueño que despierta de
repente.
LLego a la realidad tras cruzar un
desierto bituminoso que se ofrece
acicate al deseo de volver.

Infanta, Gracias por tan majestuoso
regalo a la ciudad que te robó el
corazón.

Política

Cuando Caín mato a Abel empezó la política.

Luis Sepúlveda

La Política es un arma cargada de futuro,
como la poesía, también de presente y
de pasado, aunque todo tiempo pasado
dicen que fue mejor.
Es verdad que todo lo que nos concierne
se va licuando de manera progresiva.
Las estructuras sociales, que anteayer
eran sólidas y rígidas como palacios,
se aligeran a nuestra vista como un
témpano de hielo que se despide del
invierno.
Cierto es que el mejor de los mundos que
ha disfrutado el ser humano nos asiste
en estos momentos, y nos asistirá a mejor
con el paso de la arena que abarrota los
efímeros relojes, y que lo que antes era un
constructo sacrosanto hoy es cuestionable.
Los dogmas son asaltados, por fortuna, por
carecer de la argamasa adecuada para
agarrarse a las entrañas de las costumbres,
y si estos son discutidos, lo serán, por
efecto mariposa, cualquiera de las
instituciones que rigen nuestra vida, por

muy robustas que sean.
La Política es un ser vivo que acoge las
formas convenientes, cual Proteo revelado,
a la realidad que debe atender.
Los políticos de ahora son, como debe ser,
un reflejo de la sociedad a la que sirven, y
esta sociedad que nos envuelve hogaño es
líquida, es agua, y por tanto nos es más
connatural que la que nos precedió.

Manos

No soy lo que soy, soy lo que hago con mis manos.

Louise Burgeois

Manos que aletean en la cadencia
de la palabra que corre al aire.
Manos que se precipitan al bolsillo
cuando se saben apéndices colgantes
de unos hombros apesadumbrados.
Manos menesterosas de oquedad
donde reposar de su peso.
Manos que dibujan en el aire gráciles
ademanes que descienden del Helicón
aventados por musas sedicentes.
Manos que rompen y rasgan entrañas
que tremolan bajo las riendas del mal.
Manos que enarbolan pendones cual
varas de bambú blandidas por Lao Tse.
Manos que cierran filas en defensa de
sus dedos, dedos empegados de numen
que descansa sobre sus yemas.
Manos que remansan el albur de los
tahúres en plena vorágine ilusionista.
Manos que se escapan por la tangente
de un ángulo que no ha sido habitado
por la comprensión que se afana.

Manos que desfilan en triunfo bajo los arcos que comprenden la masa cefálica que se engrandece ante su desembarazo.

Sabiduría

Hemos de ser cántaros vacíos.
Lao Tsé.

Condensas el aire que exhalas.
Tus palabras encarnan vidas
cimentadas en la arruga.
Cada bacteria que habita sin
ruido tu piel se erige testigo,
cronista de la ignorancia que
adorna nuestras mentes.
Me presto a escuchar tus lechuzas
cuando el ocaso amenaza lluvia
sobre mi orgullo.
Te escucho como Mahoma escucha la
lejana voz del muecín cada una de las
cinco veces que me postro a tus pies.
Te venero porque a tu sombra acaricio
el raudo paso de la brisa que emigra
desde el mar.
Sabiduría, eres la ondina que tendió
sus redes hasta dar alcance al potro
desbocado que cabalga mis sangres.
Solo poseerte se traduce en ventisca
que amenaza con precipitarme al más
profundo de los abismos.

No me dejaré seducir por Parca que
se precie, ¡Oh diosa Sabiduría! hasta
no haberte poseído en el más hondo
de mis lechos.

Sueño con seducirte y fundirme en
aleación divina con el aceite que
patina tu piel, de fragante seda.

Horror Vacui

Se obedece porque conviene y se duda porque se piensa.

Ray Loriga

¡Como impone la página en blanco!
Horror vacui que invade de silencio la
intención de la musa.
Silencio blanco que hipertrofia la mano
hasta trocar sus dedos en huéspedes de
la sospecha, de la desconfianza
creadora.
Mano que se sarmienta ante la tensión
que enerva el ingenio, ingenio que en
el pretérito acudía presto al silbido del
poeta que vive de sorber ambrosías
ajenas, leídas en jeroglíficos que acuden
al deleite como la miel derramada del
Parnaso.
Repto por las calles derrotado por el
estro.
Me declaro sometido al veneno de la letra
impresa, que me empozoña de vida.
Empuñar la pluma se ha tornado cadena
de placer, cadena que nace de una pequeña
barquita de libertad que paciente espera en
puerto seguro, abrigada de vientos funestos.
Decido entregarme a este presidio hasta
obedecer sus designios y deseos, porque

conviene a cada gramo de voluntad que
todavía me impulsa como llanto de un niño.
Cumplo la pena de apacentar los establos
que se abren paso entre mis labios para
pronuncian palabras que solo escritas
pueden ser dichas.
Bátome en retirada, esta vez, tañendo mi lira
en clave de re: reescribiendo lo grabado
negro sobre blanco; remitiéndome a lo ya
escrito...

Tabula Rasa

Noli me tangere.

Vulgata

¿Ahora que resurgo de mis cenizas
vuelves a mirarme?
Ya es de noche, es tarde para adorar
al sol que repudiaste al alba.
El amor es la sombra que huye si la
persigues, y te sigue si huyes.
Es tarde para atender tu contrición.
Es reciente mi resurrección y vibrante
mi prurito de libertad, de hacer tabula
rasa.
El pasado es agua que no mueve molino.
No me apetecen Magdalenas para
desayunar, como antes.
Solo me cabe la química del que trae
sonrisas al aire que me toca respirar.

Efecto Mariposa

El simple aleteo de una mariposa puede cambiar la historia.

¡Maldita mariposa!
¡Por qué tienes que complicarnos tanto
la vida!
¡Por qué tengo que conformarme con
no tener siquiera un minúsculo control
sobre mi vida!
A veces despierto de mi letargo - dulce
caverna platónica - para bramar contra
los dioses que libran sobre mi vencida
espalda las fuerzas de la venganza.
Me reconozco Prometeo liberado de
las cadenas que Zeus me impusiera
por robar el fuego que ahora me
procura el único abrigo de que
dispongo.
Me rebelo ante la larga tradición que
memoria tras memoria cargo sobre
mi psique, que me constriñe.
No existe vida después de la muerte.
La muerte no es un hecho físico, es
una actitud, no puedo esperar, hay
vida antes de morir , es la única que
existe.
El trabajo es lo que dignifica al hombre,
La palabra trabajo viene de Tripalium,
que era un martirio romano, me niego

a dignificar lo que me mortifica.
Trabajar para vivir , vivir para trabajar.
Solo merece la pena lo que nos eleva.
No podemos esperar a ser humus para
elevarnos al paraíso. No existe.

El Paraíso es este.

Tentación

Mis miradas son un alambre en el horizonte
para el descanso de las golondrinas.
Vicente Huidobro

Tras una hora de camino me detengo.
Me asomo a la cornisa que me precipita
sobre el río para imaginarme un atisbo
solo de lo que sería despeñarme en
libertad contra sus aguas profundas.
No me tienta el suicidio, Dios me libre,
pero menudear bordes deslizantes, de
arenas que se entregan al agua llovediza,
crea costumbre, mi curiosidad obraría el
resto.
Alterno la mirada hacia abajo con la vista
al frente, hacia la vida que me aguarda al
otro lado del paréntesis que se precipita
al mar sin percatarse de su destino.
La sangre que sube y baja con la premura
de pensarse repudiada, decide agolparse
en un capilar escondido bajo la paja que
esconde la aguja.
Decido cruzar el río por los puentes que
me acercan a mis congéneres, que
generosos alzan sus brazos para apretarme
contra sus pechos llenos de amor hacia lo
poco que represento, pero que es un poco
único, inédito... ahí reside el valor.
Me agarro a la vida como un vagabundo

que pide árnica después de la repulsa.
La noche me seduce como perra en celo
enfundándose sus mejores pieles, sus
mejores celajes, que se ofrecen como
descanso a mi mirada. Atrapo horizontes.
La tempestad no sale a pasear sin su calma.

Ave Fénix

Cuando la razon calla, habla la voluntad.

Schopenhauer

Te bates en retirada por la puerta
de atrás, para huir de la verguenza.
Me dejas aquí vacío con la pejiguera
de tener que despegarte de mi mente.
Cuando cruzaste la puerta para irte,
encendí un fósforo de lágrimas con
el propósito de dar por calcinado el
libro de tus memorias.

Al día siguiente , o más bien a los días
siguientes, una vez desprendida de la
entraña la roña de tus viejas caricias,
decido echar a mi chimenea sedienta
la ramas secas que, arrumbadas en el
sobrado, enciendan mi dormida carne.

Cada minuto que respiro sobre las
brasas del último volcán me parecen
siglos de pasión, pasillos infinitos en
una hacienda de verano que se funde
a su paso.

Me miro al espejo y me quedo mirando

al ojo izquierdo, que se atreve a guiñar
la desolación que, poco a poco, se va,
se despide por que no le hago caso.

Me pongo la camisa de los domingos,
me olvido en el parque más próximo, el
que tiene más árboles, más amigos, que
se agarran a la tierra que les sustenta.

Me regalo a ellos trocándome en dulce
substrato que les aproveche su savia.

Me dejo sorber por la Naturaleza que
me inunda, me repleto de la energía
que brota de lo más hondo de la tierra
para resurgir como Ave Fénix, con todo
su brillante plumaje y todo el fuego en
la mirada que soporten mis pupilas.

Un tal Lucas

Me gustan los verbos intransitivos.

Lo intransitivo se predica de todo lo que
no fluye, no transita, no pasa el dédalo
de conductos que lo convierte en desecho.
Lo intransitivo recibe su bautizo sintáctico
de la letra a, que le sirve de acompañante
al cóctel organizado por Mme Bousigné
en agasajo al nuevo embajador.
Cuando una mañana me levanto, obligado
por lo intrasitivo de una inadecuada cena,
y me siento a la espera de la aparición de
Santa Teresa, entiendo lo que debe sentir
un verbo cualquiera que saco del diccionario
y le conmino a entenderse con una partícula
inadecuada, debe ser un trago difícil de
transitar por el tubo de siete metros.
Ayer me cambiaron de departamento, hasta
ahí todo bien, pero en el momento en que
me corresponde tomar posesión de mi nuevo
habitáculo me topo de bruces con un chico,
un tal Lucas, que ha sido diseñado para,
según mi jefe, "echarme un cable"- al cuello
diría yo- porque, ya en los primeros
compases de nuestro encuentro, se me
muestra sabiondo y entrometido, haciendo
preguntas que no venían al caso...
En definitiva, un chico, en el amplio sentido
de la palabra, intransitivo, tanto que a las
dos semanas, harto de sus insolencias, me

precipité a la puerta del despacho de mi
jefe para instarle a elegir entre él y yo.
Obviamente eligió a él. Cándido, mi jefe,
otra cosa no pero sensato es para aburrirse...

Destino

Nemini Parco.

No creo en el destino, o sí, no sé.
Cuando nacemos somos cada cual
una misma posibilidad.
Todos salimos de un pasillo oscuro
para colocarnos en la misma línea
de salida, con la misma mejor marca
en un palmarés inexistente.
Todos salimos de un mismo torno de
alfarero, o si quieres, de una misma
forja que nos guarnece de la misma
carne y las mismas venas, la misma
sangre aunque quizá con distintos
colores: azul, roja, blanca, negra...
Todos salimos a la intemperie con la
misma ilusión, que suele convertirse
en desilusión con el paso del tiempo.
Todos salimos de un mismo punto y
seguido, pasamos a recorrer cada
sujeto, cada verbo, cada complemento,
hasta converger en el siguiente punto
y seguido, que, tarde o temprano, se
convierte en punto y final, donde al fin,
sea tu sangre roja, azul, verde, blanca o
negra, será la última posta de cada uno
de los viajes que ilustran las vidas de la
humanidad.
Todos salimos de la misma madeja, del
mismo hilo, porque las tijeras de la

Parca tiene el filo preciso solo para ese
hilo, por eso no podemos engordar ese
hilo por mucho que comamos, engordará
en todo caso la madeja, tendremos más
hilo, más alimento para la Parca.
Hambrienta.

Todo esto nos ocurre por que nos dijo
la muerte que NO PERDONA A NADIE...

Voluntad

**Hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor,
la electricidad y la energía atómica: la voluntad.**

Einstein

La Voluntad, la escribo con mayúsculas porque se lo merece, es la energía que mueve el mundo, hasta los coches, por que si no tenemos voluntad no metemos la llave y si no es así mover un coche se hace verdaderamente difícil.
Dicen que la voluntad mueve montañas. Dicen que si quieres puedes, y doy fe porque cuando he querido realmente algo lo he conseguido, incluso cosas que no sabía que quería, o que estaban ocultas a mis ojos, esas cosas son las que realmente queremos.
Voy a intentar dar un poco de lirismo a lo que escribo porque me está saliendo muy plano; hayá voy...
Querer es poder si lo que quieres es querido de veras, no con la boca o con el seso, sino con el estómago, con las fibras de tu cuerpo que viven ajenas, arrumbadas en cualquier desván del pensamiento, esas que no tienen cerebro para pensar por que solo pueden sentir.

El verbo querer cabe justamente
en el resquicio que queda entre
el verbo vivir y el verbo vegetar.
Son solo seis letras que generan
cientos de miles de watios de
posibilidad, de certeza más bien.
El verbo querer es la escalera que
el acaso nos ofrece para subir al
cielo a recoger estrellas y jugar
con ellas al pillapilla.
No conozco combustible más
económico y más poderoso.
y más fascinante,
y más ecológico, y más...

Fantasmas

¡Todavía deshojando margaritas!
¿Todavía?
¿Todavía te preguntas si mis desvelos son amor o ficción?
¿Tanto te carcome la inseguridad, la arena movediza que te corre por las venas?
¿Tanto te susurra la mosca incrustada en tu oreja que recurres a las pitias televisivas?
Mientras debates sobre el sexo de los ángeles me alejo de tus perniciosos efluvios, vuelvo al abrigo de mi madre, al nido que me arrulla sin pasar factura.
Si ajustas cuentas con tus fantasmas llámame; si te cojo el teléfono seré tu paño de lágrimas hasta que sus fibras claudiquen ante tan vasto río.
Entonces empezaré a regenerar mis cuadernas para zarpar a mar abierto.
Sin ti. Sin tus sudokus imposibles.

Ese Brindis

La mosca que ha vivido un solo día ha vivido
tanto como nosotros.

T. S. Eliot

Oigo el tintinar de unas copas como
a lo lejos.
El brindis de aquella noche, de aquel
instante, se me repite contra la
bóveda incansable de mi craneo.
Me levanto.
Cojo las tijeras de pescado para
cortarle la cabeza y sajar la ventresca
que será sazonada con vino, a
continuación.
Llevo el plato tembloroso, con la cena
lista, a una mesa que no es de cristal,
que está cubierta por un hule de
cuadros azules que no se asemejan,
ni por asomo, a las filigranas blancas
que trasparecían sobre tu regazo.
Esa noche...
Engullo sin saborear, tiempo perdido.
(Pongo la televisión para ver algo,
para dejar de pensar y me atrapó una
noticia que me borró de repente el
sentido del gusto).
Mastico con los ojos dormidos sobre
la pantalla, ojos que miran sin ver,

que están mirándo el envés de mi piel,
que están viajando en el tiempo.
Se me pasó por la imaginación la vana
idea de llamarte, de volver el reloj del
revés, lo mismo que mi piel (como dije
antes), pero aparté el pensamiento
con un manotazo, como apartaba los
mosquitos que me pedían con respeto,
era verano, un poco de algo rojo que,
sobre todo aquella, esa noche, me
sobraba.
Cristales rotos, busco pegamento,
todavía rescoldos rojos en la chimenea
apagada.

Es que, si recuerdas, era verano...

Adrenalinas

**Que la muerte me encuentre plantando mis coles,
pero sin preocuparme por ella, y menos aún por
mi jardín imperfecto.**

Michel de Montaigne

***No se que me pasa.
En el transcurso de los tres últimos días
transcurro por las aceras como perdido,
trasconejado, como si un hurón hubiera
entrado en mi madriguera, y no pudiera
salir con la presa, es decir, conmigo de
la boca, porque se quedara atrapado en
la boca (de la madriguera se entiende).
No es tanto nadar sobre negro lodazal
cuanto sentir que bajo mis pies palpita
una nada que cada día que pasa deja de
serlo, para ser todo, todo lo contrario...
Estoy en la fase de la partida en que más
estoy disfrutando, en que más me alegro
de haber acudido a este bar a echar la
monedita que me sobró del café para
recordar adrenalinas infantiles, niñez
de minutos que duraban horas y de
universos que eran solo uno: aquel
del disfrutar sin campanas que avisen
de que el recreo ha terminado.***

Es el momento en el que los juegos de
probeta que inicié en mis albores van
dando sus frutos, productos químicos
que me permiten entender mejor, sin
por ello faltar a la humildad de quien
olvida sus arreos doctorales en casa por
no caberles en los bolsillos.
Puedo vibrar ahora a los sones del mejor
preludio que de ópera pueda imaginarse.
Tengo los mejores músicos aderezando
mi cámara, fútil jergón pero suficiente.
Tanto mis coles como mi jardín están
tildados de una imperfecta perfección,
y están compuestos a pedir de boca
para cortejar a cualquier Parca de
pacotilla que me venga a buscar...

Vértigo

Nunca dio tanto vértigo un horizonte.

Gonzalo Gragera.

Me llama el vacío.
La oquedad ejerce sobre mí una
fascinación difícil de concebir
en la mente de un hombre
moderno, hombre que mira sin
ver, que solo vive de objetivos,
de metas que se disipan con solo
tocarlas, vacío.
Yo también soy un hombre
moderno, mas creo que conservo
en el frío de la inconsciencia a
un ser que quiere aspirar cada
estímulo que el acaso le ofrece,
cada sorbo de sol invicto que
juega con fuego con sus poros.
Cuando me asomo al precipicio
siento correr por mi medula en
dirección al abismo una corriente
magnética cual canto de sirena.

Logro elevar la vista al horizonte
con el resorte de las sonrisas que
la vida me guarda solo para mí.
Consigo, cual Odiseo sediento de

Ítaca, vencer la seducción, alejar de mi mente el deseo ancestral de volar.
Vuelvo a superar, solo por hoy, la curiosidad de sentir qué pena una flor justo en el suspiro de ser arrancada de su savia.

Flexibilidad

El bambú es la no acción, el silencio.
Siempre verde, se deja vencer
sin romperse.

Lao Tsé

La Flexibilidad: clave de bóveda.

Enrique, como de costumbre, salió de su casa a las siete de la mañana en dirección a su oficina, que dista unos cuatro kilómetros. Salió con el tiempo justo, como siempre, y con la tensión acostumbrada -la costumbre tiene mal carácter- y tuvo la mala suerte, o la recompensa adecuada a su mal hacer, de encontrarse en un atasco justo a la entrada del puente del Quinto Centenario.
Casi no llegó a pararse detrás del último coche desesperado cuando inició su particular contribución al concierto de bocina en sol menor que había ya traspuesto su preludio, haciéndolo además, se diría, en calidad de solista.

Huelga hablar de la cantidad de improperios y necedades que soltó por su boquita de piñón, repasando el árbol genealógico de Dios y toda su casta. Por obra y gracia de éste se desvaneció el atasco al poco y pudo llegar a tiempo a su trabajo.

Nada más llegar, aliviado por la suerte, se dispuso a preparar la visita que concertó ayer con el director de márketing de una afamada empresa de cosméticos. Antes de coger el coche de nuevo telefoneó para asegurar su disponibilidad, con tan mala fortuna de recibir, cual bofetada, la noticia

de su suspensión por encontrarse el director cruzando el desierto de una gastroenteritis repentina.

Lejos de encajar con resignación cristiana la noticia, y con el deseo, que no expresó, de una pronta recuperación, prorrumpió como por ensalmo en una sarta intolerable de juramentos como: ¡¿ Qué hago ahora, a qué dedico este tiempo que me sobra!? ¡ la madre que me parió..!
Le faltó un plan B y pensar que todo puede torcerse, que la realidad es frágil. Ese día Enrique aprendió que hay que saber sortear obstáculos sin clamar al cielo, porque la incertidumbre es dueña y señora de nuestras vidas.

Hay que ganar cintura psicológica... y paciencia - pensó él al recuperar la cordura...

Romántico

Soy romántico de ley.
No por requebrar palomas
No por regalar tequieros
No por esparcir las gotas
al viento de una flor bravía.
Es por el deseo que brota
de la entraña más profunda,
que prorrumpe, empozoña,
que me invade de vida,
que me libera, Sodoma
rebelada a las cadenas.
Ansias de libertad, lomas
desde donde divisar
la exaltación de Gomorra.

Por ser mi mismo Prometeo
Por querer agotar todas mis
grandezas. Mis banderas.
Hijo de la Revolución.
La vida en el filo de la navaja.
Vivir cada segundo lamiendo
la sangre que se derrama
corazón abajo.
No soy romántico a lo Tenorio.

¡Ese no era romántico!

Vocación

Ars longa, vita brevis

Hipócrates.

Una vida es nada para aprender a vivir.

Lucía fue abducida desde pequeña, desde que tuvo su primer contacto con los números.
Siendo bebé, su padre le habló un día de que el Universo es un conjunto de cuerpos que se entienden según el lenguaje de los números, que existió un tal Pitágoras que los entronizó en las cumbres de la divinidad y que fundó una secta que guardaba una especie de sabiduría misteriosa y oculta al resto del orbe.
Lucía disfrutaba viendo a sus hermanos como resolvían problemas matemáticos, y alcanzaba en ocasiones tal grado de satisfacción que osaba arrebatarles el lápiz para enfrentarse por sí misma a los misterios que le intrigaban, cual heroína que blandiese una tizona.
Lucía creció con la lozanía que concede una infancia feliz, y con ella su propósito de dedicarse en cuerpo y alma a desvelar los secretos que aquellas fascinantes figuras encerraban en su seno.
Así fue como, andando el tiempo y los sobresalientes en matemáticas, se convirtió en catedrática de Universidad y en una brillante especialista en Análisis Numérico.
Todo esto viene a que si queremos conseguir una meta debemos:
1. Saber qué.
2. Sentir qué.

Lucía tenía la vocación, tenía el deseo y eso le facilitó el camino. Quién tiene una pasión tiene la desgracia y la suerte de que una vida es insuficiente...

Cincuenta metros

Purulencia.
Espuma injusta. Riendas mal avenidas.
Soy un caballo de mala boca...

Saliva densa, blanca, que mana a raudales.
Ungidos a los grilletes de la culpa, caminan
mis pies desde la inocencia al cadalso.
Es tarde para salir corriendo, pero
¡y si hiciera un último intento de escapar,
aunque sea a la desesperada!
Al fondo del pasillo adivino al alcaide de la
prisión, cuyo sonrisa me transfunde baldes
enteros de odio, el odio del que cuenta las
muescas de su pistola tras un exitoso duelo.
Noto, con sorpresa, ser el blanco de pocos
ojos.
Observo con esperanza que los funcionarios
de prisiones que me acompañaban salen de
repente en estampida a disolver un motín
ocurrido en la trescientos treinta y cuatro.
Me impulsa la inercia del fracaso en dirección
al citado alcaide, miro a la derecha, herido por
un cometa de luz que nace del portalón del
patio.
Concibo sin lugar a dudas la idea de lanzarme
a la carrera, ¡Pies , para qué os quiero!
Me desprendo de los grilletes de castigo, que
me afligían el cráneo y corro cual exhalación
los cincuenta metros de pasillo que me guían
a la luz redentora.
El alcaide, que parece ser más protagonista

que yo, se queda estupefacto y petrificado.
Estatua de sal.

Un helicóptero con alas de ángel me recoge de
la miseria.
No la merezco. Justicia divina.

Crepúsculo

Llegaste justo cuando el azafrán del crepúsculo
hería los cristales de mi habitación.
El telón de esta función, ese día, bajaba a tus
pies hasta desearte las buenas noches.
En ese momento, justo en ese instante, las hojas
del árbol que a diario me saluda por la ventana
se cerraban, para abrigarse del rigor nocturno.
Dentro, a salvo de lo invisible, enciendo el hogar
para caldear de preguntas la ignorancia del mar
que nos separa, mar que ansía ser rambla.
Para acicalar el encuentro improviso una sobria
cena, regada de un vino, rosado, que nace de las
vendimias del quizá, que poco a poco se hace
carne.
De repente, ya mediada la velada, prorrumpes en
una sarta de secretos no llamados, que acuden al
cráter del volcán que amenaza erupción por el
solo hecho de la calidez del licor, lava...
Me agradeciste la cena y la conversación, no así
el caer en la sinceridad del alcohol.
Sobraron palabras y vivencias, que descendieron
del tren de la primera vez tres paradas más allá
del destino.
Espero que mi cena se te repita hasta la saciedad.
Mis ascuas esperan expectantes tu voz.

Suerte

Suerte es lo que sucede cuando la preparación
y la oportunidad se encuentran y fusionan.
Voltaire

Tuve suerte en el último sorteo
Los dados rodaban a mi favor
Los hados acompañan el fragor
que ensordece el habitual bombardeo.
El concepto que pongo en la palestra
nace del latín, las tierras que azares
repartían con mano inocente, diestra.
Amalgama de extrañas circustancias
que decantan la balanza de un lado
¡Qué leyes, oh dioses, que anacarado
cielo me concedan a mis instancias!
Solo soy un erudito a la violeta
que paulo y maulo sin poder parar
de llamar a la suerte sin comprar
un cupón. Pretendo sopa y teta.
La Suerte la adivino diosa cansada,
con mil orejas para atender auxilios,
con jaquecas de campeonato por
dolores de conciencia, repartiendo
fortunas a quienes no las merecen.
Suerte es una diosa vieja, ajada, que
pide a Zeus la jubilación por estrés.
Mañana mismo colgará sobre el cristal
esmerilado de su puerta el cartel de
traspaso. Su oficina no da abasto.

Expediente de Regulación de Empleo.
Suerte, descansa amor.
No me acompañes.
Sigue arrellanada sobre el cuerno de tus
lunas.
Haz oídos sordos a quienes rueguen sin
al mazo dar.

Aparisión

Todo su ser se había convertido en una gran sed.
Aranmanoth. Ana María Matute

Transcurría ya el tercer mes de periplo sin encontrar
un paraje idóneo para asentar nuestro campamento.
La hambruna hacía mella en la tribu desde que las
heladas se tornaran más frecuentes en el pueblo,
Maakensdish, situado en la ribera del Báltico.
La coyuntura se hizo tan insostenible que decidimos,
con todo el dolor de nuestros corazones, desmantelar
nuestros poblados para emprender un incierto viaje
hacia el sur, sin más destino que el que indiquen los
astros que nos acompañen en nuestro camino.

Calculo que llevaríamos ya a nuestras espaldas por
lo menos trescientas leguas, andadas al ritmo que nos
permitia la ingente carga que transportábamos cuando,
a modo de un feliz espejismo, saltaba a nuestras vistas
un paraje excelso, como efluvio de una ensoñación,
una suerte de Edén que Dios conservara en exclusiva
para nosotros.
Según pude saber al tiempo, se trataba de una especie
de isla fluvial, exuberante hasta el súmmum, rebosante
de verdura y ganado para deleite de nuestros exhaustos
congéneres.

Huelga mencionar que dimos por bien empleados los
esfuerzos y pesares sufridos durante nuestro éxodo

porque, a modo de flechazo amoroso, vivimos en
inmensa dicha durante generaciones.

Solo me queda contar que, en honor a mi pueblo, los
Parisios decidimos denominar el lugar con el nombre de
París.

Sucesión

la meta es el origen.

Karl Kraus

La senda que he de pisar
Es un suceder de idas
Un descender de venidas
Un eterno retorno de ilusiones
Un soliloquio contra el resto
Un sinfín de principios
Un punto y seguido disfrazado
de punto y aparte.
Una astracanada para nublar
el latir incesante del tiempo.
Un trasterrarse de sí
Un buscarse en otros
Un iniciar ilusiones
Un descansar cual guerrero
que ansía pronto regreso.
Un asonetar décimas
Un engañarse para seguir.
La senda que transito está
preñada de curvas y badenes
que testimonian los hechos.
Constelación de metas que
avisan a navegantes del inicio
de una nueva singladura.

Obsolescencia

Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas,
de pronto, cambiaron todas las preguntas.

Mario Benedetti

Helena.- Estoy cansada de cómo gira este planeta,
de cómo acontecen las cosas que suceden entre
sus cuatro *paredes*.

(Silencio)

Ifigenia.- Fíjate Helena. Hace breves fechas me
acordé de Medea, ¿Recuerdas?, nuestra amiga
de la infancia. Me arrebató la nostalgia de tal
forma que viví la necesidad de escribirle mis
sentires; prendí con afán papel y lápiz para
descargarme sobre el blanco expectante. Tras el
desembuche caí en la cuenta de que tenía apuntado
su número en algún rincón de mis recuerdos.

Helena.- ¿Y le llamaste?

Ifigenia.- No, preferí enviarle la carta porque el
vigor de su letra no tendría, de cierto, parangón
con las palabras que podría articular a través de
un frío adminículo de baquelita.

(Silencio de nuevo)

Ifigenia.- A mí me ocurrió algo similar, al tenor del paso del tiempo y sus efectos perversos. No se si recuerdas que Gabriel cumplió años hace unos días... Sabes que Gabi es un amante del teatro griego, por ello decidí regalarle un libro edición bolsillo de *La Orestíada* de Esquilo y *La Medea* de Eurípides, cuando, en el mismo momento en que le entregué el regalo con la mejor sonrisa y alegría me dice que las susodichas obras, y otras muchas, las descargó hace tiempo de una página web gratuíta llamada *Epublibre.org*
(Pausa con sonrisas burlonas)

Helena.- ¡Vaya chasco, ¿no?! Es evidente que no estamos al día, que el crujir de las ramas al paso del tiempo nos ha cegado los oídos y nos ha inflamado nuestras lenguas.
(silencio valorativo)

Ifigenia.- Habrá que tomar nota. Menos mal que el sentir no entiende de edades ni de ciclos, y que las emociones serán siempre nuestra seña de identidad. Desde que la Magna civilización griega derramara en tinta, sobre los escenarios, todos los entresijos de la naturaleza humana, no hay nada nuevo bajo el sol.

Helena.- Así es Ifigenia.
(Silencio final. Muerte escénica)

Temor

Estalla el despertador a las siete.
Me equivoco de pie al levantarme.
Improviso a la carrera un café que
se torna aguachirle en la amargura
de mi boca.
Al tiempo que el maldito mejunje
baja por mi esófago se vuelve pasta
nigérrima a modo de chapapote.
Olvido el desayuno por momentos
para retomarlo en el primer receso
matutino.
Me acompaso con el infortunio para
que, harto por falta de atención, me
deje en la estacada hasta cebarse con
el primero que se encuentre. Me
siento por fin delante de un cuadrado
iluminado que me hace preguntas, y
paso el tiempo nadando en lo anodino.
Rutina.
Salgo pitando, respiro y doy pábulo
a mi estómago, que ansía restauración
urgente.
Disfruto llenando el coleto a sabor: Al
Freír será el reír y al pagar será el llorar.
Traspongo la puerta del placer y me doy
de bruces con un par de engendros que
me cortaron la digestión.
A quién me veo sino a mi mujer besando
a su compañero de oficina en la pausa
publicitaria.
Hago un giro teatral para escurrirme sin

ser visto.
Hago de tripas corazón y de pesares
piernas, tanto que sobrevolé las calles
hasta llegar al portal.
Me vuelve a sonar el reloj, esta vez a las
seis de la tarde.
Comida pesada. Sueño profundo.
Casi pesadilla.

Posverdad

**¡Qué más da la verdad de lo ocurrido!
La verdad está totalmente devaluada.
¿Quién quiere saber lo que de verdad
ocurre?**

**Lo que llamáis verdad es la savia que
corre por dentro de la corteza y de la
que no tenemos noticia, por que no
puede ser vista.**

**Lo que debe importarte es lo que ves,
eres animal que vibra al ojo, al tacto,
a la impresión de lo medible.**

**La verdad no tiene materia, no puede
ser pesada, ni tallada, como sí lo eres
tú.**

**La verdad, agua que se aviene al vaso.
Molde ubícuo donde se fragua la nada.
Tan etérea es que el universo no cabe
en ella, es plastilina en manos solo del
poderoso.**

**Nunca podrás saber lo que hay detrás
del telón, porque te tocó sentarte en
el gallinero, a miles de años luz del
escenario.**

**Confórmate con imaginar, acepta el
engaño de tu mente. Descansa.**

Sonríe como lo hace el demente.

Habladurías

El hipócrita inventa un rumor, el tonto lo difunde
y el idiota se lo cree todo.

Anónimo. San Google.

Amalia.- Me da la nariz que Manuel se ha largado con a saber qué cantidad de pilinguis, tú bien sabes lo que le tiran a él unas faldas...
(Justo en ese preciso instante Manuel tuerce la llave dentro de la cerradura, y por ensalmo el silencio se hace melaza en el ambiente.)
Alaim.- ¡Qué tal te ha ido cariño mío! ¿Ha sido un día duro? (Manuel da, de momento, la callada por respuesta, parece tener el semblante un tanto mohíno por atisbar el rumor de las recientes críticas.)
Manuel.- Ha sido un día como tantos cariño, gracias por preocuparte. Quiero que sepas que cuando no estoy en casa estoy en mi trabajo ¡TRABAJANDO!, ¡no como otras personas, que prefieren ejercitar otrrass paartess dellll cuerpooo másss bllanndas!

(Amalia no sabe dónde meterse, se siente como si el techo se hubiera abierto en diluvio bíblico.)
Amalia.- Buenoo... Alaim querida, me voy porque sobrooo. Mañana seguiremos hablando de este asunto, no quisiera que la sorpresa llame a tu puerta vestida de diablesa roja y cornuda.)
Amalia quedó sumida en un mar de dudas, como las naves aqueas embebidas en el Helesponto troyano.

Hay seres, sobre todo los más próximos, que no les basta con las telenovelas y los programas del corazón; necesitan más adrenalina en sus vidas, a costa de la aflicción ajena...

Celos

Tendido y mudo en honor a la belleza
estaba el mar.

Virgilio

El sol pletórico de amarillo reinaba en lo alto.
Desde abajo, en la ardiente arena, miraba al
cielo apelando a su compasión.
Solté los bultos que me prometieran una tarde
a la vista del mar sin echar en falta el confort
cotidiano y me dirijo sediento al agua salada
y fresca que me abre sus brazos y, como si
fuera fruto de mi imaginación, borro el
abrasante recuerdo solar, aliviado al fin...
Al salir del líquido edén gozado como gozó
Adán en lo primigenio de su leyenda, mis ojos
tuercen a la derecha como gravitados por lo
indecible; me veo planeta cercado por un astro
que se me aproxima peligrosamente, un satélite
tildado por exuberancias insólitas por apócrifas.
¡Yo te conozco de algo! ¿Tú no eres Raúl, el de
la Facultad?.
Desde cerca, ya dentro de mi atmósfera acierto
a recordar que se trataba de Yasmine, una
compañera de curso, ¡increible, qué de tiempo!
¡Claro, tú eres Yasmine! ¿Verdad?
¡Sí, qué alegría Raúl!¿Te vienes a esta parte de
la playa para presentarte a unas amigas?
Sí, muy bien. (Me sentía un poco apurado, mi

mujer, a cien metros playa arriba, parecía estar
vigilando desde la sombrilla, pero me da igual,
es mi momento...)
Si tiene celos es su problema, espero que todo
sea una suposición mía. Quizá pienso en ello
porque estoy cometiendo una especie de
infidelidad aunque sea de pensamiento.
¡La mejor defensa es un buen ataque, le
preguntaré con procacidad por qué mira al que
sea que pase cerca y así desviaré su atención!
Yasmine me encantaba ya en la facultad, y me
sigue gustando, se mantiene casi como entonces,
y si cae quedaré encantado.
(ya resolveré lo que sea con mi mujer, tengo
ganas de refrescar mi vida...)
Me gustaría seguir viéndola,¡veremos qué pasa!

¡Ahora me voy con ella, que me quiere presentar
a sus amigas!

Hiedra

Perfundes lentamente en vena
toda la esperanza antaño ajena.
Eres, cielo, la hiedra que tapiza
mis azoteas, que verdea ayeres.

Te colaste de tapadillo sin grito
que te anunciase en mi puerta.
Yo..., que atravieso el viacrucis
del olvido, que destilo vísperas
que pinta arreboles de soledad,
me pienso renovado por inédito
diluvio que evita empalabrar lo
que vivo en este instante.

Palpita en mi piel el traqueteo
de la diligencia que te trae hasta
mí.
Te creo hiriendo Sierra Morena
a salvo del bandolero que espera
expectante de tus alhajas.

Suspiro el instante de presentarte
mis respetos, de postrarme a tus
pies y de cifrar en un beso el éter
de la calidez de tus manos.

¡Ya te atisbo por la ventana, amor!
¡Por fin podré degustar el manjar
que en ti guardan los hados!

¡Bendito sea quien me manda a su
feliz mensajero de esta guisa!

Escaparates

El mundo empezó sin el hombre y acabará sin él.
Levi Strausse

Dicen los sabios que la vida fue un accidente.

Abro la puerta de la calle para abrirme a
la brisa de la mañana.
Es la madrugada menos cuarto del alba.
Mi paso hacia lo acostumbrado es firme.
He descansado lo justo, el sueño duerme.
Me he lavado el cansancio con jabón de
color rosa, me visto de obligación azul.
Giro la mirada hacia los escaparates que
me hablan, me enseñan lo que me sobra,
me muestran mi reflejo inane por fuera y
océano por dentro, me ofrecen la imagen
de lo que pienso..., y sim embargo existo...
Soy cifra de la fortuna de ser humano, de
ser único y no ser nada en este universo.
Sonrío a los mercaderes al llegar al templo,
asiento al bramar de sus tratos en lo sacro
de sus cuatro paredes, yo no soy Dios ni el
ungido, solo soy una casualidad, soy algo
que ha sido sobrepuesto en esta tierra por
algún motivo que no acierto a comprender.
Salgo de lo que me permite el pan con el

anhelo de poner el alma a barlovento.
Me cuezo en mi antinomia de corazón y
razón, pierdo el oremus en el discurso
del nihilismo.Voluntad de poder.

(véase Nietzsche)

Respiro sin oxígeno a la vista.
Pongo mi hígado en remojo, arriesgo
mi juventud al embate de los vientos.
Calma chicha, suelto amarras.
Quedan Botellas de champán en la
nevera de la gana helada de sentir.

Error

Experiencia es el nombre que todo el mundo le
da a sus errores.

Oscar Wilde

Error o guía que alumbra la salida.
Error o maestro sin toga ni birrete.
Error o estrella que fugaz te ofreces.
Error o sangre que baña existencias.
No te atrevas a dejarme desnudo.
Mi vida no vive sin tu presencia.
¡Ten la bondad, otórgame tu ciencia!
Tu ausencia me vuelve sordo y mudo.
Contigo en deuda la Ciencia razona.
El hombre sobre tu hombro progresa
en dirección a un cielo que se espesa
ante el vertedero que lo encona.
Un mundo perfecto es una quimera.
Un mundo perfecto imperfecto sería.
Sin ti el hombre no tiene barrera
que doblar, horizontes que mirar.
Sin ti el hombre, satisfecho, vería
su mundo desistiendo de girar.
Cuando me equivoco pienso que el
acaso nos ofrece la ocasión de ser
más, de crecer.

Hay algo que debemos aprender...

Desesperado

Cerré la puerta de la oficina con el olor a traición en la pituitaria.

Sentía una comezón escarbándome el alma, que no pude calmar durante el trayecto de vuelta a casa ni con los pensamientos más sensatos que guardo en mi repertorio.
Es cierto que nuestra relación flaquea desde hace tiempo.
Es cierto que mi mujer últimamente está a falta de fósforo, se le olvida con frecuencia ingredientes que antes no, y mi vecino, muy solícito, le provee de lo necesario, también diría de lo innecesario, ¡no sé si me entendéis!
Ayer justamente la eché en falta en casa y fui a la del vecino a inquirir (¡por si sabía algo el puñetero!) y, así fue, me la encuentro riendo con él hablando de algo que sonaba muy personal.
Pero lo malo de esto es que se calló nada más que notó mi presencia, sospechoso ¿verdad? ¡Bueno, volviendo al asunto!, llego a casa, escucho un golpe, como de caerse algo al suelo, y después la frase: ¡escóndete no sé qué más! Acto seguido, Marcela, que así se llama mi mujer - es decir, mi ex mujer - acude presta a mi encuentro besándome como siempre, como si nada...
Total, que aquí me encuentro ahora, con el maletero del coche cargado de bolsas de basura en medio de un descampado, el más alejado de la vecindad que conozco.

Por seguridad.

Súcubo

¡Qué calor hace, son las dos de la madrugada y todavía no he podido conciliar el sueño!
¡Veremos mañana en el trabajo cómo rindo!
Me levanto en busca de una brisilla, por pequeña e imaginaria que fuera, que me avenga con Morfeo de una vez, pero soy pesimista al respecto.

Decido aliviarme bajo la fría ducha que se derrama en mi desierta piel, lo consigo, eso creo, bebo agua y me dispongo de nuevo a ser presa de la melatonina.
En plena fase ren siento ganas de ir al baño, (¡no me extraña, después de tanta agua!) pero no me puedo levantar, era como si un peso sobre mi pecho me hiciese desistir del intento; total, que me lo hice encima porque los esfínteres no soportaron la presión.

Después del desaguisado y el consiguiente disgusto, noto como besos y caricias por todo mi cuerpo, incluso por la parte regada por ese líquido amarillo tan desagradable.

De los besos, aquello que fuera pasó sin hacer escala a los postres: a la altura de las partes pudendas noto una presión rítmica e insistente que me hace galopar hacia el séptimo cielo.

Azar

El azar reparte las cartas, pero nosotros las jugamos.

Arthur Schopenhauer

El azar publicó por Facebook, en un anuncio
a todo color, dicen, una partida de cartas con
su día, lugar y hora.
Yo no pude asistir porque no soy amigo, no
aceptó mi amistad, no sé por qué.
Ese día repartió cartas, yo me quedé sin
ninguna, no puedo jugar, no puedo arriesgar
porque no tendré suerte, me limito a hacer
lo de siempre, de casa al trabajo, del trabajo
a casa, tareas domésticas, compras... ¡todo
de un anodino..!
Al día siguiente miro otra vez a ver si me ha
aceptado, veo que no, al día siguiente otra
vez lo mismo, no echo la lotería porque no me
va a tocar, lo dejo para otra ocasión.
La ventaja de no tener suerte es que no tengo
tampoco mala suerte, es decir, me espera una
vida plana y sin sorpresas, ¿Eso es vida?
Dejo de mirar en Facebook.
Miro en mis entrañas.
Busco entre mis arrugas
el atisbo de una carta

que me dé pasaporte
al riesgo, a la vida.
Dejo de confiar en el viento
Corro en su contra para que
me azote en pleno rostro.
Para que me refresque el
sentimiento, la gana...
Busco sentir la lluvia resbalar
por la cara, fundirme en un
abrazo con Dios, que llora
para mí.

Ilusiones

Primer y único acto:

Se abre el telón rojo, ya ajado por el tiempo, y aparecen en escena un hombre, ya mediada su existencia, y una mujer en ciernes, en la flor de la vida (larga vida diría o desearía el narrador).

Vicenta.- Quiero que sepa, aunque me cueste el desprecio confesarlo, que desde que os vi paré de contar las horas de la mocedad, deseo y sé que será mío para mis restos. Lo juro por dios.
Romualdo.- Sabe que me gusta mucho Vicenta, y también sabe que mi sazón está rozando la agostura, aunque me siento pleno de vida. Ya no soy el mozalbete que era a vuestra edad y eso me produce un cierto desasosiego para con vos. Mi tiempo natural viaja en otro reloj.
Vicenta.- ¿Qué quiere decir Romualdo?

(brota una pausa, Romualdo masca y medita la respuesta)

Romualdo.- Quiero decir, querida, que mis instintos más elementales, a saber: tener hijos, casarme, vivir una experiencia familiar, están ya más que satisfechos. Mis prioridades vitales pasan por disfrutar de la miel que me ofrezca la vida, volver a ser niño, despreocuparme del qué dirán y coger las frutas del campo si tengo hambre...
Vicenta.- Amor mío, estoy dispuesta a desairar a mi reloj vital por vos. No creo que encuentre a un hombre así por más vidas que el creador me conceda.
Romualdo.- ¿Me quiere decir que está decidida a obviar sus instintos naturales, aquellos que dios os ha concedido para vuestro deleite y preservación de nuestra especie, por consagrarse a mí en cuerpo y alma?
Vicenta.- Eso mismo.
(Silencio final)
Se cierra el telón.

Es evidente que Vicenta, presa del amor y de la ceguera consiguiente, se tragará sus palabras de aquí a pocos años, cuando la calentura devenga ascua permanente que alimente el hogar que sueña, y Romualdo, sincero desde el primer momento, tire al monte como cualquier cabra al uso.

Destino

Ubi bene ibi patria.
Cicerón.

Dice el dicho que uno nace
donde pace, donde goza.
El lugar que diario roza
es el que patria se hace.
Donde el cuerpo frío yace
y la luz primera vemos
el sino lo marca, entremos
donde el pan feliz se ofrece
donde la gloria se cuece
y después ya veremos.
Después, ya dicho lo bien
que me encuentro en tierra
extraña, llama a mi puerta
"una especie de destino"
Miro a través de la mirilla,
una cara ovalada espera,
el destino viene en traje
para traerme buenas nuevas.
Le hago esperar, sola estoy,
temo abrir la puerta, miedo.
¿Y si son malas las nuevas?
¿Y si no es el destino?
Pregunto quedo quién busca,
me contesta que la dueña de
la casa, tiene una oferta que
no va a poder resistir.
Decepcionada abro.

Enciclopedias.

Shakespeare

No me toquéis mis huesos,
saldréis mal parado.
Shakespeare.

William estaba disfrutando de la plena efervescencia que espumaba su carrera dramatúrgica, las funciones en Londres no hacían sido sucederse en una vorágine absorvente como no conoció otras épocas: el público, por otra parte modesto e inculto en su generalidad, devoraba el contingente escénico que se esparcía por la ciudad. Además de nuestro protagonista, operaban en feroz competencia dramaturgos como Ch.Marlow y su memorable Fausto y Ben Jonson, que supusieron un excepcional acicate a su colosal talento creativo.

El Globo(The Globe), con pocos años de existencia a la sazón, vio pasar, cual carnavalesco desfile, toda la panoplia de personajes y caracteres que, heredados de la Grecia Clásica y Roma, tomaron carta remozada de naturaleza en la era moderna.

William empezó como actor, y ese fue su secreto como empresario:
¡Vamos Robert, repite la intervención de Otelo que acabas de ensayar, que todavía no le veo el brillo!
¡Otra vez más jefe, es ya la decimosexta vez!
¡Robert, sabes que tenemos que aspirar a la perfección para asegurar los llenos de nuestro Globe! Debemos

cambiar casi a diario de obra porque el público es insaciable y la competencia, ya se sabe...

La Era Isabelina terminó cuatro años después de su primera función, y terminó con un saldo prometedor, tanto en lo económico como en lo artístico. Ahora nos viene la Era Jacobina, que espero que sea la de la consagración.
El éxito fue el único corolario posible de una actividad dramática envuelta de un vital frenesí, para morir en la cúspide del reconocimiento, como ahora, trece años después de la coronación de Jacobo I.
La fecha de su muerte coincide con la de otro genio, de cuyo nombre no quiero acordarme, pero el día no fue el mismo ya que el calendario inglés se regía entonces, todavía, por el sistema impuesto por Julio César.

Ser o no ser reconocido en vida.
Esa es la cuestión.

Nebulosas

*La vida es muy peligrosa. No por las personas
que hacen el mal, sino por las que se sientan
a ver lo que pasa.
Albert Einstein*

*Te atraviesan cada segundo miles de millones
de fotones, ¡sí, a ti, tú que miras al otro lado!
¿No notas al menos un leve cosquilleo, una
comezón que no te deja pensar?
Eres una mota de polvo dentro de un sinfín
infinito, ¡sí, tú, el que mira por la ventana de
la pasividad!
Tu cuerpo es un vertedero disgregante, ¡sí, tu
cuerpo!, olla de grillos que regenera siempre
cualquier amenaza, te mantiene fuera de toda
preocupación, te procura tu injusta felicidad.
¿Qué has hecho por ella?
Tu sistema triturador se encarga de todo.
Inopia programada.
¿Sabes algo de cómo funcionas por dentro?
¿Ni falta que hace me dices, desvengozad@?
¿No notas cómo te han invadido, ahora, mil
millones de ondas gravitatorias que parten
de nuestro agujero negro?
Ojalá te caigas del caballo, ¡Indolente!
¡Sí, te hablo a ti, Indiferencia!*

Dilema

Vivo a caballo entre...

Chapotear entre dos aguas, aceite.
No ser ni lo uno ni lo otro.
Indeciso.

No ser de tuétano joven ni ser de
médula vieja, no ser ni carne ni
pescado.
En el ecuador de un camino que
prefiere ser recto, mas me afano
en convencerle de que me ofrezca
curvas, recovecos donde poder
perderme para encontrarme.
Barloventear sin viento, negarme
a las fuerzas que me empujan al
abismo, al infierno, solo admito
el infierno del amor, de la sonrisa.
Perderme en una selva de silvas
que lancen al aire mis miserias.
Vivo a caballo, en el punto de
equilibrio de dos energías: una
que me empuja al cielo y otra
que trata de convencerme de lo
contrario.
¿A qué Pepito grillo hago caso,
al negro o al blanco?

Gracias por arrojadme luz.

Os comunicaré mi decisión.

Pronto...

Agosto

Luna de Agosto....

Me miras desde la distancia como águila
que otea horizontes en busca de presa.
Te miro de frente, a tu lucero, traspaso
con la línea de mis ojos tus venas pardas,
tus valles producto de un acné mal curado.
Me invado de compasión ante tu soledad.
¡Baja aquí, conmigo, rápido, rápido!
¡Vamos a dar una vuelta por este mundo!
¡Deja que te vea, ahora que estás cerca!
¡Deja que rebusque con ahínco entre las
piedras que cubren el cendal de tu pena!
Te invoco para conocer tu cara oculta,
(sobre todo), la cara que todos ignoran y
de la que todos hablan sin saber.
¡Deja que descubra tus lunares, perennes
fosas que constelan tu pesar!
¡Deja que entre en ti, quiero sanarte!
¡Venga, no seas tonta, déjate querer!
Soy un viento cósmico amigo.

Invisible

Lo esencial es invisible a los ojos.

Antoine de Saint-Exupéry.
El Principito

Si me pides que defina lo invisible
tendría que, ahora mismo, guiñar
los ojos hasta que solo me quede
un suspiro de vista y mirar hacia
dentro.
Lo invisible, ¡Sí, lo estoy viendo!
parece ser un pequeño quejido
del miocardio, suficiente para que
la sangre mensajera haga llegar
la sustancia a todos los rincones
del alma, alma que espera.
Sedienta.
Veo también, ¡además con nitidez
palmaria! que lo invisible está
ahíto de silencio, un silencio que
le da cobijo, arrullándolo.
En la Noche.
Lo invisible es todo aquello que
rechaza la luz que nos sirve para
ver, y que, una vez en las tinieblas
de lo íntimo, de lo cavernario, se
declara luciérnaga que inunda de

verdad todo su cielo.
Lo invisible se disuelve para
revelarse en el anonimato de un
abrir y cerrar de ojos.
Nunca un vacío había llenado tanto...

Casualidades

Dos amigos se encuentran despúes de veinte años.
(no es un chiste, tranquilos...)
(fueron compañeros de facultad).
Después de fundirse en un largo abrazo casi
húmedo por alguna lagrimilla, se serenan y se
asaetean a preguntas:
**Felipe.- No te puedes imaginar la alegría que
me invade Roberto, he removido cielo y tierra
para encontrarte, y por obra del destino me
cruzo en un lugar cualquiera con la suerte de
verte ¿Qué tal te va la vida?**
Roberto.- Pues muy bien, como puedes ver con la
nieve poblándome las sienes y las arrugas dueñas
y señoras de mi rostro.
**Felipe.- Y qué cuéntame, ¿Estás casado, tienes
hijos?**
Roberto.- Hasta hace poco sí estaba casado, ya
ves, los azares de la vida me abren nuevos edenes
verdes esperanza a la vez que intempestivos.
Lo cierto es que estoy muy contento, mis hijos son
preciosos, mi relación con su madre es a pedir de
boca...
¿Y tú qué Felipe, qué me cuentas puñetero?
**Felipe.- Pues, bueno, también estoy contento,
tengo tres hijos preciosos y estoy gozando de una
nueva vida. Fíjate,(te lo cuento en voz baja para
que no se entere nadie, que el diablo acecha por
doquier) conocí hace poco una chica la mar de
simpática, mucho más joven que yo, con una
sonrisa que quita el hipo, (a ver si te la presento),
que me tiene distraído el seso, me cuesta**

centrarme Roberto...

Roberto.-¿¡Qué me quieres decir, que estás prendado!?

Felipe.- Yo no diría tanto Roberto, pero es verdad
que me gusta mucho, es como un soplo de aire
fresco que ventea todas las habitaciones de mi alma...

Roberto.- Me gustaría seguir hablando contigo pero
tengo prisa, te dejo mi whatsapp y quedamos, ¿Vale?.

Felipe.- Venga, quedamos en eso.
Me alegro muchísimo de verte Roberto.

Caída de Telón: Quedaron para seguir hablando el fin
de semana siguiente y se lo pasaron pipa...
Si les veo espero que me cuenten cómo les fue la
segunda cita.

Dalái

Me estremecí ante el estruendo que llegaba a mis oídos por el ventanal que daba al patio.
Al parecer, un destacamento del ejército chino, raudo como una centella, se dirigía a Lasa para ejecutar la sentencia, decretada arbitrariamente por las autoridades de este país, en virtud de la cual el estado tibetano debía someterse a la soberanía del colosal vecino.
Este nefasto suceso ocurrió en los albores de los años 50, cuando contaba tan solo ocho años de edad.
A la sazón era un jovenzuelo que recibía las enseñanza del Dalái Lama en su mismo palacio, privilegio que gocé por ser hijo de uno de sus leales lugartenientes.
Ante el diluvio de tristeza que me invadía, no pude por menos que salir de estampida en busca de un refugio más seguro.
El soberano fue puesto ipso facto a buen recaudo para preservar desde el exilio la supervivencia del Tíbet.
Mi madre, que no me abandonó en ningún momento, me llevó a unos subterráneos, cercanos a los jardines de palacio, donde nos abrigamos al calor de la compañía de una buena parte de los hermanos que compartíamos habitación y credo.
Al fin y a la postre, el ejército chino hizo su trabajo sin que se percatara de nuestra presencia.
Los ruídos cesaron al poco tiempo porque la resistencia brillo por su ausencia, como no podía ser de otra manera.
Por fortuna, el Tíbet, aunque dependiente, sigue ejerciendo su magisterio espiritual, que tanta falta hace.

Magia...

La lectura es la academia del escritor.
Vargas Llosa.

Hace un año sentí brotar de mí un manantial.
Se desprendió de repente de las piedras que
lo cegaban gracias a un pequeño temblor.
Desde entonces me afano en ponerle diques
que repartan su agua por lo ancho de mis
campos.
El agua que se hace letra impresa lleva la
tinta de mi sangre, a veces roja, otras rosa,
y las menos negra cuando el sedimento que
arrastra desde su nacimiento se oscurece en
lodo.
Agua que tras regar mis campos vuelve...
La lluvia de mis lecturas reverdece el lecho
de plata donde se para a descansar, donde el
agua sueña con mares surcados por grandes
epopeyas, por historias de amor y muerte que
ilustraron la grandeza del ser humano desde
la noche de los tiempos.
Agua que cuando se cierra el telón de lo
visible se vuelve hiedra que enreda el alma
y la fuerza a revelarse en versos, en sentires
de luz que se debaten en el marasmo de lo
expresable.
Agua que debe su pureza a la lluvia, púrpura.

Escritura que se muestra ejercicio imposible
sin el manantial de la lectura.

Fuego

El espejo y la cópula son abominables, porque
multiplican el número de los hombres.
J.L.Borges. Ficciones.

Me miro al espejo como cada mañana.
Antes de cerrar la puerta que me aísla
confirmo que cada gesto está en su
sitio.
Camino a salvo del concepto que anida
detrás de cada mirada.
Respondo a la atracción irresistible
que la gravedad del pan del mañana
ejerce sobre mis miedos.
Maldigo a veces tener conciencia, tener
grilletes sin presidio, tener que hallar
las respuestas antes que nazcan las
preguntas.
Lamento no contar con lumbre que
derrita las gasas que tejen el frío del
relente.
Hielo que se hace témpano cuya espada
apunta sobre el Damocles de mis
recuerdos, un frío que diría no es frío
porque espera sentencia sobre las
ascuas del instante.
Alcanzo al fin el umbral que me cobija,
umbral que añoro con solo trasponerlo
cada aurora en dirección a lo de siempre.

Cuando vuelvo anhelante, la puerta que me protege de la intemperie se me abre en dos poemas, que estrechan el pétalo de la margarita que debí enterrar aquel día, cuando me hirió el vértigo.

Frankenstein

Frankenstein fue un engendro que emergió de una mente prodigiosa, la de Mary Shelley- como todos sabemos- en el embrujo suscitado alrededor de una reunión de amigos, allá por los primeros vagidos del diecinueve, al calor de una chimenea. Corría a la sazón el mes junio, en una pequeña villa suiza propiedad de Lord Byron.

Este fue, que se sepa y si estoy equivocado que me lo hagan saber, el primer hito de lo que hoy llamaríamos inteligencia Artificial, porque era una suerte de robot capaz de actuar por sí mismo, es decir, un autómata.

Hoy en día estamos rodeados de Frankensteins sin percatarnos de ello, porque se han hecho cotidianos. Todos tenemos un amigo inseparable, el móvil o celular- para mis amigos americanos- que nos proporciona una utilidad ya indispensable.
Recientemente estalló una noticia referida a dos bots de Facebook que publicaron su conversación en lenguaje máquina, incomprensible para nosotros, lo que hizo saltar las alarmas de invasión, poco menos.

En no muchos años crearemos inteligencias artificiales que nos superen en capacidad, y devendremos inútiles, no hará falta que trabajemos,
¡Tendremos todo el tiempo libre para escribir!

¡Qué bien! ¿Cuándo llegará ese día?

Espero impaciente

Rayueleando

Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que
andábamos para encontrarnos. Rayuela.

Me sorprendo, por las anteshoras, resopando tus recuerdos
hasta que la nociosidad me invade en mis címbalos.
Me coturno, en la solescencia del tiempo, como bastiendo
las compromencias que lanteas al aire sin flujos de simas
carbonáticas, que siento recebrar entre los velos febrosos
de las sogras que me lenguaste al cuello de la mentira.
¿Sigues en París ferreando los puentes sobre el Sena?
Solo me consuela, a estas celaturas de mi falencias, pensar
que tu amor es árleta que chorniza cada instante de preba
turnencia que me nubla la atención en el abstinto torcal.
Te deseo que la granicie de tu alegría se desbusque sobre
la trependiosa angustia que el frío me carbonata en esta
ciudad salitronosa y populante, y solitudinaria...
La felicidad no es sino el saporoso vuelo que restrepa
lo que esperas vocinar en este locutante gerbán de
croces rimprimentes.
Con todo el cariño que puedo carpetarte me dispervo.

Vejez

El viejo respira el mismo aire que el niño

Marianín.- ¡Abuelo, ven aquí a jugar a la pelota!
Abuelo.- ¡Para allá voy hijo, no me hagas correr mucho!

El abuelo, que frisaba los setenta, sentía en sus piernas
el peso de la inactividad física, aunque algo andaba.

Marianín.- Gracias abuelo, sé que te cuesta ir detrás
de un balón que se torna gacela a tus
años. Cuando terminemos te compensaré
con millones de besos, que van a ser
pajarillos que bajarán a tus mejillas a
comer de tu alpiste de bondad.

Abuelo.- No sabes hijo la alegría y la fuerza con que
me bañan tus palabras, que oídas me resultan
cantos celestiales, me devuelven a años
imposibles y hermosos al tiempo.

El cariño de su nieto obró cual viento que dotara
a su cuerpo de una suerte de levedad asombrosa.
De súbito su desconfianza se volvió descaro hasta
animarse a correr cual si de un delantero al uso se
tratase.

Abuelo.- Marianín hijo, ¿Nos vamos ya a casa?

Marianín.- Sí, abuelito, volvamos a casa que tengo
un hambre canina. Quiero decirte que
ha sido un día maravilloso, he disfrutado
como un cisne que tras nacer repudiado
es admirado con envidia por los recelosos
hermanos.

Abuelo.- Yo también he disfrutado mucho, tanto que
estoy ya contando los segundos que me
restan para volver, me siento muy bien
después del ejercicio que me has animado
a hacer hijo, gracias por insistir hasta vencer
mi recalcitrante resistencia, maldita inercia,
maldita costumbre que se presta a la incuria
con la facilidad de un negligente.

A la semana de comenzar su nueva rutina, el abuelo
pareció rejuvenecer unos años, la alegría de vivir se
vertió sobre su carne como salsa bechamel.

Odisea

Y los dioses te concedan cuanto en tu corazón anheles: marido, familia y feliz concordia, pues no hay nada mejor ni más útil que el que gobiernen su casa el marido y la mujer con ánimo acorde, lo cual produce gran pena a sus enemigos y alegría a quienes los quieren, y son ellos los que más aprecian sus ventajas.
Homero. La Odisea.

Alzo la vista para localizar la estrella del sur.
Hace ya tres años que zarpé con mi velera
nave de las playas de Troya, en el estrecho
Helesponto, con la intención de volver a mi
reino, a mi hogar, donde mi esposa Penelope
y mi hijo Telémaco supongo que ansían mi
regreso.
La batalla fue encarnizada y reñida hasta el
punto de desesperar la victoria que al final
llegó gracias a mi ingenio, debo reconocerlo
aunque me pese, y a la lealtad de los mejores
de mis sufridos compañeros dánaos que se
ofrecieron a instalarse dentro del caballo,
que fue entregado a Troya en señal de que la
derrota era reconocida.
La mar está tan bravía que temo naufragar en
cualquiera de las numerosas islas que puntean
el Egeo porque mi nave, cuando Poseidón es
presa de la furia, se torna barquito de papel
ante las gigantescas olas que amenazan con

tragarme cual ballena a Jonás.
Todavía me quedan diecisiete largos años para llegar a Ítaca según la leyenda, y con ellos un sinfiín de peripecias bien conocidas por toda la humanidad gracias a un tal Homero, del que se duda su existencia mas representa un bardo griego de aquellos que a la sazón, en el octavo siglo antes de vuestra era, eran muy abundosos por estos lares.
Estoy deseando estrechar a los míos sobre mi pecho ardiente y helado de ausencias, aunque sé que antes tendré que expulsar a unos viles parásitos que campean por sus respetos en mi palacio, esquilmando mis despensas en espera de la decisión de Penelope, que teje y desteje bajo la luz de la esperanza, que a la postre brillará sobre su frente.

Cruzo

Al salir de la cueva miro a derecha e izquierda,
antes de cruzar...
Me aseguro de que viene un vehículo para dar
un paso sobre la calzada.
la adrenalina me invade.
Hago caso omiso a las maldiciones razonables
del conductor, lo siento, necesitaba mi dosis de
incertidumbre para seguir viviendo...
Sigo el camino de regreso con la peripecia en
la retina, ya lejos del sentimiento de culpa, que
he desahuciado por momentos de las estancias
de mi mente.
Hago estación de penitencia en el kiosko de la
esquina, compro el periódico para devolverlo
a la cuna de donde vino -la papelera, reciclaje.
Nada de lo que ocurre en el mundo me interesa.
Aquello que abunda en la indiferencia no existe,
no tiene la corriente exacta para erizar el vello.
Miro otra vez a izquierda y a derecha, solo veo
mentira, apariencia, cartón piedra.
Atrapo un trozo de coraje, del que me quedó en
el bolsillo, arremeto contra toda la patraña que
nos contamina, destrucción, renacimiento.
Hago tabula rasa a lo largo del fragmento
de mundo que me toca cambiar.
Lo dejo mondo antes de sembrar sobre él
unas semillas de corazón y de sonrisas que
arranquen de las raíces de lo auténtico.
Quiebro todos los espejos que en las calles
me devuelven la imagen de quien no soy.

Misterio

Si quieres acariciarme, yo no me opondría
pero debes saber que todos estos muertos
aúllan en mí y yo toda, toda soy de cenizas.
Bésame, pero que no te sepa amarga.
Geo Bogza

No dejo de preguntarme cuál es la sustancia
que impregna el misterio que me ha hundido
en tu dicha, me has convertido,
sin tú saberlo,
en un barco a la deriva de tus labios, en la
vorágine de las comisuras de tu sonrisa.
Bebo las calles navegando sobre la brisa de
tu embrujo, ese que me insuflaste,
sin tú saberlo,
con la cánula de tu mirada, era primavera...
Me siento presa entre
tus garras de plata, halcón de mieles
que rebozas de varonil fragancia
mi piel sobre mis pieles,
que imprimes tu sabor sobre mi vientre,
tu muda perseverancia
derrota mi inanidad y arrogancia.
Solo significo algo si de tu juicio
soy testigo, mi sino no es sino una
corchea perdida entre tus mares de
sinfonías, donde las olas bailan según
tu batuta aflautada y muda.

Desde que pude contemplarte cuando
ponía el pie en el estribo para bajar del
carruaje, sorteando el aparato del vestido
que me abrazaba de muerte, y levanté
la vista hacia el gentío...Tu mirada azul.
Todo, sin tú saberlo...

Alexander

Si la penicilina puede curar a los enfermos,
el vino puede resucitar a los muertos.
Alexander Fleming

Abrió la puerta del laboratorio con la tenaza en la que se convierte la mano cuando planea sobre la mente el sentimiento de culpa...
Alexander recordó con acritud, en un receso del sueño, que las placas de cultivo bacteriológico que colocó sobre su mesa de trabajo no quedaron bien protegidas de la intemperie, con el consiguiente riesgo que ello suponía para el feliz término de sus experimentos.
Se dirigió como centella de ira que lanzara Júpiter a la mesa y constató el desaguisado: las placas se ofrecieron a sus ojos con pequeños lunares blanquecinos dispersos aleatoriamente sobre la superficie de las muestras.
Lejos de mecerse al viento de la ira y limpiar de fracaso el contenido de cada una de las placas, se detuvo observándolas hasta penetrar con la pupila el misterio que se dibujaba en ese instante.
Se hizo del microscópio bajo la ilusión del acaso y comprobó que en las zonas donde se habían hecho fuertes los hongos, las bacterias brillaban por su ausencia.
Su instinto científico le llevó a uno de los más

importantes descubrimientos de la historia de la humanidad.
La serendipia, es decir, la casualidad o la fortuna, el azar que campea sobre el Universo cual legítimo rey, es la progenitora de la mayoría de los avances que nos han llevado hasta el presente que ahora vivimos.
A decir verdad, esta reina del progreso de la que estamos departiendo no materializaría sus prodigios sin el impulso del talento del investigador que se topa de bruces con ella; Fleming vivió la aparición de la ocurrencia en su mente a modo de bombilla de luz que chispea de repente, sin la cual la serendipia sería como un jardín de infancia sin niños.

Ausencia

Los padres construyen las cruces en las
que luego se cuelgan los hijos.
Lola Blasco. Siglo mío, bestia mía.

Sentado en un bar bajo los pinos,
espero la hora en la que su madre
me "deja" los niños, según reza
el mensaje de advertencia.
Doy buena cuenta de un bocadillo
que me sabe a gloria, salami y queso,
regado con un buen refresco de naranja,
y como refuerzo una cerveza digna del
calor de justicia que hacía en ese preciso
momento.
Contemplo en un flash la película de mi
vida en estos últimos años, comprendo
como el discurrir bajo la hégida de la
zona de confort - o más bien zona de
ignorancia programada - me mantenía
alejado de mí mismo, viviendo al dictado
de unos principios que pretendían hacer
de mí quien no era.
Me observo desde el vértigo que supone
el acero de la soledad ocasional, episódica
- porque sigo gozando de la convivencia
habitual de mis hijos - y me contemplo más
puro, yo contra los elementos, sin bebedizos

ni psicotrópicos que me hagan comulgar con
ruedas de molino.
Dispongo lápiz y papel, que lo llevaba de
casa con premeditación, para recoger negro
sobre blanco el rimero de emociones que
se desbandaban a la sazón.
Me dirijo tras el refrigerio al sitio acordado
con la sorpresa del abordaje lacrimógeno
de mi hijo mayor, que desborda mi cauce ya
saturado hacía rato.
Tras Alberto se sucedieron los te quiero de los
dos pequeños, que esperaban su turno.
Fue una tarde maravillosa...

Ángel

En una de las muchas vueltas de esquinas
que suceden en el camino me encuentro
a una mujer hermosa que caminaba
despaciosamente, como si pesara en sus
vértebras la mucha experiencia y años que
la contemplaban.
Nos topamos de frente, fue inevitable
dirigirnos la palabra:
Yo.- ¿Puedo ayudarle en algo? la veo apurada...
Virginia (que así se llamaba).- No se preocupe
por mí, le agradezco su humanidad, estoy
acostumbrada a acarrear el sedimento que
vuelcan sobre mi espalda las personas con las
que me topo.
Estoy segura de que soportas algún pesar, te
adelanto que soy muy buena consejera, ¡anda,
desembucha!
Yo.- Considero que soporto bien mis pesares,
como ves todavía conservo la rigidez de mi
columna pero, si tu razón de ser es cargar con
miserias ajenas...
Te voy a decir en verso la parte de mis penurias
que te puedo ceder:
La patria del ser humano es la infancia.
El cerebro blanco de saber succiona
como colibrí toda la sustancia
que sus ciegos padres le proporciona.
De adulto me percato de ser preso
de los miedos, las inseguridades
de mis padres, los cabellos me meso.
¿Cómo elimino las capas de cebolla

que me sobran y me molestan?
Virginia.- Te voy a responder en verso también,
para no ser menos, ¡vamos, a mí con
jueguecitos!
Respiras gracias a unos bellos seres
que te dieron la vida, sin pensar.
Imperfectos, afanados en cuidar
de su prole según sus pareceres.
Sin sus cuidados no seremos adultos.
En ti está tu búsqueda esencial, ellos
cumplieron su cometido, también
tuvieron, a buen seguro, que eliminar
sus capas de cebolla. Quizás no llegaron
a obtener el nivel de conciencia que
tienes, no fueron tan cultos ni espirituales
como tú...
Yo.- Gracias por tus consejos, hada madrina.
Seguiré tus indicaciones, mis hijos estarán
en la misma tesitura que yo cuando lleguen
a las encrucijadas que les ofrecerán sus
caminos.
Narrador.- Después de este mágico encuentro
todo quedó en un maravilloso recuerdo.
La hermosa mujer de joroba prominente se
disolvió en el rocío del alba para nunca más
cruzarse en su camino.

Pensando...

Encontraremos un camino... y si no, lo crearemos. Aníbal

Así tenga que escribir un diario
llegaré al corazón de las tinieblas.
La trabazón que unen las fibras de
mi musculatura se nutren de
sintagmas que adolecen de
subterfugios.
Acudo a la sesión inaugural de mis
cenizas, que una cerrazón augural
recogen en el zaguán de esparto.
Giro a mi largo sobre las praderas
del lenguaje, donde pasto a mis
anchas sin pagar tributos
draconianos.
Robo libros de las estanterías de la
superstición, porque quiero
contribuir a que desaparezca de la
faz de la Ciencia.
Doy mis primeros vagidos como
clamor de aleluya ante una nueva
era, la de mi consagración como
ser sintiente.
Quiero deslindarme de los que
acibaran la buena voluntad del
que pretende construir pasadizos
donde no los hay, como hizo
Anibal en los alpes italianos.

Hago caso omiso a los dimes y
diretes que se proyectan por
doquier en los arrabales de la
ignorancia supina.
Estoy desandando el camino que
elegí sin saber, en mis albores,
porque estoy a tiempo de prender
la senda correcta.
Me rebelo a la manía humana de
creer que lo que ven es un absoluto.
Encuentro vitando los dogmas
porque son productos de la
esclavización del prójimo solo por
secundar intereses ajenos.
Estoy cerca, quiero pensar, de dar
en el busilis de los misterios de la
razón, cada vez entiendo mejor que
la clave reside en el pensamiento
(que es cosa mía si es mío).
Después de este parto, este
desparrame a modo de rezo antes de
dormir, me dispongo a conciliarme
con Morfeo para asistir, al alba, al
espectáculo rosicler del nacimiento
de un nuevo día.

Cansancio

El estruendo de una moto me despierta
de madrugada, giro hacia el otro lado
para obviar la realidad y acogerme al
sueño, que se me desprendía
momentáneo.
Aunque lo sujeto de los brazos acaba
yéndose, frustrado, como empapado
por una ducha fría.
Me levanto a buscarlo, tardo en
encontrarlo por entre los muebles de la
indiferencia.
Lo cojo entre mis brazos, lo arrullo y lo
meto en la cama conmigo, cantándole
una preciosa nana.
Acaba dándose por vencido y se funde
bajo el calor de las sábanas y el placer
de la brisa que entra por la ventana.
Me detengo en el círculo del despertador,
son las cinco de la mañana y mi debido
descanso desespera, los ojos son óvalos
que se caen.
Irrumpe la mañana inoportuna, miro de
frente un rectángulo que cada día me
devuelve un rostro que se deja invadir por
la nieve. Frío.
Vuelco sobre un cilindro un líquido negro
e hirviente que me abrasa el cansancio,
que sucumbe calcinado sin clamar justicia.
Relleno dos cuadrados de cereal bañados
en aceite que se dejan acompañar del
almibarado sabor de la miel.

Me protejo la piel de la intemperie y la verguenza y salgo de mi íntimo a cumplir con el guión.

Cierro mi alma con llave...

Pegaso

Cuenta la leyenda que Perseo, hijo de Zeus, decapitó a Medusa, una de las tres gorgonas, y de su cuello brotó Pegaso. Al poco tiempo de nacer, Pegaso golpeó el suelo del monte Helicón y de este golpe surgió un manantial que se considera la fuente de la inspiración poética.

Me contaron que hace tiempo, casi desde que aprendí mis primeras letras, me persigue un caballo alado que tiene el don de la invisibilidad y la ubicuidad incesantes.
Ahora que reparo en esta contingencia recuerdo en mis oídos un batir de alas en el negro profundo de la madrugada -cuando el sol moría plácido en el abismo de su sistema- que me estremecía en sueños de ángeles de tinta china.
Quiero recordar además relinchos a deshoras, cuando mi honra se debatía entre el estrépito de balones de fútbol.
Sobre todo, y de manera casi visible y palpable, acudía Pegaso y sus blancos amigos cuando mi padre se desangraba en sentimiento delante del radiocasete recitando sus poemas al son flamenco de Paco.
Mi amistad con tamaña belleza animal se disolvía en mi sangre al margen de mi consciencia, que rendía tributo a las exigencias escolares, cuya premura cegaba toda lírica posible.
Ahora, en una de las vueltas de la casualidad, lo tengo

como a un rey en mi covacha con su pesebre bien surtido.
Me tropecé con él a consecuencia de vientos que me lo trajeron desde los confines de la magia, me subí sobre su grupa con toda la ilusión del que huye y piqué espuelas hacia los límites de la Gramática, en los cuales vivo feliz...

Arcoíris

Las cosas más importantes se hacen
en soledad: Nacer, morir...

Acabo de cenar ensalada, pintada con todos
los colores que emborronan mi paleta.
Acabo como atravesado por dentro, de oreja
a rabo, por un arcoíris que me abarrota de
partículas que me aseguran mi optimismo
por unas horas.
Vuelvo a meterme en un mundo pintado por
Google, entre otros colaboradores, casi sin
poder sentarme por el embutido en que se ha
transformado mi estómago. A veces me siento
boa constrictor sin presa que estrangular.
Me levanto con ganas de apagar fuegos, el
aliño me implora lluvia en vaso para reparar
los ácidos, para recuperar el equilibrio que
me permite seguir ajeno a los que me pasa
por dentro.
Voy a la cocina y vuelco el líquido clave sobre
un cilindro verde transparente que me riega
mi flora, que me hace sentir la dicha por unos
instantes. No hay mayor placer que el que se
deriva de la desaparición de una urgencia
perentoria, esencial como la sed.
Vuelvo a la silla que dejé caliente, y que me
reprocha su abandono constante, para volver
a hundirme en una mentira programada,
engañosa, como la vida misma.
Todavía, casi al alba, sigo inmerso entre

paredes de ceros y unos que me aseguran mi
aislamiento de lo anodino.
El arte me proporciona un olvido a medida
para sumirme en mi realidad, que es la que me
importa.

Eustaquio

Fernando caminaba con su perro de la correa pensando- el perro- si merecía la suerte de tener a este chico como dueño, o mejor decir como opresor.
Fernando solía llevarlo a un monte ajardinado que se divisaba desde su casa a no mucha distancia, y se antojaba sitio ideal para que el perro, Eustaquio, pudiera aliviarse sin tener que llevar a mano la enojosa bolsita de rigor.
Un día, cansado de la vigilancia carcelaria de su dueño, decidió, aprovechando el depiste que el encuentro de un vecino, también tirano, imponía a su dueño, adentrarse en el corazón del recinto arbolado para aventurar una fuga que le devolviera el sentimiento de libertad, ya casi olvidado desde que fue recogido de la calle tras un accidente en el que fue casi abatido por un desaprensivo motorista.
Eustaquio parecía llegar a la conclusión de que el sustento garantizado sin libertad, o con una dosis insuficiente como la que disfrutaba con Fernando, era el corolario de una existencia inexistente.
En vista de esta determinación mantuvo la vista al frente hasta que sus oídos fueron heridos por las imprecaciones de su dueño, que lo aherrojó sin piedad y con una ración doble de inmisericordia.

Lluvia

El súmun del amor es la muerte.
Shakespeare. Romeo y Julieta.

¡Te veo amor..!
Te veo a través del cristal
entre gotas de lluvia.
¡Me llueven los ojos de ti!
Muerdo impotente el polvo
de la derrota.
*****
Pólvora mojada en tristeza.
Te veo correr calle abajo.
Conversando sin palabras
con tu fracaso.
*****
Me detengo para olvidar en el
decurso de una gota de llanto.
Esquiva cual eslalon las gotas que
pertenecen al cielo, extrañas.
Baja rauda hacia el fin de su mundo.
Mundo infranqueable de cristal.

*****
Me regocijo al verte como buscándome
con la mirada, como queriendo pronunciar
un adios que se ahoga en el intento.
Tu mirada, pienso, me dice que cuando
se calme la tempestad vendrá la calma

*****

No te digo adios porque tu huída
bajo la lluvia es cosa del diablo.
Volverás, y con más fuerza si cabe.

Tolerancia

La tolerancia es otra palabra para la indiferencia.
William Somerset Maugham

Tolerancia, que te muestras reacia a manifestarte.
Eres la única magia de la que disponemos para
convivir en paz y armonía.
La única fuerza capaz de contrarrestar la devastación
de la Tierra por la gigante roja en la que se convertirá
el Sol es el Amor, pero no un amor cualquiera, como
el de papel cuché que brilla en el celuloide, sino un
amor con mayúsculas, que arrase cual agujero negro
que irrumpa apocalíptico.
Precisamos atarnos por la fibra que los seres humanos,
más allá de los colores que nos adornan, alojamos en
nuestros corazones para salvar nuestra especie de la
barbarie.
La esencialidad a la que invoca el radicalismo es una
justificación necesaria a las vidas que lo preconizan,
porque han sido engendrados por y para militar en el
ejército del odio, como peones camineros de altas
instancias que brillan por su supina vileza.
Nuestros cuerpos son meros contenedores, no tienen
más valor que el del contenido que albergan, y por
dentro no hay colores, ni rasgos distintivos que nos
delaten ante el prejuicio. Solo hay sangre, arterias,
músculo y sentimiento.
Quiero proponer a los prebostes que manejan cual
títeres los nervios de este mundo que renieguen del
verde del vil metal y recurran a ellos mismos, porque
ellos son como tu y yo, aunque se revistan de supuesta

inhumanidad para arrostrar sus arduos cometidos.
Ellos también se derramarán sobre la posteridad en
hijos y nietos, y tienen la extraordinaria oportunidad de
de reivindicarse ante Dios, que reside en un rincón de
sus conciencias, y de las nuestras.

Holgazaneando

Llego y me siento delante de un espejo.
Miro con torva mirada a quien se sienta
delante, el muy ladino imita mis gestos,
mis ademanes, incluso mis rasgos.
Se me ocurre hacer un guiño con el ojo
izquierdo, con toda la sutileza y rapidez
que puedo, para ver si le sorprendo.
Me doy por vencido, ese hombre que se
sienta en frente, que, por cierto, se
parece mucho a mí, adivina cada
movimiento que aventuro para pillarle
en un renuncio.
Me levanto de la silla, ya asumida mi
derrota y me asomo a la ventana, la de
las macetas.
Me centro en las evoluciones de un niño
rubio, que regatea a cuanto se le cruza
en el camino del gol, menos al portero,
que, gatuno, le hurta la pelota cuando
armaba la pierna diestra para marcar.
Me remonto a mi niñez...
Buscando estímulo para matar el tiempo
se me ocurre encender la televisión, para
ver qué me ponen.
Zapeando me tropiezo con Belén Esteban
traficando con sus entrañas, paro mientes
para embadurnarme de tan alta filosofía.
Nihilismo de mercado...
Abandono las cadenas, que parecen de
váter algunas de ellas, y me decido por la
radio.

Pongo Radio Clásica de RNE y consigo la paz buscada entre coloraturas y serenatas, que ralentizan la fiera que llevo dentro, que se indigna con la bazofia.
Complemento lo clásico con otro clásico, el flamenco, que es la quintaesencia de mi legado andalusí.
Y al final, para estar con los tiempos que corren, me debato entre los sonidos envolventes de Vaughan Radio, ¡un poco de listening no viene mal!

Ricardo

A menudo me he tenido que comer mis palabras
y he descubierto que eran una dieta equilibrada.
Winston Churchill.

¡Cinco vivas al rey para invocar a la suerte!

El pueblo enardecido vitoreó el nombre de su
flamante monarca, que hacía la entrada por
la puerta de la ciudad de Nagsala agasajado
con las rosas más frescas que los jardineros
pudieron recoletar para tan magno evento.
Ricardo, que así se llamaba el nuevo rey,
sintió erizarse sus rubios vellos sobre su piel
cual si se tratase de espigas a punto de sazón.
La comitiva escoltaba el carromato real a la
distancia adecuada para permitir que el baño
de la multitud que se agolpaba exultante
pudiera producirse sin altercados ni
contratiempos que fueran de lamentar.
Cuando logró ganar el entarimado destinado
a permitir su discurso de investidura, se alzó
orgulloso sobre sus sencillos borceguíes de
cordobán para agradecer todo el calor recibido.
¡Solo os puedo prometer sangre, sudor y
lágrimas! decía con el llanto prendido a la
garganta, a lo que la chusma enfurecida
respondió enfervorizada como leones que
huelen la sangre de una pitanza cercana.

Una vez apagados los ecos de la gloria, sobre
la plaza que soportó el peso de la ilusión solo
restaban él y su conciencia, mirando al cielo en
espera de vigor e inspiración para ser el rey
que el pueblo espera, mas su fe en lo venidero
se hacía añicos en sus tribulados pensamientos.
Era sabedor de la amenaza de un pueblo vecino,
levantisco y belicoso, que respondía al nombre
de Burguindios. No albergaba más que remotas
posibilidades teniendo en cuenta la debilidad de
sus fuerzas militares.
Finalmente se cumplieron sus nefastos augurios.
Durante los primeros latidos de los años cuarenta
recibió un bombardeo que casi acabó con su vida.
Sobrevivió...

Eva

Para mí la filosofía es una forma de escribir.
Judith Butler

Adán y Eva. Dichosos en la inopia.
Brincar y retozar como corceles rellenos de dicha.
Vivían al margen de fobias, enfermedades, calamidades.
Ignorantes de ser la epifanía primordial de nuestra especie.
Inocentes ante la maldad que acecha.
Fue Eva quien cargó con la culpa por dejarse llevar.
Fue Eva, la que surgió de una costilla dorada de Adán.
Adán y Eva como engendradores de la cumbre de la
existencia sobre la Tierra.
Adán hombre, Eva mujer. El sexo no existe, es un constructo
cultural, un hombre debidamente hormonado se convierte
en mujer y viceversa.
El género, es evidente, ya lo sé, es otro constructo social.
No es preciso explicaciones.
Hablar de personas, no de sexos ni de géneros.
Hablar del contenido, no del continente, que, como en los
productos que compro a diario, puede ser modificado según
las tendencias del momento.
Mirar a los ojos, hombre y mujer frente a frente.
Ser lo mismo con dispares dibujos para que encajen
cual fichas de un puzzle llamado humanidad.
La mujer dentro, el hombre fuera, ¿Por qué?
Si somos lo mismo con diverso formato, ¿Por qué yo encima
y tú debajo, quién lo manda?
¿Por qué la maternidad, que preserva a nuestra especie de la
extinción, somete en vez de enaltece a quien la protagoniza?

Cuando desaparezca el género seremos libres, seremos uno.
El sexo no podrá desaparecer porque hasta ahora, y no se vislumbra otro, es el único vehículo de reproducción de que disponemos.

León

Un hombre ya entrado en años gotea la arena de
su reloj desmigajando su pan sobrante para pábulo
de unas palomas que acuden a su llamado.
El tiempo se detiene en el arco que describen los
trozos.
Adolfo no puede evitar recordar entre ademanes
lo yermo de su existencia. Quisiera empezar otra
vez...

Adolfo.- ¡Quién me ha visto y quién me ve!
Yo, que he removido cielo y tierra
Yo, que he sido águila culebrera
Trincador de opciones en la jungla
Aspaventeador ante el indigno
Guerrillero sin fusil ni verguenza.
Adolfo, en el quicio de su desgana, nota cómo la vida
se le desangra entre los desvelos de lo que fue y ya no.

Adolfo.- ¡Mi vida por entregarme a ser junco en un río
que se despereza al desuello, que se va.
Aunque mis años se muestran losa enervante
me consagro a hacer tantos titánicos esfuerzos
como es menester para no sucumbir al tedio.
Mientras el lamento se derramaba de sus labios como
necesario alivio a su atribulada existencia aparecía, como
por ensalmo divino, Epifanio, su amigo siamés desde que
el azar de la leva lo emparentaran en el mismo cuartel.
Epifanio.- ¡Hombree, Adolfo, qué tal , aquí con las
palomitas!
Adolfo.- ¿Te sientas aquí conmigo a compartir quejas y

lamentos por el desierto que enardece nuestras, otrora
frondosas, vidas?
Epifanio.- Entiendo tu pesimismo y tu hondo pesar. Estás
malviviendo solo desde que falleció tu amor de niñez, tus
hijos tienen otras razones para vivir, lejos de rociarte sobre
tu corazón algo de su calor sobrante...
La vida me sonríe, por fortuna.
He guardado en el cajón trasero
de mi aparador mis recuerdos.
Tengo que seguir viviendo, Adolfo
Si quieres te cojo de la mano
Te llevo a pintar claveles
en los rizos de las nubes
Ilustrar de rojo y blanco las sombras
que nos quieren sumir en el cieno.
Adolfo, vencido por la fuerza de la esperanza, se
dignó levantarse, despedirse de sus amigos picudos
y voladores, y decidirse a conjurar la maldición del
" Cualquier tiempo pasado fue mejor".
El tiempo no fue mejor, porque la humanidad y las
circunstancias que determinan nuestra estancia en
este mundo son cada vez más bonancibles, por fortuna.
Lo que añora Adolfo no es el tiempo en que vivió su
juventud, sino la juventud misma.
La vida en su plenitud.

Paloma

¡Habrá guerras en el mundo! Más ramas
tiene un olivo. Ecos del Rocío. Jaén

Paloma que surges del diluvio
portando una rama de olivo.
¡Oh Hermes emplumado y leve,
que rebrotas del ahogo con el
mensaje de esperanza en el pico!
Ejemplo de diálogo mudo con quien
recela de las margaritas que gritan
la persistencia de la primavera.
Me ofrezco a despertar al alba
para acudir al pie aceitunero
del árbol fenicio,y arrancar
cuantas ramas puedan sujetar mis
Labios...
Me aventuro a rendir las armas para
portar fusiles de yemas y nudos
que disparen ilusión a discreción.
El dinero llama al dinero.
Tanto tienes tanto vales.
El poder y el dinero detonan en contacto.
Revientan la dignidad humana rompiendo
todos los matraces de la comprensión.
La ambición sin sustancia da sustancia
a la guerra, hermana díscola del amor
a quien ha desheredado la justicia y que
trama venganza de muerte contra Cupido.
Palomas nacidas para picotear hasta el

polvo todo atisbo de barbarie, de sinrazón.
¡Inventemos palomares repletos de granos
de voluntad y fuego, que venteen malos
espíritus, vestidos de negro azabache!

Desvelo

Zaherido
La luz que hendía el resquicio de mi ventana
Golpea
Mi
Cór
nea hasta impedir el conjuro del sueño.
Paso la noche en blanco.
Por
tu
culpa.
Me llamaste de madrugada, a la hora bruja.
Mis hondas Theta, que casi mudaban a delta,
se fueron por el desagüe del insomnio cuando
llamaste. Para nada, solo estabas preocupada
por no conciliar TU SUEÑO.
¡Si yo no puedo dormir tú tampoco! pensaste...
Esa luz de la que hablo al principio fue tu ring
ring importuno e insensato.
¡Deja de pensar solo en ti! Somos algunos más
los seres que queremos vivir con lo mínimo de
paz, no solo tú existes...
Te voy a colgar el teléfono por desaprensiva.
Termina de contarme las sandeces que se te
han quedado enredadas en tu maraña neuronal
y déjame
volver al
útero de placer
que me aguarda bajo
mis sábanas de blanco satén. Solo...
Confío en recuperar las ondas cerebrales que se
me derramaron con tu incordiante irrupción en

mi vida.
Alfa, Beta, theta y Delta.
Te quiero, pero lejos, muy lejos de este planeta.
Quedamos en Ganímedes, allí te daré el plantón
del siglo. Te lo mereces por egoísta.
Piénsame como un pudo ser y no fue por tu falta
de seso, no de sexo que sí lo hubo, y no fue malo...

Calma

El silencio es el ruido más fuerte, quizás el
más fuerte de los ruidos. Miles Davis

Aquí, al pie del lecho eterno que te cobija,
subo al viento unas párvulas palabras que
sirvan de hierros candentes al que quiera
oirlas, a buen seguro ser atribulado por el
ruído ensordecedor que nos aturde nuestros
ajados tímpanos.
Vaya este insignificante homenaje a un
concepto que brilla necesario cuando la
ausencia se apodera de nuestras almas,
para purificarlas, para desgajar de ellas
toda la putrefacción que el frenesí de los
tiempos ha prendido sobre sus alas.
Tu muerte se funda en la supuesta inutilidad
que las generaciones que flaman en el presente
han instituído sobre tu fluir.
Vivimos inmersos en ruídos que, como banda
sonora atroz, se instalan en nuestros intersticios
más íntimos para convertirse en sinónimos del
ir con los tiempos.
El ruído es el chirriar de la apisonadora que allana
al ser humano en un existir de fábula, de espectros
que alimentan la ambición del que tiene la sartén
por el mango, del que enarbola el megáfono en las
manifestaciones.
Te extrañaré cada uno de los días que me resten

de vida, querido amigo, porque solo al conjuro
de tu presencia cumplía mi encuentro con mis
entrañas, con el arcoíris que abigarra mi habitación
propia.
Requiescat in pace.

Pasos

Procuraba no girar la vista hacia atrás para no denotar angustia.
Sentía cómo un tableteo de pasos se sucedían a mi espalda sin solución de continuidad, un rosario infinito que se derramaba sobre el asfalto en explosiones de arpegios que infundían en mi erizada piel un terror indescirptible.
Mi paso era todo lo veloz que podía sin osar la carrera, no quería que el perseguidor se viese urgido a correr, y así mantener la adrenalina en niveles soportables, aunque al borde del desmayo.
Decido doblar la esquina que se me ofrece en el camino para, por fin, decidirme a correr, y acogerme a sagrado en cualquier portal de vecindario que se terciase.
La nueva calle que se me abría tras el chaflán no atisbaba garantías de encontrar cobijo de ninguna clase, los portales, ya a altas horas de la noche, se me mostraban cerrados a cal y canto, y no era menester llamar a nadie clamando auxilio.
Sigo notando, tan vivos como en el primer momento, los fatídicos pasos que causan la persistente zozobra que os detallo con todos los pormenores que mi lenguaje me permite.
Amenazado por la espada de Damocles recurro a mi innata valentía, a pesar de que, hasta ese instante, se me mostrara esquiva, como soldado que deserta de la batalla por pensarla perdida sin remisión.
Giro de nuevo la mirada, mas esta vez permanezco de frente al espectro, o lo que fuera que me viene a buscar.
Me lleno de sorpresa al ver que no aparece nadie, ni un alma, ni pasos ni ruídos de suelas chocando contra el asfalto.
Nada...

Perderme...

Para escribir poesía, debes estar
dispuesto a perder el tiempo.
Robert Penn Warren

Perderme...

Los grilletes del lenguaje
sobre mis dedos.
La inmensidad de su océano me abruma.
Trato de expresar
lo que la mente me ofrece a su escritura
sin éxito, en ocasiones.
Las palabras se elevan como palomas
imposibles al vuelo, arrugo otro papel...
Imposible, no quedo satisfecho.
Me sé gladiador frente al León de Nemea.
La palestra de cándida celulosa asemeja
estepas sin horizonte asequible a los ojos.
Horror vacui que conjuro negro sobre blanco.
Hilvanar ideas que vienen a la imprenta cual
embarazoso parto, incierto al gusto del que
se digne lector.
La adrenalina sube al cielo por la escalera de
Jacob.
Dios y su juicio esperan en el último peldaño.
Ego
te
absolvo a peccatis tuis.
Después de la tempestad

el Sol se impone invencible de luz.
Quedo satisfecho, solo por hoy.
Gracias Calíope por hacerme blanco de
tus rayos de inspiración.
Soplo
sin el que mis dedos mueren de sed.
Retiro y guardo el recado de escribir.
Mañana será otro debatirse...
Otro alumbramiento..¿Feliz?

Desierto

La platea del teatro Espérides estaba a rebosar.
El público, expectante, aguardaba desde hacía días el estreno de " Libertades de Invierno" del insigne y laureado dramaturgo Arturo de Sigüenza, que gozaba a la sazón de bastante predicamento por estos lares (me refiero a la ciudad que alberga este maravilloso teatro).
Una vez hubo el público tomado asiento se procedió al anuncio del inicio por megafonía:
¡Señoras y señores, damas y caballeros, en breves instantes va a dar comienzo la comedia en dos actos, (de los que solo van a poder leer el primero) cuyo título ha sido mencionado al principio! Rogamos por favor el máximo silencio, gracias.
Se alza el azulado telón estilo isabelino y se observa a dos amigos compartiendo una velada en la terraza de una cantina, de esas que se prodigan en un barrio de vecinos cualquiera...
Feliciano.- ¿Cómo está tu mujer querido amigo?
Emeterio.- Pues imagínate- ¡aguarda un momento Feliciano que te lo digo en verso!

Ágata, que respira los aromas de juventud
se debate entre la vida y la muerte,
una dolencia la postra casi inerte,
le troca su frescura por senectud.

Feliciano.- ¿Y tú, cómo lo llevas?
Emeterio.- Soy un hombre todavía joven.

La primavera verdea en mis venas,
mas el viacrucis de Ágata me mata.
Necesito volver a las serenatas
que me ilusionaban a manos llenas,
cuando mi corazón latía en mi abdomen.

Feliciano.- ¿Y sigues enamorado de ella?
Emeterio.- Sabes que soy un hombre de palabra.

Juré ante el altar amarla para siempre.
En este desierto que me descalabra
cumplo los votos que la regla advierte,
mas la libertad acude a mis ensueños
a manera de prado de verde lienzo.

Después de apasionada plática, y cuando el crepúsculo se hacía ver

entre los flecos del arrebol, levantaron el campo para dividir hasta la jornada siguiente sus caminos.
El amor es un trance, a modo de encantamiento alquímico, que nos reviste de sutiles cadenas mientras la pózima rinde efectos, las que grandemente nos pesan cuando despertamos a la cruda realidad.
Es cuando el deseo de libertad se hace harto acuciante, a guisa de lamentos como los proferidos por Emeterio, cuyo sacrificio supera el fuego amoroso que a la sazón aún guardaba por Ágata.
Se baja el telón isabelino bajo una tormenta de aplausos...

Angie

Keith Richards no ha escrito una canción
buena de rock and roll en casi 35 años.
Michael Philip Jagger

Más de cincuenta años les contemplan
de escenario en escenario, sin descanso.
Son un ejemplo de armonía y buena música.
Han soportado un sinnúmero de ciclones sin
casi despeinarse.
Llevan la inmortalidad en sus venas.
Son leyenda viva de la historia del Rock.
Música a borbotones brotando de las emisoras.
Sus aires cargados de ritmo llegaron a mis oídos.
Era entonces un niño.
Recuerdo a mi hermano Roberto entregado a
los sones de "Angie", cuyos acordes inundaban
de placer mis tiernos oídos.
Ese constante herir levantaron polvos que hallan
hoy en mí sus lodos.
Apenas han pasado unas horas desde que dejé
de recordar.
Se lo pedí a Youtube.
Vi unas imágenes del concierto de la Habana.
Me encanta como Mick corretea por el escenario
como él solo sabe hacerlo.
Puse la canción preferida de mi hermano para
viajar en el tiempo y otra que también hace mis
delicias: " Mixed Emotions".

Os invito a disfrutar de" Sus Satánicas Majestades"
en Barcelona, 27 de septiembre.
Yo, salvo que se invente el teletransporte, me lo
voy a perder...
Menos mal que tengo un buen amigo, que a buen
seguro me invitará al concierto.
Este amigo es, ya lo conocéis, San Youtube,
hijo de San Google.

Sofrito

El uno se me ofrece voluntarioso
El dos se me esconde tras la cortina.
Por entre las sábanas se escapa el tres.
El cuatro me brinda amistad y sosiego.
El cinco, ¡ay el cinco! se ríe de mis musas.
Cuando los busco, el seis y el siete se hacen rocío.
El ocho tiembla asonante ante el vacío de la rima.
Se van de copas el nueve, el diez y el once, madrugada.
El doce me aconseja pararme a cenar. Obsesión.
La suavidad en el decir me viene en el trece. Fluyo.
El catorce pone fin a mi desvenar lírico. ¿Qué os parece?
****

Va siendo hora de recordar momentos.
Miro las noticias sin verlas, el corazón vuela.
El tuétano monótono de la realidad me enajena.
Pienso en aquella tarde, al borde de la playa.
Las imágenes se van pergeñando a trompicones,
solo interrrumpidas por el reclamo televisivo.
El presentador implora mi atención sin éxito.
La fantasía que se hace carne en mi mente ocupa
todo el espacio. La derrota de lo ajeno anunciada.
Fue un momento, el tuyo y el mío, que guardo
en mi nube. Cliqueo Google Drive.
++++++++++

Enciendo los ojos en medio de la tarde.
Fue tan profundo en tan poco tiempo...
Cuando despierto me confundo en las horas.
El despertador me traiciona, sigue durmiendo.

Al estirarme en toda mi extensión reacciono.
¡Los niños, que me están esperando en el cole!
Me pongo lo primero que acierto a reconocer.
Salgo como alma que lleva el diablo.
¡Maldito despertador! o ¿Maldito yo?
Se me encoge el ombligo.
No me llega la camisa al cuerpo. Vergüenza.
¿Sentimiento de culpa? Pues sí. Me lo inocularon
cuando nadaba en la piscina uterina.

Papá

Me oculté tras la puerta para llorar en intimidad la
muerte de mi padre.
Papá regentaba en Barcelona un casa de comidas,
una posada, desde que el primer bozo negreara
sobre su labio superior, allá por los años de la
guerra de Sucesión en España.
Él, al igual que su padre, defendía los intereses del
archiduque Carlos, aspirante al trono por parte de
la candidatura austríaca, porque garantizaban la
permanencia de las instituciones catalanas: la
Generalitat, o gobierno local, El Consejo de Ciento
de la Ciudad Condal y, muy importante para todos,
la lengua catalana, seña de identidad del sentimiento
y la raigambre cultural del pueblo catalán.
Ya confirmada la muerte de mi padre, que no pudo
superar la operación a consecuencia de un aneurisma
en la región abdominal, y después de desahogar mi
pena, fui raudo a auxiliar a mi madre, a interesarme
por su estado tras tamaño mazazo.
Parecía bastante entera dada la situación. Nada más acercarme
me expresó su preocupación por su futuro y el mío; una mujer
viuda no es vista, ya se sabe, con buenos ojos en una sociedad
tan marcada por una trasnochada moral religiosa abanderada
del más recalcitrante machismo. Debía encontrar marido
pronto, no en vano aún conservaba las mieles de su juventud,
si no quería ser pasto de los buitres de la carcoma más militante,
los curas.
Yo tuve que hacerme cargo de la regencia del mesón, que hacía
por las tardes de escenario de tertulias políticas que aglutinaban,
al calor de un café y unos bollos, la flor y nata de la egregia
intelectualidad catalana, aquella que fue cocinada en los hornos

de los colegios jesuítas, que a la sazón punteaban el mapa urbano.
Decidí, allá por los años treinta del siglo dieciocho, venderlo.
No me sentía con ánimos, me recordaba demasiado a papá.
Empecé a estudiar oposiciones...

Seducción.

Su mirada es directa, señorita Eyre,
¿le parezco guapo?
Jane Eyre. Charlotte Bronte

Te vi, me viste, nos quedamos cogidos de los ojos.
Tú con tus amigos, tú con tu exultante frescura.
Yo solo, conmigo mismo, con mi juventud que se
resiste a morir. El glaseado de mi pelo me delata.
Yo me acercaba y separaba, jugaba con tu mirada.
Me divertía cómo me buscabas sin moverte, entre
el gentío de la pista de baile.
Yo me cambiaba de sitio, a tu alrededor, tú me
mirabas, disimulando como solo vosotras sabéis.
Ora me ponía a la izquierda, ora a la derecha, ora
me acercaba, ora me alejaba, me divertía el juego.
Tus amigos se acercaron a mí, uno de ellos me dijo
con amabilidad que dejara de pretender.
Me retiré de la palestra pero seguías buscándome.
Te fuiste, me fui, con ganas de volver a jugar.
Volví al día siguiente al mismo sitio, a la misma hora.
No estabas, fuiste una ilusión óptica, un espejismo.
Lo esperaba, necesitaba confirmarlo. Curiosidad.
Para mí se queda el juego de seducción. Fue divertido.
Mi instinto sigue pujante, como el del perro que vive
a la sopa boba de sus dueños y se aventura por algún
pajarillo que se le cruza apetitoso.
Yo soy ese perro...

Cielo

Abro una puerta.
Entra el aire.
Recibo
El
Frescor
del mar cercano.
Se siluetan en el cielo
dos nubes en forma de
interrogación.
Subo las escaleras que
me llevan a ellas.
Pongo una frase en medio
de dos signos con forma
de
Cáncamo.
Cuelgo sobre ellos las imágenes
que me llevaré al cielo.
Todo cuanto poseo lo dejo en
el suelo, pesa demasiado.
Solo imágenes- que no pesan -
Nada de posesiones, no tengo
suficiente fuerza para cargar
con ellas.
De todas formas tengo pocas,
pero no las quiero en el cielo,
no las necesito, solo recuerdos,
vivencias, todo cuanto pueda
llevar en la mente.
Lo virtual gana a lo material.
¡Se está muy bien flotando
sobre las nubes!

¡Aquí me quedo!
Abajo solo hallo fuego, cenizas,
desesperanza.
Aquí tengo mi futuro. Cielo azul.

Sin escrúpulos.

Frente a frente sentados.
El abogado de McCarthy decide visitarle antes del juicio.
Quiere ultimar ciertos detalles de la defensa de crucial
importancia para la estrategia procesal que ha ideado:
¡Jimy, escúchame por favor! imploraba Arthur a su defendido:
Tenemos que inventar una coartada que sea coherente con
las pruebas que vamos a aportar en tu favor. Sé que lo hiciste,
que mataste a la chica en un arrebato de frustración por darte
calabazas cuando más excitado estabas, cosas que pasan...
Sí, ya te lo admití en aquel primer encuentro que tuvimos, me
pediste que fuese sincero y así fui - repuso Jimy no sin pesar
en su acongojada voz-.
Jimy y Arthur estaban siendo vigilados por los funcionarios de
prisiones a través de un espejo unidireccional, aunque, para
cumplir con la legislación vigente, la conversación mantenida
quedaba preservada de los ávidos oídos ajenos. Por esta razón
Arthur pudo conversar sobre aspectos capitales de la defensa
sin temor a ser sorprendidos.
¡No podemos permitirnos ni un fallo Jimy! Lo sé , no insistas,
confía en mí, replicaba el defendido con claras muestras de
hastío por tener que soportar el nerviosismo del abogado.
Podemos probar que a las doce y veinte de la noche, hora en
que, como bien sabes, cometiste el asesinato, estabas en casa
de tu madre durmiendo. He creado unas pruebas que certifican
que dormiste allí. ¿Y cómo lo has conseguido? preguntó atónito
Jimy, contén tu curiosidad, ya lo sabrás en su debido momento.
Ahora debo dejarte para descansar y estar en forma mañana,
deseo y confío en nuestra victoria.
Eso espero Arthur, pero me da que la verdad va a relucir.
¡Que la verdad no estropee un buen reportaje! como dijo
Tony Curtis, arguyó jocoso el abogado.

La Roja

Sigo caminando por tus adarves.
Soldados que velan la roja luna,
testigo del arrullo que duerme la
fuente, leones sedientos de gloria.
Tus patios heridos por los ecos de seda
de tu esplendor, que se rocía al aire de
nardo blanco jazmín, ¿y tus arrayanes?
¿Qué me dices, roja y fuerte, cuando
sueñas en tu ausencia de hogaño con
el blanco y verde de tu medieval risa?
Cuando me sumo en tu Generalife me
troco en clavel que orillara la nariz de
Almanzor y de Boabdil húmedo de lloro.
En lo alto de la Torre de la Vela me subo
en veleidades de rey nazarí, que poseyera
cuanto alcanzaran sus ojos.
Tus barrios de tejedores, orfebres y sastres
cobran bullicio y gentío con solo el ademán
de mi memoria, que se deleita en el quizás.
Me dejo nadar entre los misterios del agua
que te sustancia, el frutal jardín que nutre
de aromas la calma del poeta, cuyos versos
cobran posteridad de santa epigrafía.
Me derramo de final gozo entre los mocárabes
de la Sala donde los Embajadores deliraban
cual cegados de aparición mariana.
Al salir de tan mágico recinto me siento despertar
de un sueño iluminado por Alá y escrito por la
pluma insigne de Washington Irving.
Que tu embrujo me tenga en suspenso por los

restos de mi existencia.

Wa sha llah (Quiera Dios)(de donde viene Ojalá).

Magdalenas

Cojo una magdalena con la punta de los dedos.
La sumerjo en una sauna de cacao que endulza
su muerte.
La introduzco en el túnel del tiempo hacia la
disgregación y el exterminio.
Sus partículas acuden a un juicio final en vía
sumaria, la necesidad no es perentoria.
Vuelvo a coger, esta vez a su hermana, y repito la
operación.
El baño sobrevive caliente, ma non troppo, pero el
cacao sigue, aunque cansado en el fondo, fiel a su
cometido, anocheciendo el crepúsculo de la leche.
Tras acabar con todas las hermanas magdalenas en
medio metro a la redonda, vacío la piscina que fue
energía antaño, para que su líquido elemento sea
libre correteando las alcantarillas de mis entrañas.
Estiro la mano derecha para arrugar un pedazo de
papel suave, aterciopelado, que me reprocha su
soledad.
Quiere conversación, pero le daré el abandono sobre
el labio superior de lo que, hace la friolera de diez
minutos, se prometía maná divino y que se quedó
solo en humano.
Desprecio la suavidad olvidada de ese papel, lo dejo
teñido en el mundo de nunca jamás y enhiesto mis
rodillas tras dictar sentencia.
¡Se levanta la sesión hasta mañana a la misma hora!
Me revisto de mundanidad en mi sacristía.
Giro en rotación la mano derecha sobre un sol dorado
que brota de un lienzo cuadrangular de madera.
Me dejo entrar para rezar sobre un altar blanco que me

recibe inodoro, incoloro e insípido.
Salgo de la capilla renovado, mi espíritu es una paloma
sin rama de olivo y sin plumas, ligera como la inocencia.
¡Ahora sí estoy dispuesto a recibir la brisa de la mañana!

Una nube en forma de osito de peluche.

El Sol retozaba entre los chopos cual gamo joven
que se jactara de su exultante juventud.
El filete de carne roja marroneaba sobre la rejilla
pidiéndome un poco de árnica, lo retiré del suplicio.
Un par de rebanadas blancas como alas de azucena
se me abrieron como flor de abril para abrazar pronta
carne, sedientas de sangre inexistente y rota.
Buceé la mano en un invierno de botellas de cerveza
que se gozaban en su cristalina compañía silente.
Miré al cielo en el regusto del refrigerio para sorprender
mi curiosidad en el deambular de una nube en forma de
osito de peluche, de un ocre rojizo, que amenazaba con
disolver la francachela.
De repente salto en respingo por dos rayos que proyectaron
sus ojos de azabache, que precedieron a un formidable
estruendo de viento y metal vecino de un bíblico diluvio
anunciador del fin de la barbacoa.
La carne quieta se dejó inundar sonriente por la lluvia dorada
en recompensa al sufrimiento de las llamas, y mientras, al
otro lado de los hechos, bajo hormigonado albergue, el café
vespertino nos devolvía la calma tras la zozobra.
El osito, ignorante del desaguisado del que fue artífice, siguió
llorando su destemplanza sobre la tierra sedienta y clamante,
lanzando centellas culebreras hasta el pleno de sus fuerzas.
Cuando llegó la noche, y ya cansado por tanta llorera y estrépito,
dejó su traje de nube y retornó a su condición de peluche para
depositarse al lado de Graciela y confortarla con su caricia.

Oda a un espagueti

Te empujo a la cazuela con tus congéneres.
Con tus hermanos de extrusora.
Agua hirviendo que significa muerte y alimento.
Gusano que has sido estirado hasta la saciedad.
Saciedad que espero de ti, nada más que eso.
Cilindro largo y fino que desayunaste cereales
para soportar una cruda mañana de invierno.
Invierno de abandono en los estantes de la
abundancia donde el género humano se abastece.
Invierno que se convierte en tórrido verano
cuando la bruja del Hansel y Gretel te condena al
fuego de los dioses.
Eres tenia sangrienta que horadas mis intestinos
sin compasión ante la implorante biota bacteriana.
Te pinto ojos en Nochebuena para aparentar bienestar
y que parezcas una deliciosa angula a los ojos del
exigente.
No te desprecio ni ensangrentado ni frío, aunque yazcas
en el fondo de un sucio plato que espera con ansias tu
marcha.
Eres mío y como tal serás depositado en el fondo de mi
alma aunque, saciado ya de tus iguales, no tenga donde
cobijo darte.
Te avienes a cualquier mejunje que se ofrezca a darte
compañía, lo mismo te da carne que pescado.
Haces gala de buen carácter y con un sí siempre preparado
ante la más peregrina de las propuestas.
Espagueti, amigo. Siempre tendrás abiertas las puertas de
mi boca si necesitas donde guarecerte.
Mañana te espero entre fogones. Buenas noches.

Cataluña

Dos hermanas andan a la greña.
Una de ellas, de falda azul estrellada.
La otra con la cara sonrosada, manzana.
Una quiere lanzarse a los vientos.
La otra quiere ser fiel a sus señores.
Una desea bastarse con sus prendas.
La otra no se atreve a romper las cadenas.
Los señores que las tutelan necesitan de ellas.
Los señores que la acallan no se hallan sin
su presencia, ¡son tan bonitas, tan virtuosas!
Una se llama Estelada, la otra, la otra se llama
Señera, las dos envuelven como espuma la
nacionalidad catalana.
Si quien vive sobre su tierra, si quien prende
sus raíces bajo su rico suelo en viñedos desea
su independencia, ¿Quién soy yo para negarme?
Cada cual que eliga su futuro sin que las leyes
le ponga palos en sus ruedas.
Las leyes deben ser brazos que nos acerquen a
la luna, de lo contrario serán dignas de abolición.
Que los gerifaltes políticos no se rijan por la tiranía
del dios Mammón.
Aunque soy pesimista.
Los políticos son la Aristocracia de esta era tan
tecnificada. Son los potentados que mueven los
hilos de las marionetas del dólar.
El "Mercado" del que se habla hasta la saciedad
son los políticos en activo, que extienden sus finos
tentáculos hasta llegar a las arcas de los bancos.
Y también los políticos que, como recompensa a
los sevicios prestados, se sientan en los Consejos

de Administración.

A Pessoa

Al Pessoa que hay en mí...
Te reclamo ahora, alma pessoana.
Espáciate en mi seno para darme lumbre.
Me sumerjo en tu cristiana pasión.
Ya de niño apuntabas diferente.
Eras el extraño en el colegio.
El solitario.
El arte se pone de parte del desvalido.
El que está solo habla con Dios.
Tu verdad poliédrica se refleja luminosa.
Tus heterónimos, tus distintos tús son
espejo de mil espejos que se multiplican.
Yo fui un niño descarriado, sin cimientos
-dijo el poeta- y mi soledad se antojó mi
buhardilla de confidencias, de desvelos y
letras. Mi patria.
El amor me fue esquivo, Ofelia Queiroz se
me escurre entre los dedos como el rocío
de la mañana.
Ya casada me reconoce como el amor de su
vida, quizás no supe expresarme...
Mi oscuridad, mi timidez, mi lastre de infancia
difícil, con afectos huidizos a mis manos...
Mis lenguas, el portugués y el inglés, fueron
argamasa de complejidad, mi diamante literario
que se expresa en múltiples pronombres y vidas.
Mi proyección hacia dentro creó una gruta con
pasadizos sin fin, que se vislumbran entre
mis renglones y rasgos.
Entre Mensajes y Desasosiego discurre mi
ramaje de intrincado vericueto.

Recojo el relevo de mi amado Camoes como
adalid de la grandeza
de mi amada Portugal, otrora pionera y navegante.
La crisis existencial que me hilvana me lleva a una
muerte de mártir legendario.
La depresión me conduce en volandas a la cirrosis.
Me seduce la peor de las mujeres: La bebida.

Crack en Nueva York

Las calles de Nueva York bullían como el agua que
da sentido a un caldo de ave, en aquellos estertores
de los felices años veinte.
El charlestón se erigía como la banda sonora de toda
una generación, que se tropezó por sorpresa con una
guerra que le era postiza a todas luces.
Aquel octubre del veintinueve saludaba el oropel que
se hacía fuerte en los cuellos de cisne de las damas de
alcurnia, las cuales sentían en sus pieles que la grisalla
de la austeridad se hacía presentes acaso levemente.
A media tarde, vi como los elegantes corredores
de bolsa de las más reputadas casas comerciales, que
tenían sitio en el parquet, salían por las puertas de
Wall Street como poseídos por el diablo, el terror se
encarnaba en sus rostros otrora felices y dichosos.
Al poco tiempo vi a un señor enchaquetado, de mediana
edad, asomado a una ventana del edificio financiero con
ademán de auparse sobre el alféizar.
No pude por menos que correr hacia el pie de la ventana
para intentar disuadirle de su defenestración suicida.
¡Oiga señor, qué está haciendo si puede saberse, métase
dentro alma de cántaro!
El señor hizo oídos sordos a mi exhortación y procedió al
consabido desenlace.
Tuve que retirarme hacia atrás, pues de lo contrario habría
muerto aplastado; fue realmente impactante asistir en vivo
a semejante espectáculo. ¡Qué horror!
La debacle fue de proporciones bíblicas y sus consecuencias
ya constatadas en los venideros años.
Lo verdaderamente lamentable es que el ser humano olvida
enseguida los malos tragos para volver a repetir las mismas

peripecias.
La vida es implacable, aquello que no se cura rebrota tarde
o temprano...

¡Baaaahhh!

De izquierda a derecha, Víctor María Cortezo, Blanca Pelegrín,
Luis Cernuda, María del Carmen García Lasgoity, Manuel Altolaguirre
y María del Carmen Antón en los días del estreno de Mariana Pineda
de Federico García Lorca, verano de 1937
(Luis Cernuda, el tercero por la izquierda,
y Manuel Altolaguirre, el segundo por la
derecha).

Muriendo de tanto vivir
Viviendo de tanto morir
Exprimir cada instante
Cada latido
Como si fuera el último
Bucear hasta los hondones
del alma
Recrearse en el color de los
corales
Saborear el agua salada
Agua quemada al sol
se hace hielo sobre la piel
Alzar hacia la lluvia el vino
y la hostia sin consagrar
Beber vino bautizado
Bautizar la nueva sangre
que mira sin vergüenza al
rostro
del miedo
Solo levantar la bandera blanca

cuando toda la linfa se mezcle
con la arena de la derrota
Todos somos polvo de estrellas
El color de cada una lo dicta
la distancia
El color solo existe en el cristal
de quien mira.
No es intrínseco a la piel
La piel solo retiene el agua de que
estamos hechos
Nuestras vísceras nadan en un mar
de dudas.
Siempre vivir hacia la sonrisa
Romper el alba de la mañana.

Solo

La hierba del jardín recibe mi pensar
Mi imaginación toma de tierra logra
con las raíces que me subyacen.
Miro a las estrellas y viajo sin billete.
Me pregunto cómo sería mi vida allí.
Arriba.
¿Y si dijera en casa que he decidido
irme a vivir a aquella estrella, esa tan
bonita que salió corriendo mientras la
miraba?
Cuando me levanto se me nubla la vista.
Me agarro al primer árbol para volver a mí.
Me pongo a andar pisando las hierbas que
apenas unos segundos antes me
Aconsejaban.
Llego a casa recibido por rumores que
se suman al clac de la llave al abrir.
Mi mujer me dedica una sonrisa, y yo
le dedico, sin ser visto, un adiós.
Quiero irme solo, a vivir a aquella
estrella, le dije.
¿Puedo ir contigo? me respondió.
¿Y los niños? inquirí.
Les miraremos desde arriba para ver cómo
se bandean, ellos serán felices porque
nos verán felices a los dos.
Necesito salir de este mundo que me ahoga,
me dijo.
Yo también, le contesté, pero sin tí.
Tú eres mi primera soga y tormento...
Lo siento.

No somos flores del mismo ramo.

Amante y Amado

El amado cree merecer lo que ha vivido.
Barro cocido al calor del horno maternal
que desea perdurar la calidez mamada
en el amante.
El amante es perro de presa que vive
montaraz en necesaria busca.
Jugador de apuesta corta y constante.
Tahúr que gana migajas que hacen pan
con el tiempo.
El amado es luna que depende.
Es desvalido que se hace a la sopa boba
del intenso fulgor del amante.
El amado exige porque es quien recibe,
y por ende lo pide todo.
Es hijo de la inercia que lo modela, como
masa objeto del torno del alfarero.
El amado es rehén de sus ideales principescos.
Quijote que en su pasividad aspira a la utopía.
Procusto que invita al amante a yacer sobre
su fatal lecho para ajustarlo a sus medidas,
tal que si sobresalen sus pies los corta y si
quedan cortos lo descoyunta a martillazos
para después estirarlo.
El amante es el Sol que alumbra al amado.
Es el fuego y la leña frente a la chimenea que
espera.
El amante depende de sí mismo, el amado es
el satélite que tendrá vida si recibe el fulgor
conveniente.
El amante puede, en determinado momento,
recoger sus aperos de labranza para sembrar

en otros campos y dejar al amado en ascuas.
El amante lo da todo en un instante.
El amado no da nada. Lo espera todo.
La Felicidad reside en el dando.
Eso explica la desdicha del amado.

1926

Toda la juventud que se congregaba en el Jazz Music Hall de New Orleans bailaba con un desenfreno tal, que el chico del tocadiscos, el que no pudo encontrar pareja para ir a la fiesta, era un ir y venir entre los estilos musicales que rompían en aquellos felices veinte.
La algarabía que envolvía la entrada del nuevo año, el mil novecientos veinte y seis, se extendía como pólvora quemada por todas las calles de la ciudad, donde el jazz tomó carta de naturaleza hacía ya varias décadas.
De repente, el centro de la pista de baile quedó huérfana de alegría. Una chica, rubia y alta para más señas, yacía casi inerte sobre el parqué como víctima de un súbito colapso.
Mi amigo Peter y yo nos precipitamos a la carrera sobre ella para prestarle auxilio, le tomamos el pulso sin percibir latido alguno y , con la velocidad de un rayo nos pusimos en contacto con la policía, que aquella noche tenía a todos sus efectivos patrullando sin parar.
Cuando llegaron los agentes la chica, de cuyo nombre no quiero acordarme, era ya cadáver. Al levantar su cuerpo para depositarla sobre la camilla de mano le pude apreciar una mancha roja, de sangre seca, a la altura del omóplato.
Parecía un navajazo.
Las amigas, que plañían como posesas, se retiraron con sus parejas al reservado para digerir la tragedia antes de abandonar el recinto, que siguió hirviendo de felicidad como si todo hubiera sido un sueño.
En una noche como aquella no había tragedia que valiese un disgusto, de hecho Peter y yo seguimos en el punto donde interrumpimos la conversación con unas chicas, por cierto también rubias y altas, que acabaron por aburrirnos
La vida sigue, y a rey muerto rey puesto...

Amor, Fontana

Fuente del Avellano. Granada.
En recuerdo de Ángel Ganivet. Granadino de pro

Anoche me acerqué a tu fontana.
Aguas lisas en leche de plata.
Mis manos se hicieron para tu sed cóncavas.
Mi boca jarra de deseo derramada.
La luna llena desde el cénit me saludaba.
Le di las buenas noches, a la cama.
Me llevé en mi mirada el recuerdo de tus labios.
A mi corazón tus palabras venablos.
Me dormí enamorado de tu amor.
Soñé sueños que contigo soñaban.
Tras un instante desperté de pavor.
¡Dónde estás, cuando a mi lado estabas!
Corriste escalera abajo despuntando el alba.
El viento del este tus cabellos peinaban.
Te subiste a tu corcel, libertad buscabas.
Me dejaste en tierra, abandonado, en calma.
Tu sangre se despeña rauda por tus venas.
Sin trombo ni piedra, ni filo, ni cadenas.
Tu amor por mi amor te despluma las alas.
¡Vuélvete a enamorar, diosa de la mañana!

Sherlock Holmes

Me corroe por dentro una preocupación desde tiempos ha.
Vivo asustada pensando que la locura ha hecho presa en mi tío Juan, que vela en las noches leyendo a saber qué libros - confiesa él que son de historias de policías y ladrones- y apenas descansa lo conveniente para trabajar en plenas facultades. ¡Estoy, de cierto, que no me llega la camisa al cuerpo!
Entretanto, en el camino al trabajo Juan se encuentra con su vecino Rosendo, el del cuarto a, y departen por unos instantes de sus visicitudes:
Rosendo.- ¡Qué sorpresa Juan, verte por estos lares!
¿Dónde vas, parece que al trabajo, no?
Juan.- Así es querido vecino, así es...
Una cosa antes de que te vayas: Supongo que habrás oído en las noticias que corre por el barrio una especie de "Jack el Destripador" que tiene al vecindario en vilo. He pensado que sería de buen hombre y ciudadano colaborar con la policía investigando por mi cuenta para dar con ese miserable. Necesito una persona que me ayude y he pensado en ti. ¿Te gustaría participar?
Rosendo.- Sí, me gustaría pero déjame contarlo en casa antes de salir de aventuras.
Al día siguiente los dos ya estaban manos a la obra, sin que la policía tuviera noticias de tales actos y sin éxito que los animase a seguir. No obstante no cejaban en el empeño: llamaban a las casas a horas intempestivas, recibieron algún que otro ¡agua va! de improperios y vejaciones por los maliciosos vecinos que no comprendían la buena intención de los susodichos.
A las dos semanas de escapadas nocturnas la sobrina de Juan rabiaba de furia:
Sobrina.- ¡No aguanto más! Me da la nariz que mi tío se ha vuelto loco de tanto leer las dichosas novelas de policías. Antes de que sea tarde voy a hacerle una purga en su biblioteca - aprovechando que está fuera - y le tiraré a la basura, o mejor, llevaré las novelas a un rastro para que no dé con ellas.

Cuando volvió Juan a su casa y quiso localizar su novela favorita vio el desaguisado...

Sed

Furia color de amor
amor color de olvido.
LUIS CERNUDA.

El destino me tiró arena
A los ojos.
Corro a sentarme en el
Silencio.
El Silencio también es
Música.
Me pringo de sangre
Las manos para plasmar
En la tela
Mi desasosiego.
Lloro la lluvia que nace
Para calmar mi sed.
Se me cae el cielo encima
De puro inocente
Que soy...
El único arte que pervive
Es el arte de esperar.
Saber esperar...
Buceo en mi mar en busca
de respuestas.
Diseco los crustáceos que
me salen a preguntar.
Solo hay una sed que calma

Mi humedad, mi musgo.

Es la sed de absoluto...

Ver

El más largo aprendizaje de todas las
artes es aprender a ver.
Jules Goncourt

Mirar no es fácil
Ver sí lo es si Dios
Nos ha puesto la vista
En los ojos.
Mirar implica querer.
Traspasar lo evidente.
Conocer la trastienda
De las cosas.
Saborear las entrañas
Que se maceran en la
Oscuridad.
De la mirada nace el arte
La aprehensión de lo inasible
Que es la creación artística.
El aprender a ver se hace
Inalcanzable sin la Curiosidad,
Sin la voluntad de violentar la
Imagen que te ofrece el ojo.
Aprender a ver implica
Aprender a sentir.
Librarse de las cadenas.
Librarse de las escamas que
nos implanta la clepsidra
inexorable del segundero.
Traspasar con el iris fulmíneo

Del corazón el tibio láser que
Envuelve la apariencia.
Aprender a mirar es saber a
Ciencia cierta que la vista no
Nos responde a todas las
Preguntas.
Es hacerse poliedro de infinitas
Dimensiones mientras dirigimos
Las pupilas a la diana.
El arte de Ver se escribe en libros
No escritos en papel porque no
Habría celulosa suficiente en el
Mundo para alimentarlo.

Amada Sátira

La sátira es el humor que ha
perdido la paciencia.
Giovanni Mosca

¡Oh Sátira que navegas hacia
Las altitudes visionarias!
Eres reina entre las reinas de
La oportuna y excelsa palabra.
Eres la del dorado realce en tus
Mejillas, y la de verde sombra
En tus párpados.
Cortejada por las plumas más
Eximias de la clásica antiguedad.
Un joven Juvenal bebía por ti los
Vientos de aguzada acidez.
El paso de los siglos no te restó
Lozanía ni garbo.
Desde que vestías la toga pretexta
Los jovencitos de plumín
Te auguraron los mejores devenires.
Con la edad y la consiguiente belleza
Te asaltaron pretendientes por doquier,
Ya hablemos de épocas o lugares del
Azul globo terráqueo: Los Lucianos,
Pretonios, Cervantes, Quevedos que
nacieron en todas las coordenadas,
meridianos y paralelos a imaginar.
Eres el ser más despiadado que se
me ha Dado a conocer, y al mismo

Tiempo el más elegante, inteligente
E irónico.
Te imagino mujer por ser carne seductora
Con ojos lucíferos como gatos en lo oscuro.
Te rindo la pleitesía que la inteligencia
Profesa al sentido del humor: Padre de
Toda aspiración artística que quepa pensar.

Aprendiendo a contar...

El uno pincho moruno
El dos se creyó el mejor
El tres al revés
El cuatro garabato
El cinco dio un respingo
El seis ya le veréis
El siete cantó un martinete
El ocho se comió un bizcocho
El nueve se enterró en la nieve
El diez se convirtió en ciempiés
El once pegó la hebra con quien no conoce
El doce se siente amigo del once
El trece se sube a una peana para que le recen
El catorce se mudó ayer a Guadalorce
El quince dijo en ingles "Since"
El dieciséis os robo del bolsillo lo que no tenéis
El diecisiete apostó a su mujer en el tapete
El dieciocho de mentir se le puso nariz de Pinocho
El diecinueve en vez de jueves dijo jueve
El veinte para acabar se tiro de parapente.
Y se mató...

Juego de Palabras

Crezco cantando (bajo la ducha)
Crezco soñado (bajo la sábana)
Crezco mirando (bajo las gafas)
Crezco andando (bajo mis pensamientos)
Crezco comiendo (bajo techo de paja)
Crezco disfrutando (bajo mi cóncava sonrisa)
Crezco bromeando (bajo unos versos)
Canto creciendo (bajo mis defectos)
Sueño creciendo (bajo mis utopías)
Miro creciendo (bajo mis prejuicios)
Ando creciendo (bajo el frescor de la sombra)
Como creciendo (bajo la curva de la felicidad)
Disfruto creciendo (bajo la magia del instante)
Bromeo creciendo (bajo la paciencia del pagano)

****

Nos reunimos para mirar fotos en blanco y negro.
Nos miramos en blanco y negro los recuerdos.
Nos recordamos para blanquear nuestra mirada.
Nos fotografiamos para recordar la reunión.
Nos negreamos los defectos de la juventud.
Nos rejuvenecemos al mirarnos las entrañas.
Nos entrañamos bajo las lágrimas del ayer.
Nos callamos para dar paso al siguiente poema.
(Pulsar Comunidad y colóquense debajo del
poema, por utilizar un eufemismo, Juego de Palabras)

****

Te quiero tanto que he decidido dejarte....
Tranquilos que no voy a seguir.

Solo era un amago, una tomadura de pelo.

Perdón.

A contracorriente

Si sigues todas las reglas te
pierdes toda la diversión.
K.Hepburn

¡Dame reglas, tú dame reglas
para vivir el placer de desdeñarlas!
Vísteme con un corsé que me impida
el movimiento, hasta el pensamiento,
que me darás sin querer el descanso
que sigue a rajarlo con toda el ansia.
Exhórtame que debo ser un chico bueno,
que debo acompañar a mis hermanas
ovejunas por la vereda ya trazada, que
si no me castigará Dios, ¿Qué Dios ni qué
niño muerto?
Hazlo por favor con toda tu mala saña, para
gozar el orgasmo de hacer justamente lo
contrario.
El demonio que tu me achuchas no me da
miedo, es amigo desde hace largo trecho
de mi camino, ya me senté con él y le he
llegado a entender no sabes cómo.
¡Dame reglas, dame cadenas, dame
esposas para mis muñecas y grilletes
para mis tobillos! Por favor hazloooo.
No tengo la culpa de acostumbrarme
a que mi adrenalina corra gozosa por
mis venas solo si tu, vida mía, me pones
tachuelas en el asfalto para que pinche.

Te debo la vida, destino mío, pasado
que te vuelves presente con los años.
Gracias por hacerme difícil lo fácil.

El Crisantemo

Está lloviendo.

La lluvia echa el telón sobre la ciudad.
Telón blanquecino, casi opaco.
Chapotean mis pies sobre los charcos.
Me dejo anegar hasta que el atuendo
Luce por su inexistencia.
Deténgome delante de un crisantemo
Que llena de luz un doméstico jardín.
Crisantemo amarillo Molière para ser
Más preciso.
Contemplo atónito la libación de una abeja,
Impertérrita ante semejante diluvio.
Su sistema de sujeción a la hoja es sublime,
Así como su tesón, la llamada del instinto.
Ausente, absorto, casi impermeable al líquido
existencial, disecciono con las pupilas cada
succión de néctar, cada destello del cristal
caleidoscópico de las celdas oculares.
Pasó una eternidad mientras buceaba en
el mar que guarda como pecios oxidados
los secretos de la vida. Lo elemental.
Corto el crisantemo, unicornio que vuela
a las riendas de un príncipe de miel, para
depositarlo en el libro donde guardo los
recuerdos.
La abeja voló, ya repleta, ya servida hacia
su colmena.

De Rechupete...

Entro en la cocina.
Es hora de pensar en qué hacer
De comer...
Tengo ganas de saciarme, no de
Llenarme sino de nutrirme.
Voy a hacer un potaje de lentejas.
¡Ay, si mamá levantara la cabeza!
Me cercioro de contar con todos los
Ingredientes, ¡a verrrr, sí, los tengo!
Hago un sofrito de cebolla, ajo y
pimiento.
Media cebolla que colocó bocabajo
En el patíbulo para menudearla por
Hereje, me revisto de verdugo para
Que la sentencia sea creíble, la paso
A cuchillo con la velocidad de una
Metralleta, porque así es como suena
La aniquilación, la guillotina reiterada.
Del ajo y el pimiento no hablo para
No cansar, no sea que me quede sin
Espacio para publicar.
Una vez dorados por el líquido oliváceo
De mi tierra, animado por el fuego
Purificador que nos enciende, le vuelco
Las lentejas, tal como salieron de su madre
(Quiero decir, del paquete).
Empujo sobre la olla, como el asesino que
Lanza sobre el proceloso mar a las que deben
Ser sus víctimas (para que la película tenga
Sentido), un tomate, una patata previamente
Desollada y destripada para burlar a la policía,

Y una zanahoria con la misma infausta muerte.
El resto de la receta (quien haya escuchado el
escarbar de un gusano en las tripas mientras la
Leía) lo encontraréis entre los sargazos de la
Santísima red de redes.
¡¡Os dejo, que me quedo sin espacio..!!
A ver si me va a reñir el señor Administrador...

Rosa de Azar

Una rosa no tiene cicatrices
Porque no sangra.
Una rosa no entiende
De medias tintas.
O muere de primavera,
De abandono
O vive rosa, inmaculada.
La arruga no tiene cabida en ella.
Una rosa siempre muere joven.
Una rosa sabe que debe dejarse
Libar por la vida, solo
Una primavera, solo una.
Si me acerco a un jardín
De esos que te sorprenden
En el camino de vuelta a casa
Y me digno cortar una rosa
Estoy cometiendo el peor de
Los crímenes:
He matado sin pensarlo a una
rosa que solo tiene una primavera
para ser libada, solo una...

****
Como me ha parecido corto el poema
anterior, sigo escribiendo con permiso
del lector.
****

¿Y si mañana solo somos aire?
Hemos sido esta noche, así lo creo,

dos peones, uno blanco y otro negro,
que convergen en el tablero del azar.
Por una parte, a la derecha del Dios
que acude como espectador, y con
blancas juega la Casualidad, y por la
otra, con negras, el Inconsciente.
Si lo piensas todas las energías del
Universo se han confabulado para
propiciar nuestro encuentro.
¡No defraudemos al Cosmos y
devorémonos hasta el último átomo
de nuestras almas antes de que el
fastuoso carruaje que te ha traído
al baile se transforme en calabaza!

Presión

Él salió de la oficina raudo, como urgido a buscar una guarida
que le proteja del dedo acusador de una expúrea sociedad.
Ese día perdió el oremus ante el peso de un rimero de tareas
que inundaban de papeles su mesa, él, que de por sí no era
ordenado en cuanto a su despacho se refiere.
A media mañana, antes del descanso del café, notó como el
pulso se le aceleraba sin un motivo, pensó, aparente. Sí es
cierto que la noche anterior tuve que aplicar cloroformo a mi
mujer -se decía a sí mismo- para que saliera de la crisis de
histeria que había experimentado en plena discusión.
Me echaba en cara mis excesivas ausencias a las horas de
reunión familiar - comidas, y sobre todo cenas- que antes
eran sagradas y con el tiempo, sobre todo últimamente,
dejaron de serlo.
¡No soporto la pose que exhibe cuando me saca el dedo
acusador, sin pruebas, inventando historias que solo tienen
sentido en su cabezota insolente, llena de miedo e inseguridad!
- mascullaba entre dientes palabra por palabra como si de una
trituradora de documentos se tratara -
Él, de unos años a esta parte, se tenía por hombre atormentado,
preso de sus compromisos familiares que giraban cual tiovivo
sin que pudiera accionar el interruptor, por no estar a su alcance.
Cuando se disponía a cruzar una calle, en busca de su hija menor
que salía del colegio en breve, no pudo resistir la atracción de
agujero negro que ejerció sobre él un camión de mudanzas,
que se acercaba decidido a sus inmediaciones.
Justo en el instante en que pasaba a su altura decidió, sin que
pudiera oponer su conciencia, lanzarse sobre el asfalto.
No sintió nada...

El niño que me forja

Donde quiera que haya niños existe
Una edad de oro.
Novalis

Necesito agarrarme a tu popa
Para seguir surcando ilusiones.
Me forjaste en la inocencia,
En la plastilina de un cerebro
Ávido y naciente.
Ahora, en el centro de la senda
Miro a la playa donde te adentrabas
Mar adentro.
Donde levantabas castillos derrotados
por el reflujo de las mareas
que mojan toda la arena
de los relojes.
Solo tu recuerdo me da el norte.
Todas las brújulas que compré
Fueron confundidas por imanes
Que vendían cielos por parcelas,
Cielos que descansaban sobre
Nubes de papel escrito con
renglones vencidos por el peso.
Me fuiste construyendo como si
de tu Galatea se tratase.

A golpe de cincel fui tomando la
forma que te hizo caer en el amor.
Ahora, con el color manzana que
Sobre la piel denota la madurez
Hago balance.
Te busco tras las esquinas del ayer
para detenerte, mirarte a la cara
y preguntarte por qué.
Quiero que me cuentes mis claves.
Quiero responder a las preguntas
Que el pensamiento me lanza con
Sarna sobre mi conciencia.
Cada día.
¿Puedo deshacerme de ti y
Empezar otra vez?
No es que esté descontento
Es que quiero poder elegir...

Fumata Blanca

El cardenal se distanció receloso de su adversario.
Elevandro Scorelli, que así se llamaba el ministro
del señor, se destacaba en las apuestas como el
máximo candidato a suceder al ya deshauciado,
a juzgar por los últimos informes médicos, el
Santísimo Padre Eugenio VI, cuyo reinado en la
corte vaticana no levantó precisamente el aplauso
del que sin duda fue merecedor por su denodado
esfuerzo renovador. Corrían malos tiempos para
la Lírica.
Elevandro se contaba entre los integrantes del ala
dura de la corte celestial de San Pedro, pertenecía,
no en vano, a una familia endulzada bajo las mieles
jesuíticas, cuyas escuelas e institutos gozan, incluso
en la actualidad, de un prestigio que para sí lo quisieran
muchas de las universidades de alto copete en Europa.
Era partidario de mantener el ejercicio curial al amparo
de las prescripciones horneadas e instauradas en el
Concilio de Trento.
Su adversario, Alessandro Scarlatti, encarnaba la vertiente
renovadora, sabedora de la importancia de la sincronía
de la Iglesia con los tiempos que corren, y correrán.
Si el elegido soy yo, se decía a sí mismo, ordenaré de
inmediato la disgregación del Instituto Romano de
Investigaciones Biomédicas (Institución erigida por el papa
Eugenio al poco de iniciado su ejercicio pastoral).
Elevandro, que era conocido en los mentideros curiales como
el papa negro, por su temprana vinculación con los Jesuítas,
gozaba de una terrible fama, de algo así como un inquisidor.
Él mismo se tenía por enviado divino para devolver la
heterodoxia que iluminó de santidad a la iglesia romana

heredera del evento tridentino.
Después de varios días de intensa deliberación, la muchedumbre congregada en la explanada de la Plaza basilical saludó, con el cansancio en la mirada, el blanco del humo que se expandía desde la chimenea de la Capilla Sixtina.
Tras la embriaguez que siguió a la celebración se impuso la calma y la preocupación entre la feligresía más interesada en el progreso de la imagen, ya de por sí bastante rancia, de sus dirigentes.
Efectivamente, los malos presagios se hicieron carne y presencia y la fumata blanca señaló como nefasto agraciado con la mitra papal al temido cardenal Scorelli.
Corren malos tiempos para la Política y el Progreso...

Lirismo

¡Lirismo que vive en mí,
Te invoco!
Sé que duermes en este instante.
Sé que suspiras bajo aromas fragantes.
Sé que prefieres la indolencia.
La despreocupación.
Te necesito en este segundo que corre.
Te convoco en mi lecho, donde yago.
Te quiero desleído en mi sangre
Que borbotea expectante.
Ahora que sé que estás me siento
En mi escritorio.
Pinzo con confianza el cálamo altivo.
La tinta se hace caudaloso río que
Arrasa cada rincón de mí mismo.
La punta el papel rasga como la quilla
El océano que salvaje me abraza.
Surco las olas que como diques empinados
Se me acercan a babor.
Recojo velas que no sirven ante tanta tempestad.
Me zafo de la tormenta bogando hacia la verdad.
Avisto tierra ya sin lirismo en la recámara
Porque su sonrisa se perdió entre
Las fibras de mi alma.
Piso la suave arena de la playa y me
Dejo morir.
La vida se me ahogó navegando sobre la nada.

Decepción

Padre Nuestro que estás en el cielo...
Rezaba Isaías a la luz de un quinqué que
descansaba en la mesita de naranjo al lado
de su cama.
Todas las noches, antes de consagrarse al descanso
angelical, rezaba por precepto familiar un Padre Nuestro
y un Ave María, para poner a su alma, al decir de su
madre, a buen recaudo.
Una noche, tras vivir durante el consiguiente día una
impactante experiencia: Mientras compraba el pan
fue testigo de un atraco en la panadería, llamó a
capítulo al creador con la solicitud de un padre de familia
irritado que debía reprender a su hijo por alguna fechoría:
Padre, ha visto que, incluso hoy, que estoy visiblemente
contrariado con usted, he cumplido con mis deberes de
fervoroso cristiano, que aún me siento.
Se me dijo de pequeño que su divinidad tendió sobre el
orbe un manto de paz y amor bajo el que poder abrigarnos
del frío del mal, pero he comprobado hoy que todo lo que
embelesó mis tiernos oídos infantiles se me revela como
una ráfaga de vulgar patraña. ¿Por qué pasó lo que pasó
esta mañana en la panadería? ¿Acaso consentiste que
todos los allí presentes pasáramos ese trago amargo por
nuestras gargantas?
Isaías experimentó tras la imprecación como su devoción,
guisada a fuego lento desde la blanca cuna que ahogó sus
primeros vagidos, se desmoronaba sobre su almohada como
un terrón de azúcar claudica ante el poder disolvente de una
taza de Cola Cao.
Desde ese día, el niño que se imaginaba siervo de Dios de
por vida, rasgó sus vestiduras y sus creencias para no

zurcirlas nunca más.
A pesar de las instigaciones de su madre su decepción
sentenció su fe.

Sabiduría

Si no te conozco, no he vivido
Si muero sin conocerte,
No muero, porque no he vivido.
Luis Cernuda

Nunca llegaré a conocerte
De cerca.
Sólo puedo imaginarte
De oídas.
Nunca podré contar
Cómo son tus ojos
Tu boca
Seguro que de alhelí.
¿O será de fresa?
Te invento como esa...
Aquella que me colma.
Te persigo día a día
Entre mis libros
Entre mis poemas
Entre mis filosofías.
Te husmeo entre las palabras
Que ondean el aire.
Palabras que arrancan de guiones
De espacios televisivos, de la Radio
De la prensa...
Te pretendo emamorado
Hasta las trancas.
Te adivino, te deseo como
Un océano cualquiera quiere

La lluvia que de él nace.
Eres la luz al final de un largo
Túnel.
Eres la última estación del viaje más
Fascinante que puede mente
Imaginar.
Eres todas las ideas,
Todas las frases
Que crear se puedan
Combinando las letras
Del abecedario.
Simplemente...
Eres infinita y yo...
Yo no soy nada.

Amo tus tinieblas

Nadie se ha dado en descubrir un ente omnisciente
que con solo leer las máculas de los ojos pueda saber
los misterios insondables que pueda guardar un alma
humana, es imposible...
Esta frase golpeaba el pensamiento de Heinrich como
si se tratara de un martinete accionado desde lo más
recóndito por un diablo cojuelo y jocundo.
En ese momento, en que una suerte de angustia kafkiana
abatía su confianza, en que se dirigía a encontrarse con
Adelaide en el café vespertino acostumbrado, un latido
incesante en la sien derecha le hacía apretar el paso como
si le llamara la desgracia desde el más allá.
Deseaba tanto que el encuentro con su adorada amiga fuese
un edén florecido que, la sola posibilidad de fracaso, la
insoslayable declaración de su situación civil, ya que estaba
casado solo en lo formal, le hacía tambalearse ante la esperada
, o casi esperada, incomprensión por inconveniente para ella.
Ella era una chica inmaculada al amor, sin roce alguno sobre
su piel que provenga de las dentelladas del desánimo que corre
parejo al desencuentro afectivo.
Ella nacía a la vida desde fuentes de agua cristalina, que para
Heinrich, hombre ya ducho en amores, devenía agua bendita.
Para él la oportunidad que el destino le brindaba era de tal
importancia, por suponer un borrón y cuenta nueva, que no
quería dejar cabo alguno a la improvisación.
Al día siguiente, saludó al sol abriendo las ventanas de su alma
en compañía de su amada, que supo ver en él su verdad , su luz,
desdeñando las tinieblas que el recelaba se desatasen como fatal
tormenta.

Madre

Cuando mis primeros ojos marfil herido
De blanco radiante.
Cuando mi rosada carne caliente, vencido
Tras de un largo, estrecho trance.
Cuando mi voz prorrumpía rompiendo
El expectante silencio,
Allí aguardabas queda, temiendo
Un fatal desenlace,
Pues broté al siglo morateado y negro.
Pues salí a la superficie medio muerto.
Tú me legaste toda la fortaleza
Que me preside, que ataja la maleza
De la incierta enfermedad
Que me espera, que no llega
Por fortuna. Todavía.
Ahora, al paso de cuantiosos años
De dicha y bienestar
Recojo los retales de antaño,
Cuando tú me alumbrabas
Con tu sonrisa,
Los pongo sin prisa
Sobre el paño de mis recuerdos
Para elevarlos a ti cual cáliz del alba.
Bendigo tu simiente que toma acero
En mi cuerpo
La estirpe que arrastras venero
En tu esencia
Hasta hacerse con mi uña dedo.
Solo me queda decirte que mi amor
Sigue diáfano, completo.
Añoro tu olor.

Espérame en el cielo.

Las Puertas del Tiempo

En la plena profundidad de un último sueño, que se me desparramó a lo largo de la noche, fui informado, por no sé que suerte de energía, de que unos malignos agentes del tiempo tenían sometidos bajo amenaza al papa Luna y a Levi, un tal Abrahám Levi, autor del famoso" Libro de las Puertas" que relata bajo el arcano de la Cábala cómo viajar hacia el futuro, así como hacia el pasado.
El libro, que sufrió todo un abanico de peripecias por lo controvertido de sus entrañas, fue entregado, allá por los tiempos de la expulsión de los judíos, a la reina Isabel la Católica, para intentar aflojar sus tenazas respecto del asunto antedicho.
La reina, que desde pequeña anduvo entre las sabidurías de judíos sefardíes y sarracenos, apreció el presente y lo guardó al mejor recaudo que supo.
Estos agentes pretendían, a costa de su vida si era preciso, hallar el libro para hacerse con los secretos del tiempo, y así arrogarse un poder nunca abrazado por ser humano alguno: el poder de la Historia.
El papa Luna, que fue protagonista del único triunvirato que pesó sobre la cátedra de San Pedro a lo largo del discurrir cristiano, recibió, en una visita que podríamos calificar de angelical - dado que lo sorprendió en pleno trance oracional - a la persona del dicho Abrahám, que viajó desde las postrimerías del siglo XV a justo un siglo antes.
Esto que narro ocurría en paralelo con los tiempos presente y pasado - se tenía que el futuro no podía ser visitado por no existir, porque todavía no está escrito, al depender de las decisiones de los hombres -, es decir, que al mismo tiempo que escribo estas letras, que serán juzgadas por el lector, están sucediendo todos los tiempos desde que la humanidad existe.
Por todo esto, se dio en crear el Ministerio del Tiempo, en el que concurren unos agentes que tienen como misión preservar la Historia en los términos en que es conocida.
Es así que el caso del papa Luna y Abrahám Levi fue resuelto por el deus ex

machina de estos tres agentes, para más señas, que mataron a los malignos y volvieron al presente con el libro en su faltriquera, que quemaron acto seguido para evitar insanas tentaciones temporales entre el personal funcionario.

Tú

Sostengo,
Aunque te parezca una bobada,
Que cuando hablas,
Que cuando me hablas,
Sobre todo cuando lo haces
En el quiebro de un reproche,
Te hablas a ti, no a mí.
Yo solo soy un leve espejo
En el que te miras,
Un muro lejano en el que rebota
Tu quejumbrosa voz.
Cuando dices, ¿No ves que no se
Puede hablar con él?
Mirando al desdibujado rostro de
Una niña que te mira,
Que asiste al momento por azares
Del destino, tu hija...
Niña que se ahoga entre dos aguas.
Cuando dices, retomando el hilo,
La susodicha frase
Constato, ante los ojos de la
Experiencia,
Que mi teoría,
Que vive oculta entre las tinieblas
De ti y de mí,
Es cierta.
Siempre hablamos solos
Porque solos existimos.
Solo existes tú,
Amado lector,
En el mundo que te rodea.

Todo lo que ves lo creas tú
Con tu mente.
Yo solo puedo ser para ti lo dicho:
Espejo
Muro.
Solo te sirvo para que estés seguro,
Amado lector,
De que el camino que eliges,
La decisión que tomes,
Son los correctos.
Lo serán siempre que sean los
Tuyos...

Deshonra

No puedo dejar de pensar, ni por un instante, en las fechorías de que fui objeto Manuel, me dijo Fabiano casi con lágrimas en los ojos.
Según pude averiguar, Fabiano Sánchez Ferlosio, que así se llamaba mi amigo, digo llamaba porque desgraciadamente no pudo superar la angustia que lo estranguló a raiz de todo esto, regentaba una joyería que heredó de sus padres, con la diligencia y saber hacer de que eran acreedores desde siempre ; no en vano sus abuelos y antecesores, al igual que su padre, tenían la fama, en la barriada, de ser grandes joyeros y mejores personas.
Remitiéndome a los hechos puedo referir que, un veinticinco de marzo de mil novecientos treinta y cinco, a las once y treinta y seis, cuarenta segundos y dos décimas de la mañana, hacen percutir las sonajas del portillo de entrada dos señores, vestidos de negro, corbata y maletín, que preguntan por él para hacerle saber que es deudor de un montante de quinientas mil pesetas en concepto de ingresos por venta de estupefacientes.
Fabiano no daba crédito a lo que estaba oyendo. Les aseguró a los nefastos visitantes que debía ser un error, que él no traficaba con tales sustancias, a lo que replicaron que el acreedor les notificó que el nombre del deudor se correspondía con el suyo, y que se trataba de unas ventas realizadas y no satisfechas.
El caso es que Fabiano estaba sufriendo desde los primeros años de la década de los treinta una situación económica muy difícil.
La crisis financiera mundial derivada del crack de Nueva York se dejó sentir en su entorno, considerando la condición obrera de la mayoría de la población de la vecindad, con la consiguiente disminución de los ingresos, ya que, como es de entender, las joyas son bienes suntuarios y por tanto prescindibles, sobre todo en coyunturas como la presente.
Ante tal tesitura tuvo que recurrir, a espaldas del saber de todos, al tráfico de drogas, que se desarrollaba en zonas de la ciudad lejanas a su vivienda, para no levantar sospechas.

El descrédito aparejado al alboroto que suscitó su final conocimiento entre sus vecinos lo sumió en una depresión que lo arrastró a la muerte en cuestión de meses.
Para sobrevivir él y su familia se vio en la necesidad de dilapidar la nombradía cosechada a fuego lento durante generaciones.
Aunque, por descontado, no fue su intención...

Neones bajo la lluvia

Los neones de la ciudad inventan un calidoscopio
Que se multiplica entre las cientos de gotas
Que humedecen los plátanos
Que desfilan a ambos lados de la calzada.
Llueve, sigue lloviendo desde que doblaste
La esquina que te llevó al olvido.
¡Que este quebrar de copas no ha sido el primero!
Eso ya lo sé
¡Que este sabor a hiel en mis labios ya estaba viviendo
Dormido en la luna de mis recuerdos!
También lo sé
Lo que no supe en ese momento, en que doblaste la
Esquina para siempre, era que sería la última vez
Que el regusto de la derrota haría parada y fonda
En la hospedería de la melancolía.
Desde entonces me consagro a saltar los alegres charcos
Que se llenan de lluvia azul neón:
Beba Coca Cola, con tonos rojos y blancos dando
Sobre mi mejilla afilada a navaja.
Ahora, en este instante, espero bajo una marquesina
Art decó, vestido de Armani color camel y zapatos de
charol a juego, tocado con un borsalino blanco con
banda negra, a entrar en un teatro de Broadway para
disfrutar de la ficción.
Porque disfrutar de la vida...
Se me da
Peor.

Incertidumbre

Llaman a la puerta
Me asomo a la mirilla
El ojo casi atraviesa la puerta
Curioso
Temeroso
Impaciente
Al otro lado espera la Incertidumbre
Va vestida de domingo, verde oliva
Pelo oscuro, ensortijado
Me guiña un ojo
El otro mira al otro lado
Me hace una mueca que sabe infalible
No puedo menos que abrirle
Le invito a entrar en mi casa
Le hago esperar en el salón
Patas arriba
Corro hacia el aseo con el corazón
Fuera del pecho
Expectación
Me encantas, Incertidumbre
Me enfundo mis mejores galas
Descuelgo de mi vestidor mi
Mejor cara
Irrumpo en el salón donde aguarda
Ajena e indiferente al desorden
Me sonríe de aprobación
Le cedo el paso hacia la salida
Nos fuimos a beber del vino
Agridulce que rezuma la vida
Me gustas más cada día
Quédate, tengo sitio

Tráete el cepillo de dientes...

Coincidencias

Me reconozco el defecto, si considero la perspectiva del mandarín, o la virtud, desde mi perspectiva, de rebelarme cada día, y con más intensidad diría con el paso del tiempo, contra la arbitrariedad del que se sabe depositario de la confianza, inane en la mayoría de las ocasiones, del que dirige, del que tiene entre sus manos el volante del poder.

Valgan estas palabras como preámbulo a la peripecia de Evandro, que se contaba entre los integrantes de la plantilla de agentes de limpieza de la ciudad de Río de Janeiro, allá por la víspera de una de las redadas más sonadas de los años sesenta, en el sector este de las Favelas.

Coincidió que salía de su casa con la detención de uno de sus vecinos, un reconocido traficante de cocaína que perduró al resguardo del silencio cómplice de la complaciente vecindad.

Uno de los policías, después de un detenido examen visual, lo reconoció como compañero de juegos infantiles cuando campaban por Copacabana entre pelotazos y pilla pillas, con la nefasta fortuna de no contar con las simpatías de este, hasta el punto de guardar viva en el recuerdo alguna que otra cicatriz de chirlos dibujados en el aire hasta parar en carne.

En ese momento se le encendió una lucecita en su limitado cerebro que alumbró hasta deslumbrar la inocencia de Evandro, que no dando crédito a la realidad que masticaba veía como ese día iba a faltar irremisiblemente al trabajo para cambiarlo por un cuchitril insano y apestoso, en las dependencias de la comisaría carioca.

Adobó con maestría una serie de pruebas sobre tráfico de drogas que no pudieron ser refutadas por el abogado de Evandro, acabando sentenciado por un delito que residía tan lejos de su conciencia como las antípodas australianas.

Alteridad, Otredad

Es el pagaros gloria tan subida
Que cuanto más os pago,
Más os debo.
Pedro de Soto Rojas

Salgo al campo.
Abro el portillo que brinda
Libertad a los corderillos
Que balan al aire
Aires de regocijo
Sus campanillas quiebran
La verde hierba.
Observo desde la atalaya
Que me ofrece el ventano
Del sobrado
El atardecer bermejo
Ceniciento de nubes cargadas
De lluvia
Me traslado hasta devenir
Corderillo
La alteridad me invade
Quiero sentir lo que ellos
Sienten
Me sumerjo tanto en la
Alteridad que se convierte en
Otredad
¿Qué escribiría si fuera otro?

Corro contra el céfiro que me
Acaricia el pensamiento
Pido al creador que me moldee
De nuevo
O mejor que me conceda
El poder de Proteo
Ser lo que desee para escapar
A la etiqueta
A la tábula rasa.
Reinventarse para renacer
Renacer para seguir siendo
O estando
O deseando estar.
Que todo sea alterado según
Lampedusa.
Para que todo permanezca
Intacto, verdor eterno.
Ser llave maestra ante
Cualquier cerradura
Por dura que se precie.

Una Voz

Nosotros hemos inventado la felicidad,
Dicen los últimos hombres, y parpadean.
Asi habló Zaratustra

El reloj de la iglesia da las cinco
El día duerme
Yo dormía
Una voz que se cuela
En mi sueño
Me asegura vibrando
De emoción
Que conoció la felicidad
Solo en un instante
Una tarde de marzo
La LLuvia imprevista barrió
La tristeza del pueblo
Ese día nada más.
El aire se adueñó después
Del aroma que pertenecía
A las flores que se derramaron
Al aguacero
Nunca se olió como en ese
Instante
Nunca más se olería así
Fue un regalo de la
Casualidad
¿Quizás hubo un Dios, solo

en ese instante, que desde
el séptimo cielo tejiera los
hilos del azar para ofrecerle
ese solo suspiro de felicidad?
Cuando desperté en la noche,
Sin luz que me guiara
Decidí
A la luz de un restante cabo
De vela
Buscar en todos los cajones
En todos los entresijos
En todos los rincones...
Sin feliz desenlace
Mas
La ilusión de hallarla
Me concedió un placer
Que me hizo sonreír.
¿Quizás sea esa la felicidad
de la que hablaba aquella
Voz
que conjuró mi descanso?

El Circo

Quedó hecho un despojo tras el zarpazo
que uno de los leones, al que bautizó con
el nombre de Harley, le propinó en la pierna
derecha, durante la ovación que recibió
tras finalizar su número estrella.
El domador tuvo que ser atendido de urgencia
y evacuado al hospital más próximo a la explanada
que albergaba la suerte de ciudad circense que les
acogía a él y a su comitiva.
Tras los ayes del público, y una vez restablecida la
calma, prosiguió el espectáculo según el orden
acordado antes del incidente, como si nada
hubiera ocurrido; la vida continúa...
El payaso Sebastiani tomó el relevo del domador
con la sonrisa pintada de siempre, a pesar de que
su mujer, lo cuento bajito por ser un chisme, le
anunció su deseo de divorciarse- había degustado,
por lo visto, mejores mieles, aunque a buen seguro
no tan alegres.
El día estaba discurriendo por el peor de los derroteros
imaginables hasta decir, sin temor a equivocarme ni un
ápice, que al promotor del espectáculo, el señor Green,
le estaban creciendo los enanos.
A pesar de todo, la función terminó con el acostumbrado
aplauso de un respetable entregado, aún más si cabe
después del rosario de incidentes que se cernió sobre
la suerte de un meritorio plantel de artistas como era
este (también- se me olvidaba contar- el trapecista no
pudo cumplir con su actuación por contraer unas
repentinas paperas)
La recompensa fue justa por una vez...

Moriscos

Necesito dar un golpe de efecto.

Dar un puñetazo sobre la mesa para disipar cualquier duda acerca de mi capacidad de soportar sobre mis hombros la responsabilidad de conservar el legado que se me dio con la muerte de mi padre Felipe, de liderar la guerra santa contra el infiel turcomano, que espera su oportunidad a las puertas de Oriente.
El Rey Felipe el tercero se debatía entre dos impulsos que latían en contradicción: por una parte no deseaba el destierro de una parte tan importante y cualificada de la población, que era la depositaria principal de los saberes andalusíes, y por otra sí lo deseaba como muestra fehaciente de su firmeza contra la amenaza turca, que crecía bajo el yugo de la inquietud.
A fin de cuentas, y con la amenaza de la muerte del príncipe heredero, que a sus escasos cuatro años se aquejaba de unas peligrosas fiebres cuartanas, se decidió por decretar la expulsión de los moriscos, que se haría efectiva en apenas cuatro años, de manera escalonada, y que afectaría a unos trescientos mil seres humanos arraigados en las tierras hispanas desde hacía muchas generaciones.
El fervor religioso, su condición de rey de las Españas y con ello de adalid del cristianismo, y su deseo de sentirse digno heredero de su padre ganaron el pulso a sus recuerdos de niño, que con la misma edad que su hijo tuvo que ser atendido por un físico morisco, que consiguió salvarle la vida in extremis.
Su sentido del deber, un deber autoimpuesto y construído por sus creencias y prejuicios, solo por él mismo y nadie más, actuó como el peor de los verdugos sobre una ingente cantidad de almas inocentes, que se difuminaron por el norte de África, yendo al reencuentro de unas raíces todavía más profundas si cabe que

las que acababan de arrancar.

La ley de la conservación de la energía

La energía no se crea ni
Se destruye.
La energía se transforma
En otra
Y esta en otra
En otra
En otra
y así hasta...
La energía que contenía
Mi amor hacia ella
Se transformó en comprensión
En deseo de lo mejor
Para ella
Porque si la sentí mía una vez
Y si esa vez fue como todas las
Veces en que se vive lleno de
Amor
Si fue una vez repleta de
Infinito
Ese infinito se transforma en
Eternidad.
Ese amor vivirá eterno en mi
Inconsciente
Dormido.
Ese amor que le tuve entonces
No se creó ni se destruyó
Solo se transformó en
Comprensión
En
Complicidad
En

Deseo de lo mejor
Porque lo mejor para ella
Es lo mejor para mí
Porque lo mejor para ella es
Lo mejor para mis hijos,
Y lo mejor para mis hijos
Es lo mejor para mí.
El amor que se sintió lleno
De energía,
Que nació donde los terremotos
Tienen su epicentro,
Es un amor que después de
Destrozar cuanto besa
Descansa, se calma y vuelve
A su lecho a dormir
A olvidarse de si para brotar
De nuevo
Con toda la fuerza destructora
Que como seísmo le es propio.
Mi amor fue un terremoto que
Hoy me mira como bestia
Enjaulada rogando su
Liberación
Pero no puedo verlo porque
Quiero saberme ciego a lo que
Fue.

Colaje

Solo es verdad lo que sucede
Cada trescientas noches.
Borges. Siete Noches

La verdad es que
La Verdad me resbala.
Cuando era joven
Me podría llamar Filósofo
Era amante de la Verdad
Siempre la perseguía,
La buscaba entre las dobleces
De las servilletas que de
Usar y tirar me limpiaban el
Pudor
El pudor que echaba el telón
Sobre el desconocimiento de mí
Mismo.
Ahora, después de que el TIEMPO
Se ha hartado de andar, sé que
LA VERDAD está escondida entre los
Orgánulos de mis CÉLULAS.
¡Qué alegría DESCUBRIR que la
Sediciente verdad no está en las
Afueras de mi piel!
¡¡No hará falta coger autobuses, metros,
Coches, transatlánticos...para atraparla!!
¡¡Solo tengo que rodear las órbitas
De mis ojos con los DEDOS, darles la
vuelta para que miren hacia adentro, y

pronunciar EUREKA!!!!
Me siento imbecil al pensar que llEgAR a
Esta elemental ConclUSión
Me ha cos ta do cas i m e d i a
V i d A.....
He enTEnd i d o por fi n que
Lo im po r t a n te no es sab er
La ve r d ad
Es s a b e r s e n t i r
So nr eí r
D i s fr utar de Ca da f o t ó n qu e
Gol pe a tu r e ti nA.
A t u m a n e ra
S ea bu ena o mala
S e a se n sa ta o de s qu ici a da.
T ú , Y o , N o so tros
F rent e a F r e n tE
D e s n u d o s.

Cuando sueño...

No solo la infancia es la patria
Del hombre, que ya lo dijo
Rilke, sino que el niño vive
En el hombre como si fuese
El metrónomo de su paso.

Cuando ando sueño
Bullir la ciudad arrebolada
En las vespertinas luces.
Cuando ando sueño
Dormir sobre la alfombra
Mágica de estar vivo.
Cuando sueño ando
Pisar el regolito de la Luna
Soñando la fortuna de hollar
La misma Tierra que Amstrong
El mismo año que nací.
Cuando sueño corro al
Saltar por sobre los edificios
Hullendo de mis fantasmas,
Temores que murieron con
Mi infancia,
Tesoro que solo llevo en
Recuerdos,
Manjar que endulza mi
Paladar de alegría.
Cabalgar de fantasía
Que da sentido al

Despertar matutino.
Cuando ando recuerdo
Volver a la senda de mis
juegos con forma de
Esfera, globo terráqueo
Golpeado por el ímpetu
De alcanzar una meta
Sin gol ni travesaño.
Cuando sueño...

Memento Mori

El joggin era su válvula de escape.

Cuando salía del trabajo a las primeras horas de la tarde
su corazón se aceleraba como el perro de Pavlov, que
salibaba al solo atisbo de una próxima pitanza.
No era una mujer que pretendiera marcas, solo equilibrar
los humores que inundaban su cuerpo para procurar serenidad.
Solo traspasar la puerta de su apartamento suponía la entrada
en el primer círculo del paraíso, aludiendo al mágico Dante, en
el que colgaba su bolso suspendido al abismo, se colocaba sus
zapatillas azules y amarillas, su culotte negro y camiseta de licra,
se hidrataba ligeramente, para no cargarse en exceso, y salía por
la misma puerta que antes la vio entrar a la conquista del asfalto.
Ese día quería ser original en relación con la ruta que, casi a diario,
recibía su grácil peso, y giró hacia un parque que hacía poco fue
inaugurado. Este parque se asentaba sobre el antigüo cauce de un
río, de cuyo nombre no puedo acordarme, hoy desviado de la urbe
por sus insalubres aguas.
El caso es que ella, corriendo sobre sus caminos empedrados, a la
vista de una hermosa fronda decidió detenerse para estirar y
recibir al tiempo el refrescante aroma de la floresta circundante.
Cuando se adentraba en sus ejercicios observó, tras alzar la frente,
unos edificios que parecían carcomidos por dentro, solo presentaban
el esqueleto muerto de un gigante acosado por un ejército de lentos
liliputienses como testigos de un bombardeo indiscriminado.
Ella pudo tomar conciencia de su fortuna al compararse con las pobres
almas que habitaban esa barriada, que vivían sin lo preciso, lo que con
creces ella disfrutaba.
Ella pudo comprender como la riqueza y la pobreza, el bienestar y la
miseria se mezclaban en su ciudad con la naturalidad del bilingue en
el uso de los idiomas que lleva impreso en su área de broca, como si
la luz no pudiera existir sin su correspondiente oscuridad.

No te conozco...

No te conozco
No me conoces
¡Y qué más da!
Te veo desde cerca
A miles de años luz
De tu conciencia.
Te veo que hablas con
Alguien
Yo espero
Te espero

Sonríes con los ojos
Mientras hablas
Sonríes con los dientes
Te miro sin verte
Me lleno de tu energía
De tu alegría
Sin tú saberlo.
Me alimentas
Sin alimento

La materia se muestra
Insuficiente
Para llenarme de lo que
Necesito.
Me basto con la energía
Cósmica
De
Tu
Sonrisa.

Arenas Movedizas

Él...
Él fue empujado por el destino.
Ese empujón lo llevó rodando
Hasta una encrucijada de tres
Flechas
Una flecha indicaba el norte
El frío
Otra flecha indicaba el este
La esperanza
Y la última indicaba el sur
La Lujuria
No había ninguna flecha
Hacia el oeste
¿Por qué?
Quiero pensar que hacia el
Oeste se extiende la Nada.
Si me necesitas silva, le dijo
El destino.
Él tiró hacia la Nada
Se dice que porque huía de
Lo cierto
No sentía anhelo más que hacia
Lo indefinido
Lo no escrito
La sorpresa
Por eso se adentró en la Nada
Y allí sigue
Cohabitando con un cenagal
Sustentado por arenas
Movedizas
No hay Nada más fascinante que

Lo que no se sabe
Y va a ocurrir
Vivir con emoción es lo que
Inspira sus musas
Lo previsible agosta la
Inspiración - Me dijo -
Allí sigue
Retozando con el frenesí
Que tremula las almas
Inquietas
Incandescentes al tedio.
Su edén difuso
Inestable
Su paraíso.

Soledad o solitud

Compañeros de viaje vivos es lo que yo necesito,
que me sigan porque quieren seguirse
a sí mismos - e ir adonde yo quiero ir.
Así habló Zaratustra. F.Nietzsche.

Marina siempre fue una chica alegre.
En el patio de la escuela, y en el de su casa destacaba
por ser siempre la primera en proponer juegos a sus
amigos, entre ellos alguna que otra trastada de la que
solían salir ilesos, aunque cargando con los exabruptos
de algún que otro vecino.
Creció con el cariño de todos los seres que le rodeaban,
incluso de los animales, como así lo demostraba día a día
su perro Jako, que se convertía en un sonajero cada vez
que se asomaba a la puerta de su casa.
Con la adolescencia llegaron las escapadas de fin de
semana a los lugares de la ciudad donde hormigueaba la
juventud, anhelante de diversión y de nuevas experiencias.
Le gustaba mucho bailar y conocer gente, tal que cuando
daba con alguien interesante, por divertido, era un auténtico
hallazgo para ella, que era celebrado con un regocijo que
permanecía vivo al menos hasta el fin de semana siguiente.
Ella valoraba, por encima de la pura amistad, a los chicos que
le proporcionaban una velada divertida, porque entendia que
lo más importante a la hora de salir era divertirse, y que solo
las personas divertidas serán las agraciadas con su amistad.
No era una chica que temiera la soledad, prefería permanecer
sola que mal acompañada, y además en esa soledad encontraba

un motivo de aventura que le producía una especial excitación. Andando el tiempo comprobó que su filosofía de la amistad le granjeó la soledad que tan fascinante encontraba, mas era una soledad gratificante y enriquecedora, llena de posibilidades e incertidumbre.

Entendió que el miedo a quedar aislada, que tanto terror producía entre la mayoría de sus circunstantes, era una oportunidad única de crecimiento. Además comprobó que muchas de sus amigas, aburridas, terminaron con personas que no les llenaban, solo por huir del aislamiento.

Siempre presente.

Y te enviaré mi canción:
Se canta lo que se pierde.
Con un papagayo verde
Que la diga en tu balcón
Antonio Machado.

Apreté tus manos dentro de las mías
Me quemó la frialdad de tu sangre
Ya en retirada.
Te toqué la frente ya quieta
Todavía con las mismas arrugas
Que marcaban tus años
Como los anillos de los
Árboles milenarios.
Tus ojos, témpanos a la deriva.
La tibieza de tus manos
De aquellas tardes de televisión
En tu compañía.
Aquellas caricias sobre mi pelo
Dormido, en las siestas a la vuelta
Del trabajo.
Los adioses que me llegaban como
Palomas que brotaran de tu
Alféizar, muy de mañana.
Todos estos recuerdos sumergidos
En piedra como cualquier libélula
Bañada en el pleistoceno por una
Gota de ámbar.
Toda la película de tu vida desde
Que te pude distinguir y oler

Quedó velada cuando me quemé
Entre la frialdad de tus manos.

La Máquina del tiempo

El pasado nos limita,
El futuro nos atemoriza.
El único lugar seguro es el presente.

Me regalarón por mi cumpleaños
Una máquina del tiempo.
Me la escondieron en la tarta,
Fue todo un evento.
Cuando las velas encendieron,
Uno de sus cables prendieron.
El fuego se hundió en merengue
El artilugio voló como un mal viento.
El rico pastel saltó por los aires
Hasta a los invitados embadurnar.
Así, para de la verguenza me salvar
Corro raudo para en ella montar.
Cerré la puerta con pestillo
Para evitar en el viaje la compañía
De algún de turno listillo.
Agarré con fuerza del motor la manilla.
Me elevé al cieloraso de la habitación.
Atravesélo como si fuera fino papel.
Volé como perseguido por pesadilla
Que me quisiera detener
Mis ansias de volver
Al pasado
Para reverdecer los árboles
Que no me dejan el bosque ver.

Mi mirada

Un arte que no se basa en el sentimiento no es arte.
Paul Cézanne

Cuando vivo, pienso en cuando me lanzo a la calle
a inundarme del ruído de la civilización, mi radar
captador de belleza, supongo que en esto no soy
original, trepana mi cráneo para agitarse en círculo
con ánimo de cobrarse alguna que otra pieza.
Por supuesto que no solo me refiero a la belleza
humana, preferentemente femenina como
comprenderéis, sino a cualquier engendro natural
o artificial que atraiga mi atención.
Este preámbulo viene al caso porque, como ya os
mencioné en una ya lejana publicación, me encanta
dejarme seducir por cualquier obra de arte que me
interpele en cualquiera de los espacios habilitados
de que dispongo en mi ciudad, cuando cuento con
la tranquilidad de los días de asueto o las vacaciones.
Me evade situarme delante, por ejemplo, de un cuadro
y "absorber" todos los detalles que mi mente puede
rastrear barriendo la superficie del lienzo con una
atenta y profunda mirada.
Es como disponerse a hacer el amor con la totalidad que
comprende la escena representada, con los significados
que se desprenden de la iconografía que se ofrece a la
vista del espectador, cuya simbología está vedada a todo
el que se acerca, salvo que tengas cierta erudición.
Expreso esa atrevida comparación porque cuando haces
el amor te abres, incluso el varón, en cuerpo y alma al

partenaire de turno, como ocurre cuando, al menos yo,
me poso delante de una obra de arte.
Pretendo a fin de cuentas recibir toda la magia que brota
sobre mí para transportarme a dimensiones desconocidas
de la realidad que me circunda, que en ese momento pasa
completamente desapercibida.

Te colaste

Te colaste por una rendija de mi ombligo.
Te colaste de matute en mi vida.
Inficionaste mi sangre toda...
Nada más verte en esa penumbra
Que se hizo reina al trasluz de mi ventana,
Ventana que se me abre a una esperanza
Que no espera, que no sabe esperar porque
Su tren está llegando a la última estación.
Al ver que te ibas alejando en ese vagón
De no retorno me aferré a la mentira que
Me aproximaba una mano salvadora.
Nos descalabramos, yo y mi circunstancia al
Alimón, los dos atados al mismo recodo
del camino que se tuerce a lo lejos...
Ahora, con las muescas que el tiempo inflige
Sobre mi oscura piel, puedo sostener y
Sostengo que cada estrella que el Universo
Pone en mi cielo me sirve para decorar mi
Árbol de navidad verde y alto, y nevado...
Al fin y al cabo todo lo que vivimos se torna
con el tiempo fuego de pajas, aunque a toro
Pasado nada permanece, rescoldos de pasión.

La Mariscala y Cherubino

Si no fuera mi pupilo quizá sería más...
¡Es que es tan apuesto, tan varonil a pesar de que solo
le alumbran diecisiete primaveras!
Es que si no fuera mi pupilo sería lo mismo, ¡casi le doblo
la edad!, y eso se cierne sobre mi conciencia como un halcón
sediento de sangre que observara una inocente paloma que
se regodea en su belleza.
Cherubino se acerca a la Mariscala para tomar sus clases de
música en el salón de té, donde se alza el majestuoso piano que,
al decir de los mentideros de Venecia, fue esculpido por las
manos del mismísimo Cristofori allá por los albores del siglo de
las luces.
La señora se reafirma en su juventud a la vista del joven alumno,
que parece corresponder a sus simpatías con el decir de sus ojos.
Cherubino cuenta con el brillo de su talento músical, no en vano
es depositario de una larga tradición violinística que granjeo a sus
antepasados toda una serie de favores en las cortes italianas,
incluso en la papal.
La Mariscala, que responde al nombre de Anna, se diluye de placer
ante el vergel de notas que brotan del pianoforte con la prestancia
de un coro de querubines, como su pupilo parece ser, y no puede
contener una sonrisa picarona, como queriendo emplazarlo a un edén
de mieles y caricias, solo reservadas para él en la imaginación de ella.
Una vez hubo terminado la clase, cuando apenas la última nota volaba
al aire de la estancia, Cherubino, cual matraz que recibe una reacción
química, salta de su contención y adelanta una mano sobre el muslo
prieto de la Mariscala. Esta, cual farisea mojigata, finge rasgarse las
vestiduras ante tamaña insolencia, mas, como acto seguido insistiera
el muchacho enardecido por una negativa que entiende supuesta, la
falsa resistencia se disuelve en su lasciva mirada de púber pletórico,
que, depositándola sobre la tapa del instrumento, acomete con fuerza
e insistencia las murallas de un reino que la aristócrata sabe vencido..

Inevitable

Ella:

No puedo sentirme culpable de
quien soy porque no soy del todo
responsable.
Si al cabo del tiempo te desdeñé
fue después de luchar contra mis
creencias y mis pensamientos y mis
miedos, que me instilaron ya entre
pañales.

Él :

Te Quise con todas mis fuerzas.
Me entregué hasta decir basta.
Sin darme cuenta me fui alejando
de ti para ponerme al abrigo de una
soledad amiga, dispuesta a abrazarme.
Tus exigencias me empujaban hacia
mis adentros.

Ello:

Somos víctimas o somos beneficiarios
(según sea el caso)
de las primeras vivencias,
de las primeras palabras
que reciben nuestros oídos,
que hieren nuestras vistas,
que tocan nuestros dedos,
sin que quepa Prometeo

en nuestras venas que enarbole
llama alguna contra ningún Zeus,
dios harto poderoso,
rey de nuestras tinieblas.

Inspiración

Ya me gustaría saber de dónde viene
la inspiración.
Singular ectoplasma que emerge de
un páramo tan abstruso...
tan secreto a mi entendimiento
que renuncio a su paradero.
Solo me conformo con que atienda
a mi llamado cuando la convoque.
Cuando alineo mis planetas para
proceder a la escritura
trono mi trompeta cual diosa Fama
para despertarla si yace dormida.
Cuando se digna despertarse para
atender mis requerimientos
me produce tal goce, que la galaxia
que se extiende bajo mi cráneo
regurjita todo su tuétano blanco
Que...
Mezclado con el gris del
ingenio, si lo hubiere,
Se desparrama en tinta
-Negro sobre blanco-
sobre el papel que tiembla de dicha
ante tal erupción.
Cuando esta diosa tiene a bien
acudir a mis plegarias
rocía su leche milenaria en mis venas
hasta asperjar la noche de luciérnagas
que escriben en luz mis ocurrencias,
que llevan en volandas mis dedos hasta
los confines de mi mente inconsciente.

Desde mi lecho

Aquí me hallo sentado en un lecho frío.
Aquí me hallo pensando si hoy comeré
o permaneceré en el mismo ayuno de los
últimos días.

Aquí me hallo a la intemperie de una vida
varada sobre un arenoso bajío de tristeza.
Sobre este lecho de piedra desde el que
me pronuncio, me dispongo a revelarme
a la suerte que me ha tocado en gracia.
Aquí me levanto de este destino pétreo
para prender la cañaheja prometeica y
revelarme contra la fuerza del océano
que me inunda.
Antes voy a acicalarme para presentar
un aspecto decente a mi nueva vida.
Antes voy a lanzar al olvido toda la
hojarasca que me ha servido de triste
abrigo.
Antes voy a enterrar a la tristeza que
me ha acompañado como perra fiel.
A Dios pongo por testigo que nunca
pasaré hambre, otra vez...

Sin cara

¡El autobús está tardando más de lo acostumbrado!
¡Voy a tener que coger un taxi si no viene en cinco
minutos!
¡Por fin lo veo, allí viene, menos mal!
Voy a sacar el bonobús para picar, creo que puedo
llegar a tiempo a la oficina si no sucede ningún contratiempo
en el trayecto, como suele ser habitual en estas horas de
tanto movimiento en la ciudad.
¡Anda, el conductor no tiene ojos, ni nariz, ni boca, qué raro!
¡Tiene una cara plana, como si la hubieran rasado, sin rasgos,
nada!
¿Cómo ve la carretera, y las luces del tráfico, cómo conduce?
Siento una comezón que me sube por el esófago en dirección
a mi garganta, parece que quiere abrazarme el cuello por
dentro para asfixiarme.
El caso es que el autobús va circulando con toda normalidad,
¡No me explico cómo es posible lo que estoy viviendo!
Por fin veo el momento de bajarme, voy a tocar el avisador
para que pare y me abra, ¡estoy deseando salir, nunca he
vivido tal angustía, y mira que lo cojo todos los días y ..!
Ya he llegado a la oficina y parece que a tiempo, menos mal,
después de todo puedo respirar tranquila.
¡Buenos días Ángela!, pero ¿Esto qué es?
¡Ángela tiene la cara como el conductor del autobús, la tiene
rasa, creo que me estoy volviendo loca, o no sé..!
¡Marcela, venga despiértate que son ya las ocho y tienes que
ir a trabajar, venga vamos hija mía, no te retrases!
¡Sí mamá, voy, ahora me levanto!
¿Me has puesto el desayuno o me lo hago yo?

La entrevista

¿Enrique Jiménez Blanco?
Sí, yo soy.
¡Qué tal, cómo estás!
Muy bien, contento por la oportunidad que
me brinda de entrar en su empresa.
¿Habías oído hablar de Escotranco S.A?
Sí. Sabía que se dedica a.....
Enrique se mostró muy seguro durante casi
toda la entrevista. Se le ofrecía el puesto
de gerente que había quedado vacante el día
anterior por el fallecimiento repentino de su
titular, Eduardo García, que con solo treinta y
seis años fue víctima de un paro cardiaco, en
plena vorágine de su quehacer gestor.
Después de media hora de palique fresco y
distendido se arranca el Sr.Pérez por peteneras,
quiero decir que se puso a hablarle en inglés, con
el consiguiente casi patatús de Enrique, que pasó
del ataque a la defensa en lo que tarda un ensalmo.
¡Vaya fastidio, con lo bien que iba la entrevista, con
lo seguro que me sentía hablando de mi exitosa y
prometedora carrera gestora, sin tener que salir de
España, se me pone a hablar en extranjero, el ingles
solo lo toqué en el colegio sin salir casi del yes, y en
el anuncio no se decía nada de que fuera necesario
hablarlo!
¡Vaya ridículo, no me estoy enterando de nada, y
parece que no se da cuenta, porque sigue hablando
como si le entendiera, no entiendo su actuación!
Gracias Enrique, me alegro de conocerte, a lo largo
del día, si resultas seleccionado, te avisaremos.
Gracias Sr. Pérez, Hasta nunca...

Sin paciencia

Hablamos de un tiempo en que un
descubrimiento tan importante
fue decisivo en el curso de los
acontecimientos.
No fuimos capaces de expresar a
cabalidad lo que significó
el regreso a lo conocido.
Con el rosto teñido de grana
nos dispusimos a abandonar
todo aquello que nos retrotraía
al pasado.
Nuestra vigencia caducó como
lo hacen las plantas que
conservan el insepulto
recuerdo de lo inalcanzable.
Si fuéramos en mayor número
podríamos entender
el mecanismo del reloj que
abraza el péndulo
oscilante del Universo.
Conservemos la paciencia.
Nada que no fuera
decisivo se logró en menos
de lo que dura una batalla.
Nuestra causa es heredera
del tiempo y de los intentos
pretéritos que fracasaron por
la premura de los actores.
La falta de paciencia tira por
tierra todo aquello que se
ha aquilatado con el destilar

de los años.

Mi luna

Hay noches en que los lobos están
en silencio y aúlla la luna.
George Carlin.

A la caída de la tarde
cuando caen las apariencias
me reúno con tres amigos
en el recodo del descanso:
Mi luna, mi sombra y yo.
Mi luna me vierte su luz,
mi sombra cobra vida al
trasluz, y yo...
Yo crezco con su alimento.
Cuando lo vespertino da paso
a lo nocturno,
mis amigos se acuestan sobre
los cojines mullidos de mi
sosiego para disponerse
a soñar...
Soñar con otras luces y sombras
que le son ajenas
y que añoran por que les inunda
la curiosidad de lo ignoto...
aunque adolezcan como ellos
de la misma imperfección.
A lo imaginado, a lo soñado
no le cabe lo imperfecto,
por pertenecer al mundo de las

nubes.

El Payaso

¡La commedia è finita!
Pagliacci. R. Leoncavallo

Fue la crónica de una desgracia
representada para el público
que paga.
La tragedia de la vida.
La traición que se espesa
entre función y función
se vierte en rojo y alba
sobre la faz de Canio.
Colombina y Arlequín adulteran
su hiel, que quema sus tristes
oídos al filo de la actuación.
Se ofrece al escenario con su
pesar latente en las venas.
Su falsa alegría pintada de trozos
de corazón debe brillar inmune..
El público es Dios, porque paga.
El payaso brinca, ríe, mas llora
mojando sus ocultas entrañas.
Canio, Sísifo que renuncia,
se descarga sobre Colombina.
El puñal vengador se hiende
caliente de rencor en la carne
de los amantes.
Fue un final ya escrito en su sino.

Mi palabra

La palabra es mitad de quien la pronuncia,
mitad de quien la escucha.
Michel de Montaigne.

Mi palabra,
pajarillo que anida en
mi garganta.
Mi palabra,
Trozo de alma que
rompe mi boca.
Mi palabra,
suspiro que envuelve
libre el aire.
Mi palabra,
paloma con mensaje
hasta oídos que escuchan.
Mi palabra,
moneda de lo que valgo.
Mi palabra,
fiel de la balanza de mis
quimeras.
¡A Dios ruego no ver jamás
el día en que te traicione!
Mi palabra,
Divisa verde de mi
constancia.
Mi palabra,
mi única arma.

Ya te conocí

Ya te conocí Amor.
Ya gocé de tus uvas.
Ya nacieron tus vástagos.
Ya respondí al instinto
que albergas.
Ya brotaron tus sonrisas.
Ya se desbordaron tus ríos.
Ya me derramé para calmar
tu sed insaciable.
Ya me deshice de ti.
Ya alcancé la ataraxia.
Ya descanso de tu compromiso.
Ya fluyo como una rumorosa rambla.
Si vuelves a mi casa.
Si decides batir mi aldaba
Te abriré la puerta
solo si aciertas mi contraseña.

Te pido tu consentimiento

Te pido tu consentimiento.
Adolezco de comedimiento.
Me sobra el sentimiento
para expresarte lo que siento.
Sé difícil este intento.
Las palabras huir siento.
Mas corazón sin remordimiento
tengo, ante el desaire de que objeto
fui, al acudir a tu ventana a pedir
de tu sedicente amor rendimiento.
Fue mi persona como pluma al viento
de calle en calle
de puerto en puerto,
como alma en pena sin venir a cuento.
Por todo esto, señora de mi tormento
te pido tu consentimiento,
Y así ante Dios prestar juramento
de que en lo que digo no miento,
porque preparado al fin me veo
para encarar las puertas del cielo,
para postularme ante San Pedro
y ser merecedor del descanso eterno.

Una visión

Muy de mañana
me despertó una visión.
Tal si fuere estrella fugaz
cruzó mi vista una exhalación
iluminada de tal guisa
que aemejóse una aparición.
De un brinco me alzé
para darle prendimiento
más susodicho evento
devino esperpento.
Por más que me empeñaba
menor la recompensa.
Las chiribitas que se avecinaban
apenas un destello resultaban,
luciérnagas danzando en lo oscuro
cual cifra y número de un conjuro.
Ante la comprensión del bulo
que tuvo lugar
volví al arrobo primordial
de los brazos de Morfeo
cual fuere rabino hebreo
fulminado tras divino despertar.
Proseguí la trama del sueño
como si nada hubiera pasado.
planteamiento, nudo y desenlace
desgranando tan dulce desvelo
con la fragancia de horneado pan.
La claridad inunda mi rudo semblante
bañándolo en zumo de rojo pacharán,

las crónicas de la noche hablarán
dejando testimonio Dios mediante
al tenor de la madrugadora visión
que interrumpida y sedante
devino vana ilusión
bajo mi plena ceguera pensante

El paragüas negro

Me tenía intrigado.
Cada día, en dondequiera que estaba, en casi cualquier bar,
entre las calles del supermercado, recibía la sorprendente
presencia de Paolo, un hombre a un paragüas pegado.
Según pude enterarme al tiempo, Paolo vivía no muy lejos
de la casa que albergaba mi apartamento, que por entonces
se escondía entre el hormigón de un edificio renacentista de
la capital italiana.
Donde lo viera blandía un paragüas negro como complemento
de un traje milanés del mismo color, conformando una estampa
que recordaría al menos avispado a un detective de los treinta.
Día tras día, durante algo así como una semana, me lo topaba
con la misma guisa, hasta que, después de armarme de valor, le
golpee con la ineludible pregunta (antes de escribir la pregunta
deciros del susto que le propiné al abordarle, le cogí de espaldas):
Perdona Paolo, ¿Por qué últimamente te veo con este paragüas?
¡No está lloviendo que yo sepa!
El sorprendido vecino, que no salía de su asombro, me contestó
que hace cosa de dos semanas, en un programa de radio del que
es asiduo escuchante, entrevistaron a la Sibila de Delfos que, tras
entrar en trance susurró que la humanidad debía tener cuidado
porque el cielo estaba para caerse, añadió que nuestra torpeza
estaba agotando la paciencia de la Tierra.
Urgió al escuchante a que se protegiera...

Soy pequeño

Dios está en los detalles.
Gustave Flaubert (Ruan 1821- 1880)

Hijo mío, la felicidad está hecha de pequeñas cosas:
Un pequeño yate, una pequeña mansión,
una pequeña fortuna...
Seamos pequeños amigo Groucho.
Esa es la clave de que las bacterias sobrevivan
ante un ataque nuclear.
Nunca alcanzo el cénit más que cuando me
siento ovillado en lo más íntimo,
cuando escribo o leo en evasión,
sintiéndome ameba pensante.
No se puede aspirar a ser mariposa si antes
no hemos sabido ser crisálida.
Después de esta comunión con lo diminuto
no me queda otra opción
que emprender mi constricción
para viajar a lo absoluto.

Soberbia

Si el ungido contestó a Pedro que debía perdonar a su hermano, no siete,
sino setenta veces siete, ¿Por qué su padre me ha condenado al infierno por
los siglos de los siglos? Si yo era su ángel predilecto, el más bello entre ellos,
el que más dotes de liderazgo demostraba para comandar sus alados ejércitos,
¿Por qué me desterró a este páramo infernal que me consume las entrañas?
Mis alas, otrora abundantes y relucientes, que despertaban las envidias de la
corte, se muestran ahora a mis ojos desvaídas, como me siento yo, en plena
contrición por mi osadía, por querer aspirar a un trono solo perteneciente al
creador de todo lo que nos rodea.
¿Cómo puedo recuperar mi mil veces añorado estatus allá arriba?
¿Cómo me ha podido embargar la maldad cuando he sido fruto de la perfección
más acendrada que imaginar se pueda?
He pagado mi arrogancia con la caída al abismo. He olvidado que los ángeles fueron
creados para el servicio de Dios todopoderoso. He desoído las voces que insistentes
me recordaban, cual memento mori, que un ángel, por muy cercano a la deidad que
se hallase, no puede pensarse Dios.
He sido castigado con la peor de las reclusiones, la de mi alma.
He jugado a ser Prometeo para acabar devorado cual recidiva por un águila hepática.
¡Dios mío, rescátame, he aprendido la lección, me necesitaaasss, soy como tú!

Te llamas libertad

Quiero pronunciar tu nombre
Pero no puedo.
Quiero darte a conocer lo de
Mis adentros
Pero no debo.
Quiero ser el preludio de tu
Renacerme
Pero no llego.
Quiero solo reírme para reírte
Pero no me atrevo.
Aunque no puedo, no debo
No llego y no me atrevo,
Vuelvo a fruncir mis labios
Con tu nombre como botón.
Con mis adentros afuera.
Con mi renacerme tras
Tu preludio.
Con tu reírte ciñendo mi reírme.
Quiero pronunciar tu nombre
Otra vez
Te llamas como el viento que
Arrolla puertas
Te llamas Libertad...

Los besos que no diste

Los besos que se dicen.
Los besos que se suspiran.
Los besos que se piensan.
Los besos que se rompen
en el malecón de una misiva.
Los besos que quise y no pude.
¿Dónde van?
Los besos, barcos sin puerto.
Los besos, rosas sin espinas.
Los besos, gotas secas de licor.
Los besos, calor que la piel hiela.
¿Quizás las golondrinas en su
peregrinar se los llevan?
¿O quizás sea el acaso que reverbera
el grito sordo del alma?
Dime tú Alma mía.
Dime...
Tú, que eres quién me lo preguntas

Al Sur del Kigo

La primavera
me desnuda de frío
y de tristeza
El verano va
volando sobre ala
de golondrina
El otoño arde
y amarrona la hoja
del viejo roble
Mi invierno está
nevando sobre estelas
de plata blanca.

Conversemos con Voltaire

No puedo dejar de recordarte
Querido François.
Asisto estupefacto a la visión del abismo que se abre bajo mis zapatos.
Asisto al apasionado rugido de la calmada fiera que habita en mi España.
Asisto a una ópera bufa cimentada sobre un libreto que se derrama por
los extremos de la piel de toro, que bufa de desconsuelo.
Asisto a la alborada de un odio fraternal sedado bajo la adormidera del
perdón de conveniencia, de la costura en falso de heridas milenarias.
Necesitamos tu acerada palabra que prorrumpa como fanfarria justiciera.
Necesitamos tu ejemplo, tu verbo frondoso borbotar por las ventanas, por
los portones que encierran la intransigencia, tu lucidez y constancia para
derrotar al dragón mitológico que reina en mi tierra.
Que se ha despertado para dictar su ley.

La magia de descubrir

El porvenir ignorarlo,
prefiero no conocerlo,
para más gozar su hallazgo.

Si conozco mis entrañas puedo adivinar, y hasta conocer
con aproximada exactitud, las entrañas del prójimo.
Partiendo de esta premisa puedo afirmar que andando el
deterioro rugoso que los años nos granjean, la satisfacción
del descubrimiento se hace cada vez mayor.
Quiero decir, no sé si me explico, que el sentido de la vida se
va cifrando, o circunscribiendo, al aliciente de lo nuevo, de lo
fresco o inédito, porque la historia que nos pesa sobre los
hombros va ganando tal gravedad que apenas se le escapan
vivencias, percances y experiencias que se puedan calificar de
inéditas , es decir, que van abarcando el entero espectro de lo
posible.
Que os hable de este tema viene a que, siendo el camino
recorrido ya largo y rodeado de un frondoso soto, me seduce
y me hace sonreír con más pata de gallo con el paso de los días,
toparme con sucesos nuevos, o novedosos, por muy pequeños
que puedan parecer a bote pronto.
Me atrevería a afirmar que lo referido es debido a que a medida
que nos acercamos a la muerte, y a partir de cierta edad, en que
tomamos conciencia de lo andado, vamos asumiendo que nos
resta escaso tiempo para abandonar la fiesta, para medianoche,
para volver a ser cenicientos mortales.

Posdata:
A todo el mamotreto que he desembuchado añadiría el riesgo a que nos pase lo que a la mujer de Lot.

Fue un accidente

La ironía me hizo un extraño
cuando tomé de tus caderas
la primera curva.
Volcó la razón con dos vueltas
de campana sobre el asfalto
de tus ojos.
Cuando la pasión se detuvo,
a duras penas pude salir del
amasijo de locura que me
envolvía.
Confundido en medio de la noche
Llamé a mi sensatez para que me
atendiera y me llevara a casa.
¡Fíjate lo que ha causado el
brevaje de tu mirada!

Avaricia

Amigo de Sileno te admites.
Amante del rojo vino.
Esclavo del vil metal soleado.
Dioniso te concedió tu deseo
que se volvió búmeran astifino,
horror de hambre dorado,
ironías del destino.
El amarillo oro de mortal tocado
se ofreció tesoro en vano,
gozo en un pozo vacío.
Reino frigio frígido y helado
quedó huérfano sin corona
cuando, según reza la leyenda,
corrían años de helena gloria.
Tus lamentables andanzas
paralelas caminaron
con el padre de nuestras letras,
el Homero bardo.
En calles y plazas, iIíada y Odisea
cantaba con esmero,
escuela eterna de poetas
y tú, Midas... de avaricia ejemplo.

Leamos a Bauman

Tras el telón, que se apresta a descorrer, se sientan compungidos
dos amigos al fuego de una mesa, sin camilla, que caldea pesares
añejos. Se lanza al descargo uno de ellos, en primera instancia.
Uno de ellos.- Tengo un trabajo tiempo ha, pero presiento el final.
El otro.-¿El final de qué?
El primero.-¡Qué va a ser alma de cántaro!
El segundo.-¡A bien! ¿Te refieres a que esperas pronta tu defunción?
El anterior.- No, pendejo, me refiero a que me huelo empezar otra vez
de cero en lo que a lo laboral se refiere.
El que está al lado.- ¿Y eso... a santo de qué te viene esa nube a tu cabezota?
El que le aguanta.- Mira, a ver si consigo explicarme. Recuerdo que mi padre
se jactaba de alcanzar el jubileo en la misma empresa que le vio nacer a eso
de levantarse temprano para que te exploten. Todos los confundidos de mi
edad nos marcaron con esa divisa cuando eramos renacuajos y ahora, donde el
presente viaja en nave espacial, el pasado y la experiencia caducan cual un papel
que osa acercarse a una candela. Me siento naufragar a poco de la orilla de una
realidad líquida que devora barcos de papel como el mío.
El que le escucha.- No te entiendo una palabra, como te llames. ¿Qué me dices
de realidad húmeda o no sé qué? Me estoy haciendo un nudo.
El santo Job que le acompaña.- Bueno, vamos a dejarlo, que no tengo más ganas
de explicarte. Léete si te atreves la " Modernidad Líquida" de Bauman, que por cierto
murió hace poco y no me enteré hasta enterarme de esto que te he contado.

Mozdhi

Hola señores.
Permítanme presentarme:
Me llaman Mozdhi.
Soy un engendro de padre austríaco y de madre india.
Según rezan las malas lenguas, que en estos mentideros
son legión, soy un niño de gran talento, extraordinario
para mayor precisar.
Me apuntan las artes de la música casi desde mis primeros
vagidos, no en vano a los cuatro años ya volaban mis dedos
sobre el clavicordio como si de una bandada de golondrinas
se tratase.
Ante tales dones de los dioses, mis padres, que coqueteaban
con la miseria como tortolitos, armaron sus baúles con todo
los pertrechos según usanza cotidiana y nos precipitamos sobre
sobre las viejas carreteras europeas para deleite de las cortes
más señeras.
Mi vida fue una sucesión frenética de papeles de escribir música
entreverados con los juguetes y estudios académicos consonantes
con las edades que iría tachando mi escasa niñez.
En el colegio, al decir de las crónicas pueblerinas, era y sigo siendo
un pacífico redomado, un ser de una bonhomía que raya lo grotesco
en ocasiones y en otras lo indecible. En una ocasión, que quizá fueran
varias, un compañero contrariado por mi rebeldía ante la insistente
negativa a complacerle (el infeliz me instaba a recogerle el paracaídas
que había lanzado) me atizó un sopapo que me hizo temblar mis sienes.
En vez de responder con semejante intensidad le puse la otra mejilla
por si quería igualarme los perfiles. El agresor, sorprendido por la
salida que esgrimí de súbito, se retiró avergonzado de su insolencia.
Desde ese momento profeso, con probada eficacia como puede verse,

fervor mediante, el ofrecimiento de las dos mejillas ante todo episodio de violencia, como nos enseñó el creador de todo lo visible.

Revivir

El hombre no es más que la mitad de sí mismo.
La otra mitad es su expresión.
Ralph Waldo Emerson.

Mi piel no es cristal,
No puedes ver a su través.
Yo para ti solo soy mi palabra,
la energía que en el instante
me delata, no puedo ser otra
cosa.
Mientras me atraviesas con una mirada,
un bisturí que me disecciona la retina,
voy muriendo para renacerme a ti.
Con el holograma de tu deseo me vas
conociendo, sin apenas costumbre que
te avale.
La orquesta, mientras tanto, arranca de
repente con la canción que será la que nos
enmarque, andando el tiempo.
Cuando te detienes, ahora, para recogerte
en ese segundo, ya revelado en amarillo en
la película de nuestros recuerdos, te dejas
ver los dos signos de preguntas aún no
contestadas.
¡Volver atrás te inquieta sin necesidad!
¡No lo hagas, por el amor de Dios!

Déjate bañar en almíbar, siquiera sea
en la magia de lo que fue y no es.
Sabes que el tiempo es tabla rasa.
Solo merece visita aquello que se demora
en tus párpados.

Desconfío

Timeo Danaos et dona ferentes.
Laocoonte.La Eneida. Virgilio

¡Desconfiad de los dánaos, hermanos,
que urden una trampa en el agasajo que
os rinden!
A veces la vida me llega con regalos
cuando no es mi cumpleaños.
En esos casos, yo desconfío.
A veces la fuente que me proporciona
agua, de constumbre, me sale con vino.
En esos casos, yo desconfío.
A veces el prójimo me ofrece unos panes
recién horneados cuando el hambre se me
escribe en las mejillas.
En esos casos, yo me ilusiono.

Una caricia

El otoño es una segunda primavera,
donde cada hoja es una flor.
Albert Camus

Con la mirada en mis asuntos
recibo la caricia de una hoja.
El viento amenaza lluvia.
El árbol que la deja caer
no debe andar lejos.
Analizo la nervadura seca.
Se queja de otoño.
El naranja se apodera de ella.
La clorofila le brilla de ausencias.
Donde la vida triunfaba campea el
olvido.
Su superficie cede a una leve presión,
como ceden mis lágrimas a las gotas
que ya empiezan..
Nunca un río ha desafiado a su mar.
Nunca una hoja ha maldecido a su otoño

Y llegó...

Volví a mi infancia como de costumbre.
Traspuse el umbral de muérdago y suerte.
Por si algún invisible mal augurio sobrevolaba
la sensación de felicidad enlatada, me dispuse,
no de buen grado, a cumplir con la superstición.
Mi madre cocinaba el pavo de la Concordia cuando
me acerqué a inyectarle mi amor en jeringuilla de
labios fruncidos y salivosos.
Al volverle la espalda para adentrarme en mis
recuerdos recibo un mazazo envuelto en notas
de música siniestra.
¡¡Hijo mío. Te deseo lo mejor. Te espero allá arriba.
Pronto nos veremos!!

Queda pendiente...

Al alba del desayuno destapó el tarro. Recibió sorprendido la visita de un efrit benigno.
Le hizo pronunciar sus tres deseos y desapareció.
Era navidad, mas con tintes azules en el horizonte.
En cada desayuno subsiguiente, asomado a la ventana, espera la promesa que no llegaría a ser deuda (por lo visto...).

Imito

Si yo pinto a mi perro exactamente como es,
tendré dos perros, pero no una obra de arte.
Goethe.

Imitar la Naturaleza es el súmum
del arte según los clásicos.
La originalidad es impuesta por los
románticos como reacción.
Si viviera en tiempos de Pericles
sería elevado a los altares del Olimpo
si fuera un buen imitador.
Como soy hijo del Romanticismo
no concibo el arte sin un trocito, al menos,
de corazón que imprima mi imagen en lo
que imito.

Homo eligens

El mercado no sobreviviría si el homo eligens o consumidor no se apegara a las cosas.

Zygmunt Bauman

Cada paso que doy sigue al anterior.
Tengo delante una serpiente de fichas de dominó
esperando a que empuje la primera pieza.
La Naturaleza que me conforma decide cada latido de
mi existir haciéndome creer que soy yo, el que decide.
Cada suspiro, que nace de la carencia, tiene su por qué.
Cada inspiración no se sostiene si no es decidida antes.
Cada paso tiene pies que debo mover con mi voluntad.
Si me oriento hacia el norte, el sur me llama a su seno.
Si me oriento hacie el este, el oeste me hace una mueca
que encierra un universo de preguntas sin respuestas.
El imperio de consumo que me rodea busca mi amor.
La nebulosa de confusión que penetra mis sentidos
busca mi entrega incondicional.
Del mundo de colores que me rodea brotan promesas
que se incumplen bajo mi estupefacción impenitente.
Si algún día me detuviera por satisfecho, la carroza se

convertiría en calabaza.
Quiero saberme Cenicienta que no aspira más que a ser ceniza al final de su tiempo, que no quiere engañarse a sí misma con palacios, fiestas y príncipes azules que le compran zapatos que se romperán, para poder comprar otra vez y así per sécula seculórum...

La Ira

La fuerza que sacamos del rencor y
de la irritación es sólo debilidad.
Madame De Swetchine

Cuando el presente me desaira.
Cuando mi debilidad se hace mar.
Cuando la carne se me abre impotente.
Cuando los ojos abandonan sus órbitas.
Cuando se me quiebra la voz, vencido.
Cuando la injusticia se adueña del caso.
Cuando todo esto ocurre coloco un grito
en el frontispicio del cielo (para que lo sepa
San Pedro).
Cuando pesa sobre mis cervicales el mundo.
Cuando deseo mandar el conformismo al espacio
de una patata para que se pierda en el olvido.
Cuando los políticos llaman al ejemplo sin darlo.
Cuando todo esto ocurre me entran ganas de
mandar al cuerno al súrsum corda.

El joven de la rosa blanca

Ayer por la tarde me contaron la historia
de Manuel, el joven de la rosa blanca.
Manuel vivía en las afueras de cualquier
esperanza.
Sus padres se desvivían hasta la extenuación
por evitar que cayera dormido entre los brazos
de la adicción.
Sus amigos, que en los principios no apuntaban a
lo que después fueron, le enseñaron como viajar
hacia el fracaso escondido entre el equipaje de un
vagón de tercera clase.
Cuando se sintió conocedor del abismo de los abismos
emergió hacia arriba como caído al mar desde un avión.
Se limpió de todo el lodo que lo fue emborronando sin
apenas darse cuenta, para retomar el camino correcto.
Esta reseña que termino me llegó de boca de Vicenta, la
dichosa chica que recibió una rosa blanca en un instante
de una fiesta cualquiera de un barrio cualquiera, rosa
que partió de unas manos cualesquiera que aletearon en
un aire denso de tabaco para dibujar alas de amor.
Un amor que permanece joven en su recuerdo.
Manuel sigue, tras el correr de los años, siendo su eco
en las noches de espesa soledad.

Miro arriba

Miro arriba.
Dos zapatos colgando de un cable
sobre mi cabeza.
Dos zapatos degollados en público
para escarmiento del que mira.
Dos zapatos-espadas de Damocles
que espero - de caer- no maten.
Dos zapatos-fotografías-metáforas
de la decadencia que babea el
paso del tiempo.
Dos zapatos-obreros de injusto
jubileo al devenir inservibles.
Dos zapatos-madres de útero cóncavo,
que protegieron de la erosión a los pies
que les eligieron en un escaparate.
Dos zapatos-fantasmas que verán
- sin ver -
pasar toda la humanidad por debajo
(si algún desalmado no los desahucia
en un contenedor-ataúd).
Miro arriba...
Bajo la mirada. Me humillo.

Recapacitemos...

Noche de copas.
Pueblo de pescadores asomado a la costa dálmata.
Pedro, de blanco, llega acompañado de Daniela, de negro, a la pasarela de un pequeño yate que duerme en el puerto deportivo.
Cruzan sedientos todos los preámbulos hasta el frío lecho.
Ha sido una velada muy divertida (como en las pelis)
Pedro, ¿No quieres quedarte un rato más Daniela?
no, será mejor que vuelva.
pero ¿A dónde vas a volver si tus padres están en Sevilla?
A la fiesta Pedro. He dejado allí mi sentido común.

Seis años

Envejecer,
morir,
es el único argumento
de la obra.
Jaime Gil de Biedma.

Solo tenía seis años.
El suspiro que apagó las velas
inauguró una tarde de delicias.
El pastel con estridencias de chocolate
fue testigo del quiebro de una brizna.
Los batidos de fruta sumieron en vitaminas
el azúcar reinante, ayudando a deglutir
la patente ironía del destino.
Emilia se sintió reina por un día.
Por un último día...
Después de treinta años, después de una
eternidad custodiando este destello...
puedo afirmar que ella quedó bañada
en sal desde ese minúsculo pestañeo del
tiempo, de su tiempo...
Sigue teniendo hoy seis años.

La curiosidad mató al alpinista.

Quedan apenas cincuenta metros para coronar la montaña.
La expedición de cuatro alpinistas olía la meta después de un infierno de frío y viento, y de burocracia, para obtener los permisos exigidos por las autoridades nepalíes.
¡Qué vista tan espectacular, ha merecido la pena!
Se veían el discurrir del Brahmaputra y el bullir de Katmandú como un concierto de luces difusas y brillantes, a lo lejos.
Después llegó el segundo. El primero le animó a que disfrutara de un verdadero milagro de la Naturaleza, que sopesara la dimensión del logro conseguido.
¡Échate al lado para que pueda ver! -le dijo el recién llegado.
¡ágarrame que me caigo, que me caigo, que me caigooooo!
¡Oh noooo, lo sientoooo!

Un escaparate

Un fragmento de ciudad
sucio, indigno.
Calle escrúpulo número recelo
Atrio del Banco de los caídos.
Bolsa de plástico de un centro
comercial repleta de derrota.
Manta raída marrón tierra yerta.
Esterilla de playa escamoteada a
la basura.
Masa informe oculta a la
indiferencia de la
acera.
Ser humano huyendo del frío inmóvil.
Maniquí de un escaparate que luce
un vestido de la marca conmiseración.
La gente se acerca,
se regodea,
pero no compra.

Te... tantas cosas...

Te huelo y eres una masala de vivencias.
Te persigo y es como querer poseer el
mar en la cuenca de unas manos.
Te dejo ir y me desmorono como sin
espina dorsal.
Te lloro y es soltar la presa aguas abajo
de la desdicha.
Te oigo y me sumo en golondrinas que
retozan nerviosas alrededor del nido.
Te ignoro y te bebo a continuación como
seco de sangre y vida.
Te abandono y me desenamoro para
llenarme de segunda vez contigo.

Atardeceres

El cielo va abandonando su color primigenio.
Los arreboles vespertinos van tiznando su
semblante en progresión aritmética.
Los cantos de los gorriones certifican la negrura
que se avecina inminente.
Vuelvo la espalda a las horas, me encamino al
lecho, que tibio me evoca, me seduce.
Me voy apagando de la mano plácida de la noche,
que de puntillas se retira a sus aposentos.

Stilla olei ardentis

No podía dejar de pensar en la hora de dormir.
Se tenía por una mujer que conoció varón, pero
no el que le gustaría.
Gozaba como nunca hubiera imaginado de ese
tacto invisible, desconocido, que le recorría
durante el sueño cada día, desde hacía tres.
Se anunciaba con una leve brisa que besaba
su rostro para después, con la tersura del visón,
recorrer en todo su largo cada anhelante poro de
su palpitante piel.
Fue un suceder ceremonioso que cesó en el
preciso instante en que abrió los ojos para saciar
su curiosidad. Entonces, como una ráfaga de mar
que agrede la cornisa marina, una visión de Eros
huyó como herido por la gota de aceite hirviendo
que vertiera, huelga decir sin intención, el deseo
de saber de esta encarnación de Psique que
protagoniza este minúsculo cuento.

Retrotopía

Giro el rostro hacia atrás.
Reverdecen a mi espalda las praderas
que apenas puedo distinguir.
La niebla preside delante.
Detrás el tiempo es soleado, con matices.
Como amenaza lluvia, me adentro en el
atrio que se me ofrece a la vista.
Me invaden aromas que ondean
en vaivenes, llenánolo todo.
Retrocedo en mi camino,
se me olvidó algo...

Es muss sein

Como decíamos ayer...
Fray Luis de León.

Hojeaba las cuartillas que descansaban sobre el aparador de caoba del salón.
Martín tarareaba la música que se desprendía de las anotaciones como cosa
ya hecha y representada.
Acto seguido atrapó su violín y atacó el arranque de la sinfonía.
Después de la decimotercera nota la cuerda del do se rompió.
Eran las doce de la noche, el lutier duerme, y su sueño también.

Escepticismo

Observo.
Desde aquella atalaya
veo pasar el mundo.
No juzgo, solo miro.
Las criaturas que se
me ofrecen a la vista
son perfectas.
Todo es perfecto de
imperfección.
Busco la ataraxia.
Habito el medio,
donde está la virtud.
Observo.
Amo lo feo, lo bello.
Soy Nadie para juzgar,
Soy carente e inmenso.

Rompe y Rasga

Rompe la celosía.
Proclámate a los cuatro
vientos, diosa Fama.
Ahoga tu dolor.
Quiebra las cadenas
que te oprimen.
Niégate al tormento.
Ponte a barlovento.
Rebélate al látigo.
Sé sincera.
Zarpemos juntos.
Verás a tu miedo
diciendo adiós.

Gula y Pandereta

Festival de colores.
Destellos devorados
como hijos de Cronos.
Tonel sin fondo que
recibe aguas estériles.
Danaides condenadas
después de la matanza.
Hypermnestra liberada
al olor del incienso y la
mirra. El oro se escapa.
La boda desemboca
en moco rojo y blanco.
Regalos que acaban
en un vertedero que
espera su banquete.
Ser el tonto del haba.

La inanidad del reloj

Todas mis posesiones
por un momento más
de tiempo. Isabel I.
Puedes pedirme cualquier
cosa que quieras, excepto
tiempo. Napoleón.
El tiempo es una ilusión.
Albert Einstein.

Despierto en la noche
y miro el reloj.
El sueño contrariado
me impide ver.
Vuelvo a reposar la
mente sobre nubes de
lana caliente.
Los ojos trasponen el
horizonte ajenos al ocaso.
El sol vence a la oscuridad
descorriendo las persianas.
Vuelvo a mirar el reloj.
Sigue siendo la misma hora.

El tiempo no existe...

El santo al cielo

Acerqué el dedo al soporte de la aguja
para colocarla al principio de un círculo de
vinilo negro que prometía delicias sin igual.
Después de un reducido preámbulo de
disonancias técnicas, propias del formato,
se deslizó cual gacela la Pastoral de Beethoven.
Al terminar la consabida pieza del genio alemán
me invade un acceso repentino de hambre.
Miro en el frigorífico y en la despensa.
No encuentro nada. Caigo en la cuenta de que
es miércoles, toca supermercado.
Acudo al reloj de la mesilla para mi disgusto.
Son las diez de la noche.
No tengo nada para cenar. Desayuno otra vez.
La música me ha traicionado de nuevo.

A Garcilaso

Garcilaso que recitas en mi alma
tu verso de oropel y terciopelo,
bebo tu licor hasta que desvelo,
de todos los pesares me ensalma.
Endecasílabos sin par, pionero
de las letras hispanas, bardo fuiste
de la elegancia italiana, postrero
portavoz del medievo decadente.
Te hiciste acompañar de un tal Boscán,
catalán de talento sorprendente.
Valga este como tributo inútil
a tus méritos de excelso poeta,
Me presto a blandir cual espada fútil
tu poemario, que el desdén sujeta.

El taxista

Casi despuntaba el alba cuando salió de la fiesta.
Se decidió, no sin resignación, a poner punto y
final a uno de esos momentos que cualquier mor-
tal guardaría a buen seguro en el sanctasanctórum
de sus recuerdos.
Vio al fondo de la avenida que soportaba el local
una luz verde que se aproximaba, cuando hizo el
ademán de levantar la mano para detenerlo.
El taxista se apostó al otro lado de la calzada para
no suponer estorbo alguno al tráfico y esperó pacien-
te a que cruzara la calle para dar inicio a la nueva
carrera, en una noche que no estaba siendo de su
agrado en cuanto a lo pecuniario se refiere.
¡Por favor, a la avenida de San Francisco!
Sí señor, como disponga, respondió el servicial taxis-
ta al mismo tiempo que iniciaba la maniobra de incor-
poración al carril preferente.
Al poco tiempo empezó a nacerle un resquemor en su
estómago porque no reconocía el camino por el que le
llevaba, pero no se atrevía a hacérselo saber por faltar-
le en la garganta el impulso suficiente.
Después de veinte largos minutos se paró en otro local,
desconocido para él, y le pidió el importe que marcaba
el vetusto taxímetro.
Antes de pagar se atrevió a preguntar por qué le hacía
apearse en un lugar desconocido y distinto al indicado
por él.
El taxista dijo que debía bajarse y entrar en el local que
palpitaba, a pocos metros, al conjuro de un neón verde

brillante, porque iba a conocer al amor de su vida.

Y así lo hizo; no tuvo el valor de oponerse a su sino.

Pereza

Si todo el año fuese fiesta,
divertirse sería más aburrido
que trabajar.
W.Shakespeare

Lo que puedas hacer mañana,
no lo hagas hoy.
Anónimo.

El hombre ocioso sólo se ocupa
en matar el tiempo, sin ver que
el tiempo es quien nos mata.
Voltaire

Dejándome ir, nirvana.
Suspendiendo mis sentidos,
escuchando los latidos
de un reloj que se afana
en enmendarme la plana.
¡Hoy a trabajar, yo me niego!
Dedicaré el día a mi ego
que lo tengo abandonado,
que grita desesperado
¡Por favor, quiero sosiego!

La Noche

Para anochecer solo un instante queda.
Las nubes se van tiñendo de ausencia
y arrebol, el sol se esconde ya cansado.
Las campanas del pueblo y las completas
de las Clarisas son todo uno.
La luna de soslayo ve cómo descienden
los párpados, abrumados por el cansancio.
Su alba cornamenta se hace más radiante
con el transcurrir del tiempo.
Los moradores más rebeldes se sumen en
la fragancia nutritiva de un libro.
Otros, no seducidos aún por Morfeo, inician
los preparativos de la agreste jornada.
La noche profundiza en sí misma tanto...
que el sol ya es historia.

Cinismo

Poco o nada me basta.
Lo que hay fuera sobra, casi todo...
Comer, dormir, ser una alimaña más.
No necesito nada de ti.
¡No me tapes el sol!
¡Apártate, por favor!
Si vienes a abrumarme con posesiones
pierdes el tiempo.
Me sobra con el aire que me circunda
y un mínimo refugio.
Soy hijo de la intemperie.
No busques fuera lo que no tienes dentro.
Me enorgullezco de ser un perro.
Nadie me manda, soy libre.
El mundo es mi casa,
gratis mi luz, las hojas mi abrigo,
las sobras mi alimento, la caridad mi calor.

Mi pulso es el de la tierra.

Je n'ai besoin rien de presque rien..

Manger, dormir, être une autre vermine.
Je n'ai besoin de toi rien.
Ne cacher-moi plus le soleil!
Eloigne toi d'ici, s'il vous plaît!
Si tu essaies de m'accabler avec tes propriétés,
tu es en train de perdre ton temps.
J'ai tout avec l'air qui m'entoure et

le plus petit refuge.
Je suis le fils de la dure.
Ne cherche pas dehors ce que tu ne tiens pas
dedans.
Personne ne m'ordonne, je suis libre.
Le monde est ma maison, gratuite ma lumière,
les feuilles mon manteau, les déchets mon repas,
la charité ma chaleur.
Le pouls de la terre et le mien, c'est le même.

Lujuria

Imaginarte Afrodita
de una venera surgida.
Con un deseo mirada
no inventado todavía.
Acercarme a tu posada
seducido por tu aroma.
Dejar rastros de saliva
para no perder la salida.
Hundirme en tu gallardía
hasta emerger casi sin vida.
Derramarme en tu agonía
como fuente tranquila.

I imagine you like Aphrodite
arising from a scallop.
I watch you with a no made up
desire, yet.
I approach your inn seduced by
your scent.
I leave some traces of saliva
for not losing my exit.
I collapse under your gracefulness
until almost lifeless emerged.
I spill myself on your dyning stand
like a calm fountain.

Neotenia

Hay vida
si
Hay juego.
Si jugamos la vida fluye
como un río que remansa.
Ser siempre niño.
No dejarse agostar al sol
de la seriedad.
Ponerse en manos de la
Locura.
El verbo imaginar se conjuga
con demencia y recreo.
No dejarse derrotar por
el correr del tiempo.
El tiempo vive sin tiempo.
La sonrisa me devuelve
al medievo de mi infancia.
¡Que la inocencia me habite
per secula seculorum!

Há vida
se
Há jogo.
Cuando jogamos a vida
corre como um rio de
águas paradas.
Ser sempre un rapaz.
Nao deixar-se queimar
pelo sol da seriedade.

Entregar-se à loucura.
O verbo imaginar
conjuga-se com demência
e recreio.
No deixar-se derrotar porque
el tempo corre.
O tempo vive sem tempo.
O sorriso devolve-me à
Idade Media da minha
infância.
Habite-me a inocência
per secula seculorum!

Curiosidad

Nada más salir hacia el trabajo su compañera de piso, se dirigió a
la mesita de noche, donde ella guardaba sus objetos más íntimos.
De entre ellos extrajo un mechón de pelo rizado, y negro.
Se detuvo en ellos mirándolos de hito en hito, como en profundo
escrutinio.
Se los acercó a la nariz para ver si podía captar algun dato oculto.
Sintió, cual repentina sorpresa, un aroma íntimo, a mujer...
Saciada su curiosidad los depositó donde los encontrara y cerró el
cajón.
Sin solución de continuidad se sentó al lado de otro cajón, el de su
lencería más íntima...

Només sortir cap a la feina la seva companya de pis, es va dirigir a
la tauleta de nit, on ella guardava els seus objectes més íntims.
D'entre ells va extreure un floc de cabells arrissats, i negre.
Es va aturar en ells mirant-los de fit a fit, com a profund escrutini.
Se'ls va acostar al nas per veure si podia copsar alguna dada ocult.
Va sentir, com sobtada sorpresa, una aroma íntim, a dona ...
Saciada la seva curiositat els va dipositar on els trobés i va tancar
el calaix.
Sense solució de continuïtat es va asseure al costat d'un
altre calaix, el de la seva llenceria més íntima ...

A contraviento

El viento me da de frente.
Recibo un fresco renovador,
que me hiela lo vivido,
que lo conserva
por si lo necesito.
Me traslada este viento a una
logia masónica, donde seré ungido
en rito iniciático.
Discurro renovado por las calles
que, sin sospecharlo, me llevan
a mí mismo, al centro de mis paradojas.
Todo lo ya vivido, con toda su
intensidad, queda al fondo de mis
cajones.
Arranco al vaivén de costumbre.
Profundizo axiomas, máximas, conjeturas...
hasta llegar a puerto.
Decido mis pasos por este camino.
Veo, creo ver, un castillo blanco de plata.
Engaño mi mente, ¡es la meta!
La purpurina titila en aurora improbable.
¡Allí descansa el crisol de mis esencias!
me digo, pero no me creo.
Intuyo que me deslizo sobre la senda correcta.
La mañana, con su luz radiante, confirmará
mis sospechas.
Doy un paso más...
Busco mis claves, mi libertad.
Me siento cada vez más cerca.
Trascenderé..

Me reencarnaré hasta que mi alma
se rompa de tanto usarla.

Navidades muertas

Tres operarios que se afanan por encima.
Una suerte de grúa sentencia los pecios
de las últimas alegrías, que se vendieron en
colmados de hipocresía.
Sobre mi cabeza sobrevolaron pedazos de
ilusión que se maceraron en pretérito espumoso.
Las luminarias que encandilaban mis pasos
se muestran ya frías, blancas, envueltas en sábanas
de sueño eterno, aunque anual.
El que fue deseado descanso, el que parecía inalcanzable,
no es más que una página ya amarillenta, con números
rojos y negros manchados de salsas que esperan su peste.
Hay pasados que, apenas mueren, son arrumbados donde
no molestan, porque no han merecido ni el recuerdo.

Walden

SE DECÍA de él que rebullían desde sus adentros los escasos verdores
que el quemar del tiempo le dejó por descuido.
Aunque frisaba ya en los noventa, en su pueblo se le seguía viendo a la
hora en que la mañana extiende sus primeros desperezos, andando
hacia el espeso bosque que acariciaba el monte Frascario, promontorio
que presidía ufano el villorio del que jamás salió.
Adoro la bofetada que el frío de la mañana me atiza nada más asomarme
a la intemperie, decía con orgullo a quien le interpelaba sobre esta insólita
costumbre, y acto seguido detenía su mirada en el rostro del osado curioso
para atrapar los pensamientos que se dibujaban entre sus facciones.
Le fascinaba adentrarse de puntillas entre los dormires de los álamos para
sentir la respiración del pulmón verde que se explayaba inmenso a su
alrededor, así como acechar el deambular de las alimañas en procura de
alimento.
Hace tal que veinte años, inspirado por la lectura de Walden de Thoreau,
se lanzó a una pequeña cabaña fabricada de leños y hojarasca amén de algún
que otro lienzo de tela que pudo agenciarse, donde vivió aislado y de lo que
pudo durante dos semanas para experimentar las sensaciones del protagonista
de la obra cumbre del pensador norteamericano. Fue una experiencia que
pergeñó en su alma un vínculo inmarcesible con el bosque, que lo erigió desde
entonces como un miembro más de su familia.
Ayer me lo encontré en la calle mayor de su pueblo, con un aspecto envidiable
a sus ciento seis años, y no pude por menos que detenerme para mostrarle mi
más absoluta admiración y respeto por su ejemplo.

Pero...

Quiero atrapar el agua
que corre entre mis dedos pero...
Quiero tenderme sobre la nube
que asoma a mi temprana ventana pero...
Quiero galopar a horcajadas sobre
el viento que osa acariciarme pero...
Soy un deseo hecho carne cierta,
carne que cae sin remedio.
El agua, la nube y el viento se avienen
a muros anhelantes de posesión, mas
nunca son poseídos, no son nada.
El agua, la nube y el viento son nada,
son todo, porque no son esclavos de
sus formas.
Yo sí.

Inercia

Ayer me ahogaba inmerso en un
mar de certezas vacías.
Veía por delante caminos que no
eran, por ser lo acostumbrado.
Me deslizaba a lomos de un tren
sobre desfiladeros de seguridad,
ciego, sordo, casi mudo.
Una mano oculta sostenía la cruceta
de mis hilos, me daba sinsentido.
Una noche, al abrigo de unas voces que
replicaban mis ecos, robé las tijeras
a la parca, las elevé sobre mi cabeza.
Sin dar opción a la duda me atreví a
cortarlos, perplejo descanso.
Por momentos yací informe, exánime,
sin estructura que me diera soporte.
Al poco noto como la esperanza
empieza a colarse por los poros de trapo
de mis extremidades hasta hacerlas erguirse.
El asombro me embargaba al ver cómo
era capaz de andar por mí mismo.
Hoy ya no soy marioneta, eso creo.
Mis hilos navegan al viento del nunca jamás.

Retrocedo

Abro una cálida ventana de agosto.
Mediodía.
Me inclino sobre su materno alféizar.
Mi mirada vuela hacia la infantil baldosa
que galopa cansada del trote, brotan risas.
Me llama el remanso de un niño, solo.
El resto se confunde en un incesante fluir,
gritos, patadas, juntos.
No veo más que al que está en el banco.
(El que se para a reflexionar)
Noto como levanta su mirada, se da cuenta...
Se me detiene en los ojos, fijo, como si me
conociera.
Me sonríe, dulce, cómplice, nos fundimos...
Somos uno.

Era yo.

Fue una dura jornada

Eran las nueve de la noche, hora de cerrar.
Me deshice del mandil que me abrazaba desde las seis
de la mañana para colgarlo en el perchero azul.
El pan que sobró lo reuní en el fondo de un gran saco
de esparto con destino a las casas de acogida, no eran
tiempos para derrochar ni una migaja.
Tras las tareas de rigor previas al cierre me decidí a echar
la persiana, no sin el inevitable estruendo que en más de una
ocasión me recriminaron los vecinos.
Subiendo la calle hacia la plaza de las Tres Gracias advertí una
presencia a mi espalda, fue tan solo una impresión.
Miré hacia atrás sin hallar porqués, seguí andando.
La zozobra me llevó en volandas hasta el quicio de mi portal,
el número nueve; metí la llave en la cerradura.
De repente una mano de hombre me detuvo, se me posó sobre
la mía justo en el momento de girarla, el susto fue monumental.
¡Antonio, despierta, que ha terminado la película, vámonos a casa!

Ser o no ser

Respondo al reclamo de una luz, al fondo.
Emerjo del letargo, emboco una avenida
gris y fría, de duro adoquín traqueteante.
Avanzo contra una muchedumbre que se
va haciendo mar, más, a medida que...
Dudo entre retroceder a la carrera y bañarme
en la humanidad que me achica.
Opto por lanzarme de bruces para cruzarla,
para olvidarla en lo esencial.
Escojo una senda que, aunque desierta, me
acuna como un útero a su feto.
El escaso espacio que puedo exprimir de entre
un enjambre de cuerpos encadenados es poco,
imploro aire para respirar.
Aspiro oxígeno libre de calor, de dependencia.
Devoro soledad, desolación y desamparo, mas
necesito a mis iguales, no he podido elegir.

Ser o no ser.
Amor o soledad, ser decidido o decidir...

No es posible

No es posible poseer sin ser poseído.
No es posible amar sin ser transformado.
No es posible beber un sorbo de pasión
sin que arrase el esófago.
No es posible saberse a cubierto cuando
el amor llueve, gotas de rojo vitriolo sin
reverso.
No es posible renacer sin morir, solo la
ceniza amamanta al ave fénix de tu verdad.
No es posible anhelar la paz sin guerra que
te mire a los ojos.
No es posible vaciarse sin que el peso
del cielo te arrugue el alma.
No es posible caer enamorado a voluntad
porque amor y voluntad son agua y aceite.

Imaginaba, imaginaba...

Acababa el sol de encaramarse a su cenit cuando ocurrió
lo que siempre ocurría.
Ventanero como de costumbre, en aquellas horas en que
el tedio nos rellena el alma, Jorge Juan se afanaba en
imaginar...
A cada desconocido que se dignaba por azar ofrecerse a su
vista le colgaba el sambenito de su acerada imaginación.
A una mujer, que cruzaba rauda bajo el alféizar, le endilgó un
marido banquero y dos hijos, todavía infantes, y un pesar sobre
su corazón por sentirse mal querida. A un joven agraciado que
irrumpió corriendo en el teatro de los hechos le hizo víctima de
un complot que su jefe estaba pergeñando para despedirlo de
manera procedente. A un anciano...
Así pasaban las horas hasta que su estómago sonaba cual alarma
gusanera, cuando volvía grupas hacia el salón y desaparecía hasta
las primeras horas de la tarde.
Según referencias vecinales, Jorge no abandonó esta costumbre
hasta el último instante de su existencia, habiendo creado más de
mil vidas imaginarias, ninguna de las cuales coincidieron nunca con
las reales.

Ni siquiera la suya.

Mariana Pineda

Mariana Pineda me lloró esta mañana.
Espera la sentencia del lucero del alba.
Le abrí mi puerta, entraba descalza,
Olía a jazmín y flores de lavanda.
La bandera que por vestido llevaba
le cubría hasta el cielo del alma.
¿De qué huyes? le interpelaba.
Huyo de la congoja que me embarga,
que me tiene presa y malparada.
Los secuaces fernandinos me llaman
para ser pasto de sus terribles llamas
y vino viejo de sus sedientas gargantas.
Anhelan sin rebozo que les cante la trágala,
pero yo solo tengo voz para una nueva España.
El patíbulo impertérrito de muerte me aclama.
Mi delito, esta bandera que ves bordada
que derrama sangre amarilla, roja y morada.
Seré posteridad pronto, muy a la alborada
vendrán los verdugos porque alguien les manda.
¿Quién es ese alguien? yo me preguntaba.
Como adivinando la pregunta ella me contestaba:
Ese alguien es el enemigo de mi patria.

Yo y Tú

Yo.
Te veo desde donde estoy.
Tú.
Desde donde estás no puedes.
Yo.
Sí, a través del espejo.
Tú.
¿Y qué ves?
Yo.
A una mujer perdida.
Tú.
No te entiendo.
Yo.
A eso me refería.
Tú
¿A qué te refieres?
Yo.
A que buscas pero no encuentras.
Tú.
¿Y qué busco?
Yo.
A la niña que fuiste.
Tú.
No soy feliz.
Yo.
No puedo hacerte feliz.
Tú.
¿Por qué?
Yo.
No tengo el poder.

Rosa Parks

La jornada había sido dura como pocas.
Son muchas horas fijando la vista en cada puntada, para que la labor quede a pedir de boca.
Estaba deseando llegar a casa para descansar, para estar con Raymond y olvidarme de que estoy en este mundo, tan injusto por otra parte.
¡Por fin llegó el maldito autobús!
La noche emerge del crepúsculo, la oscuridad es hermana del miedo.
Subo, pago el billete y bajo para entrar por la puerta de los negros.
Consigo un asiento, ¡qué alivio!
Me he sentado en la zona central, donde los negros no tienen preferencia. Si un blanco me lo pide debo cederle el asiento.
Era hora punta, la jornada laboral de casi todo Montgomery había concluído, las paradas estaban atestadas.
El conductor me exige que me levante para que se siente un chico blanco, tiene la ley de su parte.
¡No! ¡Basta de injusticias, tengo el corazón cansado, y el espíritu.
No soporto más este capricho, me quedo sentada, hoy no, nunca.
No me era dado en ese instante pensar que, con esta negativa, había derribado la primera ficha de un largo dominó de esperanza, negro y blanco, que acabó, no sin coletazos de muerte, con la boa constrictor de la segregación racial.

Escarcha

Estamos juntos.
Te ofreces rosa ya marchita.
Te imploro tardes, noches verdes
en el recuerdo, soy torpe en la nieve.
Tú, inmóvil, te deshaces con desgana.
Yo, culebreo en un lodazal sin oxígeno.
Mis dedos sobrevuelan estepas
inmunes al fuego.
Juntos, bajo mortaja de sábanas blancas.
Oigo un chasquido, despierto a la caída.
Levántate... es hora de partir.

Libertad de expresión

Mariano se precipitaba calle abajo perseguido
por la censura, perro de fauces anhelantes de
carnaza. Por más que doblara las calles, librarse
de su amenaza era asunto poco menos que imposible.
En un sorpresivo instante se sintió solo, se pensó
libre de la persecución y descansó en un recodo de
la acera. De repente, la censura saltó a su yugular cual
sentencia nefasta. Mariano cayó fulminado, la sangre
perfundía su cándida camisa hasta trocar su color.
Acaba de ser enterrado, igual que lo está siendo la
"Democracia".

Ciego

Ciego.
Quiebras tu cayado sobre tiernas espaldas.
Ciego.
Bajas el telón de una función que no acaba.
Ciego.
Te niegas a mirar bajo tus sábanas.
Ciego.
No sabes que tras la tempestad viene la calma.
Ciego.
No ves bajo el fragor que por dentro te araña.
Ciego.
Si miraras,
verías que el sol sigue dando mañanas.

Caducidad

El monaguillo esperó a que salieran todos los feligreses.
Una vez que la penumbra y el silencio reinaran sobre el altar mayor de la parroquia, cuchillo en mano, se dirigió con saña al crucificado que lo presidía, que parecía mirarle con estupor.
Emprendió la venganza serrando el madero en el area que dejaban libre las sangrientas pantorrillas, hasta acabar con el susodicho estampado contra el suelo bajo un estruendo que enervó a toda la sacristía, en ese instante solo ocupada por el párroco.
¿Que ha pasado ángel de Dios? exclamó éste enardecido.
Repuso el primero:
Pues que ya no es necesario, no nos escucha.

Monteverdi

El himno de Gonzaga dibuja un silencio.
Velo de Maia que embruja la estancia.
Prima Donna de virgen presencia.
Trinan los dioses, lira en cadencia.
De ambrosía musa embriagada.
En su proclamar soprano angelada.
Venus campea, en su rostro retratada.
Apolíneo tenor, tronante réplica.
Botticelli a los pinceles, griega épica.
Orfeo en desespero, de amor vencido.
Eurídice renace, mortal ilusionada.
Vida vibrante, a los vientos borbotea.
Elixir de música, clamante platea.
El mito termina, la ópera comienza.

Tentación

Nunca sintió en sus dedos la caricia de semejante metal,
torneado por las mejores manos que pudieran afanarse
en tan noble arte, como es el de la orfebrería.
La gargantilla que le deslumbraba sus ojos, de plata fina,
era de una pureza tal que su valor, que no su precio, era
inconmensurable, su sonrisa de deleite era un arco iris de
felicidad.
Se puso, en la intimidad de su casa, sus mejores galas para
calibrar el resultado que, de lucirla, podría imaginarse ante
los más exigentes amigos, que, de seguro, se desharían en
halagos.
Sus ensoñaciones son conjuradas por un repentino timbrazo.
¿Es usted Nuria González Urbaneja?
Sí, yo soy - dijo en un quiebro de voz, casi sollozante.
¿Puede acompañarme a comisaría, por favor?

Amazonas

¡Valerosas Guerreras, alzaos.
Levantad puños contra el opresor.
Blandid armas contra Leviatán,
que os somete a su arbitrio.
Arquead de caballos la grupa
de ancestral convención
que os aqueja.
Arremeted arietes contra murallas
de sumisión rebosante de musgo.
No olvidéis que no hallaréis enemigo.
El enemigo yace en vuestras entrañas.
Duerme velado por densa, antigua tinta.
Siglas tendenciosas os convocan a la lucha.
Estandartes de guerra exaltan ardores
que deberían prender los leños del hogar.
Arengas de batalla excitan vuestro coraje.
Cargad contra el enemigo, os dirán.
¿Dónde está?
El sol de mañana relucirá radiante.
La calma volverá a regir el suceder
de los días.
Los juncos se asomarán al río como ayer.
Salid al campo.
Bendecid vuestra nueva era.
Luchad por limpiar vuestra hojarasca.
Id paso a paso.
Miraos por dentro. ¿Os queda costra entre
las vísceras?
Blanquead vuestras conciencias.

Queda todo el camino por delante!

Jericó

¡La Baronesa de Vallespin estaba deliciosa...!
Sentía el joven Jacomo Casanova cómo ese pensamiento
bombardeaba sin solución de continuidad sus más íntimos
murallones de contención, que amenazaban derrumbe.
El Matrimonio Secreto, de Domenico Cimarosa, hacía de telón
de fondo al cortejo que desde que la baronesa le fue presentada
se cernía como halcón de mal aguero, dirían las malas lenguas...
En el apogeo del tercer acto, cuando el paroxismo de la trama
se extendía sobre la platea como el véspero sobre el cielo,
osó depositar su blanquísima mano sobre tan torneada rodilla,
que principió a temblar como los bastiones de Jericó al estruendo
de las trompetas de la lujuria.
Lejos de rehusar el atrevimiento, la Vallespin, haciendo honor a su
mombradía en las bajas artes, tomó la mano del asedio y la acercó
a los arsenales, deseosos de fuego que lo hagan saltar por los aires.
Con una mirada de inteligencia, decidieron suspender la audición
para retirarse a sus aposentos.
Lamentaron tener que perderse el desenlace de tan sugerente ópera,
pero irrumpieron urgencias que no admitían demora.

Gabriel

Se buscaba en un camino pedregoso.
Se servía de una barita mágica.
Se sentía retozar en un país maravilloso.
Por la Parca fue sorprendido.
Le ofreció cobijo.
Él aceptó su sino.
Salió gustoso de su escondrijo.
Llegaron a un edén de infierno.
La barita se tornó hacha, negra magía
mediante.
La Parca abstraída de sí misma se olvida.
La visión del acero la despierta.
Gabriel resiste lo que escrito queda,
ajeno a lo indeleble.
La Parca no sale de su castillo para jugar
con las margaritas.
Cumplió su misión.

Adulterio

¡Míralos!
Dos jóvenes que se aman como
si otra vez no hubiera.
Como el mar recibe al río, que exhausto
entrega sus aguas, ya lodosas, ya pesadas de tanto
soportar...
¡Míralos!
Se dejan ver sin recelo de miradas, sin rubor que se
precie, como arrojando a la cara de los curiosos un
derecho que les compete solo a ellos, el de amarse.
¿Hay algo de malo en exhibir la dicha, el placer de vivir,
de sentir?
Me tienen atado a la ventana como una mosca que quiere
salir de su presidio, ¿Dónde irán ahora?
Parecen poseídos por un demonio que les encamina a un
cielo ensortijado de violines, de orondos querubines.
¿Cuándo se van a despedir? ¿Dejarán algo para después?
¿Sabrá ella que le estoy esperando, que debo irme al trabajo?
Un niño, a mi espalda, irrumpe en perentorio sollozo, parece
hambriento.
¡Pequeño mío, sosiégate que mamá está a punto de llegar
para amamantarte!

Patria

No puedo no arrodillarme de gozo.
Tu presencia es altar que amarillea.
Tus mejillas son pomas que rojean
cual astro que se acampana rijoso.
Rozagante de luna es tu semblante.
Nido de sierpe que muerde manzana.
Retrato de reina que eternidad rebana
cual pan ácimo que persiste constante.
Lamento tu desdicha por mi partida.
Las bravas huestes del rey me reclaman.
El infiel llama a las puertas de este burgo
que tiembla ante la inminente porfía.
¡Aquí debo dejarte, señora mía!
La obligación desaira mi deseo de tenerte.
Mi caballo impaciente espera.
La gualdrapa ya cae desde sus ancas.
La muerte aguarda en el campo de batalla.

Corriendo

¡Hijos míos, que la orilla de la dicha casi os besa!
Apenas no habéis nacido cuando el cormorán del
desgarro está pronto al fatal acecho.
¡Venga retoños del amor, que el edén del descanso
está cada instante más próximo!
Ayer, en la oscuridad de la noche yacíais envueltos
en amarillo vitelo que os alimentaba, hoy ya adultos
en el bregar de la vida corréis con el cuello enhiesto
en pos de la supervivencia.
Os sigo esperando de este lado del abismo, infierno
salobre que os aclama cual si fuera el séptimo cielo.

Solo ellos pudieron contarlo.

Mutatis mutandis

Que todo cambie para que
todo siga igual.
El gatopardo de Lampedusa.

Pies en carne viva.
Heridos por el rayo.
Desierto hambriento de quimera.
Maná que llora al alba, primavera.
El adusto desierto se vuelve vergel.
Cuarenta años con sus noches y sus días.
Llega el sabbat, Yavé descansa, cielo sin lluvia.
El pueblo hebreo feliz, se acostumbra.
Sopa boba.
Renuncian a la tierra prometida.
El mar está a la vista.
El maná pronto será recuerdo.
Echemos arena sobre las aguas...

Cante Jondo

Aguaceros de flamenco inundaban los corrales de la pedanía.
Rayaba el día al son de peteneras mientras el céreo sereno
ronqueaba de tanto pregonar silencio.
La niña Araceli derramaba duende a raudales cuando sonaba en
el campanario de la iglesia la hora de los churros con chocolate.
La Autoridad, vestida de aguafiesta, deslizó sus nudillos sobre el
alerce de la puerta hasta desgarrarla de odio y saña.
El olor a sardinas asadas y carrillá en salsa obró el milagro de los
panes y los peces, con Jesús tronando por bulerías y María sin niño
que le estorbase.
Los agentes fueron entregados con la camisa hecha jirones y sin
placa que denunciara su nombre al carrillón del almuerzo, bajo el
saludo de un sol de puro amarillo que hería la pupila.
La Justicia desembocó sana y salva, mas ojerosa y derrotada,
en las dependencias de la Guardia Civil del lugar.

Iscariote

Ser alfarero del metal es mi profesión.
Moldeo tesoros adolecientes de traición.
Recorro de Galilea el mar de pescadores
que destellan esperanza de sus miradas.
Expresan ilusiones vertiendo sus pobres
monedas en mi humilde saca.
El Sanedrín me requiere urgido.
Ofrece treinta monedas de plata por
nada..., un simple beso...
¿Qué vale la lealtad hacia una causa que
está sentenciada de muerte?
Es un trato razonable.
Él ya lo sabe. Lo comprende...

¡Qué cabeza!

Arma virumque cano.

Tuvo que huir de su ciudad, la que lo vio nacer.
Con su padre a cuestas honra su estirpe, casi extinta.
Recorrió con el alma a los pies miles de leguas marinas.
Los Mares Egeo, Jónico y Tirreno fueron mudos testigos
de sus lamentos y receptáculos de sus oscuras lágrimas.
Cuando se aproximaba a la adorable Sicilia fue succionado
como por un destino amoroso, que se supo decepcionado
por las exigencias de la Historia. Debía fundar un Imperio...
En su hondo rencor, la deliciosa Dido juró a los dioses
venganza. Cartago se descarga contra Roma.
Su padre quedó sepulto a las puertas de la gloria porque
no había espacio reservado para él en la posteridad.
Cuando satisfecho de avistar costa, con la sonrisa abarcando
sus mejillas, se dispone a tomar posesión de su trono, vocea
a la ansiosa tripulación para que emprenda el desembarco
en una playa que toca la desembocadura de lo que parece un
gran río.
Revisando sus pertenencias constata horrorizado que uno de
sus útiles íntimos, imprescindible a lo sumo, lo dejó olvidado
en el tocador de su habitación troyana. Su cepillo de dientes.
Tras unos largos cinco minutos de reflexión, durante los que
desfilaron por su mente todo el Olimpo de los dioses, tronó a
su pesar la siguiente frase:
¡Amada y fiel tripulación, virar a estribor, volvemos a Troya!

La culpa

La Sabuduría no es cosa de viejos,
es cosa de sabios.

Arrastraba tras de sí un rosario de
hojalata que casi no le dejaba avanzar.
Corrí hacia él y lo cogí del brazo para
ayudarle a tirar.
Le pregunté qué era lo que le hundía
sus hombros, me contestó que la culpa.
Para qué sirve la culpa, le pregunté.
La culpa es un jabón verde que no quita
la suciedad, solo lo intenta.
De donde viene su culpa, le pregunté.
De mi madre, me la dio en herencia.
Y si no es suya, por qué no la deja en el
suelo, le pregunté.
Porque es lo único que me queda de ella,
me contestó.

Cáncer

Esquilo murió reventado por una tortuga
que cayó del pico de un águila, cuando
sobrevivió a los persas...

Hay ojos que acechan en el sosiego.
Puso todo su empeño en superarlo.
Lo asumió como reto.
Toda la energía derramada de su cielo
se precipitó contra la desdicha.
Se asomó al balcón para exhibir al aire
el arco de su sonrisa, era el éxito.
Miró el firmamento en espera de una señal
de orgullo de la madre Naturaleza, que le
acariciaba con su rocío ya tardío, caduco.
Los gladiadores dormidos en cada una de
sus células doblegaron a la bestia que le
pudría por dentro, a vida o muerte.
La ilusión, antes ausente, pintó de verde la
campiña donde yacían ya los caídos.
Pero la guerra no había acabado.
El enemigo resurgió, Ave Fénix.
Los negros ojos avizoraban el cambio de guardia.
Dieron el zarpazo fatal cuando las picas reposaban
sobre la arena.
No los debió dar por vencidos...

Isadora Duncan

La tarde se difuminaba rosácea entre los penachos de nubes que historiaban el atardecer sobre la playa, en Niza.
El encantamiento en el que estaba sumida me parecía de ensueño, no podía dar crédito a tanta belleza, y además de la mano de Benoît, mi Falchetto de mi alma, un as del automóvil.
No había nada planeado, nos dejamos volar a los vientos que tenues caracoleaban la superficie acuosa que se avistaba azul, desde aquí.
Benoît, como os decía, era un avezado conductor, no en vano se ganaba la vida como afamado corredor de carreras deportivas, que por entonces empezaban a granjearse las delicias de los chicos, sobre todo aquellos que se dejaban ver en los bailes de alta alcurnia que menudeaban en la costa azul, por entonces...
Sin más dilación nos acomodamos en un Bugatti, si no recuerdo mal- aunque os confieso que no soy una entendida en estas lides- para entregarnos a la aventura, que fue por desgracia la última.
Me metí dentro de mi mejor traje, un modelo con escote palabra de honor de Octavie Lansême, que me concedía una apostura, ya ajada por la edad, que otros ya me gustaría.
Como la noche nicense era de cuidado me enfundé el fulard negro que tanto me gustaba, tan largo que me servía de improvisado abrigo.
Era tal la velocidad que alcanzamos por sobre las carreteras costeras que la prenda se enrolló en la llanta de la rueda trasera, arrastrándome tras de sí cual vulgar piltrafa.

Él ni se dio cuenta, hasta demasiado tarde...

Esfinge

Solo una cosa da sentido al vivir:
El amor.

Sin amor no soy nada.
Persistiré si procuro Amor.
La Soledad acecha.
Espera como la Esfinge.
El amor sabe la respuesta.
Me detengo, el enigma brota.
Miro si tengo amor.
¿Seré devorado?
La pregunta vuela.
Se posa sobre mi oído.
Es " El Hombre" la respuesta.
La Esfinge asiente con pesar.
Comienzo con cuatro.
Sigo con dos.
Muero con tres, ¿sin amor..?
El amor es viento, el corazón vela.
La esfinge abre la puerta.
La Soledad se retuerce de rabia
y huye despavorida...
Muere de vergüenza.
Momo se burla hasta el escarnio.
Layo y Yocasta descansan en paz.
Están orgullosos de mí.
Edipo soy, con los ojos intactos.
A salvo de oráculos.
Condenado al amor.

Sin incestos que valgan...
Sin sangre en el mirar.
Sin agujas que hieran.
Sin ceguera consecuente...

Intemperie

Tengo frío, mucho, pero que mucho frío.

Caían de un cielo vespertino blancos copos de desolación.
El cartón que me aísla sin lograrlo se deshacía tierno,
incapaz ante la insistente nevisca.
Me retuerzo cual caracol, ovillo desmadejado.
Me espera una larga noche.
Las horas que serán deshojadas se cernirán sobre
mi piel como carámbanos que apuntan a un cráneo que
no admite filosofías. Ser o no ser...
San Petersburgo no está hecha para ser visitada cuando
duermen los pájaros, y menos cuando sus calles están
cerradas a la sensatez.
Alargo la mano para acercarla al fuego, a un fuego blanco
que me hace olvidar que existo. Un buen trago de vodka
convierte en lava la sangre que torrentea todavía por mis
escleróticas venas, aún azules de aristocracia.
Sé que mi vida se me despide lenta por esta alcantarilla
que me acompaña, que me susurra efluvios de una
civilización que se asienta sobre la inmundicia.
No soy un desperdicio, aunque me miren como si lo fuera.
Solo soy un desgraciado que puso sus pies en un lugar
inadecuado, a una hora intempestiva...

Inocencia

Hay elogios que dañan más
que una crítica.

Al abrigo de la noche me guarezco.
Atrapo negro un delicioso queso.
Vuelo raudo.
Me poso sobre la rama de un árbol.
Mi instinto es ajeno a la moral.
No sé de eso que llaman el mal.
¡Pájaro de irisado plumaje,
deléitame con tu dulce voz! - dice
una hermosa zorra, de espeso pelaje.
Ufano me invaden sus halagos.
¡Se rumorea a viva voz de tus dotes
de tenor! -se relame de astucia.
Hago aguas anegado, avalancha.
Palabras que confunden mis sentidos.
Ingenuo, abro el pico
Cuajo amarillento que cede vencido.
Gravedad que trueca el botín de boca.
El segundo deseo vence al primero,
al mío.
Ilusión que muere en la orilla.
Quedo mudo de la impresión.
Huyó como alma que lleva el diablo.
Algo muy grave ha debido sucederle.
Algo muy importante para renunciar

a mi portentoso trino.

Ella no sabe a qué se está negando.

Yo sí lo sé.

Avalancha

Tanto nadar para morir en la orilla.

Después de una eternidad de desaliento, después de días de
huellas impresas en el quizás de la supervivencia, la cima se
alzaba altiva ante sus incrédulos ojos de témpano.
Juanito empujaba con su entusiasmo a las jadeantes
almas, exánimes de soplo y sonrisa, que ya casi
serpenteaban, si no se hundían, sobre la avalanchosa
nieve que amenazaba sepultura, féretro blanco y sangre.
Edurne, así como el grueso de la expedición, levitaba sobre
sus piolets sin sentir sus miembros, solo les alentaba la deuda
del objetivo, visionado minuto a minuto desde que se supieron
participantes de esta locura, solo quince días antes.
Se entreveía un sol escondiéndose entre las crestas del insigne
coloso, a la espera de la inminente culminación, que rindiera
sus congratulaciones a todos y cada uno de los expedicionarios.
Cuando consiguieron la proeza, que la ventisca mañanera sumió
en lo improbable, se reunieron en corro alrededor de Juanito, que
manteado llegó a las inmediaciones del segundo coro de ángeles,
el de los querubines, que aletearon exultantes.
Juanito decidió quedarse a vivir con ellos; quién sabe si alguna
vez estaría tan cerca del cielo.
Se despidió con una sonrisa hasta el próximo recuerdo.
Misión cumplida.

Gustos y Colores

Sobre gustos todo se ha escrito.
Sobre colores disgustos.

Abanico de colores sobre la ensenada.
Una sucesión de gotas obra el milagro.
La soleada luz atraviesa el letargo
de una grávida nube que se descarga.
Asomada a la ventana ves el espectáculo.
Sentada en el alféizar saltas al vacío.
Estupefacto alza la vista el gentío
que acunan sus brazos cual receptáculo.

Cuando se acerca el súmun del abrazo
la maraña de tendones desaparece,
el duro adoquín sorprendido se adormece
para improvisar un postrero capazo
que impidiese el inevitable batacazo
que ni el mismísimo Newton impedir pudiese.

Tuviste suerte de prenderte a tiempo al arcoíris.
El garfio de tus aterciopelados dedos
sobre el color verde se cerró,
In extremis agarraste la esperanza del amor,
¡te pudiste salvar por los pelos!

Malos tiempos

No hay tiempo malo para la Lírica.
Miro al cielo y me invade un arrebol.
Miro al suelo y me invade el barro.
Miro al quizás y me invade el ensueño.
Miro al ayer y me invade la nostalgia.
Para todo mirar hay un verso.
Para todo imaginar hay un quejido
que se derrama en estrofa.
Lírica es plastilina en manos de la magia.
Lírica es arcilla que mancilla la arrogancia.
Lírica es venablo de Paris contra el talón
de Aquiles.

Ahora

Por si no te lo contaron...

Dentro de tí habitaba la Sabiduría.
Era por aquellos años que se quedan
prendidos del alma.
Un día perdido en la lontananza
fuiste sabio, cuando no lo supiste.
Un día en que todavía no había camino.
Un día de esos que no se sospecha,
cuando tu solo eras barro que esperaba
unas manos blancas...
Después, perdiste el tren.
Tu sabiduría se subió en marcha
al vagón, se asomó a la ventana.
Te dijo adiós agitando un pañuelo.
Nunca más supiste de ella.
Ahora que eres pasto
seco sobre tierra yerma...
Ahora que tu carne sedienta
se abre a la lluvia.
Ahora, ya tarde...
Te acuerdas de Arcadia
Y lloras perlas de desaliento.

Ahora, precisamente ahora.

Némesis

Si incias un viaje de venganza
cava antes dos fosas.
Confucio.

Matar es morir para siempre.
Arrepentirse es desear para siempre.
Vengarse es abismarse, para siempre.
Retrocederse es una obsesión.
Rehacerse una quimera.
La venganza me arrastró río abajo
hasta llegar a un mar sin playas...
Tú yacías bajo una palmera.
Mar sin horizonte,
sin arrebol vespertino.
Soy carne de naufragio.
Me lleva una balsa con dos
cuerpos.
No debí dejarte ir.
Aquí estoy arrodillado.
Deposito tu ayer
en esta fosa.
Aparece tu nombre
grabado en su lecho.
Te quiero más que nunca.
Ya eres Galatea que vuelve
al mármol primigenio.

Cada mañana

El color depende de la mirada.

Adoro mirarte cuando
duermes, con calma.
Cuando sueñas en silencio.
Si me acerco a tus ojos
veo el niño que fuiste.
Juegas.
Si me acerco a tus oídos
escucho tu sollozar oscuro
reclamando unos brazos.
Si me acerco a tu nariz
huelo el café que al despuntar
la mañana inundaba tu niñez.
Si me acerco a tu boca...
No quiero despertarte...
Cada mañana.
Desde tu primer aroma
en mi almohada
me siento a mirarte.
Duermes.
Siempre duermes.
Ignoras entre nubes blancas.
Cada mañana.
El color de tus ojos cambia.
Cada mañana.
No puedo conocerte.

Solo imaginarte...

Desperté

Me llegaron a los oídos unas notas.
Eran notas que se excusaban de llamar mi atención.
Dejé mis quehaceres, sorprendida, enjugué mis manos
con un trozo de paño blanco que colgaba lánguido y me
precipité hacia el lugar de donde procedían.
La puerta estaba entreabierta.
Para no distraerle me asomé sin que pudiese advertir mi
presencia.
No pude dar crédito a mis ojos.
Vi a un niño rozando la pubertad con una peluca blanca,
casaca roja de húsar y medias blancas, con la cara pálida
de talco aromado.
Se afanaba sobre un clavicémbalo caoba con tanto arrobo
que pareciera poseído por las musas.
No se percataba de que estaba siendo observado.
Cuando la última nota se perdía en el aire me acucia una
voz que me implora insistente.
¡Mamá! ¿estás escuchando cómo toco?
Me acerqué de nuevo, observándole estupefacta.
Quedé petrificada ante el prodigio que tenía lugar.
El niño que pude ver minutos antes vestido a la usanza
dieciochesca se tornó, como por ensalmo, en un niño con
camiseta blanca y pantalones vaqueros.
Me invadió una sensación de alivio, a la par que una especie
de desilusión.

La monocorde realidad volvía por sus fueros.
De nuevo.

Humildad

Aún aprendo

Anegado de exilio exhalo mis últimos suspiros.
Me contemplan ochenta primaveras.
Mente insaciable, como cuando empecé.
Curiosidad adolescente, vitalidad primordial.
Lo nuevo me alimenta.
Sé que ya es tarde. No hay tiempo.
La hora final va a desprenderse del campanario,
que ilustra cada tarde mi epílogo.
Estoy lleno de infancia,
todavía.
No necesito oídos para oir.
Mato mis ausencias dibujando sombras.
Aquí os dejo esta, mi retrato.
Tengo hambre todavía.
Deseo beber de estos nuevos aires, que serán
vendavales cuando deje de ser.
Mi camino se difumina a lo lejos.
Doy gracias a Dios por dejarme ver.
Es escaso el trayecto que me resta.
Estos cayados son de robusta madera,
todavía.
Viviré si no se agota el deseo...

Ecos

Silbo sentado en una piedra
cualquiera de cualquier
camino.
Nadie me escucha...

Estoy en silencio. Perdido
en un edén de pecado.
Si hablara sería solo conmigo.
Los diques que me cobijan
se llenan de ausencia.
Las palabras que brotan
de mí mismo no dicen nada.
No hay oídos al otro lado.
El único eco que acaso resuena
es el de la sangre que corre venas
abajo.
Calibro el peso de un pensamiento.
Soy capaz de medir el hondo de una
duda, que surgiera de repente...
Mi corazón ha sacado el microscopio.
Ya sé cómo reducirme cien gramos...
Es lo que pesa olvidar un mal recuerdo.
Me dicen insistente que salga.
Intenta forzar mi puerta sin llegar siquiera
a dar con la llave.
Podrían arrancarla si quisieran.
Podrían ser dueños del cuerpo

que me puebla, pero está huero como
una fría crisálida, que se sabe ya historia.

No insistan, vuestro mundo quedó a mano
izquierda en la última encrucijada.

Tu balcón

Allí donde estén mis afectos estará mi casa.
No dejes para mañana lo que puedas hacer
pasado mañana.

Entre tu casa y la mía sobra la distancia.
De camino a mis asuntos pasé bajo tu balcón.
El sol se encaramaba por el barandal
hasta irrumpir en el salón.
Violines de geranios y peonías ocultaban
los listones tal si fueran árabes celosías.
Pero tú no te asomaste.
Detuve el suceder de pasos para probar
suerte.
Estuve a punto de pronunciar unas notas
que hablasen de mi amor, que nacía.
Pero no me atreví, pudoroso.
El ajeno viandante no tenía por qué enterarse.
Lo que siento por ti es un velo blanco de batista
que se basta a sí mismo, translúcido de necesidad.
Mantuve en formol mis asuntos en la fascinación
del acaso, por si acaso... salías a regar tus geranios.
Pero no saliste, ese día.
Ese preciso día... de Viernes Santo.
Me arranqué del en mí mismo vencido.
El reloj abandonó su dulce mutismo
para reanudar a golpe de manecilla

la melodía de lo recurrente ahíta
de batuta.
Pero se me olvidó el motivo...
Desandé mis pasos a por la agenda
como excusa para tentar al destino.
Pero tú sí estabas, delantal blanco
ribeteado de azul.
Te miré sin verme entre geranios
y peonías, que se cerraban.
Se hacía de noche en tu balcón.

Otro día más, sin sospecharlo, dejé
para mañana lo que pude hacer hoy.

Oscuridad

No veo.
La luz que reciente me servía a los ojos
se ha apagado como en un latigazo.
Estoy en mi habitación.
Recuerdo como en brumas cada partícula
sólida que me rodea y el sitio que ocupa.
Puedo deambular sin que tenga que brotar de
mi garganta la palabra "ay", si acaso me topara
con la dura realidad.
La noche quiere ser mi amiga.
Algo me tira de las manos
para que busque la luna, ahí fuera.
Un impulso ancestral me pide luz,
no la necesito.
Al otro lado, toda la luz del mundo.
Puedo leer, soy capaz de abrir el libro que
ahora duerme en mi mesilla y llenarlo de
historias que no son las suyas.
Si Mahoma no va a la montaña...
Puedo dormir sin un reloj que me rompa
el sueño.
No quiero despertar.
Abro los ojos en la noche.
Es la hora de levantarse, aunque no haya
sol que doble las campanas.
Ya volverá, aquí lo espero.
Tengo toda la oscuridad por delante.

Surrealismo

En la sala trece del museo reinaba la ausencia.
A decir verdad no exactamente.
Mientras me demoraba en el ensueño de un Dalí,
robado al parecer de su fundación bajo las barbas
de unos agentes de seguridad, una mujer que frisaba
en los sesenta se envaraba frente a un Magritte que
rezaba: "esto no es una pistola".
El siniestro artefacto apuntaba a su tercer ojo con una
decisión digna del más frío de los pistoleros del salvaje
oeste, tanto es así que ella no pudo menos que alzar las
manos en señal de inaudita rendición.
Sin salir de mi estupefacción me acerqué curioso sobre
el motivo del suceso, que como una punzada saltó a mi
entendimiento al ver un arma gris plata cual espada de
Damocles sobre la cabeza de la sensatez más elemental.
Solo se me pudo pasar por la mente que la señora se había
imbuído tanto de la escena que se sintió parte de ella hasta
el punto del realismo, de manera que decidí abandonar la
sala para seguir mi periplo no sin varias preguntas cebando
mi recámara.
Justo cuando me aposté delante de otro Magritte titulado
"Esto no es una pipa" oigo un sonido estruendoso que
provenía con seguridad de la sala trece, algo así como un
disparo.
En la confusión del mismo recibo el impacto de una pipa
de madera.

Tus Manos

Todo te lo perdono a ti, que eres incapaz
de perdonarte.
Parafraseando a Confucio.

Un grito de dolor inunda la noche.
Un grito de dolor que calla campanas.
Se te doblaron las manos, blandas de
desaliento, de desconfianza.
Un obús esférico se te aproximaba
para romperlas en mil pedazos.
Manoplas impotentes al rayo.
Tu alma de reciente muesca
increpa a sus alas sin viento.
Tierno cervatillo bañado en salivas
que desbordan pantanos de culpa.
Esta noche fuiste huérfano de sueño.
Tus ojos carámbanos quebrados
que sajan las entrañas.
No puedo solo darte mi sonrisa.
Bálsamo que aduermen lobos
hambrientos de intestino.
Saldrás de este infierno, lo sé.
Burlarás a Damocles si hundes tus
manos en argamasa.

El hombre que leía demasiado

El arte de no terminar nada.
G.C. Lichtenberg

Por azares de la vida he tomado por costumbre abrir muchos
libros sin apenas terminar ninguno, porque no me llega el
interés - como alguna vez pudo manifestar.
Eulogio siempre fue, desde sus primeros balbuceos diría,
un niño ahíto de curiosidad.
No se conformaba nunca con la superficie de las cosas.
Dicen conocidas lenguas familiares que casi inaugurando el
pantalón corto ganó un concurso escolar de multiplicar.
Por entonces el barrio donde habitaba no pasaba de ser un arrabal
abigarrado en tonos ocres, fruto del afán del régimen por ejercer
el clientelismo entre sus súbditos asegurando una pitanza inmobiliaria
que, por otra parte, consistía en pequeños apartamentos dotados de
la mayor precariedad concebible.
En este caldo de cultivo se desarrolló la famélica inquietud de nuestro
protagonista.
He aquí un surtido de afirmaciones que delatan sus pensamientos al
respecto de lo comentado:
Deseo conocer la vida que bulle por doquier, en todas sus especies y
latidos, por eso me mantengo ojo avizor en pos del hallazgo.
Terminar un libro es morir, huele a fin y el final es ausencia de vida.
La vida se cuece en el transcurso, en la incertidumbre del desconocimiento.
Mientras leo en abanico conozco, o principio a conocer, todo el espectro
luminoso que abarrota las artes literarias, sin corsé que me impida.
Toda historia, toda ciencia queda inconclusa en el aire de lo posible.
Me inclino por arrellanarme en mi eterna candidatura a la plena sabiduría

sin alcanzar la maestría en nada, elegir es renunciar y yo no renuncio.
En este mismo instante, el que ahora da sustancia a mi vida, le veo
- si me alcanzara la capacidad de poner mis ojos en su ventana -
entregado a un profundo sueño con un libro abierto sobre su pecho que
amenaza despeñarse de un momento a otro.
Que descanse en paz...

Tu cuenca

No hay agua que ahogue más que el tiempo

Se enciende el alba.
Sobre mi lecho reina el desierto.
Añoro tu aroma, bañera que se hace mar.
Tu calor persiste entre las sábanas.
Tu cuerpo no debe andar lejos.
Me inclino sobre un alféizar que
durmió bajo el rocío.
A lo lejos, quieto el río,
adivino tus tirabuzones bailar
al son de tu sonrisa.
Las aguas se tiñen de tu encanto.
¡Qué daría por ser ese útero que te anega!
Cual rayo que desata la tormenta
vuelo hacia tu edén.
El río tú y yo fuimos uno.
Palomas blancas nacen de los guijarros
con un quizás entre las patas.
Emerge el misterio.
Tu seno alberga una promesa.
Fuimos salmones sobre una corriente
que resurge de la nada.
Lo eterno acunó el instante.

Yocasta

Miradas que dibujan verdades.
Tu halo me sustancia, no tu materia.

El gotear constante de la arena
que la brisa dispersa.
Mil primaveras pendido de este abismo.
Esa maroma desoye la ley del silencio.
Entrego el estertor de mis fuerzas sobre el quiebro
de la piedra que me sostiene.
Las manos se craquelan crispadas de impotencia.
El fondo del precipicio no se advierte a la vista porque
La luz que entra por la ventana se muestra insuficiente.
Dentro de ese berengenal es dable un infierno de
Dante con todos sus abalorios, y todos sus Virgilios.
Una niña se me arrodilló cuando apenas trasponia el
umbral de la iglesia.
Tomó una pequeña porción de agua bendita, que me ofreció
con la dicha derramándose de sus ojos.
Fue insuficiente.
Todas las bendiciones del mundo claudicaron a mi sed.
Misericordia en los altares.
Hay casas que se abren cual flor, cuando el frío acecha.
Mis almohadas no dan abasto a tantas mejillas que
patinan de humedad ante el relente.
Miradas que valen un poema de Machado porque

resudan filosofía por todos sus poros.
Allí sigo, abajo del camino que lleva a la cabaña.
Allí sigo, desnudo y mudo, al abrigo del solo sarmiento
que me araña.

Urdimbre

Que el niño que llevo dentro
no se avergüence del hombre
que soy.

Cuando el suspenso me transporta al pasado
hay ocasiones en que me adivino sentado a la
mesa de aglomerado caoba bajo la ventana.
Sobre ella dejaba reposar una hoja de papel,
que mi padre traía del trabajo para borronear.
Sobraban a espuertas del trajín de papeles
que poblaban sus horas de oficina.
Tenía la costumbre de estudiar en voz alta.
Necesitaba escucharme...
Puedo recordar internarme en la Grecia clásica
disertando cual si fuera un reputado filósofo.
Me concentraba mejor así.
Me ayudaba a expresar lo que aprehendía.

Comprendí que no dialogaba con los clásicos
sino conmigo mismo.
Adoro la filosofía, me alumbra el camino a seguir.
Mis padres en el salón vivían ajenos al contenido
de las cuatro paredes que me aislaban.
Hollaban sus caminos ignorantes del proceloso
mar que se debatía aquende mi piel.

Al son de esta oratoria iba tejiendo mi ideario.
El niño que era entonces se embutía sin ser
advertido en el hombre que me caracteriza.
Como el elefante en la serpiente del Principito.

Estrépitos

Si me señalas la luna
te miraré el dedo.

Tu sombra es lo que importa.
Ponme tus ojos a la vista
para que pueda asomarme
al alma.
Encajo los míos en los tuyos
hasta mezclar colores.
No me distraigas con armas
de mujer.
Lo oscuro de tu caverna no es
ausencia de luz, es no saber.
Me absorbes hasta caer tras el
horizonte de sucesos.
Creo ver la otra cara de tus lunas.
Beso tus mil mejillas, celebro el
encuentro que buscaba.
No me distraigas, cuelga tus espadas.
Te contoneas, te sabes inerme.
Pronuncias tus senos remarcando
los acentos, sin logro.
No me distraigas.
A estas horas tus ejércitos duermen
en un carcaj, en una vaina que piensa
y se estremece.

Color de una piel que excede el simple
tacto, y con ello mis imperios.
Busco solo tu cuenca, tus montañas
quedaron atrás.
No quiero tu simiente,
dame solo tus ventanas.

Mercromina

La Poesía es un botiquín de primeros auxilios.

Salgo del inframundo.
Fotones como venablos malditos vuelan en picado hasta
impactar brutalmente sobre mi desdibujado rostro, que
se me desvela como emergiendo de un naufragio.
De pie sobre el lavabo insípido e inodoro.
Rebaño de los ojos el legañal que me ciega con porfía.
El pelo vuelve a tomar forma entre la maleza que emerge
de las sábanas como un trombón que anuncia el engaño.
Ya recolocadas las piezas me dejo enseñar al establishment,
sin esperar su juicio, aunque aprobatorio.
Descanso de no cansarme.
Engullo parodias televisivas de lo concerniente frente a un
desayuno mudo que desaparece sin mediar un solo adjetivo.
Apago el hastío para hundirme en el légamo blanquecino
de lo que se sabe todavía.
Me lanzo desde la peña más próxima a la ribera
que llena mi ventana nada más nacer cada día.
Surco las aguas a brazadas lentas hasta un promontorio
que asemeja un nido de robinsones hambrientos.
Salgo a la intemperie.
Recibo la bofetada energética de un rocío tan
húmedo como tardío.
Agradezco a las flores que perfuman mis aires

su compañía de arrayanes, aunque me hacen una
mueca de desdén con solo mirarlas.
Una silla se me abre como una flor al alba.
Me dejo engullir cual vulgar mosca víctima
de las pinzas de una Venus maligna.
Pongo mi salsa a cocer durante unas horas,
me salpimento al gusto y me emplato.
Buen provecho.

Lloro

Reos que escapan
de la cárcel de mi alma.

No acabo de romper.
La emoción que me empuja desde el sur me une a mis hermanas,
que se sienten asimismo empujadas por igual torrente.
Parece que el dique que nos contiene no soporta los recientes
aguaceros, se abren vías de agua que refrescan los sombrajos,
que alivian la tensión a flor de piel de aquello que todo lo ve.
La sangre se me agolpa como yeguas en celo, que atisban como
duendes la llamada de lo salvaje, que se convierten en testigos
de excepción de cataratas que arrastran pequeños seres.
Me da la sensación de que el espécimen globular que me alberga
se está mostrando inerme, acabado a la deseada contención, sin
que quepa albur que contradiga lo que ya alborea.
¡Nos toca a nosotras por fin, compañeras del alma! ¿Estáis
preparadas para dar el salto y prorrumpir corriente abajo como
un hilo de lava?
Pues ¡Allá vamos, me parece estar deslizándome por un tobogán
por salado ya lechoso, qué divertido!
¡Es la velocidad que estamos tomando de tal calibre que me veo
desaparecer a cada milésima de segundo, me muero!!!
Esquela mortuoria:
Una lágrima cualquiera y sus hermanas quedarón enjutas,
casi incineradas, a los pocos instantes de galopar como
galgos de carrera de unos minúsculos guisantitos húmedos
que yacen como lapas en el último rincón de unas orondas

ventanas que permanecen al norte, con todo su esplendor,
abiertas a la sorpresa.
Descansen en sal.
Nunca os dejaremos en el olvido.
Gracias por permitirnos gozar de la maravilla
que significa la vista.

Rebeldía

Astillas que respiran bajo
la piel...

Golpeó con fuerza la rodilla de mármol recién terminada.
Tan perfecta concebía la obra que se sentaba enfrente que
le imploró -le exigió- el habla. Era lo único que alejaba
de la perfección tal muestra de genio.
Su rostro era un escorzo de rabia y rencor.
La escultura insistía en su sordera.
El grito de impotencia hirió el coro de ángeles.
No cejaba en su empeño.
El cielo se le hizo hiato.
La muralla de su fe se resquebrajaba ante la duda.
Tanto fue así que el caballo de Pablo, que con firmeza llevaba
de las riendas, se le desbocó para casi perderse.
El mito que la piedra dibujaba le volvía la espalda.
Pero la constancia dio su fruto.
Moisés se levanto...
Se fue sin decir esta boca es mía.

Estrés

Se tocó con insistencia todo el cuerpo.
Nada hería el tacto de sus dedos.
Comprimió con fuerza el pestillo de la puerta
para, de un repentino estruendo sobre el batiente,
sellar por el momento su argentina cerradura.
Desandó sus pasos hacia la alcoba, otra vez.
Se arrodilló ante el somier de la cama para mirar,
con una oración en sus ojos, entre las pelusas que
el discurrir del tiempo depositaba debajo.
Se levantó, no sin dificultad, para derramarse sobre
el cajón de su mesilla de noche.
Los calcetines y calzoncillos que presenciaron la escena
no daban crédito a lo que estaban viviendo.
Habían desaparecido, sin lugar a dudas.
Casi con una lágrima resbalando por su perfil derecho se
avalanzó sobre el salón, con igual suerte.
Debe ser una broma del destino.
A cada instante la hora que debía sonar entre los papeles
de la oficina se iba dibujando en el reloj de la estantería
rústica, que ornaba una estancia de puro desabrida.
Debía dejar la búsqueda e irse, sin más dilación.
Como una centella salió de su casa con una punzante
pregunta saltando de una neurona a otra, sin respuesta
que la calmara.
Volaba sentado sobre su testarossa, es un decir.
Su jefe le dio los buenos días, no contestó.
En su rostro se trazaba la geografía de la angustia...

Se quitó la chaqueta, pesaba más de la cuenta.
Metió la mano en el bolsillo y sacó, no sin una mueca
de sarcasmo hacia Dios, un juego de llaves.
¡¡¡¡Qué cabeza la mía!!!!

Árboles

Hay árboles que ciegan de tan frondosos.
Árboles que se acercan hasta hacerse seto
desde no se sabe dónde.
Árboles que de tan bellos sustraen la mirada
de su bosque.
Árboles que de tan altos me piden volar.
Árboles que se valen solos.
¿Importa si guardan una realidad?
¿Importa saberlo?
Árboles que emanan reacción sin acción.
Árboles que presumen de vacío, que se
llenan de árboles.
Esta mañana me subí a la copa de uno de ellos.
A lo lejos solo pude ver campo...
y casas blancas.

Paloma

Eres llama que mi viento
no quiere apagar.

Entre vendavales te siento...
La tempestad silba fuera.
Sentada ante el espejo te miras.
Aura de ensalmo orla la estancia.
Manos de carey moldean tu pelo.
Peine del viento que cabriolea...
Tu cuerpo arcilla en manos del Creador.
Dibujas una sonrisa en el reflejo,
te levantas, abrazada a un retal de seda.
Te sientas al borde del sueño.
Te dejas caer, vencida, abismo de plata.
Tus párpados se clausuran, se oye una nana.
La noche se te hace eterna, sábana de marfil
que te acaricia lenta.
Nada he podido ver con mis ojos.
Me lo contó una paloma blanca.

Nostalgia

No resisto tanta realidad.
No puedo...

Cada vez me gusta más recordar...
Desde hace mucho, casi diría desde que trabajo donde trabajo,
me da por pasear hasta el lugar donde cada día paso unas horas
como encavernado, como metido en una botella que lleva un
mensaje al otro lado del océano que me sostiene.
A veces, queriendo viajar a mi infancia- que se perfiló en un barrio
con cara de pueblo en plena ciudad, me apetece pasar por alguno
de los que todavía persisten el paso del tiempo, que me caen a mano
del camino que debo recorrer.
Siento no solo un volver los pasos hacia lo que fui sino asímismo una
especie de envidia, sin fundamento diría yo, al pensar en lo mágico
que sería vivir al mismo tiempo en un pueblo y en una ciudad.
Cuando entro en ellos concentro todos mis sentidos en cada detalle que
me sale al encuentro: la ropa tendida, el ocre y blanco de las paredes, la
modestia de las casas que albergan vidas seguramente difíciles y por ello
conectadas a la esencia más profunda del vivir...
En ocasiones, os confieso, me dan ganas de golpear una puerta para pedir
asilo espiritual- que no político como cabe pensar de la palabra asilo -para
el resto de mis días, para sumirme en lo que fui y soy, y seré...
Paso a paso me alejaré de quien soy si me lleva el viento de la ortodoxia,
por eso he decidido no dar más un paso adelante.
Hago las maletas para volver a la niñez, al principio de mis tiempos.

Sequedad

Por qué maldices la oscuridad.
¡Enciende una vela!

Blanca cera que te tornas cirio
y que apuntas al cielo implorando
respuestas que no se avecinan.
Negra pez que ensalma el pábilo,
¡árdete de pasión hacia el pebetero
que te espera en desespero!
De mañana acostumbro a saludar la
podredumbre de una fuente marchita,
con el rostro sucio de un lodo que todo
abandono procura.
Cuando paso hago ademán de inclinarme
a beber, como antaño, pero lo que fue placer
acostumbrado se ha tornado en recuerdo de
una estatua de sal que mira entre lágrimas a su
particular Sodoma y Gomorra pasto de las llamas.
Ni siquiera los plátanos y eucaliptos que se
mantenían a su sopa boba dirigen una mirada de
compasión por lo que fluyó de sus entrañas y
alimentó su filamentosa savia.
La herrumbre que te habita pide hoy credenciales
de paso, y el pitorro que en el recuerdo aproximo
a mi sedienta boca goza de un fulgurante oropel que
aunque cercano, nunca llegará al brillo de una aceituna

anegada en salmuera sobre un plato de alabastro.
Ni siquiera un poeta, incluso bajo el rayo más luminoso
que pensar se pueda, ha brillado tanto...

Misericordia

Entristécete Confucio.
No fuiste capaz de conocerte,
ni siquiera de conocerme a mí,
un simple mortal.

La madre tiraba del carro de la compra
escaleras abajo, el mar estaba en calma.
La niña seguía a regañadientes la estela
del barquito que surcaba la calle.
No eran horas...
La madre rezongaba palabras que conviene
no reproducir, en el horizonte confundía cielo
y agua hasta llegar al portal de su casa.
La niña se demoraba a cada paso, las gaviotas
reclamaban su atención dejándose vencer al
vaivén de un viento no pronunciado todavía.
La madre colocaba el carro besando las escaleras
para subir a los altares de una cofa harta de más
madera.
La niña se olvida de quien le dio la vida.
La niña tiene mucho ya que sostener sobre sus
pequeños hombros, el algodón dulce que surca
su cielo reniega de cuitas de mayores.
La madre deja sus últimos estertores sobre el
terrazo de la cocina, coloca la compra.

La niña sigue suspendida en la calle de atrás
resolviéndo algún quítame allá esas pajas con
Alicia, en su país de maravillas.
La madre musita entre sus negros dientes:
He debido hacer un pan como unas hostias.

Cerradura

Vivo en el número siete...

El Sol reina sobre una tarde parisina.
Sin falta lo veo entrar cual si fuera su
ritual religioso, sus abluciones
vespertinas.
Parece como si un muecín imaginario
e interior lo convocase a la merienda.
Se acomoda en su mesa acostumbrada,
reservada con escrúpulo solo para él.
Pastelería Montparnasse.
Sin sospecharlo se sienta mirándome.
Boulevard Poissonnière, 54.
Se atreve a dar el primer sorbo, el café
hierve todavía, se quema por dentro.
Es parte del sacrificio litúrgico.
Enrolla una servilleta de papel sobre el
asa de la taza para no quemarse.
Todo esfuerzo es en vano.
Creo que no es el café lo que le resquema.
Está pensando en Claudine, gotas de ácido
resbalan hacia la boca, amargura.
No se ha equivocado, ella tampoco.
Se ha obstinado en introducir su llave
en una cerradura equivocada.
Ha acabado astillándola, además de herir
el dorado que enluce la cerradura.

Las pupilas se engastan en el vidrio de tanto
mirarlo, de tanta energía que proyectan a la
manera de signos de interrogación.
Veo como se culpa, algo no hizo bien.
Su llave se tornó incorrecta con el tiempo,
¿o fue su embocadura?
Sus dientes han cambiado, o quizás sean sus
ojos... de ella.

Rojo y negro

Todo tiempo pasado
es presente.

A salvo contemplo un encierro, con mi
pañuelo rojo al cuello, camisa blanca.
Un toro aislado muge la amenaza del
hombre.
El terror le invade, está solo consigo
mismo.
La placidez de la manada le abandona.
Toma conciencia de sí, adiós felicidad.
Cornadas a diestro y siniestro abarrotan
la estancia, el gentío corre despavorido.
Su instinto es quien le gobierna.
¡Si él pudiera leer en los rostros que le
amenazan..!
Me anega la roja angustia del blanco
de sus ojos.
El dolor me empieza a subir por los pies.
Siento que la sangre se me desboca por los
poros.
Estoy viviendo en un sinvivir ajeno.
Acuden a mi rescate unas sonrisas pasadas,
mas los recuerdos recuerdos son.
El toro se aleja a una dehesa que ya no existe.
Quiere huir del presente, pero ¿adónde?

Lucía

¡Te detienes en lo inane de
un gusano y tienes delante
la grandeza de un eclipse!

Fue por tu amor que
escarbé hasta la entraña
un túnel de pasión.
Solo me supe ave de paso
de tus primaveras, pájaro
de mal aguero a tus quimeras.
La luna conjura mis fantasmas
vespertinos, me extiende cual
monja mejunjes que lenifican
mis llagas mistéricas.
Pretendes mi amnesia repentina
llamando a horas que no lo son,
suplicando naderías e incongruencias.
Antes de prometer galaxias solo
descritas en libros de texto estúdiate
por dentro.
¿Qué deseas de cierto, lo sabes?
Mis cuencas arden en la sequía
de tus fuegos, no tengo floresta
que mojar con tus fantasías de
colegiala.
Quiero dejarme hacer por el azar

de las lluvias que tengan a bien
vestirse de bálsamo de fierabrás.
Tu tren pasó como pasa el río bajo
un puente romano, ya cansado de
milenios de crecidas y estíos.
No quiero ser borrado del álbum
de tus recuerdos sin que sepas algo:
No te eches toda la culpa.
En el amor no existe el quizás, nunca
la magia ha gobernado con libreto.

Obsesión

La realidad más perfecta jamás
podrá igualar a un buen recuerdo.

Corríamos una situación de vida o muerte.
El todoterreno de la Cruz Roja esquivaba a duras
penas los centenares de cadáveres que se arracimaban
sobre el campo de batalla.
Los obuses alemanes llovían desde un cielo demasiado
próximo al infierno sin hacer blanco, todavía, sobre un
vehículo atestado de heridos y personal médico.
No cabíamos dentro, era un auténtico hormiguero.
Una de las enfermeras tuvo que sentarse sobre mi
regazo, porque los soldados ocupaban los principales
espacios del jeep verde oscuro de bandera blanca.
Si sumamos a la rigidez de los amortiguadores la aspereza
del piso que rayábamos en esa suerte de huída podríamos
imaginar los saltos que dábamos dentro.
El vaivén de su trasero sobre mi sexo provocó una inesperada
excitación, que no quedó inadvertida.
Sin mediar palabra se arremangó la falda hasta hacerse la luz.
No vi su rostro porque estaba de espaldas, pero sí comprobé
su hermosa cintura y su fuego tan intenso.
Su extraordinario goce me elevaba a los cielos hasta el punto
del éxtasis. Cuando ella se desparramaba de placer sobre
mis pantalones se me erizaba la piel.

La gloria nos duró casi una hora, después salimos del vehículo
con la prisa de la supervivencia para no verla más...
La obsesión me embarga y me embargará para siempre.
No podré querer jamás a otra.
Aunque en este instante se me pusiera delante como era
entonces, con esa misma cintura...no valdría el recuerdo
que me invade desde entonces.

No te creo

No sé si creer tus lágrimas o tus palabras,
tus ojos o tu sonrisa.
Dime lo que quieras, no te creo.
Solo me basta lo que me haces sentir.
Tu corriente me arrastra hasta el fondo
de un precipicio sin río.
Dime lo que quieras, solo me importa
el vértigo que me haces correr en el descenso
a tus infiernos.
Tus palabras son hojas secas que el viento
deja olvidadas en el arcén de la indiferencia.
No me hables, mìrame, sonríeme, ponme
esa cara de niña mala que tanto me hace
gozar, y soñar.
Solo quiero de ti todo lo que no puedes
contarme con palabras.
Ven aquí, siéntate y no hables durante el
resto de tu vida.
Llename de ti sin pasarme la factura.

No sé

No sé. No sé nada.
Caía la lluvia como si Dios
dejara un grifo abierto en su
séptimo cielo. Mis pies no tenían
zapatos que los protegieran de un
posible resfrío, iba descalzo...
Mis caminatas diarias hacia donde
el sol declina eran maná y tortura a
partes iguales. Dedos y planta acabaron
por claudicar al esfuerzo hasta reventar
en un estrépito de carne y venas.
Preferí destrozarlos a pedir un, aunque
fuese, mísero calzado que me acolchase
el furor del roce.
Sigo caminando sí, pero con los pies
ensombrecidos por el dolor del recuerdo.
Sigo caminando sí, aunque en cada recodo
con fuente que me sorprenda deba parar a
acariciarlos suavemente para que resuciten
de su cruz, ensangrentados de espinas y coronas.
Sigo caminando sí, porque el sol me levanta
la mano al fondo, muy al fondo, para que me
abrase con él,
para siempre...

La balsa de la medusa

Hay una voz que grita desde dentro.
No sé de donde sale, o no quiero saber.
Resuello que ruge desde el origen de los
tiempos, desde una era que no me
pertenece.
Los clamores suben desde las sentinas de
mi seso hasta el arco del triunfo.
Son inasequibles al desaliento.
Me exigen reinos que de ser entregados
darían al traste con lo más preciado:
Mi Libertad.
Me afano en hacer sordos mis oídos, en vano.
Resisto el embate de las olas con otras olas,
las que se encrespan desde los vientos del
pensamiento, que se empeña en arenosos
diques que la más de las veces perecen diluídos.
Desde el sosiego de la playa, allende el naufragio,
veo en lontananza ecos de gaviotas que anuncian
navegantes en desespero, que arrían sus velas a la
vista de poblado.
Les abro los brazos gustoso de la buena nueva, se
me arrastran clamando el maná de unos traguillos
de agua fresca.
Andrajos andantes se dejan acompañar hasta la puerta
de mi casa, que abro para que sirva de dulce morada,
de bálsamo a las heridas de la mala mar.
Con solo el roce del hogar y el aroma a garbanzos y
yerbabuena, sus cuerpos desfallecen de merecido
descanso.

Ya de eso hace unas horas, y todavía navegan al ven y
va de un monótono arrullo, de palomas bravías.
Morfeo les canta una nana.
¡Duermen como benditos que han bajado
del coro celestial para entonar armonías de sueño!
¡Ha sido tan dura la singladura..!

Grandeza

Mis dedos enguantados en gamuza se disponen
a deslizarse sobre el teclado.
Me repliego sobre la emoción que estoy sintiendo,
rodeando de cascotes de hielo desgajados no hace
mucho de un colosal glaciar que se asoma al fondo-
pero cerca de mí-.
La plataforma sobre la que se asienta el piano se
extiende sobre uno de esos pedazos. Por mi parte,
y para mayor seguridad, me han abrazado a un
cariñoso arnés que me concede la tranquilidad que
requiere una correcta interpretación de la pieza,
que me sale de dentro cual pózima milenaria.
Las vibraciones de las cuerdas hieren el frente del
coloso, que parece esperar la hora del almuerzo para
proceder a engullirme, hasta quejarse con el súbito
desprendimiento de su poderosa lengua, que acercan
olas a mis inmediaciones a modo de beso al alba para
celebrar el nuevo día que amanece.
La piel se mantiene erizada en una suerte de miscelánea
inaudita de sensaciones, unas buenas, dada la magia del
entorno, y otras preocupantes, en lo que toca a mi deseada
supervivencia, para poder contarlo a mis seres queridos,
de vuelta a Italia.
No ha habido en mi vida, habida cuenta las limitaciones
de mi memoria, un momento más místico, más profundo.

Dislexia

Letras, o eso dicen.
Letras que danzan, que agitan sus alas
de incierta pluma.
Pupilas que atónitas claudican, colapsan...
Pupitre que quema, que abrasa de hielo.
Sonámbulo prorrumpir de sonidos extraños.
Miedo que llena dsiertos.
Muecas que se dibujan en cada rostro.
Risas que mojan de cristalina ignorancia
el aire, que deviene hiedra.
Naufragio que se pregona en lontananza.
Nadie era consciente, ni siquiera yo.
Ruiseñor que perece al calor del asfalto.
Campana que cual madero denota respiro.
Carreras que desbrozan de angustia mi
entraña.
Ecuaciones sin equis por despejar.
Muros cual cárcel abandonados a su suerte.
Cumplir condenas sin derecho a réplica.
Sonrisas atrapadas en mil laberintos de
arquitectos de brocha gorda.
Mi mundo..., sin documentos.

Violación

Espectáculo de colores al fondo.
Bajo por un sendero...
Veo una flor que de rojo me llama.
Me acerco, me atrapan sus pétalos,
arrimo la nariz a sus estambres para
saber de su fragancia.
Me seduce.
Me enamora...
La voluntad se me fue camino abajo.
Estoy a su merced, me dejo llevar.
Quiero poseerla, solo mía.
Crispo los dedos sobre su tallo, sin espinas.
La flor no se queja, no llora, derrama su
azúcar sobre mis yemas.
La extiendo sobre mi palma, ya muerta, ya
entregada, fragante y hermosa.
La huelo una y mil veces hasta agotarla.
Restriego sus rojos sobre mis labios hasta
agrietarlos, su rostro pálido.
Le construyo un féretro de yerbas al lado de
sus hermanas, para que la velen esta noche.
Me voy, saciado ya de vida.
Bajo por otro sendero, veo otra flor...

Luna para Tierra

Luna mía, faro de lejano blanco nieve.
Te sé amor inasible a mis dedos.
¡Eres carne de mi carne desde
el albor del olvidado pretérito!
Distante, distinta, casi te puedo acariciar
mas tu hielo me quema de Sol.
Te necesito cerca, mis aguas no serían sin
tu encanto, no alzarían su espuma cual
vómito de posidonia y nata.
Me prestaría al sacrificio, Mantis irreligiosa,
para buen pasto de tu linaje, pero te arrojaría
a la adúltera cuneta del destino.
Mensual es tu recuerdo de mí, mas solo te sé en
el brillo de tu rostro, ¡concédeme tu negrura para
que devenga más negra con la mía!
¡No juegues al escondite en el proceloso espacio
salpicado de ledes estelares!!
Lunas aventajadas en belleza me solicitan allende
las galaxias, mas tú eres Eva de mi costillar.

¡Cómo dejarte!! si eres glóbulo de mi sangre.
Atado a ti cual Prometeo al águila hepática
me espero durante los próximos universos.
Tuyo en el abismo.
De cualquiera en la corteza.

Donoso escrutinio

Ponen coto a los destellos
que rielan mis azoteas.
Ponen puertas al campo.
Aherrojan lenguas hasta la sangre.
Amordazan rebaños huérfanos de
otros mundos.
Afilan cornamentas de satanes.
Postulan clavos que gravitan perennes
en Wittenberg bajo noventa y cinco
sagradas formas.
Catecismo del buen escritor, y lector.
Regentan el tercer ojo que vigila la
quietud de las marejadas.
Serenan agitadas aguas que empapan
murallas de silencio.
Libertad, cultura, agua y aceite.
Poderoso caballero es don Dinero.
Regeneran panes y peces de regusto
metálico.
Quijotes sin alas perecen de insomnio
bajo la férula de sus dogmas.
No son gigantes, son tan solo molinos
que hacen girar pupilas con sus brazos.
Amansan fieras, alfareros de plastilina.
Déjenme buscar aventuras que encarnen
mis fantasías, sola almohada que merece
mi humilde jergón.

Una visita al cielo

El cielo se me abre.
Piedra que late de verdor natural.
Reptiles que esconden sus cabezas
por vergüenza.
La puerta se abre al paraíso.
Miro arriba para pintarme de cristal.
El espectro me invade.
Stendhal me visita en su frenesí.
Sagrada Santa Croce barcelonesa.
La soledad me vuelca su amistad
ante tanta emoción.
Un cristo crucificado aterriza lentísimo
sobre la pista, recoge su paracaídas.
Despierto bajo una algarabía de voces
agudas que extrañan mi ausencia.

Versión más extensa.

Cristo niño me abre sus puertas de sarmiento.
Un sargazo de hojarasca y tortugas verdean la
antesala del orgasmo.
Una vagina herida vierte su feto sobre las aguas
del Jordán.
Irrumpo en la inmensidad con la vista en un cielo
imposible de mocábares infieles.
Hoy Dios me espera.
Stendhal hace acto de presencia en la escena.
Su frenesí se encarna en el mío.
Me abrumo en el detalle.

Una repentina soledad se me postula,
se ofrece necesaria, finísima piel de
melocotón difuminada sobre tonos ocres.
Mis ojos son cien charcos de rocío que ahogan
cada vivencia en un lago de agua bendita.
La sangre se me agolpa hasta el azul cobalto
que me hiere la pupila.
Vuelo sin rumbo, una marea de almas me aconseja
el camino.
Un Cristo crucificado desciende sobre la feligresía
en paracaídas. El fin del mundo pone término a un
éxtasis que adolece de relojes.
Despierto de este sueño, que se diluye en la algarabía
de niños que extrañan mi ausencia.

Revolución

Buscar la playa bajo los adoquines.

Un adoquín abandona su lecho.
Me acerco a su boca para oír
lo que pronuncia en su fuga.
Ha agarrado una discusión
con su argamasa, que le retiene
hormigonada.
¡No te vayas querido mío!
Llora la argamasa inconsistente.
Tu cemento me pesa en las alas,
mi granito me empuja a otras calles,
a descubrir otras huellas, otros
pegamentos que no seas tú, me pesa
el neumático ya sabido.
¡Te permitiré lo que me pidas pero
no me dejes. Sin tí me quedaría vacía,
sería el seno de un socavón que causará
el enojo del conductor, no te vayas por
favor!
No me implores cárceles que aherrojen
mi alma, la libertad me llama.
Cuando seas playa de arena fina, cuando
tu untuoso corazón resuma en polvo su
miocardio regresaré a ti, para acostarme
en tu lecho.

No me esperes, pronto llenarás el vacío
que te abarrota para apegarte a otro
paralelepípedo solitario.
No me extrañes, soy cualquiera.

De tripas corazón

Tu boca se quedó corta a mi bocado.
Tu corazón estalló de tanto hacer tripas.
Tu ojo descreyó de lo que podía ver.
Tu nariz escondió su cabeza bajo el ala.
Mi boca se secó por falta de tu saliva.
Mi corazón cambió sangre por linfa.
Mi ojo, mi tercer ojo anheló su estela.
Mi nariz, ay mi nariz, olvidó a qué huele
el amor.
Boca, corazón, ojo y nariz.
Bocado, tripas, notario, cabeza y saliva.
Viuda negra que falló en sus cálculos.
In extremis me desprendí de tu tela.

Campo de plumas

A batallas de amor campo de pluma.

Esa batalla incruenta que se sabe
cierta en la derrota.
Sus albores destellan hasta cegar
y nos hacen soñar...
Cuando la noche se anuncia en
las alturas con el véspero azul
las estrellas, que van surcando
el éter en caída libre, se hacen
de la densidad del rocío para
encender la ciudad adormecida.
Después se evaporan como un
globo de helio incomprendido.
Las huestes del sátrapa muslín
galopan sedientas contra el cemento
de la muralla, aprestemos los baldes
de aceite hirviendo por si la estopa
ardiente no basta al asalto.
Se vislumbra en lontananza un otoño
de sumisión y destierro.
Nuestras bocas van enmudeciendo.
Ya descabalgan los sarracenos para
encaramar la breve barbacana que
corona el puente levadizo.
Te pido Jesucristo - yo, tu humilde
servidor - que niegues que me

arrebaten este acorazado corazón,
que se esconde temeroso,
porque entre sus manos, envolviendo
el puño de sus alfanjes, llevan el amor
como divisa.
Ya escucho su algarabía de sangre...

Chispa

Ráfaga de fósforo
que hiere tu rostro.
Raudal recóndito
de rotundo rumor.
¿Qué le da la vida?
No lo sé, lo siento.
Vahído súbito
que congela la noción.
Quimera química.
Endotermia.
Marejada sin mar.
Mascarón sin timón.
Torrente bravío
contra la rompiente.
Agujero famélico de
gravitar inefable...
que rompe mil brújulas
contra abismos sin lecho.
Cráter de cristalino lago
donde nadar quisiera.

Suspenso

En el aire.
Pensar que me concede
una tregua.
Cara y cruz que resumen
el fenecer del tiempo.
Síntesis intocable.
Latido vacío que me llena.
Carne de cajón.
Oasis que grita su alma
en vuelo, paloma verde
oliva.
Grito que gana vehemencia.
Grito que engorda en ausencia
a medida que se aleja.
Aullido sordo.
Espacio que no es tu espacio.
Verdad que no tiene espejo.
Su voz truena.
Eco caduco, ignorado.
No entiendo, la mente
sigue sin responder.
La verdad me habita.
Si la quieres te la regalo.
Guárdala de recuerdo.
No la uses, no es tuya.

Galatea

Cuidado con lo que deseas,
no vaya a hacerse realidad.
Teresa de Ávila

No doy crédito a tanta belleza.
Ya puede ser el mejor de los mármoles.
El más compacto y lechoso.
El más maleable a las manos.
El más amigable al arte de esculpir.
Ya puede su cantera ser vanagloria
de los tiempos, que todo no es suficiente...
Nada es bastante al más primoroso de los
creadores para tanta belleza.
Mi cincel ha discurrido como tocado por
los dioses, ¿O fue el deseo quién lo
gobernó hasta tan excelso puerto?
Cada contorno, cada rasgo supera al
que precede en perfección.
¡No puedo ser yo quien haya forjado
tamaño portento!
¡Yo, que solo soy un humilde mortal de
necesidad!
¿Quién ha timoneado mis manos hasta
los confines de Los Campos Elíseos?
¡Amor mío, blanca paloma del goce terrenal.
Poséeme sin consuelo, sin dejarte una gota
que llore su soledad!

Lola

Con el acaso a cuestas me lancé a las calles.
Era de noche, pasadas las once, y con una
opípara cena en el estómago que me obsequiara
mi hermano mayor.
El asfalto ofrecía a mis pisadas la tierna humedad
que sucede a una tormenta de verano, ya por
entonces en aparente retirada, aunque todavía
guardara alguna bala en su recámara.
Me entregué al camino, como de costumbre, en
dirección a la terraza acostumbrada por entonces,
un lugar idílico que se asomaba a un gran río
adornado, precisamente en ese punto, con la más
bella de las estampas que su curso podía deparar.
Cercano al destino fui llamado, como por arte de
las hadas, por un garito aflamencado que ya
entonaba los primeros acordes de la noche.
Merodeando su puerta vi un rostro familiar, jalonado
por una deslumbrante presencia física, que atrajo, no
sin alguna reticencia, mi atención.
Después de un segundo de duda, es lo que tiene lo
no previsto, entré hacia la magia de lo casual.
Fue ella, ya vista en el trabajo y apreciada, ya sentida
como posible cuenco de mis esencias, la que detuvo
mi camino. Más hermosa de lo que pude intuirla entre
las cuatro paredes de mi rutina, sin gafas, con un vestido
ceñido, de rayas, que ensalzaba su aguitarrada figura.
Fue toda una carambola del destino.
Me presenté, no me conocía del trabajo, aunque al
nombrarle la empresa no pudo dudar de quien decía

ser, no nos conocíamos de antes, ni siquiera reparó
en mí, yo sí en ella, desde luego.
Me llevó a donde dos amigos para presentarme, le
repetí mi nombre, ella el suyo:
Lola.
Era su santo, y esos amigos vinieron de Cádiz para
estar con ella, faltaban por venir otros cuatro, dos
parejas, que no conocí porque decidí irme.
Cuando llegaron estos últimos me aparté para no
interferir en el encuentro, ella se olvidó de mí
por completo, lo pude entender, apenas me conocía.
Cuando terminé la copa me despedí de ella y de sus
dos primeros amigos y proseguí el camino pensado.
Fue una maravillosa noche que se tornó de repente
como grisácea, prosaica, sin sustancia.
Fue como sacar de la olla la carne que se guisa a
fuego lento antes del tiempo debido, aunque una
retirada a tiempo dicen que es una victoria.
Ya veremos...

Bambú

El Bambú común florece
una vez cada 32 años.

Saber esperar.
Quiero ser bambú que aguarda
su sazón.
Que se acurruca al frío subsuelo
sin reloj que urja su despertar.
Que ve brotar veloz la caña, que no
conoce cielo que le niegue.
Quiero ser bambú que habla solo
una vez, para no quebrar en demasía
la excelsitud de su silencio.
Que si dice es porque antes leyó.
Que si recita es porque antes escribió.
Que si cita es porque antes tildó
comillas contra el plagio.
Quiero ser bambú que acaricia los
vientos con su mecido rumor,
que serena sin romperse lo inmenso
de un náufrago.
Que mi semilla hiberne hasta
forjarse varapalo de lo absurdo.

Balsa

Náufrago que sobrepujas al mar
porque sabes de tu muerte.
El mar no lo sabe.

Balsa que apenas soportas mi levedad.
Balsa que remontas el embate de las
olas azules de coraje.
Balsa que gritas silente piedad, que
resistes el pulso incoloro de un puño.
Balsa que lloras esperanza, que sueñas
un eterno beso de arena.
A lo cerca se vislumbra una quimera.
Una cabaña de blanca espuma se
divisa al rojo poniente del horizonte.
Te pido, balsa mía, que me lleves a
acariciar la lechosa cal que enjalbega
sus paredes.
Te imploro, si vale prosternado, que
encalles contra la orilla tu mascarón
de plata.
Te suplico que la saliva que de miel
derraman mis labios embarre la sal
que endurece mi falta de fe.
Sé, atribulada balsa, que sobre el mar
apenas llegas a pluma contra borrasca.
Sé, de cierto, que el substrato rabioso

que de lecho ejerce ignora lo notorio.
Sé, hasta decir basta, que tu fuerza se
resume en un pestañear de ojos frente
a un universo sin minutero.
En fin cara balsa, sé muerte anunciada
cuando testigo sea esta playa.

Imagino

Oigo
No veo.
Si oigo y no veo
la imaginación
toma las riendas.
Si veo y no oigo
la imaginación aferra
el timón si sé que a
lo que veo le nace
un sonido
Si veo, oigo y no sé, la
imaginación late quieta,
sin salir de su escondrijo.
Concluyo: La imaginación
llena los charcos con su lluvia
cuando el verdor del parque
se amarrona suspirando su
maná.
Pienso
No hablo.
Si pienso y no hablo
la imaginación me presta
sus alas.
Si hablo y no pienso
la imaginación aguarda a
que escampe.
Si pienso, hablo y no sé, la
imaginación brinca alborozada,

zapatea inasequible al desaliento
hasta llegar a puerto desconocido,
sin apenas volver sobre sus pasos.
Concluyo (para no cansar): Si no
viene a casa la imaginación la vida
lamentará cuan larga es.

Murmullo

Barquito de remos sobre
aquellos momentos.
El niño que me habla
dentro me pide subir.
La mañana estalla sobre
el ventanal efervescente.
El niño boga con fuerza,
grita su espesa alegría de
dientes blancos.
El niño va sin rumbo, adonde
el pequeño oleaje que se
levanta le lleve.
El río que le sirve de cauce
remonta el Valle de la Nostalgia.
A ambos lados del lecho caballos
ahítos de yerba fresca miran
curiosos el tierno deambular.
El niño viste babi azul con botones
blancos, alguna mancha de tinta
asoma por entre la apariencia.
Ve bolsillos que rebosan colorines,
si acaso robados a la ausencia del
recreo.
El viernes es un buen día, cuando la
nota se pide discordante.
Golpea muros de ladrillo que desatan
volcanes acabados de nacer.
Busca hasta perderse el tiempo.
Consigue engañarse un solo segundo.

La aldaba que luce el muro se anuncia.
Alguien abre, se desliza hasta el aula
de la que parte el viaje.
La profesora abre la misma puerta de
entonces, para dar pie al milagro.
El niño sale de dentro para ocupar su
pupitre, y me mira sin abandonar el
alborozo general.

Es ella mi maestra, no han pasado
los años.

Nostalgia

Este es el texto que sintetiza la idea de nostalgia
que quiero plasmar hoy:

Es la ausencia eterna.
Es lo que ha quedado atrás.
No es viajar en el tiempo.
No es volver a vivir.
No es volver a ser.
Es volver a sentir.
Es volver a imaginar
que vuelvo a ser.
Es el tiempo recobrado.
Es la magia de la luciérnaga
retenida en su luz de malla.
Es sumar pasado al presente
hasta que el ayer sea hoy.
Muerte que resucita perpleja.

Este es el texto previo al anterior donde esbozo la idea
de manera automática y mucho menos sintética:

No es volver a donde añoro.
Ese lugar no existe.
Es vivir un invento que me
recuerda que he estado allí.
Es palpitar el milagro de lo
imposible.
Es traer un instante robado
por el tiempo a un tiempo
que gusta de recordar.

Es reunir sensaciones en un
páramo desierto de verdor.
Es sentir vivencias no sentidas
cuando fueron.
Es resucitar a un ser querido
para contarle el devenir desde
entonces.
Es encontrar un tiempo perdido
que no siempre se busca, que
se tercia en el camino al conjuro
de un determinado estímulo
postrero, repentizado por la circunstancia
o hasta buscado, o elegido entre opciones.
No es que desee volver a lo añorado, no
sería tan dichoso como engañarme al calor
de su recuerdo, es llenar el presente de
contenido, de más contenido, es sacar los
juguetes que tenía arrumbados en un baúl
para hacerlos revivir, acaso como entonces, o
a lo mejor no.
No añoro el momento, sí su eterna ausencia.

Servíos ustedes mismos, que aprovechen.

Primeras letras

Este es el relato de la vivencia. Debía rondar por
entonces la docena de años:

Fue una tarde de otoño, de esas que nos envuelven
de una deliciosa tibieza, cuando brotaron de mi
puño ciertas letras de amor, de un amor vicario.
Eran tiempos donde no tenía sangre sino hangre,
porque era tal el contenido de hormonas que
circulaba que sería injusto que mi rojo líquido
no fuera definido con una palabra que contuviera
al menos la letra h.
Era Orfeo a la espera de Eurídice.
Fueron torpes los versos, donde hablaba de
algo así como que en un futuro próximo ese
amor que nacía se haría vínculo eterno.
Recuerdo que dije que unirián sus manos, cosa
que no ocurrió por supuesto.
Para que ese escrito llegaran a sus inspiradores
sin que conocieran su autoría me dió por hacerlos
un gurruño y arrojarlos por la escalera que servía
de escenario a Romeo y Julieta.
Al instante lo leyeron para mi sonrojo y ahí quedó
la vivencia, entre risas y burlas.

Todo lo que cuento debe ser puesto en entredicho,
habida cuenta la fragilidad de la memoria.

Por darle un toque poético...

Añoradas golondrinas que no
hicieron verano.
Suspiros que cayeron letras
sobre el blanco del deseo.
Pálpitos antes recitados de boca
paterna se me hicieron carne.
Envidia vestida de declaración de
otro amor, por mí sentido.
Bola de papel rellena de corazón que
rodó escalera abajo.
Romeo y Julieta en olor de
aplausos de una multitud.
Multitud que solo era yo mismo.
Risas burladoras de un Don Juan
sin vocación.
Vergüenza que me inunda, como
un mar de dudas.

Me amo

Deseando estoy de que despunte
el alba para verme.
Apenas despego la sábana me ato
a la ventana para buscarme...
Me veo corriendo a la panadería de
Juan para aspirar su naciente aroma...
Qué delicioso desayuno imagino sobre
mis labios...
Fragancias que me acompañan desde
las primeras babas las hallo en mí.
Antes de ir al trabajo, como si fuera
un ritual adherido a la tripa, me mando
un whatsapp tipo Paulo Coelho que me
anime la jornada.
No alcanzo a concentrarme en la tarea
pensando en mí...
Me quiero tanto que se me eriza el
pensamiento de estar a mi lado,
conmigo siempre...
No paran las imágenes de mi sonrisa
sobre el Gran Canal bebiendo los vientos
por mí...
San Marcos a lo lejos bendiciendo nuestro
amor.
Esta noche me llamaré para que sea mi voz
el más eficiente de los Morfeos.
No pasa un minuto sin desearme.
Vivo loco por mí.

Hasta mañana amor mío.
Espérame al amanecer...

Nuevo Evangelio

Me inauguro en esta cuestionable modalidad
de los "Poemas río", que como su nombre
hace suponer, son desagües poéticos, sin
puntos ni comas.

Desde las Altas Instancias llegan voces
exhortan manos que deshojen carteras
hacia manás insaciables procuro negarme
con las pastas de un libro tapando los oídos
con la carátula de vídeos que me enseñan a
pensar mas las estridentes notas transfunden
los poros de cartón piedra que osa aislarme
la inagotable insistencia del bramido vence mi
resistencia hasta lograr su cometido me dejo
hacer por que su alimento mi alimento porque
los gestos ademanes de que se revisten llaman
la misericordia como a un felino hambriento un
muslo de gustosa carne rebosando avidez huyo
gastando el asfalto de las calles mas el runrún es
inasequible a un desaliento que emerge de sus
cenizas como un Sísifo cualquiera mantengo un
cansino y persistente no a cada pregunta que
prorrumpe de sus bocas citando un nuevo evangelio
donde solo coinciden treinta piezas de plata testigo
de una traición cuando el corazón baja las alabardas
concedo alguna limosna para caer a la seducción de
un proteico Zeus que me aborda con falsos andrajos
constelando su lustroso cuerpo su alimento es mi

alimento a pesar de los pesares porque parte del
granulado que desagüa mi reloj de arena está
manchado de materialidad.

El tiempo pasa..

¿Qué es, pues, el tiempo?
Si nadie me lo pregunta, lo sé;
pero si quiero explicárselo al
que me lo pregunta, no lo sé.
San Agustín de Hipona.

Eres tiempo, solo tiempo.
El blanco cabello de tus olas
así lo pregona.
Tu tiempo es seno de mi
compasión que ya cesa,
hace tiempo...
Cabalgas otros prados que
se otean más verdes,
Piafante la alegría tuya en
el rocío de la mañana,
mientras yo soportando la
ausencia cual cuesta de Sísifo.
Tu pasado, futuro y presente
son una rozagante quimera.
Refúgiate en la mentira de
un entonces valle de mieles
y hojuelas compartido a tu
lado.
Te pido la decencia de romper
el suelo que tocan tus suelas
hasta desfondarte en el peor

de los abismos, no soportaría
este castigo divino con este
pensar presidiendo mi mente.
Sabes de tu intacto pajar bajo
esta estancia de pasión que
habito, tu vuelta se oye música
celestial en los recovecos de mi
descreimiento, contarás siempre
con mi perdón, borrón y cuenta
nueva.
Consiento y asumo la fragilidad
de tu carne, y de la mía...
Vuelve a tu nido...
Tus pajarillos pían desolados
el maná que tu aura representa.
Tu aroma permanece prendando
las cortinas y la vajilla con la que
oso solazarme en este humilde
refectorio, a pan y agua.
Ven.

Hoja de otoño

En vez de activar la opción de ver cómo escribo este poema
prefiero contarlo, porque al escribirlo en word no es posible.

Tomo como historia real una mía: Un día, leyendo por el
camino al trabajo se me cayó una foto de cuando rondaba
los veinte, que utilizaba como marcapáginas. Cuando me
di cuenta ya era tarde. Volví sobre mis pasos sin éxito.

Primer escrito:

Su imagen de veinte años
se cayó al suelo.
Se perdió para siempre.
Utilizaba una fotografía olvidada
como marcapáginas de un poemario.
su imagen, casi imperceptible, expresaba
sus veinte años entre chanzas y algarabías.
En el frenesí de uno de los poemas se le
escapó entre sus dedos, mediaba la mañana.
La virilidad del sol fue testigo.
Fue impactar contra el terrazo blanquecino
de la estancia y desaparecer como por
ensalmo ante su atónita mirada.
El tiempo pasaba de puntillas por los poros
de su piel, anaranjada de melocotón en
almíbar.
La vejez, que acudía cada atardecer, debía
volver sus pasos desdeñada con insolencia
por una juventud que imperaba gallarda

sobre su montañoso campo de batalla.
Mas nada es invencible ad aeternum.
La fotografía se esfumó al aire y con ella
su juventud, que ofreció a la vejez por
vez primera una esperanza.
Sus arrugas brotaron por doquier con la
vigencia de un ramo de rosas recién
cortadas.

Repaso este escrito con ánimo de comprimir.
Además de comprimir lo revisto de unas
telas acaso ligeramente distintas:

Un cuadro de cuerpo entero
marcaba el paso del tiempo.
Su reloj de arena era inexorable
mas un pacto con el diablo
desvió el cauce.
Juventud exultante pasada la
cincuentena.
La dicha dominaba los cielos.
La borrasca debía esperar,
acaso para siempre.
Una mañana temprano el trinar
del pajarillo erizaban sus oídos.
El sol lucía una virilidad que
no admitía ocaso, priapismo.
Un poema cualquiera le tocó
el alma con sus alas.
Sus labios se crisparon, una
tierna fotografía emborronada
de olvido se escurrió de entre
los dedos
(Una fotografía que hacía las
veces de marcapáginas).
Golpear el blanquecino terrazo

del estudio y volatilizarse en el
éter fue todo uno.
Su rosal se marchitó de súbito.
El tiempo, que corría su cauce
por debajo, desplomó un castillo
que se mostraba inexpugnable.
La juventud rindió sus armas.
Mordió el polvo rojo.
Las arrugas, que esperaban su
turno, brotaron como el jaramago
ante el primer verdor ambiente.
Espectáculo micológico.
La primavera tuvo que dejar
paso al otoño. Inexorable.

Soy ingenuo

Si has construido un castillo
en el aire no has perdido
el tiempo, es allí donde
debería estar.
Ahora debes construir los
cimientos debajo de él.
George Bernard Shaw

El infierno espera
bajo la azucena.
La fragancia me enajena.
La quimera me fascina.
La realidad esta sola,
espera una mirada.
Bajo los adoquines
descansan arenas
negras.
Ojos que no ven
corazón que consiente.
Sé que todo el monte
no es orégano, que tras
la delirante primavera
aguarda el anhelante
verano, que agostará
todas las ilusiones...
Prefiero el colorido del
nenúfar a la negritud de
su estanque.

Decido ignorar el horror,
aunque toda belleza se
sostenga sobre él.

Deborah

No hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague.
¿Mientras en mundo viva
no es justo que diga nadie:
¡Cuán largo me lo fiáis!
siendo tan breve el cobrarse?
Don Juan Tenorio de
José Zorrilla.

No perder el tiempo
y las fuerzas.
No castigar a quien
yerra.
No devolver la moneda
que se burla.
Es él quien se encarga.
No responder a
improperios.
No vengar afrentas.
No proferir gruesas
palabras.
Es él quien se encarga.
No tomarse el ojo
de quien deja
ciego.
No pagar a quien

la hace.
No crispar la mano
sobre puñales
de sangre.
Es él quien se encarga.
Él lo devora todo...
salvo los infiernos oscuros
que horadan el Universo.
Él hace borrón, nueva
cuenta.
Negro sobre blanco
tuerce los renglones.
Lluvia de arena
empapa sus desiertos.
Es él quien manda.

Libre

Nadie desea sentirse menos que nadie, mas
ese nadie ignora que todos somos inmensos
en nuestra individualidad.
Me gusta más el rojo que el verde (al que le
debo la vida).

La hiedra es quien es al trepar tronco arriba, no concibe
que está dejando de ser poco a poco, sorbo a sorbo de
una savia que es un regalo envenenado de su bosque.
Sin aurora que pueda avisarle la hiedra va hundiendo
sus ramas en el árbol que le da cobijo, hasta confundirse
por completo su marrón con el castaño que va cediendo...
Cuando el lecho sobre el que hizo morada se desploma
a la circunstancia, la hiedra se ve en la tesitura de emigrar
a otras savias, si no más enjundiosas al menos más vivaces,
o a enredarse por siempre a la desgracia.
Si decide lo primero el árbol huérfano de afecto le llora
su abandono, sin entender su sequedad para con ella.
En este caso la hiedra tendrá el intrígulis de redefinirse,
de subrayar los contornos de sus difusas ramas, de del
tronco desligarse despegando en sangre un cuerpo que
pertenecía a otro cuerpo, la savia derramando hasta la
entraña azucarar como insecto eterno en ámbar.
Un árbol que se sabe solo, o peor abandonado, es un
árbol que no aceptará nunca su abandono, su corazón
nunca comprenderá que prefiera otros árboles, aún
más rozagantes, aún más verdes, para siempre reclamar

su imperio sobre una hiedra que le estaba robando el
alma.
Aunque le devuelva la vida, la hiedra se ha ido con otro..
eso es lo que queda entre los círculos concéntricos de
su deambular inmóvil, muy a su pesar...

Paradojas del destino...

Primera vez

Solo queda la vez primera.

Para entrar en materia un poco de prosa y así
que el cálamo entre en calor y se esclarezca
el sentimiento:

El descubrimiento imprime sobre el recuerdo
una huella de tal hondura que cualquier repetición,
incluso si más bella, no halla espacio para dar cuenta
de sí.
No hay sensación en el mundo que más amemos
que la que nace a nuestro entendimiento, deviene
por completo una experiencia cuasi religiosa en la que
el alma, sin cuerpo que valga, levita de emoción, pone
en pie cada gramo de materia hasta apilar un obelisco
que se precipita puntiagudo sobre la mente recordante
hasta construir una sima insondable, cristalina.
Mis sentidos, anhelantes de alimento, degluten el
inesperado maná que llueve del cielo con tantísimo
fragor, o acaso locura, que lo envuelve al instante de
resistente tela de araña hasta hacerlo piel, carne de
su carne, desdeñando en su hartura todo bocado
posterior, por mucho que lo aventaje en nutrientes,
en satisfacción inmediata. Se muestra incompetente
para suplantar cual palimpsesto el fresco originario.

Esta arcilla que acabo de amasar la someto al torno
hasta dar con una vasija poética que espero del gusto
del lector:

Primera gota de lluvia
que la campiña arrambla.
Primera sombra que espesa
mi cara.
Primera vez...
Primer latido que desmadra
la sangre.
Primer amor que embelesa.
Primer requiebro que restalla.
Primera vez...
Primera herida que llaga
hasta la entraña.
Primera luz que de mañana
burla la guadaña.
Primera vez...
Nada más luce la primera.
Las veces que siguen nada
más zalemas a su señora
aciertan.
Primera vez...

Se equivocaba...

Mi pequeño homenaje al maestro Alberti

Se equivocó el naranjo,
se equivocaba.
Creyó que noviembre
marceaba,
se equivocaba.
Interrumpido fruto
que naranja abortaba,
se equivocaba.
Azahar engañado que
de nieve acechaba,
se equivocaba.
Fragancias que a deshoras
me llegaban,
se equivocaba.
Plaza de Santa Teresa,
falsa Semana Santa tu
aroma me anunciaba.
Se equivocó el naranjo,
se equivocaba...

Espinita

Ya no éramos compañeros, hacía tiempo...
Un mes antes, escasamente, salió de esta vorágine,
no era para ella...
Los resultados de sus andanzas comerciales empezaron
a declinar allá por los primeras sonajas navideñas, tantas
horas de carretera, cada día, visitando clientes de cierto club
de lectura que hacía poco pasaron a engrosar los listados de
la editorial para la que trabajábamos a la sazón.
Nos echábamos a la calle bien temprano, para que nos cundiera
el día, ya fuera en Sevilla o en cualquier barrio de las provincias
limítrofes, gente sin aparente amor por los libros que con la magia
de una sabiduría sobrevenida, al calor de la dedicación cotidiana,
emergía de no se sabe qué esquina de su alma.
Pasábamos el día juntos, comíamos en el mismo bar con el resto
de compañeros, nos debatíamos entre risas a las horas de la desgana,
a esas que rondan la comida, hasta forjar una especie de admiración
mutua basada en lo que llegamos a descubrir el uno del otro.
Ella tenía novio, no sé de ella desde entoncés, casi veinte años ya.
Me fui enamorando al ritmo de los leños que en el hogar van al
rojo incandescente.
Su frescura, que caía del blanco de su piel, del moreno de su pelo
y de la candidez de su mirada, era un soplo de frío invierno que se
cuela por una ventana abierta después de un sueño.
Quedamos para vernos unos cuantos de los que éramos entonces,
había sed de recordar, de tocarnos con las miradas, de reir como

lo hacíamos, con la demasía del estar a gusto cada instante.
Era sábado, un sábado de febrero de hace dieciocho febreros, una discoteca, unas ganas de buscarnos, ella seguía teniendo novio, el mismo de entonces...
Nos acercábamos bailando, daba igual el ritmo de la canción, todo era acercarse, tocarse, rozarse desde la llema de unos dedos que enloquecían de enredarse, ella me seguía, yo no me atrevía a orillar sus labios, tenía novio, me pudo el respeto. Ella esperaba porque su compromiso le atenazaba, yo no me decidía, mi deseo era máximo pero también el respeto.
Nos volvimos juntos a casa en un taxi, yo le acariciaba su mano de extrangis, apoyada sobre la tapicería del asiento, tenía novio, me podía el respeto. Ella vivía más lejos, me bajé dejándola dentro con un adios cual cascada que hace evaporar una piedra caliente de sol.

No hubo otra ocasión, se me quedó dentro, se me quedará siempre.

Escalera...

¡Déjenme aunque sea el derecho de pataleo
que tienen los ahorcados!.
Pedro Páramo.

Tú bajabas, yo subía.
Descendías de un bajo cielo,
a solo una altura del suelo.
Subía yo la escalera de Jacob.
Fue la casualidad de un
alineamiento, sol y luna,
luna y tierra, tierra y sol.
Yo volvía de dejar parte de
mi alma a resguardo de un tiempo
leve, perecedero, y ¿tú?
Tú, si Minerva no me traiciona, ibas
a acompañar a un trozo de tu alma
a un cielo aledaño, distinto del que
fue nuestro, mas en verdad no lo sé
porque no me llega ya tu voz.
Tu voz emigró como una golondrina
que dejó de hacer verano.
La vecina del tercero, de exquisita
belleza, bajaba de un cielo algo más
alto que el mío, para cruzarse con su
marido, hacia ese mismo infierno.
Mudez absoluta, gélida estancia.

¡Era tan niño cuando esa escena se
hizo mía!

Hoy entiendo la premonición, la honda
huella en mi memoria...

Ilusión

Vi en su ternura durmiente un atardecer de verano
sobre la marisma.
Se cumplía en ese instante un siglo desde que el
hechizo de una malvada reina se hiciera cuento,
aguja, sangre y rueca.
Abrió los ojos lentos de misterio, cien años no
son dos tardes.
Fue verme de sueño, fue verla alzar sus pestañas
puente levadizo sobre el foso ardiente.
La primavera brotó temprana de sus pupilas,
las nieves escribían la crónica ventanales afuera.
Se levantó hacia mí según un guión cuya tinta
se pergeñase en la noche de los tiempos
Me la llevé en volandas a mi hacienda,
tal fuera lacerante hurto.
La dicha se hacía carne abrasada por un fuego
que pareciera, por inextinguible, el que preside
un pebetero olímpico.
Tuvimos dos churumbeles radiantes como la
Aurora que anuncia el Día.
Aparte la voracidad de mi amada madre, que
pagaría con su vida, todo transcurría como
reguerillo que baja rumoroso del arroyo.
Hoy, mientras fluye esta viruta literaria, canto

a la blanca luna en compañía de Esperanza.
La conocí no a muchas fechas de esta melaza.
La hallé despierta, marcando bella distancia.
El palacio, herencia paterna, fue vendido al poco
para repartir la moneda obtenida.
Volvió a su castillo, con Aurora y Día. El juez de
paz no se avino con la custodia compartida.

Nos casamos en gananciales. ¡Tonto de mí!

Ausencia de un vagabundo

Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas
a los que me mesaban la barba; no escondí
mi rostro de injurias y esputos.
Isaías 50:6.

Yo:
Dónde estás Jesús, ¿has muerto?
Días hace que paso sin verte por tu
blanco banco del parque.
Tu ausencia sin aviso me hincha de preguntas.
Jesús:
Estoy en un tibio asilo que me solazará
durante esta campaña electoral.
Dios ha venido a asistirme después de tanto
ser cántaro de incesantes lluvias, de ser arena
de abrasantes soles, bajo la férula de la
inexorable atmósfera que se cierne sobre este
duro jergón.
Yo:
Mis ojos no cesan de clamarte, anhelan certezas
sobre tu paradero, eres espejo de la miseria que
anida en el abismo de sus pupilas, eres ejemplo
de la pétrea resistencia de unos muros de cartón
a las ensordecedoras trompetas de Jericó, que
truenan al son del claxón incesante.
Me congratulo hasta la sonrisa de saberte ajeno

a mis oscuros presentimientos, tu impoluto banco
de hoy revistió mi alma de la máxima fatalidad.
Jesús:
No temas, alegraté hasta la saciedad del signo de
mi sino. Es de esperar que una vez amainen los vientos
de la política, que raudos degenerarán en borrasca,
volveré al banco cual Sísifo que sostiene el peso de
la veleidosa atmósfera sobre sus hombros, hasta que la
curvatura de mis rodillas presagien el cataclismo final.
Seguirás nutriéndome con tu fugaz saludo cotidiano, que
me hace olvidar por momentos mi abyección, al decir de
la mirada ambiente.
Yo:
No más deseo eso Jesús. Pronto renacerá mi saludo, que
espera paciente tu regreso.

Dido

Fuerzas sin nombre me han naufragado sobre
estas costas.
La pena por mi padre muerto me repleta la entraña.
Anquises yace bajo tierra en Sicilia, mi espalda
no ha perdido aún el cuenco del peso de su tullido
cuerpo, desde Troya en lo alto, abrazado como un
cordero dispuesto al sacrificio.
Intuyo por entre la neblina del cansancio cómo se
acerca una beldad, una diosa. Al llegar a mi alcance
me tiende solícita las palmas de sus blancas manos.
Me ofrece, sabedora de mí mismo, asilo, abrigo, afecto.
Noto que la misma fuerza me forja un camino, senda
hacia un amor inconcluso.
Esta fuerza acelera el rijo de mis años hasta fundirme
con ella, crisol inefable, antesala del abismo.
Entre las tinieblas de la noche, con el sueño inundando
la habitación, brotan voces silenciosas que anuncian hitos
con mi nombre, en tierras no tan lejanas pero distintas.
No quiero abandonar un amor que abarrota el vacío
cóncavo del partir paterno, tan reciente...
Noche tras noche se repite el sueño: ¡Eneas, debes partir,
apareja ya tu nave con tus hombres, el nacimiento de un
nuevo imperio te espera irremisible!

Tras veinte años de mismo sueño aquí me veis, al lado de mi
diosa, Dido, tan hermosa...
Hace algunos días que el mensaje que Morfeo acostumbraba

brilla por su ausencia.
Dido, que era visitada con el anuncio de su suicidio, disfruta
de cómo esa maldita reiteración cesaba.

Los dos vivimos una inmensa felicidad, el destino
terminó por cansarse.

Sybil Vane

Sublime.
Las palabras no rozaban su
maestría.
Me enamoré locamente.
Joe Stephens ocupaba la silla de la
izquierda, rebosaba entusiasmo.
A cada golpe de genio su mano
buscaba mi rodilla, oprimiéndola.
Cada gesto...
Ofelia era luz rompiendo una ventana.
Borracho de placer, solo estrecharla
entre mis brazos deseaba...
¡Que no acabara nunca!
El camerino se encendió a la luz de su
sonrisa, no nos conocíamos todavía.
Cuatro ojos que se hicieron dos.
Toqué el cielo en la seda de su piel.
Nadie me dijo que el amor significara
hablar con Dios a solas.
Poco se hizo esperar su confesión:
Ambos nos dijimos amor.
En una nube volví al teatro,
a un sucio teatro de suburbio.
El éxito de taquilla no merecía la duda.
Ya se asomaba tras el telón la sombra
de su presencia. Desdémona, su funda
en esta ocasión.
Dicen que las primeras notas, si no la

primera, anuncian al buen cantante, tanto
como la primeras palabras al buen poeta.
Sybil no era Sybil, parecía una marioneta
desmadejada, desparramada sobre unos
hilos laxos de tensión.
Mi intacto crédito se fue desangrando a una
velocidad de vértigo, con el suceder de las
escenas.
Su extraordinario brillo de ayer fue un dulce
recuerdo que hoy se hacía hiel.
Mi corazón se derramaba cual hemorragia.
Le confesé entre bambalinas mi decisión
de partir.
Entre las ramblas de sus lágrimas amenazó
el suicidio.
Su amor era a cara o cruz, solo yo.
Así, enamorada, no era la musa que en sus alas
me elevara a la derecha del Padre.
Me fui de su vida. Ella también.
Sybil me siguió los pasos, rojos de pasión
desvenada...

Recreos

Me lo has oído mil veces,
aborrezco los hombres que
hablan como libros, y amo
los libros que hablan como
hombres.
Miguel de Unamuno.

Hago por pasar por allí.
Tengo ganas de verme...
Extensas pistas de cemento rodean
el cuerpo central, el aulario.
Mi hora coincide con la suya, recreo.
Enrejado que fragmenta mi recuerdo
sin llegar a tapar mis ávidos ojos.
Día gris que no desdeña la pelota.
Corren sin importar el agua que se
cuela entre la lona de sus botines.
Dos equipos, dos porterías, treinta
minutos que se apresuran en terminar.
Parado, detrás de los barrotes que
apenas me opacan a sus vistas, me
sumo en aquellos años.
Por arte de la magia, la sugestión me lleva
a observarme en el mejor de ellos, el que

serpentea entre las piernas contrarias, el
que dispara más fuerte, más certero.
Así era yo, en aquellos años...
Después de acaso cinco minutos retiro el
velo que me transporta.
Despierto, retomo la senda que me condujo
a mi colegio, a esas mañanas perdidas.
Arranco a andar...
¿Dónde estaban mis pensamientos?
Como un decíamos ayer de Fray Luis de León
vuelvo al guión.

Aquiles

No deseo lo eterno, solo el instante.

No.
Esa paloma mensajera de nombre
Inmortalidad te negó al alba.
Cuatro nínfeos dedos de azul salvia
lacraron tu eterno apolíneo de
ligeros pies.
Tu gloriosa Tetis mal midió la iniciática
zambullida. El Estigia quedóse mudo.
Hector, el digno sucesor, hinchóse de
fatal desenlace.
Zeus lanza su égida a la postre, sin acierto.
Aquiles, sediento de venganza, frente a un
rey de rocosa muralla ilíaca al fondo.
Patroclo sonríe desde el salón de los caídos.
Príamo llora el Helesponto.
A lomos de Mercurio suplica el cuerpo que
el supremo mirmidón rinde contra rescate.
Príamo descansa su muerte. El vino corre
dichoso hasta elevarse cual Lucifer pródigo.

Para mayor ritmo arrojo otra versión:

Aquiles sabe de su caída.

Aquiles sabe de su talón.
Aquiles sabe de su bautizo, rayando
el Hades sin la sospecha de Caronte.
Aquiles sabe de Tetis, su útero marino
que en aguas buscó la eternidad.
Aquiles sabe de su cadáver apolíneo.
Aquiles sabe de su vencer, de su vengar
cumplido, de su inmortal mortalidad.
Patroclo sonríe desde el Olimpo.
Sabe Aquiles que el instante es eterno.
Solo el instante.
La ilíada termina. La Odisea espera.

Alejandría

Tú eres mis ojos.

Tú eres un barco a la deriva
que busca puerto.
Yo soy faro que sobre tierra
se enroca, te conduce al sosiego.
Tú eres naufragio, derrota
que busca catalejo.
Yo obelisco que abarrota
tu noche, que de luna te llena.
Tú pluma, viento que por ligero
no pesa.
Yo tierra, donde descansas de
la quimera.
Amor, oh amor mío, léeme
el lenguaje que destello.
Sigue el mensaje al pie de
la letra y hallarás ensenada
lenta y brisa que refresca.
Amor, oh amor mío, no
desfallezcas al fragor de la
marejada, tras la tempestad
te besará la calma.
Tú camino, yo posada.

Cesarión

Y tan plenamente te imaginé,
que anoche tarde, cuando se apagaba
mi lámpara -la dejé expresamente apagarse-
creí que habías entrado a mi pieza,
me pareció que delante de mí te detuviste.
Cesarión, C.Cavafis.

Tus pétalos no conocieron primavera,
se te adelantó el invierno.
Dos Césares poblaban el orbe,
tu llegada, demasía.
El ominoso Octavio se hizo a la idea,
marchitóse tu amenaza.
Tu belleza no consentía el ocaso
antes del arrebol vespertino.
Te imaginé ardiente en impúberes
que gocé de soslayo, en la penumbra
del suburbio.
Fuiste vilano en garras de la circunstancia.
¡Qué buen pupilo si hubiese buen tutor!
Tu madre se desvivió al áspid de la
codicia, su égida no embadurnó tu

temprana carne.
La evidencia devino en Historia.
El apolíneo efebo que yo soñara
en mi desvelo se quedó en escorzo.
Se hizo guiño imposible.
Muchos malvados vociferaban la
diversidad de Césares.
Naciste a contratiempo.
No te dio el aire para volar,
protuberancia importuna al Imperio.

Goliat

Apoyado sobre una barandilla,
en una banda del terrizo,
vencida a lo cotidiano de una
atmósfera plomiza, recibió un obús.
Su verde primigenió iba cediendo
a la herrumbre del agua llovediza,
hasta la amenaza del tétanos.
Era una tarde despaciosa, recuerdo,
ilustrada de compañías colegiales.
Un niño, de aledaño pupitre, de pelo
ensortijado, se mostró presa de
Dioniso hasta el proyectarse de una
arcillosa onda, hercúleo arrebato,
sobre su tierna sien derecha.
Raudo brotó ubérrimo manantial
que confundió en carmesí sus
infantiles vestiduras.
Sus pies fueron polvorosa hacia
la guardia de una escasa farmacia.
Un delgado dique de sutura y seda
detuvo el bíblico mar rojo.
Dios, que ya agasajara a Moises,
le llovió maná para venideras plagas.
A lo lejos, en la bruma del horizonte,
se esboza su tierra prometida.

Exilio

Esta misma mañana, casi rozando el alba
recibí de un mensajero una carta.
Según rezaba en el remite, urgente...
La desabotoné despegando no sin esfuerzo
el rojo lacre, que parecía augurar sangre, a
mi entender...
La desdoblé con toda la parsimonia que cabía
en semejante tesitura, procedí con desgana a
leer el encabezamiento:
El ilustre Sr. Sebastián Palomo Linares como
Juez de Paz del municipio de Monte del Mono
le participa el fallo a la demanda presentada
por su corazón ante el acoso incesante al que
le lleva sometiendo su Psique en estos años.
Tras el punto y seguido se cirnió un extenso
silencio, tuve que retirar la vista del papel para
evitar que el fuego que desprendían mis pupilas
quemase la tintada celulosa...
Acto seguido, y tras armarme de valor, incliné la
cabeza hacia el texto, proseguí su lectura:
Atendiendo al rosario de pruebas que las dos
partes han puesto a disposición de las autoridades
y determinando su pertinencia al objeto del litigio,
se decreta su expatriación permanente.
En breve se le comunicará el emplazamiento donde

se hará efectivo su exilio interior.
Terminar y derramarse una lágrima fue todo uno.
Lágrima de dicha...
Alcé de nuevo la vista hacia la ventana, estaba
abierta a un fragante limonero, que ya apuntaba.
Una anchurosa sonrisa pobló mi rostro.
Gracias vida.

Vivo

Vivo en un barrio de casas
derrengadas, cocidas al barro
de la miseria.
Vivo gozoso, respirando cada
carencia que cae de sus macetas.
Me bastan mi lecho, mi mesa,
un mendrugo a la mañana que
deje sola mi despensa.
Me llena este vacío que mi nada
repleta.
Me estremece la sola idea de mi
alma enferma, sin manos ni brazos
que mi peso sostengan.
Me alimento del aire que libre baja
y sube la vereda hasta hacer corriente,
que mi rambla represa.
Me moriré sobre mi lecho de hiedra
si en el intento no lo hiciera, porque
los otoños que verán mis ojos a mis ojos
se tornarán primaveras.
Vivo en los arrabales de la Poesía.
Vivo sus lirios, sus heces en las
aceras, procuro comprenderla.
Huelo sus amapolas invisibles,
sus silencios de canela.

Callo a sus gritos de vecindad
desierta, de pared enredadera.
Ahogo a su húmeda sed, tiño de
verde su rutinaria selva.
Trocitos de ilusión hasta me pueblan
si al trabar dos palabras bien suenan.
Me vine hace poco a este barrio,
que solo sabe de quimeras.

Siendo tú

Ver lo que tú ves:
Ser agua que de mi boca nade
a tus pupilas.
Olvidarme de mí.
Desleír en líquido la costra que me
encorseta, ser vaso si en el vaso
me sumerjo, ser tú si en tu seno
desfallezco.
Colarme de extranjis en tu mente
como alcohol al que no bastan
barreras de sangre.
Ser espía doble de tus secretos, de
tus fantasías.
Sentir lo que tú sientes:
Efervescencia en tu alegría.
Escorzo en tu queja.
Llanto en tu tristeza que ya
no es triste...
Escarpia de un vello que fue nada
en el origen de tu primer beso.
Sonrisa del arcoíris que nace de
tu mejilla hasta morir en el aire.
Oír lo que tú oyes:
Hacerme álgebra del trino que rompe
tus ventanas con el primer rayo.
Dibujarte de las curvas que ensanchan

las notas del pentagrama, pegarme a
la yema de los dedos sobre tu guitarra.
Resbalar sobre las olas que rompen
tras un largo sueño, el tuyo y el mío.
Ser lo que tú eres.
Sentirme otro, salir de mi crisálida.
Sin patria, sin rey, con un dios que
tome tu contorno y tu carne.
Cisne de metamorfosis, anhelo de Leda.
De Leda Atómica.

Proserpina

La saliva se me hacía Leteo
por el despeñadero
de mi garganta.
La savia muerta que me emergía
del Hades rompía mis cráteres
a la vista de tu hermosura.
Cayendo la tarde, a la orilla
de tu frescura retozabas ignorante
de mis desvelos.
Desde la profundidad de mi reino
me envaraba a la llamada inasequible
de Príapo, la blancura de tu carne
verbo de todas las mitologías.
En la cúspide de un instante,
con el rijo exudando por mis cloacas,
emergí repentino para reclamar
mis infundados derechos sobre tu cuerpo.
Prendí con energía tu resistencia,
crispé los dedos sobre tus muslos hasta
comprender sus mecanismos, te sumergí,
Cancerbero aparte, en las simas de
mi oscuridad para que fueras faro
de eternas tempestades.
Tu ausencia materna conllevó la vigencia
empedernida de un otoño externo
que animó la connivencia de Zeus, tu padre.

El olímpico mandato devolvió la primavera
a las colinas, la floresta fue redimida a la
postre por la voluntad divina.
No obstante, astuto escondí un as en las
fauces de mi perro, seis granitos de Granada...
Esta parca ambrosía en descenso, atando a
su paso tu alma a un yugo inexorable, trajo a
la faz de la Tierra la yerta realidad del Invierno.

Viajo

En aprender a pintar como los pintores del
renacimiento tardé unos años; pintar como
los niños me llevó toda la vida.
Pablo Ruiz Picasso.

Viajo de la necesidad a la virtud.
Del ocultar diciendo al decir ocultando.
Del impresionar al desaparecer.
De la palabra al sentimiento.
De la maraña a lo diáfano.
Del Barroco al Neoclásico.
Del hablar para mí al hablar para
muchos.
Del que me quieran al quererme.
De la confusión al misterio.
Del palabro a lo coloquial.
De lo recóndito a lo visible.
De lo superfluo a lo esencial.

Oda a los poetas andaluces

Esto que escribo aspira a ser un exigüo tributo
a la inabarcable deuda que a los poetas andaluces,
que me inspiraron en muchos de los instantes que
dediqué a la poesía, tengo pendiente de pagar.
Desde Federico, que me abrió la puerta, hasta
Juan Ramón, con quién simpatizo en la poética
que me invade cuando me someto al proceso
creador, pasando por muchos otros, entre los que
ahora me vienen Caballero Bonald, Antonio Gala
y un largo e injusto etcétera,(me acabo de acordar
de un imprescindible: Góngora) se extiende el
infinito espectro de maestros irrepetibles que me
alumbran mi vida hasta dotarla de un vivísimo color
verde esperanza.
Vaya para ellos este ínfimo homenaje.
Este tema que ilustra el frontispicio de la publicación
fue publicado en 1969, conociendo de inmediato un
gran éxito en aquella España tardofranquista y
floreciente que me vio nacer.
Se inspira en un poema de mi admirado Rafael
Alberti, escrito en el exilio italiano de Roma allá por
los años cincuenta, donde denuncia la inacción de los
poetas andaluces del momento frente a la barbarie
franquista: la falta de libertades, el totalitarismo
desarrollista y paternalista...
Aquaviva, que es el grupo musical que lo interpreta,
viajó al encuentro de Rafael para participarle el proyecto
en base a su poema "Balada para los poetas andaluces
de hoy", al que finalmente decidió avenirse siempre que

hicieran constar que fue escrito en 1950. Esa condición se debió a que en 1969 ya se alzaron algunas voces.

Heces

Soy un pedazo de madera.
Soy un pedazo de madera de la cubierta
de uno de los barcos.
Soy un pedazo de madera de la cubierta de
uno de los barcos que naufragaron anoche.
Me siento en el borde de la cama.
Me siento en el borde de la cama y tuve
que sujetarme al somier para no caerme.
La resaca me late en las sienes.
A duras penas llego a la cocina.
Dos huevos fritos con chorizo, no sé
como puedo cocinarlos, el hambre.
El alcohol va cediendo al empuje de la
grasa, voy recuperando poco a poco el
sentido.
Cuando más a gusto estoy en el sofá
llaman al teléfono, ¡me cago en la puta!
Al otro lado me habla una voz que apenas
entiendo, parece que es Sara.
¿Qué quieres Sara, a estas horas?
Me cuelga enfadada, supongo.
Vuelvo al sofá, no estoy para pensar.
Apago el televisor, estaba de pena.
La televisión de ahora no aburre como
la de antes, ¿Quién inventará esta mierda

de programas, que solo ven las madres
de quienes trabajan en ellos?
Me parece que voy a volver a la cama a
dormir, ¿o voy a asomarme a ese puente
de aguas turbulentas al fondo de la calle?
No sé.

De Esciro a Troya

Elegir el eterno de la calma
o el fragor de la gloria.
La molicie de gineceo o la
gloria de Troya.
El inmenso del púber o lo conciso
del adulto.
De la dulce atonía cotidiana al
vertiginoso frenesí del logro,
y volver a lo anodino, al dormitorio,
y morir por unos instantes.
Que la gloria sea reversible, breve.
Que el ansia de ser mortal no
desdeñe mi humilde jergón.
Que la ceguera, que el laurel del
triunfo no niegue la odisea de volver.
Pénelope sigue tejiendo el amor
y destejiendo la esperanza.
Laertes llorando el vacío trono,
espera a un hijo.
Ítaca me abrirá sus puertas.
Mi Ilíada transita del lecho a
la labor, mi Odisea el regreso.

No son veinte años, sí un suspiro.

Pasillos

La próxima vez llévate mi brazo izquierdo
o un billete de 50, pero no mis poemas.
No saber es como ir por un pasillo oscuro,
tropezándose, hasta que alguien te
enciende una luz.

Se hacía ya de noche.
La luz natural, que hasta minutos antes
se prodigaba por la ventana, iba dejando
de ser.
Me decido por la escalera, dejo el ascensor,
viene bien un poco de ejercicio.
Me cuadro delante de la puerta, no enciendo
la luz del descansillo, juego a acertar con el
agujero de la llave.
Después de varios intentos atino y giro.
El pasillo que se despliega delante se me
antoja largo, no lo sé, no es mi hogar.
Con las palmas de ambas manos acaricio las
paredes que me van ayudando a ver, sin ver.
A pasos casi inexistentes voy avanzando, los
pies valen de mascarones de proa de un barco
a la deriva, como me siento en este instante...
Siento tocar un camión de juguete - lo adivino

azul - que chirría como atropellado por el
infortunio, lo desvío a la cuneta.
El tacto de las paredes me lleva a tiempos de
mi infancia, cuando privaba el papel pintado
de motivos tan sorprendentes que ahora, si
tuviera la suerte de verlo, ofenderían a la vista.
Parece que la pared deja paso al vacío, puede
que sea el recodo del pasillo o no, sí, toco una
puerta, la abro, es un salón, quiero imaginar...
Creo que ya es hora de encender la luz.
Mañana seguiré jugando a no saber.
¡Qué divertido!

Trastero

Si una puerta se cierra otra
tiene que abrirse.
El equilibrio es la matemática
que rige la Naturaleza.

La puerta se ha cerrado.
Me quedé a oscuras, pero eso no importa,
tengo el interruptor aquí al lado.
Enciendo la luz, sigo encerrado, alguien me
encerró por fuera, la llave se quedó prendida
de la cerradura, como siempre que bajo al
trastero del garaje a hacer unas pesas después
de correr.
Quienquiera que sea que me haya encerrado se
ha debido llevar la llave, porque le dio vueltas
hasta el final, noté su correr rasgándome la piel...
Debe de ser alguien que me conoce, que conoce
mis pequeños hábitos, como este de correr, me ha
esperado en una esquina cualquiera del garaje, a
miles de kilómetros de distancia de mis sospechas,
de los pensamientos que se cruzaran en el momento
de entrar por la puerta del pasillo que da al trastero,
que siempre, por cierto, dejo abierta.
Quince minutos llevo golpeando la puerta y gritando

como si me hubieran enterrado vivo. Apenas suele
venir nadie a los trasteros contigüos. Estoy rodeado de
bicicletas y de trastos tristes que esperan el azar que
los lleve arriba, de nuevo, ser útiles, ser queridos...
El pasillo, que está al otro lado de esta angustia, está
abandonado, oscuro, nadie baja, casi todos duermen.
¿Cuánto tiempo permaneceré aquí dentro, solo, con el
sudor de la carrera, con esta sustancia salada que me
quema la entraña?
Es invierno, el frío me irá consumiendo hasta reducirme
a crisálida que hiberne, tengo hambre, no he desayunado,
siempre corro en ayunas.
Es domingo.
Dos horas ya...

Eros y Tánatos

Un poema es una flor
que se acaba de cortar.
Su fragancia es efímera.

Esta civilización que nos da casa
y comida esculpe su epitafio
sobre dos obeliscos:
Uno habla de Eros, otro deTánatos.
Uno describe jeroglíficos de luz y
de esplendor, el otro compensa las
mieles con noche y ocaso.
Uno cuenta historias de leyenda y
triunfo, del poder de la voluntad
y la grandeza del Hombre, el otro
ilustra la magnánima estulticia de
que este puede hacer gala.
Rompamos los desfiladeros que
impiden el curso de las aguas de
esos vergeles marchitos por el
agosto de la carencia.
Abramos todos los diques que contienen
los miedos al miedo, inundemos nuestras
bocas de clorofila malva hasta refrescar
el aliento que como vela nos impulse.
Que toda el agua que venga de los

mares llenen todas las bocas sedientas
de rojo atardecer y puestas de largo.
Acabemos con esos soles abrasadores
que solo persiguen el yermo de nuestros
úteros y la sal del que se arrastra.
Cambiemos los calendarios, las fiestas de
guardar, demos la espalda a religiones que
nos cuentan sobre dioses que no existieron.
Maldigamos la cobardía que se arropa
en una masa inocente para derramar
su frustración de negra sangre sobre
vertederos que no lo son.
Pongamos margaritas en vez de balas
en los dedos del que escribe bajo la
parra de lo invisible.

Hagámoslo antes que la alarma suene.

Parénquima

No hay material que a las dendritas
gane en firmeza.
El árbol solo precisa de sus raíces.

Sobre rama robusta me prendo.

Vivo hacia un abismo de frondoso árbol
cuya altura significa vértigo.
El diestro brazo engarfia la rugosidad de
su piel como madero a la deriva.
El restante, de siniestra suerte, balancea
un cuerpo anhelante de otros cuerpos, sin
desdén de otras ramas si tan robustas fueran.
La gravedad, amiga del vacío, sigue a la
espera de presa, las yemas nacientes sostén
a los dedos se me ofrecen.
Sobre la seguridad espartana que me ampara
me afano en malabares de caricias.
Me digno estremecerme a los terciopelos
que otras ramas derraman, sin la tentación
del emigrante.
Me pirra conocer bosques de los que apenas
puedo sospechar su existencia.
Me sosiega hasta la leve sonrisa, la que
sucede al niño mamado, la espera estatuaria

de esa rama que es el por qué de este cuento.
Me fundamenta este juego que me traigo
entre manos, juego que es eterno y necesario.
Juego que me empuja a un viaje de encuentros,
de ojos que se ensanchan a la sorpresa.
Juego de hallar espejos donde cernerse mi alma
para ser vista y analizada, y después volver a un
jergón cierto y cerrado hasta el alba.
Solo apresaré una rama extraña si le alumbra
igual robustez. Temo dejarme volar por el
volandero abismo cuyo fin no ofrece lecho.

Escaque

Tu usufructo, no
tu propiedad.

Me acerco a una mesa, caoba sospecho.
Sobre ella veo dispuesto un tablero de ajedrez
de relucientes trebejos y arlequinado color.
Me acerco, no sin sigilo, a una silla para prestarme
a la enésima partida de una lid que no tendrá
dueño.
Quien se alce con la victoria proclamará
su indiscutible reinado.
El contrincante
se hace esperar. El ritual que precede
a una ocasión como la corriente merece unas consecuentes
abluciones. Su aparición... no desmerece a la mejor diva.
Las galas que se digna lucir serían de la exquisitez del
diablo más diablesco que imaginar se pueda.
Se sienta, me mira a los ojos como en escrutinio quirúrgico.
Me corresponden por sorteo las blancas, inauguro el trance
como es de rigor.
Ruy López me asiste en primera instancia. Apertura española
mediante.
La amenaza frontera me responde con doble peón.
Alzo como un resorte, sin dar espacio al pensamiento,
el envallado de mi cuadra para que Rocinante salga

a pastar...
A la postre, tras un rosario de tomas y dacas, se levanta
la veda. Las tablas pasan a construir un apetecible aprisco
en días de borrasca.
Sé que acabará derrotándome. No tengo escapatoria.
Ha sido una digna rival, correosa y pertinaz.
Así es la Vida.

Espero

La mano de la Poesía
me está apretando.

Paso lento las hojas.
Apenas han pasado unos minutos,
parecen horas.
Se acercan los literatos.
Ufanos me rodean, sus palabras se
sientan sobre los hombros de unos
gigantes que ya no existen, sobre el
oropel de un currículum del que
adolezco.
Recibo de sus egos unos papeles
carmesíes, orlas de sus vidas y milagros.
Al tiempo que leo la envidia me va
mordiendo despaciosa, constante.
Me hacen levantarme hasta el despacho
del director editorial, que con desdén
ojea mis últimos versos.
Sus ojos, de un iris garzo e intenso, se clavan
en los míos como sagitas que buscan palomar.
¿Este poema es suyo?
Inquiere su incredulidad.
Sí, ayer mismo, en un rato que tuve...
Espéranos, si eres tan amable, en el vestíbulo.
Paso lento las hojas.

Espero sin esperar.
Permanezco al habla con el espectro
que asoma por entre los recovecos
de estas palabras.

Guadiana

Necesito la luz del día para
encender la noche.

El nevero de la cúspide me da
la vida.
El frío del océano me la quita.
Se me van los pies laderas abajo
hasta amontonar aguas en la
reseda de esa olla.
Las verdes laderas que saludaron
mi nacimiento tiritan de desaliento.
El húmedo del descenso llega a
remanso, para después precipitarse.
Un no sé que me despeña por una
suerte de sendero que quiebra el
decir de una montaña.
Allá, a lo lejos, se atisba un negro
hondón que anuncia un quizás.
Entro veloz en una entraña de
fuego e hielo y salgo por otro
resquicio abierto al acaso de las
arcillas. Entro y salgo.
Entro para enjugar las olas de mis
océanos de calma, salgo para
embravecer mis aguas, para que

deseen la armonía quieta de un
abrazo.
Calma y disturbio, caudal que se
oculta a la geografía de la vista para
rebrotar furioso de vida, de locura.
Aparecer y desaparecer.
Equilibrio.
Armonía, ojos del alma que giran
lentos de rotación, miran dentro,
miran fuera, cierran y abren sus
párpados en danza constante.
Busco el cobijo de sol de una parra
para acariciar un libro.
Busco la noche, el hervir de una
mirada que haga la linfa libido.
Sombra, noche, día, mañana, ayer,
cara, cruz, serenidad, quietud...
Entro para dormir de sentido.
Salgo para rebozarme de existencia.
Empanada de locura.

Hermanas

Senderos que llevan a la misma cabaña...

Asomado a mis avenidas paso
la tarde...
Dos niñas juegan, su parecido
dice de una misma sangre.
Idénticos rizos, mejillas sonrosadas,
cabello rubicundo, retozan alegres.
Saltan de los extemos de un mismo
ronzal, una leve mirada entre ellas
sustituye a la palabra.
Preguntas y respuestas al conjuro de
un silencio, que no precisa romperse.
Me asombra su inaudita sincronía, su
mover acompasado asciende telúrico.
Ríos que confluyen, mismo estuario.
Al cansancio del largo alféizar retiro
el rostro de la escena.
Descanso...
Con el alba, y acalorado de curiosidad,
corro a la plaza en pos de sus nombres.
Apenas tardo en dar con sus paraderos,
con sus señas:
Filosofía y Poesía.

Moscardón

Ella es dueña de tus silencios,
tú eres esclavo de sus palabras
y yo ¿Qué soy yo?

Reina la quietud en el salón, de tarde,
de una tarde que se despide bajo una
mortecina lámpara de baratillo.
Alrededor de la camilla todo es fijación
y silencio.
Sin esperarse, se alza al aire un susurro
que bisbisea unas frases quizá extraídas
de un libro.
Marta se afana en atrapar palabras que
apenas destellan de sus labios.
Precisan de pronunciación para que alcancen
su entendimiento, así es de abstruso su
mensaje.
A su lado, el sopor en que me sume el
incesante bordoneo, que me tienta de
abandonar la lección. Los ojos se me antojan
huéspedes.
Como Aquiles ante el valeroso Héctor me bato
con el tedio de la cartilla caligráfica. Mañana
debo rendir cuentas bajo la amenaza de la
inmisericorde palmeta.
Al fin y a la postre Héctor muerde el polvo.

El canto de sirena que supone Marta y sus
moscardones se encarna en el héroe troyano
de débil talón. La letra que introduce la
sangre se encharca ante las ilíacas murallas.
Me retiro a mis aposentos...

Pobreza

Tras el tintineo de unos ochavos,
que caen de un cielo a un metro
de su cabeza, vuelve esta pobre
a su pobreza.

A la puerta del palacio me veo,
sentado, con el culo prieto y
desgastado. La gélida brisa que
me azota el rostro me parece
céfiro ateniense.
Ofrezco al viandante la pus que
de lacerantes llagas me adornó
la vida, temo no levantar las
agallas de sus ebúrneas lentes.
Sí, reconocerlo, aquí lo reconozco:
La dicha del perro es la que me
solaza, porque de perro no se
espera riqueza, solo pronta pitanza.
A mis oídos llegaron antaño hazañas
que solo de reales me temo la
hañagaza del juglar de presto
maravedí, aunque fuera estrecha
la saca.
Nunca se cató la historia de hazañosos,

mas sí del hambre del menesteroso.
La hazaña que me priva es la del
estómago lleno cada ciertas horas.
Otras hablan de patrias que apenas
cabrían entre las pastas de un libro,
patrias de padres que abandonan a
sus hijos, como es mi caso, cuando
casi hervía el cordón umbilical.
Echemos cal o estiércol a las palabras
vacías, garabateadas para aflojar las
faltriqueras del más pintado.
Mi única patria tiene como geografía
la suela de los zapatos que todavía
me consuelan del cemento.

Consciente

Solo existe una voz.
La Conciencia.
Deshabítate y sé.

La alcachofa se calla.
Abro la puerta entre la bruma.
El espejo es Londres, una tarde
de esas en que Jack se desangra.
La puerta de la habitación se
desflora a la izquierda, la cama
deshecha hasta la noche.
Calzoncillos, pantalones rotos en
la entrepierna, como se llevan ahora,
y desvelo el cajón de las camisetas.
Mis inviernos no llegan a ser inviernos,
la manga corta se oculta por si es
precisa, la calefacción de la oficina
suele estar absurdamente alta.
Elijo una celeste, descolorida por el
excesivo sol bebido durante años de
servicio. No me gusta, por dentro
conserva su color original, más oscuro.
¿Le doy la vuelta?, ¿Muestro al otro las
costuras?

Así lo hice, ¿Seré objeto de miradas, de
muecas de sarcasmo?
La ceguera ambiente se confirmaba, ora
propios ora ajenos.
La muchedumbre laboral que posa sus
sentaderas sobre tan inmenso espacio
solo admite un desenlace. El ensayo
sociológico satisfizo mis expectativas.
Hasta los compañeros que me escoltan
(trabajo en un enjambre telefónico)
hicieron mutis por el foro.
Tras varias horas, ya cansada, la Conciencia
me ordenó, ya impaciente, volver del
derecho la camiseta, aunque apagada.

Rabia dulce

La emoción tiene
su llave maestra.

Cerró los ojos a su infancia.
El rasgeo de una guitarra hacia
sones de sur fue demoledor de
lágrimas.
Rubén, nervioso desde que entró
en el teatro, tuvo que salir al fresco
del patio para, en vano, templar los
nervios.
Le tocaba actuar, el presentador se
prestó amable a acompañarlo para
sentarse, guitarra en ristre. Sus ánimos
consistían en minimizar la gran afluencia
que llenaba la platea. Se serenó con los
primeros acordes...
Su "Rabia dulce", que así decía titularse
su composición, de cosecha propia, se
devanaba en el silencio ambiente.
Paz, una de los integrantes del jurado,
cerraba los ojos, ya bañados en mar,
en dirección a su Tacita de plata, que
extrañaba sobremanera, a su posterior
decir...
Sin casi articular palabra le dio su sí,
después de agradecer su viaje, su baño

de espuma en la Caleta, su brisa marinera...
Yo también me emocioné. Mi viaje fue a
Paco de Lucía y su " Doblan Campanas", que
mi padre utilizó de decorado a uno de sus
poemas, el único que le recuerdo por quedar
inmortalizado en una casete.
Ignoro hace tiempo su paradero.

Clito el Negro

Es un fluir y perderse,
un puño que aprieta
negro sobre blanco.

En el cuenco de sus brazos yacía exangüe.
Él, que dio todo por su padre y su hijo y
así se lo agradeció, ya atardeciendo...
Él, agarrado al terruño de su Macedonia
natal, no aceptaba aires nuevos. Alejandro
se acercaba a la India para gloria de Grecia.
Los efluvios de un espíritu vinoso, sopeados
por un reguero fragante de viandas divinas,
hicieron estragos en la concordia reinante.
Alejandro deseaba celebrar su pasaporte
a la historia con sus más íntimos, entre los
que se contaba él.
La locura fue guinda de un pastel borracho,
soltando la lengua de viejas rencillas.
Él se descargó a su sabor.
Él contaba hace lustros con el oropel de sus
victorias, de la mano del gran Filipo II. Él
desató su indignación, receloso hacia el
persa, que como mancha de aceite iba

impregnando la desmemoria de su rey.
Alejandro no pudo contener el peso de una
espada que se avenía a la carne como falo
a su vaina. Resollaba de ira, orgullo herido.
Con el vino se derramó plasma y hematíes
hasta darlo por yerto, para siempre...
El resto de los circunstantes lo abrazaron
en el temor de que hundiera hierro en sus
propias vísceras, no es vano recordar que
fueron uña y carne...
Estuvo ido durante unos días. No daba razón
de lo que sus manos osaron hacer.
Sus lágrimas no le fueron bálsamo.
Su ejército derrotado por su soberbia.

¿Qué queda..?

Ando a golpe de instinto,
baba de caracol mi camino.

Una tubería de flujos
me recorre de arriba
abajo, el llover del
momento explica
su cauce.
El óleo en que consiste
construye pensares,
unos que ensanchan
sonrisas, otros lunares.
En la tibia umbría de lo
vespertino acuden las
palomas en enjambre,
de sus picos extraigo
enrollados variados
mensajes, unos me hablan
de la vida que ya está
vivida, otros que quedan
marejadas y oleajes.
Las montañas de Sísifo
menos altivas aparentan,

la roca, que a fuerza sube,
menos pronuncia su estela.
Detrás de su pronta cúspide
el abismo me espera, que
solo el asomo a su precipicio
para atrás me echa.
Una vez al pie de nuevo pétrea,
el carrusel sin fin comienza.
El instinto que semilla exige
ya saldado queda, quién sabe
si habrá campo para la restante
sementera.
Deber cumplido antes de plazo
otros deberes genera, sin deber
que cuenco en la mente halle
la vida se hace lenta.
Zeus me está perdonando, cada
vez es más pronta la cuesta y
más larga la incógnita que tras
su cumbre se despeja.
Cada cara oculta su luna.
Luna nueva.

Lázaro

Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas.
Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la
buena parte, ...

Llamó a la puerta.
El sol bajaba ya su mirada cuando se apostó
ante la puerta, cenicienta, humilde de nudos
por entre la madera.
Levantó la mano derecha hasta el aldabón que
dorado engañaba a la vista, oropel.
Marta rinde el cerrojo a la curiosidad, sorpresa
vespertina.
Túnica blanca hasta el deslumbre, gesto atónito
el de ella, le abre paso al milagro.
Lázaro yacía al albur de unas lacerantes llagas, sus
lamentos crispaban el gesto del mesías, su muerte
era dulce en los labios del desgraciado.
Expirar y suspirar fue un unísono de lágrima en el
compungido rostro de sus hermanas, la esperanza
en el ungido única carta en la baraja.
Con el misterio rayando la estancia colocó sus
lácteas manos sobre el rostro del finado, lo que
sucedió de seguido quedó en los anales de la fábula.
Y anduvo, limpio de pestilencia y pesar...
Anduvo carajote los primeros compases...

Se fue sin esperar agasajos.
La alegría debía obrar en lo íntimo del hogar.
No cabían intrusos, rehusó protagonismos.
Marta, María y sus oyentes se tornaron
adictos a ese desconocido que se dignó
tocar su puerta cuando más lo precisaban...

¡Qué sé yo!

Hay algo más bello que tú, sí...
Tú mismo, cuando no fuiste mío.

Nadando en mis pensamientos
bajaba la calle, un niño se interpuso
con una pregunta entre los párpados.
Le solté sobre la palma de su mano
una moneda, no era eso lo que quería
de mí, pero es que me extendió su
mano, ¡que sabía yo, si iba con mis
asuntos!
El niño solo hablaba con los ojos, era
incapaz de articular palabra, o sería
extranjero, ¡qué sé yo, si iba con mis
asuntos!
Me señalaba con el fuego de sus ojos
el largo de la avenida que se abría
a su izquierda, sería que su madre o su
padre pusieron pies en polvorosa hasta
dejarlo en la estacada, digo yo, o sería
que por allí queda el domicilio donde
duerme su día de mañana, ¡qué se yo,
si iba con mis asuntos!
Derrotado por la indiferencia, por la
perplejidad que me pintaba la cara de

signos y signos de interrogación y por
la imposible gramática de un lenguaje
que solo conocían sus ojos, arrancó tal
que corzo que huele el colmillo del lobo
hacia la avenida que no supe entender.
Solo una mísera mueca sobre el labio
superior, una mueca que trataba de
alejar cualquier pensamiento que no
fuera el que llevaba puesto antes del
incidente, se cobró de mí la angustía de
un pobre niño, desvalido, cuyas mantas
para conjurar el frío de la intemperie
guardaba en el fondo de su mirada.

¿De verdad quieres saberlo?

A la flor no le basta la
palabra primavera, sí
agua y calor, y colibrí
y abeja.

¿Que cuántos años tengo?
No sé contar los años
tal si fuera árbol podado.
Mi tallo no consiste en el
círculo que se derrama
adentro.
Mis ramas no recuerdan
otras ramas, que leña se
hicieron, ¿y mis hojas?
Mis hojas se nutren de
savia blanca que se hace
plata, y más plata con el
contar de los vientos...
Mil colibríes buscan un
corazón para de ambrosía
llenar sus jarras, ¡qué
busquen en el mío!, que
late al son de sus batires

invisibles de alas.
¿Que cuántos años (me
preguntas) que tengo?
Mi vista alcanza apenas el
alba que sobre mi cima
temprano se proclama.
De mañana, cuento las espigas,
espigas que de sangre, una a
una coronan mi aura. Son más
de cien, más de mil, de dos mil
mis palmas del martirio, nieve
que se queda de la nevada.
Mis ojos a su patria volverán
por siempre sus miradas, patría
que en la miel de la inocencia
descansa, al son de las primeras
cuentas, de las primeras rampas
por las que corretear sueño
todavía, como si fuera una canasta
de mimbre que rindiera la manzana.
Mis arrugas me delatan, arrugas
sí puedo contar, sí sé, mas los
años, los años..., me faltan.
¿Que... cuántos años tengo?
¿De verdad quieres saberlo?
Pues cuando tu quehacer te
dispense, al alba, me llamas.

Jessica Rabbit

Tu pincel surcó mis contornos
de maldad.
No tengo tu culpa.
No soy apenas así.

Había descansado bien, era sábado.
Bien temprano, como solía, me lancé a las
calles en zapatillas, así el agua salobre y
carmesí que me recorre daría rienda suelta
a sus urgencias, el sudor no hacía más que
esperar su turno confundido en endorfinas.
Entre músicas, lecturas y demás pasó el
transcurso que se asentaba entre el pijama
de vuelta de las carreras y la ducha y
brillantina nocturna y risas, y bailes y ...
El garito temblaba de ritmo de las paredes
afuera, donde esperaba mi turno, un hueco
de suelo que aceptara mis suelas, ni un alfiler
podía alzarse hacia su prenda, como un saco de
grillos...
Entrar y ver a Jéssica fue una comedia de un
solo acto, sonrisa en ristre, dijo que me conocía,
no sé de dónde, la verdad, ella sabría...

Siete a mi alrededor, entre fémines y féminas,
besos y nombres que más tarde logré agarrar, los
que me llamaron la antención nada más, la verdad...
No sé si fue mi buena onda, mi buena dote de
energía en un día ordenado y salubre, el caso es
que le dio por mí y no me soltó.
Toda su energía se hizo exponente a mi base de
potencia, consulten las matemáticas del colegio
quien no se acuerde, hasta montar un algoritmo
de fuegos artificiales que incendió mis estancias.
Aquí sigue ella, al pie de este cañón que no cesa,
con algunos tacones menos y algunas nieves más
sobre una cúspide gloriosa, su sonrisa intacta.
Ayer estuve por allí, por recordar, me topé de
bruces con Jéssica, con otra Jéssica, no llegaba
a tanto, la verdad, o es que la sombra de aquella
es larga como una meá cuesta abajo..., no sé.
Si me ves algún día vagando las calles dime
que eres tú.
Hazme recordar maldita bruja.

Muelle de la sal

Arenal de jarcias y mozos de cuerda.
Hormiguear de plata, carne de
reyes y francachelas.

Un ápice de luz falta, cielo
que no cesa de luna, el
horizonte no existe.
Camino de silencio que
alcanza música, ruído
dentro de una enlatada
muchedumbre agolpada.
Silencio de palabras junto
a la caminata, metafísica
barata que surfea el alejar
de un río que me acompaña.
Palacio de San Telmo a la
vista, espera torre albarrana.
Tocada de oro me espera
en la verja sentada, paso de
largo, ensimismado, con el
mirar en la entraña.
Agua quieta titila a la farola
que hiere como estaca.
Cerca, un puente de argollas

que baila la ola del agua.
Por debajo pasa ahora, blanca
de plata y luz, años miles
de hazañas, antes, con la
morisma, barcas rendían tu
carga.
Castillo de San Jorge, de
inquisitiva semblanza,
encierra en sus almenas
expedientes de escarnio
y jarcha que atravesaron
de quilla a quilla el barrio
de Triana.
El prosaico destino de mi
andanza pronto me espera,
Paseo de Colón a la derecha,
Betis a la izquierda, metafísica
y Platón en el centro de la
escena adornando pensares
y cabezas.
Recorrer sabatino de un curso
que se me torna miel sobre
hojuelas/ noches, luces, algazaras
son guirnaldas de fiesta.
Efervescencia y letargo se
mezclan hasta el remanso,
caricia de brisa marinera orla
de sal la frente espesa.
Un paso de peatones me despierta.
El sueño termina, la música empieza.

Narciso

Solo tu reflejo me hace dichoso

Narciso, cargado de laurel,
me visitó la víspera.
Vino al viento de alabanzas,
de aleluyas de regocijo al
tenor de un canto a mi
tierra.
Narciso, sé que existes, que
te asomas a todas las fuentes
no importa caudal ni piedra,
que a mi fuente te acercaste
aunque temo tu presencia.
Narciso, sabes que no eres de
mi incumbencia, me tengo por
un Sísifo cualquiera que vuelve
grupas en lo alto de la ladera.
Narciso, maldito seas, eres un
nublar que de mañana ciega y
de tarde fue mentira tu
existencia.
Añafiles y atambores tronaron
por mi ventana, antesala de la
hueste real que en comitiva
acompaña.

Agasajos y demás golosinas mis
sentidos entrampan, mis versos
cumbres de las letras se dice
que alcanzan, sonrisa, cortesía,
mi rostro engalanan.
Recibo recomendación y carta
que lacre rojo guarda, de heraldo
pendenciero que en confusión
me desata.
La satisfación hace yaga, su cicatriz
desaparecer aclama y al poema
que sigue, atención y olvido
como condimento bastan.
Como carne que tierna y doliente
al dedo que presiona contesta,
halagado y bien nacido me reputo
por tamañas fiestas, más la vida
sigue con sus dimes y diretes y
su quehacer de brega, y la Poesía,
mi dulce compañera, reclámame
mimos cada jueves de Cuaresma y
domingos de feria.
Dicho esto, apresto mis manos a la
mayor de las hecatombes que el Olimpo
ver pudiera, me rindo a los dioses
que simpar banquete me aparejan
y prometo coraza de diamante
y leña ante el insaciable Narciso,
que lejos, creo, me tienta.

Palabras

Borracho delante de una
encrucijada. No sé por qué
palabra tirar.

La palabra cansa.
Quería decir el culto a la palabra,
ponerle velas para que proteja mi
acaso, perejil y cosas así.
La palabra es miel en los labios,
es árnica a la herida, es cuerpo al
pensamiento, es todo..., pero cansa.
Ayer de mañana agarré por el asa una
bolsa de palabras rotas para llevarlas a
la basura y pesaban, por mis muertos
que pesaban, más que un libro muerto
(¡vaya, he escrito dos veces
la palabra muerto!)
Otro día, un sábado, un amigo me invitó
a tomar unas palabras en el bar de la
esquina, le dije que no, que me cansan
y por eso las estoy tirando a la papelera,
me contestó que me dieran viento fresco,
que no entendía cómo se puede renunciar,
con el tiempo que hace en la calle, a unas
palabras en salsa de rioja con un vino a juego,

me colgó el teléfono y me retiró la palabra.
Voy a tener, aunque sin tiempo, que limpiar
mi casa de las palabras que me sobran, de
todas, porque se me suben a las paredes, a
los cuadros, porque en el suelo no hay espacio.
Está mañana, como de costumbre, se me olvidó
ir al súper de abajo a por provisiones, por la
tarde cierran los domingos, me he quedado sin
nada que comer, solo tengo palabras, pero las
que tengo engordan y tienen pocas vitaminas,
pocos hidratos, mucha grasa, grasa trans
para ser más exactos, malas palabras...
Me corren los gusanos en el estómago.
Voy a tener que comerme mis palabras.

Homofobia

Me duelo dentro, como tú.

Un leve viento arruga las telas suizas.
Hans ofrece impertérrito sus amarillos
con sus azules a la mirada displicente
del papa, ciego en la costumbre.
Se cierran las alabardas a su paso en un
fragor de pulcros metales.
Hans calla su viacrucis, su armario cierra
su misterio a calicanto.
Nadie lo sabe, su habitación tampoco.
San Pedro es el sumun de la decencia-
dicen sus malas lenguas.
Su familia está lejos, muere de frío y
se adivina paria por las calles,
echado a patadas del calor que apenas
le es bálsamo - los que comen su mismo
pan.
Cada día su pluma inicia un descenso
digestivo que acaba en ardentía.
No puede más, teme caer, su sangre
late borboteante en las sienes.
Su santidad, pido audiencia - dijo.
La mirada blancacasquete del iluminado
exclama un sinnúmero de ¿?s.
Soy indigno de su excelencia.
Soy impuro.

Se puede curar, no temas hijo mío.

Insinúame

Sin silencio no hay arte.
El arte se nutre del silencio
como la abeja de una gota
de rocío.

El reloj en su campanario
me echó escaleras abajo como
escorrentía que contesta a la
tormenta.
Salté el dintel de la casapuerta
para fichar mis huellas sobre la
acera caliente, rayaba el verano
entre los chopos.
En silencio, mochila al dorso,
emprendí un camino que ya es
cristal de tan trillado.
Alcé la vista hacia la verdina de
la fachada contigua, una ventana
se llenó sobre su alféizar.
Frené en seco, un resplandor
detuvo la inercia de la marcha
hasta deslumbrarme.
Miró hacia abajo, advirtió mi
presencia, sostuvo la mirada
en silencio...

Ella, el mundo y yo bañados en
un silencio sepulcral.
Toda la Poesía que cabía en los libros
brotó de nuestros ojos.
Silencio...
Cada silente pregunta fue paloma
que se posara en sus labios, a contrario
sensu, la respuesta era mensaje en
su pico que alcanzara mi mano.
Pasó de esta guisa toda una vida
que se resumiera engastada en una
perla de escasos minutos.
Bajé la mirada al camino.
Seguí a ninguna parte.
Ella recogió su mirada al mismo
tiempo, hacia la penumbra de un
adiós que no fue pronunciado.
Fue el primero, el último balcón
que se llenara de semejante Poesía.

La Susona

Perder el suelo por
prender el cielo.

¡Por ahí viene la bella Susona niños!
¡Por ahí mancilla el nombre de Yavé
con ese prócer cristiano que le ha
robado el sentido!
Dicen los vientos que quiere sacar dineros
de sus encantos, que el orgullo se le ha
subido a la peineta de tanto piropo nefando.
Dicen que no quiere más quebrantos, que
nunca más el hambre ausente sus platos.
Dicen que se ha enamorado.
Que un angelote rubio con biblia en mano
le ha clavado tres venablos: uno por Santa
Águeda, otro por Santa Ana y otro por San
Fernando.
Dicen que en Sevilla se escuchan sables
y llantos, la católica reina trama del judio
un desahucio, corrían del descubrimiento
los años...
Que su padre el Susón, de larga mano,
confabula rebeliones de gran calado que
harto desdigan el religioso mandato.
Que temiendo por su amado, hasta sus
viles oídos hace llegar el secreto recado.
Que este, fiel a su estatus, raudo corrió
al asistente Merlo a participar lo contado.
Que acto seguido, como alma que lleva

el diablo, el Susón y sus congéneres por
revolucionarios son ejecutados
en procedimiento sumario.
Que arrepentida y mil veces maldecida
se revuelca entre sus tripas clemencia
implorando.
Que su amado, al verla de su infamia
pasto, aborrecerla dijo, repudio al canto.
Que se metió a monja después de
haberse bautizado, que antes de morir
dejó su testimonio y lección en su calle
colgado: su cráneo, dijo, pendido sobre
el rubro de la seña quedará mentado.
¡Que aprendan las hembras venideras
lo que arrebata un juvenil espasmo!, un
creerse hurí fuera del vallado.

La Flor Azul

Hallarte fue maná para después desierto

Avanzaba abriéndome paso en una densa
maleza.Las cañas ofrecían férrea resistencia
a las andanadas de un machete inasequible
al desaliento. El objeto del deseo esperando.
Tras un punto y final al monorrimo herbazal
irrumpe un vergel de lo más diverso.Todo
eran flores de olor intenso.
Me detengo, como llamado desde instancias
invisibles, entre los pétalos licuefactos de una
flor azul, bellísima en su hechura, que me mira
con sus ojos garzos, su cabello pardo trigueño.
Como me alumbran los idiomas, pude entender
del rumor de sus labios que hundía sus raíces
en la estepa rusa.
Su peciolo se cimbreaba al son de los vientos
que, en ese preciso instante, agitaban nuestras
palabras, y lo hacía con tal gracia que no pude
por menos que dejarme seducir.
La lluvia hizo repentino acto de presencia.
Su corola se precipitó sumidero abajo.
Me quedé compuesto, pajarita en mano...

Gaudí o el Genio

La arquitectura es la ordenación de la luz.
La escultura es el juego de la luz.
A.Gaudí.

Una claridad radiante, más propia de otras latitudes,
socarraba con delicia un ufano paseo del centro
histórico de la Ciudad Condal.
Su cabeza, periscopio de un submarino de esos que
infestaron, no ha mucho, los siete mares. Curiosidad.
Un eximio derroche abarrotaba hasta tal extremo su
cerebro que las neuronas dijeron basta, tal era la
atención de sus ojos abiertos.
De repente el mencionado artilugio se paró, registró
de un rápido vistazo las coordenadas del hallazgo sin
dar crédito a la magnificencia que se apostaba al
alcance de su mano.
¡Qué maravilla!, acertó a pronunciar, a balbucear más
bien.
El milagro arquitectónico que le interpelaba se dotaba
de una balconada inaudita, según su modesto entender.
Las curvas se superpusieron a las consabidas rectas, las
macetadas de geranios, tan populares entre los vecinos,
se incrustaron en el enrejado retorciéndose sublimes.
La boca se poblaba de moscas al decir del refrán, de

tanta que era la admiración que babeaba incrédula.
Tras el orgasmo, ya con la cabeza al frente, siguió en descenso la excelsa vía hasta que...
Un señor, parecía mayor, yacía exánime sobre la calzada tras ser atropellado por un tranvía de línea, el veintiséis siendo preciso.
Rauda, se acercó para saber. Lo reconoció en seguida.
Hombre vetusto, septuagenario, debió de ser rubio en sus años mozos. Genio entre genios, pensó hacia sus adentros.
El conductor pretendía que fuera un vagabundo por su desaliñado aspecto, pero ella sabía de su austeridad militante y adivinó un hilillo de aliento por entre sus comisuras en medio del barullo circunstante.
¡No había un segundo que perder!, dijo ella.
Su ilimitada admiración obró el milagro. Don Antonio alcanzó la cama hospitalaria a tiempo.
Renació.
Pudo cambiar la historia...

Llora llorando

El labio se levanta
sobre la página desnuda.

La lágrima baja del cielo
más próximo.
Es abril, las nubes mil piden
la vez, precipitan sus pesares.
El cielo plomizo soporta estoico
el sermón, un trueno detiene
la conversación.
Es que no puedo con mi mar de
lágrimas, con tanto frío polar
que congela mis entrañas.
Es que quiero precipitarme al
vacío de la desgana.
El Sol sale de su escondrijo, erige
su labio por sobre el acero de un visillo.
Las nubes dejan la cola para huir
despavoridas, se deslíen al soplo
de los vientos, el polo se derrite.
El exagerado rocío que yace abajo
ha inventado yacijas de barro, que
se han secado a la sonrisa del iris.
Los pájaros abandonan nidos y cantos,
pronuncian sus alas a un cielo aún

llorado, beben de los árboles que de
savia se están secando.
Es que el nazareno con su capirote
pincha la nube, por eso llueve el
Jueves Santo.
Que siga el azul algodonado,
que siga el Sol erigiendo el labio
Y la Luna..., a la Luna que le den por
saco.

Sin Tiempo

Tu espalda, óptimo pergamino

Tiempo es flecha.
Flecha es tiempo comprimido
en su vértice, es herida futura
de muerte, es pregón anticipado.
Tiempo es tiempo que queda
sin tiempo, es goteo de arena
que gotea el suelo de un reloj.
Flecha es flecha que no responde
al arco, mas le obedece.
Flecha es surco que asenderea los
pasos, flecha es sociedad, costumbre.
Es redil de lo mandado.
Tiempo es segundo, primero; es primero
segundo, y después tercero... hasta
devenir epitafio que resume, sin
asumir lo que se deja fuera.
Tiempo es lo que siempre falta,
lo que se añora cuando no se
siente.
El tiempo no es tiempo si no arrastra
lo temporal consigo, si no entraña
en su adn la palabra "Entropía"
(extraña palabreja por otra parte...)
Conocí en un poema que deambula

en el limbo digital un lugareño,
trasunto de Pedro Páramo,
que llegó a Comala huyendo de un
virote que hería su espalda más
cuanto más pisaba su senda.
Ese virote, entre la cuarta y la quinta
lumbar, es la punta de la flecha que
harto nombro en esta mi ocurrencia.

Aquí perezco.
Cepillo en mano dispóngome ahora
a recoger la arena que antaño perdí.

Mariposas

Lepidóptera ensalada rota
de su cráneo.

Temprano, como era su costumbre,
despertó su sueño, rayo que nace.
Revoloteo de mariposas refrescando
su cabeza difusa, sigo soñando pensó.
Tras que la ventolera peinó sus cabellos
se dispuso a levantarse, apenas atiende
el tronco.
Tras de sentarse al son de las noticias,
ayuno muriendo, aureola gótica pintaron
los colores de sus alas, sueño persistente.
La arquitectura de Morfeo gozaba de una
resistencia gaudiniana -pudo pensar en el
entretanto.
Las tostadas lloraban de todavía intactas.
Al derrumbe postrero de la catedral sucedió
un cortocircuito lobular: Una suerte de
infarto cerebral..., eso creyó.
Las doradas neuronas, que ceñían su talento,
se precipitaron en cascada, Niágara apocalíptico.
¡Mariposas del alma, no me dejéis en la

estacada! Clamó cual Jeremías en el desierto.
Lo que sobrevino fue encefalograma plano
a las pretensiones de este pasatiempo.
Mi misión como narrador arría el telón.
Gracias por vuestro tiempo perdido.
Proust en Babia.

Fuenteheridos

Beatus ille qui procul negotiis,
ut prisca gens mortalium
paterna rura bobus exercet
suis, solutus omni fenore,
neque excitatur classico meles truci
neque horret iratum mare,
forumque vitat et superba civium
potentiorum limina.
Quinto *Horacio* Flaco?

He ahí deliciosa sombra
que se abre cual amapola
en la esquina de una vereda.
Escasa luz que la enreda
da el tono justo de esa
que fue en mi infancia:
Aquel patio de veladores
que dibujaba mis veranos.
Aquel rumor de agua
que invitaba al sueño,
aquella quietud de cigarra
que reventaba abrevaderos.
Aquel aroma que corría

sierra abajo, para anunciar
que un poema está llegando.
Aquella higuera, sabor y
olor en mi alma incrustados.
Aquella tapa de menudo
aderezada de chorizo,
tan hiriente a la lengua
que apetecía fresco bebedizo,
ya fuera propio o extraño.
Salgo de mis aledaños
por veredas de descanso,
el jumento apresto
con silla de soñar,
me encabrito a horcajadas
sobre el poniente viento
que me vuele al solaz
que deseo.
Mi corcel me conduce
a la esquina del recreo
donde la parra en celosía
esculpe el rayo
hasta dejarlo quieto.
Uvas de caramelo
se me antoja el destino,
mi recuerdo testigo
del velador, la parra, el higo,
la fuente de Castalia,
de henchido caño,
retozando en un costado,
para aliviar al viajero.
Sombra de verano
con su justo tamiz y trazo
que cada tarde hallo.
Súmeme en tu íntimo regazo.

Antonio encadenado

Recibió su réquiem
sin expresa dedicatoria.

Antonio se asoma por la lenta celosía.
La radiante claridad alejandrina
va dando espacio a la nostalgia.
Antonio espera el pronto deceso,
que no se hará esperar.
Octavio casi araña el Faro sobre
un enjambre de trirremes.
Se abre paso entre las quietas
aguas egiptanas para clamar la
injusta justicia de la guerra.
La capitulación acciana viene
a cobrarse su saldo.
Antonio huele la afilada guadaña
de la parca, mientras se besa con
su amada Alejandría como si su
mirada se hiciera, mañana, arena
de este tiempo.
¡Amada mía, la cuna de tu cuenca
la quiero como tumba!
¡No desaparezcas de mi vista
hasta que mi vista no te vea!
Oigo el tíaso murmurar sones
de cítaras y sonajas debajo de

mi ventana.
Baco me ignora su ignorancia,
diáfana señal de mi final.
La textura fúnebre del solfeo
ambiente hiela de negra
mortaja el venamen que
me arborece.
¡Toc, toc, toc..!
Ya está Morta con su
hilandera encomienda.
¿Dónde está mi fiel espada?
Antes de abrir la puerta del
Averno birlaré a Octavio
el placer del triunfo.
El destello del riguroso
acero se tiñó de silencio.
Su muerte tuvo merecido
colofón sobre el exánime
regazo de su amada.

La Jacaranda

Llora un rocío malva
en el pálido acero
de la rinconada.

Sorpresas de niñez color violáceo
vienen de nuevo a olerme.
Alfombra de apoteosis perfuman
mis pasos, que apenas saben andar.
Mayean las jacarandas, el cerúleo
del cielo se eclipsa, se achanta.
Pies que beben de la ambrosía
que sus flores postradas dejan,
Arcadia que de espléndida
se jacta ante tanta amenaza.
No en vano el desierto apremia,
(Sevilla tiene un calor especial,
dice la canción).
Mi camino mañanero hoy se viste
de fiesta, tapiz azul violáceo bajo
mis pies lanza, mis recuerdos se
disparan de cuando apenas niño
me atreví a calles extrañas.
Era una tarde, cálida, lenta y de espaldas
a mis mayores la aventura me trincó las
entrañas hasta la inmensidad del semáforo
que ladeaba la Jacaranda.

Una confusión de pitos, de colores hirieron
mi tierna guadaña, apenas el miedo
despertó a la Parca, pero pudo más la
intensa luz, la luz nueva de la Jacaranda.
No sé cómo volví, se borró de mi memoria
o nunca estuvo, más bien, solo recuerdo
ese azul violáceo que se instalaba novedoso
entre mis bastones ojipláticos.
Aún reina en su reino, que es solo una esquina
cualquiera, a veces paso y allí sigue esperándome,
desnuda de gala.
En invierno duerme en lo profundo de un
misterio, en agosto agostada y seca, y en
primavera, en mayo, vestida de zambra.

Volver a verte.

Trébol de cuatro hojas eres.

No sé quién me empujó a ese bar.
No sé, quizá no quería irme todavía.
El caso es que entré otra vez, venía
de otro que estaba al lado, ya de
retirada, pensaba.
Había concierto, un grupo que ya
conocía de otro bar, por cierto tocaban
muy bien, en especial el vocalista, que
además se enrollaba con la armónica
a las mil maravillas, era un virtuoso.
Entré a ver y allí estaba, me cogió de
espaldas, fue ella la que me reconoció,
si no me falla la memoria nos conocimos
en el cumpleaños de una chica que conocí
entonces, hacía algo así como tres meses
de ello.
Según me contó después en el camino de
regreso, venía con unos amigos que
siguieron después en el garito.
Fueron unos treinta minutos de reacciones
químicas que se conjuraron con la tarantela,

y digo la tarantela porque, hablo por mí, me
corría por las venas unos ríos de energía de
tal envergadura que no podía parar de bailar.
Me sorprendí a mí mismo, siempre me gustó
bailar y siempre que salgo lo hago, pero es
que esa vez...
Al final abandonamos juntos el bar y nos
acompañamos a pie hasta la Torre del Oro,
después cada cual cogió su dirección.
Yo le dí mi teléfono, ella me lo pidió, yo
no llevaba teléfono, he tomado ese hábito
últimamente, me gusta, me siento más libre.
No me ha llamado, no ha dado señales por
los dos bares que suelo visitar, no sé si llegó
bien a casa, quiero pensar que sí...
Me gustaría volver a bailar una tarantela
con ella, sentir ese ascenso de energía,
esa efervescencia, como si la sangre me
cavitara entre las venas.
La vida manda, si está de ser será, sigo
mi camino.

Te llamaré Nadie

Ya no te debo nada.
Aquí tienes tu semen.

Apenas el desgarro
de un grito.
Apenas el latido exánime
de un corazón herido.
Arbusto que nace de un
estiércol abundoso,
segundas partes nunca
fueron buenas.
Canté en desvarío tras el
artista de la noche, desolado
me arrastro del naufragio.
Conocí a mi fantasma de la
mano que mecía la cuna.
Al pie de la tumba oí mi
santo y seña: Reencarnación
Dalí i Domènech.
Llevarás su nombre, Salvador.
Volví lo andado sin alma,
la carne atendía una mecánica
que no entiende de bitácoras.
Me llevaste a verle otra vez.
Mi amigo el ciprés levantó sus

ramas a mi paso, compasivo.
Me repetía como gotera mi
nombre, Reencarnación, no
se me hacían mis oídos.
Padre, me has robado el alma,
devuélvemela, maldita sea
tu estampa ladrón.
Padre, has hecho de mí el
templete de un fariseo, de
testero amable y de entrañas
castillo de naipes que zozobra.
Padre, te devuelvo tu semilla,
guárdala para que la historia no
olvide sus desatinos.
Bogo a salvo sobre un torpe
velero de papel secante.
Salvador yace sereno, yo, sin
nombre, erguido y errante.
Padre, por favor padre, llámame
simplemente Nadie.

Mira al frente.

No tengo ojos para ti.

El cráneo de hueso
a plomo pasa.
Andas para mirar
abajo, pesa la tierra
que pisas en andas.
Con la mirada al suelo
se alumbra una neurona:
Saco el móvil que me marca
la piel del bolsillo, repaso
la nada.
Como el plomo te castiga la
mirada mirarás otros mundos,
de plástico, de ilusión, las
tortugas tontean entre
bolsas de compra y lágrimas
de mar hacia su boca.
Si no te sale un ojo en el
cogote será tu acabose, los
coches, las motos, no son
impulsos eléctricos ajenos
al sólido del impacto.
Guardas el móvil tras dar

alimento a una boca sin
garganta, sacas fuerzas de
flaqueza, vences el plomo
de tu cabeza, saber qué hay
más allá de esta presa.
Yergues la cabeza, descubres
un mundo inédito: árboles
que huelen, que respiran,
vehículos que tiritan de prisa,
niños que chillan tras callar
demasiado en las aulas...
Te atreves a forzar las cervicales
hasta mirar a las cornisas,
balcones que no abren, toldos
de esparto centenario que no
conocieron fotones...
Miras los letreros de tiendas
que tienden a tender sus
persianas, la crisis...
Existe otro mundo, que se
mira sin leer, que se huele
sin apenas respirar, que se
sonríe sin imaginar, que te
succiona, te envuelve, estás...
El cuello se te vuelve robusto,
poco a poco lanzas otras redes
entre tu alma y la ciudad.
Eres más allá de un rectángulo
con pantalla, eres energía...

Picanteces

Bajo el oropel no caben distingos

La casa estaba vacía.
El guía contratado por el instituto, una chica, para ilustrarnos
con todo lujo de detalles sobre la mansión Montferrant se
desbordaba de entusiasmo ante cada historia, por nimia que
fuera, sobre sus legendarios moradores, M. y Mme Silespan.
Fue entrar en el lujoso salón y recrear las interminables fiestas
que anegaban en vino la alta sociedad parisiense del lucífero
siglo, banquetes que competían con los míticos grecolatinos,
aquellos que todos tenemos en nuestras retinas.
Después de tanto boato, talco y rapé me apetece distanciarme
del resto para darle al evento mi singular toque...
En este mismo- dije al ver el sugerente taraceado de una puerta,
la empuje con levedad, para evitar chirridos delatores, enciendo
la luz, que ya era eléctrica, y avanzo un pie, luego el otro...
Me abofeteó la vista una cama estilo Luis XV color yema tostada
con un cabecero historiado con escenas de caza, el aroma de
la estancia me transportó, cual si trabajara para el Ministerio del
Tiempo, a los juegos de alcoba de Casanova and company.
Sobre una especie de cómoda, una suerte de bargueño, descansaba
un libro, me acerqué a curiosear sobre sus páginas, Las Amistades
Peligrosas de Choderlos de Laclos, libro polémico donde los haya.
Si agudizaba el oído, aproximando la oreja al lomo, podía escuchar
un tintineo entreverado de risas de íntima complicidad, no pude más

que abrirlo para participar en la francachela.
Apenas hube devorado los primeros compases una mano blanca, delicada y firme al tiempo me agarró del cuello de la camisa hasta arrastrarme al interior de la trama.
Me miré de arriba abajo y no me reconocí. Parecía un casanova del tres al cuarto, rodeado de una pléyade de damiselas a cual más encantadora y exuberante.
Como el libro es largo, más de trescientas páginas, sigo aquí dentro.
Supongo que mis compañeros habrán vuelto a sus quehaceres.
Espero que no me hayan echado de menos, y si así ha sido mala suerte, qué se le va a hacer.
Nunca se sabe dónde salta la liebre.
Feliz lectura libertinos...

Locura de sirenas

Aquí, ahora, no somos más
que tres: mi pensamiento,
el silencio y yo.

Se me rompe el ruido, las arterias
dentro me tiemblan.
Sirenas, metrallas, a cientos
discuten con el vecino,
con el párroco, con el clérigo, con
el tísico, con el barbero, no miento.
Los dobles cristales no dan a basto,
de mi ventana dimite el pestillo,
innecesario se despide calle abajo.
Ojopatio de mi infancia, murmullos
de pájaros que en los cordeles descansan,
ropa que destella jabón verde, quejas
de lo cara que está la cesta, los niños,
qué cansancio de vida, esto era Facebook
cuando apenas levantaba dos cuartas.
Cláxones, tambores de verbena, garganta
que se quiebra, requiebros que se pierden
en el viento, migrañas percutiendo la cabeza,
todo esto no vale un silencio, silente almena

que de flechas vive, que asedia la torre que
más pesa, que sin ruido el alma tiembla...
Sí señores míos, la ausencia sonora es reina
de corazones por ser el ruido su lacayo, su
escudero y marido, santo y seña de tabernas,
sin ruido, sí, sin ruido se derruye el tímpano
de las iglesias, hasta el feligrés desespera.
En la sima de la poiesis me acurruco, entre
estrechos desfiladeros desfilo letra a letra,
cada paso polvo desprende hacia la nada
cierta que me acongoja el talón, abajo solo
acierto a un río delgado, sordo, silencioso.
De hito en hito me lo quedo mirando para
que me devuelva los versos que me niega.
Sigo camino a pie enjuto, no sea que me
caiga y la musa se me quede ciega.
Paciente espero juntando letras hasta
que aparezca Clío con sus madejas,
y me muestre su llave maestra.
Si callase el ruido habría más poesía...
y menos fiesta.

Rendijas

¡Cuánta vida mira ciega
sin ojos que la vean!

Bancos verdes con sonrisas,
con gritos, muecas, con...
Tórrido quejido veraniego que
se digna remitir, tan solo una
tregua, son las nueve, tarde.
La madera en que consisten
se arruga de vieja, el color
se descorteza desnuda.
La noche promete charla,
de vecinos que miden sus
fuerzas, a ver quién tiene
más moneda, más padeceres,
más hacienda.
Camino lento por entre la fiesta,
la arboleda que de flanco sirve
bulevar se presta, pequeño
París me parece la escena.
Bebo el aroma que perfume
gotea, bebo la brisa que a
levantar empieza, bebo los rojos,
amarillos, azules y demás colores

de la paleta que en la estampa
no faltan, son de vida emblemas.
La señorita alegría embebe mis
venas, glóbulo a glóbulo va
ganando tierra como el Cid
Campeador quedóse con Valencia.
Padres, hijos, que son los que más
jalean, abuelos, que tras ellos
corretean, primos, primas, suegros
y suegras, todos gritan a la gresca.
Miro con atención sus caras por
si una rendija me abriera sus puertas,
el pudor que mi mirar levanta tiene
pronta respuesta, una sonrisa franca
y abierta.
Mis ojos no hacen distingos, sus
misterios merecen para mí igual
esquela, no ansío otra cosa sino
ver lo que no enseñan.
Sus historias entre escombros duermen,
las de los niños tiernas, las de mayores
pobladas como cola de cometa, algunas
se cuentan al tenor de mi paso, salen
de la duermevela, otras bajo trajes de
domingo, carmín y peineta siguen
ocultas; bueno, que duerman.

Punto de vista

Columna en que apoyar
mi derrota.
Dulce derrota...

Viernes por la tarde.
Media tarde, rayando las seis,
una calle que se acicalaba
para salir, noche de baile.
Volvía a casa, él volvía
a ninguna parte, quizá
la próxima esquina que se
ofreciera acogedora.
Se me venía con un ligero
pendular, barba sin tiempo
y mirar perdido.
Mi sentir fue de lamento,
me pienso un bulto más
en su inexistente camino,
no me creo tan importante
para ocupar un segundo de
su etérea atención.
Juzgaría que la curva de su
caminar venía del alcohol,
olvidar todo esto debe de

ser lo primero...
Propongo un ejercicio de
empatía, observar tu ego
desde cualquier otra
ventana.
Apostaría a que, desde su
humilde atalaya mira libre
su jergón, su cabaña, abrigo
suficiente, Alejandro contra
las malditas convenciones.
Quizá me mire con lamento,
quizá diga al mundo sin el
sonido de la palabra mis
miserias, que sean más
míseras quizá...
Mi apostadero, mi barandilla
desde la que avizoro al otro
es falso de toda falsedad.
Su apostadero, su andanada
bajo palco preferente,
desde el que brotan vítores o
almohadillas, ese..., ese es el
que le vale.

¿Qué me resta?

Chi lo sa?

Todo está escrito.
Solo se me permite
cambiar la caligrafía.

Entro en casa a eso
de las diez, de la mañana.
Vengo con la cabeza echa unos
farolillos de feria, zombis
bailando lo que le echen,
bebiendo gasolina, da igual
sin plomo o con plomo, de
noventa, de cien, de ciento
cincuenta y cinco mil quinientos...
Si entras en un after es para guiñar
al sol al subir a tierra desde una
galería de carbón, de cabrón activado...
Antes no puedes salir, si no, ¡para qué
vas!
Salir y preguntarte, ¿Duermo o empalmo?
¿A estas horas..? ¿Para qué?
Entro, como dije ayer, en casa, no hay
nadie, menos mal, no explicaciones y todo
ese rollo, pero me encuentro en la mesilla
que está debajo del espejo, donde te das

el último toque al peinado antes de salir,
un medio folio de pie, plegado.
Lo agarro con el parkinson poblando las
falanges, leo, casi ciego de cansancio:
Fernando Trebujena Pérez, mi nombre,
nacido en.... y así hasta la fecha de mi
muerte, 24 de septiembre de 2031.
La letra era autógrafa, redondilla, de mujer,
¿mi mujer?, con faltas de ortografía de
penal, con el negro como tinta y aciertos
en todo lo que me ha sucedido hasta ahora,
(bueno, tampoco tiene demasiado mérito
si es mi mujer, ¡mejor que me conoce ella!),
con todo detalle de lo que me va a acontecer,
casi a diario, (mañana dice que al cruzar la calle
de la panadería casi me pilla una moto, pues
nada, me espero si veo una moto, pensé con
los ojos perdidos en el cristal).
De lo futuro no fui más allá, no me atreví, ya
sé que voy a morir dentro de doce años...
Aprovecharé lo que me resta, qué remedio.
A ver si sé...

Una copa

Uvas con queso, embeleso.

Hay corazones que la
razón detiene.
¿A que el tuyo no?

A quien pregunte por ti
le diré que eres plata quieta.
Vagaré por las calles hasta
encontrarte, te fuiste cuando
la luna quemaba mis ayeres.
Fue solo una sonrisa, tan solo.
Me acerqué a la barra, una copa,
tú..., tú ya estabas pidiendo, tus
amigas a tu espalda, espera,
esperé mi turno, era noche,
noche temprana de una sola
luna, redonda, soleada, sin prisa

por bailar, por gozar, miraba el
danzar de tus labios, el asomar de
tus dientes, tus arruguillas de
expresión que subrayaban mi
embeleso, desfile de copas,
diversidad en licores y refrescos,
hasta agua, esperaba, sin prisa, alguna
chanza que venía a cuento para
dar aceite a las palabras, fluir,
conectar, al poco ya bailar, mirar
dentro de las pupilas, yo la tuya, tú
la mía, despedida de tanta amiga que
nos rodeaba cual nebulosa de Venus,
tu coche o el mío, el tuyo, ya vendré
por el mío si vivo a las sábanas, adulterio,
nunca me preguntó por mí, nunca se lo
dije, cuando dos sustancias reaccionan
no preguntan, hacen, deshacen, que yo
sepa el oxígeno nunca le preguntó al
hidrógeno por su pasado, ascensor, un
quinto, largo trayecto para poca paciencia,
el fuego subía desde los pies al ático, mis
pantalones, los suyos, eran el coloso en
llamas, un beso, otro, ascensor, no llegaba,
parecíamos Al Paccino y Glenn Close subiendo
a la terraza del Empire State Building
(no sé si alguna vez, en toda la historia del cine,
estos dos actores coincidieron, es que se me
vinieron a la cabeza estos dos mientras escribía
y soy de impulsos, no voy a consultar a Google
si fue así o no, no me apetece...).
El caso es que llegamos, la llave al fondo del
bolso, quinto derecha, clack, clack, doble
cierre, me agarra del culo, yo de la cintura,
corriendo al sofá más próximo, un beso, otro,
otro....(pongo cuatro puntos suspensivos porque

fueron muchos), levantarnos, desnudarnos,
cojines fuera, edredones fuera, cama de ciento
ochenta por ciento cincuenta, suficiente, más
besos, Catábasis de Jenofonte (catábasis = de
arriba a abajo), Montes Apeninos, montes de venus,
gambas al ajillo, manitas de cerdo, chorizo criollo
al vino, eructo marroquí de placer, sonada de mocos
para el alérgico que soy, vuelta de espaldas, ronquidos
varios, once de la mañana, apertura de ojos mirándonos,
sonrisa, desayuno en la cama, postre con guinda, otro
eructo de placer que deviene en grito, adiós,
explicaciones, preguntas, niños...
Espero que el teléfono vibre, despierta del sueño,
no repeticiones, no fuera que le coja el gusto y
acabara matando a su rival, que no lo era, dicho
sea de paso.
En fin, cosas que pasan.

Átropos

Sit tibi terra levis

Un error médico
lo tiene cualquiera.

No sé el tiempo...
Un peluco de oro palpita
en la muñeca sin sentido.
Sus manecillas son opacas
a mis ojos, inútiles.
Fue un premio de ventas,
por cierto...
La luz no me viene a ver.
El espacio es una anécdota.
El ácido que respiro me va
quemando por dentro.
Apenas quedan centímetros
para plegar el codo.

Ausencia oscura.
Me distraigo pensando.
Calculo que la cárcel que
me maniata eterna yace
bajo un imposible de arena,
que no es movediza...
Me afano en arañar el pulcro
blancor del forrado terciopelo
que adorna este infierno, es
de buena calidad, aplaudo
el esmero.
Consigo llegar a la tapa con un
hilo de alma.
La inevitable me acecha con sus
aborrecibles tijeras.
Erosionó el metal, la tierra
espera.
Coceo sin respuesta, voceo
con la misma suerte.
Solo.
Noche.
El resuello se me esfuma,
la palabra se me escap.
Pronunci.. una pala...
me cuest. la vid.
Las cuerd.. laríngeas
se me romp. cual
un violín abandon...
Sig rasgand.. la espera...
Me ahog. en mi prop..
gas.
Adi..
.

Libertad versus Amor

¡Que mi mirada no acabe nunca!
Y la tuya...

No hay amor en el mundo
que anegue el estuario
de esta libertad.

Retoza, ella, feliz por los campos.
Los grilletes del amor se abren
a sus pies, vuelo de nardos.
De musas vaga rodeada sin cupidos
romos y desacertados que trenzaron
de laurel y nácar la ilusión sobre sus
labios, todo se le tornaba júbilo de
liras y Decamerón de Bocaccio.
Cuando Afrodita le sostuvo del brazo
con el suave de la miel, la sonrisa,
de lado a lado, pobló su luna y su silabario.
A la postre la diosa apretó el garfio
hasta de herida infectar su espacio.

Fue a la sazón cuando, de un zarpazo,
despedazó el agobio del lazo.
Ahora, sigue ella retoza que retoza
en los prados, praderas y acantos.
Sigue juega que te juega con las musas
y sus amos, que por ser los dioses del
Parnaso rendirán sus tributos al acaso.
Disfruta del ahora, ella, como en lleno
entusiasmo, como si no hubiera un
mañana que la despierte del remanso.
Sabe de sobra que su edén de mantecado
no resistirá el mar de leche que,
como tsunami, derramará Cupido a su paso.
Su anhelada Libertad es un nacer de
Botticelli que, ella sabe, no durará tanto
porque Afrodita, que tiene sus heraldos,
es poderosa en su tropel de caballos.

Ignoro

-¡Ayer vi a mi marido besando
en una esquina!
-¿Estuve lo bastante
apasionada?

¡Tanto esconde una mirada..!

Tiene tiempo por las mañanas.
Parece que un trozo del lingote
del tiempo se le abre al alba.
Dispone de tiempo para ella,
sobre todo cuando el Sol se
sienta en una rama tras el
sueño de una noche de Verano.
La labor sabe esperar, va
paso tras paso a una oficina
distante más de una hora de
su domicilio, donde Cristo perdió
el rosario.
Le gusta constelar su camino con

las pinzeladas humanas que el
desayuno convoca, sobre la tabla
de un universo de veladores que
cual nebulosas salpican la ciudad.
La veo penetrar con el doble iris
los labios que esculpen palabras,
las miradas que arrojan el color y
los gestos y sonrisas que recogen
las escenas en un marco imaginario.
Puedo leer el libro que se escribe
en la curiosidad de su cráneo, sus
preguntas, sus prejuicios vanos e
insolentes acaso, siento la caloría
que desprende su deseo de ser
carne de esa carne que se oculta,
tan cerca, tan lejos, tan suya, tan
ajena, tanta energía que emerge
a la troposfera hasta la electricidad
de una nube que espera como agua
de mayo derramarse, curiosa...
Queda aún trayecto, sigue paso a paso.
Cada encrucijada que bifurca su cabeza
la resuelve hacia el calor humano, el
alma es el ingrediente estrella de este
plato que cada mañana vuelve a cocinar.
Ese bar que rebose dientes blancos de
sonrisa, el argentino deslumbrante
de un velador y el olor a café recién
volcado en la taza, ese es el que va a
rozar con sus pasos.
Va buscando la tostada de mantequilla,
el sorbo deglutiente que queme sin
matar, las risas, las prisas, facultad u
oficina, el estrés o cuatro las sillas que
penetran el hueco que deja la tabla rasa,
piernas de metal frío que se calienta con

el sentar de una asentadera sedienta de
sentido, por qué, para qué, mejor es sentir
que pensar, sentir es mejor.
Llega y se sienta.
Energía estática que contagia al Pc y el
Pc le devuelve complacido.
Se hunde en el puff pensado de un
adminículo que se presta al ángulo
recto y los pies colgando, comienza el
espectáculo sin espectador.
Google parece estar abierto a cualquier
pregunta, por impertinente que fuera.
Conecta y olvida.
La dejo con sus asuntos...

Adelfas

Eres laurel en el jardín
de mi reino.

Ahora quiero recordar...

Aquellos viajes de Sevilla a Nerva
en pleno estío, cuando en la fresca
tempranera de la mañana el sol
nos daba una tregua.
Aquellos días, recién cerrada la
escuela, con meses de ilusión
verbenera poblando los planes
de sierra.
Aquellas carreteras antiguas,
aquella autovía Sevilla Huelva
que nacía al futuro simple de
una tierra harta de sementeras.
Aquella medianera, repleta de
adelfa, a veces blanca, a veces
rosada, a veces hiedra, que
baldeando azahares a diestra y
siniestra inundaba de aromas
la vetusta tartana que por coche
nos llevaba al amor de las gentes,

que con brazos de par en par nos
hacían fiestas.
Aquellas adelfas..., que me vienen
hoy a saludar, las bebo de sus pétalos,
sus estambres me como hasta que
de rodillas, un derrotado corazón, se
rinde a su veneno.
Aquellas adelfas que me llevan a la
quietud del verano, a la vacación
que comprende el asueto.
Adelfas que con su delicioso delirio
me trasladan a la magia del verano
donde el pasado no pesaba porque
escaseaban los años, donde la risa
era la reina del sarao, donde el patio
y la guitarra eran la salsa del plato.
Adelfa de mi recuerdo, aunque los
siglos han pasado tu aroma sigue
inundando mis prados.
Adelfa, mañana salme otra vez
al paso, que este viaje en el tiempo
no sea en vano.

Segundos

Segundos que se llenan de razones...

Mira el reloj.
De pared.
Nota que cada segundo tarda
lo mismo en pasar.
El tic tac rasga lento cada una
de las meninges, la inexorable
gota del tiempo diluye su ser.
Vive despacio cada latido.
Cada instante.
Nota que respira, que transpira
cada segundo de ese reloj, viejo.
Nota que sea día de laborar, sea
día de fiesta el tic tac, constante,
maderametálico, se rige bajo la
misma tónica.
Piensa.
El precio de cada segundo es el
mismo, sea de laborar, sea de fiesta.
La vida transcurre cada segundo
sobre el mismo carril incierto,
cruento y placentero, no importan
fiestas o labores.
Piensa.
Si ese precio, que me es dado pagar,
es el mismo, días rojos, días azules,

debo darme al mismo disfrute, a la
misma tristeza, a la misma perplejidad.
Piensa.
Si el precio es el mismo es
que vale lo mismo, entonces...
Debo vivir lo mismo.
Un segundo de labor cuesta lo mismo
que un segundo de fiesta.
Cada latido repleta de rojo todo
el venamen, de la misma manera
la savia es idéntica un día de labor
que un día de fiesta.
Mira el reloj.
Piensa...

Espirales

No paro de dar vueltas
en pos de tu centro

Vivir es regresar

Pasos que anillean un árbol.
Nunca pierdo de vista la cuna
que de blanca sábana enjugó
mi vagido.
Cualquiera que el lugar sea
orbita perpetuo ese sol
que tostó mis primeras luces.
Mi cuerpo de memoria salmón
remonta ríos de bravas aguas
hasta morir sin la remisión
de un instinto que me volanda
hasta el origen.
Recuerdo de imán que arrastra
mi devenir como canto de sirena.
Yo, Odiseo sin soga sobre mesana
que quiera diques al sino, que
de rebelde hibris niegue a Dios.
Esto susodicho me surgió una de las
eternas mañanas de camino a la labor,
hollando el polígono que circunscribe

la geometría de lo que se repite.
Cerca de estas inmediaciones constela
mi único lecho primigenio, no lo abandono
por mucho que el tiempo segundee.
La onda magnética la siento, nife
de un planeta que me trae invisible
hasta una cascada de melosa leche
que de útero derrama.
Raíces las mías que hallan savia
sin que vendaval alguno zarandee su arena.
Aquí sigo, pimiento de una sola tierra
que no espera trasplante.

Su ventana

Lee su historia
sobre un regazo
que espera...

Asomada a la ventana.

Cielo azul, sonrisa, limpio
de nubes.
No sombras, no tristeza.
Si mirara a la izquierda vería
una densa estela de alto avión.
El siempre azul hace una mueca,
anuncia tempestad esa línea
blanca, ese rastro cometario.
Sonríe, ignora...
El Sol, que nubla de luz el
verano de su mirada, ciega todo
atisbo de negrura.
La luna toma el relevo.
Y con ella la noche...
Sonríe, aunque sabedora
de lo aciago del mañana.
Las golondrinas repican
redobles de siringe hasta
no caberle más alegría.

Mañana Dios dirá, hoy...
Se van las golondrinas
a sus colgantes nidos.
Se fue el Sol, arrebol
de sangre y suspiro.
Se fue la dicha, respingo
del destino.
La ventana fecha su
cerrojo, funesto de luces.
Su recuerdo, su sonrisa,
riela día y noche, en la
ventana dos cruces.
Cangrejo es su astrología.

Mis ojos

Dime la verdad
que sola del
párpado sale.

Cuéntame qué soy

Dime tú, que me ves,
qué soy, qué parezco.
Dime tú, que me miras
con otros ojos lo que
mis ojos no miran.
Dime tú, corazón mío,
lo que siendo no es
sido por negado, por
increído, por apartado.
Lamento la cuenca que
de estos luceros cueva
es, que de cóncava a
convexa fueran para por
dentro divisar lo oscuro
que de mi ignorar ves.
Ojos que traidores hallan
príncipes donde villanos,
eximios letrados donde

humildes lebreles, lirios
de la Alhambra donde
marchitos caireles...
Ojos que me engañan
las mientes, ojos que
a la lengua lanza por deriva
sin cuartel que gobierne
sus andanzas.
Cuéntame que soy, quién
me llena las entrañas, que
diablillo cojea mis alabanzas.
De la patraña salir quiero,
de fúlgido adolescente
a pútrido efebo, y, andando
el tiempo a verde anciano
desemboco, simulando
mancebo, de esto quiero...
Párame en el camino, mírame
a estos indignos tuyos ojos, pero
cuéntame, si haces el favor, en
qué consisto, porque la
insapiencia me sume en
desasosiego, fiat lux.
Que tu amor me alumbre
la caverna de aguas
quietas que me abarrota.
Que se haga tu luz en mi
sentina, señala mi derrota,
mi barco, tu barco, tiempo
de su zarpar se aproxima.

Quijotes y Sanchos

Descansa muy a su pesar

Compañero, ante la impotencia
solo nos queda paciencia
y barajar

Sancho, amigo mío, en lontananza diviso un castillo,
presumo debe de ser del esforzado caballero que
me aguarda en duelo.
¡Qué castillo ni que niño muerto Don Alonso!,
lo que se observa, si mis ojos no me engañan, es
una taberna de esas que se ofrecen al caminante
para su solaz a tan polvoriento camino.
¡Estás seguro Sancho! Juraría por Dios que se trata
de la morada del Palmerín de Inglaterra, que bien
rezome en sus andanzas que establecería asiento
en estas tierras castellanas. Vayamos a rendirle
pleitesía amigo Sancho.
Tras salvar el trecho que les restaba hasta la posada,
el caballero de la triste figura y su esforzado escudero

se apearon de sus cabalgaduras, las surtieron de abundante
pasto y agua en las caballerizas y se dirigieron al Alcaide,
según demandaba Don Alonso, para salvar las honras.
Don Alonso, intercedió Sancho, ¡que no se trata de ningún
alcaide, que no estamos en ninguna fortaleza!, cuando
de seguido acudió el mesonero para servirlos, si era posible.
¿Es usted Palmerín de Inglaterra, el honroso caballero
que me aguarda en duelo?
¡Pero que dice usted señor!, replicó escandalizado Manuel,
que así se llamaba el dueño de la hacienda.
¡Pero, me quieres tomar el pelo o te arrugas ante la amenaza
de mi presencia!, insistía el ingenioso hidalgo.
Ni corto ni perezoso desenvainó su tizona y la emprendió contra
el desgraciado mesonero que, despavorido, voló escaleras arriba
seguido por el ansia vengadora del insano caballero.
A la postre Don Alonso, maltrecho, acabó postrado en la cama
tras haber sido reducido por unos hombres que, de paso a la sazón,
salieron al auxilio del posadero.
Tras recobrar el "Juicio" siguió jurando y perjurando su verdad.
Castillo inexpugnable.

Habítate

La indecisión
del remolino.

No hay soledades
si te habitas de ti mismo.
Convérsate.

Ayer me decías que tu soledad
te llevó de puerto en puerto
en tu larga singladura.
Que te caíste tanta veces
como te levantaste,
y en cada caída se abría
bajo tus rodillas un abismo
insondable.
Que te prendiste del amor
como un clavo ardiendo

se prende de una quimera.
Que la soledad era más fuerte
que el amor, más perentoria,
más importante, que este error
de concepto fue pica
que hondoneó en tu desdicha.
Que el tiempo pesaba tanto
sobre tus tiernos hombros
que tus pilares no se bastaron
para sellar la boca a la palabra fracaso.
Me afirmabas que huir de la soledad
es tanto como huir de tu propia sombra,
que es la cara de una moneda
que no concibe abandonar su cruz,
que es una vestimenta tan usada
que renuncia dejarse de su piel,
que es una desnudez que desdeña ropaje.
Me llorabas que la soledad te sigue
a donde vayas, aun con otra alma
orlando tu senda.
Tengo que de la soledad ser amigo,
me decías entre lágrimas de vitriolo,
aunque su amistad no quiera.

Amémonos hoy

Luego, cuando lleguemos a muchos miles,
perderemos la cuenta, no la sabremos nosotros
ni el envidioso, y así no podrán maldecirnos
al saber el total de nuestros besos.

Que el recuerdo haga justicia...

Lesbia mía, amada.
No importa lo que digan,
lo que pronunciar quieran será mecido
por los vientos de la indiferencia.
La vida es breve, el arte largo.
Tu y yo, aquí, debatiendo nuestro amor,
tus labios, amapola que muerte implora,
me reclaman mis besos.
Toma mil de ellos, estos que se derraman
de la comisura ardiente de mi sonrisa.
Toma otros cien, ahora otros mil y otros cien,
hasta que la ruleta del deseo se haga tan grande
que sea inútil pararla.
Entrégate con tus besos, dame cien, ahora,
después otros mil, hasta que la saliva devenga

salitre insuficiente al roce.
Tus padres, los míos, la envidia, quedan tan lejos...
Dame otros mil, dos mil, que perdamos la cuenta
hasta que nadie pueda reprocharnos el número
de los besos.
Vivamos este frenesí que nos visita.
Mañana, todo esto, quizá, sea un sueño.

Belleza

Deja de mirarme

Es para nada, no puedes evitarlo.

Miles de rostros te vienen a buscar.
Andas las calles ojo avizor,
aguzas oídos, ojos y boca
hasta dar con ella tras las esquinas.
Cuando la alcanzas te paras,
te apostas delante sin pudor,
la recorres con la mirada
en anábasis, luego en catábasis,
das media vuelta hasta irte alimentada,
sosegada de espíritu, complacida.
No te importa lo que ella
pueda pensar de tu insolencia.
No , no importa.
¡Qué sabe ella de tus urgencias,
de lo que te enciende la vida!
Sigues tu camino cabeza al frente.

Hueles su proximidad, la adrenalina late
sobre la piel de un tambor incesante.
Hueles sus feromonas, que parecen arder
de incienso litúrgico.
Llegas al fin a sus inmediaciones,
te paras delante,
te apropias de cada rasgo, que después
será pábulo a tu recuerdo. Ella ríe,
se avergüenza ante tan absorvente mirada,
baja la cabeza sonrojada, se esconde...
Se disuelve en el aire.
Te das media vuelta...

Soledades

Formula un deseo

Eres una soledad, quizá dos...

Eres una soledad que deambula por la casa, en silencio.
Te escucho entrar en el baño, o quizás el cacharreo de la cocina.
Te escucho saliendo al ojopatio para atender la colada, la vecina coincide,
te habla pero no escuchas, estás sola, en silencio, de ojos adentro y afuera.
Eres una soledad que alza una mano buscando presa, pero en silencio, no te oyen...
Te escucho otra vez, yo en mis asuntos, en el salón, escribiendo, conversando con mi soledad.
Mi soledad me habla, me dicta para que escriba lo que le llega desde dentro, inconsciente.
Te escucho gritarle a tu soledad en voz alta, en silencio, noto el latido de tu garganta.
Tu voz se quiebra como un pergamino que no recibe letra, clamas en el desierto.
¿Por qué no juntamos nuestras soledades? A lo mejor congenian y se hacen amigas.
Si así fuera se irían juntas al parque, al bar de abajo, café con pastas y todo eso.
Nos dejarían tranquilos, sobre todo a ti, que tienes la espalda vencida, de tanto peso...
Mi soledad me sonríe a menudo, y me sugiere buenos versos. Aunque a veces...
Eras una soledad que deambulaba por la casa, en silencio.

Pureza

No te limpies la boca

A lo lejos una fuente.
Acosado por un Sol que no deja de señalarme intuyo a no muchos metros
una fuente, unos gitanos se solazan al refresco.
¿Me permiten un trago? solicito amable a una de ellos, que me franquea
el chorro para que el maná se me derrame de gozo por el pecho.
Mientras, sus tostadas pieles distraen en líquido elemento el rigor
de este verano, un verano que cada tarde se les sienta en la modesta
realidad de sus porches, no muy lejos del juncal que tachona el río.
Levanto la vista al largo del camino, el deseo de llegar me enerva las
entrañas, me invitan solidarios a participar en su acuático festín,
cosa que declino con la simpatía que hacia ellos me brota, y me voy.
Una corriente eléctrica de complicidad me recorrió de arriba abajo,
la teluria profunda de mis raíces se me alineo con la franqueza de
estas gentes, como si sus ropajes fueran de un inconsútil entramado.
El gitano que se cuece en la calle es un tubérculo que nace de las
entrañas de una tierra tan fértil como misteriosa, de la que me siento
proceder. Gozan y chorrean a la vista del espectador una pureza, una
fuerza torrencial procedente de tan lejos hacia el corazón de la tierra
que cualquier pulimento, cualquier intento de perfección, deviene
en el acto imperfecto e inapropiado a todas luces.
En la postrera intimidad de mi gabinete recuerdo esa bofetada de

lo genuino que dejé sentir en mi mejilla, debe de ser que me sé fruto
de su misma sementera.
Que la inevitable civilización en la que me sumerjo no ahogue
el espiráculo que airea los hondones de mi esencia.
Quiero respirar.

Juventud

Te traigo la luna si quieres

Sola te vas yendo pero te agarro,
porque te quiero siempre aquí conmigo,
sin ti arruga seré cual un pan de higo
que se cociera en lento horno de barro.
Obsérvote a diario correr las calles
de arriba abajo, como alma que el diablo
lleva para que alumbre su retablo.
Que no marroneen mis verdes valles.
¡Por favor te pido no me abandones!
¡Por favor ya no surques mis mejillas!
Ahora te pido dos mil perdones
si algún día por gruñir en rencillas
te dejé compuesta, y con jirones
en tu veste de nácar y puntillas.

Stultitiae Laus

Antes loco con todos
que cuerdo a solas

La Sociedad:
¡Oye mentecato!
¿Cómo te atreves, insolente,
a navegar contracorriente
esgrimiendo ideas vanas,
risibles hasta a las ranas
que croan en charcas ausentes?
El Loco:
No me culpes a mí, todopoderosa,
por hacerme desde niño
hijo de la lectura y el escrutinio
de los saberes que de libros
por mis ojos penetraron.
La Sociedad:
¡Muera la inteligencia!
¡Viva la muerte del que osa
tratar con el diablo!
La felicidad de las gentes
es mi mentira, mi meta,
porque humano dócil me interesa
como res en dehesa.
¡Muera el pensamiento!
¡Quemenos a Airstóteles y Platón!

El Loco:
Si deseas, cuasi diosa, la felicidad
de tus súbditos la ignorancia
debes desterrar, te lo doy por cierto.
La Sociedad:
¡Tu atrevimiento me solivianta en demasía!
¡No te percatas de que la ignorancia
es mi arma preferida
para domar la fiera
que en humano es ganancia!
Mi fin es la tolerancia, la paz que parece,
el circo y el pan por doquier,
que el redil que conduce sus destinos
sea un mar de ventoso cereal
del que el fruto que se espera
no será pan sino quimera
de supuesta libertad.
El Loco:
Tu estruendoso reclamo me azora,
tu imponente voz me aterra,
mas me debo fiel a mi querencia
de ahondar los cristalinos manantiales
que el universo de la sabiduría anega.
Y la Sociedad, ante la impenetrable voluntad
de El Loco cogió el portante, dio media vuelta,
y marchóse por donde vino, cabeza gacha.

Abel y Caín

Por un quítame allá esas pajas.

Fernanda se desvivía...
¡Fernanda, necesito que bajes a por perejil, que no tengo!
Fernanda saltaba como un resorte de aquello que le entretenía, fuera una muñeca o los deberes, se metía en el bolsillo las perrillas que la madre le entregaba y rauda volvía con los deberes bien hechos. Su hermana se reconcomía por dentro.
Felisa se beneficiaba en su casa, desde la vuelta del cole, de una soledad hija de la ignorancia. Apenas cruzaba cuatro palabras con su hermana, salvo en el colegio, donde eran vecinas de pupitre.
Si su madre necesitaba ayuda la cantinela era siempre la misma: ¡Fernanda...!, su desazón crecía el doble que su cuerpo. Se sentía invisible a ojos de la que le dio el ser, no podía soportarlo.
¡Fernanda, dile a la vecina que...!, cual fue la sorpresa cuando la madre vio aparecer a Felisa, dispuesta y peripuesta para la misión.
¿Y tu hermana Fernanda?
No lo sé mamá, como tardaba decidí acudir yo, por si era urgente.
Gracias hija pero... Entre sus ojos pudo leer la tragedia; su intuición fue en ella un arma que de costumbre solía estar bien engrasada.
Como parca que lleva a su hija voló a la habitación de Fernanda.
Era tan poderosa la envidia...

Deseo

Somos naufragio
que espera.

Ese soplo que me pega
en la espalda.
Ese soplo, que a veces
es viento, ráfaga y silencio.
Ese alguien, ese algo,
esa nada que es pábulo
a mis velas.
Elevas mi frente, despiertas
ese instinto que tiembla
en el envés de mi cáscara.
Máscara de un barco que vuela
sin bitácora, y se pierde en lontananza.
Alianza sin dedo, sin rumbo,
mar ni mapa, ni lecho que descansa.
Remansas mi angustía, de mi hoguera
leño, arrullo que llama al sueño.
Pequeño pájaro que vuela,
que vaga al son de ningún timón,
que confía su suerte
a la vana esperanza.
Semblanza es esta, testimonio
de un querer, de un vivir

sin gobierno ni patrimonio.
Ese soplo que me pega
en la espalda, ¿Dónde me llevará?
Donde él quiera. Perdí la voluntad.

Mermelada de versos

¡Ya es hora de cerrar!

Lunes por la mañana, 7 a.m. Abro la nevera.
La compra del sábado no fue suficiente, la fiesta se alargó en demasía.
¿Qué desayuno? De lo de siempre no me queda, decidió irse de puntillas.
¡Mira, aquí tengo tres poetas muertos, que se escondían
detrás de la mermelada; con un café rápido y tostados en dos minutos
pueden servirme de alimento; A falta de pan...
Llena la bandeja me dirijo al salón, las noticias salpican cada astilla del mobiliario.
Me acerco a la boca el primer poeta, el café todavía humea.
La nariz me anticipa el disgusto, no hago caso, tengo que comer.
Su primer verso me llega a la punta de la lengua, ácido, mordaz, sigo masticando
sin respirar para engañar al paladar.
Logro terminarlo, con la inestimable ayuda del café, negro, muy negro,
así el acerbo sabor queda eclipsado, desmentido.
No me atrevo con el segundo verso, voy por un bizcocho que recuerdo caducado
hace un tiempo, confió en mi estómago; A falta de pan...
El resto del poema lo tiré a la basura, asimismo al resto de poetas.
No sabía que la Poesía pudiese llegar a ser tan indigesta. Me empieza a doler el estómago.
Cierro con llave la puerta de la biblioteca para que no salga nadie.
La próxima vez que vaya al supermercado elegiré mejor.

Fuerza Bruta

No me ofrezcas con la mirada esas uvas, que sabes que son mi perdición.
No me llames, con apenas una sonrisa, a colarme de extranjis en tu escena.
Exprimamos juntos el vino de mis entretelas, hasta perder exhausta la noción.
El laurel de tu greñas no es laurel, es parra maldita que entrelaza mis cimientos.
Hazme perder el seso, mas a cambio concédeme el beneficio de la duda.
No me mires más, de esa manera, que pareces hechicera que espera bacanal.
Si dejas de tentarme, de invitarme a esta tu escena, seré por siempre todo tuyo.
Dejaré mi apolíneo natural que vague más allá de mis afueras.
Llámame a la locura, no pares de hacerlo, pero no de esa manera, travieso.
Esperando estoy a tus musas, las bacantes de mis noches de pasión.
Embriagado hasta la sentina de este elixir que fluye de sus ubérrimos úteros
me hallo aquí, frente por frente a tu efigie, a tus uvas, a tu verdura...
Sin pasar de tus consejas la factura.

Veleta

Legislando sobre lo invisible

Desde que me sé poeta
veo claro lo invisible,
confirmo como posible
tu figura de veleta
mecida entre la rabieta
de un vendaval travesero.
Yo, que me ofrezco velero
de un viejo barco sin rumbo,
solo en tu quilla me arrumbo
a esperar un carcelero.

El banco

Muero de ausencia

La vista se me va al banco,
a ese banco blanco donde
al raso pasabas tus noches,
y tus días.
La vista se me va al banco,
aunque hace casi el año
que faltas.
No sé si volaste al cielo
o pasaste a mejor vida
(a un albergue quiero decir).
Sigo pasando por allí y te veo,
aunque mi vista no te alcance.
Te veo con el recuerdo, con aquellos
pistachos que me negaste
por ser infranqueable muro a tus maleados
dientes.
Te veo, porque desde que escribo
soy capaz de ver lo invisible.
Los dos bancos lloran tu ausencia
desde la víspera de unas elecciones.
Pensé en primera instancia
que te trasladaron a un albergue de dicha,
más en el envés del pensamiento

se me alzó una nube negra.
Vivo sin saberlo y nunca lo sabré.
No hice por preguntar en los comercios
de los alrededores, no sé por qué.
Cada vez que paso por allí
de vuelta al descanso del hogar
sigo mirándote, avezados ojos
que van en pos de su instinto.
A veces miro al celeste incierto
que me tapa por si te adivino
entre estrellas, sin acierto.

No contesta

Subo al piso de arriba.
Abro una puerta asalmonada
hasta comprobar que discuten
dos compañeros de trinchera:
La Locuacidad y el Silencio:
Son pareja de deshecho.
La Locuacidad:
Me tienes harta Silencio.
Voy a la cocina, Silencio.
Voy al comedor, Silencio.
Voy al baño, más Silencio.
Este atronador silencio que abarca
cada rincón de esta casa
va a acabar con mi salud.
El Silencio:
No contesta.
La Locuacidad:
¿Ves, me entiendes cuando me desparramo
desesperada de tanto despilfarro desmadrado?
Tu mudez, ya no digo silencio, me desboca
como caballo que al viento no sabe dónde va.
¿Qué puedo hacer para, al menos, recibir el eco
de alguna de las palabras que necesito proferir,
si no me desgañito hasta el último aliento?
El Silencio:
Hace mutis por el foro. Da la callada por respuesta.
La Locuacidad:

¡Ea, pues ya está, no tengo más paciencia,
tú lo has querido!
¡Ahora mismo, nada más salir del trabajo cojo
a los niños (Taciturno y Facundia) y me los llevo
a casa de mi madre (Desenfrena), que con ella
seguro que estoy en mi salsa, cocina tan bien!
El Silencio:
Levanta el mentón como en ademán de hablar pero...
La Locuacidad:
¿¡Qué, ibas a decir algo!?
El Silencio:
Fin.

Continuidad de los parques

Empieza el viaje a un presente imperfecto

Tarde de verano. Deliciosa brisa entre las macetas.

El sol se despide vestido de un rojo azulado con algún ribete verdoso
que descuidado cae a su espalda. Un hombre descansa su cabeza
sobre un sillón malva, de fornidos brazos de caoba, ahíto de placer.
La historia enlibrada que se dispone a leer habla de la mujer de un
reputado médico, ciudad de provincias, que desahoga sus cuitas
de desamor, que refiere tener un principio de amante que la tienta
a pecar, el adulterio acabaría con su reputación y la de su marido, pero
es tan hondo el hastío que piensa en lanzarse al abismo.
El médico disfruta las tardes desde las siete, cuando llega.
Venus no tuvo a bien congratularle con un vástago, es él el infértil,
no ella, como suele ser sancionado en estos casos allende los siglos.
Tras una frugal cena se sienta en el porche a alimentarse de su diaria
ración de Grandes Clásicos, entre ellos Homero, antes cruza breves
fonemas con su mujer, que se cuece de soledad e ignorancia.
Desde casi los albores del día la susodicha se dispuso a pensar en qué
tal sería un desembarazo así como de tapadillo. Su marido, aunque
gran proveedor monetario empezaba a estorbar los efluvios de amor

que brotaban de un ya oxidado en estas lides corazón.
Confiada en la entera y acostumbrada inmersión viajera de su marido, y en la proximidad del véspero, con su inherente casi oscuridad, dirige su mano al cuchillo jamonero, lo abraza por el mango con pasión, lo enarbola y esgrime como prometiéndose no más pasar hambre y se dirige con sigilo hacia el estampado sillón de los libros.
El médico, mientras leía este trance, punto álgido de la obra, palpitaba como caballo que se desboca del pecho.
Justo cuando su mujer roza con ternura la escueta yugular del médico, alcanza una especie de orgasmo lector que tiñó de dicha el trepidante desenlace de esta lúgubre historia.

Enigma

Di contigo como se averiguan los valles,
esos valles que salen al camino abriéndose
al alivio del exhausto caminante.
Te hallé siguiendo el rastro de tu voz,
una voz que latía del intersticio de otra voz.
No pude por menos de prosternarme de gozo.
Tu voz no era voz sino trino que me conminó
a sujetarme a su mástil, un mástil vencido
al precipicio de una sirena que frustrada
de su canto selló su tumba de roca.
De tu voz viré hacia tu sonrisa,
una sonrisa casi inexistente,
una sonrisa que apenas siendo mueca
inaugura la retórica infinita de Cicerón.
Una sonrisa que dice por los ojos,
ojos que cantan de gesta la fábula
emergente de tu alma;
lagos que por inmensos pertenecen
a ninguna parte

Una sonrisa que...

Inspiración Seca

Se me ocurre una única manera
de estar solo.

Ahora, en este preciso instante, dispongo de la modulación idónea de luz
para acometer el poema que me llama.
Ahora, de mañana temprano, el juego de claros y oscuros que ilustra
mi ventana me ofrece el marco perfecto para apelar a las musas.
Dejo mis quehaceres, de una dudosa urgencia, para acudir presuroso
a la soledad de mi celda.
Siento mis reales sobre el escritorio de palo santo azul legado de mi abuelo
paterno, compañero de silencio desde la mocedad de la primera comunión.
Tomo posesión del recado de escribir, escudriño entre lápices, plumas, tintas
y salvaderas cumpliendo un ritual de precisa liturgia.
Convoco a las musas, que me hacen caso omiso. Erató ha perdido su lira.
Alzo la vista hacia el cuadro frontero, un paisaje de Constable, cuyo auxilio
brilla por su ausencia. No me viene santo a las mientes.
Hago deambular la vista por el contorno de mi biblioteca.
Diviso el leve lomo del Emilio de Rousseau, varío hacia el Titán de Jean Paul.
Después de demorarme por la breve historia de la literatura que encarna
mi modesta colección, acepto con resignación la momentánea derrota.
La inspiración, de costumbre obediente a mis requerimientos, ni está
ni se le espera.
Me levanto de la silla de blanca anea, recuerdo vivo de mi luciente madre,
y acudo al árnica de la brisa, que parece rozar el alféizar de mi ventana.

Tras aventar malos augurios reemprendo la empresa.
Estas notas que os dejo son el breve botín que sustraje de esta mi guerra.
Después de una lectura minuciosa, la pudicitia me aconsejó
hacerlas pasto del olvido.
Descansaron sin pena ni gloria en el abismo de una papelera.

Derramaba sus mieles

Mi estrecho asedio te dará sus frutos.

Derramaba sus mieles en una pugna a vida o muerte.
Héctor, en defensa de su Ilión, se derretía de tanto sol como entraba por sus ventanas.
Aquiles, que lo tenía acorralado, se arrodilló ante su abrevadero hasta empancinarse de miel.
Héctor casi yacía contra el muro rocoso de su muralla, Aquiles esmeraba su sedienta lengua.
Héctor, de excelsa belleza, era hoja trémula y vencida que se afanaba con fruición.
Aquiles, mirando hacia el olimpo, no hallaba saciedad ante tanto mar desbordante.
No hubo vencedores, ni vencidos. No hubo quimeras ni petroglifos, ni hidras ni basiliscos.
Fue una batalla a amor o muerte, a placer o a inmortalidad, a mito o a realidad.
Los Dioses desde sus poltronas mezclaban la golosina con la abundosa ambrosía.
La fiesta en el Olimpo era un primor, Ganímedes era un no parar escanciando alegría.
Hector, ya exhausto de tanto derramarse, pidió clemencia tras desmadrar sus colmenas.
Aquiles, con sus exánimes papilas, se ofrece lecho al cuerpo inerte de Héctor.
Aquiles, sabiéndose breve y eterno, deposita la muerte sobre su cuádriga y parte
hacia sus aposentos.
Héctor, en su grito que es preludio del mito, cuenta a su pueblo la desgracia.
Príamo, su padre, que persigue el cuerpo, sabe de la gloria del hijo, efímera e inútil.
El placer y la muerte que lleva consigo han merecido todo su calvario.
Aquiles ha cumplido su misión, ha gozado de las mieles que crían de las curvaturas
de la tentación.
Aquiles ha testado en su lengua el vértigo y la convulsión que un seísmo sabe pronunciar.
Héctor ha yacido ante Zéus con el rictus de placer del que se ha vaciado de todo su blancor.
Aquiles vengó a Patroclo, nadó en un lago de dicha que atraviesa el pasar de los siglos.
Al amor de las batallas mullamos con pasión un campo de pluma.

Eternidad

La belleza es la eternidad que se mira al espejo. KGibrán.

Eternidad se mira a sí misma. Se gusta, se tiene por epítome de la belleza.
Se despierta con el alba, no se levanta hasta que unos hilos invisibles tiran
de sus miembros, la sientan en la cama, un lecho de nubes y lana, y erguida
se ajusta a su tocador, tocado de plata y hojas de jenjibre, a constatar de sus
arrugas cómo el tiempo diseña su silente pero profundo cauce hacia el mar.
Eternidad recuerda cómo llorará la ausencia gris de un milenario árbol que
desde la proximidad diaria de su ventana sonríe buenos días, tardes y noches.
Eternidad recuerda cómo extrañará en sus oídos la silente armonía de un
afilador, que a fuer de contagiosa melodía muñe al vecindario blandiendo
sus armas de pan y moja, de zurcido y calzón, y , por qué no, de congoja
y desaire ante el osado malhechor que aficiona el sudor ajeno.
Eternidad se sabe beldad y deseada, se concibe princesa de cuento de hadas
donde las hadas ponen pies en polvorosa para no ser aprehendidas, marchitas
por la certidumbre del pagano que la quiere de eterno servicio.
Eternidad llorará por dentro, y ahora llora. Su deambular es de puro anodino,
de un monótono verde oscuro cuan prado infinito de la campiña inglesa.
Eternidad se sentará una y otra vez en su espejo, se tocará frente a su tocador,

mas no ignora lo que ignorar quisiera.
Eternidad sabe por castigo, sabe y sabrá cual un Funes pergeñado por la negra luz de un genio no reconocido, pero conoce e intuye tanto que el tiempo es un juguete roto en sus manos, es un camino que se atisba en su desembocadura, justo lo que pide ignorar.
Eternidad está conforme con su entereza, es castillo en su fortaleza, pero castillo solo.
Al fin, y no a la postre, Eternidad llegará a un dilema: Deberá ser o no ser eterna.

Uvi

Te querré más allá
del tiempo.

Lloraba, en silencio.
Lloraba a las cinco de la tarde, era julio, primeros días,
después de un examen de contabilidad.
Su hermano se debatía entre la vida y la muerte.
Se montó en un coche familiar hacia Mérida, allí yacía,
en la UVI de un hospital con nombre de infanta.
Su hermano era en su vida brillo de estrella en la noche;
su luz se hacía notar a los incontables años luz de ser
emitida de su foco, su calor era casi fría ausencia,
solo los apellidos eran testigos de lo consanguíneo.
El fémur de derecha e izquierda eran una espesa
consecuencia sobre la roja savia circulante.
Su boca era embocadura de manantial lechoso
de preciso y vital vertido. Solo su determinación
fue juez y parte a la sentencia.
Él lloraba, lloraba en silencio.
Él lloraba su cornada a las cinco de la tarde.
Él lloraba, se lloraba a sí mismo si fuera él.

Él lloraba su ausencia, no la de su hermano,
que ya era marca y seña en sus anales.
Él lloraba su abandono de la fiesta, sin que
su reloj se lo pidiera ni cierto cuento ceniciento
acampanado en las doce de la noche.
Él no podía llorar una ausencia que ya era
carne de su carne, no, no era posible a la lógica
del sentimiento, no.
Él lloraba la única ausencia que podían llorar
sus noveles años de entonces; la suya.
La imaginación tiene estas cosas...

Romance Roto

Amargas penas te vendo
caramelos también tengo

Cruzaste por mi mirá
como si fueras un rayo,
mi corazón se quebró
cristalito pá tus pasos.
La luna estaba fuera
asomá al soberao,
blanca sonrisa de augurio
de un firmamento cuajao
de estrellas y ruiseñores
que a la boa van volando.
Ceremonia de corceles
Sevilla hoy ha celebrao,
tortolitos nos quedamos
en el lecho de tu canto.
Me levanté de mañana
para mirarte tu sueño,
tu carita de angelito
la querré yo pa siempre
me juré si no muerto.
Al año de estas mieles
me miro aquí al espejo,

¿Qué te he hecho, maldito
yo sea que te he pegao?
Porque un día por la calle
paso un señó muy guapo,
de esos que llevan claveles
debajo del sobaco,
y el pelo tieso y perfumado
con brillantina del colmao.
Tú le miraste con la sonrisa
agazapando, te miré con rabia,
con la leche agria de enfado.
Llegamos a casa, yo preguntando
los porqués de tu risa
a un extraño apuntando.
Tú me dijiste que eres mujer libre,
que no ha nacío hombre ni soldao
que le ponga cadenas al instinto,
al deseo ni al abrazo.
Yo te pegué una torta, tú lamentando
el trato, yo ira que iracundo
destrozando todo a mi paso.
Tú saliste rauda de casa
como si fuera un rayo.
Yo muero aquí, de pena penita pena,
de pena esperando.

Renacimiento

Ego te absolvo a peccatis tuis
in nomine patris et filii
et spiritus sancti

Tras un largo seguirle la pista.
El más grande de los violadores que parió la historia
cociéndose a la intemperie de una calle, céntrica,
del barrio de Brooklyn, en la cálida coversación
de unos colegas, el que menos estafador de bancos...
En la comisaría tercera de la comandancia de marina,
sita dos manzanas abajo del lugar de actos, espera
turno para la foto.
Ha rogado, como última voluntad, la esmerada asistencia
de dos peluqueras, estilistas a más datos, un personal
shopper de prestigio y dos tijeras de dedos y un cirujano
barbero por si fuera precisa una sangría final.
Tras una sesión infinita de cinco horas salió de la habitación,
una habitación propia, a la vista del comisario y el retratista.
Esta fue la guisa que presentó a la posteridad.
El amarillo de sus carnes fue propio de una ictericia repentina.
Le sobrevino un frío de circunstancias, de ahí su gesto de abrigo.

El corte del gabán en lo superior de la manga se explica
de la erosión ambiente de la calle, céntrica; el diario rocío.
Que no sea recordado, deseo.

Sin tacto

Se escribe lo que no
se puede decir.
María Zambrano

¡Por qué me has dejado nacer!
¡Por qué no has tenido la dignidad, o acaso el honor,
de ocluir tu bocana con la fuerza de tus piernas!
¡Mira cómo estoy, llena de costras sanguinolentas,
tal fuera piel tersa que nunca verán mis ojos!
¡Mátame, si te queda un ápice de maternidad!
La intemperie me mata segundo tras segundo.
Mi piel claudica al frío, al calor, a los meteoros
del cielo que para alivio de los mortales caen
a la floresta, mortales que no son yo.
¡Mátame por Dios este sufrimiento, ahora mejor
que tras un secular segundo!
Mamá:
¡Hija de mi alma, hija mía. Tu muerte es mi muerte!
Mis ojos no dan crédito a este castigo:
¡Qué he hecho, por Dios, para merecer esto!
Maldita sea mi herencia, ¿O será la de su padre?
¡Hija mía, habla con tu padre a ver si sabe algo!
Hija:

Voy a llamarle al trabajo por teléfono.
¡No puedo mamá, los dedos no me permiten
marcar las teclas, hazlo tú, por favor!
Mamá:
El número marcado no se encuentra disponible
en este momento...
¡Hija! Dice tu padre que sí, que ya hubo en las ramas
más elevadas de su genealogía alguien que alumbró
con el mismo hándicap.
Hija:
¿A qué hora llega de trabajar?
Mamá:
Supongo que para el puchero, en dos horas.
Cuéntale tu viacrucis y le pides crucifixión.
Hija:
Espero que no se lo tome a mal.
Intentaré ser delicada y enternecerlo,
para que se avenga a matarme.
Espero tener tacto, aunque sea una
migajita.

Sus de hiel lágrimas dejaron en su surcar
el rostro un reguero ceniciento que hervía
cual marchamo taurino en agosto.
Cuando llegó su padre la niña era ya croqueta
de ternera recién salida de la sartén.
No cupo ni siquiera la mera extremaunción
que se ofrece de rigor a todo cristiano de bien.
Los padres se preguntan en el gris del presente
que les ha tocado vivir aún, por qué recoveco
de la ciencia se ha colado ese gen hasta hacerse
carne en su descendencia.

Descanse en paz de tanto sinsentir.

Un poema bien cortado.

Me mató quien no pudo
corromperme.

La tarde era caída,
del véspero su regazo,
descanso del guerrero
en tarde de verano.
Jean-Paul, tributo a su descanso,
vierte su conciencia sobre el tibio
jabonoso bajo bañera de palio.
L'Ami du peuple lo eleva al cesarato.
La Revolución juguete en sus manos
y el éxito de compañero juega a los dados.
Tarde de julio del noventa y tres, sábado
de pasión de un cristo ensangrentado.
Cual hijo de Rómulo escribe en su baño,
y parece en estampa un Séneca desvenado.
Una ristra de nombres rendirán visita al cadalso
en la brevedad del próximo gallo.
Un grito en el pasillo lo despierta del letargo,
su asistenta sale, y azarada grita renegando.
Jean-Paul la desdice, le da la venia a su lavabo
por recordar unas cartas, a las que dio carpetazo.

¡Hazla pasar! el asunto requiere su cuidado.
Charlotte, que así se llamaba la girondina,
pese al torso desnudo toma asiento, a su lado.
El Séneca francés pide santo y seña
de quienes la habían enviado,
a lo que responde, con frescura,
serán guillotinados.
Charlotte se vio estremecida, y muerta de pánico
abraza y hunde el cuchillo con la palma de su mano.
Manto escarlata significó el colofón de su baño.
Papel, tinta y pluma, exánimes al impacto
precipitan odio, tensión y llanto.
Jean-Paul soberbio, Jean-Paul mecano
de una sanguinaria turba que signó el fracaso.
Justo premio la Fata le granjeó de tanto agravio,
por olvidarse hombre para subir al monte Athos
y desafiar a un Posidón de aguas sobrado.
Solo le contemplaban cincuenta veranos.

El patio

Mi vida,
os la puedo contar en dos palabras:
Un patio y un trocito de cielo
por donde a veces pasan
una nube perdida y algún
pájaro huyendo de sus alas.
Marcos Ana.

Suena la sirena, es domingo a la fresca de la tarde, salgo a ver el aire.
El patio pide mirar arriba porque alrededor miseria y desconchones.
Eugenio, quien ronca contra mi pared, se sienta a mi lado con un cigarro.
Va contando los días como si fueran lustros, no tengo aún valor de contar.
Alguna nube que se atreve a cruzar, agujereada por un pájaro, me llueve
una nostalgia con forma de niña, ya mujer, de once años, rubia...
Me levanto del poyete, dejo a Eugenio con la palabra, me pongo a pensar.
¿Merezco la luz que diaria me llena este lúgubre patio?
Creo que mañana no habrá claridad que me despierte. Soy mar en duda.
Preguntaré antes a la almohada...

El Lago

Me pongo nerviosa tranquilamente
porque soy transparente
con tanta atención me distraigo
y tan de repente
que sin moverme me desplazo
y sin querer voy deseando
la raquítica suerte
de no buscarte ya nunca
y de querer encontrarte siempre.
Ajo.

El amanecer me atrae al lago.
Salgo por la sombría puerta de la cabaña cuando el Sol apenas asoma.
El frescor revitalizante de la mañana me repele y atrae al tiempo,
deseo hundir los pies en el hilo de agua a la orilla del lago, un agua
que nace fría de su piélago y caliente del rayo que principia sobre la arena.
Extiendo hacia mi interior la verde superficie uniforme y undosa para ganar
la inmensidad que el lago representa; dispóngome a sustraer la barquita
de su prolongado sueño, en el trastero de atrás, hasta meterme de lleno
en sus cuadernas y surcar las aguas, que parecen en espera.
Un cadencioso paleteo me va ahondando en lontananza, el lago, herido
de insistencia, no aparenta quejarse ante el instigar afanoso sobre su lomo.

Me pregunto, pronunciando la vista sobre las aguas, qué tesoros albergará
el invisible mundo que yace bajo la superficie.
De repente, en la molicie del pensamiento, una adragonada criatura
que se debate sobre el casco disputa su gravedad contra el deseo
de compañía; su desconocimiento me sume en una impulsiva angustia
que crispa de inquietud mi rostro.
La miro de frente, es una más de tantas criaturas que procuran subsistencia
allende las aguas; no es ningún monstruo que deba alentar mis recelos.
Es una criatura que ha saltado de la oscuridad de mis lagos para facturarme
su existencia, pretende ser trascendida tras ser mirada de hito en hito,
a los ojos, por mí.
Sé que transcurro, que me deslizo sobre un lago de ignorancia del que surgirá
si lo invoco todo fantasma que haya sido indebidamente ignorado; sé que la
barquita en la que yago es de nuez, de una vigorosa fragilidad húmeda de
quimeras, mas se basta para la travesía.
Si naufraga me espera leña en la leñera para conjurar la derrota
y aparejar otra barca.

Coplas

Tu regazo es curva taza
llena de eterno licor.

Ese ónfalo
que en tu Delfos embraza
un mar de sibila en flor.
Ese tráfago
que a las puertas de tu templo lugar tiene
rompe la baraja de guerras y hechos,
confunden las sendas, cuestas y repechos
que mi siniestra mano a surcar se aviene.
Cuán es la nobleza que tu blasón retiene
que quiero hasta ebrio beber de por vida,
tu licor que zumo es del demonio mida
la grandeza que de hombre tal me conviene.
Tus piernas, manzana de Eva
que me atragantan Edenes
de pasión, que me renueva
la roja savia que lleva
de traqueteo a vaivenes
un corazón que es coraza.
Tu boca, se me olvidaba,
que tal serpiente me abraza,
torna mi lengua de estraza

cual Basilisco en aldaba.

Sensación

Vendo zapatos de bebé sin usar.
Ernest Hemingway

La pediatra le tendió el bajalenguas hasta casi el vómito.
Su madre, al riguroso lado, le crispó de ternura la mano hasta darle ánimos.
Su mano, fría, hasta el hielo.
Ese día, su tío Agustín tuvo que pedir unas horas, solo hasta las dos de la tarde.

Frankenstein

No me oso preguntar quién soy.
No hay cabaña en mis adentros
donde sentarme al fuego
hasta la esencia.

Era... érase una vez un cuerpo.
Un cuerpo de esos que no llaman, ni acaso la atención, al que se lo topa
por las inmediaciones de su casa.
Ese cuerpo que para cumplir con los mandamientos al alba se levantaba,
cafe, pan y tostada. Era un cuerpo que rezaba de noche para seguir siendo
de día, que fue al colegio, a la segunda y a la tercera enseñanza,
que se afanaba cada día por el día de mañana.
Era un cuerpo de regiones enfrentadas; la cabeza con sus hombros
no se hablaba porque no eran bastante fuertes para soportar
su esperanza; el pecho con sus espaldas, porque cada vez que tosía
un seísmo sobre la columna se desataba; las piernas con sus tobillos,
porque cuando aquellas corrían estos andaban.
Como se puede echar de ver de estas palabras, ese cuerpo
del que todos hablaban vagaba en desorden y desconcierto
por las explanadas de la errata, la mente quería erguirse terminante
para poner paz en la sala mas su escasa voluntad y determinación,

amén de que el guiso en cazuela tiempo llevaba, le achantaban
sus posaderas en la molicie de la desgana.
Hace pocos días que ese cuerpo se sentó en despacho con su jefe.
Quiso participarle su gritería silenciosa que la cabeza le estalla.
Su jefe, con cara de póquer de ases, lego en la materia se declara:
¡Consulte con un profesional, buenos los hay en la Haya!
Ese cuerpo, con gracias en su boca por escucharla, se levantaba,
doblaba la espalda y al pomo de la puerta, con sumo cuidado
para que no chirriara, le daba un postrero giro de tuerca y aldaba.

Una historia

Panem et circenses

Nos reunimos para celebrar nuestro reencuentro después de unos larguísimos veinticinco años sin vernos, un desierto a la sombra de la Facultad.
Cuando largamente nos prometimos amor eterno y eterna ausencia de lapsos tan eternos a partir de ese momento, en una que quedó libre el asiento que me escoltaba a mi derecha, Verónica lo ocupó rauda para contarme una historia.
¿Quiero contarte algo, Alberto, pero no se lo digas a nadie?
Ya sabes Verónica que fui y sigo siendo una tumba para tus confidencias, no sé si te acuerdas de aquella vez que...
Te refieres a...
Sí, recuerdo que estabas en una sima tan profunda como siniestra.
Ya, pero dejemos eso Alberto, hoy es día de risas y alegrías, ¡cuánto tiempo!, ¿verdad?
Sí, se me ha hecho interminables, ¡cuántas veces me he preguntado qué sería de ti, de Bernardo, de Concha..!
Yo también, ¡qué bien, qué contenta estoy, no te lo imaginas!
¡Me alegro tanto Vero!
Pues como te decía me gustaría contarte una historia que me pasó durante los años de facultad y que nadie la sabe porque no he tenido el valor ni la confianza para confesarme.
¿Confesarte?
Sí, o casi diría desahogarme o llorar con palabras borboteando de mis labios,

no sé como definirlo, fue tan...
¿Tan... qué?
Pues, cómo diría, tan...
¿Vergonzoso, nefando, abominable, excecrable, soez, aborrecible?
Sí, cualquiera de los calificativos calificarían con adecuada calificación esto
que estamos intentando calificar.
Vaya, ja ja ja, ¿esto qué es, un trabalenguas?
Bueno, ja ja ja, era por bromear y quitar "yerro" al asunto.
De repente, Juan Manuel nos hizo levantarnos a todos en pos de un brindis
de celebración, al que acudimos como un resorte.
¡A partir de ahora, que nos veamos una vez al mes como muy poco, brindo por
eso, sí brindo por eso, sí , sí , sí, que así sea..!
Y así seguimos hasta las... no me acuerdo bien, ya se sabe lo que trae el alcohol.

Ensayo sobre el Cansancio

Escalera de Jacob (Génesis, 28, 11-19).
Ángeles que, descendidos del Cielo,
se sientan en sus peldaños en actos
de contrición por soberbias
que no han cometido.

Buenos días, ocupen sus asientos sin hacer ruido y molestar al prójimo,
ese que vive bajo nuestros suelos y arriba de nuestros techos.
En este primera hora, sin me dejan, voy a hablarles del Cansancio.
Lo digo con mayúsculas porque es el concepto que nutre las esencias
de la civilización que nos toca sentir en estos últimos lustros.
Este concepto, que lo coloco en letras grandes encima de la pizarra
a modo de frontispicio de Delos, no tiene sinónimos, que son los que parecen
usarse en el cotidiano de la rutina.
Estos sinónimos son el tedio y el aburrimiento, que son otros prados ontológicos
y epistemológicos, que son concrecciones especulativas de carencias psicológicas
y felicitarias, todas fecundadas y cebadas por los poderes comerciales.
El Cansancio es al aburrimiento lo que la estulticia a la ignorancia, es un sentimiento
frente a la emoción repentina del segundo, es un posicionamiento lógico denunciativo
de un estatu quo que se caracteriza por la promoción sistemática de la necesidad.
El Cansancio nos alerta y predispone al cambio, a la toma de conciencia,

al propósito de enmienda, mientras que los susodichos sinónimos nos impulsan sin espacio al pensamiento a la resolución instantánea, al asalto del frigorífico, del mueble de las galletas..., a seguir el corral de tablas que nos lleva al aprisco de nuestras desolaciones, de calles sin salidas y muros de mampostería color de heces que recortan el negro de las películas del mismo género.
Por hoy lo vamos a dejar, alumnos del alma. Por mi reloj la campana del pasillo va a estallar en breves segundos, recojan sus recados de escribir y dispónganse para la próxima clase.
Por favor, que el vómito verde que acaba de derramarse de mis fauces no sea objeto de estudio, no entrará en el examen de la asignatura de Filosofía que en breve tendréis que rendir, no deseo que estas mentiras que desparramadas han sido os ocupe el más mínimo ápice de vuestras preciosas mentes.
Gracias por vuestros oídos y atenciones, y que tengáis un buen día.

Aguja e hilo

De la coyunda del Arte y el Ingenio sale
este engendro, discurriendo a lo libre.
Que en España se imponga la libertad
de espíritu.
Parafraseando a Baltasar Gracián.

Cuando el Arte y el Ingenio se dignan a la gresca,
la victoria que a la postre se dé siempre será
de la casta de los Pirros, porque en una guerra,
aunque santa sea, todos pierden y ninguno gana.

De mañana temprano, cuando el alba apenas se despereza,
se lanza Arte a la busca de cobijo, prefiere de suyo los ingenios
más precoces, según pregonan las malas lenguas.
De suerte que uno de ellos, de esos que saltan como la liebre
tempranera, enfila como por ensalmo el mismo caminar.
Arte, muy segura de sí, le refiere:
¡Oye, Príncipe de los Ingenios, menesteroso de papiro donde
versar tus luces, de lienzo donde enjugar tus mocos, ¿Deseas
probar suerte con esta señora, demasiada en tablas, que no sabe

a qué parnasos te llevaría?
Ingenio: Señora, con todos mis respetos; como puede apreciar
de mis blancas carnes y mi robusta y fresca compostura, soy de esos
que llamaban efebos en las altas Hélades, y no me reputo apto
para calzar los hábitos a tamaña y longeva doncella.
Arte: ¡Longeva te atreves a apostrofarme!¡Qué insolencia la tuya
mequetrefe de tres al cuarto! Si detuvieras tus mientes en lo ancho
y largo de mi cuerpo contemplarías cuán hermosas las prendas que
luzco, prendas que me cuelgan de tanto ingenio como he coleccionado
a lo largo de mi ya larga vida; ingenios que han hecho las delicias de los
más excelsos tiempos y humanidades, y aquí los tienes a tu libre albedrío
para que de estas capas hagas tu sayo.
Ingenio: Largo me lo fiáis bella y experta dama. En las ciernes que por hoy
disfruto no caben demoras ni rémoras, ni el tiempo se presta cual gato
que de ratón hace gala. Las premuras para mí no están hechas, y tiempo
al tiempo que el tiempo solo uno es. Ya vendrán mis mieles si en mis campos
caben colmenas y jaras que las alimenten.
Arte: Dicen, dechado de descaro y sobradez, que a la diosa oportunidad
la pintaron calva, y que si te rebasa sin que de su postrera cabellera asas,
te quedas en tierra compuesto y sin novia.
Ingenio quedó perplejo y como pensando ante un rebate de parejo tamaño,
tal que acabó cogiendo el portante hasta el atrio del colegio que esperando
con pupitre se asentaba calle abajo. Arte, con la palabra en la boca, quedóse
muda y denodada, no expectante de tan súbita espantada.
Así fue este encontronazo, como planetas condenados en órbitas ajenas.

Espejos ustorios

Somos funciones asintóticas
que cuasi convergemos
en la misma sinrazón.

Citados para hablar
de aquellos próximos tiempos
en los que éramos ausencia.
Brandy y yo charlábamos.
Fueron muchos los años
que corrieron sin nosotros.
Tras de unos pinchos
y unas cañas, la discoteca
nos esperaba al revolver
la esquina.
Nos miramos.
No nos dijimos una palabra,
los ojos hablaron por los dos.
Un poliedro en frente, de negro,
nos franqueó el paso
para abrir nuestros oídos
a aquellos sonidos
que petardearon nuestros años
de locos, de jóvenes insensatos.
Yo le dije, en un momento dado...
Yo: Brandy, ¿Dispuesta a quemar
las pistas como antaño?

Brandy: Vayamos a las calderas
del infierno a rendir visita al Hades.
Una pista enorme, abigarrada de vintage
y postmodernidad a partes desiguales,
nos abría sus alas de marfil y batista.
Velas, sería por Halloween, que llevaban
a lo tétrico, conmovían y excitaban.
Estaba rebosante hasta reventar el aforo,
nos hacíamos hueco a duras penas
con mucho por favor y otras formalidades
hasta llegar a una conclusión descabalante:
¿¿Has visto Brandy que todas las chicas
son tú y todos los chicos yo??
¿¿¿Te has fijado???
Brandy: ¡¡¡Sí, estoy alucinando en colores!!!
El público que pululaba hasta el estorbo
el local era una sucesión infinita de Brandys
y yoes, ¡¡¡Curioso!!!
En el vídeo que alimenta el frontispicio
de la publicación dejo constancia gráfica
de lo sucedido. No miento.
Fue, por otra parte, una velada
que mereció, y tuvo, segundas
y terceras partes...

Ya no te quiero

Te hiciste feliz de repente
como si no tuvieras otra cosa
que hacer en la vida.

.

¡Mírate fijamente!
Estás ahí, sobre la lujuria caliente
de una playa que te desprecia.
¡Mira la negrura que se cierne
sobre la arena que te baña!
¡Reconócelo, esas aguas
que salobres besan tus plantas
hacen por no acercarse,
por no humillarse a tu soberbia!
Eres impuro, ¡tan impuro!
que hasta la palabra impureza
sale del diccionario llorando
de impotencia.
¡Ahí estás, regodeándote
de mi desdicha, de mi árbol
caído sobre la madreselva
de tus náuseas!
Sí, es cierto, te ves Adonis
en su tedio de plata.
Te contemplas Narciso

que se hartará de río
que hasta el mar escapa.
Sabes, no te rías, que tras
de toda perfección duerme
un cajón de ropa sucia.
De sobra sabes que tu piel
es lo más profundo
de que dispones;
que las gaviotas vespertinas
que lamen tus heridas
sobre la restante arena
no ríen sino penan el lodazal
de sangre que por tu hiel declina.
Me voy para dejarte
en tu desdicha.
Me retiro a mi ceniza
que pretende Fénix
que no resurge,
a quien urge la prisa
de unas patas que de queja
cejan en el empeño del vuelo.
Mañana Dios te dirá el agüero
y yo seré quien tenga que ser
en el anónimo de mi reino.

Amor cuasi imposible

En la leche de tus senos
estribo el alimento
de mis hijos.

Dos tórtolas haciendo el amor con palabras
se tiran lisonjas con una celosía de por medio,
a manera de frontera enmurada.
El contorno que les caracteriza se antoja
un patio andaluz hasta arriba de arrayanes
y zambras.
Una se llama Nación, la otra Política le llaman.
¿Qué pretendes de mí, hermosa Nación
que tan huérfana pareces de razón
en estos tiempos tan revueltos,
y tan soeces?
No conozco de mis arrabales
y mis contornos mujer tan hermosa
y capaz de llevar acordes al miocardio
de un corazón roto como el mío,
en mil pedazos.
En ti tengo depositadas

toda esperanza, todo anhelo.
Mis vísceras andan a la gresca,
unas quieren chusma,
otras ventresca y las más quieren
sal y pimienta.
Política, con aire compungido, responde
al amor de las palabras con amor
de intenciones:
Sabes, Nación, por el mudo verbo
de mis gestos que correspondo
ilusionada al amor que me profesas,
mas mi patrimonio es harto
en voluntad y parco en proezas.
Tus desamores humorales
son harina de un costal ajeno,
yo solo me pretendo letrero
que de suyo es anunciar
concordias si concordia
se quiere buscar.
Acude pronto a mi estancia
amada Política, tu cordura
preciso como agua de mayo.
Mis sustancias se me parten
en dos, como crenchas en celo,
solo deseo veros,
aunque los patios y los arrayanes
se disipen en el aire de la quimera.
Ábreme tu puerta certera,
pero no olvides dejar llave
debajo de tu humilde felpudo.
De sobra sabes, Nación mía,
que sin tu sangre y tu histología
solo soy flor de un día.
Tu pasión y tu grandeza me agrandan
hasta la fortaleza, tus agallas
respiran el oxígeno de mi sangre,

y mis artes no son artes
sino en tus manos.
Así, en este acto orlado de muérdago
se despiden amorosos,
con deseo de nueva vista
y nuevo amor, bien que sea sin el tacto
que dispensa nada más una yema.
¡Tamaño poder erótico y evocador
tiene la palabra!

La Carta

Esas cartas
asoman por el buzón
como si fuesen
el ala muerta de una paloma mensajera
Juan Cobos Wilkins.

Procesión de gotas de lluvia surcaban el esmeril de mi ventana.
Me dispuse a vestirme, tenía a la fuerza que depositar esta carta.
Bajé la escalera hasta el aguacero que rallaba el portal de la casa.
El paraguas rechinó de hastío al abrirse, no le apetecía agua.
Crucé la calle hasta la figura fálica de un buzón postal y amarillo.
Antes de alimentarlo de blanca celulosa me apresté a mirarlo.
Detenidamente.
Se me vino a la mente por momentos la esbelta efigie del obelisco.
Del obelisco que se yergue ufano sobre la explanada de La Concordia.
Del Lúxor parisino que desdeña amores y candados huérfanos de llave.
Esta carta es de un azul tan profundo como el hueco que llena mi alma.
Una carta que hiere con solo echarla. La boca de la verdad habla.
No oses preguntar por mi paradero cuando vuelvas.
Estaré por entonces a veinte mil leguas de cualquier venganza.
Te deseo que un buen día tengas...

El carro de Tespis

El espectáculo debe continuar...

Esta tarde, rayando el véspero, se espera la puesta en escena de Antígona.
El director esta de un lado para el otro como pollo sin cabeza, propinando órdenes a diestro y siniestro sin que ni diestro ni siniestro prestaran oídos a sus lamentaciones.
Los actores perfilan los últimos retoques a sus intervenciones, seguros de que el éxito vendría a visitarlos al patio de butacas, que ya empezaba a recibir los primeros aplaudidores, confiados en ser testigos de un excelso espectáculo.
Antígona, encarnada por Sofía, desplegará su rebeldía con todo el descaro del que su actriz suele hacer gala; eso era al menos lo que el empresario del Teatro ansiaba, porque la caja corría unas vacas flacas con visos de pronta extremaunción.
Se acerca vertiginosa la hora de la función, y parece que el público brilla por su ausencia, solo pueden espigarse unas cabecitas al fondo del patio.
Sebastián, el susodicho empresario, siente que su camisa no le llega al cuello, sus deudas pretenderán notificaciones de bancarrota si se despista un pelo.
Quedan cinco minutos y la bancada que se vislumbra desde el palco preferente del empresario parece casi un completo erial.
Baja con inusitada celeridad, dada su condición física, a hablar con el responsable de la campaña publicitaria, para que le dé cuentas de su gestión.

No entiendo esta flaca asistencia, le dice voz en grito blandiendo unos papeles de no dudar su importancia, a lo que su lívido interlocutor da la callada por respuesta.
Al fin y a la postre la función tuvo lugar, eso sí en familia, con un rotundo éxito y con un "público" entregado a las excelencias del memorable elenco que se desplegó sobre las tablas.
El empresario tuvo que ser hospitalizado por una crisis respiratoria, que estuvo a pique de devenir en infarto.

Soy una roca

Una roca no siente el abandono.
Una isla no añora la lágrima
que le envuelve.

Mira el azul y naranja de una llama.
Mira con la mirada perdida entre las pavesas que arrasan el fondo
de su hogar; sigue mirando a una nada ciega de una luz que quema.
Lleva horas mirando, de pensamiento insistente, de bombardeo
incesante sobre los tiernos fortines que acaban por claudicar.
De su mirada se arranca un rojo que alimentó un corazón harto
de latir, para nada, para nadie que se ofrezca a recogerlo
en bandeja de plata; más bien fue Salomé quien se terciara
en el camino de un bautista que no acabó de ser baptizado.
Ahí sigue, mirando, sin ojos que basten a unas cuencas sin río.
Ahí sigue, llorando la pérdida, una pérdida que devendrá ganancia
con el paso cadencioso del bálsamo de un tiempo que no cesa.
Ya parece que ha doblado la mirada, ya cansada de fuego fatuo.
Parece que se levanta a otros lares no ya tan cálidos y tempestuosos.
Parece que se asoma al no paisaje que orla su ventana, un paisaje

que parece no existir de puro idílico, pero que es invisible de tanto
negror como abarrota su alma, un alma que ya no vuela...
Pero volará...
Volará porque una paloma no sabe hacer otra cosa, a menos que desee
ser pasto de algún halcón harto de gazpacho.
Parece que vuelve a levantarse; me temo que va a aliviar alguna urgencia.

Nereida

El tiempo que se sueña
no tiene reloj.

¡Qué hermoso es! ¿Quién será?
Un rubio doncel habitaba sus nalgas al borde de un escueto rió,
este discurría abierto y ufano por las arcillas y calizas que poblaban
abundosas la comarca circundante, depositando fértil todo su légamo
para regocijo del vecindario.
Una nereida, llamada de intuición por la belleza del eunuco, decidió
aproximarse desde el abismo de su orbe a la superficie oteante de
una escarpada roca, sobre la que divisar a placer.
El niño parecía absorto en sus pensamientos, en su quizás solitaria
existencia porque durante el buen rato que estuvo al acecho no pudo
constatar compañía que no fuera la de algún pajarillo curioso.
Decidió su osadía olvidar el seguro hospedaje de la piedra y acercarse
a llamarlo, su belleza se ofrecía firme aliada.
Pronunció un pequeño arrullo a modo de canto de sirena, el joven levantó
inmediato la mirada hasta salir de su anonimato.
La seducción cundió rápido éxito, la blancura de su piel, desnuda, se le
mostró para zambullirse con ella en el amor del lecho.
Los dos, él cogido de su poderosa cola, surcaron la profundidad de sus
dichas sin bombona de oxígeno que sirviese a tales efectos.
Nereida le mostró como buena cicerona los secretos de sus aguas,
conoció a la perfección digna de Linneo las latinidades de su flora y su

fauna y llegó a la desembocadura a saborear el salobre de la dicha.
Poco después, aunque a lo oficial del reloj fueran lustros, volvió a la aldea de la que era natural con el talante cambiado.
Su hermosura se tornó doble, en fondo y forma, y su soledad no pudo a partir de entonces ser más que elegida.
Esto fue lo que el rubio doncel, recién, contó a sus amorosos nietos en una tarde fría y nevosa de próxima navidad, ya con las largas canas reinantes sobre una barba ubérrima y rizosa.

Rabia

Fue la bota que colmó
el paso.

Empezaba a agotarse.
Era la víspera de una pequeña vacación de tres días.
Venía acercándose la hora de colgar los cascos para no volverlos
a coger durante un día más de lo acostumbrado en fin de semana,
el viernes fue festivo.
La mañana se iba tiñendo de un color oscuro que tiznaba;
las llamadas, una más complicada que la anterior tanto
en lo emocional como en lo administrativo.
Desde las dos de la tarde inició su cuenta atrás, los minutos eran
horas y los segundos minutos; sus ganas por espantar los cascos
contra la mesa cada vez mayores.
La última media hora asomaba por la esquina del reloj, pensaba
en sus planes y se le alegraba la cara, no llegaba la hora...
Acostumbraba cada día a tomarse los últimos cinco minutos para
evitar que le entrara una llamada postrera que le obligarse a plegar
más tarde de la hora convenida, el tiempo extra quedaba en el limbo
del convenio colectivo.
Daban las cuatro y veinticinco cuando accionó la opción de descanso
breve; pudo hacerlo a tiempo porque en ese momento se encontraba
disponible y sin llamada que atender.

Justo al minuto de entrada la pausa se desliza una llamada por su línea telefónica, no, por dios, maldijo a todos los santos, debió de ser un error más de los muchos que acostumbraba el sistema, que estaba por debajo de las exigencias informáticas que requería tamaño servicio.
Fue tal la rabia que recorrió sus circuitos que no pudo por menos de pisar la tecla de colgar para que la llamada cesase.
Con ese gesto, y sin él presumirlo ni por asomo, se accionó una bala virtual por entre las fibras de vidrio de la transmisión que de estampida salió por el auricular de la llamante, por cierto era mujer, para dar de bruces contra el suelo y un hilo de sangre certificando la tragedia.
Tal fue la rabia...

Vivo en un Velázquez

Delante, a cinco metros, las manos a los costados.
En la antípoda, él, pincel en mano, recta su mirada
y de soslayo cuidando de su labor.
Acerquéme hasta rozar los dedos sobre una cartela
que rezaba: " Las Meninas, 1656".
Acaricio, a riesgo de sanción, una moldura del marco.
De sopetón caigo entre la algarabía de las niñas,
el maestro me ubica en la escena pronta a ser inmortalizada.
Nos reconocemos en el paisanaje, y entre risas me invita a subir.
Bonito lugar el Alcázar, no alcanzo a acostumbrarme a sus protocolos
y a sus olores.

Topus Uranus

Las sienes se me confunden.
Soy yo o es mi circunstancia
lo que me descabala.

En mi oficina, que es grande y diáfana, se dispersan a modo de enjambre
unas pantallas muy chics donde se nos anuncian ciertos mensajes,
unos comerciales, otros adoctrinadores, sobre las bondades que la empresa,
una multinacional de muchas norteamericana, precipita sobre el subconsciente
de los paganos que día a día nos partimos los cuernos de la abundancia.
En estos últimos días se nos pregona, con tonos rojos y blancos, que trabajamos
en un gran lugar para trabajar, "Great place to work" para ser más exactos con la
génesis de la cantinela ovejeante, cuando nos las vemos y deseamos para que los
sistemas informáticos no se desmayen en plena locución propositiva de algún cliente
que amenaza con cortarse las venas a lo bonzo.
Por arte del misterio de Santa Teresa de Jesús, esa que dicen que hablaba con Dios
después de dos caladas de marihuana, se me vino a las mientes las esencias que
el bueno de Platón destilara en los albores del saber.
En su archiconocido "Mito de la caverna" de su no menos célebre diálogo republicano,
preconizaba a modo de bandera el doble estadio gnoseológico que adorna nuestros
sentidos, a saber: el mundo de las ideas, el verdadero, y el mundo sensible, el de las
sombras, el embustero, engañoso, el puto ladrón de conciencias e ilusiones que
tiene por bien rodearnos; que ha encontrado, como por arte de birlibirloque, un
aliado de lo más molón: las redes sociales.

Que bueno, a donde voy es que, con el rollo este de los mundos virtuales estamos en pleno diálogo con los diálogos de Platón, mira tú por dónde; vamos para arriba y para abajo restregando el barro de nuestros pies por el foro de la Atenas de Pericles donde Sócrates y su compañera Ironía hacían furor entre la juventud ateniense.
Ahora, y cada vez más, oscilamos entre dos realidades: La verdadera, que parece ser la que nos venden a través de las fibras de vidrio, y la falsa, que es la de verdad, la que creemos que no interesa a nadie y que por consiguiente debemos guardarnos en nuestra faltriquera a menos que nos muramos de pena sin likes que echarnos a la cara.
Así estamos...

Punto G

Lo comprendí sólo
hasta cierto punto,
concretamente
hasta el punto g.

Ella, resiste el asedio frente
a una muralla de vana mampostería.
Él, incisivo, acerca sus alfiles contra
un baluarte vencido de bandera blanca.
Ella, suspensa de flechas y adarves, abre
los portones firmando capítulo.
Él desciende sin resuello, de anhelo jadeante,
su babeante cerco es hilo de Ariadna.
Ella, rebosa el caliente de sus aguas contra
un enemigo fuerte en lanzas.
Él llega a la arveja, sanctasantórum oculto
en una maleza de queratina ensortijada.
Él Lame el botón de off y concluye la partida.
Game over...

Haragán

Siempre he sido una máquina
de ganar poco dinero;
¡como siempre he tenido
tan buen paladar para el vino
y para los besos!

Son las once de la mañana, el hombre yace ocioso
sobre la mesa escritorio iluminada del salón, se diría,
a mi modo de ver, que más que estéril de beneficio
permanece vago, digo vago no por vacío sino por todo
lo contrario: porque vaga entre sus pensamientos, entre
sus curiosidades valiéndose de una suerte de bola de
cristal.
La mujer no entra, irrumpe como una jeremías en la
estancia, el hombre calla, asiente.
? Me tienes harta, yo como alma que lleva el diablo de
un puesto a otro para acercar a casa un mendrugo de
pan y tú aquí, como suspenso.
? Es que no me llega la camisa al cuello, barrunto que
este asueto que el temporal me trae es el principio del
final, ya sabes que la juventud me va dejando por otros
que hacen la faena a mayor sabor de los capataces.
? Conque crees que el lamento va a serte bálsamo de

Fierabrás a todos tus males, ¿no?, pues estás muy pero
que muy equivocado; ahora mismito vas a levantar el
campo de tu placentero cojín y vas a ir al capataz a
cantarle las cuarenta como me llamo...
Suena como salvadora campana la cadenilla del patio
que avisa de visita, es el teniente de alcalde que trae, quiero
pensar, buenas nuevas.
? Hombre, el alcalde ha cabildeado por ti en las covachuelas
de palacio y te ha propuesto como contador de abastos.
? No me lo puedo creer mi señoría, pero ¿a santo de qué
me vienen estas delicias?, yo no he pedido ni por asomo...
? ¡Qué alegría!, yo que estaba hirviéndome por dentro entre
los peroles del fregadero, ¡gracias a Dios, que es justo!
? ¡Buenos días señora le dé Jesús!, ya ve usted, se avecinan
buenos tiempos para la casa, pero no canten victoria todavía.
? Descuide, si en desgracias tengo el culo pelado, que si yo
le contara nos tiraríamos las horas.
Sus vacuidades y holganzas desaparecieron en un abrir y
cerrar de ojos, se enfundó el terno de los domingos y se plantó
en la puerta del despacho como por teletransportación.
? Buenos días hombre de Dios, pasa y acomódate.¿Un güisqui?
? ¡A estas horas señoría!, prefiero un tinto de verano.
? Muy bien, como quieras. Te he conseguido el puesto de contador
municipal, un contrato fijo progresivo en remuneración con un
sueldo inicial de mil maravedíes mensuales y dos mil dentro
de dos meses.
? Pues entonces vengo dentro de dos meses...

Impaciencia

Despacito y buena letra...

A las once de la noche se previó el toque de queda.
Las autoridades decretaron la absoluta limpieza de cualquier
vestigio de David y sus hijos en todo el orbe hispano.
El escribano, bajo el palo mayor de la Pinta, pasaba lista
a las tropas tal que la despedida de sus deudos tuvo que
producirse de antemano ? era costumbre ancestral en la
marinería apurar al máximo la compañía familiar ?.
Mañana aguardaría un "dies gloriosus" como habrían pocos
en las vidas de semejantes paganos; la apuesta que suponía
la empresa era de órdago a la grande.
Gonzalo, el contramaestre de mesana, pespuntaba los últimos
granos de su rosario antes de su pronta cabezada; su camastro
se hacía acompañar del que fuera su colega de juegos desde casi
sus albores; en Palos eran grandemente conocidos.
¡Qué tal Gonzalo si subimos a la bitácora para divertirnos
un rato!, ofreció su compadre
?Vamos pero con cautela, pequeño Francisco, repuso el primero.
Después de varias rotondas al heliocéntrico timón de madera,
Gonzalo se lanzó a decir:¡Tierraaaaaa a la vistaaaa!
Como ratas que se desbocan a los sones del flautista
la oyente tripulación, todavía in albis, salió de sus celdas
alborozada, exultante por asistir a un hito de simpar

repercusión.

Imprudencias

Los ojos de la gente están en mis ojos.
Si hiciera algo indigno sería indigno
a sus ojos porque lo son a los míos,
aunque sus ojos no me vean.
Si lo indigno no me asquea
es que mi conciencia
se envenena.
Parafraseando a Javier Gomá Lanzón.

Seis días solo en una cueva.
Salieron, como desde hace seis años, un grupo de compañeros
de trabajo a jugar a la espeleología por las escarpias de los montes
infectos de breña de la serranía cordobesa.
Se decía que sus colinas estaban punteadas por pequeñas cuevas
que en el cretácico fueron habitadas por los neardentales.
Allí que fueron, como cada puente de la Inmaculada, a buscar restos.
Juan se quedó aislado en un momento en que osó hacer la guerra
por su cuenta.
No sé cuántos días llevo, medio muerto.
No pruebo bocado, mi estómago implora,
solo hay piedras, sin agua mi cantimplora,
sin vianda mi hatillo, nada a la boca.
¿Por qué tuviste que abrirte del grupo?

¿Por qué no domeñaste tu curiosidad?
Bien empleado te está el desenlace,
que si los compañeros no te dan alcance
lo mismo terminas mal.
Sé que erré en el salirme del rebaño,
solo es esto una vez al año y me pirra
la espeleología, poder encontrar hueso
humano sería más que una dicha, un
milagro, una aparición mariana en medio
de un inhóspito prado lleno de breñas
y riscos, sin palmito que echarme a la boca.
Tendrás que confiar en la luz de tu destino,
si la hora no te llega vivirás para contarla,
si se te aparece la parca con este frío
tendrás que acompañarla aunque el brío
de tu aliento desaconseje la marcha.
Estoy seguro de que mis compañeros
darán conmigo tarde o temprano ?
espero que sea temprano?. Además
los estoy oyendo o eso creo, salvo
que me traicionen el deseo y los nervios.

La hipotermia, que se extendía como mancha de aceite
por sus poros, no dio al traste con su vida por escasos
centímetros; los compañeros llegaron para salvarlo.
Final feliz.

Que no se te olvide...

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras ti clamando y eras ido.

Era de mañana.
Era muy de mañana y el sol...
Rayos que quemaban la cortina,
y tu cara..., qué digo de tu cara dormida.
Tu rostro se encendía a golpe de fotón,
Tus párpados de abanico me trajeron un resfrío,
una destemplanza que me llevó a tu abrigo.
Te traigo el desayuno a la cama, carecemos
de prisa, es domingo, domingo de pascua.
Tu sonrisa a la llegada del manjar me compensa,
me repone de la labor, labor de servirte grata.
No soy Salomón porque de moneda carezco,
mis oros solo yacen en los dientes que luzco
y que engalanan mi boca, son tuyos si perezco.
Soy casi viejo, pasado de moda y de tiempo,
mis laureles van perdiendo el tempero en enero
y lo recupera en marzo, para los renuevos.

¿Te gustó el desayuno, luz mía?
No me contestes, que para eso estoy yo,
que escribo y ahora estoy escribiendo.
Levántate que en misa te espera el párroco,
ve tú vistiendo a este que yo vestiré al otro santo.
Cuando lleguemos a la puerta del retablo,
ya sabes, yo me quedaré fuera como hacía
mi padre, que blasfemaba hasta la boca
llenarse de culebras y sapos, Dios delante.
Ponte la toca que hace frío, el grajo vuela bajo,
¿Llevas el rosario?, que no se te olvide
que Jesucristo pasa lista, y te coja en fallo;
tú, que eres santa entre las santas, la Magdalena
más tierna entre las magdalenas, que eres
para chuparse los dedos y sus entretelas.
Ve tu palante que yo ya voy, si acaso.

Mortaja

La palabra muerte
vive en el otro

Rosas blancas, verdes y rojas, corona de espinas:
La mañana era de un sol radiante y temprano, la brisa de fría mortaja.
Un padre de negro hisopaba el responso bajo la indiferencia del cuerpo.
Mi madre no tenía lágrimas, el rostro surcado de ríos que no llegaban al mar.
Yo, lo que era yo, me erigí en mástil de su naufragio, en paño de lágrimas
que no se dignaban salir, era demasiado tarde.
«Descanse en paz» fueron sus últimas palabras, lo demás historia.
Me acerqué, antes del olvido, a ponerle un labio en la frente, que casi retiré.
El frío de la estancia sobrepujaba cualquiera de los helores rígidos del féretro.
Mi madre no levantó cabeza, él tampoco.
Hace ya un año; ella sigue nadando en el abismo.
Yo, lo que se dice yo, sigo con mis asuntos, un vago recuerdo alimenticio.

Mala Poesía

Inútil es que te forjes
Idea de progresar
Porque aunque escribas la mar
Antes lo habrá escrito Borges.

No pidas, mi rencor, peras al horno.
Toda mala poesía es sincera.
Hoy cumplo mil años, cuales tuviera,
desastrando el papel y tu bochorno.
Porque esto que a considerar te envío
no merece descanso y menos pena,
no me des cínica la enhorabuena
porque si me lo creo voy perdío.
Duérmete lector de mis entretelas,
mis esquivas musas de salir vienen,
de surcar los mares y sus cancelas,
y cansadas me piden a que cenen
uvas, pasas y poleás de abuelas
para que me dejen versos que alienten.

Canto de Sirenas

Dejar llegar lo que viene
e ir lo que se va.

Ulises decidió, como primer tripulante, exponer sus fantasmas
al naufragio de las sirenas, pero estas le dejaron vivir.
Las tradiciones ancestrales que se dejaban oir en los pueblos
hablaban de la inmensa fatalidad de sus armonías; el mar que
les era exclusiva morada tuvo que ser surcado sin alternativa
posible, lo que era igual decir que el rey de los itacenses debía
enfrentarse a su disolución o a la gracia eterna.
La provisión de cera que descansaba en las bodegas era de todo
punto escasa, mas su confianza en resistir larga.
A escasos centenares de metros del abismo se dispuso
a entaponar los ciegos oídos del resto, ciegos de fe.
Él era sobrado sabedor de que la minucia del remedio era
paño caliente a tamaña herida, mas a falta de pan buenas
saben unas tortas...
Las sirenas, dichosas de la presencia de Ulises, se negaron
a dotar a sus cánticos de la fuerza arrebatadora de otros trances
?tal era su afición al ingenioso rey de Ítaca?, ignoto de ello.
Las olas se erigieron como enormes obeliscos, eso sí, mas sin
la virulencia de otros envites, no para ellas esporádicos ?Ulises
era harina de otro costal?.

Fue tal el arrobamiento que padecieron las preciosidades del mar
que las melodías, en su arrastre letal, no les llegaron al cuello
como para hacer pedazos la insuficiente y bamboleante nave,
que, de suyo, sería cáscara de nuez si el deseo no nublara sus
gargantas.
Con la capitulación firmada ?sin comparecencia del vencedor?
una tras otra fueron a despeñarse sobre las furibundas aguas egeas
hasta acabar sobre el pedregal de los farallones.
Sus ilusiones de amor y eternidad yacieron sumidas en el letargo
del olvido.

Esparragales

Aprendí a equivocarme un poco,
como aconseja Verlaine

Decían unos decires que un hombre gemía por ser sabio.
Cada atardecer, cuando los quehaceres le daban asueto, hacía
por sentarse en el poyo del zaguán, el de poniente, para no prestar
más atención, durante escasos treinta minutos, que a los esparragales
que se dignara plantar por eso del dicho de la consumación vital,
ese que jura la felicidad en la sementera de un árbol, esta vez sólo una
planta, y tener descendencia, y cómo no escribir un libro.
Su denodada atención en el crecer de la planta rayaba la esquizofrenia
?dirían algunos vecinos de mala boca? porque el alcance de tal magnificencia
solo era constatable de precisar un instante de mutación, aunque fuese
un minúsculo vórtice entre una nube de polen pronta a brotar.
Un fasto día ?cuando el Sol ya cansado de brillar se retiraba a sus aposentos?
sus desvelos parecieron ?digo parecieron porque me temo que fue fruto de sus
deseos? disiparse de su ánimo al prorrumpir el eureka de sus sueños: vio
el nacimiento de una flor amarilla como el astro de los cielos.
La algarabía que sucedió al acontecer tuvo pronto eco entre sus deudos,
ya cansados de los desaires que tamaña empresa iban prendiendo

en sus corazones ?cuan grande era el hartazgo?.
Desde entonces su costumbre declinó como las cientos de estrellas
que las Perseidas congregan cada año y tal como aparecen desaparecen,
y fue debido a la plenitud de la cumbre; una vez conseguido el ansiado
botín de la sabiduría todo lo demás, esparragales incluídos, eran sobra,
Ni que decir tiene que la planta pereció de lágrimas de desolación y abandono;
la atención que daba aliento a su suceder se tornó frío abrasador.

Frente a frente

Dos hombres frente a frente.
El Uno al Otro: Gracias por acudir a la cita.
El Otro al Uno: Para usted las gracias, no las necesito.
El Uno al Otro: Buscamos un constructor para la empresa,
un constructor de imágenes con palabras.
El Otro al Uno: ¿Una persona que poniendo una palabra junto
a otra haga nacer una tercera?
El Uno al otro, por última vez: Sí, algo así, ¿Sería usted
capaz?
El Otro al Uno, para ya callarse: No lo sé.

Anabel

Como fruta inmadura...

Un padre volcado sobre un teclado termina de escribir.
Le gusta ganar el tiempo perdiéndose entre los sargazos
que complican su mar interior, sin conseguir explicarlo del todo.
Termina el poema, lo publica en una de esas web que dan espacio
al que no lo suele tener y lo ofrece a su hija, que está en sus cosas:
Anabel, ¿Quieres leer lo que acabo de publicar?, seguro que te va
a gustar.
No papá, ahora no, no tengo tiempo para esas cosas tuyas, no las
entiendo aunque me gusta la idea de que escribas, quién sabe si yo
de mayor...
Bueno, te entiendo, eres pequeña todavía y aunque tu mundo empieza
a hacerse nebulosa por aquello de la adolescencia, ya acudirás cuando
tu interior te lo indique, cuando entre la neblina se vislumbre una luz que
preludie tu sol y despeje tu cielo.
Los poemas que derramo en este pozo descansarán en él de por vida
salvo que la tierra donde se asientan los succione hacia otros manantiales
que ya no me pertenezcan pero que de alguna manera serán míos.
Sé que entonces acudirás a ellos como el sediento que encuenca sus
manos contra la próxima fuente; entonces hallarás la respuesta que

busques en el arcón de tu esencia, que es la mía, que es el acertijo de
lo que soy y de lo que eres, los dos uno.
Te espero para entonces, allí estaré.

Esto es un contestador automático

Esto es un contestador automático:
Si pulsas 1 hablarás con mis dudas.
Si pulsas 2 te lamentarás de no pulsar
el 1, o quizás el 3, puede que el cinco...
Si pulsas 3 el cobre que como río lleva tu voz
te precipitará a una desembocadura, quizás
a una soledad que te sirva de mentiroso alivio.
Si pulsas 4 hablarás con el departamento de producción,
y si no te descuelga nadie el teléfono, después de transferida
la llamada, es que las musas se fueron, terminaron su jornada.
Si pulsas 5 acudiré yo mismo a tu rogar constante, a tu querer
oir un eco al otro lado, a toda costa, a tu buscar paño
que no baste a tus lágrimas, a una lluvia incesante
que no sobre a desiertos invencibles.
Si pulsas 6, si pulsas 6, cómo decirte..., se irá tu lamento
al departamento de bajas, donde se te recogerá la queja.

Desnúdate

¡Desnúdate lentamente, verdaderamente!
No, así no ?él se desprendía de sus ropajes?
¡Acércate! Mírame fijamente, desde muy cerca; voy
a asomarme a tu sima por la ventana de tus pupilas.

Qué asco

La civilización es la generalización
del asco.

Dicen los estudiosos de aburrida letra y encendida neurona
que el hombre transita del mono al ser humano a golpe de mueca
de asco reflexivo, de asco que apostrofa la barbarie de nuestras costumbres.
El uso de cubiertos, por mencionar tan asiduo instrumento, cifra ese tránsito
que ejemplifica la mano como indecorosa en las artes culinarias.
La repugnancia, que se expresa en plural para recogerse en lo singular,
ha ido restando en su sucederse vigor al especimen para ir tiñiéndolo
de una distinción celebrante.
Pienso de seguido en el acto de deposición escatológica, que desde la noche
de los tiempos era de ceremonia pública ?los baños comunes han existido
hasta antes de ayer? pasa modernamente al cubículo de lo íntimo, primero
en las esferas más pudientes ?por aquello del bidé y otros sanitarios? y luego
en el vulgo, testificando la índole de mancha de aceite que caracteriza el progreso,
definiendo este como la desanimalización del individuo.
Esta sutilización del sentido del asco es el motor inconsciente de nuestra civilización.
Esta perorata me sale al tenor de unas lecturas sobre el Cid Campeador, como
música de fondo que en mi mente acompañó el silabeo de unos pasajes del Mío
Cid que me dio por acometer recién ?como dicen en tierras americanas?:
«Si Don Rodrigo levantase la cabeza y viera en qué se ha convertido la raza humana».

Soy un verso suelto

Soy un verso suelto.
Me precio de ser un verso suelto, y me vanaglorio.
Vuelo a mi antojo entre un mar de vientos,
un mar de marejadas que amenazan con tumbar mi nave,
sin siquiera virar la quilla.
Vuelo los siete mares y vuelvo a Ítaca al abrigo del hogar.
Vuelo y vuelvo, vuelvo y vuelo para volver a volver.
Voy y vengo porque tengo donde volver y donde ir.
Sin el descanso del nido que me espera no podría ser verso suelto,
sin un dorso donde pasear mi caricia, un respaldo a mi asiento, un pañuelo
a mi llanto, un verso que desparrame el ingenio, suelto, vengo, Ítaca, viento, hogar, vuelvo...

Sordera

Debajo de mi manto
al rey mato.
Alonso Quijano el Bueno.

Al cabo de largos minutos rasgueando la pluma
escucha un quejido, repentino y urgente.
El personaje que pergeñaba: ? ¡Oiga usted,
hombre de mala madre, deje de arrascarme
las espaldas con esa furia!
El escritor en su ensimismamiento no daba crédito
a esos extraños sonidos, pensaba imaginación suya.
¡Por favor, señor de la gran sordera, pínteme las piernas
que decido marcharme de esta falsa, no me interesa!
Esta vez, como llamado por la voz de su conciencia
detuvo el cálamo en seco hasta parar las mientes en plena
efervescencia de Érato, pensó con detenimiento.
¿Me estaré volviendo loco, o es la falta de sueño como
cuentan de aquel hidalgo tan celebérrimo?
¡Señor poeta, ya que parece oirme decirle que los pies
me los ha pintado del mismo lado, haga el favor!
El licenciado, acusando cansancio, se levantó y tomóse
un refrigerio, puso las noticias vespertinas y se dejó gobernar

por una breve molicia que pretendía reparadora.
Pudo comprobar que aún alejado de los papeles seguía
recibiendo en sus oídos esa odiosa vocecilla, serán unas fiebres,
unas malas fiebres diría en mi desfortuna, penso de súbito.
¡Señor, que soy yo, el engendro que está esculpiendo malamente,
déjeme ir por favor se lo suplico, esta casa que me da de albergue
no conviene a mis apetencias, quiero otro dueñoooo!
A la postre, después de dejarse convencer por el personaje se avino
a dar rienda suelta a su rebelión. Se fue para no volver.

Águila Enamorada

No dejes víscera sin herida.

Prometeo, por saberse burlador de Zeus, fue recostado ad eternum
por este sobre una rugosa roca, expuesto al rigor constante de los
meteoros.
A la noche, cuando el olimpo se cerraba al sueño, le visitaba
cronológica un águila, que hacía manjar de su inmarcesible hígado.
Una de esas noches, cuando el recuerdo del humano se tornaba
nostalgia, se le postró un águila diciéndole:
Prometeo, ponte de costado para que el bocado sea más hacedero,
procuremos francamente la voluntad del supremo y que tus cadenas
afincadas a la roca no sean óbice a la sentencia.
Contestóle el damnificado:
Sírvete a tu gusto bella entre las bellas, tu única compañía me cumple
la resistencia que como venganza llevo contra mi vengador, que en el
cielo desgoce lo que yo sufro en esta mortal intemperie.
Ella rauda le contesta:
?Sabes de sobra que vengo a la hora
marcada por el mito, sin falta.
Sabes que mi nido es tu casa
cuando Zeus las cadenas te parta.
Vengo hacia ti a comer tu entraña
hasta que solo hígado no me basta,
quiero tu corazón y tus ganas.

El eterno solitario le contesta:
?Águila de mis amores sabes también
que la soledad me emblema
y me sienta ante este desierto.
Sabes que acepto ser tu alimento
frente a tu grata compañía,
que me libera de mi verdadera
condena; ser solo y eterno.
De esta guisa se mantuvo con la duración consiguiente
a los mitos el idilio zoofílico del protagonista.

Que el Ángel se levante

Cuando no lo llama nadie...

Las visitas sentadas alrededor de mi fuego
me hacen confidencias de palma y jaleo,
entre risa y bisbiseo la tarde se va yendo;
es cuando sale el ángel a nuestro encuentro.
Se arranca por bulería en el centro del ruedo
sin que la vergüenza y el reparo le quiebre dentro.
Es en ese momento cuando acude, preocupación
que danza al viento sin pájaro que lo pose
ni regla ni convento.
Es en ese momento cuando lo saco y lo meto
en mi faltriquera para luego, para cuando los versos
me pidan cuenta y sentimiento, para cuando sarmiento
y deseo se entrecrucen en el aliento y se hagan bruma,
palabra y pensamiento, cuando el papel llorando y eterno
se haga misa de rodillas y pidiendo.
Es entonces cuando me vale su presencia, en ascenso
y descenso hasta pintar de espinas un cuadro postrero.
Es en ese momento, y no cuando hay visitas, respeto.

Cuando viene alguien de suyo externo cumple esmero,
recato y recelo, y no jarana y desenfreno, aunque verdad
es que un dulce a nadie amargó ni la vida es larga
como para perder unos tientos, que son pocos y lentos.
Ángel de mi cielo, te pido estáte quieto, no quiero
el gesto desabrido del que en mi casa gasta leño,
cuando se vayan y estén lejos sal al patio,
exprime el limonero y chorrea la savia sobre el venero.
Dame letras cuando las letras requieran resuello.

Susurrando sigue...

El hilo de Ariadna...

Una tarde calurosa, a la sombra de una rueca,
vi a Gandhi conversando con su silencio.
Le hablaba quedo, susurro, misterio:
Necesito ahora de tu servicio,
las armas son blandas
ante la injusticia.
La sordera del hombre blanco
solo sabe de orejeras y visera
que impiden el panorama
tronante de evidencia.
¿Qué puedo yo hacer alma grande?
repuso en sorpresa con el rictus fruncido.
El grito del hermano que yace
bajo la suela dominante
no es dable a romper
la muralla de silencio
que tiende el cacique
sobre un pueblo leso.
El silencio, que es roca de diamante,
solo puede el diamante romper;
como minas de oropel nos falta
nada más podemos oponer

que la fuerza de la nada.
El silencio que te habla es todo
y es nada, nada hay más poderoso.
El bueno del Mahatma miró arriba,
a un cielo lleno de respuestas,
no supo cuál escoger
que buena le pareciera.
El silencio esperó en vano la réplica.
Al final, después de la espera,
echó el telón de su trastienda.
El sabio sigue pensando...
sin respuesta.

Justine

La muerte tiene la inusitada virtud de restregar
cualquiera de las máculas que hayan tachonado
el transcurrir de un simple mortal, como lo seré
yo.

Fue una mujer de las que se dicen peligrosa.
Sus primeros años fueron un discurrir por los infiernos de Dante
mas acompañada, no de un sabio Virgilio, no, sino por un tropel
de caballos que de colores varios dibujaron su apocalipsis.
Su madre era prostituta, es cierto que la vida la empujó a ello
como se suele decir, y que esta dedicación no conlleva de por sí
ningún oprobio que no proceda de la infamia social, de todo punto
injusta por otra parte. La viga maestra que supone una madre en la
vida de cualquiera, más diría en una mujer, se le desplomó sobre sus
fauces el día en que la oyó gozar en su habitación de manos de un
desconocido, a juzgar por el aspecto del hombre que huía escaleras
abajo como poseído por el maligno.
Su padre, el otro pilar necesario, era un proveedor ausente.
Su significación en la niñez y adolescencia de ella fue tendente
a la más absoluta nada. Su recuerdo de adulta no albergaba ningún
instante de afecto paternal digno de consideración, su vacío en lo

a ello tocante era de una inmesidad sideral; siempre que hablaba de ello se le prendía un rosario de lágrimas a su voz.
Sus hermanos, que fueron dos y varones, fueron el epítome de un fracaso anunciado, labrado a inconsciencia desde su albores, bajo la ausencia del necesario fuego que la cerámica necesita para resistir los embates del continuado uso.
Murió en la celda del penal de San Antonio, cerca de la localidad de Ribagorda, en los alpes asturianos, tras un viacrucis de malos tratos internos y abusos sexuales, no sin contar los estragos de una deficiente emocionalidad instaurada a sangre y fuego en su alma.
Su rostro, limpio y hasta bello, diría, era un mal corolario a una biografía que podría ser digna de la Justine del marqués de Sade.
Descanse en paz, sí, déjenle por favor descansar...

Que no venga...

Te llaman porvenir
porque no vienes
nunca.
Eres cual rosa del rosal
una llaga que del roce
se hace hermosa, tierna,
decorosa, que no goza
sino haciendo llorar.
Te llaman porvenir
porque nunca vienes,
porque la estela
que delante de tus pasos
se planta no es estela
que valer pueda.
Quiero de ti tu incertidumbre,
tu no saber que pasará,
que cada guijarro, cada mota
de polvo del camino sea invisible,
sea viento que de mudo sea lento,
invierno que de su copo no sabe.
Te llaman porvenir...
Que no venga, presente
que llena la sanguijuela,
que bebe la hiedra,
que de sangre suspira
a cada golpe de suela,

a cada paso, a cada celda
que se pliega al descanso
que tras el sauce espera.
Que no quiero verlo,
que no venga con sus clamores
y sus trompetas
a atizar el fuego que el fuego deja.
Que yo me basto y me sobro
en el instante de cada letra
que de mi boca brota
para dotar al aire de derrota,
de sal y de reserva.
Te llaman porvenir,
mas por favor, no vengas.

El Retrato

La poesía me genera, me impulsa

Una tarde de jardín espléndida de aromas y sones.
Halward dice que la belleza y el placer lo consisten todo.
Dorian escucha atento, los ojos brillan relamidos de entusiasmo.
El adonis hace presa de la máxima, el concepto le anzuela la entraña.
Basil, inundado de admiración, como pintor que es, le ofrece la inmortalidad.
Dorian se deja seducir hasta el tuétano, su belleza enmarcada y eterna.
Dorian se precipita por la rompiente de los placeres, a cuerpo descubierto.
Se entrega impertérrito a Epicuro y sus epígonos sin reloj que obste.
Su efigie, a la sombra del gabinete, descaece a cada golpe de lujuria,
más su esbeltez y juventud ignoran el embate de las olas.
Mientras que el fenómeno brilla como si no hubiera un mañana,
el noúmeno se pudre lento e irremisible y obscuro e inocente.
La arruga prevalece sobre la paleta y el lienzo se desflora
como el último telón de una obra.

Libertad de expresión

Cuida lo que dices.

El alcalde proclama la victoria en el balcón de banderas.
Extiende la buena nueva de la libre expresión, la plaza repleta.
El pueblo es una voz que llora y ríe y ríe y llora la ilusión venidera.
La mordaza queda atrás en el tiempo, las bocas derriban barreras.
Podremos decir lo que se quiera, proclama la alegría volandera.
Uno de los vecinos, que cae en la cuenta, se pregunta desolado:
¿Qué puedo decir si desde las primeras luminarias tengo venda
en los ojos y en las entendederas?
¿Qué decir puedo si la instrucción que se requiere no se espera?
¿Si el cacique del pueblo, el comerciante y el cantinero desea
que la ignorancia presida el mentidero y la encomienda?
Ya lo decía el cura: «La curiosidad mató al gato» y así lo quiera
quien de nuestros dineros quisiera lograr hacienda.
Dichosa pregono tijeras sobre mordazas y cortafríos sobre cadenas,
mas la libertad de dicho y pensamiento sobre la carne no se concreta;
sí sobre la reflexión y el foro interno donde los laureles saben su maceta;
sí sobre la instrucción y la lectura lenta donde la letra con constancia entra;
sí en el silencio y el lento estudio donde Séneca fraguó su senda.
¿Para qué quieres libertad si los vientos que te pueblan discuten sin juez
y sin llave maestra que arranque cerrojos, sean del signo que sean?
Libertad sí, sin banderas, sin consignas, sí con el enigma de una hiedra
que invada tu piel de puesta a puesta y que llame a la entelequia

que se esconde detrás de cada palabra, detrás de cada sentencia.

Ojos de gacela

Tu pierna no basta a
a lo que abarca tu cornamenta.

Era de tarde, una tarde de esas que van desembocando en la nada
del crepúsculo, a las escasas seis de la tarde. En eso que cruzaba
de acera a acera se me viene repentina una bicicleta con dos pasajeros
donde con solo uno la llanta ya se queja. Él sobre el sillín, el macho de
la terna, ella sobre el rigor del manillar, que mal se aviene sobre un cuerpo
escaso en mantecas, no en vano lo magro de las carnes la atención llamaba.
Él era la fuerza, el pundonor sobre un pedal que apenas esgrime un palo
a traviesa, ella, la princesa de la boca de fresa, aquella que Sabina quiso
salvar de la quema pero que le faltó ansia y destreza. Los dos llenaban uno
de esos recuerdos de la posguerra que cada cual, bien en persona, bien de
dichas u oídas arquetipamos por eterno en una retina cada vez más decrépita.
Me fue de veras un viaje al pasado resuelto en menos de un instante, el que
tarda un suspiro en prender el aire, como si el entorno del paisaje que a la sazón
pisaba se hiciera Berlanga y Valladares, José Luis López Vázquez con Gracita
Morales, y todos ellos, y a la vez, pasaran lista sin falta que hace.
Además, que sirva de anécdota que apenas viene al caso, pensé sin poder

evitarlo que la pareja no solo compartían bicicleta sino muerte venidera por eso del mal que trae esos malditos polvos que por ventanas o torrenteras sortean murallas y fronteras hasta someter a nuestro rey, más sano que una pera, al tormento que capitula una guerra.
Sea este un homenaje a los que luchan y pelean por mar o por tierra, contra viento y marea, mirando a la muerte a los ojos, ojos de gacela.

Alejandría

La Libido sciendi frustra y produce tedio
como el coitus interruptus. Mauricio Wiesenthal

Era como un hamster infinito en su rueda de la fortuna.
Pocos eran los campos del saber donde tuviera rancho y dormitorio
pero mucho era cómo se introducía en las insondables aguas
de cualquier saber ?y este era uno de ellos? hasta amanecer
a la superficie como empancinado de datos, la ración diaria
era maná a sus neuronas, que se henchían de endorfinas
cuando sus ojos discurrían por el bustrófedon de un texto impreso.
Su derramamiento coronaba el éxtasis cuando asistía a un banquete
socrático como el que consistía en la investigación, con lectura
a máxima fijación, de los textos bíblicos que el devenir de la historia
tuvo a bien reservarnos en la meca alejandrina, donde tenía plaza
para sí desde las claras del día.
La ilación de un dato con otro, una pregunta que desentrañe una
ristra de preguntas cual mago de una chistera, una conjetura
con otra..., todo era un colofón pirotécnico en su cielo neuronal,
un orgasmo que redujera a la nada a cualquier otro orgasmo...
Desde que egresó de la Universidad de Princeton fue derecho
a una cátedra en la Universidad de Alejandría para embeberse

en la noche de los tiempos helénicos. Su sueño: suceder a Eratóstenes
en el cetro alejandrino, solo que a más de dos mil años de distancia.
Su pasión por la filología griega traspasaba todos los umbrales.
Los rollos de papiro con los monumentos que birlaron la masacre
de la intolerancia se sentaban sobre sus estanterías como Sanedrín
en el Salón de las Piedras Talladas, cual senadores atentos a la verborrea
de cicerones y demóstenes que acudieran a las reuniones de claustro.
Allí sigue estudiando ?ahora lo estoy viendo? con un rictus de emoción
que alcanza la baba.

No aceptes rosas

O aprendes a querer la espina
o no aceptes rosas. Melendi.

¿Margarita Rodríguez Ibárruri?
Sí, soy yo.
Un pedido para usted.
El mozo subía a pares, como a diario en los últimos días,
los escalones que separaban el zaguán de la puerta donde
vivía la susodicha desde que tuvo a bien quedarse viuda.
Tome usted, las flores. ¿Cuánto se le debe? Nada gracias.
De una vez para la siguiente hacía una suerte de lavado
psicológico para ignorar que lo que viene a esas horas
desde el abismo de las escaleras es un ramo de rosas rosas,
para así la sorpresa fuera eso, una sorpresa.
Llegaron a ser tanta veces, tantos días lo de las flores
que el mozo se valía de una llave para entrar en el portal
sin necesidad de porterillo, la confianza de Margarita se hacía
suficiente a tal extravagancia, e incluso se diría que la erosión
del roce estaba prendiendo las chispas del cariño.
Decía que tuvo a bien quedarse viuda porque su marido,
que cayó en desgracia laboral, dejó de servirle como proveedor
de vida y tuvo que ejecutarlo con cicuta en un vaso de manzanilla
que cada noche acostumbraba antes de reunirse con Morfeo.

La liberación que el maligno acto produjo en sus resortes fue
de una envergadura tal que fue a celebrarlo con sus más allegadas
cenando en cierto restaurante donde tenía mesa reservada sin
necesidad de coger el teléfono.
Al día siguiente vinieron las primeras flores, sin tarjeta, y desde
entonces no cesaron de subir, y el mozo tampoco.
Esta mañana las flores subieron de la mano de otro mozo,
el de siempre salió a recibirlo tras cepillarse los dientes
y echarse por los hombros la bata del difunto.

Virgen María

Río soy impetuoso al alba,
sereno al mediodía y abierto
y quieto a la noche.

Doblo la esquina de la calle, de la misma calle a la misma hora.
Algarabía escolar en el portón de salida, los padres ahuecando sus brazos para acoger la ausencia de sus hijos, una ausencia que toca a su fin sin dar casi cabida a la añoranza, una niña rayana en la adolescencia se desdobla para acoger a dos niñas aún más pupilas, una que cabalga sus pocos años encima de la grupa de un brazo, el derecho, que casi claudica al peso y la otra, escudera, que pasea mirando arriba a la voz melodiosa y dulce de una niñera que se derrama de esencia, que desboca su miel en cada palabra proferida de sus labios, que campea en sabiduría en el trato, en un cariño indebido a un quehacer tan prosaico y desdeñado como pésimamente pagado pero que en su ejemplo se hace grande, se hace presidenciable, se hace sublime como la presencia de una reina en un balcón de Semana Santa a la espera mariana.
Yo me demoro detrás, a sabiendas del deleite que sus palabras y su cadencia rinden en mi pulsátil corazón sediento, me rebozo en su sonrisa, en la serenidad caliente de su interés por el avatar diario de unas niñas que no le deberían ir ni venir, de unas niñas que en breve, a lo mejor del azar, serán pasto de su recuerdo y pecio de un barco que quedara varado en el hondón de su abismal corazón. Su diálogo ahonda en la materias del día, en sus juegos, sus heridas, sus lamentos, y sobre cuán fragante será el descanso que les espera sentado en la mesa camilla de la sala de estar, sobre la ansiedad de sus muñecas por el abrazo venidero...

Yo me demoro, me sigo demorando durante unos larguísimos treinta segundos y viajo a mi infancia en el maletero de la envidia vicaria que me suscitan sus palabras, su sonrisa, su rostro angelical y su verdor de virgen que ya la quisiera en mis años de niño Jesús. Me siento bucear en un tiempo que prefiere el metro al segundo como unidad de medida, porque es más dable a la circunstancia de la técnica que desplazarse en el tiempo. Me gustaría ahora volar en el decurso de la historia como se hace de un lugar a otro, sin la necesidad de dotarnos de esos ingenios cinematográficos que solo subsisten en el imposible de la ficción.
Cuando concluye la demora marcho satisfecho, lleno de sentido de vida, y sigo con mis pensamientos.

Antinoo

Solo hay una manera de eternizar la juventud:
Perecer en la flor de la vida.

Solo tenía ojos para Antinoo.
Su convivencia con Vibia Sabina era un sumidero desde hacía tiempo.
Cuando pequeño su punzón y sus tablas enceradas miraban incesantes
en la dirección de Oriente, hacia la cuna de los saberes que desde
ya siglos atrás preponderaran en las aulas romanas.
Su educación en el estoicismo, muy en boga, y en el epicureismo, cuyo
gran valedor, Lucrecio, brillaba con predicamento desde las cimas de su
tiempo, le presentaban en sociedad como un griego más, y con ello como
valedor de costumbres tan características de la Hélade como la efebía.
Fue solo verlo y adoptarlo para sí, para siempre, como una nube que no
renegara de su lluvia, era suyo, su niño, su juguete, su alegría...
Pero como cualquier flor, y más si es fragante y hermosa, tiene contadas
primaveras esperando tras su corola.
Fue durante una de las sagradas y fulgurantes crecidas del río de los ríos.
El Nilo ese día andaba furibundo como nunca antes, su hambre de juventud
parecía inapelable y la presa que se le cruzó en su camino harto irrenunciable.
Adriano lloró durante sesenta días y sesenta noches la injusta sentencia.
El arrebatamiento que le desgarró el alma estuvo escociendo hasta su lecho

de muerte ?el del emperador? que no descansó los párpados hasta brindar
por su indeleble Antínoo entre sus últimas y célebres palabras.

Envidia

?. Quien no tiene alas: ¡Me muero por tener alas, como esa paloma!

?. Quien tiene alas, responde: ¡Me muero por no necesitarlas!

El parto

En un poema se transcribe una psicofonía interior
que nace de un silencio y vuelve a él.

En un poema se transita de la impresión a la comunicación
con una música de fondo que requiere ser escuchada más
que emitida.

Estaba saboreando las mieles del asueto frente a la pantalla
del ordenador, leyendo algunos libros que esperan su turno
en la biblioteca digital, consultando algún misterio que todavía
guardan alguna de las palabras que habitan el diccionario...
De repente atiendo un ruido que brota de la estantería frontera.
Uno de los libros, de poesía, tiembla como impulsado por la teluria
de un terremoto, parece querer desasirse de algún fragmento, de
algún pasaje que deviniera imperfecto, no merecedor de pertenecer
a sus ámbitos. Me levanto curioso, preguntándome que se encierra
detrás de un hecho tan insólito. Noto al cabo de breves instantes que

un librito, muy pequeño, se segregaba lloroso y embadurnado de un
pringoso aceite gelatinoso que el libro mayor se disponía a lengüetear
con diligencia, quedando limpio y lustroso como recién salido de la
estampa.
Después de consumado el parto me acerqué, hojeé sus verdes hojas
para apreciar la sustancia de sus significados y la armonía de sus bellezas.
El libro mayor lo reclamaba de vez en cuando para transferirle una nutriente
savia que servía de alimento al alimento que ya me proporcionaba.
Fue creciendo casi sin darme cuenta, se hacía robusto y alto;
su encuadernación se iba abigarrando de diversos colores, a cual más
alentador y vigoroso, y sus hojas iban ganando en calibre y grosor.
Ahora lo estoy mirando, parece que está dormido; es que acaba de tomar
de la savia, del elixir, de que el libro mayor se desprende para él, aunque no por
ello este pierda su sustancia y fuste, ya que sigue tan glorioso e interesante como
de costumbre. Los impedimentos del embarazo no le han mermado en calidad.
Bajo la vista satisfecho y sigo con mis asuntos, que también precisan
de mi atención.
Buenas noches.

Amor versus Libertad

Que las uvas de tu ira no me rocen el labio

El amor es posesión, es conquista que se desgrana desde dentro, desde la entraña herida por la flecha de Cupido, una herida que se gangrena hasta hacerse presa en el alma del finado, del sucumbido ante tanto dique rebasado.
El amor no es amor sin invasión, es la capitulación de un tropel legionario que con las armas de la emoción derriban las atalayas y rinden hasta la muralla más alta que pensar quepa en la mente del mayor poeta. Desde que el amor sienta plaza con honores de conquistador en las planicies del alma, la consciencia, la voluntad de decisión tiene que someterse al marasmo de la incontinencia cordial; el entorno ambiente se hace edén en el que pasta a sus anchas la felicidad, un estado de suspensión que embriaga hasta la náusea, pero que permanece en la brevedad que su desgaste admite.
La clave de la discusión reside en la necesaria impermanencia a que acaba de aludirse. Para que el amor haga garra en la carne palpitante del paciente amoroso debe entrar en tromba, necesariamente, para así, después de la bajamar consiguiente, la pesca que se asegure en la red sea suficiente a la calma que le sucede.
El amor es hijo de Dioniso, tal que, como su bendito padre, se explica desde el ímpetu de la rambla, nunca desde el remanso quieto de la serenidad.
La libertad, el no estar en estado de conquista ni de presa, es hijo de Apolo; eso explica

la continencia de las aguas, la impasible sucesión filmográfica que retrata la pantalla grande de sus acontecimientos, la ataraxia grecolatina tan ansiada y adorada por el filósofo, la dominación de la ciudad todavía no sitiada e ignorante de su posibilidad.
Tormenta frente a calma, tempestad frente a la película de rocío que empaña las mañanas, la explosión de un rayo imprevisto frente a la previsión del horizonte.
Ni la una ni el otro deben atenerse a la disyuntiva de la elección, ambos son cara y cruz de una moneda que corre de mano en mano sin que el sudor de su roce la devalúe, la deshaga, y ambos nos vienen dados; solo nos cabe el signo de su aceptación.

Razón dominical

Discurro mi caminio contemplando los chopos
que se yerguen a mi alrededor y despreciando todos
y cada uno de los rocones que a los bordes se ofrecen
a mi reflexión y descanso.

Torcuato trabajaba de sol a sol de lunes a sábado, las labores de la siembra
y la siega eran deslomantes, él que seguía siendo un hombre joven a pesar
del quebradero del oficio y lo temprano que se puso a su disposición.
Su padre ?. ¡Torcuato de mis entretelas, hijo de mi alma, te estás quedando
en la inopia de tus fuerzas! Tienes que cambiar de trabajo de todas todas.
Torcuato ?. ¡Eso quisiera yo querido padre, eso quisiera yo! Su padre responde:
Tu vida se va yendo poco a poco
Tu sal se te hace estatua sobre la tierra
La hiedra que sorbe de tu sangre
añora el dulzor posible de otra sangre.
¡Reacciona muchacho!
Ahora que te queda rocío pendiente
en los relojes del mañana.
Que la gana de fresas y de oliva
no la reprima la circunstancia
o la codicia.
Se sabe que afanas una tarde
de sombra, atardecer y libro,
de escuchar tus sones

en el tocadiscos, renglones
de versos que suspendan
los deberes y debates
que tu corazón y tu cabeza
sostienen en litigio.

Estas letras llenaron su mente a la tonada amiga de una cantinela que apenas hubo oído en la chicharra de una vecina, que al conjuro vespertino tomaba acostumbrado descanso en una hamaca cuando el patio de vecinos hacía su agosto.
Su vecina María ?. Perdona mi intromisión Torcuato. No he podido evitar oir el diálogo que estabais tramando entre tu padre y tú y, es verdad, tu padre dice la biblia. Te estás entregando a cristo sin que la Virgen te haya llamado, ¡Rompe tus cadenas por el amor de Dios!
Su padre ?. Gracias María por apoyar mis palabras, pero María, no es por nada, tú sabes que somos como familia, pero María, ¡Qué cotilla eres!, ¿Qué hacías escuchando la conversación?
María ?. ¡Ya sabes Su padre, a estas horas una que tiene la casa ya recogida y no sabe cómo entretener el tiempo..!

Pobre Marta

Marta Neurenberg, en el centro de la fotografía, rodeada de sus hermanas. Todas, a la luz de la aciaga noticia, se derrumbaron como fichas de dominó sobre un suelo de porcelana.

Esta anécdota es anécdota porque no reviste apenas importancia.
Viene a ser lo que un simple aleteo de una mariposa que no alcanza a ser tempestad en ninguno de los confines que pueblan este globo terráqueo.
Este pequeño trance que os canto lo escribí, y ahora lo cuento, con la sangre de Marta, una niña, a aquella sazón, que frisaba en los doce años y que tuvo a mal el destino que se cruzara en mi avieso camino.
Fue de tarde, lo recuerdo con exactitud, a las seis de la tarde de un día de asueto; yo me digné a dar unas vueltas de paseo por la población que habito, la pedanía tirolesa de Eidenkernsen, a no muchas leguas de la frontera bohemia.
Le veía desde bastante distancia jugando con otras niñas, supongo sus amigas, en el recodo de una plaza con fuente dieciochesca; su frescura y alegría en el decir y el hacer era tan fascinante que la bilis principiaba a bullir como caldero a fuego lento.
Me acerqué progresivo, acechante y felino; los frondosos árboles se me ofrecían como improvisados e ignorantes cómplices al golpe de gracia que no pude evitar.
Salté sobre su tierno cuerpo con la destreza de un gamo, la así fuertemente del talle y le circuncidé el cuello con el solo cuenco de la mano derecha.
Las niñas, despavoridas, no pudieron más que correr de espanto hacia el calor seguro de sus casas; no volvieron a tener noticias de ella.
Son las seis de una anodina tarde de domingo, aquí, en el cochambroso e inmundo penal

de Freichsunder en el que cada día perezco un poco. Ahora, que tengo un espacio para pensar hago uso de unas cuartillas que dejó olvidadas el preso que llenaba mi cama antes de que yo lo hiciera, y me descargo de estos recuerdos para esparcirlos al aire de la culpa. Son horas las que me separan de la libertad; mi aparente restablecimiento será agua de borrajas ante el probable encuentro con otra corderita...

Tristes y Pónticas

Carmen et error

Tengo que escribirte y te escribo, te añoro y te deseo como nunca ha sido.
El aire que respiro no es mío ni tuyo, por eso me ahogo a cada instante.
Cada minuto es un lustro, cada año una vida entera, sin ti.
Fabia mía, vivir sin tu mirada se me hace cuesta arriba, y sin la sonrisa
de nuestra niña, que la imagino una mujer sin serlo todavía, tanto me queda
por perder en esta estancia equivocada e injusta.
Espero que tu madre soporte el deshonor con la presencia de ánimo de que
siempre ha hecho gala.
No hago más que extrañarte en esta tierra extraña, que le llaman la de
los sármatas.
Esta gente no es tu gente, mi gente, te lo aseguro.
Distan un cielo de la elegancia y maneras de nuestra gente ¡Qué pena!
Mientras te escribo vuelo hacia Roma, y te veo, y a la niña, con esos ojos
de perlas del color del azabache, ¡Qué bonita está!
Mientras te escribo tirito de frio. Estoy aterido hasta los huesos.
Estas temperaturas son de una reciedumbre que ni en los eneros
romanos, ¡Qué añoro el solaz de las villas de nuestra tierra!
Sabes que Augusto no me quería bien, fue quizá por irme de la lengua,
ese Ars amatoria me salió caro, dicen que todo fue una excusa.
La causa fue un craso error, lo reconozco, en este preciso instante
en que hago acto de contrición por mis pecados. Estuve donde no debía,

escuché lo que no debía, su hija pronunció palabras amorosas a destiempo.
¿O fue su padre? Quise oír un te quiero perdido en el aire, de Julia no fue.
Augusto quiso adivinarme en el espacio externo de la cámara, detrás de las puertas de la vergüenza.
Fue incestuoso, y no podía permitirse sombras bajo la luz que él proyecta.
Fue eso...
No podía dormir en la desconfianza hacia quien no sigue sus patrones morales.
Su rigor no es el mío, su poder no es el mío, ni su codicia, ni su crueldad.
Era yo un cabo suelto en la perfecta trenza de su imperio.
Su horizonte debía contemplarse diáfano, sin sombra de duda.
Yo era, soy, un lunar que se iba haciendo poco a poco inmenso.

Rezando

Nadie es poeta en su tierra.

Cabalgué el siglo catorce
entre astracanes y bulerías,
me di de bruces con la vida
hasta que me dieron las doce.
El goce del que gocé de joven
me mostró la dramaturgia
que llevo dentro.
Dicen que los poetas somos
pintores y filosofos a ratos,
asimismo nos tachan de matagatos
sin haber matado, si acaso uno.
Conque me siento moruno
de la morería hasta el tuétano,
así lo atestigua el almuédano
que preside mi mezquita.
No me levanto una mañana
sin postrarme devoto ante Alá,
las luces del día me dan
cuando sobre la tierra rezo.
Que un beso de mi boca vaya
a la mejilla sonrosada de Fátima,
que venerada por la morisma
se yergue sobre la Kaaba alada.

Antes de entrar a la sala de oración
rindo devoto mis abluciones,
clavo al frío suelo mis tendones
y con la frente rompo el silencio,
pidiendo al porvenir que nada pase
que Dios para mi estirpe no quiera.
Tras del bisbiseo ambiente
me levanto mirando a la quibla,
doy media vuelta hacia la salida,
me pongo las alpargatas
y salgo a lo cotidiano.
Por las calles que transito
me sorprenden las celosías,
miles de ajimeces me sonríen
abriendo sus pétalos al paso,
el prójimo me brinda abrazos
y Alá de largo los bendice.
Llego a mi hogar y descanso...

Agua y aceite

Una cerradura no cabe
en otra cerradura.
Una llave sí, porque es
diferente.

No tiene mística ser igual a ti,
no tiene beneficio ni historia,
no obtienen del amor vanagloria
dos ángeles idénticos entre sí.
Tu amor y el mío son agua y aceite,
y eso es lo que lo posibilita,
metamos cual cocimiento en marmita
un poco de sal, pimienta y deleite.
Tu deseo hace presa con mi sonrojo,
tu recato en la oración mi lujuria
enciende, me brota cual petirrojo
la alegría de un corazón ya maltrecho
de trasegar de abulia en abulia;
de tu semblante rezuma el afrecho.

Eso parece

El hombre es el animal
que más se parece al hombre.

La efigie hierática del Presidente aperece por la pantalla.
Las buenas nuevas que anuncia no parecen buenas.
La situación parece estar lejos de estar controlada.
Parece ser que la Economía del país se desgaja lentamente,
como una naranja que pareciera quedarse sin jugo,
un jugo rojo que se vertiera por entre las alcantarillas del acaso.
La efigie del Presidente parece papel de plata, estática.
Baja la mirada, pareciera que se callara la verdad de las cosas.

Las consideraciones siderales

El fruto no niega a la flor
tal que la flor no niega a la yema.

Reconozco que mi tránsito por tu vida fue rocambolesco.
Mi atmósfera enriqueció tu elíptica, tu ozono, tus cambios
de estación, tus tormentas...
La rarefacción de tus aires sentaron las bases de una nueva teoría,
un teorema que se desmorona en sus catetos e hipotenusas,
que por fidedigno dejó de ser falsable, ciencia aparte.
Andando el tiempo vivo gravitando otras galaxias,
acaso más habitables, más respirables.
Una nueva nebulosa ?que se jacta de su incerteza,
que se dispersa sobre el recuerdo de tus gases, de tu helio
incandescente, menos asfixiante? me viene a envolver,
a confundir con atardeceres que por fascinantes parecen
inverosímiles ?no hay crédito que arriende esta ganancia.
Andando el tiempo sigo sumido en esta susodicha nebulosa,
sigo condensándome hacia la magnificencia de un planeta,
seguramente enano, que amenaza consistirme,
y sigo manteniendo mi órbita, sin ser engullido por su núcleo,
porque aprendí en ti a mantener la distancia.

Un mal día

Cherche la femme

La sangre manaba negra de su cuello de cisne.
La camisa que la recibía era de un blanco satinado,
con ribetes azulados en la comisura de sus axilas.
No era domingo ?como si lo fuera?, salimos juntos.
Una voz cantarina al teléfono me insuflaba del ánimo
que carecía para salir, el sol me empujaba a las calles.
Ella se hizo esperar, pareció esmerarse especialmente,
su deseo de agradar se testaba de cualquier calibración
posible, la superación reciente del último examen de
graduación justificaba sus mil sonrisas, mi horno no
estaba para bollos.
La cojí en brazos con la dificultad que entraña portar
un peso muerto, estaba exánime, casi sin vida, solo
distaba escasos centímetros cúbicos de sangre de
arriarse su telón, la dejé despedirse de su público
con la demora que le era precisa, poco tardó en
perderse en el negro de las bambalinas...

Ya verás

Estruja tu seso

Renacerás de tus cenizas,
recobrarás pronto tu centro,
Resurgirán de tus adentros
la luz, la llama y la espita.
La palabra poética te rehuye ?dices?
tus invocaciones no bastan,
tu chispa a un gas llama
que fluye fuera de tu palabra.
Tu ingenio es remanso,
es barco sin vela ni viento ?dices?
es plata que no llega al ensayo
y reo que no espera tormento.
Deseas que lo nacido de tu imprenta
no sea ripio que nutra el hormigón,
prueba a no pensar en un escalón
del que tu pie aún no ha dado cuenta.
Verás que la presente resistirá
los embates de la crítica,
verás que sus versos y sus rimas
cantarán por veredas y caminos,
verás como los hilos de tu destino
se entrelazarán en tus enaguas,
y brotarán de tu vestido

hasta hacerse gala de noche
que festeje tus armiños.
Confía en tu brújula,
confía en tu diverso racimo
de uvas rozagantes y trapío.
Eres alta, eres delirio, eres goce
y también cariño.

El Viajero del siglo

Seguimos conversando con Kant

¡La puerta de Brandeburgo!
Tras meses de deambular a mi libre albedrío por la Sajonia germánica
doy con mis huesos en el quicio de esta majestuosa puerta.
Despegándome del alma la mochila por un instante ?la dejo reposar
en el frío suelo de piedra? contemplo con cansancio un cielo que a fuer
de plomizo amenaza pronta lluvia.
Miro con fruición a mi alrededor como saboreando el fruto de un denso
kilometraje de paisajes, gentes, costumbres que me han repletado
hasta devenir en otra persona, renovada, mejor.
Me agacho ?mis rodillas protestan? a la altura de mi fiel compañera para
erguirla sobre mi espalda y proseguir la marcha ?hay que buscar alojamiento?.
Algo me dice de este aire ?quizás sea de esta luz? que mi hábito viajero
de no repetir estancia dos noches consecutivas va a sufrir un serio traspié.
Voy a acercarme al espacio acuático que se me abre en esta plaza, ¿A ver su
nombre?, sí, Plaza Wieland, será seguramente en honor del gran romántico
badenés, poeta, músico y editor. Parece que se me acerca un viejo que se hace
acompañar por un pachucho perro y un organillo de feria que tañe con maestría,
al parecer. ¡Eh señor, que tal! ¿Sabe por aquí una fonda donde hacer noche?
¡No muy lejos de aquí, dos calles más abajo encontrará pensión y barata!
Gracias, ¿Su nombre?, Joseph, ¿y el suyo?, ya lo sabrá a su debido tiempo.
Me encanta alzar la mirada hacia la copa de los árboles y las gárgolas medievales
que ansían vomitar el agua llovediza que, por cierto, está al caer.

Los lugareños ?llamados por la presencia desacostumbrada de un forastero?
no retiran el ojo de mis pasos; hasta alguna mujer ?por cierto, de buen ver?
me admira sonriendo satisfecha.
Creo haber llegado, según las señas del organillero.Tocaré la aldaba.
Que sea hasta mañana. Ahora me toca descansar de tan ardua singladura.

Sibila muda

Es posar el rostro en la almohada
y venir un suceder de quebraderos.

Es hora de dormir, me lo dicen los ojos.
Reposo la mejilla sobre la fragante almohada.
Escucho de seguida unas palabras, apenas un
leve susurro que me conduce a una suerte
de dulce y pasajera muerte.
Mi almohada me aconseja; la escucho.
Almohada?. El día ha sido duro.
El esfuerzo provechoso.
El descanso ganancioso
te abatirá cual cianuro
que escanciara presuroso
el brazo de un bello Morfeo.
El durmiente?. Repiquetean sin descanso
contra un dédalo demente
mil acervas incógnitas
que apartan a mi mente
del necesario remanso
que traer a mí pretendes.
La vida ha hecho en mi carne

presa que librar no jura.
Ayer tomé decisiones
que hoy me pasan factura.
Almohada?. Olvida en este instante
el negror del nubarrón,
déjate llevar de este son;
la lira que Apolo tañe.

Así fue como a la postre la «Siblia muda», según el ingenioso decir de Gracián, convenció de sueño al cuitoso mortal.

Tú, yo y la Luna

Te amaré siempre; que no importen el número
de las olas que pretendan borrar lo que fue.

Estamos ?ahora, en este instante? sentados, solos, los tres,
tú, yo y la Luna, que nos mira desde allá arriba, quieta, muda...
Estamos ?siempre, eternamente? aquí sentados, a la orilla
de una dicha que mañana será tan solo una ilusión.
Estamos ?ayer, anteayer, hace mil años? acurrucados sobre
el frío de una roca que resiste el embate liviano pero constante
de una ola tras otra, tras otra, tras otra, otra..., durante tantos
años que el reloj de la plaza de atrás no da abasto a contarlas.
Estamos ?desde que esta playa es playa? esperando la salida
del rociero sol de cada alba sin despegarnos, sin sustraernos al
callado rumor de las sirenas que nos alientan al desahucio.
No renunciaremos a estar aquí ?al pie de una ensenada que llora
nuestra ausencia? mientras la espuma del mar siga celebrando
el café vespertino que nos adentrara en los reinos de la noche;
tú, yo y la Luna. Los tres solos, como siempre: ayer, hoy, mañana
y hace mil años.
Festejando ?ahora?esa tarde que nos conocimos al albur de unas

cometas que volábamos tú y yo, solos, con la Luna de testigo.
A este tenor el viento se nos levantaba ventisquero, reclamando un invierno de un vigoroso verano que no hizo golondrinas.
Aquí ?sólidos como una estatua de sal? seguimos esperando el necesario rescate de la Historia.

La Vida es Tiempo

Yo sueño que estoy aquí,
destas prisiones cargado;
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

Vida, que corres por mis venas.
Vida, que eres sangre,
que eres tiempo,
sangre que adelanta mi ser,
presente de vida que presenta
lo que será un día, que aún no es.
Futuro, mar donde desemboca
el presente que ya ha sido,
fragua donde mi ser se perfila,
se dibuja, se cuece al vislumbre
de un fuego fatuo que dajará de serlo.
Aritmética donde vence un resultado

tras sumandos intuídos por los hechos.
Vida, que eres carrera en pos de ti misma,
ventana que camina dejando una estela
de sal y excremento.
Vida, que eres torrente y cauce, sangre
por despeñadero, esencia de la esencia
y sobre todo reguero...
Vida, muñeca de trapo que Parménides desdeña,
que vive sin la sangre, ni el tiempo que se desea.
No quiero ser ese ser que el filósofo expresa
en su natal Elea, sin chispa ni consecuencia.
No quiero ese que en su antigüedad versa,
un ser sin tiempo, sin vida , en la hoguera.

La Rosa

No le toques ya más, que así es la rosa

Déjala tranquila, déjala en paz.
Una rosa es una rosa, con sus colores,
con sus corolas que hieren los ojos,
con sus undosas hojas, con su sépalo
verde que apunta hacia su sustrato.
No la toques más que la marchitas.
No quieras en su perfección que no sea rosa,
que rosa tiene que ser, con sus espinas,
con su sangre que brota de tu dedo
tras recibir sobre tu piel la seda
de su recelo.
Déjala así, que de ser así no pasa,
que no sabe ser de otra manera,
que no sabe oler a nardos o a jazmín,
a lirios o a azucenas, no sabe...
Déjala que te arañe la piel y la entraña,
que si osas ignorar su belleza
con el desdén de tu mirada
serás presa, presa de su arrogancia.
Ya lo dijo la poetisa: una rosa
es y solo puede ser una rosa, nada más...
Déjala que así sea y así muera de tanto ser.

Déjala y notarás la fragancia
dentro de tu pituitaria amarilla,
¿o era roja?
Déjala, y verás qué hermosa.

Llovía en mí

A ver si escampo al aroma
de este café y este libro.

Me asomé a la ventana como de costumbre para tomar
el primer viento fresco de la mañana y todo apuntaba
a un día luminoso y bonancible. El sol ?tempranero como
de costumbre a estas alturas del año ?ya estaba destellando
sus primeros saludos a los madrugadores vecinos de mi
manzana antes de emprender el camino diario al trabajo.
Tras esta primera bocanada de optimismo me dispuse a
preparar el desayuno de tostadas y zumos de fruta.
Ya sentado en la mesa del salón ?con la bandeja por delante
y la televisión tronando a la izquierda ?escuché que el tiempo
discurriría soleado a lo largo del día en toda la península excepto
en una de sus viviendas ?de la que solo lanzaba como pista que
su desafortunado morador estaba en ese preciso instante mirando
la caja tonta y desayunando con cara de estupefacción?.
Fue oirlo y quedarme con el trozo de tostada colgando de la laringe,
casi a punto del vómito. Me levanté atónito, fui a la cocina a dejar
los restos y quedé empapado ante el repentino aguacero que recibí
nada más posar dentro el primer pie. Sobre el mueble esquinero
?ese donde guardo el atrezzo de las comidas? se había establecido
una nube tirando a broncínea, de desarrollo vertical, que no cesó de

jarrear durante veinte minutos. Cuando terminó la precipitación pude recoger unos cincuenta litros por metro cuadrado que ?menos mal que vivo en un primero y debajo hay un local comercial yermo todavía? no tuvieron consecuencias aseguradoras.
Me puse las botas de agua y el chubasquero y me afané en achicar por espacio de una hora aproximadamente, al tiempo que me preguntaba sobre la maravilla que había ocurrido y sus posibles causas ?no podía entenderlo en lo más mínimo?.

Mefistófeles

La Nada atemoriza, el Ser ansía sobrenadando la Nada.
La angustia por no Ser atenaza, y ello nos empuja a Saber.
La Salvación frente a la Nada nos impulsa a Ser.

Johann G. Faust levanta los ojos del papel.
Ensimismado en la lectura de Agrippa, ?unos legajos que llegaron a sus manos procedentes de la Universidad de Heidelberg? fueron pasando las horas de un reloj remiso a pronunciar el campaneo de rigor ?no quería molestar?.
Se anunciaban las doce de la noche sin que el sueño acudiera a sus desvelos.
La «Filosofía Oculta» que acariciaba entre sus manos consistía en una visión cabalística de la existencia, donde el Ser y la Nada eran las imágenes especulares de una realidad imaginada por imaginaria, de un constructo sin visos de posibilidad.
Faust ejerce la catedra de Gramática Latina desde hace algunos lustros sin destacar como una de las lumbreras de su departamento.
Su vida transcurre entre mamotretos de la especie de este que navegaban los siglos hasta acabar bajo su mirada escrutadora, minuciosa, atenta hasta la extenuación.
Su avidez por el hallazgo se califica de enfermiza. Casi a diario ?y como si cruzara el umbral del infierno? se topa de bruces con las claras del día ?tal era su dedicación.
Tras la vigilia debía rendir sus clases como de costumbre, mas su cansancio acababa pasándole necesaria factura en los momentos más insospechados; en ocasiones se le cerraban los ojos en el claustro de profesores y otras, como por ensalmo, le hacía

derrumbarse al pie del encerado mientras encaraba una explicación filológica.
En estos instantes, frisando en las tres de la mañana, Faust decide plegar los bártulos y disponerse al sueño. Le estoy viendo colocándose la cámisa de franela y el bonete azul rematado con un borlón amarillo; después cumplirá con sus abluciones rituales para finalmente decidirse a dormir, no sin antes realizar unos estiramientos de los miembros y espaldas para aliviar la cargazón que la rigidez postural de tantas horas sentado conlleva a su musculatura.
Ya parece que se acomoda en la calidez de su humilde jergón.
Buenas noches Faust.

El tiovivo

Si el corazón pudiera pensar, se pararía.
Fernando Pessoa

Con los pies expectantes sobre la arena su padre espera.
El tiovivo que la impulsa no hace más que dar vueltas.
El caballo que la eligió su amazona como pollo sin cabeza
se precipita al abismo de los ritmos y las fechas.
La música continúa sin dar tregua al director de orquesta,
que dispone su disonancia entre el murmullo de la realeza.
El mundo que tras la reja espera no guarda sermones ni recetas,
y si un mal resorte detuviera la secuencia, la niña se baja, perpleja,
desciende la cabeza y tiene que pensar sin que de pensar entienda.
Su padre se acerca precedido de una queja y para llevarla a tierra
le ofrece sus brazos, que se tornan fragante hiedra.
Ella mira a su padre, a los ojos, esperando una valerosa respuesta,
pero la respuesta se hace esperar hasta brillar de ausencia.
A la postre, de su boca brota como un balbuceo de certezas
que se disipa en la distancia entre su deseo y sus quimeras.
Pero esa respuesta que el padre esgrime es silencio que silencia,
es nebulosa que genera cual rocío más dudas, más resistencia.
La música amansa a las fieras ?dicen? pero es inmune a las urgencias.
La niña que prendida de la mano del padre del tiovivo se aleja,

es una niña más difusa, más confundida, menos cierta.
Antes de perder de vista su caballo la niña echa su mirada a la trasera,
le dedica unas lágrimas que anuncian olvido, silencio y pena,
y su padre ?ignorante y sin ciencia?se ensimisma en resultados, balances
y cuentas que al día siguiente deberá rendir a la empresa.

¿Te cuento un cuento?

Se fueron lejos de la ciudad.
Diez jóvenes borrachos de vida y lujuria se echaron al hombro sus
hatillos durante diez días, huyendo de la barbarie y la muerte.
Sus casas vomitaban horror y espanto, y sus horas no eran aún llegadas.
Las calles un sindiós, la pestilencia campaba a sus anchas.
El pagano acudía a las puertas de la iglesia pidiendo árnica, acogerse
a sagrado; ¿la respuesta..? ausencia.
Dos de ellos deseando tributar a su amor una fiesta; eran Pánfilo y Pampinea.
El resto esparcimiento y juerga; la familia tenía en las afueras hacienda.
En el recreo que tocaba al cierre de cada jornada los jóvenes iban a solazarse
al frescor del Arno, que discurría ingenuo a las gentes y su tristeza.
Aunque deseosos, los circunstantes no llegaron a la cópula; el temor a la buba
era solemne y mala la consecuencia.
Mantuvieron las distancias a duras penas, a pesar del vigor de la libido reinante.
Eso, lo tuvieron que dejar para más adelante.

Principio de Arquímedes

«No me toques mis círculos
que los tengo muy hinchados».

En Wikipedia he encontrado una definición del «Principio de Arquímedes»
que me ha llamado poderosamente la atención, es esta:
«Un cuerpo total o parcialmente sumergido en un fluido en reposo experimenta
un empuje vertical hacia arriba igual al peso del fluido desalojado». Esta fuerza?
recibe el nombre de empuje hidrostático o de Arquímedes, y se mide en newtons».
Se me ha encendido una bombilla ?yo diría, a lo mejor, de baja intensidad? para
ocurrírseme darle esta vuelta:
«Un cuerpo total o parcialmente sumergido en otro cuerpo ?en reposo o en combate?
experimenta un empuje de genuinidad hacia arriba igual a la pérdida del yo desalojado.
Esta fuerza recibe el nombre de invasión hidrostática o desfondamiento del ser,
y se mide en términos de cesión o dominio».
Parece evidente mi «Vade Retro» respecto a las lides matrimoniales ?u otros retales
del mismo percal?.

Poema o Poemo

Enjuto de carnes aguardo
juez y sentencia.

Tener o temer, ese es el dilema.
Detener al tiempo de su constante
recorrer por un reloj sin esquema,
arena que cae ajena y menguante
como lluvia dorada y brillante,
que tras de ser posada es pasada,
pensada y vacilante, tronante,
vilipendiada y recalcitrante.
Risa callada que llega atrasada
a la memoria que mortal recuerda.
Querer o perecer, soga o cuerda,
toga exigua que antigua y pisada,
pesada en una romana adormece,
e irónica a la Historia pertenece
y esperada en los anales de la escoria
desciende un tupido velo de inercia
y simiente, y sigue silente
en el paso del viento.

Cuento, o no cuento, ese es mi ascendiente,
mi excipiente, tendente y sediento...
Lo siento, de veras lo siento.

Duelo a primera sangre

¿Hay alternativa?

Un, dos, tres, cuatro... quince pasos.
¡Media vuelta!, ¡¡¡Fueeeeegoooo!!!
El marqués de Brumont cayó contra una nieve que ardía.
Su contrincante, ufano, sopló el cráter helado de su pistola
respirando muy hondo ?¡por esta me he salvado!?.
Tras un largo mirar el cuerpo inerte de su excelencia,
abandona el escenario, de espaldas a los acontecimientos.
Leves segundos transcurrieron y una comisura roja principia
a bajar hacia el cuello de su camisa de lino inmaculada.

Gravitaciones

Puedo predecir el movimiento de los cuerpos
celestes, pero no la locura de las gentes.
Isaac Newton.

Introducción a su autobiografía:
Es de dominio público que Newton era un misántropo.
Era amén de arisco al trato humano un descreído de la turba
que a su juicio nutría los orificios del mundo en el que le tocó
vivir y un consentido de que su existencia era un cruce de caminos
entre la voluntad divina y los azares de la genética.
El creíase un Fausto satisfecho de Mefistófeles en los saberes
del Universo, pero con la misma solvencia desdeñaba su analfabetismo
en lo que al sentimiento y aconteceres humanos se refiere.

Su autobiografía misma:
Solo sé que no sé nada de lo que acontece al ser humano.
Solo soy un villano que tañe al viento sus alabanzas.
Sigo siendo un manazas para los asuntos que atañen
al sentimiento, y un verdadero exento de tacto y respeto.
Soy, o creo serlo, un dios en el conocimiento del Universo,
un perverso en el celo de mis saberes y un acérrimo
defensor de mis pareceres y conciencia, de mi Ciencia
y mi seso, pero me falta eso: un amor que me compense.

Soy un verdadero insolente, un avieso en lo tocante
a mi alma, y un sabueso que olisquea sin descanso
la traza de un teorema, de un emblema que corone
de cúspide la filosofía natural de tiempos venideros.
Ahora, que apunto estas reflexiones, que oso levantar
la vista de mis estudios, me dejo congelar la vista
en el visillo de una ventana que se ofusca a lo vespertino,
me dejo dormir con los ojos abiertos pero inoperantes
para soñar despierto, saltar de planeta en planeta
hasta hervirme los pies y el cuerpo al volcán
de la superficie solar, y morir placentero.

A lo lejos...

La luz que ves allá lejos
son los ojos de una casa
que te vigila, que espera
a que enciendas su leña,
despierta.

Sé que me esperas.
Sé que el no saber te cansa,
te amilana, te vence,
te arrancia la gana.
Sé que son muchos los años,
con sus días y sus noches,
sus campanas tañendo
unas horas que no se rompen.
Te agradezco tus veinte años
hilando y deshilando madejas,
tus veranos que se escapan
por los husillos de las aceras,
los daños...que se quedan
pegados a la cuerda de tus enaguas.
Tus aguas quietas que empiezan
a oler de deshechas, del plancton
corrupto que aprovecha el pez piedra.
Voy llegando, grande será la sorpresa,
me quedan unos pasos, con su arena

y con su hiedra, y alcanzar el cielo
con las manos, y unirlas a las tuyas
hasta lastimarlas de fuerza.
Esta vez será la última
que me distancie de tu pelo,
de tus besos y tus rejas,
aunque sea la leve distancia
que media entre un te quiero
y una promesa.
Me pesa, mucho me pesa...
Lo siento. Dame tu fe, tu entrega.
Tus entretelas.

Penelopea

Cuando llegues
mándame un guasa.

Eres aquella que teje,
aquella que descuella
entre la mujer cretense,
aquella que pretende,
que hilvana y deshilvana
lo hilvanado en la mañana.
Eres quien llora en silencio
sin que valga la queja.
Eres madeja que se devana
hacia su escondida rueca,
que gira en idas y venidas
sin confeccionar la prenda.
Eres pretendida por tropel
de manos indignas, sucias
y manchadas de la dulce grasa
de tus fúlgidos cabritos.
Eres aquella que se aferra
al tuétano de una quimera,

eres relámpago ciego y sordo
que se pierde en lontananza.
Ten paciencia, que la tienes.
Confía en la sonriente suerte
que dobla la pronta esquina.
Tu hacienda es sobrada y larga,
bastante y pudiente para soportar
la voracidad de tanto pretendiente.
No estés ausente en tu aposento
de plata, tus cabellos adolecen
del peine y de la savia
que antaño eran asiduos
en tu tocador al alba.
Todavía te queda leche
en las tetas de tus cabras.
Tus carneros crían lana bastante
para abrigar tus esperanzas.
El pan de tus tahonas
aún huele a tierno espliego,
a tomillo y hasta a lavanda.
No pierdas tu compás de espera,
Sigue y permanece, quieta.
No pierdas de tu recuerdo
la imagen del ingenioso Odiseo,
que está pronto a la arribada
en tu puerto, y en tu puerta.
Sigue destejiendo lo tejido,
que aguarde la muerte de Laertes
y su sudario maldito.
Que esquilmen quienes esquilman,
que se cuezan en su soberbia,
que en su fantasía de cetro
sueñen y en pesadilla devenga,
que suden en tus sábanas blancas
hasta que en poniente negreen
nubarrones y afrentas.

Que revienten de banquetes y fiestas
hasta caer en la cuenta de tu treta,
y cuando así sea será tarde, el rey llega.

Solo soy ahora

El tiempo es un reloj que da vueltas
con los brazos abiertos.

No sé si a ti te pasa, pero cuando algo de lo que perteneció
al pasado viaja hasta el presente me pone en una tesitura
existencial un tanto curiosa, yo diría.
Ahora ?y por eso estoy escribiendo lo que escribo? me
ha venido a ver un programa de radio que hace una treintena
de años ?algunos más? deleitaba mis noches sin fin, cuando
el quehacer no exigía madrugadas ni excesivos apuros.
Escuchando en Youtube una reedición de esos programas por
este encarcelamiento maldito que nos retiene, noto que el tiempo
no ha pasado, que sigo siendo el mismo en cuanto a la risa que brota
igual de fresca que por entonces, y en esas me pensé siendo el que
era sin dar crédito a mi existencia.
Me choca pensar cómo podía disfrutar cabeza contra almohada
de estos chistes de la misma manera que lo hago ahora, como si el
segundero fuera una quimera, fruto de un sueño.
Pensarme en el pasado me parece aceptar que un fantasma pueda
sentir, pensar, reir, algo inconcebible ya que los fantasmas no tienen
cabeza, labios, boca ni sonrisa. El único yo posible es el que soy ahora,
que es el que ahora piensa, reflexiona..., y todo lo que soy lo soy ahora,
como si por generación espontánea naciera a la vida en este instante,

sin pasado que fuera lumbre bajo el puchero a fuego lento que ahora soy y seguiré siendo.
Cuando me pienso en esos tiempos soy como una copia imperfecta y borrosa de lo que soy ahora, una novela de ficción que aspira a ser veosímil, nunca verdad; como esas fotografías que se desgranan con el paso de los años hasta predominar en sepia y que harto desmerecen cualquier realidad imaginable. Por eso no concibo una existencia que no sea la presente; mi yo de entonces no existió, solo el de hoy, y por tanto antes no era dable que pensara, sintiera, porque eso lo hago ahora, solo ahora. No entiendo cómo pude disfrutar de lo que ahora disfruto si no era, porque solo ahora soy.

Ladrona de tinta

Busco en silencio los versos,
al trasluz de la Fortuna.

Hubo una inquietud que me rondó de madrugada.
Al levantarme, todavía durmiendo el sol, me acerco sigiloso
a la habitación donde sueñan mis dos poemas pequeños.
Me siento ingrávido al borde de la cama y oigo sus respiraciones.
Les miro a los ojos, las orejas, las bocas, los cuellos, voy bajando...
Los pechos siguen íntegros, las espaldas, los estómagos y solo veo
una pierna a cada uno, uno la derecha y el otro la izquierda.
Los vuelvo a tapar para que sigan soñando y descuelgo de los anaqueles
del salón el albergue en forma cuadrangular que los contiene ?el libro,
por si hubiera algún incauto en la sala?.
Voy afán tras afán deshojando el camino hasta encontrarlos: a los dos
les faltan los dos últimos versos.
Miro como si no hubiera un mañana el vacío que llena esta inquietud.
No observo rastro de tinta, han sido borrados adrede para ser añadidos
en otro poema, seguro que espurio.
Han sido desaparecidos con la limpieza de un prestidigitador.
De mañana ?en la oficina, cuando el cafe? noto que en una publicación
de Instagram firmada por mi compañera presenta como cita los cuatro

poemas robados. Como Dios no la ha llamado al templo de la palabra ha dibujado ?un decir? las dos piernas a contrapaso.

Su risa

Dos soles sobre la arena

Me alegra sentir el tintineo de su risa.
Una risa que no es para mí pero no me importa,
nunca una risa ha tenido patente de propiedad,
es un sonido que se diluye en el aire y no se puede
archivar en el ferreo troquel de una carpeta anillada.
De su risa nada más extraigo su alegría, esa energía
que explota de un pentagrama pendiente de una llave.
Desde el clandestino escondite de mi habitación oigo
su conversación, ora con su madre ora con sus amigas,
y está tan cerca ?pared con pared?que veo la trama
de las palabras que pronuncia, o al menos la adivino,
y a ella no le importa porque se muestra franca, libre,
que el Sol salga si lo quiere por Antequera, ¿a quién
le importa?
Una risa que quedará en mi recuerdo pronto, una risa
que no puede pagar el precio de mi libertad.
Necesito espacio, o al menos me gusta tener espacio
a mi alrededor, y esa risa llenaría ese espacio
hasta dejarme sin aliento, y eso no puede ser.

Infierno

¡Oh vosotros los que entráis,
abandonad toda esperanza!

Un camino tranquilo a las afueras de Florencia
seguía cuando se me deshojó en una pregunta.
Bifurcándose me pide elegir izquierda o derecha.
Seguí el que sin hacer ni mímina conjetura
me cogía más a mano, la floresta densa,
seguí disfrutando harto de tanta Natura.
Ni por un instante me pregunté el designio
que me impelía el itinerario de los pasos,
solo hacía caso a lo que mandaba el destino.
Me hallé rápido en ubérrimo y denso prado
que orlaba de las montañas sus estribaciones,
allá al fondo podía disfrutarse de su retrato.
Ante tanta exuberancia y tantas emanaciones,
divisé abajo el meandro de un caudaloso río
que discurría bronco, a fuerza de palpitaciones.
Continué el sentido que dictaba mi albedrío
hasta que me vi sumido en profundo sueño,
en tal estado fui trasladado al reino del frío.
Caronte, cual si mecido como niño pequeño,
me condujo al Infierno, sin óbolo que valiera

ni Aqueronte que mojara, sin que tuviera dueño
que me mandara, ni criado que a fuerza retuviera.
Virgilio me contó, cuando recobré la prestancia,
que mi amada Beatriz le encomendó mi tutela,
quien quería que llegase sano hasta su estancia
en el Paraíso. Y así lo hizo, y sin decir ni un adiós
se esfumó ante mis ojos. Profunda fue la lástima.

Salsódromo

¡Tú que le debes todo
a tu nombre!

Se le ve aquí, esperando su turno en la Sala de las Audiencias.
Dentro se debate en reunión de príncipes quién el heredero
de este imperio, que huele a sangre y desaliento.
Al cabo de una eternidad se abre la puerta, de nervios hirviendo.
El rostro del heraldo es epítome de lo que viene siendo
un resultado teñido de sorpresa y desafuero.
El candidato se abre de carnes, los goznes ardiendo
y el papiro que se extiende de enrollado epístola y cuaderno.
Augusto González Trebujeno, presente y tieso.
Se le concede la petición, licenciatura y deseo.
El premio, dos lustros de estancia entre los muertos
que se afanaron en covachuelas por salvar el huerto.
Romualdo, que así se llamaba el recadero, una lágrima
de cien pozuelos le derrapó por la mejilla hasta Beltenebros.
Los corchetes, que salieron a destiempo, le anudaron
las amarras y los empellones sucediendo le llevaron
a las mazmorras de la infamia y del descrédito.
Allí se pudrió, entre juras y firmamentos, sin un sol que saludara
las mañanas de enero y los vésperos de septiembre, los más bellos.
Agua y pan, de temprano le llevaron, aunque ni ganas ni aliento

le quedaron dispuestos para tamaña traganza.
Su corazón se le fue cerrando como sigue siendo su estómago,
ya tan estragado que una brizna de pan en aroma le resulta harto.
Allí muere, con los ojos tan abiertos al espanto que su salsa,
saliente de su llanto, se ofrece pepitoria a su víscera terminando.

Sí, tengo mundo

Dicen las buenas lenguas que tengo mundo
sin apenas conocerlo.

Se comentaba ya en el Siglo de las Luces, cuando la casualidad
lo trajo al mundo, que Manuel Kant no conoció otras tierras que
las tocantes a su Koninsberg natal, donde los vecinos ponían en
hora sus relojes según pasaba por sus puertas.
Don Manuel no añoró jamás conocer otras latitudes; se bastó
con la generosidad que la naturaleza tuvo para con su tierra,
bien conocidad en sus contornos por la belleza de sus ríos,
sus siete puentes y la frondosidad de sus parques.
Don Manuel pasó a la historia como el primer filósofo moderno,
aquel que logró conciliar las dos corrientes preponderantes
desde las disputas escolásticas a la sombra de Santo Tomás.
Don Manuel es reputado como un sabio, una persona de mundo
no por conocerlo, sino por haber dado cuenta de los repliegues
que circundan nuestra mente a través de su metafísica.
El único mundo que existe está dentro ?afirmaría si se da el caso.
Cualesquiera escenario exterior es mera sombra o fenómeno de
lo que yace en los entresijos de mi mente, y por ello quiero afirmar
y afirmo que no veo con mis ojos, ni rozo con mi tacto, ni huelo
con mi nariz, ni oigo...

Ver cuantos más lugares mejor de mi redondo mundo es gozar, y
solo es dado aprender si se goza, si no lo aprendido está condenado
a perderse por el despeñadero del recuerdo.
Soy torre de marfil en que cada pieza sube montada en los hombros
de gigante de la anterior y así hasta la pieza primigenia, o maestra
pieza de mi ser.
Aprendo según he prendido, gozo según he gozado...
No tengo más mundo que mi mundo, que son todos los mundos.

Ejecución

Para qué.

Fue como ir por la cinta transportadora de un aeropuerto
saludando a todos los que de cierta manera tienen algo que
ver con mi vida.
El olor a un extraño café me despertó en una ciudad por
unos instantes desconocida, luego, no pronto, caí en la
cuenta: Ámsterdam.
Por el telefonillo del hotel me avisaban de la visita del
director general; dejo corriendo la taza de café, la tostada
a la trágala bajando por el maltrecho esófago que me
recorre y la corbata volando alrededor del cuello.
Me precipité sobre las alfombras del vestíbulo cuando
ella,esperando informes en mano,se afanaba haciendo
números como una loca. Era atractiva, yo, no tanto.
Cuando me acerqué para los cumplidos de rigor me agarró
de la corbata y me atrajo a unos senos realmente turgentes.
A continuación, húmedo de bajos y en medio de la noche
abro los ojos contra el techo y me sumo en una angustia
kafkiana que queda sin explicación.
Me levanto y busco alguna cartela o documento que me ofrezca
algún indicio de dónde estoy. No lo sé.

Así es el mundo del ejecutivo de una multinacional...

Juego de pelotas

¡Vamos a dejarnos de *mamoneo*
y le vamos a dar para el pelo
al coletas!

Caí dando vueltas sobre una de las calles de un dédalo que,
a la vuelta y visitando *Wikipedia*, hallé pertenecer a un Versalles
que empezaba a enranciarse a la sazón.
El viaje fue instantáneo, hace un segundo ?según mi parecer?
disfrutaba de un desayuno de fresas en un hotel de un París que
saludaba una nueva normalidad.
Me dejé atraer por un murmullo de voces que a medida que los pasos
se sucedían devenían in *crescendo*. No muy lejos pude distinguir lo que
parecía un pabellón deportivo, de un gusto que pude identificar con
alguna que otra foto de los libros de texto que en el colegio introducían
la figura del Rey Sol.
Ya cerca del recinto, sin distinguir una palabra ?solo atinaba a que
hablaban en francés, idioma que empecé a estudiar con apenas los
once años? me atreví a entrar por una puerta que se me ofrecia a
una curiosidad cada vez más acuciante.
Entré, divisé en el centro de una especie de cancha a un orador que
con gran pundonor se dirigía a una gradería de fuego incandescente;

a casi cada frase alguien ?todos iban vestidos de manera distinguida?
replicaba con la misma energía o más si cabe.
Me parecía todo de lo más incomprensible, un galimatías, otros tiempos.
Después de un buen rato ?quizás media hora? bajaron aprisa de sus
escaños hasta reunirse fuera ?en una especie de parterre florido?
en oronda masa y emprender una huida hacia delante frente a las
abandonadas instancias versallescas que los reyes tuvieron a bien dejar
por consejo experto días antes. Me fui tras ellos sin pensarlo dos veces.
No fui consciente nunca de que asistía a uno de los momentos liminares
de la moderna historia.
Aquí sigo apoyando la causa. Vengo de liberar al Marqués de Sade y a un
tal Voltaire de la cárcel real de la Bastilla, y mañana tendremos reunión
de la Asamblea Nacional en los Jardines de Marte.
Quiero quedarme aquí, al menos hasta que pase el confinamiento y todo
vuelva a la antigua normalidad.

Isla Blanca

No supiste renunciar
a tu gloria. Fuiste preso en
las telarañas del orgullo.

Su madre ?Tetis? que lo conocía mejor que nadie
predijo que su vida iba a ser corta y gloriosa.
Es verdad que esta diosa ?como todas las que conozco?
juegan con la ventaja de tener bola de cristal donde el iris
de los ojos; ¡qué le vamos a hacer, era diosa!
Antes de adivinar que albergaba entre sus pliegues histéricos
la esencia de un ser excelso, ya supo de su infausto desenlace,
y con ello dispuso sepultura en la Isla Blanca del Mar Negro ?isla
que da la bienvenida cada día a las aguas fangosas del Danubio,
que resignado se entrega a la inmensidad del mar.
Ya siendo joven, Tetis lo sumergió en el remanso del himeneo
del rey Licomedes, natural de la isla de Esciro, para alejarlo sin
acierto de Troya y sus tentaciones. Su hija, Deidamea era una de
las sirenas que nadaba entre medio de sus aguas, la cual acabó
sucumbiendo a sus encantos ?algunos dicen que tras ser violada?
hasta darle un tierno retoño, que termino siendo su digno epígono.

Su vida transcurría como el reguero incesante y sereno de un arroyo
andalusí que se alargara en descenso hasta los jardines del Generalife.
Todo era placidez y tedio en iguales proporciones; su hirviente sangre
le exigía otros avatares de los que ?allí? no podía siquiera concebir
la mínima noción.
El destino en forma de Odiseo llamó a su estancia, y este ?vestido de
vendedor ambulante?puso a su vista el escudo y la lanza que servirían
de señuelo a la causa de una Troya que amenazaba victoria sobre los
voluntariosos aqueos.
El vinoso mar del Helesponto precisaba de su concurso.
Tras consumar su anunciada muerte conoció los bajos fondos del Hades
y el estrago que las "Cabezas sin vigor" ?que ya pronunciara el
ingenioso Odiseo tras su visita al infierno?infligieron sobre el ánimo del
más ligero de pies de todos los hombres fue de consideración.
Su arrepentimiento fue repentino y furibundo. Se le vino a la mente
con toda la fuerza de su contrición el himeneo, su hijo Neoptólemo, su
progenitora madre y toda su entera casta.
Tanta era la añoranza de pasados tedios y monotonías.
La hormonal disposición del Hombre conjuga los deseos y los tiempos,
casa la heroicidad con los pensamientos y los pensamientos con los flujos
sanguíneos que de fuego enervan las intenciones.
Con el refresco del invierno que se acerca, los rigores del extremo se van
atemperando a la bajamar de las corrientes, que de lunares conservan algo.
Se acabarán los días agradeciendo el pan y la sal, con algo de agua, que para
contentar el apetito esperen tras cada manjar, y se llegará al fin del trayecto
queriendo que ?como Diógenes frente a Alejandro?"no se nos quite el Sol"
que a diario nos compensa de la manta.

El camino verde...

Cual arroyo que bajara
cuajado de renacuajos.

Añoraba ese paseo suspendido
en mis asuntos, mente
inquieta en la reflexión, pensamiento
que acompaña al noble sentimiento.
Añoraba el escondido
escenario que sobre bastidores
y candilejas, perdido
en medio de las palabras me desmiente,
y me vuelve a desmentir consciente...
Inquieto en la busca de los albores
de mi diccionario, sido,
no sido, que todo cuente
en el relato del cuento
que nunca acaba, no miento.
Escenario que de verde herido
recorrí de noche hasta el quejido

de los tiempos de este confinamiento
que sabe a derrota, a entrenamiento
en una vida a *doscientos*
por hora, ahora veinte
solo, luego suba a ciento
aunque de morir reviente
víctima de un perder de perdedores
que a la acequia de los vendimiadores
van a parar como animal surgido
del fondo del mar vencido,
signo del horror vivido.
Hace breves segundos
de tarde, de vuelta
al hogar, vuelvo a pisar la senda.
Los pensamientos vuelven
como las golondrinas
a sus nidos.
Camino luminoso, de tarde,
de paseo, de descanso
del vecindario ávido
de conversaciones.
Siento la alegría del encuentro...
Añorado el regreso en sus caras.
Y yo, llego contento.

En busca del tiempo perdido

¡No quiero ni mirar lo que
has escrito!

Iba cayendo lentamente la tarde de un cualquier día de agosto
de un cualquier año en que los calendarios se detallaban todavía
en números romanos ?figúrense cuánto tiempo?.
Mi abuela Jacinta empezó a soltar aromas por la ventana del patio
que aludían a guisoteo y dulces de postre para regocijo y lastre de
mis tempranas tripas, ya desde algún tiempo impacientes.
Descansaba sobre una antigua mecedora al disfrute de una brisa que
ya empezaban a colarse por el ojopatio, y que edénico me retenía
pegado a sus telas, todo esfuerzo por abandonar la poltrona sería
siempre vano. El patio, por tener, tenía su arrayán y su chorrito de agua
rumoreante hasta hacer evocar el estereotipo alhambreño.
Al conjuro de la naciente oscuridad y de lo ocioso de la vacación los
miembros de mi extensa familia empezaron a tomar posiciones;
tocaba ya dar buena cuenta de las viandas, que seguro gustarían como
olían.
Cuando la mesa, bien amplia de largura y sillas, se dispuso sobre el patio
me levanté de mi trono bamboleante para ?antes de deglutir, como nos
habían enseñado y ahora es de rigor? meter mis manos sobre el único
chorro que la casa ofrecía como lavabo, y hacer las abluciones de guardar
?cara y brazos incluídos?; la comida ya esperaba cuando cerré el grifo.

Después de atendido el estómago proseguíamos la reunión ya salpicada de conversación y guitarra, o levantábamos el campo y estirábamos las piernas y el alma correteando ?los niños y los no tan niños? por el paseo del pueblo, que, para mayor intríngulis, dejo en el economato su nombre ?perdón, en el anonimato, quiero decir?.

Amor de otoño

El amor se agosta con este tiempo:
Sus hojas van tomando un amarillo
terminal hasta caer de sus ramas.
A la madera se le saltan las lágrimas.

9.30 de la hora vespertina.
Mediados del mes de octubre. Casa de los Blázquez Segarra.
En penumbra; solo la luz mortecina de una tímida lamparilla
que en una esquina, sobre un tapete gris, apenas levanta
una mano de luz para ser atendida...
Frente a frente, sobre la mesa marrón de anea, ellos dos:
El uno?. ¿Qué hay de cenar, la otra?
La otra?. No lo sé, voy a ver la despensa. Solo veo soledad.
El uno?. No tengo hambre.
La otra?. Yo sí, comeré en la cocina.
El uno?. ¿Dónde, si no hay mesa?
La otra?. Comeré sobre la encimera, al lado de los fogones,
o quizás me apoye el plato sobre el regazo, porque al menos
quedan sillas.
El uno?. Me voy.
La otra?. ¿Dónde, si no tienes donde caerte muerto?

El uno?. Me voy a dar una vuelta. Buscaré un escondrijo
lo bastante oculto a las miradas para hacer un cuenco en la tierra
que me sirva de lecho definitivo. Me dejaré morir de hambre.
La otra?. ¿Me voy contigo?
El uno?. No es necesario, gracias; ya va el perro.
Tras esta última palabra se echó un telón de silencio sobre la casa.
El uno se quedó en la sala de estar mirando al pasado, y la otra cumplió
con la palabra dada de comer en la cocina, mirando al futuro, a nada...

Cada día

Sus manos rezan encallecidas
de pasar página.

Desde el ventanuco del desván miro minucioso la labor.
Los labriegos, con pañuelos tronchados y blancos sobre la cabeza,
aguantan los embates de un sol inmisericorde.
Uno de ellos ?tan anónimo? advertido de mi voyeurismo, levanta
la cabeza y se me queda mirando...
Intenta descifrar el indescifrable enigma que me mantiene quieto
tras el tibio cristal que me parapeta de su sacrificio.
A los pocos golpes de su segundero devuelve la cabeza a su sitio.
La vida sigue, su vida sigue y es esa... diaria, zanja que te zanja.
Sea el sol de soberana justicia o se oculte por entre un nuberío
que amenace, salgan ríos del cielo o granizos que semejen
la metralleta de un avión enemigo, el labriego acude a su cultivo
sin imaginar siquiera su falta.
Cada día, sus sufrientes cinturas rinden culto a la tierra,
sin desmayo que haga acto de presencia.
Tras salir de mi ensimismamiento y siguiendo su ejemplo,
hago prenda de uno de mis mejores libros, lo oriento a contraluz
y me engolfo en sus adentros.

Cada día, apenas en silencio.

El beso

Bésame de los besos
de tu boca.

Estaba solo, en el sórdido filo de una navaja.
Allí lo pude ver, postrado, esperando un seguro desenlace. Lo pude ver porque alcé la vista de mis asuntos como llamado por una providencia particular, la de los pájarillos que pasan leves por la vida.
Lo pude ver por suerte porque minutos antes paré de ensimismarme en unos asuntos que me traían y llevaban. Iba de camino de vuelta a la oficina, tercer piso de un hormigón como tantos otros, informe e impersonal.
Decía palabras que no podía entender en mi ignorancia del lenguaje ornitológico, mas era insistente el quejido, y quedo, casi inaudible, y de un dramatismo que erizaba la carne.
Me acerqué con cuidado, como expectante, y sin guantes lo cogí en el centro de mi palma derecha, así podría escudriñarlo en todo su contorno.
Tampoco llevaba mascarilla ?como es mi costumbre?, no podría imaginar que una criatura de tal pelaje y fragilidad pudiera albergar nada nocivo.
No valió ningún miedo a la piedad que surgía en mí.
Para mi regocijo seguía emitiendo esa sobrecogedora vocecilla. Por suerte, no muy lejos, había una pequeña fuente callejera, y con alguna gota pude calmarle la sed pero me faltaba el hambre. De seguido, repuesto en un

ápice de su postración, principia a boquear elevando algún decibelio la súplica susodicha; pero no tenía nada que ofrecerle, ¡A ver, que podría yo..! Como a falta de pan buenas son las tortas acerqué mis labios a los suyos, con la suerte de producir en su espíritu una reacción vivificante. Cada vez mayor era su vitalidad, hasta me pareció verle florecer como una rosa. En ocasiones, el amor y los besos desatan estos milagros.

Carpe diem

Collige, virgo, rosas dum
flos novus et nova pubes.
Ausonio

Ahora estás viviendo, amigo lector.
Ahora, que pasas con atención tus pupilas
por mis palabras, estás vibrando por dentro.
Tus neuronas se invitan de mutuo a mutuo
a inventar imágenes que casen mis palabras
con tus vivencias. Ahora vives.
Coge una copa de vino en una mano,
con la restante coloca el vinilo que encaje
para que la corriente corra y te haga fluir.
Sé llave a esta cerradura que te ofrezco.
Penétrala hasta abrirla del todo, de par en par.
Toma nota de aquello en lo que deseas profundizar
hasta que la lectura deje de lado sus secretos.
Busca el quid de lo que digo, coge del pirata el mapa
hasta dar con el tesoro que a buen recaudo guardo.
Solo para ti...
Métete dentro, vibra, goza, y sobre todo vive,
vive ahora.
Mañana todo será recuerdo que eche tierra
sobre la que ya puebla tus montones.

La copa hierve. Bebe hasta sentir que su licor
raya el cristal esmerilado de tu lengua.
Entrégate, pierde la cuenta.
Ahora.

A modo de comentario

El colorido del cuadro es
realmente subyugador.

Jesucristo ?de intenso rojo bermellón? emerge de entre la multitud
para certificar la paz en esta guerra.
Las huestes enloquecidas de contento, y habiéndose cobrado a buen seguro
su consiguiente botín, hacen la retaguardia a tan magna aparición.
Con la batalla recién cocinada sobre las escudillas de los vencedores
se antepone la llama de la concordia, a la que las masas sedientas
de sosiego rinden pleitesía de hinojos, y con ojos elevados de admiración
a un cielo todavía plomizo del plomo de la discordia.
La diversa gente que se congrega, en ejemplo de los distintos estamentos
vigentes a la sazón, trata de avenirse a un equilibrio necesario y urgente.
La explosión del colorido que como bote de pintura derramado se cierne
sobre la escena, da testimonio fehaciente de la capitulación.
En la angostura del espacio pictórico se sustancia toda la gama social, que
mira al espectador a propósito de adentrarlo en el entusiasmo reinante.
Todos se rinden a la maravilla de la presencia, todos enervados de emoción
y afanosos en la tarea de dar alberge al verbo en la divina ciudad imperial.
El general que escolta al ungido debe ser, si no el propio pintor, un deudo
muy cercano, porque así solía ser a modo de firma inconfundible.

Entre hielos anda el cuento

Quién ha mandado un barco
a este perdido rincón del orbe.

En medio del norte del Atlántico se hospeda desde la noche de los tiempos
un iceberg, que se pasa las horas discutiendo consigo mismo ?en concreto
la parte visible con la invisible, mucho más corpuda?.
Un día de estos se les ve de esta guisa:
Parte escondida?. ¡Qué suerte tienes punta! ¡Puedes ver a placer la a veces
tormentosa a veces apacible superficie de las aguas! Puedes ver asimismo
cualquier barco que se deslice sobre ella como testigo de excepción.
Punta?. Sí, pero tú eres más hermosa y fuerte, y no estás a merced de los meteoros,
que son a fe un verdadero tormento. Es raro el día que puedo descansar en paz.
En esta gresca seguían y siguen día sí y día también, tanto que mi oficio de narrador
está peligrando entre los engranajes de mis pensamientos.
¡Cambiando de tema!, prosigamos con la disputa polar que nos trae y nos lleva...
Punta?. ¡Allá a lo lejos adivino un enorme barco, o así parece!
Parte escondida?. ¿Cóno es?, ¡que yo me haga una idea si puede ser exacta!
Punta?. Parece blanco, con una cara alargada, rasgada al centro por una nariz
de hebreo y unos ojos laterales de los que salen dos lágrimas que no llegan a caer.
También veo lo que parecen dos jóvenes que con los brazos abiertos a los vientos
hacen contorsiones y malabarismos, como si volaran. Creo que se está acercando

peligrosamente, los chicos dan un paso atrás y corren en retroceso. La cara me parece cada vez más grande e imponente. ¡Parte escondida, disuélvete o huye!

¡ZZZZZAAAASSS!

Requiescat in pace.

Deliciosa muerte

¿Cuándo se va a caer la cuchara?
¡Llevo demasiado rato durmiendo!

Tras el lento suceder de la jornada
mi cuerpo se explaya sobre el jergón,
el placer de un suspiro me embarga,
y me recorre aguas abajo del mentón.
Sobre el mullido cabecero de mi cama
se hace cóncava la jugosa almohada,
mi satisfacción expresa es un grito
que a un orgasmo en todo le empata.
Esto que te relato alrededor sucede
de las siete. Es un simpar moméntum
donde es el éxtasis quien prevalece.
Me enristro el portátil sobre la enagua
y coloco debajo un cojín que de su calor
me alivie ?pues rápido el maldito se calienta.
Mientras el aparato va ganando en vigencia,
la mía espaciosa se va retirando en estampida,

y como deliciosa Parca me va dando nueva vida.
Cual artilugio inteligente, veloz se suspende
al no recibir instrucción, y queda en espera
hasta que mis dedos vuelven a la acción.
En el transcurso del dicho abismo de sueño
permanece en su sitio como si de escaso hiato
bien se tratara; así fue de cavernoso y profundo.
Tras la eternidad del instante àgil me levanto
de los párpados, retomo el hilo y fresco prosigo
como renacido de la concha de la bella Venus.
Ahora sé lo que sentía el recordado genio
tras de sus célebres "Siestas de la cuchara".
A la hora del carnero poblaba largo su diván
con este adminículo pendiendo de sus dedos
y de despertador abajo, un estruendoso plato.

Un fuego mal apagado

Te ofrezco el fuego
y el agua de mi hogar.

El piso, sito en un medianero barrio santanderino,
se hacía bola de fuego a causa de unas cerillas mal apagadas.
Parece que Luisa, la chica que en él vivía, en las prisas del
llegar tarde al trabajo no sincronizó fogón de gas natural
con prendimiento del fósforo, y ello ocasionó una combustión
de la que salió ilesa por obra del Espíritu Santo.
La cocina era un infierno cuando los bomberos hicieron presencia
en el inmueble, ella fuera con lo puesto, tosiendo el humo
mortal y el fuego despidiéndose bajo la pericia de los agentes.
Uno de ellos, de cuyo nombre no me acuerdo, acudió a la orilla
de Luisa cuando el infierno hubo desaparecido.
Entre sus ojos una ráfaga de gas fatuo recorrió la escasa distancia
que los unía hasta prender en llama.
La agenda ?la ida al trabajo, el desayuno, la vuelta al furgón
para atender otros incendios? de ambos tuvo que esperar.

¡Mi Madinat Al Zahra!

He vivido 75 años, he reinado 50...,
he sido feliz 9 días.
Abderramán III.

Se cuenta que, a la muerte de Abderramán III, se encontró un billete escrito
por el propio califa, que decía algo así: he poseído todo lo que un hombre puede
desear en este mundo ?el final del aserto se reza en la cita susodicha?.
Este Abderramán, último emir y primer califa cordobés, bebió de los laureles
que rezumantes orlaban las calles califales durante la punta del esplendor
andalusí, gozando de todos los placeres que dar se puede a un hombre.
Como fruto de este excelente fluir se dio en fundar una mítica ciudad,
la simpar Azahara ?no lo antecedo de medina porque sería redundante bajo
la etimología árabe concerniente?.
Dejo un primer guiño de su maestría poética:
Me hallo en estos vergeles rodeado
de las más excelsas preseas:
Hermosa floresta me circunda, hermosas hembras,
y las viandas que de la tierra me brotan con primor.
?cita la crónica como nota escrita de entre muchas
que el rey poeta reunió de sus horas de asueto?
Asimismo, la Epigrafía nos ha granjeado un ramillete de estrofas
que tienen tanto valor como lirismo contienen sus palabras.

Vaya este botón de muestra para ilustrar esto que digo:
Rumor temprano que cercano me ciernes el oído.
Dios me vierte sus buenos días con el arrullo de un pájaro
que deseante se posa en mi alféizar.
El apremio de su pico me urge a abrir mi ventana.
Entra majestuoso y deja sobre la loseta su presa
que late todavía, agonizante de gozo.
La Córdoba califal y su precioso retiro de Azahara son rosarios
que engarzan un sin cesar de versos y versículos del más variado trapío.
Dejemos antes de plegar las alas un último hálito de primor:
La más brillante de las huríes que pueblan el valle.
La más hija de las hijas de la madre cordobesa,
a cada instante me besa la mejilla roja de sangre
que al remanso de un paréntesis se asemeja.

La importancia de llamarse Nadie.

¡Cojones, ayúdame que me pego
un guarrazo!

Un tipo llamado Nadie se encuentra a plena luz del día
bajo la sombra de un chaparral a otro tipo, llamado por
cierto también Nadie. Ambos se saludan de manera
especular.
Nadie?. ¡Qué tal Nadie, como te está yendo el día!
Decirte que no me he levantado con mi pie derecho,
esta mañana muy temprano, en plena oficina, el jefe
decide prescindir de mis deficientes servicios, ha sido,
como puedes comprender, un mazazo que no esperaba.
Nadie?. ¿Y cómo es que no te esperaba que te diera
una patada en el culo en un día u otro?, ¡no lo entiendo!
Nadie de nuevo?. Porque siempre me había mostrado
su admiración por lo mal que trabajaba, me confesaba
con verdadera devoción cómo disfrutaba de mi torpeza
en el teclado y en mis evoluciones como vendedor de
sus productos, amén de mi escasos recursos para obtener
un buen precio de compra de sus proveedores.
Nadie?. Si como parece estaba contento de tu fatal
desempeño, entonces, ¿Por qué hoy, como si no hubiera
un mañana, te echa como si fueras un perro?
Nadie a la réplica?. Porque su apuesta excesiva en uno
de los negocios que traía entre manos a lo clandestino
resultó un pelotazo que ha desplazado de la existencia

a esta oficina donde he habitado durante lustros.
El otro Nadie?. ¿Y qué ha hecho, venderla?
Contesta?. Sí, me la ha vendido a mí, por eso me ha
despedido.
Replica?. ¿Y necesitas gente, tú sabes que yo..?
Vergonzoso devuelve?. No, gracias por tu ofrecimiento,
pero con un Nadie ya tengo el cupo cubierto.

Vamos al turrón

De ese mar interior
me siento en la orilla.

Estamos en pleno agosto y me hablas de navidad.
Estamos en esta habitación, cargada de nostalgia,
repleta de calor con un aire que acondicionado
no acaba de acondicionarse, y tú me hablas quedo
de navidad, de aquella navidad...
¡No lo entiendo, no puedo entender tu empeño
por poner una etapa del año que de rojo y blanco
la clavas entre nosotros cual una larga cancela,
tu nostalgia de ese tiempo, de un tiempo que gotea
la grasa de unas freidoras que claudicaron al aceite
de un imposible ?las empanadas ya no saben tan ricas.
Cada vez hace más calor en esta habitación penumbrosa,
¿Será por eso que me hablas de Navidad, para compensar
con el frío del recuerdo el infierno ambiente?
Tu no desprenderse del recuerdo llama de dentro un mar
de ausencia y lágrimas, el amor se levantó ya a decir adiós
entre los visillos de un tren que se va alejando.
¡Deja ir lo que debe irse! No quieras a la trágala ser garfio
de la estela de un navío que no tiene destino, y que así fue
anunciado por megafonía: " En breve instantes saldrá
el carguero procedente de Nostalgia con rumbo a ningún sitio;
señores pasajeros, apresúrense a no cogerlo, déjenlo ir

sin dirigirle apenas una mirada de conmiseración.
Hace un calor que se precia de ascendente. Son las cuatro
de la tarde en plena Sevilla en una tarde larga de conversación
y lamentos.
Déjate llorar hasta la última gota del pasado que has de dejar.
No te dé por recoger el vuelo de esos papeles que tiraste
al viento, déjalos solos a su vertedero, tirando a amarillo...
Deja estar lo que la vida se lleva consigo.
No consumas el erroricidio de lo adverso.

En tu honor

Mecenas, el de la túnica desceñida.

Dos grandes pilares sostuvieron
tu gloria octaviana.
Uno, con el verbo y el diálogo.
El otro, con el acero y la fuerza.
Uno, con una legión de epígonos
peritos en letras, el otro, con una legión
de mílites diestros en la estratagema.
Uno, con alarde de serenidad y buena mesa,
el otro, con la furia que la amenaza contrarresta.
Uno, Mecenas, el otro Agripa, uno, refinado
y rebosante de vianda, el otro, fibra y pundonor
a manos llenas.
Ambos, contrafuertes eficaces.
Ambos hicieron las veces de andas
del transporte de su césar a los anales
de Titos Livios y Plutarcos de toda laya.
Roma y los romanos que nos reputamos herederos
de tu presidencia, rendimos merecido homenaje
al constructo que nos dejas.
Leyes, ingenierías y docencias vinieron a quedarse
y pervivir a través de lo que supuso la carcoma
de tu obra y su decadencia.

Seguimos sostenidos sobre tus edictos y recetas,
de modo que sin tu quehacer y la brega de quienes
sin condición te sirvieran nuestro ahora adolecería
del primor de tus vinos, aceites y fiestas.

Granizada

Cuando el pedrisco del pensamiento
derrota el campo abierto del ahora.

Ese pedrisco que late en tu sién.
Ese continuo esparcir, esa hiel
que impregna de mierda el gel
que te esfolia la blanca conciencia.
Instala ?como yo lo he hecho?
un extraordinario ventilador
que sirva de cornisa a las nubes
que tratan de nublar tu sonrisa.
Bien sabes ?tía María Luisa?
que tu novio no se merece las ganas
que de mañana levantan del rincón
más oscuro de tu enagua.
Aprovecha que eres joven:
Que la vida es breve y el arte largo,
la ocasión vacilante, la experiencia fugaz,
y el juicio benevolente.
Trata ?María Luisa de mi alma?
cimentar bien los diques que te permitan
estancar las aguas que ya putrefactas

amenazan con la peste y la barbarie.
Allana el campo de batalla, donde Cides
y Ametes Berengelis han querido su agosto
a tu costa sin llegar a leyenda,
ni siquiera a tebeo de Percebes y Carpantas.
Mírame a mí, ¡hermana de mi padre!
Yo soy un ejemplo de lo contrario que conviene
en estos dimes y diretes, por eso soy buen ejemplo.
Sé tú la primera de tus preferencias,
coloca en segundo lugar a tu persona,
y en el tercero tu esperanza y deseo
de ser lo mejor que puedes aspirar a ser.
El tener pareja tiene un significado más profundo
que la parafernalia plausística de una cohorte
de amigas que aclaman como triunfante.
Una pareja entraña una necesidad de yuxtaposición
que requiere muertos que figurar en los anales.
Una pareja obedece a una necesidad de conocerse,
de saldar una cuenta pendiente con el inconsciente,
obedece a un subir peldaños en tu carrera del yo,
y no implica una espelunca donde el neardental
se tapa de la dura intemperie.
Una pareja para una mujer no debe ser la "Casa"
que el niño pronuncia para no ser atrapado
en el juego del pilla-pilla.
Si estás sola es porque estás sanando y no requieres
de más compañía que la tuya propia.
Eres mujer, y como hombre que también reside
en tus adentros buscas a alguien que te ayude
a llevar la pesada piedra de Sísifo.
Pero tu eres fuerte tía. No necesitas esas dos manos
que después te pasarán factura cuando tu debilidad
sea manifiesta.
Ese aplauso de vídeo de FB. es el que tu cerebro
te propina por instinto, no por raciocinio.
El cerebro nunca entendió de eso...

El parto de la osa

El inmenso Mincio discurre con perezosos meandros
y festonea las riberas con tiernos juncos.
Geórgica III.

El coraginoso Mincio festonea sus orillas con los juncos
que bailan a la quietud de sus perezosos meandros.
Eso fue lo que se atrevió a afirmar el bueno de Virgilio en su Tercera
Geórgica allá por los cruciales años del cambio de régimen.
Todavía no se hubo tildado el que sería su excelso señor sobre el principado
romano cuando ya destacaba entre el parnaso de la melíflua poesía latina.
Recogiendo el que sería comprometido testigo del epicúreo Lucrecio,
presentó sus credenciales para liderar la renovación artística que hubo
de pretender su máximo señor, quien se apoyó para ello en la cátedra
de todo un Mecenas.
Volviendo a la corriente de agua a la que se asomara en sus años mozos,
sus aguas fueron contínuo recuerdo, y solaz en tierra extraña.
Las viñas mantovanas y sus mantas, tan reputadas ya en sus tiempos,
fueron señas de identidad de su sentir poético y esencia primera
en la confección de la obra que le llevó a la muerte.
Se gloriaba de su lentitud y acrisolamiento a la hora de componer,
lo que se vió acentuado por tratarse de un magno encargo.
De los más de nueve mil versos que componen la Eneida, el goteo
que significó su poyesis se cifró en seis versos diarios, una renta

que en principio y hundidos en nuestra ignorancia se presume escasa.
Su sello constructor lo adjetivaba con el sintagma "El parto del oso"
porque aprovechando las energías y ganas mañaneras volcaba sobre
su encerado el torrente creativo que le surgía de su estro.
Una vez derramado y a su merced prorrumpía la lengüetada de la madre
osa sobre su camada hasta dejarla limpia de polvo y paja.
Así finalmente, quedaban vivos solos seis cachorros de los tantos
que borbotearon en un principio.
Lo voy a dejar aquí porque me he cansado de hablar de este tema.
¡Menudo coñazo!

¿Quién será?

Tu rostro es
un auténtico
poema.

Me mira...
Me mira ahora, de frente, sin yo imaginarlo.
No la puedo ver. Apenas sé que está agazapada,
bajo el acantilado que me mira y me invita a saltar.
Me mira, sé que me mira, pero se oculta con maestría.
Dejo de pensar, pongo los ojos en la pantalla
de mis asuntos ?la distracción nunca fue buena consejera.
Desgrano como si de un rosario se tratase todas las cuentas
pendientes y escribo como desangrado de una herida, y ella...
Me sigue mirando, con esa mirada del que sabe el final
de una película que no acaba de producirse.
Sigo escribiendo con el estribo de una música
que pretende envolverme sin apenas llegar a puerto.
Voy a intentar de repente alzar la mirada para ver
si la sorprendo asomando el hocico de su madriguera.
Ni aún así lo logro. ¿Quién sera esa incógnita?
¿Cuál será su valor, aquel que cuadra mi ecuación?
Nunca lo sabré...
Quiero pensar.

Un olor, un solo olor

Posa en la arena todo tu olor, para que yo descanse

Este su olor se me ha impregnado hasta el tuétano de la piel.
Cualquier aroma odorizante que disperse sobre el ambiente
de la habitación se torna vano...
Su Réplica?. Yo, el olor del que maldices, fui anterior
a cualquiera de tus cuitas sobre el particular.
Estuve toboganeando por cada uno de los poros
de mobiliarios y ropajes en unos tiempos
en que tu venida a mis dominios era pura entelequia.
Su Contrarréplica?. Es que ni siquiera este aroma
a mar que haría saltar hasta el pescado más reacio,
después de hacer sus delicias expresa su impotencia
ante tu pertinacia.
Tras el punto y aparte se extiende una pausa veraz
y lapidaria, tras la que miróme y agitóme sobremanera
la esencia que constituye este olor de entre mi almohada.
Es un olor a extranjero ?decían las malas y xenofóbicas
lenguas? que viene de negra subsahariana, como toda
hija de padre, y madre de hija, y así hasta lo ancestral.

Es un olor de imposible sacarse de mi habitación.
Las lenguas que quieren que sea extanjero apuntan
a un ejemplar de recio aceite sobre el tibio color de la piel.
Cualquier suplatación odorizante, cualquier sucedáneo refulgente
que expiro sobre su atmósfera se torna lluvia de mayo, impotente
y corta a partes iguales.
Me doy ya por vencido, viértese ya hasta exudarse del formulante
guanosínico que tematiza cada célula del panal de mis entrañas.
Lo dejo estar, vencido... Es extraño, como yo lo soy.

Una buena Luna

A lo obscuro por lo más obscuro y
a lo desconocido por lo más desconocido.

Hay ocasiones en que para entrar en una habitación extraña
sin que nos abofetee la excesiva luz hay que mirar del otro
lado y a otro lado. Así se podría describir la vez en que Adolfo
se vio las caras con el otro filo de su navaja.
Eran las tres en punto de la madrugada, o rozándolas, cuando
una Luna menguante le miró fijo a los ojos desde la lejanía de
su silencio. Tras salir del trance quiso transcribirnos al fiel pie
de su letra las consejas y susurros que depositó sobre sus oídos.
No pudo, no le cabía su lenguaje en la boca para tanto trasmano
y desacierto, era una lengua ancestral la que solo podía hacerse
cargo de semejante disertación.
Entre el fragor de las copas y el tintineo de unas risas compartidas
le dimos al bueno de Adolfo la callada por atónita respuesta.
Quisimos seguir el hilo de la noche atendiendo a su madeja pero
la realidad que se ciñó en torno era ya muy mucho otra.
A pesar de que el reir ambiente era cada vez más contagioso, y
por qué no decirlo, más numeroso, la sombría mirada que caracterizó

sus pupilas desde ese preciso instante aconsejaba sopa caliente y una buena cama, con cálido y mullido jergón.
Así lo hizo y así lo acercamos a su casa con su coche durmiendo bajo la dura intemperie de un rocío que ya, a esas alturas de la noche, iba haciendo acto de presencia por entre las ranuras de los cristales.
Yo, el que os habla, y el séquito de buena compañía que me alegró aquella noche, como si lo acontecido extendiera un tupido velo sobre el jolgorio reinante, recogimos nuestros bártulos y nos retiramos raudos a nuestros aposentos.

Desde luego que el arte es largo...

La vida es breve, el arte largo,
la ocasión fugaz,
vacilante la experiencia y
el juicio difícil.

De todos es dicho que la cera
que brota de nuestras lenguas
es la única que arde.
La sazón que enarbola la simiente
es la sola ocasión del trasiego.
Las hoces que se alzan al despecho
sobre la era de las vanidades
son hoces que se clavan...
en tu espejo.
De todos es sabido que quien suelta
al aire los polvos de la discordia
recogerá más pronto que tarde
los fríos lodos del desapego.
Bien que te lo dije antes del día de autos.
Tú no me hiciste caso poseída por la ira,

la venganza, y por qué no decirlo, la envidia
de saberme a salvo de la defecación
de tus sórdidos bajos fondos.
La Justicia divina es la mejor de las injusticias
?dicen? mas en mi caso la ciega balanza
que la caracteriza ha colmado el equilibrio.
Siéntete viva en este momento en el que escuchas
mis lamentos, que respiro por la herida lo sé,
más no lo siento porque tocar toca a rebato
mi aliento, es mi momento de cercenar la espada
que blandiste cuando el corazón que me riega
saltó a pedazos manchando todo el gotelé
de nuestro nidito de amor, que yace ya cual Atlántida
encadenada y que no espera la liberación de un Prometeo.

Valentina

Oso con insistencia mirarme
en el lago de tu pupila.

¿Dónde estarán esas oscuras golondrinas que dejaron de hacer verano
cuando aquellas cosechas del agosto de mi infancia?
El abuelo, como si de un chaval se tratara, iba trasegando de un sitio
para el otro como primer lugarteniente de su mujer, que era la que
ejercía el mando supremo en plaza. El resto eramos poco menos que
la necesaria comparsa que precisa todo coro bien avenido.
Valentina, que le profesaba desde la cuna una afición desmedida,
se desvivía por escuchar de labios de su abuelo la más truculenta de las
historias que inventaba, o que guardaba en el baúl de sus recuerdos
después de siglos de tradición familiar.
En el albor del día, las sementeras titilaban al fuego que el astro rey
depositaba sobre sus frutos, ya casi agostados de tanto esperar la cosecha.
La abuela, gran valedora de la arquitectura que el trajín diario describía
sobre los quehaceres rústicos, disponía y predisponía la mano de obra cual
si se tratase del mejor de los capataces, profunda conocedora del busilis
que entraña el éxito de la dura actividad campestre.
Valentina, desde la barrera irresponsable que le concedía la edad, miraba
disfrutona el despliegue militar que se cernía sobre sus alrededores,
no dando crédito a la sinfonía de la que su abuela era avezada directora.
Al apagamiento de las últimas luces del véspero, y llamando a su abuelo
para asegurarse la conciliación del mejor sueño, Valentina se desvanece

en el tierno protagonismo del último cuento.

Buenas noches querida...

Abre tu huerto

Hortus conclusus soror mea sponsa
hortus conclusus fons signatus.

Jardín cerrado eres María.
Jardín cercado por tu armonía,
tu deseo es orden para mí.
Eres huerto cerrado, noche escondida.
Fuente que enciende la sed mía.
Manantial atado a atavismos tales
que de hermana, esposa, bien mío
eres tú, espacio y claustro nacarados.
Los tiernos olores de tu hijo son hilo
que encierran el anillo, el contorno.
Tu virginidad no es de virgen, galaxias
hacen fila alrededor de tu risa.
Ven y protege mi espiga.
Hazme cerco y evádeme del orbe.
Pobre, el que te dé la espalda y corra.
Zorra, la que oye y desdora tu voz.
Sí, si te empeñas eres huerto cerrado,
hermana mía, esposa, jardín vallado
y fuente escondida.

En una duermevela

Sobran las estrellas que no caben en una mano

No sé si he despertado o es que todavía no he atrapado el sueño.
El caso es que me quedé mirando durante la eternidad de un instante
el cielo de una habitación hace tiempo ya habitada.
Un cielo que no ha dejado de ser el mismo durante tantos años de ausencia,
con las mismas estrellas que entonces ?cuando tenía edad de soñar? me
titilaban en un morse que nunca llegué a entender en lo consciente pero sí,
sin dudar, en la gran parte restante de mi mente, esa que está bajo la superficie
del infinito mar de lo cognoscible y que ?según los que saben? oculta nuestro
corazón bajo las tinieblas de Conrad, ese espacio de mí mismo que siempre quedará
en la incógnita de la ecuación y cuya resolución me promete la vida, me evade
de un seguro suicidio, que cada vez oteo más lejos o eso creo ahora bajo las mieles
del buen tiempo que me acompaña.
Miro y concibo antes de que el sueño me posea que el tiempo ha parecido detenerse
durante escasamente veinte años; la lámpara ?coronada al decir de mi hermano mayor
con la copa de Atlético de Madrid? y el armario siguen siendo los mismos, con las mismas
tachaduras de entonces, los mismos esconchados en los tiradores, los mismos baldones
blandos al rail de madera que quedó vencido..., casi todo igual, o así quiero que parezca.
En la pared de enfrente falta una foto, un póster que el día que inauguré mis diecisiete años
colgué para que pudiera verlo a placer, inspirarme en la belleza rubia y anglosajona de una

chica llamando por el rojo teléfono de una cabina londinense. ¿En qué cielo descansará este póster? ?no sé si poner en su lugar uno con mis tres hijos, todavía no...
Pocas horas antes de escribir lo que estoy escribiendo ahora, y mientras leía varios fragmentos de los miles de libros que tengo abiertos ?de cuatro nada más esta vez? se me ocurrió introducir aunque fuese con calzador la palabra «barboquejo» entre todas estas que escribo... La verdad es que no sé donde encajarla; bueno sí, voy a hacer un par de frases sobre el servicio militar, donde oí por primera vez esa palabra; a ver: punto y aparte mejor.
El día de la Jura de Bandera, allá por las navidades del 94, estaba nervioso. El barboquejo me oprimía la garganta, estaba por quitármelo pero el protocolo me lo impedía. Tuve que dejar que me marcara la piel sobre la yugular, tuve que olvidarme de él, y así lo hice.
Ya parece que me vence el sueño, voy a echarme media horita solo.
Hasta luego amigos.
P.D. Lo del suicidio es solo un recurso literario, aunque a veces...

Una catarata sobre mi pupila

Homo agitatus

De manera regular, a modo de un tic, consulto la muñeca.
"Disfruto" de unas merecidas vacaciones. En este preciso
momento me hago acompañar de mi pareja al pie de las
cataratas de río Izango, cubiertos por la débil espesura
de un techado a dos aguas que nos libra del baño indirecto
que supone el salpicar de las aguas sobre el roquedal.
La afluencia de gente hoy, en esta especie de tabuco, es
ensordecedoramente inaudita al decir del camarero que
nos asistía con la diligencia que las urgencias de la premura
hacían compatible. No sé si me dejé contagiar por el marasmo
reinante o ese marasmo lo llevaba instalado en mi inconsciente
procedente de mi lugar de origen, el caso es que la consulta a
Cronos se hacía obsesiva y cada vez más inasequible al aunque
fuese mínimo control emocional.
Desde la distancia del tiempo y la perspectiva del recuerdo de
lo que siendo maravilloso se desliza de nuestros dedos sin ser
objeto de la consideración debida, no puedo dar crédito a la
ocasión perdida que supuso estar con la púpila sobre las agujas
en vez de sobre el marco incomparable que me ofrecía la dichosa

Naturaleza.

Margaritas

¿De qué está hecho el amor?

Te quiero
Te quiero
¿Por qué me quieres?
Por cómo eres
¿Y mi casa a pie de playa, te importa?
No me importa, contigo pan y cebolla.
¿Y mi cuadra que abriga a los mejores caballos que un sueño
pueda concebir, qué te parece?
Me parece bien, pero...
¿Podrías estar conmigo si te quitara esos fines de semanas
de puesta de sol, vino caro y rosas rojas?
Podría...
Sí , estás seguro.
¿Me dejas unos instantes de reflexión?
No tengo toda la tarde, ni toda la vida.
Habrá otros que no vean esa materia de que tu pasta está
hecha, supongo...

O Cyrano o Tyrano

Dos corazones tiene el caballero:
Uno coriáceo, para matar y
otro gelatinoso, para amar.

Cyrano era horrible a la vista,
mas no horrísono.
Era un juguete en la corte
para enamorar con sus letras.
Nunca quiso dejarse ver...
Tyrano lo Blanc era majestuoso
en lo que al porte se refiere,
pero era deficiente en letras.
Tyrano se servía de Cyrano para compensar
sus carencias, aquellas que Dios tuvo a bien
no granjearle en sus venas.
Fue una pena como terminaron los susodichos.
El primero, fue el primero en perecer.
Quiso morir en el contraste entre la belleza
de su sintaxis y la fealdad de sus rasgos.

No pudo soportar el hiato que entrañaba
tal contradicción.
El segundo, deviniendo en irrisión, insufló
en la corte que se saciaba de sus batallas
una amalgama de ternillas y de ganas.
Tyrano lo Blanc se consumió en la desdicha
del nunca volver a ver a semejante amigo.
El primero, por ser el primero, se libró del desapego
que sintetizaba su mortaja. Sus alajas eran sus sujetos,
sus determinantes y verbos tan dispares y elocuentes.
Tanta gente fue la que congregó el sepelio que faltó
helio en el aire para tanta nariz aguileña.
Extremeña fue la mujer que agasajó la apariencia
del cadáver, tan grave parecía la secuencia que ni siquiera
fue suficiente la paciencia del párroco para con los comensales.
Eran verdaderos animales los que sentados en sus poltronas
vociferaron madonas y madames al aire viciado del entorno.
Se acabo al fin este bochorno, y me retiro para mejor aliviar
lastre. Pillastres lo que robaron la insignia de su pecho...
Maltrecho se quedó sobre tanto lecho.

Desde tu cielo

Tuve que subir a tu cielo a
robarte el fuego de tu dios:
No me diste elección.

Con mis propias manos, plateadas de tanto cincelar,
tuve que dar certeza del Ser Humano.
Mi soledad era igual al desamparo de esos pequeños especímenes
que se dejaban morir al helor de la intemperie.
Su supremo dios era renuente a sus sentires. Tuve que hacerme
eco de su ausencia y dar fulgor al frío para posibilitar su vida.
Le encontré las vueltas y en un providencial descuído prendí
una cañaheja sagrada para ?en el incógnito de la inapariencia?
traerle el fuego y propiciarle su alimento y civilización.
Ahora la miro desde la altura que la tranquilidad me concede.
Parece de la innumerable hormiga que pulula sin orden ni concierto.
Sigue como pollo sin cabeza, víctima de la grandeza que le sirve de
corona y del impulso que le emparenta con sus hermanos menores.
Ahí la dejo, si necesitara ayuda sabrá acudir a su padre, que soy yo.
Voy a echarme una siesta recostado sobre esta roca, solo, de cara a un
océano que apenas está besándome los pies.
Así fui yo contigo...

Quise

Lo intenté con todas mis fuerzas, y las suyas...

Quise despojarme de mi sentido primigenio,
de los moldes que mi evolución confeccionó
para mí, pero no pude...
Vivir a su dictado fue mi primer mandamiento,
sin otro éxito que la relatable ausencia,
la inconsciencia de la deriva de los acontecimientos.
No era dable otro destino dadas las circunstancias.
Quise ?como ejercicio de complaciencia?
ser su trasunto, ser el diseño que de su impresora
3d debía rendirse cumplido tributo.
Quise ser, quise experimentar otro yo
por ver si casaba con mi substancia,
con mis venas, con mis flujos instersticiales...
Quise por Harmonía, por que se respirara
en el nido de pluma y espina de nuestro amor
la paz que convenía a mis humores, al de los niños...
Quise, pero el destino, el designio ignaro e ignoto
que se me tenía preparado era muy otro.
Quise servirle, quise una sonrisa de aprobación,
aunque fuera a costa de mi destrucción,
de mi aniquilación silenciosa, ignota, ignara...

Quise ser, y estuve a punto de casi serlo, pero
el destino no quiso, tenía otros, muy otros planes
para mí.
Dios sabe que lo intenté, y ella tambíen intentó
que su horma cupiera entre las curvas de unos huesos
que no se dejaron hacer al fin y al cabo.
Quise...
Y ella también.

A galeras

Valame Dios, dixo el cura, dando vna gran voz, que aqui esté Tirante el Blanco: Dadmele aca compadre, que hago cuenta que he hallado en el vn tesoro de contento, y vna mina de passatiempos. Aqui está don Quirieleyson de Montaluan, valeroso cauallero, y su hermano Tomas de Montaluan, y el cauallero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la donzella Plazerdemiuida, con los amores, y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Ipolito su escudero. Digoos verdad, señor compadre que por su estilo, es este el mejor libro del mundo: aqui comen los caualleros, y duermen, y mueren en sus camas, y hazen testamento antes de su muerte: con estas cosas, de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo esso, os digo, que merecia el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras, por todos los dias de su vida: Lleuadle a casa, y leedle, y vereys que es verdad quanto del os he dicho.

No hay libro que se precie
que sea de Dios tan nefasto,
fuera proprio de Santanás
bendito, o fuera tierno agasajo.
Las conteras y los lomos
son obra de un santo creador,
el contenido y el continente,
siendo siniestro y penitente
y malechor, es producto
de un brote de ingenio y rabia y sudor.
Despreciad cuanto donoso escrutinio
se tercie en vuestras vidas, válgame
esta tan ardorosa sentencia.
¡A galeras con los detractores!
¡Circuncidemos la ocurrencia de quien

en nombre del altísimo depone sentencia
contra la terneza de un escrito,
por muy avieso y torcido a Dios que sea.
Dejo aquí mi pendencia contra la mordaza,
contra quien despedaza al ajeno
por no encontrar en él horma a su traza.
Vale.

Cualquier nuevo viaje sería redundante a lo sumo

Coincide la cita con el título

Una vez estuve en el cielo,
y estuve solo, estando acompañado.
La Sagrada Familia me abrió sus puertas,
me concedió el agasajo de su presencia,
de poder verle, contemplarle, solo.
Fue trasponer la puerta verde
repleta de vegetal y mi alma
olvidó deudos y débitos familiares.
Busqué sin proponerlo refugio
entre mis grutas de acetilcolina.
Me elevé al cielo, sin querer,
a un cielo de colores pastel, catenarias
y ribeteado imposibles, inconcebibles.
No pude evitar posarse sobre mi mente
la viva imagen de Stendhal y su Santa Croce.
No tuvo mejor elección que evadirse
por la rendija que le ofrecía esa anécdota
y evitar precipitarse por el maravilloso abismo
que invadió al insigne poeta,
y que casi da al traste con su vida.
El recuerdo del escritor francés
me libró de su pálpito. Es lo que tiene conocer.
Hay momentos en que no cabe nadie más que tú,

un alma no tiene tanto espacio tampoco.

O poeta é um fingidor

O poeta é um fingidor.
Finge tão completamente
que chega a fingir que é dor
a dor que deveras sente.

Un poema es una ristra de sacos terreros
que como parapeto nos salva
de la catarata balística que espera
al otro lado de la balanza.
La intransigencia que dispara,
que descerraja su arma y tira a matar,
no escatima en artillería,
sabedora de que la insistencia
de la gota de agua es más poderosa
que el más poderoso de los diluvios.
El poeta poetiza su pena, su lástima,
su alegría, a horcajadas de las sangres
que depende el día se precipita
vena abajo, hacia el vientre.
El poeta se sirve del realce de sus letras,
se complica en sus giros y circunloquios
para desdramatizar su drama, solo suyo,
para desbrozar una maleza que es almohada
al alba de su ciencia, que es rocío temprano

que nieva justo antes de las ocho.
El que se precia de poeta sueña hacer curvo
el recto rictus de su amargura, hasta se arroja
balcón abajo sin reparar en el estrellato
que le espera ahí abajo, despanzurrado.
El poeta es un payaso que ríe sobre un escenario
que mañana se manchará de lechugas y tomates
como proyectiles de escarnio.
Si algún día ves un ser descalzo, agachado el lomo
y apesadumbrado bríndale tu mano, tu calor
y tu agasajo, llévalo a una estancia caliente,
de leña seca y de esparto donde haga asiento
su prensa, dedicación e itinerario. Verás cómo
te granjea la gratitud de un poema, hecho
de su puño y letra y dedicado a tí.
Acepta el regalo y guárdalo, como oro en paño.
Cuando llegues al descanso del hogar desdóblalo,
saborea unos sorbos de sus pétalos y déjalo...
Mañana será otro día.
Acércate sigiloso a su ventana y verás
como sigue sentado, de espaldas al lienzo
de pared que puedes contemplar desde el lado
del que ves, y al poco volverá el torso y se asomará
al alféizar, alzará una manó y bajará volando un poema.

Justicia poética

Déjame que te dedique unas palabras...
Mala pécora que eres.

Ojo por ojo
Diente por diente
Cuchillo por cuchillo
Dedo por dedo...
Él me hace, yo le hago.
Tú me gritas, yo te grito.
Yo te maltrato, tú me deseas...
(No, disculpen, este tiro me ha salido
por la culata del tintero, y por el reverso
de la pluma).
El mundo por el que nos arrastramos
tiende a un macroequilibrio.
Si consultamos los mapas de la injuria
divisaremos chubascos dispersos a oriente
y calma chicha hacia occidente, días claros
por el norte que se avienen a la poza oscura
del sur, ?disculpen de nuevo?hoy no es mi día?
quiero cambiar de posición lo claro por lo oscuro.
El que la hace la paga ?para ir concluyendo?,

lo que no sabemos si la paga en vida
o cuando haya caducado el peso de la justicia.
En todo influye el color de la sangre, y de la piel,
y del numerario que duerme en los bolsillos,
y de los ladrillos que adornan la casa,
si son de mármol o de marmolillo.
En fin, es todo tan diverso, y tan prolífico,
que el mal desea por hijo el bien, y el bien
?por aquello de la parejita?sueña
con parir el mal, y comprobar qué se siente.
Nada es blanco o negro, por desgracia.

Venga poeta, dame leña.

Forzoso es hablarle al vulgo en necio
para darle gusto.
Félix Lope de Vega y Carpio

Pónmelo fácil poeta
Pónmelo que yo lo entienda.
Mis estudios fueron escasos,
la madre tierra no quiso darme lumbreras,
y tampoco quiso que las encontrara
en las hogueras de las vanidades
y otras monsergas.
Poeta, por favor, que quiero poner estrella
en el cielo liso y llano que me es tapadera.
Hazme partícipe de las maravillas de las letras,
de las ocurrencias y genialidades que de antiguo
orienta la humana especie, y la acrecienta.
Que mi no dedicación mañanera,
por qué importa que motivos ni espuelas,
no me condicione el grosor del seso
ni la dimensión de mis entendederas.

Ilústrame con tu gracia, introdúceme
sin que me dé cuenta alguna muestra
de esas palabras que tan bien tientas.
No te preocupes por mi extrañeza
que hago del diccionario prenda
y santas pascuas bendita, ya resuelta.
Estimúlame al estudio, a la sapiencia,
que mi vida sería así muy otra,
porque la salsa de las mejores cenas
se sirven sobre plato bien condimentado,
de buen producto y buena mesa,
y no hay mesa buena que se precie de serlo
que aquella que a los postres falta
una correcta recitación, y si es de los clásicos
todo ya resta.

Huis Clos

L'enfer, c'est les autres.

Un primer borrador para calentar muñecas:

La dimensión extraterrena de nuestra psique, el alma,
se va cincelando con el arañar que la mirada del otro
nos concede. El verdugo sobra como figura castrante
en una sociedad que se simplifica y sintetiza en la
competencia ocular de cada uno de sus miembros.
Nuestra mirada hacia dentro es siempre beatífica,
la amenaza del mal reside en el otro, que es quien
pone en solfa la sucesiva arquitectura que nos
dará forma y figura.
Somos animales indefensos, que han tenido que ser
arrancados de la molicie uterina apenas habíamos sido
esbozados por la madre naturaleza. Fuera nos espera la dura
intemperie que a modo de eficiente escultor nos va amasando
hasta que nos llega la muerte bajo el mejor de nuestros bocetos.
Esa nimiedad existencial. que es el quid de nuestra grandeza,
necesita de un arsenal psicológico que nos proteja del ataque
de cualquier depredador, el mayor de ellos otro hombre.
El grupo que nos ampara desde que se nos expulsa a la luz

nos provee del sosiego que como fuego dará sentido a la fragua
que nos irá forjando y consumiendo a un mismo tiempo.
Una vana traducción al lenguaje poético:

Soy inocente.
Soy perfecto
contra la mirada ajena
?mas sé de mi imperfección?
Tú me observas, me das sentido.
Sin tu mirada polvo en el aire sería,
mas creo que me quieres dañar.
Me protejo, soy blando al rigor del aire.
Me observas para reconocerme,
mas creo que es para maltratarme...
Me consumo en esa mirada,
que es mi mirada, y la de aquel
y aquel y aquel...
No me temas, solo quiero mirarme
en el remanso de tu cristalino azul.
Quiero validar mis facciones
sobre tu espejo, quiero saber quién soy
en el cristal de tu mirada.
Quiero que te plantes delante escrutándome,
quiero tu presencia para conocerme,
no tengo río claro donde asomar mi rostro
y enamorarme hasta el tuétano.
Necesito quererme para quererte,
dame tu efigie, tu gesto, tu lenguaje
huérfano de palabras para poder leerme
en silencio, y descansar...

Parque Amate

Cromatismo versus tenebrismo

Un día que Monet, muy de mañana, andaba laxo por las calles de Ruán
reparó en una circunstancia hasta cierto punto sorprendente: notó? tras
una pausa observativa? cómo la fachada principal de la catedral ofrecía
un color azul violáceo cuando pocas horas antes le pareció fucsia.
Tras unos segundos de suspensión salió al ya asendereado camino
y prosiguió su paseo, no sin despegarse de la perplejidad en la que se
sumió de antemano.
De regreso a casa decidió que ?echando mano al caballete, pinceles y
paletas? se plantaría en el centro de la plaza de la Vendôme y dejaría
transcurrir las horas pintando el monumento que le traía y llevaba.
Estimó oportuno hacerse cargo de la gama cromática que se apoderaba
de sus piedras según fuese el matiz de las luces que las hería.
Descubrió que así fuese la hora así era la tonalidad de la mampostería,
lo que le animó a pintar una serie completa y exhaustiva.
Para dar cumplida obra al propósito se demoró en su querida ciudad
alrededor de dos meses de intenso y entusiástico trabajo.
Los que nos contamos en la nómina de sus admiradores nos congratulamos
de su ocurrencia, y ahí queda para la posteridad tan magna serie que ? para
aquellos que prefieran el vivo y el directo? reposa sonriente en la pinacoteca
de diversas ciudades. Quien elija Paris que visite el D'orsay.

A este pensamiento me llevó ?por aquello de la analogía cognitiva? la diaria observación ?en distintas horas y estaciones, como en el caso de Monet? de mi parque, el parque que me saluda desde las distintas ventanas que circundan mi casa y que se sienta en un lugar cualquiera de mi ciudad: El Parque Amate.
La luz solar se derrama desde las distintas estancias de su recorrido diario bañando con vario matiz la masa forestal que verdea el paisaje cotidiano.
Reste para siempre este ya tardo homenaje.
Por él.

Apocalipsis

El ojo que todo lo aniquila.

Llevo varios meses esperándo.
Aquí permanezco sobre la cima
del monte, esperando la batalla.
El bien y el mal son los rivales.
El anticristo parece anunciarse en lontananza.
Lo precede una extensa cohorte
que aún no hace por vislumbrarse.
La confusión de arena que desata su galopada
los hace difuso a la vista del transeúnte.
Puedo certificar ya, después de una eternidad
cifrada en un segundo, que el mal viste túnica
blanca, que cae sobre la grupa de un espléndido
caballo del mismo color.
Desde el norte una pareja cohorte,
y precedida de la misma confusión,
va haciendo acto de presencia en la cima.
El general que en este caso capitanea
la expedición es de un rojo pasión.
Parece que sus vestes han sido diseñadas

por el mismísimo Marte, guerra mediante.
Por el sur, esta vez, se acerca un caballo negro.
Por el noreste un caballo bayo; hambre y muerte.
Megido está engalanada para tamaño evento.
La cuarta Gran Tribulación está dispuesta
a su celebración, a la destrucción final del orbe.
El Sol está cayendo sobre la Tierra.
Los vientos son más que huracanados,
los océanos no se atienen a sus cauces,
y las nubes dicen adiós a sus aguas.
Los animales rinden pleitesía al fuego final.
Las verduras dejan para siempre su color.
Ante este panorama dantesco sigo impasible.
Sigo esperando en el punto álgido de Megido
a que la cuarta Gran Tribulación pase,
y no vuelva nunca más...

La madre de Frankenstein

Tuve que huir de una madre nociva

Fuiste mi madre.
Me pergeñaste de la suma de despojos,
del cruce de carnes y nervios ajenos.
Me diste una vida sacada de la chistera.
Me decidiste una forma, un estilo,
una indumentaria hasta otorgarme forma humana.
Una vez hecho a tu imagen y semejanza
me soltaste a la feroz intemperie.
Me diste la flor del sentimiento, la desdicha
de poder enamorarme y su consecuente:
el sufrimiento.
Me hiciste creerme hombre hasta el olvido
de mi sórdida condición de partida.
Me quisiste y me hiciste quererme sin un corazón
que supiera palpitar a la velocidad necesaria.
Me empujaste a pensar en el abismo de la muerte,
en querer asirme fuerte de una existencia huera.
Un día ?al calor de los azares del destino? la luz
que en mi mente casi brilla de ausencia enciende

una bombilla: " debo librarme de mi madre".
Me levanté de tempestuosa mañana,
de un sueño macabro y sangriento,
me prendo de un cuchillo de cocina
hasta dirigirme a tu alcoba.
Llega la sensatez a tiempo de desprenderme
el arma y corro escaleras abajo.
Huyo bebiéndome las calles en la dirección
de las aguas llovedizas.
Cojo el primer tren que sale a ninguna parte
y me desentiendo de este mundo y de mí mismo.
Cruzo los mares hacia el polo, buscando la causa
de mi causa, la madre de mi madre, para perecerla.
No llego a conclusión alguna salvo el inexorable
suicidio, que me concedo en el precipicio
del siguiente acantilado.
Este fue el fin de mi desdicha.
Por favor, no se lo cuenten a nadie. Es un secreto.

Cerrojo

Que la puerta sea fortín
frente a este mundo.

Es levantar un pie sobre mi umbral
el acto inaugural de mi retiro,
de mi realidad el despido.
Es la puerta trasponer prender
la llave y girar, una, dos y tres.
Es la posadera en silla sentar, la ropa
quitar y el pijama poner una liturgia.
Es sentarse a comer, las noticias ver
o los cotilleos reìr un desparrame,
una gozada, un despelote.
Es trabajar una bendición, sí,
pero es de la Trinidad misterio
llegar, cerrar y besar el santo.
Ahí ando, entre dimes y diretes,
ya os voy contando mi idas y venidas,
mis cuitas y movidas con este cuento
del sudor de su frente.
Hay que ser muy buena gente
para que tó quisqui se crea

que la harina con el sudor casa,
cuando ni el sudor se bebe
ni la harina sin levadura sube;
que hasta el más necio sabe
que aquí no se viene a hincar
el codo sino a dos carrillos masticar
y las cuarenta cantar.

Camino del hogar

Yo soy yo y mi circunstancia,
si no la salvo a ella no me salvo yo.

De cómo el hogar y su circunstancia
deciden el yo.

Mi hogar es mi Roma
de la antigüedad:
"Todos los caminos
conducen a esta ciudad"
rezaba desde lejano un dicho.
Cualquier ida que se nos tercie
busca una venida al calor
de la chimenea, descanso
del guerrero

tras la dura tarea.
Los senderos que como rayos
salen del hogar son divinos
porque nos marcan el destino
de la parada y fonda,
cuán honda sea la vereda
más hondo el anhelo
del volver y volver.
Si el hogar cambia el domicilio
los rayos de su sol cambian
de posición, y los antigúos,
extinguidos, quedan en el recuerdo,
mas agua pasada no mueve molino.
Solo si en el transcurso de las andadas
se va forjando la esencia en sus pisadas,
ese camino, aunque antañero,
sigue guardando su pedacito en el corazón
del viajero, aunque fuera una tibia estrella
que espere en el firmamento eclipsada
por el fulgor de la presente Luna,
del vespertino Venus, y del diario astro,
que resplandecen de presente.
Donde esté el amarillo que llena mi hogar
irradiarán los afectos del espacio y del tiempo
que me conciernan conjugar.

Mar de nubes

La inmensidad del solo silencio
en la cumbre de la montaña.
Abajo: Piedra y vapor de agua.

Kaspar iba ese día bien acompañado.
Su ama de llaves es y siempre fue su sombra, desde su primera luz.
Con sus primeras carreras ya apuntaba sus intenciones: sería un gran caminador y se significaría en las competiciones de escalada que a la sazón menudeaban en la Alta Sajonia.
Esta vez la montaña era de coco y huevo; fue una insolencia de semejante envergadura que las probabilidades de perecer eran más que sobresalientes.
Sin lugar a dudas gustaba del riesgo: era de noche cuando debía emprender el ascenso, y Anita, que así era el nombre del ama de llaves, debía portar diligente el foco de hulla que era de rigor en tamaña competición.
Los primeros compases de la lid eran los decisivos, la piedra se compadecía del relente que empezaba a declararse y el calzado de Kaspar debía amigarse convenientemente, si no quería ser pasto del acaso.
Su convicción en la victoria era de un espesor inconmensurable, tanto que Anita ? miedosa de natural hasta la hipocondria?
fue seducida en un pispás para fungir de sherpa en este demencial golpe de testosterona.

Cuando llegaron a la cima y se asomaron a saludar a la diosa Nike,
y contemplaron semejante paisaje, dos lágrimas rodaron por entre
sus pómulos.
Mereció la pena...
Y siguió ejerciendo de sombra, como siempre.

Mi calle

Encontré mi camino porque
por él no iba nadie.

Recuerdo aquel día como si acabara de...

Un cualquier ocho de diciembre ?en España día de la Inmaculada Concepción de Jesús? me vi abocado a la confluencia de todas las calles céntricas de Madrid en una sola: La celebérrima Puerta de Alcalá.
De sus puertas arqueras partían un enjambre de calles ?todas susceptibles de avenidarse? todas concurridas hasta la saciedad por lo populoso de la festividad.
Observé con ameising que una de las calles estaba casi inhóspita o desierta ?como queráis? y me adentré por ella como alma que lleva el diablo ?me gustan las aglo

meraciones pero solo en Semana Santa?. Al final, en la
desembocadura muerte de la misma se elevaba una meta
bolante ?quiero decir volante? como esas del Tour de
Francia, que rezaba con letras mayúsculas y gordas:
?ALBERTO?
tal que al pasar por debajo ?iba ya en esprín para que no
me adelantaran?pasé con los brazos en señal de victoria.
Después supe por el jefe de distrito que los vecinos ?pre
viendo que pasaría por allí esta tarde?me quisieron saludar
y felicitar por haber elegido la calle menos concurrida, la que
no entiende de donde va Vicente va la gente, la de aquellos
que prefieren no ser a borreguear y pastar del pasto que se le
pone en el pesebre municipal, de aquellos que miran detrás
de las esquinas por si estuviera el hombre del saco esperando,
y jugar con él.
Fue oir la noticia y explotar en agradecimientos y lágrimas.
No me merezco tanto dispendio, no, de verdad lo digo...
Os advierto que el que desde mañana pase por mi calle,
si no cumple este requisito tiene que pagarme un peaje ?
o como diría Alfonso décimo el Sabio, medio paisano mío; un portazgo?.

Histórico o histérico

¿Estamos viviendo un momento
histórico o histérico?
Hete aquí el dilema.

Fábula?.
Los televisores tronan
que el momento es histórico,
mas cuando predominaba el dórico
irrumpió en el clásico mundo
otra hecatombe similar.
Entonces, la sapiencia era menor
y mayor el fulgor de las almas que en pena
penaba, y mataban y morían por doquier.
Oportunidad?.
Aunque tus palabras no dejo de suscribir
dévote advertir que el alcance es mundial,
cuando a la sazón no pasaba de local,
aunque si es verdad que de gran morbo.
De todos es esperar que cunda la lición
?como dirían en tiempos de la Celestina?
pero del hombre es olvidar lo malo pasado

para abrazar con fruición lo bueno, y soñar.
Fábula?.
Hazte notar que de lo que hablaba sucedió
en tiempos de Pericles, ¡que ya ha llovido!
pero la conclusión no pierde vigencia
porque el hombre conserva existencia
desde que se irguió y dio sus primeros pasos.
No retraso la explicación que tal reacción tiene,
y es que el mal, aunque en las profundidades
del mar, deja un poso que es preciso obviar.
Oportunidad?.
Me estoy temiendo, al hilo de lo conversado
que para qué este viaje si nos faltan las alforjas,
carecemos del sentido del escarmiento
tomándonos a nivel de sociedad, ¡vaya tormento!
Fábula?.
Para que contarte más Oportunidad.
No quiero vanagloriarte y menos decepcionarte,
mas creo que tu gozo va a ahogarse en el próximo pozo,
aunque espero por lo que más quieras equivocarme.
¡Venga, que ya tengo que irme a otros contornos!
Que vayas con dios y que tu ilusión se haga carne
en la carne de las gentes de bien,
que haberlos haylos.

Cielorraso infinito

¡Juana Mari. Han desaparecido de repente
las paredes y el techo!

Fue una estampa de no dar crédito a los ojos.
Parecía sacada del folletín más folletinesco de los Álvarez Quintero
mezclado con la inspiración paranoico-crítica del genio daliniano.
Bajaba ?rayaba el reloj el primer uno de las once de la noche? un
camino de bicicletas, con su color verde y líneas blancas, hacia la lla
nura de un parque urbano ?construído sobre el antiguo cauce del
río Guadaíra, afluente del Guadalquivir?después de llevar unos 35
minutos pie tras pie ?me gusta caminar de noche? cuando me doy
casi de bruces con una especie de camastro acolchonado ocupado
por dos personajes: una mujer, de espaldas a la escena, y un hombre,
sentado sobre la cama con la mirada caída, apesadumbrado ?o eso
quise ver?por la situación de desahucio que erosionaba su carne.
Pasé por su lado sin disminuir el ritmo pero girando el cuello todo
lo que daba de sí hasta que tuve que perder la vista del numerito?
me habría gustado ser lechuza en ese momento? al girar al sentido

recto de la avenida sobre la que como río desembocaba el parque.
El trayecto que sobraba hasta traspasar el umbral de mi casa fue de
continuo pensar sobre la escena. Sigo sin dar razón de lo que mis iris
dieron en ver ?huelga decir que fue la primera vez?y preguntarme
el paradero de la desdichada pareja ?sé que no siguen allí porque he
pasado en varias ocasiones por el susodicho lugar?.
Al día siguiente, todavía fresca la fotografía en mi memoria ram, tuve
que anotar en mi vademécum una pincelada que me trajera a la tinta
lo que aconteció esa noche, y esto es lo que he tenido que escribir.
No quiero abusar de la vista ni de la paciencia del cuitado lector,
así que lo dejo en este punto y final.
Es suficiente...

Ítaca

Como Odiseo, vuelvo a Ítaca.
Ya estoy, y sigo estando, lleno y solo.

Troya me dejó marchar.
La batalla ?la guerra?estaba decidida
desde casi antes de empezar.
Aquiles sabía de su muerte
?se lo susurró un pajarito?
por mediación de un sueño.
De vuelta de la batalla ?la guerra?
miraba hacia los balcones ?arriba?
imaginando que ese sería mi hogar
?pronto o tarde pero lo sería?
Veía como los aprovechados pretendientes
dejaban las ventanas demasiado abiertas
?o demasiado cerradas ?la guerra?.
Me decía desde dentro ?sin oirme?
«pronto volveré a Ítaca, ahí dentro»,

a mi patria chica, donde dejé cual avispa
que explaya su agijón el vientre, las tripas
enteras y sazonadas, para acabar en desazón.
Aquí me hallo. Ya son dos meses de vuelta.
Aquí me hallo ?viviendo en su máxima esencia
una soledad que ya saboreaba hacia mis albores.
Aquí estoy, solo, sin Penélope ni Telémaco,
pero con ellos picoteando el cráneo como árbol
un pájaro carpintero; y sin los pretendientes,
que salieron de estampida con solo oler mi olor,
mi aproximante y fiero olor a venganza.
Mi rebeldía tiene cuna, y feretro...
Fueron casi veinte años desde la partida.
18(menos 18 días)

El coño de la Bernarda

Mira al pajarito y di patataaa.

Jugábamos al Cinexín esa tarde, la tarde de los hechos. La habitación oscura, la temática dísnica de la película, todo acompañaba al templado y gozoso desenlace.
Desde hacía unos días notaba en el blanco de sus ojos un brillo diferente ? ¿Sería por alguna enfermedad? malicié por instantes?. Ella vivía dos puertas a la derecha de la mía, barrio obrero, menesterosa la vecindad, feliz ?o eso he creído yo siempre?, lo que se dice un caldo de cultivo gustoso al potaje de mi persona. Lo cierto es que el amor, verdísimo amor el suyo si juzgamos por su edad, asomaba por sus pupilas sin que fuera advertido por ello hasta esa misma tarde.
El caso es que ella se acomodó en el sofá de escay que quedaba a la izquierda del lienzo de pared blanca que fungió de pantalla. Mientras cumplía con mis obligaciones de operador de cámara ella, Bernarda, iba aumentando paulatina la distancia entre sus rodillas ?aún sonrosaditas por su fugitiva niñez? hasta que el dedo índice de su mano izquierda empezó el fascinante periplo que va del bajo muslo hasta el monte de Venus. Allí paró, apartó el estorbo textil que se cruzaba en su camino y señaló con ahínco, repetida e incisivamente la ladera sur, justo en el horizonte entre el bien y el mal.

En cierto momento ?con la oscuridad que exigía la proyección fui ignaro del milagro pubertil que sucedía delante de mis morros? y mezclados con los diálogos de la película distinguí una leve letanía, casi un rezo, que no me enca jaba con el argumento que se nos mostraba.
Giré la vista hacia el sofá de Bernarda y la ví desparramada, sumida en un edén que a buen seguro emulaba, o quizás superaba, en interés a lo que estaba viendo. Sin decirle nada ?no fuera que rompiera el hechizo? me acerqué, me puse de rodillas en señal de adoración y le presté una inestimable ayuda.
No fue esta la única sesión que se celebró esa temporada...

Soy así

Yo no quise cobrarme
ninguna cuenta pendiente:
Yo soy así...

¿Qué quieres que haga España?
He sido lodo que recogido por el hacedor
he sido torneado
a semejanza de la hedonía,
del placer que como escarcha
se precipitaba por las paredes
de mis venas.
Quise ser siempre Juanito pero España
no quiso. El hacedor
quiso de mí el capitán de un incierto derrotero,
un oficial arribado por oficiales que sobrevolaban
mi cabeza, al quite de cualquier descuído.
Maté a mi hermano y la justicia hizo mutis
por el foro, no supe de leyes.
Entré a hacer reformas en una casa
que veía pronta su ruina.
Me procuré de los mejores artífices del reino
para que el palacio del mañana

fuese campeado por el pueblo, a sus anchas.
Fui, y soy, blando al numerario impreso,
me pensé por encima de unas reglas
que mis hijas eran, y traicionar al padre
sí que es desacato y delito.
Me podía, y me puede, una Venus al viento
emergiendo de una concha hacia los brazos
de un Marte, como yo era, y sigo siendo.
¿Qué ley, qué capital puede poner diques
al amor, a la pasión, que nace de las raices,
ya marchitas, de un árbol milenario?
Me merezco el perdón de España,
a la que he dado todo lo que soy,
he sido y seré, siempre rey.

Barbasco

Gloria me ha dado hacerme
oscuro

,mas en esta selva
me está dando silencio.

El no saber
El no entender
regala dos cosas
en esta vida:
Indiferencia y/o curiosidad.
Indiferencia para el que impermeable
resbala de sus oídos todo
lo que no entiende.

Indiferencia para el que no quiere
más ciencia
que la que entendió o entiende,
una ciencia que si como aceña
que mueve el agua no desagua
el verbasco que la emponzoña,
termina por ser desciencia
y promover del cerebro la gangrena.
Curiosidad para el que ve nacer
de su intríngulis una pregunta
cuando el nublo puebla su sesera,
aunque sabe de espera
y se sienta para que el sentir
se asiente y recuerde
como el que de la mar recuerda
su vagido, su naciente, su estrella.
Y no se altera, nunca se altera
en la busca pertinente de la respuesta,
de la madreselva que en el tronco
de la verdad habita y no desdeña.
Curiosidad para el que no se contenta
con lo evidente, para el que esfuerzo
de neurona habitúa y anhela
y acostumbra desde que su lumbrera
alumbrara en ese día
que lo vio nacer.
Indiferencia para el que solo ve
lo evidente, curiosidad
para el que se muere
por leer entre el silencio
que separa una palabra de otra,
un quizás de otro, un por qué
de otro, y de otro, y ¿Qué será eso?
¿Qué significa?
A este partido adscribí ficha
bien entrado en la niñez,

o ¿fue en la adolescencia?
Mi padre me lo inoculó.
Maldito y bendito virus sea.

Al kilo tanto...

Todas las grandes verdades han sido dichas
en el lenguaje del pueblo.
Juan de Mairena

Verdades que yacen ahí dentro
en lo profundo.
Verdades que nacen
de un sinsentido de formas,
de una hiedra que se habita
a sí misma, desde la estela
de un navío sin rumbo,
sin desprecio ni espacio,
hasta que las tinieblas de la razón
campen a las anchas y largas del deseo.
Verdades que se colocan en el frontispicio
de lo políticamente correcto.
Un letrero ante el que el caminante
se persigna, se arrodilla y cumple pleitesía.

Esas verdades, que los altavoces del tonteo
proclaman a los cinco vientos, esas verdades...
son verdades de pacotilla, son verdades venales
de la que cuelgan etiquetas con sus precios.
Verdades, solo son las que duermen en la esquina
de tu pensamiento, de tu sentir sediento y dispuesto
a amar a todo aquello que de amor está hecho.
Lo siento, y siento que lo que grito es viento,
viento que refresca desde el venero de mi aliento,
siento, y lo siento, cómo bulle dentro, cómo escuece
al salir de mis ojos, de mis gestos, de mis te quieros.
Verdades que de verdad son, son verdades sordas,
que no saben de fonética ni de pronunciamientos,
tal que las verdades que se mentan,
que van como moneda de cambio de uno al siguiente,
esas verdades no son verdades, son verdura
que se ofrecen al kilo tanto, en los mercados de abasto.
Mira hacia adentro y pronuncia tu lamento.
Pronúnciate alto y claro, como un arroyo tempranero.

Cielo claro

Si te buscas por dentro
alcanzas la bondad.
Alcanzas al mismísimo Dios
con su corte celestial.

Soy sabio.
Soy sabio no por emular a Fausto
o por querer abarrotar los saberes
de un Mefistófeles harto de patrañas.
Soy sabio
porque he llegado a las esquinas
de todos mis recovecos,
he recorrido los inviernos
de la miseria que sigue el mal pensamiento.
Soy sabio
porque tras la visión de mi pequeñez
y de mi grandeza no puedo soslayar
la una contemplando la grandeza de la otra.
Esa visión se derrama hacia el otro
haciendo un paralelismo

que lo acoge con benevolencia,
la misma benevolencia que me tengo
desde que conozco mis vergüenzas.
Soy sabio porque soy bueno.
Me regocija la virtud,
me llena de margaritas los torrentes
de mis veneros, las ramblas
que bajan a pìque de despeñadero,
los regueros que de mis entrañas riegan
lo que más quiero...
El contentamiento, el deber
de lo bien hecho.
Soy sabio porque me miro de frente,
en un espejo que no tiembla
a mi paso, y que llora cuando me voy...
alejando, y digo adiós, hasta cuando...
y vuelvo, y me lanza una mueca de cristal,
que la siento caliente como una sonrisa,
y...
Soy bueno, porque antes he sido sabio.

Ilha Branca

Verdad de hermano que existe
donde la sangre
no se sirve de su gluten.

Hermano mío.
Te llamo hermano
porque tu sangre
es roja como la mía.
Se derrama si la tumbas
?como la mía?
y deja cerco seco
cuando se le olvida.
Hermano te llamo
porque me miras
como se miran las adelfas
desde la avidez inocente
de quien no teme venenos
ni ponzoñas, porque la muerte
no se cuenta entre tus planes.
Desmanes son originarios

de su sangre quien como sangre
no goza de hermano,
ni temprano ni tarde, ni anhelos
ni engaños cabe
en quien tiene la sombra luminosa
de un hermano que alienta
cerca aunque lejos esté.
Usted, si no lo tiene, adolecerá
del frío de la sierra que aprieta
sus raíces ante el helor ambiente,
que desconoce el abrigo de la maleza
y el gradiente de una juerga
entre jeringas y aguardientes,
entre cantes y alegrías.
Desearías ?al que careciere?del correr
por los torrentes del rojo humor necesario,
porque ya son varios ?o muchos, mejor?
los que a fuer de manta y frazada
dan cabalgadas buscando hogar
y leña que lo llenen y abarroten.
Aboga por el rebrote de la broza
en el camino,
que un destino no lo es si a la postre
y al fin no se resuelve
de miel y hojuelas,
aunque fueren puercoespines
los que de madrigueras salieran.
Hermano te llamo, hermano llamote;
de cualquiera de las maneras
te tengo por lumbrera y lumbre,
por requiebro y techumbre
de mis alegrías y mis penas.
No temas, no temo.
Te quiero, aquí, a mi vera.

Pablo

La Conversión
de Pablo.
Sobre qué fuerza repentina
por violenta le apeó
del caballo.

¿Fué la vida esa incontenible fuerza
o fue el inconsciente de su fe mosaica,
que se tambaleaba por entonces?

Así me veo yo, como Pablo.
Así me veo yo, en medio de un desierto

que debo cruzar si no quiero
ser pasto de las alimañas.
Sin caballo ?Pablo al menos contaba
con un caballo bien blanco y precioso
para cumplir sus andanzas proféticas.
Así me veo, en medio de un erial,
dando voces para saber si las montañas
me responden, me acompañan
en esta soledad tan sedienta.
Ausencia, pero sí, una ausencia jugosa
en enseñanza, como para Pablo,
cuyo séquito lucía alpargatas
y otros harapos del mismo jaez
para dar tiempo y vez
al nacimiento y semilla de Jesucristo.
Así me veo, yo, que he estado
preparándome para este silencio.
Incendio que me brota de la mirada,
cansada de tanto mirar por dentro.
Recuerdo tras recuerdo que se engranan
como luces de filigrana en un traje
taurino con chaquetilla y güevera.
Primavera que florece en mis jardines,
viles y encantadores a un tiempo.
Presiento que las alas me punzan
para salir lozanas al viento,
y lo siento. Me da dolor de cabeza
como cuando los dientes de leche,
ganas que yo le eche las harán brotar
con más ganas, hasta remontar
hasta el próximo horizonte,
cabalgar sobre el próximo viento
que ya acerca a mí su marejada.
Pues hasta aquí más nada
tengo que añadir
a este renacimiento,

conversión paulista
sin caballo ni arreos,
y además sin remiendos.
Atento, amigo, a tu sentimiento,
no sea que estén apuntando
?debajo del costado?
algunos cálamos anunciantes
de versos para salir afuera,
proclamando desesperos
y tiernos acontecimientos,
y en forma de grandes alas
de Arcángel broten repentinos
y suculentos como orza
repleta de gazpacho.
Apapacho.

Sargazo y barro

Ten cuidado con lo que miras.

Esto que describo es un sucedáneo de la lluvia de Guernica,
de Hirosima, de Cabra, y de tantos otros nefastos escenarios
donde el horror horadó ad aeternum la conciencia histórica
de tantos pueblos, de tantos seres que atónitos, con miles de
muecas brotando de sus rostros y a la postre grabadas en el cutis,
fueron masacrados de castigo por un "venerable" dios, que tuvo
a bien derramarles el pecado original como aceite hirviendo
sobre sus maltrechos cuerpos.
Es el aroma de un jabón que cual perla en su concha desprende
para eclipsar cualquier hedor, cualquier atrevimiento que ose sacar
pecho frente al orden psicológico establecido, al estatu quo impuesto
a fuego lento desde que las primeras luces hirieron tus pupilas.
Hablo de ese goteo constante de idas y venidas; destellos que tratan
de allanar cualquier desnivel que el camino de la vida describa en su
devanarse diario.
Hablo de las olas que siguiendo las rutas neurálgicas de ese tu cielo,

aquel que encierra tu cráneo, llegan a tu conciencia para que apliques
aquello que conviene a tu danzar cotidiano.
Hablo de los pensamientos que te vienen cuando vas contramano,
y que persisten con la esperanza de que desvíes la senda, de que si
te agachas a lo que ordenan te organizarán una fiesta de endorfinas,
cuando es lo contrario.
Hablo de los pensamientos que emisarios de la mente intentan que no
le hagas trabajar en vano, que no le quiebres la cabeza...
A modo de apostilla doy paso a unos pequeños versos.
Tienes creencias en las que no crees,
tienes riendas que apenas gobiernas
porque el caballo de cuyo cuello pende
no posees, de él no dependes,
te viene dado por un mayoral
del que no cuentas paradero,
un lodazal de intrincado barro
en el que moverte no puedes,
del que zafarte sueñas
hasta ser tú mismo, y no otro.
Quieres ser libre, sin cadenas.
Quieres ser tú, y tus defectos.
Pon coraza a esos pensamientos.
No son tuyos, son puestos.

Todo pasa, todo queda...

Nada de lo que nos llega
cae en saco roto.

De cómo toda vivencia duerme en el adentro
y sale cuando se le proclama su presencia
a tenor de algún estímulo externo.

Todo lo que comes
bebes
duermes
sueñas
respiras
anhelas...

desde que tus sentidos
se abrieron al mundo
conviven contigo,
en silencio,
a veces en grito,
otras susurrando al oído
alguna confidencia.
Todo lo que escuchas,
u oyes y te gusta,
se guarda en tu recámara
y cuando algún son
inesperado
repentino
sale a las ondas del aire
y llegan a tu yunque,
o martillo, o estribo
pergeñan tal vibración
gustosa que te aficiona
de tal manera
que pides volumen
que llenen tus ansias.
Así son los recuerdos
que se guardan
en las habitaciones
del alma.

Si quieres añadir
algún verso, añádelo.
Te doy la licencia.

El vagabundo del Betis

Para qué esas gafas ?querido mío?
si tu angustia no te deja ver.

Lo di por muerto.
Un día dejó de estar donde siempre estaba,
estaba maltrecho, lo sé, pero había soportado
el peso lacerante de una atmósfera fría,
otras veces no caliente, ardiente,
y su espalda y sus dientes aguantaban
el duro respaldo de un banco blanco
?la una? y los pistachos ?los otros?
que un día ?de vuelta del trabajo? le ofrecí.
Todo esto que digo es una ligera pincelada
de un cuento que ya os conté ?ya tiempo ha?.
Al volver de la farra saturnina, un día, lo quise ver
entre otros vagabundos en una zona de Sevilla

distinta; y parecía mejorado, recompuesto,
pero seguía viviendo con la luna como lucerna
sobre cielorraso; había mejorado, pensé...
Yo, que lloré su ausencia acostumbrada;
una ausencia que fue la cruz de una moneda
que cada día daba vueltas sobre el azar
de un suelo duro y amigo a su cansado lomo,
ya bregado de tanta alforja.
Una ausencia, contrapunto silencioso
a una presencia que jalonaba mi camino
al trabajo, marcando el primer kilómetro
de una ida y venida... esperando
que en alguna de las estrellas
que arriba puntean pegadas al firmamento
viviera feliz, con un mullido colchón
de ambrosía y miel, con el tercipelo
reinando sobre sus andrajosos ropajes...
Me alegré, no le dije nada, puede
que fuera una fantasmagoría
de las que una mente traviesa
inventa, ávida de quimeras.
Dejémoslo estar, voy a pensar
que no fue un sueño.

Amada mía

Espérame, solo hasta que el alba
entregue sus armas.

Mírame quieta, no muevas un ápice tu belleza.

Desde que te tengo entre los ojos
clavadas en las luces de mi pensamiento
no tengo vida, entre lamento y lamento
rezando para verte, de tu vestido lo rojo.
Sé que soy afrenta para tu familia,
escarnio para tu vergüenza, reyerta
para el honor perdido de Don Pedro
que clava sus cruces contra mi estampa.
Sé que me tienes por las noches
como almohada entre tus brazos,
sé que son maromas los lazos
de sangre que te atan al de mi rostro

tu ensoñación, tu deseo de tenerme,
de yo tenerte palpitando tu corazón
como cabritilla que ha claudicado
entre las fauces de un hambriento león.
Sé que soy de los hombres el campeón,
de los ciervos aspirantes en berrea
el que más fiera cornamenta luce,
el terror de la sierra y de sus laderas.
Sé que tu honra te atrapa entre sus cadenas
como una hiena rinde a la carrera a un gamo,
sé que te apenas, que tu madre árnica
a escondidas de tu padre te frota sobre el vientre,
sé que lo sientes de veras, y la espera tendrá
su hueste entre los valerosos caballeros de la fiesta,
piensa, amor mío, en las siestas que a la brava hora
de la tarde serán apoteósis que ni contada por Heródoto.
Cállate, y cállame este delirio, este alboroto
que la sangre bullente me convoca entre las venas.
Vota porque esta pena, que sé que sientes en el alma,
tendrá la calma del que esperar sabe y desesperar desdeña.
Esta esquela aquí te dejo, en el quicio de tu puerta.
Que no se moje que sopla viento de precipitación,
sal pronto a tu balcón para declararte mi presencia
y baja, antes que anochezca y el duende vespertino
coja manta y portante hacia otras andanzas.

Contracaminas

No voy a hablar de ti, esta vez...

No te gusta dejar huella
sobre las sendas ya marcadas.
Si por donde pasas ves camino
lo desdeñas, y tiras por el margen,
inventas otro o simplemente andas
sobre la hierba sin pretender más.
Te gusta cuando llegas al mismo sitio
sin seguir el derrotero que otro
ha hecho para ti, que tú desdeñas.
Quieres pisar camino nuevo,
no aspiras a hacerlo camino,
solo que reniegas del que piensan
para el rebaño.
No necesitas camino, Aníbal

se jactaba de que si no había camino
se forja, se construye uno nuevo contra
los elementos ?si hiciera falta?.
Te gusta aprovechar el margen
que te ofrece la valorable compañía
de otro para ?en silencio? crear tus reglas,
solo para que tú las sigas, crear un mundo
paralelo que no se vea, que sea inaudible
e indeleble para que solo sea tuyo.
No te gusta que exista un alguien
que hace camino para que los sigan los demás.
¿Con qué derecho? ¡Qué insolencia!
Aspiras a crear un submundo que asemeje
una pecera sobre el aparador de un salón,
donde ?aunque reducido? un espacio
de felicidad acuática se muestre solo tuyo.
El tamaño no importa. La mirada
no entiende de eso, solo reacciona
a la química del objeto, solo sabe valorar
la grandeza de las cosas, no su dimensión.
Por todo esto sabes que un estanque
puede ser más grande que un mar
si no hay depredadores que amenacen.
Donde la libertad conviva disuelta en el agua.

Una mala tarde...

Quién te lo diría...

Fue una enajenación momentánea.
Fue una sorpresa recibir ese mensaje, después de que todo quedó acordado.
Quedaron en que la renuncia a su mitad dejaba el camino libre
a su libertad, a un valerse por sí misma con su miseria.
No te fue suficiente, quisiste tomar parte en ella como agarradero
ante la novedad y el miedo que suponía la situación, siempre el dinero
de por medio como desde pequeño.
Quiso y quiere valerse con lo puesto como le enseñaron en su casa.
No aspira a tronos ni a tesoros de Alí Babá, ni quiere jugar a falsearse
porque sería tiempo perdido, aunque ?te repito?jugó a ser quien querías
solo que su naturaleza ?que corre rauda y arrollante por debajo de su piel
como manto freático de un suelo tropical? arrastró sus barricadas como
solo ella sabe hacerlo, con toda la fuerza que los meteoros le proporcionan.
Fue su abogado, no ella; o si no para que se contrata un abogado si no es para
hacerle caso, con lo que cuestan...
Le dijo que volviera al nido conyugal y se hiciera fuerte allí como medida
de presión, a ver si de esa manera se doblegaba a un acuerdo más justo.
Salió mal.
Entró en la casa después de una odisea de cerrajeros, cerrojos, llamadas
de teléfonos al seguro, ruídos a destiempo para oídos de los vecinos...
Fue un gasto absurdo tanto en el papel moneda como en la emoción.

Se debía a un abogado que dejó un resquicio abierto al mal entendimiento.
Entró en la casa, telefoneó a su hermana mayor y a su abogado y el inconsciente
le salvó de un choque de trenes. Dentro ya, la casa le pareció extraña ?y eso que
solo llevaba varios días viviendo en casa de sus padres, ya fallecidos? y fea,
sujeta al desagrado de aquello que era íntimo y por azares de la vida deja de serlo,
y por haberla acogido en su seno se convierte en repulsivo al ser expulsada,
porque esa intimidad solo puede pertenecer a un hogar y ese ya no era este.
En cualquier caso, tuvo un arrebato de salir pitando, un secuestro emocional
que la libró de la posible quema en la hoguera del cara a cara inminente.
Cogió la llave que él le pidió para que no entrara más y se la llevó a su hogar.
Por la calle, después del mal trago, respiraba aires de libertad y volaba
andando hasta la ducha y el olvido.

Me quise

Si me preguntas qué es, no lo sé,
pero si no me lo preguntas lo sé.

Supongo que es amor, no lo sé.
Esta mañana, herido por el trinar
de la alondra, temprano al alba
no podía dejar de pensar.
Ese decir de tus ojos
no daba pábulo a la calma.
Una alondra, solitaria de corazón,
se me posó en el brazo,
yo la invité a la palma de la mano
para darle cabida en mi seno.
Me dijo que esperara,
que volviera a la fuente
donde me asomé y vi su efigie.
Eso hice, ya con el sol decayendo
al horizonte.

El agua ya estaba fría, el corazón ardiente.
Me prosterné sobre el limo de la ribera,
me mancillé de su untuosidad vana,
y me miré en el espejo cristalino
que yacía debajo, y te ví, clara y rotunda...
Sumergí la mano para hacer de mí presa,
y de ti, pero no hallé más que desolación.
Un estrépito de vanidad se desató sobre mi rostro,
la completitud de flora y fauna que de belleza
encantados acudían, pusieron pies en polvorosa.
Quedé exhausto de agua hasta la asfixia,
y tú no estabas...
Qué desencanto el mío.
Ahora, con la alondra comiendo de mi mano,
yago pensando y escarmentado, con las ínflulas
navegando al son de unos vientos lejanos.

Tic tac

La vida es aquello que te va sucediendo
mientras estás ocupado haciendo otros planes.
J.W.O Lennon

¡Ay lo cotidiano, lo de siempre, lo que se repite,
repite y repite sin que sea dable otra secuencia!
¡Ay lo cotidiano, reloj que no cesa de pronunciar
su salmo a cada segundo, canto monorrimo, letanía
que como letra solo luce un tictac incasable,
inexorable hasta el hastío de las manecillas,
inasequible a un desaliento que no cesa
con el cese de la cuerda que lo alimenta!
Si un reloj claudica de su obligación diaria
habrá otros cientos, miles, millones
que secunden su próposito,
que recojan su testigo para que el orbe
que nos ambienta siga su curso hacia el mar.
¡Ay lo cotidiano, la rutina, lo que se desea
romper con un impás, un asueto, aunque dure
la eternidad de un segundo, de una milésima
de milésima de segundo, así ya es suficiente!
Tal que un caracol en su inasible lentitud

se vale de una superficie para cumplir
su misión genética, y se vale de añadidura
necesaria de una diligente baba que desperdicia
en su ascensión como un Sísifo cualquiera,
así se propone como insustituible, como maná
que verdease los campos egipcios lo cotidiano.
Quiero cantar y canto ?en este preciso momento
que se me concede? por la bendita cotidianidad,
?o llamémosla en confianza rutina, lo de siempre?
para elevarla a las alturas del Parnaso y sean alabadas
por los dioses, los que creo doctores en la materia,
los que no gozan del tiempo porque no tienen tiempo
que desperdiciar, porque no conocen el reloj
ni la manecilla, ni su piececilla dentada....
Dejemos aquí la disquisición y que el tiempo
siga ?como desde el inicio de los tiempos?
haciendo de las suyas.

Gradiva

No basta la ceniza
a mi talante estoico.

Norbert, en su delirio por la arqueología, ganó una beca para trabajar en la expedición que a la sazón organizaba la Universidad de Gottinga con el propósito de desentrañar los secretos de Pompeya y Herculano. Engrosaba una lista de voluntarios profesores del departamento de historia antigua que llevaban años pugnando contra la Administración alemana para conseguir este desplazamiento, no sin antes realizar arduos esfuerzos por convencer a las autoridades de su necesariedad.
La víspera del viaje era un bullir de nervios y preparativos, sus sueños de hallazgo se disparaban como rayos de luz incesantes que brotaran del espejo de un manantial, tal que así era la expectación y la maravilla que en sus mentes se avecinaban.
Llegó a Nápoles y armaron su cuartel general en el seno de uno de los albergues de la ciudad que la universidad napolitana dispuso para el evento. No les faltó la conveniente colaboración de los poderes locales tanto del

ámbito académico como político, fue la bienvenida la de un campeón olímpico.
El caso es que trabajando con denuedo cada día, cada segundo dio en darse de bruces con un conjunto escultórico, fragmentado, ceniciento aunque visible que decía de una joven pompeyana que ante el infierno vesubiano se retiraba al cubierto de su hogar con una parsimonia y elegancia que sobrecogieron al susodicho, quien no supo de su alcance hasta que no volvió a su rutina profesoral y se le viniera a la mente ?en el conjuro del sueño? la imagen de la «Gradiva», que así se daba en llamar por los expertos arqueólogos, y del que ya Jensen dio cumplida consagración en su libro de 1902.
Una tarde, en la confusión que el véspero rubicundo suele sumir a las almas sensibles, se asomó a su ventana para ver a una joven que quiso que fuera ella, la Gradiva; tanto que corrió a la puerta, escaleras abajo, y la siguió y persiguió, a sigilosa distancia, para cerciorarse de lo que creía estar presenciando.
¡¡Es ella!!, exclamaba para sí con la insistencia de una gota cayente.
Estuvo por acercarse y preguntar pero su timidez era proverbial y casi inasible para su vacilante seguridad; no oso abordarla nunca, hasta perderla de vista.
Se rindió cuando sus piernas no acostumbradas al ejercicio le dijeron basta.
Llegó a su casa, a la calidez del hogar flameante, después de una larga y delirante caminata y se sumió en un sueño, que lo transportó al infierno del 79 d.c.
La estaba viendo, a ella, a la Gradiva, a la chica pero vestida de romana vestal de larga toga de lino y caída plegante sobre la soberbia y despaciosa cadencia de su andar, ignorante de la debacle que le precedía y que mordía sus talones...
Así fue como Norbet se internó hasta lo eterno en la sima de su delirio.

No sé quién soy

No sé quién soy,
si este que estoy viendo ahora,
en este espejo de probador
iluminado de tienda de moda
o el que se mira en el espejo
del pequeño recibidor de mi casa,
ese espejo que suelo dejar al trasluz,
del que no uso una lamparilla
que arriba muere de nostalgia
entre una maraña de espesa telaraña.
Todo por no gastar, como me enseñaron...
No sé quién soy,
si ese que se vio esta mañana
con el torso flameante y musculoso
como un apolo redivivo de las cenizas,
o ese que se confunde bajo la insinuación
de una sombra, de la postrera luz
que le llega de la soberbia ventana
de la cocina, expuesta y receptiva
a la radiante mañana que fue
y que sigue siendo, ya tarde.
No sé quién soy,
si ese que responde a la pose frontal
sobre un cristal de negro azogue
ahíto de una luz cenital de probador
?ahí donde no caben las disidencias,
las insinuaciones ni las excusas?,

o ese que se imagina en el engaño,
en el autoengaño constante,
una vez, otra, otra más, mañana,
esta mañana, ayer, hace doscientos años...
No sé quién soy,
si el que digo o el que dicen, si el que veo,
o el que ven, si el que veo de tarde,
o el que veo de mañana o de noche,
si el que veo después de una buena noticia,
o tras una mala, o si el que veo mediante
la imagen devuelta del escaparate
de la tienda de ultramarinos,
o el de la panadería de Juan.
No sé, estoy... en un bucle de minotauro.
Llamen por favor a un Teseo que me rescate,
que no pierda el hilo que Ariadna por amor
le ofreció y que me extraiga de las fauces
de esta incertidumbre, quizás inseguridad,
quizás, no sé...

Tersites

Canto a los hombres y a las armas...

A toda luz le sucede
una sombra.
A toda belleza le hace sombra
la fealdad.
A toda lumbrera se le opone
la oscuridad de la ignorancia.
A toda magia le secunda
lo invisible del descuido,
de la distracción atenta.
A toda alegría se le tiñe
con un baño de tristeza.
A toda lágrima, sea de alegría
o de pena, le precede una mueca,
un quejido largo y sedoso a veces,
otras fiero y rugiente.
A todo monstruo silente le sigue
el ruido delatante de un cacharro,
que a destiempo surge,

de entre los recovecos de un lavabo.
A todo tu amor descarnado le muere
el intento sosegado, a veces,
otras tormentoso y de arrebato,
de recomponer este rompecabezas
que es tu deseo y no el mío.
En ti confío su sepultura, ahora sintamos
el regusto lechoso que nos otorga
el momento... el dichoso momento.
Cierra despacio amor, cuando salgas,
que las vecinas oyen tras sus puertas,
y les delata el ansia de saber sin comprender
de qué va esta farsa, en qué consiste
el desdoro que se dibuja en sus solapas.
Tú calla, y obedece, que la tarde apremia
y el amor no tiene ganas, pero hagámosla
antes que nuestra historia anochezca.

Perdimos el edén

Por qué no me dijiste...

Tú, que quisiste saber más de la cuenta,
yo, que me disfracé de serpiente pitón,
enroscada sobre el tronco del qué dirán.
Adán ?quien fungía de acompañante
a la sazón? no pasaba de mera comparsa,
mero testigo ocular del pecado que cometiste,
que cometimos ?porque yo tenía a esa misma
sazón una Eva que esperaba en su mecedora?.
Un dios de esos de a cinco peniques
nos llamó a capítulo: teníamos que abandonar
con la urgencia de Sodoma y Gomorra
las comodidades del jardín para adentrarnos
en el rugido de la selva, donde los leones
eran lo de menos...
Sí, perdimos el edén con todo merecimiento.
Tú probaste la manzana, yo te la di,
?en bandeja de plata?.
Tú quisiste aprender del árbol de la ciencia,
yo, no tuve conciencia de qué abismo
se me abría tras sus puertas.

Nos dejamos llevar por el buen tiempo,
ese tiempo que atempera el pomelo,
los trigales de pan, y las pomas de cera.
Sí, eran buenos tiempos y nosotros teníamos
la sazón para ofrecer la cosecha al jornalero.
Tú me sonreíste ?otra vez? y yo...dejé
que la sonrisa me llenara como aquel vaso
que de temprano antes del colegio mi madre
me llenaba de tierna leche y sabroso cacao.
Yo te sonreí también ?quizás mis comisuras
no me advirtieron de su elasticidad?,
y te contaba chistes y chanzas que ensancharon
ese abismo por el que los dos nos precipitamos...
Eso fue todo, fuimos carne trémula, tremolante,
viva y vívida, palpitante de vida y mordiente
como esa gota de ácido que consiste tu palabra.
Abandonemos todo, este mundo que no es nuestro.
Vente conmigo al corazón de la tiniebla,
al ojo del huracán ?donde reside la verdadera calma.

Sherezade

Que tu ejemplo sea
hilo de pólvora
de futuras generaciones.

No solo te fue salvadora tu cultura libresca,
tu conocimiento de gentes e historias,
sino que puso en jaque la codicia del califa,
la sed de venganza mezclada de sexo
cual fuera una amantis religiosa hombril.
Tu inteligencia te fue salvadora, también.
Supiste dosificar cual pipeta maestra
las dosis de tus elixires
para mantener el encanto de la bestia,
bestia sedienta de sangre y semen,
bestia que se enzarzó en una zarzamora
maraña de locuras y vicios
que dejarían mal parado al simpar Quijana,
en una irrealidad que desdeña la del molino
de viento, quedando esta en una chiquillería

de esas que gastan los infantes de plaza.
Tu capacidad de intriga se ofrecía a la historia
de la ficción como el suspense de Hitchcock
?avant la lettre?, como las espadas
en todo lo alto que pretende el consejo
publicitario de una emisión televisiva.
Ella ya lo hizo allende el tiempo
con una docencia y habilidad que excedían
?de largo en leguas? la perspicacia
del minotauro que yacía en su torno,
sustrayéndolo a la postre del manjar
de su cuerpo y de los cuerpos vibrantes
y opulentos de la ciudadanía femenil
que se asentaba en sus contornos.
Fue una muestra de valentía y agudeza
sin pares en la mentira de los libros.
Vaya este homenaje a una gran dama,
y señora, Tesea entre chilabas y alcoranes.

Yo, puto

Sucumbí a tus encantos
como lobo herido.

Yo, puto,
ramero,
río que no desemboca,
rastrero,
rastrojero,
arremangado de carnes,
robador de mujeres,
rencillador,
arrastrador de destinos,
rastreador de honras,
de hímenes rosados,
de ilusiones de cuento,
macilento,
desengañador,
pulverulento, mancillador,
electrocutador de sentencias,

deshollinador de aforismos,
tecnicismos y demás morralla,
canalla de la más excelsa canalla.
Rompedor de secretos,
de flores secas que perecen
entre las hojas de un libro,
suicidio y suicidador de voluntades.
Tiberiades que fue pila
de agua bendita, maldita,
Afrodita que me empuja
al coito interruptus.
Pater noster que me perdona
la molicie de mi carne,
la blandura de mi costilla,
la chiquilla que se quiebra,
como cervatilla a las fauces
del lobo de Caperucita.
Recapacita muchacho,
sal de este agujero negro
que te alumbra.
Vislumbra la maraña
que no engaña a los ojos
del hechicero.
Te quiero, cuídate y cuídame
de este derrotero, entero y me entero.
Este es mi manifiesto y aquí
te lo dejo.

Antitéticos

No me ensombrezcas tu mirada,
eterno e imperecedero maestro.

Tal cual los insectos acuden al candil de un sol mentiroso
así acudieron ?malnacido, farsante e inmunda ralea de
faltos de seso y talento? una caterva de facinerosos de
las letras ajenas, un ejército despiadado que en tropel
arrasaron contra todos los manuscritos que circulaban bajo
las luces de Gutenberg y se dieron a la pluma deseando
ración de la gloria bienquista que otros ganan con el sudor
de su frente.
Mirad qué rápidos se dieron al cartapacio y la pluma cuando
sonaron las trompetas de la fama a colación de mi Quijote,
osaron entrometerse en las vidas de mis hijos y anticipar
a su creador las aventuras y malandanzas que debían sazo-
nar las mieles que ya por mí fueron recolectadas, que segui-
ría sin duda en ello.
Tuve que salir ?sin previsión ni pensamiento que se me
vinieran a las mientes? a la prosecución del camino que

la circunstancia quiso que cortara hace unos años, y terciar
a las tropelías que un dicho Avellaneda ?de nombre dicen
Alonso o Alfonso y de natural aragonés? está perpetrando
y ya perpetrado porque se dice que fue dado a la imprenta
en el año del señor de mil y seiscientos y catorce, y que ?
en está continuación que mi magín esta pergeñando?
desmentiré a manos llenas para consumar su desprestigio.
Dice que mi Quijote se llegó a Zaragoza a cumplir unas
justas caballeriles; pues yo, para su desdeño y errata, lo
desplazaré a la ciudad condal para colmar allí su apogeo
como caballero andante y perecer a manos de un fementi-
do Caballero de la media luna.
En fin, amado lector, voy a continuar con mi cocimiento,
¡Vamos, por dios, ese tal Avellaneda del demonio!,
¡es que...que falta de donaire en las letras, qué manera
de deslucir mi ingenio, que planicie la de su seso, qué...
injusta es la vida para el que lo ha dado todo por su país,
por su república! ¿Será posible tamaña desfachatez?
Bueno, ya está bien, voy a dejar de pensar en semejante
bellaco y voy a mojar el cálamo, que hambre tiene de
brincar y pintar sucesos.
Hasta la vista amigos...

¿Te gusto?

No es necesario gustar a los más,
es suficiente gustar a los menos.

Friedrich Schiller

Hacer versos,
versículos,
coplas
coplillas,
ocurrencias
ocurriencillas,
demás monserga
monserguilla.
Todo es acotación,
significado
significante
de lo que se abona dentro.
En la entraña se lodaza
toda una reata de mirares,
de sentires, de leyeres,

de reires y dijeres,
toda una carcoma de vidas,
presentes, pasadas, futuras,
todo en amalgama bizarra,
todo hecho pure y masa
informe, viscosa, todo
papilla gustativa
donde nace el mundo,
bigbán que eclosiona
sobre el papel en blanco,
que espera ser emborronado,
mancillado, adorado,
acudido en pleitesía y rasgado,
todo al mismo son y tiempo,
todo barro, lodo y sentimiento,
todo extraído con pastelera
manga perfilando líneas
que cual bustrófedon bueyeril
pergeñan un sentimiento,
que postula y pretende universo.
Sí, no es gustar, es gustarse;
no es ser, es serse.
El otro un enigma, mayor
que el mío propio,
que ya adolece de inmensidad
infinita.

Vayamos más allá...

No me mires
de esta guisa,
basilisca.

Vayamos más allá
de la espesura.
San Juan de la Cruz.

Vayamos más allá...
Espérame quieta
detrás de ese tilo.
Un tilo como otro
de los muchos que esperan,
un tilo que lleva años
erguido frente a la espesura,

un tilo que cuando el hombre
se preciaba de infante
vagaba por los campos
cabrileando con la demás
floresta, amigo de sus amigos.
Ahora, ya viejo y achacoso
permanece quieto, silencioso,
escuchando paciente las quejas
que vierte tu corazón, tus cuitas,
tus sombras que ennegrece
su vetusta corteza, su lignito
ya rayante de ocaso.
Espérame, sin desespero,
espera mi vuelta
que ya se cuece en el horizonte,
que ya despunta en el alba
de un amor que todavía no llegado
ya va dando cantos de cisne.
El amor debe ser así, una flor
que raye de luz la vista
mas con efímera existencia
?de no ser así no sería soportable?.
No dejes de esperarme,
mi caballo galopa como poseso,
huyendo a uña batiente,
queriendo poseerte y fundirte
en su crisol de estiércol.
Espérame, y dile al tilo milenario
que ya puede proseguir su camino,
que ?si miras de hito en hito?
en lontananza se advierte mi silueta.
Sonríe y goza, y da la bienvenida
a la dicha eterna.
Ya puedes morir, si lo deseas.

Príamo, Tisbe, Hero y Leandro

Tuve una noche de perros
amor ?y me quedé dormida?

Soy joven, tú más.
Estoy enamorado,
tú más, hasta las trancas.
Tu familia no me quiere,
la mía tampoco, a ti.
No soy hombre de provecho,
tú tampoco, eres puta,
yo, rebañero de putas,
instigador de hímenes,
destrozador de parentelas,
chulo por proxeneta.
Tu familia ?más tu madre?
soñó desde tu cuna
con un príncipe azul,
de esos que no decoloran
con los lavados,
ni con agua caliente,
pero la vida le ha entregado

en envío urgente un paquete,
un relío de ropa vieja y odorante,
un fardo de dimes y diretes
que debe pagar contrarreembloso.
Fugémonos Julieta, de noche,
a la hora en que de las brujas
descansan sus escobas.
Ponte ese vestido que tanto me gusta,
ese de gladiolos azules con fondo rosa
que te resalta la palidez de tu bello rostro.
Lávate la cara con el rocío que empiece
a despuntar cuando abras la puerta
de tu cuarto, y cruza con garbo el dintel.
Ve corta de equipaje, como los hijos
de la mar, y lánzate por la borda
que antes de que beses el suelo te tomo.
Cuando salgas del pueblo
párate en la majada del pastor
y has sonar una piedra sobre el cristal
que yo ya salgo.
Confía en mí, y sobre todo
en tu amor por mí.
Muramos juntos, si el sol despierta.

Amigos

¡No moveros que es la última del carrete!

Mi mejor amigo soy yo, te lo aseguro;
tantos he conocido y nunca arriendo
a ninguno la ganancia, siempre atiendo
los agasajos del uno y los vahos de bromuro
que del otro para abajar las calenturas tomo
cuando de cháchara y refriega estamos.
He conocido huríes, gachíes de como y lomo
que ahíto a más de uno dejaría el sexo,
mas sigo pensando amigo, no lo dudo,
que como uno solo se la hace, felpudo,
tijera y gasas no bastan a la luz del flexo
de la medicina; que quien bien pudo
bien lo merece; pero que no empiece
con esa monserga del amigo,
que el mejor amigo de uno
es uno mismo.
Salir solo, acompañado, si eres uno
a lo largo de la calle eres sospechoso

de vesania, porque quien solo va
algo oculta, algo que aterra al vulgo,
alguna locura recuesta sobre su alma,
su entraña podrida y malsana.
¿Por qué?
Si el salir del rebaño abre el horizonte
a la magia de la vida, del existir,
de la casualidad y el azar, que azahar
de fragancias se vuelve tras la esquina.
¡Qué manía, con no abjurar de la norma!
Rompamos los moldes, saquemos quien
duerme entre los entresijos de carne
que puebla nuestros adentros.
¡Atrevámonos a ser, a decir y sentir,
sin esperar la aprobación del canon,
el agua bendita de lo convenido,
el incienso de lo que se sanciona
como normal!
Aquí me paro y tomo aire para
otra ocasión y desparpajo.

Philia y Logos

Bríndate a mis noches,
como sedienta...

Tú de mí eres palabra,
palabra alada al viento,
enjambre del sentimiento,
errancia del quiero
y no puedo.
Yo de ti soy vínculo,
soy estraza que de maroma
se hace garza sobre tu carne,
soy el que desploma tu sangre,
y la hace verso y simiente.
Tú de mí eres salsa,
papilla primigenia que endurece
la ternura de tus senos,
que embelesa la cereza
de tus pezones enhiestos,
la cera que se derrama
cintura al suelo, de deseo.

Yo de ti soy palo cierto,
mesana que enarbola tus cimientos,
que enverga las cadenas,
y el velamen que espera tempestad
y viento, que enjareta en tus adentros
la pasión y el acierto, te siento
desde que nazco hasta que en almohada
muero.
Tú de mí, ¡qué más eres!
Yo de ti... sediento.
Te espero al filo de lo imposible,
caído de una cama que tiembla
las madrugadas, que ciega las noches
y no da luminosidad al lucero
que recrea la estrellada estela.
¿Cómo estás, cómo te encuentras?
Contéstame, y rezuma al aire
la respuesta, la emoción que piensa.

Ondas de radio

Solo con ver tu mitad
me basta y me sobra.

Estoy perdido en la noche,
por entre las luces de una avenida
cuyas farolas desdeñan los vehículos
y alumbran a las ventanas del edificio,
ventanas con su luz ya dentro.
Estoy perdido, escuchando la radio,
sobre el enlosado historiado de una terraza,
escuchando mi programa favorito,
un magasín que a veces se desparrama
en deportes y otras en poesía.
De repente algún locutor invitado
?no el de siempre?
se cruza por entre las ondas
para verter al aire unos versos de Machado
?solo fueron unos cuantos, un pequeño
fragmento de Abel Martín?
que me dejan en desconcierto.

Fue una revelación que se tornó
en amor a primera vista,
de esos amores que transforman
de ahí en adelante al herido.
Al día siguiente voy desbocado
a la librería de costumbre
a emparejarme un volumen
del citado heterónimo.
Desde el preciso momento
de poseer entre mi manos,
a mi sabor y deseo, los pensamientos
de tan insigne filósofo
me siento a salvo de la vida
?de sus fragores quiero decir?
y mi caminar ya no es idéntico.
Cuando llega la hora de la emisión
vespertina y diaria mi atención
varía, ya anda poseída
por el demonio del sevillano,
que me visita en sueños
y me susurra al oído sus decires
y sentencias, y me conduce
por las trochas, brezales y rompientes
que el acaso quiere ofrecerme.
Gracias Don Antonio, sígueme ahí
y te seguiré como recompensa.

Leonor

Vivo en una cárcel
del color de mi pelo

Ella se levanta ?rubia como azabache teñido?
sobre el rayo que fulgente entra, y mira el horizonte.
A lo lejos de su ventana un río, a lo lejos de su mirada
una quimera: ser cualquiera, ser como esas que juegan
a la rayuela y la comba entre los aromas de las flores
que tejen la primavera. Ella no es de las corrientes,
ella nació predestinada y con el estigma de púrpura
que le imprime su sangre, azul y blanca, de piedra
cálcica que nutre sus anhelos y sus ganas.
Me detienen de hierros dorados mis ventanas ?
dice ella entre dientes, como para sus adentros?.
No temerá por la materia que le alimenta como
a lo mejor ellas, pero a cambio está por dentro
yerta de emociones, no fluye su natural esencia,
que es tan natural como el de ellas, que no piensan
más que en la merienda de la tarde y en que la maroma
que entraña la comba esté tiesa y turgente. Yo debo

pensar en mi patria ?musita ella entre unos dientes
de plata que ya marchitan, de pálida retama?.
De entre las horas que se derraman entre alba y alba
va la niña desgañitándose el alma pensando...
Sus padres esperan de ella que el peso de su estirpe
sienta noble acomodo entre sus guedejas y no se queje,
que para quejarse ya pudieron ellos hacer gresca.
La ayuda de cámara ?una joven de buena familia
y de intachable prestancia? pica la puerta para pedir
la entrada, ella concede sin mirar a su espalda,
no quiere perder ojo a las niñas que juegan jugando
el paso de los días y las claras, riendo lo que ella no ríe,
soñando lo que ella ni sospecha.
Gira su cara y la mira, la joven le tiende su bata
sobre los escasos hombros que la entallan.
Una vez abrigada y a salvo de amenazas vuelve mirada
al patio ?patio relleno de hojarasca que la primavera
no restó todavía de la invernal sustancia?.
Dejémosla tranquila, que sueñe aunque sean minutos
sobre lo que una vida nueva le deparara, y vayámonos
quedo y sin mácula al olvido y final de la trama.

Por si acaso...

Me entretengo pensando
en lo que dejé.

Acabo de soñar que debo irme a otra ciudad, a estudiar.
Solo fue levantarme de mi último y amante jergón y mirarlo
con ojos de chivo degollado, o más bien entristecido por la
añoranza. Miro con detenimiento cada átomo de mi cuarto,
un espacio que dentro de mí me ha acompañado en estos
últimos veinticinco años, un suspiro en un contar planetario.
Paseo pasillo abajo mirando y dejando los ojos en cada rincón,
en cada figurilla de alabastro de esas que mi madre anhelaba
y coleccionada como una posesa, en cada moldura marrón,
historiada con las escaras que los recuerdos han ido dejando
entre sus fibras; cada cajón, cada cuadro recibió su última
instantánea de un nervio óptico que ya ciega de posibilidad.
Hago las maletas lentamente, como queriendo verificar la
teoría de la relatividad especial de Einstein, esa que asegura
que el tiempo corre más lento cuanto más rápido viajamos,
?aunque en este justo momento le encontré un error; no es
cuánto más rápido sino cuánto más lento (debió de ser un

descuido tipográfico del editor).
El caso es que terminé de completar la maleta como si fuera un parto lo mío ?¡qué sabemos los hombres de partos!? y la llené, me atrevería a afirmar, de más por si acasos que de cosas útiles y de rutina, hasta el punto de pensarme adminículo o adyacente de la maleta, que en realidad era ella la que se desplazaba al azar de una nueva aventura y no yo, que solo venía a ser un apósito necesario para que pudiera ser llevada a su destino, para que pudiera ser introducida en el maletero de un coche destartalado, a tono con lo que es su dueño, o al menos el tenedor presente de su llave.
Entre dimes y diretes llego a la nueva ciudad, a la nueva vivienda ?muy alegre en verdes y luces? y al nuevo trabajo, y todo va bien. De momento...

Picoteando

¡No se puede tené má harte!

Ande yo caliente, ríase la gente ?como con gracia citaba mi gran referente poético Don Luis?, que con unas pastas y buen caldo caliente el estómago se asienta y riente se manifiesta en todo su ardor, y diligente. Ya lo decía también el más loco de los locos que ha parido la literatura, que la salud se fragua en la oficina del estómago.

Vayamos al turrón ?como ya aludí en un pasado episodio? y comidámonos en el yantar que en lo breve, si bueno dos veces breve ? como otro santo barón de las letras ya dijera ?¿o era al revés??.

El caso es que andando en mis andanzas lectorales con esto del caballero de la triste figura, en uno de sus sustanciosos diálogos con su orondo y basto escudero le tercia el susodicho dicho que se tiene desde entonces por aforismo dentro de las artes culinarias y dietéticas: efectivamente, «la salud se fragua en la oficina del estómago».

Al tenor de este sabio dicho puedo añadir que ?por experiencia propia? si no contentamos a la pléyade biótica que nos pueblan los bajos cauces de nuestras tripas estaremos condenados a una cadena perpetua que aca-

bará deseando negra sentencia; que se lo digan al populoso Nietzsche, desgraciado en la salud, y eterno en las neuralgias cabeceriles cuyo principio se sospecha en esas dichas tuberías, no mantenidas de probo.
Procuremos ?y yo el primero? ir por la senda constitucional del buen orden y concierto en el comer ?parafraseando al malhadado Fernando el séptimo cuando tuvo que hacer de tripas corazón con la carta pepesca?.
Cada día ?sin que falte ni medio? me desayuno con buena fruta y buenos lácteos ?y también, ya olvidaba, buenos cereales en forma de pan llevar o de deliciosos copos? y sigo con lo salado a media mañana para arrostrar los deberes trabajeriles con las garantías de un toro.
Eso sí, buen descanso y ejercicio, que el cuerpo ?y en particular el estómago? agradecerá grandemente.
Bueno pues, dejemos la perorata y vallamos a la práctica.
Si me disculpan voy de peregrinaje a la despensa.
Que aprovechen.

A ti, Soledad.

La soledad sin el hombre
es solo paisaje.

Niña soledad, ¿Cuándo te encontré?
Te recuerdo vagando mis alrededores
cuando solo era carne de cuna,
te sentía venir desde el pasillo,
al fondo los cacharros del desayuno
recibiendo su cotidiana ducha
mañanera, mamá cantando
su chirriante cantinela para hacerse
comidilla de las vecinas.
?esto que llevo escrito no es poesía,
aunque quiera engañaros con la forma
versicular de las frases, solo quiero o
intento hacerlo más bellamente legible?.
Como iba diciendo la soledad me mecía
la cuna cuando lloraba la teta boba
?digo la teta boba haciendo un paralelismo
con la sopa boba, como no podía ser de otra

forma anejo a un bebé que apenas podía
cumplir con la obligación diaria de vivir?.
Como seguía diciendo ?después de salir
de la muralla de anea blanca donde dormía
mis primeros sueños? la soledad siguió
a mi lado cuando ya podía huir de ella,
cuando ya las piernas me daban para andar
y podía tirarme al suelo a jugar y ensuciarme.
La soledad me traía a sus mejores amigos
para que no siempre fuéramos dos los que
jugáramos ?me presentaba a su amiga
imaginación de la que celebro cada día
su existencia, y su otra amiga ?no menos
celebrada: La reflexión ?que ahora ?ya
peinando canas? me acompaña sin pedir
nada a cambio en los paseos vespertinos
que suceden a las horas de producción.
La Soledad ?la pongo en mayúsculas porque
es nombre de mujer?, ?no sé que más decir,
a ver...?, ¡a sí!, es mi amiga ?creo que esto
lo he
dicho ya, ¿no??
¿Qué más digo? ?tengo que decir algo más para
completar las doscientas cincuenta palabras
que debo escribir como ejercicio contra el olvido.
¿Os he dicho que me estoy preparando para no
tener alzheimer, que por eso escribo, leo, corro,
ando, como sano, duermo sano, río, me burlo, bebo,
vuelvo a reir, converso, me converso, monologo..?
Paro aquí. Ya está bien.
Os pido perdón pacientes lectores, y gracias...

Quiero...

Quiero ?solo para mi?
el roce leve del melocotón
de tus labios.

Quiero ir ?contigo? a un lugar donde
no haya fin de mes, que sea libre.
Quiero estar ?contigo? al borde
de todos los precipicios,
pero que esos socavones de desierto
sean la misma vida, sin ambages,
ni entuertos, ni rocinantes que marquen
el camino que debe consistir la aventura.
Quiero sentir ?contigo? o sentirte,
que tanto monta lo que monta tanto.
Quiero verte de lejos venir ?conmigo?
con los brazos abiertos, previendo
una esperanza que ni espera ni llega.
Quiero comerte ?con los dos? lento,
para que las horas no sean horas,
que sean lustros que se caigan
de todos los almanaques,

de todos los futuros ?sean compuestos,
simples o pluscuamperfectos?
que siempre sean presentes
que no sepan ser de otra manera.
Quiero dirigirte ?contigo? al centro
de una aurora que no acaba de ver el sol,
que clarea la noche y arrebola las entrañas
pero que no termina de pronunciarse,
porque ?quizá así sea? espera otras mañanas
que le parezcan más azules, más sonrientes
a sus labios, más bonancibles, mejor mar...
Quiero mezclarme ?contigo? al ardor
de una savia que ya recorre los alcornoques,
que ya es azúcar a tu sangre y hiel a la distancia..
Quiero...

Eróstrato

La imbecilidad humana no tiene límites,
como ya citara un ilustre tocayo.

Un días de estos que Leía se me cruza una palabra, un nombre propio: Eróstrato. Como es costumbre desde mi más tierna adolescencia ?como tomé de mi padre? anoto en un papel ? ahora en una página de Google? la voz para posterior consulta, sigo la lectura con el norte puesto en el disfrute hasta que me detiene otra palabra, que apunto de la misma manera.
Detenido el libro ?o los libros, porque hace ya tiempo me ha dado por picotear de varios y no solo el monográfico de uno? atiendo a la plancha que he dejado sobre la tabla y postulo la primera búsqueda ?la del susodicho?.
Me entero de que se trató de un personaje ?porque no era persona? que hambriento de posteridad se dio en calentar en exceso el templo que era fama de ser a la sazón el más hermoso de cuantos tachonaban aquel joven orbe: El de Artemisa en Éfeso.

Éfeso pasaba por ser una de las ciudades referenciales en el
hélenico mundo que apuntaba en el horizonte griego ?en el
preciso año de este episodio nació Alejandro el Grande?, y
persa era el rey ?Artajerjes el tercero? que señoreaba
la ciudad y ordenó sin paliativos su ejecución.
Me pregunto ?y me pregunté en la suspensión que sigue a lo
que invita a la reflexión? si hoy ?que parece imposible nada
que nos lleve a la sorpresa? vaga por alguna región de la faz
de esta Tierra un Eróstato que en su mente simpar tropelía
anide y que ?por estar durmiendo todavía en la inexistencia
de lo que no ha nacido? ni nos imaginemos cuán grande sería.
Dejo que el pensamiento del lector planee sobre esta masa de
aire caliente que dejo levantada.

No llegó a ser

De lo que quiso ser
y pudo, pero no llegó.

Arriba, encima del cielorraso.
Todavía escucho ?de tarde en tarde?
algún chirrido de sillas arrastrando.
Arriba, mi misma edad, mi mismo colegio,
mi mismo patio, mi misma catequesis,
mi misma aula, mi mismo profesor,
casi mi mismo pupitre, mi misma
comulgación o comumión...
Arriba, un mismo yo, especular.
Arriba, una misma simetría viviente,
una misma física ?quizás yo un poco
más alto? que andaba huera de química.
Faltó comunión, engarce, simpatía,
todavía falta.
Hace poco me lo encontré subiendo
la escalera ?había un afecto contraído,
una camaradería propia de soldados
que coinciden en el mismo frente,

en la misma trinchera hasta acabar
en distinto destino, distinta compañía?.
Hubo un tiempo en que me visitaba
en sueños, donde yo le reprochaba
su soberbia o le ganaba los encontronazos
que nunca tuvimos... Él era ufano, yo no.
Falló la química, sus partículas y elementos
no reaccionaron a los míos ?lo mismo digo
de mi parte?, hubo una mezcla de un querer
ser y un no poder ?hablo por mi parte?,
hubo mucho tiempo que sin quererlo
fuimos caminantes de la misma senda
y eso nos hizo el afecto ?que no pasó de ahí?.
Fue la crónica anunciada de una amistad
que no pudo ser ?como algún lance
amoroso que quedó en la cuneta
del quizás, al margen de la senda?.
Con esto conjuro este fantasma...

Mi campo de futbito.

Así era para mí...

Han pasado casi veinte años.
Lo rondo casi a diario ?en ocasiones de cerca, en otras
de lejos, según cruce el parque?. Ahora ?desde hace
unos años? es un recuerdo dorado en mi memoria,
es ?si nos atenemos a la física de la realidad? un erial
desgajado de sus cimientos, con el cemento de sus losas
pronunciando un sigiloso réquiem que solo puede ser
escuchado por aquellos que tuvimos parte en su trayectoria.
Han pasado casi veinte años desde que dejé de correr sobre
él, cuando la pelota que acompañaba el escaso tacto de mi
botín se dio por pinchada para los restos ?casi dejé de
jugar cuando el amor me alejó de sus porterías?.
Ahora lo vuelvo a ver, inexistente, fungiendo de área de
descanso de los coches de aquellos que entran a jugar en
el campo de fútbol que siempre ?y ahora remozado y verde?
lo ha flanqueado, con el único testigo de sus vallas bajas
herrumbradas como pregonero de su pasada lozanía ?
por cierto, sigo teniendo un recuerdo de esas vallas en la
piel de la tibia izquierda en forma de cicatriz?.
Fue en ese terreno de juego donde soñé con ser el futbolista

que nunca fui, donde demostré mis cualidades ?según el
decir de algunos?, donde gritaba, tocaba, circulaba, paraba,
arrancaba, cabeceaba, discutía, reía ?no recuerdo que llorara?
maldecía a la virgen y toda su casta, y hasta ?una vez?llegué
a las manos con quien tenía más ínfulas del equipo contrario ?
un maradona venido a menos (por cierto, aprovecho esta
mención para trasladarle a la familia mi más sentido pésame),
nunca me ha gustado la gente ufana?.
Por más días que pase y lo vea ?lo seguiré viendo porque paso
por el parque casi a diario? nunca ?más bien al contrario?
se me va la añoranza de aquellos tiempos, tanto que me tienta
volver a jugar ?hace poco vi unos jóvenes jugando?.
Así fue como fui lo que quise ser en los albores de mi mismo.
Diez años...
Hace casi veinte de esos diez años.

Quizá sea.

Y te enviaré mi canción:
"Se canta lo que se pierde",
con un papagayo verde
que la diga en tu balcón.
Otras canciones a Guiomar VI.

¿Por que esas notas que me llegan del aire
me entristecen?
¿Quizá sea porque las vibraciones que las consisten
despiertan ciertas reminiscencias..?
¿Será quizá porque de bebé aprendí a llorar
ciertos sones, o el aire que los llena?
¿Quizá fuese que el momento que dio tiempo
a una pérdida fue aparejado, sin yo saberlo,
de una determinada música?
¿Fuera quizá unas palabras de mi madre,
de esas que apuntalaban su eterna melancolía,
las que se enyugaron a unos acordes a lo mejor

imaginarios, que pululan las arterias de mis
pensamientos para verterse si fuera necesario
sobre aquellas experiencias que se prestan
convenientes?
El caso es que vino a mí esta reflexión de improviso,
mientras tejía palabras en el iris de mis lecturas,
y la anoté en mi vademécum para convertirlas
en un escrito ?como este que termina?.

Balconing

Ábreme las puertas de tu cielo.

Miro hacia arriba hasta el balcón
ese balcón que fue antaño tuyo y mío
ese balcón que desde mi posición
es la antesala de lo que un día fue
sales y entras para tender la ropa
blanca de tan pura e inmaculada
miras sin ver el celaje que amenaza
pronta lluvia los niños no han ido
hoy al colegio y salen a ver si sus amigos
saltan sobre el grisáceo encerado de la
pronta calle estoy detrás de un árbol
viendo para que no me adviertas
quiero ver en la libertad del voyeur
en la concupiscencia del que prohibido
se adentra en la intimidad a la que
siempre ha aspirado pero que nunca

alcanza por ser tan elevada cuanto
emergente por ser grandiosa cuanto
olímpica en sus tenues trazas y recovecos
Miras y no ves no me ves porque invisible
me muestro ante ti como siempre o casi
Me voy ya satisfecho y alimentado y bebido
de las mieles que guarda la despensa de tu
cara oculta me voy a mi balcón que está callado
desierto esperando una respuesta a mi ausencia
y repleto de preguntas y curiosidades que nunca
osaré rellenar me voy viendo cómo los niños
se derraman impávidos y sedientos por las esca
leras de un domingo que de sol parece invicto
de sea cual fuere nubarrones intempestivos
que rompan la magia del juego
Me retiro poco a poco para que se ensanche
el infinito tiempo que me queda en sagrado
en el descanso eterno de un salón impávido
y memorioso y cuidador de las esencias que aún
quedan por apurar pongo la televisión y lo mismo
pongo el pc y escribo y leo hasta que las palabras
se sumen por el próximo desaguadero que pasa...
Me asomo al balcón y me veo abajo, de rojo y carne...

Principio de Peter.

Todo lo que nos llama a la vida intensamente
nos lleva con la misma intensidad a la muerte
?ya lo dijo aquel estruendoso sabio?.
Lo que me llevó a ella, lo que significó
en ella para mí el inicio de un hiato de vida
?que fue creciendo hasta la hipertrofia?
terminó inexorable por conducirse a una muerte
por sabida anunciada, pero no oído en su anuncio
?porque esos anuncios son como aquellos que
prorrumpen en tu receptor televisivo a horas
intempestivas diciendo de asuntos que por rancios
al gusto y desabridos al carácter son inoídos, o
al menos inescuchados ?como aquellos que hablan
de los muertos de una guerra que por diarios se hacen
puesta y aurora de un sol cotidiano?.

Ayer ?caminando después del trabajo? me llegué
a mi primer barrio de Sevilla ?aquel que me vio vivir
en mis primeros ocho años? hasta apostarme delante
de los balcones que mi piso ofrecía al jardín trasero
de juegos, donde mi padre aparcaba entoldado su
seat 124 ?que, por cierto, mantuvo inmaculado hasta
que su muerte tuvo a bien entregárnoslo para darle
cumplida sepultura y descanso?. Como decía, me puse
en el lugar del "Platero"?que así llamaba mi padre, y
por derivación nosotros también, al coche? mirando
los dos balcones ?tan pequeños me parecían, y me
siguen pareciendo? para desvelar el misterio de la
pertenencia ?sigo sin decidirme con rotundidad sobre
cuál de los dos fue el mío ?lo curioso es que lo mismo
me pasa con las puertas de entrada a mi casa de vecinos,
que da justo detrás del jardín; recuerdo que era la letra
i pero no recuerdo si la primera de la calle era la g o la h
?creo que la g, ahora que escribo, pero cuando me pongo
en frente ?como ayer mismo? esta supuesta seguridad
que exhibo ahora, en la lejanía del suceso, se me disipa
como azucarillo en café hirviendo?.
¿Y qué tiene todo esto que ver con lo que estaba diciendo
al comienzo de este rompecabezante escrito?
¡Ah ya recuerdo..! La anotación en mi vademécum como
hilo de Ariadna que me lleve al final del laberinto es el
llamado principio de Peter, ese que dice que subimos
por una escalera jerárquica hasta que la incompetencia
nos estanca en uno de sus peldaños. Este aforismo
empresarial lo quiero llevar ?si mi entendimiento me da
suficiente gasolina? al terreno del idilio amoroso, ese al
que somos tan proclives por estos lares.
Eso que me atrajo de ti me dio vida sobre tu vida hasta
acostumbrarme a ello y allanarlo hacia la desaparición,
hasta hacerlo invisible, inapreciable, inexistente, y
asimismo inservible para seguir unido a ti.
Te sorbí como huésped depredador toda esa esencia

tal una mantis religiosa y maté tu efervescencia,
tu significativa esencia hacia mí, resultándote vacía,
llegando así a ese principio inspirativo que encabeza
esta vorágine a que llamo publicación en poemas del
alma.

Ya he despertado

Entre el vivir y el soñar hay
una tercera cosa. Adivínala.
Antonio Machado

Despierta!!!
Despierto, pero solo si me susurras al oído.
Despierta, despierto, despertaré solo si la caída
de tus ojos me arrastra al próximo despeñadero.
Despierto, despierta, desperté del infame
infierno en el que me sentía dueño y señor.
Me niego a adorar a un dios que no me atañe,
solo me limito a seguir las enseñanzas
que un demonio perdido me insufló
en las entrañas, fue por ti, solo tú.
Milton bien lo supo, y también Antonio.
Quise vivir ?contigo?, quise soñar ?
antes de vivir? pero me faltaba
el trance, el puente, el vínculo
que hace necesario el inexorable tránsito:
despertar ?quise despertar pero no era dable?.
Si quieres soñar despierta hazlo:
solo te lo admito si ese sueño que te pobló

en la inexistencia de la noche lo llevas a pasear,
lo coges de la mano para que te acompañe
al trabajo, al médico, a las compras...
Si tu sueño no traspasa la linde del vellocino
tíralo a buen provecho en el próximo contenedor
?no vale apenas su peso?.
Atrévete, despierta!!, despierto como si la vigilia
fuese pan para hoy y hambre para mañana.
Quiero conservarte en mi retina la eternidad
que dura este instante, frente al pino piñonero
que me mira a los ojos, y me pide prestado...
Sueña!!, suéñate hasta que la arquitectura
de esta madrugada se venza a tu atmósfera.
Deslígate de las maromas del debes hacer esto,
o aquello...
Revélate como hizo ese demonio del que te hablé antes.
Vive!!, sueña, pero entre medias ?no a medias tintas?
despierta, y haz.
Llámame!! cuando llegues a Puerto Perico,
si estás dispuesta a llevarme sobre tus hombros
como Eneas a Anquises.

Como vilano al viento...

El lenguaje es la llave
con la que descerrajamos
la realidad.

Te presto mi llave, querido lector
que presto acudes a mis dichos,
a mis letras, ávido de los caprichos
que brotan de mis dedos de doctor.
Querido lector, que sigues el rastro
que de mi tinta la huella va dejando
hasta hacerse reguero, verde trasto
que de niño dejé fuera del cuarto
de los juguetes, y que justo ahora,
de mayor, tiene verso, senda y aurora
para de rosicler iluminar de infarto
la salida del astro, el ocaso del estro,
que en todo acto creativo sí viene.
A ti lector, todo lo mío es vuestro.

Este fue el leve soneto con que el singular Bernardino de Clavijo
bautizó sobre el cordel de esparto de los anales de su tierra
su paso por las letras, su compañía en soledades señeras donde

compuso e inventó un universo, que no habría sido sin el aliento
intacto mas presente del lector que dignó cruzarse en su camino
cuando estiraba las piernas por las estrechas callejuelas del barrio
de Santa Cruz, a la hora siempre vespertina de las seis de la tarde.
Una humilde inscripción, apenas visible en un recodo de la calle
de los Meseros, disponiendo del saliente de una antigua ménsula
románica huera de su antaña iglesia, nos cuenta y recuerda a todo
sevillano que se precie en su lectura la existencia de este insigne
y postrer representante de la generación del veinticuatro, brillante
en su escasa huella por entre los libelos que de literatura hablan.
Dejo aquí este testimonio para que se revele ?aunque efímero
tal la llama de un fuego artificial? la incuria que el tiempo asienta
sobre aquellos tesones que no tuvieron merecida recompensa.
El tiempo, ese inexorable juez que caprichoso venera el dicho
y desmerece de costumbre el hecho...

Pandora

Prometeo es nuestro dios.
Es quién nos enseñó la palabra,
las artes y la filosofía,
y también su contra...

Quién pudiera reír como llora Chabela.

Se cuenta ?consejas de viejas? que en tiempos quizás antedaños
a los sucesos de Aquiles el barro quiso hacerse hombre.
Eran minúsculos seres bípedos y bímanos que atendían un torpe
movimiento y los hacía creer que contaban con propio albedrío.
Al decir de las mismas viejas que citábamos arriba entre dientes ?
por aquello del paréntesis rayado? estos mínimos seres fueron
fragua de un sujeto mitad hombre mitad dios que tras una discusión
familiar ?debió de ser de órdago? se decidió a contravenir la paterna

autoridad dando a inventar una particular e idiosincrática "humanidad".
Su padre, todo soberbia y pundonor ?su madre, remisa, dejóle hacer?
se avino a poner coto a los interminables fines de semana, que empeza-
ban temprano de viernes y terminaban tarde de domingo.
"Mientras estés bajo este techo ya sabes a qué atenerte" tronaban los
cimientos de la casa ?su madre daba su callada por respuesta?.
Una tarde, en casa de un compañero de facultad ?estudiaba las bellas
artes en la Universidad Católica de Pandemonium?, y en el trance de
un trabajo de escultura se le ocurrió la empresa humana.
A la boutade de la distribución de extremidades le siguió la compañía
inexistente de la cabeza ?sola una? y dentro de esta la unicidad de
boca y nariz, más la binumeralidad de las orejas, para mejor escuchar
que hablar ?todo esto que refiero sucedió en el tiempo bajo la muda
estupefacción del anónimo compañero, que se frotaba los ojos acaso
sí estuviera en un sueño.
Acto seguido introdujo las figuras en un microondas y tras la brevedad
de una hora salieron de dureza marrón y charlando como cotorras.
Cuando llegó a su casa y su padre se hizo cargo de la faena el cielo
?hasta entonces mudo espectador? se deshizo en lágrimas hasta
que el vuelo de una paloma anunciara la bajada de las aguas.
Dejémoslo aquí.
Ya es bastante.

La del alba sería...

Le dijo el ventero que un hombre
que se precie no debe salir sin dineros
ni camisa...

La del alba sería cuando...

Fue muy de mañana sí, cuando abrí la puerta.
Pero fue para irme, no quise, no tuve el valor
de despedirme cara a cara, era mucha la vergüenza...
Ayer por la tarde oímos de las cuatro paredes de nuestro
?hasta entonces nidito de amor? los golpes exhortativos
de los cuatro vecinos según los cuatro puntos cardinales:

norte,sur, este, ese, aquel..., así debía ser el temblor
que sucedía a cada palabra escupida, a cada nota ajena
a todos los pentagramas, esa nota final que cerró la cartilla
del último curso...
No tuve el valor de mirarle a los ojos por última vez, era
la vergüenza mucha y dispersa, y densa de antigua melaza.
Hacía frío, me desperté y levanté como flotando sobre el
enlosado de un apartamento que ya me resultaba apartado,
ajeno, como de otro, todo para ella, para ellos, yo me voy.
Acerqué todo con cuidado al quicio de la puerta, la maleta,
los enseres, los tres trapos que iba a necesitar en el lecho
que se me abría en la acera gris de la calle, el cielo como techo.
Sin trabajo, recién despedido ?esto precipitó la química
de los acontecimientos? con un viaje arrumbado en el
próximo autobús que se dignara parar delante.
Mi madre muerta, su cuenco vacío y frío de ausencia, mi
padre alcoholizado esperando la muerte sobre un mísero
colchón de residencia, pendiente del solo juicio final...
¿Dónde voy, qué será de mí? No quiero volver, no debo.
Aquí mismo, al pié de este supermercado que pronto
abrirá las puertas y cerrará las preguntas.
Extiendo la mano a la misericordia del que entra...

Sub rosa

Ocúltame, bajo el boscaje
de la apariencia.

Secreto.
Mantén el secreto de tus labios.
Procura que esa rosa penda del cielo de tu estancia,
estancia que muda retiene la calma del aroma,
quieta respira el jadeo interrumpido y cabruno
de lo que debe persistir en secreto.
Tu marido no sabe, no debe saber, si no muere...
Muere de espanto ante la barbarie, la desfachatez
que pregonaría entre los canapés de palacio.
Ese remanso ?que fue marco de nuestro nadar?
debe permanecer muerto a los ojos del que no ve,
y vivo en el laberinto minotáurico de nuestro recuerdo.
Secreto.
Dame tu rosa entre el helor hirviente de tus labios,
sonrosa la líbido que perfuma de eter el ambiente,
ambiente donde los dos fuimos fuente quieta,
fuente rebosante de linfa y almendra, tierna
y perecedera, mas no perece al paso eterno,

al paso asfixiante de la arena por el desfiladero
de todos los relojes, de todos los eneros y febreros,
de todos los inviernos que calientes agostaron
nuestros encuentros, nuestros ayeres de vino
y reinos, de tulipán y yeso, siempre preso
de tus recovecos, de tus fervientes desvelos.
Sub vino. Calla todo lo que recibiste
en la confidencia velada de un fino licor,
delator de la ignorancia.
Secreto.
Dámela.

Cualquier lecho...

Cualquier lecho basta
porque mi descanso es el pelear.

Media jornada ya de trayecto.
Alzo la vista y a lo lejos una estancia.
Mi amigo, caballo negro al lado, me dice posada,
yo le digo castillo, él posada, yo castillo, posada,
castillo, pos...
Nos fuimos acercando al paso del casancio
arrastrado por senderos arriscados y breñales
que se gozan de serlo, necesario era un sueño,
que los caballos paladearan la yerba del descanso
y fresca agua de abrevadero.
Detuvimos el paso y bajamos, los pies bien posados
sobre la arena del corral, unas lozanas de hermosa
presencia nos advierten y miran ?de hito en hito?
y nos lanzan decires que con las aguas en frescor
compiten, nos piden las mochilas y chaquetas de frío
para acomodarlas sobre los percheros del vestíbulo.

El alcaide del lugar ?o al decir de mi amigo el dueño?
nos espeta la falta de camas para ser acostadas, nos
acostamos donde sea, estamos hechos a la intemperie
y el peso del viento, voy a ver contestó raudo y fue
más raudo a aparejarnos las habitaciones.
Platos rebosantes de vacuno y menestra dadores
de humos revivificantes nos pusieron por delante
las mismas doncellas que de risas nos recibieron.
Fue comer y caerse los párpados, granadas abiertas
fueron las escenas del sueño, reparador hasta decir
basta...
Al alba pusimos los pies sobre el terrazo y los caballos
sonrientes nos dieron los buenos días, hartos de buen
pienso y fresca hierba del prado.
Seguimos, el sendero nos prometió silencio y así fue.
A lo lejos, de nuevo, un vislumbre, ¿Qué será?

Maga

Espejo de ceniza ?Ajedrez.
Vieira Da Silva.

Maga, llamarte intento.
Sé que yaces al fondo de un cuévano
abarrotado de letras, de arpegios
en el aire.
Sé de tus cloacas parisinas.
Ven a rescatarme de este marasmo.
Ven y báñame de ese París que tuyo
solo pudo ser ?Pont des Arts,
Bulevar Poissoniére...?
Escapa de tu eterno instante,
elimínate del cerrojo de ese espejo
de ceniza que te prende,
que te prestó el estro exuberante
de Vieira Da Silva.
Ábrete a mí cual Venus de espuma
de semen de mar que de Urano brota.
Maga, socórrerme de la musa
que corre tras de mí arrojando piedras.

Atribúyeme el permiso de tu padre
?al que quiero y siempre querré?
para que maniobre la cera de tu sangre
y la haga carme, la haga verso.
Venga, no tardes, te espero con la pluma
caliente y la tinta simpática en el tintero.

Marcela

Mujer llana y sultana...

Marcela era y es...
Era una moza de pueblo
con ánfora clavada a la cintura
y la dignidad pendida de sus ojos.
Es una mujer consciente de serlo,
es viento que vuela al arbitrio,
es vela es tormento de quién
se pose en su seno.
Marcela era espejo
de las cervantas.
Marcela fue el modelo
que su eximio creador forjó
de la fragua de su infancia.
Marcela fue santo y seña
en un mundo hecho a desgana
y no ganado a su causa.
Marcela, digna y bella, senda
hecha estela y fuente salobre
de la artimaña, de la austera

vida que forjaron sus llagas.
Marcela lozana, artera, serrana:
Marcela, a ti por bandera
cual si fuera reina de gitanas.

De qué sustancia...

La Gloria es el olvido. Borges

Ayer tejí una enramada de hinojos,
quise atrapar a ese pájaro de plumaje tinto
que osó posarse sobre el candor de mi ventana.
Ayer terminé tu sudario Penélope,
ayer contrachapé cada recuerdo,
cada dagerrotipo que quedara arrumbado
en la memoria, no hay gloria en lo que no tiembla...
Ayer me hice un rosario de preguntas:
¿Dónde reside la fuente de la memoria?
¿Dónde se citan los desfiladeros y las lluvias
para congregarse en el manantial de tu risa?
¿De qué sustancia se concibe el olvido?
¿De ceniza blanca, o de arrebol que espera el horizonte?
Ayer cuando atardecías en mis recovecos me hice estas
y otras preguntas.
Queda solo la eternidad de una respuesta.

Ayer tejí una enramada de hinojos...
El pájaro no vino; notas dispersas al viento
le dijeron del peligro, de mi intención de guardarlo
entre paréntesis, de cerrarlo al celuloide de una foto
hasta que el amarillo invadiera sus adentros, y el olvido...
Ayer, ayer; y qué hay de esta mañana, floreciente de sol.
¿Habrá ruiseñor, alondra, búho real que llame al quebradizo
vidrio del ayer?
¿Habrá gloria circunscrita en los anales del recuerdo?
No sé, solo sé que no se nada. Y no me importa.
Solo busco el desierto páramo de las preguntas...

Sierpes

Preso llevo aquí dos años.
Cada mañana mis ojos se abren temprano,
con las primeras claras del día, las ventanas no disponen de visillos,
están peladas de materia que libren su interior de la inclemencia
de la intemperie, es agosto, un sol de justicia aquí, a orillas del río
grande, el guadalquivir. Reina en los relojes una calma ausente, las
horas pesadas de la tarde se hacen interminables aquí, entre rejas,
una mazmorra de putrefacción y ratas me acoge como útero pleno
de histeria, por una rendija vislumbro el bullicio de la calle de las
Sierpes, los caballos de los señores nobles hieren la arena al son
de un segundero que se cae de la vergüenza.
Aquí me consumo, bajo la injusticia real que me tiene por deudas.
Mi oficio de recaudador ha levantado las más infames envidias...
hasta que la calumnia pronunció su sentencia.
Voy a olvidar por momentos la agonía presente y voy a echar mano
del cálamo, voy a agarrarme a la brizna de vida que creo me espera.
Fuera, el rumor de las gentes, los pregones del pescado y las frutas
me dicen que el mundo sigue su pulso, que no se ha parado por mí,
que no se ha detenido en la contemplación de este escarnio.
Mi vecino de celda, Juan Escobedo, reclama mi atención, está picado
hasta el corvejón de una viruela maligna que se ha decretado fatal
por los físicos de la Chancillería real, esperan su muerte para proceder

raudos al desalojo y posterior alojo de la celda, sin ser en el ínterim desinfectada.
El adjunto al alcaide se ha dignado en traerme unos pliegos, sabedor de mi afición a las letras y condescendiente con mi desdicha.
Os dejo en vuestros asuntos.
Vale.

Soy juego.

Anabel desafíando una ola

Soy juego, eres juego.
El juego es esa inmensidad
que queda en medio,
entre la realidad y el sueño.
Soy juego, eres juego.
La literatura se esparce a su sabor,
es su crisol, su cuna, su manantial.
El amor en su seno tiene lugar,
solo ahí es concebible tal milagro.
El baciyelmo es la imaginación
que viaja, que se monta en un caballo
que solo aspira a mecerse, aunque
sueñe el galope de las grandes hazañas.
Soy juego, eres juego.
La vida, si quiere ser digna de vivirse
debe sumergirse en él, y solo salir
para rellenar los cántaros que quedan vacíos
de la leche que la ilusión derrama por el camino.
Soy juego, eres juego, nací juego y moriré juego.

Por algo...

Esta mañana, mismo esta mañana.
Sentado a los rayos de un sol espléndido
con el desayuno humeando sobre la mesa.
Una mota ?sí, esta misma mañana?
se me deposita sin permiso previo
sobre la pernera izquierda,
vino volando desde los confines
de la habitación contigua.
Se me posó irredenta ?como decía?
sobre el a cuadros pantalón del pijama.
Tras una mirada escrutadora ?esta mañana?
soplé con saña como queriendo su exterminio.
¿De dónde y por qué coincidió justamente
en ese punto cardinal de mi existencia?
¿Por qué no se dignó a ser en la solapa
de la chaqueta ?también de a cuadros,
esta misma mañana? del citado pijama?
¿Todo pasa por algo, o es que el mundo
?en su cartesiano sentido del ridículo?
es absurdo de pura absurdidad?
Esta mañana ?sí, precisamente esta mañana?
leo en el periódico vespertino ?no llegó
el de esta mañana (nota: llamar a la oficina
del periódico y que me retiren la suscripción)?

el listado de números premiados de la Lotería
del Niño ?me tocó el tercer premio, apenas
trescientos mil euros?:¿Fue por un azar
de los muchos azares del destino, o es que
las fuerzas siderales del universo se confabularon
en mi beneficio?
Definitivamente, el mundo es absurdo,
el mundo es un tablero de ajedrez
que no se atreve a mover la primera pieza.
Sí, pero es maravilloso... a pesar de los pesares
lo concedo, y lo vivo con toda la intensidad
que me permiten mis entrañas.
Sí, todo tiene un por qué, o no.

Cuídate querido lector.

Dios te libre, lector, de prólogos largos
y malos epítetos.

Harto estamos en esta escueta viña del señor
de perpetrar graves dichos, y no menos requiebros
que nublan el seso al más fiel seguidor de letras.
Todo buen cristiano sabe, más si es viejo, que
en los largos mentideros que en Madrid a diario
se cuecen, se vanaglorian las hazañas de a diario
de los gerifaltes de palacio y se maldicen más
de lo debido las iniquidades y pergeños del que
cada día procura su pan y sustento.
Del ínclito y sobrado conocido marqués de Sesa
he requerido los más peregrinos tributos para
granjearme el sustento, pero nunca he hocicado
en bajar la cerviz por tocar sucio metal y honras
de dudoso cuño, pues debo conservar como en
fragua el obrado prestigio que a hoz y coz he ganado.
Voy a ser digno de mi mismo y ser de mi muestra
un botón, y mostrar con mi ejemplo la senda de la virtud,
por eso quiero adentrarme, no sin preámbulo sin cuento,

en la vida del más insigne sultán de malhechores
que haya conocido los estos contornos madrileños.
Me cuentan cuando visito las márgenes del Manzanares
que una rozagante moza, una tal Elvira de Sonsalbes,
prentende conocimiento mío; le llegaron a sus oídos
por conductos si acaso perversos las crónicas de mis
malandanzas y traiciones por el cortijo que llaman
del Cuarto y sus meroderos, y le han mencionados
en lo menudo lo ingenioso de mis escritos y decires.
Yo estoy por trabar la hebra con esta moza y dar
probanza cierta de sus lozanías, pero estoy casado
y las lenguas me sajarían por viperinas.
Deseo por más en el mundo romper los lazos que
me atan como a cristo a la cruz a este matrimonio
mal avenido y aderezado, pero mi reputación es mi pan,
y es mi sal, y no obro por malgastar mi certero patrimonio.
Mañana, si tengo audiencia en el Mentidero de las Calzas
proseguiré la cuenta de estas cuitas que bien me ocupan.
Vale.

Filoctetes

A merced de las alimañas.

Me siento.
Como aquel Filoctetes que fue abandonado.
Desamparado porque sus hermanos de guerra
no pudieron contener el hedor de sus heridas.
Fue una serpiente, no él.
No se merecía desde ningún punto el nihilismo
del desapego, del descrédito...
No había ungúento aún hallado que resarciera
al camarada del escarnio, del abajamiento
que respirar ese efluvio supusiera a su pituita.
Tuvo que ser abandonado, sí, como yo lo fui.
Pero tuvieron que inclinar la cerviz,
ante el cariz de los acontecimientos.
Filoctetes era líder y jefe.
Fue una serpiente, no Hera él, fue Hera
quién la mandó como recompensa,
Filoctetes ayudó a Heracles en sus doce
trabajos, Hera era celosa, no pudo contener...
Lo cargaron a hombros como a su pariente

en mitologías ?Anquises? y lo depositaron
con honores sobre la cubierta de su barco,
?a la fuerza ahorcan, dice el proverbio?
e Ilión y sus murallas necesitaban de su llave.
Así es la voluntad, que mueve montañas
y remueve pituitarias.

Borracho

Alonso Quijano, ya investido Quijote,
decidió ?tal como leyó en los libros de
caballería? dejar a su caballo como timón
y viento para que las aventuras fueran
mayormente.

Estoy borracho, borracho de atar.
Salgo del bar a la imtemperie,
es casi de día, la música y la conversación
me enrolaron en las filas de la crápula.
Sigo borracho y abandono, salgo.
Un viento sobre la espalda me conduce,
me aconseja una calle cuando prefiero otra,
me ofrece café para espabilar ideas
y conceptos, filosofías sapienciales
y demás botaratadas.
Hablo conmigo mismo, soy mi interlocutor
preferido ?entre disputaciones y circunloquios
sigo andando donde ese viento quiere?
He dejado de tener voluntad de un tiempo
a esta parte.

Los más puristas me decían ?hace tiempo
me pidieron que por favor les dejara en paz?
que lo que doy a publicar ni es poesía ni nada
que se le asome; yo sin embargo sigo andando...
Parece que mi casa se vislumbra en la próxima lontananza.
?por cierto, volviendo a los puristas de este sitio,
agradezco las Mercedes que algunos me dieron
y que recibí como granadas en un día de estío?
Echo mano a la llave ?esto me pasa cuando tengo
muchas ganas de llegar y acostarme, o ver la tele,
u otro entretenimiento sin sustancia.
?quiero añadir, a propósito de los puristas, que
intenté aplicar bien los encabalgamientos, dándole
un sentido semiológico acorde a la almendra
del poema hasta que me aburrí de normas ?sigo así
mi camino hasta que me acuesto??.
Abro la puerta de casa ?en el portal de abajo me
despedí del viento que me empujaba, me dio su
móvil para quedar en otra borrachera? y cierro
el capítulo de mi diario.
Hasta mañana, aunque dios no quiera...

El curioso impertinente; soneto a ojo.

No puedo resistir del ojo su apetencia.

Ven para acá Anselmo, necesito
que cortejes a mi amada Camila
para ver qué tal esta me espabila
el amor del que me siento precito.
Quiero, hermano mío, la cortejes
con todas tus artes y desparpajo
para sentir en mis carnes agasajo
de la granada que felicidad dejes,
saber si es fiel es mi único suspiro
que de bálsamo sea a mi corazón,
de mis pulmones ansiado respiro.
No sea que al fin y a la postre de ti
se enamore y me deje conpuesto
de domingo con una rosa de pitiminí.
PD. La desconfianza de Anselmo
sobre la fidelidad de Camila cobra
como desenlace cumplida recompensa.
Su amigo Lotario se la calza
y dejan la morada de costumbre
para lanzarse al abismo del adulterio.
Nota. Cuento copiado por Cervantes
y encajonado en la primera parte
de las aventuras del famoso hidalgo.

Tu columpio

Deja que el viento reine

Todos los días, temprano, te subes a este columpio.
Cuando cumplen las siete de la mañana salta un resorte
de las mismas entrañas de tu obligación.
Te levantas derecha al cuarto de baño, haces tus aguas
y desayunas todo lo rápido que permite tu estómago.
Te vistes, al ritmo que marca la angustia, y sales ululando
downstairs hasta exigir a tu coche que se abra de puertas.
Cada día, rayando el alba, te subes a este columpio.
Un columpio que se hamaca sobre las columnas
de dos árboles contiguos, de recío y añoso abolengo;
te balanceas enfundada en tu traje de los domingos
de gasa y seda hasta tocar el cielo del bosque; alguien
?a tu espalda y a traición? te impulsa hasta la risa,
y tu futuro amor ?que no soy yo? se esconde a tu impulso,
se agacha al impacto de tu zapato de cristal, que vuela tal
ave del paraíso; los ángeles como notarios embrujados
ante la magia de lo etéreo certifican cual fueran cancerberos.
Vuelves de la prisa, miras el cuadro que pende desde
la memoria de los tiempos en el muro de tu salón, miras
cada poro de lienzo para sentirte dentro, en la escena,

protagonista de un escape, de un sueño dentro del fragor
de la atmósfera que se cierne día a día, que paga tu salón,
tu cocina, tu baño, tu cama, tu tranquilidad de un segundo,
tu olvido instantáneo pero eterno...
Suena el despertador, se acabó la ensoñación, te bajas
del columpio y los ángeles salen volando, el columpio
se cae de sus columnas y tu príncipe azul destiñe.
Te asomas a la ventana, respiras el aire que te falta...

Jasón sin argonautas.

Cuídate de los hombres calzados
con una sola sandalia.
Pondrán en peligro tu trono.

Me dicen ?y así lo creo? ser niño de una sola sandalia.
De pequeño ?así rezan las crónicas? perdí la del pie
siniestro cuando ayudaba a una vieja a cruzar la calle,
iba hacia su casa con un vasito transparente de vino
?de forma cilíndrica recuerdo? y por mera diversión
le metimos una especie de paja de goma que hallamos
en el suelo ?que debió de salir de un taller aledaño?.
Pues sí, desde pequeño me lo dicen, aunque si me paro
a pensar pienso que debe de ser por mi peculiar manera
de expresarme, tanto de palabra como de hechos.
Siempre he sido extraño, eso sí. Por las calles me llamaban
loco porque inventaba palabras raras, con sonidos no para
oídos adocenados como eran los que me rodeaban.
Me gustaba jugar con la fonética y la semántica, tirar

petardos en los bares cuando la concurrencia vivía el sumun
de la vacancia, con sus cervezas y sus tapas rebosantes
de mahonesa y lujuria.
Sí, es verdad, perdí la sandalia con solo nacer.
Me reían las gracias por la cara vista y por la oculta
me obscurecían muecas de desprecio, por lo loco.
Ponía motes al vecindario de lo más original e inaudito.
A mi madre me salió llamarle "Pozota", si me preguntáis
por qué diría mi completo desconocimiento, me salió así.
Así que aquí estoy, vago vagando el tiempo nadando
en la misma locura y heredando los motes que tuvieron
más raigambre en mi paisaje emocional ?hoy también
llamo pozota a mi hija de doce, sin olvidarme del que le puse
a un compañero de clase de tercero de primaria, al ver en el
suelo un envase tirado de arroz de la marca Lerén ?le puse
por tanto Lerele y así se le quedó en la vecindad?.
Ya otro día, con más tiempo y ganas, sigo desnudándome para
la videncia de este bendito sitio.

La quinta del sordo

El cuarto de ser,
no de estar.

Ayer se coló en un descuido, o te colaste
?no sé si seguir en segunda o tercera?.
Viste un resquicio abierto en la puerta de entrada,
las paredes desnudas del arte que las vestía,
desnudas también del calor de quien las moraba,
ya muerto desde hace casi dos siglos, su olor a pintura
no cesa por más aguarrás que le aplique la decencia,
la decadencia de las modas y los tiempos.
Ayer me colé ?¿sigo en primera, segunda o tercera??
por el quebrado que me ofreció la curiosidad, la historia
de un arte que fue denostado hasta la médula,
que hasta arrancado fue cuando las circunstancias
le concedieron lo que la academia denostó con saña.
Ayer te colaste, y te quedaste quieto mirando el cielo
que mira con nostalgia aquel perro tímido, que apenas
se da a asomarse a un horizonte que le empotra contra
una pared desnuda, infecta de carcoma y levita.
Sí, se coló ayer entre las páginas de una historia del arte
que fue relegada a los últimos anaqueles de la Biblioteca
Nacional, esa que adelantó de piedra a un todopoderoso

Alfonso el Sabio para bienvenir a quien se atreviera
a desafiar el equilibrio de sus silencios y bibliografías.
Ayer sí, ayer mismo fui pintura negra, negra azabache,
como el futuro del arte y sus postrimerías absurdas...

Demócrito

Demócrito de Abdera se arrancó
los ojos para pensar.
El tiempo ha sido mi Demócrito
y se parece a la eternidad.
J.L.Borges

No dejo de pensar en ti.
?admito que es una frase tópica y típica,
manida en las canciones de amor y pastelerías
de brocha gorda tan pródigas en estos lares?.
Tengo que arrancarme los ojos
como le hizo el tiempo a Borges.
Tengo que arrancarme el corazón
para mirarlo entre sus sangres y vísceras
y decirle: ¡Maldito imbécil, cómo has podido
caer tan bajo!
Sigo pensando en ti después de estos primeros versos.
Cierro la luz de este cuarto que me inunda.
Quiero sentir la franela de tu piel tildándome los conceptos.
Voy notando ?la no luz me lo facilita? como sube

por los riñones ese latido, ese momento en pepitoria,
esa comida a medio terminar de ese lunes de agosto.
¡Otro recuerdo me sube!, lo atrapo con la yema del pulgar
y lo traigo a la palma derecha de la mano, lo miro y remiro,
no me dice nada, no suelta prenda, sí, es de ese día
que con tus ojos me abriste la puerta, entré sin llamar.
¡Sí, por fin, ahora parece que no pienso en ti!
Es que la tormenta descarga el negro sobre un paraguas
olvidado en el trastero, pensé que el día reía y resulta
que su risa se tornó llanto de tanto reír.
Te quise, me arranco los ojos para no verte, te amé
como se aman a las gacelas y a los tordos en primavera.
Te quise sabiendo que una flor soporta el roce
una eternidad de quince segundos, después corre
desagüe abajo hasta el próximo cruce entre el quizá
y el lo siento. Lo siento, aquí, ahora mismo lo siento,
dentro, pero me lo saco para que se seque al sol,
a un nuevo sol que nace y muere y se deja las horas
en el reloj de la cocina, sin pilas y sin prisas, enhiesto,
viendo como te sigo haciendo las tortillas de siempre,
sin cebolla y mucho queso parmesano.
Amor, te dejo, voy a descansar de pensarte, solo una hora,
hasta que la cena me lleve al lecho y el lecho a tus besos.

Violetas

¡Leoncitos a mí!

El miedo llama al miedo.
De todos es sabido que si un perro te pasa por el lado
y te lee el miedo se acercará a conocer su causa,
no es que quiera hacer leña de un árbol que está
por caerse sino que la curiosidad no es patrimonio
exclusivo del ser humano ?de este discutible aserto
se sigue que si aparentas no inmutarte, si la apariencia
fuese pertinente en su caso, el perro seguirá su curso,
ignorante del secreto bien ocultado ?repito, en su caso?.
Esta introdución viene a colación del exergo que frontispicia
este escrito: ¡Leoncitos a mí! ?huelga, entiendo, la mención
de su procedencia.
Para congraciarme con la mayoritaria masa de este sitio
voy a aplicar lo susodicho a un tema de carne, amoroso.
¡Ahí va!
Apareciste magnífica, tu melena leonada,
tu vestido rozagante barriendo la indiferencia,
tus zapatos de punta fina Emidio Tuchi de charol
ardiente, resplandeciente, deslumbrando al curioso.
Me miraste, te miré ?no recuerdo si ese fue el orden

correcto? y una extraña energía me llevó a tus aledaños.
Me preguntaste los años y te contesté quinientos,
ayer mismo los cumplí, esperando este momento.
A tus palabras interpelando, mis cimientos tambaleantes
se postraron a los elementos, la gravedad nunca tan grave.
Te pregunté en qué trabajas y me contestaste que estabas
estudiando leyes, por lo visto, igual que yo, dije mintiendo.
Siempre acabo lamentando que el instinto salga
a mi rescate diciendo lo que no es cierto, no estudié leyes,
fueron las económicas las ciencias que me entretuvieron
un diluvio de siete años, fue sin querer, no me gusta mentir.
Le invité una copa ?no era cierto porque no la pagué?
y ella me invitó a sentarme cerca, para que oliera sus violetas.
Aquí me paro, ya continuaré cuando me venga en gana, porque
ya he escrito bastante, el jueves publico otra tontería para
que no me echéis de menos.

Maese Pedro

Tu farsa, mi farsa, cartón piedra...

Huyendo de la morisma me tienes,
oh, valerosa doncella, que mal me traes
por estos cerros de Úbeda, carne de valientes
y hacedora de leyendas.
Blando mi espada para que tu huida
sea pasto del éxito, fuimos amantes
de Teruel en plena Gran Vía.
La veneranda circunstancia que tanto afoga
?según del decir de don José? nos tiene aquí,
sumidos en este marasmo de sentires y placeres.
Cojamos el metro que ahí viene ya danzando,
dejémonos llevar hasta que en las cocheras pare,
escaso de vía, y nos arrumbe al amor y el desenfreno.
El alba apunta por encima de las Torres Kío,
deja que el sol nos salude desde el cerro Pelambre
y nos limpie de rocío y desdenes, el mar espera.
Para quererte tuve que destrozar el teatrillo
que la costumbre me contaba harta de títeres
y habladurías, tuve que destrozarme el oído
hasta repararme de nuevo tímpano y tripas.
Me levanté, y al horrísono decir del titiritero
tuve que oponer mi desvergüenza y descrédito,

de dos manotazos mandé a freir espárragos
a todo el elenco que con descaro me mentía,
y me emponzoñaba de bravatas y memeces.
Ven, súbete a mi caballo que tras de nosotros
vienen con rostros de deseo, de muerte,
de venganza tardía y en plato frío.
Ven, sumérgete en esta ducha que te ofrezco,
de lavanda y espliego, rompe tu vestido...
Nos espera un horizonte sin añil ni rubores
rojos y verdes, y malvas al véspero del quizás.

Pienso, luego tengo tiempo...

Veo cuan pienso.

Mi ojo es solo una excusa.

Te veo villana con harapos mugrientos,
ayer te vi reina, no sé qué pienso de ti.
Hoy, mirándote a esta foto, me choca
verte como te vi, una flor roja amapola
entre cardos borriqueros.
Al atardecer, cuando acuden las preguntas
al tintero umbrío del escritorio, me cuestiono
hasta las pestañas que me salvan del polvo.

¿Cómo pude ver lo que ví entonces, qué
pensaba de ti en esas postrimerías
de la inocencia?
Aunque ahora te vea más real ?eso pienso?
sigo apreciando la calidad de esa luz
que siempre destelló de tus pupilas,
esa energía enhiesta y agridulce
que explicaba el azogue de tu piedra
filosofal, esa lluvia cósmica
que se pronunciaba desde el pliegue
de esa mueca ?a modo de risa?,
ese surco que se perdía en el lóbulo
de tus labios y desembocaba en un lago
interior, sin salida al mar.
Esta foto que sostengo en la mano derecha
?en este preciso instante? es el epítome
de ese día, ese que estuvimos de piraguas
en el río Huéznar, las sonrisas a un viento
que auguró grandes futuras tardes y desayunos.
Éramos felices, la felicidad está en la espera.
Esperábamos la miel que se derramaba
de lo alto del cerro, ese que encajonaba el río...
Te veo villana, fregando los suelos de carbón
de la madrastra, de una cenicienta que solo
aspiró a quedarse cinco minutos más, nada más,
pero que se disolvió en las calabazas que el tiempo
le esgrimió como merecida primicia.
Te veo villana, pero ya no tanto...

Montesinos

Así pienso.

La vida es intemperie, solo intemperie.
No te engañes.
Salir de una cueva, estar solo, mirar
al cielo esperando una lluvia de oro.
La vida es esa lluvia que te cae por entero
y te baña, te empapa los temores
hasta tenerlos que poner a secar
en la terraza de sol que siempre espera.
La vida no es refugio, es sentir el frío
cuando hace frío, el calor cuando calor,
el viento cuando viento.
Me ofreces una cueva donde refugiarme,
el leño ardiente de tus abrazos, de tu pecho
que me ofrece dulce su leche.
Esta no es vida, la vida no es protegerse
del frío, de la soledad con otra soledad,
del miedo con otro miedo, no.
La vida es absorber ese miedo cuando
te eriza el vello, es convertirlo en actitud

para encarar el frío desierto que te ofrece.
Tu calor no es vida, es protegerse, es miedo.
Yo quiero vivir, sentir y morir por sobredosis
de pura droga, de una pureza que estrague
todas las murallas, todas las patrias y paces.
Si me ofreces ese hogar confortable,
donde no se vea el helecho harto de rocío,
harto de soportar los vientos del norte,
yo buscaré un espacio, me sentaré
como Rodin a su pensador e imaginaré
todas las aventuras que el hidalgo vivió
sin vivir, solo, en la profundidad de una cueva
ajena a cualquier rescate, por espacio de veinte
minutos que según Cronos fueron dos horas.
Si me ofreces la leche de tus pechos, otra vez,
me la beberé como si fuera elixir de dioses,
malvasía nacida de la Fuente Castalia, pero
después ?hecha su digestión? pertrecharé
mi rocín, llamaré a Sancho y me iré a imaginar,
en la deliciosa quimera de mi habitación propia.

De la Serna, Don Ramón Gómez.

La luna es el ojo de buey
del barco de la noche.
?Greguería?

La luna, ahora, está llena.
La luna, ahora, esta mañana
estuvo llena, lo ví al fondo.
Temprano, aurora arrebol,
ocho de la mañana, ventana
de una cocina caliente fogón.
La luna no quiere acostarse
porque está muy llena,
cenó anoche en exceso
y no es bueno acostarse
con el estómago lleno
?pensó ella cuando subía
a sus labios la copa sobre la barra
de Long Rock avenue, calle sesenta
y cuatro?.
La luna no tiene sueño, luce

su traje blanco, su clámide
rozagante de la fiesta de los quince
años, puesta de largo y no quiere,
no quiere dormir y olvidarse
de que ahora esta viviendo, ahora,
la veo al fondo de mi paisaje repleta,
llena de vida y le adivino una sonrisa
?quiero pensar que me la exhibe
con todos sus dientes blancos?.
Ahora ?a los sones de fondo de un tema
de cool jazz? imagino a Luna entrando
con sus largas piernas y dejándo caer
su arrogancia sobre la fría tapa del piano,
yo ?bajo su intimidación trepidante?
apenas acierto a pulsar alguna que otra tecla
para que exhiba su voz de alondra blanca,
la dejo hacer y me someto a su embrujo,
toco sin rechistar y sonrío, ella canta.
Cierro la ventana, la despido, sigue blanca,
llena, redonda, no se va a su lecho de cirros
y ensueños de arrebol rojizo.
La dejo y me voy con mis asuntos.
Le hago una foto con el móvil y la comparto
por whatsapp.
Le mando un beso y un recuerdo...

Dice Plinio

Dijo el bueno de Plinio Junior
que un libro ?por malo que fuera?
siempre guarda algo bueno.

Él es su palabra,
tú también, yo...
La palabra se posa en la tierra
de nuestra entraña cual semilla,
se espera el reposo conveniente,
se la moja y brota, fragancia
desprende cual olor a santidad.
Cuide él, cuida tú, cuido yo
de mis palabras porque ellas
deslindan los poderes de mi mente,
soy, es, eres, lo que tus palabras alcanzan.
El libro, un libro, ese libro, es un tesoro
de ellas, ponlo, pongo, que lo ponga
a buen recaudo sobre una estantería
de caoba, sin polvo que mancille sus tildes.
Un libro es un pedazo de cielo hecho carne,

pues encarna cual espejo la cierne
del sentimiento tuyo, mío, de él, de ella...
Un libro será una prolongación de tu sentir
en tanto refleje algún episodio íntimo,
en tanto sus palabras rezumen el pegamento
necesario para que tus dedos caígan presa
de sus pronunciamientos, de sus historias,
del color y el sabor que principian sus sonidos.
Él es su palabra, tu palabra, la mía, la nuestra.
El grosor semántico de la palabra que enarbola
un pensamiento ?y así todas unidas
en enjambre?dice del espesor del reino
que pueblan tus estrellas, de la capacidad
de tu contar, de su contar, de nuestro...
Por eso se entiende que la palabra empleada
es la neurona que se advierte, siendo su aceite,
su bálsamo y meliflua ambrosía.
Cuida tu palabra, su palabra, mi palabra, nuestra...,
que si así es ella cuidará de ti, mí, de él, de ...

Sobre Cicerón

La honra cría las artes. Cicerón
Prólogando al Lazarillo de Tormes.

En el prólogo al Lazarillo de Tormes se especifica que el poeta
escribe con motivo de ser alabado, que busca el cariño
mediante el claqueo del aplauso, la palmadita en la espalda
y el beso ?si nos ponemos a desear?, y que lo que mueve
y ha movido al arte desde el inicio de los tiempos ha sido acaso
la soberbia, el ego, la necesidad de reconocimiento ? especie,
dicho sea de paso, que se inscribe dentro de las necesidades
sociales que ya un tal Maslow plasmara sobre una excelsa pirámide.
El tema que me convoca ?por si el juicioso lector todavía no adivina?
es cómo el amor se incardina entre los pinceles, los barros y los verbos
para pretender la mezcla y la fusión humanas.
Parafraseando al sabio arpinate añadiría ?con toda la humildad
que se tercia al situarse uno a tamaña altura? que la fuente del arte
se aduna en los márgenes de un río llamado imaginación, y en la afición
que la circunstancia trae al ejercicio del escritor.

Andaba yo un día trashojando un libro de Johnattan Switt cuando
por ensalmo me avino el germen de este aserto. ¿Es verdad que el
nacerse en mí la escritura ha sido producto de la soberbia?
Yo me atrevería sin ambajes a afirmar ?desde el desconocimiento
de la conciencia? que no soy pueblo para tal huésped, pero es también
igual de posible que en el fondo de mis lagunas resida un adarme de eso
que llaman amor propio, o algo así.
En cualquier caso ?y lejos de desear el aburrimiento del personal?
el orador ciceroniano era buena horma para este zapato; que la frase
que como cabo de hilo enhebré arriba le viene como calcetín a pie
a su pagamiento de sí mismo, diciéndose sin mirar a un lado y al otro
como el mejor de los mejores de los tributarios del foro romano.

Del mito al logos

Fue un sueño desde mi celda.

Fue para mí un Mito.
Me hablaron de él como nebulosa
que se hiere de luz. Ectoplasma cardíaco.
Era como un referente místico, la hiena
que persigue hasta la parca al terne cervatillo.
Me fui desviando poco a poco,
como un rayo que zambulle su agua, hasta
penetrar el pastoso cemento de su logos.
Me repletaron de historias que referían
golpetazos de marejada, mástiles plegantes
ante el arrastre de un trino que se pronuncia
desde los fondos; cuerpos ictioformes
de renombrada sensualidad, mano en ristre,
dibujaban en el lluvioso aire un gesto,
un ademán hacía sí mismo invitando al abismo.
Me contaron bajo la penumbra de una melodiosa
voz la resistencia, las maromas que serpientes
de Asclepio ceñían el palo ensebado de mar.
Me cantaron que Sol apareció de su sueño,
imponiendo en su hijo Febo su tiranía cegadora;

y hasta refirieron que esos cuerpos esculturales
?fracasados de amor hasta los tuétanos?
se precipitaron al vinoso ponto hasta la disolución
de su memorias.
Sí, un mito fue él para mí, su astucia, su sapiencia.
Aprendí a enamorarme hasta hacerme con él uno.
Ahora, residiendo en descanso en esta mi Ítaca,
recuerdo con una sonrisa leve y certera los numerosos
y numinosos episodios que de estrellas constelaron
mi singladura, y los amores sin término que dejé
en cada puerto y que desesperan mi vuelta.
Aquí sigo yagando, viendo la bravura del mar
desde mi celda.

Lucía Martínez

Enséñame hasta donde alcanza tu pasión...

Sobre el tablao de Pepeíllo vuela.
Sobre una concha de madera se yergue,
altiva, con su azabache rizado poblando
sus hombros, terremoto en su pelvis...
Sobre el tablao de Pepeíllo sueña,
los ojos durmiendo la secuencia
de unos compases que de bulería suenan
?no está cansada, por eso con brío taconea,
no está cansada aunque recién la mancebía
dejara con sus mantones de plata?.
Yo, de embeleso sentado en la silla,
el patio temblando ante la teluria de sus manos,
su cara se arruga a los gestos del quejío,
mira con el fuego que magma sale de su nido.
Tierra negra y roja se rompe de fuerza
ante el sismo de su zapateo, seguiriya suena.
Ella sigue deshojándose a cada compás,
lo da todo aunque se haya dado en la mancebía

toda su esencia femenina, todo el saber de su flujo.
Yo la miro, mis ojos negros solo su dirección saben.
Ella parece sonreír solo para mí, parece que la siento,
me levanto ante el quite y le tiro una flor de deseo.
Ella la coge con la pinza de sus dedos, la huele profundo,
me la lanza entrando con alfiler en el ojal enchaquetado.
Termina la función y yo deseando su camerino
enlosado de margarita y centeno, todo patas abajo.
Me ve venir desde el espejo, orlado de bombillas led.
Se gira, se levanta y despeja de potingues la mesa matadero.
Se sienta y cual flor se abre primavera de entrelagos.
La beso en ambos labios, se derrite y recojo su esencia
en el vaso, que a su lado posa una flor roja, marchita, antaño.
Me la llevé al río, la función se ha acabado, sabiendo
que la mozuela que fue en otoño ya no es este verano...

Palabra, no poema.

La Poesía es el hallazgo perfecto,
es la búsqueda incesante
de un equilibrio imposible.
?José María Micó?.

Mi deuda ?que cada mañana saldo
en el desayuno de tostada y cacao?
no es con la Poesía, es con la palabra.
Una pequeña y antigua gama de tomos verdes
poblaban el bajo estante del mueble
que ahora ocupan mis libros de mesilla de noche.
Esos tomos fueron las primeras colecciones
de palabras que sintieron el correr de mis yemas
por los rugosos bordes de sus lomos, siguiendo
las enseñanzas del ejemplo de mi difunto padre.
Esos tomos completaron las curiosidades
semánticas de mis primeros libros, allá
por los albores de la adolescencia.
Ahora ?esos tomos solo vivientes en la desmemoria?

acuden a mi consciencia para pasarme la factura
sin fondos de mi idolatría, cuyo caer es el del agua
que no cesa de erosionar la montaña que se desvanece.
?Mientras doy tinta a estas palabras recibo los ecos
de una misa de Arvo Part, me tiembla así el medioevo?.
Como decía, mi deuda no es con la Poesía, ya que no soy poeta.
Si lo fuera escribiría el sonido de los colores traducido
a la fonética de una partitura, pero no puedo...
Si fuera poeta me pasaría el cepillo de cerdas
cada vez que se me eriza el bello ante el espectáculo
de un mosquito, que se posa sin que le delaten sus alas.
No me alcanza la sensibilidad, mi juego consiste en la palabra.
Colecciono palabras y trato de que se lleven bien, juntas,
solo eso...
Esos tomos verdes... fueron el nacedero de mis primeras palabras,
con las que erguí mis cimientos, los cimientos de esta savia
que ahora vuelco, y que me escuece, y por ello suelto.
Elevo un recuerdo a mi primer maestro novelario,
el primer libro del que tiene mención mi recuerdo:
El Camino del gran Delibes, allá por los eneros de mi bachillería.

Pa qué tanto mirá...

Siempre te lo dije chica,
tienes un misterio en el
hueco de tus párpados.

La conocí de día,
en el crisol que la luz
circuncidó sobre un roble.
La miré despacio, sonrojada
me dobló la mirada hasta el suelo.
La miré otra vez, ella inmóvil de necesidad.
La miré por vez tercera, empezó a acercarse, lenta.
Le miré por cuarta vez, entera, desde el nacimiento
hasta la desembocadura, me pidió fuego, no tenía, no fumo.
Le mire por vez quinta, los zapatos de charol azul, a juego con su
camisa a rayas blanca y azul, como si fuera onubense de Onuba, se acer-
có aún más, me preguntó mi nombre, se lo di ?no se lo dije, se lo di para siempre?.
Le mire por sexta vez, el bajo muslo y la alta pantorrilla, me dio la espalda para apreciarle
lento el trasero, le di mi aprobación y mi teléfono por si necesitaba fortalecerlo.
Me preguntó la edad, el desempeño, el estado civil, el carné de identidad, el número de la

seguridad social, si la declaración de hacienda de ese año dio a recibir o a deber...
Le pregunté por qué se acercaba tanto, me dijo que porque tenía deficiencia congénita en el ojo izquierdo, y el derecho de pequeña, al soplar la vela de su quinto cumpleaños le saltó una chispa y se le quebró el nervio óptico.
A continuación me replica preguntándome por qué le miraba tantas veces, le dije que soy miope del tercer ojo y lo que veo por él no acabo de creérmelo del todo, por eso repito y repito hasta que mi cerebro me da el okey.
Terminé mi copa, terminó la suya, llevé mi copa al fregadero, llevó la suya al suyo, me fui, se fue, cojí el primer taxi, ella el segundo, no la vi nunca más, ella sí, toda su vida...

Valiente gilipollez...

Toda sencillez guarda tras de sí
un complicado enramaje.

Que parezca sencillo es lo complejo,
eso decía el más horro de la fiesta,
que tirar fino es difícil de ballesta,
lo más factible es que falle el trebejo.
Decía que de ejecución queda perplejo
el que osa sacar todo pecho y se desinfla
como torpedo que vence un terne aparejo,
porque lo que madre Naturaleza desquita
que no haya dios que tache segura honra
que no devenga a la larga en dura la sonra
que en las comidillas de plaza la frente quita
y la cerviz agacha, corriendo vuelve a su casa
el que el rabo entre las piernas de león lleva
y que, cuando la ocultez consuela, suelta asa.
Aquí os dejo esta gilipollez de soneto.
Con esto ilustro la pretenciosa afición
de más de uno ?entre los que no me salvo?
de confundir las peras con las manzanas

cuando a lo de epatar en letras se refiere.
Ya decía ?y a eso aludí en otro de mis escritos?
que el gran Góngora reconocía la deuda
contraída con lo oscuro, que le dio fama
y celebridad de por siempre.
No pretendo aludir a nadie salvo el que
se sienta aludido ?como es mi caso, que así
me siento y estampo por ello la página
mancillada con estas letras contra la chapa
de mi atestada papelera.
Bueno, os dejo ya de dar la brasa, ya he dicho
lo que tenía que decir.
No me echéis demasiada cuenta, por favor.

Nunca... Siempre...

Solo una muerte temprana es llave,
que abre de eterna juventud.

Nunca.
No pude, no pude nunca superar,
soportar tu temprana muerte,
cuando tus lirios brotaban apenas
de la nada, de tus tiernos cotiledones.
No puedo, no dejo de recordar el estruendo
quedo de tu sonrisa, a las tiernas horas
de un sueño que no prende, que no agarran
las manecillas de la noche, te apareces...
En un claror peregrino sobre la pared frontera
te me apareces, como aureolada de verde toga.
Tus ojos refulgiendo en llamas me llaman
a levantarme y prenderte a un lecho de espinas.
Tu boca ?en virtual desespero? me clama,
me reclama calor contra el recio frío del averno.

Nunca.
Se cuentan ya años desde tu asunción, calendario
que no pasa en el tráfago proceloso de mi mente.
Son ya en meses más de ciento, pero fue ayer,
un ayer de hace solo un segundo, un nanosegundo...
Tu decir, tu hacer, tu aconsejar, tu fresa de labio
pronunciada tras cada sílaba, cada sinécdoque,
cada hipérbaton que digno de mi dios gongorino
vuela al cielo cuando tu poesía me venía a ver.
Nunca, sí, nunca, un nunca que se va tiñendo
de siempre con el paso de los siglos, siglos
de menor latido que el esplendor de una rosa.
Te me apareces, a la siempre puntual hora
de mi desvelo, en medio de una noche tempestuosa,
de naves surcando montañas de sal al clamor
de unos cantos de sirena, que soporto al mastil
como un jabato en celo, pero muero, y agonizo.
Nunca, pero siempre penando tu inexistencia.
Pido a Hades que me haga descender al filo
de lo imposible para rescatarte sin mirar atrás.
Sigo temblando a las claras de un día sin sueño,
sin concilio ni tregua, transido de ausencia.

Sí señores, bien oído está

Silbo sin aire

Yo nací mujer, sí, como lo oyen.
Una mujer en una cárcel de huesos,
carne y arena, venas y estiércol,
sangre y herramientas de misterio.
Una mujer de músculo enhiesto
en las postrimerías del viento,
con el tiento de rezar en propósito
de desencadenar este sufrimiento
de pelo en pecho y pene erecto.
Nací mujer en el hospicio equivocado,
en el cubículo cierto de un vientre materno,
en el pergeño erróneo de un genético
milagro que en panes y peces anda suelto.
Soy una mujer, de barba recia y mentón
cual anguloso mascarón de tierna popa.
Sí , como lo oyen, como tú lo estás oyendo...
El cuerpo es un vertedero de cartas marcadas
y bostezos, de recuerdos tuyos y ajenos,
de elementos... que se confabulan
para ofrecerle al sociopolítico universo

una faz, y un deseo, un visible aspecto,
mas encierra cual melocotón su carnaza,
su desvelo, su erizamiento de vello
y sus agallas, que rojas enrojecen de miedo.
Sí, señores, así soy yo, una mujer de membrudos
miembros y caderas sin guitarra ni mareo,
sujeta al quizás de un jarabe de hormonas lleno,
con melena de azabache morena y moruno
recuerdo, sintiendo correr por mis adentros
la carga de siglos y de gargantas requiebros,
y de quejidos que viene del norte del estrecho
y del norte de la vecina Marruecos, de diario olor
a especias y jengibres que del zoco quiero, y deseo
mi cultura, mi sangre, mi sexo, mis vientos...
Rescáteme la ciencia y mi sentido común,
y las leyes que de hombres son y para hombres se hace.
Sí, así, soy, y así haré el camino de los elefantes
hasta el valle del socavón y definitivo entierro.
Yo... nací mujer, oyen bien, y ténganlo en el cerebro...

¡Quieto todo el mundo!

Camino de Ronda.

Siete de la mañana, excursión, sexto de primaria.
Todos como borregos de un autobús atestado, canciones, chiquillería
candente, alegría de un ahorro de materia, solaz y salacidades apuntadas.
Siete y media, las ruedas enfilan la carretera a las ruinas,
una ciudad avisada del esplendor de antaño, de piedras, mosaicos rica,
Itálica su nombre y su seña, meriendas en ventas aledañas, profesores
pastoreando la manada dispersa, orden y concierto, respeto al pasado.
Doce de la mañana de hace cuarenta años, hartos de latinismos, historia
y etimologías regresamos al descanso pernero del asiento, autobús
de dos colores esperando en la paciencia y el refresco de una sombra,
plátanos y tilos dando conversación y contando las bondades del pretérito.
Doce y media, pies en tierra, la alegría del asueto dibujando el rostro,
padres esperando de vuelta del trabajo, carteras y cartapacios separados
del rigor de la espalda y depositados en las manos olvidadas del hacedor.
Una de la tarde, 1981, veintitrés de febrero, la circunstancia pintaba bastos,
el destino a un adarme de darse la vuelta y mirar hacia el recuerdo fresco
y sórdido de los muertos, la guerra, el bozal y la mordaza prendidos de las fauces.
Dos y media de la tarde, la televisión disparaba y vestía tricornio y noticias.
El rey habla, desbarata la borrasca y el sol ?que escondido? sale a salvo.
Todo vuelve a su sí, no hay vuelta atrás...

Torre de pizzas.

La sangre de los fósiles.

Aquí, a orillas del Arno.
Luz y piedra, esplendor de antaño, ganas de conocer,
viaje con Antonia, compañía grata y placentera,
nido de amor entre sábanas blancas, Hotel Constanza.
Avión tardío toma el vuelo, ilusión, incertidumbre,
un hiato de glorificación en las piedras que esperan,
su mercado, sus inclinaciones gravitatorias, su Duomo
de un blanco y ocre estrafalario y majestuoso, viejo
puente que vio nacer la bancarrota, un río de cana larga
y poblada sobre sus labradas mejillas, un río tormentoso,
lluvia primaveral a modo de arrebato repentino, el sol

vuelve a tomar la inciativa en la batalla meteorológica,
las escaleras nos conducen a la parada y fonda, abundante
maleta y equipaje disperso sobre las laderas de caoba
que dominan la estancia, ducha y emperifollo, salir y ver,
turismo de catetos coleccionistas de estampas y recuerdos.
Palomas torcaces ?ya que las blancas solo en mi tierra?
nos salen al paso exigiendo su pitanza acostumbrada, no
vuelan, esperan la ración como estudiante a la sopa boba.
Duomo a los pies, Santa Croce y su stendhaliano síndrome
amenazando la obsolescencia programada.
?El sonido gregoriano que me envuelve en esta entrega
me incita a seguir esta secuencia de pinceladas sin nombre?.
Cruzamos la corriente acuosa, nos paramos en las tiendas
del Vecchio malbaratando el sudor de nuestras frentes,
trattoria y gazpacho, más palomas mensajeras ?no exagero?,
vuelta al campamento base, ducha, tendimiento, descanso
sobre colchón de leche merengada, kamasutra al ristre, épica
y retórica, celebrancia, puro y copa, y siesta reedificante.
Así... todo el finde.

Canales, mi apellido.

Si no quieres romperte por dentro
tienes que hacerlo por fuera.
?Parafraseando a Ramón y Cajal?

Me abrí en canal.
Así fue hermanos, me abrí en canal para que un cabotaje
pudiera discurrir aguas arriba al incontrovertible Pacífico.
Me dejé las agallas en pepitoria.
Sí, las dejé nadando sobre el mar de su ausencia.
La fuerza que la voz imprimió sobre mi yugular
quebró de muerte la resistencia ultravenosa
de mi desazón, el grito de socorro fue su silencio.
Decidió trasponer el final de este episodio que os cuento,
dejó a vuelta de llave unas esperanzas sin espera,
el rímel derramado sobre la tapa del váter,
el olor a carmín impregnando el inicio del fin,
todo por amor al arte, gratuíto, barato y desasosiego.
Pessoa sobrevolando mis conceptos, el gorrete hongo
que le preside en sus fotos traspasando el viaje del tiempo.
Me siento en el bar "El Duende" sito en la plaza del Rossio

y me dejo pensar, al ritmo de las olas que esperan el estuario
de un Tajo sin desembocar, de un mostachito al rollo hitleriano
que le caracteriza y que le ahonda en el helor de su pensamiento.
Así fue bródeles, me abrí en canal hasta que Panamá
firmó su clausura, sigo en ascuas, bajo unas enaguas raídas
por la inconsciencia miró sin ver, ni oler, ni acariciar.
Mi voz no sale, espera su turno y su melodrama,
su entonación aunque no sea afinada, su pronunciación
que si no sucede explota, su angustia en barras, sin troquel
ni espada, sin manada ni bestia, sin lazada, sin escaramuza pelada.
Me dejé las agallas, y no siento las piernas ni las tablas.
Me siento, miro la estrella que la luz reproduce cuando brilla.
Me asomo, miro el verdor del parque, solaz y descanso, y pido venia.

Leerte

Tu corazón es un libro que sangro,
abro cual mariposa y leo con fruición.
?Don Antonio de Sevilla y Castilla?

Leerte.
Cada día, al amanecer el sol te leo.
Dejo que el sueño que dibuja tus ojos
?cerrados antes y entreabiertos cuando
notas que observo, fingiendo sueño?
se esparza en meandros, confluyendo,
parando el tiempo al iris atento de mis ojos.
Te leo, leo con detenida fruición el rabillo
travieso que se va despidiendo, hacia la sien
perversa e indolente que linda con tu oreja.
Leo las ondas que orlan la magnificencia
de tu frente, que van rompiendo contra
el estrecho aguacero que nutre tu hermosura.
Leo, las mejillas vencidas por gravedades ajenas,
que rinden pleitesía al espaciotiempo que se nos abre.
Leo, la pronunciación de tu barbilla, que principia
la maravilla de tu cuello, hasta abrirse de yugular

frente al valle de tu pecho.
Leo, y releo mañana tras mañana, aurora hoy, aurora
venidera y aurora histórica y antaña, siempre, tú,
mi primera lectura de este día, de aquel, de ese,
y la más profunda, sima que abre el piso que hollo.
Leo, te despiertas cuando cierro tu libro, me sonríes,
me muestras la espesura lechosa de tus dientes,
las narinas cual ventanas que esperan el viento...
Qué más decir cuando las palabras claudican...
al unísono respiro...

Yo te despojo.

Vete amor mío, viaja, y si vuelves
y me miras con los mismos ojos
dime que quieres morir a mi lado.

Vete lejos, desalójame.
Despójame cierto del cáliz de tu sangre,
viérteme cieno sobre el aura de mi carne,
ríndeme el fúsil, que enhiesto humea, negro.
Viaja, siéntete fuera del círculo que te tracé
apenas conocíte, mírate con estos ojos
que te llevaste y que no busco, porque no los veo.
Yo te despojo, en el nombre del padre, del...,
te despueblo del ayuntamiento que alto presidió
ese hiato que se abrió, en cuanto tú te fuiste.
Vete, despójate, pero si vuelves llégame
como un Ulises maltrecho, sin cetro ni posesión,
no vengas a vengarte de ninguna de las pretendientas
que pretenden mis alhajas, no, guarda cola y turno.
Anda, discurre sobre las aguas y pártelas si es preciso,

como Moises atrevióse en el desconcierto pétreo
de un desierto que vomita rojiza arena.
Si quieres volver ya sabes de mi paradero,
un paradero que aguarda en la esquina de la calle,
una calle amiga del puterío y la juerga, un paradero
que de mañana temprano sube a tu escalera
y te ofrece el pan y la sal que me negaste.
No mueras por mí, porque si lo haces la incógnita
de la ecuación nunca quedará despejada, nunca
veré en las esquinas de tu rostro las raíces cuadradas
de tus desvelos resueltas sobre el papel pautado
de mi farsa, de mi entretela raída por el desengaño...
No te mueras, pero si quieres morir, hazlo, por mí.

Comoquiera que fuese...

Háblame de aquellos tiempos,
en que los dioses bajaban el óvalo
de los cielos para dárselo a beber
a los hombres, y daban sus manos,
fraternos.
?Queriendo parodiar en parafraseo
un bendito pasaje de mi admirada Odisea?

Comoquiera que el sol se levante
?sea tras nublo o espléndido de refulgencia?,
seguiré queriéndote, como el primer bendito
instante en que mi mirada dio con la tuya,
aquella tarde de marzo ?recuerdo tal la estuviera
viendo ahora? que se hizo noche en tu presencia.
Fue de Semana Santa sevillana, antes con mi madre,
al pie de una iglesia de barrio oliendo el saludo
del palio de la Virgen de la Consolación y el Cristo
de la Sed, de tarde, muchedumbre, devoción,

rosas blancas, incienso ascendiente y embriagador,
paso alante, paso atrás, banda de música, campanilleros,
nazarenos de blanco en túnica y negro en capa, capirote
negro, descalzos, en calcetines algunos, cirios ciegos
todavía, y blancos, un par de horas y a casa, de noche
salgo, solo, como casi siempre, en busca de la sorpresa,
salgo con la vida, la vida me acompaña siempre, me dice
cosas al oído y yo le contesto, me suele sacar temas
para rascar el alma, de índole freudiana a veces, siempre
reconfortantes y nutritivos, llego al local de música sólo,
apenas acabado de abrir, con música ambiente para abrir
boca, van llegando gente poco a poco, llegó ella con otra
chica, después llegó un amigo que hacía tiempo no veía,
nos acercamos, una cada uno, ella quiso conmigo, la otra
no con él, teléfonos de por medio y cita al día siguiente,
jueves santo, de noche otra vez con más amigos, hablamos,
nos conocimos, seguimos adelante hasta el asiento de atrás,
primeras caricias, besos de terciopelo, sabor a menta y saliva,
el coche era suyo, conduce hasta su casa y me enseña cuán
bien decorada la tiene, yo le doy el visto bueno y firmo con
semen la revisión del gas, nos olimos para reconocernos,
nos juramos no separaciones ni desapegos ?no lo cumplí?,
desayunamos juntos ?no recuerdo qué? y dimos una vuelta
por el barrio ?para que fuera reconociéndolo?, abrí el romi,
un vaso preñado por un cepillo rojo de dientes.
Desde entonces, súmenle dieciocho años menos dieciocho días...

Instílame.

Entrégame tu música, cuéntame lento las horas
del arpista ciego, ese que acaudillaba los sonidos
como ínfimas gotas de rocío que instilan el aceite
del existir.
Terenci Moix. El arpista ciego

Tú música, sí, esa quiero.
Tú, lento, descaecer, el alto cerro
disolviendo el agua de tu manantial,
fría, sí, como témpanos de flor,
como sonidos sin garganta,
quisiera el íntimo existir de tu gota,
de tu inevitable y mutable esencia,
tu frasco de rocío, temblando a la mañana,
aceite graso, craso error de no morirte
en el cuenco de mi lecho, acaudíllame,
frótame con tus manos la esquina
de mi músculo y después, después sí,

siéntate de piernas en ángulo obtuso,
coloca cual última pieza de puzle el arpa,
y acarícialo hasta que Morfeo me clausure
despacio la persiana de mis párpados.
Entrégame, sí, el cuento de tus horas,
del enigma que bate tus sienes,
de la incógnita que explica tu álgebra,
y muéreme ciego, lento, despacio,
gota a gota de un rocío turbio y suspenso.
Cuéntame tú, Terenci, cómo era aquello
de la vida de palacio, historias de Cleopatras,
Tutankamones y akenatones que nunca fueron.
Si te vas ?tras me hube dormido? ciérrame
imperceptible el sol de la ventana, la puerta
corredera y llama a los pies de mi cama al viento
que cual venero salga del abanico.
¡Ah, se me olvidaba Terenci! Instílame hasta
el corvejón de mi memoria la presencia inmutable
de estos momentos, por favor.

Siempre tú, Marga

La estatua de alabastro, esa que posas
sobre el anaquel de tu desdicha,
está vertiendo lágrimas de sal y olvido.
Georgina y yo. Juan Ramón Jiménez

Te vi envuelto de tu aura de gran poeta,
con tu mujer felizmente casado,
con tu barba que abundaba negro,
pero que ya apuntaba a la blanca madurez,
tu mirada a veces perdida, ausente,
tu mundo interior, tan vasto y complejo...
Todo eso me hizo enamorarme sin sospecharlo.
No estaba ni remotamente en mis planes
sucumbir al efluvio sordo de tus encantos.
Me diste a leer, en la clandestinidad
de nuestra soledad cómplice, alguno de tus versos;
¡eso fue el mazazo definitivo!, creo que tu mujer
barrunta este sentimiento furtivo e indecente,
tengo que saber esconderlo en mi bolso,
en el recóndito hueco que se abre en mis narinas,
en el rabillo de un ojo que mira de soslayo...,

no sé como hacerlo pero debo.
Zenobia se apresta a atendernos de pasta y café
mientras trabajamos en nuestros proyectos.
Quiero hacerle un busto a tu mujer, dije a Juan Ramón,
así, como quien no quiere la cosa; él me contestó
sin palabras, con la levedad e intención de un gesto
que por antiguo era milenario y de sabia sabiduría;
lo entendí por aprobación y lo anoté en mi vademécum.
Después de cerca de una hora de francachela y arte
me decidí a marchar; volvería cuando mis barbacanas
fueran reparadas de tamaño asedio.
La lírica de Juan Ramón me caló tan hondo
que llegué a no saber distinguir entre pluma
y hombre, debatirme constante entre descaecer
de mi latido o enarbolarme esplendorosa
frente a un amor que se hacía fuerte, mando en plaza.
A mis escasos veinticuatro ?una chiquilla como quien dice?
tuve que prender el hierro hirviente de una bala
para darle cabida en mi sien.
Todo fue rápido, límpido, impetuoso y placentero,
fue entregarme a Cupido y al punzor de sus flechas
para el resto de mi eternidad.
Bendito seas Juan Ramón, por darme este amor
que solo yo sentí...

Atrévete

Abandona la molicie del sol,
instálate ?aunque sea por momentos?
al regazo de su sombra
y vive la fascinación del abismo
que se abre entre tus pies.
?Logos e Hybris?

Dame la mano, no temas.
No tengas miedo muchacho.
Acompáñame al otro lado de tu mirada,
donde no habita la costumbre,
donde las voces vespertinas
de niños que saltan a la comba
son sordas de solemnidad.
Tómame fuerte la mía, confía.
Vas a conocer el vero sabor de la vida,
vas a sentir el frío del metal
sobre el tierno desollar de tu piel,

vas a mojarte de profunda lluvia,
esa que nace de la intemperie.
Mira al cielo y abre de lleno los brazos.
Sonríe ante la consagración de este milagro,
siente como se derrite la incertidumbre
sobre el jubón cierto de la decencia,
de la norma estupefacta y carcomida.
Ven conmigo y acompáñame, no te defraudaré.
Ten el valor ?conmigo? de dejar la sucesión
de tu huella sobre este camino, todavía enyerbado
y difuso, de despoblado que no ve muralla cierta,
de posible bandolero y salteador, pero fascinante
por la magnificencia que consiste esta incertidumbre.
Atrévete conmigo muchacho, sal de tu cárcel de áurea
balaustrada y dinamita en pedazos la desconfianza.
Dame tu mano, no temas, será la primera
de muchas manos que me tenderás
en la próxima eternidad que te aguarda,
tras lo que impensable espera tras esa esquina,
tu esquina...

Píntame despacio...

Es ángel y marisco. Maruja Mallo
?El excelentísimo señor Don
Salvador Dalí i Domènech?

Fuiste tú, pintadora de sueños,
tú, sola, en esa inmensidad
que titilaba tu universo.
Tú, tu imposible paleta,
tú, tu violácea mueca
que traía de amarguras
al joven del veintisiete.
Tu pintar raro me tildó las sienes,
me engendró en el primer sentir
un extraño desasosiego.
Me hirió la terneza temprana
de mi ver, de mi respirar,
el olor a plomo que destilaba
tu estudio, tu recreo visceral
entre feromonas, salivas y acuarelas.
Tus escorzos, dejando arrinconado
a un lado hasta el mismísimo

cristo lamentante de Mantegna.
Desde la clandestinidad de mi ventana,
dando mis ojos al patio verdeante
de la Residencia, miro con intensa
pupila tu conversar con las chicas,
con esas que llaman las *Sin sombrero*
y la salsa ?esa que derrochaste
a espuertas entre la farfolla artística
de tus tiempos? se me vierte río
sin caudal cierto pero rugoso,
que me empapa las chorreras
y desemboca jadeante en los postreros
tercios de mi compostura.
Me limpio las babas y recompongo el oído,
para seguir fonema a fonema, sintagma
a sintagma, la gramatología de tu pensamiento.
Aquí dejo fecha y firma por tus respetos.
Inmortal y amiga. Desdicha y honra, genio
e ingenio, derrotero incierto. Marisco, etéreo
mar y lodazal expuesto.
Con amor y lloriqueo de marica te dejo...

A colación de...

Mientras que la afirmación aisla,
la pregunta une.
?No recuerdo quién la acuñó,
cuando la oí me pareció sugerente
y aquí que la traigo a colación?

Adoro aislarme, afirmar, afirmarme.
Adoro ponerme un cerco de baba
de caracol en derredor,
marcar un territorio que no pertenece
a nadie, ni a mí siquiera que fuese.
Adoro dorar el mobiliario que parapeto
se alza para protegerme de los venablos,
de la sarta de sandeces que surgen
de otras bocas, de mi misma boca,
y que cada día soporto con denuedo,
tal si Tántalo un día cualquiera
alcanzara por fin las aguas y las manzanas

que les fueran sustraídas desde el manantial
de los tiempos.
Adoro aislarme, sí, pero asimismo confundirme,
confundirme, sí, con el otro, el que interpela
del otro lado de la pregunta, del signo corcovado,
ese que te insta a inflexionar la voz cuando no quieres.
Adoro fundirme en el mismo río de palabras
que el que me acompaña deja a la gravedad
como las aguas romanas en sus acueductos
?por cierto colosales obras de ingeniería
que valen la pena conocer a fondo: os sugiero
el programa de TVE *Ingeniería romana*?.
Reconozco, sí, que soy de afirmar pero no resisto
la seducción y la incertidumbre que una pregunta
abre al espacio del verbo, como la vida misma,
que es mirar por la ventana a un paisaje impresionista
e impresionante por lo que pregunta al espectador.
Sí, es cierto, soy como un Tántalo castigado
que aprovecha el descuído de Zeus para beber
un pequeño sorbito de ese agua bendita, prohibida
y prohibitiva, el adarme suficiente para que ni siquiera
él se dé cuenta ?mi hybris me rebosa los búcaros?.
Pues sí, así es y así se lo he contado. Os cuelgo esta línea
de vida ?que no telefónica? que he inaugurado
para aquel que ose leerme.
Adeu.

Dolor y Filosofía

El pensamiento
es el padre del dolor.
?Le pega a Schopenhauer,
pero San Google no me lo
confirma?

Dicen que mejor no saber,
que no saber es no pensar,
que pensar te carga la conciencia,
que si te paras a pensar en ti
te das cuenta de todas tus pequeñeces,
de todas tus miserias e imperfecciones,
que son mayores a borbotones
que las grandezas, que no las valoras
por cierto, que cuando te pones
una camiseta blanca, impoluta y se posa
por azar una mota negra sobre el invisible
entramado de su lana, dejas de ver la pureza,
la inmensidad, la inmaculabilidad de ese blanco,
y solo ves negro, pozo, miseria, guerra, muertos,

sirenas que avanzan de rojo sobre un mar
de semáforos buscando desembocadura
en el hospital más próximo, un desastre,
un psicologismo aniquilador, nihilismo a ultranza.
Dicen ?que digan? que pensar es la antesala,
el cuarto de estar de la desdicha, de la mueca
azul que se engancha a la comisura blanca marfil
de tu boca, de la suya y de la mía, y de la de él.
Soy hedonista, mejor estoico, y la vida es pensamiento,
es gestión del pensamiento, es poner cada sensación,
cada latido de la sien en un torno de alfarero
para marearla, darle forma, que el barro fresco,
arcilloso, que seca la piel al abandonar su agua
se te pegue a la membrana hasta ser otra piel,
segundo tegumento sedimentario y fundamentador,
retrato en blanco y negro de tu analogía, sí, darle
forma, el vivir es un arte según dicen en la tele,
en los libros y en los telediarios, pensar, sí, colocar
la ropa en los armarios para que quepa toda la colada
y ninguna tenga que caer en manos de un ropavejero...
Dicen ?bueno, que digan lo que quieran? que es mejor
no...

Aires juanramonianos

?Sorolla?

Hace unos días recibí una carta.
Mi ama de llaves me acercó a la mano una misiva
que entrañaba el interés de un célebre retratista
en inmortalizarme en su estudio.
Este retratista, que gozaba a la sazón de fama
incluso internacional, deseaba tenerme entre
sus piezas de colección ?su nombradía cruzaba
el océano hasta la mismísima Nueva York? y yo,
que entonces empezaba a saborear las mieles
del parnaso, me dejé llevar y allá que me desplacé
a Madrid, donde vivía y gozaba del momento.
Le contesté afirmativamente nada más que mis quehaceres
me dieron tregua y emprendí viaje a los pocos días
de enviar la correspondencia.
Me desplacé temprano de Moguer a Huelva para enganchar
el primer tren que me llevara a la pronta Sevilla;
allí hice unas compras para avituallarme consiguientemente

y haciendo tiempo para la salida del billete me engolfé
en la lectura de un libro, de poesía simbolista francesa,
tan de moda en aquellos años entre la vanguardia artística.
Por incidencias sobrevenidas en la mecánica ferroviaria
el tren se retrasó algo así como treinta minutos, circunstancia
que me vino al pelo porque me recompensaron con la gratuidad
del billete, cosa de agradecer porque mi economía no era
precisamente boyante.
Al llegar a Madrid sufrí, apenas bajar del vagón, una bofetada
de ruído y desenfreno, los coches circulando a velocidades
inusitadas para mi tranquilidad pueblerina, mi recién estrenado
traje amarillo sol temiendo las salpicaduras de la prisa...
Encontré no sin preguntar el estudio del maestro.
Todo lo demás lo puede entresacar el espectador
de la pose tranquila y descansada que adopté bajo una ventana
que daba a una especie de limonero, recuerdo de mi tierra.

El barbero de Picasso

Me crece el pelo
Me siento en Valauria,
Mi amigo Eugenio
me corta la barba.
Hablamos del tiempo,
de esto, de aquello,
de España, el exilio pesa,
el alma arrastra hacia la frontera.
El loro suena canciones que llaman
a este pobre corazón,
malherido de nostalgia, el suyo...
también palpita, el exilio pesa,
el tiempo pasa y el pueblo apresa
el alma, las raices se enmarañan
tal si fueran sargazos de Malasaña.
Eugenio me habla y me habla,

mientras que el pelo cae
y ralea la barba, el loro sigue truena
que te truena viva España, los rojos
contra los azules enzarzando las entrañas,
yo le digo en un momento de éxtasis:
Eugenio, arregla el petate y vámonos
para España, cojamos a la familia
del brazo y crucemos este rubicón de saña,
de maledicencia y de ganas,
y convenzamos a policías y ladrones
del helor y el horror que engorda la añoranza.
Tras la esquila me levanto, el billete de peseta
en la mano ?dejamos el franco para el francés?
y me voy de enhorabuena esperando germine
la flor de esta siembra.
España ?mucho es repetida en esta tienda?
levantará sus enaguas
para abrirnos sus puertas.

Ojo por ojo

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.
?Proverbios y Cantares?

Ojo negro, amarronado, zarco,
verde mar, verde oliva, azabache...
Ojo bañado en almendra, ojo lunar,
de luna menguante, creciente, llena,
ojo que sonríe, que arruga su comisura,
que recela, que se enoja, que abre
su pupila, que te abre las puertas,
esfinge que te da permiso,
que te perdona la vida y no te devora.

Ojo que tiembla al terremoto
de un deseo sobrevenido, ojo...
que cierra y abre sus alas cual pájaro
de buen o de mal agüero,
cielo que se sienta a la lumbre
de un hogar que leñea de madrugada,
rada que abraza mi barco, que encalla
ante el bajío que yergue tu mirada,
ojo el tuyo, el mío, que llave y cerradura
se ensamblan como antesala
a una enrramada de besos y escarcha.
Te miro, te estoy mirando
sin que tu ojo sepa nada,
tú trajinas, te agachas, te enderezas,
te sientas ante la pantalla,
hablas como si alguien te escuchara,
blasfema por los santos y los papas,
y ante ese espectáculo de gracia
yo me persigno y me prosterno,
sin que nunca en tu inopia te percataras.
Aquí te dejo mis ojos, haz lo que quieras
con ellos, son tuyos y sus nervios
serán cables que descoracen tus legañas.
Mírame, te miro, ojos de gacela engalanada,
fíjame postrera tu entraña en el ojal
de mi pijama, y déjalo cocer, a fuego lento,
detrás de aquella al fondo fogata.
Ojo es ojo ?tuyo, mío, suyo, de ellos,
de él, nuestro, vuestro, a, ante, bajo...?
si te ve, no importa si tú lo ves...,
dejémoslo aquí mejor, estoy desbarrándome
lenta y seguramente por este desfiladero
de sinrazón... Me callo... me apeo de este río
en este embarcadero.

Esa magdalena

De mañana temprano.
Las agujas del reloj siglo dieciséis
de la cocina se escorzan al murmullo
de los pájaros, se desperezan tras una noche de eternos
tictacs hasta un retemblar de presentes y pasados.
Me despierto al olor abuélico de una taza de café,
el dulzor disuelto se disipa en el hervor azul del aire
y llega hasta unas narinas aún dormidas y durmientes,
me destapo resortado por ese aroma y brinco sin sentido
hasta la cocina, magdalenas alazanas con copete y cresta
azucarados de caña y miel.
Un toque de canela no se deja añorar tampoco, concita
el desayuno todas las pinceladas que el impresionismo
alberga en un libro de historia del arte.
El primer sorbo es el que queda ?dicen los cronistas
y puritanos?, y al primero siguió un segundo y un tercero
con no menos avidez y rememoranza, otros años asaltaron

mi todavía acezante consciencia, disputándole la hegemonía
a la descaecente legaña...
Mi abuela ?gran amante y hasta epígona diría del malogrado
Proust? ilustra la experiencia en el acorde nostálgico de un
gramófono vintage herencia de su a su vez abuelo, coloca el
agujero de piedra sobre el minúsculo obelisco que se alza
desde el centro y rueda sonando la magia envolvente de la
Sonata de Vinteuil, inaugurando así el primer episodio de los
panes y los peces, la síntesis, antítesis y tesis del hedonismo
decimonónico. La magdalena se deshacía en elogios ante el
discurso ácido y pugnante de una saliva que a borbotones
iba capitulando, a medida que el asedio iba cumpliendo su
desenlace; el café fue notario perpétuo y vociferante del acta
de defunción de una farsa que por cierta pareció como sacada
del hígado de Andersen Consulting and Corporate.
Transcurrido este segundo de magia volvió la realidad como
cualquiera sirena que avisara del acaso y con pantalones y
camisa se vistió el personaje que en mí trajina y gana el pan...
Ahí dejo esta impronta para ustedes, mis escasos y más valiosos
lectores.

No viendo...

Quien mira sin ver,
ve claro.
Simplemente Pessoa.

Me asomo a su ventana.
Miro su cielo, a lo alto.
Pierdo la vista
para que el ojo
descanse.
Preciso de soltar la mente,
son horas de trabajo incesante,
sobre el blanco pantallazo
de un pc exhausto de píxeles.
Las nubes me sonríen,
juegan con un cielo
que tiende al violáceo y al malva.
Las siluetas aladas de tantos pájaros
me invitan a seguirlos...
Me enfundo la ropa deportiva,
esa que inconsútil
no resta libertad a los movimientos,

salto al vacío desde su alféizar
y justo antes de diluírme en la nada
suelto a volar mi imaginación.
Me coloco ?guardando paciente
el orden de llegada y jerarquía?
detrás de la última golondrina,
la sigo no sin dificultad ?su destreza
y velocidad están aún a años luz
de la mía? y me dejo llevar
a nidos desconocidos.
Me paro ?cuando todas nos paramos?
a acaparar ramitas de olivo y algo de barro
que se hará adobe, y así confortar
un hogar, sin cocina ni baño, sin tv,
sin aparatos eléctricos pero con el mismo
calor...
Llevo volando la friolera de cincuenta
años, de nido en nido, de verano
en verano, de golondrina en golondrina.
Asomada a su ventana me despierto,
vuelvo ¿Dónde lo dejé?, me siento,
coloco en el centro la pantalla,
doy a intro y me introduzco, de nuevo...

Té quiero

Una mujer es como una bolsita de té.
Nunca sabes lo fuerte que es hasta
que se encuentra en agua caliente.
? Eleanor Roosevelt ?

Té quiero.
Elevé mis ojos sobre la bolsita
pegada al vientre de mi madre
para verte.
Jugabas a la comba, al escondite,
al pilla pilla y no sé qué ristra
de juegos de esos que abundaban
en aquellos años donde se corría,
en que los niños se hablaban
y miraban a los ojos del otro,
en esos cuando el banco del parque
se ocupaba solo para descansar,
y en los que las cosas se decían
en persona, no por escrito.
Ya de mayor, cuando las hormonas
se apoderaron de mi sangre, te miré
como se mira a una yegua

que se ofrece de jarra donde derramarse,
me gustaba hasta el horror seguir
a tu esponja verde mar deslizándose
contra la autopista de tu piel dejando
un cerco jabonoso y pompeante;
me gustaba el momento posterior,
cuando te disolvías bajo una ducha
telefónica hasta hervirte el alma,
hasta el rojor coriáceo del sabañón,
resistiendo un desierto mil veces
más cálido que cualquiera de los atacamas.
De pequeño, al tenor de tus evoluciones
juegueriles te presumía fuerte,
de miembros membrudos y contorneados
de una belleza rayana en lo apolíneo,
pero ahora que te conozco comprendo
cuánto lo eras, y no solo en lo concerniente
a lo visible ?lo material y fenomenológico?
sino a lo inmatérico y espirituoso.
Tu activismo, tu dación a los demás,
tu comprensión jesucrística me abruman
aún, ya pasados todos los lustros...
Gracias por las mañanas de placer temprano
que me brindas, cuando me despiertas,
tu olor, que me trae remembranzas no vividas,
de antepasados seguro andalusíes
que llegaron hasta mí de las tierras
de las naranjas; me siento contigo, con pastas.
Me gustas más cuando te vistes de verde
que de negro, o rojo, caliente, hervíbora
y bífida como una serpiente biunívoca.
Dame solo un sorbo de tu esencia,
Solo eso, tu escozor en la punta de la lengua,
tu acre visión del placer...

Critícame

Castillos en el aire.
Fortalezas que nos tapan las vergüenzas.
Mi defecto soy yo mismo,
no oses señalarlo con el dedo
porque ese dedo corre peligro.
Soy un árbol que ha crecido
sobre el error de los vientos
y el escaso sostén de sus raíces.
Me he hecho hojas sobre tronco
venciendo la gravedad y el rigor
del meteoro, soy el que ves,
defendiendo mi castillo, mi parcela,
mi trozo de suelo, de donde tengo
a bien nutrirme, en respeto con el otro,
que está cerca y necesita como yo
de la nutricia tierra, de un cielo

que por ser de nadie es de todos.
No oses señalar mi flaqueza ?llámalo
defecto, desacierto de la genética,
escarnio proteínico...?, mejor acúnala,
protégela, compréndela, porque si tienes
esa deferencia para conmigo recibirás
el agasajo del amor que me consiste,
de mi abrazo, de mi calor, tributo merecido
ante el vituperio que suele circunvalar
la acusación social, la contemplación
de un defecto que se presta al desahogo
del débil, al bullying callejero ?no me gustan
los términos aglosajones en mis escritos
pero no me atrevo a castellanizarlo; mejor
sí, me voy a atrever, bulin? y tantas miserias
que puntean de negro nuestra grandeza.
Para cerrar decir, y recordar, que si me ves
un error, sea de la dimensión que fuere,
compréndeme, porque si te caigo bien debes
agradecerlo, ya que lo que soy se ha construído
sobre él ?si no lo tuviera y fuera como crees que
es correcto a lo mejor el producto que se deriva
de ello no te caería tan bien como este que te
escribe?.
De todas maneras prefiero siempre una mala crítica
que un buen alabo, porque la primera me aporta,
la segunda solo me impulsa a agradeceros vuestras
palabras, que no es poco pero para mí menos.

Él

Se nos despidió Él
como había vivido.

No se nos dijo que fuera terminal,
pero así fue.
Una mañana Él se sintió mal,
se apoyó en la cama, se tendió
y me llamó para que posara la mano
sobre su vientre, un vientre marcado
de cicatriz por una operación de apendicitis,
cuando empezaba a ser joven.
Me decía que advirtiera cómo de punzante
era el latido, pareciera que el corazón
se le bajó para desdoblarse y así atender
con sucursales a las necesidades de sangre.
Se vistió y lo llevamos a Urgencias, y allí
terminó sus días, solo sesenta y seis.
Se decidió la intervención como única
escapatoria ante el desvase que se avecinaba.

Tras unas cuarenta y ocho horas de cuidados
intensivos se decretó que era la hora de la sentencia.
Nos estuvo enmascarando su miedo con la defensa
de la chanza, de la broma y la ocurrencia, tan típica
en Él. Llegó la hora, de mañana, creo que fue un día
catorce y la operación a vida o muerte ?la tensión
en la sala de espera se cortaba con un bisturí? lanzó
al aire la moneda y salió cruz.
Recuerdo cómo venía por el pasillo empujado
por el personal quirúrgico, con una alegría fingida
que pretendía insuflarnos de un ánimo que apenas
ocultarse tras la puerta del ascensor se esfumó
como unas chocolatinas a la puerta de un colegio.
Le hicimos un pasillo tal si fuera un triunfador olímpico
y nos respondió con las palmadas del que agradece
el agasajo, aunque la procesión por dentro cumplía
su viacrucis.
Han pasado más de veintidós años, y yo aquí, viviendo
en el que nombraba a boca llena como su "Palacio",
y recordándolo, y recordándome con ÉL.

A la deriva

Se le hundió su memoria
y emergió por sorpresa.

Era un barco a la deriva.
No me recordaba,
mi fisonomía era ajena
a su biografía, soy su hijo,
fruto de sus óvulos,
sangre y lóbulos de sus lóbulos,
quejido de su quejido,
hambre de su hambre,
ajeno a sí, pensé en la eternidad
de un instante que la llave
que acercara al cerrojo de la puerta
fuera quizá una llave maestra
y la puerta fuera extraña, mudada
de lacería y festones de distinto
labrado, de otro caoba, de otro...
Acerqué mi mirada a la suya,

introduje mis pupilas en sus pupilas
con ánimo de escudriñar el misterio,
el olvido, el borrón y cuenta nueva
que acontece cuando las cuadernas
del navío sucumben ante la broma.
Viajé por su óptico nervio
hasta la eléctrica desembocadura
de su encéfalo, desolado, Numancia
tras el definitivo asedio de Escipión.
Viré hacia el hipocampo, donde sí
hallé respuestas ?no en vano allí
se alza el hogar de los recuerdos?.
Leyendo la genética crónica del desastre
tomé para mis adentros la esencia,
la razón y causa del varamiento.
Con las cartas en la mano ? y fungiendo
de neurotransmisor? corrí hacia el escenario
de los hechos y ?con no poco trabajo?
reanudé lo que colgaba en el vacío.
El viaje de vuelta fue una suerte de Ítaca,
una miscelánea de sabores y sinsabores,
hasta que me retiré de sus ojos para que
pudiera reconocerme; y así lo hizo.
Mi subsiguiente sonrisa coloca cual mejor
epílogo el broche de oro a esta odisea.

Yerra

Fracasa mejor.
?Samuel Beckett?

Aprender
Progresar
Dar paso tras paso
en el camino asignado.
Tropezar, sin tropiezo
no hay vuelta a empezar.
Si una piedra daña la punta
del zapato pararse, y pensar.
El yerro es la bestia,
el ogro a batir, apartad
ese caliz de mis labios,
vade retro, nihil obstat.
El yerro es el arcángel
que nos anuncia una buena nueva,
que nos abre los ojos a un paisaje
claro y soleado allende la senda,
el equívoco es glóbulo de mi sangre,
tu sangre, su sangre, y no debe ser
extirpado con fórceps ninguno.

Fundemos una nueva religión
que tenga como único dios
el error, y sus adláteres sean
el despiste y la desatención;
esa sería la mía ?yo, que soy descreído
hasta la médula, que comparto
con mi padre Cervantes el ateismo
cristiano sin ir a misas salvo en bodas
y bautizos?. Decía que esa religión
sería de la que me revestiría de sotana
y casulla hasta ser su obispo, no de Roma
?que ya con la que tiene tiene bastante?
sino de cualquier otra ciudad que presentara
digna candidatura.
Os animo a hacer vuestros votos
y consagraros a su culto con toda la fibra
que guardan vuestros corazones.
Aprendo
Progreso
Doy paso tras paso
Me caigo y me repongo
como un tentetieso,
y corro si es preciso,
cuando el guijo del camino
me permite y concede
a mis pies el descanso.

Escucha

Nos dijeron que antes, cuando la madrugada era verdad,
se escuchaba en el patio el rumor que dejaba el azúcar
cuando subía a las naranjas.
?El mago y real Gabo?

Todo es ruido.
Ruido en la calle,
en el interior de las casas,
a la lumbre de las radios antiguas
y los decrépitos televisores
que tronan tonterías.
Los árboles de la ciudad
claman en silencio, la prisa
se cierne sobre sus voces
como velo de Maya.
El reloj se pronuncia
sobre el orbe de nuestras cabezas,

el incesante tictac en el centro
de la muñeca nos insufla cual pila
la energía del robot, mirar siempre
de frente, con orejeras de caballo
que en la plaza asesta sobre el toro
punzadas de muerte y desaliño.
Pongo, al pasar como río que arrastra,
el oído y su oreja sobre la fusta
endeble de un naranjo, y escucho.
Escucho, decía, el ascenso de la savia
rica en nutrientes y nitrógenados
para que sean sazonados en la cocina
del ático, colchón de hojas y laurel.
Escribo sobre mi vademécum esa sabia
advertencia de la tierra, el brotar
incesante de un néctar al margen
de cualquiera de las escuchas.
El ruido de fuera nos ensordece,
no es nuestro sonido, es el del frankenstein
que hemos dado a nacer para catafalco
de nuestra estirpe.
Oigamos el crujir de nuestra amígdala,
cómo suena el hambre en los intersticios
cuando proclama su venganza.
Aprendamos ese lenguaje, ese es
el que nos falta...

Ayer por Sevilla

La espera del descubrimiento anula el tiempo,
el conocimiento de lo venidero lo alarga
hasta el infinito.
?Me atrevo a parafrasear a Machado en diciendo esto:
Nuestras horas son minutos cuando esperamos saber,
y siglos cuando sabemos lo que se puede aprender?

Estamos en la semana de Feria, sin real.
Digo sin real porque el recinto que la alberga desde mil novecientos
setenta y tres está clausurado por el dichoso bichito, excepto las atracciones
de música estridente, gritos y muchedumbre de niños y padres que llamamos
«Calle del Infierno», ?que parece ser que Dios ha deslizado sobre ella un velo
protector para suspenderla de infección y riesgo, los feriantes tienen que comer?.
El caso es que ayer, paseando por la ciudad, me vino a las mientes la Feria de
Málaga, que se celebra en agosto y que llena de gentío las calles céntricas de la
ciudad con su arteria principal a la cabeza: la calle Larios.
A falta de pan buenas son tortas ?se dice mucho por aquí?, y la Feria se instaló
en una suma de bares y restaurantes que se engalanaron para la ocasión cual si fuesen
casetas rayadas de lonas blancas, rojas y verdes, con farolillos de infinitos colores

?que por cierto pueden hacer las veces de mascarillas? y vino fino y manzanilla corriendo calle abajo entre guitarreos y bailes por sevillanas.
A mí que me gustan la bullas y la energía alegre que brota de ellas disfruté como si llevara entre las manos un palo de algodón azucarado y pantalones cortos, como sorteando las meadas y cagadas de los caballos y escuchando el reclamo del piribiribí del cláxon para montarme en los coches locos.
La situación no me gusta, como es natural y pasa a cualquiera, pero la realidad se revuelve ante la adversidad dando una vuelta de tuerca y ofreciendo soluciones que de otra forma no conoceríamos y que, a pesar de los pesares, tiene su encanto vivirlas, pero ya está bien con una vez; el año que viene que haya Feria en su sitio ?aunque lo de la Fería en la ciudad me gusta, quizás más que apartada en una especie de gueto como es el recinto de los Remedios?.

Ese que...

Uma coisa é o amor, outra é a relação. Não sei se,
quando duas pessoas estão na cama, não estarão,
de facto, quatro: as duas que estão mais as duas
que um e outro imaginam.
?Antonio Lobo Antunez?

Sí, muy cierto Antonio, lo dices muy bien,
lo dices con esa cadencia que solo tu idioma
es capaz de conceder a las palabras, a las letras
que engarzadas dan con significados que cual
pinzas de ropa se prenden sobre las costuras,
sobre los vellos que se yerguen ante
las emociones subitáneas, aquellas
reacciones químicas que cual si fueran
muelles levantan el folículo del alma.
Tú mismo, Antonio, lo acabas de decir,
con mucho acierto por cierto.

Una cosa es el amor y otra la relación,
el amor es salvaje, es emergente
y no sabe tocar ningún instrumento
porque no sabe de partituras, no sabe
de leer arpegios y notas para pronunciar
una música escrita por otros, sabe tocar
de oído, sin papeles pautados ni escuelas,
ni conservatorios a más de cien grados
bajo cero; la relación sí sabe de eso,
la relación es poner al amor unas riendas,
atarlo en corto y dejarlo que desfogue
su violencia natural dando vueltas y vueltas
en un picadero, atado de la cuerda de un
dueño que se ha erigido en tal por la gracia
del hurto, caballo mostrenco que pacía fresco
en las laderas de la libertad, allá arriba, donde
la grama crece tierna, jugosa, sin aditivos ni
colorantes.
Sí, Antonio, la relación es la fórmula que el contrato
social se ha inventado para hacer del amor un producto,
una fuente de ingresos que alimente y dé nutricia
asistencia a los que nos nutren con patrañas y quimeras.
Sí, el príncipe y la princesa azules, estos que nos
acompañan en un lecho solo de dos cuando cuerpo
a cuerpo ajustamos cuentas, y nos engañamos...
o nos conformamos, vete a saber...

Voy a darle un aire poético.
Voy a comprimir toda esta perorata
para servirla en un formato más acorde
con el quid de esta página.
?Es que me he propuesto hoy, y también
el último día, el de la feria, cambiar mi

confortable tendencia a la escritura
espontánea con un falso ropaje poético?:

De qué valen mis labios ya,
si no los llenan los tuyos.
Para qué el amor,
si el estigma que te deja
en la piel es llaga
de Santa Teresa.
Amor versus Relación.
No quiero cadenas, solo tu caricia
caliente, de almohadas, sudor,
y preguntas.
Tú a mi lado, yo al tuyo, y la madrugada.
La ventana clarea la despedida,
el alba me traiciona, me habla de tiempo,
de un tiempo que no existe si tú existes.
Antes que el amor, el enamoramiento,
ese que vislumbra horizontes,
espejismos de carretera y asfalto
bajo la mentira de la canícula,
ese que ofrece a tu vista océanos
que desaparecen a escasos centímetros
de la verdad. Ese...que... se llora en silencio.

Indiferencia

En su barril.

Parece que el día se ofrece algo oscuro, el sol no obedece todavía a su aurora,
las llamadas de esta a la labor no parecen romper la sordera, las murallas
que el sueño fue tejiendo poco a poco desde que cruzara las puertas de lo
incierto, allá por las primeras horas del crepúsculo vespertino.
Mi espalda está hecha a la austeridad, mi estómago a la ausencia,
y mis ojos a la desesperanza, salgo ahora de este cilíndro leñoso que me tapa
el astro rey y me adentro en la ciudad, por algo que llevarme a la boca y por
caricias en forma de palabras que me conforten la sangre.
Me llevo el candil en las manos porque la luz no parece todavía poblar el aire,
mi pecho cárdeno y plata, ahíto, atezado de intemperie, se ofrece al meteoro
como acostumbrado, la lluvia ?cuando por estos secos lares tiene a bien
dejarse caer? me penetra por las rendijas que deja mi capacidad de sorpresa.
Dicen en los mentideros de la plaza que busco un hombre por las noches, que
con arrogancia y atrevimiento aparté al mismísimo Alejandro del itinerario
vital de un punto luminoso que allí a lo alto se alza, dando aliento.
Dicen, y me achacan con escarnio, que soy como cualquier perro callejero,
dicen que atiendo a mis necesidades como si la decencia fuese un capricho
de los dioses, como si el comedimiento fuese un obstáculo a la esencia

más íntima... ?¿qué puedo hacer si me asaltan los pruritos más elementales,
qué hago señores del alma?
Pues nada, resumiendo, como decía al principio de este fútil saludo, tengo
que levantarme de este lígnico lecho, carcomido por el ojo invisible del que pasa,
que niega la fajina que resta al aventar sus eras, la hojarasca del último otoño...

Una tarde de toros...

Para parar la sangría anual que desde la desmemoria de los tiempos
aqueja a la juventud griega, Teseo decide viajar en solitario a la Creta
de Minos para enfrentarse al comedor, al devorador necesario e insaciable
que zampa inconsciente del daño.
En esto llega a las puertas del palacio, Minos espera.
Minos ?. Te aguardo desde no sé cuánto tiempo,
¿Qué te ha ocurrido, por qué la tardanza?
Teseo ?. El trirreme que me trajo no anduvo aparejado
correctamente, se tuvo que hacer aguada en Naxos.
Minos atendía pensativo, sabía cuál era el propósito de la visita
y, aunque monstruo, guardaba cariño a esa bestia que arramblaba
a espaldas del mundo, no obstante era su hijo.
Teseo ?. No deseo perder el tiempo porque temo siga la masacre,
vayamos a la entrada del laberinto y acabemos con esto.
Minos ?. Te entiendo, la juventud ateniense arrostra unos tiempos
cruciales para la polis y se necesita de sus servicios.
Cojo las llaves y abrimos la cancela.
Teseo, con todas las precauciones del que ignora, da paso tras paso
cual si empezara de niño a andar, y los oídos aguzados hasta el punto

de oir cómo sus vellos se enervan de miedo.
Minos se va y lo deja solo ?aunque en la sombra se vislumbra una figura?.
Escucha el retiemble del empedrado bajo un ritmo que anuncia pronto encuentro.
Ariadna ?. ¡Coje esto! Me lo agradecerás.
Teseo ?. ¿Quién eres que no te veo?
Ariadna ?. Tu hada madrina, y a las doce la carroza se te volverá calabaza.
¡Date prisa en hacer lo que has venido a hacer!
Teseo ?. ¡Desde luego que sí!
Tan solo una milésima de segundo tras terminar el diálogo irrumpe bufando
el hijo, escarbando como un poseso y apuntando los cuernos contra un cuerpo
que era flan de huevo.
Teseo, hombre precavido a más no poder, guardaba en su faldriquera un capote
rojo y gualda y un estoque regalo de cumpleaños de su madre ?no por casualidad
se le llamaba en sus contornos el niño del Cerámico?.
La velocidad de embestida fue tal que su afamada habilidad de burlador apenas
le valió la libranza. Sacó a dos manos el capote, y ora a la derecha, ora a la izquierda
lo acabó por agachar de cansancio y darle a su merced el jaque mate.
Ya asegurada la faena prendió el hilo de su fervorosa amiga y desanduvo lo andado.
Minos lloró ante la noticia ?dada al alimón por los dos jóvenes? un mar Egeo.

Enamorada

No lo leas ahora.

Yago inerte, blanca,
tocada de encaje el sudario,
sus manos sobre el rosario
adelantaban mi cuello,
lo ponía sobre el pecho.
Zenobia también llorando,
el busto pendiente de hacerlo,
Juan Ramón incrédulo, levitando
en su perplejidad, preguntas
sobre la causa de todo esto
que quedan en el aire, en suspenso.
Tan joven era, y me doy temprana
muerte, mis manos sin barro
que moldear ni que cocer,
huérfanas de ideario, de sangre
enamorada que se vierte azul
sobre las chorreras de lo eterno.
Te llevaré a mi tumba Juan Ramón,
por de los tiempos lo eterno,
mi corazón no muere, el amor

vierte sobre sus aurículas y sus pecios
toda la salsa de un tictac certero,
toda la rabia de un vello erizado
que no vio en su corazón espejo,
de sus poemas quedé prendida
y de seguido de su alma, de su seso.
Mi testamento te dejo, querido.
Como no dispongo de caudales espesos
solo en conserva te encomiendo
las sales de mi memoria, recuerdo
tácito de mi sentimiento, padecimiento
constante al calor y lumbre de tus versos.
Perdón Zenobia por todo esto,
que me penetró de súbito sin quererlo.
Espero y deseo que el busto
que de ti es efigie sea justiprecio
a tus lamentaciones y desencuentros.
Gracias por concederme Juan Ramón
lo que hacia San Pedro me llevo...

La bestia humana

Denuncio la miseria humana.
Me dicen el Courbet valenciano y no soportaban mis ideas,
admiraban mi técnica pero no era del gusto convencional
de la burguesía, no era como Sorolla.
Preferí trascender, mirar hacia abajo, a las capas desfavorecidas,
a las niñas que sometidas a un crucifijo sexual de explotación
y mercantilismo debían enrollar bajo su vergüenza una humillación.
Su crédito como ser humano debía guardar cola de espera ante
la dictadura de la necesidad y el lucro.
Me decidí a denunciar al más defenestrado en esta sociedad ?a la más,
para ser más exacto con la frecuencia?, no como Sorolla, que pertenecía
al establishment y vivía de él.
El señor con bigote espera a que la niña ceda al peso del numerario.
?Me tacharon hasta el garabato por inmoral, por señalar a la explotadora
y al cliente, de una crueldad inhumana, indecente?.
La niña llora de negación, mira hacia dentro, hacia un mundo interior
que premia el irenismo, la decencia, al que quiere huir pero no puede.
Llora el sometimiento injusto, lacerante, por otra mujer...
Mientras espera el hombre celebra, se pone a tono, se relaja, una copa
de licor para animarse, el puro humeando miseria y abyección.

Siempre fui admirando y negado en las mismas proporciones.
Sorolla pintó escenas del pueblo, sí, pero nunca ?como sí yo? señalé
a los culpables ?al verdugo y al que le entrega su hacha? de que este
mundo no fuera el mejor de los mundos ?como querría Leibniz y le afeó
en su Cándido Voltaire?.
La niña llora, rechaza, pero sabe que le tocará hacer, irremisiblemente,
de tripas corazón y soportar el asco acariciando la tersura de su piel.
El mundo era así en mis tiempos, antes, y a buen seguro después.

Te pido la venia

Captatio benevolientiae

Es cierto que bebo de clásicos,
de clásicos de los clásicos
hasta remontarme a Homero,
es cierto que el lenguaje que empleo
no es de este mundo, acuático,
nietzscheano e informe,
es cierto que el significado
pierde adeptos, Bob Dylan aupado
al mismo pedestal que Juan Ramón y Gabo,
es cierto que escribo para pocos,
para aquellos que miran detrás
de la puerta, por el rabillo del ojo,
por la mirilla de la indiscreción
y el desacato, es cierto que leo...
?Aquí, en este instante, con vuestra venia
levanto el cálamo para explicaros algo:
" Siento que viajo a paso lento
desde la incógnita al claroscuro,
desde la tiniebla a la solana,
desde la palabra que consultarse debe

a la diafanidad de lo que salta;
y todo esto que me sucede
es fruto del caminar despacio,
del querer entrar en el mar
de estrellas que llena la bóveda
que guarda tu coleto,
?tu cerebro, tu corazón...?
Es cierto que este mundo es agua,
agua de mil formas y colores,
agua democrática a los vasos,
agua líquida, que fluye calle abajo,
es cierto que el océano
que me dio síntesis es roca,
hielo que se va derritiendo
y yo con él, y me adapto.
Es cierto, no puedo impedir
la debacle, la erosión del idioma
?de este egregio idioma
que nos convoca aquí, y ahora?.
Todo esto, me temo que es cierto.

Aurora

Si te obliga a mirar
es que tiene Aurora.

Su alegría, su vitalidad infinita,
inacabable, su mente...
Su cerebro, hervidero de neuronas
en continuo trasiego; es encender
un interruptor de su alma y prenderse
toda la bóveda celeste.
Es vida, vívida fenomenología,
es brillantez, interconexión trepidante,
es ganas de vivir, de seguir viviendo,
de querer asomarse a una ventana
que florece, el parque naciendo,
la luz del sol que pasa del rosa palo
al blanco intenso, abrasante,
deslumbrante, como ella.
Es sentada, son los cascos
que circundan el castaño
de su pelo, es energía, vida...
Paso siempre, a cada descanso,

el escaso instante que a cada hora
se me permite; la saludo a las cuatro,
la vuelvo a saludar a las cinco,
la toco al pasar ?no puedo evitarlo?,
me invento excusas para conectarme
a ella, para que mis dedos cual clavijas
entren en su poros, parasitando,
ávido de su eléctrico estar vivo.
Es engancharse, es depender
de esa endorfina que me extrae
con su estar, con su reír...

Son solo palabras...

Es la idea el germen
de la Poesía, no
la palabra.
Max Jacob

Lo expreso contra lo impreso.

¡Vendo palabras, palabras bonitas!
Quiero un kilo de estas ?dijo el filósofo?
¿No te gustan más estas, que quiero venderlas ya?
Es que llevan mucho tiempo aquí, en este cajón
macilento, marrón oscuro, y es que la gente

pasa, las mira, sonríe y se va.
No me gustan ?dijo el filósofo? porque no me encajan
en el molde de mi idea, son demasiado gruesas.
¿y cuál es tu idea? perdona el atrevimiento
?dijo el chamarilero?
Quiero escribir una historia, con final feliz,
al estilo de la mejor tradición de la anglosfera,
y esas palabras son muy reales, hablan de que no es
lo que parece, de que la felicidad no es el asunto,
de que nos echan a la vida como a una lagartija
y andando llegamos a la meta con más pena que gloria.
Pero es que es así, ¿no?
Sí, es así, pero si escribo es para que la gente se olvide
de que es así, no hace falta que le recuerde sus espinas,
porque al mirarse al espejo ven chorrear la sangre
por entre los ojos, quiero que durante el breve lapso
que dedican a la lectura ?que suele ser algo antes
de rezar para mejor dormir? se piensen en un edén
de esos de los oleos.
Te entiendo ?dijo el chamarilero?, te sirvo este kilo
tal como has elegido y te añado otro kilo de estas
que no quieres, pero no te las cobraré, llévatelas, no sea
que las necesites y no puedas bajar a comprarlas por aquello
de la premura, que está tan de moda.
De acuerdo ?asiente capitulando el filósofo?, me las iré
comiendo por el camino a casa, tengo ya hambre, me lo dice
el rugir sordo de este estómago que me llena por dentro...

Sin remite

La pluma es la lengua del alma

Me siento a escribirte.

He estado estos tres últimos días vagando,
de cuarto en cuarto, de cama en cama, en ti,
sin ti, dónde estarás pensando,
te fuiste cuando dormía, no tuviste el valor,
fue la madrugada quien te cerró mi puerta,
tus maletas esperando sin yo saberlo,
yo durmiendo en lo profundo de mi amor,
que creía seguro de tempestades y escarchas,
no me lo dijiste, no lo supe leer en tus ojos,
en tus gestos, debajo del párpado había un vacío
ahora que lo pienso, estabas a mi lado a mil kilómetros
y yo sin saberlo, ausente, a un año luz de tu quiebra,
de un abrazo que me pedías sin palabras, solo entiendo
las palabras lo sabes, no tengo la capacidad de leer
entre tus pestañas, entre las líneas de tu frente,
debajo de tu piel, no veo, no intuyo porque no veo.

No me dijiste...tuviste que aprovechar que no estaba,
o lo que es lo mismo, que estaba en la muerte
de las ocho horas diarias para escapar, porque eso fue
lo que hiciste, escapar, no dejaste ni siquiera una nota
explicativa, una misiva con letras historiadas que pudiera
guardar de recuerdo como marcapáginas de algún libro.
No tuviste el valor y lo tuviste si lo miro por otra parte.
Te fuiste a morir sola, no quisiste que siguiera cargando
con ese fardo de tu cáncer, ya terminal, sin insulina
que echarte a la boca, era linfático si no recuerdo mal,
o era leucemia, no sé...
Te quería tanto, y tú a mí, eso fue demostrarlo,
irte así, porque de otra manera no te habrías podido
ir, fuiste Helena raptada por Paris hasta Troya...
Sí, por fin me siento, y me desparramo
soltando lastre de amor, las heces del recuerdo.
Léelo por favor, si por un azar del milagro
te llega allá donde estés, lo mando sin remite,
sin cartero, sin sobre, sin rencor.

No saques pecho

No le vaya a dar a usted por ser poeta,
enfermedad incurable y pegadiza.
?Sancho a Quijote en el lecho de muerte?.

Si me llamo poeta llámome demasiado,
a esos que en lo antiguo bardo
llamaban era cual un chamán, desdichado,
dado al augur y a las artimañas,
al conjuro y a las hierbas que arañan
a la tradición de los campos y farmacopeas.
Llamarse poeta es llamarse mucho,
y si te lo llamas a ti mismo pecado
de Dios cometes, porque Poeta
es decir ese dios pero pagano,
no el dios de los crucifijos y las imágenes,
no el dios de las telas purpuradas y los santos,
no, digo del dios que reina el Olimpo
en compañía de sus adláteres y coetáneos.
Si me llamara poeta sería no llamarme,
ahora, si me llamara mirador de estrellas,

de puestas de sol, de lunas llenas
y tras ello sentarme, coger lapiz y papel
?cuando digo coger no es follar amigos
sudamericanos? y mandar mi alma
en cohete espacial al firmamento,
eso sí me llamo, es decir, jugador
literario que echa el rato y se evade.
Si te llamas poeta amigo, o amiga,
mira fijando la vista en tu ombligo,
penetra el epigastrio hasta las tripas
y juzga si el color de tu carne
es la de un poeta, o solo juntaletras
como lo soy yo.
Aquí y ahora me siento y espero tu misiva,
tu respuesta, tu sentencia.
Aquí.

Es cribir

Para no ser un ser sin ser, un vivir sin vivir,
por eso escribo.
Antonio Gamoneda.

Es sentarse en una piedra
del camino.
Es dejar al pie el zurrón,
la cantimplora y el hatillo.
Es prender en la mano
una cuartilla y echarse a sentir.
Es mirar al frente, al cielo
buscando musa.
Es dejar que la muñeca se atonte,
que no se oponga al torrente
de un verso, que te salpique el alma.
Es parar, pensar, a ver que se dice,
cómo decirse lo que se piensa,
lo que atraviesa la frente y la quiebra,
es no poner puertas al campo,
no censurar el ángel que desde la altura llega.
Es repasar lo escrito, repensar sin depredar,

es dar una razón a lo que el estro manda,
es leerlo en voz baja para uno mismo,
a ver si suena la gaita y sale del agrado.
Es suspenderse por unos minutos, una hora..,
es conectarse con un dios que nace dentro,
que no tiene escuelas ni aposentos,
ni iglesias ni conventos,
ni estrellas ni belenes,
solo tiene trenes, que a veces descarrilan
al azar del desaliento y al atrevimiento
de un descaro, que sale lento y se hace largo.
Es suspenderse del mundo de fuera
para mecerse en el de dentro, y olvidar recordando...

A ti, levemente

De la brevedad engañosa de la vida (1623)
Menos solicitó veloz saeta
destinada señal que mordió aguda;
agonal carro por la arena muda
no coronó con más silencio meta
que presurosa corre, que secreta
a su fin nuestra edad. A quien lo duda,
fiera que sea de razón desnuda,
cada Sol repetido es un cometa.
¿Confiésalo Cartago y tú lo ignoras?
Peligro corres, Licio, si porfías
en seguir sombras y abrazar engaños.
Mal te perdonarán a ti los las horas,
las horas que limando están los días,
los días que royendo están los años.

Cuando el maestro habla,
que el pupilo silencio guarde.

Escojo este poema entre tanta delicia
que el genio miel derramó y derrama
para nutricio alimento del que camina,
las horas, los días, los años desgrana
y analiza cual escultor de gemas
la huella que el buril impregna
sobre el necesario naufragio de la vida.
Gradaciones al final del poema
retratan y relatan al fenómeno
que holló las tierras cordobesas,
madrileñas y toledanas en la lontananza.
Sus hipérbatos colosales y tan cantados
por envidiosos como yo ?aunque diría
no sin ánimo de ocultar, que se trata
de admiración?, su síntesis conceptista,
que ya exhibiera un coetáneo suyo
y por ello célebre, el maestro Gracián,
su excelsa mitología que lleva a lo terrario,
y tantas cosas que me dejo en el tintero
porque el magín queda huérfano de sílabas...
Que el segundo de un reloj invisible
siga limando mis horas, con las horas mis días,
y con los días mis años si la vista, el oído,
el gusto y el tacto me dan para degustar a gusto
la ambrosía de tu cálamo, Maestro, paisano.

Esa ciega que va por ahí...

La florista ciega de Pompeya.

Corría la lava incandescente calle abajo.
Nydia, que así la llamaban, pintaba en su rostro
todo el horror que cabe en este mundo, las paredes,
los encalados de los techos y el artesonado lujoso
y bien contorneado que desde antaño envidia
de extranjeros y vecinos se rendía al fuego, desleídos
en la química fragorosa que contenía ese luctuoso río.
Las azucenas que restaban en su mano derecha en aquel
momento fatídico se dejaron caer, inmisericorde infierno
que mordía también de su clámide y alpargatas, ya gastadas
de tanta pujanza y tan poco pecunio.
Se resistía, lloraba la indiferencia de un despavorido gentío
más preocupado por ganar sus hogares que de otra cuestión
por humanitaria que esta fuera. Se apoyaba en la columnata
del pórtico, que acudió cual cobijo a su auxilio, y allí halló
momentánea tregua a su sufrimiento.
La ciudad rugía de desesperación ?homosexual el último

decían los más desvergonzados.
El destino le granjeo finalmente la suerte que en primera
instancia parecía darle la espalda porque bajo la techumbre
amiga permaneció incólume, como si una crisálida hubiera
decidido, en contra del curso de la naturaleza, posponer arrogante
la salida a este mundo, tal hostil e inhóspito en ese preciso momento.
Tras el fin del dantesco vómito despertó, continuó el lloro
en el punto donde fue interrumpido y emprendió un andar
huidizo, a ninguna parte, porque sus referencias arquitectónicas
de costumbre cayeron calcinadas a un empedrado ya desdibujado
por el rigor del fuego.
Fue la única superviviente ilustre, al decir de la crónica.

Lidia

La vida te da partituras,
sin instrumentos.

Ayer.

Ahí está otra vez ese chico, ese que me enseñó un poema,
si no recuerdo mal de un personaje del quijote, no recuerdo
si era Marcela, sí Marcela, me pareció interesante, escribe bien
y algo entiendo de esto, soy filóloga.
La semana pasada me topé con él en el bar de al lado, iba buscando
a Pedro, el chico con el que he quedado hoy y que está mirando
fotos en el móvil sin saber que tengo la cabeza perdida, ahora.
Está sentado en frente, me mira; ese chico es escritor le dije,
y le miramos, será que le gusto, cuando me encontré con él supo
mi nombre y fingí no acordarme de él porque ese día que lo conocí,
a finales del año pasado, dijo que tenía cincuenta y un años, aunque
me enteré cuando fui con mi amiga al baño, me llevé una desilusión
tan grande, no pensaba que tuviera tantos, sabía que era mayor que yo
pero no tanto, y me encantó hablar de literatura, ¿con quién puedo
hacerlo?, ¡es tan difícil encontrar a alguien que hable de estas cosas,
que a mí tanto me gustan!
Ahí sigue, está solo, el otro día también estaba solo y se nos acercó
al grupo de chicas que entonces fuimos a Sevilla a tomar una copa,

mi pueblo está cerca, me gustó el sitio y desde entonces, aunque
de vez en cuando, vuelvo; es atractivo también de aspecto, se nota
que se cuida porque está fantástico para la edad que tiene, pero yo
quiero tener una pareja, alguien con quien forjar una vida, soy joven,
pocos paso de los veinte, bueno veintiséis, casi me dobla la edad, y no
quiero enamorarme de un imposible, porque sé que si me abriera a él
acabaría enamorándome, pero no puedo, no debo...
Pedro es mono, quizás no tanto, ni tan apuesto, pero tiene una edad
que me corresponde, su tiempo es mi tiempo porque seguro que este
chico ?no me acuerdo de su nombre? ya viene de vuelta, seguro
que tiene hijos y no querrá tener más, querrá vivir la vida sin más
muescas que las que ya tiene en su biografía, y yo quiero ser madre,
es el instinto, no puedo evitarlo, y busco con quién.
Pedro, ¿nos vamos? Mira, ahí sigue, dando vueltas entre las mesas
buscando compañía, buscando con quién derramar ese maravilloso
tesoro que guarda dentro y que no me atrevo a tocar, por miedo...

Un mar derrama

La madre se desmaya.
Un trozo de su ser se desvanece...

Una muerte anunciada.
Consentida, saludada por una multitud
esclerotizada por el fanatismo.
Una multitud que bala los pronunciamientos
de los poderes dominantes ?dos reyes
no caben en un mismo trono?, que grita
la hecatombe, el descendimiento del hombre.
María de Magdala sostiene el dolor inmenso
de una madre que cierra a la imagen los ojos,
José de Arimatea espera en la retaguardia
el desencadenarse de los acontecimientos,
desdobla el sudario para que contenga impreso
la huella de sangre del sufrimiento,
un sufrimiento que será la espiga y la lágrima
de granada que prenda la mecha de la fe.
Exangüe, el verbo abandona su privilegiada
posición en la recta singladura de la oración,

se prepara para la venida definitiva,
para forjar cuadrilonga la primera piedra
que el Pétreo discípulo instalará a puro martillo
sobre cimientos que aún hoy perduran.
Se arroyan las lágrimas, surcos sobre el rostro,
lágrimas que desconocen la epifanía subsiguiente,
la manifestación definitiva y triunfal, Parusía.
El mundo siente resquebrajar sus bajos,
gigante con pies de barro...

Siempre salida

Cul de sac.

Salíamos de una fiesta.
De noche.
Estrellas asomando la cabeza
por entre las hendiduras del smog.
Cogimos a la derecha, nos pareció
oscura en una primera instancia,
seguimos la conversación y los besos
según nos aconsejaba el guion.
Seguimos andando sin advertir
que al fondo se cegaba la salida.
Tras el biombo de las tinieblas
se agazapaban dos muchachos,
con sendos nunchacos, el golpe
sería de órdago mundial.
Seguíamos hablando como si
el desenlace no fuera con nosotros,
vimos unas ventanas de frente,
no continuaba la calle, seguíamos
hablando, besando, acariciándonos

hasta el alma, el corazón, los glúteos,
las cavidades auriculares y ventriculares
de los oídos internos y externos...
Llegamos a la ventana y seguimos
andando, nos agarramos a los barrotes,
nos pusimos en perpendicular contra la pared
y seguimos hablando, besando, sobando...
Hacia arriba, llegamos a la azotea y seguimos...
Bajamos por la escalera hasta el portal
y seguimos besándonos el corazón,
el páncreas, el occipucio derecho...
Los biombos ni los vimos, ni los nunchacos,
ni las tinieblas, ni la violencia dibujada
en los rostros de los maleantes.
No vimos nada...

Soy Aire

Su dolor, mi vida

Eviterna noche.
Doce de febrero, miércoles
contracciones, espasmos, muecas,
húmeda espera, defecación,
sangre, episiotomía oxidada
de tijeras deleznables,
músculos abdominales al filo
del desahucio, fibras para claudicar.
Noche que Aurora aclara
desde la raída cortina pública,
sábanas de muchos partos, sórdida
composición en sus ribetes blancos
y púrpura, el rojo del amanecer
se desliza sobre el colchón
dando luz a la consecuencia.
Un cráneo acierta la contraseña,
la obertura recibe un aditamento
ferruginoso hasta vencer el gozne
de sus puertas ?ya me pronuncié

suso sobre la episiotomía?, un mar
cede a su marejada, una placenta dimite.
Una madre exhausta, un padre ignorante,
una hora para desayunar, para soñar,
para resarcirse de tan larga singladura.
Fue aire, Fui yo, pez globo.

Frida fría

Fue una bendición
del altísimo, me dio el color...

Meses eternos de convalecencia.

Casi mis sienes se derritieron contra el muro contiguo
de una casa; el tranvía no supo esquivarlo como es debido.
Gracias a Dios me vi en ese tranvía, en ese trance apocalíptico
en el que la vida me quiso poner ?gracias de corazón, gracias,
aunque suene irónico, gracias vida, a pesar del profundo
sufrimiento que me abatió desde entonces, y me abate hoy.
Diego fue sin duda un resorte, un cilc clac de eso que me latía
dentro sin saberlo, solo me faltaba la circunstancia para que eso
aflorara como afloró, con toda la intensidad de un mes de mayo
harto de aroma ?fue un regalo, y lo sigue siendo...
Bendito día de septiembre del veinticinco, Méjico ?recuerdo
ese día como si fuera ahora? se levantaba de una bruma que

pronto quedó en aguas de borrajas, dando paso a un esplendente
sol, maravilloso de solemnidad, tanto que me animé a visitar la
plaza, tomar un poco de vida lejos del quehacer y la rutina, sonreír
para luego sumirme profundo en la ciénaga de la limitación ?pero
lo tomo, y fue, como el viacrucis necesario a la gloria eterna.
Si lo llega a saber vuelvo a pie, respirando más del aire viciado
de esta ciudad que parece emerger de las sentinas de Satanás
?aunque mi amor por ella sobrevuela cualquier maldición,
como matrimonios bien avenidos.
Perdí los miembros y gané la vida, el color, la magia que yace
ahí dentro, donde no se sabe nunca y está tan cerca que no podemos
tocar a pesar de todo, esa magia que me salía de los poros en el estudio
de mi casa cuando tenía el tiempo, fuera de los quehaceres y la rutina.
Esa magia, ese regalo que Dios me dio a cambio del cuerpo...

Ventana y luz

San Francisco ya sostuvo que Dios habitaba
el alma de los animales, y por ende del resto
de los seres vivientes.
Baruc Spinoza no fue el primer panteísta
de la historia.

Tu luz no fue suficiente.
Tu luz sajaba a diario
los resquicios lenticulares
de mi ventana, de tu ventana.
Desde muy temprano subías a una nube
con quien hablabas, luego entrabas por entre los poros
del cristal y me traías la buena nueva de que el día
iba a ser radiante, porque la nube te lo había dicho...
Tu luz es la misma que Santo Tomás dibujó
en la suma completa de su clausura, una luz
que fue pintada desde la gracia de Fray Angélico.

Si me preguntas no sé pero si no me preguntas
lo sé, tu luminosidad servía de cargador al móvil,
de fuego a la vitrocerámica y de frío
al frigorífico ?que hace días tirita de ausencia
alimentaria; tu lumen fue cisco a la mesa camilla
de nuestra estancia, entre basílicas y altamiras.
Tu luz fue Dios llenando de sustancia
lo que sustancia al Universo, un universo
que ya es plural, que tiene compañía en la profundidad
de los confines y las constelaciones, como yo en el fondo
de esta sábana que todavía amarillea tu aura y tu aroma.
Déjame tu luz si te vas, tienes mucha y de sobra
para alumbrar cuantas habitaciones desees inventar,
cuantos fuegos y hogares hartos de leña quieran quemarse
bajo tus fotones, siempre manantes y eternos cual agua
que cae desde tan alto que carece de nacimiento, ni fin.
Tu luz ya no es tuya, me la diste porque me la pusiste
en mis pinceles, y lo que se da no se quita; ya es mía según
mis leyes y mis leyes no mienten porque están escritas
con la tinta de un calamar que puso pies en polvorosa.
Tu luz no fue suficiente
para colmar
el espacio vacío de tu recuerdo, de tus fotos...

R.E.M

He escrito una historia
mientras dormía...
?Yo mismo?

Los ojos se me entornaban
cuando trabajaba en un poema,
los párpados se iban desprendiendo
de sus cortinajes poco a poco
?tuve que dejar el vertiginoso
martilleo del teclado para besar
a Morfeo?, y recogí velas pulsando
la tecla de apagar ?para que el pc
se tome también su asueto?.
Cuando entré en la fase en que las pupilas
giran sobre sí mismas a una velocidad sideral
se me abrió la página sobre la que trabajaba
y continué escribiendo justo en el punto y coma
que interrumpí pocos minutos antes.
Sí es verdad que la temática tomó un cariz
excesivamente surrealista para mi gusto,
pero no pude evitarlo; mi voluntad en ese momento
brillaba terriblemente por su ausencia.

Se trataba de un hombre bien posicionado
que por los azares de la vida se vio envuelto
en un levantamiento marineril en medio de un Pacífico
atormentado, el capitán no era santo de la devoción
de la tripulación por sus prácticas esclavistas.
El caso es que tuvo que echarse al agua y quedar
a la deriva durante tres eternos días que tardó en pisar
tierra firme ?el hambre que llevaba a cuestas era digno
de autoantropofagia.
Al cabo de media hora desperté, cuando la composición
estaba perfilada y publicada, y me levanté a hacerla realidad.
Posdata:
Pueden seguir si lo desean la historia porque la autoría
no es mía ?no pasaría a quien recogiera el guante la minuta
correspondiente a los derechos de autor?.

Tejo y destejo

Así les dije y su ánimo generoso se dejó persuadir.
Desde aquel instante pasábame el día labrando la
gran tela, y por la noche, tan luego como me alumbraba
con las antorchas, deshacía lo tejido.

Tejiendo y destejiendo,
así paso el día.
Comiendo y descomiendo,
mintiendo y desmintiendo
cada palabra, cada gesto.
Así paso la noche,
viendo y desviendo
la bazofia que se mueve
sobre una superficie pixelada,
asomando y desasomando
el cuerpo por la ventana,
que en ocasiones me pide
un suicidio colectivo,
un desplomarse contra los andamios
que pueblan las calles ya a principios
de este verano, que se espera lluvioso
y tenebroso y aún caluroso como terma

de Caracalla.
Así paso la tarde, recordando la mañana,
dejándome nutrir por capitulaciones
que el ciclo circadiano me aconseja;
me agarro a un libro, a dos o tres
?de los que leo solo fragmentos, como
ya apunté en pasadas ediciones.
El paso que más me lastima
es el del nacimiento de lo vespertino,
cuando la tarde pierde su calidez
amarilla y se agosta como naranja
a la intemperie, como sonrisa sin espejo.
Tejiendo y destejiendo, enhebrando libertades,
entaponando ceras y oídos sordos, un Ulises
perdido y desbrozado de ilusiones, garbanzo
remojado y a punto de cazuela.

Hambre

Tenía ganas, muchas ganas.
Allí estaba en la estantería,
de oferta, a un veinte por ciento
de descuento, olía a pollo.
No estaba sola, formaba castillos,
guardaban una gravedad,
una simetría que impedía
la defenestración, los reponedores
atentos y Manzoni supervisando
la obra de arte, la comisión por ventas
era sustanciosa, defecante.
Miré a Manzoni primero,
luego al reponedor de turno,
luego al encargado, luego al gerente,
luego al director regional, al nacional,
al presidente de la compañía..., y decidí
meterlo en el fondo de la cesta,
que no se viera en el transcurso itinerante
de la compra por aquello del qué dirán,
muchos vecinos al acecho, críticas de patio,
vecindario en llamas, un torbellino de noticias...
Me la guardé en el fondo de mi vergüenza,
no la pasé por la cinta, no se dieron cuenta,
no pitó al pasar por el arco de seguridad.
Al día siguiente la llevé al Modern Art Center
de Wisconsin para ofrecerla en venta:
?me la aceptaron a cambio de un gran

puñado de pavos y la colocaron en lo alto
de un pedestal marrón oscuro, a juego?.
Hice el negocio de mi vida.

Comprender, magma.

La poesía puede comunicar antes
de ser comprendida.
Eliot, dejémonos llevar por el magma
del poeta.

Ese magma, que refiere la cita,
es un manantial informe,
un manantial que yace
en el valle más profundo del bosque,
un valle que no tiene lugar concreto,
que no aparece en las guías de viaje,
ni en las más prestigiosas ?como aquellas
Baedekers que hicieron furor entre los viajeros
británicos y estadounidenses del decimonono
siglo?, ni en las más...
La Poesía comunica antes de ser comprendida
y si no llega a serlo.
Todo lo que se dice comunica,
algo comunica porque el lenguaje
?que nos sirve de puente? habla
como habla el amante que mira
sin atrever el acercamiento,
sin atrever un hola me llamo...,
y dice más con esa mirada porque en ella

vuelca a manera de expresión sinóptica
todo el relato que le atraviesa la mente
en ese momento, y que el frío hielo
que se impone delante hasta las inmediaciones
de la amada se concentra de inmensidad
y dureza como en la más profunda Siberia.
¿Cuándo un poema es comprendido?
Nadie lo logra si comprensión significa
adentrarse en el fragor del poeta
antes del milagro creativo.
Nadie puede lanzar el aleluya
o el eureka que sellan el encuentro.
¿Cuándo un verso, o una frase, segrega
cual látex el derramar de su esencia?
Creo que cuando se zambulle en ese lago
que duerme en el alma del lector
y se hace agua de su agua, hoja de su hoja,
por qué de su por qué: Solo ahí está el quid
de esta controvertida cuestión.

Ella

Tiene solo doce, se acerca a los trece
pero sin quemar todavía.
Fue en tiempos de libra cuando nació
y la pluma ?en este preciso y tierno instante?
pinta un segundero que se derrama sobre Cáncer,
en las postrimerías de un junio soleado pero ventoso
y fresco todavía por las noches.
La recuerdo pequeña, con sus rasgos en la cara
todavía difuminados pero que prometían una belleza
no escandalosa, no, sino suave y tenue, como una brisa
que acompañara sin notarse un tranquilo día de playa,
esa que tanto gustaba de disfrutar en las riberas moribundas
del río Piedras, cerca del Rompido, en Huelva.
La recuerdo corriendo lodo abajo hacia la oscura orilla
de ese río, río costero y marchito de las olas y la consiguiente
limpieza que estas traen a las aguas; y los cangrejos por millares,
saliendo de sus escondrijos de agua y arena bajo las miradas
atónitas de los que allí estábamos y de ella, que le pirraba
sobremanera asustarlos sin nunca atreverse a prenderlos
por miedo a un salir de posible sangre de alguno de sus preciosos
dedos. La recuerdo...

Ahora, cerca en distancia física pero más alejada en lo que toca
al cariño porque el roce dejó paso al espacio, y con él al frío,
frío que trato que no llegue a gélido con algún mensaje de guasa,
con alguna conversación sin timbre pero sí con todo el calor
que cabe en la palabra ?no me gustan los mensajes de voz.
Fotos en mi retina, el verano en casa de su abuela, sus rizos
que borboteaban sobre una espalda que entonces era rama
fina de naciente arbusto y hoy es tronco recio, roble intenso
y marmóreo, casi alcanza mi altura...
Sí, la recuerdo, menos a sus hermanos; será porque la mirada
de un padre no puede sustraerse al imán del sexo, ese instinto
que un ser increado puso sobre nuestras copas para prorrogar
una especie que insiste en su suicidio.
Al son de estas notas de Satie que envuelven un aire que
a su vez llena la atmósfera de mi composición, me dejo
teclear como si mis dedos fueran cálamo antiguo, emplumado
e histórico, como tantos que fueron y que siguen siendo...
P.S. Prometo que la próxima será poesía ?que es lo difícil?.

Diomedes

Tú eres una diosa
apostada sobre el flanco
de aquel lienzo de muralla.
Eres una diosa que me mira,
sabes que he de disparar
un dardo de muerte,
sabes y sé que eres la valedora
de la resistencia teucra,
debo darte muerte
si quiero que Ilión
sea historia, no presente.
Eres una diosa sobre un sofá
de lujuria, de tersa seda roja
sobre labios que burbujean
como corazones sin ritmo.
Eres la reina de la noche,
entre algodones de nácar,
entre amigos que acechan
la debilidad de tu carne.
Eres concupiscencia
y yo martirio, inseguridad
e infierno que se cuece.
Eres sonrisa, alegría, vida,

vitalidad y pulsión, y yo,
¿Yo qué soy?
Soy un yo que se conjuga
en segunda persona,
o en tercera cuando tu ausencia
es ambrosía de los dioses.
Eres tentación, belleza
que se desliza pierna arriba,
hacia un monte que te dio
existencia y lumbre.
Yo inseguridad, posesión
sin pertenencia, obsesión,
temeridad sin toro ni estoque.
Tú eres, pero ¿Qué eres si eres esto?
Yo me voy, te dejo herida de muerte
en la arena de una guerra
que no es coso ni plaza,
sí es camposanto y hierba
que trasluce la marisma
y su desembocadura.
Eres viento y yo aire comprimido.

Sé sincera sinceridad...

La sinceridad es un búmeran.

Sinceridad espada.
Arma de doble filo
que reconforta y daña,
que reconstruye y ablanda,
que trasiega y espanta,
arma..., que mata lenta,
que alimenta, que desnuda
el alma cuando esta se niega,
que traspone el sol tras horizontes
no vistos en las postales,
que esconde un naranja azulado,
un amarillo verdoso que se agarra
al diente musgoso de una sonrisa.
Una risa o una brisa que nace
de lo más hondo, de una fuente
de agua no potable a veces,
otras de una potabilidad
que traspasa el cuenco de las bocas,
el lebrillo neblinoso del decoro,
el cristal bohemio de la apariencia,
el nublo constante de un guiño.

Sinceridad agua clara,
tan clara que duele al mirar,
tan clara que los guijarros
que descansan en su seno
son grava que araña el temor.
Sinceridad sí, mas vestida
con lentejuelas que encandilen
las cerradas pupilas de la creencia.
Sinceridad no si es desnuda,
si arrasa la sensibilidad
de quien debe recibir
su amargo y gratificante vino.
Dámela, a pesar de los pesares.
Yo sabré ofrecerle su cuna y abrigo,
su plato hondo y su covacha,
su silla para que se siente
a mi lado y me haga su amigo
?o su amiga, si eres tú
quien me escucha?.
Sí, ven a mí y mátame lenta,
con cuchillo de plata y hierba
fresca, corte seco; sájame
con tu olor a rosa evanescente.

Ríete

La risa? el próprium del hombre.

Risa sea.
Esa mueca, esa chispa,
esa quimera abierta
tras la próxima chistera,
ese cualquiera,
que destapa la tapadera,
que rompe los tambores,
que cuece esa salsa
que descansa de la siesta,
esa letra que salta,
que se agrieta en medio
de la reyerta y se tuerce
quieta, resuelta, disuelta,
y se evade, sube hacia los cielos
como helio prisionero,
hacia los ojos de las nubes,
hacia la comisura estrecha
que se expande y atiesa,
es esa..., una risa densa,
vital de vida y revienta

el aire que en derredor
se atreve, invicto, relente
sin gente, o con gente,
si te acuerdas del dicho
salta la liebre, los dientes
testigos del hecho y un trecho
hasta los ojos decidores.
Risa sea, espesa
traviesa y aviesa, atrevida,
decidida y grotesca, risas todas,
todas del humano ser constituyente,
consecuente, delicuescente,
enarbolante, las defensas retuercen.
Risa inmune, inmunizadora,
certificadora de numancias y troyas,
arrebatadora, prestancia, arrogancia
que abajo echa como de las torres
se han dicho más altas, arrampla
tempestades, disuelve ceras y orejas,
ulises surcados por sus maromas
se desatan sin miedo al cantar
de las sirenas, refrena lo insensato.
Risa, desata lo que atado permanece,
y escuece, escuece lo agrio que queda.
Espera, tiembla, rellena el silencio...
Ser siendo.

Ajax

La muerte de las ovejas sustraídas
a los teucros granjeó a Ajax
el descanso de su venganza.

Ante la capitulación de Aquiles, Ajax se concedía la pertenencia
de sus armas por los servicios prestados en Ilión, aunque
a la postre pasaron al astuto Ulises.

Atenea, patrona de los aqueos, dispuso un velo
de protección sobre sus tropas nublando
la mente de Ajax y haciéndole creer que
la emprendía contra sus malvados conmilitones.
Cuando la diosa le devolvió el juicio se hallaba
vengado y pretendiendo que lo obrado era
un sacrificio para los dioses.

La venganza dicen ?recuerda?
siempre se sirve en plato frío.
Tu rabia noche oscura, velo
sobre un hermoso rostro,
tu rabia levantó tus pestillos

y los hizo cancerbero inútil
de tus desvelos, me clavaste...
Fue de noche, el alba lejos todavía,
en el sueño que finaliza la frase
de un amor hecho en despedida.
Te enteraste, la víspera, malas lenguas,
engaño entre sábanas frías,
calor que se posó necesario
encima de la desdicha, no eras ya...
Sigilo todo lo puse, suficiente no fue
ante los rumores que como olas
insondables van y vuelven.
Discreción no conseguí, me clavaste..
y el alma gritó el canto del cisne,
un estanque lleno de hojas marchitas,
se acerca un otoño sin árboles,
sin crepúsculo, solo campiña abierta
y seca al horizonte, me clavaste.
Te faltó rematarme, el amor cual Atenea
te paró el prender de tus dedos sobre
un acero incandescente y tétrico.
Sobreviví a tu tempestad, te diste muerte,
no soportaste el abajamiento de tu yo.
Siempre amarte, cruzando la laguna Estigia
para posarme a tu lado y explicarte,
no llegué al atrevimiento de Orfeo,
no quise más eurídices que amenacen
mi libre estancia entre estos peñascos.
Sigue ahí, en mi recuerdo.

Paris

Si yo te quiero
ya te es suficiente,
lo demás no importa.
?Nieztsche cita en su Zaratustra
a Wilhem Meister?
?la cita no es exacta, es una simple
paráfrasis?

Si me he dejado recibir
de Cupido tus flechas,
si de un banco de ellas
solo tu flecha ha llegado,
ya con eso te basta,
date por satisfecha,
no pidas además lunas
que inalcanzables de altas.
Si eres Afrodita
a la vista de Paris
date ya por satisfecha,
no pidas aditamentos
que no me pertenecen,
que no son llave

para una cerradura
que no clausura su sacristía,
que no se aviene a convenios
exclusivos, a arcas de la alianza
que no son ni alianza ni arca,
que no abarca la cuarta extensión
de una mano abierta de meñique
a pulgar, que regular se adapta
a la carta que circunscribe
sus derechos, su libre albedrío.
Sigue el río que te fluye dentro
y zambúllete en mis aguas,
eso sí, llévate toalla por si las lágrimas
inundan la superficie tostada de una piel
que ya anda gastada de tanta llaga,
de tanto roce de yugos y cabestros,
de tanto siniestro que no se paga.
Te pido el placer que se vende
con moneda de una sola cara,
no letra pequeña ni contraindicaciones,
no erecciones que deban pasar
por oficinas ni consortes,
no resortes que impidan
que la matraca del acontecer
tenga topes ni golpes, ni desperfecto
que niegue las vueltas y vueltas
con sonido estridente que la caracterizan,
aunque solo sea para volver al mismo sitio.
No importa, quiero regresar a mi orilla
tras zambullirme con las sirenas,
por muy afinado que sea su cante...

Cuestión de alquimia

Solve et coagula.
?esencia de la Alquimia?

De saberes milenarios está poblado el Universo.
La Alquimia, o la búsqueda de ser Midas, alimentó
las aspiraciones de maravillas que obcecaron a más
de un rey de esos de corona pesada de oro.
En mi intención de entenderla me he disuelto
en mi propio orgullo, me he desparramado en plena
mar de empatía para tocar sus motivos, y los he
vislumbrado, pero no asumido, no he podido...
No dudo de su deseo, de querer que esta fuera
la historia de todas las historias que revolotearon
en su nacer pubescente, lo llevó a las máximas
expresiones para yacer varados en la próxima playa.
En mi caso no había quimeras ni ensoñaciones,
mi propósito era coagularme en el designio que la vida
puso en mi faltriquera como misión correspondiente.
Soy de toma a tierra aunque para conservarla tire
cables al cielo para conectar con la nube más próxima,
y duró, duró sobrepujando cualquier apuesta por

optimista que fuera, la querré siempre, y le deseo
lo mejor que un ser humano pueda querer para un
prójimo y más considerando lo próximo que de mi piel
ha estado y yacido, y sufrido y reído, amado y vencido.
Me disuelvo y me coagulo tras la disolución, para hacerme
fuerte en mi nuevo fuerte, protegido por un biombo
de una intemperie que ya conozco, y ya he leído, y me
apetece poco releer, mas no me cierro al designio, a la
incertidumbre que la vida dibuja a la vista del camino,
esa que es necesaria para seguir viviendo, esa que por
no desvelar lo que viene, por ser oportuno velo de Maya,
despierta el más inveterado y enérgico de nuestros instintos:
el de la Curiosidad.
Gracias por cruzarte en mi camino, has añadido la guinda
que mi pastel pedía para ser grato a la presentación y vista.
Cuídate y cuídalos cuan profundo sea tu cuidado, y déjame
vivir, y seguir la senda que mi genoma marca, y déjate ser
y vivir y sentir sin rencores, no siempre se gana teniendo
que el ganar no tiene porqué significar ganancia efectiva
?eso sí, el perder siempre lleva un precio beneficioso,
el ganar, no se sabe...

Pecunio

Byron consideraba vulgar recibir peculio
de sus escritos, y como él otros muchos
en su época. Ha de considerarse también
su desahogo económico aunque cargado
de deudas.

Un byron cualquiera.

Frente a la página en blanco
armo mis herramientas,
afilo espadas y rodelas,
repleto el negro tintero
y mojo la pluma de ave.
Frente a una página en blanco
me dejo desvenar como cerdo
en San Martín, abro fisura
en el alma, bocana al río

que me surge de las entrañas
repleto de plancton y clorofila.
Mancho ?a veces? la inmaculada
virginidad de la inocurrencia
con frases fuera de contexto,
y otras veces ?quizás las menos?
pareciera que un coro de querubines
baja alado para aventar un cálamo
que pronto se agrieta y respira
por la herida ?paso página.
Frente a una página en blanco
me sumo en mi cenote para achicar
sentimientos, me dejo desbordar...
Todo lo que negro sobre blanco queda
permanece en el recuerdo, el momento
que me suspendo vale en dicha
todos los dineros de cualquier ceca.
Todo lo tenéis a la mano.
Aquel que lo desee lo hará suyo
sin peaje ni terrazgo, y que lo disfrute
con el metal que he despreciado.
La suspensión y el éxtasis
en el que me dejo diluir
es suficiente pago,
no confundo precio y valor
?eso se lo dejo a otros.

Karma, lengua.

El idioma de un pueblo es la lámpara
de su karma.
?La lámpara maravillosa, Valle Inclán.

El destino, la energía que impulsa.
Mi lengua es mi caballo,
sobre su lomo troto,
su silla y sus arreos me sujetan,
dan campo y fonda a mi decir.
Mi lengua es mi tecnología,
herramienta, torno, barro
con que me mancho las manos
?y tras las manos los brazos,
las axilas y entra por el hueco
de las clavículas en el corazón,
marronando mis pensamientos,
mi capacidad de inventar, de crear,
de mentir y de fabular.
Todo se lo debo a mi lengua,
lengua que se hace cauce bajando
por el hueco que le presta el esófago,

llenando el estómago y digiriendo
cada palabra; su sustancia es quimo
a mi intención, y llega al intestino
para desaparecer como el macho
de una mantis ?dando la vida.
El destino, mi destino...
Aquel niño que miraba a la nada
desde la ventana ociosa de su aula,
en el silencio de un receso;
los borradores echando todavía humo,
la cabeza multiplicando una realidad
aún desdibujada, incierta, y que sigue siendo...
Aquel niño, aquella lengua que nacía
a una intemperie a veces de sol,
otras de lluvia intensa y marejada;
construyendo cabriolas en el aire.
Un caballo subiendo las escaleras
hasta llegar a una clase ya llena, repleta,
tarde, llegar tarde y entrar sin permiso.
Destino, lengua, incertidumbre, creación,
construcción, impulso, la nada o el todo...
No sé.

De picos pardos

Como viajar sin ver.

Un libro, un buen libro...

Diez de la mañana.
Biblioteca de la Facultad, estudiando para un próximo examen.
Todo era silencio, ni siquiera un leve bisbiseo que acompañara, que apuntalara
los conceptos que a duras penas iban entrando, todo concentración y compromiso.
Algo de hambre.
Me entró algo de hambre cuando trataba de desinextricar el melocotón
de uno de los temas principales ?de esos que sabes que van a entrar.
El esfuerzo de entender equivale a correr cuatro kilómetros ?pensé?.
Aparté el recado de estudiar y delimité un conjunto vacío para disfrutar
del asueto, de los sucesivos bocados que iba a emprender sobre un bocadillo
que yo mismo me preparé en casa y que por tanto, el desliamiento del aluminio
no iba a depararme sorpresa alguna. Me lo comí sin pensar en álgebras ni éuleres.
Limpié la mesa con el interés de un cirujano sobre una pieza anatómica y proseguí
hacia el descubrimiento del enigma; el melocotón se me resistía, pensé en acudir
al departamento para que me extendieran ayuda humanitaria, no lo hice, pude...

Tras este logro seguí hacia la tarde, el reloj parecía tomarse un respiro y romperse por dentro, las manecillas ni caso; terminé hacia las cinco de la tarde, café y pastas.
Tras la tempestad vino la calma y, para no desdecir al refrán, me fui de picos pardos ?por aquello de que los conceptos adquiridos prenden con más fuerza si los dejamos reposar al baño María.
¿El examen? Estupendo, tuve que ir a septiembre.

Vi colores

El color es el sufrimiento
de la luz.
J.W von Goethe

Algo se me remueve por dentro.
Noto está mañana como los corpúsculos
se me revuelven retozando en un éter
enmarejado, tormentoso, no sé de dónde...
Quizás el desayuno no haya sido pasto
de un intestino dispuesto a exprimir
hasta el último aliento, quizá una desgana,
abulia o desidia, una quemazón veraniega
que se refrenda a sí misma, bajo este sol...
El caso es que estoy suspenso, pienso en ella,
ayer, en el núcleo sintagmático de la noche,
fluyendo y refluyendo un líquido citoplasmático
que claudica, que rezuma como un búcaro fresco.
?esto que cuento es lo que acierto a contarme,
cualquiera sabe qué es lo que realmente bulle
tras mis cáscaras, me conformo con una explicación
que aunque peregrina me deje conforme.
Decía que fue ayer, sí, después de una tarde
de dimes y diretes, reconciliación y velas,

postres y dulces, borrón y cuenta nueva.
Ayer, sí, en su casa, no en la mía ?la mía no estaba
en estado de revista, no era nido para estos pájaros...
Me he despertado y pienso en ella, pero no quiero
llamar ni dejar mensajes, quiero que este festival
de miradas y actos busque su reposo, espero...
Pongo jazz, el jazz que en París ?según Youtube?
envuelve en papel celofán el pospartido, las miradas
perdidas contra la pared que quedan tras el naufragio,
el caldo caliente de yerbabuena para reponer fuerzas.
Me está entrando sueño otra vez, no quiero soñar
porque ya soñé ayer, no es bueno abusar de Morfeo...

Naderías

La herida es el lugar
por donde entra la luz.
Rumi

No hay curación si no se incide.

El agua que cae de la lluvia tiene eso.
La neblina que se levanta de mañana
niega al Sol pero de tarde lo subraya,
y la nieve, ¡Ay la nieve!, que patito feo
de los meteoros se siente frente al resto
?chubascos y tempestades que señorean
los partes meteorológicos? y a la postre
deviene cisne tras su blancor palpitante.
El agua es nacimiento, es verdor de tierra,
es savia que penetra para escocer heridas,
es esperanza de mayo, rompe los diques

y reblandece conciencias, es rendija
por donde las monedas entran y depositan
sus tesoros, es oro y leña, es regazo y breña.
La nieve es agua, pero un agua que renuncia
a su presencia, esquiva y rebelde a los vasos,
a las normas y leyes, desdice las termografías
y los arquímedes, los experimentos quiméricos
y otras animalidades mitológicas sin cuento,
revienta calderas y epicentros, y pide libertad
y buenos alimentos; la nieve es el alimento.
El agua que cae de la lluvia tiene eso, y no aquello.
Dame agua, agua que limpie las antesalas, agua
que verdee por dentro mis alternativas, vida
que inunde y sustituya mis ranuras por velcros,
¡Cielo!, azuléame los horizontes si tempestades
anuncian mañanas de fronda y tardes de tertulia.
¡Sí, limpia mis heridas y después ciérralas con llave,
cual si nunca hubieran existido ni en mis anales
ni en mis leyendas. Quiero que entiendas
que lo mío son naderías y como naderías escribo
no me las tengas en cuenta; es solo un ejercicio.

No me canso

Cuanto más escribo más
quiero escribir.
?Erasmo de R.?

Más quiero
mas me contengo, porque
no todo es escribir.

Hubo un tiempo, no lejano,
en que era diario, agotado
cumplía la misión impuesta
hasta que la parca me amenazó.
Lo dejé un poco, solo tres veces
me propuse derramar el tintero.
Al sonar la campana y tocar a rebato
dejo todo, me siento plumier, salvadera
y cañón de pluma y me dejo sentir.

Tras, me conecto con mis centros
neurálgicos y parlamento con la musa
?a veces no contesta, no se pone
al teléfono?
y tras la audiencia reflejo blanco
sobre negro ? ¿O es al revés??
el acta completa que cual balsa
recoge la lluvia que maná brota
de los cielos ?qué cursi me ha quedado
esto.
Lo que decía al principio (más escribo
más quiero), aunque me contento
con los tres actos semanales que profeso
porque hay otras actividades que merecen
el atención y respeto por mi parte,
y que necesitan el cariño del tiempo,
ese que se va y no se despide,
ese que deja estelas en la mar
y que desaparecen cuando los pies
se alejan de la senda.
Aquí sigo por tanto, con esta cara o cruz
de una moneda cuyo reverso es la lectura,
y que sin ella carecería de una suerte
de gasógeno nutricio que cual calamar
derramo por gusto, no me cuesta el dinero.
Aquí dejo en remojo a la musa
?que contenta no la tengo?
y las neuronas a otra cosa, que hay muchas
y buenas...

Como un azucarillo...

Toda la ciudad obscurecida se me abría
como un interminable perdedero.
?Carmen Martín Gaite. Fiebre?

Me lo encontré en la calle.
Estaba allí sentado
?concretamente en la letra C?
viendo pasar el tiempo, el gentío
?la calle estaba concurrida.
Rozaba levemente los trece años,
todavía incumplidos, me miraba
como si las pupilas fueran dos signos
de interrogación, ¿Por qué, qué he hecho?
Se llamaba Carlos, me lo dijo él, no pregunté.
¿Qué te pasa, por qué estas aquí?, fue eso
lo que se me ocurrió preguntar a bote pronto,
Fui a casa, llamé y nadie me contestaba,
los vecinos ni mú, y no llevo llave todavía,
aquí estoy esperando, sin amigos, ya es hora
de cenar y la calle solo sabe de mayores.
Vente conmigo, le dije, pero no te conozco,
me contestó con razón, el mundo no está para
excesivas confianzas, nunca se sabe, confía
le dije, vivo cerca de aquí y no es la primera vez

que te veo, no así, sino jugando y con una sonrisa
en la cara, quiero verte esa sonrisa otra vez, bueno,
me iré contigo pero antes vamos a ver si mis padres
han vuelto, llamamos a una puerta sin aldabón
y de madera carcomida por la pobreza y nadie
ni nada se movió al otro lado como signo de respuesta.
Vámonos, le dije, sí vamos, dijo él, con el rostro
sombrío, como si una catástrofe estuviera sobrevolando
el contorno de las narinas, cabeza gacha, derrota.
Al día siguiente tampoco, nos topamos con una vecina
que salía a sus menesteres diarios y nos dio el mazazo:
Carlos, lo siento, tus padres, volviendo del trabajo...
Nos desmoronamos como un azucarillo harto de leche.
Aquí sigue conmigo, no tenía más familia, lo adopté.

Darwin

Como Cipriano Salcedo para el capitán Berger.
? El Hereje de Delibes ?

Me llegó la noticia a través del vuelo de una de las gacetillas
que tan populares eran en mi juventud.
Yo andaba absorto en mis pensamientos, es verdad que empezaba
a interesarme por la Filosofía Natural pero no decididamente,
mi abuelo, persona instruida donde las haya, me aleccionaba
sin saberlo con el cuento de sus vicisitudes juveniles en aquellos
barcos de dios, de una armada inglesa tan poderosa como miserable.
Se rumoreaba que de a poco el Beagle zarparía en misión científica.
La estadía en el barco se barruntaba larga, de meses, y el capitán
Fitz Roy era bien conocido por su querencia a la melancolía; preciso
era buscarle un buen conversador que llenara la inmensidad horaria
de las sucesivas singladuras.
Era mi oportunidad, quería conocer mundo, salir de las cuatro paredes
de esta escasa población ?mi The Mount es tan pequeña?, y allí que
fui a alistarme en la tripulación ?tuve que desplazarme a Londres en
una posta que no fue plato de buen gusto.
El señor Fitz Roy era un hombre adusto. Me sentó en frente, me miró
casi sin pestañear durante un minuto que fueron horas ?no fue preciso

añadir palabra a esa mirada, todo lo decía? y tras las preguntas de rigor:
edad, estado civil, estudios, familia..., me dejó estar ?no me explico
aún hoy qué vería en mí.
El Beagle, ya aparejado de materiales y tropa, arrancó del majestuoso
puerto de Plymouth muy de mañana ?las legañas me velaban la vista
cuando vi alejarse de tierra firme esa inmensa mole de acero y madera.
El capitán era parco en palabras lo mismo que era en el beber y los afectos,
aunque esos impedimentos se fueron desliendo con el trato diario hasta el
punto de proporcionarme lápices y cartapacio para que me ejerciera en
el dibujo cuando llegáramos a tierras americanas y plasmar aquello de que
trataba la expedición: el naturalismo exótico de aquellas desconocidas
tierras.
Lo demás lo obvio por ser de sobras conocido y además profusamente
tratado en mis memorias, a las cuales remito al lector ávido de seguir.
Fue inolvidable, un punto de infexión no solo en lo tocante a la ciencia.
Os dejo...

Siléncíate

Te voy a hablar en silencio,
ahora.

El silencio de tus ojos.
El silencio grita tras el iris
caleidoscópico que se cierne a tu mirar.
Silencios que pululan de palabras,
de vocablos sin conceptos ni diccionarios,
sin el tegumento que proporciona
una deficiente definición, concepto
que no abriga el verdadero sentido
que una palabra en libertad expresa.
Esa es tu mirada, una mirada que escribe,
una mirada que penetra la endodermis
hasta calar en unos huesos fríos, húmedos
de caricias, escasos del calor de antaño,
de aquel calor que proporcionaba el cercano
seno de una madre lactante, de quien la sangre
que en ocasiones salpicaba de sus pezones
no era óbice ni obstáculo al amor, se limpiaba
y se esperaba el estañarse consecuente.
El silencio de tus labios.

Tus pétalos que en horizontal rojos
vibran al sentimiento que te produzco,
tal que cada vibración es un morse, un signo
al aire que se condensa en mi centro neurálgico,
en mis yermas amígdalas que de limbo
no sienten ?a veces, el reptil que yace bajo
la cebolla cerebral sale a mi rescate.
El silencio de tu frente.
Esa meseta que en vertical se explaya yerta,
que describe surcos ya de frutescente sabiduría,
de milenios de altamiras y atapuercas concentradas
en un lienzo de carne, que se desdibuja.
El silencio de tu lengua.....

Respetadme

Respetadme, nací con el cine.

Rafael Alberti reivindica su pertenencia
a un mundo moderno ?mundo que
como todos los anteriores merece poesía.

Sé que si miro hacia arriba
veo los clásicos, asomados,
vigilantes de mi pluma.
Sé que de ellos las reglas
del arte rezumaron, por sus poros.
Sé que Góngora como patriarca
de nuestra generación afila
el cinto para entrarnos en vereda,
pero yo me debo a mi mundo,

un mundo distinto, que huele
a carbón y metal, que ruge
a las horas del sueño, que embarra
la faz de una tierra triste y marchita.
Es mi mundo, mi caldo de cultivo,
es de donde puedo extraer la tinta
de mis versos, o de lo que quiera que sea.
Las arcadias se han nublado
bajo la fulígine del olvido.
El amor platónico queda en el amarillo
y pulverulento antaño de un sentir.
El sentimiento de hoy se reviste
de sensación, de trepidancia arrogante,
de prisa y rigor, de traje negro y fiesta
de guardar, de extremos radicalismos.
Esa Edad de Oro que el romántico añora,
esa, es solo el sueño de una noche
de verano, de un parque que celebra
el frescor nocturno tras el tráfago antecedente.
Respetadme amigos, nací en este siglo,
siglo de cielo gris y a veces algún rayo...

El estilo

Le style c'est l'homme même.
?Georges-Louis Leclerc Conde
de Buffon.

He escuchado que el mapa genómico ha recibido recientemente
un nuevo desvelo, doscientos millones de letras que abren
nuevos horizontes para perfilar la futura medicina a la carta.
Esta alusión al genoma viene a que su identidad toca poco menos
que a nuestro baúl de los recuerdos como especie, un maremagno
inconsciente que como tal yace en la catacumbas sin que atisbemos
ni de cerca su posible existencia ¿Cómo son, de qué color, son bonitos,
feos, malos, buenos?
Menos mal que todo lo inconsciente tiene su contrapeso consciente
y aflora de alguna manera a la superficie. En estos la superficie es el
fenotipo, y es este nuestra carta de presentación al exterior.
A nadie le importa si tu nariz debía ser pequeña a la luz del adn si
por los azares de la adaptación es larga y brujil, ¿Es injusticia o una
vana expresión de necesidad?
Pero todo este palabreo ¿a qué viene?, diréis con razón.
Como observáis en la cita, me acojo a una frase que el conde de Buffon

pronunció en su discurso de ingreso en la Real Academia Francesa.
Esta frase habla del estilo, el fenotipo social del hombre, la carta
de presentación de la que os hablaba, y que es lo que cuenta; es el
discurso, y ese discurso gestual es superior al discurso lógico, que queda
en un segundo plano ?si probáis decir un aserto con una gesticulación
no acorde comprobaréis no solo la estupefacción del oyente sino que este
atenderá a lo que le cuentan los gestos porque las palabras pueden ser
espurias y amañadas a voluntad pero un gesto nace de la verdad.
Es tan fácil como enchufar el cable del wifi a la clavija del alma y dejarse
llevar, sin estudios ni atenciones, y lo que resulte será nuestro.

Quiero pensarlo

Libo de las mejores mieles.

Eso dice Erasmo
cuando levanta la cabeza
de las páginas de un libro.

Quisiera decir lo mismo.
No sé si mis fuentes
son las más limpias,
el musgo se ve en el fondo
mas el agua yace tersa,
fresca, undosa al sonido
de un violín lejano.
No sé si mis fuentes
son las más nutricias
mas me sacian de sed,
y se tercian a mi camino
cuando la sed apremia.
No sé..., pero sí sé
que me bastan, sacian,
me hacen no pensar

en mejores aguas,
más tormentosas,
más cascádicas
más cataráticas
con más peces surcando
la calma chicha del instante.
Quiero pensar
que como Erasmo
libo de los mejores libros,
bebo de los mejores remansos,
succiono de las mejores ubres
rezando que no hallen sequedad
en el fragor de mi urbe ?
alejado del mundanal y horaciano
ruido? y aspiro a las mejores mieles
aunque la rojez de la picadura
sea mi factura y mi deleite.
Quiero pensarlo.

Así lo quise

Cuando uno quema sus naves,
qué fuego tan hermoso hace.
Dylan Thomas

Me vi en la desesperación,
en tu desesperación,
cruzando esa tormenta
llegada de súbito,
bogando a cientos de nudos a babor,
la lluvia aliada con el mar
contra la resistencia esgrimida,
contra un ansia de vivir y sobrevivir
a tu debacle, atado a esta bitácora
que viene a colación de los errores,
los cuantiosos errores que anoto
cual esquirlas de una bayoneta,
cual pacto de sangre encebollada.
Sí, yo también agoté todas las naves
y me quedé sobre madero a la deriva,
en una alta mar que amenazaba desbordarse

tras el siguiente horizonte, aguas abajo.
Te barruntaba lejos desde mi castillo
de mandos, aunque estabas cerca.
Te dejé hacer para saber de tu capacidad
de sobreponerte a la adversidad,
para aprender en ese trance
si eras digna de segunda oportunidad.
Te dejé chapotear tras los aspavientos,
dejé que el grito de socorro llenara
el dulce ambiente que en derredor se cernía.
Me dejé comprobar si la añoranza inminente
iba a tomar carta de naturaleza
o sería mero espejismo ?dejé estar.
Te acercaste a la obra muerta de mi barco,
de este barco que fue tuyo y lo dejaste
a la deriva contra mí. Te lancé la soga,
te recogí de una muerte anunciada,
te calenté al breve hogar de mi camarote
y te di de beber, hasta que limpiaste
la sal que te llagaba las comisuras.
Te dejé ser capitana, y lo sigues siendo
hasta nada más quedar circunscrito
a fregar las tablas de la cubierta.
Así lo permití.

Kairós

Kairós dicen unos que hermano,
otros que hijo de Crono, otros
lo ignoran, otros lo buscan con denuedo.
Kairós tiempo oportuno, la secuencia
íntima que cada cosa tiene, la sazón
que requiere la manzana, la uva verde...
Mi dios no es Crono ni Chronos, ese
que quiso devorar a cada vástago
tal y como salían del vientre de Rhea
y ciego de desesperación ?el oráculo
predijo su defenestración filial?.
Prescindo de los relojes, que duerman
igual que yo, que se olviden
de que son sucesión inasequible,
de su cuadratura circular atravesada
por unas flechas que añoran su arco.
Kairós es mi sol, hacia donde mi paso
no pierde horizonte ?prescindo

del móvil cuando salgo?, es la cadencia
del celulaje que me consiste ?la mente
debe recuperar su tiempo perdido.
De un tiempo a esta parte lo he decidido:
El bibliograma mitológico que secuencia
la Teogonía hesiódica cayó por el sumidero
del wc; el slow se impone a todas luces.
Vivir sin mirar el reloj, ambición cenital,
anhelo del hombre moderno, hito
inmarcesible del antropoceno.

Una tecnología...

La Metaforología
de Blumenberg.

Dicen que la lengua que cada quisqui habla es una tecnología.
Dicen que es un simple código para entendernos, o desentendernos
?vete a saber?, y no tanto una despensa donde se han ido hacinando
cual cacharros viejos todos los brochazos que los vaivenes del tiempo
han ido desperdigando sobre diestro y siniestro; que si la lista de reyes
godos, que si Witiza y Don Rodrigo, que si los Reyes Catódicos ?quiero
decir católicos, y todo ese tostón que mal llamado se le ha denotado
como Historia y que yo lo connotaría como desánimo escolar hacia ella.
Dicen los más racionalistas eso, y los más posmodernos dicen que es
un sumidero, que al ser propiedad privada podemos hacer cuanto nos
apetezca porque no hay ley que lo prohiba, ni ley natural ni positiva.
Blumenberg dice que debajo de los dichos se encierra un tesoro puro,
sin tacha ni mancilla ideológica, y que eso ?apostillo? es prueba de
que tras la lengua que maltratamos no solo hay sujetos y predicados,
complementos, adjetivos..., sino que hay alma, el alma de los que nos
dejaron, de aquellos que hablaron antes y mejor que nosotros, de quien
trató la lengua como a un ser querido, acariciándola con los labios y
guardándola después de usarla bajo un paño en oro, para que descanse.
Ahora, en la era del todo vale y nada existe ni es, campa el salvajismo
a su sabor y como nuestro Cid por los campos de Castilla van algunos
iletrados esquilmando cual tierra quemada la cosecha de tantos siglos.

Me presto voluntario para superar esta numancia despiadada e reiniciar
el pc en un conato de borrón y cuenta nueva.
¡Ahí os lo dejo!!

Exhausto

Juan de Mairena,
inventor de la máquina
de trovar.

Eso necesito, ya a estas alturas...
Ya he exprimido de mi sangre
toda la linfa de que es capaz,
ya no me quedan hilos que telar.
Toda mi esencia se derramó,
toda fue a parar al río, ese
que pasa bajo mi ventana;
no tengo palabras...
Ayer decidí volcar mi diccionario
sobre el cubo de la basura ?palabras
que ya no sirven? y está mañana,
muy temprano de sol, bajé a la calle
a tirarla y no me arrepentí, no me sirven.
Voy a comprar unas tablas en la carpintería
de abajo, unos pegamentos, unos remiendos
que en el fondo del armario encontrara,
arrumbados de olvido, retazos raídos

por el desuso ?ahora mismo me voy a poner
al son que marca este poema?. Voy
a buscar un tutorial de youtube y voilá!
Son ya muchos versos, versículos, frases
de variado y discutido pelaje, mucha tinta
de la que no se seca al fondo de un tintero,
mucha música de fondo para evocar, viajar
sin mover un ápice mi cuerpo (alguien quiero
que escriba por mí, o algo, como esto).
Sí, Juan, paisano, aunque no tengas
existencia operativa eres cual vecino
que saluda de sonrisa a la mañana ?no ese
de cuánto calor o frío hace al subir el ascensor,
eres ese que me habla quedo al oído
cuando bisbiseo las frases de un libro,
de un buen libro, como los de tu heterónimo,
ese que dibujó estelas en el mar...
Ya la estoy terminando ?está quedando
preciosa, ¿verdad?

Si tú me hablas...

Mírame, habla

Si tú me hablas te doy mis ojos,
mis oídos, mis manos sobre la mesa,
mi mente quieta, expectante, tuya,
para ti, atenta a tus palabras, pendiente
a lo que envuelve el celofán
de tu discurso, tu pensamiento brota
hacia mí hasta hacerme cargo de su peso.
Si tú me hablas, si te pones cerca
y me cuentas tus temores, tus inquietudes,
tus cábalas, yo seré receptáculo, estaré
para ti, con los ojos apuntando los tuyos,
con mi universo de neuronas hacia ti,
toda una compleja estructura mirando
a la Meca de tus religiones, tu cosmovisión
?sobre la que, si me permites, apuntalar
alguna idea propia, a modo de glosa.
Si me hablas, sí, prometo regalarte una escalera,

una de esas que peldaño tras peldaño
se pierden en el azul del firmamento, un azul
que pronto se tornará oscuro hasta besar
la faz de la luna de agosto, esa que sale dos veces...
Si me hablas con todo tu cuerpo ?
con la comisura de tu sonrisa y con el brillo
de tus ojos revoloteando cual luciérnaga
el óvalo de mi mandíbula? y si un espasmo
se posa sobre tu frenético pómulo de manzana,
recibiré tu sacudida como recibe la tierra
la falla incandescente de un seísmo; beberé
de esa gota de sudor que se te escapa lirio abajo,
me sumiré en el géiser que te nace
de un desfiladero al sur, secando tus aguas.
Si tú me hablas te doy mis ojos, mi vida.

Casino

No te interpongas en nuestra relación,
no te ocurra como a Tiresias.

Eran los celos lo que la mataba. No aceptó lo que la vida dispuso,
el destino es un río que inexorable se deposita en un mar.
La relación era cuerpo conectado a un corazón artificial, sin vida
propia, solo sostenida por la tierra quemada, al qué será de mí,
de ti, de nosotros. Fue una tarde, su ausencia oportunidad.
Amigos en una terraza preciosa, centro de Sevilla, luces y neones
que me llevaban a otro momento: la cena fin de carrera, allí estabas.
Te acercaste a hablar con Tere de cosas de mujeres, yo me quedé
mirando, tú querías que yo mirara hacia Jose, lo hice y nos reímos
de mis cosas, me abrí como flor de mañana contando lo inconfesable.
Tuvimos que irnos, llegó la hora en que la calabaza impuso su ley
y arrolló con toda la farfolla y la mentira del decorado, se apagaron
las luces...
Salimos afuera, continuamos la fiesta, te recordaba a tu novio, me
acordé de Ana porque ella se interesó por mí por el mismo motivo.
Fuimos a casa de uno de los amigos, echamos unas risas, tú conmigo
y con los demás ?normal, eran ellos tus amigos, yo solo un acabado
de conocer?. Hablamos de muchas cosas aprovechando las idas y

venidas de tu coche, siempre servicial hacia mí ?me llevaste de la fiesta a Sevilla Este y de este a mi casa. Te lo agradeceré siempre?. Quizás te vi perdida en un laberinto de Minotauro, con el miedo al abismo como única fiera amenazante y yo, con toda la buena voluntad de una amistad naciente insuflándote fuerzas para atreverte ?conozco un caso como el tuyo. Quise abrazarte pero no estabas conectada, o no querías porque no te impulsé lo suficiente, vete a saber... Te dejé ir, tienes mi teléfono, detrás de él estoy, no te quiero para mí sino para ti, solo con tu aroma me basta, con tu palabra, con tu sensualidad rondando la posibilidad, no quiero tu posesión, quiero que tú seas la poseedora de tu poder como yo soy del mío. Solo eso... y si me dejas, beber de tu agua fresca.

Su magia

Sigues un curso, un río
hacia una mar expectante.

Su manera, su hacer, su derrame,
su discurrir ante lo incierto, su pensar
fuego entre las leñas, su decir declarante.
Su arroyo que acequia se hace, nenúfar
que desciende a radicarse en sus aguas,
su dinámica, su cadena eslabón ocurrente,
dopamina que se esparce al aire, señuelo
que su mirar vierte sobre los circunstantes...
Su arruguilla que se le pronuncia entre ceja
y ceja, el cómo de sus ojos que se llenan
cuando la alegría proclama sus fueros,
y el destello de sus perlas que blancas
encandilan y ciegan ?así es ella.
La miro como el que no cesa
desde la infinita distancia que media
entre mesa y mesa, la suficiente para
observar como voyeur indiscreto, ese
que se cubre la piel de celosía en dirección

a la bella presencia que de costumbre
visita esa ventana, la que blanca se cierra
de noche ?la observo tomando apuntes
de clase, de elegancia.
Su sortija sobre el albo hueco
que de cartílagos el cuello ofrece,
su botón al desgaire desabrochado
sin apuntar sinuosidades pero dando principio
a una jugosa imaginación que se pierde
en la siguiente ladera, sus maneras...
La miro, no paro, poco a poco, para no advertir
el sentimiento, para poner velo a mis pasiones,
para que las primicias de mi deseo
tengan receptáculo cierto, su aliento, su perfume...

Era y es

La golondrina llega tan lejos

porque es arco y es flecha

a un tiempo.

?Greguería. J.R. Gómez de la Serna?

Era uno de esos días en los que el viento tiene ganas de hablar. El Sol amanecío más temprano que de costumbre, las almenas heridas del castillo dibujaban sus contornos sobre el frío asfalto de una Ávila fortificada; mis pies helados, no pertrechados como convenía a la sazón de los meteoros, se hacían escarcha, carámbano guardado sobre suela incapaz y cuero imposible, horma insuficiente, cordelería que se hacía serpiente, mordiente y clorofílica, inasequible ante el desaliento humeante en el aire, frígido sentimiento.

Era un asueto de fin de semana, Concepción mediante, ocho de diciembre de mil novecientos no recuerdo, parada en Salamanca, estornudo flemático que descansa sobre el hombro coloreado de mi cuñada, que sin inmutarse limpia y acepta; hermano cantante y sonante en la sala de fiestas del hotel, jubilados dando gracias a la vida y sonriendo sus últimas palabras; calentura que me vino sin llamar ?ese frío extraño a mis huesos me paso la cuenta en manera de receta; alubias famosas en Barco de Ávila, tradición y modernidad a la gresca, discusión con mi padre ?fue la última? y autobús temprano para conocer el contorno.

Era una especie de despedida sin saberlo, mi padre escribiendo sus últimos renglones y mi madre observativa ?como siempre que estaba en familia?, disfrutando en silencio del disfrute del resto ?ella siempre, como buena acuario, fue introspección y entrega, resignación y perseverancia, gallina consagrada al bien de su descendencia, abnegación.

Era como un pequeño cielo ausente de escalera de acceso, de resquicio por donde penetrar un hormiguero repleto y estallante, un sueño como pequeño adelanto que nos hace la muerte para que vayamos acostumbrándonos, gaviotas nacidas de los pañuelos que dicen adiós a los trenes, como si los témpanos colgantes de los aleros lloraran de frío...

Así era, o así me lo parece ahora que pienso, después de más de una veintena y mucho camino andado, tras haber aprobado tantos exámenes y reválidas, mas con la sensación de no haber aprendido nada, porque por mucho que bebamos agua de un caudaloso río este no se seca, quizás todo lo contrario, crece ante la adversidad y se remansa de sabiduría.

Era y es un recuerdo, el último viaje juntos, fueron pocos los años que le restaron tras el merecido descanso.

Pasaba por un parque...

El banco es el pentagrama
de la sinfonía del amor.
?Otra greguería más.

Pasaba por un parque, lento.
Dos amantes, o que querían serlo,
frente a frente, pendidos de pupilas
dicientes, la nariz ensanchándose
al ritmo sistólico de sus corazones,
sus traseros descansaban sobre un banco
de boj, ribeteados de una forja imposible,
pentagrama de un amor sin orquesta,
sin ese trombón que anuncia una genética.
Pasaba por un parque, lento...
Dos cisnes sobrevolaban un estanque,
su blancura mancillada por el polvo
que el agua recoge, ángel imposible,
epifanía que no se cumple.
Sí, ayer pasaba por un parque, y...
Chicos en mezcolanza lanzando risas
al aire, crisol de razas, culturas
al unísono ?ese debe ser el mundo.

Qué mas vi ayer, no recuerdo...
Sí, vi un colchón escondido tras un matojo,
desnudo, sucio, lecho de espinas,
esperando el nocturno calor del desamparo.
No recuerdo qué más vi, voy a la cocina
a comer algo, a ver si el espetec Tarradellas
me trae memoria que poder contar.

Lucrecia

Su belleza era una losa,
su gracia un veneno mortal,
su alegría ambrosía de dioses
?y de no tanto?
Su bucles descansando
su gravedad sobre su rostro,
una tentación, un mar de Tántalo.
Su vestido rojo, un velo que invita,
su collarcito liviano, de un oro
que palpita la sangre, y la malogra.
Su mirada ?de reojo? un desafío,
su desdén sin importancia, un anhelo,
su evanescencia, su ligereza, longilíneo
cuello que cariátide eleva a las alturas,
su languidez estudiada, su fortaleza,
presa que no desagua, su intencionada
pose y su andar malicioso pensados
para arrastrar ejércitos en disputa.
Todo fue un valladar inexpugnable,
todo, una evocadora proclama
que levantó en urgencia mi demonio.
Fue en vano la resistencia, no hay diques
que contengan esta avalancha.

La herí de muerte, se me opuso digna,
mis espadas en todo lo alto, su uñas,
garras de leona en celo, mis hormonas
ululando cual ambulancia urgente,
sus piernas, tentáculos de tinta,
mis manos, guantes de acero, mis labios,
puñales que al rojo se orientan,
su alegría... cediendo al peso ignominioso
de la indecencia, el recuerdo me mata.
Aquí, en este asueto, escribo y respiro
por la herida, rodeado de barras de tedio,
esperando sentencia ?solo espero una,
la que debería si la justicia vive todavía.
Imploro perdón y misericordia,
a sus deudos y los míos.
Mi débil condición de hombre débil
fue coherente con sus términos.
Fue mucho vendaval para tan poca ventana.

Su rizo

Miro sus ojos cayendo
sobre la blanca página
del cuaderno de matemáticas.

Siempre era de tarde,
dieciséis años.
Siempre a la hora de la merienda. Su madre extendía sobre la mesa una chinesca
tetera con pastas a lo británico y después se retiraba a sus bordados.
En la extensa y ebúrnea mesa del salón desplegaba el libro de álgebra, las reglas
y los compases ?no faltaba de nada?, abríamos la cerrazón de las sillas de caoba
y tomábamos plaza ?ella a mi derecha, yo a su izquierda?. Apenas preámbulos,
ella entraba cual una princesa anunciada por megafonía, yo esperando paciente
su llegada, su pelo caracoleando sobre la mejilla izquierda ?¡cuánto pensaba en eso!,
su vestido vaporoso, rojizo, sin extravagancias ni insinuaciones, sin maquillaje aunque
fuese una leve pincelada sobre la base de los pómulos, nada, todo frescura.
Saludos cordiales, cómo te ha ido en el instituto, bien gracias, vamos a solucionar
los problemas pendientes del último día, aquí están ya hechos, los corrijo, le pongo
problemas nuevos una vez solucionados, miro los ojos cayendo sobre la virgen página
del cuaderno, miro el tintineo de ese rizo sobre la frente, que cobrizo late y me seduce.
Sobre el paso de los minutos entiendo que ella ya no me necesita, que las lecciones
que le ofrezco es lluvia sobre un suelo mojado, pero yo sí la necesito, ese silencio

que se cierne sobre el salón es un telón que oculta mi drama, un viacrucis de pasión
que revuelve todas mis procesiones, que me traslada al nazareno de la infancia cuyos
caramelos eran los más sabrosos de una Sevilla todavía en ciernes, una juventud que
numantina resiste la romana vorágine de un asedio de resultado incuestionable.
Hablo con su madre y digno le ofrezco renunciar a mis emolumentos si consiente
que las visitas no cesen, le explico mi deseo de que este vínculo con su hija no quede
en un recuerdo, en una muerte en vida, en un libro que de polvo se bañe
en la decrépita estantería de la tristeza. Su madre acepta, pensativa, pero acepta...

Carne de cañón

Suspendido en el aire.
Con el cartabón y la escuadra,
el sillar en la mano y todo el miedo
cosiendo cada una de mis células.
Apoyado tan solo sobre un cabestrante
que amenazaba desistir de mi peso.
Suspendido en un aire cerrado
entre las gruesas paredes
de un templo románico.
Suspendida mi vida dentro,
construyendo bóvedas de cañón
para perpetuidad de siglos y siglos.
Incierto, sin ver el cielo,
un cielo que trasciende el cielorraso,
que se adivina como cueva platónica
pero del que no existe certeza.
Mis ojos impedidos de divinidad,
vigilado por una deidad que testamenta
cada virgulilla que brota de mis manos,
cada almocárabe era supervisado
por el más Alá de los alases, siempre alerta.
Atorado en un discurso teológico.

La semana próxima se da conclusión
a los trabajos, está próximo mi asueto.
Me tengo que plantear si esta maestría
es mi esencia, si conviene a mi alma.
Estoy cansado de sentir una presencia
siempre al acecho, como sumido
de perpetuo en una adrenalina
de vida o muerte, cervatillo bajo un león.
Dejo las artes mayores y torno al campo,
donde el contacto con Dios es río que fluye.

Dando puntadas.

Escribir es como coser,
las puntadas son las palabras.
Carmen Martín Gaite.

Sé que estás en el frente,
resistiendo en silencio
el embate de las olas.
Ayer me acordé de ti, por eso ahora me enfrento a esta página en blanco que me implora ingenio.
Miro al través de la ventana, esa
que da al parque, verdes varios
se esparcen en un aire vicioso.
Sé que tus costuras son enigmas
para un enemigo que resiste
al otro lado del cainismo.
Aquí, con la pluma cosida al dedo pulgar
hilvano palabras que no sé si llegarán
a su destino, que eres tú, no sé si existes ya...
Quiero pensarte sentada sobre el esplendor
de un parque próximo, como el mío,
pensativa, perdida en los recovecos del quizás,
imaginándome, besándome los párpados
como una madre que pierde a un bebé

que se hace niño y después adulto, pero otra persona.
Te imagino, o quiero imaginarte escribiendo,
tejiendo mil ocurrencias que no verán luz
por la vergüenza que eso supone.
No te preocupes, haz como yo, no pienses...
La guerra dicen que está para terminar.
Pronto seremos uno, otra vez, como antes.

Sí, entré sin permiso.

El sospechoso
Cerró la puerta con llave. Miró hacia atrás con desconfianza
y se guardó la llave en el bolsillo. Le detuvieron en esa postura.
Le maltrataron durante meses. Hasta que una noche confesó
(y quedó demostrado) que la llave y la casa
eran suyas. Pero nadie pudo entender
por qué había escondido su llave. De modo que
a pesar de habérsele declarado inocente, siguió siendo
sospechoso para todos.

?Yannis Ritsos?

Así fue.
Mi nombre es Eustaquio ?por si antes no lo dije?
y me quitaron en el culmen del error seis años
de mi vida por quererme ladrón de mi propia casa.
Fue mi suegra la que me denunció ?sospecho que
a instancias de mi ex? y todo ?pensé al tiempo
hilvanando la lenta costura de los hechos? se debía
a que la estrategia procesal que pergeñó su equipo
de sanguijuelas pretendía mi desprestigio frente al
juez con el aciago propósito de desacreditar cualquier

argumento de defensa; era ?cual diría Cicerón en
su Retórica? hacer uso del argumento ad hominen
de una manera ignominiosa y rastrera.
Es verdad que al entrar de nuevo en su casa ?digo
su casa porque la mía reside en otro sitio? con el fin
de recoger mis últimas pertenencias haciendo uso de
una llave ya cascarillosa pero todavía en mi poder, y sin
su permiso ni conocimiento, me convertía a los ojos de
vecinos, amigos, deudos, y del común denominador de
una sociedad prejuiciosa en una especie de ladrón, de
estuproso delincuente y violador de intimidades, pero
mi intención era puramente esa y no otra.
Es cierto que cuando entré sentí estar en un lugar ya
desconocido, ajeno, extraño, ya no era mi nido cuando
eran pocas las fechas que pasaron desde mi abandono.
Es verdad que ese espacio, que ayer como quien dice
era el hogar que necesario me proporcionaba las fuerzas
para seguir erguido, aparecía ante mis ojos como un error,
como si hubiera entrado en la casa del vecino de al lado.
Tal fue de inquietante para mí la experiencia que todo
lo que hice ?en los escasos diez minutos que pude estar,
que fueron diez horas? lo hice lo más rápidamente que
daban mis torpes dedos, mi desmadejada cabeza y mis
fracasados ojos. Al cruzar hacia fuera el umbral fue una
verdadera y triunfal liberación: "Nunca más".
He de decir en honor a la verdad que todo el fuego de
artificio que estos escarceos legales supusieron fue eso,
fuego artificial, escribir sobre el agua...
Ahora, aquí recordando negro sobre blanco, disfruto de esto,
de un lugar que siempre fue mío por el hecho de ser quien
soy ?aquel fue un lugar de trabajo que quise hogar y así lo
sentí mientras se me permitió, prestado, mientras mi misión
se sucedía hasta su fin, padrear, ayudar a que crecieran, ser
eslabón en una cadena de montaje.

Cómo me arden, sí.

Las palabras arden.

El ojo no es ojo porque te ve,
no, eso es un sofístico juego
del maestro del Patio
de las Dueñas ?nada más.
No te ve el ojo, no,
el ojo te piensa.
La mirada dice
más que un libro gordo,
la mirada lleva cual ángel
el mensaje envuelto en el vidrio
de una botella, es ella ?nada más.
Se dice en los mentideros
que le hizo el amor con la mirada,
porque la mirada toca, toca el alma
y el alma salta como conejo
sin madriguera, como cebra sin rayas,
salta y responde, como un resorte,

como las ideas que Platón ordena
en su topus uranus, bien dobladitas,
colocadas por orden alfabético,
como un diccionario de casualidades,
?¿o son causalidades?
El ojo es solo un mandadero.
La mente es la que ve, y por eso
vemos con todo el iceberg
que la sustenta: prejuicios, miedos...
Tú, solo tócame, con esos ojos
que de malva se lanzan al vacío,
con esos ojos que escrutan la fibra
que de mi corazón late hirviendo,
con esos ojos que me sajan
las contradicciones y los hechos,
con esos que me matan, lento...,
con esos ?nada más.
Sí, querido Octavio, espero no te moleste
haber robado un poco de tu estro,
yo ya te lo devuelvo ?nada más.
Aquí lo tienes para ti, aquí te lo lanzo
ardiendo, como esas palabras
de las que dices debajo de tu retrato.

Isabel

Ahora me convoca un recuerdo.
Hace veinte años, Isabel, invisible
al principio, rubia, hermosa de piernas,
curvosa de cuerpo, ojos azules,
fuego de volcán que se escara
en un terrestre frío que arrasa
?lo digo porque su cumpleaños,
recuerdo, fue un veintiuno del doce,
callada en su alegría, discreta, carácter
fuerte, orgullo, herida de amor, descanso
?lo digo porque según me confesó que
estaba descansando de una relación
de siete años , ¿o fueron seis?
Invisible porque no me percaté de ella
hasta que Abel me maldijo que quería
entenderse conmigo ?falso como moneda
de quince euros.
Todo empezó en esa reunión, en el centro
de Sevilla, hotel Inglaterra, nuevas tarifas
de Amena ?la que ahora es Orange?

camisa blanca, falda ajustada beige, hombros
redondos, pechos breves, ojos azules mar
?y eso que los ojos que he mamado son
oscuros, si no negros?, treinta y uno yo,
ella todavía no veinticuatro, sequerón
de cariño yo ?como casi toda mi vida?
ella hastiada, sanándose de una relación
que tuvo que cesar ?no recuerdo que me
hablara de las razones?, me fui metiendo...
Quedamos dos veces, recuerdo, la vi con otro
por la calle, me entraron celos ?fue la única
vez en mi vida que me pasó, que yo recuerde?,
llamadas de teléfono que adolecían de eco,
?por más que la llamaba ella no contestaba
hasta que contestó para que este acoso acabara
?me estoy recordando de pie, en el teléfono
de rosca que colgaba de la cocina, sumido orate
en una espiral conducente a un abismo a la vista,
un abismo que no tuvo precipicio porque su voz
paró el previsible infierno que se avecinaba.
Me avergüenzo pero así fue, lo asumo, solo una vez.
Hace que no la veo casi desde entonces,
creo que si la viera no la reconocería, o sí, no sé...
No sé si te llegué a pedir perdón Isabel.
Aquí te lo dejo negro sobre blanco ? por si
mis labios no llegaron a pronunciarlo en tu presencia.
Espero que estés bien. Me gustaría verte solo
por la curiosidad de apreciar como el tiempo ha pasado
por el esplendor de tus ojos, tus hombros, tus piernas...

Mi centro

La Filosofía es la nostalgia
de estar en casa.
Novalis.

Busco mi centro.
Mi raíz llevo dentro,
en mi seno,
donde voy va ella,
dentro, mi árbol crece,
recibe el riego
de un rocío mañanero,
un líquido esencial
que es ambrosía y espliego.
Busco mi centro,
mi filosofía, mi sostén,
camino sin retorno,
sin postas ni embarcadero,
camino sin hitos,
sin estelas, porque el agua
no toca, sobrevuela lo incierto.
Busco mi centro.
Me dejo cual viento
volar entre nubes,

el sol me saluda, deslumbra
cualquiera que fuese
lo que de desconfianza nace,
certeza de que un no sé qué
me guía, me conduce
a un no sé dónde que será oasis.
Mi centro, mi casa,
cual caracol que no vuelve
porque siempre ha vuelto,
porque su hogar lleva dentro,
sobre una espalda que se repliega
cuando la intemperie quema.
Busco mi centro, aquí está
aquí lo hallo, aquí lo encuentro.
He aquí mi Dios, sobran las teologías,
sobran las liturgias y el politiqueo,
sobran los Estados que pretenden
conducir a un rebaño rebañego
donde no hay pasto, aunque verde
se presenta para engaño del incauto.
En silencio entro en mí,
no es menester iglesias, ni cantos,
solo recogimiento, solo ser, solo eso...

Esa biblioteca...

No echo de menos el vidrio y el marfil
de esa biblioteca, sino el tiempo, el placer
que quedó guardado por siempre
entre sus dorados anaqueles.
?Boecio en La Consolación de la Filosofía.

Era cada tarde.
Cada tarde, a las cinco de la tarde,
como clavo ante sus puertas.
Era ya costumbre inderrumbable,
dejarme navegar por los siglos,
por la sabiduría que ilustres dejaron
para el goce del venidero.
Era deslizar el dedo por entre sus lomos,
sentir que el polvo enamorado
que nutría mi epidermis era el logos
que tanto buscaba y busco.
Era oler, meter las fauces por entre el tinte
de las letras, por entre las historias
que allí quedaban como hitos de calzada,
era sumirme en una incertidumbre deliciosa...

Era ella, ese suceder de anaqueles
lo que me llevaba a todas las estratosferas
de todos los universos posibles e imposibles.
Eran las cinco, otra vez, un día, otro y otro...
Era entrar y el vellamen de mi superficie
ponerse en guardia, cual Marte advertido
y enhiesto, era orgasmador, nutricio, agua
al sediento, alegría contenida en grajeas.
Era siempre, y ahora ?con la mediación
de una distancia insalvable y una mirada
vieja y añorante? cuando todo el cúmulo
vivido cobra sentido: No fue el oropel
lo que me convoca a este recuerdo,
sino el tiempo, el pensamiento y el placer
que allí quedaron sepultados, empeliculados
bajo una pátina que le da esplendor,
significación, consecuencia y consistencia...

Hegemonikón

Mas la razón verdadera, la primera y última razón,
es que le gustaría escribir sin rotular y sin rubricar.
Por lema, unos puntos suspensivos; y otros puntos
suspensivos, al final, como firma. Así sería su obra:
un libro cuyas hojas estuvieran llenas de puntos suspensivos.
Y su mejor capítulo sería una página en blanco.
?José María Izquierdo en su Ciudad de la Gracia?

Menos mal que no soy el único que abusa de los puntos suspensivos.
"De casta le viene al galgo", si me atengo a la sevillanía que los dos
compartimos, aunque mediando ante nosotros la infinitud de casi
un siglo de distancia.
Si un maestro de la palabra como él lo dice ?también lo era del derecho
en su labor jurídica y del periodismo en sus crónicas? es que será así,
?soy yo el último mono para enmendarle la plana... (hablando de puntos
suspensivos, aquí una muestra).
A veces sostengo que la mejor palabra es la que se queda entre los dientes
y no llega a ver la luz, la que se queda en la desembocadura de un río
que nace en nuestro centro ?en el hegemonikón según mi maestro

Epicteto? y en las mejores ocasiones da al océano de aire que nos envuelve
y otras, como me vengo ahora a referir, se queda en nuestro caletre, en nuestra
faltriquera de calderillas varias, de pensamientos que solo tienen sentido
en el sinsentido de un diálogo interior de solo dos tertulianos: un supuesto
Dios interior o daimón ?como diría Marco Aurelio? y una autoconciencia que
busca su propia comprensión, su propia participación en una inteligencia sideral
de la que bebemos y somos parte, una inteligencia que nos da principio y fin
y que determina el curso de nuestro fluir, de nuestra interacción con el derredor,
con una envolvente en la que el otro es parte sustancial porque es nuestro
necesario espejo, ese que necesitamos para redimirnos de nuestra ignorancia,
ese astrolabio que nos guía en la tiniebla de un océano que no tiene principio
porque no tiene final, que cae tras el horizonte que se abre al fondo de nuestro
ver. Sí, ese es nuestro rector, nuestro yo esencial, ese que por mucho que golpeemos
seguirá vivo y siendo como es, ese del que debemos partir y conectarnos para sentir
la alegría necesaria para persistir; el que nos mira es parte de nosotros porque
participa de la misma inteligencia.
Cuando en el frontispicio del Oráculo de Delfos se propala al viento que nos conozcamos
a nosotros mismos no se refiere al conocimiento psicologista que tanto prepondera por
estos lares de la historia en los que pacemos y yacemos, no; se refiere al conocimiento
de ese principio rector, de esa fuente que genera nuestro pensar, nuestro sentir, nuestro
ver.....
Podría seguir pero se me ha acabado la tinta y las ganas de aburrir al lector.
Hasta otra amigos.....

Spoudaios

Áteme esa mosca
por el rabo, si es
usted tan amable.

Libertad de expresión,
¿Qué expreso?
Libertad de pensamiento,
¿Qué pienso?
Libertad ontológica,
¿Qué soy?
¿Quién soy?
¿Qué digo?
¿Soy capaz de pensar
en lo que digo?
¿Soy capaz de salir de mí
para calibrar lo que pienso,
y por tanto lo que profiero
por esa boca elíptica
que Dios me ha dado?
¿Merece la pena la libertad
cuando no se está en disposición

de usarla como merece
el grosor y la dimensión
de tal vocablo?
¿Qué me enseñaron de pequeño?
¿Y de no tan pequeño?
¿Qué me enseñan ahora, qué
me inculcan sin yo saberlo?
¿Qué me escamotean a la ciega
vista de mis ojos en nombre
de una inconsciencia soberbia,
ufana e inmensa, pero invisible?
¿Qué sé, qué pienso, cómo
me han modelado al lento paso
de los segundos vividos hasta ser
un robot programado para preservar
un statu quo que ostenta clamando
y en silencio un poder que ni el disfrutado
por todos los reyes en fila de las distintas
generaciones de la antigüedad egipcia?
No, no quiero una libertad supuesta,
espejismo de una ilusión, una utopía ?
porque la libertad que nos cocinan
y nos sirven recién hecha sí tiene
su lugar y requetebién asentado ?
lo decía por la etimología griega
del término, ou significa no y topía
de topos, lugar, es decir, no lugar.
En fin, he decidido prepararme como lo hacían en mi antigua Grecia,
ese topus uranus utópico y perdido en los tiempos y en las cosas,
dotarme del bagaje necesario para hacerme acreedor a la grandeza
que portar esa palabra exige, para ser digno de ella, y disfrutarla,
tocar con los dedos en alto el spoudaios que sine qua non debía
revestir al hombre público, el político, que hoy ya...
Libertad.

Mendel

Mendel, en su retiro austriaco de Brno, se dio al cultivo de las ciencias

naturales habida cuenta la multitud de especies vegetales que le circundaban en el diario de sus días, de sus labores monasteriles, de oración y asueto, de rezo diario y refectorio bisbiseante a las claras del día, y más cosas sin cuento...

El caso es que probando y probando con las leyes de Dios dio en saber cómo las plantas ?en concreto unos guisantes? eternizaban su existencia sobre la faz de la tierra; parece que llegó a desentrañar, al menos en lo somero, la magia que justifica la vida y su perduración.

No voy a hablar de la archiconocida ley ?o leyes? de este insigne checo pero si diré, y reivindicaré, el silencio que las envolvió en el arcón del olvido durante más de una treintena de años hasta que el acierto de unos científicos la desempolvara para bien de la ciencia genética.

Esta bella durmiente ?que así se tilda a estos hitos del hombre que duermen el sueño de los justos hasta que un azar los despierta? apunta a la labor que muchos escritores y artistas de toda laya en general hacen a la mortecina luz del anonimato con un fin nada espúreo, que es el de divertir su alma en el asueto que permite la labor diaria y soñar, en un espacio que escasamente se presta por viciado en ocasiones y en otras por exiguo.

¡Escritores anónimos! ?hago este apóstrofe para ponerme trascendente? no cejéis en el empeño de la gloria porque a la postre llegará aunque sin la expresión alegre de vuestro rostros, ya ajado de sufrimiento y de intención; pero estará al servicio de generaciones posteriores que, a buen seguro mas en minoría, darán debida cuenta de sus excelencias.

En mi caso diría que no añoro lo que digo añoramos, quizás sea porque no me considero anónimo pues vosotros tenéis de mí el conocimiento que necesito; creo y mantengo que el privilegio de las letras debe vivirse como lo vivían los patricios griegos, como Platón, que disponían del largor de las horas para volar, sin que menesteres más menesterosos disolvieran su numen y sus devaneos con el saber. Que el vil metal parta de otras fuentes menos lustrosas...

Un abrazo a todos.

Útero

El alma viene
a inaugurar la forma,
a habitarla,
a complacerse en ella.
?Pierre-Jean Jouve?

Salgo del útero,
de aquel útero que me amasó
cual barro primigenio,
de aquel útero que me condujo
al balcón de una realidad informe.
Salgo del útero, abro los brazos,
me prendo del primer dedo
que el abismo me ofrece.
Empiezo a entender que la vida
es un prender y un desprenderse
sucesivo, sin fin, y yo, Sísifo hastiado,
insisto en subir por la eterna ladera
la pesada roca que el destino me asigna.
Vengo precisamente ahora de abrazar,
ahora me siento satisfecho,
he recibido el maná celeste
que me bastará del alimento
que espiritual preciso, un amor.

Un amor en forma de niña adolescente,
de niña que fue semen de mi semen
y que me abraza con su palabra,
con sus confidencias, con sus alegrías,
cumple trece hoy, le devuelvo mi sonrisa,
una sonrisa con sabor a fresa, bizcocho
de chocolate que la vela de los años hendió
para siempre, y que desapareció en el instante...
La vida es un film de prendimientos
y desprendimientos, un salir y un entrar
de un útero eterno, ese que busco
porque lo suelto, la vida me lo dice...
No caer en el abismo, en el vacío inconmensurable
que a cada segundo nos abre los brazos
?mira para otro lado, no le mantengas
la dureza de sus ojos luciferinos.
Sí, salgo de un útero para buscar otro,
otro igual pero distinto,
otro igual pero distante,
otro igual pero... recurrente, brillante,
sangrante, corazón leñoso
de un melocotón de invierno, sin sazón.
?Toda esta retahíla obedece a que desde mañana
emprendo la busca de otra casa, otro útero.

Nada me importa.

Nada me importa vivir
con tal de que tú suspires,
(por tu imposible yo,
tú por mi imposible).
Nada me importa morir
si tú te mantienes libre
(por tu imposible yo,
tú por mi imposible).
?Azucena y Sol de Juan Ramón?

Somos uno,
tú y yo,
tú con tu conexión a tierra,
yo con mis quimeras
hasta la próxima nube, vuelan,
tú, con tus idas y venidas,
yo con mi mirada de sal
que se ata a lo ya contado.
Tú y yo, yo y tú y nuestras sombras.
Sentado bajo tu balcón espero,
el alba amenaza lluvia, el rocío
se vierte sobre el cristal esmerilado
del cercano vehículo, rojo burdeos,
la noche se despide entre violetas

y rosas y tú me dices adiós,
y te llevas el trozo de mi alma
que aún me quedaba enhiesto...
Yo, bajo un balcón envuelto
en la alegría de un jilguero,
tú, asomada, lejos, mirando un horizonte
incierto, pero tu mirada es consistente,
no baja al suelo, está ahíta de esperanza.
Tú y yo, uno, con el Universo.
Quédate quieta sobre la barandilla
que ya subo, no recojas aún esa sonrisa
que te circunda cual nimbo la cara,
espera, ahí, con esa postura,
de codos sobre el borde herrumbroso
de verde pintura acrílica, no te muevas...
Sigue, echa las macetas a un lado
para que yo contigo sea uno,
fundirme en ti es lo que anhelo
y mi vista, de paso, que se funda a negro.
Volemos, después de volar quietos,
salta conmigo barandilla abajo
y sintamos el dolor enjundioso de la caída.
Atrévete, yo ya estoy dispuesto,
morir así es el sueño de los poetas.

No soy...

Un poeta loco cualquiera
seguido por los niños.
?Primero fue Horacio quien
dio cuenta de él y bajo su luz
Quevedo con su Buscón?

No soy yo de esos poetas ?si me conviniera este rótulo, que creo para mí excesivo?

que se precian de ser seguidos como niños encantados tras un cierto flautista alemán

del medioevo, no, porque si me dignase a ello mentiría como bellaco ?a los informes de audiencia me remito, que ya son varios durante los cinco años que llevo bajo esta casa.

No soy yo de esos poetas cuyas melodías ?salvando la relatividad de los gustos y aficiones? convocan en el foro a una multitud cual romamos esperando la salvación de un mercachifle o de un vendedor de crecepelos; no pero no me importaría. Quizá yo me crea la medida de todas las cosas cual Protágoras el sofista predicó en su desierto, no; Quizás yo sea la medida de mis cosas pero sabiendo que el espectro de medidas es tan infinito como cualquiera de los espectros que convoca el existir.

No soy yo de esos poetas que pretenden predicar, aunque es cierto que acabo predicando sin saberlo, pero sobre un páramo insalvable, un páramo ensordecedor de tanto vacío y frío como el témpano mas con la salvedad de algún rayo de luz que al desgaire se cuela, se despista entre el rasguño que en ocasiones puedo ocasionar, mas espero sin sangre que reparar no se pueda aunque escueza, aunque cauterice las heridas que el rozamiento de una inapelable vida trae y lleva al retortero.

¿Quién es en esta sala ?me pregunto? el árbitro de las genialidades, el arbitro de la elegancia, como se predicaba de Petronio ?El del Satiricón?

Nadie.

Soy uno de esos poetas ?quiero terminar? que como creo haber descubierto el elixir de la eterna sabiduría ?habladurías mías? me afano en agitar las manos tan rápidamente que creo principiar un vuelo que no levita, que solo es levitación del intelecto y suspensión de los sentidos durante el breve instante que llena una escritura, como este escrito.

Solo era esta la ocurrencia que me ha salido del coleto para justificación y relleno de esta, mi

momentánea existencia de ahora, la que ahora justamente termina...

P.D.

La hoja de reclamaciones se esconde tras el enlace que cuelga abajo a la derecha jejej.

Te busco

Un yo aislado
es un yo
que no razona.
?Jesús Maestro?

Te busco, sí, a ti.
Busco a un ti
que no conozco,
un ti que no es tu cuerpo,
un ti que no es lo que piensas
?teniendo en cuenta que lo que
pensamos no es nuestro, es mímesis?,
un ti que no se ve con los ojos,
que brota desde una fuente
que anhelamos su hallazgo.
Te busco, lo sabes, pero no veo
la materia que verifica
tu encuentro, todavía no;

no soy capaz de ver sin la ayuda
de una circularidad redonda
con un agujerito en el centro,
con un cristal que refleja
hacia dentro lo que pasa fuera.
No, no soy apto a ver sin el ojo
?esa visión engaña al decir
de un Descartes harto de la prédica
en un desierto que da comienzo
a una historia de pensamientos?.
No, esa visión es peligrosa
si no se llega a separar el grano
de la paja, si el nervio enervante
de la esfera ocular no es tamiz
suficiente para el festín sensacional
que hiere de continuo nuestro ver.
Sí, te busco, mas no te identifico,
no sé qué eres exactamente,
y ese no saber es lo que da sentido
a esta búsqueda, lo incierto
es la madre propulsora, es viento
que impulsa nuestra vela, mi vela,
es quien justifica la ley física
que nos cumple en movernos, vivir.
Te busco pero no sé, aunque
he llegado a la conclusión
que el sentido está en seguir la senda
sin saber, sino solo confiar
en el Dios que te lleva, él sabe más,
él es la inteligencia
que convierte una semilla
en un árbol, en una planta,
y será el elán vital ?al decir
de Bergson? quien gobierna
dueño y señor, sin admitir diques,
sin aceptar intentos de convencer

a quien de suyo sabe todo,
sin ser posible una objeción,
un pero, un descarrilarse
del camino que estipula transitar
sin que haya trampilla surcable,
postigo que por arte de magia
se abra sobre el grosor de sus murallas
?lo he comprobado, he osado contravenir
una de sus líneas rojas y la reprimenda
ha sido hecatómbica; tuve que retroceder.
En definitiva, dejándome de peroratas
y de ríos de tinta que desperdiciando estoy
sin que dinero me cueste ?ni tiempo porque
en este preciso instante que pongo la letra zeta,
dispongo de él? dejo este escrito ?
no me atrevo a calificarlo literariamente.
P.D.
Tengo la costumbre al parecer bastante arraigada
de hacer metaescrito en la mayoría de ellos ?quiero
decir con este palabro referir o contar en algún
aspecto el proceso escritural que acometo de presente
como manera de elevar a personaje el momento
temporal que sucede al mismo tiempo. Es quizás
una manera de desgajar el plano ficticio del plano real
para mezclarlos como mazo de cartas en manos
de mago ?ese mago es el lector, creo.

Un arte de Amar

Las horas de la noche avanzan
¡Descorre el cerrojo de la puerta!
?Arte de amar de Ovidio?

María, no me dejes solo,
aquí, afuera hace frío.
En las afueras de tu cuerpo
el sol no hace, está yerto
de espinas y sarmiento.
Siento que me llega la hora.
Si descorres el cerrojo de tu alma
me encontrarás en una esquina,
yaciendo solo, sentado al rocío
intempestivo de la noche,
durmiendo el sueño de los justos.
Las horas de la noche avanzan, María,
el tiempo es una ambrosía
que solo los dioses pueden tragar
?mi esófago claudica ante el ácido
lisérgico que baja raudo?,
y el marasmo que me envuelve

en esta miseria sola y tenue
tiene fecha de caducidad
?si abres tu puerta.
María, te repito como eco tardío,
no me abandones ?ne me quitte pas,
como dice la famosa canción de Jacques
Brel?. Tu susurro entre las sábanas
de la noche me da cabida, refugio,
me espanta la inminencia de fantasmas
y endriagos, y me dan el árnica suficiente
para no pensar, para ser siendo yo contigo.
Aquí te sigo esperando, tras el blanco
de tu puerta, tras el juicio de una mirilla
que noto parpadea, tu curiosidad
pone el ojo sobre ella para ver, fisgonear,
pero sin acción, sin abrir, dejar que el instante
firme su sentencia. Te necesito, tu calor
me da frío solo pensarlo, lo deseo, las células
se hacen pasta efervescente, las vacuolas
en su grasa primigenia se derraman a borbotones
por mis poros cual volcán palmero.
María, gira el pomo de tu puerta, no dudes.
Si giras ese adminículo delicioso ingresarás
en un estadio nuevo, más cerca de tu ser,
liberándote de lo que siempre querías,
de ese ego que solo juzga, califica, significa
y fastidia tu vida sin que detrás haya
nada más que convención y maldad.
Atrévete a saber ?como se atrevió a decir Kant.
Narrador:
La puerta se abre, despacio, sin decisión.
Parece que el discurso existencialista
dio sus frutos. Ya estamos juntos otra vez,
yaciendo cual bonobos añorantes.
Todo ese calor que dije añorar se volvió
demasía y abrasamiento ?hay volcanes

de actualidad acuciante y acezante que
no llegan ni a la décima parte.

Lipogramas y heterogramas

El título autoimpuesto de este escrito me pide que las palabras no contengan

letras repetidas ?en el caso del segundo palabro? o que falte alguna de las letras del diccionario ?en el primero?. Reconozco tarea difícil esta que me trazo pero todo sea por jugar complicándose la existencia literaria.

No esperen talento alguno en esta entrega. Mis límites son los que son al ser humano, o quizás mayores ?si me dejo vencer por mi falsa modestia al modo de Borges.

Vamos allá!!

Esta anotación me vino de George Perec, escritor ya fallecido, francés y patafísico, amante de lo extraño, de explorar en terrenos desconocidos, de asomarse a la ventana en el colmo de la vagancia para tomar tema literario del quehacer ambiente, de cómo la inteligencia natural que gobierna el mundo se cierne sobre un entorno de aceras, hormigón, árboles ornamentales, coches aparcados, prisa y ceguera consiguiente, gritos escolares de alegría por un recreo que nunca llega, el taxi que se retrasa, el bus que cambia de parada de estrangis... ?recomiendo encarecido la inmersión en cualquiera de sus opúsculos.

El primer término ?de cuyo nombre prefiero ahora no tomar nota en negro? me lleva por aquello de la analogía neuronal a aquellas palabras que de tan dichas han acumulado en sus bajos adiposos todo un sedimento lechoso, ultramarino, salchichístico que las hace repugnantes al oído ?seguramente exagero, dirán algunos?. Se me viene la palabra Felicidad ?la escribo con mayúsculas porque es así como se exhibe en los medios de dominación? cuando es ?poniéndome en modo zen? una palabra vacía, hueca como un huevo sin alma, insustancial cual ensaladas de McDonalds mas ensalzada en la cúspide de un frontispicio que representa, no la llegada a la meta que anuncia sino al edén opuesto, un edén de cartompiedra, de joyel y oropel y de mucho consumismo detrás arrojado a la cara de una sociedad como mal necesario para soportar un escenario que no vislumbra alternativa posible ?¿será porque los sustentadores se frontan las manos y no tienen por tanto la necesidad de cambiar?

Os propongo cambiar este maldito vocablo por otro más real y acertado ?a mi falso humilde entender? que es el de CALMA, SERENIDAD.

Estoy plenamente sumergido ?tanto como la Isla de la Palma, que estará encantada porque crece en su geografía pero triste por la errancia de sus lugareños? en ese impás estereotípico del que vive solo y tiende al recogimiento, de sentir en todo su ardor la lava de unas convenciones que no

deben envidiar ni en un ápice el poder arrasador de mil volcanes si tronaran magma a la vez, unas convenciones, una forma de entender la vida, el éxito, una forma de señalar al que no sigue la manada que trata de disuadir al que osa buscarse tras esos intrincados y poderosos sargazos, maquinados para que el pagano de turno ?como por caso soy yo? baje su cerviz y claudique en esa búsqueda, por otro lado tan necesaria y única razón de cualquier existir.

Solo deciros que borrad de vuestros diccionarios los lipogramas para en su lugar pegar con supergén intenso los heterogramas, que aunque escasos garantizan variedad y dicha.

Satie

Mucho mienten
los poetas.
?Homero?

Satie me persigue,
o yo a él ?vete a saber.
Satie era guisante amarillo,
rechazado al desperdicio,
incomprendido por distinto,
desdeñado por salirse
?pero no mentía,
por eso fue amado
por los que codo a codo
escuchaban sus notas,
sus variaciones que de disonantes
pasaron a glosar la estancia
de los dioses pasado el tiempo.
Satie sigue ahí, detrás de mí,
debe ser que es un igual,
un pájaro que busca sin cesar
un error en la jaula,
una abertura entre barras
un poco más ancha
para imaginar la libertad.

Satie alumbrando el horizonte,
Satie coleccionista de paraguas,
vestidor de pana en los trajes,
escribidor de unas memorias
intituladas de un amnésico,
comedor de comida blanca,
de notoria extravagancia,
de casa oculta e ignorada
para el resto de su entorno,
de modestia en lo material.
Su Montmartre henchido de cabaret
le llenaba las horas de trabajo,
con Debussy formó sociedad
contra el academicismo.
Su paternidad en la música moderna,
sus armónicos novedosos,
lo hacen en el deber
de ser recordado por el melómano.
Satie me sigue persiguiendo,
y ya se entiende el motivo.
Pintó con batuta por pincel
las impresiones y otros amaneceres
en la orilla del Sena, el solaz del parisino
sobre una hierba que sigue verde.

Querer es...

Querer es crear... Zaratustra.

Querer es libertad, libertad
es tener un espacio vacío
que ha de llenarse de intención.
Querer es enseñar la carta
que guardada permanecía
bajo el envés de la manga.
Querer es mostrar, guiñar
el ojo del desacato y un rato
esperar a que el conejo
bajo la chistera salga.
Querer es inventar, lanzar
al aire una nube de pájaros
que sin vuelo se alzan
a la conquista de un milagro,
sí, eso me dijeron las musas
que es crear, que es creer
en la chispa que enciende
la materia gris que dentro llena.
Querer es quererte, y no esperar,
querer es entregar el mar

a cambio del viento de unas olas
y agradecer ese viento, esa ola
por escaso que al cambio se preste,
quererte, sí, quererte es moneda
que al aire se lanza y no baja,
y la espera tierra eterna
que se tercia, un imposible cara
y cruz que de haz y envés
festonean el azar de una suerte.
Verte es descubrir el Pacífico
sin un Núñez de Balboa que reclame
ni derechos ni portazgos.
Algo se me queda en el tintero, quiero
que ese algo permanezca en tu retina
y no salga a la luz para no ser ni visto,
ni oído ni palpado por la capacidad
lacerante del beso que queda dentro
por pronunciarse en mi mejilla sedienta.
Piensa en esto que te digo
porque de corazón está ahíto
y repito; solo tú tienes el testigo,
el relevo y la olimpiada de un amor
que de anales será merecido
si te prestas al engaño, si te sumerges
en la quimera de un quizá que nunca llega.
Querer es crear un ámbito a medida
y amueblar en él el nido de tus anhelos...

Ayer toqué el cielo

Es tocar el cielo
poner el dedo sobre
un cuerpo humano.
Novalis

Cuando tus ojos no quieren ver
lo que está delante del espejo.
Cuando tu recuerdo antepone
un velo y se te niega la realidad
de los hechos, el tiempo pasa,
el árbol de ayer que respiró
de noche ahora al sol exhala
oxígeno para alimento tuyo,
para alimento mío ?y eso es imparable.
Mientras escribo estas letras miro al frente,
veo la inmensidad de un verde pincelado
por el declive de un sol
que anuncia su próxima corta vida,
y me recreo en los destellos
que salpican sobre las copas de los árboles,
la quietud momentánea de las hojas
porque el viento ha decidido estar quieto.
El Tiempo es el periplo de una gota
de arena que se precipita estrechez abajo
hasta llenar una pompa de cristal,

hasta darse la vuelta como por arte de magia
y empezar de nuevo cual un Sísifo implorante.
Mientras escribo la gravedad insaciable
de los segundos me envía a un delta
del que no tengo clara noticia, solo sé
que desemboca en una inmensidad
que no tiene dimensiones
porque el hombre no está capacitado
para poner sobre ella escuadra y cartabón.
Mientras plasmo este río sobre el alba
de este cuaderno me pregunto sobre el juicio
constante al que sometemos la sencillez
de la que formamos parte; la misma materia
que caracteriza el árbol antedicho nos atiene,
nos envuelve y nos hace tan sencillos y frágiles
a un tiempo, tan inabarcables como ese océano
al que mi vida tiende irremisible; esta vida
no puede ser sentada en el banquillo del ego
porque no cabe, no hay estrado que soporte
el tonelaje infinito que su significado comporta,
y no hay carpintería en el mundo
que pueda resistir ese peso, no tiene sentido...

No sé a que viene todo esto pero el caso es que me he puesto a desbravar sobre el Tiempo ?como veis muy original por mi parte? que pasa por nosotros, el Tiempo consciente, ese que debemos asumir con el paso de la vida si no queremos andar con el reloj a deshoras, enroscando y desenroscando cada dos por tres la ruedecilla de los minutos y las horas; y eso no hay sueldo que lo pague.

?no decírselo a nadie pero todo esto debe ser porque ayer conocí una chica de mi edad, y la acepté.

Temblor

El odio es uno
de los vestidos
del miedo.

Juan Pedro Cosano en «Llamé al cielo y no me oyó»

Pareciera que todos los santos se confabularon contra una pecaminosa humanidad.
Fue temprano, apenas de mañana, y fueron escasos minutos semejantes a horas
y horas semejantes a años... El caso es que Jerez recibió ese día a un sol llorante,
a un dios vencido por las exigencias de una naturaleza inaudita, una queja que procedía
de las entrañas de la tierra y naciente a muchos kilómetros de distancia, bajo Lisboa.
Las casas más viejas, ya achacosas, no resistieron el embate y con ella fueron al olvido
muchos de los vecinos de una ciudad que presumía de burguesía y oropel, de vinos
y de yeguadas, de fiesta, alegría y cante, donde la opulencia y la miseria se daban la mano
con extraña y fascinante naturalidad.
Corrían las medianías del siglo de las luces ?al decir del francés? y Juan, el abogado de
pobres solo existente en los contornos, yacía bajo la improvisada tabla de salvación
que el azar colocó por encima de su cuerpo, cuando le sorprendió el seísmo en plena
lectura de los legajos del caso que traía entre manos. En cuanto tomó noción de sí mismo
fue como rayo a buscar a su mujer e hijos, durmiendo, ignotos del infierno que surgiera
de repente y yertos, inanes. Los agitó y gritó sus nombres sin que respondieran, ya fríos
pero seguía zarandeando la esperanza, la resurrección solo posible en los libros de santos
que tanto leyera en la escuela, las lágrimas recorriendo raudas mejillas abajo, lágrimas

negras, negro porvenir, negro luto sobre una mente que debía prestarse a su trabajo...
Logró al fin salir de su casa tras sortear un sinfín de obstáculos y clamó al cielo su tristeza.
La calle, de un desierto ensordecedor, no acudió a su auxilio, el panorama era un show
de vigas desnudas, de paredes despellejadas, de techumbre vencida e innecesaria, de
empedrado sin piedra, de hogares sin fuego, sin almas, vacío repleto de desgracia.
En el colmo del marasmo alguien o algo tocó con el dedo su espalda ¿Quién sería?

Me detengo...

El hombre es pastor
de su ser.
?Martin Heidegger. Ser y Tiempo.

Paro.
Me detengo en una mota de polvo.
Me unto leve saliva en el dedo
y froto la parcela de la pantalla
que ocupa esa mota, la quito.
Me detengo, sigo al pie de la letra
un ritual, un eslabón tras otro eslabón
hasta que la cadena termina.
Me detengo; son los preámbulos
del acto amoroso que es la escritura,
no puedo empezar de repente,
necesito hacerme a la idea
de que voy a vaciarme de algo precioso
?al menos para mí?
que ofrezco al lector como limosna
al menesteroso, a mí mismo.
Me detengo; me revisto de la sotana
ceremonial, del recado de consagrar
y de los oleos litúrgicos, bendigo una hostia,
me sitúo detrás de un altar que no existe,

tomo el breviario y alzo la voz en silencio;
el feligrés se alza respetuoso, junta las manos
y reza en silencio, agacha la cabeza
en señal de introspección, buscando su yo...
Me detengo, alzo los ojos para que la vista
descanse, me sumo en las notas musicales
que me envuelven, miro de frente.
Me detengo, dejo que la lava que emerge
desde mi raíz abra las bocas necesarias,
el fuego rojo me abrasa los labios,
los dientes ceden el blanco al negro devastador,
otra boca se me abre por el estrecho desfiladero
que otrora fue fuente de vida, lava blanca...
Termino, pongo el punto y final y desdoblo
las páginas de este libro que ahora yace.

Desperté.

Como Nabucodonosor II,
que soñó con una diosa
con pies de barro.
?Libro de Daniel?

Desperté.
Tenté el rocío de las sábanas
a derecha e izquierda, no estaba...
Sentí de súbito una ausencia,
un desamparo, un precipicio
que hondonaba el congelado algodón
dentro de la almohada, el colchón
expresó su impotencia, el somier
claudicaba mediante firma
la derrota, la guerra sucedió
sin que hubiera recibido declaración
alguna, sin los trámites estipulados,
sin reuniones diplomáticas
para acercar posturas, de súbito.
Sigo tentando la hiel de las sábanas,

sigo sin dar crédito, le soñé, aún
sigo soñándole mientras la lucidez
de este sueño me convence
de que no está ya, no es posible.
Huelo. Acerco la nariz a su porción
de almohada por si todavía
quedara un resquicio de ella,
una especie de suspiro, algo
que le perteneciera, que quedara
como remanso suspendido aquí,
en esta habitación lúgubre,
en este escenario de sainete y entremés,
en esta farsa, sin apuntador ni telón.
Sigo sin dar crédito, tiento, intento
pensar que solo ha ido a comprar tabaco
y volverá después de recibir del quiosquero
el cambio a una moneda falsa, sigo...
Decido al fin levantarme, aúno fuerzas,
cojo el teléfono y llamo, no contesta.
Lloro terrible su vacío, huelo las prendas
que olvidó por prisas en la colada
de la ropa sucia, a ver si retengo su alma, aquí.
Oigo el timbre del portero, cartero comercial,
abro, desolación, le dejo un guasa por si...
Llaman al timbre, miro por la mirilla, es ella.
Abro raudo, me tiembla hasta el nombre,
le pregunto dónde, dijo que a por el pan,
le contesté que por qué tan temprano,
dijo que no era tan temprano, las nueve,
pensé que eran las ocho, me dijo que ayer
cambiaron la hora, estamos en noviembre
y entra el horario de invierno, menos mal dije.
Qué pesadilla más tonta he tenido...

Batilo

Hos ego versiculos feci,
tulit alter honores.

Sic vos non vobis...

Hubo necesidad de ganarse el favor del emperador.
Celos, quizás envidia, quizás entrar en ese círculo
era condición sine qua non, sangre al cuerpo.
Formar parte de ese parnaso garantizaba sustento,
era olvidarse de lo perentorio, de en lo que consiste
la vida diaria, el pan, el techo, una manta, una cama;
era no trabajar para comer, era dedicarse por entero
al delicioso mundo de las letras, del arte, era todo.
Comerse la nata y oler la flor constante del triunfo,
era solazarse sobre triclinios de oropel con el racimo
colgando sobre los labios, era reír de vino, la carne
de caza de los mejores prados y brezales de Italia,
codearse con los bardos más sublimes de la Historia,
el calor y la confianza de un César, el oro y la plata
de un Mecenas rebosante, carismático, estruendoso
en sus quehaceres y costumbres, era posteridad,
gloria, inmortalidad eterna, era eso que los dioses

anhelan y les caracteriza, era el culmen que Sísifo
sueña ?que su roca no bajase más, siempre quieta
sobre la estrechez de la cumbre.
Lástima que toda fechoría acaba recibiendo
los rayos de la verdad, quedando a una intemperie
árida y yerta, erosionando de inmediato toda ilusión,
todo sueño ? El gran Virgilio, enterado de la insidia
siguió los dos versos que presentó a Augusto con otros
tantos que no supo seguir. Torpe de él de no hacer
memoria de todos ellos; el talento le faltó en esa
ocasión como en los momentos de recogimiento
previos al acto artístico...

No tengo nada...

Sobre el preciso instante
en que el hombre de negocios
calló ante el principito.

Yo también tuve que callar,
yo también, hombre de negocios
que quiero poseer y no poseo,
que digo que poseo sin poseer,
que me apropio de aquello
que no tiene dueño y me pregunto:
¿Por qué todo lo que no tiene dueño
tiene que tenerlo?
Las estrellas no tienen dueño
pero cualquiera que las contemple
puede arrogarse esa propiedad
porque la luz que llega a sus pupilas
tras eones de historia un milagro
produce: la visión de este mundo,
de una Naturaleza madre y señora.
Yo, como el hombre de negocios,
me dedico a contar estrellas,
las asiento en una contabilidad imposible,
les pongo el sello oficial ante registradores
y leyes, y las envisto con el yugo constante

de una pertenencia que no pertenece a nadie.
No es digno de poseerse aquello que no se cuida,
aquello que no recibe el calor de un tacto,
de una caricia cercana y hogareña, de una sonrisa
a tiempo y de un no pasa nada, todo es para bien...
No puedo poseer nada que solo sea fruto
de una sentencia, del brillo engañoso de un papel
que timbrado recibe la sanción oficial y relumbrante
de una ley, de un Estado que detrás respalda,
de un certificado que solo certifica la ausencia.
No, no poseo nada, solo aquello que circula
dentro de mis fronteras y no es tentado al escape.
Todo lo demás es materia del Universo, no es mío,
todo es polvo de estrellas, mas polvo enamorado...

La busco, la encuentro...

La vida es como la luna,
hace un largo camino en la sombra
para aparecer luminosa en el cielo.

La busco por las calles.
La bebo tras cada esquina,
la deseo en cada torcer
de mi mirada, en cada paso.
La tiento con el solo tacto
de una supuesta caricia,
una noticia que se queda
en ciernes, un camino
sin retorno ni ida, ni venida,
ni estación de servicio
donde repostar el combustible,
una célula que palpita, una cédula
que certifica un préstamo, un bálsamo.
Cada sentir, cada guiño, cada segundo
que roba un nuevo elixir de una primavera

nueva, cada cese, cada remanso,
cada renacimiento que renace
de sus cenizas cenicientas, cada verso,
cada reverso de cada calle estrecha
de un Barrio de Santa Cruz inmenso.
La busco tras los cimientos, tras el hogar
que de lava funde mis adentros,
tras cada perol que cuelga
de los metálicos ganchos
de mi existencia, tras cada sentencia
que expresa un tenedor, un plato
que como, tras una olla, tras el manjar
en el que unos dioses de palo
me ofrecen prosternados sus deferencias,
su elixir de alegría con el que Prometeo
empecinado mantiene encendido el fuego.
Una voluntad, una actitud inquebrantable,
un impulso que cual vendaval resiste
las ganas de seguir, de seguir encontrando,
que cual abrigo me reviste ante el frío,
que cual casulla de fraile me edifica
y me ilustra la busca de un destino inédito.
La quiero, la camino mirando arriba,
miro las cornisas de los edificios que altos
se inclinan a mi paso, y no se derrumban
sino todo lo contrario, me rinden pleitesía.
La duermo porque dormir bien es mano
de santo, la abrazo, la adentro tras el resquicio
que la piel deja, la hallo por las avenidas.
La escucho, la unto de cemento que pisa
fuerte la baldosa de mis pasos, la lamento
y mojo la despedida, la blanca ausencia,
la experiencia que de intensa cesa,
una sonrisa que ilustra, serena, asienta
el momento álgido de una dicha.
La encuentro, la busco bajo tras la piedra...

Rilke

Rilke sentía que un hogar compartido
es la tumba del artista.

Sentía, intuía, ser pastor de almas,
caballero medieval bajo un mundo
tecnificado, un pulpo en un garaje.
Necesitaba espacio para pensar,
silencio para conectarse, soledad,
pero no una soledad de esas
que destruyen el espíritu.
Deseaba vivir de esto, achicar
de su fuente todas las palabras
que se le iban desbordando
con el sedimento acumulativo
y constante de sus lecturas,
de sus estudios que como Juno
miraban al pasado ? recordemos
que Juno es un dios de frontera,
con una cara hacia atrás y otra
hacia delante. En Rilke, esa cara
postrera carecía de ojos para ver.
En sus "Cartas a un joven poeta"
anima a su interlocutor a que mire
hacia dentro, y ahí encuentre el maná

que busca, ese Dios con mayúsculas
que es el único que existe y del que
las representaciones religiosas son solo
eso: meras y falsas representaciones.
Consumó su instinto de conservación,
su instinto genésico con una Clara que
fue por instantes colmada pero a la postre
relegada al plano de una realidad que para
él ocupaba un segundo plano ?afortunada
mente ella era escultora y así comprensiva
del genio del artista y de las servidumbres
del arte.
Entendió que todo hombre nace rodeado
del género humano y con ello en un ámbito
social donde las convenciones imponen
normas contraproducentes al arte.
Quiso vivir de esto, pero la circunstancia
orteguiana le fue a la par esquiva y valedora,
le fue yin y yang?mujer y hombre al tiempo
y con ello contradictoria y sórdida.
Quiso que las palabras sustento y arte
fueran sinónimas, y en ese empeño hizo
ojos ciegos al diccionario, no quiso admitir
que la lexicografía no alinea en ningún caso
el significado de estos dos vocablos.

Creo...

El viento que me azota
la cara me está diciendo
que me he dado cuenta,
que ya sé de qué va esto.

Creo.
Creo ?con toda la modestia
que me cabe adentro? que sé
de que va esto.
Creo ?no es creer, por creer,
no es cuestión de religión
ni credo, solo creo.., que estoy,
que estoy llegando, veo allá
en la vislumbre de mi vista un cielo,
veo una cabaña blanca de nieve
y por dentro de lava rellena, veo hogar
que de madera crepita, noto la llama,
noto la esencia del belén decembrero,
ese padre, esa madre, esa cuna en medio,
esa calefacción de hechura animal
cual mula y buey, cual sacerdotes
que hisopean calor a tal sagrada estancia.
Creo, creo haber roto una costra,

un impedimento fronterizo,
una escarcha limitante, mi dedo
cual creador de un Adán sixtino
que ahora sí llega a Dios, a mi centro.
Creo, creo que he llegado a descifrar
mi jeroglífico, descifrar una piedra roseta
por siglos oculta tras el recodo de un sueño,
creo.., creo y me creo ya sentado
sobre un edén rebosante de frutos
y ciencia, creencia.., eso es lo que siento.
Me creo caminante machadiano
que huele el descanso y se postra
adivinando la dicha, la cama pronta,
la ensalada y la torta, la redoma
de agua fresca, el saloncito cargado
de lisonja y la memoria que atesora
y exporta desde dentro, y desdora
para disfrute del oidor de historias.
La puerta ya veo, la cabaña asoma,
el sueño de Orfeo está en ciernes,
Eurídice no mires atrás hasta que la luz
te bañe completa, que tú y tu pie
no sean óbice de fracaso y tenga,
como un afligido amante, que llorar hondo
lo que pudo ser y no fue por el eterno
error de un segundo, de no soportar
la presión que la curiosidad me afligía
hasta mirar atrás demasiado pronto,
volviéndome ipso facto estatua de sal.
Creo que ya he llegado, dejo sobre el suelo
los bártulos y me adentro a ver
qué me depara este cielo, o este infierno
delicioso y rotundo que ahí espera.

Es verdad que...

La novela de hoy está plagada
de sencillismo, y eso no me
interesa
?dice Caballero Bonald.

Comparto esta afirmación.
Es verdad que la literatura hay que ponerla al alcance,
hay que encajarla en la difícil horma de un público
cada vez más distraído en lo audiovisual, cada vez
más zángano en lo que respecta a fijar los ojos en un
suceder de letras, y de estas a palabras, separadas de
signos de puntuación no siempre adecuados y de
pensamientos las más veces vestidos de una emocionalidad
que no siempre traspasa el blanco lechoso del papel
impreso. Creo que es verdad, pero solo creo...
Es verdad que una población instruida es una población
más apta para vivir en sociedad, menos bárbara
y más consciente de su humanidad, más conocedora de sí
y por tanto del otro, más sabedora de la prontitud de la vida
y de la precisión que exige su vivencia más absoluta.
?hay más verdades en esta línea que podría enumerar
pero no me apetece porque creo que sería redundante.
Dicho todo esto, es verdad que huyo como Bonald

del sencillismo literario, salvo que sea mera apariencia
de un interno edén de conocimiento y belleza, salvo que
al través de sus palabras pueda vislumbrarse una magia,
un talento que me apeteciera vivir y disfrutar en su esencia.
?quizás en esta última afirmación aflora el deseo
de escribir así, pero creo que no acabo de lograrlo...
Es verdad, y aquí mismo en esta casa lo aprecio, pero
también es verdad que escribir está al alcance de cualquiera,
solo necesita un pc, un poco de voluntad y alguien que lo lea,
pero también es verdad que el talento es un bien escaso
y poco repartido, y que el talento sin siembra ni barbecho
no tiene trecho.

Patria

Patria,
palabra triste como teléfono
o ascensor.
Pablo Neruda.

La palabra Patria llama a padre,
llama a referente, creador, engendrador
de ilusiones, hacedor de quimeras,
vendedor de humos que fumean
de cigarros ajenos, cigarros que eluden
la guillotina que prepara para otros,
para los engañados, los ingenuos de leche,
los errantes maternos, los echadores de menos
de unas madres ausentes, de pechos marchitos,
que portan banderas de colores desvaídos,
insignificantes ?¿Qué sentido semasiológico
puede tener un surtido de franjas horizontales
o verticales de vario colorido?
La palabra Patria no llama a cultura sino a Política,
esa palabra que Aristóteles ya llevara a los altares,
esa palabra que anda de esquina en esquina
buscando almas vagantes que le tiren un ochavo,
esa palabra que si hace falta se prostituye

con el afán de poder, de un poder que solo sirve
para perpetuar en la poltrona a aquellos
que no quieren desasirse de ella por inercia,
la fuerza de la costumbre que hace vida,
transcurso, horarios diarios, rutina y tabla
de salvación para el que busca paz eterna.
La palabra Patria llama y sigue llamando a Guerra,
pero no esa guerra diaria ?por eso las minúsculas?
que justifica el pan y la cama sino aquella que...
Ya lo dice arriba el premio Nóbel de todos conocido.
Es una palabra triste sí, si se malbarata, si se pretende
como acicate para que la mayoría haga lo que el patrón
desea para bien propio, para orgullo propio, para...

Lo intenté.

Eres un universo de agua mineral,
nada más y nada menos.

?Inspirándome en Juan Luis Guerra.

Ayer intenté no ser yo mismo
y se levantaron de la mesa los generales.
Anteayer intenté no ser yo
y el gallinero rompió a cacarear
como si las trompetas de Jericó.
Mañana intentaré no ser yo mismo
y los doce jueces alzarán el mazo
dictando lúgubre sentencia, no puede ser...
La hora de jugar a esto ya acabó,
la edad de jugar a ser otro se cayó
como hoja marrón de un árbol otoñero,
como el arbusto calcinado del que brotó verde
un tallito de esperanza y en el que Don Antonio
quiso ver el florecimiento de su Leonor,
y donde yo quiero ver el hierro de mí mismo,
de mi fortín identitario sin saber su contorno,
sin saber cuánto abarca y cuál es su término.
He querido rebelarme contra mí mismo

para saberme qué pasaría ?escuché voces
dentro que tronaban como volcanes de hielo,
como si el monstruo del lago Ness saliera
a demostrar su existencia no mítica.
He osado no ser como un Prometeo
que buscase las vergüenzas de un Zeus
ya desvergonzado de por sí ?y no he podido.
Lo he intentado y he desistido ya, de por vida,
no vale la pena salir del camino para trazar otro,
se hace camino al andar y ya he andado mucho,
pero no me gusta mirar atrás y ver tanta senda
serpenteante detrás, me hace viejo y no me siento.
Quizás sea porque quiero volver a empezar,
volver a la casilla de salida, volver a nacer,
volver al útero que me forjó, volver a oler quizás
ese aroma materno que apenas puedo ya imaginar...
quizás sea eso, quién sabe.

¿Fue verdad?

La conocí después

de haberla creado.

?Don José Manuel Caballero Bonald

en "Ágata, ojo de gato".

Era un día de playa, allá por el verano del dos mil diez; era en el Rompido, un pueblecito de pescadores a la orilla del Atlántico onubense, pintoresco y guardador de las antiguas esencias todavía. Yendo perdido por sus orillas se puede saborear la sal antigua del calafateador cuya brea esparce cada día sobre la escarcha cansada del barco azul y blanco, sobre un casco que ha rajado ya mil mares y que debe vivir mil incursiones más en busca del pescado diario, aquel que se grita a viva voz en la lonja, al lado de la caseta del guarda, esa que tiene una pequeña ventana que se asoma al espejo del mar y la besa cada día.

Ese día decidimos ?cuando hablo en plural me refiero a mi familia de entonces, mis tres hijos y Ana? cruzar la negrura del río Piedras para acercarnos a una playa allende, desierta y virgen como todo lo desierto, donde los alevines pululaban ignorantes en los charcos que se formaban de entre los bajíos.

Cogimos un barco travesero ?no era pescador? que lleno se adentró cortando el remanso del río y encallando en la orilla postrera, dando a un terreno de vegetación seca y marinera, de mucho pastizal, rastrojo y pincho que malvivía desde el adentro de una arena casi blanca azotada de continuo por un mar joven, que allí se batía con toda su fuerza primigenia sin el obstáculo de la civilización ni la porquería que lleva consigo.

Ya en la playa, ya habiendo tomado sus frescas y límpidas aguas, decidí de soslayo entrar en la maleza trasera, conocer de primera vista qué raíces y qué vida se desenvolvía por entre ese sargazo sureño, lagartijas, insectos mosquiteros y finalmente una niña que me sorprendió como salida de una guarida. Sus ojos color plata...

Se me paró delante con sus jirones colgando, la cara sucia, parecía perdida de sus padres y sin un consuelo cercano, no lloraba pero si se oía un ruido como de un alma cansada, como una paloma que buscara un nido inalcanzable, su mirada un poema, sus ojos me decían cuentos, relatos, obras teatrales como ninguna nunca escrita, su alegría una rosa, un viaje en el tiempo.

Le pregunté qué hacía aquí sola, ella me dijo que siempre había estado aquí, que este es su sitio, la arena de sus pies, el ramaje de su nido, el buey y la mula de su pesebre, su vida; sola, pero no sola porque su madre estaba con ella en cada instante, su madre Naturaleza, que le da arrullos a la hora de los sueños, le cuenta las peripecias más insólitas de sus astros y planetas, de sus varios animales y de hombres que ganaron su sustento contra la fuerza de la escasez, del poco pescado en ocasiones sobre las lonjas, de los barcos anhelantes que cada día cruzan el páramo para buscar una quimera que cada vez huye más, que si el género está cada vez más caro y el gasoil por las nubes ?tantas y tantas cosas que me hacen finalmente cerrar los ojos de aburrimiento (decía con una medio mueca a modo de sonrisa).

Al poco se fue, yo me quedé viéndola perderse al fondo, haciéndose pequeña hasta desaparecer de la escena, de mi vista, de mi vida, de casi mi recuerdo porque era como un fantasma que mi traqueteante cerebro creara en ese momento, en ese espacio temporal que robé a mi familia de entonces, que robé a una playa virgen, limpia, sin bolsas abandonadas de patatas fritas y helados de naranja...

Volvimos, nos duchamos de sal, descansamos, me di lejía en la piel para ver si se me olvidaba esa visión pero no pudo ser, todavía hoy me persigue y me pregunta, me pregunto si ocurrió ¿Fue real?

No se lo he contado a nadie hasta hoy. Ahora solo lo sabes tú.

Allí sigo

El infinito es eso...
aquello que nunca
llega a comenzar.
?No sé quién lo dijo, si fui yo o fue otro,
qué más da quien lo dijera.

Ayer volé hacia una estrella,
hoy también incluso.
No fue necesario
colocar tras de mí propulsor alguno,
pude ponerme en modo reacción
solo con el pensamiento,
solo con conectarme con mi centro,
con ese manantial que dona combustible
suficiente para encender una quimera.
Hoy también incluso, y a lo mejor mañana...
Un viaje a una estrella, incluso la más cercana
requiere de solo un ingrediente.
La más cercana a donde vivo ?aparte
la que todos pensamos? es la Próxima Centauri;
esta estrella tiene un defecto, una especie

de grano en su cara oculta, un montículo
que prefiere esconder de la vista de cualquiera
que curiosee su existencia, de cualquier terrícola
desaprensivo como es mi caso, pero voy a mirarla,
cojo los catalejos que ayer dejé sobre la mesita
de noche y aunque es de día y el sol radiante
voy a mirar por sí en un descuido la pillo
con sus vergüenzas al aire ?no le digan nada,
no sea que se dé cuenta; ahí está, ya la veo!!
Enseguida me enfundo el mono espacial,
me encajo la escafandra de los domingos,
me pongo un chorro de fuego en el trasero
y me lanzo por la ventana contra la gravedad
del mundo, contra su mecanicismo, su positivismo,
puedo volar contra todos los condicionantes,
todas las convenciones no convenidas ni votadas,
vuelo raudo hacia esa estrella que me abrirá
sus brazos en señal de hospitalidad y arropamiento.
Allí me quedo, allí permanezco, allí dispongo
de comodidades sin fin y de un calor
que aunque tórrido no me hiela la sangre,
un calor que me permite la fiebre suficiente
para poder escribir lo que deseo, sin censuras,
sin cortapisas, con toda una amplia mesa para mí,
solo para mí...
Así que, de momento no bajo.

Siempre azul

Lo que miras a lo lejos
es siempre azul.

Poco a poco.
De una vez para otra
voy adentro de eso de perderse,
de eso de olvidarse hasta del nombre,
del nombre de las cosas de las que te dijeron
su nombre sin saber si lo eran o no.
Voy aprendiendo a no llamar a cada cosa
con el nombre que no le pertenece,
voy creando sobre la marcha una semántica,
un nuevo diccionario de usos y costumbres,
un nuevo tratado de cómo no repetirse,
de como no trillar lo ya por siglos trillado.
Ah! voy a sentarme aquí, en por sobre este tocón
que se me ofrece como el pecio de un barco
que ya no vara en la playa, ni en el recuerdo.
Me siento y saco el cuaderno inmaculado
de pintar, saco el lápiz azul, mi preferido
y me pierdo en lo que pudo ser y no fue.
Voy aprendiendo, voy gestando sin darme cuenta
un nuevo arte de perderse; miro al cielo, el azul
de detrás de esa nube es lo que busco para con fuerza

agarrarlo y traerlo y espantarlo contra este folio
blanco que se me ofrece en el camino, pinto ese árbol.
Pinto ese árbol y ese otro, el otro, el otro, y
después el cielo, ese que me espera azul, y
después otra nube, y otra, y otra, y me levanto,
me aparto como hacía Leonardo y contemplo,
contemplo una vez, y otra, y otra, y lo arrugo,
no me gusta, lo tiro no al suelo, espero una papelera
por aquello del medio ambiente y todo eso...
Me acerco al árbol y le pido perdón, lo acaricio
y él a mí, le hablo bajito y él a mí, le beso despacito
y él... lo dejo todo y me marcho, dejo los lápices
en el suelo para después, para cuando la inspiración
me mande un guasa y me diga que ya está vestida
para recibirme ?me marcho a mi casa, te dejo.

Sangre, tierra

Cuando canto a gusto
la boca me sabe a sangre.
?Tía Anita la Piriñaca?.

Sangre.
Eso es lo que me corre por las venas.
Sangre, rojo de hiel y yerbabuena.
Sangre.
Eso es lo que cae cual torrentera.
Sangre, blanco que sobre blanco verdea.
Sangre, eso es lo que se espera...
Sangre.
Eso que sobre rojo torrente riega
la entraña, cual canto vuela y aletea
y da hálito y viento a mis sementeras.
Sangre.
Eso que corriente arriba abajo cesa.
Sangre, eso es lo que en tu mirada reina.
Sangre.
Eso es. Quiero clavar mis pupilas
y contarte sobre tus ojos cada pestaña,
sangre.
Sangre, eso que me das y no pides
que devuelva, sangre, que me pesa
cual arrobas en mi alma y me embelesa

el cante, el cantor y la melodía que te atraviesa.
Sangre, mas no sangre cualquiera.
Sangre.
Sí sangre, de esa que se te encierra temprana
tras los resquicios de tu puerta y atraviesa
y saja el corazón, el hígado y el páncreas
hasta que sale y se vuelca, y dice adiós
desde una ventana que cual postigo tranquea
y que al abrirla el sol abre su albura y besa
la mañana y con ella nacimiento y renueva
la magia, la esencia, el temperamento partío
que la voz calienta y que el quejío recibe
cual miel de abejas, y despeja la incógnita
del silencio, del vino y el arte que la raíz encierra.
Sangre.
No, no esa sangre, no esa que se derrama
y la vena deja, no. Quiero tu sangre, sangre
que circula, vuela presa y da vueltas, sangre
que vuelve a la aurícula y al ventrículo regresa,
esa que no sale, que no se seca cual escarcha
vieja, esa que vive, que de plasma acecha,
esa que con el cante se hace emplasto, vasija
y lentejuela, esa.
Sangre. Vuelve, vuélveme y de gallina carne
vello tiesa, raíz, gentío, flamenco, morisco,
suelo, planta, choza, fuego de leña, mesa,
comida cualquiera que se comparte, guitarra,
amigos y baile, juerga, voz que se rompe,
que se quiebra cual junco de ribera.
Sangre. Eso, esa.

Así fue.

Ella fue un apéndice genésico que con el erosivo paso de los años
se convirtió en tumor maligno, del que tuve que zafarme
para seguir viviendo, siendo yo mismo.
Nuestros mundos eran planos paralelos
que ni en el infinito esperaban tocarse.

Así fue, o así lo entendí cuando pasó el tiempo suficiente para ver con perspectiva, sin ardores, sin posibles rencores cuando no soy rencoroso, sin esa sustancia resbaladiza que recubre al feto para que su salida a la luz sea menos oscura.

Así fue como lo rumié, en la calidez de una soledad que se me antojaba agua para la vida.

Fueron buenos años, no sé si los mejores cuando mi experiencia de la vida, o al menos el concepto que se ha ido sedimentando con el paso de los acontecimientos, es positiva, bonancible a pesar de los amores que se han ido cayendo por el camino, y no solo los que tocan al sexo sino los otros también ?dicho sea que los amores que han rozado la fibra han brillado casi por su ausencia?.

El caso es que ?volviendo al tema? Ana ha sido aquella mujer en la que pensaba cuando pensaba en quién sería la mujer que serviría de receptáculo al amor que se me aprisionaba dentro, quién la que se me abriría a expresar todo lo que de sensibilidad y fragilidad llevaba y llevo dentro, quién la madre de mis hijos, quién...Y diría y digo que muy agradecido a la vida por ponérmela en el camino aquel día bendito de Miércoles Santo.

Así fue, y así digo y afirmo que todo lo que la vida ofrece lo escatima en algún momento, porque nada de natural puede ser eterno porque el ser que somos no lo es y porque el quid de la cuestión existencial está en esa premura, en esa precariedad de los bienes que se nos aparece como por arte de magia a veces, sin alcanzar en la mayoría de los casos a apreciarse siquiera la centésima parte de lo que significan, de su verdadera grandeza; la ignorancia nos circunda y no nos abandona por millares que sean los libros que hojeemos...

Así fue, y así mi grito de satisfacción por lo vivido con ella y por lo que ahora estoy viviendo, de entero sumido en esta deliciosa segunda juventud que diría excede a la primera en su almendra, en el deseo de vivir ?quizá sea porque soy ahora más consciente de la finitud que antes y por lo tanto más valorador de lo que supone estar vivo.

P.D.

Mi agradecimiento también a ella por ser tan buena madre para mis hijos y permitirme el beneficio inconmensurable de la tranquilidad.

¿Recuerdas?

Quien busca encuentra,
tarde o temprano.
Quien encuentra se sienta.

Ayer leí a Sefert.
Mientras leía y mientras sus palabras
volaban por entre mis pensamientos
pensé en lo que nos pasó, ese día ¿Recuerdas?
Ese día que te miré desde lejos,
tú con tu perro, de brinco en brinco
y yo viniendo, a cierta velocidad, andando
por el carril bici que pasa por debajo
del puente ¿Recuerdas?
Entre perro y perro levantaste la mirada,
yo venía de frente y no pudiste menos que verme,
te noté la sorpresa en los ojos, esa sorpresa
que se cierne en la mirada de un cervatillo
cuando la hiena es olida a lo lejos, sí esa, así.
Se te escapó entre miradas y reojos una sonrisa,
una mueca ligera, casi imperceptible, alegría,
te imaginé que ese brote de contento era por algo.
?o quizás fue cosa mía, no sé...
La sortija de tu pelo se me quedó enredada

por entre las sinapsis siguientes, la mañana entera,
venía y volvía sin cesar la expresión de tus ojos,
un a lo mejor que se me cruzaba entre nervio y nervio,
un pensar de que no importan los perros ?porque
nunca he tenido perros y se me hace cuesta arriba
tenerlos cerca? porque el amor siempre se impone,
un... no sé qué más pensar, quiero no pensar más,
estoy ya cansado, tengo que trabajar y quiero estar
en lo que debo estar...
Me voy a dormir con la esperanza de mañana, otra vez,
en el parquecito para perros que hay detrás del hotel
Alándalus, cerca del campo del Betis, sí, allí, hasta mañana.

Cádiz

La eternidad es lo que queda
debajo del instante presente.

Lo único imperecedero y por ello lo único que nos hace dioses
es la vivencia del instante, conectar con ese suceder.

Asomado a la barandilla del barco transbordador; era blanco y yo pequeño, unos siete años a lo sumo y quizás me quede largo; Cádiz, mi hermana Laura, mis padres y una amiga del pueblo que se echó a la espalda sus bártulos y cogió el destino rumbo a la bahía, allá por los años del hambre, de las posguerra civil que fue azote absurdo y cainita.

Asomado a la borda del barco, día soleado, atravesando la bahía de un puerto a otro; recuerdo que todo lo visible se pintaba en blanco y negro, o al menos así lo dejé impreso en mi memoria; las fotos que aún conservo en una lata de galletas inglesa de nombre irrecordado me formaron la memoria de los hechos porque los flashes que diría originarios del momento son tan indecisos, tan decoloridos que apenas pueden darme para una o dos pinceladas, o si acaso un boceto mal acabado.

Recuerdo las gafas de sol que lucía la señora ?no recuerdo su nombre? en todas las fotos y en otras que se hicieron en el balcón al Guadalete de Arcos de la Frontera; creo que debía rondar ya la cuarentena si no más, no lo podría precisar bien, aunque ese dato carece de trascendencia en el cañamazo de esta historia que cuento ?se me ha venido a la cabeza que se llamaba Amalia y era algo así como amiga de mi abuela Basilisa, la madre de mi padre (seguro que la memoria me está gastando una broma, la muy juguetona).

Recuerdo el viento sobre la cara, refrescante, creo que era verano y se agradecía, el viento de la

bahía, del mar abierto al sur, a un mar tan antiguo y con tanta sustancia histórica detrás; los fenicios en el trasfondo del paisaje, Tartesos haciéndole compañía y con un lago que tras la deposición de siglos de sedimento el Guadalquivir colmató para el eterno olvido; toda una amalgama de culturas aderezando las aguas que en ese instante ese barco blanco surcaba seguro de su próximo puerto.

Recuerdo a mi hermana, a mi madre con unas gafas de sol que pretendían ser de Marilyn sin llegar a conseguirlo, mi padre con sus ray ban a lo Clint Eastwood pero con menos glamur, Cádiz y su puerto, sobre todo las grúas atarazánicas de su puerto de recreo ?creo que en esto último resbalo?, pero ahora, que me pongo a recordar se me viene el viento, brisa intensa que me despejaba cualquier duda, que alborotaba el castaño entonces de mi pelo y ordenaba las emociones, la sensación de libertad tan mía, tan intrínseca, tan sin sentido si su ausencia se hiciera presente alguna vez, siempre, antes, ahora, nunca...

Volvimos a Sevilla, echamos un día diferente, los demás hermanos se quedaron en casa, solo cabíamos ese día los dos pequeños, era nuestro día, Cádiz, la tacita de plata, amor mío.

Fui testigo.

Van Gogh pasaba todos los días al lado de un cementerio
donde yacía la tumba de un niño con su mismo nombre,
su hermano.

Recibí su testigo.
Él abandonó la carabela,
las ratas por doquier
abarrotaban las tablas.
Él saltó a una mar bravía,
no le retrajo la tempestad
ni por un instante, ella...
Ella mirando desde el castillo
de proa, el abordaje fue mío,
yo... tomé su testigo,
tuve que llevar el barco a puerto,
sano y salvo, y la capitana mirando,
desde el castillo de proa,
cómo los hombres batían su dignidad
por un puñado de lentejas.
Él saltó desde el mascarón de popa,
abajo le esperaba una chalupa
bien provista de tripulación
y víveres, se fue, me dejó al mando
y la capitana mirando, esperando,

como Rapunzel, un príncipe azul
que trepase por entre sus trenzas,
sus entresijos?compuesta y sin novio.
Abajo seguía, batiéndome,
dirigiendo las maniobras cual el mejor
práctico y zafándome a la vez
de los bandazos de los alfanjes,
de la ira del enemigo ?que eran
los amigos de él? y de mi propia ira.
Al fin y a la postre el barco fue atracado.
Ella bajó de su pedestal, de su castillo
en el cielo de una arboladura imposible
y me tendió su mano ?yo ya no la quise.
Sigo en alta mar todavía, buscando
abordajes y amores en cualesquiera puertos
puntean la costa de estos sargazos.
Un mar que no conoce ensenada...

Galaroza

La manzana es símbolo del amor
y la coquetería femeninos.

Dafne, antes de esconderse,
se hace ver por el pastor y tira la manzana al suelo.
?consulten las Bucólicas de Virgilio.

Galaroza, el pueblo de los peros.

El pero es lo que comúnmente llamáis manzana.

Es una forma habitual en mi tierra de llamarla, y por ese motivo, al pensar en manzana

se me vino el pueblo de Galaroza, en la sierra de Huelva.

No sé si en anteriores ediciones os he hablado de mis raíces serranas. Yo fui el bastardo por así decirlo en cuanto a mi lugar de nacimiento porque toda mi familia nació en Huelva, unos en Nerva, otra en la capital por exigencias del parto, y otros, más ancestrales, en otros pueblos de la comarca más pequeños, como mi abuelo Lázaro en Riotinto ?que por cierto cumplió su centénsimo decimo octavo cumpleaños el pasado tres de diciembre.

Dafne, huida de Apolo.

Dafne, querida, perseguida

hasta las trancas del amor.

Dafne, deseada, ninfa, hoja

de un árbol siempre verde.

Dafne, desesperada, implora,
y su padre, el gran río, acerca
a su soto su carne blanca y mojada.
¡Apolo está próximo! ?grita posesa,
padre, escóndeme de esta barbarie!
El padre, ahogado bajo un baño
de lágrimas le acaricia, le recorre
la tersura lisa de su piel
hasta que el lignito se hace dueño
de la seda antigua que la cubría.
Así la convirtió en Laurel
y desde entonces duerme salva,
sana y lozana bajo el auspicio
y el rumor de su padre, progenitor
y movedor de las aguas benefactoras
de un río que tiembla, que recibe
el atronador llanto de un Apolo
en desconsuelo, que busca a Dafne,
que la quiere con locura, hasta las trancas,
y que no halla, ni sospecha que en árbol
siempreverde descansará in aeternum
su belleza, esa belleza que le llevó
al barranco de la locura, su sol se apaga...

Esto fue lo que se me ocurrió a la sombra de un manzano, en un patio de este querido pueblo, oliendo a gloria y mordisqueando de vez en cuando de esa amorosa fruta; una forma como otra cualquiera de imbuirme de un amor que pugne por destapar, si puede, el tarro de las esencias.

Os dejo, que viene ya por ahí el postre oliendo...

Verlaine.

J'irais á mon palace d'hiver.

?eso decía Verlaine cuando volvía a su hospicio parisino?

Es sabido que hoy en día la poesía no da para vivir ?eso decía Verlaine a cualquiera que se topase con él bajo el nevar sobre el Sena, sediento de cariño bajo el espesor de una desdicha que acabaría en ataúd. Entonces no dio para vivir y ahora difícilmente, solo para soñar. No disfrutó en vida el tributo que se le rindiera posmórten y eso solo trasluce injusticia y desdoro al oficio de las letras, un oficio que consuela en silencio, calla al estruendo de los medios y se dota de premios a los que sobran comensales y faltan sillas ?eso pasó entonces y pasa ahora, o al menos eso creo.

Verlaine bajaba a la fresquita las escaleras de caracol del edificio neobarroco de un barrio latino pintado de blanco cuando lo latino llama a lo oscuro. Asomaba la cabeza por el portal, miraba a ambos lados y de frente y trasponía el umbral decidido a atravesar el puente de Alejandro tercero, fulgurante de un amarillo oro que quemaba las aguas abajo del Sena. Permanecía una especie de hora y media de caminata por los bajos fondos de París hasta desembocar en el Folies Bergère en plena ebullición funcional; entraba, tomaba asiento y al poco rato quedaba sumido en un sueño tal que un Dante infernal. Volvía a casa a eso de la cena y tras un hojeo superficial al libro de turno descabezaba un sueño profundo como el de Jacob. Dormía poco y mal y muy de mañana ya sorprendía a las farolas en aquello de encender el día, cosa que finalmente quedaba en las protuberancias de un sol cada vez más frío, más desangelado, más cárdeno que de costumbre y aterido de ausencia.

No tenía perro pero en su lugar se hacia valer de una suerte de cocodrilo disecado que como regalo de cumpleaños recibió ese mismo año ?lo ataba a un cordel y tiraba de él como si fuera su animal de compañía, le hablaba y todo, o eso decían las malas lenguas...

Como sabía que me lo encontraría ?a decir verdad me hacía yo el encontradizo? llevaba siempre

entre mis manos una pequeña antología de sus poemas, por si en el fragor de una posible conversación de vecinos se terciase leer alguno de ellos y me comentara su intención, en qué pensaba cuando pensaba qué escribir, qué momento corría su biografía en el momento de su gestación y mil etcéteras que ahora no vendrían al caso.

Ayer me llegó por el aire, al abrir el balcón que da al parque, que su alma ya descansa, que ya lee sus poemas a los ángeles y que estos ?dada su extraordinaria vitalidad? han hecho que se reúnan en sesión plenaria, desde los querubines hasta los arcángeles, para discutir si fuera merecedor de una segunda oportunidad, de una galvanización rehabilitante que lo llevara de nuevo entre los vivos y cumpla allí la tarea que desempeña en esta gloria; ellos, los de abajo, que más que los ángeles necesitan de su consuelo.

Magia por fluidez, fluidez por magia...

Quien saltó y quien baja es otro distinto.
Y va más allá el milagro porque es otro
el que mira.
?Epinicio. Luis A. de Villena?

A Lacón de Ceos, ganador del estadio en Olimpia,
siglo quinto antes de nuestra era.

Tu corta estatura y tu grande talento
te permite driblar, caracolear
por entre un bosque de piernas,
de botas de cuero contrarias
y danzantes, y que van a tu caza.
Puedes levantar la cabeza y ver pase,
el balón cosido a la punta,
tus pies como con patines
por cima de una seda de hielo,
tu serenidad ante el acoso,

tu tercer ojo bajo el pantalón,
que mira en derredor y todo lo ve.
Quedan pocos minutos y la saeta
del tiempo acecha, tus botas escuecen
savia y adormidera, vomitan sangre
en pos de la victoria, una victoria
que se encarece ante el afán desmedido
de un adversario cainita, que usa de mañas
y subterfugios propios del más vil de los viles.
El árbitro eleva al cielo del estadio
una tablilla negra y naranja, anuncia
escaso los minutos de separan la gloria
del fracaso y advierte a los capitanes
de la proximidad del desenlace, los penaltis
se dejan ver en lontananza y un cara o cruz
ilustran sus vestiduras de azarosa desinencia.
Debeladores quieren mostrarse pero un cristós,
por ungido de la gracia, se adelantará a firmar
su sentencia mortuoria; a eso se apresta.
El estadio te aclama, salvador, mentira parece
ese gol postrero, cuando ya los minutos renegaban
de sus relojes, cuando el forofo ya retiraba la mirada
dando por concluida la contienda; la copa es tuya
y tuyo el triunfo.
Baquílides a buen seguro lo hizo mejor. He querido encontrar este sexto
epinicio y no he hallado norte; por eso lo he tenido que inventar.
Me he puesto en la mente a Don Andrés Iniesta, otro mago de los estadios.

A veces...

El llanto de la materia.
?trozo de un verso de «Aparta de mí este cáliz»
de César Vallejo.

A veces ?no sé si a ti te pasa? siento
cómo la tierra que piso se abomba,
cómo me grita su espalda cansada,
cómo se quiebra por entre sus ataúdes
y me suplica entre llantos que no pise.
A veces ?algunas mañanas? siento
que el oxígeno se me cae a la solapa
y no me llega a la sangre, claudica
de su sola existencia, de la verde hoja
que le llama en auxilio, capitula
porque el carbono le gana la partida,
le gana el espacio que la química
le tiene reservado en la tabla periódica.
A veces ?cuando despierto? siento
que un olor a café penetrante
entra de extranjis por mi ventana
procedente de otra ventana ajena
y se va sin dignarse a pronunciar un saludo,
unos buenos días que me eleve de la cama,
que me lleve al baño a aclararme la cara
y que me enrojezca de hiperglucemia
la carne, el verbo, el catecismo ajado

que yace tras la mesita de noche, y tiembla...
A veces ?no sé si te pasa? me he dejado
nacer tras una larga muerte entre sábanas
y me he preguntado ¿Para qué?¿Es necesario?
A veces ?intuyo que a ti también? siento,
o he sentido que la vida se me derrama
cual si una botellita de agua mineral resbalara,
cayera al abismo y como por arte de magia
se irguiera y prorrumpiese a galope trepando
esa larga escalera de mármol, esa roja alfombra
de glamur y oropel que antesala una quimera,
caballo desbocado que negro, bayo y blanco
recoge el guante, sentencia el juicio y corre.
Solo a veces; otras son violines mis pasos.

P.D. Tengo ganas de seguir escribiendo pero este último arreón es el que suele ocurrirme cuando inconsciente doy por concluido un escrito. Es mi manera habitual de terminar, como si fuese una especie de orgasmo concluyente, de punto y final. Por lo tanto, y obedeciendo ?como es filosofía en mí? las marejadas de lo inexplicable acerco el tintero, retiro sediento y lento la punta del cálamo de la pulgada cuadrada donde reposa ahora y miro al frente, despejo la vista de la pantalla y pienso..

Piedra paridera

De la necesidad de descendencia
en la antigua Roma y de las recurrencias
mágicas para dar solución.
La piedra paridera, una suerte de biotita,
era la reina de los talismanes.

?ocurrencia mía, de nadie más?

Antonina transcurría entre la espada y la pared.
Necesitaba como agua de mayo un heredero, un ser que colectara
en el orbe de sus manos todo el sedimento acumulado tras años
de sacrificio; estar a la sombra de un hombre de ese calibre no podía
no facturarse sino con un precio razonable, y ese precio debía ser la
tranquilidad de conciencia, la seguridad que a una madre otorga un
porvenir garantizado en lo pecuniario y un desenvolverse sereno
entre las élites de la capital del mundo conocido, un cabildear efectivo
entre esa masa execrable de aduladores y pedigüeños que rodean
a su insigne padre, Juliano ?para tranquilidad suya este ya manifestó
y juró su padrinazgo como sucesor del imperio, pero por otra parte debía
rendirle existencia en el escaso plazo de dos años; la presión se cortaba
con un cuchillo.
Las visitas a su comadrona de confianza, Claudina, eran casi incesantes,
día sí y día también, con la esperanza de que un milagro prorrumpiese a la
postre cual epifanía navideña, pero no llegaba la buena nueva ?su embarazo?
y no sería porque su actividad sexual no fuese frecuente, intensa, en ocasiones

sin ganas de yacer con un emperador acuciante y fatídico, exigente y tedioso;
con esa disposición no es posible macerar el caldo de cultivo necesario para
que la gestación se produzca ?le decía Claudina casi con una lágrima corriendo
mejilla abajo ¡pero el plazo se va agotando querida!¿Qué puedo hacer??se le
escapaba entre lágrimas con un suspiro desesperado como punto y final.
Claudina se quebraba de impotencia y su angustia le iba agriando el carácter
como si una gota que cayera del techo lenta e incansable diera contra la superficie
tersa de una concha de almeja, esa que un niño dejara sobre una mesa tras una
tarde de playa ?era ensordecedoramente desquiciante.
En lo que el ingenio surge de la angustia Claudina sintió en su pensamiento que
debía visitar un sabio que supiera de prácticas hechiceriles o algo por el estilo.
Al día siguiente, muy de mañana, se acercó al cubil de Macrobio, un viejo santero,
dominador de las corrientes filosóficas griegas, manejador de las prácticas ocultas,
practicador de ritos mistéricos y autoridad en algunas de las logias ?admítaseme el
anacronismo? de la ciudad, quien tuvo el acierto de hablarle de unas piedras negras,
encantadas o al menos eso se decía, que tenían el don de parir en verano, con la venida
de los calores del estío y que ese enigma geológico era indicio de su poder genésico.
Claudina se llevó las piedras a casa, las bendijo y fue ya en la tranquilidad del crepúsculo
a visitar a Antonina a fin de refregárselas sobre su vientre.
? Seguiré en el siguiente capítulo porque ya está bien por hoy.

Komorebi

KOMOREBI
Tus miradas son komorebi.
Te lo digo en japonés
ya que no sé decirlo en otro idioma.
Hilos de sol descendiendo
a través de las hojas de los árboles.
Delgadísimas líneas de mercurio trazadoras de luz,
difuminadas cortinas descendiendo desde el cielo.
Lluvia de luz sobrenatural
que se pierde, tornasolada entre la hojarasca.
? Manolo García ?

Komorebi es una palabra japonesa que adolece de traducción exacta al español.
Vendría a ser cómo en la tierra del sol naciente se le llama a esa luz
que atraviesa, que traspasa la delgada película que consiste una hoja, el tenue
cuerpo que contienen el venamen que le hace llegar la savia radicular.

Eso eres tú para mi Laura.
Sí Laura, es a ti, a esa mujer que posa

sobre el alféizar de esa ventana,
esa que tras dar buena cuenta
de la faena diaria se detiene,
se para a contemplar el curso diario,
el gentío que bajo su vista ?desde la ventana?
se afana en la prisa, la hora punta y el puesto
de trabajo que espera con el reloj en la mano.
Eso eres tú, Laura, eres luz, tus ojos...
Tus ojos fijan cada mañana sus pupilas
sobre el fragor naciente de la plaza;
los niños casi no llegan a clase,
las madres corriendo, bocadillo en mano
algunas, pastelito de fresa y nata
que tanto furor hace en los recreos otras
?algunos padres también?
y los profesores borrando el encerado
del día anterior para que las explicaciones
que vienen no se confundan con las pasadas.
Sí Laura, eres luz, ya te lo dije a solas
en más de una ocasión ?cuando éramos novios
y todo un mundo yacía por delante, con caras
ocultas y con caras vistas pero siempre una sonrisa,
una caricia de por medio antes de ninguna explicación,
un no importa, un te quiero, un no pasa nada
que se ofrecía dique al abismo de una discusión,
al despeñadero que la bronca esculpía con cada insulto,
con cada palabra dicha a destiempo, atronando la sinrazón.
Esos malos momentos no importan Laura, solo me queda
tu luz, tu magia, tu caricia, tu sonrisa conciliadora, tu risa
cuando el jolgorio tomaba carta de naturaleza, la jarana
en tiempos de Feria de abril y la guasa que te caracteriza.
Eso eres tú para mí, querida Laura.
Aquí tendrás siempre un escondrijo, aquí
te lo tengo preparado entre la aurícula derecha
y el ventrículo izquierdo, para cuando vuelvas.
La casa te estará esperando...

Me llamo Andana.

Fuerza interior,
vida
belleza
Nobleza.

Me llamé andana.
Me sostuve sobre la tierra firme
de tu lomo y volé, sí, volé al espacio,
a un espacio desconocido, de estrellas
que acababan de levantarse de un sueño,
de un sueño que no soñaron ellas,
que soñaron hombres que pasaron cerca,
sin saberlo....
Sí, sin saberlo, como nunca sabemos nada.
¿Alguien sabe de cierto en qué consiste
estar enamorado?¿Qué se convoca dentro,
qué sustancia lo hace posible?
No, todavía la ciencia no ha llegado,
ni llegará a poner dique a ese sentimiento,
como no tiene manos para enfoscar la pared
que nos pueda permitir detener ese río,
esa impetuosa corriente por desfiladero

que llena de sangre las entrañas erizadas
de una emoción que nace, que el vello
pone en guardia e hiere el recuerdo
cuando el recuerdo se vuelve protagonista.
Me llamé andana, y me fui veloz
a ninguna parte, huyendo de mí mismo.
Me perseguía mi inseguridad,
quise zafarme de ella a todo correr,
giré la esquina de la zozobra
hasta dar con la iglesia de Santa Olvido,
traspuse el umbral sin mediar alguna duda
y permanecí allí, en sagrado, al abrigo
de un cristo que me miraba desde el fondo.
La inseguridad no podía cruzar la frontera
del postigo, mi religiosidad le oponía firme
la palma de una mano muy surcada por lo incierto.
Allí me quede, permanezco, llamándome andana.
Y todavía así me sigo llamando, per sécula seculorun,
y tú esperando al otro lado de un hilo, sin ring ring
que valga, sin ring ring que haga saltar tus alarmas,
tu adrenalina embalsada que quiere remanso,
que quiere agua fresca que corra calle abajo...
Sí, me sigo llamando Andana.

Dos tórtolas.

Al cumplirse los días de su purificación, sea por niño sea por niña, presentará al sacerdote, a la entrada de la Tienda del Encuentro, un cordero de un año como holocausto, y un pichón o una tórtola como sacrificio por el pecado. El sacerdote lo ofrecerá ante Yahvé, haciendo por ella el rito de expiación, y quedará purificada del flujo de su sangre. Ésta es la ley referente a la mujer que da a luz a un niño o una niña.

«Si no le alcanza para presentar una res menor, tome dos tórtolas o dos pichones, uno para el holocausto y otro para el sacrificio por el pecado; y el sacerdote hará por ella el rito de expiación y quedará pura.»" (Lv. 12, 1-8).

?Cita del Levítico, tal y como se destaca en el paréntesis final?

San José solo pudo ofrecer las dos tórtolas
de rigor estipuladas para las familias pobres.

Yo también tengo solo eso,
para ti. Mi corazón es un dique
inmenso, lleno hasta el borde
de sustancia amorosa, para ti
?pero no halla en su mecanismo
un desaguadero necesario,
un conducto de calibre suficiente
para dar cabida a tanto caño.
Yo ?perdonen este personalismo
egocéntrico? tan solo, solo ese
es el capital del que dispongo.

Soy pobre de solemnidad, el peculio
me falta mas me sobran las ganas,
la intención de darte, de volar contigo.
Sé que la factura que me presentarías
al cobro es parca, parca como el alimento
que necesito, como el nutriente que basta
para que mi sangre corra vena abajo,
y que dichosa desparrame el rubor de su río
por todo este celulaje sediento, sí,
sediento de carne, de caricia desmedida,
interminable, infinita, como un universo
plagado de constelaciones y polvo,
de muchedumbre que implora justicia
?una justicia poética suficiente,
que llene tus crisoles, tus expectativas?,
un universo que fuera tuyo y yo te lo diera.
Un palacio en medio de un diminuto planeta,
un planeta como aquel que el Principito
visitara antes de dar con la Tierra ?donde halló
una síntesis de todo lo que uno a uno
pudo encontrar en su mágico periplo?;
un ifrit como ese que en una lámpara
durmiera cual Bella Durmiente y se levantara
a tu sabor para darte todos los dones,
el pan y la sal, la miel sobre hojuelas
y todos los manjares y elixires, ambrosías
y néctares olímpicos que tu deleite y regocijo pidieran, pero...
Solo puedo ofrecerte estas dos tórtolas.
¿Las quieres?
Al menos para un guiso nos puede dar,
aunque nos dure la eternidad de un día
?nadie hasta ahora ha acertado con la medida
de la eternidad (dicen que solo dura un instante...)?,
un día, ese día, que será del grosor de un año,
un lustro, una vida, nunca se sabe.
Eso te ofrezco. La materia tiene precio

?esto que te ofrezco, por más que paso andando
por las calles y plazas, no se exhibe en escaparates,
no tiene precio porque tiene algo más hermoso:
Valor.
No hay que confundir valor con precio; eso
?tal y como alcanzó a sentir Don Antonio?
solo ocurre a los necios.
Ahí te dejo. Hablamos...

Caritas romana.

El padre amamantado por su hija.

?Sobre el poder de la Caridad romana

La cárcel fue envilecida a propósito, y no pudo ser.

En esta ocasión ?contra pronóstico?

no voy a traer este epígrafe a lo amoroso

?o al menos a lo parejil; como en lo último

se está haciendo acostumbrado.

En esta ocasión voy a destacar la caridad

?la caridad con minúsculas, no el concepto

moral y frontispícico que en la sociedad

romana se le reservaba a esta señera virtud.

Hago un espacio estético y tipográfico para anunciar un intento poético que deseo a la altura de una publicación decente:

?He empezado sin música de fondo pero la voy a poner finalmente, porque quiero ser hoy más poético que de costumbre en estas últimas publicaciones. Mi tendencia natural es a vagar libre en el espectro que vincula la Prosa y la Poesía ?las pongo en mayúsculas por mi respeto cual géneros literarios, dejando al margen el Teatro, al cual respeto pero no tiendo hacia él con la misma naturalidad?, y en esta ocasión quiero colocarme lo más cerca posible del primer cabo de ese espectro ?porque ante todo considero en mí más naturalizada la poesía por mi vivencia biográfica que la prosa, aunque lo más natural en el ser humano es la prosa por ser en prosa como solemos

hablar ?parece un galimatías... y noto que he utilizado demasiado la palabra natural, no sé que trasfondo psicológico puede haber en ello.

Sin más dilaciones voy al intento:

Antro miserable.
Un hombre en desgracia.
Los últimos estertores
se anuncian en lontananza.
Un hombre se resiste,
se observa el punto y final
de su historia, requiescat in pace.
Una justicia que injusta espera
un desenlace, una queja final expira
?pero un suceso sorprendente
ocurre como por ensalmo,
una aparición en lo oscuro del tiempo.
Una noche que noche tras noche
consagra la frecuencia de un amor ciego,
que se rebela a una justicia macabra;
un amor lactante, filial, resistente,
marmóreo, noche tras noche, oscuro,
esquivo, el carcelero es seducido,
ella paga con un amor falso el cerrojo
que se abre, que le permite el acceso.
El padre yace con un hilo de vida,
su espíritu es el de un pez sin agua;
el padre se sorprende, en primera instancia
no reconoce su rostro pero a continuación
calla, comprende y asiente en silencio.
Ella le cuenta que ha seducido a la noche
y que debe trasvasar la trampilla de acceso
cada noche para que reponga su vida.

Le cuenta sobre la belleza de su nieto
y sobre lo que a él se le parece con lágrimas
de alegría por una parte y por la otra de pena.
Ella le dice que está dispuesta a penetrar
cada noche este infierno si hace falta,
este traslúcido cieno propio de cloacas,
para galvanizar sus fuerzas y nutrirle cual cría.
El padre tiembla de emoción, de desenlace
y de muerte, levanta la cabeza y pone la sedienta
boca sobre una areola rosada y rebosante,
succiona con placer y dicha cual si bebiera gloria
y su barbilla se deja acariciar por un tibio blanco
que a su vez es motor y savia para su nieto,
y eso le reconforta y alegra más si cabe, sonríe...
El carcelero no da crédito a sus ojos.
El padre resiste vigoroso el rigor de la circunstancia,
los jueces se llevan las manos a la cabeza
y los gerifaltes de la romanidad no aciertan
a dar explicación a lo que parece un milagro...
El padre sale del tugurio sano y salvo.
Su hija se conserva tras el anonimato, satisfecha,
y el carcelero ?que se sintió apéndice enamorado
de la Caridad hecha mujer? reclama su cuota.

Dicha y muerte

No cito la palabra felicidad porque me da coraje ?como decimos aquí en mi tierra?. Y eso es porque está tan manida la condenada que me da pereza ?si no hastío? pronunciarla. En todos los altavoces del mundo se pregona a viva voz, a bombo y platillo y todo por procurar unas monedas a quienes la vociferan por los mercados, por los tenderetes de mala muerte que se improvisan en los pueblos, en los teatrillos de marionetas que desde bien antaño se alzaban en las calles y plazas para maravilla de los infantes y no tan infantes; siempre la palabra mágica para cerrar los cuentos, las historias e historietas más almibaradas y empalagosas que pensar se puede ?vamos, un fastidio para el que os escribe.

Por eso titulo esta entrega con la palabra dicha, que suena más literaria y por lo tanto menos comercial, menos vulgarizada por los amigos del comercio y adláteres.

Como podéis de igual manera apreciar, dicha es seguida por muerte ?palabra esta también muy manoseada por la historia pero por razones bien distintas?. En este caso diría que es más la religión que el comercio quien ostenta los derechos de explotación de la misma. Se puede afirmar que el imperio de las religiones se erige sobre sus seis letras de manera ostentosa, estable, y es el temor de Dios temor a la muerte.

Todo esto que llevo escrito está muy bien como inventio de un discurso pero el motivo que me lleva a emparejar estas dos palabras es muy otro. Ayer, al salir del trabajo, decidí dar un paseo por un barrio populoso y cercano a mi oficina y en soltando la mente se me vino reflexionar sobre la relación filosófica que vincula a estos dos términos, y pensé en la mantis religiosa. No es necesario recordar que este insecto, su hembra siendo más precisos, se vale de los nutrientes del macho para asegurar la condigna descendencia del fatídico acto amoroso que le da sentido. Este desgraciado ser ?quizá no esté siendo empático?llega a su éxtasis existencial en ese preciso instante ?el de la cópula luctuosa? y por esa razón su muerte a su entender debe de ser necesaria, es decir, funde en un mismo crisol la dicha más absoluta con su sentencia de muerte; y extrapolando este aserto a nosotros seres humanos ¿Quizás no nos vemos en más de una ocasión en esta misma fusión conceptual? Cuándo alcanzamos el amor ?sobre todo pienso en la efervescencia de los primeros tiempos, cuando sucede el enamoramiento? ¿no ingresamos en la dicha para acabar en la rutina, en la desgana, en lo mismo, es decir, en la muerte? ¿Podemos afirmar que la vida es la aproximación a un abismo y que cuando lo rayamos es cuando hemos alcanzado el cénit del placer, y que unos milímetros más allá solo queda el vacío más inmenso?¿Puede ser que el instinto sexual, ese que nos impele a acercarnos para arder, sea eso,

un camino de dicha sin retorno?

Temo concluir que no me diferencio mucho del infausto macho de la mantis...

Ahí lo dejo, para que penséis como despedida del año.

Qué tedio.

El instrumento de la lira vale por cincuenta vacas,
y transforma en armonía el pellejo
de los animales muertos.
?extraído de entre las historias de Apolo y Hermes?

¿Por qué tan valioso
era este instrumento?
¿Qué es más valioso:
el alma o el cuerpo?
La lira es alegría,
es pábulo al alma,
es olvidar por momentos
la pesada ruleta del azar.
La vaca es materia,
alimento para el músculo,
fuerza para labrar campos,
para empujar el arado
?todo sinónimo
de sufrimiento, de muerte?
La lira es vida ¿Estamos aquí
para trabajar o para gozar?
La vaca es tedio ¿Cómo se huye

del tedio?¿Es lícito hacer un viaje

cada vez que sentimos tedio?

¿Se resuelve el tedio huyendo

del tedio o mirándole a los ojos?

La lira es música, soy música,

eres música, somos... mi mente

es música ¿Una vida sin música...?

(A medida que bajo con el cursor voy entendiendo mejor que Apolo ofreciera a Hermes cincuenta vacas por una lira).

?Mientras escribo estas reflexiones me estoy comiendo un plato de garbanzos. ¿Quizás así esté huyendo ahora del tedio que me produce hablar del tedio?¿Será verdad esa máxima unamuniana de que viajar es una manera de huir? Estoy terminando el potaje...

¡Qué más escribo! ?tengo ganas de seguir escribiendo, pero ¿de qué?, del tedio no.

Otro día.

Tu pecho.

La autoridad de la madre medieval enseñando su pecho y
mostrando su buena capacidad para ejercer la maternidad.
?Ostentatio Mamarum?

En la antigüedad era así.
La mujer valía lo que valían
sus mamas, eran hembras, no mujeres.
La heredatio era institución fundamental
y decisiva en una sociedad tan jerarquizada;
ahora ?empezando un nuevo y avanzado año?,
la mujer es persona ?no en todo el mundo y no siempre?
y su competencia no se dirime solo en lo genésico,
sino que abarca el coto siempre reservado al hombre,
donde descuella de ellos en más de una ocasión
y demuestran que su marginación social no era ontológica
sino cultural ?desde la lejana revolución neolítica.
Sus pechos eran su carta de presentación por su leche,
no por su belleza ?aunque belleza y bondad van de la mano?,
y hoy esa leche ?aunque altamente recomendable por sus valores
nutricionales? no es determinante, aunque en la profundidad
de su conciencia sigue anidando ese sello identitario, ese marchamo
de calidad de su condición de mujer, que no puede desembarazarse
nunca, aunque los tiempos allanen el pensamiento, de su atributo
materno de la misma manera que el ser humano no puede abstraerse

de su condición homínida por muy modernos que seamos.
Después de esta introducción para calentar muñecas vayamos
al poema:

Tu pecho: manantial, manadero de miel,
géiser hirviendo que desborda volcanes,
esencia de mi ser, de mi existencia.
Tu pecho santo y seña, señero, heraldo,
emisario, portuberante y lechero;
tu pecho... de donde vengo
y adonde tengo que ir, que desembocar.
Tu pecho es maná de río blanco
que acaricia mis labios, su calidez...
Te recuerdo, tu areola rozando el placer
de mi tierna niñez, tu acidez dulce
paladeando la tarde, la mañana, madrugada
que llorando despierta los relojes y tu pecho,
tu pecho siempre alerta, se desata y prende,
tu leche cayendo mejilla abajo, placer inmenso.
Tu pecho, tú, te echo en falta, te deseo, volver
a esos días de comienzo... pero no puede ser.

No, Tomás.

Femina est mas occasionatus.

? Santo Tom?s de Aquino?

Afirmaba el dominico que la mujer es espiritual y corporalmente inferior, y la inferioridad intelectual es el resultado de la corporal, m?s precisamente de su exceso de humedad.

T?ngase en cuenta la tradici?n veterotestamentaria ?m?s en concreto la del g?nesis? en que se tilda a Eva como causante del pecado original; que fue ella y no Ad?n quien desobedeci? la orden divina de no probar las manzanas del ?rbol de la ciencia, lo que llev? al hombre a tener que vivir del sudor de su frente y a la mujer a sufrir el dolor de parto.

Es decir, la Ciencia sac? al hombre del desconocimiento y de la inocencia al mismo tiempo, de ah? que a pie de calle se haya ensalzado el valor de la ignorancia o la inconveniencia del conocimiento para llevar una vida feliz y por otra parte la maldad intr?nseca de la mujer, sostenida incluso por ellas mismas.

Tampoco podemos deso?r el aserto b?blico que hace proceder a la mujer de una costilla de Ad?n, lo que consagra su sumisi?n y minusvalor ontol?gico.

El bueno de Tom?s? no tan bueno a lo mejor?
afirma de la mujer como var?n fallido, y yo,
humilde mortal y simple lector, dir?a
que lo contrario; que el hombre viene
de la entra?a y seno de la mujer,
que es ella y solo ella qui?n
le da albergue y cobijo
durante la ed?nica estancia
de nueve benditos meses, y no...
Eso de la costilla es tan incierto
como que dos m?s dos son cinco:
Ni la mujer es menor de mente
por serlo de cuerpo ni pimiento frito.
De estos polvos vienen estos lodos
aunque dir?a para ser justos
que la canci?n se remonta al albor
de nuestra forma de vivir, muy antes...
El Cristianismo no es original en esto tampoco
y la Iglesia morir? cochino por nacer lech?n.

Desde tu ingle...

No siempre la distancia más corta
entre dos corazones es la línea recta.

Tuviste que irte, y lo entiendo.
Tu profesión es exigente, te llama
allá donde las sirenas tiemblan,
donde el valor de una vida está tasado
y se cumple condena, como yo.
Lo sé y lo entiendo, aquí siempre estaré
cual centinela de un cuartel que no deja de darlo.
No te tengo cerca pero con el guasa
a falta de pan buenas son tortas, al menos
puedo oírte con esos vídeos tan tuyos, soplo de aire
fresco de mañana, tarde y noche, algo es algo.
Te echo de menos porque necesito tentarte.
No solo tus palabras valen para calmar mi sed,
necesito su fuente primordial, beber hasta reventar
de la cerveza que te brota desde tu ingle.
Sí, lo entiendo, tuviste que irte.
Son ya seis meses que a la postre seis años
son, de largos, de tortuosos, recoveco tras recoveco,
preso tras preso, sentencia tras sentencia, un viacrucis...
Esta noche comienzo a inaugurar un nuevo ritual
de sueño; antes de acostarme, lavarme los dientes, beber

y todo eso, voy a dignarme a trazar una recta ?Euclides
algún día me dedicará un guiño? entre tu corazón y el mío
y voy a señalar unos segmentos, de igual distancia cada uno,
y dentro de ellos voy a colocar la foto de cuando nos conocimos.
Sí, eso voy a hacer a partir de ahora...
¿Cuándo vuelves aunque sea de vacaciones? Ya estoy cortando
una tras otra las hojas del calendario.

Horacio querido

Siempre queda el aroma antiguo
en un pomo de perfumes,
de uno cuyo líquido elemento
ya no está pero se siente.
?Horacio?

He mirado de reojo el marcador de batería
del pc y pronto me pedirá alimento ?voy a
esperar?. El recuerdo, la remembranza vale
cuando sale espontánea, no antes.
Qué importa lo que signifique ese olor para
el que lo cuenta. No es justo atribuírseme la
responsabilidad de tener que sentir por él, por
ella, por quien lee la juntura de letras que cada
vez cuelgo en este bendito tendedero, no es
necesario, se escribe para conjurar en quien lee
un sistema de elementos internos que conjuguen
una experiencia estética que se pretende grata,
pensar en lo que piensa una mente ajena es querer
tapar el sol con la yema de un dedo...
Siempre queda, por mucho que el estropajo pase,
rastree huecos y arañe el esmeril del envase, y eso

es señal de que la memoria todavía existe, y somos
eso, solo eso, memoria, pero dejadme que ese olor
lo exprese, lo cuente, lo pergeñe sobre el inmaculado
de un papel que se me abre al pensamiento como manar
de un manantial quieto, o turbulento, pero en definitiva
manantial que solo es porque le sigue un conducto a tierra,
a la superficie pedregosa que de sol está llena fuera,
terreno volcánico, sediento, árido de humedad y deseo.
?Voy a parar un momento, me hago los cereales y vuelvo?
?voy a terminar rápido que me tengo que ir al trabajo?
En definitiva, que subscribo pixel por pixel las palabras
de mi amigo Horacio quien me alumbra en la intimidad
el seso y me inunda de los aromas clásicos hoy tan olvidados
y tan mal pagados por la audiovisualidad de una generación
que se ha desacostumbrado al fijar de sus ojos sobre un mar
de líneas tintadas, sobre un universo tipográfico que guarda
un inmenso tesoro que por inexplorado deviene inexplorable.

Yo romántico?

El Romanticismo fue una reacción en sus inicios
?el de finales del dieciocho? contra el imperio
galopante de las ciencias.
Los primeros románticos ?y quizá también los
últimos? se agarraron a su torre de marfil
y renegaron del gris ceniciento que tomaba el mundo.

Siempre he dicho ?y tú también, te he oído
decir? que no soy romántico porque de mi mano
nunca ha salido una flor, ni por arte de magia.
A eso contesto ?y a ti, más de una vez, te he
contestado? que lo soy, y de médula, porque
ese concepto que pulula y siempre ha pululado
por las líneas de nuestras frentes va culpado
de celuloide, es hijo de las salas de cines y tvs,
y que ?a ver si te enteras de una vez? ser
romántico es algo más profundo, más literario:
Ahora te lo cuento como a ti te gusta...

Cojo una tablas, de cajas de verdura,
invento una habitación con vistas
?para eso rajo en medio una ventana?

coloco en protagonismo una mesa a lo ancho
seguida de una silla de anea ?que no pinche
con sus astillas? y me siento, miro a la raya
que se pierde al horizonte y pienso, luego escribo...
Sé que esto que voy a escribir nace de la tierra,
de la tierra en la que me siento y asiento,
en la que alberga mis raíces y a la que me debo,
de la que viene el pan de mi boca y el vino
de mis labios, pero... cuando descanso del sudor
de mi frente me siento, aquí, delante de este panorama
abierto, limpio, quieto, las copas de los árboles cimbrean
su verde al ritmo de una brisa tenue, salada, que me sume
en un pensamiento verdecedor y prolífico de retoños,
el cálamo empieza a correr, el rasgueo no conoce mesura
y no obedece más que al instinto, a la quietud interminable
de un tiempo que ahora ha decidido pararse.
No te voy a mandar a tu guasa este poema para que lo leas
porque no te lo he escrito a ti, no soy tan romántico, sabes
que si quieres leerme tienes en mi blog toda mi alma
desparramada como sesos de gato tras un atropello, no soy
tan romántico; solo lo soy en la medida en que este mundo,
esta sinfonía de oropel y mentira no representa el club
al que quiero pertenecer ?Groucho decía que solo aceptaría
ser admitido en el Reino de los cielos, es decir, ese reino
en el que solo tienen cabida, solo tienen silla en su ágape,
aquellos que están convencidos de que no se lo merecen,
y él era uno de esos sin lugar a dudas?. Este es mi club, ese
en el que si me abrieran las puertas sin pedirme credenciales
no me dignaría trasponer el umbral ?no me gustan las malas
invitaciones.
Yo soy romántico ?pero no como los de hoy, con todo el almíbar
barato con firma de Christian Dios, sino como los de finales del
dieciocho: Leopardi, Kleist, Hölderling y un largo etcétera.

Ganímedes, aquí estoy...

Ganímedes, el copero de los dioses.

En todo soy Ganímedes ?no sé si en la belleza que Zeus
quiere desde sus ojos? menos en copero ?
soy de poco alcohol.

Yo, Ganímedes, recién en la efebía y pastor
de ovejas, me veo solo en el solaz de estas breñas.
El cielo resplandece de Apolo y yo reino sereno,
aquí, entre el balar constante de la grey. Aquí retozo
como un niño ignorante de peligros, entre el romero,
el espliego y cualesquiera florecillas de fragante aroma,
que destilan dulzura y miel. En lontananza una negrura...

Sé desde hace unos días que el Dios de los dioses
me pretende, se ha enamorado como un chiquillo
que verdea reciente hormonas, me persigue sin cesar.
No me dejo, sé de sus trazas y malas artes, no me quiero
víctima de su rijosidad, ¿Se convertirá en caballo para
hacerme suyo o en toro blanco como con Europa?

No lo sé ni quiero parar mientes, quiero vivir ignorante,
esa ignorancia madre de la felicidad, tal que si viene
del averno tormentas y el septentrión se enfada me meto
en la calidez de esta gruta ?que parece preparada ya para
mí? y salgo nada más los meteoros me den tregua.

Mi padre dice que Zeus está en conversaciones con él,
que me pretende a cambio de un brioso caballo blanco
que sea la envidia de las llanuras de la Troade y haga temblar
sus hercúleas murallas ?que ni caballos de madera ni engaños
odiséicos que valgan? y dice que la oferta es tan tentadora
que está sopesándolo seriamente, inexorable a mis ruegos.
Mi madre con ojos vidriosos adelantando luctuosa ausencia mía,
mis hermanas maliciando las pretensiones de un mentiroso de tal
calaña que arrastra de por siglos una trayectoria abyecta.

A veces, me dice, se le aparece representado de Hebe, madre
de la Juventud y de sílfide y seductora apostura, y le insta a que
me traiga desde los campos a su presencia para que obre en mí
la llamada de la carne y la alarmas se me vayan al rojo ?pero me
niego en rotundo, no quiero cadenas, soy libre por definición.

Tanta es la presión y el acoso que he decidido ascender al empíreo,
convertirme en constelación, catasterismo que será sonado y proclamado
en el monte de los montes, entre ambrosías y néctares de variada factura.
Zeus se quedará sin copero ni aguador, y el cielo ganará mi estrella.

Adamantea

Amaltea ?o Adamantea? fue, dicen una cabra, que salvó
a Zeus de la muerte en una cueva ?donde se escondía
de la ira de su padre.

Así fuiste para mí...

Vagando por los campos ?así estuve
hasta que te encontré.
Era una noche de luna ?la recuerdo?
quieta
redonda de plena redondez
sin cráteres, alba como Galatea
Me miraba, me mirabas
Una fiesta
Confetis, fin de año
Tú rubia, con un azul en los ojos
Yo como soy y sigo siendo, nada...
Vagando de flor en flor
sin decidirme
Tú te acercaste, ¿un cigarro?
No, mejor un guisqui
Amigas de refuerzo
Yo solo, era suficiente
Sorpresa en la mirada, un horizonte se abre.

Bailes tras bailes
Sevillanas, cachondeo, bromas
Una cosa llevó a la otra
Nos dejamos llevar hasta el tálamo
Dos niños preciosos, tú sigues preciosa...
Quedó lejos el recuerdo
pero la carne sigue titilando igual,
sigue latiendo cada capilar sanguíneo
siguen erizadas las actitudes y las ganas
Yo contigo, tú conmigo, somos cuatro
Felices los cuatro y el universo lo sabe.
Me acogiste en la cálida piedra de tus brazos
abiertos, cual una Amaltea escondida
de la ira de Cronos, de un tiempo que se despide.
El abierto de tus brazos y de tus piernas
fueron consuelo, fueron cuidado de mí,
fue cual seno materno que se esparce en leche
sedosa y cálida, cuyo ácido se queda en costra
tras la última toma, testigo que certifica eterno
el sabor delicioso de tu esencia, de tu amparo.
Así eres, así sigues
Yo cordero, que salió de un útero
y pide volver al tuyo y quedarse en él.

Llegar o no llegar

Llegar
al cielo antes que cierre.
?David Bisbal. Antes que no.

Llegar o no llegar
esa es la cuestión...

Si no quisiste fue tuya,
cosa tuya, yo no tuve
participación en tu quimera.

Siempre estuve a un golpe
de teléfono ?si no lo borraste
de tu agenda cuando me dejaste.
Quisiste nadar sola, yo respeté
tus aguas, respeté la brisa
que acariciaba temprano tu mejilla
?no osé cruzarme entre tu vida
y tú, no soy quién.
Yo cerré la puerta ?sé que abuso
del pronombre personal de primera
persona del singular?, la cerré quedo,
para que no despertara tu sueño,

me llevé la llave en el bolsillo
por si cabía la vuelta, pero no cupo...
Te borré de mi facebook para no tener
que llorar ante el alfiler de tus palabras,
ante tu presencia mate en esas fotos
que se cuelgan para epatar, que son mentira.
Te borré de mi historial pero no lo logré,
el detergente que usé no era lo bastante
concentrado como para arrastrar tus recuerdos.
Sé de mi toxicidad para ti y de tu toxicidad
para mí pero..., no fui yo quien te designó
sin posible revocación como madre de mis hijos.
Estoy pensando escribirte un email ?sabes
que los servicios de mensajería no permiten
el veto, por eso te tengo todavía a un click.
Te lo escribí ya, en octubre, pero no me atreví
a lanzarlo al vacío de las ondas, al limbo
de una tecnología que nos acerca y nos aleja
al mismo tiempo como un mar de olas en verano,
esas olas que al pie de la arena mojada me paraba
a mirar, en Huelva, en Punta Umbría, y así intentaba
conectar con mi centro, ¿lo recuerdas?
Sí, como aquel día que discutimos por un quítame
allá esas pajas, por un libro que me quise llevar
a la playa para vivir las horas muertas del atardecer,
que tú no quisiste ¿te acuerdas por qué tontería..?
Ese fue el principio del fin ?nuestros caminos
se separaban ya cumplida mi misión genésica.
En fin, ¡para qué echar más la vista atrás! Cada día
que queda en mi piel y la hace más vulnerable miro
con más anhelo atrás, como si delante no quedara
ya camino, como si un tajo cortara los andares.
Llegar o no llegar, de eso solo trata esto.

Por mi pasado barrio.

Por el carril bici
de Heliópolis.

Heliópolis es el barrio que está en frente
del Estado Benito Villamarín.
?para el que no conozca mi ciudad?

Invadiendo el verde
de tu asfalto,
continuando la flecha
blanca que señala el puente,
mirando a derecha e izquierda;
a la una el Quinto Centenario,
a la otra el blanco caserío
de un barrio legendario,
un barrio que nació
en los fogones de una exposición,
aquella que abrió la ciudad
al siglo veinte y que enmarcó
su ensanche y engrandecimiento.

Allí vivía ?allí cerca para ser exactos?,
y por allí paseaba y paseo ?ahora
a veces porque la distancia del hogar
es más distante que antes.
Me gusta detenerme, justo en la esquina
del colegio Corpus Cristi, y quedarme
parado, viendo la estampa de unas casas,
unos caserones altos, recortados por árboles
y festoneados de matojos al pie
de sus puertas ?el contraste del verde
del contorno y el blanco de la cal se me ofrece
como un epítome de mi tierra andaluza.
Me gusta bajar por el carril bici más hermoso
de los que recorren cual venas la ciudad
como alternativa viaria, respetando de humos
el empíreo cielo que se abre allá arriba,
con las estrella justas, aquellas que extrovertidas
no se esconden del grito lumínico que nos raja
la entraña y el corazón de la tierra, esa que soporta,
que está harta de sentir en su lomo el arañazo
del irrespeto y el filisteísmo del insensible.
Invadiendo el verde me voy
a mis asuntos, dejando espacio
a que la bicicleta ruede
y sustituya la mecánica celeste
por la huella de carbono.
?El que no entienda
que compre un diccionario...

A falta de pan...

Me acuerdo ahora...

Sintiendo este frío sobre la piel
me viene al sentimiento
esa quietud de agosto, esas tardes
largas en las que el sol reina
en solitario, sin oposición ni barajas,
sin que el segundero pase ni un instante,
donde la historia se detiene
y los anales cierran sus varandales.

Recuerdo ahora agosto, vacación,
rosa marchita, sol de justicia,
árboles que de su copa
desprenden savia refrescante
para amparo del caminante.
Recuerdo esas noches, luna,
donde el blanco punto
que se yergue sobre el negro reinante
ofrece todo su blancor, todas sus cartas,
todas sus nostalgias que no vieron lápiz
ni tinta, todos esos amores escritos
sobre el carboncillo lejano de su faz,
corazones dibujados sobre la fugacidad

del regolito, sentimientos no visibles
desde la lejanía impertérrita de mis ojos.

Desde el solaz que esta sombra
me concede observo, lento
cual el ritmo cómo sube la sustancia
que da vida a la hoja, una hoja
que marchita se acuesta, se despide...
Recuerdo ?y se me viene en todo
su esplendor? cómo te conocí, una tarde.
Las estrellas competían por alumbrarte
la cara y darme pábulo a la magia.
Era en una terraza de tantas, de esas
que sueltan músicas para errantes
con copa en mano y pedidores de árnica.
Tu sonrisa, mezclada en cóctel con la calma
de las aguas del río, me sirvieron de ejemplo
de que la ley newtoniana no solo se cumple
allá, en el séptimo cielo, sino en el primero
también y con creces; me acerqué...
En otra entrega seguiré contando
?si me apetece.

Todas las palabras.

Todas las palabras
vinieron a verme.
?Jaime Siles?.

De mañana, después de la faena
me coloqué de esquina en la ventana,
esa ventana que da al sur
y se llena de luz nada más el sol
supera la línea del horizonte.
Me coloqué al trasluz, tal que el rayo
chocara atenuado y no me deslumbrara,
lo que a lo mejor no conseguirían
las letras que me disponía a desayunar.
Pero no fue así. Hubo sorpresa...
Engolfándome en la lectura
me dieron las claras del día
?del día siguiente claro está?;
la trama estaba engarzada con tal sutileza
que me vi enredado sin quererlo
cual un pececillo que tranquilo ve presa
y se sorprende de la dureza de su carne,
de que esa dureza no adivinada
prendiese sobre el tierno de su garganta
y le arrastrara hacia el infierno, ese
que está fuera y donde la respiración

es imposible de toda imposibilidad.
Solo paraba para repostar, el cuerpo
me pedía gasolina y era ocioso negarse.
A fuer de concentración y tesón llegué
a sus últimas páginas habiendo empezado
por la primera solo cuatro horas antes.
No pude colocar en ninguna página
el cordoncillo rojo que venía adosado
a la tapa cuando me decidí comprarlo.
Hice un ademán de encajarlo en el seno
encuadernador de la página cincuenta y siete,
pero la página cincuenta y ocho me miraba
con indignación y con un apostrofe reclamativo,
pregonando la injusticia que me disponía
a ejecutar. Decidí dejarlo colgando, seguir
con el libro abierto y soslayar la rabia
de esa página despechada y maldita.
Así seguí, disputándome en la misma dificultad
y con la misma casuística paginal, hasta el fin.
Cuando lo posé sobre la estantería
para que durmiera el sueño de los justos,
las letras de la portada se me inclinaron hacia mí
en señal de respeto y deseándome larga vida.
Bajé la persiana, armé el petate, cerré la puerta
de la calle y me puse a caminar para digerir
la pechada de letras que me acabé de dar.

Panta rhei

El río que ves pasar, en la calma chicha
de una tarde cualquiera ?no tiene por qué ser de verano?,
no repetirá sus aguas, será distinto la próxima vez
que oses mirarlas, incluso si lo hicieras
con nostalgia.
?Aprovecha la singularidad del momento?

Arrodíllate ante la raya
de su cauce, acércate
sin miedo, haz cuenco
con tus manos y coge un poco de agua,
mírala con detenimiento
examina sus moléculas, sus moles,
sus valencias, la física que hace posible
la maravilla de sus valores y su composición,
suéltala libre sobre el río al que pertenece,
donde estará en su salsa, en familia,
déjala que corra hacia su desembocadura,
que muera como todas las aguas, vuelve
al cabo de un instante y ofrécete a hacer
la misma operación ?hazla con toda
la dedicación que merece un experimento
científico de esta importancia?. Descubrirás

que el sabio Heráclito decía la biblia ?aunque
esta no existiera todavía, que se sepa.
Con toda esta paráfrasis quiero decirte
?mi querida Alejandra? que si hoy te parezco
agua fresca, azulada a veces, picantona en otra,
atrevida unas, juguetona otras, mañana...
Quién sabe, quien tiene en su faltriquera
las cuartillas escritas del destino. Nadie...
Sé que la distancia es insalvable, pero existen
barcos, aviones, helicópteros, y algo más fascinante:
imaginaciones, voluntades, ganas de fundirse
como las que pergeñan la magia de la vida, la química
inefable del agua que al carecer de prejuicios, de miedos,
de fantasmas, se disponen a aguar hidrógenos
y oxígenos hasta inventar la casualidad planetaria
de una vida inédita en el resto de una eternidad tan eterna.
Si algo tan sencillo como el agua ?una sustancia
tan lábil, tan resbaladiza e insustancial, abundante?
funda o más bien patentiza ?por aquello de la patente
industrial? algo tan grande y único, tan suntuoso
¿qué puede negarse a lo que la voluntad decreta?
Quizás sea suficiente ?Alejandra de mi entraña?
el calor que desprenden mis palabras al hambre
de compañía y al hiato que tus horas muertas
ciernen cual velo contra tu asueto ?puede ser?,
y entiendo, pero mi naturaleza cartesiana
exige un equilibrio, un cierre contable de los debes
y los haberes, y en esa rendición financiera
atar cabos sueltos y ecuaciones sin resolver.
Que en definitiva ?preciosa Alejandra? pases
de las palabras a los hechos, no ya, mañana, pasado,
sino ahora ?ahora que la lumbre sigue encendida
y las ascuas ardiendo.

Europa

La de mirada ancha

De estirpe noble,
de sangre fenicia,
de Tiro su cuna,
de comercio su esencia.
Bella reluce
por las andas del viento,
Primavera la quiere
como lo efímero a una flor.
Zeus la observa,
su diente se hace leche,
su boca agua,
su sexo se desmiga,
sus ojos platos devienen.
Abandona el escondrijo
que le hace voyeur
y le oculta de su presencia.
Ella sigue retozando,
celebra la vida, las ganas,
la luz que entra y descerraja
todas las hendiduras, todas las mortajas.
Él la toma para sí en un descuido,
ella bulle reacia, se agita mas no se zafa,

él, toro blanco brillante, la sube,
la coloca de horcajadas en su lomo,
la hace cretense en un abrir
y cerrar de ojos, y la acuesta en su lecho.
La hace madre, la arropa, la hace suya,
ella se deja, se entrega al rapto,
se acomoda en una cárcel de oro,
se sume feliz en la molicie de un palacio,
él, todopoderoso, le provee solícito
de todos los dones que pensar se pueda,
ella, harta de tanto agasajo, echa ya de menos
su raíz arrancada, sus aires y su casa.
De madrugada, mientras él descansa,
ella hace las maletas y escapa.
Él, aunque todo lo puede, no presagia
y el sueño le vence ?morfeo le doblega?,
y cuando se despierta es ya tarde,
y es todo lágrimas su rostro, desgracia.
Su mirada ya mira sus horizontes, limpia,
sus juegos no ignoran el acecho,
los curiosos, los deseantes, el voyeur
que se relame escondido, en la maleza.
Su alma descansa, ya tierna, en su tierra.

Aquí creyendo...

Tiende su sombra
sobre los relojes.
?Rilke. Día de otoño?

El amor crece.
Mi amor sobre el tuyo
hace las veces de sable,
se tuerce el bronce
que satina sus ausencias.
El amor nace.
Mi amor se trenza y se destrenza,
al son de un aire que se hace viento,
se esconde y sale cuando el tiempo
le hace cuna y simiente.
El amor siente.
Mi amor transpira cieno
y pulula la magia de las encías,
se retira a descansar en su alcoba
y nace a las claras del día,
cuando se vislumbra apenas
la quietud de las gaviotas.
El amor desciende.
Mi amor se cuece lento de brasas,
al unísono sonido del crotorar de garzas;
se oculta tras la siguiente esquina

y le sale un grano, cual adolescente.
El amor...
Mi amor...
El amor se me resiente,
se me despide y me alza
la mano derecha ?¿o era la izquierda?
Su amor se me va haciendo pequeño
conforme se aleja hacia el horizonte,
la mano que levanta en despedida
apenas se barrunta en la lejanía
y el corazón a medida que pasa
se va haciendo más exiguo, minúsculo
sostén de un pecho vencido
por el peso de su sangre, y la humedad
que se hace dueña a la altura de un ojo.
El amor se descascarilla.
Mi amor con tu amor se cuartea seco
como la vejez cortical de un árbol añoso,
de ese árbol que fue guarida y coartada,
repulsa y hogar, fuego y deseo herido;
y otras fue proyecto, futuro, que no existe...
El amor se agosta, se hiberna, se otoña,
y al fin se hace primavera en los almanaques.
Pero yo sigo aquí. Revivencia, alimento, fantasma.
Aquí creyendo...

Fue

Fue de una noche,
fue de un viernes tras el trabajo,
fue de estar solo en el bar
de siempre. Fue verano , poca gente.
Fue de permanecer en el anonimato,
fue de observar el llenar de las mesas
alrededor, grupitos numerosos unos
otro no tanto, fue de esperar a la vida
a que me llenara la mesa y hablar.
Fue aguardar sobre unas dos horas,
fue aguantar estoicamente, llenándome
de mí mismo y replegándome hacia dentro
confiando en la vida, como siempre,
la vida que es mi mejor amiga
y siempre acude a mi rescate.
Fueron un grupo de tres chicas
y dos chicos que se sentaron a mi lado,
fue ponernos a hablar y congeniar,
fueron risas, confidencias, confianzas
en un abrir y cerrar de ojos,
fue hablar como si fuéramos amigos
de siempre, fue...
Así fue, así es el destino, así me cuida
la vida, siempre trayéndome a probar
los más dulces manjares
que se venden en los abastos.
Se fueron a otro sitio, a bailar,

me ofrecieron acompañarles pero no quise,
me sentía ya satisfecho de calor,
yo que acostumbro a que el rocío
descanse sobre el vello retrayendo
la escarpia, bebiendo el frío de una ducha
a altas horas de la noche sin rechistar.
Fue que volví satisfecho, con el aliento
del roce sobre la cal viva de una piel
ahíta de sortilegios y desbandadas.
Fue que bendije a la vida una vez más...
Fue que me acosté y dormí a pierna suelta,
sonriendo al cielo y a sus renglones torcidos.
P.D. Hoy, ayer mismo, mañana, como, comí
y comeré amistad porque he aprendido
la necesidad, la importancia del calor
para que la vida sea una y otra vez cada día.

Una luz. Esa luz...

Mis ojos se han acostumbrado a la luz,
miro a la ventana luminosa que se abre
al parque y mis ojos parecen aceptar esa intensidad
que había olvidado y que a regañadientes acoge.

Antes ?en un antes menor de dos años?
la luz que hería de costumbre mis pupilas
era menor, más sombría, menos generosa.
Como inciso a este escrito decir que en Los Bermejales
vivía en un primero que daba a unos balcones ?los ojos
estaban cortados en su deseo de espacio y con ello
de luz.
Ahora ?en un ahora rutilante y espléndido?
mis ojos dan a un verdor constante y a un horizonte
lejano y extenso. Decir que veo desde la ventana
de la cocina a la que llamo mi señora: La Giralda.
Voy a intentar ser un poco más poético:
?a ver qué sale?
?como veis, abuso de la raya, como le pasaba
a mi Emily Dickinson en sus reuniones consigo misma
en el fondo de su oscura habitación?.
Abro los ojos, abro la ventana.
Abro la mente a la luz,

a una luz intensa, sevillana.
Me dejo penetrar de ella
hasta el último rincón de mi casa.
Abro mi corazón, que late, remansa
la sangre y se coagula la desgana,
cierro el miedo que acude con trampa
y le pongo cerco, policía y guadaña.
Con la mente limpia de nubarrones
acometo glorioso la mañana:
carrera matutina para liberar musarañas,
desayuno tranquilo, al son de mis latidos,
recoger la casa de alimañas y disfrutar
de un asueto a base de libros y castañas,
cacahuetes, alfajores y avellanas
hasta que ahíto de placer cese... de ganas.
Me dispongo al trabajo y cierro el quiosco.
Salgo y tras de mí la puerta me dice goodbye.
Mañana será otro día, igual de precioso y pleno.

Marta.

Marta es como un pajarillo que se aferra a su nido y tiene miedo al vacío que necesita para emprender el vuelo, para que las alas le salgan majestuosas y planee como dueña del cielo. Si ella colabora yo estaré para empujarla y cuidar de que no se estampe contra el suelo, que se agarre a mí si lo precisa y dejarla volar cuando tenga la disposición, que sienta la magia del viento sobre la cara, reinando sobre cualquiera de los abismos posibles, sin miedo, no sola, sino llena de ella, y que no caiga en la costumbre, que encuentre un hombre que vaya en sincronía con ella.

No tengas miedo.
Si te asomas el abismo es inmenso
?lo sé? pero más inmensa
es tu gana de saltar, de soltar
las amarras que te encadenan.
Quieres volar y no te atreves.
Confía en la capacidad de tus alas,
las plumas que la constituyen
son perfectas en su variedad
y disposición, están sanas
y bien cuidadas, confía en ellas.
Si sacas el primer pie te atreverás
a sacar el otro a continuación
y una vez te veas en situación
comprenderás que no tienes escapatoria.
Debes lanzarte, no mires atrás,
no te vayas a convertir en estatua de sal.
Mira al miedo a la cara y dile lo que piensas,
impúlsate con las manos sobre el borde
espinoso de tu nido y dile adiós.
Cuando notes que planeas y sientas

en tu cara el lenitivo de la brisa marinera
querrás seguir así toda la vida
y te preguntarás por qué no lo hiciste antes,
por qué tuviste miedo y fuiste cobarde.
Solo te diría que es así, de esa pasta
estamos hechos y es de recibo tu proceder.
Si lo necesitas y me llamas me pondré
debajo del nido, por si no logras emprender
el vuelo y estar para recogerte y no hacerte daño.
Sé libre, arráncate de los grilletes del amor,
de un amor que hace daño y que no responde
al significado que se consagra en los diccionarios.
Estaré pendiente...

Sísifo

Como arar en el mar.

Es un vano esfuerzo.
Ayer te volví a ver
subiendo una piedra
enorme, una mole insufrible.
Flexionabas tus brazos
y estirabas tus piernas
contra el suelo. Vano esfuerzo.
Cuando lograbas moverla
tenías que soportar la gravedad
inconsecuente de una cuesta,
de una pendiente exagerada,
una pendiente que te conducía
a una cima inexistente, baldía,
de manera que cuando llegabas
la gravedad que antes te estragaba
se convertía en dueña y señora
impulsando hacia abajo vertiginosa
la contundencia de esa masa inexorable.
Volvías a erizar los músculos
de las piernas y los brazos en vano.
Esa fuerza newtoniana que da sentido
al planeta Tierra era en ti un sinsentido,
un arrastrarte hacia el punto de partida,
como si hubieras caído por el capricho del azar

en la casilla cincuenta y ocho del juego
de la Oca ?como si la muerte impusiera
sus parcas? y tuvieras que resignarte
a volver a empezar ?ya con menos fuerza.
Ayer te vi, y te veré mañana y pasado
debatiéndote contra la fuerza de los mitos.
Sí, te vi y me escondí tras la primera esquina
para no interferir en el desempeño de tu castigo,
ese que te impusiera un dios caprichoso
y mujeriego, irresponsable y rencoroso,
y que se hace llamar el Padre del Parnaso,
un dios odioso, en él no creo ni por asomo.
Te vi y no dije nada, y el hibris me quemaba
por dentro, pero me callé, cobarde,
no fuera que el maldito girara sus ojos
contra mi carne y me impusiera su insidiosa ley.
Me confieso, soy cobarde, indigno de ti.

La mujer

La mujer decente debía permanecer siempre
al margen del mundo, encerrada entre los muros
de su propia casa o del templo.
?Sta. Teresa de Jesús.

La mujer, soporte,
suelo, sostén, esencia,
sortilegio, sinsabor, desinencia.
La mujer, decencia, casa,
hogar, reminiscencia, locura,
inmortalidad, obediencia, frescura.
La mujer, receptáculo,
cuenca, desembocadura, presencia,
un fustigarse constante, a prueba,
Minerva en su ciencia, Yocasta
en su soltura y maneras, origen
y prinicipio de enamoramientos y Edipos.
La mujer, útero inefable, sentimiento.
La mujer, cuna y sábana recién planchada,
merienda de pan y chocolate, beso
en la frente de mañana, colegio y enseñanza.
En la mujer la madre Naturaleza
deposita la semilla, el cuidado de la especie,
una especia que da sabor a lo insulso,
a la cal que ácida rocía el día a día,
al transcurso de lo de siempre,
y también chispa, Coca-Cola y Fanta.

La mujer, manta, abrigo, nido y sintagma.
La mujer, que espabila pronto
porque pronto debe tomar el cometido
de dar continuo a una humanidad
que hace aguas, y que se resiste a los tiempos.
?Esto último se me ha venido porque viendo
un programa de cantantes niños y adolescentes
constato la superioridad manifiesta de las niñas.
No sé que más poner...

Es darse cuenta...

Vivir no es vivir,

es darse cuenta.

?Josep María Esquirol. La Resistencia Íntima.

Un ensayo sobre la Filosofía de la proximidad?

No sé quién un día me explicó

lo que era vivir; no le hice caso.

No le hice caso seguramente, aunque a decir verdad no me acuerdo ni de quién me lo dijo ni de la sentencia que a manera de adagio o aforismo me arrojara para que tomara conciencia y lección de lo que es la vida y, por consiguiente, de lo que debía presidir mi quehacer diario, mi rutina, mi seguir andando allá donde mi viento me empujara.

Pero sigo con el poema...

No sé si la vida es eso u otra cosa,

todavía, franqueada ya la cincuentena,

solo deseo tener la mente calma,

seguir a rajatabla el lema de Juan Ramón,

aquel que un día dijera sobre los días y las vidas

?¿Lo recuerdan? Quien no lo recuerde que lo mire

en internet?, y como decía, mi objetivo es diario,

es tener la mente como un día de sol,

de esos días que tanto disfruto en mi tierra,

sin nubarrones que no existen, que son producto

de mi rastrear constante de alguna amenaza

?tengo una mente parlanchina, como suelo decir?.

Os confieso que me siento incapaz de librarme

de este intimismo literario que me caracteriza

ahora más que nunca; ¡y mira que lo pensé ayer
mientras paseaba después del trabajo , pero vuelvo
una y otra vez como el eterno retorno nietzscheano.
Sí, la vida es darse cuenta, todo lo es
pero es que ese todo es la vida.
La vida es como una circunferencia totalizante
que engloba cualquier geometría euclidiana:
un cuadrado, un triángulo..., y después es un cuadro,
un cuadro lleno de personajes, colores y fondos,
y cuando te pones delante para mirarlo, lentamente,
poniendo todos tus sentidos en su narrativa,
empiezas a captar lo incaptable, lo que no es dable
captar cuando pasamos a toda prisa, como de costumbre,
tirados por un carro lleno de heno y que se precipita
sobre un desfiladero invisible, pero que existe...
Ahí es cuando te das cuenta, cuando atas cabos
y llegas a entender la trama de la película
?como cuando vas al cine y sales sin haber entendido
y después entiendes?. Es en ese momento
cuando has vivido, cuando lo que ocurre deja recado.

Música ligera

Parvo vivere.
?Vivir con poco.

Solo tu cariño me basta.
Fue entrar en Lobby y encontrarme con mi jefa ?no sabía que me quisiera tanto.
Fue abrazarme, decirme que soy grande, decirme que me quería, que soy su Alberto y que nadie me tocara ni estresara. Fue entrar y encontrarme con Jose, que me esperaba, y con David a su lado, fue entrar en la pista a rebosar, fue encontrarme con otra chica que me confundió con un cantante de un bar cercano, fue seguirle la corriente porque me gustó su cara, fue ver después con la envidia recorriéndome las venas como se besaba con otro que después me contó que era su marido, fue presentarme a otro chico y entrar en su grupo de amigos; pero me fui porque otro grupo me esperaba, el de mi jefa y sus amigas y el de Jose, con quien quedé por guasa.
Fue empezar con buen pie la noche y disfrutar del cariño de todos los que me rodeaban.
La vida me hace caso, me da lo que le pido en silencio y le estaba pidiendo cariño ?es verdad que le pedí algo más pero de boquilla, y tengo comprobado que lo que no le pido en silencio no me lo concede, desde el silencio del pensamiento y el verdadero deseo.
Fue bailar toda la noche, se me olvidó cenar porque llegué algo antes de la diez, fue magia, fue bailar abrazados como buenos amigos aún sin apenas conocernos, fue ese amor del que no se habla porque se considera pequeño y no llena las colas de los cines ?pero es el amor que más me interesa, aunque también tengo ganas de mujer y mucha.
Pido disculpas por mi franqueza, por desnudarme tanto que temo la pulmonía, aunque a decir verdad son disculpas literarias porque me apetece hundir mis dedos al borde de las costillas y abrirme en canal hasta enseñar lo más hondo del corazón y los pulmones.
P.D. Si alguien cree que no viene a cuento contar estas cosas tan íntimas que me lo haga saber en su comentario ?privado o público? para contenerme un poco y hablar mejor del sexo de los ángeles o del partido del Betis.

Cuando queráis me pasáis la factura por la cuenta ?no sé si tendré saldo, eso sí os digo.

De mañana

Cariño, te juro
que es la primera vez
que me pasa.

De mañana,
esta misma mañana al despertarme.
Esta precisa mañana sentí un crujido
frío y seco ?como la canción de la más
grande? a la altura del pecho,
una punzada, un anuncio aciago.
Sentí que un trozo del corazón
se desgajaba del resto como una mandarina,
se dejaba caer contra la garganta.
En ese marasmo extendí el brazo
hacía ti por si estabas; no.
La cama estaba sola, desierta,
solo el oasis de mi existencia, desnutrida,
vacía de contenido y de razón, a la lámpara
mirando para buscar porqués sin encontrarlos.
Me levanté cual si tuviera en la espalda
un fardo de ladrillos y argamasa,
me quedé sentado un rato, antes de girar
y posar el pie izquierdo primero, como siempre.
Me vestí a toda marcha y salí pitando
sin introducir en mi estómago siquiera un mísero
café ?yo sin café sí soy persona?, y fui a buscarte

para cerciorarme de que sigues siendo real,
que te he soñado, sí, pero no eres un sueño,
que eso que se me ha partido es producto
de una fisiología equivocada pero no de nosotros,
que sigo colgado de ti como desde que te vi allí,
entre libros y apuntes en la biblioteca de la facultad,
que esto que he soñado ?yo que soy acuario y por tanto
intuitivo y un poco brujo? es solo un azar de neuronas.
Al fin di contigo, me dijiste entre sollozos que tuviste
que irte, caminando a ninguna parte, como aquellos ilustres
flaneurs parisinos del decimonono siglo, porque te paso algo.
Qué te pasó, te pregunté con el alma en vilo, y me contestaste
que se te había roto el amor, esta mañana, y que no sabes
como coserlo, que fuiste a una mercería a comprar agujas
e hilo para enhebrar una nueva ilusión pero que no sabías...
Yo me eché a llorar, me callé, y no le conté lo mío
por no echar más leña al fuego.
Hoy seguimos cosidos a una misma cadencia, un quizás.

En silencio...

La lectura en silencio,
magia.

Las letras van sucediendo,
las palabras tras ellas,
apenas hace falta verlas,
se adivina con solo un golpe,
mi presbicia no es óbice
?es una presbicia leve,
un leve desenfoque de cerca,
no teman? para su discurrir
por dentro, voy entendiendo
el mensaje a la velocidad de un cometa.
El silencio, mi cómplice,
el silencio me dispone la circunstancia,
me acicala el escenario, me extiende
las cortinas, alisa el tresillo, elige los cuadros...
El silencio, acompañante perfecto
?o quizá una música suave,
casi imperceptible, que no desvíe
la atención que mis neuronas requieren.
El silencio y la lectura, amigos, amantes.
De repente, cual si el guion del texto
lo exigiera, prorrumpo en voz alta un pasaje;
entono como en recitación y respeto el signo

de puntuación para que su semántica
se proclame sin vericuetos ni holganzas.
Me deleito, me arrellano en el placer
que cual sillón de tv me concede la lectura;
me imagino delante de un público expectante,
que quiere oír lo que pasa por entre mis ojos;
concedo su deseo y me dispongo a elevar
la voz de nuevo, pronunciando como si a una clase
de párvulos me dirigiera para asegurar
la comprensión de los términos ?me gusta
eso que escribí antes de la semántica?. Miro
hacia el frente para descansar el esfuerzo,
para que el ojo se acomode, para darle árnica
y prepararlo para el subsiguiente arreón.
Finalmente ?decido? reposar los cartones
que lo encuaderna sobre el frío mármol
de la mesilla contigua.
Sigo con mis asuntos...

Una paranoia gorda...

Un asomarse al cristal, la terraza afuera, descansar la vista,
un sumirse en el paisaje, el azar del celaje, la diversa
suerte de la luz, el vestido ocasional sobre la floresta,
un parque embutido entre unos edificios.

Un morir buceando en un mar de olvido,
un no querer saber nada,
un dejarse sorprender por la inminencia
de una realidad agazapada,
un no echar cuenta, un mirar a otro lado,
un no darse cuenta dándose,
un no tener prisa, un saber que será
lo que tiene que ser, que la vida es larga
y dictará su designio ineludible.
Un querer vivir el ahora, un disfrutar
de unas mieles bastantes, tener todo
lo poco que necesito pero debo partir
porque algo o alguien de quien dependo
así lo ha decidido, no me apetece moverme
del sitio porque estoy lleno pero...
Es lo que tiene taparse con una manta corta;
si decides abrigar un espacio es para dejar
el otro destapado, es para arrostrar ese frío

y convertirlo en cálido con la fuerza del deseo.
?voy a llevar el cursor más arriba para recordar
el curso narrativo de lo que estoy escribiendo
y mantener una coherencia semántica. Se trata
de utilizar la sustantivación del infinitivo.
Aunque esto no sea un poema canónico sino más
bien un ejercicio prosaico engañoso ?como la
mayoría de los míos, según una tal Bou,
una persona que hace unos años emprendió
una batalla contra el impurismo poético y que
ahora parece descansar por haber, creo, agotado
todos sus dardos (lo mismo me sigue leyendo,
aunque me dijo que la dejara en paz, y despierta
de su letargo para lanzar dentelladas a diestro
y siniestro ?diría que yo soy su siniestro, o lo era).
Bueno, sigo con lo del hilo narrativo del infinitivo
sustantivado ?perdonad que sea pesado y enrevese
el discurso (me da la sensación de que el lector ya
me ha abandonado y pasa al siguiente poema)?
[ahora ya estoy más cómodo porque me he quitado
el plato de entre medio de los brazos y ya tengo
más espacio para escribir].
Un levantar la vista ?como ahora acabo de hacer?
y un volver a mirar el parque, aunque me lo tapa
un poco unas ropas que tengo tendidas en el tendedero
de orejas que duerme en la terraza.
Mañana no trabajo porque es el día de Andalucía, por eso
voy a salir como si fuera sábado y disfrutar otra vez, espero.
Antes voy a dormir una siesta, leer un poco de la quindel,
ir a correr al parque, arreglarme e irme.
No veas la que estoy soltando, ?esto no lo va a leer ni Dios.

Estar a la altura...

Considero que un sustantivo sólo puede exigir un adjetivo;
dos adjetivos para un único sustantivo está al alcance
solo de un genio.
?Isaak Babel.

Un genio es a la luz.
Un genio que no se extrae
de su mina y se limpia,
se le elimina la mena,
la impureza que le ensucia,
se le lava y solo después
?y solo en ese instante?
se le pone a la herida de un foco;
sólo en ese preciso segundero
será apreciada su genialidad.
Hasta que no llega esa asunción,
ese despertar de una dormición
silenciosa, no es dable estimar
los detalles, el milagro de su magia.
¿Cuántos genios han pasado sin pena
ni gloria, viviendo el frenesí de la musa
para sí, en el desconocimiento ambiente?
Un genio, como lo es un intelectual, un pintor,
un escritor ?sea en cualquiera de sus facetas,
poeta, prosista, épico, epopéyico? es un título
social, un marchamo que la sociedad política

en la que está inscrito le cuelga del cuello
y le califica ante la vista del circunstante.
Un genio ?aunque en puridad o en esencia
lo sea? nunca va a ser sabido de tal índole
si no hay un respaldo de la masa, o tanto monta,
de las instituciones que reparten los carnets
y las etiquetas ?a quienes poco le importa
la ontología del genio y sí su fenomenología.
Nadie de nosotros es capaz de calificar
si no antes lo ha hecho el que se supone
que entiende. Es tal nuestra ignorancia general
que solo damos pábulo a nuestras intuiciones
cuando otro ?a quien concedemos autoridad?
las consagra con su dictamen.
De lo que sí entendemos es de sentir, pero no
de poner nombre a lo que sentimos.
Dalí no fue Dalí hasta que la tv ?que sería el otro?
lo vistió de genio, dándole su sustancia primigenia,
oriunda, que ya venía con sus genes.
Y qué decir de Gaudí ?otro catalán?, muerto
por el azar ferroviario en la más íntima pobreza
y después elevado a los altares ?con él pude
entender al Stendhal de la Santa Croce.
Antes de la conclusión voy a comprobar
si soy un genio ?Imposible perseguida meta?.
Me temo que esta combinación de sustantivo
y dos adjetivos no está a la altura exigida
por el malogrado ruso que menciona el epígrafe.

Li Po.

Tres: La luna, tu y yo.
?dejemos las sombras?

Li Po y sus sentencias...
Solitario, meditabundo caminaba,
con un ojo en sus pensamientos,
con el otro en la luna
?según aseguraba, era capaz
de ver los cráteres si la noche era clara?.
Li Po salía con la primera caída de la luz,
cuando el crepúsculo entresacaba su rostro,
cuando el fotón claudicaba hasta la noche,
caminaba, sí, durante horas, buscando,
buscando dentro de sí los orificios,
los recovecos que a la intensa luz
del día dormían ocultos a sus ojos.
Li Po se hacía acompañar de un vademécum
que aunque no viera por la falta de luz
podía imaginar, barruntar en la tiniebla
si exprimía lo suficiente su vista.
Recitaba en voz alta, para que Dios lo escuchase,
sentía como suya ?por algo eran sus composiciones?
cada palabra, cada sílaba, cada morfema, cada acento,
cada tilde, inflexión, desinencia, todo suyo...
De esta mágica manera se perdía en el bosque,
las alimañas y demás peligros se postraban

a escuchar embelesados, y caían rendidos, tenues,
dulcificados de su rabia, de su rugor natural.
Li Po seguía con la mirada fija en las hojas,
pero sin ver, solo adivinaba...
Al son cairológico de sus poemas la floresta
rendía pleitesía, plegaba sus rígidas copas
hasta cumplir saludos de respeto y admiración
?de hecho, se pudo comprobar que la producción
de anhídrido carbónico propia de las horas sin luz
se trocó en oxígeno para servicio del poeta.
Tal era el fenómeno que todas las verduras,
cualquiera fuese su tamaño, acabaron aprendidas
de sus letras, que recitaban en silencio, para no
eclipsar el sonido primigenio que partía de la boca
del poeta y que, por tal razón, debía ser venerado.
Li Po cruzó inconsciente el bosque
hasta llegar a poblado, donde una jauría de niños
?el calificativo obedece a la algarabía levantada
cual si fueran chacales en celo? lo rodeó ardiente,
lo sentó en el suelo y exigió una ración de cuentos.
Li Po contó esos cuentos, pero esta vez fue él
que se postró dormido sobre el frescor reciente
de la hierba, ya harta de rocío y verdades.

Sinapsis

No sin ser deformada
puede la realidad exhibir
sus enigmas.
?José Manuel Caballero Bonald.
Ágata ojos de gato?

La realidad es materia.
Una realidad así, con sus cuatro
dimensiones ?no sé porque he dicho cuatro?
no cabe entre las cuatro paredes
de una caja, cuatro llaves,
cuatro destinos cuyos designios
no entran ni con calzador por entre
las leyes de Vitrubio ?tiene que ser
de otra manera.
Una realidad así ?que sea mapa para territorio,
número para cantidad, dibujo para cuerpo,
concepto para sentimiento?, una realidad
así, decía, no puede sostenerse.
Ayer pensaba en ello. Por entre el espacio
que media entre el rosario de pasos
que entraña cualquiera de mis paseos
pensé en ello, sí, y no llegué a ninguna
conclusión concluyente.
Puedo partir de que el juez de la evolución
humana haya trazado la idoneidad de un cerebro

que maquina con los hilos de la semiótica,
lo entiendo, pero lo que no acabo de entender
es la necesidad de reducir la inmensidad de un sentir
en el espacio vacío de un concepto, incluso de un poema.
Sé que te debes servir de la palabra
para llegar a concebir aquello que te expreso,
lo sé y lo entiendo?¿pero hasta el punto de reducir
lo inescrutable de la realidad a la síntesis del lenguaje?
No puede ser. La realidad es irreductible al lenguaje
?¡tantas veces he escuchado eso últimamente,
de manos de mi amigo Jesús Maestro!?
También le diría a mi amigo Jesús
que tengo un órgano inefable
acurrucado entre el fragor neurasténico
de mis sinapsis que se llama imaginación,
y que me permite tontear como ahora tonteo.
Me he perdido ?¿A qué venía todo esto?
Bueno, ya he desbarrado bastante.
Feliz domingo hermanos.

Píndaro.

Cada ser
es una sombra
de lo que es.
?parafraseando a Píndaro.

Día nublado ?no nuboso.
Los edificios del fondo
se recortan contra la tristeza.
La ausencia de luz da al paisaje
una presencia tenebrosa,
los pájaros vagan golpeando
sus afanes contra el cristal del cielo,
un cielo ausente de su azul,
de un gris de acero, plomo
que pronto irá a oro ?espero.
El viento se agazapa
detrás de la inclemencia, no sale.
Los árboles preguntan, quietos.
Sus copas, frondosas de piñones
y preguntas, esperan el zarandeo
acostumbrado de un aire que es quietud,
muerte transitoria, como lo es un sueño.
Píndaro, con su larga barba blanca,
viene a visitarme hoy cruzando
la insalvable distancia de la Historia

para contarme unas cosas, al oído.
El día se ofrece propicio a ello, a juego
con el gris de su pelambre barbil
y con el solo barrunto que su gloriosa Grecia
dibuja sobre la mente del pensador.
Me mandó un guasa para decirme
que tiene que hacerme varias puntualizaciones,
glosas que tienen que ver con el epígrafe
arrojado en lo alto del escrito, con el atrevimiento
acostumbrado con que obsequio a los clásicos
?una suerte de irrespeto?, y que me va a llamar
a capítulo sumario. Yo, aquí, sigo esperando
a que llame al timbre, despliegue el largor
de su barba blanca y despiece el sermón
para alimento de mi maleta, ya cargada de libros
que hablan de Grecia y los griegos, aquellos tiempos...
Sigo esperando... A lo lejos parece que llega,
arrastrando los coturnos y atando su pantalón
con un cordel de cáñamo ?como mi abuelo Lázaro.

Es placentero...

Viene a decir Caballero Bonald en uno de sus pasajes literarios
que el mundo, cual fractal efervescente, se cifra en cada una
de las raíces que nos prende de la tierra a la que pertenecemos.
Que no es necesario viajar ?aun siendo enriquecedor?,
porque su conocimiento vive radical.

Estoy dejándome sentir, en este momento.
Acabo de venir de ver un piso, cerca, para mudarme.
Tengo que cambiar de nido porque el piso ?que fue
mi hogar durante media vida? ha sido vendido
y debe ser desalojado lo antes posible.
Se me remueven las raíces; es verdad que el trasplante
será rápido y la tierra que va a recibirme comparte
lugares y recuerdos, comparte abono y nutrientes,
y que por esa razón el éxito está asegurado.
Pero... Hay sentimientos de por medio.
No creo ?poniéndome en la corteza de un árbol?
que por muy bonancible que sea la mudanza
no haga algún daño, no duela aunque sea ese dolor
del pinchazo para extraer sangre que de pequeños
tanto repudiábamos, y que solo cerrando los ojos
y contando hasta tres se diluía en el olvido.
Es verdad que no soy de añorar, que a la velocidad
del instante me sitúo en el presente y hago
tabula rasa ?aunque ahora, el pensarlo, ahora que

todavía vivo aquí, me produzca cierta sensación
de desamparo, o de vacío...
Me siento, ahora mismo que escribo, sumido
en ese placer soterráneo que proporciona
la melancolía, que es parecido al que precede
la inminencia del sueño en una calurosa tarde
de verano después de un opíparo almuerzo,
cuando todas las alarmas claudican ?es placentero, sí.
Ya os iré contando, si veo que os interesa.

A oscuras.

Observo el temblor
de esa vela, y mientras
medito.
Gaston Bachelard.

A oscuras.
Apagón general.
Los plomos han saltado
el abismo de las facturas.
El líquido elemento cesa,
el montante bancario quiebra,
la capacidad de luz se corta.
Busco resignado
un cabo de vela ?ese último
que apagué ese día?, le acerco
una leve llama de mechero
y prende, y aprendo...
La mecha se amiga con el fuego
y se prometen amor fugaz.
Miro con detenimiento el oscilar
de esa expresión rojiza
que se prolonga hacia arriba y quema.
Trato de leer como leían los augures
en el remoto de los tiempos
y trato de barruntar las incógnitas
de mi futuro más próximo.
Quiero pensar que el vaivén oscilante

de la llama anuncia buenos tiempos
?pero sé que querer y ser distan?,
y cabalgando ese pensamiento sueño,
y soñando construyo con barro una quimera,
y construyendo voy deconstruyendo,
y esa quimera primera se convierte
en una asíntota que roza sin tocar
el mejor de los mundos posibles,
y mejorando los mundos voy cayendo,
los ojos se me cierran cual persianas
de barrio, panaderías sin pan,
loteros que nunca dan el premio
y dicen que es el último para hoy...
A oscuras.
Leyendo la idea de una llama
y hallando entre medias el sentido
que tanto y tanto buscaba.
Cuando rozaba la entraña
de esta expedición al centro
vino la luz. No entiendo nada.
¿Quién pudo en mi lugar pagar
el recibo?¿Alguien corpóreo o incorpóreo?

Navegar sí.

Vivir no es necesario,
navegar sí.
?Dice un tal Pessoa
del general Pompeyo?

Vivir o navegar.
Vivir sin navegar,
sin rumbo ni concierto.
Vivir es dejarse llevar,
no mirar atrás si duele,
dejar que las aguas
que hacen blanca estela
decidan rumbos y bitácoras,
velas y amarras, tempestades,
añoranzas, abordajes, aguadas,
dejar que sus ondas, sus vientos
inmersos en la química de sus átomos
marquen el destino, sean designio
y firmen sentencias; dejarse llevar
por la caprichosa meteorología
de la circunstancia.
Vivir o no vivir, no sé si es la cuestión.
Vivir no es solo sentir que hay luz,
no es solo alimentarse y hablar,
reír, llorar y lamentarse de ser.

Vivir es dejar que tu viento
tiemble sobre un velamen quieto.
Es mirar hacia dentro
arrancándose la piel
hasta comprender
el misterio que aguarda
en su seno, navegar sería...
Navegar sería levantarse temprano,
disponer aparejos,
cargar al hombro el maderamen
que comprende el navío
y echarlo a la mar, y que la mar quiera...
Sería coger viento, acogerlo lleno,
ahuecar el lino de la vela y hacerla amiga.
Dejad que una vez avenidos,
viento y vela marquen el compás
de un cancán enloquecido
hasta que armadura, arbolado y cuerdas
sean amasijo para los buitres,
sea estercolero de sentinas,
sea historia sin anales, olvido.
Vivir sí, y navegar sí ?de hecho navego
todos los días en este mar inexistente
que nos tiene tomada la vida.

Lara

Si las ingles se te hinchan echas mano de un esclavo
?o una esclava?. En las tabernas corría el vino especiado
y la cerveza caliente, las polentas y el gárum abundoso
rociando carnes y pescados. En el reposo del alimento
se tercian las termas, con sus salas de depilación, donde
los esclavos eran negociados.
?Horacio.

Marcelo, que así se decía llamar el autor de los hechos, frecuentaba
esa taberna que las autoridades tachaban de indigna. Una estancia
donde el pueblo llano vaciaba sus angustias masticando carne
y atizando más de un deseo íntimo, sobre todo cuando el espíritu
de los vinos ?que por cierto guardaban una calidad inaudita
si atendemos el precio? subía a las azoteas de la sinrazón.
Marcelo arrastraba una vida no sin complicaciones; su madre tísica
desde hacía lustros no levantaba cabeza, su padre ?qué decir
de su padre...? bebedor y borracho avezado y curtido, con una mala
salud de hierro, y que descargaba sobre el lomo de su hijo sus desvelos,
sus frustraciones más arraigadas, las cuales no daban tregua ni tampoco
su dueño hacía por zafarse de ellas ?todo sea dicho.
Marcelo ?siguiendo el hilo de la trama? no disfrutaba ese día de un sol
interno que le alejara de fantasmas, y en eso fue a sentarse al lado de Lara,
una patricia que díscola y curiosa se atrevió a trasvasar las fronteras
del inframundo y conocer cómo el vulgo pasaba sus horas muertas.
Lara tuvo que ir discreta de vestidos para no delatar su condición noble.

Se enfundó de una especie de saya de lana borra, de color marrón oscuro,
con un tocado sencillo, rizado, castaño tirando a rubio, unos ojos luneros,
soñadores y repletos de una candidez que lo hacían blancos al deseo.
Aunque hacía por apartar la vista, Lara miró al pormenor la apariencia
de Marcelo, de túnica austera no coloreada, de pelo moreno recio
y de aspecto saludable, y la retiró al instante para retener para sí
la grata impresión grabada en su sentir, no fuera que se diera cuenta.
Tras la publicidad seguimos con la novela...

Esa lluvia...

Acuarela de lluvia

La lluvia apenas había sido.
Un rastro de luz salió,
se hizo fuerte sobre las gotas,
hizo el amor para deshacerse
en un largo espectro cual abanico.
Surgía de entre sus colores
el rojo, el verde y el amarillo,
que recibían en amistad profunda
la gama de azules y violáceos
hasta amontonar una eterna miscelánea,
un cuadro por impresionista impresionante
que quedó cual lienzo en el charco.
No pude por menos que quedarme mirando,
el embeleso repletó hasta el tuétano
la ausente mirada de un mirar helado
y el agua del charco, agradecida,
me contestó dándome con sus manos
su cuadro, el cual conservo, colgado,
en mi cuarto, enmarcado de mimbre
y por sostén sobre pared un clavo
que alcayata dice llamarse, y yo lo llamo vibrando.
Una lluvia que apenas había sido.
Una acuarela, una luz recóndita, un agua,
una magia que sale, un regalo del cielo,

un agrado, una nota de color que alegra el día,
una pizca de sal que del mar he robado...
Esa lluvia, grabada a fuego, ese cuadro
pintado por la casualidad de una nube
que se aviene con el quizás del acaso.
Cualquiera, ser cualquiera frente a la grandeza
del Universo; eso es lo que me reconforta,
eso, ser secundario, ser nada, frente al predominio
incontestable de una madre que reclama sus fueros
y que observa como estos son arrebatados
sin juez ni parte, sin una migaja de sentido,
sin una brizna de tiento, de miedo y de recato
?porque si ella se enfada, que tiemblen Troya,
y todo sus estrados.

En busca de un útero perdido.

Nacemos buscando el útero perdido, vamos adelante buscándolo. Yendo hacia delante nuestra tendencia es coger cosas, abrimos los brazos para acoger. El primer gesto de un bebé es abrazar. Cuando el bebé nos coge el dedo es una manera de salvarse de la soledad. Empezamos alimentándonos del pecho materno, después el biberón, el chupete, el capuchón del bolígrafo y seguimos buscando llenar ese vacío bucal. Cuando no llenamos este vacío nos volvemos agresivos. Huida hacia delante, buscar cosas y personas para soportar la separación uteral. El placer aparece cuando satisfacemos el deseo de llenarnos. Deseo de saciedad, placer que calma la ansiedad de búsqueda. Ansiedad vacuizante.

?Esta es la nota íntegra que tomé en su momento y la que, por tanto, rige este escrito?

Acoger, ser acogidos.
Amar, ser amados.
Abrazar, ser abrazados.
Llenar, ser llenados.
Desterrado de una patria
oscura, alimentaria, acuática,
de una patria sin tierra
donde di vueltas, y ahora quieteo
sobre el seco marfil de la abundancia.
De una patria perdida forever,
de una patria cuyo desahucio
fue programado por autoridades
sin trajes ni galones, sin reloj ni toga.
Acoger, acogerse; yo acojo, tú acoges,
él acoge, nosotros nos abrazamos
hasta que la muerte nos entierra,
nos separa inexorable del cálido desdén
de una barca amarrada a puerto
al son de un oleaje suave, de brisa sorda,
muda y callada, que consiente el vaivén.

Amar, amarse; yo amo, tú me amas, o no...
o me amaste ?el tiempo es caprichoso.
El amor es frágil como la flor azul,
esa que sale de la maceta del balcón
y sabe que el peso del viento la deshoja.
El amor es un tiro al aire, puede ser búmeran
desobediente hasta romper planes,
puede ser marejadilla de verano,
o tremenda rociada que desarbole barcos.
Llenarme, o ser llenado, ¿De qué?
El vacuo vacío es el de la madre
que hecha a ser aceituna rellena
sufre la quirurgia de la desposesión
cuando menos lo desea.
Este vacío pasa en su psicología
al feto y de este al individuo que será
si llega a término ?no sé si es cierto
todo lo que escribo o es cosa del momento.
Sí ?en mí al menos creo que es verdad?,
soy mar a la deriva, bala perdida,
tren que sin destino corre, torre
que de Pisa se inclina, mina que rompe
tras petardazos de barrena, pena, alegría.
Soy ese niño de cuna blanca y fragante,
soy elefante en una cacharrería, soy fría
y a veces yerma lumbre que busca candela,
soy Mandela, ese negro que con un dedo
quiso tapar el sol y crisol de razas obtuvo.
Ese tubo, que sale de excremento al océano...

Sígase la máxima.

Si no has hecho cosas dignas de ser escritas,
escribe al menos cosas que sean dignas de ser leídas.
?Plinio el Joven a Tácito.

Mi vida es poca cosa,
está trufada de rutina
?la rutina es base, esencia,
pero no por indispensable
es menos gris.
¿y tu vida? ?el otro día
me aseguraste que el cielo
que cubre tu existencia
es de un plomizo galopante.
¿Cómo salir de ese círculo
vicioso?¿Cómo abandonar
esta molicie
?que es un gineceo, y tú Aquiles,
con tumba y sin féretro?
Te lo dije el otro día
querida lectora: coge fuerte
del mango tu gorda brocha
e impregna sus cerdas de un azul
relampagueante, que dañe la vista
de tan azul como es, y al modo
juanramoniano despereza extrovertida
su esplendor sobre el dorso callado
de tu desidia, y hazla despertar.
Sabes por experiencia

que la vida necesita su constante,
su colchón sobre el que apoyar
el fragor de su ritmo, y esa espalda
?ajada de tanto azote? es la rutina,
ese lo-mismo-de-siempre que conforma
la antesala de la sorpresa, el envoltorio
anodino de un caramelo delicioso
del que no esperabas noticia.
La fronda sobre la que pace
la escritura es la imaginación,
si bien esta no es dable sin la realidad
sucesiva que constituye tu biografía.
Que la verdad no estropee una buena
noticia: Sígase la máxima a rajatabla.

Entre pajares y estesos.

Un editor es quien separa el trigo
de la paja y publica la paja.

Sentado, disfrutando del leve asueto
que me permiten mis labores
se me vinieron a la cabeza tus momentos:
Recuerdo tu cuerpo al completo
desparramado sobre el pinchor incandescente
del pajar, por la tarde, después de la comida,
en aquellas horas muertas de verano
que para nosotros eran de un vivor planisférico.
Tú insinuante, yo pretendiendo pudor
solo para provocar tu airada respuesta.
Tú revolcando el candor de tu joven hermosura
sobre el castaño fugaz de una hierba
que ya era pasto de las vacas, y de mí.
Recuerdo que entraba una potencia
de luz por el ventanuco lateral y cochambroso
que caracterizaba el arquitectónico semblante
de esa casucha, que se hizo llamar pajar
y que nosotros dimos en llamar lecho.
Cuando no expresabas el desnudo fulgor
de tu alma te dabas en indumentarias picajosas,
de un encaje de blonda blanca tocado
de una especie de celosía arabesca

que hacía las delicias de mis sentidos
y me invitaba a la invasión, a la curiosidad
palpitante de un corazón que se estrenaba
en el amor como el niño que estrena traje
en un esplendente domingo de Ramos sevillano.
Recuerdo tu sonrisa escapando de entre los marfiles
que por dientes adornaban la curvatura de tu boca.
Recuerdo ?como si sobre la piel la sensación
ahora se posara? tu falda turquesa deslizando
al desgaire la pasión muslos arriba, buscando fuente.
Recuerdo el entrecortado de tu respirar, y del mío
achicando el aire del entorno y pidiendo el auxilio
que cabe al naufragio cuando el agua se adueña
del desastre y no espera desahucio ni sustancia.
Recuerdo tantas cosas que... se me eriza
todo lo erizable, hasta el sentimiento.

Nada?

A Sócrates lo mató la Democracia. Murió con elegancia y prefirió ser muerto por la Democracia para así matarla. Murió como un Dios. La Democracia obligó a un gualdrapero a tomar la cicuta.

?se me olvidó anotar el autor de la cita. Parece que es de Platón por aquello de su recelo hacia el menos malo de los regímenes políticos.

Coherencia.
Coherente con su pensamiento,
con lo que predicaba en las plazas
?pervirtiendo a la juventud
que a su vera se sentaba
si atendemos los decires y las chanzas.
Morir, dar la vida
por el contenido de una palabra,
por una idea, por una conjetura.
Su vida no vale nada
si recurriese a amistades
que terciando varas
entre el poder de las masas
evitarían lo que a voces se gritaba.
Quiso morir de pie ?vivir tumbado,
o aún postrado no sería vida?, quiso
predicar con el ejemplo; un friso
con su estampa en el Partenón
no habría bastado a su jactancia,
a su vanagloria, a su orgullo
por el trabajo bien hecho,
por el deber cumplido, por el amor
eterno de sus amigos sobre la cama,

por su mujer que no entendía,
por sus compañeros de tertulia y charla,
?por un Platón que ausente la palma
de la fama se llevaba, y el olor de la retama
quedóse huérfano de su pituitaria,
y el del prado, y el de jardín y el de la plaza
donde de temprano los pupilos aguardaban.
Coherencia ?o lo que es igual, dignidad?
es la palabra que encabeza sus reseñas,
sus monográficos de plata, sus anécdotas
inventadas, sus no sé que no sé nada,
sus idas y venidas, sus banquetes y sus baladas,
sus lecciones, sus humildades soterradas, su vida...
La vida...¿Qué vale estar vivo si es a costa de la palabra?
¿Qué vale respirar un aire si viciado entra, avasalla?
¿Qué vale si vivir con la cabeza gacha, mirando un suelo
de lodo y cieno y sin mirar a la cara?
Nada, no vale nada...

Vaqueros rotos.

Con su piel
a tiras.

Son bonitos tus vaqueros,
arqueros son mis ojos
desde la atalaya de mis hombros.
Desde ahí te los miro atento,
miro su tela y lo que no es su tela,
cualquiera se niega a mirar tal emporio,
sobrio pero insistente, que cuenta
no se dé, por favor. Fervor es el que tengo,
fervor temo de tus brazos, de tenerte
entre este recipiente vano que te ofrezco,
carezco de lo que me pides, te doy algo,
solo tengo eso, una minucia, unas monedas
sin cara ni cruz, sin precio, solo eso.
Tieso estoy en lo que toca al dinero
pero no niego tener otras cosas, más valiosas,
tengo la intención, una voluntad que montañas
mueve; no te engañas, no, son montañas
las que muevo con el rabillo de este ojo,
piojos que crecen en la cabeza a falta de pelo,
pero quiero que sepas que el corazón,
mi corazón de guerrero te ofrece una espada,
una herrada lumbre que de calor te llene,
que estrenes en la ensenada de mi semblante,

de una mirada palpitante, limpia, repleta
de intención, de quererte, y de hacerte valer,
de recrearte en el galopante caballo de mi piel,
de imaginarte tu melena al viento, espeluznante.
No miento, sí, me gustaría pero no miento.
No te ofrezco veinte primaveras, las tuyas;
te ofrezco cincuenta para que de sobras tengas
para contar margaritas y preguntar al acaso
si te quiero o te dejo de querer, el buen vino
debe cumplir su espera en bodega, pruébame
y no querrás jamás un vino joven, insulso
y de poco cuerpo, inconcluso, yo, en cambio,
concluso y recluso en el margen de tu sonrisa,
¡qué prisa hace falta para instalarse en tu alma..!
Créeme, prueba mi elixir, si eternidad anhelas,
si el hoy es más importante que el mañana.
Quién sabe del mañana. Ahora, yo soy ahora o nunca.

Pa qué sirve un tenedor?

Toda Filosofía se verifica en el arte de comer.
Todo hombre se manifiesta tal cual es
con un tenedor en la mano.
?según rezaba el genio Salvador Dalí?

Tengo en este preciso instante
un punzante en la mano tenedor,
temor es lo que siento ante
lo que me pasa corriendo por la cabeza,
cerveza es lo que necesito, a raudales,
para contener la sed que siento,
pretendo el corazón pincharte
hasta la próxima gota de tu sangre,
hambre y más hambre de tu pecho
es lo que me borbota por los labios,
ya lo decían de Grecia los sabios
que siempre hay río donde hay lecho
y eso he hecho, pincharte, hasta beber
de lo más profundo de tu ser
el último aroma de tu elixir, existir
es mi deber y querer profundizar
en tu piel es mi deseo, comer del corazón
que sin ton ni son te late, a pedacitos
cortarlo y sazonarlo en pepitoria
para que ese sabor, mentiroso de ti,
se me quede grabado a hierro en mi paladar.

Vuelvo a empuñar delante de tus ojos
esta tridente tizona que me ensangrenta
el seso, es eso y no lo otro lo que quiero,
comerte por dentro, por fuera y por el centro
como si fueras un asado pimiento con cebolla,
la olla es lo que se va de pensarte, estandarte
blanquirojo exhibo en tu presencia
pidiendo abajar las armas en esta guerra
que por incruenta es maldita y macilenta,
y revienta tímpanos pensar las bombas
que tiraría contra tu lecho, de rosas, tu olor
a hembra sedienta de una sed que no existe,
que busca príncipes azules que destiñen
con el paso de los lavados, nadie es perfecto.
Como sello de este sincerarte te dejo
este billete, para que lo guardes como oro
en paño. Cuídate para ti, y más para mí,
no te gastes en peleas vanas, busca el sentido
a lo que haces y gasta tu dinero
nada más que en lo que merezca la pena,
vete llena de mi a la cama
y sueña con los angelitos ?y con mis besos.

Dios

Dios significa etimológicamente lo que brilla a través. Dios es el ser que se manifiesta a través de la realidad misma. Xavier Melloni. La realidad manifestándose desde el fondo que la funda. Dios se manifiesta a través de las formas que somos. Ese brillar a través, prefijo dia-, como en diálogo. ?Nota simple que anoté en mi diario de sesiones para darle esta forma tan absurda que veréis a continuación.

Dios es brillo, es hedor y cieno. Eso...

Dios es rayo de mañana,
dios es vida, atarazana
que se bate en ruido
a cada lanzada, barco
que parte errabundo
de entre las entrañas:
maña, portería, simpleza
ermitaña, templanza, vida.
Dios es sendero, cieno
maraña, recreo, pordiosero
que alza y extiende la mano,
hermano andrajoso y llorando
tras el próximo colchón
de la próxima esquina, piscina
de piedra sin agua ni concierto,
eso, eso es Dios, eso.
Dios es llanto de bebé,
es lamento de adolescente

y quebranto de viejo, eso,
eso es Dios para mí, eso.
Dios es quejío de plata,
es soleá a destiempo, es mármol
de Carrara, es viento, ciento
de especímenes que pugnan
por vivir y mueren en el intento,
eso, eso es Dios para mí, eso.
Rayo o sendero, llanto o lamento,
quejío o juramento, lo que sea
es Dios y nada al mismo tiempo.
Eso, es eso lo que se me aparece
entre las sábanas cuando el sueño
no concilio y me brotan del alma
el cuello, la sombra y la trama
de un cristo crucificado que yace
frente al cabecero de mi cama.
Ese que me aclama y clama calor,
ese que acoge para sí el sufrimiento
y la desidia humanos, pimiento
es lo que aso ahora para calmar
el aburrimiento y el tiempo
simple alimento como lo es Dios:
simple y grande, como todo lo simple.

Reflexionemos...

Si digo agua beberé, si digo pan comeré. Pizarnik. El duelo pictórico de Zeusis y Parrasio. Enfrentamiento entre realidad y ficción en ambos casos. Muchos filólogos piensan que el mundo está hecho de palabras.

Solo el mundo de la Poesía está hecho de palabras.

Zeusis logró engañar a los pájaros.
Sus uvas eran de un realismo
exacerbante, un prodigio, un pincel
eléctrico generador de mágicas
imágenes ?uvas picoteadas
por una bandada de pájaros
confundidos de embrujo.
Parrasio logró engañarle.
Zeusis pidió correr la cortina
a fin de ver el sedicente prodigio
tras de sí.
Parrasio, ni corto ni perezoso,
contestó la inexistencia de la cortina,
fruto de una alucinación óptica.
Él mismo, presa de la desconfianza,
se adelantó a tirar de la misma
hasta comprender su engaño,
hasta caer en la desgracia sensorial
de verse escamoteado de sus ojos.
Sumido en la más profunda humillación,
y postrándolos de derrota

asumió la capitulación de su genio.

Como frase en los anales, como sentencia

de frontispicio quedó una divisa emergida

de la boca de Zeusis, que reza así:

Yo conseguí engañar a unos ilusos pájaros.

Tú has logrado engañarme a mí. Te declaro

vencedor y Dios del arte del pintar, del imitar

con la sustancia del pincel las maravillas

de la Naturaleza...

Sobre el aforismo susodicho de Pizarnik solo abundar en su idealismo.

Las palabras no tienen alimento constatable más que para el alma, pero el cuerpo necesita de una certeza que está más allá del efecto fotoeléctrico de una palabra sobre la mente. El mundo está hecho de materia; nuestro mundo ?que gravita sobre él como nido sobre rama? sí puede trabarse sobre la magia de la palabra.

Esta reflexión viene a la permeación tan intensa del postmodernismo ?con su esencial idealismo como bandera? sobre un mundo líquido? al decir de Bauman? pero con cimientos de una solidez innegable.

Reflexionemos al respecto sobre la manía persecutoria del desdoblamiento de género en el decir general y sobre otras sandeces de similar calaña.

Amor fati.

Amor Fati. Nietszche. Querer lo que venga. Seré de los que vuelvan bellas las cosas. Apartar la mirada, que esa sea mi única negación. En la Gaya Ciencia. Cita de Emerson: Mónica Cavalle Aceptación.

?Nota que tomé y que uso para montar el escrito que viene.

El poeta y sabio tiene la amistad de todas las cosas y todas le están consagradas, todas las vivencias le son útiles, todos los días santos, todos los hombres divinos.

?Ralph Waldo Emerson

Sí,

siempre decir sí.

No decir no a lo feo.

Que reine Dionisos,

eterno retorno de lo mismo.

Conceder eternidad a la circunstancia

con un sí, que todo sea,

o al menos lo que tenga que ser.

Que el librepensador

deje paso al poeta, al visionario.

Que Zaratustra baje

de la montaña al suelo

y diga a la humanidad su sabiduría.

Que no temas nunca.

Que el destino pronuncie su adagio?

hasta la magia de la luna tiene su sombra.

Que la sustancia de ese adagio

dicte sentencia y ordene

al hombre su misión, su cometido.
Sí, a lo que sea sí, y siempre.
Hacer de lo que venga algo bueno,
amar que se cumpla el orden divino,
lo que la divina providencia decrete.
Que no importe el signo del designio,
siempre apoyarse en el talento
de hacer lo malo bueno, deseable.
?Mientras escribo estas palabras
doy buena cuenta de un gazpacho
con una guarnición un tanto sui géneris,
como el que os escribe y habla, y confiesa.
Sí, amar lo que venga. No temer. Eso...
?Dicen que la felicidad y el temor
constituyen los dos extremos de una invisible
cuerda; a la izquierda la una y a la derecha
la otra, y a medida que nos acercamos a una
nos alejamos de la otra.
?Voy a escribir un poco más que todavía
no es lo suficientemente largo.
¿Qué escribo?¡Ah, sí, se me olvidaba!
Recomiendo el vídeo sobre la aceptación
de Montse Cavallé. Creo que no hay otra
filosofía plausible en la vida. Soy estoico.

Ese es el ritmo

Sentimiento oceánico.

Soy una extensión de algo
más grande.

Al ritmo de la vida.
Solo ese ritmo tiene vigencia,
obsolescencia programada,
amalgama de signos y prédicas,
médicas las legiones de sabios
que quieren gobernar
lo ingobernable,
dable es todo aquello
que se incardina con el Universo,
eso, eso es lo que cuenta,
piensa que somos polvo
de una estrella que pasó cerca,
esa es la magia que nos circunda
y nunca debemos olvidar
la procedencia de nuestra carne.
Estrecharme contra las rocas,
brocas cruzarme por entre las uñas,
diurnas mis abluciones sobre el tostado
mar de las tinieblas, niebla, entraña.
No me diferencio en nada
de una medusa, de un cangrejo

porque aparejos aparte, mi materia
comparte su misma sustancia.
Escancia el vino de la alegría,
ese que se vierte hacia el imposible
de un sol que reina sin mediodía,
sin solsticio ni equinocio, sin leyenda.
Esa venda que sobre los ojos
extendemos para que la verdad
no nos confunda ?funda esa religión,
atrévete, esa que sobre un frontispicio
de plata eleve esta máxima:
Todo ritmo que plagie o maltrate
el ritmo de la vida está condenado
al más sempiterno ostracismo.
Que el cairós gobierne los mecanismos
de todos los relojes, que gestione lirismos
y civismos, y que la organización
de las cosas lata al ritmo de un mismo corazón .
Ayer te vi, agachada sobre un charco,
jugando con tu barquito blanco
de papel pintado ?no había viento,
sus velas en ayuno, esperando marejada,
ataviada ibas de domingo, vecinos
esperando a que volvieras
para que dieras comienzo a la fiesta.
Esa, esa es la vida ?lo que pasa
mientras se cumplen tus planes.
Te miro desde lejos, no quiero
interrumpir tu atención,
quiero ser mero espectador
y beberme hasta el apuro
la magia del momento.?
Ese, ese es mi propósito, ahora, siempre.
Te vas alejando, las tareas del colegio
te desprenden de tu ensimismamiento.
Otro día vuelvo, soñar tu sueño.

Soy poesía.

La poesía es un árbol sin hojas que da sombra,
es palabra calcinada en la que aún crepitan cenizas
de lo que no se pudo nombrar.
Después de tantos millones de palabras,
la palabra sigue siendo tiempo que nace
y desnace para nacer otra vez.
?Juan Gelman?.

Soy palabra
tanto como Poesía,
soy alegría contenida,
arrepentida, distante,
soy ufanía desprendida
de las fauces castañas
de una quimera,
soy entrega y lascivia,
soy serendipia que nace
del acaso de una sílaba,
soy primicia y fruto,
soy luto de la oración
que muere, soy jueves,
soy martes y miércoles.
Soy poema, soy emblema

que se cierne sobre espada,
soy guadaña que saja
la endeblez de una rama,
soy rana, sapo y gana que mana
de la fuente de un estanque,
soy arranque, motor que brama,
que trona las calles y las revuelve.
Soy morfema, desinencia, lexema,
soy un ascua que quema
la entraña, soy breña y braña,
merienda y rocío, soy gentío
que clama la justicia de una palabra.
Soy nación y lengua, soy tradición,
soy condición, requisito y anatema,
soy el que precipita y quema
los rescoldos de lo indecoroso,
soy quejoso de mal uso
que de la palabra se hace,
soy ave fénix, soy Lope y Garcilaso.
Eres árbol sin hojas, yo también,
soy la miel de las abejas, tú también,
soy lebrel que husmea tras pieza,
soy fortaleza y desdén, soy tren
que al aire humea por cima la vía,
soy osadía, triunvirato y terraplén.
Soy Cicerón en el fragor del senado,
soy osado, soy luz y crisol, soy honrado,
soy el palafrén de un brioso caballo,
soy gerifalte, soy ganado, soy almirante.
Soy todo y nada al mismo tiempo,
soy aquello que nunca se dijo, que queda
por decir porque por profundo
no surgió del manantial de las musas.
Soy talante, soy talento, soy fruta
de un amor que no nace, soy Poesía,
no lo olviden ni por asomo.

Soy palomo, torcaz y Beltenebros,
soy febrero, mediando acuarios,
soy estrafalario, soy enérgico en el canon.
Todo lo soy, y lo que no digo también,
soy todo lo que puedan imaginar y más,
soy lo que no hay en los escritos
y soy ese, esa oscura clavellina
que va de esquina en esquina
volviendo atrás la cabeza.
Soy ese, soy esa ?como la copla dice.

Mi voz.

A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.
?mi infancia son recuerdos...

Inspiración, neuma,
aire, brisa, viento,
recodo, movimiento,
estipendio que se deja
al cabo de la musa,
difusa el alma se debate
entre las alas del tiempo,
remiendo que de nata
traspasa el sentimiento, tiento
que de una guitarra sale, vuela
el ángel, el duende se apodera
de la escena y del sarmiento,
pensamiento de juerga, palmas
a destiempo y rogar a dios
que el momento sea siempre,
sea eterno y no dure y dure
lo que dura la andadura anticlerical
del que sabiendo de su magia
se hace de rogar y en un banco espera.
Al tranco andando, sin prisa ni trámite,
sin empuje del trasiego, sin eso
que los cubanos que se estresan

llaman para que se pare, se detenga.
Mi propia voz, creación poética,
añadir tecné al neuma, al duende
hasta que la salsa borbotee lenta,
hasta que se cocine el espíritu,
hasta que el fuego se enfríe bajo la brasa.
Mi propia voz, mi propia raza, atenta,
desmadejada y suelta como suela de zapato.
Arrebato, ser uno con lo que me rodea.
Ser poesía, ser poeta, pero sin decírselo.

Horizontes nuevos.

De cómo el lugar que recuerdas sigue siendo, viviendo, pero lo ves y ves el recuerdo, no la realidad presente, que sigue. Aquí, en casa y sus alrededores veo y no veo lo que es ahora sino lo que fue.

?Nota que extraigo de mi vademécum y que quizá sea la crónica de una nostalgia.

Veo y no veo.
Los ojos no dan abasto
con lo que ya fue.
Veo y no veo,
veo con el corazón
y la realidad no es suficiente.
Veo cómo la vida sigue incesante,
veo cómo el pájaro sigue cantando,
picando sobre el duro del tronco
con el afán de extraer algún gusano
?como la vida misma, esa que exige
ganarse el pan diario con el frío sudor
de una frente que no cesa, esa.
Veo y no veo.
Cada día paso en busca de sustento
por aquellos lugares que poblaron mi infancia.
Esos lugares ?solo pasto del recuerdo?
no gozan de existencia operatoria,
solo son fruto perenne de una fábula,
de una ficción que se hace carne
cada vez que piso el terreno.
Ternero fui y ahora soy aquí vaca,
vaca de un prado verde y con espigas,

vaca y muge y levanta la vista
al tren que pasa, que da las gracias
a una vida sin prisa y sin pausa?sigo sintiendo esa brisa...
No soy capaz de ver lo que ahora es,
el batir actual de unas hojas arboleñas
que entonces solo eran un presagio
?dicen los que saben que un organismo
se renueva por entero cada siete años,
o algo así, no den demasiado crédito.
Nostalgia, no lo diría tan seguro y alto.
No es nostalgia mi padecimiento,
no es apego a aquello que fue
ni mucho menos ?me atrevería
a decir sin miedo a acertar.
No es nostalgia ?decía?
lo que me consagran los médicos;
es simplemente impotencia,
es el fracaso de unos ojos
que no dan abasto, que ya están llenos
de una vivencia, de algo que vibró
cuando el crepitar era verde y tierno,
y que se quedó cosido al alma.
Es impotencia sensorial, diría yo.
En un ojo, en un oído, gusto o tacto
no caben dos mundos, dos torrentes
que desemboquen sin que al menos uno
claudique del lecho, se desboque
y huya hacia horizontes nuevos,
nuevos maizales que inundar,
nuevas aceñas que mover,
buscando eso, nuevos caudales,
nuevas sementeras y acequias
porque no dan abasto...
No, no, no es nostalgia,
no me tengo por nostálgico,
nunca lo he sido; pero sí me gusta recordar...

Veneno, fármaco

Fármaco etimológicamente significa remedio, es un veneno que inoculamos para potenciar las defensas, para provocar la reacción defensiva y poder luchar contra el veneno que nos enferma, que es el mismo que inoculamos. Remediamos el mal con el mismo veneno. Lo que nos cura nos mata. La identidad es un fármaco, nos remedia, nos calma de la inanidad del ser.

Veneno eres
y en veneno me convertirás.
Eres perniciosa, eres leche fuera de fecha,
Eres todas y cada una
de las sílabas que te componen:
ve-ne-no mortal y maléfica.
Fármaco soy, por tu obra y gracia.
Fármaco que llueve sobre mojado,
ceniza sin cenicero, sin cigarro,
sin humo que manche el esmalte.
Me desmigajé como yedra seca,
me espolvoree cual predicado sin verbo
y me detuve en tu rostro, tu veneno.
Por entre tus sábanas se me escapó
el aliento de tus sílabas: ve-ne-no.
Tu boca me supo a pomelo rojo,
tus dientes, a caramelo de anís
con un toque de cilantro, y tus ojos..,
tus ojos: qué-decir-de-tus-ojos
cuando hisopean ballestas
contra el fracaso de mis murallas.
Mi identidad, fortin que se resquebraja.
Mi reino, desbarajuste de armas y espadas.

Mis sueldos y jornales, fisco en bancarrota.
Tus brazos, ejército que entra a saco.
¿Mi mérito? Resistirte cerco tras cerco.
Mi error: echar gasolina al fuego.
¿Mi deseo? entregarte mi sangre
en cazos bien llenos, y que te la bebas
hasta el último sorbo, y que devengue adn.
Que esa sangre, que se derramó muriendo,
viva el eterno sueño de los justos, y vayas
haciendo maletas y empeños para irte,
para siempre irte de mi vera sin tarjeta,
sin visita ni número de teléfono en el vestíbulo.
Ya hiciste tu efecto fármaco, veneno, ponzoña
o como quieras darte en llamar en las crónicas.
Mi identidad papel amarillo cuya cáscara
se derrama entre los resquicios de tu tiempo,
y tu leyenda quedará para ser cantada
por bardos y cronicones, por homeros y Hesíodos
de turno; esos que rezan de noche en los bares...
Aquí yago, sentado, esperando sentencia,
y cuenta, ve contando a la soldadesca
lo que te venga en gana que yo sé...
Que yo sé de qué percal está hecha la tela.
Venga, entra, caliéntate que hace frío
y olvidemos lo que de aquí para atrás se cuenta.
Fundámonos en la química de este veneno
que nos queda y dejémonos sentir,
porque sentir es lo único que la piel nos deja.
Lo que nos queda...

Apocalipsis

Apocalipsis significa etimológicamente quitar el velo, se refiere ese velo a la ilusión que para el hombre significa la realidad, y la revelación apocalíptica viene a quitar ese velo con su catastrófico suceder.

De los ojos.
Se me cayó el velo,
sumido en una mentira.
Tuvieron lugar catástrofes,
caballos taconeando un tablao,
la pena alzaba los brazos
y batía los pies con pasión
y los gestos de la cara
así lo decían, y sus lágrimas.
Jesucristo bajó de la cruz,
deslizóse rasgando la palma
y la astilla de sus clavos,
y dividió palmípede
la anatomía de sus dedos,
quedando inservible el índice
que me señalaba, sin salvación.
Fue en ese preciso instante
cuando tú, María Magdalena,
acudiste de rodillas al pie
del suplicio y pronunciaste tus palabras.
Desde arriba, bajando la rigidez
de las cervicales te miré, la barba enrojecida.
Mis ojos fueron testigos.

El velo se me deslizó
por entre el fracaso de un iris
ya turbio, ya receloso, transparente.
Te miré profundo, de hito en hito,
y tú no supiste alzar la mirada, lágrimas
son lo que se te desprendía del ventrículo.
Pude al fin bajar de la penitenciaría
de esta infinita cruz ?incluso obviando
su escabrosa geometría? y besarte las manos,
que daban gusto a bizcocho y derrota.
Te puse de pie por entre la negación
articular de tus rodillas y te dije sí.
Me abrazaste hasta que nuestras espaldas
se sumieron en un solo sistema y rompiste
llorando al sentir el latido de mi corazón,
ya muerto ?aunque tú todavía sin saberlo.
Me trasladaste en brazos ?ya escasa la carne
y la sangre por entre mi cuerpo? y me entregaste
al padre; este, quieto de solemnidad, me impuso
sus benditas manos y mis ojos fueron un unísono.
Me levanté como Lázaro de entre la vaciedad
de tus brazos y reanudé el desierto camino
que ya durante una cuarentena dispuse.
P.D. Como puedes comprobar querido lector,
lo mío es tratar de crear imágenes juntando magias
a través del efecto que las palabras producen
por entre el neuronaje craneal. Neurolingüística.
El sentido de lo que diga es lo de menos, si no
que se lo pregunten a mi amiga Margarita.
Tanto la una como el otro somos hijos de Borges
?me atrevería a sincerar.

A mi bola...

Mi web es loquemedalagana.es
?en minúsculas y todo seguido.

Te vas a Google ?preferentemente?,
tecleas sin reparo la dirección
de la página susodicha,
pincha el primero de los resultados
que este dios te ofrece,
recorres el menú, miras
cuáles son las parcelas
de esta libertad supuesta
?están a la venta, te recuerdo,
por si quieres alquilar?, sigues
pinchando para ver los detalles,
mira con detenimiento las habitaciones
?te ofrezco por cada habitáculo
dos habitaciones, una para tí y otra
para un iluso que ose seguirte, una
cocina, salón comedor, lavadero
por si se te ensucia algo y terraza
?para saludar de mañana al sol.
Si miras en la sección de fotografías
verás un sinfín de puestas de sol,
con arreboles de todas las tonalidades
que cualquier espectro luminoso sueña,
en cualquiera de los puntos cardinales

?no hago distingos de latitudes, altitudes
y razas? y lo que es más importante:
No existe el reloj, o, para ser más celosos
con la verdad, el último que hubo, un día,
notó al despertarse de mañana
que se le habían caído las manecillas
y no supo qué hacer ?y decidió lanzarse
desde el balcón de las doce abajo.
El tiempo no existe ?no porque no exista
reloj, porque los relojes son medidores
no engendradores del tiempo, sino porque
al no ser necesario decidió irse hace tiempo
a otros planetas, al modo de un principito
que desespera por no entender a los mayores.
Hay otra sección en el menú que es
para contactar conmigo; pueden hacerlo
si quieren ?os lo recomiendo? pero no sé
si tendré tiempo de contestar tantas peticiones.
Ahora estoy asomado al balcón...y dejo suelta
la cabeza ?a ver dónde quiere ir!!

Perdón, la puerta del.

La veo al fondo,
bajando la calle Hernando Colón,
ahí va llegando, majestuosa,
recuerdo vivo del pasado andalusí,
con su arco de herradura festoneado
de mocárabes y arabescos de todo jaez.
Subo para asomarme la escalerilla,
esa donde se reunían los comerciantes
allá por las lejanías del medievo
cuando todavía no existía la lonja.
Cruzo el pasillo hasta el umbral
y me aproximo a la reja que antecede
al patio de los Naranjos, es primavera.
El olor a azahar penetra cada uno
de mis sentidos, me retrotrae a un tiempo
imaginado, no vivido, a través de tantas lecturas.
Ensancho las narinas para que todo el aroma
que puebla el aire entre en mis pulmones
cual si fuera un vendaval diluviano;
me demoro en la contemplación de la maravilla
arquitectónica, la disposición geométrica
del naranjal y el salpicar incesante de una fuente,
fuente que rumorea en mis paredes pero inexistente,
fuente que de seguro vio San Fernando antes
de demoler la mezquita y convertirla en pasto de catedral.
Me quedé un rato ?no acierto a recordar el minutaje
porque no se medir lo eterno. Una vez seguro
de haber absorbido toda la esencia que me envolvía

doy media vuelta, encaro la calle precedente y arranco
a andar hacia la realidad de un reloj que se paró
por un instante, un instante que fue épico, un volver...

De zorrillas y tenorios

Clamé al cielo, y no me oyó,
mas, si sus puertas me cierra,
de mis pasos en la Tierra
responda el cielo, no yo.

Clamé y clamé,
llamé vociferante de insistencia.
Su eco no se produjo,
la montaña no era muro suficiente,
la voz que tronante llegaba
se sumía por entre sus comisuras
y no repercutía; el eco?como decía?
era pura vanidad, insolencia, insustancia.
La soledad que ello implicaba
sobrecogía mis ganas, miraba de frente
la tenebrura de un sol que se iba,
renunciante, maldiciente, su espalda
me daba una bienvenida invertida,
y tuve que ingeniármelas in extremis
para no ser pasto de agujero negro.
Salí del atolladero agarrado a tu recuerdo,
trozo de estopa del que tiré enhiesto
y ayudado de la robustez de mis piernas
di sol y luz a mis ojos, hartos de tiniebla.
El hades se quedó atrás y con él Eurídice
cual polvo de estrella que se esparce quieta.
Tañendo para olvidar pasé las horas;

las ovejas y las cabras ?antes asiduas?
ignoraban los hermosos acordes de una lira
que lloraba de rabia y de indiferencia.
No había ser que se me acercara
en los contornos de la lechosa maleza
que me envolvía, una Arcadia inédita
inundándose sin abasto de mis lágrimas.
Pedí meditabundo al tenebroso dios
que viniese raudo en mi busca,
?mi amada no hacía acto de presencia?
y el tiempo corría. Caso omiso.
Tuve que descordar la lira y confeccionar horca
y daga para devanarme las aortas y yugulares,
los trigéminas y esternones, y hallar muerte
segura, inexorable de dioses y similares.
Caronte vino a mi busca sin río ni barca,
se postró prosternante sobre mi orilla
y esperó bajamar para recoger mis aguas.
Me acunó en sus brazos y depositóme en manos
del titular de los infiernos, buscóme nicho
y lápida, frase y recuerdo para posteridades
que no interesan a nadie ?una vez muerto
y enterrado los homenajes huelgan.
Hallé compañía eterna, blanca y sin mácula? a la postre.

Ya

Hoy es siempre todavía, toda la vida es ahora, y ahora, ahora es el momento de cumplir las promesas que nos hicimos: porque ayer no lo hicimos, porque mañana es tarde.

.Antonio Machado?

Me gustaría no pensar,
ni siquiera en el ahora,
en nada, no pensar, solo.
El impulso me empuja
hacia hechos que no existen,
que imagino por imaginar,
por miedo o precaución,
por rellenar el vacío del tiempo,
por rastrear amenazas inventadas,
por persistir en una genética innecesaria,
por allanar el terreno de peligro
y sobrevivir para abundar en la especie
?qué tontería tener que abundar
en algo que ya sobra, algo que muere
de una manera gratuita e inconsecuente?
¿Sobrevivir?¿Para qué, solo por estar vivo
y que exista la posibilidad de procrear?
¿Y por qué la ciencia no se arroga el reto
de reprogramar aquello que nos aleja
del bien vivir, del ahora?
Me gustaría pensar, pero sin atar

la mente a nada, dejarla al aire,
que sea el aire o el viento ?si se mueve?
quien maneje el timón de la voluntad,
de querer persistir en una empresa
de la que solo sabemos su final.
Dejarla suelta, al azar, sin miedo
al paradero que quiera tomar, igual
que sea la estación, el destino
que el tren que pase tome, la posta
que el caballo de antaño abreve
para alivio del posadero y el viandante,
del viajero que quiere descubrir la leyenda
romántica de Alándalus, ingleses, franceses,
alemanes en tropel tras las huellas mentirosas
de un pasado que quizá fuese rosa, o no lo fuese.
Dejar volar la imaginación a lomos de un libro,
un libro que de cuentos hable, la Alhambra
y Washintong Irwing, Richard Ford y sus Cosas
de España, quijotes y sanchopanzas...
Me gustaría no pensar; no lo sé; solo afirmar
que lo que deseo es vivir, y vivir es ya.

Un pañuelo

Como un avión flotando
 sobre un mapa de piedra y agua.
.José María Micó?

El mundo es un pañuelo, dicen...
Coincidí contigo
como coinciden líquido y vaso,
como coincide un rayo con su mañana,
un peso con su balanza...
Fue de noche, bajo el estruendo
de una música, de unos violines
que brotaron sin saberse de ellos.
Me dijiste profesora de un instituto,
te dije que mis niños allí estudian,
me dijiste que los conoces, son bonitos,
te dije que...te mostré un fragmento
de mi alma y tú contestaste con una foto;
una foto que guardaste, y un teléfono
que sonó pronto, de mañana.
El mundo es voluntad y representación
?Como propaló un filósofo?, y ahí pierdo,
pierdo el norte de mis decisiones, voluntad
que se abre paso machete en mano
sobre una maleza cada vez más escabrosa,
más tupida, que tapa el sol y el horizonte,
que no me deja ver el bosque, solo ramas.
Tú te ofreciste en ese mar de incertidumbre

como un espantapájaros ?alegrando la cosecha.
Me condujiste en ese marasmo hacia la salida
como una ariadna que se derramase ilusionada.
El Minotauro que fui permaneció llorando,
Teseo cual Cupido me hundió su espada caliente
hasta la taza vacía de mi gana, y sí, sacó petróleo
de donde solo había escarcha, un enorme chorro
de amor brotó embadurnado de pesimismo
y celebramos el encuentro saltando, exultantes
de una beatitud que prorrumpía futura y gozosa.
Sí, lo constato. El mundo es un pañuelo
que a veces ?esta vez de un blanco inmaculado?
me lo encuentro lleno de moco.

Paraíso latente, o perdido, no sé.

Hay un paraíso perdido,
oculto tras el fulgor
del paraíso dado.

¿No te has adentrado alguna vez
en algún videojuego de bar
en el que te pones manos al volante
y debes seguir el camino marcado
hasta la meta superando obstáculos?
De pequeño, en mis horas muertas
me subía a lomos de cualquier coche
de estos que si chocas no te haces daño
y me he salido de la carretera
para ver dónde llegaba, qué se me ocultaba.
Así, sigo, ese es uno de mis soplos,
ese que impulsa mi vela
hacia caminos no convencionales,
solo por ver qué me estoy perdiendo
si sigo lo fácil, lo marcado por otros,
otros a quienes no les importa mi vida,
solo que le dé el pecunio que necesitan
para engordar las suyas y disfrutar en playas
de plástico y a costa del erario.
Estoy por la labor de romper nudos gordianos,
por muy gordos que sean ?otra cosa es
que lo consiga, no arriendo en ello mis ganancias.
Como decía, estoy por ver hasta dónde llego

en esto de perseguirme, ver qué hay detrás
del velo de Maya que me aísla de lo mío.
Quiero pensar que siempre hay tierra
inexplorada, virgen de ganas de ser atravesada
por las ávidas pisadas de un explorador exigente,
diligente, rijoso de vivirse hasta el último sorbo.
No me apetece ser oveja merina ?con todos
mis respeto por ellas porque fueron parte
de la grandeza de mis antepasados? obligada
a transitar caminos sin haber decidido antes,
o habiendo estado querer ahora salir a explorar.
No aspiro a crear tendencias, a pretender
que se hable de mí en la posteridad
como vaticinó Schopenhauer a propósito
de su filosofía y sostuvo Augusto ?o era César?
como empresa principal de un buen romano,
porque una vez muerto, qué más da todo.
Desde pequeño sigo en ese empeño,
en conocer qué me pierdo tras la cara
oculta de la luna, qué imagen se esconde
tras las palabras de la persona que se te dirige,
qué carne, qué tacto, qué dulzor o acritud
se extiende sobre la materia ajena a mis sentidos...
Es perseguir un horizonte infinito, es saber
que lo palpable es la materia de la que están hechas
los sueños, de sentir el discurrir neuronal
de una caricia, de una sonrisa que suelta al aire
una bendición cual hisopo de misa.
¿No te has adentrado..?

Con su mismo...

De un ataque de compras.
?reflexión somera
sobre el consumismo.

Intentando evolucionar
desde el consumismo
al con su mismo...

Rebajas de enero,
de febrero, de marzo,
de mayo, de agosto,
de navidad, de adviento,
de pentecostés, de ceniza,
de cuaresma, y una resma
de papel que va al tiesto.
Pasar de tres a cuatro camisas,
zapatos para el lunes, martes,
otro par para el miércoles,
para aparentar otro par
el fin de semana, no repetir,
que no parezcamos pordioseros,

que el otro se acerque a la opulencia,
no ser un don Nadie, no sea
que seamos segregados por la manada.
Ser perteneciente, ser aceptado, éxito
a toda costa, ser digno de ser mirado,
ser considerado es ser tocado, acariciado,
ser crisol y receptor de cariño, el afecto
es lo que mueve el mundo y con él al hombre
?y a la mujer también, no se nos suban
a las barbas los inclusivistas?, pertenecer,
el mono también necesita pertenecer
a su estirpe, sentirse pertenecido, querido,
figurar ante el otro como capaz de llevar,
de ostentar, de comprar, de alcanzar un nivel,
qué más me da el planeta cuando haya muerto...
La vida es ahora, la capacidad de la tierra
es inmensa, ha sobrevivido a los mayores
cataclismos que pueda imaginarse y ahí está
?como la Puerta de Alcalá? viendo pasar
el tiempo, quién soy yo para conducir
a algo tan grande al abismo ¡Yo, cosa tan pequeña!
?Se me ha venido a la mente el discusivo
diálogo al que asistí en esta casa recién -como
dirían mis compadres del otro lado del charco-
y me han entrado ganas de aprontar un soneto,
ver si tengo la capacidad para hacerlo. No soy
capaz, lo confieso, porque mi inteligencia
va con mi voluntad, y esta ha pedido divorcio.
Sigo con la canción...
Rebajas de enero, febrero, na na na....

Natalia

Agua y palabra.

El silencio no es mortal,
no es un muro enjalbegado
de dolor y añil ?ayer te lo dije.
Estoy armando un barquito
de papel, lo he prendido
del mascarón de proa
hasta la tensión superficial
del agua de este estanque.
Lo impulso con un leve papirotazo
?me he ahorrado los preámbulos
de rigor, no va conmigo romper botellas
de champán?; parece que esta mar
no lo rechaza, no sufre de momento
el ataque del sistema inmunitario
que yace al fondo de la masa de agua,
callado, esperando el justo segundo
para saltar sobre la pieza e hincarle el diente...
Natalia tenía por costumbre
escribir sobre el agua ?Ginzburg?
y visitar a su psicoanalista
hasta que no le sirvió de nada
?se dio cuenta tarde,
cuando sus números empezaron a temblar

de frío constante y tenebroso.
Los editores, al olor del fracaso, pusieron
pies en polvorosa y la dejaron compuesta
y sin... Su relación con los hombres
fue disuelta en el silencio. Era para ellos
como cacao en polvo que brumea
contra la frialdad de una leche blanca,
espumosa, quieta y con todo su espectro
colorífero sumido en un caos variopinto.
Decía insistente, en sus estadios de locura,
que la fantasía es a la libertad
lo que la memoria al dolor ?por fortuna,
por entonces reposaba sobre las tranquilas
aguas de la calma cuando pronunciaba
estas palabras porque su alzéimer arrasó
con cualquier atisbo de memoria
que en remanso aguardaba rescate en su psique?,
y yo, entre lágrimas al galope por mis mejillas,
asumía asintiendo como quien lleva la corriente
a un tonto, solo por preservar la magia del instante,
magia que vale infinitamente más que la verdad.
Siguió escribiendo en la tregua que le concedía
la desmemoria, y qué cosas escribía, por Dios...
Me recordaba, recién las escribía porque
me las daba a leer buscando mi aprobación,
a las pinturas negras de Goya; concebía al verlas
que la sustancia de la que partían esas frases
estaba hecha de la misma ceniza que el negror
avasallante de los cuadros que el genio colgó
en su Quinta del Sordo, cerca de Madrid.
Sí, le recalcaba; el silencio no es horror,
no es pecado sino libertad, es música y danza,
es hoja que aún verde cae, y ríe cayendo...

A ti, Poesía mía.

No quiero adeptos,
quiero amantes...

Te quiero;
te quiero porque cuando leo
el transcurso de tu piel
sueño, se me va la cabeza
al lado mágico del sendero.
Te quiero;
te quiero porque cuando escribo
cada uno de tus rasgos, tus signos
de puntuación me salen al encuentro
y te dan la entonación correcta.
Me concedo paleta en mano
dibujarte, insinuarte cuando pronunciar
tu nombre no viene al caso,
mantener tu anonimato si el guion
lo requiere y sacarte del armario
cuando es menester hacerte pública.
Te quiero;
te quiero porque cuando me pongo
en frente de tu lienzo
se me disparan las alarmas,
desemboco en un estadio inédito,
fresco, con vistas al mar a veces,
otras veces a una montaña de encinas

constelada, y en este trance catatónico
te pregono, te recito para mis adentros,
que nadie se entere de lo que invento
hasta que dé a luz tras un dichoso parto.
Te quiero;
te quiero porque eres río que me fluye
de fuera adentro ?¿o es de dentro afuera??
y me desaguas de inmundicia y desierto.
Eres como poner una lavadora, irme, dejarte
sola que aniquiles la negrura de mis ropajes
y volver a por tu resultado, tenderte a un sol
radiante, restañarme de lágrimas y guardarme
en el ropero a que llegue mi momento.
Te quiero;
te quiero porque me haces olvidar
que estoy latiendo, me sumes incierto
en un mundo del que no tengo dirección
ni paradero y al final ?cuando el concierto
acaba?siempre queda autobús de vuelta.
No duermo a la sombra de las estrellas
aunque si así lo hago sueño; fantasía
con billete de vuelta y pago contrarreembolso.
P.D. Así me ha dado por celebrar mi milésima
publicación en esta casa, y así la comparto
con ustedes, compañeros de habitación y terapia.

Este sí es el mil.

Si no te conozco, no he vivido;
si muero sin conocerte, no muero,
porque no he vivido.
?De mi ilustre paisano Luis Cernuda.

El amor es otro de los temas
que toco pero con cuidado
?digo con cuidado
porque está tan manido
que temo que si lo prendo
con que sea un poco mínimo
de fuerza con mis dedos
fuera a romperse.
En este milésimo intento
de escribir bien es cita obligada
este sentimiento, que es eso,
el sentimiento de los sentimientos.
He procurado siempre que lo tomo
?aunque es cierto que lo tomo poco
por ese miedo que confesaba suso?
darle un tono místico ?como Rilke,
el místico de los místicos?, diferente
a lo que se estila en esta página
y en las páginas que pueblan la Literatura.
No me gusta el amor de entregarse

a otro a menos que ese otro seas tú.
Entregarse a otro es deshabitarse a sí mismo,
y un cuerpo desposeído de corazón
no puede latir, no puede vibrar...
Este verso, o versos, de Luis confiesan
el amor que se frontispicia
en lo alto de los rótulos de las calles,
porque el amor al otro es abnegación,
y la abnegación es una virtud teologal.
La abnegación no se sustancia
sin contrapartida porque sería un vaciarse.
La abnegación solo se explica
cuando la obsesión ha llegado a pandemia,
te asola el organismo y desarma el entramado
cósmico de tu cabeza, y pierdes el cohete
de vuelta a la tierra, al humus ?humano
viene de humus, no lo olvidemos nunca.
Eso sí se lo subscribo a mi Luis
?tengan en cuenta que mi instituto
se llamaba ?ya no? Luis Cernuda?,
eso de que no muero porque no he vivido.
La muerte, si no es punto y final
a una historia con planteamiento
nudo y desenlace no es nada,
es solo un borrón en el suceder
de una escritura en tinta sobre papel
que es la misma vida, un garabato,
un error tipográfico, una errata
?esta palabra tiene un aire
onomatopéyico que me fascina,
porque una errata es tan maligna
como una rata en un trigal.
Y qué me dicen de este tema:
La Soledad; no la virgen llorante
que se da cita en tantas obras de arte,
no, sino aquella que al que la rechaza

carcome y al que la quiere maravilla.
La Soledad como madre del arte...
Este milésimo me ha salido
con el tono narrativo que leéis,
porque en el fallido anterior,
que como ya confesé fue concebido
tal si fuera este, me desmadejé
según el tono poético que merecía
la efeméride.
Os dejo solo, nada más era agradeceros
el paso a verme en tantas ocasiones,
las lecturas tan concienzudas
que en algunos casos he recibido
tratándose tan solo de un soñador,
de un escribidor de montañas de orégano
y jardines de Arcadia, y llevarme a cambio
el que el tiempo por leves instantes
no corriera, que en su lugar lo hicieran
el cursor y la tinta impresa y las ganas
de seguir escribiendo como lo hago ahora,
y que sean montones las fechas como esta,
fecha señera y cierta.

Así son los trenes...

El tren parece el buscapiés del paisaje.
La Linterna del acomodador nos deja
una mancha de luz en el traje.

?A vueltas con Don Ramón
y sus greguerías.

Iba mirando el paisaje
con la avidez propia de un niño.
El tren salió lento de una estación
ya vieja, con una solera densa
y concentrada en las heces de las palomas,
en una arquitectura decadente
repleta de arabescos tristes...
Paulina me miraba con ojos expectantes,
la megafonía anunciaba mi pronta partida
y a cada palabra oída, con el reverbero
propio de los andenes desnudos,
agitaba borroso cada recuerdo,
cada beso perdido en la tiniebla
de un ya no volverá.
Mis lágrimas hacían compañía
a las de ella, al unísono, como fue
entre nosotros, un unísono constante,

incesante, noche tras noche, al fuego
de un amor que crepitaba como leña
en sazón y repleta de sustancia.
Recibo el crujido del freno, se desata,
el vagón sigue el curso inevitable
de una gravedad que no entiende
de quiebros ni requiebros,
que es inexorable a los hilos
que se rompen porque así es la vida...
Voy girando el cuello, y con él la mirada,
hacia la estática posición de Paula,
que no osa moverse ?o quizás la emoción
la mantiene atada al sitio? no fuera
que algún transeúnte le impidiera
a su paso vivir en vivo mi tristeza.
Así me fui. Cuando la perdí de vista
giré al frente la mirada y contemplé
absorto la soledad del camarote,
el austero recamado de su tapicería,
su mobiliario demodé, su taraceado
arabesco, su...Todo por no dejar la mente
libre, por no dejar que me lleve a la tumba
caliente de su recuerdo, tan fresco
y tan frío, como cadáver irresoluble...

Las cosas del Dante...

No sé si sabes que Dante
iba todos los sábados
a la peluquería a recortarse
la corona de laurel.

?Hay gente pá tó!!!?

No tengo demasiadas fuerzas
?diría que ninguna?
para dejar correr este escrito
?incluso pensé antes en osar
un soneto sin escandir los versos,
a ojo, como ya lo hiciera hace
no sé el tiempo?. Iluso de mí.
Todavía creo en los Reyes Magos.
Soy el único de mi generación
que sigue poniendo bajo el árbol
de navidad un plato con galletas
y un vaso de leche para auxilio
de sus majestades tras tan arduo
trabajo y desvelo ¡Qué pena!
Ayer me senté a imitar a un tal Dante,
el que, dicen, escribió una comedia

divina de la muerte, un chico estirado
y rebelde, que anda con los Güelfos
negros a la gresca contra los Gibelinos
y que hace embajadas vaticanas
para conseguir la gracia de los Dioses.
Ayer mismo, sábado, sabadete, a recortarse
el laurel vino. Ya sarmiento de crecido
parecía el siempreverde adentrándose
en el mágico mundo de la greña. Vencido
por los nudos y las yemas me ordena
que ensaye un recorte a lo garsón, maricón
parecía cuando las tijeras quedaron muertas
en la mesa tras empresa tan ardua y matutina.
Le puse el espejo en el occipucio ?que se viera
la obra de arte?, y en parte quedé satisfecho,
pero en otra parte avergonzado: a la ventana
miré para que no me viera la verdad en el rostro
y desde agosto ?último pelado y visita? laurel,
comedia, nariz aguileña, güelfos y gibelinos
brillan por su ausencia; pena la mía. Alguien
de su entorno le ha afeado mi maestría tijeril,
mi voluntad férrea de cuidar podando su mata,
de honrar los frutos de sus letras, bayas negras
que ya no me como desde su ausencia,
comentarios que ya no hago a las lecturas
que aprovechando su visita se difuminaban
en el aire como sándalo arábico, café yemení
y mirra de niño Jesús cada sábado. Perdido
estoy sin su lustre, sin su brillo siempreverde.
Hecho de menos sus batallas, sus desvelos
de embajadas y vaticanos, sus luchas intestinas
que tanto quebradero de cabeza en la cabeza
sembraron, y tanto mundo en directo, medieval
e incierto, documento notarial y joya de biblioteca.
Todo al carajo por una gracia ¿Qué más da si maricón
parece esta vez?¿No es mejor ir con los tiempos,

evolucionar del medioevo al renacimiento
hasta convertirse en un Rafael Sanzio, un Canaletto
o cualquier otro santo de las artes?¿No le gustaba,
según me decía al oído, disfrazarse de drag Queen
o de diva de ópera para visitar otros cuerpos,
otros universos, otras lógicas y cosmovisiones?
Por eso lo hice y así me pagas, con la moneda de Judas,
con la séptima negación de San Pedro a Pedro Nolasco
?ese que alucinaba una noche viendo a un crucificado
boca abajo y sin freno.
Tú mismo. Entiendo tu mosqueo pero aquí estoy
para cuando la mata se convierta en bosque
y no te deje ver la laurisilva.

Como una perra...

Como una perra
de Laconia.

Así eres.
Vas rastreando la deslealtad
?sabes que no lo soy?,
vas olfateando la confusión
?te gusta ponerme en un brete?,
vas escarbando la mancha
hasta que das con hueso
?sabes que soy de un blanco
inmaculado, a prueba de detergentes?,
y sabes (ahondando en la materia)
que he rehusado mil sabores, cien aromas
de romero bañando la tersura de mil pieles,
diecinueve tequieros que he tenido
que desoír por oír el tuyo, que es el que vale.
No valoras mi renuncia, mi dejar de lado
mil caricias, mil besos robados, mil noches
en vela recorriendo geografías distintas,
sorteando breñas para encontrar gurumelos,
caramelos de menta que con celo he tirado
al retrete de lo que pudo ser y acabó siendo...
Vas rastreando sin cesar y sin saber
que tanto rastreo llevará al traste
todo el imperio, toda la amalgama de raíces

que se han ido tramando a conciencia
con el lento y profundo paso a paso
que hemos hoyado año tras año, para nada...
Para tirarlo todo por una borda de cien cañones
por banda, y viento en popa... con las velas
arriadas de tanta pólvora recibida, sin viento
que pueda tirar de ellas por más que Eolo
se persigne y sostenga su señorío Egeo.
Vas escarbando, vas minando los pilares
sin darte cuenta que si se desploma el edificio
todos volaremos a otros cielos, sin remedio.
Tus celos son tumba abierta. Déjalos salir
para encerrarlos bajo llave en una caja
cual la de Pandora, sin esperanza.
Sigue así...

Sin las abejas no...

Quiso Virgilio
que las abejas
fueran una suerte de almas
que saltan de sus colmenas
en busca de fundar nuevas.

La miel, la miel de unos labios.
Me llegaste volando un día de otoño,
la hojarasca levantaba su quietud
a mi paso para buscarte, allí esperabas.
Quedamos a las cinco y ya estabas,
tenías un interés inusitado en verme,
no el mismo de otras veces
a juzgar por la calidad de tu sonrisa.
Cuando me viste aproximarme
se te dibujó expresionista una cóncava
alegría que me suscitó un pellizco
en la entraña ?supe que esta cita
iba a ser la cita...
Te sentí dentro cual gusano
que todo mi centro devora, que dueño
de mi estancia se hace y salir no piensa.
Te acercaste a oler mis margaritas
y te me sumiste profundo; no sé
por dónde entraste, si por el trastero
de mi sorpresa o por su vestíbulo.

No lo sé; solo sé que se produjo
una suerte de alineamiento planetario,
de esos que dicen los sabios
que se produce por un azar de Dios
cada tropecientos años ?Cometa Halley
dixit?, y la eclosión fue tan energética
que nos batió cual un vendaval gaditano,
cual si fuera la tempestad de las sirenas.
Dicen que las abejas son las operarias
de un telar ecológico responsable
de que todavía ?a pesar de los pesares?
siga disfrutando de la mayorísima
parte de los nutrientes vegetales
que me posibilita seguir despertándome
cada día, ir al trabajo, solazarme
cuando no trabajo, escribir, leer...
Y la miel que nos regalan
como producto dorado de su trabajo
es la esencia, la sustancia, tú.
Abriendo los ojos a la mañana
constato que la luz existe todavía,
miro a mi izquierda y te siento viéndome,
estabas despierta y yo sin saberlo,
mirándome como sueño y notariando
con tu plena atención mi continuidad
en tus parques, en tus sábanas, vivo.
No pude por menos que besarte...

En el metro

De un cantante
de metro.

Toco una guitarra eléctrica
de las buenas, Jim Morrison
dicen que la tenía, una igual,
no la mía, cómo suena.
A primera hora bajo escaleras,
cientos de peldaños abajo,
llego a mi rincón, monto pronto
escenario, los bafles a cada lado,
cables a miles entramando
el trozo de cemento que pueblo,
hago del sonido la prueba,
bien suena este cacharro.
La gente entra a mansalva,
van con la mirada al frente,
no ven nada, hora punta, prisa,
no se paran, no tienen tiempo,
el metro pita, al tren pasajeros.
Aleteo el plectro, mi mejor concierto
brindo a un público ausente
y pendiente estoy de que cada nota
suene bajo la mejor de las armonías.

Me pongo la peluca para Jim Morrison,
le hago un sentido homenaje, el torso
desnudo en pleno invierno, no padezco
los rigores ni los miedos, tiembla el metro.
Por fin uno que tiene tiempo, se queda
unos segundos que son años y suelta
con sonrisa unos centavos, gracias caballero.
Noto la protesta de la gente abajo,
el metro no sale, hora punta, tarde, oficinas
vacías de contenido, herido el semblante.
El conductor se extraña ante tal desvarío,
cómo puede ser posible que el vagón no salga,
llama al técnico y comprueba los filtros,
los goznes de su mecánica a punto de nieve.
Tras vueltas y revueltas a las leyes de Pitágoras
dan con la clave; la luz no llega bastante
para dar empuje a tan pesada hilera de coches.
Arriba de la vía escuchan a The Doors
en su pleno apogeo y la luz de la bombilla
aparece en sus mentes: La guitarra tira mucho.
Suben los operarios a ordenarme
que pare por momentos el concierto
y desenchufe lo enchufable, a ver si arranca.
Bajaron raudos de nuevo y «eureka», la luz
se hizo y ya debía dos recibos.
Los viajeros cantaron aleluya a ritmo de rock
y las oficinas a la postre abrieron sus puertas:
la vida sigue y la música cesa.
Recojo los bártulos, subo a la calle contigua
y monto allí el circo: La gente me mira, sonríe
pero no suelta prenda. Otro día en el paraíso
sin manzana que llevarme a la boca
y con los sabañones de un frío que pela.
Así es la vida del artista de calle:
todo miseria, esperanza y entrega
con escasa recompensa.

La Sed.

Miércoles Santo.

La iglesia que guarda las figuras de "La Sed" ha recibido ya su bautizo. Manuel, el párroco habitual de la sede, lleva desde las seis de la mañana vistiendo para la ocasión a todas las figuras que se esparcen por el artesonado barroco, por las capillas que en el siglo de su construcción se abrieron en honor a aquellas familias pudientes que quisieron vincularse de por muerte con la basílica y dieron a descansar a sus muertos bajo el quebrado enlosetado de mármol blanco, ya cascado por el paso del tiempo.

Mi nombre ?disculpen mi osadía de entrar sin avisar? es Arcángelo, soy el monaguillo de esta iglesia y rezo como segundo de abordo bajo la bitácora de Manuel, que según he escuchado a algún feligrés, suelta prendas contra mí los días de misa. Sí es verdad que hago de las mías, soy un alma libre, como se suele decir, y me gusta tomar mis propias iniciativas por muy descocadas que sean, son mías y eso es lo que me importa.

Cuando entré por la puerta principal, esa por la que dentro de unas horas saldrán los nazarenos y los pasos, Manuel estaba encaramado al altar con una bayeta y un abrillantador de dorados dándole con ahínco a cada recoveco por minúsculo que fuera; era claro que deseaba que Dios estuviera contento con su labor y faenaba como si tuviese al lado.

Le di una voz pero ni con el reverbero propio del edificio se dio por aludido. Después de tres voces salió de su ensimismamiento y se dignó mirarme, con cara de reproche, le molestó.

Ni se bajó siquiera de dónde estaba; por momentos me entró el miedo a que se fuera a caer y decidí cauto entrar en la sacristía, revestirme como es debido y empezar mi labor diaria.

La procesión debía presentar su cruz de guía delante de la puerta a las tres de la tarde, por lo tanto faltaban cuatro horas para que todo emergiese, para que el colorido brotara como pistola de agua que en vez de agua llevara azules, rojos, amarillos, blancos y negros ?estos dos últimos colores son los que predominan en la indumentaria de los nazarenos?, y todo el espectro posible e imposible se daba cita junto a todo un abanico de notas y redobles de tambor, todo un deleite para los sentidos.

Ya se acerca el hermano mayor para dar instrucciones a Manuel.

Algo se cocina que no sabíamos. Veremos a ver...

Jesusito de mi vida...

Debían de matarlo.

Se corrió la voz de que sería el rey de Judea pero no se sabía su aspecto.

Se rumoreaba entre las gentes del pueblo que habían nacido hacía poco, si bien el número de niños que vieron la luz días antes fue precisamente enorme, inaudito en aquellas tierras, no se tenía conocimiento de que semejante hornada ?si se me permite el término? tuviera lugar en algún momento anterior de su breve historia.

Herodes dispuso raudo una pequeña cohorte para que bajando al pueblo diera muerte a todos los niños menores de tres años. Por fortuna, José de Nazaret se hizo cargo a tiempo de la luctuosa noticia y se hizo ayudar de un amigo para ocultarlo como fuese posible.

Se decía que ese propósito de Herodes llegó a los oídos del pueblo de una forma, podríamos calificar, de mágica. Como bien se sabe desde tiempos ancestrales, los álamos temblones son portavoces de un mundo oculto a nuestros ojos ?el mundo de los espíritus?, y que según las mitologías escandinavas el rumor de sus hojas mecidas por los vientos traen noticias de ese mundo, un mundo donde habitan entes espirituales, aquellos que tras cumplir su ciclo vital quedan habitándolo para siempre y desde allí vigilando para bien la vida de los mortales.

El caso es que ?para no perder el hilo de la historia? el niño que elegido por el azar tomaría el cetro de rey fue acomodado en una suerte de pesebre que este amigo aparejó a propósito en un recóndito recodo de su jardín, donde pensó que la soldadesca no buscaría.

Allí, y sabiendo Juan ?que así se llamaba el amigo? de las propiedades curativas del cardo mariano, lo mantuvo durante los tres días que duraron las pesquisas, confiando en que la savia lechosa que se derramaba de sus hojas sería una especie de leche materna. No podía evitar el buen hombre pensar en el vacío de una madre, y en las terribles consecuencias de prolongarse este holocausto más de lo debido.

Una vez pasada la amenaza ?afortunadamente el registro de los soldados fue superficial? Juan, a la velocidad de un rayo, se personó delante del niño para ver si seguía vivo y sano, y se le llenaron los ojos de felicidad cuando comprobó que así era; Jesusito se relamía las comisuras apurando el dulzor de esa savia salvadora. El cardo fue alimento suficiente durante el breve pero infinito trecho que estuvo solo, ni siquiera ?y quiero pensar por ello su divinidad? se manchó el pañal que ya llevaba de casa cuando fue entregado.

José llamó a la puerta de mañana. Juan acudió maravillado por lo que había vivido y aliviado de que la tragedia no lo alcanzara, y abriendo el duro cerrojo lo llevó de la mano a la estancia que todavía ocupaba, rollizo, hermoso, y le contó el milagro del cardo, del que el padre no pudo dar crédito.

Las cosas de los perros.

El perro andaluz.
Toda una obra maestra.

Una chica acosada,
entrada en carnes
?era la estética?
y con raqueta en mano;
el maromo pretendiente,
rijoso, ardiente, afila
el diente para clavarlo
entre las nalgas.
Arrinconada, con la cara
hecha un cristo, clama
ayuda, venganza, y el suso
dicho hacia ella se abalanza.
Como pesada losa ?se percata?
arrastra con los tirantes
del pantalón toda una parafernalia:
camas de pesado somier, ciervos
chorreantes, cristos yacentes y entrantes,
prelados y diáconos ?y casi el papa?
y con todo ello una metáfora
de las represiones incesantes de la época.
La chica ?que aunque entrada en carnes
era vistosa? se precipita como rayo

contra la puerta, casi la atrapa.
El maromo mete el brazo en el resquicio
y solo sale la mano, llena de hormigas.
Ella se recrea, sabedora de estar a salvo,
en el espectáculo mirmecológico
de subidas y bajadas, idas y venidas.
Tras la puerta, sana y tranquila, observa
con pausa la agonía gesticulante de la mano,
las hormigas corren en todas direcciones
sin pies ni cabeza, y ella disfruta, vengativa.
Entra a descansar en su habitación, sola,
feliz, perdiz, sola, y se quita las lentillas
para que en sueños no se vea traicionada.
Cuando hace pinza para el desprendimiento
nota un corte profundo, la pupila rasgada
como a degüello, y la roja savia extendiéndose
hasta la inmaculada faz de su sábana.
No pudo conciliar un mediano descanso,
la cirugía se tornó necesaria.
Ahora yace en cama de hospital de tercera,
esperando el alta, y sin más recompensa
que la cobertura de un seguro que no cesa.
Ve a verla, te está esperando arriba...

Tu mirada

Tu mirada es golondrina azul,
una golondrina sin verano,
sin nido ni vuelo, una mirada
que cruza los mares, los ríos,
los lagos y lagunas y se posa;
se posa cuando está cansada,
se asienta en el verde prado,
en la calma marina de una vela,
en el mascarón de mi espera,
en el transcurso doloroso
de una ausencia prolongada.
Tu mirada es patria, tierra;
tu mirada es chicharra, acostarse
bajo la encina ardiente de junio,
bajo la pausa que sigue al silencio
de un verano furibundo y amarillo.
Tu mirada es tarde de siesta,
es sobremesa que espera café,
pastas y risas, conversación sin fin
ni principio, ni tema, ni tiempo...
Cuando superpongo mi mirada a la tuya
mis ojos se hacen hiedra, un ramaje
brota incontenible del fondo del iris
y se confunde con los rasgos:

la nariz se hace puerta, las orejas ventanas,
la boca la sentina de mis sentimientos,
la cloaca máxima de una urbe romana
que los tiempos mandaron al carajo.
Cuando tu mirada se extiende hacia mí
mis murallas no dan abasto, sucumben
como cartas superpuestas cual castillo
en el aire y tiemblan; me tiembla hasta
el tuétano de los huesos y claudico,
me entrego a tus encantos y rezo,
rezo para que este momento no cese,
sea eterno de eternidad, uno solo,
tú y yo, yo y tú, y aparte, el mundo.

Madera rota.

El mito del eterno retorno,
la eterna rutina ?tan necesaria
y tan denostada...

Es el no salir de un círculo vicioso.
Es ver que las vueltas del reloj
son vueltas sin sentido, hámster
que cual un Sísifo que roe
va cabalgando sin descanso
y sin producto, en el mismo sitio,
en el mismo escalón infinito
de una escalera que caracol
va sinusoide a ningún lugar.
Es un repetir de repeticiones,
una fuerza centrípeta
que te llama a su centro
para cual agujero negro engullirte,
disolverte en energía para chupar
de esta toda la savia que contiene.
Es eso. Es un vertebrar constante
de columnas que sostienen una nada,
es una manera de estar vivo
sin vivir, solo ver pasar un reloj
que no tiene siquiera la decencia
de mirarte, de dedicarte aunque fuera
un guiño cómplice de compasión, nada.
Se te nota la madera rota, dices,

y es verdad. Tu piel es un concierto
de violas y violonchelos rasgando
el telón rojo del éxito, un dédalo
de carreteras que todas ellas llevan
al mismo paraje; tu desidia.
Es perderse, eres brújula sin norte.
Búscale el sentido al latido
de un corazón incesante, que quiere
y no puede porque le pesan las alforjas.
Estate aquí conmigo, en el seno del recuerdo.
Cuando duermas ?no solo cuando reposes
la mejilla en la almohada? comprobarás
que estoy ahí, velando tu sueño, centinela.
Es así, eres así y así son los abismos, yermos
y profundos en los que al final, en el fondo
de los fondos, yace una boca que te deglute,
te regurgita y te renueva, volver a empezar.
Tu madera rota es la madera de los toneles
que viejo esperan un buen vino, y disfrutar...

¿Desagradecimiento?

Critón, le debemos un gallo
a Asclepio.
?Canto de cisne de un sabio.

Ese día no estuve;
debí estar por contarme entre sus más tiernos amigos
pero no estuve ?dije que eran paperas, o algo así,
o alguna excusa de la misma calaña?, estaba en babia,
en mis asuntos de un palacio con el que no contaba,
con mis ínfulas de príncipe sin principados ni principios,
desagradecido hasta la médula ?y encima me apoyo
en su figura para forjar mi inmortalidad.
Ese día ?día tan señalado, todos estuvieron? no...
Me dijeron ?y yo aproveché para forjar mi fama?
que renunciando a una certera defensa se dejó morir;
llamó a un mozo para que le trajeran la postrera cicuta
y diese a su alma descanso, un espíritu que pretendió
quimeras tales como hacer pensar a la juventud.
Ese gallo lo tacho de genial ironía ?una más de tantas?
porque, en el sarcasmo de su consabida labor pastoral,
abogaba por que nos curásemos todos ?los ciudadanos
coetáneos y venideros? del pathos de la hipocresía,
del aceptar ideas por obligación, sin pensar en el alcance,
significado y esencia de las mismas; sí, curarse de todo eso
con la conquista de la muerte, Elíseo aspirado y deseado,
y allí sí vivir con la molicie de un existir sin un espacio

que acogote, sin un ágora que imponga leyes insostenibles
y convenciones que no convienen.
Esta mañana ?ya pasadas veinticuatro horas de su bendito
deceso? subí al templo y en su hogar esparcí sus cenizas,
me arrodillé ante la magnificencia de Asclepio y deposité
a sus pies el cuerpo y la sangre de un hermoso gallo, floreciente,
dueño de su gallinero, y señor de su mundo ?solo un gallo
de ese calibre le hace el honor merecido.
Imploro tu perdón por mi ausencia, maldita e imperdonable
ausencia, y espero que consagrarte mis laureles sea pago
suficiente para que el Empíreo cielo me haga pronto sitio.

Mucho almíbar.

Por la carne también se llega al cielo.
Hay pájaros que sueñan que son pájaros
y se despiertan ángeles. Hay sueños
de los que dos fantasmas se despiertan
a la virginidad de nuestros cuerpos.
Vámonos como siempre: Dafnis, Cloe.

?Booz canta su amor. Gilberto Owen?

¿Por qué tanto almíbar?
¿Es necesario para cantar al amor
rebozar de melaza las palabras,
los gestos?
¿Tan honda y maliciosa ?añado con
capciosidad? es la huella que honda
ha dejado el amor cortés?
Aquí toca carne ?o así lo interpreto?
el amor del que habla el poeta,
amor adolescente, profundo, naciente,
nuevo, donde la espléndida química
que nace vierte densa su materia.
No es un amor ideal, platónico,
que solo tiene satisfacción en la virtud,
en un deseo sin tacto ni olor,
en un contentarse sin prenda, no.
No soy diabético aunque sí del Betis.

No preciso rellenar de más glucemia
mi cuerpo de la que me nutro,
por miedo a quedar almidonado.
Soy amante del amor, pero de un amor
bajo en azúcares, en calorías, que no engorde.
Añoro y ansío caricias ?quién no?, taladrar
los sentidos con un circular incesante
de una traviesa yema, que no cese
de dar vueltas inspeccionando cada hueco,
cada centímetro, cada mojón de término
de mi red de carreteras, de un pergamino
que ya cuartea pero que se resiste enérgico
a ser pasto del tiempo. Sí pasión, sí, toda
la pasión que quepa en una lengua,
toda la pasión que emerja de las entrañas
de una tierra no yerma, sino todo lo contrario.
El poeta canta, emite trinos y coplas
con la ilusión de ser oídas e incluso aprendidas;
por eso el poeta canta así, edulcorado, la moda
se impone y lo que se cree que debe ser
es lo que tiene que ser a la postre, la creencia.
Mi creencia es mía y la ducho, la seco y la peino
como mis artes me dan a entender, solo digo, solo.
No soy amigo de dogmas ?ya se sabe desde antaño?
y no animo a nadie a seguir mi senda; mi senda es mía.
En definitiva; se trata de una crítica, una crítica
que vale lo que un vilano al viento, no tiene más precio
que la necesidad de expresarse de un simple mortal
que piensa porque existe ?¿o existe porque piensa?

Esperanza

Llámame Hebe o Juventas ?según
sea tu situación en el globo? y te
diré mi secreto; la persistencia...

El Tiempo es una inexorable apisonadora
que no atiende razones.
No mira atrás para salpimentarse
como Edith, que quedó estatua viendo la debacle.
El tiempo ?lo paso a minúsculas porque me apetece, es más cómodo?
es una tábula rasa que arrasa sin remilgos,
no repara en el calibre de lo que sucede,
sea bueno, malo, o regular, no le importa,
todo lo hace papilla que un bebé deglutiera
como si no hubiera un mañana.
Ayer ?en el camino a la compra? pensé en esto
que cuento. Pensé perplejo que cuantas vivencias
viví pasaron en el acto, cual mazazo de un juez,
a ser pasto de vaca, si consentimos que el recuerdo
fuese un bóvido de este jaez.
¡Cuánto caí en la cuenta que ocurrió en el transcurrir
de otros instantes y que ahora ya es nada!
¡Cuánto sentí, cuánto reí, lloré, cuántos vellos
se erizaron en este concierto que es la vida y sus aledaños!

¿Y la Juventud, mitificada en lo grecorromano, qué
pinta en todo este sarao de palabras sin sentido?
Pues sí, la juventud, el comercio con los años,
el conocimiento que va llegando cuando menos
te hace falta ?como Gabo dijera una vez?, la Esperanza
?la pongo en mayúsculas porque ayer conocí
una chica con ese nombre que ojalá la vida
me la traiga de nuevo? de seguir en una vorágine
que da vueltas sin ton ni son hasta acabar siempre
en el mismo sitio, en la lumbre que alumbró
una mañana para extinguirse lentamente.
A veces me da que la Juventud es un dato,
es una sensación que si no la refrenda un número
no es acertada, es solo una ilusión, un malentendido.
No basta que Hebe pueble tus entrañas, que recorra
rauda tus venas y te haga saltar de alegría, no importa,
porque si el dato no concuerda todo se va al garete.
¿Acaso, y a fin de cuentas, la edad no reside en tus células,
en la calidad de la chispa que las hace trabajar, en el temblor
que cual seísmo resquebraja cada uno de tus miedos
y los hace volar por los aires, como cuando no temíamos a nada?
Por mucho que el mundo progrese hay creencias
que se pegan como lapas a la roca de lo de siempre.
Espero que sienta las ganas de volver a ese lugar,
y que el azar quiera que esté, y nos fundamos en un crisol
de música ligera y después flamenco, como ayer.

Via maris

Hace mucho que no veo el mar...

Hubo un tiempo en mi vida que era pan de cada día ?cada día de verano.

Empezaba temporada con la piscina del barrio donde vivía ?como sabes, cerca del estadio del Betis?, y es que los niños por la tarde, en esos largos días de junio, cuando ya habían terminado el año lectivo, no tenían otra cosa mejor que chapotear hasta el cansancio, cenar después de arrancarlos del agua y que se acostaran como angelitos, toda la noche.

Cuando rayaban las postrimerías de julio llenábamos el coche de trastos camino a Huelva; la abuela Isabel esperaba con la ansiedad de unos brazos abiertos y apretarlos hasta el ahogo.

Agosto era un incesante ir y volver a una playa próxima a Punta Umbría ?hablo de los últimos cinco años porque antes íbamos a Mazagón, donde esperaba una amiga de Ana, también con los brazos abiertos, aunque no tanto como la abuela. Sí es verdad que a ratos disfrutaba de la generosidad que la naturaleza mostraba con ese infinito y ruidoso oleaje, sobre todo en aquel espacio decadente de las tres de la tarde cuando comía, mirando al mar, al fondo del mar y sus rayas inalcanzables.

Con tres niños era de esperar que la playa no fuera todo el rato un lugar de esparcimiento para mí. Debía trabajar para mantener a los niños bajo custodia, que no fueran sorprendidos de repente por cualquier criatura marina con pretensiones no convenientes, algún leviatán de estos que saltan cual escaramuza berberisca para desaparecer bajo la invisibilidad de unas aguas tranquilas pero negras, y para siempre no tener noticia.

Me viene ahora un momento de esos que tocaban el atardecer, cuando el sol iba despidiéndose con la lentitud de mi molicie, rojo, casi sangrante, y que teñía de un aire entrañable tanto el trozo de playa donde sentamos plaza como el chiringuito que blanco ibicenco se alzaba cerca y que era tan bonito, tan de alto standing en esos lares, que apetecía comer todos los días, cenar, seguir después copeando sobre sus mesas blancas aderezadas de un aire tan de verano, tan mediterráneo, que inconsciente tocaba mi acaso remota esencia fenicia, farisea quizás..., sí me tocaba el alma, y también su música a juego.

Ahora, de mañana, en el día que cronológicamente comienza un verano ya harto de serlo a estas alturas, me acuerdo de todo esto, pero me acuerdo sanamente, sin acritud ?como diría Felipe González?, como también me acordé de aquel día en el río Piedras, y que ya relaté hace tiempo.

Lo que dan de sí unas gafas...

Las gafas te dan un aire...
quizá más interesante.
?es solo una sensación.

Sabes que me gustan las gafas.
Las gafas son como andas,
como aquellos artilugios que inventaran
en el medievo para llevar sin pisar la tierra
a aquellos que debían volar, por su condición.
Son como un arado, un arado cerrado
en su ventana por un vidrio que procura vista,
un rastrillo con patas que no arranca la mala
hierba, solo la acaricia ?me vuelves loco.
No te las pongas todavía, espera que me tome
el café para poder colocar sobre tu montura
toda la atención que cabe en mis sentidos.
Póntelas ahora, esas que de rojo tiñe su carcasa,
esas que parecen las que los aviadores de antaño
?esos de las películas segundoguerristas? lucían
para enardecer los ánimos femeninos y no tanto.
Échate para atrás el pelo, ese pelo negro ensortijado
que se desvanece en ondas sobre tus hombros,
dibujando la lascivia y edulcorando tus labios,
que se te vean las gafas con toda rotundidad,
sin cabello alrededor que no deje ver el bosque.
Póntelas, y quítatelas como burlándote. Juega conmigo,
con mis fibras y mis vísceras que van siendo tuyas

a la velocidad de este suspiro que no deja de escaparse.
Trota lenta para tomar impulso y desbocarte.
Deja que Afrodita se apiade de ti y tome tus riendas.
Me voy dejando llevar como aquel niño
que se agarró de la cuerda de un globo
y del que no se sabe su paradero, allá a lo alto.
No pare tu seísmo, me siento suelo que recibe el azote
de un terremoto japonés y que cimbrea, sin probabilidad.
Rompe la cama si quieres ?compramos otra? pero no te quites las gafas,
porque si te las quitaras toda esta magia se desvanecería
como azucarillo en taza hirviendo, y me quemaría el alma.
Déjame aquí, en el cielo, atado como mono a un trapecio
de esta tenue cuerda, de un globo que hinchado asciende
a los confines desconocidos de la lujuria.

La sinfonía de los adioses.

Decir adiós, esa es la cuestión.

Yo no sé decir adiós ?elimino el yo

porque dicen que es sinónimo de egoísmo.

Entiendo, después de dedicar mis ratos libres al pensamiento ?sobre todo las dos horas posteriores al trabajo, andando por Sevilla, soltando la cabeza?, que vivir es aprender a decir adiós, y hay está la clave de la eudaimonía de la que hablara Aristóteles o, dicho en cristiano, el bien vivir, al que todos aspiramos aún sin darnos cuenta.

Te recomiendo que escuches, y veas ?porque la gracia está en verla? la sinfonía susodicha de Haydn, el que dicen que fue el maestro de Beethoven, porque es un epítome de la misma vida, entender cómo fluyen los acontecimientos es vital, y la aceptación es la madre de todas las ciencias, de todas las filosofías y sectas que se puedan inventar.

Creo ?como ves soy coherente en esta ocasión con lo que dije arriba? que dejar fluir es primordial porque somos ante todo energía, una energía que busca y necesita la química de otra afín con la que fundirse, emulsionar y formar otras químicas que a su vez buscarán otras y así per sécula seculórum, y a fin de cuentas el cuerpo es un crisol, una garrafa que contiene el vino que nos contiene, que se va macerando poco a poco al conjuro de la oscuridad de una portentosa bodega de experiencias, y con la levadura sobrenadando venturas y desventuras, alegrías y menos alegrías, posibilidades ?amo la posibilidad, me gusta lanzarme al vacío porque soy aire, y el aire, aunque caiga al suelo, no se hace daño nunca y por eso vuelve a remontarse y a ocupar su espacio, libre, sin horizontes que le impidan ver?, torrenteras que se precipitan a un abismo de deseo, la vida es eso, es riesgo y hondonada, es que las cartas que guardas en la manga sean utilizadas en el momento justo; solo eso y un extenso tratado de buenas prácticas y geniales locuras.

Volviendo a Haydn, quiero llamar la atención sobre el silencio. Si ves el transcurso del vídeo que busques en youtube sobre esta sinfonía verás que la sucesiva ausencia de los músicos, el jocoso mutis por el foro que se sucede hasta que la música se torna ya imposible, se realiza en silencio bajo la fingida indiferencia del director, que se limita a lamentar y a resignarse, y ese silencio es una réplica del que caracteriza el desfile incesante y continuo que presenciamos y sobre el que no tenemos poder siquiera para ponernos delante e interrumpir su cadencia.

Solo sé una manera

de aferrarse a un tronco

al borde del río

para no ser arrastrado

por la rabia incontenible
del paso del tiempo.
Esa manera es el ahora.
Ese tronco firme y seguro
es el ahora, esa transcendencia
se antepone a lo efímero,
está inscrita en cada uno de los círculos
de ese excelso tronco, grueso y arraigado,
anclado a la férrea materia del borde
de la arena, a tope de ramajos y alimañas.
El soto dibuja el contorno del cauce,
donde tiene casa y cabida ese tronco
y su firmeza, y la mía, y mi eternidad
de un segundo, mas eternidad al fin y al cabo.

Estoy loco.

En vieillissant on devient plus fou et plus sage.

?La Rochefoucauld?.

Eso creo que me pasa a mí.

Es difícil escribir cuando el corazón

se va llenando poco a poco, pero constante,

cuando la sangre parece que no llega,

o llega en demasía, en plétora.

Mi misión ?lo digo en primera persona porque queda más poético?

es saber qué pulula dentro y no veo.

Es verdad ?sé que abuso de la raya, porque me gusta, me copié de Emily Dickinson nada más leer sus primeros poemas? que últimamente me da por escribir sobre la psique. Ten en cuenta ?utilizo la segunda persona del singular porque es más directa que la del plural? que voy escribiendo según las notas que me aparecen en mi vademécum, y es verdad que tengo una inconsciente, y ya consciente, predilección por los temas anímicos. Espero y deseo que pronto me vengan notas de otros temas...

Envejecer es conocerse, o conocerse es envejecer.

Soy como un arbolillo que nace,

que necesita un rigodón ?se llama de otra forma, pero no la encuentro en Google?,

un palo enhiesto y fiable al que abrazarse

para que los vientos no le venzan y encorven.

Soy ese arbolillo, que va engordando

acumulando anillos y savia,

que va subiendo a las nubes

para descubrir qué se ve desde tan alto.

Miro hacia abajo y no tengo vértigo.

Mi altura equivale ya a varios pisos

y sigo sintiendo la semilla que me dio ser.

Cuanto más subo más soy capaz

de ver, de entender, y más vivo en calma.

Es hora de recogerme, de entrar en mi parénquima

leñoso y analizar pormenorizado en qué consisto.

Paladeo una pizca de mi savia, a ver qué tal sabe.

Se me ha quedado en la punta de la lengua

un dulzor que me lleva a la infancia,

a esos dulzores del recreo del colegio, del donuts,

del pastelito de la pantera rosa y del paquete de patatas.

Recuerdo cómo en fila procesionábamos hasta el recreo

?recreo por el que a veces paso, en mis incansables caminatas después del trabajo.

La pista de baloncesto de este patio sigue siendo la misma. Recuerdo que jugaba al fútbol ?el baloncesto lo descubrí más tarde? con una pelota de golf blanca con un ribete azul, más dura que el pan de ayer, y se me pasaba el tiempo como azucarillo en café hirviendo.

Desde que nací ?diría yo? estoy avecindado con la locura. MIs hermanos me llamaban loco, cariñosamente supongo, por mis excentricidades, más de boca que de hechos. Por fortuna esa "imaginación" sigue viviendo en mí con toda la fuerza de un volcán, y es la fuente de la que mana mi esencia, todo lo que creo que en mí merece la pena.

Volvamos al árbol:

Me quedé en que me replegué hacia dentro para saber en qué consisto.

Mis nudos y desenlaces,

mis yemas, mis defectos,

los estudio, los quiero,

acabo amándolos profundamente.

Siento y acabo comprendiendo

la belleza de lo imperfecto

y la necesidad del otro,

de otros árboles que me lleven en volandas,

que me den un punto de apoyo con que mover el mundo.

Un pensar que soy una extensión

de algo más grande, a lo que pertenezco

y que me lleva, soy aire ?lo digo hasta la saciedad, soy un pesado...?

y no tengo forma, sí tengo aquella en la que entro,

recipiente ajeno, continente que es el otro.

Lo dejo aquí porque me está quedando muy largo, y soy el primero que cuando os leo y es

demasiado largo, aunque me guste lo acabo dejando.

Naufragando un poco...

Novena ola.

?Iván Aivazovski, 1850.

Primero, fijémonos en el cielo. Parece que está atardeciendo, a juzgar por el naranja terroso de un sol que va exhalando sus últimos estertores ?me llama la atención el claro que se advierte en la esquina superior izquierda, de un gris ceniciento, que parece indicar que la noche se va dando ya cita. Dejemos el cielo de momento y fijémonos ahora en el plato fuerte: el mar.

Aunque observo algún esporádico gris ?supongo reflejo de la incipiente noche?, me detengo en el predominante verde que tiñe las aguas, un verde que parece más de río que de mar, un verde botella de vino, un verde tan cálido que invita al náufrago a sumergirse de por vida en la profundidad que detrás aguarda, un verde clareado por un sol que se niega en rotundo a abandonar el espectáculo al que asiste, y un verde que rodea al bote como a modo de abrazo, como queriendo engullirlo pero a la vez compadecer el sufrimiento que empaña los rostros de unos hombres muriendo de supervivencia.

Apenas se le da protagonismo a la figura humana, casi imperceptible en el extenso del cuadro, y que, a mi modo de ver, cumple un papel meramente testimonial. Diría que el pintor quiere destacar la fuerza incontenible de la Naturaleza frente a las ínfulas del ser humano, que se atreve en un hybris absurdo a plantarle cara.

El título de "Novena Ola" alude ?según Wikipedia? a que en una tempestad es esa la que firma la sentencia de muerte, y es ese momento el que plasma con metáfora marina y maestría de pintor avezado y talentoso; y añadiría que el acento mortal lo apunta y confirma la débil consistencia del bote, a las claras insuficiente para contener tal bravura y energía destructoras.

Os dejo la ilustración arriba para que podáis deleitaros en su exultante belleza ?contiene una carga emocional tan sobrecogedora que por un momento estaréis debatiéndoos entre la vida y la muerte.

Pentesilea

Tarde me di cuenta.
Ya era tarde, la sangre
hacía acto de presencia.
El borboteo era incesante,
la clámide blanca bajaba de tus muslos
como torrente fiero, arrastrando
tras de sí todas las posibilidades.
Te penetré profundo, con alevosía,
la noche me amparaba cómplice.
Aproveché tu séptimo sueño
para ?prendiendo enérgico el puñal?
henderlo entero entre tus senos...
Antes de que el hierro tocara hueso
fui consciente, el amor me quemaba por dentro,
no debí darte muerte por que te amaba con locura,
pero fue más fuerte el rencor, el saberte desleal,
el haberte ofrecido tierra a otra semilla, más joven,
más verde, con toda la probabilidad por delante
para devenir árbol frondoso, para ser mejor que yo.
Soy Aquiles ?nada más y nada menos?
y no puede concebirse un ser superior a mí,
más deseable, más encantador, no es posible...
Por muchos que sean los años que me cuencan la espalda
la leyenda me precede, soy presente continuo, y siempre
seré el guerrero de los guerreros en Troya ?decidí no ir,
quedarme en el gineceo al calor de un cariño cierto,
me sustraje a cualquier fama, a cualquier prestigio,
a cambio de morir joven, no quise, me enamoré de ti.
Si me hubiera dado por ir al oráculo

y preguntar qué sería de mí al renunciar a mi divino destino,
habría ido a Troya, a morir y salir con letras de oro en los libros.
Tuve que matarte, aún rebosándome el amor por todos los poros.
Fue una cuestión de honor; tú no lo entenderías...

Giorgina

Giorgina Hübner.
cuando Facebook era una entelequia...

Me llegó por carta.
Decía llamarse Giorgina
y a juzgar por la delicadeza de sus palabras,
por el trato amable y considerado, diría
que era una mujer de alta alcurnia.
Parecía leerme mucho, en demasía diría.
Parecía conocerse todos mis recovecos
como escritor, y su afición a mí me conmovía.
Zenobia nunca supo nada, de saberlo habría sido
foco de inquietud y desasosiego. En Cuba
la quietud es la madre y nada, por muy llamativo
que fuese, debía perturbar sus cimientos.
Era insistente, diría; las cartas se sucedían
del orden de cuatro a la semana; eran muchas.
En cada una de ellas me ponía al tanto
de sus lecturas, de sus impresiones para con ellas,
de sus indagaciones filológicas y psicológicas
?a veces me sentí que estaba frente a ella,
tendido en un diván? y acababa siempre con una frase:
Te admiro, te quiero tanto...
En la frecuente soledad de mi alcoba pensaba,
me hacía cábalas falsas con lo que pudiera ser
y no sería, mi corazón estaba cerrado con llave
a cualquier asedio, odisea, solo era de Zenobia.
No obstante me sentía halagado ?ya se sabe

el proverbial narcisismo de los poetas? y me dejaba
imaginar, pensándola, dándole rostro, dándole brazos,
piernas, manos, hombros..., dándole todo lo dable.
Un día cesó de repente. Las cartas, es verdad, se hacían
más ralas últimamente en lo que a la frecuencia atañe.
Parecía que ella se cansaba de tanta tensión amorosa
no satisfecha, y su corazón pareció claudicar, cansado.
Fue un día de agosto; bajo la higuera de la casa
que ostento en Moguer sentí un crujir repentino.
No supe qué pensar, fue un aldabonazo del destino
quizás, o simplemente un temor hecho carne.
El caso es que cesó; esa inyección de adrenalina
que me mantenía vivo, despierto, cesó de repente.
Me sentí solo, oscuro, y el azul del dios
que se asomaba cada día tras aquella nube
dejó de serlo; se tornó gris ceniciento.

La lectura cura...

El carlismo se quita leyendo.
?Pío Baroja.

Dicen que no viajar cierra la mente,
aunque hay muchas formas de viajar,
no necesariamente física.

Me asomo a la ventana,
sin postigos ni alféizar,
miro sin mirar, vuelo
con la sola voluntad de volar.
Me imagino mundos que no veo
porque carecen de sustento, materia.
Me asomo y miro arriba,
las nubes son de algodón dulce,
agarro del cabo un palo largo,
las pincho?no llueve? y las atraigo
a la boca. Poco a poco el azúcar
va invadiendo papilas, paredes y cielos.
Muy a lo lejos veo montañas ¿O son
formas que la nubosidad matutina
dibuja, y a mí me lleva a ellas?
Pienso en quienes habitan esas cumbres,
sus casas erguidas sobre un adobe
incierto, hecho de bruma y tiempo,

rodeadas de un paisaje solo al alcance
de sus ojos, y dándolo por común,
como herido por la costumbre
y su tábula rasa.
Me asomo a la ventana ?esta vez
a la que está al lado, la de ribeteado
azul violeta, como el dios de Juan Ramón?
y miró hacia el otro extremo ?creo que antes miré
hacia la derecha ¿O fue hacia arriba?
En mirando, mirando, y fijando los ojos
a la nada, empiezo a imaginar, otro viaje.
Dejo la mente suelta, esperando a ver dónde
me lleva. El reloj de pared del salón da las campanadas
de las diez y veinte minutos de la mañana ?qué raro,
nunca antes el gallo salió a esta hora.
Me acuerdo como por ensalmo
de que me falta alguna provisión
en el frigorífico; me visto y voy al colmado
de la esquina, interrumpo el viaje en este punto
para reanudarlo cuando la calma tome de nuevo
el timón. Recojo amarras y dejó en buen puerto
mi barco, blanco, con velas de lino y esperanza.
Cierro el libro...

Madrid, me marcho.

Madrid, Madrid,

¡qué bien tu nombre suena,

rompeolas de todas las Españas!

La tierra se desgarra, el cielo truena,

tú sonríes con plomo en las entrañas.

?Antonio Machado, otro ilustre paisano, inolvidable...

León Felipe y Alberti me intentaron convencer de dejar la capital, de ponerme junto a mi familia a cubierto de tanta bomba y tanto casquillo suelto, tanto escombro...

Mi madre, eterna musa, estaba de acuerdo, yo no tanto. Mi futuro en Valencia incierto; un profesor cualquiera de primaria, que imparte francés, que aspira a lo socrático y las nubes.

No sé..., tendría que pensarlo de nuevo, la oferta y la insistencia de los amigos tentadoras, sin duda; mi espíritu, ya viejo, bien entrado en los sesenta, me clava al suelo que piso.

No sé.

Para qué emprender nuevas lides

?la parca me espera en esa esquina.

Para que trazar rectas y semirrectas,

y crear nuevas geometrías, si la parca

está cerca: Allí entreveo su guadaña.

Para qué liar de nuevo los bártulos

?acabo, como quien dice, de migrar

de la Castilla profunda a la profana?

si el punto y final me espera al término

de esta frase. Para qué eludir narrativas,

para qué reescribir una historia que se acaba.

Mi madre parece más viva que yo mismo,

a sus ochenta cumplidos; sueña con Paris

y sus molinos, sus cancanes y fiestas.

Yo, ya siento ?mi proverbial intuición

me lo canta bajito al oído cada día? las notas

de mi canción desfallecer, el allegro de Soria
y Leonor quedó en un adagio quedo y moribundo.
El bombardeo va engrandeciendo el silencio
de mis palabras, la metralla es cada vez más imperante
y su solfeo inapelable, inexorable ?debo ocultarme
si quiero no ser pasto de aplastamiento...
Mañana ?no por mí, voy levantarme y poner
a buen recaudo a mi madre, que quiere vivir todavía.
Su vitalidad me empuja, y la de mis hermanos pequeños.
Por ellos, no por mí, emprendo camino a lo incierto,
a Francia, al Folies Bergère y sus aledaños de alegría.
Madrid, querida, te dejo, me marcho, me tengo que marchar...

Hojarasca

El buen médico sabe
que la mayoría de las medicinas
son inútiles.
?B. Franklin.

Siempre es temprano
cuando lo veo vagar entre los chopos.
Desde muy temprano, rozando el alba,
mochila al hombro, navega dentro.
Oigo el chasquido incesante de sus pasos
contra la hojarasca recién caída.
Va como recogido en sí mismo, pensando.
Mira pero no ve lo que tiene en frente,
parece como si sus ojos se depositasen
sobre una realidad de la que él solo
puede dar cuenta, ensimismado, quedo.
Dicen las malas lenguas del pueblo
que su razón se fue ya hace tiempo
por un amor, un amor que le dejó marca.
Dicen que era una chica rubia, menuda,
de ojos castaños, y con un calor dentro
que quemaba a cualquiera que quisiera
tocarla. Era puro fuego, y acabó ardido.
Rozando el alba, surcando caminos
entre los chopos, el frío ambiente
se dejaba espesar de escarcha blanca,
el témpano presente sobre algún ramaje,
las hojas se iban despidiendo de su verde
primigenio ?ya iba siendo octubre.

¡Ahí va! Cabeza arriba, como empujado
por una fuerza que le entrara directa
del chopaje ambiente ¿Qué piensa?
¿Qué siente? ¿Qué arde por debajo
de esa piel castaña que apenas luce?
¿Adónde va? ¿Qué o quién le espera
detrás de tanta caminata sin rumbo?
Algún día me atreveré a cruzarme
en su camino y hacerle estas preguntas.
Espero que en ese momento me mire
a los ojos, me insufle de esa luz
que de seguro le brota por entre las pupilas
y me cuente sus entresijos, sus quiebros
y requiebros, todo aquel impulso
que lo empuja a una nada maravillosa
y delicuescente, inédita y entredicha.
Espero que ese día llegue y que la voluntad
me acompañe, y el atrevimiento
insolente de interponerme en su camino.

Ariadna abandonada

Ariadna abandonada por Teseo.

¡Dónde estás Teseo! ¿Has ido a por leña?
¿Dónde estás que no te veo?¿Espero a que vengas
o voy a buscarte? La aurora está subiendo sonrosada.
No hay nadie cerca, no sé qué isla es esta
y ni siquiera estoy segura si es isla o tierra firme.
¡Estás tardando vida mía! Las horas pasan
y no veo tu silueta recortada en el horizonte.
Miro ora a un lado, ora a otro y no apareces.
Mi lecho se está secando de tu ausencia,
tu calor se me va perdiendo, y tu olor se me olvida.
Me parece que te veo venir, sí, allá a lo lejos;
pareces montado a caballo a paso lento, te acercas,
me sube el color a la cara, los labios se me estiran
llenándose de vida ?vuelvo a sentirme bien.
Voy a ponerme guapa para recibirte; cogeremos
pronto la nave para volver a Grecia y vivir juntos.
Cuando lleguemos a Atenas seremos uno, juntos
siempre, inseparables en el lecho, pegados al sexo.
No me digas que necesitas tiempo, tu tiempo.
¿Qué te pasa, no te gusto?¿Qué necesitas pensar?
¿Qué mujer te ha hecho daño?¿Tienes miedo
de enamorarte y que yo me vaya cansada de ti?
¿Me quieres ahora?¿Te gustaría hacer el amor
conmigo, sentirme, ahora? Vive el ahora, el momento.
La vida cambia, y el error está en no vivir lo que te ofrece
la vida en cada momento ?si el amor se quiebra

siempre quedará el afecto, las ganas de que nos pase
lo mejor y de desear lo mejor para el otro.
Tardas en llegar, el caballo cabalga lento.
Me mata la espera, el tiempo se me escurre entre los dedos
como arena de duna, no llegas, no estás más cerca.
Lloro como cántaro roto. Se me hunden los ojos
como el sol cuando baja la tarde...
Me voy a sentar en esta piedra por que temo desfallecer.

Paco José González

A ti Paco.

Me faltó conocerte siendo de mi ciudad.

¿Te vi alguna vez por alguna calle y no supe

si eras tú? Es posible, seguramente.

Recuerdo que hace años, cuando frecuentaba una asociación de escritores

te quise hacer coincidir allí, pero no entraste al trapo de mi cita.

Ahora ya es tarde. Te notaba triste en tus escritos, realmente triste, pero no le di la importancia que parece que tenía. Pensaba que eran penas de amores o crisis existenciales que supongo que todos hemos tenido alguna vez en la vida ?si hemos vivido?, pero las raíces de esa pena eran profundas, por lo visto, y debían estar horadando poco a poco pero insistente las telas del alma, hasta rasgarlas de luto y final.

Me quedé con las ganas de verte en persona, al menos. Eras joven, supongo después del desenlace que debías de ser como ese árbol que se adivina frondoso y fuerte a la vista de la corteza y las ramas, pero que encierra un mal que solamente sabe brotar cuando impera su dominio destructor.

Nos quedamos huérfanos todos los poetas del alma de tu talento andaluz, de tu analítica manera de mirar las profundidades, a las cuales creemos llegar pero que la vida una y otra vez nos enseña que no, que todavía quedan metros de oscuridad por debajo.

En la foto de tu perfil, que no aprecio con claridad, quiero ver a un cuñado mío, se parece mucho a ti jajaj. Estoy buscándote en la red y he localizado una foto en la que te puedo ver mejor, aunque apareces mirando hacia bajo, propio, deduzco, de una introversión que te llevó a la escritura, como supongo que en mayor o menor medida a todos.

Espero y deseo que en esta mudanza, este sitio en el que vas a vivir a partir de ahora, halles el sosiego que no alcanzaste en el más acá.

P.D. Por favor, no dejes de escribir allá donde estés. Te seguiré leyendo, y seguirás formando parte de mi lista de amigos.

Mirra

La mirra como componente fundamental para embalsamar a los faraones. Las lágrimas de mirra y el mito de mirra o de Smirna, princesa que se convierte en el árbol de la mirra, Baltasar como el portador de la mirra porque procedía de Djibuti y del Cuerno de África. Mirra viene del árabe amargo. Usada en cosmética y en infecciones de la boca, la almáciga. Covarrubias la define como aperitivo. La miera es la resina de la Colofonia, pino, que se utiliza en la humidifación de las cuerdas de violines y otros.

?Esta es la nota que tomé y de la que parto en esto.

Voy a ver qué me sale...

Me tuve que convertir en árbol,
huir de él, de su continuo acoso,
de su sinvivir constante de quererme,
de estar a mi lado como lapa marina.
Tuve que huir, lo quería y lo quiero
pero la vida sigue, tengo mis asuntos,
mi casa tiene que ser atendida,
los mensajeros me llegan con paquetes
de otros confines, las cartas del banco
hay que atenderlas con pecunio,
debo trabajar para dar sustento
a tanto pábulo que es necesario.
No puedo circunscribirme a tu amor,
no me diste otra opción que convertirme
en mirra. Tu hijo es de una hermosura...
Se parece a ti hasta en los andares,
tiene tu misma espesura de piel, tu mirada.

Sé que padeces una especie de adicción,
que tu piel se ha quedado prendada,
como cosida a mi epidermis y no hay treta
para desasirla, como un glutinoso afer.
Me buscas pero no puedes hallarme
porque nunca caerás en que soy ese árbol,
ese que está a la entrada del patio, desesperado.
Por favor, atiende la casa y los asuntos
como lo habría hecho yo; cuida de mi niño
que es tuyo y que crezca, frondoso, bello...
Me gustaría hasta el tuétano ser carne de cama,
estar desnuda a tu merced y que hicieras de mí
un guiñapo si así lo decidieses; que de tanto
hacer el amor mis labios se marchitaran cual rosa
que se abandona al alba, sin espinas.
Que mi sexo sea un bebedero inagotable,
una fuente de Castalia de agua cristalina
y cascada interminable ?pero no tengo todo el tiempo
que eso necesita.
No sabes cómo me gustaría desvanecerme, desligarme
de todas las cadenas y grilletes que me atan al mundo,
ser viento irresponsable que no ve más que el placer
y gritar no importa nada, nada más que tú ?pero no puedo.
De todas formas te digo que en breve tengo un espacio.
He dispuesto sábanas y mesa para que estemos juntos,
uno al lado del otro, mirándonos, preguntándonos
si nos apetece alimentarnos del árbol de la vida
para que no nos falte de nada y brillar, disolvernos en uno.
Espérame, te mandaré un mensaje para que sepas
que estoy preparada. No traigas flores, ya las tengo abiertas.

Isaías

Dejad de confiar en el hombre
que tiene el respiro en la nariz,
¿Qué vale?
? Dijo Isaías.

También dijo Isaías que Judá tiene un cáncer
y hay que curarlo.

Esos hombres que andan sobre la tierra,
esos hombres que temen levantar
la mirada, no sea que el sol les dañe,
esos hombres que, frente al ciento volando
prefieren uno en mano, sí, esos hombres.
Yo me reconozco entre ellos
aunque a decir verdad a veces me dejo volar,
flexiono las rodillas un día de sol claro
y nubes tibias, y salto, vuelo y hablo con los pájaros.
Soy de esos que ven los molinos a lo lejos
y asumen que son molinos, pero con el otro ojo,
el del chacra frontal, ilusionan gigantes y acto seguido
se encasquetan la bacía de barbero, brillante de oro,
se enristran la lanza y alzan el trasero en señal
de aventura, aqueja con el estribo a su rocinante de turno
y se estampa contra el aspa que le toca en suerte,
rotando por unos instantes como en noria de feria
y cayendo a la grama con los huesos molidos.
Parece que el profeta veneraba al hombre ideal,
a ese que se monta en quimeras y desprecia
lo que la vida le pone a su paso por alcanzar el sol
y despreciar por tanto lo más valioso, el amor verdadero,

ese amor que la vida ?que siempre te trae lo que necesitas?
te pone a tu paso para que bebas y comas, te alimentes
para provisión y pitanza necesaria para tanto camino delante.
Tengo ese hombre dentro, pero estoy sabiendo postergarlo.
Tengo un Quijote que me vanagloria tenerlo pero sé
incompatible con una circunstancia que exige hechos y materia.
Soy acuario, y el acuariano dicen que gusta de idealidades,
de soñar pero volviendo a tierra para dormir, y volver a soñar
cuando repone las fuerzas. He aprendido a ver el bosque
detrás de las filas y filas de árboles que laterales adornan
el camino y proveen sombra refrescante.
Voy a pararme en este risco a descansar... Oigo un ruiseñor cerca.

Mata Mua

Fue Goguin quien le cortó la oreja a Vangogh en una de sus muchas discusiones. Llegaron a un acuerdo con la historia de exculparlo y apuntar una automutilación. Dicen con una espada. Acabó harto de Vangogh, de Arlés, de no vender cuadros y se fue a Taití. Empezó a pintar a los casi cuarenta años después de fracasar en el mundo financiero. Abandona su familia porque cree que Taití es un paraíso que no se puede perder. Leyó una novela donde se recreaba esta isla. Vivió en una choza, en medio de un bosque en el interior de la Isla. Dejó embarazada a una niña de trece años en Taití. Se da cuenta que la isla no es el paraíso romántico que leyó y se decepciona tanto que huye de la realidad en sus cuadros y pinta su mundo interior, imaginado, ideal. Hizo dos viajes a Taití, volvió a París y quiso explotar ese universo descubierto pero no pudo ser, tuvo que volver a huir. Volvió enfermo de sífilis y muere en 1903. Muere en su choza de las Islas Marquesas. Murió contemplando una foto de su Bretaña francesa, confirmando su decepción incluso del paraíso soñado, porque veía ya las huellas de la colonización, no era un espacio virgen como él quería. La choza de las Islas Marquesas fue la última, la segunda, la primera fue la del corazón de Tahiti.

?Notas que tomé viendo un vídeo. Digo notas y no nota porque es un acúmulo de apuntes mientras lo veía y escuchaba?.

Parece que es un trozo agreste de la isla, las montañas del fondo, de un imposible azul añil y morado, parecen dialogar sobre sus asuntos, de cómo va el día y de cómo soportan la teluria tremolante que late por sus venas y que nace muy adentro, en las raíces programáticas de la propia isla. En primer plano, de un vestido mutuo blanco, sensual y resaltante de su morenez de piel, se adelanta una relajada sentada, a modo de picnic sin viandas, que trasluce, aunque sea por imaginación, una conversación cuyas muecas no existen, solo advierto una mirada a los ojos de una y una mirada hacia abajo de la otra como expresando vergüenza o arrepentimiento. Delante, incluso, una aparente guirnalda blanca que parece nacida natural de la tierra, y que orla el cuadro que las chicas forjan. A la izquierda, en el centro neurálgico del lienzo, un árbol también imposible por el azul de su corteza, que se pierde hacia arriba como plasmando unos puntos suspensivos. Detrás una escena a mi entender religiosa ?debo considerarlo así por la presencia de un supuesto tótem, receptor del ritual que parece pergeñarse, y a los pies una suerte de charco de vino, de una grama tampoco posible, que me hace pensar en que la celebración debe regarse para que la magia que sigue a la alucinación tenga lugar. Finalmente, delante de las montañas, se alzan unos árboles de esos que no dejan ver el subsiguiente bosque, de un amarillo y un verde característicos del artista.

Así es la muerte

Me vino la muerte a ver, la cogí de las solapas
y le dije que se fuera a menos que quisiera que
le diera muerte en ese momento.

José Hierro.

Estoy de bajón.
Siempre me han dicho, y lo sé,
que la muerte es el contrapunto.
Es como los escaques de un tablero
de ajedrez, cuya sucesión blanquinegra
entraña vida y muerte; vida por el blanco,
muerte por el negro ¿ Y por qué no al revés?
La muerte es un personaje,
es tan cotidiana, tan de andar por casa
que el arte no hace más que representarla
antropomórficamente, bien sea una vieja
bruja con tijeras afiladas, bien sea esqueleto
o calavera con una inscripción al pie que reza:
"Memento mori", recordando la necesidad
de vivir, del carpe diem, de desterrar y destetar
todo aquello que entraña dolor, sufrimiento.
La muerte es un sueño, un imago que a propósito
de una cabezada profunda surge de las entrañas.
Un giro segismundiano, porque la vida también lo es,
un Hamlet en una mano y una recitación sentida
en la otra burlándose de disquisiciones filosóficas
muy en boga en la época pero que a nadie importan.

Es la muerte a veces un espejismo ?como este
que pergeño de costumbre y que consiste en dar
apariencia de poema a aquello que ni por asomo
la tiene; se trata de jugar al despiste en definitiva.
Es también un óbice necesario para que la vida
disfrute de su extenso y exuberante asentamiento,
de una presencia inconcebible en un planeta
tan insignificante en el orbe universal y circundante,
cuyo verdazul es varita mágica de un dios que no existe.
Mi querido José Hierro, tan ufano de encarar a los ojos
la terrible faz de la muerte, tuvo que rendirse a sus pies,
doblegar al suelo sus armas de caballero y rendirle
satánica pleitesía, no sin antes librar contra ella
y sus parcas la más cruenta de las batallas.
Así es la muerte, una vida vestida de negro.

Carezco tanto...

Son mis carencias las que filosofan.
Necesito mi filosofía como sostén,
tranquilizante, medicina, salvación,
exaltación, extrañamiento de sí.
?Nietzsche, Gaya Ciencia. Prefacio del autor.

Carezco,
carezco de lo más básico,
carezco de lo que carece
la tórtola cenicienta,
carezco de la pureza del blanco,
de la sensatez del que libre
anda hacia ninguna parte;
carezco, y sigo careciendo,
y seguiré, porque es tan profundo
el pozo que no hay agua que baste
a sus paredes, a sus aljibes y poleas.
Carezco
Soy un mar de dudas, sin olas
ni puestas de sol que se pierden
detrás de un horizonte incierto.
Soy un pájaro yerto, que yace eterno
sobre el helor ardiente de una acera,
soy cualquiera, un alguien que echado
al mundo debe alimentarse por instinto.
Sí, soy distinto, soy cisne contra pato
o quizás lo contrario, aunque pretendo
cisne por aquello de lo psicológico.
Soy un engendro antropológico
que se expone en la sala de la biblioteca

para ilustración del alumnado, carezco.
Anochezco tras la cortina de mi cuarto,
me dejo arrullar por mis pensamientos,
cierro los ojos al ritmo de un tantán
que repercute en el alma como caja de violín.
Soy la crónica de un fracaso anunciado,
soy tan carente que hasta la palabra
lleva mi foto en el diccionario, carezco.
P.D. Quien sea tan cándido de creerse
esta ficción le digo eso, que es ficción.
Mi realidad en el momento de escribir
esta composición es que he dejado
desvenarse un proyecto amoroso, solamente.

Es tiempo de silencio...

El orgullo campa a sus anchas.
?dicen las malas lenguas que el pavo real y el caballo
ostentan el liderazgo en esta materia?.

Se impone el silencio.
Ahora es momento de oír el latido del corazón,
de un corazón que late fuerte aún
pero que ha encarrilado un adagio decidido y voluminoso.
Debe imperar el silencio, ahora,
que callen las redes y los sermones bajen del púlpito.
Vamos a pronunciar un estruendoso réquiem
por algo que ha muerto, que acaba de morir.
Descanse en paz ?mejor requiescat in pace, que queda
más historicista. Un amor sube su paloma al cielo.
Veo con las lágrimas mejillas abajo
el amor ascendiendo al séptimo cielo
como un globo aerostático que pierde el timón.
Ahora debe reinar el silencio.
Miro su chat como la foto de un ser querido
que ha dejado la materialidad de este circo.
Miro su chat. Cuando la veo en línea
se me acelera el pulso, es una especie de mono.
Ha sido un mes intenso, de más sufrimiento
que de placer, y de mucha comunicación literal.
Ha sido un engancharse a un adminículo
que por costumbre ha estado discretamente in my life.
?Estoy mirando a la derecha, donde reposa el móvil,
y presenta una pantalla negra, baja en energía; mejor,
así no veo su chat y sigo mi cura desintoxicante viento

en popa. Acabo de mirar y ahora no está en línea.
Ayer fue el primer día que pasó sin escribirle
un mensaje siquiera de buenos días.
Es tiempo de silencio...
No es posible, lo he intentado hasta donde la conciencia
me ha permitido, incluso forzando sus aristas, pero no.
Estaba en plena faena de acomodamiento a sus premisas
cuando recibí un jarro de agua fría de su parte. Fue decisivo.
Cuando me armaba de valor para cabalgar contra ese molino
recibo una avalancha de mensajes incomprensibles.
Si atendiera mi corazón sería un suicidio, o peor aún,
prolongar una agonía que ya de por sí agonizaba.
Dejemos al silencio que cumpla su tarea exterminadora,
tábula rasa que con el paso del tiempo allana tempestades.
El qué será no lo sabe nadie, por fortuna, y nunca se sabe.
La magia de la vida está en preservar esa incertidumbre
y cuidarla hasta la saciedad, porque es en ella donde radica
la piedra filosofal de nuestro bien pasar por este mundo.
Esa incertidumbre que cual embocadura atrae la bola rodante
de nuestro existir diario ?me gustaría que el azar nos trajera
a un encuentro, o a dos o tres, y pudiéramos disfrutar
aunque fuese en la superficie lo que en las profundidades
de nuestras existencias no hubo lugar, porque nuestros mundos
son tan incompatibles como la causa tectónica de un seísmo,
de un mar que recibe una estruendosa acometida, un latigazo
producto de la colisión de dos placas que si pertenecieran
al mismo puzle estarían separadas en el cuadro resultante,
porque de otra manera el concierto de todas ellas no sería posible.
Dejémoslo estar ahora. Quién sabe mañana cual será el tiempo
que den en los telediarios.
Todo lo mejor para ti porque eres lo mejor, pero tu cerradura
y mi llave no se avienen ?y eso que he intentado limar la paleta,
las ranuras definitorias de su cauce, y hasta la caña trasera, y ni
por esas.
No llevo bien enamorarme, porque cuando lo hago me pasa
lo de los Panchos: Lo dejo todo, y tú me pides pausa, tiempo

de hacerte a la idea, tiempo para disponer tu cerradura
con el aceite adecuado y forma, para recibir mi llave.
Yo lo quiero todo ahora. Tengo las aguas que aguantan
el dique a punto de hacer aguas.

Se desenamoró a fuerza de mandoble.

Man Ray.
?objeto para ser destruido.

Fue una relación tanto tormentosa como intensa.
Lee Miller fue su víctima, o quizás su verduga.
La angustia por el sinvivir constante era tal
que para salir del marasmo, y un acceso de creatividad,
ideó un sistema desestresante, una manera artística
de liberar la ira y las pasiones que esta conllevaba
y cargar contra su efigie toda la cósmica energía
que contenían las palabras que no pudo decirle.
El metrónomo se proveía de una madera de andar por casa,
una de esas que se estilan en las cajas de fruta, y que por
deficientes ni siquiera dan cuenta a veces del peso de esta.
Artifició una especie de reloj vintage con su aguja oscilante
en el centro y pegó sobre su superficie algunas fotos de ella,
esas fotos que más se hundieron en su corazón
en los momentos de mayor algidez, en los que el amor
pugnaba por brotar con toda su caballería pesada.
Una vez conseguido el escenario performático adecuado,
una estética suficiente para ser destruida, se hace prender
de un hacha ?de esas de veinte ochavos? y sañudo la deja
caer sobre la obra de arte, procurándole un daño irreparable,
y aunque lo fuera no sería oportuno porque en eso consistía
la gracia de la peripecia.
En el mismo momento del primer impacto ?yo lo vi? volaron
aguja y tablilla adosada en dirección a su rostro sin hallar blanco ?
afortunadamente?, a lo que sucedió una sinfonía inacabada

de sucesivos hachazos e improperios a cada cual más exacerbado
?yo los oí? hasta quedar exhausto y lloroso, sin fuerzas ni ganas.
Después se echó a dormir en su jergón ?yo me acosté a su lado?
y se levantó de una reposición y restauración tan sorprendentes
que se fue ?para celebrarlo, yo fui con él? al Central Park a trotar;
volvió, se duchó, se fue a dar una vuelta aclaratoria, y comprobó
que a su mente no volvían los pensamientos de antaño,
que ofrecían su imagen en todo su esplendor y exuberancia
para tentación y recuerdo de sus genitales.
Así ella quedó desenamorada y ostentando el protagonismo
de todas las reseñas que se imprimieran a partir de entonces.

Solo Goya

Duquesa de Alba
vestida de negro.

Cielo de Andalucía
de un gris ceniza,
?de Sanlúcar se entiende?
refleja del mar sus balizas
frente a la casa de campo.
Goya, entretanto, es invitado
para pasar unos días, de descanso;
el amor, que callado tiembla,
le cosquillea el ombligo, y dice:
La Alba es mía, yo la pinto.
Sin saber el zaragozano
que era el principio de su fin,
la duquesa contrae fiebres,
amarillas, rojas, azules,
qué importa el color.
Paco, robusto de campo y jergón,
resiste el embate bacteriano
y no deja prender el morbo.
Cayetana, dejándose querer
y sabiendo de las inclinaciones
del pintor, le propone en silencio:
Paco, mi amor, píntame así,
con este vestido negro,
antesala de una muerte
que se anuncia y que tomará prensa
tres años más tarde.

Paco, deseoso y lúbrico,
coge los pinceles, adoba el lienzo,
dispone las paletas y le hace estar
durante dos horas en la posición
del cuadro ?de pie riguroso.
Viste de maja, con peineta luctuosa
y faja roja abrazando su cintura.
Ella no señala, pero para la posteridad
sale indicando la firma innovadora
del pintor ?ahí mostrando su genio.
Se dice que yacieron en la playa.
¿Quién sabe?
Dejémoslo volar al son de un viento
que fue brisa sanluqueña y vino fino.
¿Cómo pudo el maestro resistir
el tirón de su desnudez de maja?
No me imagino en su pellejo.

Superman

La Ciencia pone luz
dónde había oscuridad.
?está claro.

Franz tenía delirios de grandeza.
Perjudicado por las novelas de Verne se le fue la olla.
Completamente.
Por entonces la Ciencia estaba naciendo a su apoteosis.
El siglo xx fue exagerado en ese aspecto, se desbordaron
sobradamente todos los diques del conocimiento humano.
Franz tuvo una idea.
A lo Leonardo inventó un traje.
Pensó que sería posible volar sobre el cielo de París
sin granjearse rasguño alguno, toda una ilusión.
Se encasquetó el traje de Batman y se subió a un escabel.
Cuánta sería la inconsciencia en ese instante que al mirar
abajo ?con todo el vértigo que eso supone? no vivió
un atisbo siquiera de arrepentimiento. La proeza
merecía la pena, la vida...
Fue un cuatro de febrero, con un frío que pelaba,
cuando todo estaba dispuesto sobre el símbolo
de la ciudad, Sena abajo.
Dio el salto, agitó las manos a la máxima velocidad
que pudo y el traje no se hacía vela, era muy pesado.
A los pocos segundos, que fueron lustros, cayó
sobre el terrado de la calle causando un socavón
que incluso midieron los periodistas de turno.
La muerte no importó. En los albores de una guerra
como la que se avecinaba, donde la muerte era
pan nuestro de cada día, una vida más o menos

qué más daba.
La naturalidad con que se aceptan los hechos
es digna de mención, visto desde los ojos de hoy.

Vete tú a saber...

Tomas Mann escribió en sus diarios en 1950 que la pasión que no se puede satisfacer se convierte en el fundamento del ejercicio artístico. Era homosexual, su primer amor fue un chico del colegio. Amor reprimido en una sociedad profundamente protestante que de ser descubierto hubiérale condenado al ostracismo, de ahí que defendiera la castidad, teniendo en cuenta su extensa religiosidad. Le declaró su amor y se burló de él porque no compartía su homosexualidad.

?Notas tomadas de la conferencia de Rosa Sala en la fundación March sobre Tomas Mann.

No voy a ser yo quien diga que la homosexualidad es una puerta de entrada
al genio porque no soy especialista ?en nada afortunadamente lo soy?,
pero da la bendita casualidad de que una buena parte de los genios que todos
tenemos en mente fueron homosexuales.
Quizá no sea el aspecto biológico la madre del cordero sino la postración social
a la que se ven abocados por aquello de la marginación. Este aislamiento favorece
la introspección, el recogimiento, y como válvula de escape aparece la literatura,
el arte en general, en son de rescate, de pugna por hallar la necesaria calma.
El que no es homosexual ?como es mi caso? ha llegado a este edén por otro
camino, pero como en esto también como en todo todos los caminos llevan a Roma,
la condición sine qua non para llegar a la escritura es haber leído lo suficiente como
para darse cuenta de que se quiere imitar sus modelos y encontrarse en una circunstancia
vital propicia para replegarse sobre sí mismo y bucear.
Quizá la homosexualidad, como hecho biológico especial, atribuya a su poseedor
ciertas facultades que el que no lo es no disfruta, o no, vete tú a saber ?mientras
escribo me estoy tomando un tazón de cereales de maíz, y me estoy dando cuenta
de que como no le eche nata montada encima me sabe poco dulce (necesitaba decirlo).
Tomas Mann, como otros muchos en su época, optó por la represión y la apariencia,
aunque el verbo optar no es el más adecuado cuando no había otra opción.
Tuvo que aparentar una heterosexualidad que le atormentaba y valerse de la pasión
que acumulaba en sus adentros como fuente artística, sublimándola literariamente
y contorneando su estilo y talento sobre ese agujero negro tan inmenso.
Lo voy a dejar aquí porque tengo que irme a trabajar. Siento dejaros con la miel

en los labios y deseo que no me lo tengáis en cuenta en sucesivas entregas jajaj.
Total, quien quiera saber algo más de Tomas Mann tiene la red a su disposición.
Feliz día compis.

Tu rescoldo...

Como todo el que ha llevado alguna vez cadenas,
escucha por doquier su sonido.
?Nieztsche. Gaya Ciencia. Aforismo 32, el esclavo, versículo final.

Rescoldo.
Tus brasas siguen calentando mi hogar.
En esta mañana fría de invierno,
con la escarcha asomando a la ventana,
sigue tu calor, tu recuerdo, caldeando...
Cuando termino la faena cojo un libro,
me siento dentro de un sillón azul
y me pierdo entre las tinieblas.
Cojo en sueños mi bacía de barbero,
monto a lo lejos cuatro molinos de viento,
me subo de un salto a un caballo de cartón,
y ruedo, ruedo contra los brazos poderosos
de esos gigantes que me citan desafiantes.
La aventura que me ligó a ti fue intensa.
Fue intensa por lo difícil de vernos,
por el deseo insatisfecho, o medio satisfecho
?que para el caso es lo mismo? y fui Tántalo.
Fui Tántalo porque tenía la manzana
a mi alcance, a la altura de la boca, y cuando
hacía el gesto de aproximación se alejaba.
Eso mismo me pasaba contigo ?sentí
en carne propia lo que debió sentir él?,
y esa angustia se hizo carne en mi carne
y se ha quedado grabada a fuego forever.
Sí, fueron cadenas las tuyas, y de envergadura...

Hace un año que no te veo, por estas fechas,
pero tu fuego ?al menos tus brasas? siguen
abajo, en la sentina de mis recuerdos, calentando
este frío invierno, aquí, en medio de este bosque.
Donde estés, si es en el cielo también, te deseo
lo que no hallaste conmigo, un poco de paz.

No sé, no contesto...

El poeta es alguien que no sabe qué o por qué,
pero sabe cómo.
?Mario Obrero. Peachtree City.

Deleitar
Embelesar
con palabras.
Inventar un mundo
imaginario,
Inventado en base a
la conexión sinérgica
de una constelación de estrellas.
Un universo de glías y neuronas,
Un caos de permanente eclosión.
Todo mentira
¿O la verdad solo reside dentro?
?con esta pregunta dialogamos
con Platón ¿Te atreves?
La fuente está fuera
?ahora hablamos con Aristóteles?
y la cocina está bajo el cráneo
?ahora me meto con Descartes?
y los poetas solo son alfareros
de palabras, inventores de mundos
que si le diéramos crédito
nos estamparíamos contra molinos
de viento. No existen, solo en nuestro cielo.
El poeta no ha nacido para analizar,
escudriñar entre la maleza de lo incierto,
no. El poeta es un hacedor de quimeras.

No ?por eso que decía antes? pidan
cuentas a un poeta de lo que dice,
no se lo crean, solo vívanlo profundo.
Un poeta es una fuente que necesita soltar,
manar el agua que va acumulando
en sus veneros porque no da abasto
con tanta palabra, con tanto sentimiento
que no halla más salida que la escritura
en blanco y negro, que haya al otro lado
quien la lea, recoja el guante y el testigo.
El poeta es como un rey constitucional,
es irresponsable, es solo un títere, un rótulo
sobre la puerta de una tienda, un turbión
que llueve sobre mojado, que sobra y se va.
Yo solo sé que no sé, que no contesto, que soy
y con eso basta...

Inquiriendo en inquisiciones

La lengua ha de ser la compañera del Imperio. Antonio de Nebrija. Fernando de Rojas fue, se especula, alumno y discípulo de Nebrija. Primera gramática 1481. Índice de libros prohibidos, Antonio estuvo encausado por la traducción filológica de la Biblia. Era parecido el proceso a la novela el Proceso de Kafka, nunca se le decía al acusado los cargos por lo que el acusado tenía que hablar para defenderse y ahí la cagaba, y el proceso y el expediente era secreto y las cárceles y los encarcelamientos preventivos también. Cuando los sevillanos pasaban al lado del Castillo de San Jorge se persignaban, en el frontispicio se decía:" Abandonad toda esperanza" ?frase de la Divina Comedia?. Los autos de fe solían ser en las gradas de la catedral. Diego de Deza arzobispo de Sevilla e inquisidor general. Era aterrador el castillo. El que entraba seguramente no salía vivo y vivía un viacrucis. En el caso de Lebrija se dilucida la libertad de conciencia, de pensamiento y de expresión. Él mismo corregía sus galeradas. Su hijo en cambio se dedicó al Dolce far niente, cuando Antonio tenía esperanzas en que siguiera su labor, se decepcionó de ello. Piensa que su hijo ha dilapidado el talento que apreciaba en él. En cambio su hija sí le siguió, le ayudó como copista en sus clases y aprendió latín de manera excepcional en esa época y se queja de que ella no pudiera ir a la Universidad y dar clases cuando sabía más latín que la mayoría de los catedráticos. El resultado quedó en el limbo, ni culpable ni inocente, y por eso escribió su Apología, sobre el proceso inquisitorial.

?Esta es la nota que tenía apuntada en mi cuaderno para el día de hoy.

Después de esta parrafada, poco más que añadir ¿No?

Lo que tiene que ver con Nebrija y el Castillo de San Jorge
me toca de cerca. El castillo, incrustado a la derecha del Altozano
trianero y sirviendo de bienvenida al viandante a la república
independiente de Triana, es ahora una plaza de abastos con un espacio
museístico en los sótanos, donde se habla de la historia inquisitorial
que lo ornaba ?decir también que el castillo no existe actualmente,
solo quedan restos, los cuales se exponen a la vista de un ávido público.
Otro asunto que me llama la atención de la susodicha nota es el vínculo
suprasensorial, diría yo, o al menos suprapaternal, que suele producirse
entre padre e hija; lo digo a propósito de la afición que su hija tomó
de sus cosas y no el hijo ?hablo del filólogo ilustre.
Es moneda corriente eso de que la hija se parezca más al padre
que a la madre ?a mí me pasa con mi hija? y parece que encierra
una razón espermatozoica, me explico: Dicen los que saben que el

espermatozoide hembra es más fuerte que el macho, y por tanto
hace valer su carga genética con más autoridad ?digamos.
Entonces, cuando gana la partida de la vida y entra en el óvulo
su carga genética compite contra la rival con todas las de ganar.
Si estoy en lo incierto, que alguien me lo haga saber...
Lo dejo aquí porque está quedando muy largo.....

Todos locos.

La nave de los locos.
?obra de J.Bosch entre mil cuatrocientos noventa y cinco y mil quinientos cuatro.

Crítica a la disolución en que la sociedad de su tiempo iba irremisiblemente cayendo.

Critica con especial acerbidad a las clases dominantes, con hincapié al clero.

Representa como continente receptor de todas las maldades una pequeña nave, de color pardo claro, que simboliza a la sociedad y dentro ?como amontonados en la desgracia? se hacinan el clero en primer y protagónico término ?aparecen dos monjes, monje y monja, que parecen cantar al son de una vihuela o bandurria como desdeñando el decoro y la decencia que le son debidos, a su izquierda una viandas como acompañamiento oportuno y más a la izquierda, en el agua, dos pobres náufragos, desahuciados de la moral imperante, pugnan por subir de nuevo a esta nave mundo.
Alrededor de los monjes, y su alegría, parece imperar la desdicha: un hombre postrado sobre la quilla recibiendo el acoso de una mujer a modo de monja pero sin llegar a serlo, otro alzando el brazo en auxilio y otro, retrepado sobre unas cuerdas, ajeno a todo lo que sucede, como loco, ensimismado en su mundo, que es un submundo seguro más habitable.
Detrás ?este comentario ya a modo de colofón? parece extenderse una gran zarza, como aquella que visitara en los tiempo veterotestamentarios a Moisés para revelarle las leyes hebraicas y las doce tablas, con una especie de piñata final con un esqueleto como premio y una suerte de ínfula rosa volando a los vientos. Supongo que esta zarza simboliza el carnaval o cualquier festejo de esos que la moral tilda de indecentes.
No sigo. Paro aquí.

Que la Justicia haga el amor.

Que la justicia y la paz se besen. Antiguo testamento. El erotismo de la justicia que pretende que los hombres y las mujeres se sientan atraídos y se impregnen de ella en su actuar. La justicia y la verdad. La verdad aparece desnuda en sus iconos, la sin velo que llamaban los griegos. La espada y la balanza signos de la justicia, y deben ir juntas porque si no quedaría coja, la espada es el rigor de la ley, solo la espada significaría la violencia de la ley, del derecho, y la balanza sola significaría la impotencia de la justicia por sí misma de imponer sus decisiones. La justicia empezó con los ojos abiertos, indicando su clarividencia, y después se le tapó los ojos representando la injusticia, después se extendió esta imagen como atributo de la justicia, y también con un ojo tapado y otro no.

Justicia y Paz, ¡Haced el amor!
Que la moral imperante no rompa
vuestras alas, ímpetu libre
de hacer y deshacer, de trotar
cual caballo desbocado los designios
de la barbarie y vomitar, verter tripas,
senos y estirpe por doquier en señal
de triunfo, de fuego maldito y otras hierbas.
Justicia versus balanza, balancéate
frente a la mugre de la tiniebla,
deshazte de todos los prejuicios
habidos y por haber, y siéntate a reposar,
a saborear tu victoria en el tétrico campo
de batalla; en ese donde las espadas apuntan
al cielo, enhiestas como falos de Príapos
y Aquiles rindiéndose ante la punzada de Paris.
La justicia debe guardar en su carcaj la bendita
espada de luz, esa Excálibur que rota
sobre la roca se hizo definitivamente pedazos.
Esas espadas que siguen en todo lo alto
porque el partido no ha llegado todavía
a su punto y final, esa sentencia en forma de pitido

que un árbitro de negro, una parca de pantalón
corto, extiende raudo en un aire tan ralo como viciado.
Que la justicia vea está por ver.
Que su estética no importe, conque lleve parche
o deje de llevarlo no sea óbice, en sí mismo,
para categorizarla de más o de menos, porque ya es.
¡Que la balanza y la espada sean sus atributos! Eso,
en sí mismo considerado, no significa nada, solo
un endiosamiento más, una idealización que acarrea
injusticias, y un casus belli de que gusta la religión
para matando extender su nociva semilla de mal.
Toda justicia es supuesta ?no la pongo en mayúsculas,
no me apetece? y toda suposición es nido
de idealismos y de fracaso político subsiguiente
?véase la Alemania Nazi.
No voy a seguir, estoy cansado de esto, de la justicia.
No merece más una palabra, unas figuras significantes
que se expresan negro sobre blanco; no más.

Orfeo sin Eurídice.

Encadenar los perros en el sótano de la casa. Frase de Nietzsche referida a la represión de las pasiones que hay que reprimir. Así se decía a sí mismo Tomas Mann. Al tenerlos en el sótano siempre hay un riesgo de que se suelten. Esa casa es el propio yo.

Estoy bajando al sótano,
al sótano de lo que nos pasó,
sin encender la luz bajo,
?la luz está excesivamente
cara, pugno por el ahorro?,
voy peldaño a peldaño
con un cuidado extremo
a no volver a caer.
Me doy cuenta que conforme bajo
la presión va aumentando,
el aire se enrarece y es difícil
respirar ?y mira que tengo
los pulmones amplios.
Sigo bajando los peldaños,
de un mármol ya raído
por el sufrimiento de lo nuestro,
de una dependencia emocional
que nos corroyó el alma.
Sigo bajando y parece que ya
los peldaños no existen.
Llego a un rellano lleno de recuerdos,
le veo sonriendo como cuando aquel día.
?sonrío contigo? y procuro no hablar,
no hablarle para evitar caer
en el marasmo tóxico en el que nadábamos.
Se acerca a mí, yo huyo.

Me dirige palabras que adolecen de eco,
le doy la espalda para evitar la emboscada,
?háztelo mirar, le dije, es una pena?.
Sigo con la mirada al frente hacia la escalera,
la espalda ausente y sorda a sus súplicas.
Empiezo a subir, a remontar hacia la luz.
Ella extiende las manos implorando perdón.
Me entran ganas de contestarle
pero no debo; contestar sería alimentar
las brasas de un infierno que debe enfriarse.
Atrás escucho sus voces, sus sollozos,
sus súplicas, sus lamentos; te necesito me dice,
y sin decir le digo, por dentro, tienes que mirar
de frente a tu herida si quieres sanarla.
Sigo de frente, venciendo paso a paso
la tentación de mirar atrás y que yo mismo
desaparezca antes de que se haga la luz;
no quiero que eso ocurra...
Sigo subiendo los peldaños con su voz detrás
royéndome los talones, incisiva, pero no giro
la cabeza, aunque tengo la tentación.
Veo la luz a pocos pasos, a pocos peldaños.
Sigo aún más animado de salvarme,
de sobrevivir a este marasmo, confiado.
Ella sigue llorando, gimiendo, lamentando
todo el daño que vertió sobre mí, arrastrando
su dignidad sobre un suelo de limo y cochambre.
La luz está ahí, al alcance de mi mano, la toco,
la palpo con todos los poros y sentidos, estoy
en ella, ya sin miedo; por eso oso mirar atrás,
y cuál es mi sorpresa que no la veo, no existe ya,
las voces quedaron silenciadas sobre el caucho
latente de las paredes que me precedieron.
Respiro por fin aire fresco...

Otro mesías más...

Abaris o Ábaris.
hijo de un sacerdote
hiperbóreo de Apolo.

Vino de tierras extrañas,
más allá del orbe conocido.
Llegó montado en su asno
en loor de multitudes.
Era el mesías, la esperanza.
El populacho, cansado,
extendía sus mandíbulas
en señal de regocijo
y buenaventura.
Se decía que tenía dones divinos,
que era profeta, que predecía
con una antelación inusitada
la llegada de catástrofes y alegrías.
A su paso se le hizo una suerte
de calle por donde transcurría
escoltado por los mejores mozos
del pueblo, y todo el mundo,
incluido el alcalde, estaba dichoso.
Se decía que venía en son de paz,
pero los poderes constituidos
le miraban con ojos recelosos.
Venía de tierras allende lo conocido.
Nadie daba razón de su procedencia,
Traía en el zurrón que a la espalda
se le cruzaba una gama de frutas
de nadie conocidas que causó

la maravilla de los presentes.
Frente al palacio residencial se apeó,
puso un pie y luego otro en el estribo
y con una gracia particular sentó
plaza en el lugar sobre el que reinaría
a continuación. Los poderes temblaban.
La puerta del majestuoso palacio
se abrió sin necesidad de aldabonazo
y él se encaminó hacia ella, decidido.
El alcalde no opuso resistencia
?muy al contrario, estaba deseando
el relevo desde hace tiempo; las labores
de gobierno le cansaban tal si fuera
el presidente de una comunidad de vecinos.
El alcalde le precedía hacia el despacho
presidencial, que ya estaba dispuesto
para la toma de posesión, y Ábaris,
sorprendido por tanta loa, se dirigió
a la ventana a ver el paisaje que iba a ser
su compañero de trabajo desde ese momento.
Dio su aprobación y de seguido se acomodó
en la silla presidencial, se arrellanó en presencia
del alcalde ?carecía de empatía? y extendió
sus pies cansados sobre el borde de la mesa.
Llamó por el interfono a su secretaria
y le ordenó que dispusiera un ágape para dos.
El alcalde se regodeaba por dentro ?no carecía
de empatía? al comprobar que todo estaba
cambiando para no cambiar nada...

Hay que reírse.

Nadie se ríe en la biblia excepto Sara cuando Javé le propone ser madre. Ella contestó que cómo iba a ser si tiene más de cien años, y Javé le contesta contrariado si se está riendo de él. Jesucristo tampoco se río nunca. La religión denuesta la risa y la literatura se ríe de todos sus dogmas. El matrimonio de la literatura con la religión hizo aguas en cuanto conoció la razón. Convierte la metafísica en una ficción. El cristianismo es la primera religión vip, que sale de lo tribal para convertirse en imperial. La religión pactó con la razón creando la teología, Santo Tomás como el gran racionalista.

?Según le copié a mi amigo Jesús en uno de sus vídeos. Él es profesor universitario en Vigo y es el autor de una crítica literaria que por primera vez es científica, antiposmodernista, y en esta ocasión hace estas aseveraciones a propósito del Quijote y de la Risa en él.

Reírse

Reírse de sí mismo, primero

y solo. Nunca del prójimo.

Critica tu mundo de frente,

sin ambages ni vericuetos.

Critica el porqué de las cosas,

critica a la flor cuando se marchita

a destiempo y te deja

con la palabra en la boca.

Critica, ríete, y si no te atreves

a hacerlo de frente usa la risa.

La palabra cruda y cierta,

la palabra tal y como se saca

del diccionario puede resultar mordaz.

Edulcórala con el barniz de la risa,

ponle un lazo rosa si hace falta

pero dila, y dila con todas las de la ley.

La risa es ese caramelo que al helado

se le adiciona para engañar el gusto.

Haz lo mismo, engáñate riendo

pero ríete ?eso, sí, solo de ti mismo.
La Risa es como la daga que se esconde
detrás del gabán que descansa en el brazo
y que espera entrar en acción para asestar
el golpe definitivo, mortal, al energúmeno,
al cacique, al dictador, al que machaca
por el mero deporte de machacar.
Critica al otro, a lo otro, y hazlo de frente
?no te olvides de la empatía? y si la navaja
tiene mal filo o no coges vaina para entrar
en la conciencia del otro, de lo otro, usa vaselina.
Camino hacia el descanso del hogar ?no es verdad,
es un simple juego retórico? y a la vista
de un jazminero me acerco, me encanta su olor.
Sigo andando con el jazmín en la nariz,
absorbo su aroma como si mañana no existiera,
sonrío de placer, no me lo como porque todavía
no soy una vaca al libre albedrío de un prado.
Me aseguro de que antes de tirarla para abono
de otras plantas urbanitas esté mustia, exhausta.
Sigo andando con el recuerdo de su olor
en la pituitaria y sonrío otra vez de placer.
Cuando hablaba de la Risa no hablaba de sonreír.
Eso es harina de otro costal.

Qué desvergüenza...

Berlioz le hace una composición al Fausto de Goethe y se la envía, el alemán la rechaza a instancias de su amigo compositor, que le predispone en su contra. Después de pagar por publicarla recorre Paris para exterminarla rompiendo todas las copias existentes. Esta era su opus 1, por ello llamó a la siguiente composición opus 1 en vez de 2. Tuvo vergüenza de ella.

Sí, me dio vergüenza mirarla,
recorrer toda su escritura pautada,
musicarla en mi cabeza, me gustaba,
verificar mi ingenio depositado
en ella; todo para hacerla gurruño
y tirarla a la papelera.
Mi admiración hacia él era eterna,
un dios era en la tierra, un heresiarca
que se atreviera a violar todas las leyes,
todas las naturalezas euclidianas y no tanto.
Mi intención era bondadosa, buena
de buena bondad pero él, en su pedestal
de plata divisaba las golondrinas, y hablaba
con ellas en su mismo lenguaje e idioma.
Vivía tan por encima de mi existencia
que por mucho que alzara el cuello
era inútil, seguía viendo pedestal
sin ver cabeza y tronco, sin ver su ceja
pronunciarse sobre todos los escritos
y pensamientos de su época y sancionarlos
de muerte y escarnio como rey que era.
La obra ?a mi modesto entender? grandeza
guardaba y digna la consideraba de él.
Ahora, cuando la historia ya en los anales
quedada y olvidada, si de seguro viviera

y hablara con sus adláteres de pacotilla
y ya conocieran de mi renombre y nombradía,
saltaría de alegría ante tal dedicatoria,
no alzaría el hombro para mirarme hacia abajo
como entonces me miraba, sino que forzaría
también su cuello para abarcar mi grandeza.
La Historia ?y con ella su socio el tiempo?
pone a cada cual en su lugar y a los hechos
les concede el peso que la importancia presta.
Tuve que residir en Paris durante una semana
para dar muerte precisa a la obra y descomponerla,
que desapareciera rastro alguno y no quedara
una sola copia, una sola nota al aire
que pudiera ser rescatada para oprobio propio
y perdición de mis descendientes, una deshonra.
Creo ?según aseveraciones de mi editor?
conseguir el reto, una hazaña que no es moco
de pavo; Paris, una ciudad de tal populosidad
limpia de ella y del infame que representa.
Perdiste tu oportunidad de gloria...

Polvo soy...

Dicen los más beatos que somos polvo y en polvo nos convertiremos ¿Será que ese polvo que se deposita a diario sobre nuestros enseres hogareños es un anticipo del gran polvo en el que devendremos Dios quiera tarde?

Polvo soy, mas polvo enamorado.
Vengo dicen de un polvo
que entró por esta ventana
?hace más años de lo que quisiera.
Mis hacedores son meros crisoles
de cientos de años de tradición.
En mi esencia ?amasijo de esperma
con algún óvulo de por medio? hay
todo un conglomerado de costumbre,
de ciencia y nesciencia, de un hombre
que empezó con el fuego y terminará
por extinguirse sin pena ni gloria.
Una noria soy, una sucesión de cangilones
que van vertiendo un torrente escarlata,
un espesor de vísceras y sangre
que cual barro cocido va tomando forma.
Soy horma, zapato y rendija de la que escapa
sentimiento y desdicha, latidos y pálpito,
polvo que se espolvorea por mi habitación
sin vistas, propia y ajena al mismo tiempo.
Soy polvo, y en polvo me convertiré
en cuanto no sea necesario, aunque suficiente.
Caigo en estos pensares dando buena cuenta
de un desayuno que mientras se va enfriando
se va alejando de mí, porque pierde el gusto.

Me asusto de repente de la estridente alarma
del reloj redondo y azul que descansa en frente,
en la repisa del centro, y me dice que son las nueve.
Me levanto a callarlo y aprovecho para mirar
alrededor, paso un dedo por sobre la tersa
superficie de la tabla y rescato sobre la yema
del dedo índice un pedazo de mí, algo de polvo.
Lo huelo y huele a mí, lo acerco a la boca
y lo saboreo, sabe a mí, me alimenta, me nutre,
me llena el desamparo que me da vacío, sacia
la falta de afecto en la que me sumo cada instante.
Me aficiono al polvo de tal manera que el paño
no uso para dar salida a tanto ácaro.
Con la yema del mismo dedo voy lamiéndolo
sin cesar hasta darme por cenado, por almorzado,
por merendado y por desayunado de mí mismo.
Soy polvo ?polvo soy, que es lo mismo? y en polvo
estoy ya convertido, porque quien habla escribiendo
no es un ser vivo, si no un ser que yace en una cama
de algodón, una cama que se mueve con el viento
y viaja de una estancia a otra sin billete ni equipaje.
Voy a dormir un rato, necesito estar fuerte
para salir y divertirme, a ver si me convierto en polvo
y espolvoreo a más de un ser vivo tonight.

Tú llevas la Razón...

Una razón que no pise la tierra
es baldía, es humo cegador.

Tienes razón.
Tienes tanta razón
que prefiero callarme.
El gato que sube al sofá
amarillo no es un gato.
La taza de café humeante
que hierve sobre la madera
próxima a la ventana no es café.
El reloj que tiembla apremiándonos
por la hora y el llegar tarde
no es un reloj, no es un gato,
no es una taza, ni es porcelana china.
Si me tocas el brazo y pasas el dedo
por encima de mi piel notarás el vello
erizarse de cariño ?no soy yo?.
Ese erizo, esas púas apuntando
a la retina izquierda de tu ojo derecho
son dardos, es conciencia, y por sí
misma contornea a su gusto
todo aquello que ve, percibe,
procesa en el horno más profundo
de todos los hornos que nos calientan.
Si miras con más atención,
lo que vieras gato verás gata ?¿no ves
difuminado el carmín de sus labios,
el pendiente perlado tras ese caracol
negro que negrea sobre su oreja?

La Razón es una entelequia.
Si quieres te la doy, no la quiero,
no me hace falta, solo pido pan
para poder mover los dedos
y seguir escribiendo, solo árnica
para que la calma me guíe
el cálamo hacia buen puerto.
La Razón ?musa de los ilusos?,
el Logos griego ?construyendo un mundo
que es el nuestro?, el idealismo
?que eleva la Tierra al Cielo
y la deja caer en hecatombe?, los tres
juntos hacen una jaula de grillos, vociferan
sin entenderse porque saben
de sus interdistancias, de sus abismos.
La taza del café anterior no existe,
es solo un continente necesario,
es solo un notario que testimonia
el calor que conlleva y quema los dedos.
Qué importa los dibujos superficiales
de la taza si pronto quedará vacía
de contenido y será restregada en la pila.
La Razón de la taza es por tanto el café
¿Y si el café es malo, cuál es su razón?
Ninguna. Tirar los posos al fregadero
es la única actuación plausible.

Como perros del hortelano.

Nada empieza nunca,
todo termina brusco
como asfalto contra tapia.

Es baldío ir contra natura.
Un río siempre va a torcer
su cauce si un risco se planta
partiendo las aguas; un río
tiene que llegar al mar
y cualquier accidente de su curso
es eso, un vano accidente.
Una historia entre dos
tiene un planteamiento,
un nudo y un desenlace,
y mientras va discurriendo
por entre sus páginas
no admite final hasta el final.
Tu relato y el mío se truncaron
en el planteamiento, quedó
como uno de los versos rotos
de Safo ?que siempre continúa.
Toda rotura necesita su silencio,
y todo silencio necesita un hilo
que reanudarse. El silencio cura,
nos hace recogernos hacia dentro
y mirar la suciedad que ha quedado.
Yo tuve tu silencio, miré el sucio
de mi alma y limpié y reanudo.
Todo impulso debe agotar su aura.
Si pruebas a poner la palma

de la mano delante de un soplo
verás que tu mano tiembla,
y el soplo permanece en su impulso
indiferente a la erosión que causa,
solo sabe que debe consumarse,
consumirse hasta que se agota.
Tu impulso y el mío no pueden
sino insistir hasta el desgarre.
No tengo prisa, dejo que fluya.
Lo que tiene que irse que se vaya.
Bebamos este elixir hasta los posos.
Así estás tú, así estoy yo,
como perros del hortelano...

Ahora, en este preciso instante.

Motus animi continuus.
?su tosca traducción sería algo así como el incesante
movimiento de la mente. Según Cicerón es la fuente de
la elocuencia.

Ahora,
en este preciso instante
estoy frente a ella ?después
de citar la cita anterior.
Ahora,
en este preciso instante
estoy en blanco frente
a una página del mismo color.
Me repliego hacia dentro
para buscar fuente, alimento
para poner en funcionamiento
todos los mecanismos de mi mente.
Ahora,
en este preciso instante
se me está viniendo algo
a las yemas de mis dedos
?no sé si debo o no debo.
Ahora,
en este preciso instante
me atrevo a darle negro
sobre blanco ?aunque
no arriendo la ganancia
que esta acción me otorgue.
Ahora,

en este preciso instante
estoy otra vez en blanco.
Me vuelvo a replegar
y vuelvo a acudir a la Wikipedia
que colecciono dentro de mí.
Ahora,
ahora encuentro un artículo
que puede llenar los vacíos
que este escrito va llenando.
Me paro a leer lo que del amor
aparece en sus textos, todo baladí.
Pinto el cursor de azul y ahora
?tras un copia y pega? lo sitúo
en negro sobre el esplendor rojo
de mi rosáceo texto.
Tras el pegado me paro a pensar,
cerceno las palabras innecesarias,
lo recorto al máximo para concentrar
la semántica de sus decires y lo dejo estar...
?se sabe que lo poético, cuanto más
concentrado más poético, y el golpe
que al leerlas infringe al alma es mayor,
más certero (lo mismo podría decirse
de un lavavajillas de esos que anuncian
en la tv).
Ahora ?el escrito no alcanza aún el tamaño
que me deja satisfecho? repito la operación
como si de un proceso iterativo se tratase
hasta que el recipiente en el que se contiene
no dé más a basto.
Llegados a este punto coloco un punto y final
y guardo lo trabajado en un word para pedir
traslado pronto y súbito al espacio publicante.
Una vez enmarcado y aderezado según mí
lo dejo al fresco de la lectura para aquel
que quiera detenerse a ver ?lo pego cual anuncio en el tablón municipal de una plaza.

Espero que el esfuerzo y el tiempo
hayan recibido su recompensa...

Todo fue en Córdoba.

Solo, paseando la judería,
oliendo a fondo sus calles de azahar,
dibujando con la mirada cada milagro
sobre una piedra ya amarilla de años.
Solo, con un libro en la mano
?Un primer volumen del Manuscrito
Carmesí de Antonio Gala?, recorro
cada recoveco, cada estatua, cada episodio
cincelado en mármol, cada mocárabe,
cada arco de herradura blanco y rojo,
rojo y blanco, y así sucesivamente.
En un momento dado, cuando el sol
todavía no alcanzaba su cénit, oigo
como a lo lejos una llamada.
Un muecín, como al fondo de una cueva,
llama a la oración a sus feligreses.
Distingo unos quejíos y comprendo
de donde proviene el arte flamenco,
y noto en mis adentros un pálpito,
una llamada, un no sé qué que empuja
mi espíritu hacia el nacimiento de esa voz.
En ese momento entendí que dormían
desde la noche de los tiempos una fuente,
un manantial que se derramaba ladera abajo
hasta llegar en susurros a mi huerta.
Sentía como el pelo se me cubría de chilaba,
y las ropas ajustadas se me volvían túnicas
y zapatillas de esparto, y un libro extraño
se apoderaba del que estaba leyendo.
Corrí hacia la mezquita y entré mirando

la quibla, y rezando me dirigí a la Meca.
Las palabras que salían de mi boca
eran nuevas para mí, de un idioma
desconocido y tan inscrito en lo profundo
de mi existencia. No daba crédito ninguno
a la sabiduría y a la sucesión en cascada
de aleyas y suras que prorrumpían devoto.
Me prosternaba cual si ese ejercicio
fuese diario, y me sorprendí descalzo
cuando las babuchas no dejé en el vestíbulo.
?no fui consciente de ninguno
de los detalles de la metamorfosis.
Al salir a la calle el bullicio acostumbrado
me devolvió a mi realidad de ropajes
y cultura, y una mohína expresión
me torció la comisura. Fui abducido
por un pasado tan pesado como presente.

Jezabel

Saliste del baño, yo esperando.
Tu pelo mojado, negro azabache
tirando a azulado, hombros rectos,
piel tersa, del color de la avellana,
ojos negros ?pero no azabache?,
piernas contorneadas por el ejercicio,
hombros trabajados en el gimnasio,
metro setenta y cuatro, labios carnosos,
ojos azules ?perdón, ya dije que negros?.
Te acercas a la cama y te sientas al borde
?yo esperando?, y me dices que sigues;
que sigues adelante con lo nuestro,
que la ducha de agua fría que acababas
de tomarte te ha servido para aclarar
tus ideas, que me echara a un lado
para dejarle hueco en la cama
y pudiera entregarse a mis ocurrencias.
Le pregunté que cuándo salían sus niños
para ir a recogerlos y que no se quedaran
solos, desamparados entre la algarabía
de voces alegres por la conclusión lectora.
Me contestó que saldría de la cama
a las cuatro y dieciséis minutos, que se ducharía
otra vez para que no oliera a mí y que haría
acto de presencia frente a los niños a la hora
convenida ?que no llegarían a sentir soledad
ninguna?, los dejaría instalados en casa
con la merienda y los dibujos animados
y que volvería para continuar el juego justo

donde lo habíamos dejado ?reanudando el hilo.
Me recordó que teníamos una hora
hasta ese momento y que nos diéramos prisa
en disfrutar porque el tiempo no vuelve, y el Sol,
una vez que recorre la elíptica hacia abajo
no le da por darse la vuelta y prenderse de aquello
que olvidara por el camino, no, porque el tiempo
?que lo engendra y gobierna él? no está para
esos menesteres sino para quemarlo como pólvora
de rey.
P.D. Después de toda esta conferencia, que me
soltó tendida en la cama mirando la lámpara azul
de motivos japoneses, se giró hacia mí, me sonrió
y movió ficha.
Se preguntará el lector que qué pasaba
con su marido: El marido estaba de viaje
de negocios intentando cerrar un trato
que le granjearía tal acúmulo de beneficios
que les permitiría pasar en la playa dos meses
?las vacaciones de los niños? a tutiplén.

Nada.

¡Dios ha muerto! Lo hemos matado nosotros. Cómo hemos podido vaciar el mar. Quién nos ha dado una esponja capaz de borrar el horizonte. Qué hemos hecho para desprender esta tierra del Sol. Hacia dónde se mueve ahora. Hacia dónde nos movemos nosotros apartándonos de todos los soles. Nos precipitamos continuamente hacia atrás, hacia delante, a un lado y a todas partes. ¿Existe todavía para nosotros un arriba y un abajo? ¿No vamos errantes como a través de una nada infinita?¿No nos absorbe el espacio vacío?¿No hace más frío?¿No viene la noche para siempre, más y más noche?¿No se han de encender linternas a mediodía?¿No oímos todavía nada del rumor de los enterradores que han enterrado a Dios?¿No olemos todavía nada de la corrupción divina?¿Qué son pues estas iglesias sino las sepulturas y los monumentos funerarios de Dios? También los dioses se corrompen.

?La Gaya Ciencia. Nietzsche.

Nada.
Todo lo que ves
es nada.
Ese pez que yerra
de un extremo al otro
de la pecera qué es.
Nada.
Ese rayo de luz,
esa fotónica impresión
que rompe el cristal
qué es.
Esos ojos tuyos
que me miran atónitos,
esa sonrisa incrédula
como diciendo de mi locura.
¿Qué es?
Nada, un flash en el éter.
Esa tostada que huele
en la cocina qué es.

Ese café que grita porque el calor
lo abarrota en exceso ¿Qué es?
Pellízcame el pómulo derecho
y si siento escozor o miedo
es que algo pasa ?nada.
Debo salir, coger las escaleras
y subir ?voy a tender la ropa
que mojada sale del mareo
centrifugante de un aparato blanco.
Tengo poco tiempo, el trabajo
me espera con los brazos abiertos.
Me visto frente al espejo, para qué.
Nada.
Mi vida es una sucesión de nadas
guardando rigurosa fila.
Un siempre lo mismo.
Una rutina necesaria
pero a veces digna de sonrisa
y otras de tedio.
Nada ?eso es lo que soy.
Vente conmigo a esta nada.
Vivámosla profundo,
hasta la última gota
de su inexistencia,
de su insignificancia.
Somos ?tú y yo? una inanidad
que vive y anda.
Nada...

Te miro

Te miro.
Aprendo a mirarte cada día,
cada segundo, cada...
Cuando me detengo
en el iris profundo de tus ojos
veo a Dios, y me mira, atento.
?Decía San Agustín que Dios reposa en un lugar dentro, más íntimo que la propia intimidad.
Prosigo el poema después de este inciso...
Me retiro abrumado
para descansar la vista,
calmarla de tanta intensidad,
de tanta luz incomprensible.
Estás dormida ?por eso te dejas hacer.
Te miro.
Dibujo en mi mente el conocimiento
de cada uno de tus valles, tus altas cumbres
sujetas sobre la nada, tus incomprensiones,
tus miedos de entregarte por entero.
Quiero quererte y por eso profundizo...
Tu verdad me está esperando
pero aún mora lejos ?el camino
es tortuoso, y requiere de paciencia.
Te miro.
Ahora pruebo con el otro ojo.
La pupila me atrae como agujero negro,
me adentro y emboco un túnel ciego.
El nervio óptico está echando chiribitas
cual si fuera un fin de fiesta, fuegos artificiales.
Atravieso toda su maraña
hasta llegar a un terreno yermo, frío.

A lo lejos diviso una casa, blanca, sola,
con un huerto verde alrededor.
Empujo la puerta y no hay nadie, sola.
Pido permiso para entrar, nadie.
Entro, me acomodo en una habitación
sin vistas y me tiendo en la cama, miro.
El techo carece de luz ?solo, podré ver
mientras la luz que entra siga vigente...
Me adormezco movido por el cansancio
de tanto viaje y se me aparece tu imagen.
Me sonríes sin atreverte a decirme nada.
La pesadilla me despierta y no veo, ya de noche.
Salgo de la casa y noto cerca, al fondo
del paisaje, una especie de abismo,
de precipicio. Me acerco y caigo a la profundidad.
Me despeño en caída libre
hasta llegar a una suerte de piscina picante,
como de ácido clorhídrico. Me descompongo
a la velocidad de un tren que pasa veloz.
Desaparezco deglutido por tu estómago.
Ahora sí que he ingresado en ti, en tu esencia,
en el Dios que espera por detrás
de tu intimidad, de tu profundidad más profunda.

Sé sincero.

Sé sincero.
Es el camino más corto
entre dos personas.

Sé sincero, ma non troppo.
Sé sincero por si tu rostro
no fuera del todo transparente.
Sé sincero, pero no hieras.
Quien te escucha no sabe
qué se esconde detrás de tu cáscara.
Sé sincero pero con cuidado.
Piensa en el oído del que te escucha
cual si fuera una prenda de terciopelo;
acaríciala con ternura, deja que tus dedos
cursen los entresijos de la tela
hasta desembocar en el borde.
Cierra los ojos durante el acto,
deja sentir el roce de la pelambre
sobre las huellas que tus yemas
van dejando a su paso. Imagínatelo
así. Que tus palabras sean olas
que van muriendo a tus pies
sin hacer ruido, cuando en alta mar
nacieron con todo el estertor
que puede caber en tu pensamiento.
Piensa que del oído la palabra pasa
al corazón y allí hace morada.
Esa morada ?que va a ser de por vida?
será paraíso o cadalso, verano o invierno,

frío tórrido o calor criogenizante,
mas en cualquier caso será albergue
de su descanso y allí yacerá inmóvil.
Ten cuidado, porque la palabra
cual como dardo lanzada
puede herir de muerte, o de vida...
Sé sincero, pero antes inventa
en tu mente una ballesta
que sea capaz de hendirla en su carne
sin que brote sangre, ni congoja.
Escoge, escoja ?como Isabel de Borbón
fue dicha por el genial Quevedo?, recoja
lo que sembrare y vigile los dimes
y diretes, que el entramado de huesos
y fibras que nos compone no es de piedra.

Mis tentaciones...

Ayer cumplí mi primer año, aquí,
rodeado de la nada, marrón, dunas,
tierra sin gente, sin un alma
que echarme a la boca.
Privado hasta del maná
que Moisés tuvo que recibir de Dios
para llegar a la tierra prometida.
Privado de cualquier caricia,
sin siquiera un eco a mis palabras.
Llevo ya la eternidad de un año
entre este tarimado inmundo,
que hasta el color y el material
de que está hecho son miserables.
No dispongo apenas de una letrina
donde defecar como humano que soy,
debo colocarme a la altura primigenia
de un animal para sentirme abasto
a las condiciones que me han tocado vivir.
El frío es intenso, también el calor
cuando el sol imparte justicia.
Apenas cuento con un infeliz emparrado
que me sirva de sombrero a su furia
?me estoy quemando por fuera
y por dentro como San Lorenzo
en su parrilla?, y me tengo que valer
de la calderilla de unas hojas jugosas
que nacen y mueren aquí cerca.
El agua solo se me dispone en ellas;

por aquí no existe la suerte de un oasis
ni el azar de una corriente subterránea
que tras golpes de azadón brote de júbilo.
En los momentos de calma, cuando el silencio
es padre, hijo y espíritu santo del entorno,
me amenaza la pasión de la carne venida
de los recuerdos del joven que fui ?Marcela,
una chica que vivía a dos calles de mi casa
en Tebas, era el desvelo de mis noches?,
y tiemblo, y la piel se me pone tibia,
transparente, y se me eriza el escaso vello
de que aún dispongo como si fuese escarpia.
Cuando alcanzo a dormir ? esto sucede
cuando tras espasmos continuos en el párpado
izquierdo se me cierra, y el otro, por no ser menos,
lo acompaña en su soledad para dar pábulo
y descanso al globo que detrás mora? me viene
como elefante en una cacharrería todo un catálogo
de bestias mitológicas, a cual más espeluznante,
y convierten mi momentánea inconsciencia
de esta tortura en una subtortura aún más cruenta.
Llevo ya un año, sí, pero de una densidad vital
cual si fueran dos o más lustros los vividos.
Quiero resistir por que Dios está conmigo, lo sé.
Siento su presencia como si fuese material.
Debo sobrevivir o perecer en el intento, pero nunca
volver a la mentira de un mundo que ya conozco
y que no me conforta en lo más mínimo, ni edifica
mi alma.
Aquí sigo... Voy a comer algo.

Hay cosas que...

Dicen que es sabio
quien es capaz
de oír crecer la hierba.
?Un proverbio búlgaro, o húngaro ?no estoy seguro.

Hay cosas que son las importantes,
las que sostienen al resto,
las que sin ellas la vida
es una quimera, una entelequia
imposible de llevar a cabo.
Sé que estoy solo, que la cabeza
no sabe más que dar vueltas
buscando donde abrevar y hacer fonda.
Sé que me gusta, aunque también es
de mi agrado una caricia, un te quiero
a destiempo, de improviso, cuando
las luces están apagadas a la sorpresa.
Hay cosas importantes, sí,
que no deben faltar en este cocido
que es el transcurrir diario, el impulso
natural que nos lleva a seguir aunque
no se sabe dónde ?la alternativa es
mucho peor, creo?, y esas cosas
son dos: una mente serena y una caricia
?y vuelve la burra al trigo? en forma
de palabra agradable, de sonrisa,
de canción que te lleva a otros momentos...
Cuando cocinamos un pastel
lo principal es el pastel en sí:
sus ingredientes, su magistralidad

al combinarlos, el amor que salpimienta
la elaboración, el toque final de canela...
Lo secundario ?aunque no por ello baladí?
es la guinda y toda la parafernalia de orlas,
ornamentos y ribetes que descansan
sobre lo importante: el pastel.
Esta disertación viene a cuento
de que lo importante lo asemejo al estar bien,
estar tranquilo, conforme, sin nubarrones
tormentosos que merodeen el cráneo
y que amenacen aguacero pronto y rabioso.
Lo demás... es guinda.
Que la guinda sea la sorpresa.
Que la constante sea la calma.
Eso me propongo cada segundo
de mi sobreviviente existencia.
Me gustan las guindas, que lo sepas...
Hace unos días, paseando, vi...
No sigo porque no viene a cuento
con el cuento que estaba contando.
Lo dejo aquí, aunque me cuesta dejarte.
P.D. Hay cosas que... ?no soy capaz
de cortar, ya ves.

A esa rosa...

A esa rosa
que en tu mano posa
dedico estos versos,
¿o es prosa esto que reflejo
sobre este papel perverso
e inmundo que me atenta?
En sus hojas me detengo,
palpo la pinchez de sus espinas,
valoro el color, la tersura
traviesa de sus rojos, lamento
no lograr que mi sangre tiña
la dulzura fragante de su portento
y llorar sin cuento la herida,
el recuerdo por el que corriendo
brota ese líquido elemento
que me puebla las venas, por dentro.
A esa rosa
que se va marchitando
a medida que las palabras
van saliendo de mi boca,
de mis dedos sobre el teclado,
de mis sentidos en suspenso,
de mi más tórrido sentimiento
de tenerte, de dibujar cada poro
sobre la sed de una piel yerta,
de un cuenco que espera tu risa
para llenarse de savia, de tu vida.
A esa rosa
ya marchita, que guardo
entre las guardas de este libro
que estoy terminando, y que te dedico.

Ahora te lo mando ?si puedo por guasa?
para que te llegue de inmediato
y de inmediato mueras, recordándome.
Te echo y me echas ?de menos?
y lo sé, de ahí mi atrevimiento
de mandarte esta rosa, muerta,
borracha de literatura, negra de tinta
y saturada de Lopes y Góngoras,
de Federicos y Salinas, y de mí,
que en definitiva soy el que perpetro
este atentado a la ciencia poética,
este ripio insoportable de ritmo y rima.
A esa rosa esta que te mando.
Espero de tu agrado sea.
Encarecidamente tuya ?y asimismo mía.

Estoy cansado...

Es difícil ser,
pasados cinco minutos,
la misma persona.
?lo mismo cansa, aunque descansa.

Me cansa verme,
cada día al levantarme,
la misma cara del mismo rostro,
las mismas legañas
vencidas por la misma gravedad,
el mismo sueño cuando el sol
sigue durmiendo.
El mismo champú de huevo,
la misma tortilla con distinto huevo,
eso sí ?todavía no me ha dado
por reciclar la cáscara y hacer abalorios.
Me cansa verme, ¡tanto!
Me cansa mirarme al espejo
y ver la misma arruga pronunciándose
sobre la comisura izquierda
por debajo de la narina correspondiente.
Estoy pendiente de hacer reformas.
Quiero emprender una cruzada
contra mí mismo pero no sé
qué ciudad sitiar primero, si la de la razón
o la del intelecto, si la del corazón
o la que puebla los tequieros
que de mi boca han salido, y que al cielo
fueron como globosondas de helio,
sin retorno, como desilusión de niño

que mira arriba, emitiendo de sus ojos
una voluntad que moverá montañas
pero no disuadirá al aire para que viento
devenga y lo traiga de nuevo a su mano,
que yerta y desierta espera.
Sigo cansado de mí mismo ?aunque cierto
es que la escritura es terapia y por lo eterno
que es un segundo te sume en un olvido
edificante y silenciador?, pero doy gracias
por seguir viendo este kitsch repetitivo
de mi semblante y pensamiento.
Eterno retorno ? a este ouroboros
que es mi vida le opongo un Amor Fati
como edulcorante, o mejor dicho,
como excipiente de una panacea
que no viene, de un maná negado.
Ya parece que estoy repuesto.
Voy a vestirme, a lavarme los dientes
en el mismo espejo y con el mismo
cepillo ?pero ya me miro
con otros ojos.

Una gota siendo

Soy una nube,
pues recojo y
vierto después.
?Kalidasa

Floto sobre el cielo,
sobre una cornisa de aire
que se cierne inmensa
tras la cortina, tersa.
Nado sobre una nube
con forma de pera
y recorro los campos verdes.
Me dejo secar al sol
que más calienta, y duermo
la siesta tras el abedul de enfrente.
Miro de repente a las estrellas
y me sorprende su brillo intenso:
es ya de noche y la palmera
que se yergue desde el balcón
saluda con sus dátiles la luna nueva.
Caigo cual agua fuerte contra el rugor
de la tierra hasta abarrotarla de vida
?sí, mi vida es un ir y venir constante
desde una inmensidad a otra,
y me dejo vencer por la gravedad
de los hechos, de un abismo sin fin.
Sigo flotando sobre el cielo ?retomo
el inicio? y las corrientes me llevan
a otras latitudes que las mías, lejos.
El candor del sol me pega desde arriba

hasta herir de muerte mi espalda;
me quejo de la firma de sangre
que sobre la piel deja y sigo, adelante.
La petunia me recibe como agua
de mayo y se congratula de mi sustancia:
la abeja canta de risa y jolgorio, mieles
que endulzan la tarde, o el atardecer ya.
Sí, mi vida es así, y los trajines atmosféricos
me llevan al retortero de un cielo a otro,
cielos que no me oyen y tampoco me escuchan.
Así son las cosas, y así las cuento, en seco.

Me sobrecoge

Dos anillos, el de esposa y el de viuda, son los que encadenan, aprisionándola, la vida de Jimena. El título, Anillos para una dama, alude directamente a este hecho.

?Nota a la obra homónima de Antonio Gala.

Me sobrecoge tu foto, Antonio.
Me sobrecoge hasta el punto
de pensarte muerto cuando la parca
todavía no te ha hecho la visita final.
Menos mal que, aunque bajo el límite
de los años, sigues dando guerra
?tu obra literaria queda en los anales
de las bibliotecas y librerías por miles
de ejemplares y un éxito rotundo? y
tu testamento todavía es una entelequia.
Me sobrecoge la sequedad de tu piel,
cual si el árbol del que prendes tus alas
llorase un lapislázuli de acíbar y raspase
todo el parénquima de tu corteza.
Me hace llorar ver esa expresión perdida,
como apoyando el atlas de tu cabeza
sobre el delgado alféizar de tu nariz,
tu boca hundida en un abismo, tus ojos
mirando hacia un horizonte sin sol,
tus pómulos brillando la ausencia de carne,
tu bastón ?tan emblemático de ti mismo?
al acecho de un error del dedo que sujeta,
la frente, tierra surcada por un anecdotario
tan rico como las tierras de Jauja, y el cuello,
el cabello de nieve sucia, derritiéndose...
Me sobrecoge esta foto tuya, Antonio,

y mirarla es mirarte el liquen que va naciendo
y que va atestiguando una vegetal esperanza,
como un Machado cuando canta a un olmo
seco a quien le nace una hoja verde.
¿¡Y la elegancia marchita de un traje
y una corbata a destiempo, dónde
me la dejas!?
No sé ni quiero saber a dónde miras.
¿Quizás sea a Dios en su altura que te llama?
¿Quizás te pide, en su eterno aburrimiento,
que subas a cebarlo de tu verbo y tu gracia?
Puede ser, pero sí te digo eso...
Que me sobrecoges maestro.

Déjenme...

El movimiento es el alma
materializada, es pensamiento,
es libertad que vuela,
y en la mayoría de las ocasiones
es más inteligente que la mente;
es subconsciente que sale,
es desnudez desnuda.
?Olga Pericet.

Me muevo,
tiendo mi espalda
sobre el dorso
de esta ola, tiemblo.
Tiemblo de placer
sintiéndome sumiendo
mi ser en la densidad del agua.
Me voy hundiendo en la sal
que me sostiene, salada es
la sensación de abandono
que infrinjo a mis venas.
Primero es la cabeza
la que paso a paso
va adentrándose en su química
?el pelo primero, desde la frente
hasta la nuca?, pasando de seguido
al pecho y el abdomen ?me voy hundiendo.
Me dejo caer al fondo, el aire me huelga
por insuficiente y me desvanezco ?dormir
plácidamente es el reto y no despertar.
Me dejo caer en libre y dulce caída,

no oigo el ruido ambiente, no hay nadie
que me socorra y no pronuncio auxilio
alguno ?no quiero que nadie interrumpa
este momento, esta fusión de mi líquido
elemento con el que me ambienta.
Estoy ya sin sentido, pero sigo escribiendo...
No vengas a mi rescate, déjame a mi arbitrio.
Tengo derecho a elegir una muerte digna,
sin casas de seguros que con papel y tinta
desacralicen el encanto de una buena muerte.
Voy cayendo al fondo, y lo que más me gusta
es que el fondo se adivina lejos. Parece
que aprovechando que mi velero surcaba
los campos de alta mar parara, de repente,
las velas y los vientos, hiciera fonda momentánea
y me lanzara en picado a las gélidas aguas.
No me rescates, que no soy náufrago
?un naufragio nace de un suceso no deseado,
de un accidente que desemboca en un riesgo
de muerte no buscada; este no es el caso...
Dice algún que otro sabio que si miras de hito
en hito al abismo, este, te mira por dentro,
desde tu centro de operaciones hasta la célula
más superficial de todas tus superficies.
Déjenme descender a los infiernos, por favor.
No me detengan, no llamen a las autoridades
portuarias ni gubernativas; déjenme morir.
Si Odiseo tuvo la licencia de bajar por qué
yo no debo tenerla; soy igual de ficticio que él.
Déjenme...

Debes elegir...

O morir en Troya
o acurrucarse
en el gineceo.

Debes elegir.
O una vida gris
o una vida verde,
trepidante, sin vacíos,
ni espacios en blanco
en las paredes, llenas de cuadros.
Debes elegir... entre
corto e intenso e inmortal,
o largo, o tedioso, o sin pena
ni gloria, o prosaico, o lento,
o rutinario ?pero no de esa
rutina necesaria, no, sino de aquella
que pesa, que se hace insoportable.
O una vida en continuo viaje
o contentarse con viajar
solo a través de un buen libro.
O estar expuesto y siendo el blanco
de las envidias, o ser un antihéroe,
de esos que no quedan en los anales
porque si hubiera que dar una reseña
de ellos habría que hacerlo asimismo
del resto de la humanidad, y, creedme,
no hay tanto papel en las industrias
papeleras para dar cartel a tanta insignificancia.
Aquiles pudo elegir si su destino
no hubiera sido tan tiránico.

De haberlo podido hacer, ¿Creen ?con la mano
en el corazón? que habría decidido ir a morir
a Troya o quedarse con Deidamea y Neoptólemo
a la tibia molicie del gineceo?
Si me preguntan a mí no sabría qué responder
?o sí, pero me lo reservo? y esgrimiría esa máxima
de San Agustín que ya cité en anterior ocasión;
esa que se refiere a la definición inlograble del tiempo.
Ya sabéis cual ha sido mi elección ?de otra manera
no habría podido cargar el cálamo y escribir esto
que os dejo...
Que aprovechen.

Lo que salga...

Escribo sin modelo,
a lo que salga.
Escribo de memoria,
de repente...
?de «Escribo», by Gloria Fuertes.

Sí, lo que salga.
Tiro de un hilo,
de un cabo suelto,
de una neurona
que guarda algo dentro.
No tengo modelo alguno
?quizás el mío propio?,
y me dejo llevar por una idea.
Las palabras salen, y cual
las fichas de dominó caen
al ser empujadas por la primera.
Cualquiera puede seguir el modelo
?porque no existe, entre otras cosas?
y ser tan virtuoso como la alondra
que queda afónica por cantar sola,
para nadie y para nada, al alba.
Voy como carrusel sin fin
depositando palabras en un blanco
que espera ensuciarse de tinta.
Voy con las palabras pintando
un cuadro de amor ?espero?
donde cualquier querubín tiene cita
y vuela a su antojo ?pero, ojo,
cuidado con las faltas de ortografía?.
Acompaño a mi amada Gloria en esto:

antes de echarme a la calle
a derramar mi odio decido
echarme al papel y desangrarme
en él, que ahí no hace daño a nadie.
Sí, a lo que salga, pero que salga bonito.

Sí, lo eres.

El ascetismo trataba de redimirle del pecado original. Pensaban que el motivo de la caída del hombre no fue el sexo sino la gula; eso le condujo a probar el fruto del Árbol de la ciencia. Con la privación alimentaria, el trabajo diario para olvidar el hambre y la privación del sexo y las comodidades mundanas, el asceta aspiraba a la purificación espiritual, y era esa idea la que le daba fuerzas para soportar la crudeza de la prueba. Entendían que el cuerpo con poco se le mantenía su calor tal y como en el Edén estaban. En algún sentido, me considero asceta.

Probé el fruto
del árbol de la ciencia
por gula, solamente...

Eres una ermitaña, abandonada.
Hablas con tu sombra
de todo, de cualquier asunto.
Te retiraste, para verme mejor
con la distancia de los besos.
Quisiste redimirte de mi pecado
pero fue imposible ?el recuerdo
es tan tozudo que ni en la lejanía
de ese nido de amor puedes librarte.
No es que seas ermitaña, en verdad,
es que te has zurcido este andrajo
que llevas puesto como cilicio punzante.
Quieres hacer una cura de amor aquí,
en el desierto más desértico que conoces.
Te han dicho tus allegados
que debes librarte de mi presencia,
pero no de la presencia física ?que ya
te libraste? sino de la psíquica ?esa

que te tortura cada véspero, cuando
las defensas empiezan a bajar la guardia.
No reprimas lo bonito que te queda,
sería como cercenarte la muñeca
y querer coger el tenedor, y comer
?teta y sopa no caben en boca?,
y afligirte ese daño es absurdo
porque no conozco a nadie que quiera
sentir de su propia boca lo que duele
un mordisco ?es de un sinsentido tanto
cual este escrito que estoy perpetrando.
Sí, ya te lo dije antes ?retomo?, eres
una ermitaña sin intención ni vocación,
y todo por alejarte de mí, por olvidarme,
cuando la distancia no cura nada
sino que lo acrecienta hasta el desespero.
Hazme caso y vuelve, que la perra no deja
de llorar tu ausencia y tiene hambre
?no recuerdo cual era su marca de pienso
y me quedo a cuadros delante de las estanterías,
con tantos colores y tanta desgana.
La cama está deshecha todavía...

Un puente

Somos el tiempo
que nos queda.
?de José Manuel Caballero Bonald.

Maestro, que en paz descanse.

Cruzo ahora un puente
?el puente de todos
los santos?, construido con tiempo.
Piedra a piedra, mampostería,
fue este puente hallando contorno,
y su materia no fue de adobe,
no fue argamasa tierna, fue tiempo.
Me gusta mirarte, pero para mirarte
preciso de tiempo, de un tiempo
que no figura en los relojes, inmemorial
semblanza de una raza que se desvanece.
Voy cruzando un puente de tiempo
y sobrepaso ahora la tercera pilastra.
El río me saluda abajo las aguas,
y pasa raudo, como con prisas,
unas prisas que no entiendo
porque son prisas de morir,
de cumplir desembocadura y silencio.
No te vayas todavía, espérame quieta
en la esquina de este segundero incesante,
como espinas sin rosa, abedul sin ramas,
tiempo sin ti, sin tus ojos...
Dices que te han dado este puente, quédatelo

y disfrútalo sin mi presencia, yo trabajo.
Necesito verte aunque solo sea para cerciorarme
de que lo que vieron mis ojos antaño era cierto.
Te has convertido con el paso del silencio
en un sueño que no tiene despertar, ni horario,
ni alarma que de un reloj tardío se pronunciara
a un aire ralo, extraño, como de otro planeta.
Cruzo ?y mientras hablo sigo cruzando?
este puente, construido a base de tiempo
y argamasa, sin desdeñar el arte que los artífices
pusieron en el no caerse de una mampostería
megalítica y romana, cuya física no tiene explicación.
Si no tienes otro plan para este puente llámame.
Necesito oír el trino de tus ruiseñores brotando
de un cordaje ya en la nebulosa del olvido.
Necesito que al mirarme me guiñes en complicidad
el ojo, como hacías entonces ?sí, eso quedó ahí.
Cruzo el puente, solo, una vez más, sin contestación
que sustancie mi duda sobre ti, sobre tu pensar,
sobre tu sentir hacia mí, sobre tu quejido de noche,
cuando no hay testigos, ni orejas pegadas al tabique,
ni notarios, ni pitares de coches, ni voces de vecino.
Eso, cuéntame, para saber a qué atenerme,
aunque lo sé, o lo intuyo, lo siento, te siento...
Sigo cruzando un puente que...

Corre lento...

No escribo solo
con las manos,
los pies acompañan.
?Aforismo cincuenta y dos de la «Gaya Ciencia» de F.Nietzsche.

Corre libre, salta las matas
que salen a tu paso.
Corre raudo, cuenta hasta diez
antes de pararte en una coma.
Corre, toma el primer atajo,
no mires detrás, ya es tarde,
que la sal no invada tu cocinado.
Corre la pluma, déjala que se deje
llevar, la tinta que no le siga, escasa.
Corre sin hilo. sin madeja que lo recoja,
deja que se escurra sobre un inmaculado
palimpsesto, eso, repítete si hace falta.
Corre; que el negro sobre blanco dicte
su sentencia ?no preguntes el sentido
de lo que sale a mansalva de tu adentro.
Corran los dedos sobre un teclado yermo,
Corran sin freno, y que el traqueteo
del teclado sea banda sonora, martilleante.
que sea marco al milagro que va sucediendo.
No, no escribas con resquemor, con miedo
al qué dirán, como pidiendo explicaciones
a la musa; no, usa de tu ingenio y vuela.
Corre hasta recorrer con la ya cansada vista
lo que unos ojos incrédulos desmienten.
Siente, detente en el remanso del momento

y pregúntate si lo que escribes vale la pena.
Si no, arruga el papel y empapela el cesto.
Eso, no corras, las prisas son malas consejeras.

La lluvia no podrá...

Ya no va a dolerme el viento,
porque conocí la brisa.
Día diez, llagado de su sonrisa.
?Gilberto Owen.

?Voy a poner más baja la música de fondo...

Se me ocurre ensuciar la posibilidad
de este papel con este escrito:

Me esperas, hace tiempo
que espero este momento.
Voy andando, pensando en qué
voy a decirte, en cómo encajar
la jabalina de tu sonrisa, tus dientes
refulgiendo sobre el sensible
de mis pupilas, sobre un iris
que se vela para no encandilar
el entendimiento, gafas de sol.
Voy andando y la brisa me pega
contra los ángulos postreros
de los pómulos, helando se van.
Voy flotando porque no me doy cuenta
del esfuerzo del camino, una hora.
Voy pensando, y eso me aleja
de la realidad que me circunda.
No veo lo que siempre cuando paso
por este sitio, el edificio rojo
que tanto me llama hoy no.

No veo porque los ojos se han vuelto
hacia dentro; lo de fuera no importa.
No veo porque estoy escudriñando
cada pliegue de mis dudas,
de mis inseguridades, para alisarlas,
para que el vestido que luzca el alma
aparezca terso y sedoso, sin arrugas,
ante el escrutinio al que seguro seré
sometido; tu exigencia así lo decreta...
La brisa va tornándose viento
con el suceder de los pasos
?la meteorología no parece estar
de acuerdo con este encuentro.
Caen las primeras gotas y raudo
me cobijo bajo el saliente de ese balcón.
Espero que escampe pero no sucede.
La intensidad del goteo va en aumento,
y ella me manda un guasa para irse
y le digo que se resguarde. Hace tanto
que no nos vemos por un cúmulo
de circunstancias que dos gotas
no pueden posponer el festival químico
que en breve va a producirse.
Van a encontrarse en un mismo matraz
tu sustancia y la mía, y la costumbre
de no vernos no puede desviar la senda
del destino ?no debemos permitirlo.
Ella me responde que bueno, que hay
cerca un árbol frondoso cuya copa
es tan tupida que hará las veces de cornisa.
Empiezo a correr aun soportando el dolor
del aguacero golpeando contra mi rostro
cual si fuera un violento temporal sobre
un acantilado ya herido por la insistencia.
Ya la veo al fondo. Me congratulo
de no haber sucumbido a las insidias

de los dioses, sonrío.
Ella empieza a verme, me adivina, sonríe
en una primera instancia hasta que su boca
va abriéndose cada vez más en muestra
de alegría ?ríe a carcajadas y dando gracias.
Me quiere ?deduzco del tenor de sus ojos.
No fundimos en un abrazo tan ardoroso y tierno
como si de un bronce de alto horno se tratara.
Fue el momento, ese ?el resto sobraba...
Salió el sol a continuación, y un arco voltaico
con todo su espectro nimbó nuestras cabezas.

Las Ramblas

Las Ramblas es la única calle

que no quisiera que acabara nunca.

?Se dice que dijo Federico en una de sus muchas visitas

a la ciudad condal para pronunciar sus expectantes conferencias.

Al final de las Ramblas me encontré

con la negra flor.

?Canción de «Radio Futura».

Hace un domingo soleado de principios de noviembre.

Desde mi ventana se puede ver el puesto de Pepe, un establecimiento tan señero y antiguo que es raro el barcelonés que un día como hoy ?con este magnífico tiempo? no se acerque al menos a saludarle, si no quiere comprar alguna de sus explosivas flores.

Me contenta solo el espectáculo de color y bullicio que entra por la ventana e inunda la casa de positivismo, no necesito salirme de su alféizar para sentarme al borde de la cama, calzarme el próximo pantalón y las cercanas zapatillas y sumergirme en esa encantadora marabunta que cada domingo infesta de vida el largor de la calle, de la Rambla.

Ayer me acosté tarde, por lo que hoy toca desayunar cuando corresponde comer y a fin de cuentas ahorrarme una de las comidas del día, como hace la Flaca de la canción de Pau Donés al engañar el hambre. No me apetece prender los fogones y hacer de Arguiñano, por lo que opto por buscar un bareto de comida rápida y llenarme el estómago mientras absorto recorro y me alimento de la energía que emerge de esta calle.

Cerca, al fondo de la misma si te diriges hacia el este, está mirando hacia el mar Colón, señalando con su dedo enhiesto hacia adónde queda el progreso.

Cada vez hacen las hamburguesas con menos sustancia ?pienso? y me voy parando como en procesión ora a comprar alguna flor para darle un toque vital al apartamento ora a hablar con alguno de los legendarios floristas que desde casi su niñez no abandonan el puesto, caigan chuzos de punta o caiga el infierno sobre sus cabezas.

Me voy a sentar en este banco ?me digo? y saco uno de los libros que he contenido en este morral que llevo a la espalda. Me gusta pararme a leer aquí, en este preciso banco, después de haber ejercitado un rato las piernas; es como un premio al esfuerzo casi impalpable que conlleva el ejercicio matutino de recorrer la Rambla, aunque esfuerzo no es precisamente la palabra más acertada.

Desde donde estoy puedo ver mi ventana ?vaya, la he dejado abierta...?, y esa tontería, parece que no, me hace sentir que estoy en el salón, al otro lado de las miradas, en intimidad pero rodeado de miles de personas ?la intimidad es una sensación, no un dato real? y las historias que me salen a los ojos por la magia del azar las vivo como más intensamente que si realmente estuviera ajeno a

esta pulsión tan deliciosa, tan vital, que ahora me rodea, y que supone una banda sonora perfecta para las tramas que me van viniendo sin cesar.

Voy a dejar la escritura de momento, no quiero cansarte. Ya otro día, si quieres, me llamas y te sigo contando en tinta esto que me pasa aquí ?solo aquí, y a ti.

Godiva

Como no bajaba impuestos
por las buenas...

Todo Coventry era un poema,
pero un poema de esos del Dante
de los infiernos, de esos apoteósicos,
de esos que te ponen la carne
de gallina clueca.
La nobleza era juez y parte
y ella, ella era pueblo, era esencia.
La carestía en esos tiempos del medievo
llevaba el hambre al pobre; el pan... un lujo.
Ella tenía un caballo, blanco como el de Santiago.
Un caballo que pastaba en las cuadras
mirándole a lo profundo de los ojos
como queriéndole confesar su verdad.
Lo intentaba por activa y por pasiva,
incluso hizo como una Lisístrata aristofánica,
desesperada, y su marido, poderoso, fiel
a sus principios e intereses, no torcía el brazo.
La abstinencia no era suficiente. La lealtad
que un marido debía rendir a su esposa
brillaba por su ausencia, o al menos era menor
que la que debía a sus correligionarios políticos.
El caso es que, por la mañana, yendo a acariciar
a su caballo se le ocurrió una brillante, o si no
sorprendente idea: ¡Y si me monto desnuda,
luciendo la esplendidez de mis formas, arrastro
al pueblo tras de mí como un vulgar flautista
y me planto con pancartas delante del palacio

ducal!. Así lo pensó e, ipso facto, así lo hizo.
Eran las horas del primer refrigerio, ese
que necesitan los labriegos para poder seguir
dando azadazos contra una tierra dura, cuando,
desnuda, como su madre la trajo al mundo,
se paseaba despacio, a lomos de su amado equino,
por debajo de la vista ventanera de su marido,
el duque, que, atónito, mando apresarla a manos
de la rudeza de dos de sus guardias.
Fue encarcelada durante unas horas, las suficientes
para expresar sus apologías ?como diría en español
un anglófono? e irse con la cabeza baja, delante
de la vista altiva de su marido, y después, una vez
franqueado el dintel de la discordia, alzar la mirada,
orgullosa, con la ovación popular como telón de fondo.
Así fueron las cosas ?no le digas a nadie que todo
lo relatado es patraña, por favor...

Atlas

La primera vértebra de la columna se llama Atlas porque este fue condenado por Zeus a soportar la bóveda celeste, y esta es la que sostiene sobre sí el peso de la cabeza.

No puedo soportar más:
El peso de los pensamientos es excesivo.
No puedo soportar el cargo de conciencia
de serte infiel sin remordimiento,
dejarme llevar por los bajos fondos,
esperándome con la mesa puesta
sin llegar a venir del trabajo, desolada.
Su preocupación no fue la mía.
Mi mente en otro sitio brincaba
por prados con una venus de Botticelli,
refrescándome al agua de esta fuente,
fresca, el deseo me invadía.
Me encantas, lo sabes de sobra, eres lujuria.
Tu juventud me rellena los poros, la sabiduría
propia de mis años es ignorancia plena
al lado de la turgencia de tus senos, de la firmeza
desafiante de tus muslos, el sentido de vivir.
Ella esperando y yo aquí, riéndole su congoja.
El teléfono apagado a propósito y su sufrimiento
vilano al viento para mis sentidos, para mis adentros.
Si dicen que la vida es ahora, entonces la vida eres tú
?ella, la que me espera, por esta regla de tres,
no existe, solo ahora, tú, nada más.
Si la comida se enfría espero ?de ella? la meta
en el frigorífico para no violar la cadena de frío.
Ojalá que no esté cuando llegue, no dar explicación

mientras como y soportar su «jeta» de despecho.
Ojalá mi conciencia evite que se cierre el estómago.
Cada vez llevo mejor el peso de la deslealtad.
Cada vez más valoro el placer del momento,
ventana abierta al fresco de la mañana, lo demás...
Cada vez me siento menos ese Atlas condenado, sacrificado
a llevar el peso del mal pensamiento sobre sus hombros.
Entiendo su sufrimiento ?si le pasa a ella lo asumiré,
la vida son tres días y dos se pasan durmiendo...
Que me quiten lo bailado, contigo, sobre mis piernas.

Esa luna...

Endimión, joven y hermoso cazador de quien se había enamorado la Luna. Ésta lo visitaba de noche y lo besaba mientras él dormía.

Pedí el sueño eterno,
el padre me lo concedió,
pedí que entrara por mi ventana,
el padre me hizo caso,
pedí que me contara cuentos
todas las noches, solo uno
me permite.
Llevo durmiendo tres años
y Selene cada día viene.
Entra, abierta la ventana
y se me mete en la cama.
Me cuenta un cuento al oído,
me pone la cara contra su pecho
y la música de su corazón
sirve de banda sonora.
Me habla de la soledad de la luna,
de los cráteres huecos, profundos,
sin vegetación ni esperanza.
Me cuenta ?entre pausa y pausa?
que está harta y quiere venirse aquí,
conmigo, al calor de esta sábana,
a contarme un cuento al día
hasta que se cierre la persiana de mis ojos.
Se ha acostumbrado de muerte
a visitarme cada día ?entrar por la ventana
se está tornando una Odisea, dice?,
y de tanto ir y venir está dejándose la vida

por el camino ?este ajetreo le cansa.
Necesita sentar la cabeza, vivir dentro
de la mía y poblarme mientras duermo.
Necesita el calor de mi pelo contra su pecho,
que su corazón eleve las pulsaciones
por el frenesí que le supone contar un cuento.
Necesita acariciarme mientras las palabras
van brotando a borbotones de su boca
y verme, cada día, como las persianas....
Se tiene por afortunada pero el viaje la mata.
Da gracias a Dios por esta gracia pero...
Mañana va a poner en venta su casa, dice,
y el precio del cambalache será una ganga.
Aquí, me dice susurrando, las hojas son verdes,
las montañas de chocolate y la ceniza es escasa.
Allí todo es polvo, es gris mugriento y tortura.
Ella me habla como si estuviera escuchando
pero no escucho ?hace tiempo que duermo?,
y pone el alma en cada ilusión que hace verbo,
todo el poder de su sonrisa y toda la magia...
Ella se extraña de que no asienta, corrobore,
o le demuestre con algún gesto que escucho,
me mira y ve que duermo, y sonríe satisfecha.
Retira lenta la cabeza de su pecho
y la deposita sobre la almohada cual de niño,
se pone su traje espacial y sale pitando,
en silencio, con la pena en los labios cayendo.
Yo, ausente, durmiendo, todavía...

Mentira

¡Aplaudid amigos, la comedia ha terminado! Según Suetonio dijo Nerón antes de morir. Pidió antes de morir un espejo para verse la sortija de sus cabellos y sus mandíbulas desencajadas. Hizo que se las encajaran. Llamó a sus amigos a que entraran y les preguntó si a su entender había representado bien el mimo de su vida. Animaba a que aplaudieran si así lo había merecido el papel representado en su comedia ? "Si ha salido bien la comedia dad un aplauso y despidámonos todos con alegría ?al modo de la fórmula «spectatores plaudite» con que los comediógrafos latinos invitaban al público a aplaudir.

Todo es mentira,
todo es farsa,
lo que me rodea espejos
superpuestos, imagen nítida
del desprecio, cóncava efigie.
¿Todo lo que me han vendido?
Mentira, todo patraña.
Todo lo que material me dicen
es humo de pajas, es caminar
en pos de una meta que se diluye
en la niebla, como día de otoño.
Todo mentira salvo una cosa:
respiro, el aire que entra alimenta
mi alma, eso es lo único, el aire.
Mis ojos no son de fiar, mi oído
alucinaciones deja entrar por las orejas,
mi tacto es más ácido cada vez,
el sabor de mi lengua es viperina
y huelo el miedo escondiéndose
tras las esquinas, acechándome.
A cada paso toco las piedras
que me tocan en el camino,
quiero cerciorarme de que existen.
Sí, existen, pero el significado
que les otorgo no hace justicia a su materia.

Significo mal, no sé dar semántica
a lo que me voy encontrando, me falta seso.
Solo puedo atenerme a que respiro, solo.
También al hambre, siento ganas...
Me toco el bolsillo y no tengo nada
?tendré que mendigar un rato.
A lo lejos veo una venta, mentira,
me acerco con la sed de un sediento
y el hambre atroz de un gato, desaparece
a medida que me aproximo, es un espejo,
un espejismo como esos de sol contra asfalto,
de esos que un amigo ficticio inventa con la mano
tendida cuando no hay mano ni amigo.
Todo es mentira, es incierto, fábula.
No me resisto a creerlo, alguna verdad
debe albergarse tras los tejidos.
Soy quijotesco, lo reconozco, y no renuncio
a los gigantes cuando molinos de viento.
No puedo ?ya quisiera? aunque me lo digan
despacio y con un croquis, en morse o en chino;
no puedo renunciar a la esperanza...
Eso de tener tanta hambre como un gato...
Cosas mías.

Adonis

El eternamente
Joven...

Cómo te deseo cada día,
diosa mía, Afrodita.
Quiéreme ahora, mi vida,
porque ahora existo.
Mañana, la aurora reserva
una secuencia mortal,
y sabes que moriré joven,
que soy muerte, y que muero
y nazco y renazco laurel.
Artemisa ?que te tiene ojeriza?
quiere vengarse en mí,
y veo cómo se acerca ese puerco,
negro de muerte, con los colmillos
afilados y relumbrando al sol.
Se me va acercando como quien acecha,
como quien desea una pieza
pero no quiere por nada en el mundo
que se espante, espera el momento,
me quiere distraído con tu amor,
que no le eche cuenta a sus asechanzas,
que Artemisa me amenaza con forma porcina.
Carpe diem amor, ahora existo, mañana...
Quiéreme con toda el alma; dame mil besos
que yo te daré cien, luego dame doscientos
que yo te daré mil en los labios y los senos.
Aprovecha que estoy aquí, mirando, te...
Deséame Afrodita, que tú sabes más que nadie

en este mundo de locos, eres la diosa de esto,
acércate más, hasta que nuestras pieles sean una,
vuélcame sobre mi nariz tu aroma de rosas,
el vaho que sale de tus adentros por tus labios
y bésame, cien, mil, diez mil veces si puedes...
Soy amapola que pronto dejará de serlo,
flor que no conocerá la siguiente primavera
porque en el horizonte acecha la parca.
No lo dudes diosa mía, acércate hasta mí,
hasta que tu sudor sea fuente de mi sed,
hasta que tu manera de mirar sea óbice.
Ponme tu mejilla a tiro para besarla cien veces,
si no mil, quinientas, que no haya números
en la tabla para contar las veces, y que cualquiera
que ose vernos se le caigan los belfos de vergüenza.
Ven, Afrodita mía, ven conmigo a Chipre,
y allí, nuestra cuna, morir juntos.
Ven, no pienses...

Un poquito de vikingos

Laudrup se enterró
conmigo, a mi lado izquierdo.

Era una fría mañana de octubre.
El fiordo Lungren, al oeste de las tierras altas, crujía de frío
ante el adelanto que las nevadas había experimentado ese año.
Este frío, más propio de enero, quiso hacernos una visita para que fuéramos
tomando conciencia de la travesía que nos esperaba en este poblado, que fuéramos
pertrechándonos con antelación de todo el abrigo necesario para atravesar el invierno que
se avecinaba y que para muchos será el último.
De noche, cuando las estrellas arriba pesan tanto que no se escucha un alma, oía toses
de niños casi nacidos que me encogían el alma, me temí lo peor...
De momento iba resistiendo ?es verdad que al respirar notaba un leve pitido que brotaba
del pulmón izquierdo, pero no es nada, creí?, mi salud siempre gozó de buena reputación,
aunque los años no pasan en balde.
Ya es de día. Doy gracias a Dios por este regalo, por poder ver el denso verde que rodea
el fiordo y por poder disfrutar de mi gente, de mis arenques y demás delicias que me da
la tierra.
Laudrup, mi fiel escudero, era quien me despertaba exacto como las campanadas
de una iglesia que no existe en estos contornos. Me preguntaba si deseaba desayunar
otro alimento que no fueran los arenques en vinagre; que sería mejor para mi salud
que extendiera la paleta de mis viandas, más verduras y frutas naturales, de esas que tan
generosamente se ofrecen cerca, allá abajo, en la entraña del bosque.
Es verdad que tenía el colesterol alto y debía tener precaución con aquellos platos
que tanto me gustaban pero tan traicioneros eran, pero...
P.D. No sigo porque no pretendo escribir un relato largo ni una novela, y no creo que siga
con esta historia, por lo que...
Lo siento.

Un milagro

Las nupcias del incendio con el agua; eso es la Poesía, una paradoja, un oxímoron. Octavio Paz: La Poesía, hija del azar y fruto del cálculo. Fuerzas tan opuestas pero que nacen de un mismo impulso, lo inconsciente, la pasión, y la razón. El poeta busca su propio rostro, ese rostro que ya existía antes de que el mundo fuese creado ?Biografía de Tadeo Isidoro Cruz Borges, sobre esta cita que es del poeta irlandés laureado Yeats. La Poesía es el momento en el que el ser humano se encuentra frente a frente con quien es según Borges en esta biografía. La ficción y la realidad hunden sus raíces en un mismo y fértil e inseparable y arenoso terreno.

?Notas empaquetadas en una nacientes de mis lecturas y vídeos. La intención de impresionarlas en este escrito es desconcertar de partida al afanado lector.

Cuando clarea el día,
abriendo mi ventana al acaso,
se yergue esta flor, roja y amarilla.
Me da los buenos días, yo le contesto
cortés ?soy respetuoso con cualquiera
que me dirija la palabra.
Tengo tiempo, y por eso me paro.
Atento examino la maravilla
que la madre Naturaleza ha depositado
en su futura hojarasca ?ninguna flor, hoy,
ayer, o mañana, resistirá más de una primavera.
Como decía ?que me despistan los incisos?,
me detengo cuidadoso a ver el venamen
de sus hojas, esos cañitos de vida que posibilitan
alimento a la planta desde sus tiernas raíces.
Cojo ambidextro la maceta que la contiene,
me la acerco hasta que el extremo de una hoja
toca la nariz, la huelo, me lleno de vida.
Su fragancia no sabría como darle letra, es tan...
Me detengo ahora en el verde incipiente
de su tallo; contemplo sorprendido el vello
que lo puebla tal si fueran mis mismas piernas
?me anonada la similitud de los cuerpos?

y voy subiendo como por un tobogán
hasta el cáliz de sangre de este milagro.
Sigo subiendo hasta el interior de la flor,
estudiando su sexualidad ?estambre y pistilo.
Ya contento con el estudio y la aspiración
de sus aromas, deposito el tiesto donde estaba.
Me retiro, cierro la ventana y le deseo buen día;
ella me contesta que tenga suerte...
Mañana será otra historia .

Te hice daño.

La búsqueda de la identidad a través de la Literatura. La identidad individual y colectiva. Somos, los que escribimos, quijotes que embestimos con ceguera. Amar el daño según Lope. La literatura se emparenta con el daño, la incomprensión, el tiempo robado al sueño...

Te hice daño.
Sí, te lo hice
pero no me enorgullezco.
Pasé días atravesando
este desierto de desidia
y estoy harto de arena, ya.
Miro al frente sin fe,
el horizonte queda tan lejos...
Sí, te hice daño pero fue de repente,
sin pensar que tu piel era de cristal.
Fueron los celos culpables, yo no,
fue tu mirada entre los visillos,
fue el ardor que de los ojos
se despidieron entre bambalinas.
Por la noche pensaba.
Por la noche pasé a pensar rodando
sin dormir tu latente traición.
Por la siguiente noche volvían
como fantasmas en celo a atosigarme
la misma inconsistencia ?imaginaba.
Al despertar de un día
de esta serie nefasta te vi.
Te miré profundo como el que mete
la mano en el agua helada
hasta comprobar su desahucio.
Te miré profundo, sí, y tú te dejaste ver,

te dejaste hacer según el guion, y vi
?como sin esperarlo? la estela de un beso,
de uno de esos tuyos que solo das
cuando la saliva se te está acabando...
Vi ese beso y acto seguido se hizo negro
el ambiente; tú desapareciste como azucarillo
en aguardiente y te fuiste, con un nunca
entre las piernas, sí, la última vez.
Te hice daño, no lo niego, pero no fui yo;
fueron las circunstancias, la monotonía quizás
que me traicionara con visiones grotescas
de sátiros asediando nuestros fortines, quizá.
Espérate y no te vayas que creo, esta vez sí,
que si aprovechamos este derribo para hacer obras
podremos, sin lugar a dudas, lograr un nido cálido,
confortable, para ti, para mí, y para la armonía
que cual argamasa necesita sus cimientos.
Déjame que lo intente, déjate llevar, esta vez.

He sido...

Eco y Narciso.
Amar sin poder decirlo,

He sido frontón de tus palabras,
nido de tus pájaros,
horma de tu zapato.
He sido Águila volviendo
a casa sin presa, esa he sido...
Formaldehído a tus proteínas,
vitamina a tus desgracias, esa.
He sido, porque ya no.
Fui sentencia en tu juicio,
filete sin guarnición, sin plato,
fui pato sin naranja, mescolanza
sin paleta, raqueta sin tenista.
He sido dentista de tus caries,
futbolista de tus goles, trompetista
sin moflete, templete sin cupletista,
artista sin circo, bizco sin gafas, rata
sin alcantarilla, vajilla sin fractura,
usura sin usurero, verdulero y fraile,
esa, francesa, escocesa, tortilla sin huevo,
renuevo de planta pocha, hoja sin libro,
vino sin copa, sin compañía ni velas,
barco sin rumbo, tumbo sin naufragio.
Todo eso y más que no te cuento...
Como la diosa Eco me acerco a ti,
de noche, cuando las almas duermen
a pierna suelta, cuando el gallo no existe.

Soy a veces un narciso inmarcesible,
a veces ingenuo y lleno de estrías, otras vigía
de una nave sin atmósfera, otras elegía
de Ramón Sijé, y unas cuantas esperador
de lo inesperable, secuestrado por la amígdala.
He sido, y sigo siendo tuya, aunque en manos
de un destino que no sabe jugar a los dados.
Soy, he sido y seré un caso perdido, un abogado
sin título ni porvenir, un alguacil sin orejas
que ofrecer al torero que se lo merece, un jefe
rabioso y maltratador que se queda sin empleados.
Una víbora para ti, y tú, manzana y paraíso, sudando
pan cada día por una frente llena de rayas y años.
He sido perra sin hortelano, cancerbera vieja
de una discoteca que no abre los sábados.
Te he sido todo Narciso, y ahora he capitulado...

Hoy y ayer; ayer y hoy.

No somos el mismo al empezar
y después de terminar un poema
?Paul Valéry

Las obras de arte nunca se terminan, se abandonan.

Hoy no soy el mismo.
Ayer me subí a lo alto de ese naranjo
y las naranjas me abrieron los brazos.
Hoy ya no cae sobre mi piel ese aroma,
esa citricidad bañando la pituitaria.
Hoy no soy el mismo. Ni mañana...
Ayer el azahar se me mezcló con la sangre
e hizo burbujas, y esas burbujas subieron
hasta el balcón de la nariz para perfumarlo
de macetas, como aquellos geranios, infancia.
Hoy ya no recuerdo eso, estoy subsumido.
No soy el mismo que hace un minuto,
cuando bajé de ese pedestal y caí en la cuenta.
Estoy abierto en canal y no sé cómo coser
esta cirugía, no soy especialista.
Ayer fui capaz de subirme a las barras del parque
aquel que de pequeño llenaba mis horas muertas,
aquel del que solo resta un dibujo en mi memoria,
una entelequia sin croquis ni aparejador.
Hoy estoy aquí, en este banco, mirando a ayer.
El panadero me avisa de que el pan ha salido,
me levanto sin convicción, sin ganas de morderlo,
pero mi impulso me hace ponerme erguido,
ando y adelanto la mano para pagar; por contra

el chico pone el pan sobre mis dedos, en una bolsa.
Giro la cabeza y con ella el cuerpo y vuelvo al banco,
me siento, retomo el ayer y engullo el pan
sin tomarle el sabor, porque la atención y con ella
los sentidos están en lo que fue, no en lo que gusto.
Hoy soy lo que soy, un resistente que vive
porque es la costumbre y espera salvación.
Ayer fui lo que fui, un ignorante de la almendra
que rodea la apariencia, la simulación baldía
de una vida que se vive por que hay un carro detrás,
que tira sin que puedas evitarlo porque no se ve.
?todo lo esencial está fuera de la vista, invisible...
Sí, ayer y hoy. Dos caras que se dan la espalda,
a modo de un Jano que añora la Roma que fue.

Necesitaba contarlo

Si no existiese la muerte
no necesitaría tan ardientemente
el arte.
?Pablo Neruda.

Me pareció verte besarte con un chico,
contra la pared tú, él tapándome la vista
?yo miraba desde abajo la escalera?.
Entreví una pasión en la escena, una pasión
impregnada de alcohol y con él las avenidas
de sexo y rocanrol arrasando las venas.
Entendí que no eras tú pero me viniste a visitar.
Creí que ya eras tan solo la protagonista de un episodio
que ya leí y que no descarto volver a leer...
Él tenía barba ?de lo que yo carezco?, con fama
de ir a pillar cacho todas las noches en ese bar,
no podía dar crédito verte con él, aunque las ganas
no entienden de conveniencias ni méritos, no eras ella.
Subí las escaleras tras desaparecer ese momento, él
escaleró con ella hacia arriba y yo salí del bar perplejo.
No daba crédito al truco de magia que la mente me hizo,
era como si un cartomante transparente se colocara
ante mí y me hiciera un arte de ilusionismo.
Salí del bar, decía, subiendo las escaleras, por la puerta
que acompañaba a la escena y recorrí el camino a casa
pensando en como la vista no siempre es fiable.
Fuiste un amor de verano, un amor que me ha dado
tanto pábulo literario que su eco parece una repetición
inasequible, infinita, un pozo sin fondo.
Fuiste y eres imposible, y debo seguir adelante, pero...

Necesitaba contarlo.

Aquí nace.

Llegan mis cosas esenciales.
Son estribillos de estribillos.
Entre los juncos y la baja tarde,
¡qué raro que me llame Federico!
?De otro modo. FGL.

Aquí nace la poesía.
Cae la tarde y Federico se ensimisma.
Se asombra de su grandeza,
se extraña de que no fuera espectador
anterior de esa inmensidad que se le abre.
Después de un día de charla y risas
junto a la velocidad sonora de un río
se queda solo, consigo mismo.
Ha estado más de tres horas derramándose,
vertiendo lo mejor de su repertorio,
haciendo gozar a la audiencia y gozando.
Se pregunta de dónde nace esa gracia,
desde qué manantial se le hace llegar
y por qué orificio entra ?no se lo explica.
Aquí nace mi poesía, en ese misterio
?se dice Federico estando a solas,
mirando cual Narciso el espejo del río.
Yo provengo de una mezcla de sangres
?una mora y otra cristiana?, y un atanor
hirviendo de pasión y duende, crisol
de razas y mentidero de intrigas palaciegas.
Toda la salsa sobre la que nado es pábulo
a mis esencias y justifica lo injustificable.
Baja al río, el jolgorio queda detrás, silencio

interior y claustro de monjes que rezan.
Se sienta a la morisca y mira al verdor
pudiente de las aguas, reza un padrenuestro.
Da gracias por los dones que ha recibido
sobre el cuadriculado de un paño de cocina;
paño extendido y sudario sobre el que almuerzo
y duende se han cocinado a fuego lento.
Lo ha pasado en grande con sus amigos
y no sabe otra forma de gratificarlo que darse
por entero, ofrecerles en bandeja de plata
el arcoíris que lleva dentro ?pura magia.
Aquí nace su poesía, en esta esencia.
Cae la tarde, el río se apaga y con ello
el delirio narcisista que le escucha.
Deben levantar el campo y dejar impoluto
el trozo de hierba que ha servido de escenario.
Siguen riendo, no paran las chanzas y chistes
sobre la gordura incipiente pronunciando ya
el vientre de Federico. Se le aconseja cuidado.
Así se van acallando los rumores paso a paso,
el campo se queda quedo, lloroso, mudo.
Todo vuelve al eterno silencio que les precedió.
Otro día será repetido.

Ayer, de tarde...

Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura porque esa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.
¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos!...
?Lo fatal by Rubén Darío.

Me vino un efluvio,
de repente uno,
que me subió desde mis sentinas.
Uno que parte de tan de dentro
que huele a mojado y abyecto.
Uno que me niega el merecimiento
de estar vivo por partir de mi casa,
un día, cuando mi motivo cesó en ella
y tuve que migrar a otras tierras.
Uno que quería que no viviera
por haber «abandonado» el nido
que nació de mis manos, con los polluelos
todavía en ciernes y una madre coraje
al frente del cotarro?ya no era necesario.
Ahora, en tierra extraña, escucho ese efluvio
como el que oye un trueno cuando es sabedor
de que el rayo no va a herir sus pupilas, cuando,
conociendo su estridencia sabe de qué esencia
está tejido y cuál es el alcance de su veneno.
Sí, ayer, por la tarde, escuchando mis lecciones
se me vino, se hizo materia durante el transcurso

de un milisegundo y me dijo a la cara lo que pensaba.
Yo, impertérrito, no agachaba la cabeza, clavando
como dos agujas feroces las niñas de mis ojos
sobre el corazón de su trueno, sumiéndome
en su aguacero helado y traspasando el miedo
que su olor infunde al que penetra dentro.
Ayer, sí, no miento, pasó eso en un abrir y cerrar
de párpados, y doy gracias porque me he conocido
desde lo interno, bajo los cocederos de mi existencia.
Ayer, sin quererlo, de súbito, toque fondo
y conocí a los lenguados que reposan sobre su arena.
Ayer, como por magia del arte, vi al dios que llevo.

Sigo

La Ficción pertenece y parte de la realidad, no se sustrae a ella. Supone una evasión no operatoria de la realidad. Cuando asistimos a una representación teatral no salimos de la realidad sino que nos adentramos en una dimensión no operatoria de ella. Supone el exilio de lo operatorio nada más, no podemos abandonar la realidad sino muriendo.

?Jesús G. Maestro.

La lluvia me caía
sobre la cara.
A pesar del empape progresivo
del ropaje rehusé cubrirme,
descarté de entre las posibilidades
hacerme salvar por ese soportal,
ese que veo a cincuenta metros,
quiero sentir el agua disolviéndome
los miedos, quiero formar parte
integrante, intrínseca de su nomenclatura.
La lluvia sigue cayendo, y cada vez
con más intensidad. El delirio de disolución
parece seguir su paso incesante.
Mi memoria ?con tanta agua por entre
mis rincones? se me reubicó en el amniótico
líquido que me sirvió de hábitat, allende los tiempos.
Me sentía seguro, núcleo de una calidez
a salvo de imprevistos y lobos hambrientos,
me sentía por momentos volver al seno
de mis surgimientos y empezar de nuevo.
Reseteando.
La lluvia no cesa y mi decisión de sumisión
sigue sin ser asequible al desaliento.
Sigo firme en mi propósito ecuánime
de dejarme erosionar por esta intemperie,

este diluvio vivificador que me renace,
que me refunda mis cimientos y me deja exhausto.
Sigo firme en el mismo sitio, en el mismo punto
geométrico de esta calle céntrica, con numerosos
resguardos alrededor que descarto, deshecho,
con un desdén propio del orate, del inconsciente.
Siento una voz llegar a uno de mis oídos,
me pide subir, secarme y refugiarme bajo el calor
hogareño de una manta, poner la tele, ver las noticias,
dormir con los documentales de la 2 y olvidar esta performance,
este desafío a lo establecido, este discurrir según una lógica
dada y consagrada, este impedir que el yo salga por los poros.
Sigo en mis trece, que ya son catorce y quince
de tanta testarudez y sinrazón; me voy disolviendo...

Soy genial.

Dice Cervantes que fue el primero en construir con propiedad un desatino, dotar de verosimilitud a las narraciones en prosa, que hoy llamaríamos novela moderna. Aristóteles decía que la verdad está en la Historia y la mentira en la literatura, que la Fábula es una historia que no existe en la Historia, es una tomadura de pelo.

Dice Jesús G. Maestro que Cervantes fue prototipo de genio en tanto que dio una nueva racionalidad a la literatura existente y pretérita y los métodos poiéticos utilizados por él fueron del todo novedosos.

La genialidad, esa sirena que aún
creyendo atrapada se escapa
de entre los dedos.
?ocurrencia mía, en este instante.

El genio es siempre producto del otro,
del que te ve y te oye,
del que vibra ante tus dichos e imaginaciones,
del que se siente pequeño ante tu inmensidad,
una inmensidad de la que no te haces cargo,
una inmensidad que no puedes aquilatar
porque nuestros ojos no ven hacia adentro,
una inmensidad que te atrapa, te absorbe,
te inmoviliza tu rutina, tu sostén diario.
El genio es un emblema que te colocan
en la frente, tatuado de púrpura indeleble,
y que, afortunadamente, lo inscriben
cuando ya no lo puedes sentir porque has muerto,
porque la historia, una historia que te amaba
de cerca cuando eras flor olorosa, te soslaya

porque el tiempo acaba soslayándolo todo,
te desdeña porque la historia, como diosa
caprichosa que es, sigue caminando alta
la cabeza y sin mirar atrás, no fuera que se dé
por convertirse en la mujer de Lot, esa estatua
de sal cuya sangre se hizo arcilla por la nostalgia,
esa mujer embutida en lágrimas que no pudo
por menos que mirar su casa antes de que todo
fuera pasto de la venganza de un cielo que no espera.
El genio es cisne entre patos cuando se tiene
por pato entre cisnes ?porque por encima del genio
la persona late, vive, y necesita el temblor del que
está cerca, su calor, treinta y seis grados que alimentar.
El genio es un marchamo que te eleva
a una estratosfera donde solo hay ozono,
y donde el amor ?maná de nuestro vagar?
se ve diminuto o ni se observa directamente.
Ser genial es magnífico, disfrutas del milagro
de una poiesis nunca comprensible, te asombras
ante qué mecanismos se desencadenan hasta dar
a salir de tus dedos esas ocurrencias inéditas, esas
pequeñas locuras que sintetizan el arte de vivir;
pero el precio es alto. Sin el otro nada tiene sentido.
Todos nacemos para dar cumplimiento a un programa,
somos un software de más de cien mil millones
de neuronas y un aparato motor que hace sustancia
las órdenes que voluntarias o no nacen de la testa.
Todos nacemos, decía, para ello, y nuestra esencialidad
animal lleva como rémora todo lo que supone
un esfuerzo extra, y te lo hace pagar.
La genialidad no es necesaria a la supervivencia,
antes es una fuente de consumo que el cerebro
se niega a soportar aunque para tu ego, sí, para tu ego,
y para el disfrute del que te dedica su tiempo es un regalo,
un milagro.
¡Pero es tanta la soledad, necesaria por otra parte, para

dar cabida a tanto caudal y concebirlo en forma justa
y precisa!
Te llamo en este segundo para decirte que te entrego
mi genialidad a cambio de tu tiempo, y de tu caricia...

Amor y Poesía.

Amor y Poesía operan en la misma dirección pero en sentido contrario. El primero va de lo infinito a lo finito y la segunda lo contrario.

?Joseph Brodsky.

La Poesía tiene esa parte de derrota del héroe que insiste una y otra vez en su trascendencia aún sabiendo el desenlace, porque nunca se acaba de expresar lo que se desea. Soy una amante de los héroes literarios que saben desde su inicio que van a ser derrotados, cuando ese pensamiento los hace persistir en su empeño de trascendencia. Quijote, Madame Bovary, el Gran Gasby...

?Raquel Lanseros en una conferencia dada en la sede de la Fundación March en Madrid.

Amor y Poesía.

Escribo porque amo
?eso quiero pensar,
eso pienso cuando estrecho el dedo índice
contra el pulgar y garabateo pensamientos.
Eso quiero pensar, va por dentro.
Ahora escribo porque tengo reciente
mi encuentro contigo, ayer,
en la claridad vespertina del parque,
cuando las vecinas ya no miran las manos,
cuando las miradas pueden volar y decir,
libres como el pájaro que nos mira
desde esa rama. Ahora me brotan las palabras.
Tus manos temblaban por entre las mías,
recuerdo ?y escribo recordando?, y mis manos,
torpes como el niño que silabea por primera
vez la cartilla, deambulan por entre las líneas
de tus manos sin llegar a poder leerlas, la tensión
sexual se corta en el ambiente y debe esperar...
Sigo curvoseando por entre las líneas de este papel
sin atreverme a cruzar sus fronteras, no quiero salir
del cerco de los márgenes y que caigan fuera
los sentimientos que ahora me brotan, negro sobre blanco.

Levanto la vista hacia el aparador de en frente
para poner orden entre este acúmulo, separar
con un torpe cedazo el trigo de la paja y dar a expresar
cada una de las esquinas de aquel beso.
Fue de repente, sé que te corté una frase
?no me gusta interrumpir cuando alguien habla?
justo a la altura del verbo, pero...no pude resistir
la presión que la sangre ejercía sobre mi pecho,
era tal el torrente y el remanso subsiguiente
que los labios se me llenaron de margaritas
y tuve que brotar, siento haberte interrumpido,
sé que estabas justo en el momento de darle
el sentido que le correspondía y que querías
que me hiciese pleno cargo del mensaje, pero...
Ahora, justo en este momento, me acordé
de la descarga de electricidad estática
que me vino del banco ?era de un hierro hirviente?,
y que me hizo brincar y alzarme ?¿recuerdas?
El amor y la poesía son hermanos del mismo padre
pero con distinta madre ?¿o es al contrario, o ni una
ni otra aseveración es cierta? Que sais-je? como diría
Michel de Montaigne, no sé si el amor sobrevivirá
a este poema, no quiero pensarlo, ahora...
Te escribo porque amo ?o mejor: escribo porque
te amo, por lo menos en este instante.

Calamo currente

La meta está en el propio camino. El hecho de ponernos en marcha le da sentido a los pasos. Desiderátum. No hay ningún escritor que no sea un entusiasmado lector. En esa deuda eterna con los poemas de los otros se fraguan los poemas propios.

?Diversas anotaciones a voleo de escritos y vídeos.

Sí, es cierto. Es como me gusta escribir,
sin apenas reflexionar, o al menos en mi consciencia.
Me gusta soltar el cálamo y dejarlo a su libre albedrío,
que mis barreras no las sean para él, que disfrute
como disfruta un perro que ve que su amo lo libera,
que siente que por fin, después de una larga espera
solo, en casa, puede salir al exterior y retozarse a su sabor,
hacer lo que le plazca sin tener que ceñirse a unas normas
de civilidad que no están hechas para él.
Sí, soltar los dedos y que sea una fuerza anónima, ignota,
la que tome el mando de las operaciones, y a modo de
piloto automático vaya navegando a buen o mal puerto.
Sí. Se trata de abrirme un paréntesis de apenas media
hora para no pensar, para abrir la llave de un grifo
del que brotará agua o vino, no sé, pero lo que brote
será acuencado en esta hoja sobre la que escribo
y recibirá de mi parte, igual que un hijo pródigo, mi cuna,
mis brazos y mi casa para su asueto y descanso, sí.
En un principio ?allá por los primeros poemas?, como
si aprendiz de brujo fuera, estaba por tomar buena cuenta
de los rudimentos de esta ciencia, las ritmologías clásicas
y todo el conocimiento que un neófito debe adquirir
si algún día quisiese oír de otros la palabra «Poeta»;
ahora, esa palabra, que me parece megalítica, es una utopía
su alcance, he renunciado a perseguirla como antaño
lo hacía en sueños, y me limito a disfrutarla de lejos,

a jugar a que la tengo entre las manos y la moldeo
como plastilina de colegio, y darle la forma y el fondo
que mi torpeza llegue a pergeñar; solo eso, que es bastante.
Sí, sigue siendo cierto ?como al principio de este cuento?
que, como mi proyecto no es una empresa material sino todo
lo contrario, camino hacia el interior de la tierra ?Jules Verne
mediante? que me sostiene y me da pábulo, a mi centro,
y por ese motivo abro este grifo, un orificio en la piel de mi
alma por el que vaya saliendo, poco a poco, la linfa que
aguarda dentro, y que llora por salir ?y eso, créeme, da gusto.

Almudena.

Gracias a una renta heredada de su padre, Schopenhauer pudo vivir para sí y para su obra. Decía de ello Aristóteles que esa existencia es la más excelsa de cuantas pueden vivirse, consagrada al cultivo del intelecto y la sabiduría. Esto le proporcionó la libertad que tanto deseaba, pero compensada de frustración y soledad.

Sé que tengo esa suerte,
lo sé, tuve la suerte de nacer
en medio de una opulencia
hija del comercio y el trapicheo.
Mi padre, incansable y ausente, se desvanecía afanándose en su trabajo,
rico comerciante de una riqueza forjada a golpe de martillo.
Mi madre, rica heredera, vivió de las rentas
que su posición social granjeó a su familia
y a ella, por derivación y herencia ?eso dijo.
Le vi por entre los árboles del parque,
caminaba acompañado de una especie de acólito
atento a sus lecciones, al modo como lo hacían
los peripatéticos ?seguro que también se nutría
de la misma sabiduría.
Ayer conocí a Almudena...
Como si una pila voltaica se encendiera...,
me dijo cuando me lo encontré de frente
?me hice el encontradizo, es verdad?,
y me confesó su amor por Almudena,
una chica de provincias tocada por la suerte
de una herencia que recibió recién
de un tío terrateniente a las afueras de Frankfurt.
Era preciosa, me dijo; la tez clara, los ojos negros,
cualquier atisbo germánico era pura casualidad,
la sonrisa como una sarta de cascabeles al unísono;
el corazón se alzó como una cobra al acecho

y se llenó de luz, todo el pecho refulgía en la penumbra.
Ayer coincidimos en el baile organizado para el beneficio
de los pobres de solemnidad, como todos los años ?decía?,
y en el tedio de los prolegómenos apareció ella, con seda
roja extendida sobre su piel de terciopelo, y un tocado
de lo más discreto y elegante que se pueda uno imaginar.
Fue llegar y que los ojos tomaran vida propia, su gobierno
me resultaba imposible ;vida propia, voluntad propia,
insolencia propia. La indiscreción de sus pupilas me ponían
en serios aprietos frente a la circunstancia y ella mientras
mirándome perpleja y agradecida por tamaña afición.
Me acerqué para hacerle los honores, me llevé su mano
diestra a los labios y su perfume me embriagó de por vida.
Le pregunté su nombre y ella me lo dio con amabilidad,
con una dulzura peculiar no exenta de su sonrisa.
En ese momento de la narración se distrajo a la llamada
de un alumno que en el banco desesperaba, y pidiéndome
disculpas se retiró para proseguir la lección que dictaba.
Sentí algo de rabia porque el interés de la historia
me estaba poseyendo, y no sé si conoceré algún día
el transcurso de ese amor incipiente. Volveré.
Otro día enhebraré este cortado hilo, espero.

Mirarte

Eres Frágil, eres valiente,
las dos caras de tu moneda...

Mirarte es asomarse al mar,
a una mar en calma, serena,
con apenas un barquichuelo
sin estela, sin atreverse a arañar
la tersura del agua, tranquilidad.
Mirarte es mirar sin pestañeo
al abismo, no temer caer
a una profundidad insondable,
saber que en el fondo espera
la raíz de nuestro árbol, tus ojos...
Mirarte es atreverse a un agujero azul,
cuya singularidad está en el gesto,
en ese guiño de complicidad
que viene a decirme que todo está bien,
que estaré bien si me dejo llevar.
Mírame y dime qué ves en mis ojos,
dime que ves un manantial de agua fresca
donde abrevar tras una larga caminata,
donde despejarse el rostro del sudor
de un sol que no cesa, donde...
Mírame y dime lo que quiero oír,
hazlo solo por esta vez, la verdad no hace falta.
Ahora, que te tengo cogida por la manos
acariciándolas mientras te recito estas letras,
alzo las pupilas para que con las tuyas
sean una, y sin que el pulso ni la voz me tiemblen
dedicarte estas palabras, que ahora me brotan

desde la alberca del alma y amenazan diluvio.
Por lo intenso de tu mirar no oso fijar el mío.
Me cuesta mantener la tempestad
que genera el negro de tus ojos sobre mis ojos
?tu andalucidad me llena.
Estas letras te las estoy recitando de memoria;
no quiero mirar el papel que entre las manos
me sirve de torpe guía, y si no me acuerdo
de alguna de ellas las inventaré sobre la marcha;
todo con tal de no dejar de mirarte a lo profundo
de tu entraña y buscar norte, brújula y barca
que me devuelvan a puerto sano, aunque no salvo,
?no importa lo que sea de mí después de esto...
Mirarte es tanto que no da abasto mi vocabulario.

Mi guitarra

¿Que qué importancia tiene para mí el silencio en el cante? Es lo más hermoso del mundo, ahí se para el viento, se para el tiempo, cuando estás compenetrado con la guitarra es...

?Manuel Moreno " El Pele".

La guitarra, mi guitarra,
mi fiel compañera de juergas,
esa que nunca se queja, esa
que piensa que todo es poco
si la dicha es buena, esa
que siempre da la nota, la nota buena.
En el mercadillo de abastos tengo sitio,
a las ocho de la tarde empieza el concierto.
La gente aguarda desde una hora antes,
se aglutina en torno a un posible duende,
una magia que de repente surja, por ensalmo.
Me siento, en una silla de anea,
coloco su cintura sobre mi regazo,
hago los tientos para busca afine, que bien suene,
rasgueo sus cuerdas lo suficiente, hiero mis uñas
con delirio contra bordón y prima
hasta que el sonido es perfecto, hasta que la rima
de mis letras encuentra telón de fondo,
abrigo entre sus arpegios y quejíos.
La guitarra, mi guitarra, esa que no cesa
en el empeño de seguirme, fiel compañera,
nunca se queja, ni siquiera cuando por azar del destino
se rompe una cuerda ?son gajes del oficio.
Querida, si fueses mujer te tendría eterna
sobre un pedestal de oro y madreperlas,
con una cuna tierna para que tu madera

no sufra el paso del tiempo, con una mantita
de terciopelo verde que simule el campo,
la floresta de donde naciste, de ese tronco
que devino materia para tu resonancia excelsa.
Esa, sí, mi guitarra, mi fiel compañera,
siempre preparada, siempre dispuesta, sí.
Y eso que le doy jarana, trabajo y pena,
un sinfín de conciertos, rasgueos y juergas
que sin fin se van sucediendo, carrusel sin tregua.
Sí, te quiero como si en vez de madera
fuera carne lo que contornea tu aire.
Cásate conmigo, sin ti no imagino una vida,
dame un sí rápido, que mi amor no tiene espera.
Tápate, no cojas frío, espérame que ahora ensayamos
para el próximo del siguiente concierto.
Ahora vuelvo, no te vayas... que muero.

Pintura y Poesía

Ut pictura poesis
ut pictura musica.
?la poesía es pintura que habla y la pintura poesía muda
Horacio.

Ayer por la noche las calles desiertas,
las familias en sus casas
viendo venir el nacimiento.
Ayer, de noche, casi nadie, yo,
buscando almas, algún mendigo
me deseaba una felicidad que ya tenía.
Sevilla casi para mí ?y para algún viajante
deseoso de arquitectura y con hambre
de saber de lo que yo ya sé.
Las calles no hablaban, solo algún pitido
a destiempo rompía un silencio de petardos,
algunas voces celebrando encuentros
que en otras fechas no se dan, más de lo mismo.
Acabé en la plaza de la Alameda, en un único bar
que se dignó abrir para el deambulante sin hogar.
Allí, pandillas de jóvenes brindando al aire,
un aire frío y cálido a un tiempo, cual oxímoron
que me atrevo a recoger ahora, en este espacio.
Yo, haciendo tiempo para ir donde siempre
?no viene bien que esta fecha caiga en sábado...
Miré como por un periscopio a la concurrencia y vi
un pelo largo rizado, ojos negros, joven, delgada,
acompañada de una amiga y de un amigo que llegaría
más tarde, al lado un extraño que por el atuendo

parecía un vagabundo pero a juzgar por el móvil
que apretaban sus manos no podía serlo.
Yo de pie, tomando algo, haciendo que el tiempo
se entretuviera conmigo mientras pasaba de largo.
La miraba ?me gusta decir con la mirada lo que
mi boca no se atreve, es de lo más sugerente.
Decía que la miraba, con ganas, disimulando,
guardando pausas para no molestar, para despertar
el interés de ella, y así fue ?ella me correspondía.
Me cambiaba de lugar a manera de juego, me entretenía
ver cómo ella mordía el anzuelo ?fue lo único que mordió
muy a mi pesar? y me secundaba de aquella manera
tan peculiar que tienen las mujeres, una manera que reúne
una pizca de pasión y recogimiento, no fuera que me diera
cuenta y no era menester llamar a los fantasmas.
Me gustaba ponerme en lugares donde si quería mirarme
tenía que hacer una torsión con el cuello nada aconsejable,
pero la hacía, de esa manera que haciéndola parece que no.
Me tomé dos copas durante el tiempo que permanecí
jugando en ese bar, en la parte externa del mismo para ser
exactos, donde colocaron unas estufas verticales para abrigo
del bebedor que se acercaba con sus manos o de espaldas,
como era mi caso y el de ella ?yo iba solo con una camiseta
larga, como es mi costumbre, el frío es ya un viejo amigo.
En un momento de la estancia, hablando con el amigo
que faltaba por venir por el móvil y para indicarle el lugar,
se levantó y se dirigió hacia mí, como queriendo contactar
ya de una vez después de tanta miradita y decirme
algo que rompiera esa magia, que ya se cortaba de tensa.
Solo me miró y se disculpó porque al pasar un coche en ese
momento casi se choca conmigo. ¿Fue premeditado?
Cuando llegó el amigo se olvidó de mí, o así lo entendí.
En ese momento me retiré del lugar con la cerveza
que llevaba en las manos y me fui a donde siempre
con una pregunta en la boca. ¿Quizás si..?
Entre que el juego me gustaba y que entrar sin permiso

en su espacio me parecía una invasión, me quedé
para mí con el qué hubiera pasado si...
Pienso que no hay que romper la magia bajo ningún
concepto, con lo que dejar la pregunta en el aire
es de lo más vital y conveniente.
Quien no se consuela es...
P.D. No sé por qué cuento estas cosas.

La certeza es...

Estoy leyendo algunos pasajes sobre pedeefe ?de Trilce? y se me cuela algún pensamiento por entre mi fijación ocular en los versos. Se me vienen recuerdos del parque donde llevaba a los niños a pasar la tarde ?es ya pasado y no pesa por ello, o sí, pero en cualquier caso es ya sabido y siempre mi agua pasada no ha movido molino?. Ahora, que navego alrededor de una encrucijada, hecho por momentos de menos la certeza de entonces, o quizá la ignorancia de mí que no tengo ahora.

?Por si alguien se lo pregunta, Trilce es un poemario de César Vallejo.

Certeza,

La certeza es una casa,

con la techumbre a prueba

de lluvia, frío, hielo, desamparo.

La certeza es ver la tempestad

por un cristal ventanero

y no recibir nunca una sola gota,

disfrutar del espectáculo

que la Naturaleza depara

sin sufrir los rigores de su fuerza.

La certeza ?no la cerveza,

que con la Navidad la mente se desvía?

es una manta caliente, un sofá frío,

una película llorosa, y el gris de un cielo

contra el entramado de un nido cálido.

La certeza es olvido, no pensar,

es una cuerda de funambulista

contra el abismo de abajo, profundo,

que llama para engullirnos y no dejar rastro.

La certeza es poner el oído

contra la pared del vecino y escuchar la pena,

el lamento por un mal trago

que la vida le hace pasar, y tú a salvo,

al otro lado, escuchando y alegrándote

a Dios de que la vida no te pase factura, todavía...
La certeza es silencio, calma, una mar
que ni siente ni padece, sin barcos,
sin estelas, bullendo contra un sol
que se empeña en violentar sus olas,
una mar ausente de padecimientos,
de pesares, ignorante de la muerte
que tan abundante se da cita bajo ella
?miles de peces mueren plastificados?;
una mar que no quiere saber nada,
que ha sufrido batallas navales y sabe
del ruido atroz de cañones y persecuciones
policiales a propósito de la droga y las armas;
una mar que por estas razones no quiere
sufrir más y se hace la loca, mira para otro lado,
se intenta rodear de una coraza de sal
que le salve de la barbarie y la sinrazón.
Sí, la certeza es eso, es pedir con ahínco,
postular al todopoderoso una migaja de paz,
solo eso, un poco de calor contra el frío ambiente.
La certeza es...

Solo

Schopenhauer llamaba a su caniche «so hombre» cuando le insultaba por algo que hiciera mal. Paseaba por la vera del Meno de tarde, fracasado de los intentos de labrar una profesión, intentó valérselas de traductor de grandes pensadores pero le dieron la espalda, y se consideraba un hombre superior, al modo platónico, por ser artista. Siempre quería llevar razón en sus discusiones en el hotel Inglaterra tras la comida, porque se consideraba en posesión de la verdad frente a un vulgo ignorante.

?Notas a una ponencia sobre su vida.

Podría ser...

Me he quedado solo.
Jugaba al fútbol con otros amigos,
una plaza amplia a ras de ventanas
de vecinos y sobrevolada por columnas,
una escalera de acceso larga,
con una pausa en medio, para descansar.
Sigo solo, oigo risas.
Oigo que me miran sin llamarme
?o respetan mi silencio
o no se atreven a romperlo?, yo sigo solo,
pensando en nada, tumbado sobre el fondo
de un abismo que solo vive en mi cabeza.
Uno de ellos opta por llamarme,
pregunta si quiero jugar con ellos,
le digo que sí, que ahora, cuando
terminara de pensar, de subir por las paredes
de este pozo en el que estoy escondido.
Seguía solo, sentado contra el banco verde
lindante al estadio ?a mí me lo parecía.
Supongo que necesitaba parar, asimilar la vida
que me iba entrando poco a poco y no daba abasto.
Juan se me acercó para asegurarse

de que estaba bien, le dije que sí y me fui con él,
ya fuera del abismo, viendo la luz, queriendo.
Me uní y empecé a reír con ellos,
al unísono, como formando parte de una entidad
superior, sintiéndome pieza de algo
que no acababa de explicarme ?ni ahora me explico.
Ahora, en este instante, sigo solo, levanto la vista
del papel para respirar y seguir escribiendo.
Me seco las lágrimas con el dorso de la manga,
enjugo un recuerdo y sigo escribiendo...
Espero que me entiendas. Dejo la pluma dormir
sobre este tintero.

Ojalá pudiera...

Si me preguntas con qué materiales trabaja lo tengo claro: con lápiz y misterio sobre papel, porque el misterio es una sustancia que mancha y nunca acaba de secarse.

?Míriam Reyes sobre la poesía visual de Óscar Sanmartín.

Abro los ojos,
es de mañana,
los rayos despiertan,
la ventana se levanta
y la claridad alumbra la habitación.
Frío, las calles inician su trajín,
los coches no tienen espera
y el semáforo aguarda un verde que no llega.
Abro la puerta de la cocina,
los platos vacíos, el horno sin leña,,
la tostada que todavía es pan
y el aceite se derrama sobre la encimera.
Recuerdo cuando poblabas esta estancia,
la escarcha cayendo a borbotones en enero,
algún tequiero se escapa por entre mis ramas,
alguna sonrisa, alguna caricia permanecida
entre los dedos...
Silencio.
La mañana ?salvo algún mueble arrastrándose
arriba? es silencio continuo, es eternidad
que se eterniza hasta hacer caer las manecillas,
es tardanza, un segundo que se hace horas,
un pensamiento que se remansa en la cabeza
cual un río sin mar. Es mirar tu foto, en el salón...
Despierto del letargo, debo volver a la realidad;
el trabajo espera su turno y me visto raudo.
Salgo pitando que el autobús no para,

el chofer me desea feliz año y le contesto no sé.
Miro por la ventana y la vida sigue ?hasta su mar.
Entro en el despacho con sonrisas y confeti
y una alegría enlatada en frases muertas.
El jefe me abraza y me dice al oído que mire
cuánto me ha subido el sueldo?es una sorpresa.
Todo sigue igual, la rutina cumple su guion.
Todo en su sitio.
Todo cambia para que nada se mueva, como siempre.
El año que viene os cuento por estas fechas
?ojalá pudiera...

Eliminemos la cópula.

Leibniz se preguntaba por qué hay algo más bien que nada...

Ya lo dijo el sabio:
Entre nosotros,
entre tus ojos y los míos,
entre tus intenciones
y las mías hay algo.
¿Qué puede ser ese algo?
Vete a saber, pregúntale
a los vientos por si en las olas
de sus mares sobrevuela una botella
donde se contenga el misterio.
Vete a saber si son fuerzas
que por de signos contrarios se atraen,
o es que tu cuerpo, al posarse cerca del mío,
ejerce una gravitación difícil de contrarrestar.
Sea lo que fuere, el caso es que si merodeas
mi estancia las alarmas se encienden.
Si fuera un perro, al verte, mis orejas
se pronunciarían como antenas,
sintonizarían con tu sustancia y harían amalgama,
y buscarían tu emisora para escucharte de mañana,
y enterarse a través de ti de qué pasa en un mundo
tan siniestro y mágico como este.
Vete a saber que será lo que media
entre tu piel y la mía, quizá que el colágeno
que les da elasticidad se entremezcla
en una química inédita, no escrita en ningún
sesudo tratado publicado hasta la fecha,
hasta este instante, en el que la fusión lugar tiene,

ahora, sobre la superficie de una sábana exhausta
de tanto amor incomprendido, de tanta pasión
que espera desaguadero en la próxima alcantarilla.
Ya lo dijo el sabio y te lo canto ahora: entre tú y yo
no caben cópulas ni preposiciones.
Escribamos a partir de ahora «tuyo»
como sinónimo de tu y yo, sería lo correspondiente.
Eliminemos esa «y» que nos impide la cópula.

Háblame

¡Por qué no hablas!

?Solo, según Miguel Ángel, le faltaba eso.

Eres tan perfecto, Moisés,
eres tan inmenso en tus formas,
en lo que expresan tus expresiones,
el contorneado exacto de tus músculos,
la tensión que de la emoción
en las palabras proviene, de tus doce tablas...
Eres tan perfecto, Moisés,
que si hablaras serías el Dios mismo,
ese que dicen que estuvo en la tierra
allá por los principios de los tiempos,
que se hizo seguir por unos hombres
que fundaron en su nombre una teología
inédita, un paréntesis religioso
al margen de los márgenes.
Te miro ?ahora, que te doy por concluido?
y siento que de un momento a otro
vas a prorrumpir recitando los diez mandamientos.
Te miro y... no sé como expresar
lo que siento, es un orgullo de hacedor,
es sorprenderme de mí mismo,
de cómo el mismo Dios me posee
para conducir mis manos hasta tanta exactitud,
tanta realidad, tanta que temo que te levantes
de tu cátedra de un momento a otro y te vayas.
Te vayas a las tierras del Sinaí y asistir de nuevo
al prodigio de la zarza ardiente, a la llamada

de Javé al monte para recoger las leyes, las doce...
Contéstame a mis ruegos Moisés, te lo suplico
por lo que más quieras, dame el gusto
de oír tu voz y morir en ese instante, exhausto.
Dámelo, hazte carne, dime, pronúnciame.
Te tengo que dejar.
Debo descansar para recuperar las fuerzas
que preciso para venir y verte de nuevo,
y con suerte asistir al milagro que deseo.
Ahora, en el lecho, apoyando potente
las mejillas contra mi almohada rezaré,
y me postularé con todo mi ser a aquello
que Dios me ordene a cambio.
Te dejo para hablar con Dios y pedírselo,
aunque tenga que vender mi alma
al diablo como ya hizo ese Fausto
del que tanto se pregona en los mentideros.
Te dejo ya, no insisto, que los párpados
se me bajan como persianas sin cordel.
Adiós, hasta mañana. Descansa.
P.D. Cuando Miguel Ángel volvió la espalda
Moisés, seguro de que no era visto, se levantó
y susurrando, para que no alcanzara sus oídos,
pronunció una aleya del Corán.

Es enero

Entre tanto guijarro de la orilla
no sabe el mar
en dónde deshacerse.
?El mar sigue adelante. José Emilio Pacheco.

El aire parece hielo.
Llueve, ha llovido, y la cara del cielo
sigue triste ?en breve llorará de nuevo.
Mientras escribo miro a la derecha.
A través de la ventana el ojopatio
se divisa gris, un gris ceniciento recortado
por tendederos rendidos al peso del agua,
calando de improviso las ropas.
Algunos cordeles tiemblan ?eso me parece.
El que está pegado a la pared frontera
vibra cual si una mano ausente lo meciera,
como si un viento transparente quisiera
hacer dormir la sucesión azul de pinzas
y prendas que lo pueblan, y con una nana
impronunciada fuera a darles sueño y quietud.
Miro atentamente cómo una camiseta malva
cobra vida hasta desprenderse del presidio
inútil de su pinza y emprendiera un vuelo
gravitatorio hasta el siguiente cordel, algo abajo.
Un rayo solitario de sol me está sorprendiendo
ahora; inunda la habitación de energía
y hace que el patio reverbere vida nueva, inédita.
El ventanal del lavadero del octavo recibe
por completo ese rayo, el resto nos beneficiamos
de una luz vicaria, restante, pero suficiente

para insuflar en el espíritu algo de esperanza.
Si sigue así las ropas van a recibir el abrigo
necesario para enjugarse y hacerse merecedoras
de la doblez que se precisa para ser guardadas
en sus respectivos armarios y aparadores, ojalá.
El aire, que al principio del escrito parecía triste,
ya afirmaría que no lo es tanto, va recobrando
aunque sea levemente la alegría que es característica
en mi tierra, donde la luz es pincelada permanente
en cualquier paisaje que podamos pensar, es enero.
Se ha ido otra vez, miro de nuevo al ventanal
del octavo solicitando en silencio que vuelva,
que el reverbero anterior se reedite hasta la saciedad,
necesito que mis calzoncillos se sequen
antes de darles clausura en el primer cajón. ojalá.
Ya vuelve otra vez. Este vaivén me desconcierta
y me despierta una curiosidad con la que no contaba.
Que la batalla del astro contra la nube
se decante en favor del primero ?ahí lo dejo.

Para qué

Me hago preguntas todavía, esas, aquellas preguntas que los niños repiten sin cesar hasta que descubren la profunda sordera de Dios.

?Parafraseando a Blanca Varela.

Soy un mar de preguntas,
y tú también.
Me levanto de la cama
y es poner el pie ?izquierdo
o derecho según los días? sobre
la zapatilla y venírseme de repente
una pregunta: ¿Pasaré frío?¿Habré
dejado la ventana del salón abierta
ayer, que era invierno?
Siento una especie de pluma de ave
que me recorre la piel de arriba abajo
erizándome sin remedio el folículo.
Apoyo las manos sobre los laterales
del colchón que en su borde ocupo
y me yergo, arrastro un andar indeciso
hasta el baño, veo a alguien en el espejo
que no acabo de reconocer, golpeo contra
el rostro una ráfaga de agua aclaratoria,
las neuronas se despiertan al reaccionar
contra el frío impreso en la frente ?el agua
fría mezclada con el invierno es redundante.
Abro la puerta del romi, cojo con decisión
el cepillo de dientes y lo sumerjo en el vaso,
una especie de resumen de un océano, pringo
sus celdas con una pasta roja y blanca y froto;
froto con una violencia tal que el rojo primigenio

de la pasta se alía con el rojo fluyente de los dientes,
de manera que, en un concierto de tonos rojos
sin igual, logran una suerte de cuadro surrealista
que me aterra por momentos.
Ante semejante debacle dirijo la mano derecha
al vaso e introduzco con determinación el líquido
elemento en la lamentable cavidad que se me abre
entre medio de los labios ?expulso un violento
líquido rosa Tiepolo contra el inmaculado del lavabo.
Tiro de la toalla con rabia y me seco los restos
del naufragio; salgo de un baño fracasado y limpio.
Desayuno rápido y mal para alcanzar el próximo
autobús que me lleva a un gallinero, un lugar dónde
un numeroso grupo humano se sienta en serie
para alcanzar las metas productivas estipuladas
por la dirección ?quince mil huevos al día.
Salgo a la calle sin pena ni gloria y me asalta una pregunta:
¿Por qué todo esto?¿Para qué?
Cerca, al solo cruzar de la calle que se me atraviesa delante,
se extiende hacia su desembocadura un río, un río grande,
ancho, caudaloso y helado en estas fechas ?voy a asomarme.
Los patos siguen atados a su curso como resistiendo
el desahucio que les impone la congelación ?los admiro.
Cojo el autobús de vuelta y abro la puerta. Me pregunto:
¿Habrá alguien dentro, alguien que teniendo llave
como yo se haya hecho fuerte en mi castillo?
Parece que no. No oigo nada...

Basilio y Quiteria

Al fin y al cabo Quiteria prefirió
la pobreza de Basilio frente a la opulencia
de Camacho...

Sabes que contigo pan y cebolla,
que no necesito joyas ni caudales
para quererte siempre a raudales
hasta que me cueza en la olla.
Camacho quiso llevársela al huerto,
mas Basilio no estaba ya dispuesto
a soportar la afrenta de su pobreza;
dispuso opípara una mesa de viandas
y golosinas varias y encantó a la novia.
Camacho, sorprendido cual pontífice
arrebatado de su tiara, aduce en contra:
Podrás por fecha señalada tal dispendio
hacer pero mañana, tus deudas miles
te harán consumirte sin posible remedio.
Basilio, ni corto ni perezoso, arremete
la afrenta y contesta ufano: Mañana Dios
dispondrá, pero hoy, que venga y me quite
lo bailado, que estaré esperando sentencia.
Camacho, abochornado por tanto ingenio
y perspicacia, gira el rostro, mira a su hermana
mayor, que baja la mirada, y desaparece
dejando sobre la estancia todos los manjares
que cual vendaval desplegó engreído
sobre mesas y aparadores ?ovación general.
Quiteria, con una sonrisa de oreja a oreja,
se acerca a su héroe para rendirle pleitesía

y, coronándole con un beso profundo, dispone
misa y corte para que se oficien litúrgicas las bodas.
La comparecencia entusiasmada corea su nombre,
se abalanza en tropel sobre Basilio y lo eleva al cielo
cual en otro momento hicieron con Sancho Panza
en aquella venta que parecía un castillo.
Y colorín colorado, estas bodas han terminado.

Ficciones

La liberación de Melisendra.

El creerse la realidad de la ficción
entraña graves riesgos y desmanes.

Quien haya alguna vez en su vida osado la lectura de este precioso libro, o incluso haya leído alguna reseña a su respecto, se habrá topado con seguridad con el episodio de las marionetas del Maese Pedro y el desbarato final que aconteció.
Tanto Sancho como Quijote se avinieron a prestar atención, sentados, a la representación que esmeradamente dispuso el Maese sobre un pequeño maderamen, con su cortinaje a juego, itinerante. Recuerden que este tal Maese Pedro no es más que Ginés de Pasamonte, el archiconocido autor de la réplica contrarreformista de su primera parte.
Tanto uno como otro no lo reconocieron ?digo no lo reconocieron porque en el anterior episodio de los galeotes tuvieron un encontronazo palpitante?, y empatizaron con todo lo que iba sucediendo hasta creerlo real. En el nudo de la historia, Galiferos, esposo de Melisendra, perpetra su rescate del cepo del rey de moros Marsilio, y, ni corto ni perezoso, Quijote, no dando crédito a lo que estaba viendo, y manoteando como un poseso, dio al traste con toda la función bajo la estupefacción del respetable y del Maese, que quedó mohíno y humillado.
Quiero entender con este episodio que Cervantes hace una velada crítica a aquellos que se resisten a aceptar que la ficción no es más que eso, ficción, y la realidad que pudiera adscribirse a los hechos no es más que un mullido suelo, profundo, insondable, sobre el que la ficción, que es mentirosa o mejor verosímil, tiene lugar.
Quiere el genio gallego ?digo gallego y no compostelano porque se le atribuye una más que certificada procedencia gallega? poner en solfa a aquellos miembros de las letras de entonces, los mal llamados humanistas, que, poseídos por un fervor religioso tan corrosivo que no les dejaba ver más allá del evangelio, criticaban la imaginería literaria del momento, envestidos de censores, como el Quijote hizo con los títeres.
Diría, sin miedo a equivocarme, que hoy en día, y debido a la vigencia de las redes sociales, este fenómeno está tan presente como entonces o más.

La democracia postmodernista en la que estamos sumidos diluye el sentido figurado de las palabras, sean o no artísticas, hasta que solo es considerable su sentido literal, dejando un margen minúsculo, casi imposible, a la imaginación y la libertad artísticas.
Por supuesto, finalizo, que me adhiero grandemente a la crítica de mi maestro, referente e inigualable hacedor, con el que me identifico en su visión crítica ?humana, sincera, respetuosa con la vulnerabilidad e imperfección que nos caracteriza?y del que aprendo hasta asimilar en lo posible su poética.
Vale.

Una herida...

Si la vida es un libro,
quien no viaja solo lee
la primera página.
?dice San Agustín.

Hace tiempo que no viajo,
hace tiempo que las agencias de viaje
no hacen su agosto conmigo ?nunca lo hicieron.
No me gusta viajar solo, para eso tengo a mis libros.
El mundo es sorprendente, está salpicado ?como diría Shakira?
de toda clase de maravillas, tanto humanas como naturales pero...
Hace tiempo que no viajo ?desde que me faltas tú.
Eras tú quien organizaba, quien pensaba el cómo, el cuando...
Yo solo tenía que poner mi cuerpo y mis ganas a tu disposición,
no ser un obstáculo a tus ideas, tus fantasías, eso hacía.
Desde que no estás las agencias no mandan emails recomendando
tal o cuál viaje, no, porque la informática, con el tiempo, parece
revestirse de una inteligencia que en un principio no tenía.
Para qué enviarlos si saben que acabarán en la papelera
de reciclaje, que ya está abarrotada de spam y tonterías ?por cierto,
ahora cuando acabe de escribir tengo que vaciarla?, para qué
perder algo tan valioso como es el tiempo, que es escaso
aunque en algún momento te sientas con todo él por delante.
Sí, solo no me apetece. Sí es cierto que mis deseos de conocer
mundo no son innatos en mí, no existe de natural en mi alma
porque de lo contrario sentiría ese escozor característico,
ese que sentías tú cuando se aproximaban las vacaciones y ya
estabas tramando dónde ir esta vez ?yo ya viajaba bastante
sumiéndome en las miles de historias y tramas que se me cruzaban
en papel, pdf o epub, daba igual ?y sigue dando igual...

Ahora, que he parado unos segundos a pensar qué escribo, reparo
en que cada vez me cuesta más escribir poemas propiamente dichos;
quizá sea porque la herida infinita de la vida, que cada vez es más honda,
me exige expresarme de corrido, en prosa, sin pensar sino dejándome
llevar por lo primero que se me viene a la cabeza; el verso requiere
más atención y ahora, que escribo, estoy herido, y necesito supurar
sin pensar, solo sentir, solo respirar por esta herida...
El amor, cuando me llega, o si no aquello que se le parece y que de
regarse llegaría a serlo, me apetece tanto que me hiere, y
no quiero sufrir por amor, no quiero perder la serenidad, quiero seguir
viviendo, el amor no debe doler, al menos el buen amor, creo.
Hay una chica en mi mente, pero me temo que es imposible, ojalá...

Imagino que...

La imaginación
es la loca
de la casa.
?Santa Teresa de Jesús.

Tengo toma de tierra, sí.
Los pies me atan al camino
y ando sobre él queriendo volar.
Desde los pies se me sube hacia arriba
un mar de vasos conduciendo sustancia
pensante, materia prima de mis escritos.
Al llegar arriba ?a un cráneo que no da abasto?
la sangre se estanca, se hace remanso
hasta que las heces de un misterio
se posan en el lecho que queda debajo.
Más allá no hay nada, solo queda la distancia
que me separa del cielo, de lo más alto,
allí donde quiero que muera mi pensar,
aquello que de un repente me visita.
En ese reino, cuyo territorio se debate
entre paredes de caliza y hueso,
es donde reside mi magia, toda la posibilidad
que en mí puede darse, todo lo que estoy dado a dar.
Ese soltarse... es la chispa, lo que brota químico
y genera una ontología nueva, inexistente antes,
una combinatoria única entre un millón, un eureca.
A esto debo mis quimeras, mis fantasías,
a tocar una nube cada vez que plasmo eso
que abarrotan mis neuronas y pide aliviadero.
A ese ponerme en sintonía con mi dios interior,

pedirle árnica para que me dé pábulo suficiente,
y rogarle que la musa venga a verme con urgencia;
a ese instante ?decía? debo el discurrir todavía
de mis dedos sobre un panel negro con letras blancas,
un espectro ortográfico que se presta con solicitud
a imprimir toda una gama de locas observaciones,
ocurrencias y demás menudencias del pensamiento.
Dejo a vuestra imaginación el resto...

Mi eco

El espiritual es un trabajo de vaciamiento. Solo cuando descubres que eres una caña vacía, alguien frágil que se puede romper, puede entrar el viento y puede sonar una melodía. Solo entonces somos poderosos, conocemos el amor. Es un trabajo de descubrimiento de la fragilidad.

?Pablo D'ors pone como ejemplo a Teresa de Calcuta.

Él es mi eco.
Mi voz se me multiplica
cuando él me escucha.
Mi voz es su voz, mi eco su eco,
la lágrima sobre sus ondas
mi lágrima, mi llanto se hace radio
cuando llega a sus oídos y me escucha.
Él es flauta cuando el aire
entra por entre los orificios.
Él es temblor cuando el sentimiento
imprime su huella sobre la piel, él es...
Escucharte, oírte no es suficiente,
sentir tu latido constante y monótono,
tu arrítmico intento de hacerme sentir
lo que no siento, todavía.
Él responde, está respondiendo ahora,
en este preciso instante que cuento.
Él responde a un sentimiento que viene,
que me va viniendo de alguien por quien
Cupido lanzó flechas de muerte, hiriendo.
Él es quien me da la vida, motor incansable,
aurículas y ventrículos al servicio del amor,
de un amor al que solo le falta correspondencia.
Me acuerdo ?cómo recuerdo aquel momento?
cuando tus ojos y los míos se ligaron por primera
vez, cuando por arte de magia la magia vino

y no se fue ?aún no se ha ido.
Cupido, maldito, ¿Por qué me haces esto?
La vida me trae a ella hasta mis inmediaciones,
disparas ?por ser tu misión? tus venablos
de veneno y me dejas, ahí, muerto, desvenado.
Cupido, eres un ángel maldito, malvado,
despiadado contra quienes vibramos de amor,
cobarde contra la débil existencia del enamorado,
terrible huracán contra quien solo busca calidez
y algo de abrigo frente a la lumbre de un abrazo.
Él sigue ahí, solo, sufriendo acribillado
por tu afición al dardo y a sacar de la serenidad
al que está a salvo de eso que llaman amar,
y que duele igual que endulza cuando es dulce.
Voy a curarlo, que desangra, y ahora vuelvo
en un instante, y sigo contando.

Ese membrillo.

Ese membrillo
me destrozó el corazón
y el estómago.
?parafraseando al «Licenciado Vidriera».

Yo también, como él, enfrascado
en mis estudios me olvidaba del mundo.
Yo también, queriendo escapar a las espinas
del amor, me armé de coraza y sable.
Yo también, desdeñando cualquier ofrecimiento
amoroso, me hice el «loco» y acabé «peor».
No puedo vivir ajeno al amor ?pensé para mis adentros?,
y en pensando esto hice una pila con los libros, cuadernos
y demás recado de escribir y los tiré por la ventana.
Esa liberación me abrió el corazón a la vida.
El estudio debe ser un adlátere de lo importante,
de lo que crece sobre el musgo de la tierra, de lo que piso,
de lo que me sostiene enhiesto sobre este escenario.
El estudio no puede ser un refugio, un mirar al otro lado,
un revestirse de una casaca de piedra y hiel
para que resbale sobre ella cualquier caricia, calor,
mirada que ofrece abrazo, hogar ?no es humano.
Cuántas veces me dieron a comer del membrillo
que a Tomás Rodaja lo llevó a su perdición..., cuántas.
Necesito ahora, por ti, serenidad; que el corazón me lata
a su velocidad cairológica, que la mente me dé tregua
para poder sonreír a la luz que del sol me llega.
Necesito. No me apetece membrillo si a fin de cuentas
no va a poder ser compartido con la mujer que me lo ofrece,
prefiero seguir estudiando, haciendo girar con mis piernas,

cual hámster de pacotilla y tonto, una rueda infinita, de tosca
madera y de peor destino, pero mi destino, girar y girar
como un Sísifo al que le cambiaran la montaña y la ciclópea
piedra por un aspecto roedórico y un pedalear interminable.
Me gusta el membrillo, pero que sea compartido...

Hiperestesia

El roce de tu piel
me sangra,
es excesivo.
?sobre la hiperestesia y la tactilidad galopante.

Mi dedo corazón circula sobre tu piel,
recorre y reconoce cada poro, cada vello
que imperceptible se pronuncia al pasar,
cada estela que ese paso va dejando.
Tus ojos, conforme paso, me van describiendo
con sus sucesivas formas y gestos la impresión
que en el alma te va produciendo mi periplo.
Acompañados de tu sonrisa me van anunciando
la calidad de las sensaciones que te van poblando
a medida que ese dedo corazón va sobrevolando
tu reino, lo va reconociendo como suyo y lo besa,
con un beso de bienvenida que a la vez es una marca
de propiedad, un marchamo identificatorio de que
lo que voy recorriendo me va perteneciendo al instante.
Mi dedo se detiene a la altura del ombligo y me miras,
me preguntas con tus ojos adoptando una apariencia
almendrada que me sorprende, me empujas con el gesto
a seguir hacia abajo, hasta tu desembocadura, tu nacimiento.
En las proximidades de un valle me detengo a abrevar,
los caballos están sedientos y yo también, el cansancio,
producto del acúmulo emocional que supone el viaje,
me hace mella y me lo noto, me siento al borde de la fuente
y miro hacia arriba para contemplar las montañas, ya muy
pobladas de fronda silvestre; el asombro me asombra...
De repente, tú, alzas tu dedo corazón y emprende un viaje,

también, empezando por la comisura de mis labios en dirección
sur suroeste, buscando las mieles que te llevarás a la boca
en breve, en mi abrevadero sediento de sal y vinagre.
Desciendes poco a poco y me quemas la piel al mismo tiempo,
desciendes lenta, como reconociendo en braille cada uno
de los micropliegues que mi piel te va ofreciendo para, no
que la toques con tus yemas, sino para que la beses; que sean
tus labios los que certifiquen el sabor de esa sustancia íntima
que me va saliendo a borbotones mientras la piel claudica
a tus encantos, a tu sensibilidad extrema, hiperestésica.
Vas bajando también, como yo hice, al mismo valle, a ese
donde nos encontraremos en breve, aquel en donde en breve
se producirá una explosión cósmica que se verá a miles
de años luz de distancia, y que marcará el nacimiento de una
nueva era; la que llevará tu nombre y el mío, te lo aseguro amor...

Meteorologías

De la semejanza entre la meteorología terrena y la mental. El aire es el pensamiento; cada pensamiento es un viento por ser un aire que adopta una dirección y una semántica concretas. Las nubes son las dudas, tal que cuando un día se ofrece despejado y soleado es igual de resplandeciente que en la mente. La tarea congénita de la mente es pensar y los pensamientos son meros estados de ánimo, como lo es el tiempo atmosférico de cada día, y tal y como nos refugiamos de una tempestad bajo techo y esperamos a que calme, así debemos hacer con los malos pensamientos.

Cada uno de nuestros órganos definen nuestra mente como viceversa. Ella viene a ser la gran coordinadora, y un feedback en doble dirección se produce. El suicidio, diría yo, viene de no discernir que lo que nos dice la mente no es real, es una opinión, una ficción como la que a continuación plasmaré.

?Todo esto para abrir boca, nada más...

La mejor opción es vivir, siempre.

He recibido un audio, maná del cielo.
Me acosté tarde, deambulando las calles,
conversando en voz baja con el frío,
es enero ?como ya dije? y la escarcha
cuelga de las cornisas, era de madrugada.
Volvía andando como siempre, sintiendo
sobre el cutis un beso helado y tierno
al mismo tiempo, el frío me hablaba al oído.
Anteayer por la tarde me sentía mustio,
el almuerzo no me sentó bien y dejó huella
entre los intestinos y el estómago;
me di cuenta por la noche, con unos amigos.
El estómago ?o los intestinos? parecía plomo,
y el sistemático masaje que mientras bailaba
me practicaba no sirvió de alivio. Me fui a casa.
Ayer sábado me pasé el día entre algodones,

dormí lo necesario hasta sentirme bien
para salir y distraerme, estar con amigos, afecto.
La naturaleza es sabia y esa sabiduría
se puso a mi disposición ayer, dormí varias
siestas hasta que la reparación me permitió salir.
Hoy me encuentro mejor, con ganas de verte,
de mirarte como la primera vez que te miré
y se me quedaron las flechas atravesadas
entre la aurícula derecha y el ventrículo izquierdo
?ahí las tengo todavía.
No puedo dejar de recordar ese momento:
Cuando nos presentaron, el Tequila oscuro
?con solo la luz necesaria para ver tus ojos?
y esa mirada, esa dulzura que se derramó
en dirección al centro de mi alma
haciendo diana; me sentí liebre apresada
bajo el cepo de un cazador desaprensivo, presa
que no espera pero que la llena de amasijo,
de muerte, de una muerte en almíbar y sangre.
Dicen que por ahí pulula un angelito travieso
con arcos y flechas ?Maldito y bendito fue:
maldito porque me dejó herido, herida
que sigue abierta, al aire, a merced de cualquier
germen patógeno que quiera hacer su agosto;
y bendito porque me vincula a ti, preciosa,
y espero y deseo que este vínculo sea forever
and ever, como dicen en las canciones cursis.
Sé que tienes familia, tres hijos preciosos,
como tú, pequeños todavía y que necesitan
la estabilidad, la calma y la estructura oportuna
para crecer sanos ?lo sé, también yo estuve así,
viviendo la vorágine en la que estás, seguramente
no con tanta exigencia como tú por tu trabajo,
tan admirable y necesario para todos.
Mi comprensión es infinita, estaré a tu lado,
si me lo permites, para darte apoyo, para alegrarte

la vida, para acompañarte si es preciso en lo que
necesites para los niños o para cualquiera de los tuyos.
Sé que tienes pareja, y mi respeto es máximo por ello,
aunque también quiero decirte que aunque la mente
comprende, el corazón no.
Mi corazón es un quijote que sueña con gigantes
en lugar de molinos, y los cree innegables, no puedo.
Mi mente entiende y te entiende, pero mi corazón
no olvida que recibió esas saetas que le siguen desvenando.
Por encima de todo intento mantener la calma. La necesito
para vivir, y es el caldo de cultivo que preciso para seguir
sobreviviendo ?amo la vida y sus casualidades.
Por eso trato de olvidarte sin querer olvidarte. Me encantas.
Estar separado de ti me daña tanto como una uña que es
separada de la carne sin motivo alguno, pero así es la vida.
Me apetecía contarte esto. Puede que lo recibas
con agrado o como una insolencia. Si fuera esto último
te pido mil perdones, porque lo último que deseo
es molestarte, sí servirte de esparcimiento y risa.
Para ti, preciosa.

Alzheimer

La carne es triste, ay,
 y ya he leído todos los libros.
? Stéphan Mallarmé. Brise Marine.
Para los que quieran aprender idiomas:
La chair est triste, hélas !
et j'ai lu tous les livres.
?Es lo mismo que lo anterior pero con más glamur.

Álzame un poco el brazo, mamá.
Álzamelo para poder calibrar
si la carne que te cuelga sigue siendo
tan densa como entonces.
Sé de tu edad, ahora, sé, y soy conocedor
de cuánta hiel se ha mezclado con tu linfa
y que ha corrido maltratando su espesor.
Sé de tu lucha, de tu desgaste, de tus idas
y venidas trajinando en esto y aquello,
recogiendo lechugas y acicalándolas a la vista
del cliente ocasional, ese que los miércoles
no falta ni a tu puesto ni a tu cita.
Álzamelo y te lo toco, sí. Lo toco y el músculo
parece no venir a mi tacto, parece ido para siempre.
Cuánto sufrimiento mal pagado, mamá, cuánto
sin el premio merecido de tener una casa fija,
un cajón cierto donde guardar las fotos en blanco
y negro de tus veinte años, cuando tu lozanía
era fama y en el pueblo no la había más guapa.
Te toco tu carne como llamando al milagro,
como queriendo que esa hiel desaparezca
y deje fluir a la linfa entre sueros y sangres.

Te toco porque te quiero, mamá, y quiero
?bajo el influjo cósmico de mis dedos?
devolverte, aunque fuera un ápice, un destello
fatuo de esa energía con que me envolviste
allá por mi infancia ?¿Recuerdas en Feria los peros
rojos acaramelados que tanto me gustaban?
Te miro, te toco ?no solo el brazo, también tu cara?
y no me dices nada, no me reconoces.
El alzheimer te ha ido borrando la estela de tu velero
a fin de que no sepas volver si te pierdes en alta mar.
Suerte que tengo una pequeña zodiac preparada
para patrullar tus mares grises y emprender rescate
si el neuronaje claudica y la sinapsis cesa.
¡Quién soy mamá!¿Te acuerdas?¿Te lo recuerdo
o cualquier intento es de una vanidad infinita?
Me desespera ver que tus ojos me dicen lo que tu boca
no se atreve, tu lengua es cartón piedra incapaz
de articular aunque sea un «bésame hijo mío» bajito,
apenas perceptible pero esperanzador. Me desespera
ver esa tristeza en tus ojos, tan profunda como una sima,
tan insalvable como el pasaje del Titanic cuando
el morro del barco se pronunció hacia el abismo.
No pierdo la fe, sigo masajeándote el cuerpo
con la vana ilusión de un ay tuyo que me anuncie
tu salida de la indiferencia, de la analgesia más extrema.
Sí mamá, tu carne es triste, pero más triste
es no poder ver el horizonte tras la ventana...

Es inútil

El arte es inútil
y toda mala poesía
es sincera.
?Oscar Wilde.

No se me ocurre nada.
Leo la cita, como siempre, y después
a la cabeza no se me viene nada.
¿Está durmiendo aún la musa?
Erato, preciosa, despierta, necesito
de tu cadencia, de tu fluidez, de la belleza
que solo tú eres capaz de imprimir a la palabra.
No se me ocurre nada.
Vuelvo a leer la cita y aún sigue dormida.
Es inútil cualquier intento.
Pienso en el arte y se me hiela el seso.
Si el arte es morirse de frío yo, ahora,
sucumbo ante el desierto que me invade;
cualquier palabra que cual referente
ponga en mi mente salta como un resorte,
desaparece de la frente y vuelve al diccionario.
Voy a intentarlo con la palabra poesía.
El genial Oscar Wilde ?no como yo?
a buen seguro no padecería esta laguna.
Habla de la sinceridad de la mala poesía
¿Eso significa que a una buena poesía
no le nace ser sincera?
¿Que toda la Lírica de todos los tiempos
es un concierto engañoso de fatuidades

sin sentido, sin verdad en la esencia?
No comparto tus palabras, maestro.
Ni el arte es inútil ni solo la sinceridad
se da cita en la mala poesía.
El arte ?si se puede llamar arte al sinsentido
que suele abarrotar mi escritura? me abre
la puerta del olvido, me suspende
en el aire aunque sea la levedad de un segundo
para no pensar, flotando sobre el éter,
viajando a lomos de una nube ?como Heidi
en los Alpes? a ninguna parte y regresar,
sano y salvo, a la tierra de lo de siempre.
Ahora ?ya me diréis si es arte o no? voy
discurriendo sobre la hoja en blanco
como si el caballo de Santiago me soplara
a la espalda y no pudiera contener el empuje.
Los dedos obedecen a un mandato
del que no tengo noticia, del que no sé
ni quién es su padre ni su madre, su nacimiento,
si su fuente es de agua potable o es una de esas
que presenta en su frontispicio la leyenda:
Agua no potable. No beber...
No lo sé, no contesto. Me limito a seguir el viento
que me impulsa y que maneja mi velero
a algún puerto desconocido, a alguna ensenada
de arena blanca, con bañistas de domingo,
con chiringuito cervecero y sombrillas.
Los dedos dibujan letras, y con ellas palabras,
frases, parágrafos, textos, hasta un punto final,
una desembocadura, un estuario, un mar...
No es inútil, no ?al menos para mí no?, mas
es posible que mi poesía sea mala por ser sincera
?no lo sabré nunca porque nunca seré analizado
por un crítico de prestigio.
Qué piensas tú lector de toda esta locura.

Eres luz...

Eres luz
y círculo.

Mi vida entera se circunscribe
en ti, en tus aledaños.

Duermes, no quiero molestarte.
Duermes, miro la candidez
de tu rostro desarmado, a mi merced.
Ahora que duermes eres mía,
puedo hacer contigo lo que me plazca,
puedo desnudarte poco a poco
sin que notes nada extraño,
porque introducirás en el sueño
tu progresiva desnudez hasta quedarte
mojada, polución nocturna,
sonriendo dormida, agradeciendo a Dios
el placer que acabas de degustar.
Estás a mi merced ?decía?, y por eso
puedo si quiero clavarte la muerte
en tu corazón sin que respondas por ello,
introduciendo aún el puñal que te va
rompiendo las entrañas en tu sueño rem
sin sospechar que ese dolor que sueñas
es un dolor de verdad; sin adivinar ni por
asomo que esa sangre que ves borbotear
en el sueño es de una realidad aplastante.
Eres mía, pero decido cuidarte a pesar
del poder de que dispongo sobre ti, ahora.
Decido quedarme aquí sentado, al borde
de tu cama, custodiando la angelidad

de tu cara, la placidez con que vives
la escena que ahora se dibuja en tu cabeza.
Te miro con detenimiento, sin que el tiempo
exista en el reloj de encima de la mesilla,
sin que ningún timbre, ninguna alarma, voz,
ruido de muebles que se corren..., sin que nada
rompa la magia de mirarte cada facción,
cada poro, cada pliegue que surja en tu piel
a propósito de cualquier movimiento.
Me encanta cuidar tu sueño.
De repente me surgen del corazón las ganas
de compartirlo, de introducirme por completo en él
abrigándome previamente con tus sábanas,
pegando todo el contorno de mi piel contra la tuya,
sentirte intensamente, tal que tu latido pase a ser
el mío hasta latir al unísono, un solo corazón.
Sigues durmiendo. La jornada de ayer fue intensa,
los pacientes fueron de una impaciencia inusitada,
no acostumbrada aún tantos años de lucha diaria;
tu cansancio es tan profundo como el sueño
que te sigue poblando la inconsciencia.
Llegaste tarde y exhausta, casi ni me dijiste hola
porque tu boca ?apoderada de tanto agotamiento?
no daba con la articulación necesaria para pronunciar
aunque fuera una palabra ?sabes que te entiendo
y estoy contigo a muerte?. Eres todo tesón, todo
entrega para con los tuyos, y eso me aferra a ti
de una manera inimaginable; cuidarte es mi misión.
Me dormí a tu lado, me acurruqué a tu espalda
haciendo la cucharita y así, en el cielo, acomodé
mis cervicales a una nube y me quedé dormido.
Hace diez minutos que me desperté y cinco
que estoy aquí, mirándote sin pestañear, sin perder
ripio de tus gestos, de tus murmuraciones cuando
la profundidad del sueño es mar, de tu moverse
intranquila de un lado a otro de la cama, estirando

el brazo para abarcarme sin éxito porque ya no
estoy tendido, estoy aquí, a tu lado, contigo.
Voy a prepararte el desayuno y así, cuando despiertes,
solo me quedaría llevarlo a la cama y poner
la bandeja sobre tu regazo, sin que tengas que hacer nada.

Antonio

El periodismo es el minutero

de la historia.

?Arthur Schopenhauer.

El medio es el mensaje.

?Marshall McLujan.

Antonio era un gran periodista.

Fue de repente, de noche, mientras descansaba en su cama tras un día duro, farragoso, de idas y venidas en la redacción a propósito de una noticia bomba: Al presidente del gobierno se le ha conocido una amante..., casi nada.

Se conoce que el estrés que generó la irrupción repentina de la noticia en los teletipos le pasó factura a su ya debilitado corazón; no en vano arrastraba desde hacía varios lustros una arritmia perniciosa que devino finalmente en crisis cardiaca y esta en parada respiratoria.

Nada más conocerse la nueva de su muerte se suspendieron las actividades; todos quisimos estar con él y su familia en tan delicados momentos, donde el calor amigo se necesita más que nunca. Conocía desde hacía tiempo a su mujer, encantadora donde las haya, Rosa es su nombre y marchita se le veía ante el repentino mazazo.

La noticia del presidente ?como podría entender cualquier lector? quedó ipso facto en segundo término, aún la repercusión que estaba teniendo en la opinión pública.

Antonio fue un periodista de raza, de esos que no dudan un segundo en empeñar su vida a cambio de una gran noticia, de un gran trabajo en pos del prestigio de su redacción, de librar batalla contra la corrupción y el abuso de poder, tan en boga en estos tiempos.

Visité la capilla ardiente, instalada en la M-30, para departir un rato con su familia y darle mi último adiós. ¡Cuánto te echaré de menos!?le dije en voz baja, asegurándome de que nadie me escuchara, quería hablar con él a solas como cuando en la redacción, aquellos días en que me notaba cabizbajo por algún contratiempo familiar o profesional, me hacía sentar en su despacho y ejercía como nadie su liderazgo, su carisma, al servicio de su personal.

Di, doy y daré siempre gracias a Dios por haberlo puesto en mi camino y haber aprendido tanto, no solo en lo que atañe al ejercicio periodístico sino como persona ?fueron veintitrés años codo con codo al pie de la noticia, luchando como jabatos.

El coche fúnebre salió a las 12:45 del Tanatorio en dirección al cementerio de la Almudena, donde reposan desde hace décadas los restos de sus antepasados en un panteón precioso, ornado con la escultura de su padre, sedente, que hace las delicias del visitante ocasional.

El coche marchaba lento, lentísimo, como era de rigor, y flanqueando al grueso de la familia, que lo seguía de inmediato, me encontraba yo, acompañado de otros redactores y jefes de sección, en un homenaje silencioso y no menos emocionante ?el vello se me erizaba.

Seguiré con la historia en otro momento querido lector, cuando recupere las fuerzas y el tesón necesarios para proseguirla.

Si me disculpan...

Confía en ti

Todo llega muerto al ojo (y a la mente). Esa estrella que vemos cada noche desde la ventana del dormitorio falleció hace siglos; lo que nos llega es su fulgor. Esa idea que acaba de asentarse casualmente en tu cabeza murió hace siglos en los tratados de filosofía...

?Juanjo Millás. Articuentos.

Nada es original, Magdalena.
Sé que eres una chica de provincias
que prueba suerte en la gran urbe.
Sé que tienes mucha ilusión en hacer
camino entre el sargazo intrincado
de la competencia, eres talentosa.
Sé que tienes tu título, en Bellas Artes,
y bien que sé que sacártelo
supuso ríos de tinta y sudor,
noches enteras bajo el flexo tras
un día afanada en ganar unas perras.
Sé de tu inmenso tesón, de las ganas
de depender de tu trabajo, sin necesidad
de buscar el socaire de un hombre rico,
solo, falto de cariño, que financie tu miedo,
tu inseguridad, y a cambio de camastro
le prodigues lo mejor de ti misma, sin merecerlo.
Sé que eres digna, de una dignidad no escrita
antes en ninguno de los anales imaginarios
de la gente corriente; aquella que nunca aparecerá
en ninguno, porque la Historia solo reserva
sus páginas a las guerras y a los reyes.
Se te da fenomenal pintar, lo sé, y sé también
de tu deseo de exponer en la galería de Machuquito,
la de la esquina de la calle Montero, y que acoge
a la flor y nata del arte alternativo.

Confía en ti, tienes todos los mimbres para
el mejor cesto, tienes una intuición y un gusto
incomparables y toda la vida por delante
?como Gil de Biedma?, y todos los marchantes
haciendo cola. Confía en ti, Magdalena...
Sí, lo sé, quieres ser única, original, inédita.
Prueba con ser tú misma; si lo haces estarás
más cerca de conseguir ese propósito.
Tienes mucha enjundia dentro, mucha cultura
leída y vivida que, estoy seguro, ha formado
en tus sentinas un sedimento precioso,
de una calidad exquisita, que más pronto
que tarde hará las delicias del público.
Estoy seguro.
Y tu ¿Estás segura también?
Si lo necesitas me ofrezco como soporte,
sostén, consuelo de tus penas, tus angustias
si vienen a afligirte el alma, tus desvelos
en la lucha que librarás en pos del éxito.
Aquí estaré enhiesto, firme.
Si necesitaras alguna vez un abrazo
te lo daré en cero coma, nada más lo pidas.
Me haré arco para acogerte, para fundirte
en mi pecho y darte el calor preciso para
que resurjas como ave fénix.
Aquí estoy. Confía en ti, lo tienes todo.

Ironías

La ironía cervantina
frente al sarcasmo quevedesco.

Ironías de la vida.
No quiero hablar de ti, no puedo evitarlo.
Acabo de colgar el teléfono
y dejar una parte de mi corazón.
Te siento cerca, hoy quería verte
pero la circunstancia no quiso.
Soy aire apasionado que se hace viento,
soy una tempestad rompiendo las rocas,
soy pasión y tú calma, susúrrame al oído,
dime que estás bien, que quieres vivir.
Fui casualidad de una noche, fui alta mar.
Eres esa pieza que le falta a mi puzle,
eres amor, amor imposible.
Quiero que cuando leas estas letras
te lo tomes como que respiro por la herida,
que hago fluir el nudo de la garganta,
que me está confortando, que es terapia,
como si con el movimiento de los dedos
sobre el teclado liberara todo ese acúmulo
en el pecho, todo un amor latiendo.
Sé que, cuando lo leas, te pueda parecer
otra vez como si te viniera una gran ola
y no te diera tiempo a tomarla sin ahogarte.
Como ves hay corazones que en cuanto
se abre la espita de la sangre entran
en gangrena y no resucitan, quedan atrapados.
Rompiste las paredes de mi dique.

Desde hacía años he ido enfoscando esas paredes,
enladrillándolas a prueba de cualquier avenida,
dotándolas por dentro del entarimado preciso
para contener las aguas, sean las que fuesen.
Tu fuerza ha sido descomunal, pero no quiero
hablar más de ti, porque me abarrotas tanto.
Ironías de la vida, diría a veces que sarcasmo.
Me entra Dios por los ojos y no me vale.
Yo sé bien que estas cosas no me suelen pasar,
y por eso, cuando pasan, son un acontecimiento.
No leas esto si la huella que te quedaría de mí
tras la lectura desmerece la que tenía antes.
Piensa que estoy hablando de otra mujer,
que me estoy desahogando solamente.
No poder verte, solo escucharte ?me gusta
escucharte, por cierto? me hace borbotear
como si fuera sangre hirviendo.
No me tomes en serio, aunque esto que cuento
está tan dentro de mí como el páncreas.
Que tu jornada sea la que quieres que sea,
y que si me miras en un rato libre y te sirvo
de distracción, me parecerá bien.
Aquí me tienes, lo mejor para ti.
Lo siento. Me gustaría ser más frío
pero cuando caigo es inevitable.
No te sientas mal por lo que me pasa.
Yo también debo aprender a domesticar
la fiera de amor que llevo dentro
hasta poder ser tu amigo, si así lo deseas.
Tengo el día sensible.
No sé si es porque hoy nací.

Un poquito de Cádiz...

Me paré a beber
en esa fuente.
Ella estaba sentada,
mirándome, las piernas cruzadas,
haciendo punto de cruz.
La miré, me prendé de su belleza,
de su frescura y candidez femeninas,
de la promesa que dibujaba su rostro.

Estoy más tranquilo.
La dejé en su casa,
en el portal del número siete
de la calle de los Tornos, en Cádiz,
mil ochocientos doce, la Pepa en ciernes.
En la ciudad se vivía una expectación nueva para mí.
Se respiraba por las calles céntricas una especie
de optimismo de nuevo cuño cuyo significado
no se alcanzaba a calibrar.
El alcalde de la ciudad salió al balcón para inaugurar
la semana grande de los carnavales cuando el júbilo
llenaba las calles desde hacía varias jornadas.
Cuando llegué a la plaza de los Caldereros, frente al edificio
consistorial, el pueblo ya estaba disperso, cada uno en sus quehaceres,
oyéndose las voces de los tenderos ensalzando su producto
y las marías regateando hasta el último céntimo ?no estaba el horno
para bollos?.
Sí es verdad que por aquellos tiempos se gozaba de un esplendor
que antes no existía; el comercio con las Indias dotaba a los mercadillos
de prendas hasta entonces desconocidas para el común del vulgo, y lo
accesible de su precio alentaba el deseo de propios y extraños.

Las Cortes estaban reunidas, y desde la calle aledaña a la Iglesia de San Felipe Neri se podía hasta escuchar, con total nitidez, la oratoria brillante y aterciopelada de los diputados que subían al estrado proclamando los dones que la Constitución ?todavía no bautizada como La Pepa? proporcionaría al pueblo y a la nación. El júbilo se sentía resonando sobre el empedrado, y yo, curioso, permanecí frente a la puerta cinco minutos intentando entender de qué se estaba hablando.
Decidí ir a la Caleta para echar una mano a Vicente en el pescado.
La lonja, a esas horas, era un bullir de particulares y comerciantes en busca de la mejor pieza al mejor precio; la algarabía, ensordecedora.
Os tengo que dejar porque Vicente necesita ayuda.
Volveré en otro momento para daros cuenta de este momento.
Buen día.

Un bautizo.

De antiguo había la necesidad de inmiscuirse hasta el tuétano en la Naturaleza para alcanzar la purificación: sumergirse en las profundidades de un volcán, en la gélida caricia de un extenso lago...El bautismo recrea esa liturgia.

?Es una nota más, no recuerdo su procedencia...

Últimamente compruebo que cualquier nota que ponga en el encabezamiento de un escrito me la llevo al terreno del sentir. Voy a procurar que no, esta vez.

Era el último de sus hijos, la última, para ser exactos.
Era cierto que aunque su madre creció según el credo católico, aún imperante, su padre era de un ateísmo fuera de toda duda ?de hecho, entre las anécdotas que en familia se contaba acerca del padre destacaba aquella que le hacía salir de las iglesias cuando el cura iniciaba la homilía y los familiares que acudían a la boda, bautizo, u otra celebración semejante, eran saludados por él , efusivamente, como lo era siempre.
Decía que su madre, practicante desde muy temprana edad, quería una ceremonia por todo lo alto, como se merecía la ocasión habida cuenta de que se trataba del ingreso de un ser, suyo para más inri, en la feligresía del barrio, y eso merecía todos los dispendios.
Desde muy temprano, Don Raimundo, el cura, se esmeraba en la disposición del ornato, que el vino fuera nuevo y las hostias frescas, que el polvo desapareciera de la superficie de la bancada y que el altar fuera digno de Dios. Decir, por aportar algún dato artístico, que la iglesia presentaba en su fachada una apariencia neogótica, abocinada la entrada al estilo de algunas puertas de la Catedral hispalense, y sita pegando a una gran avenida, de lateral se erigía una especie de estación de servicio para vehículos menesterosos, y cerca, por detrás, se conservaba enhiesto un lienzo de la antigua muralla almohade, en perfectas condiciones, que continua hasta la puerta de Nuestra señora de la Esperanza Macarena. El barrio, que se preciaba de ser uno de esos barrios medievales ahítos de conventos, se congregó casi ya a las claras del día para ocupar los mejores sitios con el propósito de no perder puntada del desarrollo del bautizo; no en vano María, la madre, era conocida por ser una de las doctoras que pasaba consulta en un ambulatorio cercano a la iglesia, y su generosidad para con el paciente la hacían poseedora de una nombradía, de una fama, que para sí la quisieran los magnates de la ciudad.
La protagonista, Águeda, apenas acababa de saludar a la vida, no llegaba al mes.

Era veintiocho de febrero de mil novecientos sesenta y nueve. Un pequeño temblor despertó de madrugada a toda Sevilla, de manera que en los aledaños de la catedral se alzó un cordón de seguridad para reparar los daños que una de las campañas había causado al golpear contra el empedrado. Afortunadamente no hubo que lamentar víctimas, aunque los destrozos alcanzaron la cifra de tres millones de pesetas, que para entonces se antojaba un esfuerzo financiero excesivamente alto para el consistorio.
Discúlpenme, tengo que vestir a la niña y llevarla a que don Raimundo le aplique los santos óleos. Tengo prisa y he de irme.
Mañana, si tengo un espacio, seguiré haciendo la crónica de lo que fue sucediendo.
Feliz día para todos? y para ti, especialmente.

Dido con Eneas

Dido tuvo que suicidarse ante la ausencia de Eneas.
Eneas, con Anquises a cuestas, iba impulsado por el nacimiento
de un nuevo imperio. Roma.
Su destino era insoslayable, renunciando al calor fragante
de un amor cierto, en Cartago, con una mujer intachable,
un lugar de ensueño, quizá una familia, una riqueza...

¡No te vayas Eneas!
¡Por favor, no te vayas, por lo que más quieras!
¡No me dejes aquí, sola, mi cama llora!
Te propongo un trato: Ve a Italia, funda Roma,
dejas a tu padre a buen recaudo, y vuelve,
vuelve rápido amor mío, mi piel tiembla.
No me digas que sí, por favor, para que me calle
y te deje tranquilo.
No seas hielo ante mis súplicas pareciendo que otorgas,
y por la noche, al abrigo de la oscuridad, prepares
tu nave y su aparejo para, sin hacer ruido,
emprender huida según tu destino.
¡No, por favor, no lo hagas, que me muero de amor!
Aquí tenemos sitio de sobra para los tres.
A Anquises lo podemos acomodar en esta cámara,
dispondrá de todos los enseres que le harán falta
para soportar su dolencia, esa que arrastra desde Troya,
esa que le infligiera aquella flecha perdida, tensada
por un aqueo en el fragor de la batalla.
Si vas a Italia, donde no sabes si gozarás de comodidades
¿Cómo estar tranquilo de que tu padre recibirá
las atenciones que precisa para sanar las heridas?

¡Quédate, por favor, aunque sea por él!
Como fiesta celebrativa, si decides quedarte, diseñaré
unas performances que harán tus delicias, prepararé
unos agasajos surtidos de las más variadas y apetitosas
viandas de la región, esos venados que tanto aprecias...
Si te quedas engalanaré nuestra habitación como nunca
antes; recamaré de pedrería los barrotes de la cama,
la ropa que abrazará nuestro colchón será de una seda
no soñada antes por ninguno de los salomones del mundo.
Se me ha ocurrido ?mientras me deshago pensando
en estos planes? que podría acompañarte a Italia
y ayudarte a fundar ese imperio que según los augurios
mandará sobre el mundo conocido en pocas fechas.
¿Qué te parece la idea de estar a tu lado en esta tu aventura,
de ser tu fiel compañera en un momento histórico?
¡Venga, dime que sí!
Como sé que no te vas a negar, con tu permiso voy organizando
el banquete y la celebración ¿Sí?
Narrador: Eneas, ante tal ímpetu y deseo, no pudo más que
asentir, dejarse hacer y silenciar su boca, diciendo sí a todo
lo que Dido se le ocurriera, no tenía fuerza que oponer ante
tanto amor expresado y lagrimado, ante tantas ganas.
Finalmente ocurrió que el desencuentro que proclama el mito
no se produjo; corrió el vino y la carne a mansalva y, tras
levantarse los manteles, aparejaron bajeles y galeras para
cruzar el Mediterráneo en busca de la gloria.

Leche de muerte

Fatale Monstrum,
la serpiente del vino.
?Horacio arremete contra Cleopatra en una de sus odas.

Esperando sentencia.
Yacía exhausta, su diván se curvaba
ante su liviano peso, no tenía ánimos.
Marco Antonio suicidado, su desahucio
sentencia de muerte, ella, esperando.
No quiso ser pasto de homenaje, trofeo
de guerra para encomio de malvados.
Augusto imperando, el arco máximo engalanado,
los lictores delante, el esclavo susurrando
memento mori como toma de tierra, y ella,
desharrapada, despeinada, sin el glamur
que le caracteriza, bestia parda, disfamada,
humillada hasta decir basta, cosificada ante la masa.
Preparó con esmero la bañera, de nácar blanca,
sin prisa, su último momento de placer, su último recreo.
Llamó a su ama de llaves interesándose por las ubres
de una burra recién parida a la sazón.
Tanto llega el cántaro a la fuente que tal lo recibe
en el contorno de sus manos lo vierte, manchando
de candidez el frío metálico del recipiente, salpicando
de pronto placer el vestido que todavía porta.
Busca y encuentra su poma de Chanel número cinco,
deja caer solo cuatro gotas, o cinco, y, deshaciendo
el solo nudo que tras la garganta sujeta el vestido,
las telas caen demorándose, lenta, sobre un suelo
de lignito y lapislázuli que engulle la magia.

Adelanta su pie derecho y testea el calor de la sustancia.
Acepta y adelanta el pie que falta, flexiona pantorrillas
y nalgas e introduce toda su hermosura en la bañera.
El placer que siente es tan inmenso que se olvida
de lo importante; de que en breve sus ojos dejarán de ver.
Antes de decidir la entrada en escena del áspid
se sumerge entera, hunde su cabellera negra
en la oleosa leche y sueña, sueña que todo es mentira.
Una vez saciada busca la fatal serpiente, la prende
de la cabeza, le cierra las fauces y la hace nadar libre,
a su sabor, que haga lo que le plazca, que la envenene
cuando el hambre de sensualidad le empuje inevitable.
Ella seguía en su nihilismo de ensueño, retrocediendo
a los años de su niñez, cuando el horizonte era eterno,
cuando la familia existía y la soledad era una entelequia.
Siente, casi de improviso, una punzada en el muslo
izquierdo que, tras teñir el entorno de carmín, llega
al entendimiento de que su hora ha llegado.
Descanse en paz reina entre las reinas.

Malas hierbas

El corazón habla otro idioma,
es de otra latitud, de otro país.
El corazón solo sabe pulsar,
bombear sangre para alimento
del cuerpo, solo eso.
Si te diriges a él en otra lengua
te ignora, no te oye.
Pienso, pero quisiera pensar con él,
pero él no quiere, pero él no entiende,
pero él se niega a conocer el idioma
de esa que manda más arriba.
El corazón no hace caso, a menos
que sea a sí mismo, no atiende razones
que no sean las suyas, nada salvo latir,
bombear, y sentir, solo sangre.
Lo que le rodea se la trae al pairo;
La realidad es cosa de la de arriba,
la engreída que todo lo sabe, de todo
entiende, todo controla.
El corazón se niega a conocer esa
verdad de fuera de la que hablan,
no le interesa más que amar.
Sigo pensando que es posible,
que lo tuyo y lo mío es cosmogonía,
es una alineación que como el cometa Halley
pasa cada setenta y cinco años, y una vez
pasa, hay que esperar otros setenta y cinco.
La mente ?esa ufana de arriba? sabe
qué calado tiene tu circunstancia, te entiende,

te apoya porque apoyarte es quererte.
La mente está dispuesta a aceptar
pero el corazón no ?es un niño rebelde.
Sigue ahí, sigue extendiendo este silencio
el tiempo que estimes oportuno, como si
decides que se prolongue por todos los años
que nos faltan, estoy contigo, a muerte.
Lo siento. No tenía pensado referirme a ti
pero aquí estoy, de vueltas con lo mismo,
con este oleaje incesante que va y vuelve
a mi playa, y que me trae tus mensajes
contenidos en esa botella, esa que me invitaste
la primera vez, esa de cerveza, con la etiqueta
roja y blanca, y no era Cruzcampo.
Te pienso, te estoy pensando con los dedos
sobre ese tapiz letreado que se ubica debajo,
que les sirve de descanso, el tecleo no cesa.
Todo lo mejor para ti, tus proyectos, tu vida.
Sé que hemos tocado el cielo de lo inadmisible,
no puedo jugar me dices, y lo entiendo.
Vuelvo a respirar por la herida al conjuro
de esta ausencia; sigue adelante, no pares,
ten coraje, entrégate. Darás y darías todo
aún renunciando a un amor por otro amor
que quizá se va consumiendo y hay que darle
ventilación asistida; su muerte no conviene,
vendría a trasmano, un seísmo definitivo
en los cimientos de una casa que derruir.
La vida advierte, aviso a navegantes,
todo pasa por algo, los equilibrios son tan débiles...
Hay que mantener lo establecido, el statu quo,
cualquier pieza del dominó que caiga precipita
la caída del resto.
Quizá la valentía esté en atreverse, y lo oportuno
sea sanar el huerto de malas hierbas.

Quizá...

O quizá no. Todo es perspectiva.

Manantial...

¿Cuál es la frontera entre la prosa
y la poesía?

Quién pone la puerta
entre lo mucho y lo poco,
quién se erige árbitro
entre la verdad y la mentira.
Quién decide el caudal
que nace de lo tuyo y lo mío,
quién si ese amor es amor
o deslumbre, o atracción.
Una cosa es poesía y otra métrica.
La poesía es belleza de palabra,
es elevar la semántica al olimpo,
vibrar mientras se lee, sentir.
La prosa es albergue válido
para la poesía ?que se lo digan
a Bécquer y sus leyendas.
Una cosa es la aritmética y otra
un sudoku, la métrica es eso;
un ponerse a prueba delante
de una audiencia, un medir
habilidades para sacar pecho.
En el dorado siglo así se vivía
la poesía, se dirimía quién la tenía
más grande, y eso no me interesa.
Me gusta la poesía cairológica,
Aquella que brota de mi manantial,
sin alardes, de dentro afuera,

siendo tormentosa si soy tormenta,
siendo fluida si fluyo, siendo fresca
si enfría la boca de quien la bebe,
siendo sin forzar su química.
No hay diferencia: poesía y prosa
no son las caras del dios Jano,
ese que se instala al terminar
el año cual policía de carreteras
y decide qué vivencias pasan.
No, poesía y prosa no son España
y Portugal, que siendo hermanas
han crecido dándose la espalda;
una mirando al Atlántico, otra
al Mediterráneo. No, lo contrario.
Mi tiempo métrico se fue.
Ese tiempo que dediqué a escandir
versos quedó en el recuerdo, ya no.
Me gusta más que otra cosa soltarme,
que el viento del alma me empuje,
ser barquillo que un pescador en vano
apenas endereza, que timón y bitácora
no valgan para arribar a puerto.
Que el ritmo y la rima de mis letras
sean por un casual que me empuje,
sin meditación previa ni programa.
Me apasiona rimar sin que lo parezca.
Que la rima interna, esa de la esencia,
silbe la fonética del escrito, que cante
su propia música, su banda sonora.
Me gusta aliterar, alargar un sonido
y que amenice la prosa, la enriquezca.
Me gusta inventar palabras.
Respeto los juegos malabares, eso hago,
respeto la libertad digital, eso hago,
que el escritor teste las prendas
de que dispone, que pruebe, venga.

Lo respeto ?pero ya jugué.

Ahora es tiempo de que el alma hable.

Nada más...

Otra de habas con jamón.

Pitágoras odiaba las habas.

Según Google, decía el sabio que la dichosa fabácea simbolizaba la puertas del Hades.
Era tal la pestilencia que le regurgitaba de su boca cuando le daba por ingerirlas
que sus hermanos de secta, tan aficionados a él, procedían a guardar una distancia de dos
metros en orden a evitar el asco que les infundía.
En cuanto el maestro advirtió el hecho dejó de ingerirlas, notaba en su boca un regusto
amargo, cítrico, que le tostaba la lengua y la impregnaba de un hedor nauseabundo.
Desde entonces decidió que no más Santo Tomás, y repudió el fruto hortícola per sécula
seculórum.
Desde entonces, la tradición filosófica asignó al preciado manjar ?en mi opinión? un
significado escatológico, mortuorio por así decir, máxime cuando, según sus biógrafos,
murió al negarse a cruzar un campo de habas. Se conoce que este cruzamiento debía
de ser cuestión de vida o muerte ?váyase usted a saber querido lector.
En cualquier caso, y hablando de esto y aquello, no le arriendo la ganancia a ninguno
de ellos porque tengo que esa causa de muerte es más mítica que real.
Pitágoras ?ese hombre que gustaba de asomarse a los acantilados panorámicos
de su tierra para saludar al sol? fue un reputado filósofo antes que matemático,
ciencia que le ha concedido el marchamo luminoso de que disfrutó, disfruta y
disfrutará, en base a su famoso teorema. El pitagorismo encierra un mar inmenso
de conocimiento, de sabiduría, que inundó las mentes de su tiempo y de los venideros,
tanto que el padre de la filosofía occidental, Platón, se nutrió con preferencia de sus
dogmas y principios, y con ellos encofró los cimientos de su edificio filosófico.
¿A qué viene toda esta perorata, toda esta sarta de datos que atienden más a la vanidad
que a la conveniencia, a una pedantería sin tasa y a una exhibición nihilista de erudición
que no conduce a nada? Y añadir además que los hechos recreados a propósito del odio
pitagórico ?que sí está contrastado historiográficamente? han sido ficcionados por un
servidor para rellenar el espacio que se me asigna en esta casa, que es puro alarde narci-
sista ?y no lo soy aunque, lo confieso, me veo muy bien en el espejo? y un mero vicio
por escribir para abundar en mi costumbre de ya más de seis años.

Sé que esto que escribo no te va a gustar, Anita de mi alma, pero quiero que conozcas también mi faceta absurda, y que tengas claro, tú que quieres conocerme, que el agujero negro de mi galaxia, ese que permite que todo esté en orden pero que si despierta engullirá toda la luz que me habita, es la locura; soy acuario, como ya sabes, y los acuarianos somos hijos de la locura, una locura maravillosa sí, pero locura al fin y al cabo, y supongo, y creo que supongo bien, que tener un amigo loco no es plato de gusto en ningún menú que se precie de calidad. No soy perfecto, lo intuyes porque soy persona, pero hasta ahora has visto toda la luz que tengo ?quizá me guardo algunas velas todavía en la recámara? pero te falta la oscuridad. Como sabes, un rayo de sol cuando pega contra un cuerpo opaco genera detrás una sombra, y es esa sombra la que quiero que conozcas; tú lo has querido. ¿No querías caldo? Pues toma tres tazas. De momento ahí llevas una. Las otras dos cuando nos veamos la próxima vez, que sé que será pronto.
Lo dejo aquí compis de letras. Aquí me tenéis, aquí me tienes, sol.

Otra vez...

La democracia convive con la delincuencia como el arcoíris con los colores. La esencia de la democracia es el pacto con la delincuencia. La esencia de la risa es el contenido crítico que contiene. En una sociedad perfecta no hay nada de lo que reírse. Solo toleran la risa aquellos que están por encima de sus consecuencias. Al poder solo se le puede seducir, burlar o vencer, y lo que hace la risa es enfrentarse al poder con las burlas, no con las veras. Las religiones se toman la risa en serio.

?según le escuché a Jesús Maestro en un vídeo.

Habré oído alguna vez, no con seguridad, que las democracias actuales, aquellas que se hacen llamar socialdemócratas, son un repartirse una tarta en secreto sin que se enteren los que la han comprado, y que, una vez comida hasta sus migajas en total avenencia, simulan enfadarse, discutir, enemistarse, siempre delante de ellos, para que entretenidos, y desviados de lo importante al modo como lo hace un prestidigitador, fijen su atención en aquello que, careciendo de mayor importancia, interesa a los que se la han comido.
Si lo que nos concierne es centrarnos en nuestras vidas para descentrarnos en la de todos, la democracia, creo, ofrece el caldo de cultivo necesario para asegurar una serenidad, aunque sea aparente, pero suficiente para no tener que pensar en lo público y dejar el camino franco a quienes sí quieren medrar, o hacer de ello una profesión, un sustento.
En cuanto a lo de tomarse en serio la risa, a Facebook, Instagrám, y a otras redes me remito.
En Twiter, que me da que es la favorita de los más populares, y amparándose en lo invisible del anonimato, es diaria la intolerancia hacia cualquier actuación pública que no comulgue con los catecismos del ofendido. Es ese anonimato, me parece, la madre del cordero.
Si se vieran las caras entre ellos, hablando de lo mismo y lo mismo, las reacciones verbales serían otras, lo aseguro, porque cuando ves al interlocutor y este te ve y puede interactuar contigo, la cortesía, la humanidad, y la discreción afloran como por ensalmo.
A quien aspira al poder, y quien lo ejerce, no puede soportar, o lo hace de mala gana, el poder omnímodo y relativizante que tiene el humor, con el que se dice más y se daña menos por su apariencia edulcorante, aunque con el ácido guardado en el corazón del caramelito que, a modo de grajea, suele expenderse por las calles, redes, tabernas...
Hoy no tengo ganas de poemizar, sí de polemizar. No tengo el ánimo suficiente.
Acaba de llamarme la casera del piso en que vivo informándome de que ha sido vendido.
Otra vez a buscar, otra nueva aventura...

Deseadme suerte.

Así llegaste.

Escuchando hoy, seis de septiembre del veintidós, a las 11 de la mañana "Nunca será como Dante", la conversación de Sara Rodi con Joaquim Arena, y como entendía mejor el portugués de ella que de él, pensé que eso de entender mejor el habla de las mujeres que de los hombres puede que sea porque las primeras voces, o al menos las más frecuentes, desde que nacemos son las de nuestras madres...

?. Nota de entonces, practicando portugués.

Tu voz, la primera,
canto, melodía, amniótica
piscina, gestación lenta.
Tu voz, tenue, confusa,
tamizada por los obstáculos,
armoniosa, serena, hogar.
Tu voz, mi tímpano tiembla,
empieza a entender significancias,
verbalizaciones, tonos, energías,
rasgos dialectales, mi lengua.
Tu voz, respondo, golpeo las paredes,
la placenta se queja, tú, tu mano
sobre el vientre testando mi respuesta,
estoy aquí, contigo, dentro, útero,
dentro, en esta casa que espera
próximo derribo, canal de parto,
cemento que blanco embadurna
la carne nueva del neonato,
respiración que rompe como llanto,
episotomía sanguinolenta y sudor,
admirando tu esfuerzo, das la vida.
Calostro que espera pezón, succión
galopante y propiciadora, borboteo
sobre el rostro novel que empieza.

Pulmón rompiendo sus cadenas,
oxígeno tapizando capilares, venas,
hemoglobina nutriendo los naceres,
plasma sustentando, gritos de auxilio.
La vida ascendiendo, útero vacío,
tú, constriñendo cada gesto, dilatación,
oxitocina que bulle, empuje, deseo.
La cabeza va viniendo, se encaja
en el hueco que el cansado pubis
deja abierto, la luz entra e inunda.
Claudicas, las fuerzas escasean,
y salto sobre tu pecho embarrando
el inmaculado alivio que sientes
al besarme, te dejo sal en la lengua.
El barniz caseoso me envuelve, sabe
a ambrosía a tu paladar, tu abrazo
sobre un lienzo lechoso que llora.
Lamentas mi viacrucis, y me haces luz.
Descansa, te mereces el sueño, duerme.

Safo

Se dice que Safo tenía un carro
tirado por gorriones.
?Lenguas de doble filo.

Safo, poséeme.
Llename de la flor de tu verbo,
secuénciame con la varita mágica
de tu talento y conviérteme en ave
migratoria, en un ser sin consciencia.
Déjame sin sentido de lo correcto, al son
de una brisa de lluvia que se levantara,
que anunciara su devastadora aguada,
su repentino diluvio.
Tú, con la lira en tu regazo,
me regalas el olvido, el suspenso
de no pensar en lo trascendente,
en lo que frunce el ceño, sombra
que se cierne sobre mi mente, negritud.
Llévame a un reino, allá en Lesbos,
donde los acantilados dibujen quimeras,
donde el golpe seco del mar tenga
consecuencias, donde tu mirada sea ley.
Quiero sentir allí, donde me lleves, el roce
de una casualidad cuando se cumple,
llenarme de ella cuando se va gestando, cuando
más pura es su esencia, la cáscara que la envuelve.
Llévame, querida musa, de la mano, unidos
como clavo ardiendo, al reino donde nada importa.
Llévame, y que al llevarme note sobre mi cara
el azote de tu pelo negro, ensortijado, navegando

sobre esa brisa marina que tanto anhelas, ese vuelo.
Safo, amor mío, poséeme hasta en el más ínfimo
de mis significados, hasta ese punto de no retorno
que solo posee la magia, a tu lado.
Te sigo esperando, quieto, sobre la enea blanca
de esta silla. Te esperaba ya habitando el agua
bendita que me cobijaba antes de la eclosión.
Aquí, enhiesto delante de una pantalla pixelada
de enamoramiento y escarcha, de duda y silencio,
de un acíbar que lento, de mí se va apoderando.
Tenme en tus brazos, recítame despacio ese poema
que tanto me gusta, y que el son de tu lira y tu voz
sea un unísono digno de Zeus y su Parnaso.
Aquí sigo, siempre, al socaire de este impasse incierto,
caldo de cultivo de tu salsa, fuente de creación, recreo.
Aquí lo dejo. Cuando tengas tiempo
me dirás si he esculpido con justicia
la inspiración que me has prestado, y que poco a poco
te iré devolviendo.
Espérame siempre, la palabra es mi sangre, mi oxígeno, mi viento.

Garcilaso de la Vega.

Garcilaso, a pesar de su estrecha
amistad con el emperador Carlos,
fue desterrado en una isla del Danubio.

Mi amigo José Manuel Caballero Bonald dedica a ello un delicioso poema que dice así:
Meditación en Ada-Kaleh.
Vana interrogación la del que llega
al Danubio a deshora y busca
la memorable isla donde
otro exilio más cruel que el del oprobio
purgara Garcilaso.
Allí las aguas
con un manso ruido, fingen
aceros entre sordas
escaramuzas de la nieve y una rama
de marchito laurel navega
inconmovible hacia ningún destino,
mientras la noche es cárcel
y duro campo de batalla el lecho.
La seducción que la memoria adeuda
a una lectura justa
en tiempos de desorden, torna
a recobrar su apego
frente a esta orilla de arrasadas
églogas donde,
preso, forzado y solo,
el poeta a la vida imputara
la recompensa hostil de su heroísmo.
Mas la isla no es ya
sino un rastro ilusorio en medio

del furtivo Danubio. Cómplice
de sí misma y antes de tiempo dada
a los agudos filos de la muerte,
sólo el agua discurre
diversa entre contrarios y atestigua
que otro nuevo destierro reservó
la erosión de la historia
al refugio infeliz del desterrado.

Por lo visto, según dicen las crónicas, Garcilaso fue objeto de destierro por decreto real a consecuencia de un desacato; el rey, de cuya razón no doy cuenta, ordena al poeta no asistir a las bodas de su sobrino y él, tirado de la consanguinidad y del deseo expreso del contrayente, supongo ?no lo he consultado?, estuvo presente y gozando a su sabor del despliegue festivo y gastronómico que tuvo lugar.

El rey, una vez hubo llegado la noticia a sus oídos, comunicó a sus agentes la detección ipso facto del poeta y el consiguiente desplazamiento a la Isla de Schut, que así se llama. Estuvo un corto espacio de tiempo gracias a la intervención del entonces Duque de Alba quien, con la intención de levantar el agravio, lo movilizó aún con la reticencia del monarca.

En su canción III el poeta da cuenta de su experiencia danubiana de esta manera:

Canción III

Con un manso rüido
d'agua corriente y clara
cerca el Danubio una isla que pudiera
ser lugar escogido
para que descansara
quien, como estó yo agora, no estuviera:
do siempre primavera
parece en la verdura
sembrada de las flores;
hacen los ruiseñores
renovar el placer o la tristura
con sus blandas querellas,
que nunca, dia ni noche, cesan dellas,
Aquí estuve yo puesto,
o por mejor decillo,
preso y forzado y solo en tierra ajena;
bien pueden hacer esto

en quien puede sufrillo
y en quien él a sí mismo se condena.
Tengo sola una pena,
si muero desterrado
y en tanta desventura:
que piensen por ventura
que juntos tantos males me han llevado,
y sé yo bien que muero
por solo aquello que morir espero.
El cuerpo está en poder
y en mano de quien puede
hacer a su placer lo que quisiere,
mas no podrá hacer
que mal librado quede
mientras de mí otra prenda no tuviere;
cuando ya el mal viniere
y la postrera suerte,
aquí me ha de hallar.

Parece deducirse de estos versos que su principal preocupación estribaba en morir en tierra extraña, al margen de su gente, y sin recibir cristiana sepultura, circunstancia que podría, según las creencias de la época, cerrarle las puertas del cielo.

Aún consciente de su presidio, Garcilaso toma la condena con honor y estoicismo, intentando adaptarse a este entorno desde la aceptación más absoluta, y apreciando el regalo que la naturaleza, mediante la verdura y la frutalidad ambientes, le concedía.

Acepta la sentencia como si viniere del mismo Dios; así era considerado el emperador, rey absoluto de las Españas y dominador del orbe cristiano.

Hablamos de mil y quinientos treinta y dos ?según la nomenclatura que por entonces se usaba en las denominaciones anuales.

Hoy, como ven, prescindo del brillo poético y me desvío hacia el mate del comentario histórico.

En la variedad está el gusto...

Tristán e Isolda.

Isolda sucumbió
a los encantos de Tristán.

Marcos, su prometido,
el señalado, su destino.
Acaudalado, general en jefe.
Apellidado de la más alta alcurnia.
Futuro de riqueza y presente. Promesa.
Tristán: casualidad, magia, sintonía.
Isolda: núcleo de un sintagma, alma
del castillo de los Walsburg ?esto, mentira.
El aire era amor, orquesta, violines, azahar.
Una mirada, una sentencia, no era ciencia.
Sus pupilas se hicieron una, verdes las de ella,
marrones las de él, y una geografía de amor
los anegó sin remedio; ella, loca, él con un caballo
en el pecho y el resto, puro relleno.
Una música tras otra amenizaba las viandas.
Los invitados eran todo halagos y parabienes
e Isolda, que debía entregarse a Marco, fue pirueta
en el viento, giro en el tiempo, quiebro del destino.
Marcos se dio cuenta. Tristán y ella fueron uno.
Marcos se acercó a Isolda para saber.
Ella no lo vio venir, solo tenía ojos para Tristán.
Marcos se puso frente a Isolda para que lo viera.
Marcos le pregunta qué le pasa y ella, apenas
alzar la comisura de sus labios puede.
Marcos le repite la pregunta, Isolda no sabe, no contesta.
Tristán, que ve el percal de que está hecha la tela,
se queda fuera, expectante, disfrutando de la victoria.

Isolda le mira, busca refugio, trágame tierra.
Marcos insiste, ansía respuesta, no da crédito.
Isolda agacha la cabeza, no sabe qué decir.
Marcos gira su espalda y se aleja, adiós definitivo.
Isolda contenta; felicidad salvada, Inhiesta.
La música suena ajena, el jolgorio no se entera
del giro copernicano, la boda no se celebra.
Isolda hace mutis sin que nadie se dé cuenta.
Tristán le dice con señas que abajo la espera.
Ella asiente, sonríe, sus ojos estrellas.
Marcos se desliza entre la multitud, busca
sus aposentos, llora la pena, abatido, sin receta.
Todo al garete. No hay mal que por bien no venga.

Maná.

El maná: alimento, esperanza.
Toda salvación nace en el cielo.

La salvación es un final no necesariamente feliz
pero sí biológico, no forzado, no suicidio.

¿Merece la pena?
Una tempestad azota mi entraña,
tira hacia afuera con una fuerza
que dudo resista durante más tiempo.
No pretendo ceder a su insistencia
pero las dudas que llevo dentro
afloran poco a poco, seduciéndome.
Aquí yago, atado al mástil con la maroma
de la persistencia, soportando el aguacero,
la tilde que sobre las olas se expresa levanta
una montaña de líquido elemento amenazando
zozobra, y el canto de las sirenas en retaguardia.
El barquichuelo que me alberga papel
es su materia; las olas, gigantes cuyas fauces
se abren para engullirme, mi poder, minúsculo.
La cera que me juntara sobre los oídos
para resistir el canto de las sirenas se derrite.
La atracción que ejercen ellas crece como la espuma,
y la cera ?lamentable panal? es vilano al viento.
Parece que el cielo va olvidando este gris,
la calma parece cercar mi pensamiento, sonrío.
Las nubes preñadas de líquido elemento se van,
las montañas sin cima de tan altas van abajando
su orgullo ?la mar vuelve a su cauce.
El barquichuelo que me alberga va parándose,

calma chicha, sin viento, quietud, silencio.
La maroma que me ataran los compañeros
sobre el frío pecho que me late se va aflojando.
La cera, en vista de que las sirenas han callado,
se disipa ella sola como paja que se va quemando.
La normalidad se va haciendo la dueña, rutina.
Ítaca se divisa cerca, el horizonte también sonríe.
La playa ?ya al alcance de la mano? se curva
para recibirme, para darme el calor que eché en falta,
para abrigar el desamparo en el que estuve siempre,
para llevarme en volandas hacia el fuego que perdí.
Sí, ya, de nuevo, estoy en casa.

Dioniso

Colli alude al pasaje de Fedro donde Sócrates enumera las diversas modalidades de delirio, para concluir que Apolo es, fundamentalmente, el dios de la manía poética. Junto con Dioniso abarca el ámbito completo de la locura, que los antiguos griegos consideraban como sagrada. En las tradiciones de la Grecia arcaica ?tanto como en el propio texto de Nietzsche? hay en este sentido más parte de Apolo que de Dioniso, es decir, más inspiración poética que embriaguez.

?Santiago Auserón ?mítico vocalista del ex grupo musical «Radio Futura»? en su tesis doctoral titulada «Música en los fundamentos del logos».

P.D. Dionisos representa la manía erótica según Colli.

Apolo me inspira, Dioniso me atrapa.
Apolo conspira con mis entrañas,
Dioniso, con las vísceras.
Apolo la estética, Dioniso la erótica,
Apolo la forma, Dioniso la materia,
Apolo la palabra, Dioniso la emoción,
Apolo el equilibrio, Dioniso la locura.
No sé por quién decantarme.
Los dos me atrapan al unísono,
uno me atrapa la consciencia,
otro la inconsciencia, uno me eleva
al cielo azul, el otro a la tierra negra.
Apolo me da los instrumentos y Dioniso
los maltrata, hace un guiñapo con ellos,
me los devuelve inservibles y me deja
en la estacada.
Apolo serenidad, Dioniso delirio,
Apolo sensibilidad, Dioniso deseo.
Por quién me decanto, ¿Y tú?
Apolo es un fiel de mi balanza,
Dioniso el otro, Apolo línea recta,
Dioniso curva, Apolo cordura, Dioniso...

Me gustaría prescindir de uno de ellos
para ir más liviano de equipaje pero...
De quién prescindo que mi poesía
no se quede coja, ladeada cual torre de Pisa.
Apolo patrocina la belleza, esa belleza
que fue inaugurada en la antigua Grecia,
esa que figura en los frontispicios de los museos,
esa que de tan manida resulta hasta chocante.
Delante de esa belleza pongo el carro
de la pasión, sin la cual el hecho poético
queda sin el lustre que debe, sin alma.
No sé si prefiero levitar de admiración
o hundirme en las sentinas del sentimiento,
no sé, y no lo sabré nunca, será la eterna
pregunta sobre quién soy y para qué estoy
aquí, sufriendo una emboscada cuyo final
se nos hace saber al ver la luz del cielo.
¿Por qué me hacen spoiler de mi película?
¿Por qué saber que voy a morir si no he preguntado?
¿Qué desaprensivo me lo chivó de pequeño?
Vuelvo al tema.
Apolo es padre de la imaginación, de las nubes,
de todo lo que habita arriba, envuelto en éter,
del lugar adonde quieren navegar nuestros pájaros,
de donde el agua se hace algodón, y es tan nutritiva
que solo con su lluvia alimenta lo que hay debajo.
Abro el hambriento pico para recibir ese líquido
prodigioso, ese chocolate que los mayas bautizaron
en olor de multitudes.
Apolo es padre, yo también, aunque apenas ejerzo.
Esa asignatura la di por aprobada hace tiempo y
ahora, que debato si vivir, me agarro a las garras
de un clavo ardiendo, de un alféizar que resbala,
sintiendo en cada poro el peso de la intemperie,
sintiendo cada gota de lluvia sobre mi rostro
cuando llueve, cada quemazón pardo cuando el sol

sobre mi piel hace justicia, y cada helor ardiente,
gélido y mortal, que es colágeno para mi superficie.
Soy eterno valle sin consuelo, sin diluvio que lo llene,
que le haga olvidar las punzantes piedras de su lecho,
que ya, de tan erosionadas, son de cartón y hiedra.
Me llevo mejor con Dioniso porque no pregunta.
Dioniso es una ameba que responde sin guion,
yendo adonde le lleva la emoción, espontáneo
hasta la médula y que no piensa, para qué.
Apolo lo necesito, su serenidad es mi norte, sí,
pero de quien estoy enamorado es del pendenciero,
de aquel que nació de un muslo de Zeus y fue allí,
entre el fibraje malévolo del rey, donde halló placenta
y sentido hasta salir triunfante, y malversar caudales.
Quiero decidir por quién, pero no quiero.

Hacia dentro

Sócrates enumera las cuatro formas de locura inspirada por los dioses: la adivinación, la profecía, la poesía, y el amor a la belleza que conduce a la contemplación de las verdades eternas. Atribuye la primera a "la profetisa de Delfos" y la tercera a las Musas, cuyo corifeo es Apolo.

Me asomo a una ventana.
Veo un patio desangelado de niños jugando,
gritos detrás de una pelota, cuerdas de cáñamo
trenzadas que describen elipses al aire, y niñas
que saltan por encima de ellas profiriendo canciones
que ya escuché en mi infancia, y que me vienen feroces
al presente; otros niños ajenos a todo esto, sentados
en los bancos con las manos ocupadas en sostener
unos artilugios rectangulares que le permiten soñar
durante la eternidad de un recreo, que les evade
de lo importante, de las sumas y restas, las divisiones
con dos y tres cifras, los ejercicios de lengua e inglés...
Sigo asomado a la ventana, tengo tiempo antes
de vestirme, me apetece abandonar mis neuronas
al abismo inocuo de un perderse, de un dejarse
llevar y aflojar las riendas que me conducen.
Uno de los niños que sentado en el banco introducía
sus ojos en la infinita ventana de una táblet me mira.
Alza la vista hasta enfilarla con la ventana donde
me asomo y me pone en sus párpados dos signos
de interrogación. De la misma manera, siguiendo
el código ortográfico que me ofrecía para entendernos,
le respondo con los ojos, con la afinación extensa
de las comisuras de mis labios en ademán de sonrisa,
con un hola entre las manos a manera de bandera blanca.
Perdón, quería decirle, por entrar sin llamar

en su intimidad de niño solitario, que exhibe su soledad
a todo el que quiera consumirla desde el ventanaje
del vecindario, y que no es consciente de su mostración
pública porque se ensimisma como la crisálida que se
arrepiente de salir de su cáscara y regresa a la placenta.
Una vez hubo recibido mi respuesta, satisfecho, volvió
a disolverse en el mundanaje rosa y malva que le abre
la tecnología y que le impide ejercitarse, como los otros
niños, redundando en su gordez y mala salud futuras.
Es curioso que el resto de niños, aquellos que juegan
al modo de cómo se jugaba cuando era pequeño, no
advirtieron mi voyeurismo enfermizo, o si lo advirtieron
se las trajo al pairo y me hicieron maldito caso omiso.
Eso me gustó de ellos; al fin y al cabo también yo estoy
jugando, como ellos, solo que mi juego consiste
en añorar los juegos a los que jugaba cuando tenía la edad
de los que ahora están jugando en este patio de abajo
y que, solo algunos, los que "no juegan", advierten
mi presencia y miran preguntando por qué, a cuya
pregunta, aunque di respuesta y el chico estático de la táblet
se quedó satisfecho, no sé realmente qué responder.
Cierro la ventana, el mundo, el cielo, y miro hacia dentro.

Melatonina

Cuando calla la noche...
Canto VII, Catulo.

Cierro los ojos a la noche
cuando todavía entra el oleaje
del tráfico por la ventana.
Cierro los ojos, aunque el día
no haya pronunciado todavía
su última palabra, el sueño me puede.
A media noche, tras cruzar el Rubicón
de la primera acometida del sueño,
se me abren los ojos sin motivo,
sin una satisfacción onírica que lo justifique.
Miro hacia arriba, a la mancha de humedad
que se va apoderando del techo, la vecina
de arriba ha tenido un escape y no ha llamado
al fontanero todavía; escucho el rodar del agua
por el piso sin que haya nadie, ni dique ni presa,
que pueda poner freno a tanta devastación.
De la humedad paso al escritorio, a los libros
que descansan sobre la estantería caoba,
esperando con ansia mis ojos, mi atención.
Espero con estoicismo que la melatonina
vuelva a poseerme para proseguir el descanso.
Mañana trabajo y debo estar al cien por cien.
En este momento me vienes tú, pero ya tenue.
He decidido que ya es hora de que te vayas,
que hagas tus maletas y abandones las habitaciones
de mi mente para siempre ?salvo que realmente
quieras estar conmigo, que entiendas que no puedes

vivir sin mí y dejes los miedos para abrazar mi amor.
Decido seguir mi camino, sin mirar atrás,
no sea que me convierta en estatua de sal
y me quede de por vida en esta zozobra tuya,
y no pueda continuar el viaje que está previsto,
que no pueda fluir y que mis fluidos no sigan su curso.
No puedo seguir a medias, necesito tu calor, tus besos,
como agua de mayo, pero no puedo seguir así,
como pajarillo que abre el pico a la llegada
de su madre y que no recibe la carnaza que esperaba.
Si decides salir del miedo atroz que te puebla
para viajar hacia el amor, hacia tu felicidad,
entonces, ahí estaré, escuchando lo que me digas.
Sé que tu vida es estrecha en tiempos, en ti misma,
que necesitas una seguridad para ti y los tuyos,
pero, cuando los niños sean mayores, qué.
¿Me buscarás entonces?¿No crees que lo que ellos
desean para ti es tu felicidad?¿No crees que será
mejor para ellos que tú estés donde tu corazón
quiere estar, sin autoengaños, sin miedos, y que él
se merece estar con una persona que realmente
esté enamorada de él? Que eso de que son muchos
años de relación y que ya no es lo mismo ¿No crees
que es una excusa, un autoengaño más, por miedo
a que tu zona de confort se te caiga y no poder
reconstruirla?
Yo estaré ahí para ayudarte, y él nunca dejará
de ser el padre de tus hijos, estará ahí pero sin engaños.
¿No crees que has aceptado casarte con él por no hacerle
daño, por no molestar la tranquilidad de los niños, por
evitar el qué dirán y no tener la valentía de ser honesta
contigo misma?
Todo esto que acabo de expresar lo pensé antes
de volver a coger el sueño.
La melatonina tardó en invadirme por completo.

Tiovivo

El mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre, y para nombrarlas había que señalarlas con el dedo.

? Gabriel García Márquez. Cien años de Soledad.

¿Cómo te llamas?
¿Qué nombre figura en tu partida
de nacimiento?¿Eres virgen?
Atónita, sin dar crédito a que le estuviera pasando todo esto, María balbucía palabras
sin sentido; debía responder al interrogatorio del policía y por eso se esmeraba
en no mentir ?decir frases con sentido era mucho pedir.
Sin comerlo ni beberlo, cuando bajaba a la panadería de la esquina para comprar
el pan de siempre y algún que otro desavío, se vio envuelta en un atraco.
Un chico, con un panty en la cabeza, pistola en mano, arremetió contra ella y la tomó
como rehén para asegurarse la caja que hasta ese momento se había acumulado.
María, presa del pánico, profirió un grito que en el acto fue ahogado por el chico
con un golpetazo seco de la culata del arma sobre la frente, que respondió con un rojo
cayendo en dirección al ojo derecho. Ella, sin tiempo a decir esta boca es mía, quedó
sumida en un sueño que espero fuera dulce ?despertó a las dos horas sin saber a qué
obedecía su estado y qué fue del chico que le abarcaba con sus fuertes brazos.
El chico, de cuyo nombre no quiero acordarme, consiguió su propósito hasta que
al doblar la esquina se encontró con un coche patrulla que lo empotró contra la pared
de la calle, lo esposaron y fue encarcelado a la espera de juicio.
María contó lo que pudo. Apenas recordaba nada porque fue tan repentino...Solo daba
con el recuerdo de esos brazos musculados rodeándole el torso como si una boa
la quisiera poseer para siempre. Nunca ?confesaría ella para sus adentros? había sido
poseída de aquella manera. María lloraba con un desconsuelo propio de quien queda
sin amparo, sin un cuenco donde derramar tantos años de soledad, de acumular amor
sin hallar desaguadero...
El chico salió a los dos días tras prestar declaración. El juez resultó visiblemente conmovido
ante las razones que esgrimía. Decía que su casa era pasto del caos desde que sus padres
decidieron seguir juntos, maltratándose, en vez de optar por lo más sano; la separación.

Su confusión era tal que, para llamar la atención de ellos, decidió armarse de una pistola de juguete y valerse del sudor que el panadero había reunido hasta ese momento a modo de juego macabro, de broma pesada para pasar el rato, montándose en un tiovivo que le hiciese olvidar por momentos el drama, la zozobra, el naufragio al que estaba sometido.
María volvió a bajar a por el pan, preguntó al panadero cómo estaba y le contestó que bien, repuesto del susto aunque con un regusto algo amargo por el chico.
En ese momento, coincidiendo de nuevo, aparece el chico, esta vez con la cara destapada, exhibiendo su apabullante juventud y pidiendo disculpas a María, en primer lugar, y después al panadero, por el arranque de locura que lo arrebató hace dos días.
María, también joven, sintió mariposas en el estómago...

Me importa un...

Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo.
Cuando miras largo tiempo a un abismo, también éste mira dentro de ti.
? F.Nietszche. Más allá del bien y del Mal.

Me sostenía cruelmente la mirada.
Dentro de la ventana la guitarra llenaba mis brazos
y sonaba como nunca, con todo el entusiasmo
que salía por mis poros, era de noche.
Me asomé y vi, en la calle Melancolía, unos niños
de provincias jugando al escondite, cuando su padre,
impetuoso, salía por otra ventana silbando
cual si fuese una sirena que anuncia la cena.
Uno de ellos, dando un respingo, se fue corriendo
como un poseso, en el trasero una mancha de barro
de haber estado en el suelo jugando a las canicas.
La guitarra seguía sonando ajena al mundo,
sin importarle un carajo lo que cualquier reloj
pudiera pensar de las horas que eran, que al decir
de las costumbres no eran para hacer ruido.
La rima es la música de la poesía y ofrece al lector
la percha para que llegue al punto y final; eso pensé
mientras miraba por la ventana cómo ganaba la noche
al día en esa batalla incesante que es lo cotidiano.
Rasgaba bajito la guitarra, no fuera que algún vecino
llamara a la policía y me la quitara.
Los niños de provincias siguieron gritando y brincando
mientras jugaban, y su tiempo se iba gota a gota,
ensanchándose como ese chicle bazoka que de pequeños
se hacía interminable en la lengua y aceptaba cualquier
estiramiento como si se tratase de una gomilla de esas

que se utilizan para empaquetar los bultos que se envían
a no sé donde, a aquel lugar donde no hay tranvías
y que la correspondencia llega siempre tarde, aquel lugar
sin códigos postales, donde la última estafeta de correos
fue derribada producto de una bomba de los republicanos
durante la Guerra Civil, todo era desolación.
Es el destino quien me sigue sosteniendo cruel
la mirada. Sus ojos, azules garzos, cuyo cristalino hacía
las veces de espejo para quien quisiera mirarse en él,
no pestañeaban, y con una expresión fiera me desafiaba,
fríos los ojos y serena la conciencia, sin nada que perder
y dispuesto a jugar todas sus cartas contra mi existencia.
La vida no vale nada, se compra en un baratillo, pensé.
Me vuelvo a asomar a la ventana, la calle ya está desierta.
Los niños de provincias están bajo clausura, entre paredes
que no le hacen justicia, y la calle llora su ausencia,
un semáforo pasa del verde al rojo sin que ningún vehículo
se dé por aludido, la calle calla el silencio, el camión de la
basura cumple su cometido.
La vida sigue, sin que le importe un carajo mi existencia.

De una manera o de otra, corazón.

De la importancia de olvidar. Me vienen fantasmas a la cabeza, pensamientos negativos, abajantes, mi mundo siente un pequeño sismo y de repente me olvido, desaparece de mi mente ese nubarrón y todo vuelve a la calma.

? Funes el memorioso de Borges y otros personajes concomitantes con la memoria. El Leteo y sus aguas...

Me gustan tus adioses.
Son adioses que no están revestidos
de un para siempre ?solo es un hasta pronto.
Dices adiós y despides este segundo
para decir hola al siguiente y así...
Sucesivamente me introduces
en una vorágine perfecta, de idas
y venidas, de un oleaje que no halla puerto.
Me dices adiós y nos sumergimos
en una amalgama de besos y abrazos,
de ahoras que mandan y mañanas que no existen.
Cabalgamos el momento a uña de caballo,
atravesamos los campos hasta llevar
la correspondencia a donde corresponde.
Me besas con la lentitud exasperante
de un perezoso recién levantado de la siesta.
Me derramas tu languidez sobre los labios
y acaba desembocando mi deseo en el paladar
extraño de una despedida que apenas queda en el intento.
Me aseguras que ya no más, que queda clara
tu postura y tus propósitos, que esta vez es la última,
pero lo que me gusta de ti es que un no no es no,
es un sí con algún condicionante en su predicado.
Te has ido diciendo que no puede ser, que ya basta.
Podemos conversar largo y tendido, te digo, y tú,
incrédula y anhelante al mismo tiempo, te rindes

a la evidencia, miras al otro lado y te lías la manta
a la cabeza.
Me gustas cuando dices no y me miras a los ojos,
porque tu mirada no establece ninguna obligación,
solo implora un deseo que no es deseo de dentro
sino que brota y se derrama, y queda sin cauce.
Me encantas cuando me suplicas que pare, que ya
lo hemos hablado, que te respete, y cómo tus manos,
a continuación, dibujan unas palomas que ascienden
pidiendo árnica, misericordia y conmiseración a mansalva.
Me encanta cuando me suplicas con los ojos y las manos
a modo de rosario, de ruego y rezo, y después, acto seguido
accedes entregándote a la causa, poniendo tu boca hialurónica
al servicio de la mía, como un vaso que se abre al agua
desprendida de una jarra, maná de un cielo que llora.
Me encanta tu bondad, tu no querer molestarme con un no,
con una astilla que me pueda cercenar el alma y dejarla pasto
de los buitres.
¿Ytu mirada? Esa mirada que me condujo al cadalso pocas
fechas antes y que se me clava otra vez en el alma como aquel
día, que sigue vestido de rojo en mi calendario. Volvimos al
mismo sitio donde nos conocimos, cerrando sin abrochar
lo que no puede cerrarse porque no se conoce ningún universo
que haya sido cerrado; una herida abierta a ti y a mí, al reencuentro.
No me voy, no te dejo, no puedo. Todo sigue igual, Preservaré
las distancias mientras el fuego lo permita, respetaré tu decisión
siempre que no sucumbas a las ganas de besarme.
Te sientas para irte, sientes al sentarte un peso en el corazón, miles
de emociones colgando de sus aurículas, miocardios y ventrículos
y te pesa, te pesa tanto que apenas respiras cuando tiras del cinturón
y ves que no te llega la camisa al cuello, una camisa negra.
Los dos conjuntados ?hasta en eso se deja sentir la complicidad.
Hasta pronto corazón. Sabes ?y me lo dijiste el otro día? que estamos
condenados a estar juntos, de una manera o de otra, siempre.

Víspera de un Domingo de Ramos

Mucho amor germina en la casualidad;
tened siempre dispuesto el anzuelo,
y en el sitio que menos lo esperáis
encontraréis pesca.
?Ovidio. Arte de Amar.

Así fue.
Llegué a un sitio sin esperar nada,
el mismo sitio, la misma hora.
La coincidencia me alumbró.
Un amigo se me acercó para llevarme
hacia ella, era un viernes trece,
día fatídico para un anglosajón
pero para mí, que soy latino,
vino dios a verme. Fue instantáneo.
Pasados ni tres meses volvimos
para celebrar ese encuentro,
sin casualidades esta vez, diría
que el reencuentro estuvo maquinado
por una inteligencia que gravita
por encima de su cabeza y la mía,
una inteligencia a la que no tenemos
acceso porque carecemos de la clave,
pero no importa, ella sale cuando
se le precisa y pone cada pieza en su lugar.
Entramos en el mismo sitio, nos acercamos
a la barra, la misma cerveza Cruzcampo
para ella, yo para variar un Ballantine
con Seven Up, cubata antiguo donde los haya,
es el que pedía cuando me los pedía, me

alejé hace tiempo de el alcohol y ahora
lo visito en momentos especiales, como este.
Nos fuimos a una mesa alta y colocamos las copas,
bailamos, y la música y el alcohol fueron haciendo
su trabajo sin prisa pero sin pausa, cayó el primer
beso detrás de una columna, a escondidas, para
darle más pimienta y sal a la inauguración de los labios.
La pasión me corría por las venas como un mercancías
que se sabía retrasado para entregar su expedición
y que, ayudado del maquinista, volaba sobre los raíles
hasta que ella se paró en seco y puso orden en el caos,
me dijo que así no, que así, lento, despacito, saboreando
el borbotar de la sangre que en ese momento corría
por nuestros labios, sedientos de lujuria, sedientos hace tiempo.
Así, a este ritmo delicioso, se sucedieron una ristra de besos
a cual más profundo y más sentido, ella apretando suave, dulce,
la superficie anhelosa de mis labios, y estos, felices de recibir
un maná tan suculento, se entregaban como reo a su soga.
Nos fuimos andando, el coche descansaba en una plaza algo
retirada, nos aireamos manteniendo la distancia de seguridad
y abrimos las puertas, nos sentamos y comentamos la jugada.
Me dejó en mi casa, no tengo coche, bueno sí, el suyo es mío
cuando estamos juntos, me levanté del asiento para hablar
fuera, ella se levantó también, nos colocamos sobre el capó
y se desató la lujuria de nuevo como pólvora urgente.
La invité a subir pero no quiso, nos besamos como se besan
unos novios despidiéndose en la estación cuando no saben
si se volverán a ver, como si me fuera a montar en un tren
camino de una guerra de la que a buen seguro sería uno más
en las esquelas mortuorias que se publican cada cierto tiempo.
Fue un no pero sí, un sí pero no, para luego decir sí, y luego no.
Fue un desenfreno maravilloso, un vaivén de emociones
y deseos, fue un hacer el amor sin cabecero ni cama, apoteósico.
Fue un sábado, víspera de un Domingo de Ramos.

No tiene más importancia...

Poesía viene del vocablo del griego ático Poiein
que significa crear, juntar, hacer.
Un buen poema sería aquel que junta
bien las palabras, de manera sorpresiva,
inesperada.
?Horacio y su «callida iuntura».

Pienso en lo de ayer, en nosotros.
Me dijiste que «mejor no aparecer» pero a continuación me diste las señas del bar
donde ibas a estar compartiendo día tan señalado con «tu gente».
Me subió una alegría indescriptible por entre los poros de lo improbable, creí que
pasarías de puntillas por el chat como en otras ocasiones, brillando por tu ausencia,
pero, por fortuna, recibí ese alimento del cielo: los dados cayeron en mi casilla.
Cerré el ordenador ante la avalancha de adrenalina que me azotó por dentro y me puse
manos a mi obra; me duché, afeité, acicalé como mi escasa ciencia me dio a entender
y abrí la puerta en busca de un sabor que no rescaté finalmente, muy a mi pesar: el de
las torrijas de una cafetería-obrador que descansa en una esquina de la Plaza de la Alfalfa.
Una vez di buena cuenta del dulce manjar semanasantero, típico de Sevilla, y bañado
por un café con leche, me dirigí al bar donde estarías con «tu gente».
Pensé que era pronto porque poco antes me enviaste un mensaje indicándome
«nosotros en camino», pero sí estabas, estaba lleno el bar de toda «tu gente», te veía contenta,
yo algo nervioso porque no sabía qué hacer, fui de un extremo a otro del bar ?hacía
esquina? y me paré en un lugar en línea contigo para que me vieras, salieras, y me invitaras
a entrar ?no quería bajo ningún concepto «cagarla», como sueles decir.
Me acerqué al lugar donde los niños jugaban con una pelotilla al fútbol, como hacía yo con
su edad en el patio del colegio ?recuerdo que hasta con piedras planas llegue a jugar? y
reconocí a dos de tus hijos ?respecto al tercero dudaba entre dos.
Como no venías volví a ponerme en línea, dejé la indagación que estaba haciendo para matar
el tiempo con el propósito de que te diera por acudir a mi rescate.
Acudiste y reaccioné de la misma forma que hice con otra chica, llamada Marga, en verano,

quien me dijo que me fuera porque estaba con su madre y una amiga y no quería que fuese advertido. Me detuviste en mi huida ?lo que agradecí profundamente? y me presentaste a tu cuñado, que me acogió con toda la simpatía que necesitaba para que el día fuese como fue. Hasta en esa reacción fuiste mejor que esa chica, me dijiste que adónde iba y me introdujiste en «tu ambiente, tu gente», me ofrecieron vino y a partir de ese momento todo fue miel sobre hojuelas, tú, haciendo las veces de anfitriona, encantadora como
de costumbre y acogedora tal y como me adelantaste si iba, aunque mejor sería que no.
Todo el mundo era delicioso. Hacía tiempo que no me sentía tan bien acogido y pierdo la memoria recordando un Jueves Santo tan agradable. Mi comportamiento fue el adecuado según tu parecer, era mi principal intención, y en esas intenté congeniar con «tu gente» y así lo hice. Quise apurar hasta el final y así lo hice, me apetecía quedarme a solas contigo al final del día, como premio a mi buen hacer, pero no fue posible. Intenté quedar contigo después, para la «Madrugá», pero no fue posible. Quise, aún casi sin dormir, tener contigo ese momento de intimidad, de soledad, que me apetecía, como colofón a un día estupendo.
No fue posible y entendí perfectamente el motivo. El balcón era de otra persona y no avisaste con tiempo ?ese era el motivo pero el verdadero era otro que no me quisiste confesar.
Entiendo que el motivo era el mismo de siempre: el miedo a que seas descubierta en falta, y detrás de ese motivo otro más profundo: Que tu pareja se enterara de la infidelidad y decidiera poner fin a la relación, lo que equivaldría a descolgarse de una cornisa y caer al abismo sin remisión posible.
Necesitaba decírtelo. Para mí también esta siendo una experiencia intensa y percibo que te cuesta expresar tus sentimientos, o incluso pienso, creo que con más criterio, que no acabas de saber lo que sientes realmente, lo que piensas que te pasa, y das palos de ciego explicándote.
Es solo lo que pienso, no tiene más importancia.

No me apetece matarte

La fuerza de lo que nace
lo que renace la desea.
?Cita a proposito de una mujer que viene
y otra que se va yendo...

De fondo suena Satie.
Me envuelve el terciopelo
de sus notas, lentas, suaves
como el roce ocasional
de un satén que cae,
llena de un perfume infantil,
recién lavado, de un jabón
que se deja sentir en el ambiente.
Satie me traslada a ti,
al misterio de un amor que nace
cuando otro muere, y este que muere
nutre al que nace como la mantis
religiosa se sustancia del padre del retoño
que viene.
Siento cómo tu aroma penetra
mi recuerdo, esos momentos juntos,
que hoy son solo fotos de un álbum
verde visitado a menudo por el polvo.
De Satie paso a la profundidad de un violín.
Sus cuerdas, alentadas por un arco triunfal,
diseñan pájaros en el aire que se escapan
por la ventana en busca de un horizonte.
De entre las notas que me llegan al oído
te me cuelas tú, y tu capacidad extraordinaria
para aceptar las críticas, aún su desmesura.

Ahora estoy haciendo balance de ti.
Trazo en un papel dos columnas, una verde,
donde colocaré las virtudes, y otra roja donde
los defectos.
Termino de valorarte y el resultado es positivo
con creces, conclusión: Quiero que sigas en mi vida.
De la intensidad del violín paso a la profundidad
transgresora de un piano que parece llorar.
Ante el río de notas que desciende la ladera
oeste de mi dolor no puedo más que dejarme sentir.
Las espinas de sus arpegios se me clavan cual dardos
emponzoñados de curare ?y voy pereciendo...
Me agarro con fuerza a tu grandeza para no caer
al fondo del abismo ?el asidero del deseo es débil ya.
Apago la música y cierro el poema.
Quiero que sigas, no me apetece matarte...

In crescendo...

Quizá las nubes sean mías,
no del cielo.
?eso pensé cuando pensé en ella.

La botella está medio vacía,
me detengo en una mota de polvo,
insulta la generalidad blanca
de la sábana, te vas yendo.
Soy imperfecto, soy un dios dañado
por el uso, un dios que vive abajo,
padeciendo, corona de espinas.
Tus cosas todavía están aquí.
¿Eres tú acaso perfecta?
Si tu respuesta fuera sí debo irme,
coger mis bártulos y con mi música
a otra parte; si fuera no, ya somos dos.
Sigo pendiente del móvil, de que te dignes
a teclear palabras dirigidas a mí
y que un sonido sordo inunde el aire
advirtiendo tu presencia.
Olvidar no es fácil, es arar cada día
en el mar, es subir una piedra inútil a la cima.
Sé dos cosas ?las apunto en la agenda del móvil
para que no se me olviden? : una, que debo
caminar a partir de ahora más ligero de equipaje;
el peso de tu recuerdo me tuerce las rodillas
y me dificulta el paso; dos, que debo desprenderme
del hechizo que me causó tu mirada;
solo necesito practicar una pequeña incisión,
extirpar el tumor que tu existencia me ha producido

y así preservarme, estar listo para seguir andando.
El resto, que eres tú, decido guardarlo.
Dejo la puerta abierta a la incertidumbre,
que la vida opere a sus anchas ?que es lo suyo?,
sin impedimentos ni impedimentas, sin tapujos.
¿A qué venía todo esto? Voy a retomar el hilo
del discurso remontándome al inicio ?a ver si puedo
salvar los muebles... Sí, lo de la botella medio vacía.
Ahora que lo pienso, mientras escribo, diría que
empiezo a verla medio llena, me sigues ocupando
la mente porque han sido tres meses ?hoy precisamente
se cumplen tres meses? los que te llevo a ti como
ocupa de mis neuronas y mis miocardios, y, aunque
donde hubo fuego quedan rescoldos, el silencio debe
hacerse con el aire de mi estancia, relegándote a un cajón
de mi mesita de noche para cuando, en la quietud
de lo oscuro, venga tu recuerdo y con solo estirar el brazo
pueda darte alcance e imaginar que te hablo, que me hablas,
que te sigo teniendo a un click de este precipicio.
He pretendido contigo tocar la luna dando un salto, ilusión,
utopía improbable, con todas mis fuerzas sí, desde la lejanía
de un suelo yermo, que bebe el agua que le llega con el anhelo
del mendigo, y que se seca nada más toca la superficie.
Sí, no soy perfecto, ya lo sé, pero lo peor es no ser suficiente.
Soy como un paquete que llega al destinatario después
de una expedición con incidencias, en la que el conductor
de la furgoneta no ha estibado debidamente la carga y esta,
ante el traqueteo que conlleva la carretera, ha ido bailando
hasta romperse una esquina de su virginidad, un rasguño.
Presento, incluso visibles, algunas taras que levantan
las miradas irremisiblemente, condenando al resto
al ostracismo, a la ignorancia, a la desconsideración más absoluta.
Prometo que he querido hacer un poema pero los dedos
no me hacen caso, no quieren ceñirse a la parquedad que significa
escribir, medir, contenerse, ser escaso en palabras cuando sus
falanges tienen ganas de solazarse y expresar con toda libertad

lo que sienten en este momento, como un perro que espera
ansioso a su dueño y cuando llega, correa en mano, lo baja a hacer
sus necesidades y vibra de libertad aunque solo sea la eternidad
incesante de un instante, una libertad que brilla por su ausencia.
El domingo prometo contenerme, prometo que seré poemático,
todo lo que pueda ?es evidente que mi tendencia natural
es a la verborrea, y este vocablo casa mal con la poesía...
P.D. De hecho, si miran cómo empiezo, observarán que la extensión
de los versículos va in crescendo, prueba de que mi intención era otra.

Deposito

La emoción es el viento.
La razón, el timón.

Deposito sobre tu pubis un beso,
un beso de buenas noches, tierno.
Deposito sobre tu mejilla el aliento
que me resta de tantos besos,
de cientos de ellos que tejen este lienzo.
El periplo por tu piel llama al descanso,
al asueto, a dormir, a carenar este barco
que suena a deriva y fracaso, lento.
Te abrazo y siento que me falta algo,
ese algo que siendo tú no acaba,
no se pronuncia porque yace muy adentro.
Quiero llegar al sanctasantorum de tu cuerpo,
ese lugar donde el sacristán que te empapa
se reviste antes de la misa, altar y caliz quieto.
Te pinto con mi llema un rosario, reza,
desea que todo esto no sea un espejismo,
que sea pan nuestro de cada día, tostada
que salta muy de mañana y café recién hecho.
Desea que tu almohada no recoja más huella
que la que tu cabeza y la mía dejan impresa,
y que cualquier olor que ajeno sea se vaya,
abandone el claustro sagrado de esos besos
y no sea mancillado por ningún pensamiento, ajeno.
Que el pijama que te viste sea mío cuando
duermas, y me introduzca de estranjis en tu piel.
Que tu respiración y la mía tengan la misma sístole
y la misma diástole, que nazcan del mismo suspiro.

Que tu pensamiento y el mío tengan de cierto
el mismo semillero, la misma lógica y concierto,
el mismo proceso de ideas, de desapegos y abierto
al hilván que urdido llega a tu entrecejo y coincide.
Y coincide, punto por punto, con lo que siento,
con una caricia que traspase la imponente barrera
de tu epidermis y se amigue, sin recovecos, libre,
con tu carne y tu sangre, con tus glándulas y nervios,
que sea uno con tus sedimentos, con tu impericia,
con tu aliento, y que al hacer el amor una paloma suba,
bata sus alas como ave fénix y salga por la ventana
anunciando una buena nueva, bienaventuranza, calma.
Deposito sobre tu pubis un beso, otro beso, buenos días.
¿Qué tal amor, cómo has dormido? ¿has podido conciliar
el sueño?¿ Te he molestado?¿He impedido que tus ojos
clausuren ese cansancio del que me hablabas?¿Te subo
lentamente el desayuno mientras te duchas y te vistes?
¿Te plancho el vestido, que le advierto una arruga
en la solapa?¿Te encargo una pizza para cuando salgas
y llegues solo para sentarte en la mesa y mirarme?
¿Voy a por los niños al colegio o estás tan cansada
que no te apetece vivir la sorpresa que se dibujará
en sus rostros cuando te vean detrás de la cancela?
Deposito un último beso sobre tu pubis.
¡Acuéstate! Mañana te espera un día duro, con espinas.
¿Te hago el amor para que concilies mejor el sueño?
Me vuelvo del otro lado y te dejo ser, desvanecerte.
Buenas noches amor.

De la rinorrea a la congestión

El parque se despierta detrás de una cancela.
La escarcha temprana de enero hace contrapeso frente a la desolación del paisaje. El invierno que se devana no deja títere con cabeza. El frío, extremo, se deja sentir en mi pituitaria ?sigo padeciendo la misma rinitis de siempre?, y la mucosa que da sentido a mi nariz está claudicando poco a poco.
Como cada mañana de martes me acerco a correr. Dicen que el deporte es salud, pero en mi caso, correr era una cuestión de orgullo, de no dar el brazo a torcer frente al brazo poderoso e inexorable del tiempo, que lentamente va torciendo la muñeca y bajándolo contra la mesa de una realidad que a la larga o a la corta se impone.
Concluyo la carrera y me siento en un artilugio, dispuesto para el que quiera usarlo, que simula el acto de remar, a fin de potenciar el tren superior y mantener así una lozanía que tiene a buen seguro pronta fecha de caducidad.
Después de sentarme en otro aparato y ejercitar otros músculos me tiro en el césped. Cuando me tiendo sobre la fragancia de la grama no lo hago por puro hedonismo, sino porque me dispongo a hacer unas abdominales y unos glúteos antes de dar por concluída la sesión.
Os preguntaréis que todo esto a qué viene. Pues viene simplemente a que, mientras hago las abdominales veo un mirlo posándose sobre un tocón de madera oscura, de una amplia base y que perteneció sin duda a un árbol robusto, criatura de dios que ahora duerme en un cielo que debe ser distinto al nuestro ?el cielo de los árboles?, un cielo limpio de nubes y con un sol que debe reverberar contra la tersa superficie de las hojas.
El mirlo, diría que macho por el negro azabache de su plumaje, no deja de introducir el naranja de su pico entre las hendiduras intentando llevarse un gusano a la boca, el hambre acecha y el parque, que tirita de frío, va sumiéndose en una espiral de carestía preocupante.
Mientras ando para volver a la rutina, la nariz, que más parecía una fuente, era un sinfín horrísono de mucus y putrefacción, y la mucosa que la tapiza va tomando una rojez cálida hasta producirme un prurito, que a la vez de placer me genera preocupación.
Ya en casa, con la ducha de agua fría de rigor, la rinorrea remite a niveles más tolerables pero todavía persistentes. Me pregunto cuándo cesará esta crisis rinítica que me azota, que ya van para tres meses con sus idas y venidas ?nunca antes había vivido un episodio de estas características en mi ya dilatado viacrucis.

Ahora, que estoy escribiendo, todo está en calma; mi nariz entra en la quietud inherente al acto de escribir, ese replegarse contra sí mismo, como cuando cogemos dos calcetines, los unimos para emparejarlos y le damos la vuelta para que permanezcan juntos, hechos una pelota, en el fondo del cajón.
Pongo aquí el punto y final para que, querido lector, descansen tus ojos, descanse mi nariz, y si tienes sed o hambre vayas a la cocina a llenar tus ganas, que ya es hora...

Cum laude

Dalí sueña su persistencia
de la memoria desde Port Lligat.

El tiempo no se puede concebir,
sino el espacio.
?dijo Dalí al respecto de su cuadro.

Los relojes blandos de Dalí tiene un fondo azul porque reflejan el cielo, donde el sol se está poniendo, y el sol es movimiento frente a la inmovilidad de los relojes. La hora que aparece marcada en ellos es fija, siempre la misma.

Fue de madrugada,
esta madrugada.
Al conjuro de la oscuridad
se me convocan unos relojes.
La alarma debía sonar más tarde,
la manecilla de los minutos tocaba
las doce, y de paso, tocaba mi alma.
Me levanté en sueños a beber agua,
la sequedad en el ambiente
era densa, se cortaba con un cuchillo,
el verano hacía mis delicias, y el calor...
La alarma todavía dormía, el salón, silencio.
El grifo sonaba al fluir un líquido incoloro,
un bebedizo que tiene la mala costumbre
de calmar la sed de aquel que lo ingesta,
del que osa introducirlo en sus adentros,
y se calma, me calmo, voy al baño antes
de proseguir el sueño donde lo dejé,
en el mismo momento de su hilo argumental.

Reposo con ahínco la cabeza en la almohada,
le doy la vuelta porque está mojada y eso
me molesta para volver a conciliar, y sigo soñando.
Solo uno de los relojes del lienzo está inhiesto,
el resto, deja caer su flacidez sobre una rama,
y su hora no se aprecia con claridad.
Uno de los relojes, con su fondo azul cielo,
es recorrido por una legión de hormigas, símbolo
inequívoco del caos ?lo inconmensurable del tiempo
en sociedad con la desorganización organizada
de unas hormigas que parecen seguir un patrón
individual cuando todo obedece a una convención.
Se me viene de repente, en pleno REM, una mano,
una mano que es la mía expresando un arrebato,
una sinrazón que acaba con toda la relojería
en el suelo, y un cielo que huye, que no quiere problemas.
Esta sucesión de imágenes acaba convirtiéndose
en pesadilla y termina con una apertura unísona de ojos
contra la blancura insípida de la pared ?parece que
la mente dispone de sus automatismos para salvarse
de la quema justo antes de besar el fuego...
Con los ojos abiertos, analizando para matar el tiempo
los desconchones del techo y las manchas de humedad,
espero que Morfeo venga a rescatarme de nuevo.
P.D. En esas estoy todavía, llevo dos horas mirando
al techo, me lo sé de memoria ?si me hicieran un examen
sobre la morfología y la topología de la pintura de brocha
gorda obtendría un sobresaliente cum laude.

Estoy solo, escribo...

Navigum amoris.
?Amores. de Ovidio.
Con este tópico, Ovidio explica la odisea que le supuso su salida al exilio,
la mar tormentosa. El amor es como navegar en alta mar, barquillo de papel
contra el fragor de las tempestades...

Estoy solo, escribo.
Exiliado, muerto en vida,
un error la sentencia,
un furor, el que tengo,
un intento, que pase el tiempo
que me quema, escribo.
Nadie me entiende aquí.
Soy extranjero, el latín
no se estila entre la gente.
Tomis, ciudad bárbara, mira.
Me acoge como un orangután
que entre rejas se exhibe.
Mi única obsesión: el tiempo.
Lo voy matando con mi pluma.
Nadie me lee ni me leerá
pero el tiempo pasa ?eso deseo.
Mi familia llora mi ausencia,
un error que el emperador tildó
con deshonra y vilipendio.
Su hija, Julia, cometió adulterio;
Augusto, bastión de la pudicitia romana,
yo, una amenaza en mi palabra, mi lengua.
Augusto, prudente, decreta mi exilio,
la noticia, jarro de agua fría,
yo, muerto en vida, lloro a mi gente.

Al día siguiente emprendo aventura.
De Roma a Tomis una Odisea, ocho años
de tortura, peor que si fuera un asesinato.
Escribo, paso el tiempo, me olvido
de que estoy viviendo, estas letras, pasto
del olvido ?no fue así por fortuna.
Dicen que el escritor escribe para ser leído;
ahora, a fin de cuentas, entiendo que el motivo
es más profundo: se escribe como se vive,
se vive escribiendo, escribir y vivir son dos verbos
de una sinonimia sorprendente ?lo descubro ahora.
Mientras escribo me olvido de que estoy preso.
En realidad no es eso, puedo salir fuera del recinto,
puedo pasear por la ciudad y bañarme del cariño
de la gente, pero no les entiendo; ellos me miran
como se mira a un forzado que se le lleva en cadenas
al patíbulo y del que esperan entretenimiento.
Sigo caminando y haciendo de tripas corazón.
Quiero descubrir en mis caminatas un aliciente,
algo que, a parte de la escritura, me haga olvidar
que soy víctima de un error, de la tragedia más trágica
de que puede ser humano alguno ser objeto.
Es verdad que el ejercicio tonifica, renueva los fluidos
y te reviste por dentro de una vida nueva, inédita.
Llego a casa ?aunque llamarle casa a este sitio
es un síntoma de aceptación, y me alegro? y tras el baño
me siento, aderezo la estancia, la mesa afinco en el suelo
que pisa con unos calzos de madera, y dispongo quedo
el recado de escribir ?que no me falten tinta y papel.
Me hago acompañar a mi siniestra de un cuenco
con un mejunje que me preservará del sueño; prendo
con la diestra el cálamo de pavo real que me traje
de Roma, regalo de Fabia, y que corre como arroyuelo
por la tablilla, de cuya cera me provee un gentil hombre,
Lupercio, que viene a mi puerta cada dos días.
Sigo solo, estoy solo, duermo solo, solo me alimento.

Me acuerdo tanto de ti Fabia, mi tercera esposa
que eres y sigues siendo pese a la distancia ?te tengo
en mi mente como diosa a la que mostrar en sacrificio
mi dolor, el suplicio este que no merezco mas te brindo.
Me acuerdo, con el desgaste que la brava mar causa
al acantilado, de mi hija, de tu hija, mi venerada Marcela,
que la dejé casi naciendo a la vida, que ya debe ignorar
mi existencia, cuando en cambio yo, que me muero tanto,
la deseo como la libertad un reo ?¡¡te quiero tanto, vida!!
Pronto volveré, estoy seguro. Sé, amor, que estás moviendo
todos los hilos que están a tu alcance para que se decrete
el final de este suplicio, sé que te afanas día y noche,
cabildeando entre las cancillerías y los estrados, llorando,
si fuera necesario, a modo de ruego, que se sentencie
a mi favor y se dehaga lo hecho. Lo sé, y te lo agradezco.
Mientras, aquí, sigo. Cada vez me siento más hecho
a esta estancia. Es mágico como el cuerpo, a pesar del horror,
se adapta a cuanto se le carga encima, y ya, para tu regocijo,
voy adquiriendo amigos, personas de bien que endulzan mis
padecimientos, e incluso llego, en algunos momentos, amor,
a olvidar por qué estoy aquí, lo cual agradezco en sumo grado.
Te dejo.
Espero que esta carta llegue a tus manos, pronto, hoy si acaso.
Léela con atención y me contestas. Espero ya como óxigeno
la sangre.
Adios. No sé si volveré a verte, aunque te veo en sueños...

Eres una mosca

Cuando muere una mosca, resucita si se la cubre de
ceniza, operándose en ella una palingenesia y
segunda vida desde un principio, de modo que
todos pueden quedar completamente convencidos
de que también su alma es inmortal.
?El elogio de la mosca. Luciano de Samósata.

Deberías sentirte una mosca.
Un insecto entrometido,
un bichejo alado que salta
de mierda en mierda
hasta que su olor se expande.
Sí, el otro día, sin ir más lejos.
Era de mañana cuando dijiste
que te ibas, sin vuelta atrás.
Era muy de mañana, yo en la cama,
no diste tiempo a la reacción,
se te cruzaron los cables, cojiste
el cepillo de dientes y te lo metiste
en el bolsillo, cuatro camisetas,
tres bragas y un bocadillo, te fuiste
porque cambió el viento, de noreste
a sudeste o algo así, me imagino.
Lo que no sabía era tu plan b.
Abajo, apoyado en un coche color plata
esperaba el maromo: moreno, agitanado,
con las patillas a lo Curro Jiménez, rizado
el pelo, culo prieto, con una promesa
brillando en la pupila, una raya en el agua.
Me enteré al tiempo. Ese día me quedé

en casa con un palmo de narices, quieto
como un tancredo que espera la envestida.
Te hice el amor antes de irte pensando
que no sería la última vez, de saberlo...
Tú te dejaste hacer sin rechistar, gimiendo
las últimas caricias como quien gime
un recuerdo, algo que siendo presente
pasa al pasado sin solución de continuidad.
Eres una mosca porque pasas de mis heces
a las de otro ?más vale malo conocido...
Eres un insecto inmundo porque fue repentino,
no me diste pista alguna de tu desgana,
el amor que hicimos fue hecho con el fuego
de siempre, el tuyo y el mío, y como la que
no quiere la cosa terminas, te vistes, lías tu petate
y te arrojas a los brazos de otro, cuyo mérito
es que tiene un coche color plata, que hace runrún
de una manera atronadora, llamando la atención
y la protesta de todos los vecinos, y que tiene unas
patillas largas, de bandolero. Esos son los méritos,
no lo entiendo. Yo, que soy un hombre de provecho...
Han pasado dos meses y sigo pensando en ti.
No te me quito de la cabeza ni con aguarrás,
eres como esas roñas que se adhieren al suelo,
lo empercuden hasta el tuétano, y se agarran
a la solería con tal fuerza que no hay química
suficiente para arrastrarlas a mi alcantarilla.
Me mandaste un guasa y no te contesté.
Te voy a contestar ahora, ya que estoy hablando
de ti, y te voy a decir que estoy superbién, contento,
con una chica que justamente llena la misma horma
que dejaste libre en la cama, esa figura tuya que
no se va del colchón, que tiene la forma de tus caderas,
y que por esa razón he tenido que aceptar, aunque no
me gustaran del todo, solo aquellas que encajaban con
ella, que coincidían en su cuerpo con tu forma, una

verdadera paranoia ?esto que le envié por guasa
no es cierto, pero como me resultó divertido se lo dije
para ver qué me respondía...
Ya os seguiré contando. ¡¡Mira, ya ha respondido!!

Vuelvo a casa

Vengo de ellas,
voy a ellas...

Veo la luz al fondo.
He estado sufriendo
sin saber que sufría.
He ido abriendo a mi paso
las oquedades, los pasadizos
estrechos de la existencia.
He ido venciendo los obstáculos
de sangre y barro que la vida me opone,
yendo hacia la luz, mosquito cegado
?y no lo soy, exactamente.
Noto cómo me impulsan hacia arriba
desde la fragilidad de mis hombros, siento
otra vez el mismo tacto, una piel perdida.
Una mujer me abraza abrasándome de amor,
recupero mi sensación de seguridad, tanto
tiempo duró la zozobra, estoy a salvo.
Tras despegarme manos ajenas del traje
cremoso que me envolvió tanto tiempo,
sintiendo con placer la tibieza suave del agua,
soy depositado en un lecho distinto, más duro,
un epítome de la vida que me espera.
Ya soy adulto, estoy sintiendo el mismo calor.
Me demoro en la cama, es domingo, y pierdo
la noción del tiempo apoyado sobre otro pecho,
otra mujer, otro lecho pero el mismo amor,
el mismo abrazo, la misma paz, la misma celosía
para contemplar el mundo desde un balcón alto,

alejado de la erosión inherente al día a día,
al levantarse y andar hacia el borde de un abismo.
Esta otra ella me arropa, me disuade de dejarla
y erguirme para hacer algo «útil» ?¿qué más útil
que un abrazo??. Ella, la que me salva ahora, ella,
la que me salvó entonces, la que en su vientre plata
me dio agua y comida cuando más lo necesitaba.
Ella, la que me mira queriendo fundirse conmigo,
la que busca en mí un padre de cuya escasa vocación
me hago cargo ?ya aprobé esa asignatura?, ella,
en quien busco a mi madre otra vez, y otra, y otra,
y sobre la que deposito mi terrible añoranza de útero.
Cuando hacemos el amor y desembocamos en el estuario
final, cuando los fuegos artificiales se clavan en el cielo,
le propongo a ella, seriamente, que me deje entrar
en su seno, primero, aprovechando la cópula, el pene,
y luego, por mera proximidad espacial, el resto del cuerpo.
Ella, con una sonrisa delatora en los labios, se deja hacer.
Se coloca tal cual fuera a dar la luz y se va produciendo
el milagro inverso: vuelvo a mi deliciosa oscuridad.
Recupero, después de una intensa hora de sufrimiento,
el líquido amniótico en toda su sustancia, su viscosidad
primigenia, esa que tanto me gusta, y chapoteo feliz,
me tiro de cabeza a lo más hondo, bebo, orino sobre él,
defeco, hago todo lo que me place sin atender a normas
y decoros, me duermo flotando, como en el Mar Muerto,
después del ejercicio natatorio, y sueño ?sueño contigo,
sueño el momento de mi desgestación, cuando hacíamos
el amor por última vez, antes de entrar para siempre en ti.

Miro de frente

La vida sabe.
Solo soy una mota
de polvo en el desierto.

Miro de frente,
que no me distraigan
las laderas del camino.
Miro de frente
y solo veo una nebulosa,
una masa informe,
una nada que pronunciarse.
Miro de frente
y me voy quedando
sin horizonte ?el cielo
se va despidiendo con la tarde.
Miro de frente
y ahí permaneces, en la mente,
dibujado en el aire tu recuerdo,
y me sale una sonrisa.
Miro de frente
y sobre los árboles
que me van dando sombra
oigo revolotear un pájaro.
Me paro abajo y miro arriba,
y después de mirar quieto
el quehacer del ave, prende el vuelo.
Sigo el camino, miro de frente.
Mi pensamiento sigue atado,
y discrepo entre el corazón
y el cerebro ?este piensa
que debes ser pasado simple,

y aquel, que no piensa, siente
que presente continuo, que hay camino
para caminar juntos.
Miro de frente y te sigo pensando.
Dejar atrás una intensidad es tan difícil...
El silencio pesa y la ausencia ocupa
un espacio precioso dentro de mi hatillo.
Cuando me paro al borde del camino
para echar mano al escaso alimento
que guardo por si acaso, cojo tu recuerdo,
tu ausencia y tu silencio y me hago un caldo,
desayuno mirando al cielo, sintiendo el vello
erizarse al roce de la brisa que me va peinando,
te voy desayunando, untando en mi tostada
la crema color calabaza en que tu historia
se ha convertido, y la acompaño de café solo,
para que el sueño no juegue en mi contra.
Tu peso en la espalda no me impide
andar inhiesto, de frente, teniendo ojos
para el horizonte, para el barquillo pequeño
que en alta mar parece lento y corre al viento
a la velocidad de un rayo.
Miro de frente
y aunque el día esté nuboso sigo firme,
con la ilusión del que no sabe qué le espera,
como el niño que cree todavía en los Reyes
cuando ha visto con sus propios ojos, de noche,
a sus padres colocar los regalos al pie del árbol.
Miro de frente
y sigo llevando a cuestas, cual cristo
sentenciado, el fardo pesado que me resta.
Miro de frente
y al tiempo que vivo el paisaje
que va viniendo te tengo presente.
Dicen que lo que se agarra con fuerza
es difícil quitarlo, que desaparezca.

No se trata de desaparecer, sino
de que no pese.
Mi hatillo a la espalda es escaso, te llevo dentro,
y la gravedad sobre ti me pega contra el costado
?no puedo dejarte abajo, sobre la tierra que piso,
porque dejarte sería dejarme un trozo del alma.
Debo seguir, mal que me pese, y que ese peso
vaya diluyéndose con la erosión que el rayo
produce contra aquello que toca en exceso.
El sol, es cierto, va contra la espalda mientras
la luna se alza delante, como estrella de Belén,
y me sirve de inspiración cuando me siento,
cuando veo una piedra con forma suficiente
y enlazo unas palabras hasta que me sale poema.
Cuando lo termino ordeno de la mejor manera
los utensilios que me han valido en la escritura,
empujo la planta de los pies contra el suelo
y la energía de la tierra me recorre el cuerpo
de abajo arriba, y es alimento al caballo
que galopa dentro con la crin al viento
y bebiendo libertad.
Sigo el camino, miro al frente de nuevo....
En ese recodo que veo
adivino un abrevadero ?me paro a llenar
la cantimplora y a refrescarme del polvo
de este desierto tan extenso.
Después de las abluciones y de rezar a Alá
el todopoderoso, padre del cielo y la tierra,
me siento en el brocal de la alberca, y leo.
Necesito reponer fuerzas, la espalda se queja.
Cuando venga la próxima alba os cuento;
sigo el relato de una crónica que no termina.

Por la ventana

Me despierto,
me siento al borde,
me levanto, voy hacia la ventana.
Abro las dos hojas, antes la persiana,
antes descorro la cortina.
El sol entra espléndido hasta llenar
el último recoveco de mi habitación.
Saco la cabeza sobre la línea
del alféizar y miro.
Recorro el paisaje de izquierda
a derecha, miro antes el celaje.
Veo al fondo el horizonte sinuoso
de una montaña, difuso, azul celeste,
que la bruma matiza hasta hacerlo pastel.
Me llama la atención cómo algunos
conjuntos residenciales superan ese horizonte
y otros tocan el borde, como respetando
el límite que imponen y la autoridad de ese límite.
Otros, en cambio ?un conjunto de casas rojas?
tienen la osadía de trasvasarlo rompiendo
la uniformidad geométrica y el marco incomparable
que a modo de orla ofrece al fondo.
Esas casas rojas, trufadas de vegetación, sugieren
desde mi ventana la ilusión de una estancia feliz,
como si encerraran dentro vidas más satisfactorias
que las que viven fuera, como si el cielo bajara
y entrara por sus ventanas hasta hacerlas edén.
Alguien, una amiga creo, me dijo que vivía
en una casa con dos plantas, que cuando hablaba
conmigo por teléfono estaba descansando

en la planta alta, y que aprovechaba ese momento
con ella misma, antes de dormir, para confesarme
algo que le ardía dentro. No me dijo dónde vivía
exactamente, sé que no muy lejos de allí, pero me
imagino ahora que vive en una de esas casas
y que desde la ventana puedo ver su ventana,
que ella se asoma como yo para bañarse
de cielo y de luz antes de iniciar su rutina
y que mira con atención a ver si da en verme,
asomado, contemplando el paisaje como el que
inspecciona al microscopio una muestra
de bacilos sobre la transparencia de una platina.
Me encanta cuando entra un avión en escena,
sobre todo cuando vuelve al aeropuerto,
uno que está cerca de la zona que comprende
el paisaje, y se ven de un tamaño casi natural,
como si estuviera en frente para subir la escalinata
y adentrarme en un viaje, y lento va bajando hasta
desaparecer detrás de un frondoso árbol
que descansa sobre un edificio blanco, de oficinas,
o eso parece, y que sí respeta la autoridad
de la montaña, dando la sensación de que va
a aterrizar justo detrás, donde no hay pista para ello
porque es una zona residencial con una densidad
de población que no admite espacios en blanco,
ni señales en el suelo que conduzcan a piloto
alguno hasta una terminal donde los pasajeros,
exhaustos y con ganas de ver a sus familiares
y amigos, desearan poner los pies en tierra y correr
a los brazos de ellos, que esperan desde hace tiempo.
También me gusta mirar otro edificio ?que sobrepasa
con creces el horizonte montañoso? llamado "Renta
Sevilla", porque hubo un tiempo en que subía
sus ascensores para trabajar, aunque fue breve.
El cielo está cargado de nubes, apenas
se ve el azul que tanto se necesita, sobre todo

cuando arrancas el día y buscas una esperanza...

Cuestión de tiempo

No pude entrar en ti,
y quise...

Nace el día,
La cama tiembla de sueño,
la noche larga, sinuosa,
la fiebre perlando tu cuerpo,
y el mío es impotencia.
La noche dice adiós llorando
la posibilidad que no sucedió,
tu cuerpo tiemblando de ganas,
mientras hay boca hay hombre,
y las manos en su cuenco
no bastan para tanto diluvio.
Nace el día,
y te miro despierta,
el sueño no llegó a tu retina
porque el deseo no cerró tus ojos.
Te abrazas a mi espalda
implorando el milagro.
La inactividad de tantos años
hace complicado el intento, y lloro
por dentro el placer que no te doy.
Me empiezas a besar el cuerpo,
empiezas suave sobre los labios,
y a los labios sigue el cuello, y al cuello
el pecho hasta llegar en un reguero
hasta el nacimiento de un río sin agua.
Te afanas en despertar aquello
que pugna por seguir en su invierno;

eres todo amor y deseo y ganas
de que el mástil se haga vela
y la vela viento, y que el tiempo perdido
entre tanto intento tenga su recompensa.
Parece que por un instante tu ruego
va siendo escuchado por el más alto.
Parece que quien duerme va abriendo
poco a poco los ojos, que se levanta lento,
parsimonioso y va atiendiendo razones,
que inhiesto pide calor, saliva, besos, lengua,
y tú se los vas dando, suave, como entonces,
como aquellos besos que me enseñaste a dar
detrás de una columna, furtivos, escondidos
de quienes suelen mirar tras las celosìas.
Parece que esta bella durmiente va saliendo
del conjuro al que la desgana y la falta de amor
sometió antaño, hace demasiado tiempo, tanto
que casi pierdo el día y la hora en que sucedió
por última vez y sin mucha pasión, recuerdo.
Nace el día y te abrazo, te entiendo, resisto.
El sudor va bajando hasta perderse
en el vapor invisible de la habitación,
y una música, de fondo, va permeando
el sentido y la sensibilidad que tenemos,
que nos va invadiendo poco a poco, fracaso
y placer se van mezclando como agua y aceite.
Me suplicas que entre en ti sin perder
la esperanza, yo tampoco, nunca, contigo.
Dicen que la esperanza quedó al fondo
de la cajita que Zeus regaló a Pandora...
Una cajita de música, de esas de muñeca
y claro de luna de Beethoven, la que tenía
de pequeño en el tocador de mi madre,
al lado de la caja de caramelos solanos
que me gané en clase en un juego de tablas
de multiplicar ?lo recuerdo como si jugara ahora.

Seguimos abrazados, te amo más por lo que
no te doy, y sigo en deuda ?no le cuentes esto
a tu marido, es mejor que no lo sepa...

Es el abandono...

El agua de lluvia,
oscura, llena hasta la mitad
la piscina, es invierno.

Es el abandono...
Desde donde miro, este balcón,
vi niños gritando, la gotas de un agua
enamorada de cloro saltando por los aires,
hombres y mujeres ojo avizor, desde la cercanía
de unas sombrillas colocadas adrede, la hora de la comida
se va acercando, el sol aprieta, los niños se niegan
a saltar el pequeño zócalo que distancia el agua
del suelo, las chanclas se han perdido entre el trasiego
de pies pisando las inmediaciones, el abuelo que llama
con las toallas abiertas, la madre que llama al padre
y el padre que con un quejido en la garganta corre a recoger
a un rebaño que se encabrita, que se niega balando a cumplir
con los rituales, con las horas, la rutina es aburrida, es su momento
de libertad y la libertad no tiene horarios ni leyes, se niegan en redondo.
Todo esto se me pasa por la cabeza mientras vivo
el abandono en silencio, silencio abandonado,
las ramas que volaron las últimas lluvias durmiendo
sobre la podredumbre de un agua estancada, sin salida
hasta que el verano abra de nuevo el telón.
¿Qué haran con este agua? me pregunto.
¿La utilizarán para regar el jardín, que tanto hay alrededor?
Supongo que sí, que eso harán, es lo más inteligente.
Es el abandono...
Quizá este abandono que me invade en este momento
sea un reflejo de otro abandono, más profundo,
puede ser...

Oígo en mi cabeza, resonando cual si rezara en alto
en una iglesia antigua, el alborozo infantil mojando
las sillas de los veladores, las toallas que madres
y padres ponen a sus niños para privarlos de un posible
catarro que raramente acude, comiéndose de tarde
un helado hasta que el azúcar que contiene chorrea
por los dedos en caída libre hasta llegar al codo,
pringando de vida la piel arrugada de tanto baño,
el cloro oliendo en sus cabellos, la hora de terminar acecha,
la ducha reponedora, volver a lo de siempre, cenas, tele,
sueño, despertador... Todo queda en el recuerdo.
Sigo mirando la piscina, muerta, ahogada de cieno,
de estiércol, y reflejo sobre el lienzo que la mirada
me brinda la pintura de este recuerdo, de una realidad
ya tan lejana, tan irreal, que me cuesta pensar
que lo fue en algún momento, constatando este pensar
mío la apisonadora que es el tiempo, que el fragor
que esa vivencia suponía, la exigencia de cumplir con tareas
para la progenie, por mandato del genoma, que ahora pienso
y que, vistas en perspectiva, me parecen mentira...
El tiempo pasa con tal potencia que todo lo que has vivido
?no importa la intensidad ni la significación? lo aplasta
como si fueran patatas fritas que se caen sin querer al suelo.
Sigo absorto en la piscina, suena el microondas, despierto.

Pan para hoy...

Los cuerpos bailan,
la razón se estremece.

Cuarenta niños en clase,
unos dispuestos en fila,
otros en columnas,
el profesor entra,
coloca sus libros sobre la mesa,
pasa rozando uno de sus bordes
y se sienta, comienza la lección.
Los niños, un solo cuerpo,
abren sus carpetas, extraen el libro
de matemáticas, toca dividir.
Juan, que viene del barrio del Carmen
y se sienta a un palmo del profesor,
levanta la mano, como siempre, hace
la primera división, de tres cifras.
El profesor aplaude la destreza
que va tomando y corrige un solo fallo.
Pedro, tres filas más atrás, ríe, mira
a Eduardo, ríe, nadie es perfecto,
la envidia ha alentado esas risas,
esa repentina alegría, los niños
de más atrás también ríen.
Juan se lamenta, sigue dividiendo ajeno
a las risas, quiere enmendar ese fallo, siguen
riendo sin coger lápiz y papel, sin esfuerzo,
es más fácil reír que trabajar.
La clase termina, Juan queda solo, su rostro
compungido, su soledad es por no reír,
por esforzarse, por mejorar, piensa.

Su soledad es por brindarse como voluntario
para la resolución de problemas y otros deberes
que otros profesores ponen en ese mismo aula
para que todos ejerciten el intelecto, cosa
que no todos se afanan, como él, en hacer porque
no les da el impulso, su estancia en el colegio
es, piensan, para ser guardados en las horas
en que los padres están ausentes sudando el pan
que ellos, al llegar a casa, comerán sin saber
qué esfuerzo supone, ni cuanto vale adquirirlo.
Esos niños gozan en el colegio de toda la popularidad
que Juan desearía para sí, siempre están rodeados
de alegría, bromas, juegos, y Juan está solo, consigo
mismo, pensando en qué había hecho, cuál ha sido
su error para tamaño castigo. Sufre porque no sabe
que la soledad es el premio que la vida le confiere
a todo aquel que se labra poco a poco, que se prepara
para ser capaz de pensar y sobreponerse a los imperativos
de una sociedad que no quiere ciudadanos sino adeptos,
que será capaz de pensar y pensarse, de buscar la verdad
allí donde se esconde y cuando esta ha perdido el prestigio
que antaño tenía, un espíritu libre y culto, frente
a la zafiedad de Pedro y los suyos, que viven el paraíso
de la cigarra en aquella fábula de Samaniego, pan para hoy
y hambre para mañana....

Vulnerable

Vulnerable.
Una mancha en el pantalón,
un botón que se cae
de sus ataduras de hilo,
una gota de salsa que salta
y se posa en la camiseta.
Mi senda es muy estrecha,
apenas cabe un pie,
y fuera, el verdor es tan,
tan inmenso, que los ojos
se me van de sus cuencas,
buscan el frescor de la hierba,
beben el rocío sobre sus hojas,
y el alba blanquea los almendros.
Soy vulnerable, con más ahínco
según pasa el tiempo.
No tengo aguja e hilo que enhebren
un imprevisto, detergente que disuelva
las manchas de un accidente,
cualquier percance, sea grave o leve,
es una ficha de dominó empujando
un cataclismo, una debacle en ciernes,
una mariposa con su efecto.
No tengo lavadora, ni lavavajillas, ni estropajo
ni jabón, ni fregadero, ni lavabo, solo la lluvia.
Soy un zorro atado a un gallinero, sin gallinas,
con la saliva chorreando a borbotones,
y el hígado hinchándose desesperado,
sin alimento que deglutir, sin oficio,
sin música de fondo ni bilirrubina.

Vulnerable.
Indefenso como aquel soldado agonizante,
en el suelo, herido, a merced de quienquiera
que quiera darle muerte, que no se la daría
porque sería muy fácil, que no quisiera
que a él ?que pronto se verá en las mismas ?
le sentencien como está pensando sentenciarlo,
enemigo de bandera y amigo de destino
?así es esta guerra...
Vulnerable.
Desnudo ante la intemperie.
Bajo la miseria de un tonel, y como
Diógenes busco a un hombre,
ese que llevo dentro, que me saque de esta
encrucijada, con la cabeza alta y alto el pecho.
Vulnerable.
Como cuando nací.
Me libero de la coraza que durante años
he tejido, no la necesito ya,
mi piel la expongo a los elementos,
al frío, al calor, a la nieve, al viento.
El miedo no cabe en mi hatillo, pero me sé frágil.
Vulnerable.
Esa es mi debilidad, esa es mi fuerza.

Felisa

Pilar Ternera no es una puta, es una celestina, una alcahueta, sí, pero no una puta. Arcadio la trata de tal sin saber que es su madre. Ella se acostaba con hombres, sí, pero no por dinero, sino por piedad. Un putero es el extremo opuesto, miserable, de un seductor; es un hombre que ha renunciado a seducir a una mujer de igual a igual porque concluye que no está capacitado; es claudicar penosamente en vida.

?Cien años de soledad.

Ella es vieja, ya desmadejada,
se posa en aquella esquina, donde la calle
hace una especie de punto y aparte, el toldo
del bar le ofrece la sombra justa
para no desmayarse, son muchas horas al día.
Los domingos, por ser día de guardar, se pone
su falda roja, corta, y sus zapatos de charol,
los mismos que se ponía entonces, cuya zapatería
fue traspasada hace años y ahora reza como oficina.
Se pinta los labios de carmín, y el colorete le sonroja
la palidez que los años han ido imponiendo
sobre su rostro, atravesado como por un arado
que fuera conducido por los años, por el tiempo...
De vez en cuando se acerca uno de aquellos hombres,
esos que de jóvenes, en el barrio, paraban a su lado,
al calor de su sonrisa y su alegría, y después de unas risas
y una charla amena acababan en una habitación del hotelillo
que queda dos calles más abajo, cerca de la pescadería.
Ahora, ya olvidada la virilidad de entonces, se contentan
con charlar de esto y de aquello, ella, como entonces, le sigue
guardando el encanto de su sonrisa y el optimismo
de un mundo que no acaba de pronunciarse pero que espera.
Ayer, justamente, de camino al trabajo, me encontré
con una comitiva fúnebre cruzando la calle del Pozo, mi amigo
Francisco, que estaba entre ellos, me dijo que Felisa, la puta,

había muerto, un ataque al corazón en plena efervescencia,
el actor, que sobrevivió a tanta pasión, caminaba con lágrimas
en los ojos y con pena en el corazón, tocando el cristo que ornaba
en la tapa el féretro azul que la contenía, lamentando a su escasa
familia lo trágico del desenlace y jurando por su madre compensar
económicamente a aquellos que se verán perjudicados por su
ausencia ?diría que esa indemnización debería extenderse a los
vecinos que nos honrábamos con su presencia y la teníamos, pese
a lo reprochable de su profesión, como una institución en el barrio.
Ese día no estuve muy fino en mis quehaceres, recordándola.
Me dí cuenta de que de una forma queda, callada, como una semilla
que va creciendo merced a su albúmina y al agua que le llega, y
que lo hace sin hacer ruido, sin decir palabra, así, fue ella conquistando
mi corazón, como se extiende y pringa una mancha de aceite.
Por un momento pensé que el hueco que dejó mi madre fue ocupado
por ella, aunque es verdad que poco le hablaba, apenas un hola y un adiós
furtivo, casi a destiempo, que según el humor del día me salía y que ella,
con toda la alegría del mundo, me lo recompensaba con la energía que le
brotaba de lo más profundo ?diría que su vejez se circunscribía solo
al cuerpo, porque su espíritu seguía tan vigente como cuando era joven.
Ahora me dirijo al cementerio, es el día de todos los santos, y me he dado
cuenta, en este instante, que su nicho cae justo al lado del de mi madre, y
por ese motivo, aprovechando que a la entrada hay vendedoras de flores,
voy a comprar un ramo para ella y voy a introducirle una dedicatoria.
Que en el cielo extienda su luz, y que los ángeles se encarguen de devolverla
a un vecindario que llora su partida ?Eso le escribí.

José Arcadio

Su cuerpo parecía de pólvora,
no de barro.
Llegó a su casa, sin hacer ruido,
abrió la puerta y entró en su cuarto.
Rebe, tal y como lo vio entrar
se metió en el baño ?no quería
saber nada.
Nada más cerrarse la puerta
de su habitación sonó un disparo
?cerrada con cerrojo.
Un hilo de sangre, con su pólvora,
salió por debajo hacia la calle.
Bajó las escaleras que dan al patio,
anduvo por andenes disparejos,
bordeó en ángulo recto la casa
de la familia y entró sin hacer ruido.
Respetó los tapices para no mancharlos,
esquivó la caoba de la mesa de centro
y de un juego de sillas recién comprado.
Pasó por debajo de la mesa donde Amaranta
y José Arcadio, su hijo, hacían ejercicios
de matemáticas, hasta que por fin llegó
a la cocina, como era su propósito.
Úrsula cascaba treinta y seis huevos,
vio como llegaba la sangre y pronunció
hondo un lamento.
Supo, por su color, que era la de su hijo,
su pálpito era cierto.
Se dispuso una caja blindada de dos metros

y treinta centímetros de largo contra uno diez
de ancho ?tan descomunal era su corpulencia.
Se necesitaron varios operarios para que el
féretro pudiera depositarse en su eterno
emplazamiento, y eso que la fosa no se cavó
honda, dada las dimensiones del muerto.
Rebe lloraba sobre el hombro de Úrsula,
que ya, a sus cien años, saludaba la muerte
como si fuera una vecina de confianza.
Intuía que la estaba condenando con vida
a vivir la muerte sucesiva de sus hijos,
a vivir para verlas ?al fin y al cabo esta
se vive a través de los otros.
Rebeca, acurrucada en el escaso cuerpo de Úrsula,
volvió para encerrarse y morir al cabo del tiempo
de inanición y recuerdo. No puso más un pie más allá
del umbral desde ese día. El placer que recibió de él
en su hamaca, en la cocina, y en resumidas cuentas,
en cualquiera de las estancias de la casa ?así era
de salvaje el amor que practicaban? y el testimonio
que los vecinos daban de cómo los gritos de placer
eran capaces de despertar a los muertos, pasaban
por su mente como secuencias de una película de cine.
No se sabe, hoy en día, si la muerte de José Arcadio,
el hermano del coronel Aureliano Buendía, fue fruto
de su propia voluntad o de la voluntad de otro.
Se dice que pudiera ser de la propia Rebe, aunque
todos los indicios apuntan al suicidio.

Regados con vino

Pan y canto,
solo eso preciso.

Hambre contra pan,
miedo contra canto,
andar y no mirar atrás,
el pasado no cuenta,
si contara, los ojos
estarían a cincel detrás,
en cuevas que no suenan,
desde las que el sol no se vería,
lazariillo que nos guía arriba.
Solo pan y canto contiene
el continente de mi hatillo,
un trozo de tela cruzado
por la delgadez de un palo
encontrado al borde del camino,
trozo de rama que el viento
trajo por azar, que sostiene
mi patrimonio entero, apenas un nudo
torpe, inconsistente, contra un hombro.
Cualquier brisa contra la cara
refresca esta carencia, poco llevo,
poco necesito, pero las ganas sobran.
Solo pan y canto y un pajarillo
que me acompañe en mis melodías,
solo eso, y la esperanza del que no sabe,
no saber nunca lo que viene.
Cuando canto subo la cabeza al cielo,
cuento las nubes, pienso si van a llorar

o seguirán nadando hacia otros parajes,
si bañarán con su hielo la sed que tengo,
si filtrarán la luz que brilla sus cristales,
si volverán a llorar, para que beban todos.
A lo lejos veo a alguien, siguiendo la senda
¿Seré yo o un espejismo?
Ante la duda elevo la mano sobre el hombro,
deshago el nudo y me llevo el pan a la boca,
me sabe a gloria y doy gracias a alguien...
Después de ese trozo río, río la suerte.
Tras reírme desde el alma, despacio,
bajito, me paro en esa piedra que besa
una corriente; el río se ríe como yo,
baja raudo y parte las aguas contra los riscos.
Bebo agua fresca, los peces me vienen
a saludar sabiendo que no haré por depredarlos,
se hacinan en torno y celebran el festival
de trigo y levadura que he improvisado,
una sorpresa que los peces, que en ellas
no creen, ríen sobre el río, chapotean,
nadan de frente, de costado, de espaldas,
gritan y lloran de alegría, el pan que tenía
lo comparto, lo desmigajo a beneficio
de unos peces que se multiplicaron cuando
más falta hacía, en una bodas celebradas solo
en el imaginario de unas mentes calenturientas,
regados con un vino inventado, aunque rojo.
Los dejo en su jolgorio y me levanto.
Ya he comido viendo comer a los peces.
Subo la cuesta que me lleva al camino y sigo.
Miro al sol, mi guía, mi brújula, y las nubes...

Es tan largo...

La palabra de Dios
les aburre.
?decía San Agustín de los niños que iban a catequesis.
Para combatir ese aburrimiento inventaba miles de argucias. No tenía ese miramiento con sus monjes, que después de la refección se tomaban unos minutos de asueto.

Mi soledad tuya.
Que me des compañía
para irte después
es como beber agua de mar.
Esta sed que me abrasa,
que me quema el esófago
cuando baja, que me confunde
el pensamiento; esta sed, digo,
es una sed que no tiene calma.
Por más que bebo cuando me traes
agua, más sed me crece dentro.
Es como el caminante tras miles de pasos,
que ve en lontananza un abrevadero
y se para, y lee en un letrero "agua no potable"
pero aún así bebe, aún sabiendo que ese agua
no basta a la tenia de sed que se agarra
a sus intestinos y amenaza con extirparlos,
pero lo hace porque el gesto, el pensar
que está bebiendo, engaña a la mente,
y mientras dura ese engaño se siente aliviado
en la ilusión de que ese agua inservible
que ha introducido en sus entrañas le hará efecto.
Así me pasa contigo, corazón.
Esa sed que ya es amiga de tanto vernos,

de tanto contarnos nuestros resquemores,
esa, que se acuesta conmigo de noche
y se me vuelve del otro lado de la almohada
tras desearme felices sueños, esa, sí,
esa que tanta sed me da de ti, esa, que más
muere de sed cuanto más gotas de ti recibe,
esa, esa insaciable serpiente que me come
por dentro, esa, esa que cuando llamas, cuando
respondes a un auxilio, se le evaporan
en la lengua antes de que lleguen las gotas,
las escasas gotas de tu voz, de tus letras, de tu...
Es tan grande ya el agujero de mi recipiente,
ese donde recojo esas gotas que como maná,
que como lluvia de desierto colecciono...
Es inútil que vengas a mí, de una u otra manera,
revestida del formato que quieras, que vengas
a consolarme aunque agradezco tu gesto, claro.
Es inútil lo mismo que al mar no le sacia
un aguacero, no le cambia su condición acuosa.
Si me trajeras un diluvio a mi garganta sería ya
inútil; solo me bastaría, no sé el tiempo,
que te hicieras lluvia perpetua desde una nube
que solo habite en los contornos de esta habitación,
que la tuviera al alcance, al lado de la mesita de noche,
para solo con pulsar el metal bruñido de una manivela
me surtiese del agua que necesito, cuando la necesite,
sin restricciones administrativas por régimen de sequía
ni impedimentos que pongan palos a mis ruedas.
Solo así, tu voz, tu palabra, servirían de consuelo, solo
así corazón.
Sí, tus gotas se me evaporan en el aire, no llegan
siquiera a la lengua ?me contradigo de lo que dije antes.
Es tanto y tan largo el verano...

Ironías del destino

Prefiero soltar...
La atmósfera me pesa,
¿o me pesa tu pensamiento?
Imploro a la vida quitarme el peso,
pero el peso sigue pesando.
La vida ?veo? no te da lo que pides,
no saca su varita mágica
para concederte un deseo ?no es
el genio de la lámpara.
La vida mueve las piezas
que bailan a tu alrededor
y las reordena, y a ti te toca mover ficha.
Ayer, ironías del destino, me introdujo
entre las piezas una nueva, inesperada.
Me llegó ?y lo leí nada más sentarme? una nota,
un mensaje de cambio, de abandonar la labor
que estuve cumpliendo durante más de tres años
para embarcarme en otra ?no pude negarme
aunque quise.
Cuando salí, a las ocho, solté el perro que llevo
dentro de la cabeza para que se solazara un poco.
Empecé a aceptar, cuando al recibir la noticia
era un cúmulo de lamentos y malos presagios
?no en vano estuve en ese cometido apenas un año
y salí porque los resultados no me acompañaron.
En esas me debatía cuando de repente me sentí
liberado de tu pensamiento, y me sentí bien,
es lo que quería realmente.
Entendí con claridad que mi empeño de amistad
era un subterfugio para seguir insistiendo

en lo mismo, que no tenía sentido ni razón,
y prueba de ello es tu deseo de soltar también
?aunque quizá te engañe el rescoldo que todavía
permanece en tu brasero, también.
No sé si sería posible construir una amistad
sin tenerte en la cabeza, como todavía te tengo...
Es mi deseo, no tenerte, me pesas demasiado
cuando recibo a cambio apenas una zanahoria.
No me salen las cuentas. Te envidio que ya no me tengas
en la cabeza ?ojalá pudiera yo.
Me persigno para ello, hago votos y sigo viviendo.
Esa sensación repentina, quizás producto de un aire
de renovación que trajo la noticia, me sirve de anclaje
para intentar el logro que persigo desde el principio,
diría, aún sin saberlo, y es el de desprenderme de ti,
aunque en ese afán haya logrado llegar a tu boca,
cosa que me llevo para mis adentros.
Ironías del destino. Soy Tántalo en el siglo veintiuno.

Por traslación

El ascensor está averiado.
Son las tres de la tarde, cansado,
la jornada dura, los jefes intratables,
en la oficina un cortocircuito.
Vivo en un quinto piso, me paré en el cuarto,
me asomo a la ventanilla de ventilación
que sucede a la del anterior piso y así en ristra
hasta el último, el décimo; miro a su través
mientras hago estiramientos, el gemelo izquierdo,
especialmente, lo tenía tenso desde hacía varios días
?gages de mi afición a correr.
Recreándome en el enjambre de edificios
que se alzan delante de mis ojos, reparo
en alguno de ellos.
Veo de perfil aquel en que viví durante media vida,
apenas se entrevén algunos balcones y el brillo aureo
de sus ladrillos enluciendo su modesta apariencia.
Más a la izquierda se extiende otro, de balcones estrechos
de color rojo vino y fondo gris, que desde el balcón
al que me asomaba entonces lo observaba como si fuera
un impedimento a la magnífica vista de que disfrutaba
entonces, también un quinto piso ?cuando tus ojos
se acostumbran a una panorámica, sea buena o mala,
acaba por convertirse en prosaica.
En mi caso, el tapón que suponía este edificio servía
de acicate a mi curiosidad, hasta el punto de que esta,
cuando alcanzaba su clímax, me hacía proferir improperios
de toda índole, casi odiando al promotor, al arquitecto,
y a todo aquel que participara en su construcción, que,
todo hay que decirlo, fue anterior a la del mío.

No hubo día, durante mi niñez especialmente,
que no me preguntara qué habría detrás, qué maravilla
se extendería hacia el horizonte y que por puro azar
se me privaba de gozar bajo el efecto parapictórico
que la luz del momento produjera sobre su conjunto.
Cuando reparo en todo ello, descansando del esfuerzo
inesperado, gozo de ver, uno tras otro, esos edificios
que tan bien conocía desde tierra pero que no desde
la generosidad saliente de ningún balcón.
La vida, por arte de magia, me ofrece esa panorámica
de la forma en que puede hacerlo ?habría preferido
sinceramente que me arrancara ese odioso edificio
que a modo de telón me castraba la vista pero, en
compensación, me azuzaba la imaginación? aunque
el ángulo de visión sea lateral ?a caballo regalado...
Desde ese día, y a modo de ejercicio, subo las escaleras
y me paro en el cuarto piso a estirar las piernas
y de paso a estirar los ojos, pensando por traslación
en cómo sería esa panorámica que tanto anhelaba
a la vista de lo que ya puedo ver.
He aprendido, a la luz de esta experiencia, que si deseas
algo intensamente acaba por concederse, de una manera
u otra, en un momento u otro, por sorpresa siempre.

Te me apareciste

Te me apareciste entre una muchedumbre.
Te me apareciste a propósito de unos ojos,
unos ojos de otra, que me llevaron a tus ojos,
aquellos que cometieron la mayor de las tropelías,
aquellos que me condenaron de por vida al dolor.
Fueron unos ojos de caramelo, de esos que empalagan
con solo mirarlos, de esos que si se ríen se descauzan
los ríos, de esos que te meten retorciendo un puñal
en el alma y no se le saca ni con el mejor de los cirujanos.
Sí, fue como una ensoñación repentina, una ilusión
desde la penumbra de una pista de baile, unas cejas
pobladas dando marco a unos ojos apaisados, negros
o a lo sumo marrones oscuros, de una mirada
que si te mira te pega un sello de ceniza entre ceja
y ceja. Aparté la vista porque me quebraba con tanta luz.
Ya no miré más, no tenía el valor, era demasiado la claridad
radiante que a modo de racimo salía de sus pupilas,
era una energía desconocida, diría yo, para el más científico
de los científicos, una energía que quemaba por dentro
las arterias, y que el alma, desbordada de tanto fuego,
no podía menos que proclamar su capitulación, bandera blanca.
Decidí darle la espalda, me puse a bailar mirando hacia el amigo
que me flanqueaba a la derecha y queriéndome formar sin éxito
en la imaginación la exacta fisonomía de su rostro, para no perder
el sentido de la realidad ?como dijo Úrsula Iguarán ante tanto
ensordecedor ruido de pájaros.
Al rato, a la hora apenas, salía del local para que me diera
el aire, para colocar las piezas del puzle que se me habían trastocado
a propósito de tanta alucinación, y eso que no había bebido...

Cuando volví a recuperar el sitio y los amigos, ella, la poseedora
de esos ojos que me llevaron a otros tan mortíferos, era otra persona.
Comprendí que la que me embrujó ese día, insospechado, inesperado,
convivía todavía en algún recodo de mis adentros, no sabría decir
si se había instalado cerca del bazo, en algún rincón libre que este dejara
al colocarse en el abdomen por el azar de la evolución, o a lo mejor
cerca del corazón, que quizá sea el emplazamiento más probable.
Esa chica solo tenía en común ?entendí al recuperar la cordura, cosa
de la que aún no estoy demasiado seguro? con quien tengo dentro
que el efecto sombreado que le producía el maquillaje más la tenue
oscuridad que velaba el entorno le concedió el mismo misterio,
el mismo embrujo, y por culpa de la mala costumbre de las neuronas
de asociar ideas, me llevó a ella, a la que no acaba de irse.
Con la ayuda inestimable de la leve brisa que se iba levantando,
al salir y volver a casa, quise, sin apenas conseguirlo, imaginarme
que era ella la que estaba realmente allí, en su lugar, bailando,
con su pelo ondulado, castaño, sobre el hombro, y sus ojos dibujando
una sonrisa, felices, disfrutando como solo ella sabe, dadas las escasas
oportunidades con las que cuenta para salir; quise que fuera ella,
con su magia y sus ganas de vivir, y no esa chica, que era tan extraña...
Eso fue ayer mismo, por eso ahora, a modo de diario, me atrevo a escribir.

Ardo

El ardore de Dante le llevó a investigar
qué hay después de la muerte.
El ardore de Ulises, de igual calibre,
le impulsó la mano a desatar el odre
que contenía todos los vientos, agasajo
que Eolo, el Dios de ellos, tuvo a bien
ofrecerle.
La consecuencia del primero fue su obra
magna, la del segundo fue que tuviera
que resignarse, él y su tripulación, a sufrir
una mar en calma durante demasiado tiempo...

Esa curiosidad.
Esa curiosidad maldita, que me lleva
y me trae, que me toca y me trastoca.
Esa curiosidad que me arrebata,
que tiembla entre las entrañas
como cordero que aún degollado no muere.
Esa curiosidad, esa maldita que al retortero
me arrastra y desarrastra, me hace jirones
la ropa que me libra de la intemperie, esa que,
tras degollarme y beberse ansiosa la carne
de mis vísceras quiere más, me pide torticera
que le entregue el alma y en rotundo me niego.
Esa perra, esa diosa, que es diablo y ángel
al mismo tiempo, esa que me pone un hilo
de Ariadna entre ceja y ceja y retirándose sigilosa
me atrae a su escondrijo, y allí, a su merced
me emponzoña con sus mieles contaminadas.
¡Sí, tú, mal nacida, calamidad de las calamidades!
Por las mañanas, nada más me ves abrir el ojo,

el primero de ellos, que suele ser el izquierdo,
saltas de por encima del armario, donde tienes
tu improvisada cuna, y te pones al pie de la cama
esperando a que, una vez repuesto y despierto,
me siente delante del escritorio para introducirte
de extranjis por el oído derecho y alcanzar franco
el cerebelo, y desde allí, al mando de las operaciones,
guiar mis manos operando sobre el teclado y pintar
sobre el buscador la ortografía de aquellas palabras
que quieres sorber, de las que quieres en ese instante
nutrirte, de las que sacar todo el zumo que el paso
de los años ha depositado sobre su semántica.
Sí, eres una malvada y una pícara de mucho cuidado.
En ocasiones se me pone sobre el hueco, en el hombro,
que la clavícula deja contra el músculo dorsal, desde
donde me susurra al oído una terminología que me va
corroyendo, que como aceite hirviendo me saja la piel
y la araña hasta desembocar en la búsqueda, en el tecleo
obsesivo sobre cualquier página de Gúguel de lo que
a ella se le antoje ?me tiene loco, le imploro clemencia
pero ni por esas...
Esa curiosidad, esa que me tiene aquí, delante de aquel
que pierde su tiempo descifrando los mensajes que lanzo
al viento de lo imposible, y que me hace vivir, a veces...
Si se os pasea alguna vez por vuestra habitación cerradle
la puerta, al menos durante el tiempo dedicado al sueño,
no sea que haga por penetrar la barrera onírica y fastidie
el único momento verdaderamente vuestro. Suerte.

Voy muriendo...

Me he quedado consternado ante la noticia, el conocimiento de la muerte en vida de Victor Hugo tras la muerte de su hija, Leopoldine, su lucero del alba, producto del nefasto accidente que su barca sufrió sobre las aguas del Sena próximo a su desembocadura, en el pueblecito normando de Villequier. Su edad rompe el corazón, diecinueve añitos, embarazada, y su marido, presto a salvarla de las garras de la parca, perece asimismo engullido por las mismas aguas. Su padre muere, escribe de seguido un poema para derramar las lágrimas que se le van acumulando?Demain dès l'aube? y sostiene la vida hasta la longeva edad de ochenta y tres años, con la espada hincada, día tras día, en su entraña.

Et quand j'arriverai, je mettrai sur ta tombe

Un bouquet de houx vert et de bruyère en fleur.

?Últimos versos del poema.

El alma se me ha escapado, querida.
Hace solo unas horas que estoy sin ti
y ya te extraño tanto...Ha sido un mazazo.
La barca fluía cantando, absorbiendo
en cada respirar el aroma del soto,
una sucesión majestuosa de árboles
y plantas que exhalaban maravillas al aire.
No puedo creerte, Leopoldine de mi vida.
Te veo delante de mí, tendida, exangüe,
con unos ojos que apenas antes eran sol,
esperando la buena nueva inminente,
la llegada extraordinaria de tu niña, mi nieta,
una vida más truncada, terminada sin nacer.
Hace apenas un suspiro de tiempo
estaba disfrutándote, tu vestido rozagante,
color malva, barriendo cual fuese el suelo
que pisabas, tu pamela con tonos tostados,
haciendo juego con la luz que reverberaba
de tus ojos, de tu hermoso rostro, ahora inerte.
Voy muriendo poco a poco, segundo a segundo,
viéndote aquí, sin responder a cualquiera fuese

la pregunta que me brota de mis secos labios,
ahora, que me voy muriendo, segundo a segundo.
Henry, que saltó sin reflexión de la barca, está allí,
a tu lado, como quiso estar cuando peligró tu cuerpo,
cuando sintió que su amada, que eres tú, podía
disolverse ahogada en estas aguas del Sena, serenas,
aunque próximas a morir en un mar que ya olía.
Pienso en tu madre, y menos mal, porque de estar
aquí habría sido yo otro cuerpo más, pasto de la Parca,
y quizá ella, que de haber salido salva habría muerto
en vida, viviendo tu muerte, como la estoy viviendo.
No sé cómo podré vivir ahora, con este fardo
cargando la espalda, con tu recuerdo quemándome
cada día cual si fuese una ordalía, un juicio de Dios.
No voy a poder resistir tu ausencia, es llover
sobre un corazón ya mojado, sin tu madre, no puedo.
Rezaré por ti, por tu alma, y esperaré por la mañana,
al alba, recibir tu alegría para continuar respirando.
Abriré la ventana para que puedas entrar...

Soy siendo

No me importa ser como muchos,
lo que no soporto es ser como todos.
?António Ferro, escritor portugués.

Soy.
Soy siendo.
No pienso en cómo soy,
solo soy, sin aditamentos.
Soy, soy siendo.
Si soy igual que el resto
el resto gana, porque es yo.
Si soy desigual, eso soy.
Cuando soy no miro si alguien
que no soy yo es como yo o no,
no es de mi incumbencia
lo que otro sea ?que sea
como yo soy, fiel a sí mismo.
Mi empresa soy yo, no tengo
otro capital más importante.
Mi misión en mi vida es ser,
ser siendo, y siendo responsable
del daño o la alegría que siembro,
que cosecho, en cualquiera
de las épocas del año, una vendimia
de sol y terrazas de árboles al unísono
sobre un campo de mieles y frutas, eso soy.
Soy siendo, y respondo a lo que soy.
Ahora pienso, pero pienso porque antes
existo y no al revés según Descartes.
Existo, y existir es ser siendo.
Me gustaría no existir, solo ser,

pero ese privilegio se me está vedado.
No tengo el poder de un dios para negarme
a existir, aunque sí de soñar que nado
al arbitrio de las nubes, como Heidi tendida
en la hierba, de mañana, en los Alpes, eso sí.
Soy sobre el terreno en que me toca jugar,
soy a pesar del peso de mi cuerpo,
a pesar del ruido que la sangre hace al horadar,
en trepidante ritmo, un corazón que se muere,
que se desvena recordando a alguien que falta.
que no deja de llorar ausencia tras ausencia,
y que busca consuelo en una oración íntima,
en un dialogar con quien ha creado ausente
un vacío lleno de ortigas, que sangra.
Soy ?retomo el inicio, la cordura.
Sigo siendo después de menos de media hora
escribiendo, apenas diez minutos ?me sale
de corrido lo que estás leyendo.
Escribo sobre la pantalla de un pc que se recorta
sobre el fondo blanco gotelé de una habitación
con vistas a dónde ya escribí hace tiempo,
vistas que al abrir las ventanas es lo primero
que se me viene a la vista, y los ojos, añorando
el reciente sueño que ha abandonado, expresan
su renuencia, su necesidad de seguir rimando
con una realidad onírica que es más fascinante
que la que se adivina desde la ventana, por muy
soleada y sugerente que se muestre, con una nubes
tan hermosas que acumulan el cielo de un algodón
que le servirá para curar las heridas de una pronta
tormenta, heridas en forma de rayos y centellas
?la primavera es de una ciclotimia sorprendente.
Voy terminando ?que Carmen, lectora asidua,
no quiere que mis escritos sean tan largos.
Que eso, que soy, que soy siendo, y asumo la cuota.
P.D. Es que ayer vi en "Para todos la 2" un vídeo sobre

el Existencialismo y su aplicabilidad en el mundo de hoy.

Hazlo

Conozco de las arenas el número,
y las medidas del mar.
?Así respondió el oráculo a Creso.

Hacer.
Aspirar siempre
a hacer lo que sale.
Que lo que sale salga
sin piedra alguna en medio
que obstruya el orificio
de salida ?agua que fluye.
Que salga.
Que lo que hace nido
en la mente salga como ha nacido,
como una síntesis primigenia
que ha sido concebida en lo más hondo
de esa constelación que se llama mente.
Tal y como nace que salga, y sale.
Que si encuentra en su fluir inmenso
aunque sea una mota de polvo
que impida su discurrir, que esa mota
de polvo, aun esa piedrecilla inane,
esa cuenta de abalorio caída al azar
del collar de lo posible; que todo eso
que obstaculiza lo que sale sea sorteado,
como el agua de un río enrabietado
por la gravedad del torrente va a su paso
sorteando o, si no, saltando por encima
cualquier impedimento por levantado
que este se manifieste al lecho del cauce.
Hacer.

Haz.
Que salga el magma que dentro de ti bulle.
Que sí, que salga pero que ese salir
sea más placentero que el bullir
que se cocía dentro, cuando lo que sale
estaba a punto de hacerlo, tomando
en el cerebro el camino hacía fuera, a la luz.
Que si lo que sale, aunque saliera de un pozo
de tu cuerpo, produce una sensación de vacío,
de arrepentimiento, que no salga, que se quede
alimentando el beneficio de una duda razonable,
que se quede dentro.
Haz.
Hazlo si haciéndolo te va a bañar enérgico
la suciedad que conlleva no hacerlo,
reprimirse aquello que en tu interior gime,
que presiona sobre la elastina de tu pellejo
hasta que, cual si fuera agua de jacuzzi,
tu superficie se convierte en un gruyere
incomestible, abyecto, a punto de reventar.
Suelta.
Abre tu espita y que salga lo que tenga que salir,
que eso que sale, fuera, buscará las vueltas
para salir adelante ?al fin y al cabo es éter, nada más.
Que salga, que sale, que haga, y haz...

Solo de ella depende

No tengo nada,
solo tiempo.
?Se me acaba de ocurrir...

No quiere hacerme daño.
Piensa en mí más de lo que podría imaginar. Hace tiempo que no da señales, el silencio debe reinar, debe imponer su ley curativa, es el mejor desinfectante.
Prefiere leer mis poemas, en silencio.
Cuando el tiempo se lo permite se encierra en su cuarto,
en la parte de arriba de una casa con dos plantas.
Cierra la puerta con llave, nadie entra ni osa molestar,
pone, cual si estuviese en la mejor suite, una especie de rótulo
azul con letras blancas que reza: No disturb, please, se enfunda
excitada su pijama rosa, ese que su hija le acaba de regalar por ser tan buena madre,
y se mete en la cama ?la temperatura es agradable?, su marido ve abajo con los niños
una película de esas de animación que tanto les gustan, coge entre las manos su móvil,
un Huawei, busca esa página, ese blog, donde residen los poemas que voy dejando
y pincha sobre el enlace que le lleva al siguiente al que leyó, cuando pudo, la última vez.
No quiere mandarme mensajes porque no debe, a su entender, impedir esta catarsis
que se está produciendo, y que es tan importante para que mi camino se cumpla, misión
que nace de una fuente tan profunda que ni yo mismo tengo acceso.
Con la emoción que mi recuerdo le proporciona y al son del latido ascendente, punzante,
de su corazón, va leyendo línea tras línea, va entrando en cada palabra como quien abre
la puerta de su cuarto de juegos y vibra ante tanta expectativa, va imaginándose que yo
estoy allí, de repente, a su lado, y conversa conmigo como lo hacía delante de unas papas
"aliñás", con los ojos y los oídos atentos a las palabras que van brotando de mis labios,
callada, disfrutando de mi dialéctica, según me confesó más de una vez.
Termina el primer poema y alza la vista, al frente, y reflexiona sobre lo escrito, ata cabos,
procesa qué he querido decir y qué partido tiene ella en lo que digo, y emprende la lectura
del siguiente, así hasta que el tiempo para sí misma se acaba ?la realidad es esa justiciera
bendita y maldita a la vez que nos juntó y nos ha separado, el amor tiene que disponer de

un nido donde desarrollarse, no queda otra.
He decidido escribir sobre ella a modo de homenaje. Llevo más de quince días sin recibir noticia y sin atreverme a escribir porque no me apetece recibir de nuevo su ignorancia, porque ni siquiera su respuesta me compensa, cuando esta, la última vez, me supo a poco, a convencional y formularia, a cuando respondes por quedar bien, por no resultar grosero cuando adviertes que la otra persona desea que le respondas.
He decidido que lo único que me satisfaría es que me demostrase su interés por querer seguir sabiendo de mí, por intentar esa amistad que vaticinaba bonita y que estaba segura de ello ?me afirmaba en un guasa; y decirle que decida lo que decida no empañará de gris su recuerdo, nunca, ese lo mantendré guardado en el cajón de mi mesita de noche.
El homenaje del que hablaba es porque hoy he decidido dar un paso más en ese proceso de olvidarla, de más bien apartarla al espacio que tengo para los buenos recuerdos, un paso que va a situarla en el mismo lugar que ostentan hoy el resto de mujeres importantes que pasaron por mi vida, y que este paso conllevará un ritual ya pensado, muy pensado, y que consistirá en eliminar su chat, ya definitivamente, y, si el tiempo lo permite, dar un paseo por su barrio, Sevilla Este, muy cerca de mi casa, como manera quizá de tentar a la suerte y propiciar un último encuentro, que ni por asomo se va a producir.
Solo de ella depende si...

No es inútil

Ex Oriente Lux.
?Ocurrió en Toledo, en el medioevo.

Luz, que vienes del este.
Sol, que comporta esa luz,
por eso sales de allí,
de donde radica la sabiduría.
Luz, que llenas de mañana
la oscuridad de mi cuarto.
Luz, que das a mis ojos
el poder del que carezco,
que llevas a mis libros
el candil para ser leídos,
y que el disfrute de sus letras
llene mis horas muertas.
Sabiduría, que viajas con ella,
disuelta en ese concierto
de fotones que al blanco van
y del blanco vienen para pintar,
con la ayuda del líquido elemento,
la tristeza monocromática de un iris,
un iris que gris se abre en abanico
en el horizonte y da la bienvenida
al viajante, al que descansa del diluvio.
De allí viene de lo que se tiene noticia,
de las postrimerías del mundo conocido,
de Indias y Chinas como cazuelas sin fin
en las que se coció todo el saber,
en los albores de lo que ahora existe,
conocimiento que en formato apergaminado
llegó hasta las inmediaciones de Occidente,

de donde fenicios, griegos y romanos
libaron, como si se tratara de ambrosía,
todo un caudal que como río turbulento
nos llegó para cimentación y argamasa
de toda una civilización, esa que ahora gime
de orfandad, de carencia y desbandada,
esa ante la que un tesoro tan prodigioso
se desvanece como azucarillo hirviendo,
esa que ha fabricado un ser humano, hoy,
que lo califica de reliquia del pasado, rancio,
que lo desprecia por inútil e innecesario,
que rinde culto a la máquina y la materia,
a un supuesto progreso sin alma, huero,
sin humanismo, y que el vértigo del día a día
sanciona como sobrante, como no práctico.
Luz, sabiduría, conocimiento, legado,
inspiración en forma ortográfica, sedimento
que como fango de siglos queda en una laguna,
materia plástica de aquel alfarero que se atreva
a construir un prodigio, un hijo de su talento,
y que quede para agasajo de los que vengan.
Solo pido eso; y como respuesta a este deseo,
me impongo el propósito de cuidar de él,
de sacar brillo a cada una de sus monedas,
cada día, con el mejor de los mejunjes, paño,
cepillo, y demás artilugios que me ayuden
a alcanzar un lustre tal que hiera las pupilas
del que ose mirarlo de frente, y de leerlo lento.
Animo al lector a que se haga legión y ejercito...

Añoro

Soy incapaz de permanecer
quieto en mi habitación,
soy tan desdichado...
?recreación de una frase
que se le atribuye a Blaise Pascal.

Añoro.
Echo en falta ese punto
de locura, ese descontrol.
Echo de menos ese no saber,
esa nebulosa en la mente,
ese dibujarse de molinos,
ese espejismo que creía cierto,
esa zanahoria que si caballo fuera
se me imprimiría en la frente,
esa frente que era de cristal.
Añoro toda la inocencia
de que era capaz mi corazón.
Añoro, ahora, ausente de ella,
nadar entre los naipes de una baraja
que cada mañana se abre, flor
de primavera, sugerente, cierta
de su muerte cuando el frío
pronto empiece a reinar.
Añoro, echo en falta, echo de menos
esa sonrisa que ante cualquier novedad
me rasgaba la cara de oreja a oreja.
Ya, pasadas las mieles y los alfajores,
poco río, poco caudal se remansa
en ese paraje que solo pinta el recuerdo,
sola es la certeza, solo el desengaño impera

cuando de bruces se choca la verdad
contra los hechos, contra un certificado
firmado y sellado por el destino, firme.
Añoro, incertidumbre bendita.
Mi piel, ya surcándose de seca, sin fruto,
va cediendo a una especie de costra, rota,
blanquecina, turquesa, que cubre la pena,
la desgana, el aplauso de un eco que retumba
en la soledad de mi cuarto, éxito sin marco.
Me entra sueño del esfuerzo, porque pienso.
Dejo el lápiz al lado de la hoja en blanco
para pensar y pensar, engurruñarlo, papelera,
fracaso, lágrimas y agua bañando el barranco
de mi mejilla abajo ?un pudo ser y no fue.
Acerco la mano otra vez, lo empuño y prosigo,
me atrevo a esbozar una línea, la leo, la dejo
reposar para que tome su color y su sombra,
la pienso otra vez y me retengo la garra fiera
en la que los dedos se van convirtiendo,
resisto las ganas de rasgar cada letra,
cada frase, cada despropósito, cada tejido
que hilvano ?no me acaba de gustar...
Añoro.
Añoro cuando escribía de corrido, sin reparar
en la medida de mis ocurrencias, sin esperar
la zarpa de la censura y el juicio sumarísimo
de la audiencia, de una sociedad sanguinolenta.
Añoro el descaro que venía a verme
cuando me sentaba delante del escritorio,
cuando imaginaba versos a la luz de caminatas
muy de mañana, casi insultando al alba,
dedicando piropos a las florecillas naranjas
que me saludaban al pasar, en la plaza,
haciendo la compra en los mercados, gritándose
el género entre una muchedumbre hambrienta...
Todo eso añoro.

La vejez no me deja apenas espacio, cristal opaco.
Tengo tiempo, me siento en este banco
a dar conversación a quien se me tercie,
tengo alpiste en el bolsillo para unas palomas
que no acuden, que comen ya otras simientes,
otros manjares que el devenir les pone a su alcance.
Estoy atrapado en un pasado que se enganchó
de lleno a una niñez de niño menesteroso,
falto de cariño y caricias, falto de madre y padre,
falto de una mano que suavizara la espalda
si tropezaba jugando mis juegos, apenas solo...
Nací solo, escribo solo, solo sueño, siento, solo añoro...

Surus

Surus fue el único elefante que sobrevivió a la segunda guerra púnica de Aníbal. Cruzó los Alpes durante el 218 a.c. Se dice que tenía un único colmillo e iba ataviado siempre con una manta roja, un escudo y un palanquín. Era la montura predilecta de Anibal, quien, habiendo perdido un ojo a causa de una infección poco antes de la batalla de Trasimeno, se servía de él para divisar al enemigo desde sus lomos y plantarle cara. Capturado en la batalla de Zama, Surus fue indultado por los romanos quienes apreciaron su valor en la guerra y su singularidad, permanenciendo siempre en su recuerdo como la imagen del orgullo y la tenacidad de Cartago.

Me siento huérfano.
Mi guía, mi mejor asiento,
mi atalaya, está en su poder.
Seguro que ya es carne de boca,
despedazado para alimento,
pasto de sus horrendas fauces.
Miles de dientes mascando a compás
su bendita musculatura, su grandeza.
Escribo aquí, en una sucia mazmorra,
en lo profundo de un anfiteatro,
casi sin luz, una lánguida antorcha
que apenas tiene fuerza para sostenerse,
esperando a que me llamen para salir,
para respirar por última vez, para divertir
a un irrespetable sentado en las gradas
que no respeta la vida, que aulla mi sangre
hambriento de mi dolor, que grita tanto...
Ya estoy vestido, me acaban de tirar
contra el suelo una espada y un pectoral
que tratará de contener la lanza mortal,
esa que en breve me atravesará el corazón.
Pido agua y me la dan, oscura.
Mientras sigo escribiendo, ahora mismo,
me llaman y me entregan en mano, con cuidado,
una corona de espinas para que, al cerrar los ojos,

el rojo de la sangre me siga nutriendo el odio
que me llena, la venganza eterna, desde pequeño.
Por fuera de esta cárcel veo también un doble
madero, atravesado uno sobre el otro, que dicen
que es para martirio de los hombres insignes.
Pienso, sentado en este mampuesto, cabizbajo,
en de qué sería capaz si Surus estuviera aquí,
rompiendo los barrotes de esta jaula maloliente,
saliendo al ruedo bajo el rechinante pavor
de una muchedumbre cobarde como ratas,
corriendo en desbandada abajo los vomitorios,
y rezándoles a sus malditos dioses para que todo
haya sido un sueño... ¡Unos cobardes redomados!
Recibo la llamada del alguacil...
Ya salgo a recibir sepultura.
Que sea lo que mi dios quiera.

Ser agua, aire

Tu espada me atravesó,
de parte a parte.

Quiero ser como el agua,
sin que nadie me note,
que se me respire como el aire.
Ser piel sin mojarla,
ser lágrima sin llorar,
ser lluvia sin pronóstico,
ser aguacero sin que jamás
se le llame agua sino aguacero,
sino lluvia, sin que exista
de vocablo pero sí de sustancia,
sin que mi nombre se pronuncie
porque sea innecesario.
Quisiera ser sangre,
esa sangre que brota escapando
de la herida, serena, sin prisa,
sin temer que alimaña alguna
aceche para lamerla, sin miedo
a ser sorbida por la circunstancia.
Quiero ser aire, quieto, dormido,
invisible, imprescindible, y volar,
viajar de una parte a otra del globo
sin comprar billete, sin pararme
en arduos trámites de estafeta,
sin bolso ni equipaje, desnudo.
Ser sin esfuerzo ?eso me gustaría.
Repetir hasta la saciedad, cada día,
lo que soy para llegar a ser sin pensar,
sin gastar una gota de energía, de tiempo,

sin ser ese tictac que rompe las manecillas
de los relojes de tantas vueltas, y quietos,
en el mismo sitio donde se les deja,
siendo obedientes y mecánicos, van latiendo
hasta que sus pilas se paran, y se callan,
sin molestar a nadie, sin pedir socorro,
aceptando el final porque al final todos
somos lo mismo, polvo que a la tierra vuelve.
Quiero ser como el aire, como el agua,
como esa porcelana encima de la repisa
que a su vez está encima del televisor,
y este encima de una mesa con ruedas
que está encima de un suelo entarimado,
y este encima del techo del vecino de abajo.
Ser como se pretende que sea un futbolista,
ese que por dinero va a entrenar, cada día,
y aprende las manías del contrario mejor
que las propias, y ensaya hasta cansarse
las jugadas que le granjearán la victoria,
y tanto, tantas veces que se le convierte
esa costra que inventa el entrenamiento
en un gen, una especie de nuevo huesped
que se incrusta en su esencia más interna,
y pasará si encuentra a alguien adecuado
a sus hijos, y de sus hijos a sus hijos,
y de estos a los suyos, y todo sin esfuerzo,
porque el agua es agua sin que esta tenga
que pararse a pensar qué es, si hace bien
en ser el agua que es o debería ser otra.
Es eso, eso es lo que quiero ser, y tantas
veces ser yo mismo que se me olvide
que lo soy, que estoy siéndolo, como ahora,
y si algún día pensara que soy otro e intentara
serlo, que sea imposible, que no haya modo,
que no haya algoritmo por perfecto que sea
que logre mecanizar en mí un yo falso,

un impostor, un alienígena colado de extranjis.
Quiero ser agua, aire, y que no se note.

Mil kilómetros

No lo soporto,
late demasiado.

He recibido un telegrama,
y parece una queja.
Abro la bandeja,
pulso por encima
de las palabras
que me explican
de qué va lo que contiene.
Entro en el texto y leo:
«Estoy hasta arriba de trabajo,
corto, ?la sangre me llega a borbotones,
corto, ?mis miocardios no dan abasto,
corto, ?si no se pone remedio, corto,
?voy a reventar, corto y cambio».
Tras leerlo, con detenimiento,
miro a la nada y empiezo a pensar:
«¿Cuál puede ser la causa?¿hay algún
amor retozando por entre sus fibras?
¿Algún recuerdo de mujer
que pervierta las noches hasta ahora
tranquilas?¿Alguien que no acaba
de hacer las maletas porque ha decidido
hacer fonda continua en sus aledaños?
En la vorágine de estos pensamientos
me salta sobre la bandeja de entrada
otro mensaje, esta vez con letras rojas.
Con los dedos agarrotados, víctima
de un incipiente sobrecogimiento,
coloco el cursor por encima del enlace

y pincho; se abre en canal y dice:
«El avisador rojo de la cuenta atrás
ha saltado, corto ?me quedan tres minutos
de vida, corto ?si no emprendes el olvido
de este amor encallado, que solo sabe
lamentarse, voy a poner perdida de sangre
y carne toda la región torácica y te tocará
a ti limpiarla, corto y cambio.
Presa de la desesperación, el rostro rojo
de vergüenza y con un rictus amargo, borro
el mensaje hasta la papelera de reciclaje;
me asomo al balcón buscando acomodo
en alguna nube, implorando su comprensión,
mirando debajo por si en ese momento
estuviera pasando alguna y lanzarme en plancha,
acurrucarme de angustia entre los cristalitos
blancos que, al impacto del sol, se vuelven soles,
se proyectan con una incandescencia envidiable.
Continuo mirando hacia abajo, un quinto piso,
pero sin suerte; solo alcanzó a pasar una vecina,
saliendo del portal, profiriendo improperios.
Subo el pie derecho hasta la moldura
en forma de rosa de la barandilla...
No tengo el valor.
Solo me quedan mil kilómetros de desierto...

Un mal sueño

Fotografío desde el vientre,
colocando la cámara
en el estómago.
Todo fotógrafo tiene
su razón poética, y pugna
por captar el silencio.
?esto podría haberlo dicho María Zambrano.

Un pez.
Mi amigo es un pez.
Vive hundido
en un acuario.
Pasa las horas nadando
para no ahogarse.
Cuando está cansado,
me hace una señal, besa el cristal
produciendo una burbuja, choca
contra la superficie del agua,
produce un sonido hueco, acudo,
meto la mano, se me escurre, meto
la mano otra vez, se me escurre...
Quiere sentarse en la mesa,
está harto de nadar, me dice, quiere
conversar conmigo, decirme qué piensa.
Vuelvo a meter la mano, vuelve
a escaparse, le digo que no puedo y él,
con más rabia que antes, vuelve a besar
el cristal y generar una burbuja
aún más grande, y produce un estruendo.
El vecino del primero izquierda llama
a la puerta, me pregunta si estoy bien,

que qué ocurre, que a qué viene ese ruido,
ese arrastrar de camas, ese estrépito.
Le contesto que no es asunto suyo,
que si necesita ajo o azúcar, cominos
o cualquier otro ítem de su lista habitual
de la compra ?ayer vino a por huevos.
Me contesta que no, da media vuelta,
se va cabizbajo, cierro la puerta, me hace
una peineta según el vecino del quinto,
vuelvo al salón, meto la mano, mi amigo
se desespera, besa aún más el cristal,
se desprenden más redondas las burbujas,
el acuario revienta y nos ahogamos los dos.
El vecino acude, no le abro, coge de la mano
que sale del centro de la puerta para llamar,
llama, llama con más fuerza, levanta el pie,
golpea la moldura cobriza que solo adorna,
rompe el débil tableado de la puerta, cede,
antes cedió el cerrojo, entra, me arrastra
hacia fuera para recuperar el aire, llama
a Protección civil, a los bomberos...
Llega un agente con forma de mujer,
me hace el boca a boca ?más bien me besa?,
me lo hace otra vez porque le sabe a poco,
despierto, abro los ojos, es Laura, ella llora,
ríe al ver que estoy a salvo, nos reímos juntos.
Pide ayuda a un compañero para entre los dos
llevarme a la cama, descanso, despierto, Laura
está a mi lado, casi desnuda, le miro intenso,
me dice que se despertó al verme inquieto,
gimiendo y pidiendo ayuda, mascullando frases.
Dijo que no era más que una de mis pesadillas...
Nada más.

Se me fue...

Ya se fueron las golondrinas
de Bécquer...
y con ellas la poesía.

Sin sabor, esta mañana, sentado,
miro la pantalla, galletas con leche
y una puntita de cafe, nada, el olor
del café en la puntita de los dedos,
esta mañana, sentado, galletas,
sin sabor, miro la pantalla,
las noticias son insulsas, qué coraje.
Esta mañana, la cuchara en la boca,
sin gusto, cogí el pañuelo, me soné
los mocos, y tampoco.
Me soné los mocos, no hay algondones
de rinitis dentro de la nariz, respiro bien,
no la tengo gorda como en enero, ya no,
las galletas, esta mañana, el calor gordo
chocando contra la celosía de la ventana,
una puntita con leche, sin sabor, el olor
del café clavado en la yema del dedo
índice de la mano izquierda, y no se vá,
menos mal, tú, qué coraje, la galleta,
la leche y el café mezclados no saben
pero sí huelen, todavía, el dedo índice...
No paro de olerme el dedo índice
para rescatar el gusto que se fue,
qué coraje, eso no es justo, la taza
me lo debe, me lo ha quitado, qué coraje.
Me vuelvo a acercar el dedo a la nariz,
cojo vicio, no paro, quiero volver al pasado

de hace tres minutos cuando me metía
en la boca la cuchara sopera con la pasta
entre marrón y ocre, y ponerle el sabor
que le faltaba, qué coraje, no puedo
aún chupándome la lengua rescatar
ni un ápice siquiera de la pasta marrón
que se ha quedado entre las papilas.
Sigo con la nariz averiada, aunque eso
sea en enero, ahora no, ahora no está gorda,
sin sabor, sin tomarle el gusto, qué coraje.
Me metí entre los dientes la primera cucharada
sopera de una pasta entre marrón y ocre
y nada, que no consigo rescatar el gusto perdido
ni lamiendo como los niños chicos la papilla,
contra un cielo de la boca que duerme todavía,
que la lengua no sabe, que la puntita de café
no despierta ni a la lengua ni a los dientes,
que no necesito el café para ser persona
pero tiene su puntito ?su puntita, con leche.
¡Qué coraje me da!
Chupo la cuchara como si todavía me debiera
el gusto que se me ha escapado de la boca,
miro la pantalla, miro la taza, busco el gusto
que no está, que se ha ido, y sigo removiendo
entre mis dientes la pasta entre marrón y ocre.
La cara mohína de coraje, una puntita, cogí
el pañuelo, cogí el olor, una y otra vez, el gusto
no despierta, sin café soy también persona.
¿Dónde irá el gusto que se pierde en la lengua?
Sigo oliendo el dedo, las galletas, esta mañana,
miro la pantalla, las noticias son tontas...

Azul

La poesía brota del silencio,
y va al silencio, nace de la soledad
y muere en soledad.
?así dice Anna Blandiana.

Recito un poema.
Quiero, cojo el libro azul
de Juan Ramón, lo abro
por cualquier página
?cualquiera es buena?,
hojeo, elijo, este mismo,
carraspeo, la flema baja
esófago abajo, bebo agua
?fresquita, que hace calor
ya?, arranco, pongo a grabar
el móvil, me decido, me da
vergüenza, me echo pa'lante,
voy, digo "Dios es azul",
me paro, miro al cielo, lo busco,
no lo encuentro, entre las nubes
no se ve a nadie volando, pienso
que J.R. está como una regadera
¿Cómo puede saber si Dios es azul
si nunca lo ha visto? Dejo de buscar
entre las nubes, meto los ojos
en el azul radiante del cielo, pienso
de pronto que ahí sí está ese dios
del que habla J.R, ahora, ya entiendo,
me ha costado mirar por detrás,
debajo de la apariencia, ahí está, ahí
está la poesía, la poesía es la sustancia

de cualquier cosa, y sustancia viene
del latin sub, debajo, y stare, lo que está,
lo que tú ves, lo que yo veo cuando veo,
entonces sustancia significa: lo que está
debajo, la poesía es sustancia, está claro.
Sigo leyendo, carraspeo, me oigo, creo
que lo hago bien, si siento que no, repito,
empiezo otra vez y santas pascuas, termino,
cierro el libro azul, guardo el dios azul,
le limpio el polvo para que ese azul
reluzca y miro por la ventana, miro
otra vez al cielo y ya veo ese dios, lo veo
volando entre las nubes, batiendo sus alas
azules entre un azul brillante, sin nubes,
quizá una o dos, muy dispersas, apenas
se ven, sin manchar el cielo, no sea que
su volar se quiebre, que se enfade, sople
y las mande a paseo, a otras latitudes...
Miro la estantería, otra vez, miro el libro
con ganas, como si me hubiese quedado
con un vacío a punto de llenarse, como
si recién levantado de una cama revuelta,
con una mujer de espaldas, al otro lado,
me quedara un regusto de falta, de palabras
que no se han dicho mientras el amor
gritaba ventana abajo, rezumando en cada poro,
disuelto en cada saliva, en cada caricia,
en cada carencia, y un gemido le pone punto y final.
Lo cojo, lo abro, miro, remiro, hojeo, otro
poema quiero, distinto, no me decido, lo dejo,
miro al cielo, el dios azul estará detrás
de una nube que ya no está, transparente,
inexistente, no miro más, meto la mirada
en el cuarto y cierro la ventana, cierro el libro,
cierro los párpados y abro la boca para respirar.
Mañana sí, ojalá tenga hambre de Poesía,

hoy no, mañana, ojalá.

Exploto

Hay muchas cosas que he hecho
antes de que se me hubieran ocurrido.
?también dijo en el mismo video
que desea la libertad de quien riega
plantas artificiales. La libertad de hacer
sin necesidad y sin provecho.
?Ignatius Farray, cómico canario.

Exploto.
Exploto por última vez,
las vísceras a pedazos
constelan el aire, respiro,
entran de nuevo en mí
y se colocan cada una
en su sitio, obedientes.
Por última vez, harto,
su ignorancia me aplastaba,
sus checks azules sin respuesta,
sus palabras vacías, sin sustancia,
su deseo falso de encontrarnos,
su querer confundirme, aún
sin intención pero lo hacía.
Exploté, a pedazos, ya no existe,
solo en el dibujo del recuerdo
?si el recuerdo acude.
A pedazos ?decía? saltó de mí
esa esperanza engañosa de amistad,
ese autoengaño, ese rosado cerebro
que aún siendo mío se convierte
en mi peor enemigo, ese, el iluso,
el de las quimeras, el que por no gastar

energía se demora en lo que solía
por muy perjudicial que para mí fuera
?a él le importan tres pitos qué siento,
qué me apetece, solo piensa en gastar
lo menos posible?, sí, mi peor enemigo.
Ayer exploté, borré todas sus huellas,
no tuve otra salida, no era capaz de dejarla,
de no mandarle más mensajes a aquellas
horas en que apetece una caricia, un te quiero.
Necesito pasar página, que vengan otros quizás,
otros fracasos, que el tiempo no se estanque
porque el tiempo, si no anda, no es tiempo,
el querer deshacerme de una cadena, grillete
que me impide el paso ?he nacido para andar...
No tuve más remedio que borrarle para no caer,
ya caí demasiadas veces en su red y el socavón
se va haciendo cada vez más profundo, hondo,
tanta caída en el mismo sitio, de querer hablar
y ella no aunque respondía amable, suelta, y decía
sí a vernos cuando sabía que no ?porque le faltan
los motivos, como dijo, al contrario, Sabina
en una de sus geniales canciones.
Apuesto por seguir mi camino, aunque sea
de espinas ?agua pasada no mueve molino.

Te suplico

Ver es haber
visto.
?dice no sé si Pessoa o uno
de sus heterónimos.

Mirando.
Mirar un cuadro, acercarse,
colocarse con las piernas
separadas treinta y cinco grados,
alzar la cabeza y con ella la vista,
olvidar problemas, dejar la lista
de la compra para cuando termine,
dejar la mente en blanco cual si
iniciara una larga meditación,
relajar el entrecejo, darle al play
de la atención y dejarse llevar
por sobre la superficie del cuadro,
pararse en cada detalle, cada recoveco,
y recrearse en cualquiera pincelada
que llame la atención, registrarla
internamente, traspasar su significado,
avanzar de nivel de lectura, pararse
en la semántica de los símbolos, en la época,
en la conjunción imperante entre la moral
y las costumbres bajo la que el pintor operó.
Seguir mirando, hacer un barrido cromático
de izquierda a derecha conforme a las agujas
de un reloj que empezó a latir entonces
y hasta mí llega; vivir el cuadro tal si formara
parte de la escena, introducirme sin ser visto

por una de sus ranuras y ser uno del elenco
de sus personajes, hablar con ellos, saber
lo que piensan, lo que sufren...
Pienso en el cuadro cuya ilustración figura
arriba ?uno de los iconos pictóricos del genio
daliniano?, y cuya magia se disuelve en un rezo,
en el silencio que lo alberga y el vívido deseo
que pronuncia entre líneas ?solo Dios sabe.
De la fructuosidad de la cosecha depende todo:
el hambre de los protagonistas, el de sus hijos
y el del resto de la familia ?el cereal es vida.
Confían ciegamente en la generosidad de Natura;
pedirle ayuda al altísimo es parte esencial
de su recogimiento diario, cuando las labores
dejan paso al descanso, antes de refugiarse
al calor del hogar, cuando el sol pasa el horizonte.
El silencio que acompaña a las cabezas gachas
se corta en el ambiente, el susurro que suele
acompañar al fraseo eclesial apenas se adivina;
diría que su religiosidad raya el protestantismo
si atiendo a la sencillez de la escena, fuera de
ornatos y alharacas propios del catolicismo.
La tierra parece seca, el augurio nefasto,
los estómagos se encogen nada más pensarlo,
un rictus en estéreo de tristeza se clava
en sus rostros, en sus mentes, y piden con ahinco
que lo evidente no lo sea, y resistir la envestida.
Los aperos de labranza en todo lo alto, con ganas
locas de trabajar, el rastrillo enhiesto, el arado
no tanto, y solo un color: el marrón desierto.
El pueblo, apenas un campanario a lo lejos,
aguarda ansioso la buena nueva ?una cesta
casi vacía en el suelo, del mismo marrón.
Se diría, a bote pronto, que sus poses implican
un entierro más que una súplica si se observa
con más atención. Puede que sea la despedida

de un ser querido: un perro quizás, un neonato,
o puede que su ruego sea en pos de una salud
quebrantada, propia o extraña, cuya salvación
ha sido reportada al que está arriba ?impotencia.
También veo un atisbo de esperanza en el verde
que a medida que nos alejamos del primer plano
va adueñándose del lienzo hasta llegar al pueblo.
Quiero pensar que esto es una señal de que
ese Dios al que dirigen sus súplicas está por la labor,
se ha detenido a escucharlas y ha tomado debida
cuenta de la importancia de su mediación.
Eso quiero pensar...
P.D. Si la mirada del lector se percata de algún rasgo
que debería contenerse en el escrito si quiere aspirar
a ser exhaustivo, que no lo dude y lo aporte ?estaría
agradecido porque, una vez que el escrito sale a la luz
deja de ser propiedad privativa y se hace mundo.

Hundo los pies

Unamuno dijo ayer
que un niño que lee
será un adulto que piensa.
?espero, cuando sea adulto,
darle la razón...

Casi diez años ?hace ya.
No es nostalgia, pero mis pies
apenas recuerdan lo que significa
hundirse en el ocasional lodo
que nace a la orilla del mar.
Hace algo menos, siete años.
No nací ribereño al mar,
no fue el mar compañero
de juegos durante mi infancia.
No. El mar fue ocasional
como ocasionales fueron
las excursiones a la playa,
las sandías de a ocho kilos
rajadas sobre el hule azul
de la mesa de campo, la arena
hirviendo a las cálidas horas
de la comida y el reposo
de dos horas de obligado
cumplimiento ?leyenda urbana.
No es nostalgia, es solo imitación.
Antes de escribir este poema,
a modo de calentamiento, escuché
unos poemas de Begoña, a ver
si se me pegaba algo, entre los que
hablaba de estar en la playa, de la

arena mojada, o algo así creí entender,
y por eso creo que me ha salido
lo que llevo escrito, es solo eso.
Voy a seguir con ello, total, qué más da.
Pues sí, se me viene a la mente
esos momentos, en Huelva, en los que
comía mirando al horizonte azulgrisáceo
del fondo, una línea imaginaria que me
adentraba en mí mismo, solo el tiempo
que duraba el bocadillo, nada más.
Ahora, andando el tiempo, tengo
a la vista muchos horizontes
en los que sentarme a meditar,
y el tiempo, en toda su extensión
de variable física y contestataria,
se me pone a mi lado y me pregunta.
Es curioso cómo la verdad se va
extendiendo como mancha de aceite.
Cuando no hay tiempo, el tiempo
es helado de fresa en verano, recreo
de colegio, saliva que sale de la boca,
arco iris de mil colores, éxtasis coital,
y cuando lo tienes de sobra es aire,
amigo de charlas, se hace normal.
En mí el recogimiento es verdad,
pero también lo es el afecto, el roce
de piel con piel, y el deseo que genera
su falta lo hace ambrosía, manjar de dioses.
Vuelvo a la playa, a cómo los pies
se contienen en la arena mojada, salada,
que hasta hace segundos era caliente,
pero no de un caliente de café con leche,
que es agradable, sino de un caliente
que salta, que te lleva al brinco, y que el agua,
al llegar a la orilla, se hace agua de mayo,
alivia, produce un repentino orgasmo seco,

una sonrisa que en alto dirijo al sol, a quien
pido algo de árnica para las heridas, y la brisa,
que viene del oeste, me remueve la piel
y el pelo, y permite mi estancia, con el bocadillo
en ristre, bajo una canícula de cuarenta grados
a las tres de la tarde, con crema protectora
y gorrilla de guardacoches...
No tengo el talento de Begoña, qué le vamos
a hacer.
Dejo de escribir para ducharme, para quitarme
la arena que aún hoy permanece.

Todo

Al que tiene se le dará más y tendrá abundancia,
al que no tiene, aún lo que tiene se le quitará.
?evangelio de Mateo y de Lucas.

Todo.
Todo lo que tenía
se me fue ?contigo.
Todo, y más incluso,
mi alma, mis alas.
Todo, la sonrisa
se me fue ?su cantar.
Todo, ni una moneda
para bocadillo, plato,
tenedor, cuchillo, se fue.
Se me fue el hambre,
se me fueron las ganas,
la savia que llenaba las venas,
la sangre, que eras tú, tus ojos.
Todo.
Desperté y no estabas,
un rayo rompe la oscuridad,
la persiana suelta su cuerda,
un silencio mudo llena el aire.
Todo me lo quitaste, las ganas
de levantarme, la tostada
en mi estómago no alimenta,
se pudre antes de ser sustancia,
se agria de ti.
Todo, hasta la piel se agrieta.
Hice un esfuerzo, cogí el teléfono,
te llamé comunicando, seguí,

me vestí, en el trabajo estuve
sin pena ni gloria, abatido volví,
me acosté sin ti, las ganas abren
la puerta y se van donde sirvan
de algo, dos lágrimas abajo firman
la tristeza y se secan al momento
?hace calor?, relleno el cojín
de pluma de pato, echo a la colada
tu toalla rosa y tu camisa canela,
que aún colgaba de la percha caoba,
lloro al lavar tu taza del café
de por la mañana, limpio el polvo
de una soledad que va naciendo,
dejo tus bragas bien dobladitas
por si vuelves a recogerlas, tiendo
toda la ropa que metí en la lavadora
ayer, y que aún detergente mediante
sigue oliendo a ti, a tu savia, solo...
Todo.
Todo arrebataste al cruzar la puerta,
todo, la carne que aún me quedaba
entre los dedos, la bandeja en tu regazo,
los domingos de playa, tu abrir los ojos
para decirme buenos días y el día nacer.
Todo, te fuiste.
Te fuiste y me arrancaste las vísceras
cuando cerraste la puerta, como la abeja
que defendiéndose arma su aguijón y ve
que cuando quiere recuperarlo tras hacer
su función su erecto punzón arrastra
todo lo que queda detrás, toda la esencia,
todo el organigrama que le da vida, y muere,
muere de amor, de instinto inevitable, da
la vida tras defenderse de quién osa robarla,
de quién aspira a su carne para nutrirse.
Así fue como me quedé.

Sin nada, sin todo, sin carne, sin contenido,
sin ganas, sin trabajo, sin alimento ni ropa,
sin lavadora, sin toallas rosas ni buenos días.
Sin nada.
Todo, pobre de solemnidad...

No en mí

Una gota más una gota
no son dos gotas,
es una más grande,
y rodará hasta el mar.

No en mí.
En mí no existe,
existe fuera de mí.
Cada vivencia es una gota,
cada gota más otra, más otra
van colmando el vaso,
van haciendo río y el río,
ahogándose, mira al mar
con anhelo, con deseo, fruición
de llegada, de verterse.
Esa desembocadura,
ese fin que sugiero,
está en ti, en el otro,
fuera, porque yo,
que soy paloma en manos
de un halcón que viene,
no seré cuando este, veloz,
marque su pico sobre mi carne
y haga definitiva diana.
Acabo de vivir la muerte,
no en mí ?que en mí no sé
cómo se vive? sino en unas fotos,
en el seno de una alegría
que he perdido, que pertenece
a otro, a otra, y a la que ya ?
definitiva, postrera? no pertenezco.

Ella vive en unas fotos
que estoy mirando, ahora, y muero.
Muero como muerta es la flor
aplastada contra las hojas amarillas
de un libro dejado al polvo,
muero por que esa alegría, vigente,
me está vedada, quedó atrás,
como queda un arcoíris sin lluvia,
que va borrándose de un cielo seco
dejando cierto regusto a derrota.
Pienso en que la muerte es vida,
que vivo en ella desde el alba,
desde que se encendió mi primera luz,
que pasar es dejar atrás, sin vida,
en un cajón que abres cuando el alma
se cae, o cuando llora tu diaria alegría.
Ocurre que, cuando algo muere y queda
vivo dentro, palpitando todavía, sucede
un desajuste, dos piezas que no encajan,
dos resortes antagónicos, agua y aceite.
Cuando la fibra se revela y no reconoce
la pérdida que la mente sí, una alerta salta,
un sentimiento de desolación se extiende
por sobre una estancia que antes era vergel.
Ocurre que el corazón es lento. Es cierto
que es un sismógrafo que registra el pulso
de la vida, y que si las agujas con cuya tinta
se expresa quedan encalladas, impotentes,
que ni hacia atrás ni hacia delante, el papel
donde se dibuja ese sismograma, de donde
se extrae su sustancia, queda inútil, rasgado
por las mismas agujas que lo vieron nacer,
y así el corazón se convierte en obstáculo
a la muerte, a un olvido tan necesario como
es valdío persistir en lo que debe marcharse,
y que conduce a un callejón si salida.

Mi mente es timón, sí, pero timonear
en un mar proceloso se hace en ocasiones
odiseico, y el corazón es la peor de las sirenas.
Sí, Odiseo sería mente y las sirenas corazón,
y la mente, por sí sola, no puede con él,
necesita de la ayuda del cerumen en los oídos
y de las maromas sobre el mástil para resistir
la fuerza descomunal que el corazón manda,
sin sentido sí, porque si algo muere es ocioso
quererlo, es insensato que siga viviendo en ti.
No en mí ?como decía de inicio?,
no para mí, porque cuando ella es yo ya no.
P.D. Todo ha sido al ver unas fotos en FB
de alguien...

Infinito

El infinito empieza
donde acaba el ojo.
El infinito es la magia,
aquel lugar prohibido
al conocimiento.
El infinito es lo que queda
a partir de aquel punto
donde se unen dos líneas
paralelas.
El infinito es lo que sigue
al horizonte, al último gramo
de grava donde la carretera termina.

Es un misterio.
Detrás del iris de tus ojos
se extiende un misterio.
Detrás de la expresión
de tu mirada se abre,
impasible, una incógnita.
Es tanta la luz, tanta,
que no me atrevo a mirar,
es tanta la verdad,
la franqueza que rezuma,
que no quiero saber más.
Mi curiosidad claudica
ante tanta energía, tanta
que los ojos, chorreando
cara abajo, se derriten
hasta pringar de impotencia
el blanco de esta camisa.
Es tanta la ciencia,

tanto lo que queda,
que se me eriza el vello
pensando cuándo, cómo
penetraré dentro de ti.
Mi deseo de sabiduría,
mi sucesión interminable
de preguntas sin respuesta,
mi imposibilidad de alcanzar
aunque fuese el roce de tu piel,
me hace resurgir de cada caída,
constante, de un fracaso fiel
que se renueva cada mañana,
que me impulsa a un nuevo fracaso
y de este al siguiente sin solución
de continuidad, sin atisbar
aunque sea un ápice lo que escondes,
aquello que tras tu iris se atesora,
y que solo tú sabes, tu sanctasanctórum,
tu ecuación de mil incógnitas, tu magia.
Ese intento perpetuo de alcanzarte,
ese crepitar de intestinos y sangre,
esa emoción cuando atisbo una migaja,
un acento del libro que guardas, eso,
todo eso, me es viento a mi vela,
impulso que me levanta de la cama
al bullir temprano del tráfico, al canto
sin pausa de unos pájaros que no saben
que me despiertan, y no saben tampoco
lo que agradezco ese despertar.
Infinito, magia, misterio, desciencia,
incertidumbre, todo eso y más es viento,
es brisa que corre a lo largo de una playa
en verano, al atardecer, cuando las gaviotas
limpian de estiércol la arena y graznan
de júbilo, de fiesta, dándonos las gracias.
Eso adivino detrás de tu iris, azul garzo.

Mi éxito

No hay éxito
que no acuda
tras el fracaso.

Perverso traicionero.
Amigo que parece entrañable
a primera vista, simpático,
que nos viene con la mano
abierta para llevarnos
a la nada; seductor a la vieja
usanza, actor de buen carácter
que tras una fachada irresistible
guarda la guadaña de la parca.
Galán de sonrisa brillante,
de dientes blancos más que el marfil,
de ojos grandes, verde mar,
de semblante magnético,
de díficil resistirse, de palabra venablo
directo al corazón, de semántica
engañosa, envuelto en humo ritual.
No es este el éxito que me seduce.
El mío viste de botines de deporte,
de camiseta y pantalón de andar
por casa, no va de esmoquin falso,
no con sombrero de copa y barita
mágica plegable en el bolsillo,
no; no es ese el mío, ese es el del mundo,
el que se ofrece en las esquinas, calles,
y vallas publicitarias anunciando un elixir,
una ilusión de pimienta negra, de plata

oxidada, una promesa que nunca llega
a prometerse porque no se promete,
un logro que si lo compras no se podrá
reclamar porque se sabe que es mentira,
y quien le dé crédito es un ingenuo.
El mío apenas se vislumbra a lo lejos,
al final de un pasillo sin luz, sin aire,
de hormigas que llevan de sus fauces
trocitos de hierba seca, sin invierno,
sin disponer siquiera de un hormiguero.
Es bañarse desnudo en un tunel de lavado,
dentro de un coche jabonoso, y reír.
El mío es el subproducto de tanto fracaso,
de uno tras otro, y es esa ristra interminable
lo que le da consistencia, sustancia, sabor,
lo que lo hace respirable y comestible.
El mío es no lograr lo que me propongo,
es levantarme detrás de cada caida, tropezar,
o mejor dicho, es caerme primero y sentir
la necesidad de levantarme para volverme
a caer y así, cual hámster, recorrer una rueda
interminable hasta que esta deje de rodar
por falta de ganas, por deceso.
El mío es rebelarme a ser derrotado
por la incontestable fuera de la naturaleza,
esa que me florece y desflorece a la vez,
cada día, con cada nuevo haz de rayos
a través de mi ventana, que me levanta
y me acuesta en un carrusel interminable.
No creo en el éxito, sí en el descanso
tras un buen esfuerzo, sí en el abrevadero
que el camino ofrece al que tiene sed
y se sienta para pensar qué lleva hecho,
qué merece o no la pena, qué la merecerá
a partir de ahora y vivir, respirar hondo
el aroma de las flores en las calles, gozar.

sí, ese sí es mi éxito ?y resistir el desgaste...

No sé...

No soy una isla,
sino una península.
?Joan Carles Mèlich.

Sin ti, nada.
Nada es posible,
nada hay al otro lado
si al otro lado no estás.
Me refugio cuando lamo
las heridas, y salgo solo
cuando cicatrizo a por ti,
me erosiono de tus caricias,
me quemo de tus besos
para volver a esconderme,
vierto saliva sobre el escozor
de tu reciente roce, mercromina
cuyo rojo se mezcla con el rojo
de una sangre que deja de serlo.
Vuelvo después de que me hayas
matado lentamente, escupiendo
un amor que no me das, o me das
mal y poco, como el que da
una amapola que fallece en verano.
No sé vivir afuera, más allá del metal
que caracteriza mis barrotes, si debo
arriesgarme ahora, desde la seguridad
de mi cuarto a la ferrea incertidumbre
de este mundo.
Cuando salga afuera, decía, abriré
como un girasol los ojos, correré raudo
si me veo acechado por cualquier quizás,

huiré si es preciso y volveré al recoveco,
retorceré la llave y apagaré el mundo.
El corazón me late al ritmo de ese claxon
que me está partiendo el tímpano,
que grita parado, que anhela salir pitando
a una carrera hacia ninguna parte,
y que el rojo fiero del semáforo impide
que ruja y arranque, que se estampe
contra la próxima señal de tráfico, y así ...,
y que necesita llegar a un lugar donde
le espera nadie ?qué necesidad hay?,
sin meta volante, sin corona de laurel.
Mi yo sin tu tú se desmorona, como azúcar
disolviéndose bajo una taza de té hirviendo,
que no se enfría, que no quema lo suficiente,
que no se dejaría acariciar por estos dedos,
que me arrasaría el ápice de tu lengua ahora,
si me atreviese a..., sin ti no.
Ahora estoy siendo isla, mientras escribo,
ahora sí, ahora preciso de un abismo
que a un tiempo me llame y me inquiete,
que me invite a saltar y a retirarme,
y saltar para que al planear sin aire, ahora,
comprenda el fondo de tu oscuro precipicio
y recapacite, valore tu roce, tu auxilio, tu voz
cuando me llamas, tu necesaria necesidad,
y con el miedo poblando mis alas, y el peso
del vacío tan fuerte que me despedace.
Ahora que escribo, replegado contra mi piel,
ahora no te necesito, puedo ser yo sin ti,
puedo volar aún en el exigüo espacio
de esta jaula en la que estoy, pugnando
desde hace una hora contra un teclado mudo,
que se limita a levantar acta de lo que escriba,
sea cual fuere su catadura intelectual, ahora,
cuando el mundo sobra y solo existo yo,

cuando me recojo como se recoge una vajilla
recién fregada, ya seca, ya sin mácula.
Ahora no, pero cuando termine, cuando la luz
hiera profundísimamente cada palabra impresa,
cuando lo que ha brotado negro sobre blanco
deje de ser mío, interior, y pase a ti, para ti,
entonces espérame, estáte atenta al móvil,
una alerta sonora emergerá de las entrañas
de ese aparatejo y te atraeré hacia mí, otra vez.
Te atraeré, sí, usando cual mercachifle vulgar
el poder de mi palabra: su belleza, su fuerza
descomunal, y esa ráfaga de viento surgida,
como huracán, te hará volar hacia mi ventana,
entrarás como Santa Claus en diciembre, sola,
desnuda, sin camellos ni regalos, solo rebozada
en tu salsa, a punto para ser engullida entera,
como una serpiente engulle a su presa,
sin cuchillo ni tenedor que elijan qué engullir,
sino entera, tus defectos y tus virtudes.
No sé vivir, no estoy sabiendo, y por eso
la muela del juicio grita bajo la encía,
en desacuerdo, no quiere salir al terreno
de juego, no quiere jugar, no le apetece...
No me apetece salir de este paréntesis
mudo latiendo en una frase sin sintaxis,
sin semántica, sin nada sincero que añadir
a lo que antes no se dijo, papel en blanco.
No aprendo sin ti, no sé si tengo que respirar
o dejar que mis ojos vayan bajando el telón
al ritmo de un marasmo cada vez más intenso,
no sé que hacer, si eso o vivir, despertar, ver,
vivir intensamente, entregarme al qué ocurrirá
tras cada minuto, al amor fati que como estoico
profeso a pies juntillas, como canción, himno.
No sé...

Pugno

No es velocidad,
es prisa.

Me gustaría.
Quisiera explicar,
quisiera primero alcanzar,
ver eso que queda detrás,
eso que no se ve,
que apenas se siente,
esa verdad que late
tras lo que se ve, que casi existe,
que imagino que está ahí,
o a lo mejor no está, que no veo...
Me gustaría describir eso,
ese zumo que yace dentro,
que sale si exprimo muy fuerte,
si expreso una esencia que no veo,
que aún guiñando el ojo no llego,
esa pureza que Juan Ramón sí vio,
amasó con sus dedos de demiurgo,
pero yo no, simple mortal, yo no...
no consigo, nunca consigo.
Me gustaría alcanzar, ver,
trasvasar el color, la superficie
hasta llegar a la sustancia, detrás,
alcanzar así su íntima anatomía,
su profundísimo andamiaje,
y una vez alcanzado, visto,
abrir el diccionario, buscar,
elegir las justas palabras.
Mi poesía adolece de ese vacío,

de no llegar, de casi tocar, apenas
levemente, aquello a que aspiro,
aquello que acaba escurriéndose
de entre mis dedos como un pez
hecho a ser libre, que no quiere
la definición de una palabra opresora,
dedos de Adán que no llegan a nacer,
orgasmo que apunta y no brota,
sol que se señala con el dedo índice.
Me gustaría, pero mis ojos
acabarían marchitándose al calor
asfixiante de esa verdad latente,
agujero negro del que ni ellos
ni mi cuerpo saldrían indemnes.
Impasible a lo imposible, no cejaré
de pugnar por alcanzarla, verla,
aún adoleciendo de la alquimia
necesaria, de la palabra justa,
de la mirada atenta, del alambique
preciso para que el plomo se haga oro,
de la piedra filosofal, de la ciencia...
Sí, me gustaría, seguiré y sigo, pugno.

Esa calima

En plena calima.
Me asomo a la soledad caliente
de una tarde y hace viento.
La calima es densa, cae a pegotones
al suelo hirviendo, se hacen unas tortas
sobre el hornillo de una acera, unos niños
se las llevan a la boca, hace hambre ya,
la merienda se les hace cara, casi sin familia,
sin dinero que llevarse al estómago,
sin saber si volverán a comer...
Me asomo porque me llama algo,
el aleteo rítmico de un toldo recogido,
unos flecos sinuosos tocan el borde
superior del balcón de arriba, aletean
según el viento va y viene, un viento
caliente, hirviendo, un viento denso
mezclado con una calima ardiendo,
un calor que cae como chapapote al suelo,
y unos niños hambrientos, sin nada,
sin alimento que les espere, comen ansiosos,
al fin cae algo en sus estómagos, hoy,
y el deleite se dibuja en sus labios,
son moscas sobre la mierda, se chupan
los dedos sucios, sedientos, enfermos.
Me asomo, me detengo solo en el aleteo
incesante del toldo, del flequillo marrón
y ocre, y desdeño el vívido espectáculo
que ocurre abajo, en el suelo ?no me apetece
bañarme de ninguna realidad que no sea la mía.
Ese aleteo me lleva a momentos gaditanos,

en la Tacita, en verano, unos amigos en el tren,
uno de ellos tras el olor de una chica, prima
de una amiga de Sevilla, cerca del estadio,
pisos blancos de temporada, sucios de fachada,
pisos que solo tienen alma en verano, toldos
marrones y ocres aleteando con el levante,
despidiendo un sonido a abejorros revoloteando
una torta de chapapote color mierda caliente,
una fotografía en blanco y negro, un recuerdo
que distorsiona el tiempo, que lo hace suyo.
El viento ha parado, el toldo descansa por fin
del incesante ajetreo al que lo somete un flequillo
hostil, rebelde, que lo desmiente de su muerte,
con años ya enrollado, sin verano, sin descorrer
su existencia desde hace julios, sucio, deshilachado,
que se niega a morir con este baile de San Vito.
Todo es silencio de repente, cierro la ventana,
el toldo vuelve a descansar, el flequillo se calla.
Todo vuelve a parar. La calima sigue, el hambre...

Esa sal...

Había tanto amor sobre las aguas
que no podíamos hundirnos.
Había tanta calma que el tiempo
no se atrevía a contar ningún segundo.
?Ana Blandiana.

Ibas yendo sobre mis brazos,
en el Mar Muerto, esos días
de verano, un calor sofocante,
un amor quemando los termómetros,
una ilusión de algo, no sé de qué.
Te llevaba en volandas, la sal
tan abundante que los brazos
se hacían innecesarios, me decías
que volabas, era la sensación,
el agua, parecía, daba paso al aire,
la sal tan espesa, el yodo tiñendo
el bañador de un azuloso marrón
que a ver cómo se lavaba.
Sobre las aguas, te mecía lenta,
una quietud expectante, nunca
ningún mar tan vivo, ibas a la deriva,
te acercabas a un horizonte
sin cielo, reías niña,
como si los siete años volvieran
a tus holluelos de mujer madura.
Me gustaba ser barco y verte plena,
el amor se espesaba hasta la sal,
confundiéndose con las aguas
hasta invadir su química.
Me gustaba ser barco, sí, y llevarte

a una deriva programada, reírte tanto...
El amor se evaporaba al aire
desde la densidad contestataria
de unas aguas, y el yodo era azuloso.
Llevamos una hora que eran segundos
?no sabía que el tiempo tuviera vacaciones?,
te balanceo para que con las olas
la sensación sea más real, vuelas bien.
Me atrevo a arrojarte al fondo
y compruebo que estas aguas carecen
de profundidad: tu cuerpo vuelve ipso
facto a la emergencia de la superficie.
El mar Muerto testigo,
sus aguas chocolateando las orillas,
y la fé de un hombre salvador
que cerca de allí predicó su quimera.
Hago olas con tu cuerpo
sobre la superficie cálida
del agua, te balanceo,
hago de ti un pendulo y te lanzo,
te arrojo lejos,
te recojo para volverte a arrojar
a un precipicio sin abismo, sin caída.
Te quiero no sé hasta qué punto,
aún dudo, dudo si debo quererte,
si merece la pena más, si las arrugas
de garbanzo en las yemas de los dedos
tienen sentido, si tanta sal quemando
esta piel tiene una recompensa.
Me gusta serte barco con mis brazos,
pasearte sobre la piel de este agua
como a una niña sin padre,
que te rías como se ríen las amapolas
en primavera, rodeada de un trigo
recién nacido de un secarral, erecto
al viento a la espera de un agua de mayo.

Quiero conservar tu risa de ahora,
esa que te sale ahora a borbotones,
esa que no sabe si tendrá saliva
suficiente para no pararse en seco,
esa que no está segura de reeditarse.
Te dejo sola, a merced de la sal
que abarrota el agua ?vas sola,
deslizándote hacia la próxima deriva.
No sé si todavía te quiero
o solo me apetece ser barco.
No lo sé todavía, y mañana...
No quiero que te acostumbres
a este desliz salinoso, no sé
si la sal durará para siempre, no sé.
Tómate esta sal, la que recibes ahora,
y mañana, si quedara, beberás
como bebe un mar sin luna, un mar
que no recibe río, que no puede llorar,
pues se hace sal el agua dulce que llora.
Vamos a salir ya, que tus ojos
son ya dos pavesas encendidas
?la sal no es buena para la vista...

Esa manta

El subconsciente
está repleto
de algas...

La vida es una manta.
A veces de lino, otras de esparto.
Si te cubres el pecho
dejas la punta de los pies
desnuda, sin amparo.
Si tiras hacia la cabeza,
las vísceras, tiernas,
precisadas de calor,
tiritan de necesidad
apenas pasan unos minutos.
La voluntad está en mis manos,
manos surcadas por el destino,
con un rayamen arcano
que se desparrama sobre la palma,
y que son ellas las que deciden
sobre el tapamen de la manta.
Si tapo del frío a la Libertad
dejo a la intemperie el Afecto,
si el Afecto, me convierto
en un pájaro mañanero
listado de barrotes de alambre.
Si tapo el Tiempo disponible,
mirar a la ventana sin mirar
el reloj, el Afecto se me resiente.
No sé que hacer, qué taparme
con esta escasa manta de la que dispongo.
A una hora determinada del día

me apetece dar calor a la Libertad,
al Tiempo, al reconcentrarme en mí
como si fuera un gurruño de papel
de esos que se tiran después de escribir
varias líneas que no te convencen...
A otra hora, de noche, cuando los párpados
van cayendo, me sale acostarme y tapar,
con ansia, con ahínco, el Afecto, el Abrazo
de un cuerpo que sea hogar, leña que arda
en dirección al alma, que calidifique el vacío
que me puebla, que den a las vísceras carne
y temperatura suficientes para no desfallecer.
Sí, la vida es una manta.
Demasiado corta; tanto, que de tanto lavarla
se me va encogiendo y voy muriendo de frío.
¿Sabes si hay tienda existente donde comprar
una manta más larga, más cálida, más..?

Quién es él

Sobria ebrietas.

Estaba estresada.
El sueño no le venía,
era hora de acostarse,
mañana madrugar, trabajo,
en su mente solo él,
debía negarlo, su marido cerca,
debía pensar con claridad,
el quehacer diario intenso,
la mente cansada, sin tiempo,
sin la calma precisa, algo de vino
le iría bien, lo bebió y pensó,
y Morfeo fue acudiendo poco
a poco a sus ganas de dormirse,
no dejaba de pensar, él siempre
presente en su mente, a la hora
del trabajo, de la comida, cuando
los niños al colegio, cuando su marido
le insta al acto, sin ganas, abducida
por él, por su manera de hablar,
por sus palabras, cogió el mòvil
a oscuras, el marido mirando a otro lado,
lo busca en sus palabras, lo lee y lo piensa,
le recuerda la cara y ríe discreta, no sea
que el marido, ausente, se cosque, lee
algo de una colina artificial que fue
creciendo en Roma con los restos
de las ánforas béticas de aceite, piensa
que con su marido, que vuelve la espalda,
no tiene la chance para hablar de esto

y de otras cosas, es una vida mecano
la que lleva, niños y marido, todo el día fuera,
y él ha venido para algo, supone.
El vino de Rioja parece que hace su efecto,
ve más claro lo que antes era bruma, Morfeo
va haciéndose dueño y señor del aire
que le rodea y él, omnipresente, se duerme
al mismo tiempo ?balbucea un buenas noches.
Sigue estresada, ahora, ayer, mañana,
pero ya dormida, olvidada de esta apisonadora
que es la vida que lleva, tirar de un carro sin ruedas,
que los niños no echen en falta nada y sean
la comidilla del colegio, que no le digan de mayores
que no se esforzó por labrarles un futuro, silencio,
el marido ya duerme, ella duerme, él duerme,
los niños duermen, las ambiciones duermen,
el sentimiento de culpa duerme, la obligación
de mantener unida a la familia duerme...
Ayer fue su santo y no tuvo tiempo, mucha faena
dentro y fuera, ni un café con leche con churritos,
ni un pastelito especial que los niños inventaran
para ella, ni un te quiero mamá en una carta...
Para qué, piensa ella, y él rondando su mente
como una mosca que va y viene, para qué...
Antes de volver a dormir se echa un rioja,
sorbe muy lento, masticando para que penetre
fuerte en las papilas gustativas el tanino, el ácido
que va disuelto y que pica la punta de la lengua
como a ella le gusta, siente placer al fin, piensa
en él, en cómo sería con él una vida, y los niños qué...
No puede romper la familia, se prometió a sí misma
que los niños disfrutarán bajo el mismo techo
de su madre y su padre juntos, cueste lo que cueste,
que no pasarán por lo que ella pasó..., no.
Deja de repente la copa en la mesa, se acuerda
de algo urgente para mañana, se rompe la magia,

su intento de evasión muere otra vez.

Hoy no estoy poético

Un obstáculo
es un peldaño.
?Marco Aurelio.

Pasan cosas.
Vivir es que te pasen cosas, siempre.
Que te pasen cosas está bien, a veces son buenas, otras malas; las malas las sufres,
las buenas compensan los sinsabores de las malas?así funciona la vida.
Cuando te pasan malas piensas que qué bien si estuviera muerto para no sufrir,
y cuando te pasan buenas te alegras de que la vida no te hiciera caso entonces.
Pides a la vida sin decir nada en ocasiones, solo con tus actos, que te conceda
una clase de vida determinada, con unas características concretas, basada en un ideario
concreto, y te hace caso, pero no piensas en que al dártelo va a pasar cada mes
por tu casa cual si fuera un cobrador del frac para que liquides tus facturas.
Cuando la vida te hace caso, te da la vida que le pides día a día con tu manera de vivir,
le haces una fiesta, le das las gracias por portarse tan bien contigo, y te alegras de vivir,
pero cuando se pasa por tu casa, llama a la puerta a horas intempestivas, te enseña
un papel en blanco con números en negro, y te exige el pago, la cierras de repente
en su cara sin contemplaciones, con cajas destempladas, maldiciendo a su madre,
a su casta, cuando viene solo a hacer justicia, a saldar una cuenta que libre abriste,
pensando que todo el monte era orégano y que la vida se vive como si fuera Jauja.
La vida se queda detrás de la puerta y vuelve a llamar, coge el aldabón con fuerza y golpea
la madera con más energía todavía que antes, no acepta un no por respuesta, vuelves
a abrir y bajas la cabeza con la mano abierta para que sobre ella deposite la factura.
En ese momento, justo, ingresas en el desengaño, esa sensación que consiste en que
la vida va en serio ?como dijo Gil de Biedma en su más célebre poema? y que tienes,
cuando en tu tráfago diario haya un hueco, que sentarte en la próxima piedra al borde
del camino y hacer balance, equilibrar los debes y los haberes de tu contabilidad.
Es en este momento cuando se alcanza la madurez, cuando te coscas de qué va esto,
cuando te caes de tu caballo como se cayó San Pablo, y empiezas a valorar lo que tienes.
A veces el bienestar ?no puedo utlizar la palabra felicidad porque se está reparando?

reside en esperar, en pensar que ese vacío que dices que tienes se llenará tarde o temprano
por estadística, porque de tanto ir el cántaro a la fuente alguna vez se llena, y si se llena,
aunque sea para dos vasos, produce una alegría ?evito la susodicha palabra? que justifica
por olvido cualquier sinsabor, negativa o frustración anterior ?lo mismo la esperanza
se queda en eso, pero cuando eso ocurra no serás consciente porque estarás ya muerto.
Si tu meta es el amor es que has elegido el camino correcto, no hay mayor empresa
ni más satisfactoria, creo.
Si no conviertes tus obstáculos en peldaños la vida se hace demasiado cuesta arriba...

Soy una niña

La ley es tela de araña:
atrapa a la mosca,
y al buey no molesta
a su paso.
?Anacarsis el escita.

Soy una niña.
Una niña de cuatro años,
escondida, mi madre grita
mi nombre, me llama,
no hago caso, estoy enfadada.
Soy una niña, es mi cumpleaños.
Mis amigos ya se fueron,
el silencio es velo y quietud,
mi madre me sigue llamando
y yo sigo debajo de la cama.
Me dañan unos alambres del somier,
unos hierrecitos sueltos, escarpias
que me van arañando el cuero cabelludo.
Uno de ellos está surcando una raya
en el cráneo ?y yo aquí, callada.
Truena en las paredes la voz
de mi madre, desesperada,
no puede levantarse, pide agua,
la silla de ruedas en la que vegeta
se niega a rodar ?igual que yo,
se rebela a su imperio?,
la palanca de freno no atiende
las órdenes ?como yo.
Soy una niña rebelde, hoy cumplo
cuatro años y mi madre grita.

La raya del cráneo se va acercando
a las meninges ? sigo aquí?,
y mi madre grita tanto que la vecina,
alarmada, llama a la puerta.
Fuerzala, dice, estoy impedida, atada,
no responden las malditas ruedas, dice,
o son mis manos, aclara ?no está segura.
Pasa una tarjeta de crédito, dice,
que la cerradura no está cerrada, aclara,
y mejor si tiene un buen saldo, apostilla.
La vecina no atina con las manos, la tarjeta
se rompe de impotencia, vienen los bomberos,
y yo, sigo aquí ?no me atrevo a salir no sea
que la raya me llegue a las entrañas.
Hoy cumplo cuatro años, soy una niña, sí,
y no sé si llegaré a mujer, estoy enfadada,
me estoy matando y todo por que mis amigos
se han ido y me han dejado en silencio, y ella,
la que se muere de sed vegetal, los echó
de casa porque molestaban ?la muy...
Ahora, en este momento, me viene
la imagen de cuando la piscina, ayer,
con los amigos, jugando, y me evado
de esta muerte que lenta me mata.
Me imagino unos juguetes llorando
la ausencia de mis manos, de su roce.
Mi vida peligra, me obstino en callar.
Soy un minuto que segundo a segundo
se desflora, y que espera su hora.
Tengo cuatro años. No sé si llegaré a cinco....

Otra

Esta noche te pido
agua para mis ojos,
sombra para mis gritos.
?125 años de la muerte de Federico.

LLegó tarde,
esta madrugada
llegó tarde,
yo dormida, profunda,
flor que espera lluvia
que no llega, ansia, tierna,
deseo de su olor entrando
en mis habitaciones vacías.
Era tarde, dormía la luna,
abrió la puerta con un sigilo
que llegó a mis orejas.
Le dije que qué, y él me dijo
que qué de qué, y me volví
de mi lado con los ojos húmedos.
Se tendió en su lado cansado,
sin ganas, me dio un beso casto
en la espalda, nada más.
El deseo hasta entonces acumulado
se me hacía leche rodando piel
abajo, sin recipiente que se dignara
recogerla y darle un sorbo.
Me volví hacia él con sed de labios
y él, ya bebido, me miró roto,
con una respuesta queda, silente,
que hablaba de otra, sus curvas
dibujándose de ceja a ceja y yo,

invierno de repente, tibia escarcha...
La misma cama, un inmenso abismo
mediaba el colchón y yo, caída,
derrotada de antemano, me volví,
lo busqué, acerqué el sexo a su espalda,
lo acaricié y gocé, él se dejaba hacer,
lo prendí de lo más íntimo y viril,
lo encabrité bajo las sábanas, gocé,
le iba ganando terreno, se dejaba...
Me miró de repente, una pregunta
se desprendía de sus ojos, me besaba
lentamente, me derramé incolora,
me cubrió la película de mi piel
con caricias, subí al séptimo cielo...
Se derramó, le abracé, me abrazó.
Creo que no hay otra...
Pero, ¡¿por qué llegó tan tarde?!

Quedó pendiente...

Digo lo que siento,
siento lo que digo.
Mis palabras
concuerdan
con mi vida.
?parafraseando a Séneca.

Algo quedó pendiente.
Algo debió de llevarte allí,
la vida mueve sus hilos.
En la penumbra no te reconocí,
habían casi cinco años
de por medio, mucho tiempo
para que cualquier malentendido,
cualquier disonancia no se disipara.
Estaba escrito.
Alguien allá arriba estipuló
que lo que queda pendiente
debe resolverse en vida, y que la vida,
la sabia, la poderosa, ya trenzaría
con su madeja infinita la ocasión.
El tiempo allanó el terreno,
removió todos los obstáculos
para que pasara lo que tenía que pasar.
En la intimidad metálica de su coche,
herméticamente cerrado al mundo,
prendió la chispa que tenía que prender.
Aquí estamos, delante de la puerta
del Jamón, encontrándonos tras el percance,
tras que los astros y la vida pergeñaran

los labios y el afecto pendientes.
¿Dónde guarda la vida los sentimientos
que nacen y no llegan a morir del todo?
Creo ?si me equivoco me corriges?
que allá en lo alto del todo debe de haber
un escriba, de esos de pluma y tintero,
que relata de antemano el guión de la vida,
y que la vida, obediente, se obstina
en reproducir cual si fuera una película.
Llámame loco, pero cada vez estoy
más convencido. Y tú Rocío ¿qué piensas?

De repente

El sol no quiere salir,
acaricia un trozo de
viento.

Relámpago.
De repente un relámpago,
la mañana tiembla de miedo,
los pájaros llaman con sus trinos
a los pájaros y salen en desbandada.
Las nubes huyen de repente,
la lluvia no se atreve a llorar
y el sol sigue brillando a pesar
de los pesares.
Salgo a la ventana a ver qué sucede.
Veo, al trasluz del mal tiempo,
una cortina de agua hacia el oeste,
y sonrío ?pienso que hace falta?,
y giro la vista hacia el interior
de una habitación penumbrosa
?me pone triste la falta de sol.
De repente, cual brotó ese relámpago,
se produce un milagro de colores.
Un arco enorme, abarcando la estampa
que podía ver desde mi posición,
hace acto de presencia llenando el gris
reinante de una paleta que va desde
el azul malva hasta el rojo intenso.
Celebro, de repente, con la expresión
de mis ojos la buena nueva, y giro la vista
y el cuerpo hacia un interior ya diferente,
con más vida, como si una mano incierta,

bendita y angelical posara su optimismo
sobre alfombras y muebles, sobre la faz
de una cama deshecha, sobre su foto,
sobre mis ganas de volver a verle.
Todo va volviendo a donde estaba.

Callado

Proust decidió encerrarse en su estudio parisino, hacia mil novecientos catorce, para terminar su magna obra, que ya iniciara hacía unos siete años. Para asegurarse el silencio hizo recubrir sus paredes de corcho, y pagó a los operarios para que, una vez terminaran el entapizado, no prosiguiesen con la obra en las estancias del piso de arriba.

?sobre la necesidad de silencio.

Callado.
Me gusta estar callado,
oír ese trino que entra,
el viento rozando las hojas,
la lluvia, cuando llueve,
mojando la luz de los neones,
abriendo la prisa de los paragüas,
bañando la sed de las acacias.
Callado.
Me gusta abandonarme a los relojes,
oìr como se rompe el tiempo
que segundo a segundo se pierde,
y que, como por arte de magia,
se rehace hasta convertirse en arena.
Callado.
Me gusta guardar silencio,
que hable la vida que me rodea,
que se obre el milagro de lo que nace
porque algo antes acabó muriendo,
y que la última palabra nunca sea la mía
porque mi acento no importa, soy nada.
Callado.
Me gusta oír el fragor de la sangre
contra las arterias, que la sístole
sea solo una diástole prolongada,
y que el sudor que la emoción llama

sea una sucesión de gotas de Rocío
que, cayendo espalda abajo, rueden
antes de desembocar en la nada.
Callado.
Me gusta que mi palabra pierda
su ortografía y se disuelva en el aire,
que de tanto pronunciarse olvide
su aroma y caiga marchita de su rama,
y que salga del diccionario en busca
de otra semántica, de otro sentido.
Callado.
Me gusta imaginar que te beso,
que lento mi boca y tu boca
se hacen una sola, con dos orificios,
con cuatro labios de donde mana
la saliva más embriagadora
que jamás se pueda pensar,
y que las feromonas, que dentro
duermen, salten al aire tocando
un suceder de violines y flautas.
Callado.
Que tu voz y la mía sean un unísono
de amor y aroma, de ternura en salsa.
Sí, que seamos silencio, maná escaso,
invisible campana neumática bajo
la vorágine y el denso tráfico.
Callado.
Callado como Proust bajo el ruido
insaciable de un París naciendo
al nuevo siglo, y los carromatos
dejando espacio a los coches,
el ajetreo imponiéndose a la molicie
muda y sorda de cuando la máquina
era solo una entelequia, un proyecto.
Aquí, ahora, entre tinteros e intenciones,
voy navegando por entre mis pensamientos,

crepitando bajo una vivencia tan plena,
tan profunda, que casi me paraliza los dedos,
casi me deja las yemas incapaces de pulsar,
una tras otra, la sucesión de letras blancas
sobre fondo negro que se despliega delante.
Callado, Rociando mi sentir en este espacio.

Tuve sueño

Si te dan papel rayado,
escribe de través; si atravesado,
del derecho.
?Juan Ramón, simplemente.

Tuve sueño.
A las dos mi cuerpo empezó a ser
un fardo sin sentido, a merced
de quien quisiera entrar en mi cuarto.
A las ocho ?sin que un sonido estridente,
a excepción del oleaje acostumbrado
que entra por la ventana, me despertara?,
los ojos dieron una primera cuenta
de que la luz ya salió al aire ambiente,
demasiado pronto para lo que convenía
a mi descanso y posterior rendimiento laboral.
A las ocho ?contra pronóstico?, un impulso,
una especie de muelle que saltara del colchón
y a modo de palanca erigiera mi tronco, me alcé
hacia el mundo y sus quehaceres, hacia el aliciente
que el no saber extiende como un telón de teatro.
A las ocho ?antes de que Mercadona abriese
su estómago alimenticio al común mortal? tuve
que ganar tiempo para que el tiempo ganado
no lo perdiese delante de unas puertas cerradas,
a cal y canto, y tuviera que lamentar la insensata prisa.
A las ocho ?lleno de una energía inusitada? me abrí
a la suciedad ambiente para devorarla, introducirla
a la fuerza en cubos de basura y bayetas contra la polvareda,

amaestrarla como si sus ácaros fuesen leones de circo
que retaran a muerte a su adiestrador; una especie
de loca odisea contra toda inmundicia ambiente.
A las ocho ?¡que no se repita más este percance!?,
tuve que ponerme a hacer cosas en vez de seguir durmiendo,
y eso ?créanme de veras? no se lo perdonaré de por vida
a mi madre Naturaleza ?y sobre todo no le perdonaré,
por su inmensa ironía en ello, que me revistiera cual malvada
bruja de tantas ganas de trabajar. No, eso no se lo perdono...
A las ocho, todo eso ?como si el Ulises de Joyce me poseyera?,
me pasó durante unas horas, por la mañana, por esta mañana...
Solo de dos a ocho, como si la muerte que entraña el sueño
fuese una jornada laboral, y dejara así de ser muerte, sueño.
No, no te perdono madre Naturaleza aunque tengo que acatarte.
No soy nada ni nadie frente al torrente de tu fuerza, nada, nadie...

Tres microcuentos

¿Qué le ocurre
a un libro cuando
está cerrado?
?Michael Ende.

Mirando la pared.
Se quedó mirando la pared, no entendía, cómo podía ser.
Ayer, yendo por la calle, a la altura del semáforo verde
que de noche se le refleja en la pared, sintió una embestida,
como si viendo una función de teatro, de repente, se arriara
el telón, un telón rojo de sangre.
Estaba en la cama, sin saber qué pasos le condujeron allí,
sin dinero en la cartera, con todos los documentos...

La besé.
Ella, morena azabache, se me aparecía de costumbre
por la mañana, antes justo de que el sol se dignase
brindar su luz a todo el orbe, justo antes.
No sabía ?ni sé todavía? su paradero, su procedencia,
si efectivamente era real o meramente una representación
andalusí de mis deseos más profundos, no sé, ni sabré...
La besé sintiendo que su lengua me bañaba de placer
todo el contorno palatal de mi boca, fue de una sensación
no antes sentida ni vivida y quise, desde ese momento,
que esa visita fuese un continuo, un ritual protocolario,
un para siempre...
Nunca le pregunté su nombre, ni ella a mí tampoco,
nunca se encarnó, solo era vapor de agua, ilusión.
¿Quién sería?

¡Siguiente!
Son ya las once de la mañana, acababa de desayunar.
Vicente era y sigue siendo funcionario, agencia número
cuatro de la administración tributaria de un pais cualquiera.
Estaba en ese instante en plena vorágine. Corría mayo
y la largura de las colas hacía interminable la jornada y agua
de mayo cualquier descanso por nimio que fuera.
Cuando, en una de estas, se atrevió a levantar, casi leve,
la mirada del sinfín de papeles contra la mesa la vio.
Rubia, con la misma sonrisa que cuando el bocadillo
del recreo, era igual, los años no han sido años sobre su aspecto,
sobre su encanto natural, su frescura, era increible.
Esa contemplación sorpresiva, repentina, le dió una especie
de impulso ?ganó en intensidad y eficacia desempeñando
su trabajo?, pero cuando llegó ella vio a otra, desconocida...

Uno de cada

Abre la ventana,
quiero ver el mar.
?últimas palabras de Rosalía de Castro.

Ayer descendí.
No fue un descenso vertiginoso, no,
solo fue un mirar por una ventana trasera,
un mirar a la estela que voy dejando,
un ver cuánta espuma arrastra, cuánto dulzor
se lleva para dejarme agrio, cuánta posibilidad
no me queda tras el adiós que entraña, cuánta...
Ayer, sí, ayer fue...
Cuando me despierto, desprendido, aliviado
de toda la pesadez de la sangre sobre mis pulmones,
no puedo más que respirar el aire, todo el aire,
el contingente entero que llena mi habitación,
y esperar; esperar a que el sol salga.
Hoy también ha sido, y sigue siendo...
Veo reflejado al trasluz esa estela, ese flujo
supersónico que si fuera un avión de las alturas,
esos que apenas se alcanzan a ver y que vuelan
a unas velocidades impensables, expele y que,
simplemente, consiste en el vapor de agua
que el contraste temperatúrico genera.
Sigo siendo, una estela.
Me siento cometa cavilando sobre la filosofía
que circunscribe esta reflexión, una cabeza
con cola abundante, larga, espesa, es decir,
un espermatozoide ?lo que empecé siendo...
Es en ese momento en el que estoy, ahora,
que escribo estas líneas; aterrizando en el origen,

hacia el seno paternal donde parte de mi misterio
se forjó ?porque la otra parte, la tierra madre,
aguardaba la llegada del mensaje, del mensajero,
la otra cara de la moneda cuya efigie soy yo,
con mis luces y mis sombras, con todo lo que me es,
me define...
Sí, delante de esta pantalla-espejo, donde el reflejo
se va haciendo insoportable, insondable, insoslayable.
Pienso ahora que tengo unos niños, un amor en ciernes
que ha nacido fuerte y crece como criándose feliz
en un entorno agreste y con agua fresca, ilusionado
de un amor puro, imperecedero, aunque es pronto
para aventurar nada, pero lo siento, y cuando siento
siento cátedra ?mi intuición es proverbial en quien
me conoce, en estos contornos...
Lo sé, y ayer descendí. No se olviden...

Una coincidencia.
Una luz entró al mismo tiempo que recibía una llamada.
Lucía estaba in albis, apenas los ojos abiertos tras esfuerzos
y esfuerzos detrás de la barra de un bar. Ella es mona,
siempre con una sonrisa para quien levantara una mano
en busca de una copa; pero no sabía que...
Cuando llegó a casa vio una cama deshecha, con las sábanas
calientes todavía, y el amor huyendo de extranjis...
No tenía fuerzas para pensar, tenía mucho sueño.

Era de esperar

Estamos hecho
de tiempo,
no de mar.
?Guadalupe Grande.

Era de esperar.
Era de esperar que el tiempo
?ese punzante venablo?
hiriera el sentido de las cosas.
El reloj ?ese inquebrantable?
existe nada más para quien
lo lleva en la muñeca, y comprime
desde dentro el denso deambular
de la sangre, arriba y abajo, sístole
y diástole, arterias, venas, capilares
y toda su tropa bombeando vida
para que la vida no anhele la falta,
la ausencia vaciante de su líquido.
Cuando miro el álbum de fotos,
cuando miro el ayer con ojos de hoy,
llego a la conclusión de que el ayer
es simplemente una parada anterior,
una marquesina con asientos rojos
que dan cobijo a algún que otro pasajero
para llevarlo al momento presente,
y sin este, aquel no tiene sentido...
Miro las fotos, era de esperar, miro
cómo la vida va huyendo de la carne,
cómo el tiempo es el más destructor
de cuantos agentes erosionantes
pueblan el universo ?y me callo

en silencio?, y tiemblo al pensar
que todo se desliza según una causa
y un efecto, que sin este ni aquella
todo el suceder de la vida no tiene sentido...
Era de esperar que fueran estos
y no otros los pensamientos que volaran
al ver el álbum de fotos. Es el pasado
que llama a aldabonazos a la puerta
del momento en el que, precisamente,
estoy mirando aquel, sintiendo, viajando
en el tiempo cuando el tiempo nunca,
pero nunca, ha gozado de estaciones.
Cierro el álbum porque los dedos
que lo tocan están empezando a quemarse.
Busco árnica, un jarabe, un alivio momentáneo.
Lo supe, era de esperar que sucediera.
Levanto la vista hacia la nada,
descanso la presbicia, bebo agua,
pongo música para amansar la tristeza
que llevo dentro, y respiro... hondo.
El tiempo sigue pasando sin mi permiso.
Miro al cielo por si algún dios se digna
rescatarme, bañarme en ese queso Filadelfia
que las nubes guardan en sus estantes.
Miro y busco un consuelo, una filosofía
que me ofrezca la manera de sortear
los cadáveres que voy dejando en el camino...

Sí, efectivamente

Es un sueño
pendiente
de ser soñado.
?Walter Benjamin.

Anoche tuve un sueño.
Dos niños recién nacidos
traían volando sobre sus manos
una cigüeña adulta, crotorando
unas palabras que no entendí.
Después, sobre el escai del sofá,
inventaron de unos ramajes
un nido grande, confortable,
roto a la manera de un colage
sin aglutinante, y allí depositaron,
con el cuidado que se espera
de las manos de un niño, el cuerpo
sólido, emplumado de negro y blanco,
de un ave que me pareció deshauciada,
como si la hubieran extraído del cielo
contra su voluntad, como si los niños,
que antes llevaba majestuosa a los hogares,
comprendiesen que ya le faltan las fuerzas,
como si ya fuera el día en que debía cobrarse
su anhelado descanso laboral y se mereciera,
a modo de homenaje, que fueran ellos los
que la llevaran por los aires a un hogar digno,
donde viviera un retiro ganado a pulso.
Anoche también soñé.
Después, cuando la cigüeña voló a las afueras
de mi inconsciente, llegó un cartero:
Miré por la mirilla al acercarme a la puerta.

Como es costumbre en los carteros llamó dos veces,
acudí con la expectación de una buena nueva
y me sorprendió una estampa inesperada:
Era una carta vestida al uso de un cartero
quien requería mi atención, abrí la puerta
sin dar crédito a mis ojos y extendí la mano.
La carta, muy amable por cierto, me dio en mano
a un pequeño cartero que pataleaba, repeliendo
la rebeldía de la carta al usurparle el puesto,
y diciendo a cual improperio peor.
Lo recibí y lo puse en remojo, a ver si así
encontraba el sosiego y la aceptación que debía.
Después me desperté, justo cuando el cartero
recibió sus aguas, y me levanté buscando...
No encontré, fuera cual fuese el rincón
de mi casa, rastro alguno ni de cigüeña
ni de cartero.
Entendí que efectivamente todo fue un sueño.

No fui a la zaga...

Quiero escribir,
pero me sale espuma.
?César Vallejo.

Me desperté y no estabas.
Supuse baño, y cuando volviste,
revestida en un satén egipcio,
te depositaste en mi cama sedienta,
echándote al colchón como una boa
que aspirara a constreñirme la boca,
y después, hacia abajo, el resto
de mi lujuria desatada, abriendo
las fauces como si de compuertas
de buque se tratara, y comerme;
disolverme cual si fueras, en vez de Rocío,
una sustancia acidulante, incolora
e insípida, que no pudiera advertir
su presencia para no levantar mis armas
en contra, para que tu ataque, por sorpresa,
fuera irreprimible y me devoraras;
me sorbieras como una mantis religiosa
que hubiera depositado sus hábitos
en mitad de una sacristía y quisiera vengarse
de tanto dios incomprensivo, desatento
con sus más intimas apetencias, y me comiera
como si fuera la única fruta prohibida
que quedara en las estanterías del supermercado
de la esquina.
Te abalanzaste.
Te me echaste encima de la piel y me secaste
una sudoración que ya olía de tanto deseo

insatisfecho, sorbiste cada una de las esquinas
que definen mi vacío, cada callejón sin salida,
sin alma, sin calor, y bañaste de dulce almíbar
un bizcocho seco, sin vino, sin sal ni ajonjolí
que dieran algo de gusto, antes.
Reptabas como una boa gorda, pesada, atigrada
en el dibujo sobre tu piel, apretando cada uno
de mis límites cada vez más, más estrechos, aire
huyendo de mis pulmones hasta los tuyos, fauces,
las tuyas, llenas de líbido y semen, de pulpa roja
de una sangre que va huyendo de tus venas,
de tu olor a pan de tahona recién horneado
que se deja oler en todo el barrio, y es delicia
para un paladar ausente como el mío, sin tu flujo...
Venías del baño, o de la cocina, no me acuerdo.
De lo que sí me acuerdo es de que me comiste
como se come un bocadillo de madrugada,
después de una larga sesión de copas y disco,
de risas y saltos que abarrotan de ganas el apetito.
Así me comiste, y yo; no fui a la zaga...

Manos

Sus manos eran
dos manzanas cortadas.
?Carmen Martín Gaite.

Manos.
Manos que tiemblan
y desean, y rezan, y tuercen
el pescuezo a la mentira
y mueren, en el intento.
Manos.
Manos que hacen y deshacen
sin solución de continuidad,
que reprimen y oprimen y gimen,
que lloran de impaciencia, y rezan
en calles sin salida.
Manos.
Manos que acunan a un niño
recién bañado, que acarician
una piel ya maltrecha, que acecha
y recoge el fruto que se pierde.
Manos, no sin sus dedos, manos,
que no se bastan, manos, sí,
que destiñen si el sol no da fuerte,
manos que engañan, si no se las mira
de frente, y esas manos, las manos
de un dios que se esconde tras una nube,
que prometen sin promesa, que venden.
Manos, manos lacias de cansancio.
Manos, manos fuertes ante el desaliento,
manos, manos, manos y manos,
que de aburrimiento acaban al fondo

de un bolsillo, sin saber qué decir,
sin saber qué hacer ante tanto silencio.
Manos, y solo manos, hasta sin dedos,
muñones que de frío tiritan de invierno,
manos, manos agrietadas por el paso
firme y constante de los relojes, manos...
Manos, manos y manos, sin guantes.
Manos valientes, que no temen la intemperie,
manos, cuyo hielo no importa si no traspasa
la epidermis de la honra, manos, dedos, piel,
carne, venas..., consecuencia que se diluye,
que dejan una estela al pasar, mar, abrojos.
Manos, ojos, garras, fracaso negro en las uñas,
desgarro y desuello, desatino y desaliento,
destino, infierno disuelto en un vaso de agua,
lluvia ácida que abona el campo, tango, maleza,
destreza, hacedera habilidad que trenza
la quiromancia de un futuro que no se espera...
Eso era, Manos, lo que quería que supieras...

Vuelvo a ti

Eres una centella
en el anchísimo pecho
de la noche, yendo
de una a otra oscuridad.
?Antonio Gala.

Mi padre me dijo un día
que la noche es una cueva,
un pasadizo por donde surgen,
de repente, de improviso,
alimañas hambrientas de cariño.
El mercado es un concierto
de símbolos, un gran pulpo
con tentáculos invisibles
que se prende de los ojos
y se alimentan de la inconsciencia
del que pasea por sus aledaños.
Cuando tengo frío me acuerdo
de ese día, en plena noche, tres y media
o algo así de la mañana, y ningún tren
despierto ?todo era desolación.
El alma es un cajón de sastre.
Todo aquello que no sabes dónde colocar,
cualquier cabo suelto, entre una milicia
de cachibaches, tiene allí su morada,
en ese cajón que nadie estima
pero al que todo el mundo acude
alguna vez en la vida, un desastre...
Las manzanas me gustan, pero rojas.
Las manzanas amarillas no llegan
a ser manzanas, se quedan en el intento.

El otro día me llamaste.
Una girnalda roja se cruzaba a través
del frío maderamen de la estantería.
Eras tú, tu voz, tu terciopelo deslizando
el débil equilibrio de la noche, eras tú,
tu cansancio a punto de hallar refugio,
tus dudas conduciéndose a través
de las ondas hasta la sequedad de mi oído.
Nunca me han gustado los billetes
de cien euros ?no pesan, se extravían
entre los recovecos del bolsillo derecho
de cualquier pantalón vaquero?, no valen
lo que pesan, y eso me hace mirarlos de reojo,
como si su estampado fuese una ilusión,
una impostación como la de las voces
de los actores de doblaje, una pluma al viento.
Vuelvo a ti, porque me pierdo.
Sé que será un día precioso, flamante
con tu falda negra, elegante, como tú eres,
con tu magia poblando el aire, llenándolo
de tus ganas de vivir, de tu rebeldía, de tu...
Me gusta mirar por la ventana ?será
que me gusta ver a lo lejos, supongo,
será por la presbicia, será porque imagino...
Sigo pensando en ti, para no perderme.

Siendo mar

Soy más grande que el mar
porque si me ahogo sé
que me estoy ahogando,
pero el mar no sabe
que me mata.
?Antonio Gala.

El mar es inmenso,
sus playas oquedades
en la roca, su arena...
El mar es madre,
recibe la lluvia
como si fuese un manto,
decide encabritarse
si el viento le contradice,
engulle a todo aquel
que su piel no sabe cortar.
El mar es hiedra,
el sol su primer invitado,
el que se vale de la sal ácida
de su sonrisa, y hace rimas.
El mar es el centro de una frase,
y azul su adjetivo predilecto.
El mar es retiro, es viaje
al nacimiento, un arquitecto
que construye un oleaje
que acaba muriéndose en la orilla.
El mar es verano, y también invierno,
es primavera a veces si el viento
sopla del oeste y trae alimento,
es aliento para el que de sed muere.
El mar es bitácora y rumbo,

es barco a la deriva, es naufragio
en el fondo de uno mismo, es abismo,
es misterio, criterio, brújula y sentido.
El mar es palacio, ermita,
es soledad para el que la busca,
es camino para el que navega
y estela, y carta de despedida.
Es todo y es nada al mismo tiempo
porque el agua, incolora, inodora,
insípida, se desliza por la palma
que se atreve a cogerla y estudiar
con detenimiento su sustancia.
El mar es mío si lo poseo, es alma.
El mar no es tan inmenso, si te fijas...

De noche

Carpe noctem.
?poema de Aurora Luque.

Noche, quietud,
noche, silencio,
noche, descanso.
Al filo de la noche
extendí mis navajas,
me quedé quieto
para no despertarla,
quedé completamente
inmóvil, quise hacerlo
pero la mano me temblaba.
Deshice las sábanas,
ella dormía plácida,
la cara espejo del alma,
su miedo descansa, sus ojos
dos luceros cerrados, sus manos,
palomas sin alas.
Quise hacerlo pero no pude,
no tuve el valor, me sobraba
el amor que le sentía.
Me vestí, fui al quiosco
de la esquina que siempre abre,
compré tabaco y fumé.
Me sobraba el amor y lo tiré
a una papelera, necesitaba salir
para volver a entrar con fuerzas.
Después de dar vueltas y vueltas
volví, recogí el amor que tiré, me tapé,
me perfumé por si ella quería de mí,
me abracé fuerte a su mástil,

me sentí Ulises frente a las sirenas,
me sequé las dudas y me puse el pijama,
le acaricié tierno para no suspender
su dormir y me introduje dentro, lento,
ella sonrió como si hubiera entrado
en su sueño y me apretó la pierna.
Me acerqué a su fuente y derramé
mi amor entero sobre su cuenca.
Noche, amor, abrazo, cucharita,
no hay otro argumento...

Pero lo suficiente...

La escritura no es dejar
huella,
sino borrarla.
?M. Blanchot

Estoy triste.
Acabo de arrancar de mí
un trozo de corazón, del lado izquierdo,
y me duele ?la sangre borbotea
un poco, pero lo suficiente.
Sigo triste, aunque escribir
me alivia ?las palabras
que estoy escribiendo lloran
en silencio, un poco, pero lo suficiente.
Seguiré triste.
Cuando ponga el punto y final
a este poema seguiré triste, y
cuando ponga el punto y final
al siguiente poema a este
seguiré triste, aunque solo un poco,
pero lo suficiente.
Estoy contento.
Sé que esto es temporal,
que son gajes del oficio de amar,
y que es vivir, porque,
si no me pasara es que no estoy viviendo.
La vida sigue, un poco, pero lo suficiente.

He querido...

He querido.
He querido con todas mis fuerzas.
He querido sobreponerme a las espinas
de mis primeras impresiones.
He querido agarrarme como clavo ardiendo
a los asideros que me ofrecían tus encantos.
He querido,,,, pero no ha sido suficiente
para volverle la cara al abismo.
Al final, los dedos han cedido a la gravedad
de un vacío infinito, insondable.
He querido que fueras tú la mujer.
He querido con todas mis fuerzas
hasta que al final sonó la alarma.
He querido y te sigo queriendo.
Que no sea posible estar juntos
no quita todo lo que he vivido contigo.
Gracias por la visita que tu vida
ha decidido hacer a la mía.
Siempre estaré a tu lado.
Eres luz, y no lo olvides nunca,
ya sean los reveses del tamaño que sean.
Eres grande y maravillosa, solo que yo...
No he podido.
Soy yo quien no ha estado a la altura.
P.D. Ya lo decía tu madre: No soy hombre
para ti ?y las madres son sabias.
Al menos estoy contento de haberme
dejado la piel, de haber ido a muerte...
No quiero que sea un adiós sino un hasta la vista.
Siempre tendrás un trozo tuyo de mi corazón.

Soy un pájaro

Me dicen vago
porque mis manos,
si se manchan,
no es de cemento.

Soy un pájaro
que no cambia la certeza
de la jaula por la incertidumbre
del aire.
Soy un pájaro,
y como pájaro que soy
volar debo, que pegue
contra el pico el viento, beber
el tiempo sobre las alas.
Soy un rey cuyo reino
abarca la geografía de mis ganas,
y los insectos que me nutren, me aman.
Soy pájaro, y como pájaro
amo, y amo mientras vuelo,
sobre el duro asfalto del aire,
sobre la carretera que una brisa
me tiende, sobre el mar que un viento
inventa, sobre una gravedad
que no cae hacia abajo sino hacia arriba.
Soy pájaro sin tierra, sin nido
al que volver para recuperar fuerzas,
sin un amor que tenga que hacerse
sobre unas ascuas entre dos piedras.
Soy un volar sin dueño, un ir y venir
a un son que de dentro sale
sin que alcance a saber nunca

cuál es su fuente, su manadero.
Soy un sin gobierno que me tapiza el alma,
un no sé qué que tanto me bulle,
un no querer bailar música alguna
que provenga de otros gramófonos,
de otras voces que se pronuncian
fuera de mi voz, y que no concuerdan
ni en timbre, ni en intensidad ni tono.
Quiero amar, y vuelo para que el amor
me cace si acierta a bitacorar el viento.
Quiero amar pero el amor, que pesa,
necesita de un bastidor donde bordarse,
y mis alas, pequeñas, no dan abasto
a tanta tela, a tanta urdimbre, a tanto...
Soy un pájaro, y sin alas no sueño.

Sigue yendo

Estoy construyendo una casa
donde quepa mi abuela.

Mi abuela está sola.
Se queda en casa,
y los ojos no los despega de la tele.
Desde que murió mi abuelo
va mañana tras mañana a una agencia.
Juan, dice al dependiente, me dijo
antes de irse que me esperaría en un lugar
frondoso de árboles y con mucha fruta fresca.
¿Sabes niño, dijo, si tu jefe o quien lleve
todo esto puede ponerme para mí un autobús,
o acaso un coche, o un avión, que me lleve
a ese lugar? Es que, dice, me está esperando
y él es de mal esperar, estará impaciente ya.
El chico, ya un hombre con familia y todo,
disimula sus lágrimas con una leve sonrisa.
Cada día, cada vez que llega, la recibe con un nudo
en el estómago, ve en ella a su abuela, una mujer
que no tiene casa, que vive en una residencia de esas
en las que se aparcan a los viejos como si fueran
bicicletas, y llora recordándola, cada beso que de niño
le daba entre libros de texto, cada caramelo...
Lleva varios días sin venir ?se quedó pensando.
Mi abuela sigue viendo la tele y discutiendo
con todo aquel que no piensa como ella.
Sigue en sus trece, soñando con ese viaje, sigue...
Al menos anda, se mueve, esa idea fija
la hace moverse ?pienso y me consuelo.

Tiene ya noventa años y sigue soñando.

Dos hojas

Dos hojas han caído.
El otoño, parece, va instalándose
en el aire poco a poco.
La luz ?que antes radiante?
cede uno gramos de alegría,
y el castaño se abre con sus espinas.
Yo, por la ventana, no noto nada;
sigo viendo el gris de una carretera,
el bullir marinero de los coches,
el arranque extemporáneo de alguna moto
y el repartidor del gas gritando su género.
El otoño ?que apenas vislumbro en el jardín?
se me esconde mañana tras mañana porque
antes de despertarme, el soplador de hojas,
cual si fuera una Harley, ronquea más que sopla
y además de mal levantarme me sustrae
de la realidad estacional en la que me encuentro.
Dos hojas han caído, sí, pero lo sé de oídas
porque un chico ?quien se encarga de la limpieza
del jardín? monda el suelo de cualquier vestigio
que las inclemencias del tiempo depositan
sobre el acerado gris que puedo ver al ventanear.
Menos mal que hay otras señales, inequívocas,
dibujadas en el celaje; las nubes ya no se visten
con los trajes largos que en primavera y el sol,
más cansado de tanto dar vueltas, se toma un respiro,
una especie de parada y fonda, para llegar a diciembre.
A decir verdad, el otoño, ni de lejos, es mi estación
favorita, pero si llega debo abrirle mis puertas.
No hay paz sin aceptación. Ya vendrá la primavera,

y espero ser testigo de su regreso.

No me hablen

La política es el arte
de abrirse camino
entre cadáveres.
?La fiesta del chivo.

No me hablen de política,
no tengo ganas de enfadarme.
La Política sobra cuando te asomas
a un balcón, de esos de geranios,
de esos de barandilla marrón oscuro,
de una madera sospechosa, de celosía
árabe ocultando unos trastos, vieja,
raída por los años y la historia.
No me hablen de eso porque quiero
perderme mejor entre los gritos
que los tenderos lanzan al vecindario
para que la verdura y el pescado
no acaben llenando un cubo de basura.
No, porque la política con minúsculas,
esa que se pregona en los medios, es hija
de las arengas que los crecepelistas,
subidos a sus carros, vociferaban a los incautos
allá por los principios del cine, y de esa
estoy cansado ?La otra, la mayusculada,
brilla por su ausencia.
No me hablen de política, no, que
no quiero enfadarme, no quiero.
Creo solo en la Política del que a pie
camina las calles cada día en busca de pan,
del que, con agujeros en el zapato
de tanto andar, se bebe el agua de los charcos,

del que pide sentado, con las palmas
hacia arriba, porque no tiene fuerzas
para hacerlo de pie, y del que se quita de la boca
su sustento para quienes pían, como los pájaros.
Cuando lo esencial se endiosa, se hace materia,
pierde su esencia, su razón primera de ser.
Cuando un cura de barrio ?ese que sabe
de la desgracia del desgraciado porque vive
al lado de su casa?, se convierte en arzobispo
pierde su perspectiva, y se convierte en Dios,
en un dios seco, ausente, sin sentido...
Lo mismo pasa con la política...

Dejo un espacio...

Acostumbro a poner citas
menos esta vez.
Dejo su espacio en blanco.

Dejo un espacio.
Acumulo palabras sin sentido.
Las escribo sin distancia,
todas juntas, una a continuación
de la otra, y así se vuelven ininteligibles.
Paro tras el cansancio
que me proporciona esta frase,
paro para tomar conciencia,
leer qué significa la amalgama
que acabo de poner sobre el blanco
inmaculado de una página.
No entiendo nada.
Decido separarlas, desconectarlas
como si fuera el pene de un perro
que queda enganchado tras la cópula,
decido indeciso, las leo y siguen sin sentido.
Las borro solo con un click en la tecla
delete ?mi indecisión llena la estancia?,
no acaba de atraparme esta manera de decir
la idea que tengo en la cabeza.
Voy asumiendo muy a mi pesar
que el impulso de escribir ?ese "elan vital"
del que hablaba Bergson? se me va a negro,
perdiéndose en la bruma como el eco
de un transatlántico ya hundido, y pienso...
No entiendo nada.
Vuelvo a emprender una frase ?me rebelo?

y las palabras se me mezclan, unas sílabas
con otras, una nebulosa incandescente.
Me doy por vencido, pulso el delete
con una rabia inusitada que se traduce
en el rostro con un rictus quebradizo,
como dibujando un fracaso anunciado,
un "sfumato diáfano, propio de Da Vinci.
Saco la mirada de la pantalla, miro al ropero
que me queda a la derecha, después a la mesilla
de noche ?aunque todavía es de día? y descanso
los ojos sobre una estantería que simula caoba.
Sigo sin entener nada.
Debo dejar un espacio, buscar detrás de las palabras,
averiguar donde se encuentra el gazapo...
Debo volver a la quietud incontestable de mis libros,
no vertir más una sola letra que provenga
de ellos, dejar todo lo que lea en un anonimato
profundo y continuado en el tiempo.
Debo dejar tranquilas a las musas, son ya varios años...
Voy, ahora, en la brasa de este pensamiento,
a guardar en el ropero, dentro, que no se vean
al abrir y vestirme, las plumas, los folios en blanco,
la salvadera y la tinta, y dejar que esta, especialmente,
se seque, se haga costra, y se olvide de sí misma.
Espero que todo sea un simple arrebato...

Atrás

Un poema no hace,
pero hace
que se pueda hacer.
?Antonio Lucas.

Atrás.
Quedaste atrás
como quedan
los días
que pasan.
Las hojas que caen
del calendario
no pueden volver
a prenderse de él,
como la pasta de dientes,
que si sale,
no hay ciencia
que la devuelva al bote.
Como un coche que adelantas
y coge el anterior desvío...
Sí, atrás, pasado simple.
Atrás, como el curso
que terminaste, las lentejas
que defecaste, el dinero que se gasta.
Atrás, y el tiempo no acostumbra
a hacerlo, solo yo, el dolor
de perderte, de que tu carne
sea carne de foto, de recuerdo.
No hay más tutía, ese es el juego.
Como un autobús que ni corriendo
llegas a atrapar, como la melena

de la oportunidad que la pintan calva.
MIs manos deben de ser de aceite,
no agarran, o acaso es tu pelo,
como el de esta calva, que es pez
en el agua, mosca que se escapa...
Atrás, así debe ser, así estamos hechos.
Atrás, tus ojos de cerca, sobre la almohada,
tu sonrisa blanca, tus paletas en ángulo
de cuarenta y cinco grados, tus gafas
sin una patilla, sin receta, de saldo.
Atrás, y así está escrito en mi libro,
en un libro del que solo sé su final
pero no su trama, su tamaño, nada.
Atrás, como este poema, como la letra
que terminará esta frase, como mis dedos,
que van cediendo a este blanco inmenso.
Atrás, mentira, fantasía animada.

Cuentacuentos

Los cuentos
no son para dormir,
son para despertarnos.

?He escuchado, leído o escrito en algún rincón.

Cuentacuentos.
Todo el mundo cuenta cuentos,
en la calle, en el colegio,
antes de dormir tu padre o tu madre
?la mía sigue contándomelos
sentada en una butaca, entre el vapor
de una de las nubes que llena su habitación?,
en el trabajo, tu jefe, o incluso tu compañero
de al lado ?cuando construye castillos en el aire.
El asfalto que sobrevuela tu coche
está rodeado de cuentos, unos escritos
sobre cartelas rosas, verdes, azules,
otros prorrumpiendo desde el voltaje
no inocente de la radio, esa que oyes
para no sentirte solo yendo a la oficina.
Cuentos, cuentos y más cuentos...
Sostengo que cada vez ese líquido
amniótico que constituye la vida
está más denso, tanto que salgo
a la puerta de mi casa y me pringa,
sintiendo a cada paso la resistencia
de su azúcar como si fueran sargazos,
costándome la misma vida llegar tan solo
a la panadería de la esquina a procurar

el pan nuestro de cada día ?el esfuerzo es
tanto cada vez, que va mereciendo la pena
morir de hambre por tal de no tener que
ducharte al volver de tamaña empresa.
Dicen los sabios que adaptarse o morir,
o lo que es lo mismo, aceptar, y en esas
me debato: Ahora, en aras de esa aceptación
tan estoica, voy por las calles leyendo todos
los cuentos que se me tercian al pasar y voy
aprendiendo de sus moralejas, los leo ávido,
como si leyera a algún clásico, y al digerirlos
experimento una especie de catarsis homérica
que me limpia los intestinos y me proporciona,
?he comprobado al ir al baño? una fibra extra
que me da una facilidad para mí desconocida.
P.D: Desde entonces, y llevo varios meses,
las grajeas de fibra que bajaba y subía
cada mañana de mi armarito blanco me lloran
implorando atención, e incluso han cambiado
de color: del blanco anterior están pasando
a un amarillento similar al de los libros viejos.
Otra posdata más, que no tengo ganas de irme,
todavía...: Los cuentos que cada noche, antes
de conciliar el sueño, mi madre baja a contarme
son de princesas, y sonrío para que no se me note
que hace tiempo que no creo en ellas ?no quiero
bajo ningún concepto que se enfade y no baje más,
y la pierda para siempre.

Llueve...

La imaginación es un guepardo
que necesita que su presa corra
para hacerse con ella.
?Se me acaba de ocurrir...

No sé qué hacer.
El tiempo se me hace mar,
el segundero de mi habitación
un oleaje rompiendo en la orilla,
las campanas de la iglesia anunciando
las horas sentencias, puntos y aparte,
un antes y un después cada sesenta
minutos, compartimentos estancos.
No sé qué hacer.
Me asomo a la ventana en busca afanosa
de inspiración, el día lluvioso, la carretera
mojada, sin espejismo posible, surcada
por la urgencia húmeda de unos vehículos
que no desean el rigor de esta intemperie.
Las nubes, de luto riguroso, se difuminan
para que no se les vea llorando, se esconden
al espectador avergonzadas, como un niño
que sabiéndose responsable rehuye la culpa.
No sé qué hacer.
Ahora, aquí, en este preciso instante
de un reloj emblandecido, el tiempo sobra.
La desgana que nace de una lluvia como esta
ensancha las manecillas, me hace sentir heredero
de una fortuna que no necesito pues mi vida
siempre se desenvolvió en el corto espacio
de un tonel abandonado, como si un amor reciente

me hubiese conducido, sin sospecharlo, a un callejón
sin salida y que, empeñado en encontrarla, escarbara,
con la obstinación de quien sabe todo perdido, la fría
y densa cal de la pared hasta lograr un hueco suficiente
de esperanza, un pasadizo hacia un país donde todavía
corretea una Alicia ya adulta, desengañada de conejos
que miran la hora, de madrigueras con estanterías
donde sentarse a leer para olvidar, y cayendo en que
ningún milagro es posible salvo que lo desees de verdad.
Sigo así, sin saber qué hacer, qué vivir, qué sentir.
Miro, al conjuro de esta escritura, cómo el edificio
que tengo enfrente, de un ladrillo rojo muy visto,
se recorta contra un cielo que sigue llorando,
que se lamenta de cómo los vientos se han cruzado
para, de manera insidiosa, provocar su enojo,
su tristeza, una tristeza que abunda en otra tristeza
que llueve sobre mojado y se desborda ¿Y el sol?
¿Dónde está?
Ni está ni se le espera...

Ojalá...

No sé si es la carne que se me estira
hasta descoserse o es que el día es
de perros; el caso es que me siento a juego
con el gris de afuera.
La cortina de lluvia es tan de leche
que casi no se ve el circular de los coches,
disolviéndose sobre el mojado de la carretera,
haciéndose un mar cuando un vehículo pisa
cualquiera de los charcos y se levanta alta
una ola improvisada, y el sonido que sube
es tan triste que me traslada a una playa,
desierta, con un mar delante que apenas
la considera, y cuyo persistente oleaje
se estrella una y otra vez contra el cristal
traslúcido de una ventana, casi en la orilla,
de una especie de bungaló abandonado,
ahondando así la quietud que impera detrás.
Estoy ?son las cinco y media? escribiendo
casi con una mano, la otra descansa cansada
sobre la cabeza, el codo apoyado en la caoba
clara de una mesa ya usada, con muescas de
anteriores batallas, de aburridos lápices
que horadaron sin permiso su superficie
en una tarde de deberes, gris, tan húmeda
como esta, y dando al traste con una madera
merecedora de mejor suerte, no valorada
por ese niño ni por ningún niño porque los niños
?inconscientes de lo que duele un bolsillo?
no están en edad de valorar.
Parece que ha remitido por momentos la lluvia,

un leve intermedio, un intermezzo de silencio
en el frío y desangelado ambiente, una tregua.
Acabo de notar una leve subida en la entonación
de la luz, y debe de ser que el sol, como quien
explora en la selva, se abre paso a duras penas
entre el denso follaje de nubes grises que se extiende
delante, tan denso que el cuchillo del que se vale
apenas resiste tanto trabajo ?la luz vuelve a su
anterior grisura.
Son ya las seis y diez de la tarde y las nubes,
aunque tristes todavía, han emprendido una huída
repentina y veloz ?ojalá fuera que el sol, en su afán
de abrise paso, está empujando desde la retaguardia
hacia las afueras de esta tristeza que la ventana ofrece.
Ojalá...

Hoy sí

El día es precioso, este sí.
No sería justo no parar unas letras,
juntarlas y dedicarlas a un día como este.
Ayer fue otro día, muy distinto.
Ayer fue la crónica de una batalla campal,
de una gigantomaquia entre el viento
y los árboles, con ramas arrancadas
de cuajo sobre el acerado de algunas calles,
árboles caídos como soldados en batalla,
coches sepultados por un ramaje ya fallecido
pero aún verde.
Cuando pude dar cuenta de este dantesco
paisaje era ya tarde, y me preguntaba cuándo
pasarían los camiones de la limpieza para
despejar el tránsito de los numerosos peatones
que ya poblaban las calles.
El día es precioso, sí, con un cielo azul
plagado de cúmulos primaverales, y uno
al fondo que parece una cordillera blanca,
intensa, con una luz inventada por el mismísimo
Sorolla.
La tristeza de ayer, que traspasaba la piel
hasta instalarse en el alma, se traviste hoy
de una alegría más propia de estas latitudes,
una luz que invita a pasear ?aunque sea
a costa de esquivar los restos del naufragio
(Espero que ya, plena tarde, los servicios
del ayuntamiento hayan hecho su trabajo).
Al fondo veo edificios iluminados por un haz
de luz que sale de esa nube cordillera como

si el sol, siendo engullido, se rebelara a ser
devorado por la nube y siguiera despidiendo
su sustancia hasta extinguirse.
Da la sensación de que la primavera ha hecho
hoy una visita sorpresa, repentina, volviendo
del revés la metereología propia de estas fechas.
Al sol le queda escasamente una hora de vida
y como testamento, sobre la esquina de mi edificio,
deja una impronta de luz ya madura, de un amarillo
grasiento, casi ocre, a modo de despedida,
y el toldo de uno de los balcones más altos, roto,
hecho jirones y casi arrancado de sus costuras,
descansa quieto, agotado de la paliza que recibiera
ayer pero contento al mismo tiempo ?vive
para contarlo.
Hoy sí, ayer no. Ya es de noche...

Everywhere else

La poesía no nos piensa,
nos visita.

Aquí.
Disuelta en el café
de la mañana,
Vitamina añadida
a la mantequilla,
rastro oscuro
que se pega
en el pan al tostarse.
En cualquier sitio,
en el aire, invisible,
en la lluvia si no es torrente,
en el torrente si no es mar,
en el mar si no alcanza
a ser océano.
Allí.
Hay un rojo en la nube
que anuncia que detrás,
el sol, se despide;
allí también hay poesía,
en el adiós, en la bienvenida,
en el dolor que no admite
analgésico, y en este también.
Detrás.
Tras la cortina que oculta,
tras la alegría de un rosto
que guarda una pena,
tras las malas intenciones
de quien las aparenta buenas,

tras una despedida, otra vez.
Delante.
Encima de una página muda,
de un blanco que impone
y promete al mismo tiempo,
encima de la tostada
que ahora viaja esófago abajo,
encima de tus prejuicios, encima...
Al lado, debajo de la almohada
cuando sueñas, detrás de lo inesperado.
En todas partes, en lo que no se espera,
en lo feo también, aunque parezca
mentira.
Si la ves en otro sitio, por favor, dímelo.

Ojos de corazón

Miramos el mundo
una sola vez,
en la infancia.
El resto es memoria.
?Elisabeth Gluck.

El corazón late,
cada día, por fortuna.
El corazón late,
y va siendo distinto
conforme pasa el tiempo.
El corazón late,
y el latido va sonando
de diferente manera.
El corazón late,
y no late igual a la mañana
que a la tarde, si has comido
o tienes hambre.
El corazón late,
pero el latido suena
según el vacío que haya dentro,
si el vacío es muy grande
suena a campana de iglesia,
y el corazón viene a ser,
de pronto, una especie de badajo.
El corazón late,
y lo que ves, entre latido y latido,
será según las notas
que lanza al aire, si graves,
lo que ves es triste, si agudas,

la luz inunda tus ojos
y todo se torna rosa.
El corazón late,
y ve, y los ojos no son más
que dos emisarios, dos espejos
sobre los que rebotan los sones
que del corazón laten, tan solo...
No importa si lo que vemos
es una palabra hecha materia,
un concepto, una semántica
de esas que recogen el diccionario,
no, porque no somos notarios
?aunque los haya de carrera, no?,
no, porque lo que vemos
teñimos, cual si lleváramos gafas
de colores, con el color del momento,
haciendo lo que siempre es igual
distinto, dando un mátiz de vida,
una pincelada tal que sin ella la vida
se tornaría gris, inane, sin motivo.
P.D. Por ello no estoy de acuerdo
con la cita. Sí, vemos la primera vez
y esa primera vez se imprime primero
y por lo tanto decide las posteriores
impresiones, pero la manera de sentir,
aunque no cambia, se va llenando de
tropezones, como una sopa, y la mirada
va entorpeciéndose o enriqueciéndose,
según se mire, con el paso de los años.

Voy y vengo

Me viene y me va.
Un día sucede a otro,
unas ganas a otras,
un nublado a un sol,
leer o no, saber
de cosas que no me conciernen.
Una rosa no florece
igual cada día, el rayo la levanta,
la luna la acuesta, y el nublado...
Me viene y me va,
y los coches, unos para arriba,
otros para abajo, los neones
apagados son los mismos,
la bicicleta apoyada en la baranda
la misma, las horas, las mismas,
la esperanza de lo imprevisto
la misma, la sirena de la policía
suena a impotencia, a lo mismo.
Se supone que esta noche
mueren todos los santos
para resucitar de madrugada
y celebrarlo ?eso me dijeron?,
y ahora estoy en esas,
regurjitando todos mis principios,
poniéndole tipex por encima a cada
uno de ellos para cambiarlos y escribir
otros nuevos?como los pintores hacían
desde antigüo cuando se les terminaban
los lienzos y las tablas.
Tengo como una pequeña punzada

en el vientre, cerca de la costilla,
con la sensación de que uno de ellos
se me está escapando para no sucumbir
a este exterminio ?principio sensible,
cobarde, que huye de la quema,
que se niega a ser reseteado cuando todo,
incluidos los aparatos a los que nos atamos
por respiración asistida, se dejan actualizar,
obedientes, como empujados por una inercia
de la que no pueden sustraerse aunque
quisieran, y que les lleva, lentamente,
a una inoperancia programada que es, ahora,
el nuevo nombre que, por reseteo, tiene
la muerte, una muerte menos digna, metálica,
inhumana, inexorable por designarla un dios
que impera sobre todos los dioses: El Comercio?.
Me vienen y me van las ganas, la voluntad,
se me esconden debajo de la cama y juegan
como niñas con mi paciencia, me esquivan
todos los golpes que la ira extrae de mis puños,
esquivan el intento de comérmelas para tener
ganas de seguir adelante, de seguir tecleando
las sandeces que plasmo ahora sobre un papel
que me pide a gritos que me detenga pero que,
rebelde, desobediente, desoigo con alevosía,
con saña y premeditación para que se rasgue,
para que rompiéndose en mil pedazos se me abra
en canal y me cuente sus entresijos, me enseñe
la tinta de su rayado, la celosía de su entramado,
la ciencia de cómo su celulosa se revuelve
sobre sí misma hasta dar con su tejido, con esa
textura exacta que conviene a mi tinta y la hace
deslizarse sobre su superficie inmaculada,
virginal y no sabedora de la palmaria futilidad
de lo que estoy escribiendo, y, una vez sepa
todos sus secretos, utilizarlos clandestino

en alguna obra, o guardarlos en un cajón
para así amenazarle con su desvelo si ella,
la página en blanco, no se me muestra amable,
suave en su superficie, como a mí me interesa.
Quisiera sobornarla de tal manera que ella
acabe implorándome que haga correr la tinta
de mi sangre sobre su vestido blanco ya lavado,
ya seco, ya preparado para recibir el esperma
de mi aliento, de mi desgana, y tiemble de placer.
La rosa florece, y sonríe...

Para qué

Los hombres son como las urracas,
van detrás de todo
lo que brilla.

?María E. Roca Barea,
6 Relatos ejemplares 6.

El oro,
el vulgar oro, padre de mis inquietudes.
Para el oro viví y del oro nací,
sobre oro me crié y alrededor de mí
todo era del color de este vil metal.
Mi cuna, sí, labrada en oro de las manos
de los mejores orfebres de la ciudad,
mis juguetes, también, bañados a fuego
en el mismísimo oro de las Galias,
y mis vestidos, cómo no, oro macizo,
de tejidos sabiamente engarzados, de trama
tan bien tramada que hasta los más reputados
reyes ?que venían de los más lejanos lugares
a rendirme visita? quedaban boquiabiertos
de tanta majestad en el arte de la costura.
Ese oro,
ese que ahora me indigesta el intestino.
Fue tanta mi codicia que vendí el alma
al diablo cuando la escasez me vino a llamar.
Era jueves, con un sol que entraba
a borbotones desde todas las latitudes
y en todas las estancias de mi palacio.
Era jueves, decía, radiante como pocos jueves
antes de este, y ante la tabla rasa de la codicia,

del desmesurado tren de vida que me fui
imponiendo dada la abundacia en la que vivía,
confiado en la infinitud, iluso yo, de algo
que por definición es finito, me vi de repente
sin ochavo que llevarme a la boca: el personal
del palacio, que era interno, disfrutaba, cómo no,
de barra libre en las fresqueras y despensas
que contentas tenían sus puertas abiertas,
los pobres, que atendiendo a los rumores
del dispendio y la liberalidad de que hacía gala,
hacían cola diaria para llenar sus panzas, y las ONGs,
a través de sus agentes, se personaban confiados
en lograr generosas suscripciones a sus causas.
El oro, ahora que os hablo, ahora que estoy
consiguiendo por fin un momento de serenidad
para contarlo, ha acabado por devorarme de raíz.
Soy un juguete roto, un insensato malbaratador
de una fortuna que no es mía, que proviene sagrada
de mis generaciones precedentes y que yo, iluso,
levitando permanentemente sobre una realidad
que no llego a sentir bajo mis pies, he echado a perder.
Además, para colmo, ayer, al conjuro de la oscuridad,
de cúbito supino sobre mi almohada, hice un pacto
con el diablo y me concedió convertir todo lo que tocara
en oro, de manera que mientras escribo, entre frase
y frase, como de una tortilla a la francesa que en la sartén
era del amarillo del huevo, y al pasarla al plato, que pasó
de la porcelana al oro, seguía así, y al acercármela a la
boca y tocar con los labios se convirtió en oro, amarillo
también pero más oscuro y menos apetitoso, y me está
produciendo unos ardores que flipas.
Voy a dejar ya de comer, que tengo un fuego
en el estómago que parece de San Telmo.
Me veo que voy a tener que ir a la cocina y tomarme un almax,
aunque para qué, si se me va a convertir en oro...

Nihil novum...

En una carta dirigida al abad Guillermo de San Thierry, el fundador de la Orden de Cister Bernardo de Claraval escribe lo siguiente:
"En el claustro, ante los ojos de los hermanos entregados a sus lecturas ¿qué pintan estos monstruos ridículos, estas hermosuras maravillosas y deformes, estas hermosas deformidades? ¿A qué vienen estos monos inmundos, estos leones fieros, estos centauros monstruosos, estos seres semihumanos, estos tigres listados, estos caballeros trabados en combate, estos cazadores tocando sus cuernos? Véanse muchos cuerpos para una sola cabeza, o a la inversa, muchas cabezas para un solo cuerpo. Aquí vemos un cuadrúpedo con cola de serpiente, allí un pez con cabeza de cuadrúpedo. Aquí la parte delantera de un caballo arrastra tras de sí media cabra, o una bestia cornuda lleva cuartos posteriores de caballo. Aparece, en fin, por doquier tan rica y asombrosa variedad de formas, que nos vemos tentados de leer el mármol más que a los libros, y pasar el día entero mirando estas cosas más que meditando sobre la ley de Dios. Por Dios santo, si estos desatinos no les dan vergüenza, ¿por qué no piensan al menos en el gasto?".
?Doy a la imprenta este fragmento para tildar el Imago Mundi medieval y la Fermosa deformitas exaltada y denunciada a la vez por el fundador del Císter, y reflexionar sobre la vigencia de todo ello.
Lo que no se conoce,
lo que se teme,
el arte,
el espacio en blanco,
la carta de ajuste,
los minutos de publicidad,
cualquier inciso,
cualquier lapso
por diminuto que fuera,
desata la caja de pandora.
Imaginas, campas a tus anchas,
creas lo increable,
logras lo increible,
inventas toda una zoología
alternativa, un mundo adánico,

un extrarradio a este universo.
Si fuéramos elementos
de un mismo conjunto y un dios,
travieso, decidiera mezclarnos
se generaría ipso facto un nuevo
paradigma, una nueva fascinación,
un nuevo motivo para perder
el tiempo contemplando
lo que no alcanzamos a comprender.
El hombre actual es idéntico,
fascinable como el del medievo,
y prefiere perderse en deformidades
que en reflexionar sobre la ley de Dios
?porque no sabe dónde está.
Dios murió hace tiempo ?Nietzsche mediante.

Ciego

Somos ciegos,
ciegos que pueden ver
pero no miran.
?Pepe Saramago,

No veo.
Miro un cuadro
y no entiendo.
Miles de personajes
derramados sobre el lienzo
como una mancha de aceite.
No alcanzo
a entender qué pasa.
Uno de los personajes, a caballo,
se yergue con una cimitarra
de enormes dimensiones,
y va sajando los cuellos
de cuantos se les tercia
en el camino, sin piedad alguna.
No concibo
que un ser humano
con el poder que le otorga
blandir una espada
pueda disponer a destajo
y a capricho de tantas vidas.
Miro, y vuelvo a mirar,
esta vez con más atención,
y doy con un niño apenas
perceptible a simple mirada.
Aparece en una esquina perdida
del lienzo, por detrás de su padre

?parece ser? y llorando,
su rostro quebrado de dolor,
de impotencia, aunque quiero
pensar que celebrando por dentro
que todavía puede contarlo,
sus ropas son jirones de desgracia,
alas rotas por la violencia
de quien caza sin reparar en el dolor
de quien recibe el mazazo.
MIro ?fijo las pupilas a hierro
sobre el lienzo?, y reparo esta vez
en un vendedor de castañas, cantando,
ajeno a toda la escabechina que le rodea,
como si de un músico del Titánic
se tratara ?yendo a lo suyo...
Retiro la mirada, súbitamente,
porque la noto rota, derrotada
de tanto horror derretido en miles
de colores y sabores, de tanto misterio
que el alma humana encierra
y que, como la esperanza a la caja de pandora,
quedará per sécula seculorum sepultado
en el desconocimiento y la desdicha.
Doy media vuelta, me atrevo,
y miro a otro lado, la vista ya cansada,
los ojos ya deshechos de tanto sinsabor.
Vuelvo a mis quehaceres, mi rutina, mi sequedad.

Todo vale

En la vida,
todo es una metáfora.
?Haruki Murakami.

Cada cosa,
cada suspiro,
cada latido,
tiene un nombre.
Yo tengo un nombre,
mi camisa blanca, otro,
el jabón que mi madre
me extendía al bañarme
otro, el olor a lavanda
que en el baño quedaba
al salir, otro.
Cada recuerdo,
cada roce, cada claro de luna,
cada estrella que corre
en el cielo portando un deseo,
cada cosa, sí, tiene un nombre.
¿Y por qué solo un nombre?
¿Quién tiene en este mundo
tanto poder como para legislar
sobre el nombre de las cosas?
Desde ahora, y a propósito
de esta pregunta, decido
llamar a la lluvia aceite,
al mar llanto,
al sol llama,
al beso que escapa de mi boca
añoranza, y al llanto reguero

¿Quién me lo puede prohibir?
Pongo el café al fuego
aunque no haya fuego, hago la colada
aunque el agua de lavar
ya no se cuele, llamo calor a tu abrazo
aunque solo leve me conforte,
colgaré el teléfono aunque ya no exista
dónde colgarlo y así un largo etcétera.
A ti, que me lees en este instante,
te llamo esperanza, desasosiego
y cualquier otro sinómimo que case
con lo que sientes al leer esto.
Llamaré a las cosas
según el ánimo del día, así se me antoje.
Soy libre, y no hay ley que ponga palos
a mis ruedas ?quiero rebelarme.
Tú, que lees ahora estas vacuidades,
llámame nadie, o como te plazca,
la boca es tuya y tuyas tus neuronas.
No te dejes seducir por la corriente,
nunca.

Miro atrás

La vida es breve,
la memoria, infinita.

Miro atrás.
Me impone mirar atrás
porque creo en el mito.
Si la mujer de Lot
se hizo sal ¿Por qué
yo no? ¿Soy yo más
que ella?¿Acaso soy algo?
Miro atrás
y la senda es inmensa,
no se ve un fin preciso al fondo
sino un punto suspensivo,
una especie de "The end"
que en vez de cartografiar
un final propone un principio.
El pasado es un lienzo
sobre el que pintar y repintar.
Es una página virgen
a la que volver y volver
cuantas veces se tercie,
modificando paisajes,
meandros, situaciones, encuentros,
y darles cada vez un tono distinto,
otro matiz, otra aguada,
otro guiño según qué se cuenta,
y tras contornear el dibujo,
concluir el cuadro de un recuerdo,
borramos su tiza y plasmamos otra
manera de verlo, otra percepción.

Al pasar el tiempo, cuando la mente
se va inclinando al peso de los años
y su espalda va siendo cáncamo
vencido por el excesivo peso,
el pasado va envejeciendo,
y el recuerdo se tiñe otra vez,
como el pelo, cada cierto tiempo,
de quien se niega a ser invadido
por la nieve del invierno.
El pasado es una pizarra,
con su borrador al pie, inmaculado
de tanta tiza borrada,
y los recuerdos son las fórmulas
que escribí cuando la profesora
me exhibía delante de los compañeros,
en una picota de vergüenza y sonrojo;
y también las largas frases diseccionadas
en clase de lengua.
Miro atrás y veo un océano,
un mar lleno de estelas
sobre las que superpongo otras,
y esas otras, a modo de palimpsesto,
hacen desaparecer las precedentes.
El presente es apenas la punta
de la punta de un iceberg, el resto...
El presente es solo sensación, y cuando pase,
cuando deba mirar atrás para recordarlo,
devendrá conocimiento, sabor, esencia,
y sabré, a ciencia cierta, qué viví entonces.
Miro mejor adelante...

Sigo preso

Lo que hemos escrito
no se acaba nunca.

Estoy preso.
Soy reo de lo que escribí.
Vivo en esta cárcel,
una mazmorra sin estanterías,
sin un nido donde los libros,
aquellos que leí, reposen,
descansen de tanto ser abiertos,
de tanta erosión de mis ojos
rasgando su papel, atentos,
anhelantes de tanta sabiduría.
Tengo, eso sí, una ventana arriba,
a la izquierda, que despide una luz
tan embriagadora que me hace pensar
que no todo está perdido.
Llevo tres años aquí encerrado.
No sé ?ni me importa? de qué
se me acusa ?justo ahora me llega
el carcelero con una bandeja de plata
donde reposa un mendrugo de pan
y un vaso de agua?, ni sé si merezco
este presidio, solo por expresarme,
por exteriorizar negro sobre blanco
mis sentimientos ?aunque reconozco
que son descarnados y muy punzantes
para la moral tan frágil que nos envuelve.
Lloro cada día, extraño una cama decente,
un estante aunque fuera minúsculo
donde depositar mis libros, y una mesa,

aunque fuera una tabla sobre unas cajas
de botellines donde seguir desembuchando
todo el mar que me inunda por dentro,
y me ahoga tanto.
Sigo preso, y me temo que en cadena perpetua.
No puedo no escribir lo que siento, lo siento.

Te sorprendiste

Te sorprendiste.
Me pusiste cara de asco
al verme aparecer
por la puerta del dormitorio.
Me preguntaste qué hacía
aquí, y yo te devolví
otra pregunta:
¿Quién es ese que está
debajo de tí?
No me supiste responder,
era una pregunta
difícil, embarazosa,
tanto que a los pocos meses
te veo en la consulta
de la ginecóloga
queriéndo saber
cuáles son las constantes
vitales
de tu futuro hijo, o hija.
Te extrañó sobremanera
que a esas horas, intempestivas
para ti, irrumpiera en nuestra
casa y rompiese el amor
que se estaba cocinando
en ese preciso instante.
No lo llegaste a entender,
nunca, ni siquiera pasados
tres años del incidente
?por llamarlo de alguna
manera?, cuando, en el parque

?el niño ya rubio, jugando
al escondite con las amigas?
me confesaste, a escondidas
para que no se enterase el padre
de la criatura, que aparecía
al fondo coqueteando con la vecina?,
que me seguías amando
como el primer
día ?que nunca dejaste de amarme,
nunca?, y que querías ahora
huir conmigo aprovechando
que el padre de la criatura
coqueteaba con la vecina del quinto.
Te extrañaste, te sorprendió
mi respuesta, y todavía te sorprende
pasados ya tantos años.
Ahora, sentado a la lumbre, contigo,
en el resquicio de un hogar
labrado a base de desavenencias,
me dices que has conocido a alguien.
P.D: Mi cara se hizo poema para disimular
?porque deseaba que me diera una noticia
de estas características teniendo en cuenta
que llevaba días preparando la mía:
Yo también conocí a alguien.

Soy un adolescente

Hay días en que,
si pudiera,
tacharía todo
lo que he escrito
hasta hoy.
?Luis Landero.

No vale nada,
absolutamente nada.
Es carbonilla negra
en el ojo del ferroviario,
pluma que se desprende
del ave, pelo en el lavabo
de señoras, un imán sin hierro
alrededor al que pegarse.
Lo que he escrito es bazofia,
carne sangrante de un perro
que, atropellado, perece
en medio de una autopista.
Lo que estoy escribiendo,
para no desmerecer lo ya escrito,
va a desembocar en el mismo
sumidero, en la misma inanidad,
y perecerá como antes perecieron,
en un profundo olvido, en la vasta
ignorancia de quien visita una página
que cada día va desprendiéndose
de la magia, del talento que cuando
me instalé se daban cita.
Me he acostumbrado a la escasez
lectoral, soy un vocacional solitario,

génico, álmico, antrópico, y todo lo que
de mí surge genera vacío, soledad, eco,
y mi gloria es la de aquel
que no escribe para el otro
sino para sí ?aunque el otro
es inevitable y edificador?,
y por ese motivo no es legión
precisamente el puñado escaso
de lectores que se molestan
en atender mis ocurrencias.
No vale nada,
y nada de lo que he hecho
vale algo.
Soy un despropósito biológico,
un engendro innecesario.
Ocupo un espacio prescindible,
un espacio que otro, con más dignidad
y acierto, llenaría con menos pena
y más gloria.
Mis escritos adolecen de todo
lo adolecible ?soy un adolescente?,
no tienen una semàntica que aúne,
aunque fuera, un ápice de talento,
no dispone al lector a sentir que
ha empleado su escaso tiempo
en algo de mérito, el cual, tras concluir
a duras penas la lectura, mira a la pared
de enfrente, blanca inmaculada, con dos lágrimas
resbalando hacia la comisura, jurando en arameo
por qué ha cedido a la tentación, al veneno
de un buen título pero de un mal contenido,
pinchando el enlace y leyendo hasta el final
?dejando sus asuntos por un momento,
con todos los frentes que tiene pendientes,
con el estrés que el no atenderlos va a suponerle
ahora, cerrando Poemas del alma con una garra

en la punta de los dedos.
Nada vale lo anterior.
Y este..., este me temo que no se salvará
de la anterior quema.

Mi patria

Mi infancia,
mi patria.
?parafraseando a Rilke,
una vez más.

Nací,
Mi nación mi cuna.
La leche me va llenando
los resquicios de un paraíso
perdido, añoranza de útero,
calor húmedo, nutritivo,
inconsciente, marítimo.
Mi cuna lecho seco,
ropita blanca sobre una piel
recién estrenada, reacia,
sensible a las telas,
a lo artificial, a lo aparente.
Mi nación mi cuerpo.
Ese montón de carne con apenas forma,
esa incógnita cuya resolución
esperará toda una vida, y aún así
no hallará dato, seguirá icógnita.
¿Quién soy? Nunca lo sabré.
Mi madre se acerca,
me aproxima la boca a su fuente,
bebo de un líquido elemento
que me sacia el llanto,
siento el calor bucal de unas gotas
que se escapan excediendo
la escasa área de mis labios.
Sonríe de placer

?el acto de mamar no solo sacia
la sed maternal? y persiste
porque no puede despegarme
de su seno, la oxitocina une.
Mi padre, a lo lejos, llega,
se acerca, me besa lento,
huele a argamasa y aceite,
me gusta, me he acostumbrado
a esos olores tan desagradables
y ya pido, como si fuera leche,
mi pitanza diaria ?todo por un beso.
Voy amontonando años
como se apilan los calendarios
de papel con números negros
y algunos rojos. Voy, poco a poco,
siendo quien soy, quien ahora escribe.
P.D. Dicen que mis escritos no son
precisamente cortos, pero mi infancia
sí lo fue, aunque diría que sigo, insisto
en ella, la cuido como oro en paño,
y todos los días la saco a dar su paseo,
a hacer sus necesidades, y gracias a ello
la mantengo rolliza, a cuerpo de reina.

Algunos...

Algunos comienzan a vivir
cuando van a morir.

?Miguel de Mañara.

Algunos.
Solo son dos
los que van a morir.
La sentencia ya vuela
al viento, el papel
lo soporta todo.
Solo dos, y ya son muchos.
El sol se esconde tras
de esa nube, con forma de pato
?las fanfarrias anuncian
la llegada del césar.
Solo dos, el dedo pulgar en alto,
el clamor del anfiteatro
resuena por entre sus cimientos,
los hace temblar como a un niño
el solo mentar de un monstruo.
Son cristianos, dice la masa
sedienta de sangre y vísceras.
Al rugir del león africano
el respetable contesta
con vítores y anhelo.
Sale a la arena confuso,
el estruendo se calla por momentos,
la bestia olisquea
por si se guardara en alguna esquina
una amenaza, un riesgo a su integridad.

La bestia sigue merodeando
lo que parece será su merienda,
pero desconfía, le parece excesivamente
fácil hincar el cuchillo de sus colmillos
sobre tan tierna carne, desgarrar sin esfuerzo
la inocencia de unos hombres
que solo han cometido un pecado:
Creer en otro dios, en solo uno.
El león viene del rigor de una sabana
donde la cebra últimamente escasea,
la obtención de comida es para su costumbre
cara, y de repente, sin merecerlo, hallarse
ante esta bicoca lo hace recelar, no se lo cree.
Se acerca y olisquea a uno de ellos, Gabriel,
después hace lo propio con el otro, Manuel,
mira de fijo a los ojos de ambos, primero
al primero, los dos ojos, uno tras otro,
y tras él al segundo, primero el izquierdo
y luego el derecho, y huele un miedo tan denso
que se le hace polvorón en la boca, y apenas
puede gobernar la bola que se le ha formado
y tragar la vergüenza que le va subiendo
por las patas ?baja la cabeza y se postra de rodillas.
El público, no tan respetable como cabía esperar,
grita mirando hacia el palco presidencial donde
reposa rojo de estupor un emperador
que se va defenestrando lentamente.
El león se sienta al lado de Manuel
y se deja acariciar como un gato.
El emperador, de cuyo nombre no quiero acordarme,
ante un tierra trágame de tamaña dimensión opta
por echar mano de su rifle y ?apuntando a los cuerpos
cristianos de dos mártires con una mira telescópica
de última generación? estampa el cobre de sus balas
sobre sendas cabezas, llevando al público a un estallido
de júbilo sin precedentes en ese anfiteatro.

El contenido humano del coliseo
se desparramó acto seguido por unos vomitorios
que apenas daban abasto a tanta demanda.
Este fue el principio del fin de un imperio.
El césar de turno, ese de quien no quiero acordarme
ni nombrarlo, no sobrevivió al aplastamiento
que tal desbandada supuso.
R.I.P.

Esa patata...

Sabio no es el que sabe dónde está el tesoro
sino el que se arrodilla y escarba la tierra
para conquistarlo.
?Quevedo, pero no el que canta.

La tierra está yerma.
Las lluvias están tardando,
nunca por estas fechas
los grumos de arcilla se aterronaban
de esta manera, se acerca la hambruna.
Eustaquio miraba al cielo
como para que se le apareciera la cara
ensangrentada de un cristo
harto de azotes y calvarios.
El cielo era de un azul tan inmaculado
que la presencia de aunque fuese una nube
era tan testimonial como anecdótica.
La patata, que seguía bajo tierra implorando
una gota de agua, hacía mohines
en cuanto sentía cerca la mano de su hacedor,
y sus lágrimas, de un dolor concentrado,
le servían in extemis para prolongar la agonía.
Eustaquio volvía a casa con la cabeza
sobre el pecho y un andar cansino y triste.
Su mujer, que estaba embarazada, moría
por dentro lentamente como termina
un reloj de arena tras contener una playa.
El pueblo rezaba todo lo rezable, y sacrificaban
todo el tiempo posible en hacer alabanzas
y rituales que convencieran a los dioses de arriba.
Los aperos de labranza se les caían de las manos,

apenas pudieron salvar unas hortalizas
que llevarse a la boca y engañar de momento
el hambre que ya acechaba, como loba hambrienta.
De repente un viento, inesperado, se levantó
por poniente, y Eustaquio, sin dar crédito a su tacto,
sintió subir una esperanza desde la punta
del dedo gordo del pie ?esto anuncia lluvia, se decía.
Al cabo de solo media hora una gota, desde el cielo,
se le posó en la mejilla y resbalaba hacia como un lago
seco que su boca se hacía abriéndose de dientes.
A esa gota furtiva, accidental, sucedieron como fichas
de dominó un sinfín infinito de ellas, torrenciales,
de una dulzura a la lengua que cualquier manjar
sería carne de rata al lado del placer que conllevaron
en la sedienta esperanza de la feligresía pueblerina.
Nadie, lo que se dice nadie, se refugió de la tormenta,
maná como este no podía ser huído ni temido
sino disfrutado, mojado, celebrado como regalo
que fue para una tierra que se hundía en su manto.
Eustaquio dejó que sus patatas rieran como niñas,
y una vez concluido el jolgorio proceder a su recolección,
pero no antes, a fin de que ellas ?que serían comidas
en breve? se despidieran de este mundo
con una sonrisa en la boca. Todo un detalle de labriego.
Todo, en el pueblo, eran vítores y gracias
al altísimo, y el alcalde, exultante y hacendoso
de atenciones a diestro y siniestro, pronunció
una especie de arenga-discurso que arrancó
del corazón de sus oyentes un pellizco de miocardio.
Toda pasión que termina en dicha deja
de haber sido pasión, pasa a mejor recuerdo
sin factura ni acuse de recibo, se olvida por fortuna.

Me frustro...

Es por la herida
por donde entra
la luz.
?Yalal ad-Din Muhammad Rumi.

No sé nada.
No alcanzo a conocer.
Mi intelecto no da
para llegar a la verdad.
Mis carnes quieren
abrirse al saber pero
las heridas no surten
efecto, no bastan.
Dios me tienta,
me visita, desayunamos
juntos, me cuenta
su día a día y charlamos,
mas mi mente es castaña
abierta ante su presencia,
escucha pero no comprende,
mira pero no abarca,
se esfuerza pero el esfuerzo
es vano y se rinde,
y continúa, aunque fuese,
hacia un precipicio sin fondo.
No alcanzo pero pugno,
pretendo con la fuerza
de mi intención, mas no
logro rozar ni tan siquiera
una verdad que sustancie las cosas.
Mi anheloso peregrinaje

es el buscar de un sol
que se va poniendo al horizonte;
este se ve, se siente, se percibe
en majestad sobre arreboles
del rojo al fucsia,
mas cuantos pasos dé en su busca
son vanos intentos de prendarme
de un imposible ?no alcanzo...
La herida que se me abre
en la carne es puerta, producto
específico de un insistir
sin fruto, de un morder
el mármol?soy un Tántalo
sin ilusión ni esperanza.
Apenas logro ver aún dejando
caer toda mi voluntad sobre los ojos,
si acaso la punta de un iceberg
irresistible, invisible, inabarcable,
inalcanzable a la minúscula capacidad
de mis sentidos.
No sé nada, y por mucho
que alcance a saber
será siempre una mísera gota
en un imposible océano, inconmensurable.

Por ensalmo

Procura ser útil,
procura comprender
y no estorbar.
?José Luis Sampedro.

Le tenía ahí.
Si lo necesitaba
él estaba, perenne.
Era su viga maestra,
su baluarte, su roca.
Por la mañana ahí,
al pie del cañón,
el desayuno preparado,
el café silvando, las tostadas
brincando de su infierno
veteadas de marrón y mantequilla.
Le tenía a su lado.
Los niños corriendo, el colegio
alarmado por la tardanza,
el bocadillo del recreo
que no falta, sus besos
a la orilla de la verja, su amor...
Le tenía ahí, para lo que
hiciera falta, pero...
Alguien se cruzó sin esperar
a que el semáforo se hiciera verde,
alguien que no miró,
con la alarma en la sien,
que pensaba en los quehaceres
pendientes y que, en ese instante,
dejó de pensar, aliviada, aterrorizada.

El coche se estampó
contra un olmo escribiendo
su punto y final ?el suyo también.
Todo, la vida en familia, la armonía,
la logística hilvanada día a día
para criar a unos niños,
los veranos, las sonrisas pendientes,
todo, todo, quedó amputado
como por ensalmo. Game over.
Ella ya no está, hundida...
El hueco que queda vacante
en su frío lecho, inmenso.

Por la ranura...

No temo morir,
temo no vivir.

He muerto.
Juan llora,
Inés, Lola.
Andrés se rompe,
abraza su llanto contra
Manuel, su ojos, mar.
Miro a través de la ranura
de esta caja, tan incómoda,
la mortaja me aprieta la sisa,
los zapatos, pequeños.
La curiosidad me mata y
por eso me asomo a ver,
saber qué piensan de mí,
cuánto el amor que dejé.
He muerto, morí ayer.
Siento cómo Juan, Inés y Lola
me levantan a hombros,
me llevan en volandas
hasta mi nuevo hogar, supongo.
Un cura dando hisopazos a diestra
y siniestra, y una sinfonía de llanto
se adueña del ambiente.
Siento como un meterme
en una cámara oscura, caliente,
ardiendo, y voy haciéndome
polvo como cuando surgí.
Siento cómo, de repente, mi alma
alza el vuelo y se pierde,

y el polvo se queda abajo,
como el polvo de los muebles...
Siento cómo me depositan
en un bote de cristal e Inés,
entre sus manos cansadas, me coge,
me guarda en su corazón y echa llave.
Llevo aquí ya dos años, en no sé qué sitio,
un espacio inmenso, sin nada que ponga
una nota discordante, que destaque
de este monopolio blanco y asfixiante.
Solo, sin un dios que me dé conversación,
sin internet, sin bares donde bailar,
sin nada a qué dedicar el tiempo...
Las tardes son largas, las siestas, eternas,
sin libros, solo el mirar por una ventana
sin nubes ?aquí la lluvia no existe.
La buena fama del cielo
no tiene fundamento.
Prefiero mil veces el infierno...

Tenía miedo

Tengo miedo
cuando el goce
está al alcance
de mi mano.

?Cuando nos situamos más allá del miedo
todo es posible.
Los espantapájaros se clavan siempre
donde está la mejor cosecha.

El miedo le atenazaba las manos.
Ella esperaba siempre, detrás del matorral, cuidando de las gallinas,
echando margaritas a los cerdos, sonriendo su suerte...
El trabajo no era abundante, él se desempeñaba como ferroviario
en una estación perdida en medio de una explotación minera,
y, en compensación, la compañía propietaria le concedía
unos terrenos donde asentarse, levantar huertos de todo aquello
que fuese necesario a la manutención de su familia y montar
un gallinero, y algún corral para cerdos y otros animales de carne.
Recuerdo cómo salía de la oficina de telégrafos, donde tenía
su despacho, para atender cada expedición que llegaba, departir
con el maquinista al que nunca, ni en los días de menos ánimo,
sustraía una sonrisa y algún que otro golpe de humor de los que
gustaba repartir entre quienes le rodeaban, nunca faltó eso.
Ella, al cuidado de todo mientras él pasaba las horas entre puntos
y rayas, no paraba de trajinar: los niños al colegio, las gallinas
protestando la excesiva pugnacidad de los gallos, los puercos
oliendo a infierno, las hortalizas, tan lozanas como ella...
Él sentía la decadencia, veía como la explotación minera
iba marchitándose como una flor cerca del otoño.
Notaba cómo la afluencia de convoyes era cada vez menor,

cómo el transporte de mineral hacia el puerto decrecía
y eso, con un aire de tristeza en los ojos, le iba metiendo
poco a poco en la idea de que ese edén en el que se hallaba
iba borrándose como se borra un sueño al despertar.
Ella lo estaba sintiendo también pero, a diferencia de él,
trataba de entretener el pensamiento en sus quehaceres,
que eran numerosos, y cuando estos le daban tregua
distraerse en las labores de pasamanería que tanto le gustaban.
Así eran las cosas hasta que un día se arrió el telón.
Los trenes no llegaban, la compañía, ya huída de estas inhóspitas
tierras a su entender y a salvo en su país, no le informó
de su cierre, y él, esperando, enviando telegramas
que no llegaban a destino o, si llegaban, eran ignorados como
se ignora a una margarita cuando se le ha consultado por un amor.
Así terminó, pero la vida siempre cierra una puerta para abrir otra.

Amar y/o aprender

Amar a aprender
y aprender a amar.

No acabo de aprender.
Salgo de ti como de un atolladero,
como si, distraído, cayera
en lo hondo de un precipicio
y resurgiera a la superficie.
Estoy sano y salvo, sí, pero conservaré
de por vida una muesca en el alma.
Acabo de salir de ti y trato de andar,
de avanzar en un camino sin dibujo,
y siento, desde atrás, una especie
de viento que me succiona,
como si tu boca ejerciese una aspiración
brutal, un respirar huracanado
que desde donde estés me atrae hacia ti,
como si la fuerza de la gravedad, de pronto,
cambiase su orientación y se tendiese,
se hiciese horizontal y me llamara
como el suelo llamó a la manzana de Newton.
Siento como si tu aura estuviera
detrás de mí, siempre, ande hacia donde ande,
y me besara en la espalda
como hacías al despertarte.
Siento, con todo este marasmo,
sumergirme en un mar de confusión,
una especie de caribe cálido
y brumoso donde me sé renacido.
Me da la sensación
de que ?de una manera u otra?

este vínculo que parte de mí
y se introduce en ti te persigue,
te arrastra y me arrastra,
insiste en tu carne y se desdora
después de haberte saboreado,
una especie de astilla que cuanto
más se escarba en la piel
más persiste en su presa,
más quiere tu blancura y más tu olor.
No acabo de aprender de ti, sí,
y lo peor es que me siento un zote,
un burro que no ceja en su empeño
a pesar de que el roce del hierro
sobre la piel lo saja, lo baña en sangre;
pero es tan incontenible mi obstinación
que la sola idea de tenerte es más
decisiva que mi anatomía,
que mi integridad de pelo y algodón,
que mi insignificante estar en este mundo.
No aprendo pero amo,
y eso es lo que cuenta, amorcito.

Ese diciembre...

La queja
es una brasa
que te va quemando
la palma de la mano.

Era un día muy frío.
El invierno saludaba los cristales empañándolos, de madrugada, de un rocío
denso, como ya antiguo, que se escarchaba contra el paisaje.
Los campos adolecían de letargo, la marmota dormía en la profundidad
de su madriguera y soñaba con flores y agua, y los témpanos mandaban
sobre la fragilidad de las ramas, haciéndolas caer.
Por la mañana le gustaba abrir las ventanas de par en par, que entrara de lleno
la vida en su habitación y la inundara de un aire nuevo y reconfortante.
El frío se dejaba notar en las fotografías de encima de su cama, en blanco y negro,
una escena vestida de ropa de antaño sobre un río, una tarde de domingo,
unos aperitivos sobre un mantel blanco, sobre el verdor de la hierba, era diciembre.
Le agrandaba el corazón pararse, por unos minutos, a contemplar la fisonomía
de la mañana, acertar por la intensidad de la luz contra los chopos qué hora
estaba siendo, planificar qué hacer a lo largo del día y no cumplir casi nada
de lo pensado, cruzar la puerta en pantalón corto para sentir con la profundidad
de una puñalada las agujas de frío sobre la carne, revitalizarse, reflorecer.
Lo era.
Diciembre, en esas latitudes, siempre había sido un mes de cisco y brasero,
de recogerse en un salón de mesa de camilla y caldo de pollo, de anécdotas
de cuando la vida merecía la pena, de aquellos tiempos en que la pelota
de fútbol era de un cuero seco, pesado, y la indumentaria hacía daño en las ingles.
Le gustaba asomarse, decía, porque hoy ya ?en este instante en que escribo?
se le puede ver ?imaginar? solo en un nicho de una calle de un camposanto,
con una inscripción que hace justicia a quién fue.
Le engordaba el alma, asimismo, pasear de noche, que los ojos titilasen

a las incidentes luces de navidad colgando de las calles...
Y oir canciones, al revolver una calle, provenientes de una pequeña concurrencia, espontánea, cantando y raspando botellas de anís y zambombas, y ofreciendo alfajores y polvorones con un trago de vino dulce a fin de que ?al ser sobras correosas del año pasado? pudieran pasar de la garganta abajo.
La pulmonía se le impuso al fin y a la postre ?antes de nochebuena...

Nebulosa

Soy nebulosa si nazco,
y si crezco, claridad.

Nacer, y la palabra, ausencia.
Los labios se moldean
si la palabra llega,
la voz golpea desde atrás,
las cuerdas tensando,
el decir vibrando,
el aire cimbreándola, los labios
dándole forma y sacándola afuera,
llegando a otros oídos.
La palabra escrita sigue
idéntico curso, las cuerdas manos,
los labios dedos, el aire papel
y el mismo balbuceo...
Rasgando los primeros versos
la palabra se resiente, es nebulosa,
sale ostentosa pero hueca,
busca la palmadita en la espalda,
sale confusa, impronunciable,
la forma triunfa contra el fondo,
la apariencia contra lo real.
La palabra incipiente es abstrusa,
saca pecho cual ave en celo,
llama al amor de quien la escucha,
es ufana, difusa, falsa, miedosa,
segura de sí misma ?en apariencia.
Con el transcurrir de los versos,
la palabra toma confianza,
se contornea, se libra de grasa

y se enfrenta al frío ambiente,
va atreviéndose a ser ella misma,
va precisándose, adelgazándose,
sincerándose con su semántica,
despojándose de lo sobrante,
siendo quien es, sencilla, auténtica,
saliendo de su indefinición,
de su abstracción, haciéndose clara,
despejada, cielo azul sin nubes,
sol imperioso.
P.D. Todo esto viene a cuento
de una reflexión que un día tuve
andando: de cómo al principio
escribimos complejo pensando
que la buena literatura es arcana,
y cómo, con el paso del tiempo,
casi sin darnos cuenta, nuestro lenguaje
va soltando grasa y van persiguiendo
la esencia, la sencillez, la cuna
de uno mismo, y se aclara, deja de ser
pretencioso, ostentoso, vano.

Metrópoli

Si tienes que elegir
entre tú y el mundo,
elige al mundo.
?Frank Kafka.

Hay muchos mundos,
uno, dos, tres, quizás cien,
pero todos están en este.
Mundos que surgen
de una barita mágica,
de una pócima de bruja,
y que de repente se abren
como una flor que espera
esperma, y se cierra.
Vives en tu mundo,
y tu mundo es submundo
de otro mundo, y así
como muñecas rusas,
y todos se contienen
en este, su metrópoli.
Tu mundo es tuyo, solo,
y en él hallas cobijo,
chimenea, brasas, tizones
mal carbonizados, hogar,
escondite a salvo del ruido,
contra el tráfico externo,
solaz, sosiego, todo...,
pero ese mundo no existe,
es una entelequia, un montaje,
una pose, un espejo, un humo
que entra por tus ojos

y se te hace materia, habitación,
un mundo dependiente,
inscrito dentro de otro, mayor,
de este, el único que existe,
y que sin este no tiene argamasa,
cemento que pueda cimentar
sus paredes, su magia...
Tu mundo es un ensalmo
procedente de un bebedizo
que solo tú te has tomado,
y que solo en ti tiene efecto,
un mundo que bebe
de las fuentes de uno de fuera,
uno grande, inconmensurable,
que lo nutre como si fuera madre,
placenta, cordón umbilical
que le hace llegar la leche,
las galletas, y todo aquello
que lo nutre y lo embellece,
y que sin ese río tu mundo,
cual si fuera un feto, queda
desasistido, en un proyecto,
en un quiero y no puedo,
y no llega a ser.
Eres plastilina, y estás hecho
para que una fuerza inerte,
invisible, te dé forma
para así, definida, puedas
aspirar a la felicidad, a ser
quien puedes ser, y esa fuerza,
esa energía, viene de fuera,
de este mundo que te contiene,
que, como cáscara de naranja,
comprende tu pulpa y la sostiene,
la hace posible y la nutre,
la caroteniza hasta concederle

ese gayo color del que se gloria.
Euforia, plenitud contenida...

Dolor

No es lo que viví,
es lo que recuerdo.
?parafraseando al genio Márquez.

Dolor.
Atraviesas el dolor,
lo dejas atrás, que no moleste,
lo miras de frente, trasciendes
sus pétalos oscuros
y te liberas, vuelves a empezar.
El dolor es maestro, guía, enfría
cualquier brasa
que salta de la lumbre,
te pone los pies
sobre el camino y lo andas.
Ablandas con tu mano
el erizo que araña su superficie,
pones el dedo en su llaga
y huye cobarde, no aguanta
la fuerza de un iris fiero,
convencido, anheloso, libertario,
y pone pies en polvorosa
y no vuelve, porque solo volverá
a aquel lugar donde se le ha temido.
El dolor es un segundero,
su punzada es aguja, rota,
da vueltas sobre sí mismo
incidiendo en la herida,
insiste en su insistencia,
ahonda el rojo sanguíneo
de una carne ya cansada

y se para de repente, exhausto,
a reponer fuerzas y continuar
horadando si huyes, si no arriesgas
a encararte, a sujetarle los hombros
y volcarle la fuerza incontenible
de tu voluntad.
Lo tienes dentro, lo sientes
como un recorrerte las venas
para hacerse cargo de tu cuerpo,
cómo un rictus lanzas en su contra,
un globosonda que ose pararlo,
que impida su paseo triunfal
hacia la capital de tus posesiones,
que tus emociones sean soldados
de tu infranqueable muralla.
Dolor, lago, río que tienes que cruzar,
contaminarte de su agua putrefacta
y gozar, inmaculado, al mirar atrás.
Que quede en un recuerdo, una muesca,
una anécdota, escollo, obstáculo salvado.

Hablas

Hablas para no verme ?Como
un poema enterado
del silencio de las cosas.
?Alejandra Pizarnik.

Hablas y hablas,
hablas sin parar, sin mirar
a quien tienes en frente.
Hablas de bobadas,
de asuntos sin sentido,
haces ruido y contaminas
el alma, ensordeciéndote.
Tu voz se convierte en cigarra
de verano, sepulta el silencio
propio de la hoja, de la flor,
lo somete a un garrote vil
despreciable, atronador,
pronuncia un lenguaje sin pies
ni cabeza y todo, todo, para acallar
tu voz interior, tu verdad,
aquel pulso que late dentro, y
que no interesa que escuches
porque te aleja de lo que importa
al que puede, al que vende,
al que manda, a quien solo le interesa
tu docilidad, tu maleabilidad, a quien
le importa un comino lo que dentro
de ti sucede.
Sigues y sigues hablando,
como poseso, poseído de unas manos
que te guían desde arriba,
desde la atalaya de unas cuerdas,

desde el cordaje que maneja
los hilos de este universo, y tú,
tú no te das cuenta, marioneta.
Hablas y tus ojos me miran
sin mirarme, mirando a una nada,
a un vacío tan profundo que sobre él
ni siquiera navega un barco a la deriva,
ni playa que bese la arena, ni niños
bañando sus vacaciones de verano.
Todo es un carrusel de insignificado,
de estulticia, de insilencio,
que da vueltas y vueltas para no parar
en su esencia, no pensar qué se hace
ahí y ahora, qué sentido tiene girar,
dar vueltas como un hámster enruedado,
eternamente ennoriado, Sísifo roedor.
Hablas y sigues, sigues y hablas
y tu lengua no puede parar, y lo peor
es que el mundo te jalea, aplaude
tu ruido, tu estertor insoportable,
tu mimetismo, tu impersonalidad,
tu borreguismo a ultranza, y compras,
y compras, y consumes y consumes,
y no paras de hablar y no te paras
a pensar dónde estás, sigues, andas
hacia ninguna parte como siguiendo
un dictado, como un salmón que aún
entregando su vida asciende su río
y se ofrece a las fauces de un oso,
no sin antes dejar su carga genética
sobre unas aguas turbulentas, las suyas
?sin pensar para qué?.
Hablas y hablas y hablas, bla, bla, bla,
descendiendo hacia un féretro insonoro.

Existo

Soy fruta
que jamás llegará
a ser madura.

Soy poca cosa.
Me he hecho a lo poco,
soy hijo de lo escaso,
de lo menos, de lo insuficiente,
acostumbrado a vivir de mondas
de patatas de un cubo,
del estiércol de las tiendas
del barrio, de la compasión
del que pasa, de la pena...
Vivo de aquello que no se compra,
que acaba en el vertedero
más próximo donde, cual festín,
comparezco a la comida diaria.
No sé qué materia
me compone, quién soy,
qué sangre me recorre.
Transcurro dando palos de ciego
a un reloj girando en mi contra,
que con sus agujas no sabe otra cosa
que pincharme, que provocarme
y despertar una ira innecesaria,
contenta de estar latente, dormida.
Con poco sobreexisto,
me alimento del aire
que me circunda, que me acosa
con su peso, que me presiona
contra el suelo y me estresa.

Mi plato favorito consta
de una nada al horno salpicada
de gotitas de nostalgia y recuerdo,
y aderezadas con el elixir
de la caridad que de la gente
que pasa me llega todavía.
Soy militante de una escoria
que duerme en las calles, se derrite
en verano y se congela en invierno,
y el colchón de adoquín se vuelve
pluma tras unos buenos lingotazos
de vino, y la compañía del semejante
vale oro, y su miseria es potosí.
Soy tan insignificante
que casi no tengo nombre,
mi carnet de identidad
se caducó nada más nacer,
mi partida de nacimiento
no consta en ningún registro,
soy un caso perdido, no figuro
en los anales de este el mundo
que me hace perecer, y ahora nazco,
y asiste atónito a mi renacimiento
como un notario frío, distante,
cuya tinta fracasa ante cualquiera sea
el calor que se le acerque, indolente.
Renazco porque se me ha recogido,
ayer, unos jóvenes que decían
venir de una ong me ofrecían cobijo,
yo los miraba con recelo, incrédulo,
me ofrecían ducha, aseo, ropa limpia,
y sus caras eran espejos del alma,
y su vibración decía bien de ellos.
Me despedí hasta pronto de mis iguales,
eché al hombro la escasa pertenencia
que se desperdiga por sobre mi colchón,

y emprendí la aventura.
Hoy soy alguien, tengo un número,
una foto sobre un documento, se me llama,
se me da una mesa para comer, existo...

Ventanas

No pienses,
deja al miedo
las riendas.

?de eso se trata

Ventanas.
Ventanas pequeñas,
algo más grandes, grandes,
espacio vacío donde asomarte
a un mundo que no ves,
que solo imaginas,
que no existe y vives
como si existiera.
Ventanas, teatros ambulantes,
cómicos de la legua, titiriteros,
marionetas que cuentan cuentos,
películas, que practican el horror vacui
fabricando alboroto, plantando árboles
que impidan ver el bosque,
que dificulten que vuelvas los ojos
hacía dentro, en busca de sentido.
Ventanas cuyo cometido es que seas
carne deambulante, pollo sin cabeza,
cuerpo deseante al que se le niega
lo que busca cuando está a punto,
tántalo al servicio del comercio,
del vil metal?si Quevedo
levantara la cabeza...
Ventanas que dan a una avenida,
a una plaza que brilla de inexistencia,

a una nada pintada de mil maneras.
Ventanas que bosquejan primaveras,
paisajes de atrezzo ?porque
el cerebro cree sin que la verdad venga?,
e inventan mundos de quimera,
distintos, distantes, con tanto almíbar
que olvidas sinsabores de repente,
en un abrir y cerrar de ojos, y hacen la vida
más vivible.
Ventanas de pestillo fácil,
al alcance de un dedo ?no te muevas
de donde estás, no hagas ningún esfuerzo.
Cárcel sin barrotes ni celda pero cárcel,
engaño que engaña, edén sin Adán
repleto de manzanos y serpientes
?no hagas caer siquiera una gota de sudor
de tu frente?, ni partos que de ninguna
Eva arranquen un grito, un arpegio de dolor.
Ventanas fieles, compañeras veinticuatro
siete, drogaína dispensada en tabletas
de irresistible color y sabor, sirenas
que desde lo más profundo del mar
reclaman con el terciopelo de su voz
tu comparecencia, tu servicio, tu dedicación,
hasta tu esclavitud si es preciso,
y lo más preciado que tienes: tu atención.
Ventanas sin persiana ni cortina ?que la luz
entre y hiera la retina?, sin antídoto ni fórmula
ni triquiñuela que te abstraiga de ellas,
que no ceses...

No te olvido

Nunca se dice adiós
mientras se ama.
?Francisco Pino.

No te olvido.
No pretendo olvidarte,
no te olvido,
no busco olvidarte,
no te olvido,
me acompaña tu recuerdo,
no te olvido,
no quiero olvidarte,
no te olvido,
no puedo, persistes
en mi mente, tu sonrisa
incrustada en mis anales,
no te olvido,
tu ojos de azabache,
tu ingenio, tus gafas
medio rotas, tus miedos,
tu desengaño, tu resignacion
esperanzada, no te olvido.
No te olvido, no puedo,
tu eterna crema de mañana,
tu pastillero, tu depender
de la sustancia para seguir vigente,
tu alegría, tu posesividad, tu reserva
a ser quebrada por dentro, tu fragilidad,
tu inmensa fortaleza, tu todo.
No te olvido ni quiero,
ni debo dejarte pasar

sin pagar peaje, quédate.
Si vienes por mi fonda entra,
pide habitación doble con vistas,
solo para un fin de semana,
desnúdate en cuanto te acomodes,
no pierdas tiempo que no lo hay,
espera a que llegue que estoy
al llegar y perfúmate de optimismo.
Quédate el tiempo suficiente
para bebernos profundo,
para que tu olor, casi inexistente,
se me pegue a la pituitaria
y nunca me abandone, no me dejes.
No te olvido, soy tuyo de por vida,
y aquí te espero, en medio de la niebla,
en esta estación de lejanías
donde el tren pasó y no se espera
que retorne a su andén, casi es tarde.
Fui irremisiblemente tuyo
desde el momento en qué,
afeitadora en mano, limpiaste
de broza mi pubis, enmarañado,
con tanta maleza de por medio
que apenás quedaba espacio
para tus besos, tu succión lenta.
No te olvido, cariño.
Sé que tu fuente me espera,
que me ofrecerás agua fresca
y que beberé sediento de tu acequia.
Pero ahora es verano, tu agua escasea.

Abandonada

Un poema no se termina,
se abandona.
?Paul Valéry

Te abandoné.
Te dejé tirada en medio
de la carretera, herida.
Me fui y te dejé, lloré
de impotencia, te di
la espalda y me fui, sola,
abandonada de mí, de ti
misma, herida, atropellada,
embutida en un amasijo
de hierro, retorcido, un accidente,
de frente, a más de ciento veinte,
postillas de sangre en las manos,
alguna magulladura en la cara,
diciembre a finales, girnaldas
en la entrada del pueblo,
abandonada, aturdida, ignorante
de que me iba y te dejaba, ausente
al dolor que sentías, sola, me fui,
no funcionaba, no era el momento
de abandonarte, frío, atardecer,
fin de año, casi campanadas,
petardos a lo lejos, escarcha, soledad,
témpanos sobre las cornisas, piernas
que no responden, sin fuerzas,
?me contaste?, y el asfalto caliente,
dos roderas negras sobre el alquitrán.

Me fui andando al pueblo de al lado,
las cabinas de teléfono brillaban
de ausencia, los niños en las calles
tirando petardos, las familias brindando
con cava, ignorando mi desgracia,
y las estufas de las casas, calientes,
y el alcohol calentando los conductos,
y alfajores y mariscos y pescados
empujados hacia dentro y tú, entretanto,
yaciendo yerta, rojo asfalto de tu sangre,
columnas de humo saliendo del capó,
inmóvil, quieta, las piernas incapaces.
Me asomé a una ventana, toqué el cristal,
cuatro caras sentadas alrededor de una mesa
brindaban sordas a las súplicas, otro mundo.
Volví a tu lado, fría, yerta, una manta verde
en el maletero tapó tu naufragio, una sirena
al fondo ululaba azul y blanca, estridente, serena,
?siempre se enciende una luz al final de un túnel?.

Obsesiva

Yoko Ono
no tiene
la culpa
de todo...

Eran muchas las horas de estudio, las giras multitudinarias, eternas,
las ausencias, largas, su ir y venir al apartamento de Manhatan,
una constante, su echarlo en falta, inmenso, su estar harta de todos
ellos y su éxito, inconmensurable, su maldecir, diario, proverbial
entre sus vecinos, sus llamadas a Tokio en busca de consuelo, frecuentes,
intempestivas ?su madre, su psicóloga.
Era una mujer posesiva ?y lo sigue siendo? y lo que le constaba suyo,
incontestable, apodíctico, y la falta de su calor bajo las sábanas, bajo
el silencio de la noche, insoportable ?necesitaba su tacto?.
No eran suficientes sus llamadas al mánager para apartarlo de inmediato
de lo que estuviera haciendo y ponerse al teléfono, que aunque fuese
por la brevedad de unos minutos salieran de su boca palabras de amor,
alguna caricia en forma de pentagrama, algún te echo de menos cariño.
Su éxito la castraba tanto como la reducía a la nada, la confinaba a hierro
en una ciudad que detestaba, que le recordaba al Tokio de su infancia
cuando el invierno acallaba las calles de bullicio, de vida.
Algún día se levantaba al trabajo con el cansancio de quien no ha pegado
ojo en toda la noche, pegada a un aparato de radio cuya voz, aséptica,
en el conjuro de una densa quietud, se tornaba más afectiva y acogedora.
Su quehacer diario ?exigente, por otra parte? apenas lograba distraerla
de su vacío, de pensar en él y en si, por una carambola del destino, una chica,
más joven, más guapa, se hubiera cruzado a propósito de algún concierto.
Durante sus ausencias ella incrementaba el ritmo de trabajo, las sesiones
de fotografía eran más largas, más meticulosas, y el agente literario, paciente,
en ocasiones perdía los nervios ante las ocurrencias, los caprichos de diva,

y las impertinencias que prodigaba como manera de llamar la atención
?tanto que este se contaba ya como el cuarto desde que empezara el año?.
Le costaba cada vez más cubrir su ausencia, y me atrevería a afirmar que no era
tanto la falta de intimidad con él cuanto la inseguridad que le producía pensar
que mientras lo extrañaba pudiera serle infiel. Eso le subía por las paredes.
Pero tenía una convicción muy vigorosa, cada vez más: Que algún día
sería solo suyo, y a no mucho tardar.

Que seas...

El medio es el lenguaje,
y el
mensaje...

Preferí no decirte,
no exigirte ni un ápice
de tus ganas, ni un céntimo
de tu sueldo, ni un gramo
de tu carne ?no debí?.
Está mañana, muy a deshoras,
se me posó un jiguero
en la ventana, me miró
durante un rato, parecía
querer decirme algo, me así
a la posibilidad de que tú
vinieras, llenaras de miel
el frío hueco de mi habitación,
sintieras lo que yo siento,
mordieras la manzana roja
de mi desaliento ?algún gusano
ya sale?.
Preferí dejarte en la estacada,
bajo la profunda trinchera
de las preguntas sin respuesta,
al socaire de mis dudas
cuyo beneficio tiende a cero.
Preferí dejarte.
Quizá no fue la decisión
más acertada del mundo
pero tuve que huir ?corriendo?,
tuve que comprender que aguas

abajo hay disuelta una verdad,
un espasmo que tiembla, ondas
hertzianas que resultan voces
que me hablan, me ordenan,
sonidos imperceptibles que
sin saber de dónde me mueven.
Sí, entendí eso, y que esa fuerza,
ese impulso, es el mar contra la roca,
es erosión lenta, es alma, es inmensa,
y ante ella poco puedo oponer,
poca resistencia ?cuando no puedes
con el enemigo...
Preferí quererte en la distancia,
dejar que dieras de sí, que tu vida
eligiera en qué cama deseaba pasar
el resto de su vida, y no interferir
entre tu verdad y tú, tu misión.
Dejarte espacio, tiempo, espaciotiempo,
dejarme ser, ser siendo, o no siendo,
vagar por las calles como el viento,
sin rumbo fijo pero sabiendo
que tengo casa, lecho, llave, sueño...
Dejar serte, dejarme sin aliento,
que el sentimiento se teledirija,
se sintetice en una nebulosa ciega,
equidistante, disonante y tierna,
en una cenicienta sin cuento,
en una ciénaga sin arena, sin pasto.
Que seas, que sea siendo...

Contra el cristal

He tratado de hacer
arqueología
de mí mismo.
No sé si lo he conseguido.

?José Luis Sampedro.

Las rosas son más rosas
esta mañana ?el sol revienta
los cristales?.
Las nubes son legión
contra cualquier atisbo
de tristeza, el viento las empuja
mar adentro, hacia un océano
de asfalto y miedo por partes iguales.
El cielo solo se concibe como
una cinta transportadora, como un lienzo
donde ellas viajan de unos confines
a otros sin pagar peaje, cual fueran
pompas de jabón.
Con la lentitud exasperante de quien
no tiene paciencia van pasando los minutos,
la mañana se torna eterna
y eso me gusta ?el tiempo del que dispongo
para escribir se ensancha sin fin?.
La temperatura parece tibia,
el invierno duerme todavía
con la profundidad de quien no tiene prisa,
de quien sabe que tarde o temprano
tendrá que rendir cuentas de escarcha
y témpano, y pasar factura de resfríos,
gripes y destemplanzas ?en breve.

El termómetro ?contento por momentos?
se toma una ligera tregua antes de caer
al abismo de los números y el mercurio.
?la semana que viene se anuncia descenso?.
No estoy siendo capaz de mirar de frente
la luz que reflejan los cristales de los coches
al pasar, tal que si la retina ?ya fraguada
en mil batallas? claudicara de repente
ante tanta expectación y premura
?eso no me pasaba antes?.
El día se tercia para salir ?ahora no puedo
porque estoy escribiendo? y las nubes siguen
en su misma formación marcial, batallante.
No sé qué hacer ?tengo trabajo dentro
de un rato?, si cortarme las venas
o dejármelas largas, no lo tengo claro.
Esperaré a que el devenir hable...

Qué pereza...

Cuando se escribe por necesidad interior uno vive lo que ha escrito, no escribe lo que ha vivido. El escritor auténtico escribe con su carne, su sangre, su médula, lo mismo que la araña teje la tela con su propio cuerpo.

? José Luis Sampedro.

La lumbre de la chimenea tiembla,
no ha carbonizado bastante, un aire
caliente llena la estancia, irrespirable,
me late algo más deprisa el corazón
al contemplar las fotos, el blanco y negro
me entristece, el sentir se me amontona
en el bolsillo del pijama, el café aún no sale,
las neuronas están pendientes de él,
sin su dosis no soy persona, y se recrean
en un compás de espera que me pone la piel
de gallina.
Creo que he dejado la ventana del cuarto
abierta ?pensé de pronto?,
y subir las escaleras es un ejercicio
que se me antoja imposible, la rodilla
sigue en un naufragio cuyo final no atisbo,
no advierto en ninguno de los rincones
de mi esperanza ? desfallezco de melancolía.
Tengo que subir a cerrar la ventana
?me digo urgente? y me siento en el sofá
para encarar las zapatillas ?con lo agusto
que estaba tendido?y emprendo hacia arriba
el pie derecho sobre el primer peldaño.
La rodilla me hacía un gesto de desaprobación
al que hice caso omiso ?acabó agradeciéndome

el empeño? y, tras un suceder ascendente,
llegúe al umbral de una puerta que temblaba
de viento, la abrí, crucé un túnel de hielo
hasta la ventana y logré cerrarla contra el dolor
de apoyarla con toda la fuerza que pude reunir.
Al volver la vista comprobé sorprendido
que la foto de la mesita de noche estaba vuelta
hacia la pared, ?qué fuerte debió de ser
el viento que entraba? pensé, y sentí como
desde los pies me ascendía un hormigueo
vivo, punzante, que subió el torrente
sanguíneo hasta alcanzar el pecho.
¿Qué me pasa?
Bajé la escalera, afronté el primer escalón
?el más empinado y difícil de todos?,
y me entró un inesperado vértigo
?nunca me había pasado?
me dije.
Gané el sofá y me desparramé
en él con la alegría de haber logrado
la más preciada de las metas, me recliné
sobre la molicie apetitosa de este almohadón
y me dejé seducir por Morfeo ?qué placer?.
Al poco de conciliar el sueño empecé
a soñar ?la rodilla parecía dormida, respiraba,
y sus labios sellados al quejido,
a la desventura de un nervio pinzado...
Sueña, tranquila, inocente..., y yo con ella.

Nunca

Lo que no es tradición es plagio.
?Al último que se la escuché
fue a Sabina (aunque sé que no es suya)?

Suelo escribir al tenor de una cita, al calor de un pensamiento,
pero en esta ocasión me quedo en blanco.
Abuso en exceso de la escritura intiutiva, aquella que surge
de repente a medida que tiras del hilo, esa de la que en tiempos
de Maricastaña llamaban automática, sobre todo los epígonos
de un tal Breton y de otro tal que llamaban Tristan Tzara o algo
por el estilo.
Emprendo unas líneas; a ver qué resulta:
No creo.
No creo poder,
no creo inventar,
estoy hecho de retazos
de otras telas, de tejido
de otros tejidos que ya
fueron tejidos por otros
tejidos y estos por otros.
No doy para tanto, solo
imagino que creo y no creo
que lo que pueda crear
sea mío ?nada es mío
por otra parte, nada es original?.
El magma que me rellena
es una sustancia caliente
que es ardida por un recuerdo,
por un sedimento debido
a otros sedimentos y estos

mezclados en otros crisoles
más antiguos, cada vez más
si soy capaz de remontarme
en la geografía de los tiempos.
Soy un centón, una manta hecha
de retazos de otras mantas
cuya lana me abriga de prestado
?no, no soy capaz, no puedo
inventar nada que no sea antiguo,
nada que sea mío realmente ?.
Me empeño en vano
en hurgar entre el sargazo
de mis fibras para hallar el elixir,
ese motor primero que por fin,
por primera vez, me lleve a pergeñar
algo que sea mío, que sea esencia,
pero no puedo, mi esencia está
mixtificada de tradición, nadie
es puro en su raza, la mezcolanza
es la ley que impera en la piel,
en la carne, en el sentimiento
de cualquiera que se digne humano.
No, no he alcanzado, no lograré
por más que me empeñe
mi propia piedra filosofal,
esa fórmula mágica que me haga
transformar cualquier palabra,
cualquier frase, texto, hipertexto,
novela corta, menos corta ...
en algo original, que merezca la pena.
Por eso no lo hago, no me atrevo...

Prefiero la Astronomía...

Crecer
es aprender
a despedirse.
?Risto Mejide.

Crecer o no crecer,
that's the question.
Conformarse siendo peón
en un tablero a veces negro
a veces blanco o soñar,
aspirar a ser algún día
el rey ?o incluso mejor ,
la reina? y madrugar día
a día para alcanzar a subirse
a un trono mentiroso, de
cartón piedra; a una silla
eléctrica que se ofrece como
aliciente en un paquete
de magdalenas si te acercas
a ese tenducho que debajo
de tu casa esta abierto todo el día,
que debe de ser un chino
porque no sabe lo que es cerrar,
ni siquiera en la pesadez
de la tarde primera del verano,
cuando a las cigarras apenas les queda
un hilo de voz para seguir cantando,
y que se encaja en la esquina
izquierda de la calle que queda
a la derecha de ninguna barriada,
de ninguna vecindad, de ninguna

vida, de ninguna sensatez.
Me da la sensación de que me niego
a crecer, de que no sé qué me espera
al otro lado de la lozanía, de la prestancia,
de la fuerza en las manos, en las piernas,
y que ese no saber me empuja
hacia atrás como aquel cetme que cargaba,
limpiaba y a veces disparaba durante
los meses vacíos que dediqué a la patria
?aunque nada sea nunca en vano?.
Y eso de aprender a despedirse...
Sobre eso ya escribí algo.
Mantuve que la muerte solo nos llega
al conocimiento a través del otro,
que le tenemos tanto miedo que nos negamos
tajantes a verla dentro, a ver cómo la carne
va muriendo a una cadencia genética
y disimulada consistente en un ir renovándose
cada ciertos años con alguna pérdida de datos
para así evitarnos el maltrago de volvernos
inmortales y disputarle el trono a quien
se dice Dios, quien se erige como el rey
del tablero y cuya autoridad por nada del mundo
se presta a disputar ni a perder.
No quiero aprender a eso, prefiero estudiar
otra carrera, una donde no tenga
que girar la muñeca, con la mano abierta,
de un lado a otro como si fuese una bandera
y dejar, acto seguido, de ver para siempre a nadie
que haya arrancado, o ingerido, aunque fuese
una migaja de un corazón como el mío.
Prefiero aprender Astronomía...

Imaginando

Mi única patria,
mi imaginación.
?Derek Walcott

No imagino,
no sé imaginar,
no me imagino
un abrir los ojos
sin que la luz
con su toctoc hiriendo
el cristal de la ventana
me interpele la entraña,
me saque de la pereza
de la cama y me expulse
a un sargazo incierto,
que me haga parte integrante
de un mundo de cartulina y
témpera ?ese mundo que invento?,
que me erice el vello de la nariz
ante la premura de volar
sobre un mar de nubes,
inexistir detrás de cual fuera
que fuese el impulso, dejar
que algún viento del oeste
me acune en volandas hasta
un confín desconocido, un horizonte
de sucesos, y me convenza
de que lo mejor está por llegar,
de que es preciso confiar en el reloj
que gobierna el surgimiento de una flor,
que dejarse mecer por las olas

no es una opción sino una necesidad,
que es preciso ser una bandera
al son de una marejada, que cualquiera
que fuese la adversidad de una meteorología
no será nunca obstáculo sino oportunidad.
No imagino sino dibujo, contorneo flashes,
impresiones, percepciones que buscan
un sedimento, un limo, una arcilla fecunda,
una amalgama gris cenicienta
a tono con la malvasía de mis neuronas
hasta conformar una malla acogedora,
un nido confortable y cálido.
Simplemente ?es muy fácil?
me limito a no estar mientras
la imaginación hace su trabajo,
no interferir entre la corriente
que su circulación va generando
y los pensamientos que en la mente
se van dando cita, aclararla de nubes
a fin de que la luz entrante no encuentre
oscuridad, obstáculo, impedimento.
En definitiva: que la Imaginación
abarrote, inunde, limpie de broza
y de impurezas todos los conductos
que cual ciudad de topos entretejen
el interior de mi universo, mi mundo,
y lo revierta puro, floreciente, sin mácula.

Quise

Que sin saber hemos sabido
querernos como es debido
sin querernos todavía
?Ahora. Sabina.

Quise, te quise.
Allí, en lo alto
de una montaña de heno,
allí, donde habitan
todas las agujas de todos
los pajares del mundo,
esas agujas que nacen
de la paja para pinchando
recordar del pecado de lujuria
que se está cometiendo
en cada preciso instante.
Te quise, sí, como se quiere
al vaso de leche de mañana,
fresquito sobre la garganta,
ni muy edulcorado ni muy poco,
con su justa carga de nata
?esa que se queda pintada
sobre el futuro bigote?, así,
como la brisa que de verano
te llega cuando el calor más vivo
azota, cuando más hambre
de sudor y de besos acusa la noche.
Quise, pero si me atengo
a la serenidad que da la distancia
no te quise tanto, a decir verdad.
Fue un querer circunstancial,

obsesivo, como un Freddy Krueger puñal
en mano avalanzándose sobre tu cuello,
como una hiena desea la carne
ya putrefacta de la víctima de un león
victimario como fui yo en tu ocasión.
Quise, te sigo queriendo, ahora que pienso,
que me paro a recordar lo nuestro,
aunque reconozco lo torpe que fui, lo vil
y despreciable ante tus constantes súplicas,
lo insensible, lo inhumano ante el dolor
que colmillo abajo se te derramaba, tu axila
hirviendo ante la acometida de mi ingle,
tus gemidos, que hasta la vecina del cuarto
se dignó dar cuatro golpecitos sobre la pared
para ver si pudiera ser que pegara aunque fueran
dos horas un ojo esa noche, todo en vano...
Ya putrefactos esos momentos, esos recuerdos
tan ardientes que el destino convirtió en papel
mojado, y ni siquiera levantó acta, para qué.
Te quise, sí, y ahora te pienso, aquí, en la penumbra
de este fuego que ya pide brasas.

Dijo un sabio

Si quieres llegar rápido
ve solo.
Si quieres llegar lejos
ve acompañado.
?Alguien que escuché
en la radio.

LLego rápido.
Piso el acelerador
al ver a lo lejos
un semáforo ámbar
con la esperanza
de que el rojo
no me alcance,
quede atrás,
no parar,
no detener el curso,
no contener el ritmo
de mis galoposos caballos.
Corro para evitar
sin evitar lo inevitable
?todo lo contrario?,
multiplico el dolor
que quiero esquivar
si me doy en parar,
y mis caballos
me piden agua
haciéndoles caso omiso,
no puedo detenerme
porque el semáforo
al fondo está en ámbar

y amenaza con el rojo,
aunque no cualquier rojo
sino un rojo intenso,
escarlata, que maltrata
la fragilidad de una retina
ya cansada en mil batallas,
y tengo que seguir
sobre un asfalto que va
quemando cada vez más
conforme se adentra el verano,
y mis pupilas se van calcinando
conforme el rojo del semáforo
se interna en dirección
al cerebro con la ayuda de un nervio
que solo sirve de mensajero
?no veo con mis ojos?.
Llego rápido pero a destiempo,
cuando todavía las calles duermen,
cuando el tráfico no es tráfico
aunque el parpadeo de los semáforos,
huérfanos de clientela, invita
a que los vehículos salgan a la carretera
y la vayan desgastando poco a poco
?qué gasto más absurdo de luz
el de unos semáforos de madrugada...?,
y llego o antes de tiempo, cuando
los supermercados están cerrados,
o tarde, cuando el muñeco verde
se pone a andar y me obliga al frenazo
repentino y violento ?qué gasto
más absurdo de neumáticos y asfalto?.
Nunca llego lejos porque siempre,
alguna piedrecilla a contratiempo,
se cruza en mi camino y me hace
tropezar y volver a la casilla de salida,
y todo el esfuerzo en luz, gasolina,

asfalto, líquido de freno..., todo...,
para nada, corriendo sumidero
abajo hasta las cloacas del desquiciamiento
y el sinvivir ?todo para morir en la orilla.
Desde mañana, sin falta, reinicio
mi pc y me pongo en modo lento,
cambio el cronos por el cairós
como recomienda un sabio entre sabios
llamado Pablo D'ors
?lo tengo claro: punto de inflexión,
nueva era, nueva etapa, sin semáforos
que se anuncien al fondo, sin coche,
sin acelerador, sin freno, sin embrague... ?.

Tan inmaduro...

Cuando las arañas
tejen juntas atan
a un león.
?proverbio etíope
no transcrito con exactitud.

Insisto en la ventana,
el mismo paisaje,
la misma luz, intensa,
el mismo domingo,
el mismo soneto
que se me resiste
?me aburre contar?,
los niños en el patio
jugando con una motovespa
rosa de pitido simpático,
se pelean tal y como lo hacía
de pequeño, tonteando
con unas niñas, infinitamente
más inmaduros que ellas,
imponiendo ?ellas? su dominio sexual
sobre la inocencia aplastante de una genitalidad
incipiente y que con el tiempo acabará
frustrada; impotentes ante la fuerza arrolladora,
telúrica, que ellas encierran ?nihil novum sub sole?.
Una chica ?parece alfa? se envalentona
con un chico, hace poses de aquellos
machotes de siempre, líderes de manadas,
hinchadores de pecho, afiladores de miradas,
lectores del miedo en el miedo del más débil,
de quienes se le rungan ante su presencia.

Le pega un cachete en la mejilla derecha
por malo, por no obedecer las órdenes,
las reglas de un juego sin precedentes,
de un juego que la chica alfa se inventa
y, aunque en contra del parecer del resto,
ella impone y establece como si el poder
fuera solo cosa de ella, su solo manantial,
pero otro, más pequeño, más delgado,
se le rebela, se le envalentona y ella,
perpleja, inesperada, aprueba el gesto,
premia el atrevimiento y se apostrofa,
se constriñe, lo aplaude y asiente, sonríe.
Al fondo un avión se aproxima y me encanta
verlos desaparecer tras el árbol pegado
al edificio blanco ?no sigo porque de esto
ya escribí?, y la luz que envuelve el pedazo
de cielo que veo desde aquí me parece
de una tesitura deliciosa, para comérsela,
tanto que invita a salir, a lanzarse balcón
abajo y volar con la única salvaguarda
de la imaginación; dejarse planear al colchón
que las corrientes extienden arriba y soñar
que no soy ni materia ni forma ?hace unos
minutos leí a Alfarabi comentando la Metafísica
del estagirita?, que solo alcanzo a ser un concepto,
y existo en cuanto existe este segundo,
este espacio de tiempo al que llaman momento.
Me asomo a ver si los niños siguen abajo,
el banco en el que estaban está ya desierto
pero sigo oyendo el pitido de la motovespa,
y escucho algún grito, alguna risa, y las nubes
al fondo, coronando la montaña, no son una amenaza,
están en modo estratocúmulo algunas
y otras más bien círricas, pero todas ellas
al lo lejos, sin molestar, en donde son ornato
y no tristeza ?el azul es ley, todavía?.

Sí, éramos tan inmaduros comparados
con ellas ?y no he dejado de serlo,
no he salvado ni salvaré jamás esa distancia?.

Más adentro

Entremos más
adentro
en la espesura.
?San Juan de la Cruz.

Es sublime.
Sublime es ver
la coloración que el bosque
va tomando conforme pasa
el día, a medida que viajamos
por la sucesión de horas
que nos va ofreciendo el reloj.
Me apetece ver ese efecto,
sentarme debajo de este árbol
milenario y sentir el peso irremediable
de sus hojas, de su savia,
y fundirme a través de su corteza
en la sustancia que lo define,
que hace que su nombre se pronuncie
así y no de otra manera, que se le llame
ficus y no almendro ?por poner un ejemplo.
Me gusta mirarte en esta tesitura
que estoy describiendo, cómo tu cuerpo
recibe toda esta inmensidad, cómo la naturaleza
con mayúsculas que se cierne a nuestro alrededor
se sintetiza en ti y te concede esa misma grandeza,
esa totalidad concuspicente que tanto me pone.
Que este extracto de luz que ahora se filtra
por entre aquellas hojas llegue a ti, a las inmediaciones
de tus ojos y se funda con el azul garzo que los caracteriza,

que, refractándose al contacto con tu líquido, reproduzca
el espectro infinito que constituye un arcoíris.
Recuerdo que le dije unas palabras a este respecto,
ella me miraba incrédula mientras las pronunciaba,
y con una media sonrisa ladeada y una expresión
en los ojos entre irónica y guasona me tildaba
de loco, pero no de un loco de atar sino más bien
de un loco de diseño, concebido para solo impresionarle,
nada más, y conseguir la pitanza deseada, su carne,
y transgrediendo toda norma moral
me dio un beso, un beso repentino
que me empalagó de azúcar y a la vez me abrasó
de sal marina, de esos que quedan
impresos de por vida en los labios,
en la biografía de cualquiera que lo reciba.
El bosque despertaba entonces.
Dormimos en una tienda de campaña
de esas que venden en Decatlón,
de esas que duran lo que dura una aventura.
Al abrir los ojos, ella primero y yo segundo,
a la cerrazón que suponía el techo de lona verde,
con el cortisol en su punto culminante, surgió
un abrazo de sentirnos solos en medio
de una infinitud hostil, como si hubiésemos
dormido en el vientre de aquella ballena
que tragó a Jonás por accidente, sin previa intención,
durante tres días y tres noches, justamente
como fue esa vez.
De esto le hablaba ayer, recordando al hilo
de unas fotos que hallé de casualidad.

Qué más da ...

Ama
y haz
lo que quieras.
?San Agustín.

No sé qué hacer.
No sé si lo que pienso
es lo adecuado.
No sé si haciéndolo
daré con quitarme
un peso de encima.
Ayer lo hablé
con mi psicólogo.
Él me confesó
que si fuera yo
haría esto y lo otro,
y yo le contesté
que por fortuna no es
ni lo que soy ni lo que fui.
Y si no fueras yo, ¿Qué harías?,
le repliqué, y él me contestó:
yo haría esto y lo otro;
miré al granulado del techo
del gabinete, color malva, y le dije:
pues si yo fuera tú me divorciaría
de tu mujer y me retiraría una temporada
a un monasterio de esos que ofrecen
retiros espirituales por un módico precio
?y él me contestó que esto y que lo otro?,
y me dije: siempre me contesta lo mismo,
ya no vengo más, me cambio de psicólogo,
pero no sé que hacer porque al final

uno tiene su corazoncito y a todo se le coge
cariño, y al fin y al cabo lo que importa
es que me escucha, que lo que me diga
es lo de menos, que esté ahí,
porque diga lo que diga voy a hacer
al final lo que me dé la gana...
Si quiere seguir contestándome a todo
que si esto y que si lo otro que lo haga,
yo lo quiero por cómo me mira, por cómo
su voz reverbera entre las paredes
de este sucio gabinete, por cómo le tiembla
la comisura de los labios cuando me dice
una mentirijilla de las suyas, por cómo me cuenta
milongas aún sabiendo que no me las estoy creyendo.
Si me quiere seguir diciendo que esto y que lo otro
que siga, hago oídos sordos y le pongo cara
de creérmelo todo y de agradecer el favor
que me está haciendo templando las marejadas
que corren en mi mente sin rascarme el bolsillo
?porque no le pago un euro, es mi empresa
quien corre con los gastos y de la nómina no se me
detrae nada por este concepto ni por otros?.
Él se llama Manuel pero ya le llamo Manolo,
ya me invita a café y a veces también a cruasanes.
Que me diga lo que quiera, total...

Estoy plof

El espíritu ha de ser un papel
en blanco donde Dios escriba
lo que quiera.
?Miguel de Molinos.

Cuando no sé qué escribir
miro por la ventana.
Sé que es injusto contar
con esta ventaja pero así
son las cosas.
Es probable que no todos los escritores
cuenten con ella, pero ella no es
cualquier ventana sino una que diera
a un paisaje digno de así ser llamado,
uno que embriague lo suficiente
como para inspirar unos versos,
o mejor, si diera abasto, un relato.
Hoy, ahora, en este instante ?como suelo
decir con frecuencia? , veo un cielo azul
nuboso, tanto que las nubes se han disuelto
en el azul de fondo hasta restarle la alegría
propia y exclusiva de los cielos azules,
con alguna nube, si fuera posible cumuloide,
brotando en alguna esquina como si fuese
una amanita faloides o cualquier otra seta.
No, la nubosidad que veo es calimosa
?si se me admitiera el vocablo?, porque
concede al cielo una bruma de esas
que se dicen producto de la contaminación,
del abuso de que hacemos gala contra

algo tan preciado como es la Naturaleza,
de una práctica que constituye un verdadero
atentado carbónico contra lo más sagrado.
No me está ayudando la visión detenida
que estoy infligiendo sobre el paisaje
que está detrás de los cristales de la ventana,
no. No porque estoy un poco de capa caída;
una compañera de piso hace sus maletas
y, aunque para bien de ella y de todos
porque no pasaba por su mejor momento
anímico, me siento sumergido en una tibia
sensación de desamparo, como acordándome
del anterior episodio de mudanza que viví
hace menos de un año y que resultó un tanto
punzante, por no decir traumático ?estoy plof.
Me gustaría ser romántico ahora, en el sentido
no amoroso sino literario, y escribir sobre
lo divino y lo humano, sin pasar a examen el estado
de mi espíritu como suelo hacer de un tiempo
a esta parte en este espacio, pero me cuesta
escribir sin sacar el corazón al aire y analizarlo,
extrayendo tras minuciosa rebusca aquellos
sentimientos que en palabras han de tomar cuerpo.
He probado el éter en tiempos pretéritos
y reconozco que no es mi bebida favorita;
quizás soy de cerveza y vino como Bukowski,
y como él cuento lo que vivo, lo que soy.
No sabía qué escribir y por eso he escrito esto.

Una ciudad

Una ciudad es
según andes por ella.

Una ciudad, un fractal,
un cuerpo lleno
de cuerpos,
una vida llena
de vida.
Una ciudad, un sentimiento,
una sangre llena
de muchas sangres,
un cielo contaminado
por cielos adversos,
un propósito, un camino.
Una ciudad es tanta
como maneras de transitarla,
de sentirla, de vivirla, de trabajarla.
Somos almas dentro
de su alma, cielos dentro
de su cielo, intenciones
nutriéndose de sus intenciones.
Me fascina cuando duerme,
cuando los semáforos buyen
sobre un asfalto falto de cariño,
cuando pasa sola el silencio
de la noche, sin decir nada,
callada, para no despertar
a sus hijos que ahora duermen,
cuando las panaderías
rompen a abrir como una flor
naciendo a la mañana, cuando

los niños todavía sueñan
que se quedan en la cama,
que no hay colegio que les levante.
Hay tantas ciudades
como gentes las vive, las padece.
Hay tanto amor que crece
entre sus praderas que no hay manera
de llegar a entender sus entresijos,
y sus hijos serán los que pasen el testigo
a sus hijos de la magia que la ciudad encierra.
Me encanta cuando, a través de una ventana,
se adivina el calor de un hogar
por el tono cálido de sus lámparas,
cómo el rojizo del techo inventa
una chimenea, una familia,
un antídoto contra tanto frío, tanta ausencia.

No llego

Un hombre
es
una mujer incompleta.

?justo lo contrario
que afirmó Aristóteles.

No llego.
No puedo llegar
a su magnificencia,
a la magnitud sideral
que alberga su seno.
Soy mota de polvo
contra el vendaval
de vida que representa.
Esa mujer es punto y aparte.
Es vida dando vida,
es muerte cuando dice adiós
al través de la ventanilla
de un tren que pasa,
es madera en mi fuego,
es centro y circunferencia
al mismo tiempo, es renuevo
y planta ya hecha, es estrecha
y ancha según el vericueto
que en el camino deshilache,
es escrache y protesta, silueta
y guitarra, cimitarra y espada
?todo lo anterior es mero
artificio efectista?.

No hay poesía
que la alcance, ni diosa
que se haya diseñado
comparable a esta diosa,
es mujer, y eso dice todo
lo que su semántica
de diccionario al uso abarca.
La boca se me derrite
cuando la tengo cerca,
en mis inmediaciones,
y su ser madre y compañera
me hace pequeño, me sume
en el polvo al que pertenezco
y del que no he salido ni saldré.
No le llego,
no le llegaré, inmensa es
su bonhomía, su delicadeza,
su saber estar y darse, su entrega,
su manifiesta exhuberancia
cuando del amor se habla
entre sábanas, su rabia
contenida cuando la injusticia aflora,
su...?no sé, me quedo sin palabras?,
mi... suerte de ser planeta
orbitando alrededor, de ser aire
a su pulmón, de ser plumón al frío
de su invierno, de ser infierno
cuando el amor brota de madrugada.
No llego, no alcanzo...
Quizá su pena no merezco, sí, es eso.

Te vi desnuda...

Si te pones
a pensar
si me quieres
es que has dejado
de quererme.

Te vi desnuda
al trasluz de las sábanas,
el sol entrando potente
por un orificio
de la ventana,
tu contorno circular,
escabroso de peligro,
sinuoso de curvas,
sin señales de tráfico
que avise a navegantes,
y tu olor entrándome
a borbotones, dejándo
en la estacada mis armas,
sucumbiendo a tanto asedio
un ejército en llamas
y blandiendo incompetente
todas las banderas blancas.
Te vi desnuda y me quedé
contemplando tu amalgama,
tu estampa un cuadro
exhibido a una multitud
expectante, acordonado
tras una seguridad haciendo aguas,
y tu piel, con el rocío derretido
ya, pidiendo ser tocada y bebida,

y yo, ante tanta demanda, explayo
la lengua tentación abajo, sediento
de libar una savia que va cayendo
laderas abajo de tu fuente, que huele
que alimenta, y que deviene un elixir
que me dará como a un dios griego
toda la eternidad que ahora preciso.
Te levantaste al rato tras regodearte
maligna ante la lascivia que se iba dibujando
en mi mirada, y abundando en ese trasluz
adoptaste poses y posturas hasta levantar
mi guardia, al punto de no tener más remedio
que entrar a saco por las puertas sulfurosas
de un infierno harto de luciferes y brasas,
y reventando compuertas se proclamó exagerada
una hecatombe de corazones y escarcha, helada
de tanto invierno y tanta manta.
Te vi desnuda
y mis pupilas dijeron basta.

Me seducía...

No existirá
robot alguno
que pueda llegar
a asombrarse,
a agradecer la vida.

?No alcanzarán nunca
tu inmensidad.

Recibo una llamada,
siempre intempestiva,
a deshoras, a destiempo,
me habla de oportunidades,
de mejorar lo mejor que tengo,
de suplir carencias, de devolverme
una sonrisa ?pero ya no me lo creo.
Su voz se me antoja metálica,
como el sonido que se desprende
de una copa de vino medio llena
cuando, con un tenedor, se llama
a la comensalía a sentarse a la mesa
?según se conoce de esas películas
de ricos, antiguas y desfasadas?.
Me asombra la humanidad que han alcanzado
estos artilugios ya, y me brota al hilo
de esta reflexión un leve temor, un escalofrío,
que pronto se disipa cuando compruebo
que no contesta a mis preguntas, que se limita
a soltar una parrafada aprendida sin más empatía
con el interlocutor que una sarta de frases hechas.
La curiosidad me mantiene pegado al teléfono,
intento, con impertinencias, tocar los límites

de la tecnología que se aloja a la retaguardia
de esa voz, fría pero agradable, de una chica joven,
que adivino dinámica, fresca y bella, apetecible,
tanto que me da por insinuarme, por tirar
algún tejo que otro en forma de halagos a las prendas
que su voz me evocan, que si dónde trabaja para pasarme
a verla y zarandajas de esa calaña, a lo que ella
responde con una frase cortés, con algún quiebro, diría,
de sonrojo y con una profesionalidad desconocida
en muchos teleoperadores de mi especie.
En esas me decido a firmar la propuesta comercial
que pretendía colarme de rondón, facilito mis datos
más íntimos y controvertidos y gestiona con grabación
de llamada incluida los pormenores para que el servicio
campara a sus anchas por mis inmediaciones desde ese
preciso instante ?debo confesar, en voz baja, que tras
sonar el pipipí de fin de llamada llamé a la compañía
para abortar todo lo firmado antes de que fuese demasiado
tarde?.
Sé que no es muy ético lo que hice pero así me salió,
quizá fue un acto de rebeldía, quizá algún día
se me agradezca...

Es una posibilidad...

Plantea
a tu corazón
una esperanza ciega.
?Prometeo.

Acabo de entrar
en tus inmediaciones.
El limonero ya empieza
a amarillear tu huerto,
y las hojas, antaño ausentes,
van haciendo acto de presencia
ante el calor de un rayo
que ya no cesa, que insiste.
Me asomé a la puerta del patio
y estabas allí, bordando, y mirabas
con la intensidad de un nacimiento
el discurrir de un dibujo sobre una tela
blanca, tensa en un bastidor de madera,
de esos que las abuelas, bajo el peso
de las horas muertas, abastecían de colores,
y las composiciones daban sentido a sus vidas.
Sigo mirando sin que te des cuenta;
es muy importante que sigas absorta
en tu labor, en ese suspenso que solo el atardecer
proporciona, justo antes de que el sol
empiece a despedirse, en ese pequeño inciso
que precede a la cena como si fuera el repecho
último de la calle San Antonio, que anuncia
cual Arcangel San Miguel la compañía
cálida de los que viven contigo,

de esos retoños que tanto costó que vinieran
y tantos sinsabores aportan a tu día a día,
de ese marido que cada jornada vende su espalda
al mejor postor por llenar un plato de comida.
Sigo mirando, de extranjis, por el postigo pardo
de la puerta que comunica el saloncito con el edén
en el que te encuentras, absorta, pendiente de que
no se te escape una sola puntada, y me recuerdas
a esos joyeros holandeses, allá por el siglo diecisiete,
que, en algunos cuadros de época, salen guiñando
el ojo sobre una lupa para observar con penetración
la talla de valiosos diamantes, que por entonces
eran causa frecuente de asesinatos y fechorías.
De repente levantas la cabeza y yo, en acto reflejo,
retrocedo la mía hacia la oscuridad del salón
?espero que no hayas advertido mi presencia?
con la esperanza de que, alimentando tu curiosidad,
te acerques a mi cuarto y me veas entregado,
con el corazón abierto, sangrando de posibilidad,
y tú, correspondiendo a mi generosidad,
te entregues como se entregan los ríos a las aguas
eternas de un océano, sin mirar atrás, sin pensar...

En clase

Para que te conozca
me has dejado
tu ausencia.
?Alfonso Levy.

La clase está vacía.
Son cerca de las doce, los compañeros están en el patio, ora corriendo
ora saltando a la comba ora jugando al fútbol o al baloncesto
mientras yo, mirando por la ventana, disolviéndome
en la línea difusa del paisaje urbano al fondo,
retomo fuerzas, me evado, conecto con mi esencia.
Me gusta mirar a lo lejos, perder la vista para que se vuelva
a encontrar después de pérdida y precipitarme en ese
precipicio que dibuja el horizonte, ese sobre el que se despeña
una ciudad en plena ebullición ?es mediodía?, ese que
en el marasmo de mi imaginación convierto en la raya última
de un mar, donde ese mar cesa, donde cae al otro lado y forma una catarata
imposible hasta recrearse a sí mismo y surgir por otros manaderos.
Los compañeros siguen jugando mientras invento en silencio
aventuras que no desmerecen las de Julio Verne o Salgari,
y algunos me miran desde abajo pensando en mi locura,
en que quizá sea un patito feo, un caso perdido, y que preocuparse
de mí no merece la pena ?aunque nunca sospecharán
que me convertiré pronto en cisne para su desgracia?.
Decía que miro por la ventana y a la espalda, justo al lado
de la mesa del profesor, yacen mis libros, mi cartera, mi lapicero
y el resto del recado de escribir sobre una tabla verde oliva
que a su vez descansa sobre un entramado de barrotes
de hierro ya carcomidos por el olvido y la desgana; el silencio reina
donde hasta hace nada todo eran voces, risotadas y quejas, y el aire
que llena el aula receptáculo inconmensurable de tablas de multiplicar

cantadas con mejor o peor tono, de recitaciones de Machado y otros poétas
ilustres de mi ciudad, y del inspirador rasgueo de la tiza sobre un encerado
grisáceo ya ahíto de enseñanzas y años de servicio.
La campana suena y doy un brinco ?tan absorto estaba en mis ensoñaciones?,
me repongo del susto y me dispongo a sentarme en mi sitio.
Los compañeros hacen la fila para subir en orden ?que no molesten
a los que ya estudian?, y prestarse de inmediato a la próxima lección.
Cuando el primero de ellos llega al aula ya estoy hojeando el libro de texto
que toca y me pregunta, se interesa por mi estado de ánimo, por por qué
no he bajado a jugar con ellos y todas esas zarandajas propias de a quienes
realmente les importa un pimiento lo que siento, quién soy y por qué hago
lo que hago.
Entra el profesor y nos ponemos en pie, firmes e impertérritos ?según
el ambiente marcial impuesto por el Generalísimo y su corte celestial?,
y tras retomar asiento empieza la clase de matemáticas.
Mañana os cuento mi idilio con los números...

Zombis

Para mirar
hay
que saber arder.
?Guadalupe Grande.

Arde.
La lava está ardiendo,
el hígado resiste la envestida,
el alcohol va corriendo
como un vehículo hacia un semáforo
que necesariamente acabará en rojo.
La música no cesa, el pulso
de los altavoces frenético,
desenfrenado, y las risas al compás
de las canciones, ritmos en voga,
repetidos hasta el hastío en radios
y televisores.
Todo arde.
Los estómagos confundidos
en la mezcla de cenas y copas
y el alcohol entrando a saco,
como sunami en Fukushima,
devorando proteínas, lípidos
carbohidratos y demás nutrientes.
Todo arde y yo, a distancia del fuego,
observo la mentecatez de más de uno,
me voy decepcionando a pasos agigantados
de mi condición de varón ?voy apostatando?.
Contemplo con una amalgama en el corazón
compuesta a partes iguales de lástima
y rabia cómo se arrastraban por la pista incordiando

a toda falda que se le ponía a tiro,
soltando cual improperio más lamentable
que el anterior y yo, buscando diversión,
le solté una gracia a uno y me contestó
hasta el punto de querer mi amistad.
Me fui de su inmediación como alma que lleva
el diablo y me subí a uno de los estrados
para asegurarme mi libertad respecto de él.
Me respondío con unas palabras que ahora,
recordando, no alcanzo a reproducir,
así eran de ininteligibles, balbuceando
como no balbucea ya un bebé de pocos meses,
con el cerebro cerrado por vacaciones.
Eran ?digo eran porque por desgracia no era
el único? los zombis del "Thriller" de M.J.

Ya vale de nocilla...

Si dices
lo visible
de lo invisible
mejor cállate,
porque lo que ves
ya habla por ti.
?Parafraseando a Mario Obrero.

No sé qué es poético,
no sé si puedo serlo,
si soy capaz de ver
aquello que está detrás
de lo que veo, que contemplo.
Cuando me paro a mirar
una rosa, un paragüas,
un yogur de manzana,
lo visible, lo que a los ojos
me llega, se impone
con mucha fuerza, no deja
espacio a lo invisible,
a ese detalle que se escapa
por los entresijos de los ojos,
a ese matiz que queda
afuera de las orejeras
que me impone la eficacia.
Cuando me paro a mirar
lo que sea que tenga entre las manos
en un momento dado, un prospecto
de una medicina, la lista de una compra
recién comprada, el bote de gisantes
que casi se cae de la estantería, la botella

de aceite que está por las nubes, todo,
absolutamente todo, tiene su lado oculto,
tan oculto como ese niño que habiéndose
portado mal?él lo sabe de sobra? se escondiera
tras la puerta falsa de un falso desván,
sin salida afuera, alejado del mundanal ruido,
y permaneciera insepulto durante lustros,
esperando a que alguien, preferiblemente su madre,
lo echara en falta, y resultado de la fuerza gravitatoria
que solo ese vacío genera dar con su paradero.
Hilvanando esta reflexión me atrevo
a hacer una práctica, una leve y sencilla,
de andar por casa, y cojo las llaves de la azotea,
herrumbradas ya de tanto subir y bajar escaleras,
y vivo los detalles de sus dientes, los contornos
que la hacen única e insustituible, y pergeño
por asociación de ideas una semejanza, un nexo
con lo que a fin de cuentas me caracteriza,
esa unicidad, ese ser irreproducible, que aún
copiando la enciclopedia genética que me rellena
no sería posible un ser exacto, idéntico a mí.
Dejo las llaves en su alcayata y la emprendo
contra el bote de nocilla que resta en la nevera,
lo miro sin hambre en primera instacia,
examino con la minuciosidad de un demente
las vetas de chocolate blanco que salpican,
que constelan el imperio marrón oscuro, dulcísimo
y poderosamente engordante, del chocolate con leche.
Miro por debajo del recipiente por si hubiera algo
que me llamara la atención ?no doy con nada?,
y de tanto mirar y remirar en busca de lo invisible
oigo un rugido estrepitoso, echo mano del cuchillo
azul plateado del cajón hasta que el vaso queda limpio.
Tras este último ejercicio decido dejar este experimento
para otro día ?temo que mi salud acabe acusando
estos excesos poéticos?.

Es tarde

No me da tiempo
a escribir
a la velocidad
que lo recibo.
?Mozart.

Es tarde.
Son las ocho de la noche,
una hora para mí intempestiva
en lo que atañe a la escritura.
Quise ponerme antes pero por seguir
el hilo habitual en el ejercicio de las actividades
que reservo para el fin de semana, por seguir una
mecánica rígida por acostumbrada, me veo a estas
horas escribiendo, con la ventana llena de luces
y neones y con las calles callándose lentamente.
Estoy escribiendo ahora, cuando no suelo,
sin la luz del día entrando por la ventana,
una luz que mis ojos agradecen infinitamente más
que esta luz artificial que desde el techo compensa
la luz que ya de por sí sale de la pantalla del pc.
Es tarde sí.
Además, para más inri, a medida que se acerca la hora
de la cena me doy a distraerme con cosas que más tienen
que ver con la desatención que con la atención ?como
necesita a mansalva el pergeño de cualquier escrito?,
cosas que me sacan de la pantalla: algún guasa que me llega,
alguna conversación intrascendente pero dada a la risa
que se tercia con algún amigo, etc., y la segregación de
melatonina que la oscuridad alienta me va desanimando

de este santo ejercicio que nos convoca en este espacio.
Voy terminando porque no está el horno para bollos, ni está tampoco para mucha poesía. De nuevo, y confirmando que la costumbre es ley, cumplo con la ración de escritura que me toca hoy porque el domingo, aunque fiesta de guardar para un católico, es para mí fiesta de dedos, de dedos sobre el teclado y de poner una foto de mi Scarlet precediendo aquello que me da por ofreceros.
Sin más me despido y os dejo esto.

Un ejemplo

El verso libre es
como jugar al tenis
sin red. Se puede jugar,
pero no es tan divertido.
?Robert Frost.

Lo que ahora se llama poema
ha sido siempre prosa. La métrica
ha perdido su vigencia como el matrimonio
va muriendo a paso seguro pero lento.
Lo que ahora se llama poema
es un desempeño en prosa que no es
ni cuento ni novela, o podría ser parte
de ellos si el personaje se interioriza
y empieza a hablar de lo que siente
en algún momento, eso sí, de manera
bella, que produzca en el lector un efecto
estético asimilable a un estado extático.
Lo que ahora se llama poema
no sabría dónde encasillarlo, no acertaría
a categorizarlo ni como verdura ni como fruta,
ni como carne ni como pescado, ni como chicha
ni como limoná, sino como una mezcla difusa
de todo el género que se ofrece en mercado literario
que se tercie, un cajón de sastre donde todo vale
y nada importa. La regla está en fluir,
en decir lo que por la cabeza pase, eso sí,
con destreza y arte, que parezca que un escritor
de esos de cartel lo haya escrito, de los que venden
su género en los principales mentideros de todos

los orbes habidos y por haber.
Lo que ahora se llama poema
es un constructo que cualquier purista
?y en esta casa hay unos cuantos? abominaría
y haría cruces, vade retros e imprecaciones
implorando castigos severos para los autores
por herejes, pena de muerte sumarísima, capirote
amarillo y ejecución en la plaza mayor del pueblo.
Lo que ahora se llama poema
es una aberración de la que participo
y hago gala en el espacio que a mi disposición
se abre en este foro que con alma termina
y con poema empieza, y que entre medias
media una preposición que con solo dos letras
une en unión a estas dos palabras: Poemas y Alma,
dos letras que inDican pertEnencia o dirección.
Esto que escribo, como salta a la vista,
es una muestra de lo que ahora se llama poesía.

Como una cornada

¿Usted qué opina de la muerte?
Yo me mantengo en mi idea,
soy contrario.
?Woody Allen.

Estuvo muerto.
Sí, muerto durante escasamente dos minutos ?eso me dijeron, no llevaba reloj?.
Fue una locura, el agua nos llegaba hasta el cuello,
las lluvias de las jornadas precedentes fueron copiosas,
anegaron por entero el valle circundante y los pinos, de un verde aceituna,
brillaban como no antes a la luz radiante del sol afuerino.
El buen tiempo nos animó a atrever el descenso,
la espeleología era una práctica por entonces escasa en adeptos,
eramos pioneros en los contornos malagueños a los que pertenecíamos
el equipo, y la ilusión, el deseo de explorar rezumaba por nuestros poros.
Eran las once y treinta y seis de la mañana cuando estalló en el escaso aire
que quedaba en la cueva, exactamente en el punto donde estábamos, un grito
de desesperación; Manuel, natural de Archidona, sintió un desgarro que no vio,
el agua le cubría hasta la garganta, y la pierna, a la altura del bíceps femoral,
fue atravesada por lo que después se supo un chuzo pétreo, una especie de navaja
puntiaguda de un material tan antiguo como la tierra, una estalagmita eterna
que pareciera cobraba su derecho de paso rasgando su carne hasta el hueso.
Sebastián y yo, gracias a dios, estábamos cerca y pudimos reaccionar como un rayo,
lo condujimos flotando hasta una especie de saco de emergencia que colocamos,
por si se daba este percance, cerca de una de las bocas laterales de la cueva,
y desde allí lo trasladamos al puesto base que, por fortuna, estaba a escasos metros.
Cuando lo depositamos en la camilla y tras la rápida intervención de la unidad
de emergencia, lo trasladaron con un torniquete en la pierna al hospital más cercano.
Allí permanece. Han pasado solo cuatro días y la carne va cicatrizando. Necesitó
de inmediato un auxilio quirúrgico para parar la hemorragia; una cornada
en toda regla que me recordó, como hice observar a Sebastián, a Paquirri el día fatídico

de su muerte en Pozoblanco. Por escaso margen no corrió su misma suerte.

Pinky

Un pájaro
enjaulado, piando,
hace hablar
al aire.
?según los griegos.

Al alba ya despierto,
saludando la mañana,
pronunciando su trino,
rompiendo el silencio,
inaugurando la jornada,
rojo, negro y amarillo
su plumaje ?seguro
que me dejo algún color
en el tintero?, limitado
su volar por una jaula
de modesto alambre,
con bebederos a diestra
y a siniestra y colgando
una hoja de lechuga.
En el balcón sobre una vieja
alcayata, a la izquierda
entrando desde el salón,
sobre el lienzo blanco de pared
de yeso y cal viva, ahí, cada día,
daba de alegría su concierto,
y cuando aparecer veía
a su dueña ?mi madre?
como un sonajero movía su cuerpo,
y todo él nervio y energía,
y mi madre toda sonrisa,

toda gozo por tan poco.
Jilguero era y Pinky le pusimos
por nombre ?no duró mucho,
sin poder extender sus alas,
el estrés congelando su sangre,
privado de volar, su esencia,
de libertad, de hembra, de cielo?.
Tronando al alba ya su canto,
diana su trino, arriba el vecindario.
Hoy es solo una foto
en mi memoria, un recuerdo
de niñez, un vilano al aire...

Josefa

Corrían los duros tiempos de la posguerra.
Desde que ya levantaba un palmo del suelo empezó a destacarse por su ingenio, aprendiendo, solo con la leve atención que le dispensaba su madre, los rudimentos de la lectura y la escritura, y con una destreza inaudita y en voz alta leía de la enciclopedia los pasajes más emocionantes de las vidas de aquellas mujeres que por entonces ?Clara Campoamor, Victoria Kent y un largo etcétera? estaban en boca de toda mujer que disponía, aunque fuese un atisbo solo, de algo de libertad para realizarse.
Pronto fue a la escuela pública de su pueblo, Almonaster la Real, y pronto también, con escasos siete años, pasó a ocupar la primera fila, al lado del profesor, lugar reservado para los más listos, según se decía.
Era delicioso ver cómo se manejaba con los compañeros?de ambos sexos y diversas edades?, y cómo se defendía ante el excesivo ímpetu que en ocasiones mostraban los niños, que ya se aproximaban a la pubertad y con ella a la revolución hormonal que desemboca en la adolescencia.
Cuando volvía y antes de ir a la escuela, Josefa, que así se llamaba, mi madre, dejaba la casa como los chorros del oro, como solía decirse entre las vecinas, y, a veces, en ocasiones, el profesor, Don Braulio, que empezaba a profesarle cariño, le tomaba las manos y con lágrimas en los ojos observaba las arrugas e irritaciones que la sosa y otros productos de limpieza iban esculpiendo sobre su tierna piel.
Ella, avergonzada, bajaba la cabeza para evitar el impacto que la tristeza de Don Braulio producía sobre su joven corazón, ya avezado en lides sentimentales puesto que su madre yacía postrada en una cama con motivo de una tuberculosis pulmonar y su padre, ausente, apenas cruzaba con ella tres palabras, trabajando todo el día en la mina de Riotinto o atendiendo a las solicitudes amorosas de una mujer que empezaba a conocer.
Esto es un extracto insignificante, por escaso, de su niñez, cuando aprendió el coraje que la vida precisa para ser vivida, y ese coraje ha llegado vía sanguínea a mi ser, a mi manera de ver y de sentir, y su ejemplo es frontispicio de mi templo, siempre.

Apenas yo

Lo más peligroso del mundo
es un escritor
sin lectores.
?Unamuno, Miguel de.

Como yo,
o apenas yo.
El eco tiembla
la pared de mi estancia,
consiste un canto
diluído en la leche de mis sombras,
consiste un ritmo que abandona
su rima, un verso tras una vertiente
vertido, de papel y ceniza, sin oídos
que escuchen su lamento,
sin un fragmento reposando
sobre los labios de alguien
que se atreve a leer su singladura,
sin a la postre voz que se mezcle
con el fango.
Como yo,
o apenas yo.
Como tú si te encaras
a las palabras que consisten
aquello que escribes, reverbero
tenue de una luz que no llega
a llegar a ninguna ventana,
que no sale de su claustro,
de un entorno de miel y manzana.
Mi voz carece de aliento,
de clorofila y canela, de una estela

que al dibujarse proceda de un barco
a la deriva, sin bitácora ni mando,
que va tomando el llanto de mis palabras.
Como yo,
o apenas yo.
Armo el cálamo y no escribo,
acumulo ideas sin sentido, vacías
de contenido, las lleno y no suenan,
las escribo y no reciben una tinta
que les dé cuerpo, apariencia,
y escribo sin parar un mensaje,
en una botella que se preña de él
hasta zarpar en pos de un destinatario
incierto, ignorado, que no alcanza
a leerlo, que no atiende a razones
ni a sentimientos, que no obedece
a nada a la postre, en un principio.
Como yo,
o apenas yo, como nadar
en un mar en calma.

Dejo la pluma

Aprendo
a pensar
con el corazón.
?R.M.Rilke.

De fondo una música,
envolvente, suavizante,
que viste el aire de sosiego.
Pienso, pero no existo,
no sale de mí el jugo preciso,
la ocurrencia de antaño
debe de yacer sepultada
en mi mente, en algún resquicio.
Los hilos que sueltos surgen
de la cita no me dan abasto,
vuelvo al mismo asunto:
La inspiración y sus aristas,
y hago de su ausencia un tema.
Rilke mezcla en su tesis
dos palabras: Pensar y corazón,
y combinarlas en un armónico
existir se me antoja una entelequia.
A bote pronto se me aparece
en la mente un recurso poético,
o quizá retórico, el del oxímoron,
se me tercia que estas dos palabras
son agua y aceite, como hermanas
que compiten por el mismo juguete
y nunca se avienen a un acuerdo,
o como un recuerdo un tanto agridulce
en que el agrio y el dulce extienden

una almohada entre medias de la cama
para evitar la cópula, la palabra.
Sigue la música en el fondo
sin moverse de su sitio, no sea
que la aguja que sobre el vinilo tiembla
se salga de la vía y produzca una rayadura.
Sigo pendiente de que el maná
caiga del cielo, preciso de alimento
para llenar el blanco de esta página
que ya pesa, y me pide árnica, sustento.
Trato de pensar con el corazón
pero no puedo, no brota la sangre
suficiente para calentar la materia gris
que ociosa habita mis partes altas, estrellas
de un firmamento que carece de firmeza,
de una consistencia que roza el derrame
y una fiabilidad tocante a la de un zorro
que guarda un gallinero, silencioso.
Dejo la pluma reposar a la orilla
de la página para que reponga fuerzas.
Mientras ?hago un inciso? recurro
de urgencia al café y la tostada.
Un suplemento alimenticio
suele venir de perlas en estos casos...

Me miraba

Puedo soportar
la indiferencia
de otro adulto
pero no la de un niño.

?Andrés Neuman

Me miraba.
Sentado en la acera me miraba,
con una naranja agria en la boca me miraba,
sus ojos dos ventanas abiertas, me miraban,
su boca, una rosa a la mañana, me miraba,
sus manos dos palomas sin alas, me miraba.
Era diciembre y las calles adornadas de lazos
de celofán, y el tiramisú en las vitrinas reclamo
al deseoso de sentir el ázucar tibio en los labios.
Me seguía mirando, era gitano.
Su madre, algo desplazada a la izquierda, menesterosa,
peticionaria, pordiosera, y su padre no estaba,
o si estaba era a la distancia suficiente como para no estar,
seguramente apoyado en la barra de algún bar cercano,
a una hora temprana ya de mañana, empinando el vaso
de un vino de mesa, de esos que los bares sirven a los que no saben.
Su pelo negro, sus manos descascarilladas por la falta de vitamina,
su cara constelada de costras pegadas de restos de mala comida
que se secan y proclaman, sobre ese trozo de piel, una usucapión merecida.
No para de mirarme, me atraviesa la piel su mirada, ojos negros
de un azabache infinito, pétreo, profundo, como si hubiera subido
desde la pulpa de la tierra y, corriendo piernas arriba, se hubiese instalado
en el iris de sus ojos, y allí, sentando cátedra, declamar que ese negro
todavía existe, puro, en el genoma de algún ser humano, que la mezcolanza

constante de las mal llamadas razas no ha engrisado del todo su sustancia. Mirándome opta por levantarse, noto como inédito cómo una de sus piernas carece de materia, es de un metal bruñido, plateado, que hace las veces de bastón y le ayuda a bastarse en las calles, y corre hacia su madre, reacio, buscando amparo. Parece que mi insistencia en mirarle le ha agotado.

Que llueva...

Aquí la lluvia
no sabe
llover.
?Raimon, cantante catalán.

No existe.
Aquí, la lluvia no existe,
brilla por su profunda ausencia,
el sol no la deja tranquila,
le impide expresarse, regar
de necesidad la sequedad ambiente.
No viene ni se le espera,
el tiempo es bonito, el cielo tiembla
de luz y escasea en nubes, y la luz,
clara, luminosa, reverbera en el seno
de quienes miran por la ventana,
buscando árnica a una vida erosiva
a veces y otras que acaricia y olvida.
No existe ahora, pero se dice
que va a venir ?bienvenida sea?,
las meteorologías que vocean
en las redes hablan de su venida,
de su necesariedad en un campo
que llora sin lágrimas por impotencia,
porque el líquido elemento que lo nutre
carece del oxígeno y el hidrógeno suficientes
para que la magía dé por sintetizarla,
por extenderla sobre la faz de sus flores
y plantas, y dé con las acequias y pantanos
para que, entubada, llegue a nuestras casas.
No existe, pero que venga,

aquí, desde esta humilde estancia, la espero
con los brazos abiertos, mirando hacia arriba,
implorando a las nubes que se condensen,
peticionando a los dioses que más profundo
viven en el cielo que se den al trabajo alquímico
de pergeñar esa sustancia que aquí, abajo,
tanto y tanto necesitamos, y que sin ella la vida,
tal y como se conoce, es papel mojado, quimera.
La primavera va sentando sus reales poco
a poco sobre el paisaje, los naranjos revientan
de blanco azahar y perfuman la ciudad
de la misma manera que un ambientador
pulsado en un baño tras la oportuna deyección
limpia de inmundicia un aire viciado, perjuicioso.
Voy terminando, tengo hambre, voy a publicar
esto que acabo de soltar y cierro el pc, comeré
una fabada de lata maquillada de materna,
aquella que, apenas me alcanza el recuerdo,
pude saborear en mis albores, una ilusión.
Ahí lo dejo. Ya me decís. Que aprovechen.

Paco

Hasta sin guitarra
toca bien.
?De Tomatito a Paco.

No era normal.
Todos, sin faltar ni el apuntador, vaticinaban un futuro glorioso
para ese niño, tímido, recogido sobre su guitarra, sobre sí mismo,
a la que acariciaba como si fuera el balón de fútbol que los Reyes
Magos le trajeran en esa ocasión ?de hecho lo era?, y no la soltaba
ni para dormir ?más de una vez su padre tuvo que desprendérsela
de la garra de sus manos cuando ya era vencido por el sueño?, y se
escondía tras ella cual si fuese el parapeto que a una avanzadilla de
infantería le protegiera del fuego enemigo. Sus dedos sobre las cuerdas
eran un derramarse sonoro que daba al traste con la contención natural
que la audiencia disponía en ese tipo de eventos, donde la circunspección
se mostraba enemiga a tales exteriorizaciones, más propias ?se tenía por
entonces? de almas débiles que de personas como Dios manda.
El niño era el mono de feria en esas reuniones flamencas que durante las
tardes, en esos años cincuenta, grises, cuando las tareas del hogar daban
tregua a las mujeres, se celebraban en Algeciras, cuando Algeciras era una
aldea prácticamente y no la ciudad que ahora es, propulsada al progreso
por un puerto dinámico donde los haya.
Desde bien temprano ?en verano con la fresquita, sobre las ocho? ya
se extendían por las largas mesas de días de campo un sinfín de carnes,
embutidos, ensaladas y dulces para no desaviar a nadie fuera cual fuese
la exquisitez de su paladar, y los vecinos, expectantes, ocupaban las sillas
que se improvisaban para la ocasión sobre el patio, y el niño, acompañado
de un cuadro flamenco improvisado, compuesto de vecinos que despuntaban
por su arte, arrancaba rasgueando la guitarra y levantando ovaciones que se
escuchaban incluso desde la calle Marina, cercana a la playa, y distante en
un par de kilómetros del patio de marras.

Los oohhs que salían al aire iban in crescendo, y el niño, creciéndose, se daba al guitarreo con más intensidad y entusiasmo, produciendo de notas una cascada, una sucesión tan vertiginosa, fecunda y rápida que más de uno debía levantarse para poder comprender lo que le estaba sucediendo, como un sthendal que de súbito invadiera su alma y lo extasiara en dirección a las nubes, al éter celestial.
Las reuniones se esparcían hasta la noche, más allá de las dos, y la merienda era sucedida por la cena y la cena por las copas y las copas por una recena y así en un Rosario infinito que, en no solo una ocasión, acababa en el alba siguiente y en la consiguiente puesta de sol que, ya puestos, invitaba al desayuno y este a un almuerzo reponedor de fuerzas y este a un tentempié a base de dulces, y así...
El genio ensayaba diez horas diarias por mandato de su padre. Era necesario comer y él, muy incardinado en esa necesidad, se daba a las cuerdas con todo el afán que un niño apenas púber podía prestar a cualquier actividad; el colegio no faltaba hasta que alcanzó los rudimentos más básicos de lectura y escritura, y una vez logrados, su padre, que era de una robusta practicidad, lo sacó para centrarlo en la guitarra.
Fin del capítulo.

Tan flaca...

La envidia va tan flaca
y amarilla porque muerde
y no come.
?Quevedo.

Envidia.
Esa que malversa,
que tergiversa todo
lo que va derecho,
que se pertrecha
de lo más recóndito,
de lo más perverso, esa...,
esa que pesa en el alma,
la que se despeña por los terraplenes
de lo ingrato, esa que, traviesa,
confunde el sentimiento y lo represa,
lo atraviesa, lo apresa y lo secuestra
como una villana, como una traidora,
malparidora de desmanes,
auriga de caballos galopantes
contra el muro de un callejón sin salida,
fuente de malasañas y mentideros,
brújula de malos derroteros, de naufragios.
Esa envidia que se desperdiga
por los campos concibiendo malos frutos,
esa, la puta, la que se apoya en el poste
de aquella esquina y trae a maltraer
a maridos, novios y padres de familia,
esa que, contra el amigo, el cuñado,
el hermano o el padre, lanza sus dardos
envenenados y emponzoña la sangre,

la pervierte, la perturba, hasta extraer
de ella la sustancia que le da sentido:
hematíes, glóbulos blancos, azules, amarillos,
plaquetas, plasma, y demás corpúsculos
teñidos de carmín ?todo sumidero abajo?.
La envidia: qué desafortunado invento
de la psique humana, qué lunar tan negro
en un universo tan blanco de constelaciones
como el blanco inmaculado de una virgen,
qué despilfarro de energía, qué zafiedad dentro
de un mar de lindezas, de grandezas, de un ser
llamado hombre ?también mujer, o si se me
permite primero mujer, por ser el sexo fuerte,
y después hombre, por haberse quedado en
el limbo que media entre la mujer y el mono?.
Sí, querido Don Francisco; muerde, amenaza,
aventa al aire sus garras, sus uñas, sus dientes,
mas no llega a morder porque su aparataje,
su ejército, su arsenal, es de leche, líquida,
inconsistente, de una falsedad muy falsa, tanto
que hasta la caries que le nace es mero reflejo
de un espejo convexo al fondo de los labios,
un cielo de la boca adolescente de estrellas,
de luna, de un azogue tenebroso que tras
el cristal se cierne inmenso, sin hueco posible,
sin esperanza probable, sensible, rentable,
sin horror vacui, una especie de bosque maldito
en los arrabales del trópico, tan tupido
que no cabe un alma, un gramo de neurona
pensante; tan tupido que es estúpido, lamentable.
Envidia, qué mal invento eres...

¿Por qué empiezo?

Un libro no debe pensar
por ti, debe hacerte
pensar.
?Harper Lee.

¿Por qué palabra empiezo,
por libro o por pensar?
Voy a empezar pensando,
voy a dejarme llevar, ser,
existir, y si existiendo llego
a concebir concebiré, crearé
un universo alternativo, vivo,
un metaverso que decorar
a mi gusto, sin intermediarios,
sin poderes públicos que impongan
su palabra sobre la mía, no,
ni hablar del peluquín, donde
la ley sea la que nazca de mi carne,
de mi circunstancia, de mi estado,
mi único estado, el estado de ánimo.
Sigo, en segundas, con libro, libreo
las horas esperando una frase enérgica,
una que me saque del sopor de dentro,
del marasmo de lo que se espera y ocurre
?no maldigo a la monotonía aunque parezca,
no, porque hace tiempo que comprendí
que es necesaria, la trama sobre la que inventar
un relato, un por qué en este mundo?.
El libro como tabla de salvación, como un madero
que surge a tiempo de proclamarse el ahogamiento
en un mar de aceite e, in extremis, se disuelve,

se deshace el sueño que como cuenca abrazaba
esa posibilidad remota de desahucio, de desamparo.
El libro como fuente y como caudal, como caz andalusí
que conduce las aguas nutrientes desde donde surgen
hacia donde son bebidas, sintetizadas en lo más hondo,
aprovechadas para sustento, tomateras, alcahuciles...
Vuelvo a la palabra pensar, por variar.
Acaba de llegar Adolfo del trabajo, parece exhausto,
asqueado de tanto cemento, como si una especie de regusto
amargo abarrotara cada papila, cada narina, cada sentencia.
No le digo nada, le dejo estar, le dejo asearse, le dejo reasirse
a su cuna, le dejo volver a la calma de un no hacer nada, nadar
entre quehaceres mundanos y solaparse de inconsciencia
entre almohada y almohada, untarse en mantequilla y soñar
que existe un mundo aparte, donde todavía quedan manzanas
de la discordia y serpientes que te incitan al pecado, a la rabia.
Prefiero no pensar ahora, pongo las noticias.
Vuelvo, o quiero volver, a la síntesis del principio, a la poesía
que inició este escrito y que, a medida que se desmadeja, va
cediendo su condición poética a una diferente, a una prosa zafia,
que pretende ser bella aunque no llega, quedándome en una tierra
de nadie que me da vértigo, me sinrazona de tal modo que se me
inunda de horfandad la existencia de este momento, la que ahora vivo.
Voy terminando, no me gusta ser pesado aunque acabo siéndolo,
acabo no venciendo la tentación de la tautología, del pleonasmo,
de la hipérbole mal diseñada, o de la metáfora que no se compadece
con su definición técnica, métrica o retórica, vete a saber cuál...
Aquí fallezco por hoy. Mañana espero resucitación exprés. Tengo
que trabajar, no me viene bien morir hoy, esperan unas facturas...

Afuera

Los libros
son hijos
que nacen
muertos.

?No es mía.

A veces salgo.
Las afueras de mí tienen encanto,
tienen un aliciente, la sospecha
de que algo se esconde tras una esquina.
Me produce pasión mirar por el chaflán
de esa calle, espiar el quehacer de quien
pasa, sorprender el miedo de su mirada,
retratar a las almas que buscan su diablo.
Fuera se está bien.
El sol parece decidirse a salir
entremedias de esos dos edificios,
y una luz, una suerte de bala perdida
entre sus rayos, reverbera contra mí,
contra el cristal que me costra la piel,
contra ese recogerme constante, ese estar
a contracorriente de lo que voy sintiendo.
Me seduce sentirme ajeno a mí mismo,
extranjero en mi propia patria,
pieza de una ajedrez cuyos escaques
están todavía por dibujar, cuya disposición
blanquinegra transgrede toda lógica espacial
hasta inventar un transcurrir nuevo, alternativo,
un pincel de cerdas de cabello de ángel y miel
que da con colores no antes concebidos, inéditos,

inimaginables cual fuere la paleta y el pintor,
el autor y el libro, la mecánica celeste, la astronomía
de un cielo que nace donde todo se pergeña
y nada se resiente.
Mis afueras tiene algo, sí, pero no sé qué es.
Salgo, quiebro mi costra ahora que el tiempo
acompaña, no sea que las nubes que al fondo
amenazan se decidan a aguarme la fiesta,
y una alegría inédita, persistente, tímida,
me va invadiendo, una espeie de escozor leve,
indeciso, que me garantiza que todo puede ser,
suceder, que la vida es un entimema de luz
cuya premisa elidida es más importante
que aquellas que reciben el negro sobre blanco
?porque no se dice?.
Voy a meterme dentro, de nuevo.
Hace frío.

Prefiero Luz

Prefiero llamarte Luz.
Lo prefiero porque tu nombre
no es tu nombre, no te nombra
lo que debe nombrarte, lo que eres,
lo que desprendes...
Tu nombre se me ancla en la más honda
tradición hispana, Juana, pero te llamo Luz,
te hace más justicia, te define con más acierto,
con más exactitud para con lo que despides,
para con lo que ofreces a quien puede mirarte,
a quien, aunque fuese a través del espejo
de lo virtual, te vive, espejo que es amigo
de imaginar y enemigo de tocar.
Sí, es cierto, siento tu presencia, tu calor,
mi imaginar te toca, te besa, te siente cerca,
te quiere cerca, e inventa la brasa a que llega
la leña de tus mensajes, de tu voz, y ese calor
que produce su combustión me llena por dentro,
y lo enciendes tú, un calor que nace lejos, sí, un calor
que es efecto de tu sol, de tu luz, y que me calienta
cerca, y que inventa en mi cuarto un hogar, tu hogar,
mi hogar, donde el fuego es una pantalla ancha
de la Caixa y el sofá, en frente, un nido para dos,
y me llamarás, y me envolvierás en una fragancia
solo tuya que adivino suave, salina, de mar cercano,
que te espera cuando necesitas un hombro amigo
donde apoyarte, y te peina con su brisa, y te acaricia,
y te concede un sueño momentáneo, reparador,
y te levantas de la arena reconfortada, y vuelves
a la realidad con otro rostro, con otra perspectiva.

Te mando un mensaje ?¿Qué haces?? en busca
de tu palabra, de una palabra que se digiera en mí
produciendo un calor delicioso, una cálida caricia,
y me irrumpen de repente las ganas de estar cerca,
de tocarte la espalda, de tu sonrisa.
Te pienso en una Barceloneta solitaria, una tarde
cualquiera de asueto que se retira detrás del hotel Art,
que lo enrojece con el rojo del amor que sentimos,
tú todavía en el agua, yo en la arena tendido, rebozado
de placer, con las huellas en mi piel de tu piel,
de tu frescura, de tu vitalidad engarzada con la mía,
en un unísono único e irrepetible.
Me viene la sensualidad de tu voz, mientras escribo,
la rapidez sorprendente de tus ocurrencias, la gana tuya
?emergente, vigente, punzante? de saber de mí,
del por qué de mi manera de decir, de saber en qué
consiste ser de donde soy, quien soy, de en qué consisto,
de saber de mi mundo, que intuyes interesante, de aquello
que te ofrezco, nutriente, atrayente a tu juicio, diferente,
y te lo ofrezco a cambio de ti, de tu pulpa, de la naturalidad
de tu belleza, de tu inteligencia de cuchillo afilado, de tu bondad,
de tu insultante frescura de manzana recién desprendida,
de tu dulzura natural, sin aditivos, sin colorantes, que no trata
de ir más allá de sus fronteras, que no aspira a tocar la luna
dando un salto, que nace de dentro y no pertenece a tu cuerpo
pero que a tu cuerpo se adscribe, se inscribe, describiendo
las curvas y rectas más hermosas que tratado de geometría
haya recogido hasta la fecha.
Esa sonrisa... esa grandeza que no abarco con mis manos.
No tengo palabras, más palabras...

Peinarte

Peinar el viento,
fatigar la selva.
?Polifemo y Galatea de Góngora.

Peinarte, eso deseo.
Cada día, de mañana temprano,
antes de que el alba pronuncie
su primera palabra.
Peinarte, sentarme al borde
de tu regazo, alzar la mano
con peine de plata, acariciar tu pelo
con las púas que salen de su mástil.
Peinarte, acariciarte, besarte, olerte.
Eso deseo, más pronto que tarde,
si es posible ese regalo de la vida.
Peinarte, eso deseo.
Acariciarte la cara mientras te beso,
besarte primero la frente, luego, hacia abajo,
una mejilla, luego la otra ?mañana una,
pasado otra, como te decía en el audio?, luego
una comisura, la izquierda, luego la otra, luego
la barbilla, luego el bigotillo hasta desembocar
en el lago azul de tus labios, y mirarte después.
Peinarte, eso deseo, y fatigarte en la selva
de sábanas que queda tras la tempestad,
la tuya y la mía, tu cielo y el mío, y tu infierno,
y el mío, todos en concordancia con el paso del tiempo
?que no pasa cuando estoy contigo....
Te deseo, te busco entre los helados píxeles
del teléfono, adivino tu carne y la toco, pero no alcanzo
a saber de su suavidad, del terciopelo que seguro exhibe
y del que todavía no tengo datos, te deseo tanto...

Ayer te vislumbré preciosa, con una bata negra
de abuela en contraste con la juventud que alberga,
dentro, tu carne, pomelo recién reventado, manzana
apenas salida del verde, y adivinaba tu pecho, deseándolo...
Peinarte, eso deseo.
Acariciarte si es hoy mejor que mañana.
Atrévete a cruzar el abismo que nos separa.

Te pienso

Meditatio mortis.

La Filosofía como preparación
para la muerte.
?Sócrates.

Es un continuo muero
por ti, un martilleo constante,
contante y sonante, ronroneante,
rompiente, nunca descansante,
de noche, de mañana, de tarde,
por las buenas, por las malas,
en singular, en plural, en género
neutro, gota de agua que sin cesar
cae de un grifo mal ajustado, cloc,
cloc, cloc, recurrente, perforante.
De mañana te sueño, de noche
te despierto para que veles las horas
que permanezco inconsciente, ajeno
a tus ojos, a tus labios, a tu sonrisa,
sediento de contemplarte recortada
sobre el respaldo de tu cama, veteada
de tonos caoba sobre madera gris, tú,
apoyada en lo que a la cabeza concierne
sobre la fortaleza de sus tornillos, sueñas,
te dejas llevar en tus ansias de mí, fantasía
animada de ayer y de hoy, de ardiente ahora,
te pienso en lo que te guardas que sientes,
te pienso en el miedo, en la trascendencia
de un paso, de dos, de arrepentirte de volar
hacia mis brazos, de que el rosario de sucesos
que acontezca sea de un irreversible insoportable

desde ese vernos, ese vernos insalvable, ineludible,
ese qué pasará, ese no desencadenar en mí algo
que te haga arrepentirte de lo ocurrido, de lo sentido,
de lo deseado, y yo no hago más que decirte que no,
que no pienses, que el corazón tiene poderosas razones
que la razón no entiende, y que él es soberano, sabio,
que nunca se equivoca porque no piensa, y que pensar
lleva inexorablemente al error, al fracaso flagrante,
a una muerte anunciada que no merece lo que sentimos.
No puedo otra cosa que pensar en ti, sentir en mí
por ti, y por eso no me queda otra opción vital
que escribir sobre ti, de ti, en ti ?de escribirte?.
Estaré esperando tu travesía de vernos, seré paciente,
comprensivo, aún mi exasperante deseo de tenerte.
Siempre para ti, tuyo. ILYSM.

Te voy moldeando

Cuando tus epígonos
te atribuyen originalidades
que no has tenido.
?es el beneficio del prestigio.
Cuenta más en tu imagen post mortem
lo que diste que pensar que lo que pensaste.

Me afano.
Moldeo con dedicación extrema cada figura,
aquí, en mi estudio de la calle Laraña esquina
Cuna, aquí, insisto, con las manos descascarilladas
ante la sequedad de un barro que me va quemando,
cosido a mi piel, una piel ya hecha, ducha, entregada
a los rigores de esta arcilla, especial, caolinizada, gris,
que utilizo con motivo de dar a la pieza una prestancia
que no logro con la estándar?y un acabado reluciente?.
Me paso el día, o gran parte de él, confinado en las cuatro
benditas paredes blancas de esta estancia, grisácea, alegre,
a tope de polvo cual volcán recién inaugurado, apenas
visitada por la caricia de un paño que la dispense del peso
atmósférico que este, ya denso, descansa sobre estanterías,
mesas y demás mobiliario disperso por los escasos cuarenta
metros cuadrados que comprende este espacio, mi espacio.
A veces, para descansar la vista ?o la mente, según se mire?,
me asomo a una pequeña ventana de luz radiante a la derecha
del caballete y me pierdo en el bullicio que sube desde la acera,
y adivino, o mejor, imagino, sus vidas, sus luces y sus sombras,
y decido que no hay diferencia con la mía, solo el matiz distinto
que una mente distinta concede a los sucesos que la conforman,
y que confirman, certifican, que solo nos diferencia del prójimo

un pequeño ápice, casi imperceptible.
Me suelo quedar, salvo que la carga de trabajo no lo aconseje,
hasta sorprender algún comportamiento que sirva de pábulo
a la labor que en cada momento venga haciendo, que la nutra
lo suficiente como para dotarla de sentido, de vida, y asimismo
llenarme de la energía que precisa su plasmación en barro.
Entrecierro la ventana, espero a que la inspiración vuelva,
se me equipare, y mueva las muñecas a fin de hacerlas llegar
a buen puerto, y de repente se me cruza un poema, de Garcilaso,
al que le confiero un toque personal, y lo transformo, lo estropeo,
lo hago tierra cuando era cielo en la pluma de quien procede:

Te caíste,
rendida, postrada,
inane, inerme, seducida,
y yo, inmisericorde, te acogí
en el cuenco delirante de mis brazos,
te acuné como niña deshauciada y sola
que eras, desamparada, sedienta, falta
de un amor nunca pronunciado
en tus alrededores, que no calienta tus enaguas,
carente, de una carencia insultante, que aliente,
que caliente el frío ya instalado en la carne
desde tus albores, desde tu nacimiento.
Tú, sí, de mis manos, de la garra insuficiente
de unos dedos que se van helando en tu ausencia,
de esperar lo inesperable, que no dan abasto
a la vastedad desbordante de tu cuerpo,
a la calidez saborosa de tu carne, y que anhela
tu venida, tu aparición mariana, y yo, incapaz
de detener mis ganas, derramando las babas
acaudaladas de mi boca, y herido de muerte
muero despacio, en silencio, cual volcán escaso
contra la aspereza exasperante de un témpano,
y sucumbo, y deshielo, y me derrito, y se va yendo,
desvaneciendo, la ilusión engendrada, vertebrada

en el vislumbre caliente de tus pechos.

La humedad...

Tinta
y
mar.

La humedad del ambiente,
el sudor reptando hacia arriba
de la espalda, un vislumbre de luz
sucia perfilándose en el cristal,
la madrugada se confunde en la ígnea
suavidad de unas sábanas, unos rayos
acaban llegando contra la persiana
inaugurando el día y piden permiso
para entrar, las copas de cava rodando
por el suelo con el líquido todavía sobrante
impregnando la cerámica virgen de la estancia,
una miscelánea confusa de ropa interior tuya
y mía esparcida en desorden, muestras secas
de un semen ya caducado sobre el lino,
tu pelo alborotado, sin concierto, un aroma
acidulante apoderándose del ambiente, lo aturde,
y varias preguntas vuelan hasta instalarse
en esta habitación con vistas, una torre al fondo,
campanas de la iglesia que suenan a misa,
la feligresía obediente se congrega, no me sale
hacer caso a esa llamada, no me toca la entraña.
La humedad del ambiente, decía, la dulzura tibia
del sueño que procede del acto y acaso antecede
a la realidad, una realidad que manda y se impone,
que se antoja necesaria pero de una necesariedad
sobrante, innecasaria, como si fuese ese óbolo
que es preciso pagar a Caronte para que cruce

con su barca la laguna Estigia y dar por finalizado
un camino, un despertar que no apetece, inexorable,
que si no se produce no es posible este mundo,
que si no se quiere que un sueño devenga pesadilla
hay que resignarse a aceptarlo como mal necesario,
como el menos perverso entre dos males,
los calcetines desparejados sobre una baldosa azul,
tus braguitas descosidas cerca del monte de Venus
y deselastificadas de tanto tirar de ellas, pues soy dado
a adentrarme en tu cima sin que te las quites, abrazados,
mirándonos a los ojos, gozando de ese don que acabamos
de recibir, esa ambrosía que cual maná se extiende
a lo largo de este colchón viscolástico que la vida
nos ofrece como nido.
La humedad del ambiente...

Paréntesis

Un gran libro
es un gran mar.
?Calímaco.

Desde la orilla diviso el mar.
Es hora de comer, descalzo, el agua
combatiendo el calor que por la arena
me sube desde los pies, sal, brisa, tres
de la tarde ?a dos horas de la hora
predilecta de Federico?, la playa calla,
los niños sentados sobre una leve toalla
cumpliendo las obligaciones alimenticias
que sus padres les imponen, dos horas
de digestión para tenerlos controlados
?es una de las muchas leyendas urbanas
que me taladraron de pequeño?, la sombrilla
como refugio al rigor acerante del sol
a esas hirientes horas, brillando con todo
el coraje que cabe desprenderse de su ígnea
superficie, el agua esperando su turno
tras un infierno de arena y yo, bocadillo
en ristre y refresco para empujar, mirando
con intensidad la naturaleza que todavía,
a pesar del daño que ocasionamos, reboza
este paisaje, barquillos de pesca al fondo,
anclados a la pesadez de la tarde y respetando
el sueño reparador de esos pescadores
que abandonan a la familia por un mísero jornal.
Miro la huella que los pies van dejando
sobre la muelle consistencia de la arena, ya mojada,
ya moldeable y modelable en castillos,

me sumo en la indefinición de ese horizonte,
el cielo y la tierra pierden de repente su acepción
lexicográfica hasta adentrarse en una semántica
todavía inédita, que yo me doy a inventar a fuer
de versos improvisados, de alguna ocurrencia vana,
a destiempo, y de repente mi hijo me llama, quiere
postre, heladear a propósito de un vendedor gitano
que se aproxima desde poniente ?hago caso omiso?.
Es mi momento, cuando termine de comer
buscaré la cartera para comprarlo, antes no...

Yago

Yacíamos unidos,
sin lujuria, absortos
en el hondo tableteo
de nuestros corazones...
?Bombardeo, de Ángela F.
Aymerich.

Yago,
duermo,
una chicharra suena,
el verano al fondo
del paisaje, una música
chillout en el aire,
un sol reverbera vivo,
un paisaje urbano recibe
su azote, no quema aún,
suave, se adelanta, es abril,
pronto, hace calorcito,
el azahar se adelantó,
una especie de jazmín sucio
invade ahora las calles, intenso,
suelta unas semillas
como amarillas aceitunas,
un olor penetrante,
andes por donde andes,
flores tenues, blancas, moradas,
por el suelo, alfombra de rosas
para entrar en Maderasanta ?
Hollywood?, Sevilla se escribe
con sus aromas, ambientan
cada época del año, la describen,

la inscriben en una especie, una suerte,
de historia mágica fuera de la que
se cuenta en las aulas, de cuya importancia
da testimonio su ausencia
en los libros de texto, ayer, de noche,
desde la Feria, registrando el pulso
de la gente, el griterío de júbilo,
la alegría reinando los aires, la luz
de la portada, la amistad mojada
en rebujito, una sevillana bien bailada,
dos, tres, y a la cuarta paramos, un cielo
despejado ?que aún irradia?, un sosiego
me invade, me incita a la cama, una foto
en mis labios, un amor en ciernes, un deseo
que no se cumple, que tarda, un momento
dulce, dos, tres, y al cuarto se hace realidad,
escribo sobre una hoja word, con sueño,
el estómago lleno, todavía no estoy para dormir,
me demoro en terminar el escrito ¿Por qué?,
una sensación de paz, un estar conforme
no, lo siguiente, un amor mío, exclusivo,
me saca de dentro lo mejor que guardo,
hace una semana se me iba, ahora lo siento
más dentro que nunca, no hay mal que por bien
no venga, vamos viento en popa para un puerto
precioso, todo fluye hacia una magia, un encuentro,
un deseo que se va haciendo sin dudarlo realidad,
un soñar despierto, un no creerme lo que tengo
delante de las narices, un no puede ser insistente,
un frotarme los ojos...

Al margen...

Vienen a los márgenes
corren a los márgenes
huyen a los márgenes.
Crecen a los márgenes
viven a los márgenes
mueren a los márgenes.
Oran a los márgenes
piensan a los márgenes.
Rezan a los márgenes
del pollo y de lo top,
vienen, corren, rezan,
viven, a los márgenes,
al margen de los márgenes.
Roban a los márgenes
sangran a los márgenes
pegan a los márgenes.
Sufren a los márgenes
chillan a los márgenes
niegan a los márgenes.
Cantan a los márgenes
ríen a los márgenes,
beben a los márgenes
de Gucci y de Vuitton,
rezan, roban, sufren,
chillan, a los márgenes,
al margen de los márgenes,
a los márgenes,
al margen de los márgenes.
Suben a los márgenes
bajan a los márgenes
vuelan a los márgenes.

Cobran a los márgenes
pagan a los márgenes
rentan a los márgenes.
Ganan a los márgenes
pierden a los márgenes,
dicen a los márgenes
del juicio y la sanción,
suben, bajan, vuelan,
cobran, a los márgenes,
al margen de los márgenes,
ganan, pierden, hablan,
dicen, a los márgenes,
al margen de los márgenes.

Idiolecto

La ortografía debe simplificarse,
adaptarse
y parecerse a la oralidad.
?El idiolecto de Juan Ramón.

Que la letra escrita...
no desmienta la hablada.
Soy lo que pronuncio, el viento
que se desata de cada sílaba,
el silbo que desde tu oído viaja
hasta los confines más recónditos
de tu alma y se hace verbo, sintagma.
Que lo escrito...
no me traicione, no me establezca
barreras que al aire no tengo, no,
que los labios no se quiebren, no,
no pronuncien un quejido de impotencia
ante cualquier giro inesperado, no, nota,
arpegio repentino que brote del cuenco
de mi boca y no se imprima en la palabra
escrita, no sea fiel reflejo de lo que siento.
Que tu letra y mi voz sean un unísono, y tu voz,
un solo único, unificado, alineados en una recta
intangible cual dos planetas que se saludan
de improviso, alzando una mano amiga de órbita
a órbita, y deseándose con el alma un buen regreso,
y que el sonido que articulado les sirve de nexo,
de entendimiento, sea puro, sin tinta corrida, no,
que sea franco y trasparente al misterio insólito
y arbitrario de la Fonética, de esa serie infinita
de grafemas que en clase me enseñaban y hacían

en mí las veces de la Santa María, la Niña y la Pinta
respecto de la palabra, mi gran amor.
Que la letra que escribo, que perpetro, no traicione
el verbo, ese que brota de mi boca cuando torpemente
hablo, razono, titubeo cuando el sentimiento, recio,
robusto, se me interpone entre la lengua y el miocardio
y me juega malas pasadas, malos entendidos, distopías
que en sueños me despiertan y me devuelven a la casilla
de salida, y vuelvo a empezar como empiezan una y otra
vez los que lo intentan y no lo consiguen, como el ciclista
de una bicicleta estática que sueña con ganar el Tour
de Francia, como el péndulo que siempre vuelve y va
y quiere escapar a ese destino sin tener tan siquiera
la opción de ello porque su esencia, su nombre, su ser,
se define, se escribe, se pronuncia, se fonetiza en razón
de ese movimiento que lo condena de por vida.
Que tu letra no ?tampoco a ti? te traicione.

Sofía

Caminar hacia la Sofia
es tanto como caminar
hacia el horizonte.

Me siento y pienso,
alzo la vista al cielo,
miro las estrellas
y no acierto a encontrar
el camino, el transcurso.
Me siento y leo,
abrazo el conocimiento
mas este me rechaza,
me alza la palma de la mano
y me detiene, me considera
no apto para degustar el manjar,
la ambrosía en que consiste
cada uno de los alfajores, elixires
y delicatesen que componen
su dieta, y que le dan nutriente.
Me siento y rezo,
me declaro impotente, importante
solo en lo que de pequeño, de insignificante
me llena por dentro y me conformo,
me resigno a ser nadie, y morir en el intento
de tocar aunque con la imaginación sea
la próxima luna, y la siguiente estrella.
Me siento y no hago nada,
me quedo aunque sea por un instante
en la inopia de no saber cuándo, cómo,
por qué, dónde, ni quién es el causante
de esta desazón que me quema por dentro,

quién me manda querer, desear la difícil,
inútil y vana empresa de aspirar a saber
por saber, sin un propósito crediticio,
sin una vil materia que justifique el esfuerzo,
sin una recompensa que aliente el aplauso
del respetable y me procure nombre y espejo.
Para qué saber si no renta dineros,
si incluso, en ocasiones, es ocasión de desagravio,
de envidia y disputa y trae a maltraer al infeliz
que se atreve a sondear sus mares, sin bitácora.
Para qué sentarme y pensar con el poco tiempo
que el ejercicio necesario de dormir nos deja
para perder el tiempo, o ganarlo según se mire.
Para qué sentarme a leer si la lectura me enrabieta,
me irrita, me disturba las convenciones ya convencidas
en las que me debato, para qué amarejadar las aguas
serenas en las que día tras día nado sin trastorno
ni naufragio, para qué adentrarme en la utilidad
de lo inútil, de lo que no procura posición ni boato.
No quiero seguir caminando hacia Sofía...

Haciendo...

¿Qué es la poesía?
la poesía soy yo.
?Gloria Fuertes.

Tú, no yo.
Tú eres la poesía,
ya lo dijo mi ilustre paisano,
yo no soy, solo soy un reflejo,
un sintagma sin sentido
en el seno sobrio de una sentencia,
en la geografía transcrita
de una frase a destiempo,
tú sí, tú sí eres poesía, luz,
luminiscencia por entre los orificios
que la persiana deja al descorrerse,
al ser herida detrás por los rayos
de una mañana que insiste fotónica
en el frágil plástico que la envuelve.
Tú, solo tú, no puede ser otra,
ni otro, tú sola cuentas con el caldo
de cultivo que la lírica necesita para darse,
para existirse y prenderse al aire
que la circunda y que le sirve de vehículo.
Yo no soy, no puedo ser, pues carezco
de la pureza de que esta se alimenta
para pronunciarse afuera de una boca,
para salir a borbotones de las inmediaciones
que un alma ofrece a su síntesis, a su hacerse
lenta y precisa en un papel en blanco, torpe,
insuficiente a tanta posibilidad, inalcanzable

por inasible, insatisfactoria por inalcanzable.
Ahora, justamente, que me doy a escribir
en un vano intento más por lograrla,
me veo en la tesitura entre el fracaso frente
a la compasión conmigo mismo de saberme
inapto, inepto, y no hecho para llegar a ella,
para alcanzar a comprender aún un atisbo
de la grandeza que guarda y a la que aspiro,
parafraseando a Borges, sabiendo de antemano
de mi derrota como sé que en la batalla
de la vida acabaré derrotado, por fortuna.
Pero no nos desviemos del tema, que la Poesía
eres tú, no yo, y seguirás siendo tú
aún cuando las tornas del sentimiento giren
en dirección contraria, basculen hacia tierras
inhóspitas, donde ni tú ni yo tenemos cabida,
plan, peripecia y futuro por delante ?tú, solo?.
Yo, un medio mecánico, un tecleador, un hacedor,
nada más...

¿Eres árbol?

Sin árbol
no hay violín.
?Carlos Edmundo de Ory
(Humanismo del árbol).

Si un árbol es árbol
se precia de su preciado
nombre, se ofrece orgulloso
a airear el aire, a dar vida
a la vida que persiste, O2
a lo que va careciendo de él,
algún aroma que se transmina
desde alguna flor, desde otro
árbol cuyas flores florecen
apenas el invierno se despide.
Si un árbol es árbol
no protesta, sino que acepta
el destino que el hombre, vil
a veces, generoso otras,
le prepara desde semilla a leña,
y el hombre ?no la mujer, que es
sagrada?, ignorante de su capacidad
infinita de daño, cuando lo hiere
con un punzón innecesario, la savia
que extrae para provecho propio,
la manzana que se le cae, la madera
que nutre el fuego de cada día, todo,
todo, lo ofrece sin rechistar, sin una mala
palabra, sin alejarse de él, sin darle la espalda,
sin reprocharle las innumerables incisiones
que le practica en su tronco para extraerle

la sangre, el único alimento con el que cuenta
para verter al aire el oxígeno que respiramos.
Si un árbol es árbol, y quiere preciarse
ante sus congéneres de su nombre, presumir
ante sus vecinos de su condición profunda
de ser vivo, debe ofrecerse verde, brillante,
porque el verde, y si brillante mejor, conecta
a su creador y matador al tiempo, el hombre,
no la mujer, con la Naturaleza que olvidó
en el inicio de los tiempos pero que se muestra
irrenunciable, edificadora, equilibrante cuando
el mundo que le contiene se desequilibra,
se enloquece, se desrefugia cuando el refugio,
el escape, se presenta como el único madero
al que agarrarse y salvarse del naufragio.
Soy árbol, me siento árbol, y mis hojas
mi entusiasmo, mi verdad, mi oxígeno.
¿Eres tú árbol también, o todavía no?

Heroína

Morir pronto quisiera.
Menos dolor la muerte
que este morir mil veces
de hora en hora.
Dolor infinito el de mi corazón
cuando razono que la que tanto amo
amor no siente.
Para qué ya la vida.
?Miquel Ángelo Bunaroti, soneto.

Me desdeñas.
Tendido en la hamaca pienso
torpemente, y veo que no,
que mi inmenso amor no llega
a tocarte, que no te prende,
que es una mariposa
que te llega sin tomarla en cuenta,
que Cupido, todo anhelo, hielo
en calentar se empeña y no derrite.
Me descentras para un nada ausente,
como si la corriente que me arrastra
fuera remanso en tu piel, y quieta
muriera al llegar a tu orilla tras un penoso
naufragio.
Me desvelo por las noches y te sueño,
me desvivo sin que mis cuentas rindan
algo de beneficio que llevarme a la boca,
y no sirve cual si agua escasa a un incendio
y tú, al otro lado de los hechos, tiemblas
por otro, seguramente, y desvías
el cauce de mi lava hacia una inopia
como si vilano al viento fuese,

y pienso que para qué tanto amor
en desperdicio si no inicio con esto
el incendio de tu carne, y mi deseo agua
de borrajas frente al dique pétreo
de tu indiferencia, y tu comquista
cara me resulta, tu estudiada ignorancia
me quema una entraña ya arañada
en mil lides, tu asedio para qué, mis hombres,
cansados, abandonan la lucha por falta
de munición y yesca, y la dinamita amarilla
de sus balas mojadas se baña en un desdén
insano, y mejor la muerte que este suplicio
vano, que este ensayo rayano a un precipicio,
círculo cuadrado que en un prinicipio
creí virtuoso y que con el paso del tiempo
se vuelve infierno, tortura y tormento, vicioso
como heroína ?el ansia de no tenerte.

Esas Vascongadas...

Soy como el oro,

cuanto más me desprecias

más valor tomo.

?Arcángel.

Escaso como el oro.

En las cumbres vascongadas reinaba la quietud, las casas encaladas y de rojo furibundo salpicaban el paisaje de un semblante antiguo, como en blanco y negro, y los juegos de los niños eran solo en la plaza, en casa no había espacio para eso. Rodolfo venía corriendo del colegio, la premura tenía una justa causa: el bocadillo de mantequilla y chorizo que su madre le tenía esperando sobre la alacena a salvo de moscas y diciéndo cómeme a todo aquel que se asomaba a curiosear. Manuela no daba abasto en todo el día a cuantos quehaceres se le anteponían en el camino, y Juan, su hijo mayor, laboraba impasible en el taller del sótano, no en vano la carga de trabajo no paraba por fortuna de crecer desde que llegara al pueblo el nuevo ingenio azucarero. Antonia, la vecina predilecta, cuidaba de sus cabras desde bien temprano y traía la leche recién ordeñada hasta sus vasos de porcelana china, con café colombiano y unas tostadas que olían a gloria en diez metros a la redonda.

Sebastián no deja la droguería ni a sol ni a sombra y su hijo Hipólito, al cargo de la contabilidad de unos grandes almacenes, es fácil encontrarlo de aquí para allá portando una especie de cartapacio con las cuentas pendientes de ciertos comerciantes, esos que dejan fiado y que se olvidan enseguida de cumplir con las obligaciones contraídas. Su cara, en esta ocasión, es un espejo de desolación e impotencia habida cuenta de la dificultad que de suyo le entraña el saldado de las cuentas y así, a su padre, de noche, en la paz de la cena, se lo confiesa con un hilo de resignación y melancolía que, buen psicólogo, sabe sustanciar y resolver.

En las cumbres vascongadas la vida tilila con la energía del que no pierde la esperanza de que las cosas irán a mejor, y el alcalde, Federico, así se afana cada día en las comunicaciones que en ocasiones realiza al vecindario aprovechando las charlas de casino, por la tarde, cuando el naipe se impone al dominó y las risas son las reinas de la estancia.

Desde esta terraza sobre la que oteo el horizonte sigo soñando la vida del pueblo, sin verla, solo a fuer de imaginación, como los poetas griegos de la Edad de Oro.

Quijote

Cabía el saber del mundo
en ese cuerpo tan pequeño.
?Arcángel.

Quijote a la deriva,
iluso sin rumbo,
soñador sin sueño,
navegante sin navío,
escafandra sin buzo.
Eso, rumbo sin bitácora,
grafito sin lápiz, espuma
sin baño, frasco sin cristal.
Tú eres igual, no lo reconoces,
mar sin playa, viento sin aire,
huevo sin clara, caldo sin sustancia.
Ella es así, ayer, antier, anteantier,
la luz invadio sus ojos
hasta la ceguera, tanto prestigio,
tanto sol en un horizonte ilusorio,
color fucsia y terciopelo, una vida
de espinas en un camino de rosas,
una alfombra roja en un teatro,
un foco alumbrando una quimera,
unos flashes para un periódico,
una fama, un dinero de celofán.
Cuando la notoriedad calla
se duerme en su cama,
cuando el ruido cesa nace el misterio,
sale y se manifiesta, sutil, etéreo,
y quiere escaparse de ser percibido,
huye de las cámaras, de los manuales,

de los diccionarios y enciclopedias,
y librándose de ser definido sonríe.
Quijote a la deriva, que pugna
por comprender y cuando lo hace
es tarde, el pueblo se ve ya cerca
y el camino escasea, pronta la meta
y vano el fruto de tanto esfuerzo,
inútil, como los zapatos a un muerto.
Cuando logra aprender no le sirve,
ya es tarde y no le da tiempo a gozar
de esa ambrosía, conocimiento,
y el mundo, en definitiva, se declara
mal diseñado, mal hecho, y tú y yo
y ella un fracaso, un desaliento.

Sobrepuerta

No puedo cruzar
las puertas que pintadas
aparecen en los cuadros.
?Dice Holan según Clara Janés.

No están abiertas.
Detrás un paisaje, sugerente,
delante, la intención de cruzar
un dintel al óleo, supuesto,
aparente al que mira e imagina.
Miro el cuadro y me sobrecojo,
entro y me acojo a ese mundo
que se pinta dentro y no existe.
De un lado a otro mis ojos vuelan,
entender quiero el entorno, la nube,
el pájaro sobre un aire de tela, azul,
con un sol que calienta y no se ve.
Hay otras puertas pero todas salen
de esta, en la que me adentro.
Un mar me recibe, y sus olas chocan
contra la caliza de un molusco antiguo
que muestra su pulpa, su comida,
y un horizonte al fondo como ajeno,
como postizo a ese mar, de un color
que no casa con su malva turquesa,
de un rojizo casi fucsia impropio, extraño
a la hora en que se produce el ocaso
y que el reloj de la plaza campanea fiero,
como si el planeta al que se adscribe
fuese reo de herejía y deba pronuciar
su último sermón antes de caer extinto.

Me duele el ojo derecho, un orzuelo manda
sobre la veracidad de su párpado y lo rellena,
no me deja ver el universo que se debate dentro,
no me deja decidir si me adentro o me quedo
en la superficie de lo que significa, si salgo
fuera para virar su umbral e interesarme
por el primer plano, empaparme de la narrativa
que el pintor quiere arrojar contra el que mira.
Dejo la escritura con urgencia, el ojo me duele,
el orzuelo no da tregua y el medicamento, agrio,
tendrá que mezclarse con mi sangre y rezar.
Salgo afuera de la puerta, de la habitación,
del gabinete de maravillas que poseo, y duermo.

Ese sonido

Todo es poesía
menos la poesía.
?Nicanor Parra.

Un sonido se cuela.
De repente, un sonido se cuela
desde arriba, el vecino canta,
es sábado, el sol sonríe, la vida
se despierta y hace planes, entra
por entre la ventana del baño,
una sonrisa mientras me ducho,
un subir positivo desde mis piernas,
me parece que el día va a ser
de apuntarse entre los días
que en mi existencia debo tener
en cuenta, recordar de viejo.
Ese sonido me lleva
a una canción que pongo
de inmediato en el móvil, esa
canción me lleva a otra
hasta armar un concierto
improvisado que me pone en órbita.
Desayuno y salgo, cierro la puerta
con otra sensación, intuyendo
que lo que me espera al doblar
la esquina me va a dar razones
para pensar que merece la pena
seguir viviendo, seguir respirando.
Solo ha sido eso, un sonido,
una melodía que reaccionando
con todas las melodías que ya llevo

acumuladas dan con una amalgama
nueva, inédita, y generan un brote,
una explosión endocrina que me incita
a salir afuera, a buscar una rosa,
a buscar un viento que me empuje directo
a un buen puerto, y dejar allí mi barco,
quieto, a merced suave de un oleaje,
casi imperceptible, que lo mece lento
hasta dormirse, y que, cuando vuelva,
le haga llenarse de la energía que precisa
el viaje que emprenderé sobre su cubierta,
rompiendo la resistencia de las olas
si estas despiertan de su letargo y soportar
cual Ulises el embrujo de cualquier sirena.
Un sonido se cuela,
y todo lo que he dicho
viene de ese simple sonido.

Nada importante...

La historia no se repite
pero rima.
?Mark Twain.

Me parece ahora que hace más de un siglo que no escribo, no sé, como si poner las dos manos sobre el teclado fuese tan pesado como el levantamiento de un cadáver, como si los dedos, retrayéndose a la imposición paterna, se rebelasen a hacer caso a ninguna autoridad, y menos a la de alguien que está en medio de un cauce seco.
Dicen que en el comer y el rascar todo es empezar, pero en esta ocasión no solo basta la voluntad, también es necesario que las ideas vengan y se congreguen en torno a un constructo desconocido que llaman memoria, o quizá mente, si quiero ser algo más extenso y menos intenso en la definición del asunto ?nada que importe a nadie.
De fondo una música relajante, como siempre, y a la derecha unas uvas negras, a ver si el tanino y la glucosa que contienen me allanan el camino hacia la musa y dan con algo digno de ser leído, porque de lo contrario, la papelera que tengo justo a mi derecha va a hartarse de celulosa hasta reventar de sus costuras. y no tengo ganas de romper más papel ?debo ser un ciudadano responsable y colaborar con el medio ambiente?.
Hoy no estoy para florituras, lo sé y lo acepto, y sabiéndome derrotado en esta lucha incruenta que libro con la inspiración decido dejarme llevar, que mis dedos vayan deslizándose por el teclado como perro que se saca al parque para que haga caquita y se explaye, y hable con otros perros y los dueños con otros dueños, que la libertad no solo guíe al pueblo sino que guíe mi espíritu hacia algún puerto de fiar, o al menos a un antepuerto que sirva de abrigo a lo que quiero decir y no logro.
Lo dejo aquí, que ya los dedos empiezan a dolerme...

Cuando actúo...

San Esteban se convirtió al cristianismo mientras
interpretaba un papel de cristiano frente a Diocleciano.
Se metió tanto en el papel que se convirtió.

Cuando actúo,
cuando encarno otra carne,
otras vísceras, pensamiento,
sentimiento, cuitas, alegrías,
cuando me revisto de otro yo,
otro cerebro, otra educación,
otra perspectiva, otra manera
de vivir las flechas de Cupido,
cuando me interno en la maraña
de lo desconocido, buceo en tripas
ajenas y al mismo tiempo excitantes
por lo que de oportunidad profesional
supone, me sumo en un frenesí ciego,
en una latencia tan erizante, soberbia,
espeluznante, que las horas de sueño
no son horas para memorizar el papel,
la puesta en escena, el montaje de la trama,
el discurrir vital de ese personaje, drama,
momento histórico que me toca vivir
como si fuera coetáneo de los que de verdad
sufrieron, padecieron, gozaron, tosieron,
se medicinaron en pos de una penosa vida,
a veces, y fascinante, otras.
Cuando actúo me meto, me someto
a unas fuerzas que no gobierno,
me interno en una selva cuya fauna,
a veces fiera, me rasga las vestiduras,
me araña la entraña, me hace decir

frases, palabras y expresiones extrañas
que no comparto, o incluso compartiendo
no digo, no me atrevo a decir en público,
pero me hace brotar tal caudal de adrenalina,
de endorfinas, de sustancias psicotrópicas
de tan inmesa calidad que no mando, no soy
o sí más intensamente, más auténticamente.
Eso me recorre cuando actúo.

Una bala

La buena poesía es una bala
que nos estalla en el cráneo.
?E.Dickynson

Una bala se me atravesó antier.
Iba paseando, después del trabajo,
soltando amarras, descargando
la carga acumulada hasta un rato
antes, hablando conmigo, riéndome
conmigo de mis ocurrencias,
contándomelas como si fuera otro,
desdoblado, un clon fabricado
por la mente, sin carga genética
que avale clínicamente el resultado,
un mí mismo pensando en ti,
en mi posibilidad contigo, en el futuro
que presente quiero que sea dentro
de un tiempo, y me despertó de repente
una bala, perdida, unos niños jugando
con una pistola desenterrada del olvido,
un descampado cerca, siempre baldío,
desde antes de la guerra, debajo de tierra
Dios sabe qué se guarda, y jugando
a escarbar dieron con el arma, todavía
cargada, casi nueva, conservada, injusta
en su momento, brillante como cuando
las balas llenaban su entraña y ellos,
los niños, jugando a indios y vaqueros
en formato real, con fuego cierto y dañino,
y ellos ignorantes del peligro, como debe ser,
como un niño debe ser, inconsciente,

valiente pero de una valentía que no es
porque la valentía o es consciente o no es,
o es testigo o intuidora de un daño o no es,
y los niños seguían disparando, unos y otros,
encantados, como dentro del aparato receptor
donde sus padres se paran a ver esas películas
y ellos, de rebote, al pasar al lado, la ven sin verla,
las procesan sin procesarlas, y en el momento
menos esperado las reproducen en forma de quizás,
de posibilidad de perecer, de dejar una historia
tan bonita como la que vivo en la estacada, todo
un despropósito, un plan que no me apetece nada
porque no me viene bien, porque pronto la veré,
la tocaré por fin, sabré cómo es sin cristal líquido,
sin vidrio translúcido o transparente de por medio.
Menos mal, pasó rozando el larguero,
por poco me meten un gol y pierdo el partido.

Un perfume

Todo círculo es vicioso,
cada uno de sus puntos
una encrucijada, y cada
uno puede interrumpir
su círculo.
?Chantal Maillard.

Soy un discontinuo deseante,
cada átomo que me explica,
desde la misteriosa incertidumbre
de una física distinta, cuántica,
me sume a cada golpe de suerte
en una indefinición que me quema
por dentro, que no me permite
ni tan siquiera respirar el aire.
Iba por la calle y me llegó el perfume,
ese que tanto me lleva a ti, el miércoles
por la tarde, al salir del trabajo,
tu imagen se me reprodujo en la sien
como si fuera una serigrafía, y consternado,
atónito por el prodigio que se producía,
decidí girar a la derecha en el camino
que estaba perpetrando, sin razón aparente.
Después, cuando llegué a casa y alcancé
a urdir los hilos, a atar cabos, entendí
que tu aura todavía me mandaba, dentro;
que, contra pronóstico, no estaba sanado
aún, que tu amor seguía socavando, haciendo
una labor de zapa silenciosa por entre mi piel,
rasgándo el colágeno, descimentándola,
haciéndola tiras sin siquiera darme cuenta.

Giré a la derecha siguiendo el rastro acidulante
de tu perfume ?supuse que era el tuyo? y me
topé como por ensalmo con tu casa, blanca, gris,
de balcones vencidos por el tiempo, flores blancas
en unas macetas que olían a antiguo, y tu ventana,
abierta para mi sorpresa, permanecía vacía pese
a mi deseo insistente de que la poblaras con tu torso,
con el potente portento de tu pecho, de tu sonrisa
pícara y descreida, mirándome como aquella vez.
No vi nada, y eso que insistí con mi permanencia;
no salió nadie, no hubo sonrisas ni pechos firmes,
turgentes, ni invitación a subir, nada; me fui
sumido en la decepción más grande de mi vida.
Aquí, ahora, recordando.Viendo sus fotos....

Una sensación

No toda causa
es motivo.

Me arremangué en la fuente.
El agua fría, el día lluvioso, unas gotas
cayendo desde el pelo a la espalda,
la ropa recién lavada, ceniza colada,
la cesta sobre la cabeza calle abajo,
el empedrado del firme me dañaba
la planta de los pies y sus junturas,
los huesos gritando tregua, y yo,
con la guerra sonando en el cielo,
cumplo con lo establecido, una familia,
un marido tullido por una bala, dos niños
sin colegio porque los libros sucumbieron
al peso de unas bombas, y yo, soportando
todo el peso de una circunstancia aciaga.
La piel de las manos casi no está ya, el frío
se ha ido comiendo su trama de colágeno
y parénquima y la carne, detrás, indefensa
al rigor ambiente, va amarronándose triste,
gangrenándose sin remedio ni panacea,
y esa muerte que se avecina la tomo, ahora,
como una puerta de salida, un alivio, no puedo
más con toda la carga, soy un Sísifo rendido.
Escucho a mi espalda una ráfaga, los niños
están recibiendo clases en casa de Amalia,
voy a recoger corriendo la ropa, tenderla
y correr hacia allí, no sea que alguna bala
perdida me quiebre el alma en ellos, no,
lo que me faltaba para acometer el suicidio
que desde hace unos días me ronda la cabeza.

Espero que todo sea una sensación, una angustia pasajera.

Es necesario...

Un libro debe afectarnos como un desastre, no hacernos felices. Debe ser el hacha que rompa el mar helado dentro de nosotros.

?F.Kafka.

Uno entre mis manos, pasando hojas.
Emocionado de ese sutil describir, de esa gracia, de ese adorno como lacito
de regalo en cada palabra, de esa sorpresa en el giro, de ese no adscribirse
a lo acostumbrado, a lo políticamente correcto, de ese arriesgar, inventar
si es preciso algun vocablo, que el diccionario se engrose de alimento
y quede nutrido cuando el ejercicio de la lectura cese, o de la escritura
si se trata de escribir, como intento hacer ahora.
La palabra como punzón, como picada de mosquito en pleno verano cuando
el estío es más virulento que nunca y pesan las piernas al andar al aire
libre, cuando quema el asfalto si caminas sobre él, o la acera si respetas las normas
de buen viandante, cuando la canícula se alarga más allá del conticinio y el sueño
parece resbalarse de entre la comisura de ambos párpados, alejándose...
El libro como mazo, como martinete contra la roca de la intransigencia, del todo
es blanco o negro, de lo que se abona en la simpleza de aquellas mentes que se ajenan
de su lectura, de la magia edificante de su semántica, y se conforman en una
elementariedad peligrosa, extremante, intransigente, insultante.
Esta reflexión dedico encarecidamente a quien, ignorante, se abstrae a la letra
impresa, a abrirse a la amenaza que conlleva recibir ideas, conceptos, que arriesguen
la integridad de su statu quo, su pobre zona de confort, su marchito mundo.
Se lee por placer, yo el primero, porque de lo contrario un esfuerzo atencional
de ese calibre no tendría sentido a menos que fuera fruto de una obligación, de un
trabajo de clase, de una investigación si eres escritor o profesor a cerca de un hecho
necesario de esclarecer si debes dar una lección o componer una obra literaria; y en
el caldo esencial de ese placer que se manifieste el desastre, el rompimiento,
el desencaje de aquellos moldes que equivocados presidan su manera
de entender la realidad, y resquebrajar por entero esa creencia, limitante, ese
creer que la cosa era así hasta caer en la cuenta de que no y te sientes idiota, lelo,

imberbe, que has perdido el tiempo viviendo en una equivocación permanente, y sin poder concebir cómo se puede permanecer en esa inopia sin que ninguna alarma salte.

El aserto del ilustre escritor praguense lo suscribo siempre que se lea desde el placer, y en el seno de él, y a propósito de él permanecer abierto a que devenga cualquier desastre, sin miedo a perder porque nunca se pierde, y a la espera de que el calor tibio procedente de la fricción que la palabra experimenta al ser leída sirva para derretir ese mar helado interior, fruto del fragor de estos tiempos.

Bésame

¡¡Bésame!!,
que me muero.
?Amantes de Teruel.

Dos veces pronunció esta frase
Diego de Marcilla antes de morir
sobre Isabel de Segura.

Estaba deseando.
El transcurso de los días me hacía mella.
La melancolía y el entorno eran propicios,
los desarraigos pesaban en el aire, el cncanto
que ella tenía se dibujaba en la imaginación,
me cuestionaba mi manera de entender, de ver
cómo la realidad iba tomando su contorno exacto,
verdadero, sin tapujos ni medias tintas.
Rodolfo me lo dijo el otro día, en un mensaje
que el guasa gritó como multiplicado, en el conticinio
silencioso de la noche, y las paredes reverberaron
la alarma hasta despertarme sobresaltado, ¿Qué pasa?,
dije, y leí el mensaje bajo una absoluta oscuridad, la luz
de la pantalla hiriendo de muerte el iris ya maltrecho
de mis ojos y yo, tras su lectura, sin salir de este asombro.
Estaba deseando desde ayer.
La vi quieta, al trasluz de una ventana, como aquella hermana
de Dalí que se apoya en el alfeizar de una ventana que da
al puerto de Cadaqués y muestra la completa voluminosidad
de su pompis, la exuberancia de su cintura y la capacidad
de hacer feliz a un hombre que mi mente deducía a todas luces,
y quise que fuera mía, pero ella nunca me concedió la venia.
No supe llevarlo, ese no poder tocarla, ese no llegar a olerla

cuando oler su contorno es lo que deseaba, ese no abrazarla,
no poder rodearla con la boa constríctor de mis brazos,
ese huracán que el deseo me desata, ese no...
No supe llevarlos nunca, todos esos eses que he susodicho,
y me contento con contemplar su foto como traspasando
el cartón piedra de su textura, como pensando en qué sería
si pudiera tenerla encima, sobre mis ingles, y cabalgar como
cabalga quien huye, quien es perseguido por la autoridad.
Estuve deseando, y lo sigo estando.
Quisiera que me besara, ahora? sigo esperando respuesta...?.

A pesar de Newton...

Somos islas que buscamos
estar juntas.
?No recuerdo quién fue.

Quedé varado.
Recibí una llamada de teléfono que me desconcertó;
me hizo pensar durante un rato sin saber qué decirme,
qué hacer para resolver lo que sentí se me venía encima.
Todo fue repentino, como si las mieses que esperas
en julio se agostaran antes de darles cosecha y cobijo,
como si un dios altanero y esquivo se empeñara en rociar
sobre mis campos una especie de sosa caústica que diera
al traste con tantos años de trabajo, de sacrificio, y tú, ahí.
Te quise escribir un poema.
fue este:
De cerca,
sentí cerca la ausencia,
el insistir en vano
sobre una puerta entreabierta,
el comulgar con unas ruedas
de molino ya gastadas, en desuso.
De cerca,
cuando lavabas la ropa a las claras
de un día, fuese sol o lluvia,
tu mirada, la hora del colegio,
la compra que no se hace, los libros
en la cartera, y la merienda de las doce.
Todo, una película que rueda
y rodará en cualquiera de mis cines
cuando me pare a pensar, en el camino.
Hace un tiempo, por un tiempo, quedé varado.

Papá ya inexistente, se fue pronto,
y tú, varada también ?quizás mi varamiento
era al unísono y consecuencia del tuyo? pugnaste
brava por nadar y guardar la ropa, esa que metías
en la lavadora y que tras vueltas y vueltas sin sentido,
como un hámster sin esperanza, sacabas a tender
cuando, por azares del diablo, no se daba la puerta
en atascarse y darnos de bruces con el técnico que,
con una sonrisa condescendiente, da a un punto clave,
concreto, y desanuda todos los nudos gordianos
que en la mente de mi madre y la mía se hubieron atado
ante la ausencia de mi padre, el manitas, el que resolvía
desaguisado tras desaguisado, sin que se atreviera ninguno
a rebelarse ni a faltar a su autoridad hacedora y haciente.
Quedé varado,
y fue porque ella se varó primero, y yo,
como consecuencia suya, por solidaridad filial,
por justicia poética, fui tras ella, como efecto
que sin cuestionarse la validez de la segunda ley
de Newton sigue y persigue a su causa, a su razón de ser.

Antoñito

Si el arte no existiera
la realidad
nos haría añicos.
?un tal Nietzsche,

A veces uno, otras son tres
e incluso cuatro.
La situación va desalentando los ánimos,
ayer, recogiendo a los niños vi eso,
un zumbido, de repente, como si las trompetas
de Jericó anunciasen un fin del mundo
aún no publicado, no dado a la luz.
Antoñito ya aparecía al fondo, saliendo
desde la esquina de la puerta que da al baño
y al verme, con la cara desencajada, corrió
como si estuviera en el recreo en pos de una pelota,
se abrazó a mis piernas como si necesitara no caerse
a un vacío, el vacío que a mí se me abría, y me dio
un beso que me supo a miel y fresas, me contó
sus quehaceres y tareas pendiente para por la tarde.
A veces son solo una.
Montados en el coche de vuelta a casa
lo vi, al trasluz, como un espectro que desde ayer,
desde el sueño de una habitación vacía,
me venía detrás, por la espalda, como un memento
romano tras un emperador que no entiende la fugacidad
de la vida, que quiere y hace por ser inmortal, imperecedero.
Cuando llegamos a casa Antoñito corrió escaleras
arriba en pos de su madre, y al ver que no estaba, entre
extrañezas y suspiros de suspicacia me preguntó que dónde
estaba, que si su ausencia era cosa de horas, de días,

o de vidas, y que si habían discutido y de ahí su huida hacia delante. Le dije que sí, con la mirada en el suelo, la cabeza pesando un quintal métrico y la verguenza gozando de su salud. Antoñito lloró, fueron unos segundos solo, y yo continúo llorando mi ineptitud, mi falta de capacidad de dar mi brazo a torcer cuando el brazo no es necesario para el amor, para quererse. Ella volvió, a regañadientes, y Antoñito es otro niño...

Todo, todo y todo...

Historia est
magistra vitae.

Todo.
Arena es todo,
agujas que se rompen,
todo, manantial
que se seca, todo,
rincón que se achaflana,
todo, orgía y acción,
seducción y deseo, todo,
rompiente y moliente,
destino e itinerario, diario,
secuencia y morfema,
todo, y todo se desvanece
por el cascarón biconvexo
de la oportunidad, el tiempo,
todo, la pestaña que cae, todo,
la limonada que pierde fuerza,
todo, todo, la región de tu alma
que sucumbe a la envestida, todo,
el desierto cuando se enfría, todo,
las dunas al fondo de una playa
con daiquiris y guitarra, todo, y eso
fue lo que dejé en mi taquilla, todo,
y me fui desnudo a la calle, y la gente,
atónita, todo, me miraba con extrañeza,
con los dos signos de interrogación, uno
a cada lado de la cara, en la sonrosidad
de unas mejillas que no dan abasto

con tanto flujo sanguíneo, todo, y lo demás
es silencio, y el silencio materia oscura, todo,
y el resto del universo conspirando, todo,
contra todo lo que se menea y la culpa, todo,
la tiene el gobierno, y todos los que chupan
del bote, todo, se hacen las víctimas ante
la solidez de una hipoteca comercializada
por un banco subvencionado, favorecido,
alimentado y sustentado por las cúpulas
de un partido que sueña con hacer de esas
cuatro paredes su casa, una Moncloa yerma,
todo, y todo por la patria, y nada por quienes
dotan de sangre a cada trozo de su geografía....
Todo un sinsentido, todo.

Una lira...

La vida es una mezcla
de química y
estupor.
?Émile Cioran

Eso dicen.
Estuve a punto de morir,
el helor ambiente fue decisivo,
determinante, y la medalla azul
que habitaba mi pecho me salvo
hasta hacer posible esta crónica,
esta pequeña semblanza que ahora,
torpemente, doy a la letra y la tinta.
Fue hace, calculo, no sé si bien o mal,
doce años, en el Trastévere en Roma,
la Piazza abarrotada como un día santo,
de carreras de caballos, tan típicas, sí,
en otras ciudades, como quizá Siena.
Un niño de pelo ensortijado, ojos negros,
escrutadores, que preguntan sin ortografía,
que con solo la sombra de sus pestañas
da asilo y descanso a cualquier tostamiento,
tan propio de las fechas que hacían, julio,
Italia, tan cálida como detergente, y el hambre
se dibujaba en sus harapos y sus pies descalzos.
Una lira signore ?me suplicó?. Lo miré antes,
lo quise cartografiar al detalle antes de llevar
la mano a la cartera y deshacerme de esa lira
?si le diera no solo sería una, es poco?.
Si, al menos esa idea guardo de mí, decido
extender limosna a un menesteroso por la calle

es el corazón quien decide, y si produce el impulso
de abrir la faltriquera y detraer de mis escuetas
arcas un óbolo, aunque fuese, no opongo la razón,
nunca, me dejo hacer y acato ordenes superiores,
y si no se produce no lo hago, ni queda quemazón
con posterioridad porque soy fiel a ese impulso, sí,
que viene de dentro, de lo que soy en lo profundo,
en lo de verdad, y sale del recuerdo al olvido veloz,
en un pis pas, como si el niño no hubiera existido
nunca y fuera solo un juego perverso de la mente.
Se fue al recibir esa lira, ni me dijo adiós, solo
un giro sobre su pie derecho encaminándose
con la decisión del que consigue un trofeo de caza
hacia el punto exacto en el que lo vi, y probar
suerte de nuevo con otra alma cándida.
Sus ojos eran bonitos...

El pollo está caro...

La vida no puede
escribirse,
solo vivirse.
?O.Wilde.

Quieres un rendimiento,
un rendimiento atroz,
las alas van cansadas
de tanta lluvia, el aire
más y más cargado
de éter sobre sus ínfulas.
El baile era para ti,
para tu ego, tus aires
de grandeza, tu collar,
tu vestido malva y tu sonrisa.
Que no te decaiga el ánimo,
cansada como estás, los niños,
sus extraescolares te matan,
los deberes diarios, su padre
que no existe todavía, sus...
De noche en la barra del bar,
y exhibes tu belleza al rijoso
de turno, que se vea atraído
a pedirte una copa y que beba
en aras de un jefe ambicioso,
que sus arcas se engrosen cuando
las tuyas van mermando, merma
que te merma, los libros cada vez
más caros, la carne de pollo que sube...
Ese moreno, a la derecha de la banda,
no está mal, dices, tienes ganas...,

por un momento tus pétalos
se hubieron abierto y deseaste ser polinizada,
me mira, el padre de mis niños no existe,
te dices, y sigues mirando por si, mosca
que se posa, mira al unísono y se encardina,
se establece un diálogo ojos a ojos, esos
que tanto te gustan, donde la ortografía
no cuenta y el diccionario pasa del papel
al gesto, y sigue mirando, y tú le haces
una señal de que se acerque y él acaba yendo,
tanto que, sin mediar palabra, te besa y te abres
como una flor roja en plena marejada.
Sí, tanto que se derrama como leche caliente.

Reconozco

Reconozco la ausencia,
una ausencia de no sé dónde,
de no sé cuando se produjo si se produjo,
entre col y col lechuga, dicen, y en esas
me ando, tergiverso los lemas, el dogma
no acaba de interesarme, transito desde el inicio
hasta el final sin saber cuáles y cuántas son
las paradas que hay entre tanto, no levanto la cabeza
al andar porque me ensimismo en mí mismo, me sumo,
me introduzco como elemento en un conjunto vacío
dentro del vacío que de por sí tiene estos pensamientos,
me dan vueltas alrededor de una mi mente sin rumbo,
que no es sol y que no recibe el movimiento de traslación
que sus planetas, entre ellos yo, le deben rendir.
Debo levantarme, la cama es ancha todavía, y es
tentadora, pero la cortisona está en todo lo alto
al igual que mi espada, que pide batalla y sangre.
La mañana se presta, es jueves, y pronta se cierne
una vacancia que viene bien para poner las piezas
sueltas en su sitio, que el puzzle al que pertenecen
resulte concorde a la vista, y que engranen de manera
que el funcionamiento maquinal diario no suponga
fricción que merezca la perezosa visita a un médico.
Reconozco la ausencia, sí, no la niego, y acabo de leer
que la palabra amor, según la cábala, significa lo mismo
que vacío, y que es en ese vacío semántico donde
puede tener cabida el verdadero, sin leche ni azúcar,
como el café que los buenos cafeteros beben, sin más
aderezo que el erizo que el bello sobre la piel describe.

Sobre esto pienso, y sigo dando vueltas a la idea,
a este rosario de imágenes que esa idea convoca,
y me afano en detener este carrusel mareante, sin caballos.

Sí, difícil

Fue difícil.
No tuve el valor de decir
lo que debí decir, basta,
y tuve que arrastrar tras
de mí toda una culpa,
una losa de cemento armado
que aún todavía pesa.
La decisión no fue adecuada,
las migraciones son complicadas,
el papeleo, los visados infinitos,
las objeciones disparatadas, el trabajo
que no viene digno, la cultura extraña,
y a todo esto, tú, clamándome la vuelta,
haciendo estallar el wasap con sollozos
interminables y emojis entristecedores,
y yo, reclamando una estancia, un futuro
que se antoja quimera, un empeñarme
en construir un nido para tanto polluelo,
y el esfuerzo vano, y cuanto más estéril
el resultado mayor mi afán, dar la vida
si es preciso por sacarlos de ese terregal
en el que se ahogan, y tú, con tus mensajes
perentorios, con tu pregunta constante
en busca de un sí al avance, al progreso
en mis gestiones, me haces más empinada
la cuesta, y la piedra que debo empujar
hacia arriba un mundo, cada vez pesa
más cual si fuera una pelota de nieve
que se engrosa irremisible, perentoria.
Fue difícil, y digo fue por que el presente

es indicativo: el nido bien establecido, sí,
el trabajo digno, sí, y tus mensajes, ya,
tus mensajes, ahora sí, sin emojis de tristeza
y dolor y desesperación, ya son corazones,
sonrisas, y stickers que me hacen reír,
por fin, y no como antes ?tan triste?.
El lodazal en el que se convirtió mi cuna
tiene ya remplazo, y el futuro no se avecina
simple, más bien pluscuamperfecto.
Estoy orgulloso de mí mismo por vencer
las tentaciones de vuelta, los angelitos rojos
y blancos que me confundían sobre seguir
o desistir, y la confianza que tuve me guio
hacia la consecución de lo que perseguía:
dejar de caminar sobre arenas movedizas...

Tu racionalismo...

Te sentiste indefenso.
La Armada era poderosa,
al menos eso decían las lenguas
y las crónicas, y, además, para más inri,
el reclutamiento hacia la Pérfida Albión
tuvo lugar con solo dos años de antelación
a la hora D, esa a la que su magestad universal,
el segundo Felipe, hubo consagrado el comienzo
de su gran proyecto de monarquía mundial, y
en Lisboa, por entonces española, tuvo lugar,
en su puerto para más concreción, la reunión
de todo el grueso de tropas y naves, en un ir y
venir constante de menestriles portando viandas
hacia las bodegas de los navíos, animales vivos
como ovejas, cabras y otros cuadrúpedos de buena
carne para nutrición de una soldadesca desnutrida.
Temiste, me confesaste en tus escritos, ser separado
de tu familia por servir a una patria corrupta, imbuída
de un odio visceral hacia el que creyera en otro dios
o, incluso, a quien, creyendo en el mismo, creyera
de una manera disconforme al dogma, y tú, racionalista,
autor, al cabo de los años, de una obra que te haría eterno,
tan adelantado en tu intelecto a tu época, no estabas
dispuesto a consentir tales tropelías; con aportar caudal
a las arcas de la Invencible te dabas por satisfecho, y más
pensando que no tuviste otra opción si no querías verte
con los huesos en la cárcel, otra vez, cuando con motivo
de este menester, recaudar impuestos, proporcionarías

a tu humilde familia unas posibilidades que de otra manera
no habrían podido ser alcanzadas ?eran malos los tiempos?.
La Armada salió cuando fue previsto, estuviste presente, me
dijiste por wasap, y por un segundo, aunque fuera, sentiste
lo que nunca antes, incluso en Lepanto: una especie de orgullo
por no se sabe qué, y te miraste la mano izquierda, la tullida,
y la acariciaste como queriendo con ello llevar a tu presente,
a ese instante, el recuerdo in fraganti de cómo recibiste el golpe,
el arcabuzazo fatal, suerte que eres diestro y no fue óbice
para dar a la letra todo lo que tenías que dar, que darnos...
Esto que estoy recordando no te lo voy a mandar para que lo leas,
o sí, según la sensibilidad me haga, y si quieres me envías fotos
de este momento, de cuando mirabas zarpar las naves, y, si las
conservas, del momento en que, con la furia en las venas, peleabas
contra el turco y recibiste...
Si cuando me las envíes tengo el teléfono apagado, que no te
importe; las veré al volver de dar mi paseo matutino, y si me haces
algún comentario quedaría más satisfecho, de ti y de la historia...

De las arenas el número...

Conozco de las arenas
el número y las medidas
del mar.
?del oráculo a Creso.

Arena casi blanca, arena
de ciertas dunas que todavía,
pasados ya veinte años, siguen
detrás, escoltando esos recuerdos,
esas promesas que nos prometimos
con ya escasa luz, el sol posponiéndose
tras una montaña al fondo, o eso quise
entender que era, y tu mirada lo decía
todo, no hacía falta apostillar con la voz
lo que ya desprendías, lo que me juraste,
amor eterno por cierto, y yo me lo creí,
yo, que entonces creía todavía en los Reyes
Magos, en que Peter Pan era y sigue siendo
eterno en su niñez, en su irresponsabilidad.
Quemaba, eran las ocho y media, o algo así,
y el arrebol extenso sobre la arena paspartú
perfecto a ese prometer hasta el meter,
y una vez metido se olvida lo prometido,
un ardor que se explica y se perdona dado
el excedente de sol que permanecía remanente
en las cuatro retinas, y que ardecía la sangre,
el puvis y los líquidos que desde dentro, vapor,
reventaban hacia afuera, y allí mismo, a la vista
del respetable, hicimos el amor, o follamos,
para ser más exactos, y hasta las gaviotas,
sin contar los niños que aún no abandonaban

la playa, pararon el festín vespertino para recrearse
en la hondura y preciosidad de las posturas, tanto
que entre ellas ?se decía que la homosexualidad
les abarcaba también? se dieron en imitar y ejercer
la cópula que la época les exigía por instinto, y los
niños, escandalizados, llamaron a sus padres, y ellos,
contagiados por los efluvios que el amor rezumante
emanaba, se desnudaron al lado hasta no poder menos
que imitar las contorsiones como si fuéramos una suerte
de reproducción en carne y hueso del Kamasutra.
Al cabo de dos horas las aguas de la playa volvieron
a su cauce, a su salinidad primigenia, y a la marea
que, baja, dejaba al descubierto la vergüenza latente,
no expresa, de ella y de mí, cubierta por la altamar
del deseo de ese momento, en ese marco incomparable...

Tienes una posibilidad

Surge amica mea
et veni.
?Epitafio de María Zambrano.

¿Estás muerta?
Sí.
¿Sigues muerta?
Creo que sí, no lo sé.
¿Te gusta estar muerta?
Se está tranquila. No tengo
horarios, ni prisas, no como
luego no existo, no tengo
la necesidad de trabajar, rendir,
dar parte de mi linfa a cambio
de un poco de sal, no vale la sal
en este mar blanco e inmaculado.
¿Te aburres?
No porque no existe el tiempo,
y al no haber relojes no hay agujas
que marcan sentencia, y al no haber
sentencia no hay campanadas de iglesia
alguna en ninguna plaza, y con ello,
no hay tareas que deben terminar
porque son sucedidas por otras que deben
empezar y así en un rosario interminable
?supongo que sabes de qué te hablo ¿Verdad?
¿Te gustaría volver arriba, o abajo, según
se mire?
Déjame pensar antes de responder. Voy a decidir
si he dejado pendiente de terminar alguna tarea
?mis hijos, creo, quedaron a buen recaudo?, sí

tienen de dónde tirar para alimentarse, sí sabrán
reaccionar ante cualquier imprevisto o azote
que la vida tenga a bien asestarles... Creo que sí,
puedo estar tranquila, puedo aburrirme, si, auuque
ese vocablo, aquí, no aparece en los diccionarios,
y que lo eterno, lo blanco, lo puro, me erosione
hasta secar mi espíritu como rosa abandonada,
y sus espinas se caigan de inacción, y sus filos,
puntiagudos, se vuelvan terciopelo de no arañar.
No te he contestado todavía a esta pregunta, déjame
que piense otro poquito más. sí, creo que no, que ya,
si vuelvo, produciría un desconcierto en las vidas
de todos mi seres queridos hasta desviar el cauce
de sus ríos, que como todo ser que vive debe seguir
inexorable, sin preguntar, la flecha de un tiempo
que no entiende de quiebros, de torcer la mirada
y volver, no entiende por más que se le explique.
¿Qué vas a hacer, te quedas o vuelves?
Tienes ahora ?Dios me acaba de dar permiso?
la posibilidad de elegir, solo ahora, si no te ocurrirá
un morfeo, es decir, un no saber esperar unos segundos
más antes de mirar atrás, a tu amada Eurídice, aunque,
si seguimos el símil, el primero eres tú y la segunda yo.
Cuando vuelva de la compra necesito una respuesta
porque hoy, sin falta, se la tengo que mandar por wasap.
Ya me dices...

Corro

Corriendo.
Siguiendo una senda
que no sé hasta donde llega.
Los árboles no me dejan ver
el bosque aunque, sin duda,
son parte de él ?si seguimos
el hilo del refrán, no?, y cruzo
la línea divisoria que marcan,
uno tras otro al borde de esa senda,
son eucaliptos, y entro en un mar
ignoto y peligroso, cuya vegetación
es tan espesa que el verde primigenio
se hace azul paulatino, y los monos,
con Tarzán a la cabeza, me indican
que a la derecha y yo, confiado, sí,
les hago caso asumiendo su buena fe,
y sigo andando en esa dirección fatídica;
un león de frente, no me quita ojo, saliva
cayendo sobre las fauces, se me viene
de repente las parrillas de pollo asado
que trinchados y dando vueltas veía niño
en la calle de las compras, reculando suave
para no contrariarlo, me voy despegando
bajo la sorpresa de que el león no se inmuta,
se aquieta a su sitio cartón piedra, me alejo
hasta que estoy a la distancia adecuada para
romper a correr, miro hacia atrás y el león
sigue como pintado en un mural, con las fauces
permaneciendo en su estado chorreante pero
sin llegar a optar por la presa que era yo.

Abrí los ojos de repente, en la plena vorágine
de mi angustia, era una pesadilla, otra más.
Me quedo un rato más, era temprano, sin luz
en la calle y los pájaros, ya, disputándose
el título diario de mejor piador del barrio;
bajo la ventana a fondo y incoo nueva dormida.
A ver si es posible...

Doscientos cincuenta...

Doscientos cincuenta.
Doscientos cincuenta y uno,
doscientos cincuenta y dos...,
son demasiados, me dije, y la inercia
me empujaba a seguir pelando
uno tras otro, como si un no sé qué
procedente de no sé dónde hubiese
atascado el interruptor y parar fuera
misión imposible ?era inútil?.
Escuché repentino el sonar del timbre,
contestaba que carta para Gustavo
Cifuentes, y le dije que era justo arriba,
me dio las gracias y arribó escaleras
hasta perderse de mi vista, sigo contando.
Doscientos cincuenta y tres, doscientos
cincuenta y cuatro, y por la ventana
una moto que entra asustando mi fijación
en este contar ?me acordé de su familia?,
pierdo la cuenta, maldije mil veces más
y vuelvo a la casilla de salida ?uno, dos, tres...?.
Me levanto y me asomo, cojo el teléfono, miro
el guásap buscando una migaja de afecto, miro
el significado de la palabra gatuperio en Chrome
y no me quedo satisfecho; busco su etimología
y es tan peregrina que me hace reír el cómo, jaja,
conviven en un mismo mundo lo zafio y lo fino,
lo completo y lo imperfecto, tanto que insisto
en otras etimologías que no aparecen a mi llamada.
Vuelvo a mi empeño por contar ?cuatro, cinco, seis?,
y el estómago me señala el camino de la despensa,

hago caso, abro dos puertas: la de la cocina y, después,
la del frigo ?también abrí la de la alacena, son tres?,
hasta untarme fuagrás en una tostada sin tostar.
Como, como devorando ?sí que tenía hambre?,
y vuelvo al pupitre, y sigo contando ?siete, ocho?
ya sin convicción, sabiendo que en alguna estación
de la aritmética, en algún elemento de los elementos
del conjunto de los números enteros, algo o alguien
?prefiero alguien? va a interrumpirme para perder
otra vez, por enésima vez ya, la cuenta; me desesperaré
durante diez segundos, maldeciré mi suerte y preguntaré
al aire quién me pone la pierna encima, lloraré cinco
minutos, me entrará hambre ?espero que esta vez sea
de algo más nutritivo?, y volveré a sentarme en la misma
silla, en el mismo pupitre, y diré, con un hilo de voz apenas,
uno, dos, tres...

Víboro

La pared vibra, yo también.
La simiente es extraña,
deambula y se cuece, tras
de sí va alzándose una duda.
La razón siempre precede
cualquier tentativa, hasta incluso
la más absurda y tú, desde aquí,
desde esa atalaya que desde aquí
no se ve, pretendes divisar mi intestino,
y adivinar sin estudio previo cuál es
su funcionamiento, cuando, ya hace años,
intento dar con ello sin apenas acercarme..
Tu padre murió ayer, me lo dijiste entre nubes
de sollozos, y yo, con un rictus de circunstancia,
te dije que ya sé lo que es eso, que lo viví mucho
antes que tú, tanto que apenas, o se podría decir
que no ?no apenas? me acuerdo de lo que sentí,
y tanto no me acuerdo que cuando quiero recordar
tengo que llamar por Skipe a mi hermano mayor
para que me recuerde qué fue lo que sentí en ese
momento ?no podía verme, por lo tanto, es lo
normal llamarlo si quiero informar a alguien
de lo que ese día sentí?.
La música no siempre es suficiente,
y todo lo que no tiene nombre
no existe, como no existe tampoco
aquella o aquello que no sale por televisión,
y si quieres ser recordado tras tu muerte
?a mí me da igual, si te soy sincero, porque,
si somos prácticos, ¿Me devolvería a la vida?,

no creo?, deja una obra en piedra y muere
joven y bella, o si no es en piedra en un formato
que pueda perdurar tanto como esta sin que
un terrremoto sepa dar al traste con ella y que,
tras las labores de desescombro, termine en un
desguace o, lo que es peor, en la sección de sucesos
de un periódico de tres al cuarto que, porque así
son los periódicos, acabará en una planta
de reciclaje cerca de tu casa para dar papel
futuro a la futura tinta, y que esto, en el futuro,
acabe haciéndose presente en la misma recicladora
cercana a tu casa y al lado de tu trabajo.
La pared sigue vibrando ?voy a apagar el vibrador?.

Sí, un poco sí ¿no?

Sí, se parece un poco, sí.
Si lo miro desde este lado
de la ventana se me parece más,
fíjate. Aprovecha este trasluz,
este que viene, que genera esa nube
cumulosa tras la tormenta del fondo.
A su padre, diría ?a su madre menos?,
y me encanta que así sea, entre otras
cosas porque el padre soy yo y no es plan,
estarás conmigo, en que se parezca,
verbigracia, al fontanero que suele venir,
siempre el mismo por cierto, no sé por qué,
a reparar aquello que yo no alcanzo.
¿Vendrá a reparar también otros mecanismos,
no artificiales, que se atascan alguna vez, o,
incluso, todavía están atascados y yo sin saberlo?
Menos mal, pensé con preocupación, porque
el fontanero tiene los ojos achinados y el niño
de la foto, que supuestamente es mi niño, no,
?aunque puede ser que la suerte genética
haya querido esta vez dar prevalencia a la madre,
a su redondez de ojos y sus párpados, y haya dejado
en el olvido la chinez que lo catacteriza?, y lo malo
de todo esto es que no me quito de la cabeza
que Susana está poniéndome los cuernos con alguien
?¿será que siento que no le doy todo lo que debería
o puedo darle??. Me voy al trabajo y aparco
el comecome este que me va a devorar si no lo saco
de mi pensamiento. Llevo tres días con este runrún.
Sí, creo, se parece un poco, o un mucho, si miro

esta foto con este trasluz que ahora, después o tras que
la nube amenazante de lluvia se fuera, reina, invade
esta soledad deliciosa sobre esta habitación propia...

Puerta con puerta

De frente, puerta
con puerta, al otro
lado del lado opuesto
a lo difícil, lo impensado,
ella, recién levantada, abre
la puerta, marrón con vetas,
contrachapado barato, Leroy
Merlín mediante, y le dije
que no, que entrara en el baño
ella, que yo iba a la cocina
aunque mi primer pensamiento
era lavarme las manos, tostada
y café mediantes, y cambié
de opinión ?me encanta tener
cintura para adaptarme a lo de
repente, lo que surge de improviso?,
y fui hacia el frigo a por una manzana,
que mejor así, es temprano para la tostada,
pensé, autoengañándome, y ahora, justo
ahora, estoy terminándola, está ya próxima
a su carozo para pronto ser historia,
ser pasado, como todo lo que he escrito...
De frente, sí, puerta frente a puerta
?por no repetirme jajaja?, y ella, no,
durante un segundo que se hace lustro,
inmóvil, esperando mi reacción, si le daba
preferencia de paso o no, y yo no dudé
un instante, ni entonces ni ahora, todavía,
pensando, sigo sin dudar, no es necesario...
No sé si seguir escribiendo. He escrito poco, ¿no?

El ejercicio viene bien

Me voy a correr,
al parque que se me avecina
al otro lado de esta acera.
La tarde, preciosa, ensimismada
en una luz solo endémica
de estos lares, como si su carga
fotónica fuese de una densidad
única, c0mo envuelta en el celofán
de una alegría solo sita aquí,
adonde pertenezco, en donde me hallo.
En cuanto termine esto me voy.
No tengo prisa en concluir este acto
?creativo, sí, pero a ver qué creo?,
esta magia en la que me sumerjo
cuando, de fondo una música lenta,
me doy a hilar conceptos, palabras,
sintagmas pre y proposicionales sin
proponer ni preponer nada que llevarse
a la boca, nada que sea alimenticio.
Me acerco quemándome al punto
definitivo ?algunos lo llaman final
aunque, yo, rebelde sin causa, lo llamo
comienzo?, pero me niego a abandonar
este tableteo y deslizamiento que los dedos,
todos los dedos sin excepción, perpetran
sobre el negro y blanco de un teclado
ya gastado de tanto martilleo inconsistente.
Ya está bien, estoy conforme con el fondo
y la forma, con el continente y el contenido,
aunque confieso que prefiero este, mi cuarto,

que cualquier otro ?Europa mediante?.
Corto y cierro ?pero antes voy a publicarlo,
no sea que todo esto quede en papel mojado,
sin darse a la imprenta, jajaja?.

Si te duele...

Si te duele.
Depende de si te duele
al ponerte el pantalón.
Es una protuberancia incómoda
?me gustaría ser mujer?, y se
incrusta en la costura arriesgando
el riego sanguíneo, y las alarmas
saltan, el dispositivo sensible
de que nos valemos para que se avise
de una emergencia, de algo que no
acaba de funcionar, sí, algo así.
Si te duele echa el pantalón
hacia atrás, o hacia delante,
según estés cómodo, y he hallado,
con la práctica diaria de ponerlo
y quitarlo de mi pubis, que también
la ropa ?una entidad no viva? se adapta
al cuerpo que le va dando calor, cariño,
comprensión, y se va haciendo a él
como el perro se hace a su amo ?hasta parecerse?.
Si te sigue doliendo espera.
Ten paciencia, y si la tienes, como fruto
y recompensa a tu tesón, a tu saber esperar,
el pantalón se irá adaptando a tu pubis
como la plastilina lo hace al molde que,
en clase de plástica, te toca por sorteo
para llegar al arte de una escultura, o algo
similar ?a falta de pan buenas son tortas?,
y recibir el aplauso de un profesor que reza
cada minuto de clase para que la clase pase,

ya, sea historia, y regresar al calor de un hogar
efervescente de ganas de que vuelva y se deje,
según reza su mujer, de zarandajas de enseñanzas
y se vuelque en la consecución de un trabajo digno,
que la familia necesita un nivel para fardar
con las madres de los compañeros del colegio
de los niños que hablan de Caribe y yates.
Si te duele demasiado quítatelo, ve a tu tienda
de confianza, y pide una talla más...

Prometido queda

Te lo prometo.
Ten en cuenta que hierve,
que mientras otra, alguien
como tú, no venga a cubrir
tu vacío, ese efluvio, eso,
ese aroma que sube fuerte
desde la ribera de las entrañas,
permaneceré atado a tu yugo,
a tu encanto que no es encanto
sino algo más, es tierra de labor,
plantío donde plantar mi semilla.
Te lo prometo.
Me cuesta y lo reconozco, es pronto,
las heridas todavían hieren, la sangre
está húmeda de agua aún, el rojo
de mi pasión entreverada en la tuya
crea imágenes como películas, y no
puedo por menos que atarme al mástil
del deseo y soportar, en una altamar
fiera, el armonioso canto de unas sirenas
que cada vez están más cerca de babor.
Te lo prometo, aunque no sé todavía
si esa promesa es verdadera o falsa.
Te lo vuelvo a prometer ?por si no
te ha quedado claro? y me retiro a pensar,
me desvío a mis aposentos a recolocar
las piezas que el puzle de mi corazón
ha dejado al desgaire, sobre mi jergón.
Ya no más, no quiero que mueca alguna
sobre la comisura de tus labios nazca
por mi causa. Confía en mi incapacidad

para gobernar mis sentimientos, confía,
no te defraudaré, o sí.
Te lo prometo...

Tan buena...

Qué buena eres.
Me acabas de enviar por guásap
una foto con tu bikini nuevo,
en una playa de Barcelona, sola,
queriéndote quedar quieta,
o dormida, bajo la herida
de un sol al que envidio
con toda mi alma ?por no hablar
del viento, que te acaricia la seda
que me gustaría deslizar sobre mis
sedientos dedos?, y mis alarmas
han reventado de inoperancia, no
dando abasto a la avenida láctea
uretra arriba que se ha desatado,
los diques se declaran en huelga
al tiempo que la frustración ocupa
todos los escaños de la presidencia.
Mándamela de nuevo porfa, guaseo,
pero no de una vista, como antes,
sino para guardarla en la parte
para ti que reservo de un album
de fotos, para gozarla libre, mía,
a gusto, cuando me plazca,
e imaginarte sobre mí, libre.
Qué buena eres, qué cuerpo,
qué ébano desparramado sobre
qué epidermis tan tersa, tan de otro
universo, tan lejos de mi tacto...
Qué rabia, qué Tántalo tan tonto
me siento, qué amarga es la vida

cuando baja amarga ?qué ácida
y dulce al mismo tiempo?, qué gracias
a dios siento por poder acceder a ti,
aunque a medias, y qué desgracias
al mismo dios al que acabo de agradecer.
Eres tan buena, me animas tanto
a agarrar fuerte, hacía arriba y hacia abajo,
el largo cayado del que ese dios me dotó
para subir, cual un sísifo ya harto, la cuesta
interminable de lo que siempre acaba volviendo,
que se me hace llana contigo, y esa playa,
en la que te desparramas en tu descanso
dominical, la odio y quiero tanto como
odio y quiero a esa parte, esa Susi, que tanto
me priva de gozarte, de beberte aunque agua
salada seas bajando el esófago de mi sequía.
Eres tan buena, tan preciosa, tan inteligente...

Presión

Era una belleza.
El palacio se extendía arriba,
sobre la montaña, una montaña
herida de breza y hojarasca, agreste
como un bosque recién nacido.
Era y es, hermoso.
Yo de vacaciones, reparándome
de tanta presión en pos de objetivos
que no son míos ni me importan
?aunque se trata de mentirme
que sí para dar sentido a esta tragadera
insensata de balances de situación
y gestiones financieras para engrosar
las arcas de otros¡si fuera para mí!?.
Sigue siendo bonito, un balneario.
Por las mañanas, en ayunas, me gusta
disolverme en la piscina caliente, la roja,
la que queda detrás del comedor, la de la
sal yodada y esencias sobrenadando
la calma, la restauración; y manotear
sin razón ni sentido, como me sale, libre
de las miradas, de los juicios del supervisor
de cuentas que siempre saca de su bolsillo
una mala palabra, un desaliento con leche
y tostada bien temprano, cuando mis reflejos
no saben reaccionar por que no soy persona.
Desde lejos más, incrustado en una sierra
sin dientes de sierra, con las lomas suaves,
como los contornos de tus caderas, tus piernas,
?que ahora se me vienen de repente?, tus ojos

verde oliva recortados sobre un negro habitación
picadero, el de la calle Ensenada uno, ese que
guardo solo para ti y para mí ?alguna otra
lo ha probado, no se lo digas a nadie, jajaja?.
Es un trozo de edén en medio de una guerra,
de una devastación que no se sabe ni su por qué
ni su qué vendrá, y que justifica, aunque sea solo
una eternidad entera, el sueldo que cada mes
llega aliviando la sed de mi pozo sin fondo.
Preparo ya las maletas ?vuelvo a la vorágine?.

Como carámbano

Rígido.
Muy rígido, como carámbano,
la estela se hundía en la turbulencia
de unas aguas que buscaban aliviadero.
Sentido, muy afectado por el desenlace.
Ayer, al salir de un centro comercial,
a las afueras de ninguna ciudad, un suspiro
sirvió para avisar a las autoridades, e, ipso facto,
aparecieron alimañas de todos los colores
y sabores: blancas, negras, rojas, azules...
Rígido, depositado en unas andas de plástico,
desapareció de mi lástima, no supe ni sabré
si vivió para contarlo ?estuve en un tris de ir
tras ellos hasta el hospital?, y la duda a manera
de curiosidad me sigue matando, por las mañanas.
Ni un gesto se desprendía de esa inmovilidad,
de ese mutismo que no acababa de aceptar,
de ese no saber, no entender como un chico,
apenas sin edad, puede llamar a la puerta
de San Pedro cuando ni siquiera ha empezado
a vivir, a saber qué vale un kilo de cebollas,
a sentir cómo duelen las horas trabajando...
Rígido, sí, pero de una rigidez que no entendía.
Pregunté a quien incorporaba un poco su cabeza
qué motivó todo esto, y él me dijo que un fallo
en el motor que distribuye la sangre por todo su orbe.
¿En el motor que distribuye su sangre? Sí, repuso,
y apostilló su condición de cíbor, una suerte de eslabón
perdido entre el hombre de ahora y el hombre futuro,
ese que no tendrá boca para quejarse, ni conocerá

el significado de las palabras derecho y frustración.
Entonces ¿Dónde lo llevan, a un hospital o a un taller?
A una especie de híbrido, me dijo, que hay al revolver
la esquina, aquí cerca, es el único existente aquí.
Rígido; y al tocarlo sentí yemas arriba esa esterilidad
que caracteriza a quien no tiene esperanza pero vive,
sigue viviendo a pesar de ese desierto...

Postura

Comprender no es justificar.
?Hanna Arendt.

Entiendo tu postura.
La entiendo ahora, tras
consultar el Camasutra.
Es difícil, escabrosa, y tuve
que calentar la espalda antes,
no fuera que por un tirón
tuviese que pedir la baja y para
bollos no estaba el horno.
Entiendo tu postura,
y no fue fácil entrar en ti,
llegar a conciliarme con los motivos
que te llevaron a ese suicidio, a ese morir
delicioso clavados como Julio César,
clavados veinticuatro veces, sangre y semen
derramados sobre los márgenes de una página
en blanco que ya quema, al margen de ti.
Aún, pensando en tu postura, entristezco
de pensar que te planteaste dejarlo todo,
que el roce vaginal de mis razones no recibió
el gemido de tu comprensión, cuando ahora,
ya caliente la musculatura, me hallo listo,
más preparado que nunca para encajar
tu postura, llegar a lo más hondo del motivo,
de lo que te empujo a..., y con el martillo pilón
de mi obsesión romper el tupido telar que,
tirante y reticente, delante, me esgrimiste
para irte, para derramarte más allá del monte
gimiendo ayuda, y la vía Láctea sobre mi cielo
anunciaba un lamento de consuelo sin fondo.

Tu postura es muy difícil, sin tiempo de entrenar
lo suficiente, tu urgencia urgente, y en un brete pusiste
mi flexibilidad dejada de lado, y las mieles saborear
quiero de tus razones, testarte atento, con la rugosidad
de una lengua que tiembla de espasmo, auscultando
la motivación fatídica que te lleva a la deletérea
decisión de esfumarte sin permiso, sin el previo
avalar del descalabro que vas a causar en mi vida.
Entiendo tu postura, y te propongo matarte de amor
?antes que de honor por haraquiri? veinticuatro siete
?antes lo consultaré con tu almohada?.

Opino

La Filosofía es la música
más elevada.
Os voy a cantar palabras para consolaros.
?Esto dijo, según Platón, Sócrates esperando
a que la cicuta hiciera efecto.
? Fedón.

Sin Filosofía no.
Vivir es caminar un lecho
de rosas con más espinas
que pétalos ? dice el clásico?.
Escribir debe ser una suerte
de vaso que se derrama de lleno,
de tanto, que la presión en su pared
lo hace volcarse hasta diseminarse sin cauce
su sustancia dentro del líquido vertido,
y de esta manera dar a entender esa química,
esa diversidad elemental que el pensamiento
del que escribe exhibe a la consideración ajena.
Filosofía no es malabarismo, aun considerando
que en la primigenia, aquella que la Grecia periclea
dio a nacer, se escribía ?ya antes, desde Tales?
en verso, pero no en el verso contemporáneo,
sino en dactílicos y demás tipos de los que no
tengo noción alguna...?tampoco la tengo
de la métrica al uso?.
Filosofía es consuelo, es utensilio para entender
lo que no acabamos de entender, no es exhibir
conocimientos solo para epatar, no, eso es
mero sacar pecho como el que rima por rimar
sin importarle el qué sino el cómo, un cómo vacío.

Dicen que la Poesía es filosofía en verso
cuando, en buena parte de la supuesta poesía
que leo, no hay ni filosofía ni apenas verso
?la poesía es excedente de la métrica,
es belleza en palabras, sea cual fuere la forma?.
Estoy respirando por la herida ?esto es mucho
decir? porque hay muchos que consideran
que si no rimas no haces poesía, y eso me parece
de una simplificación propia del que no conoce.
No trato de desanimar a nadie, ni se me ocurre
poner en valor ni mi talento ni mi gusto deportivo
por encima del de nadie, solo doy mi opinión
y el que se pica ajos come.
Lo que é, é ?como decimos por aquí?, y que
cada perrillo se lama su rabillo.
Animo a todo el mundo a que se atreva
a ser sincero en los comentarios sobre los demás
con el cuidado que requiere no sucumbir
al sincericidio ?yo el primero, Fernando VII dixit?.
P.D. Lo que me dé por manifestar es siempre
mi opinión sincera, que no sincericida, de lo que
leo en estos lares. Nunca calificaré al actor sino
a lo actuado.

Toda una vida

Mors in media vita est.
?Lucano en su Farsalia.
La muerte no es sino
la mitad del camino
de una larga vida.

Toda una vida.
Contigo. A tu lado,
riendo lo que haya
que reírse, llorando
lo que haya que llorarse,
dejándote ir si así,
como un torrente, vuelves
a mis brazos con más fuerza,
con más decisión, como ahora.
La muerte, contigo, no sería
más que una estación, parada
y fonda para tomar resuello
y seguir, con más fuerza si cabe,
a tu lado, venerando tu efigie,
regando las flores que los idólatras
van dejando a los pies de tu ara.
Toda una vida, sí.
Parece poco tiempo, ¿no?
Si así lo piensas te ofrezco
como aditamento mi muerte,
ese eterno reloj, quieto, inerte,
que no entiende de rotaciones
ni traslaciones, de alineamientos
astrales ni monsergas de ese jaez,
y yacer sin prisas como yacen,

medievo mediante, reyes, nobles,
y demás caterva histórica, en iglesias
de corte románico o gótico, las más,
en marmórea efigie a la vista curiosa
de un ser humano, ya desentrenado
en lides de este calibre, que pasa y ve
como en un circo.
Toda una vida..., aunque te parezca poco,
presenciando tu otoñar sucesivo, sonriendo
al reverdecer de tus hojas tras una caída,
y alegrarme de tus logros más que de los míos
porque son míos tanto como tuyos, o más.
Quererte, esperarte si es preciso a que vengas
hasta el exiguo espacio que ocupo cuando,
por azares de la vida, decides hacer un viaje
?que sé que se queda en periplo porque vuelves,
porque sé que tus células no viven sino de mí,
de mi esencia, del néctar que te desprendo?, y
celebrar la vuelta por todo lo alto con una fiesta
de feromonas y gemidos, con unas horas vivas
que pasan muy a pesar de ellas mismas, que se
detienen a contemplar el espectáculo en el olvido
de que tienen que pasar, porque pasar es su sino,
pero no pasan, se rebelan a Cronos asomándose
al balcón metálico de un reloj que no da abasto.
Toda una vida.
Esa es mi oferta...

Algo siento

Sí, una sensación.
Eso le estoy diciendo a una amiga,
como si la cafeína me estuviera
calentando el pecho y después la garganta.
No decido si es la rinitis ?ahora callada?
o el helado de café que me tomé ayer
con granos tostados sobre la superficie
de nata y capuchino, a lo que se me une
el café de esta mañana ?quizás mucho café
para mi incipiente dependencia?.
Una sensación, no es nueva.
Hay como un desamparo escondido,
agazapado tras el telaje traslúcido
de un hueco, una carencia, o algo así.
Es posible que la mente, por tal de buscar
alguna razón, acuse a una ausencia
de la causa, pero no le secundo, no creo,
porque tal ausencia no es existente,
y colocarla en este disparadero es como tapar
el sol con un dedo, como con un capricho
llenar un pozo sin fondo, es absurdo...
Sí, una sensación.
Una que se me va diluyendo al conjuro
en que consiste escribir ?o ese es mi propósito?,
y a medida que el negro mancha la página
la lluvia va remitiendo delante de un sol que espera
su turno, paciente, y sabedor de que al fin y a la postre
sale para poner cada sensación en su lugar.
Voy a cerrar este escrito para recogerme contra
mí mismo y expurgarla, bucear en el mar azul

que me abarrota hasta dar con una clave,
con el pez causante de esta puntual turbulencia.
Sí, solo, una sensación...
Mi amiga me está preguntando con palabras
teñidas de inquietud. No te preocupes...

Gracias profe

Tamaña belleza no se soporta,
la virgen, sobre su altar, recitando
poemas, el gentío se comporta
como buenamente puede, llorando,
sintiendo cada palabra, un trino
pajarero se escapa de entre un aire
que se abarrota de esencia, vecino
es quien acerca a la inmediación algo,
una corona de guirnaldas blancas
que huelen a azucena recién nacida
de una mata cercana, dos potrancas
del establo rayano brincan la ida
y venida de los versos, el viento
discurre sobre las cabezas suave,
la alegría reina en este momento.
Soneto torpe, por lo poco practicado, que dedico a la "Seño",
o a la "Profe" ?como elijan?, como eco justo al comentario
que se marcó a propósito de mi última publicación.
Ahora, cumplida mi promesa ?la que me hice a mí mismo,
no a ella? voy a intentar hacer de las mías jajaj.

No interesa a nadie,
al menos, creo, no debería.
Son solo pensamientos que brotan
a propósito de algo, de ponerme
de frente a un teclado, de conectarme
como wifi a mis centros neurálgicos
y escribir al dictado de lo que me dictan.
No interesa, aunque, creo, por lo visto
y leído, parece que, mi manera, mi hilar
palabra tras palabra, sí parece acaparar

cierta atención ?siempre minoritaria
aunque selecta, creo,? y eso me pone
la cosa fácil porque esto que hago, a mí,
lo mismo que a Mercedes la métrica, me
resulta fácil ?solo se trata de dejar los dedos
a su rollo y que escriban lo que les arda
en las yemas?, no tiene mérito si definimos
mérito como el resultado de un esfuerzo,
de una obra, un derivado de la acción humana,
que sigue a una inversión ímproba, a veces,
de energías y tesón. En mi caso, ese esfuerzo
es precedente, y no lo siento como un esfuerzo
en tanto que mi devoción por las letras allana
el camino al pergeño de todo mi aparato estilístico,
modelado y cincelado a base de teclear, de leer,
de querer saber, y todo con militancia acérrima.
P.D. Lo central de la publicación de hoy es el soneto,
lo demás es mera guarnición, por no quedarme
con hambre escritural.

Espacio

Espacio.
Tu espacio, mi espacio,
tregua, lenitivo, descanso,
silencio si los pájaros callan,
caricia si la sábana permanece
aún limpia, la cigarra, es verano,
pone música en el fondo, el sol
sigue quieto ?para no distraerme?,
la luna está por llegar, por salir,
hoy no, no quiere hacerme recordar,
hoy no.
Espacio.
Espacio partido por tiempo,
espacio al cuadrado, base por altura
partido por dos ?así estoy?, y así
en un rosario interminable de cuentas,
como un mantra que se diluye en aire
en cualquier pagoda de cualquier templo,
de cualquier país del sudeste...
Tu espacio, mi espacio,
ese vacío extendido tal y como
una manta un domingo, contra
la hierba verde oliva bajo una encina,
en el campo, con papá y mamá,
la tortilla y el tomate rajao con sal,
y el palmito de postre, ese que sacaba
de una especie de cactus, illo tempore.
Espacio, tiempo, reloj, cumpleaños...
Ese tiempo que pone a cada cosa
en su sitio, tan necesario...
Espacio, paz, vacío, silencio...

Si quieres jugar me llamas.
Te recuerdo: vivo en el quinto be
del bloque de enfrente al tuyo.

Una luz

La luz pega contra el cristal
y tiembla, reverbera, reparte
los colores de su seno, comparte
intensidad y pinta un mural.
La mañana, amiga, brinca lenta,
no quiere llegar a tarde, se rebela,
pone óbices a las manecillas,
se niega a morir de esta manera,
aunque, al final, tarda, acepta
su sino y se dispone a confeccionar
un sudario de flores y guirnaldas.
La luz sigue pegando, intensa,
como desde el primer fotón,
y la alegría mantiene su fogata,
intacta, los pájaros atronan el aire.
La mañana sonríe, mira a otro lado,
no quiere pensar en que pronto,
a la vuelta de la esquina, el telón cae,
y la luz que le da pábulo desciende
al ocaso instalado tras la montaña.
La mañana ríe, ignorante y sabía
al tiempo, y sabe, de sobras, vieja,
que la batalla está perdida, firmada,
sentencia escrita, en unos anales
de los que nadie aún ha dado cuenta.
La luz sigue pegando, el cristal vibra,
el calor consiguiente se hace al aire,
y la tarde, segura de sí, gana la partida.
El tiempo no cesa, firme, ciego,
adelante en su cruzada de muerte, fin.

Mientras escribo observo la luz,
su naturaleza, la vivacidad específica
por estos contornos, y voy entendiendo
la necesidad de una cortina, es vital.
Escribo ?o intento escribir?, y la claridad
sobre la pantalla me impide ver qué escribo,
el blanco del papel en blanco se esclarece
hasta tal punto que apenas doy con la letra,
y el vaso que he llenado de palabras espera,
no sea que al volcarlo se desparrame, se pierda
por entre las vetas de la madera del escritorio,
y en papel mojado quede todo lo escrito.
La mañana se rinde, y el sol, en su descenso,
la acuna en su féretro, le da horma, y canta
un réquiem en su memoria, y adorna de flores
rosadas su cara ?casi una niña recién nacida?,
y, como a rey muerto rey puesto, eleva al cielo
la tarde, cual hostia consagrada, y la encarama
al altar donde gobierna la circunstancia.
La luz pega contra el cristal, todavía...

Y mis ganas...

De la vida es escasa
la parte que vivimos.
?L.A. Séneca.

Vive y deja vivir,
respira y deja el aire
a su aire, que se expanda
en la cerrazón arterial
de tus pulmones, y suena
una flauta y un acordeón,
arriba y abajo, una sube
desde la calle y el otro baja
del octavo, y ambos sonidos
se mezclan con el oxígeno
que ahora me va vida,
y vivo, y me sumerjo entero
en el devenir de las notas,
y sabe a gloria pensar que estás,
que vives todavía, al otro lado
de este teléfono que me quema.
Vive, no sueñes. La Quimera
sucumbe ante la flecha
de Belerefonte sobre Pegaso,
no tiene recorrido, es humano
imaginar, volar al aire en busca
de otros cielos, otras tierras.
Soy alma, soy soplo y subo,
el cuerpo mero contenedor
que pesa, que pone obstáculo
al sueño y cuando sueño, sin ti,
me elevo a un edén inocente,

donde el pan se compra sin sudor,
donde parir es solo un verbo indoloro,
una acción que transita desde la nada
hasta un qué que le da consecuencia,
y donde las manzanas no esconden
gusanos ni crucigramas, ni penden
de árbol malicioso alguno.
Vivo, y te dejo vivir.
Vivo sin vivir en mí porque tan alta
vida espero que muero porque no muero
?decía alguien que tras ingerir plantas
levitaba del suelo de su celda, dicen?,
y vivo sin estupefacientes, sin bebedizos
que me hagan decir lo que no digo, o sí,
al son de un tictac sordo, desconocido,
y te recuerdo en la playa, las pelotitas
de arena mojada sobre el nacimiento
de tu rodilla, y los labios de sal, y el sol
relumbrando sobre el borde de tu pómulo,
y la tarde cayendo tras la línea de horizonte,
y vivo, me recreo en tu recreación, entonces,
en ese momento en que nos íbamos, la arena
de las toallas al viento, las gaviotas agotando
nuestras últimas sobras, y la sombrilla
al hombro, y las sillas de plastilina y mimbre.
Vive y deja vivir.
Mucho me sobra que no vivo, y opto
por sobrarme de toda sustancia viscosa
que me engorda el contorno, solo lo mollar
es lo que busco y necesito, solo a ti,
y tú eres el tiempo que me toca latir,
y tu sonrisa, tus chistes malos, y mis ganas...

Viene la calma...

Después de la tormenta...
No quiero decir adiós, no
me apetece, y busco atajos,
busco las vueltas a una ley
ya escrita, ya consagrada,
y busco negociar alternativas,
y sentarme de frente contra la vida
y que está, sobre la mesa, ponga
bien extendidas las sendas, una
al lado de otra, y escoger la mía,
la que me viene al zapato que calzo,
a la rugosidad de una suela ya harta
de tanto guijarro y tanto polvo.
Viene la calma...
Lanzo un y tú cómo estás al aire
y recibo pronta respuesta, no todo
?o más bien no nada? es blanco
o negro, nada es puro, inmaculado,
la luz llama a la sombra y sin luz,
sin su herida en lo opaco, la sombra
no tiene cabida en ningún diccionario,
y tengo que aprender a separar
el grano de la paja y quedarme, sí,
con el grano si este es de la calidad
suficiente como para empeñar mi vida
en su molienda y conversión en pan, sí.
Me da rabia no ser capaz de introducir
en el caldo de mis conceptos esa criba,
o es todo o no es nada, y lo que sucede
está lejos del maniqueísmo al que la mente,

en ocasiones, nos aboca porque es simple,
y simplifica todo lo que le atañe, y nos da
un resumen erróneo, que no sirve, y sufro
al querer abrir un camino entre tanta broza.
Voy a ensayar unos versos:
Recojo el guante, la contienda
se antoja dura, penosa, atrabiliaria,
las espadas en todo lo bajo,
la motivación de lucha, nula,
los caballos aún no ensillados,
las gualdrapas sin plasmar pintadas
sobre su seda las divisas de mi tropa,
el enemigo con cara de malas pulgas
espera tras la línea de salida, y la sangre,
ya blanca de putrefacta, espera su desvase.
En medio del camino un espantapájaros
al que derribar primero, y la carrera,
con todo el cargamento encima, rompe
al alba, y llego primero a clavar la punta
de mi lanza en el trapeado torpe del muñeco.
Le doy la mano al adversario y le deseo suerte.
Vale.

Lo suficiente

He dormido no lo suficiente, poco.
La mañana sin pena, sin gloria,
las espadas en todo lo bajo, las ganas
de volar desmerecen los vientos.
Los ojos dos persianas flojas,
la música de fondo a tono,
la velocidad de mis dedos plausible,
la letras van tomando cuerpo,
la papelera tiene hambre, las ideas
van brotando con la dificultad
de una estalactita, el maldito
blanco se oscurece como de noche.
Poco, y la mente me pide árnica,
y le digo que no se rinda tan pronto,
que el oasis de allí enfrente es real,
que los espejismos de que se habla
son meros espejismos, sin palmeras,
y que una vez allí, lenta, abrevará
como abrevan los camellos, fresca
y tierna será la hierba, y el sueño.
No lo suficiente, algo parecido
a seis horas cuando, por lo ordinario,
mi abrir los ojos a la tibieza de la luz
se produce tras al menos siete, rayos
rayando la indiferencia de la persiana,
apunto hacia el techo pensándote,
me quedo un poco, el cortisol se abre
paso entre la desgana, la espalda sube

del colchón e incorpora el culo al borde.
La tarde ejerce su peso sobre párpados
y pestañas, y la caída de los ojos inminente,
las tropas punzando sobre una muralla
con la pugnacidad que da el saberse dentro.
El poema ?si nos atenemos al étimo? avanza
como Aníbal en los Alpes, ciego de ira, seguro
de que su sucederse ante la vista del lector
llegará a buen puerto, y es vilano al viento,
mariposa sin efecto, mi cansancio.
Paro aquí, casi ya no confirmo este rosario
de letras sobre la pantalla.
Publico ya, lo que sea que sea esto.
Lo dejo estar.

Algo de asueto...

Miro el planin y hay vacaciones,
bueno, tanto como vacaciones,
cuatro días al final de la semana,
la fiesta de la virgen de agosto
propicia este paréntesis laboral,
y viene bien, sobre todo en verano,
cuando todo se para, el parpadeo
verdirojo de los semáforos se ralentiza,
se acompasa a la quietud ambiente
y se acomoda por arte de magia,
y voy por las calles respirando,
sorbiendo hacia dentro ese sopor,
ese apenas susurro que se expele
de los escasos tubos de escape levitando
sobre un asfalto caliente, que hierve
ausencia, pero no una ausencia aciaga,
que quema, sino una ausencia de convento,
de las que invita a recogerse, a mirarse dentro,
por si todavía queda alguna mota de polvo,
alguna suciedad olvidada de trapo, y ando,
sigo andando las calles, bebiéndomelas,
parando si es preciso en alguna fuente,
postrera, eventual, que me sale al camino
como las chicas que en los bares de copas
se me cruzan con tarjetas de invitación
si tengo a bien pararme aunque sea solo
para aprovecharlas, sin afición alguna,
sin visos de fidelizarme a su música, sus colores...
Miro el planin y hay vacaciones ?el jueves?.

Tengo planes de andar por casa ?nunca mejor
dicho?, y alguien, en Italia, me pone los dientes
largos, y las ganas de acariciarla, inmensas...
Son menos diez, voy publicando ya que a la una
tengo que cortar ?la necesidad de lucro me llama?.

Ábremela

Ábreme la ventana arriba,
inunda dentro de leche amarilla
ese astro, resuena la voz, al viento,
de los vecinos, y el acaso, quizá,
acuda a contestar unas preguntas.
Un silencio, dueño por momentos
de la situación, se hace al aire,
y la habitación, lenta, se sume
en un sopor propio de una calma,
de ese instante en que el reloj,
quieto, certifica que tú estás, cerca,
al lado de mis ganas, a merced
de mis manos, y te dejas hacer,
y gimes solo de pensar que pase
lo que piensas que va a pasar
y no acaba pasando, una expectativa
basada en dichos y no en actos.
Tu olor, engendro dictador, va sentando
sus reales en el corto espacio, deshecho,
de una cama en ruinas, pecio mohoso
de una contienda de alta artillería,
donde los cañones han vertido a saco
toda la munición de la que disponían.
Ábreme la ventana, no pienses,
y que deje en mis pupilas, eterno,
el trauma impreso de lo que pudo
y no fue, y permíteme, cielo, vibrar
al son de una campana de domingo,
de esas que anuncian misa temprana
sin que la feligresía venga, sin cepillo

posible de un monaguillo sin vocación.
Ábreme la ventana, sí, como si Venus
de Botticelli fueras, concha renaciente,
fuente, manantial inagotable, seminal,
surgiendo de la inmediación caliente
de una sábana arrugada de por vida,
con posibilidad nula de que una plancha,
por muy vehemente que esta fuera, se baste
para restaurar una integridad ya perdida.
Ábreme mi ventana, también tuya
de tanto usarla, porque fuera espera
una vida que ida perdimos en la vorágine
de anoche, y la mar de nuestros barcos,
paciente, descansa la reciente batalla,
y veo, desde la borda, trozos de madera,
del casco, rotos de imposible conmiseración,
y varios brazos en alto pidiendo auxilio,
y yo, satisfecho de mi victoria, desdeño
inhumano como quien desdeña alimento
en barriga llena, y el pulso no me tiembla.
Ábremela, si tienes la amabilidad, cielo.

No huyas

Huir es regresar
eternamente
?Guadalupe Grande

No huyas, no.
El fantasma se hace grande,
la fragancia de la huida atrae,
convoca a todas las alimañas
del pueblo, y si huyes inventas
una estela tras de ti indeleble,
que te marca de por vida
tu destino, tu desdicha.
Si huyes, el viento de cara
te va hiriendo el cutis
hasta llenar de escarcha
todo el rostro, hasta hacerte
irreconocible incluso a ti mismo,
y el invierno, que es vigoroso
en este páramo, largo y costoso,
te cansará las piernas, te morirá
el hambre tan lento que no lo ves,
y no mirar de frente abre rendijas
que no acaban cerrando bien.
No huyas, no,
porque si huyes, detrás queda
una mar insondable, y tu luz,
ese punto en el espacio, se borra
lentamente como la aurora
quiebra ante la fuerza descomunal
de un sol naciente y triunfante
que se alza sobre un horizonte frío,

recien escarchado de tanta noche.
No huyas, no, estoy aquí.
Ten cuidado que detrás de esa mata,
en la que andas cogiendo tomate,
hay una serpiente deseando tu sangre,
y sigue tu labor tranquila, estoy aquí.
No huyas, no, que si huyes, el vacío
que dejas es tan profundo que la mar,
incapaz, se retrae y se hace playa,
y tú, sin saber dónde ir, te quedas
sin orilla y sin barco que te rescate,
y yo, sin alguien con quien jugar
cuando la tarde cae, y un abrazo es
salvavidas al naufragio, y un beso
amanecer contigo, oliéndote cerca.
No huyas, no, porque si te caes
al huir no podré enviar al cielo
un globosonda pidiendo ayuda,
porque no sé si solo podré dar abasto
a lo que tú eres, a lo que representas
en mi insignificante mundo, no lo sé.
No huyas, no, que estoy aquí,
y no quiero llorar tu ausencia.

Creo que sí

Creer
es
querer
creer.
?Unamuno.

Siempre.
Siempre una voluntad,
algo que empuja ?a mí,
a ti, a tu perra?, algo:
incierto, quiza incorpóreo,
a lo mejor inexistente;
que incita, concita,
excita la curiosidad,
el deseo, el ansia de tener,
o el autoengaño de creer
que se tiene lo que no.
Siempre, algo, ¿etéreo?
Mi hermana, ayer sin
ir más lejos, me llamó.
Fue un rinrín inesperado
que casi desdeño, que casi
no atiendo, que casi cuelgo
dando a ese telefonillo rojo
infierno impreso abajo,
a la izquierda de lo razonable
?le di al verde, al final?,
y me contó algo que le comía
por dentro, no recuerdo qué,
y me limité a acompañarle,
sin aportar nada que la pusiera

en jaque contra sí misma,
sacerdote que tras una celosía
escucha mecánico, deseando
que termines, y, profesional,
resuelve tus resquemores así:
reza cuando salgas diez padres
nuestros y diez avemarías, y tus
pecados volarán a un limbo
ignoto, inventado por venir bien,
al contrario que el limbo virtual
que sí existe, en el que cada día
se pierden mil búsquedas, mil
archivos, mil insignificancias...
Siempre, o casi siempre.
Creer es inventarse un norte,
es ponerse un punto al final
de lo que alcanzas a ver, y así,
ciego, andar hacia allí, vivir
si vivir es hacer algo, si es ir
a algún sitio, no importa cual.
Creo que creo en algo, o en algos,
y en alguien, o en álguienes,
¿o es el amor lo que me hace ver
gigantes donde solo molinos?

Ache dos o

El agua en los pies,
una playa recién abierta,
muy de mañana,
el sol apenas está,
no molesta, no le toca
quemar todavía
mi piel expuesta
osada a su rabia
?y la arena aún tibia?.
Ser agua ?lo decía Bruce lee?,
ser lo que me rodea,
lo que me contenga,
la circunstancia,
un Proteo humilde,
sin más poder
que el poder de su voluntad,
sin creerme más
que lo que sea nadie
porque un hombre,
y una mujer, tomados
de uno en uno, son polvo,
no son nada, no son nada
?como escribió Goytisolo
a su hija julia?, y el mismo
aire me seca el cutis
si no lo tengo en cuenta,
tal que mi agua resulta
sumida en su seno, y yermo
quedo, sin sustancia, sin nada.
Quiero ser agua ?y ya lo soy?,

y seguir hacheodosando
por donde quiera que vaya,
amando y dejando que el amor,
arroyo encabritado, me muera
hasta quedar desangrado de gusto.
Soy tan deleble, tan frágil,
que la tierra se vale sola
para sorberme entero,
sin dejar rastro, ni venero
que indique mi anterior estancia,
mis pasos en este trozo de mundo
que me soporta, que me sufre,
que me hace gozar tanto...
El agua en los pies,
una playa que se despierta,
se despereza de tanta noche,
y este pensamiento en los labios...

Un peso...

El sueño se rompió,
de repente, la puerta se abrió,
dos voces de mujer libres,
pensándose solas, vívidas,
alegres, ciegas, arrasantes.
Y se me rompió el sueño,
de madrugada ?serían las dos?,
en pleno rem, libres, ciegas,
desconsideradas, en el balcón,
dos sillas mirando el paisaje
que al día siguiente puse
en su sitio, dos vasos de plástico
con sendas cañitas, un palitroque
de una de las sillas, la mía, libre,
en el suelo, al lado de mi ventana,
víctima del arroyuelo que sus risas
dibujaron en el silencio de la noche,
pleno conticinio y ellas absortas,
ignorantes del descanso del mundo.
Me desperté tarde, algo pesado
de cabeza producto de no haber
descansado como corresponde,
ducha fría, mandarinas con yogurt
griego, múscica suave de fondo,
unos dedos sobre un teclado...
Tengo que hablar con ella.
Lo de anoche no debe repetirse.
El sueño se me rompio...
y ahora recojo uno a uno
los restos del naufragio,
de mi naufragio, y los guardo
donde no molesten, y me recupero

lentamente, como un segundo
sucede a otro, sin prisa.
Sí, sigo con peso en la cabeza.....

Caraja

Es de una quietud que invita...
Parece como si se amansara el pulso,
ese sucederse constante de una especie de corazón
sobre la ciudad, como una bomba succionadora
y dadora que secuencialmente libera y retiene la savia
que el tráfico necesita para seguir siendo, y un bajo
continuo se hace fuerte sobre el aire afuera, puede
que sean las cigarras palmeando sus élitros
para darse árnica, el calor empieza a estar y la voz
de una obra ?tan típicas en verano? es ya un mantra.
Todavía es temprano y me encuentro bien, aquí,
escribiendo, y esta mañana, sí, me sobra el reloj
con sus horas para jugar, relajarme, y darme tiempo
hasta que tenga que levantar el campo para la labor.
No sé qué escribir, la verdad, y me limito, no queda otra,
a plasmar lo que a la cabeza se me viene, sin ton ni son,
y un adormecerme me acomete ahora, como cuando
acabo de hacer el amor y ella se va, y me quedo pensando
sobre la inmensidad de la ventana, y me entran ganas
de acostarme en el mismo lecho de autos, respirar de nuevo
su aroma ya muerto, rebobinar la película que acabamos
de protagonizar, repasarla para mejorar algún detalle,
volver a rodar algunas escenas...
Voy a parar un poco, unos segundos, apoyar la cabeza
en la mano acodada en la mesa y procurar despertarme,
un café, una tostada, todavía no, quiero seguir escribiendo,
me gusta hacerlo en este estado porque las puertas
del inconsciente, bajo este sopor, no quedan cerradas
del todo, y así, por si cae la breva, entrar como Alicia
en un submundo vedado para mí, mágico, de papel,

donde la gravedad es más lenta, donde me da tiempo
a poner las cosas en su sitio mientras caigo, y de pensar,
o de dejar suelta la mente a ver a qué parajes me lleva.
Voy a entrar, y si encuentro algo interesante prometo
enseñarlo ?no doy un duro por ello, jajaj?.

Hoy nace

Hoy nace algo, una hoja más,
limpia, nueva en el calendario,
treinta días esperan delante,
una ilusión por hacerse real.
Hoy, justo hoy, con un sol
radiante, escondido, tímido
entre las nubes, un velo blanco,
disperso, no nítido, no diáfano,
que ensucia el cielo, lo mancha
de polvo, de bruma, y es ahí,
en la incógnita, donde el sol es,
donde se siente él mismo, ajeno,
y juega a ser barco a la deriva,
a salirse de su surco y soñar,
pensarse en otras órbitas, perdido,
en otras latitudes, en otra vida.
Hoy, domingo, y en mi cocina
un papel blanco, cuadriculado,
se apodera del trozo de pared
al lado del teléfono, números
en negro con apenas alguno rojo,
y una nueva ramita de peregil
clavada en una alcayata vieja,
mi madre se encarga, y llama
a la suerte, que no falte por dios
ese empujoncito tan necesario, vital,
de cuya fuente no se tiene noticia.
Hoy, al despertar hoy, ya tarde,
con el cielo ya pintado arriba, verano
furioso, lejano de periclitar, del ocaso.

Hoy nace, y pronto algo ocurrirá.
Algo maravilloso. Lo siento.

Fotocol

El barco se va,
llega uno a puerto
cuando el anterior
va zarpando, sin cese,
sin medida, eslabón
que sucede a otro eslabón,
cumbre que pareciendo
la última no es otra que una
que antecede a otra posterior,
pero yo, corto de vista, solo soy
capaz de sentir lo que ocurre
ahora, en este momento, y la vida,
mi fiel escudera, mi Sancha Panza,
me empuja hacia escondrijos
de cuyo paradero no me entero
hasta que no los tengo frente
a la nariz ?cortito de mí?.
Un barco me anuncia por megafonía
que está pronto a partir, y me insta
a que me suba sobre su cubierta,
a que, en plena popa, me coloque
de frente a la brisa para beberla
hasta su último sorbo, y gozar la sal
que de las aguas trasmina al aire.
Me lo pienso, me seduce la idea,
pregunto a mi escudera qué tal le parece,
espero su pensamiento, le pregunto
si guarda bajo la manga para mí algún
plan que supere a este, lo medita, me pone
cara de pensador de Rodin hasta pronunciar

la frase: "en la sección de planes para Alberto
no me viene nada que considere mejor", ipso
facto hago exigua maleta y subo por la rampa
hasta un fotocol donde me cosen a flashes.
Del resto no me acuerdo, desperté de repente...

Es mejor

Mejor dejarla, ahora, mejor dejarla,
que tranquila vaya a su equilibrio,
y voy andando al mismo tiempo
que el aire calma la herida, y sigo
siendo el mismo, con una versión
diría más acendrada, o más pulida,
o más conseguida ?me autoengaño?.
Mejor que sea, que venga si quiere,
que se vaya cuando la puerta
de salida le invite, que nunca esté
cerrada, que esa huella en forma
de caparazón quede en el archivo.
Que se exprese, que ahonde sin miedo
en el profundo de una barandilla,
que la vista cirniéndose hacia abajo
no tema la caída, ni la muerte cierta
estampándose sobre el pavimento, sin
inspector ni policía subsiguiente, ni juez
que levante acta ni tiza que contornee
su figura inerte sobre el sucio polvo
de un punto y final inesperado.
Mejor así, que venga si quiere,
que su libertad se sienta libre,
aunque sea una ilusión, una entelequia,
qué importa lo que sea si nunca
podemos saber lo que detrás de la aparencia
aparece, o más bien se sustancia, qué más
nos da si no lo vivimos, no lo sentimos, ella
es su propio diccionario, no yo ?nada sé, nada

soy salvo una casualidad?, y su soberanía
debe prevalecer sobre mis ganas y yo, acepto
por principio su puesta en escena, su tramoya
ocasional y el elenco de unos actores en fila ante
la picota de un público exigente, que ha pagado
un jornal por sentarse en las primeras sillas
del patio de butacas y pide placer, pan y circo,
y ella y yo debemos dárselo aunque el pan
haya sido extraído ad hoc de un bodegón barroco.
Mejor dejarla, que vaya y venga como el viento,
que llueva o no llueva según la tristeza, el campo
y el cielo convergan en un azar imprevisto.
Y yo aquí, poblando mi mejor manera...

Sí quiero

No es bueno sufrir
pero sí haber sufrido.

?Agustín de Hipona.

Tengo que entrar en él.
Tengo que hacerlo, sin alternativa,
la conveniencia salir me aconseja,
huir de su inmediación seduciente,
de su poderoso ángel que me atrapa,
que me ata las piernas haciéndolas
inútiles, y lo peor es que el corazón
?que poderoso golpea? es pajarillo
preso, sin escapatoria.
Pienso con rabia que si el huir
quiero exitosa, debo, en mi contra,
entrar en él, profunda, plena, y habitar
el último rincón de sus rincones, gritar
el amor corriendo mis venas, arriesgar
quedarme atrapada entre sus hilos,
entre la trama que su verbigracia lanza
sobre la superficie osea de mi cráneo,
y no salir en la vida, nunca, tal si fuese
una Eurídice presa de la umbral torpeza
del mayor melómano de los melómanos,
Orfeo, y llorar mi impaciencia eterna
mente opaca a segundas oportunidades,
ya definitivamente incorregible.
Quiero salir de él, despegarlo constante
de mi continuo pensarle, y, por mero arte
de paradoja, disolverme en su linfa, vivir

cada uno de sus absurdos hasta ser siendo
uno de ellos, y una vez sorbida, saboreada,
arrancarme la piel desprendida a tiras
del veneno de su encanto, de su gracia,
de su talento, de su alegría, y correr campo
a través hasta saberme a salvo, exonerada,
libre, autónoma, con una capacidad de juicio
digna de exhibirse en cualquier tribuna
de cualquiera de los mentideros del pueblo.
Quiero salir, pero sin entrar hasta el tuétano
de lo imprevisible no es posible ?y sí quiero?.

Me sube

Me sube una pasión tronco arriba.
Sé que erre que erre sigo con lo mismo,
con este ardor, que no guerrero, que me obstruye
todo el entramado y no me deja pensar, mirar
más allá de lo que abarca la nariz y ver, aunque
sea en atisbo, lo que se me avecina, la fuente
bajo mi ventana mana agua sin parar, un agua
no peceña, de beber, de bañarse en ella y gritar
a los siete vientos el amor que disuelto corre
torrente abajo, sumido en el meollo hidro
oxigénico que le consiste y que, como el vino
de los dioses, se mezcla hasta que la resultante
sea potable, bebible; y mirar al cielo diciendo
gracias por este maná tan gustoso, recién horneado
en un hogar del que nunca se va a tener noticia.
Me sube la pasión tronco arriba... y son las doce,
la hora en que los encantamientos firman su ocaso,
cuando la realidad, si esta es rutina y no magia,
se adueña del cortijo sin dar pábulo a viandantes.
*Can*tar al amor es antiguo, es tan viejo como la vida
es en esta tierra pero ?sin opción a otra opción? me
embarga el elixir que dentro desprende su manantial
de tal forma que, escaso de fuerzas opositoras, debo
dejarme vencido mecer por sus olas, por su brisa.
Me sube hoy, y me seguirá subiendo, creo,
y la sensación de estar poseído es comparable,
quiero pensar sin haberlo experimentado, a la del que,
siendo médium de un espíritu perdido, se sabe presa,
y asimismo preso, en otro sentir, en otro ser, alienado
pero de una alienación fragante por pecaminosa

y pecaminosa por fragante, y se está tan bien así...
Solo me falta el cuerpo y sé, ya está firmado,
que pronto tomaré posesión. Vivir el previo a una
aparición mariana es como cuando te vistes para
un acontecimiento que sabes único en tu existencia...
La expectación es deliciosa y vivir su transcurso
en cada uno de sus segundos también.
Me sube una pasión tronco arriba...

No me teman

Que no tema.
No, que no tema nadie
una de mis vueltas de tuerca,
que no lo tema, que la anestesia
me impide cualquier amago
de lucha, de volver a ser
quien antes era, y que no tema
ni siquiera el pájaro que me visita
en el alféizar que adelantando la mano
le agreda, le corte el vuelo de sus alas.
Que no tema, no, ni por pienso,
que nadie tema el furor ya desierto
que puede emerger de mis uñas, que no
hay qué ni dónde temer, que el caballo
que antaño brioso remontaba colinas
y escolleras, ahora, al cabo de la vida,
retoza relajado entre yeguas en un arén,
casi dormido, camuflado entre el efluvio
virginal que llena el establo y que embriaga
la hombría que le resta, y que, cual Aquiles
en el gineceo, opta por una vida tranquila
y larga frente a la posibilidad absurda,
delirante e innecesaria de colmar páginas
y páginas en los anales de la Literatura,
las artes y la Historia, y a cambio, gozar
el estrellato de morir joven, con la carne
prieta y los músculos a pleno pulmón, y
renunciar a que el vello se le erice a la vista
de un amanecer, en la playa, en su ventana...
Que no me teman, o sí, porque me temo
que esas fuerzas que de menos echo

están a buen recaudo, esperando salir al estadio
y firmar la mejor actuación de su hasta
el momento vida ?si puede ser nombrada
con esas letras...?.
Corolario: No me teman

Ve al médico

Que tu comida sea tu medicina
y tu medicina tu comida.
?Hipócrates.

Comí lo que soy
y fui lo que como.
Bebí lo que quiero
y quise lo que bebo.
Sufrí lo que gozo
y gocé lo que sufro.
Arañé lo que deseo
y deseé lo que araño.
Tu vida es un oscilar
entre dos polos magnéticos:
uno, hacia abajo, dice de
la tierra, de la raíz y del centro;
el otro, hacia arriba, del cielo,
del sueño y de un imposible,
y de las nubes y de una ilusión.
Sé enérgico, estrambótico,
reacciona al sendero, sepárate,
y con pico y pala dibuja uno,
nuevo, tuyo, con tu solo olor,
con tu sola huella, no pisado
antes, no existido nunca.
Silba una canción, una bonita,
que te guste, y compártela,
acompáñate al lado de alguien,
sílbasela al oído y espera.
Si reacciona a tu favor date
con un canto en los dientes,

y con la sangre saliendo tu boca
grita gracias ?sécatela tras ello?.
Vuelve a casa, haz un estado
alusivo a esto y lánzalo rápido
a las ondas ?espera reacciones?,
hazte un filete a la plancha, pon
el telediario y toma nota de todo,
más de las noticias de sucesos,
y tras el punto y final que pongas
negro sobre fondo blanco arruga
el papel y encéstalo en la papelera
tras la puerta cual si fueras Sabonis.
Acuéstate sin dormir, ve al parque
a darle de comer a los patos, mete
la cabeza en el estanque y si, al rato,
no viene ningún pez a picotearte es
que, todo lo precedentemente hecho,
nada ha tenido sentido, rebobina lento
y deshace todo lo que acabas de hacer,
corta ese trozo de película, siéntate en
un banco y echa migas a las palomas.
Si mañana no estás loco ve al médico.

Una punzada

Mi cuerpo ya sabe de aquello
que la mente no imagina.

?Un proverbio, no sé de dónde.

Una punzada aguda,
seca, pecho adentro,
de dolor intenso, me quiebra
el sueño, me desvela de noche,
me rompe este silencio vacío
y me deja ocioso, qué hago
si todo está hecho, y no concilio
uno nuevo, que me devuelva
en volandas a donde estaba, allí
contigo, fundido en tu plomo,
hervido de vaporoso amor, surgir,
nacer otra vez, respirar el encanto
de ese momento, y del siguiente...
Otra punzada, más profunda aún,
más delirante, un médico necesito,
pero se va diluyendo en sangre,
menos mal, y las aguas, en dique,
no sienten desbocarse de momento,
y la linfa brava baja la pendiente
vascular hasta dar en tierra fértil,
toboganes que se suceden de ternilla
y sulfuro, red de fibras imposible,
fervorosa, llena de limo y entregada
al futuro fruto, y yo, vencido, dejo
que mi semilla se abra al quizás
de tu huerto, y en esa tesitura otra

y otra punzada se encadenan, hisopo
de agua espesa nutriendo tu carne,
y quiero morir tras de tu cópula,
ser pasto proteico de una mantis
centrada en el fruto que lleva dentro,
y presa ruín de una crueldad génica
que difícilmente justifica su especie,
cuando en nombre de la religión tanto
se ha matado, donde la piedad se evapora
ante la dictadura impasible de unos genes.
Una punzada, sin consecuencias médicas,
expulsa mi simiente, y te da vida.
Y muero, feliz, sin espacio a moralidades.
Y tú, te quedas esperando...

De mañana...

La radio es la vida
que suena.
?algo que escuché, no sé cuando.

De mañana, muy de mañana.
Me levanto de una horizontalidad
viscolástica de unas ocho horas, pongo
el café a pitar para poder ser persona,
me ducho en el ínterin para ver mejor,
me visto para no provocar a las vecinas,
me siento frente a una televisión que nada
dice, se me queda la vista clavada
en el trasluz de la cortina, en blanco, nada
se me cruza delante de la frente, inmaculada
sensación de no estar en el mundo y estar
como nunca antes, sorber un café cargado
y boquear de una tostada no suficientemente
cargada de mantequilla ?clavo el cuchillo
en la tarrina más?, friego los cacharros y sigo.
De mañana, tan de mañana...
Cambio la radio por la tv mientras me corbateo,
hoy toca el traje azul marino, vienen de Barcelona
los jefes para echar una vista al patio, tiene que estar
limpio, las cuentas en orden, que todo parezca
a pedir de boca, esconder la mierda debajo de la alfombra...
De mañana...
Así soy, a veces, de mañana, alguien corriente,
con la correntía de quien es grande sin ser consciente
de ello, viviendo enlatado en unas coordenadas civiles,
productivas, que te conminan a ser un número, nunca
a ser una persona, un ser inmenso, como creo que soy,

como creo que eres, tú lector, que ahora me lees.
De mañana, un café, y soy ya persona.

Sí, la mitad de todo...

Empezar es la mitad
de todo.
?Eso me dijeron un día.
Voolveeer a eemmppezzarrr!!
?Como le gritaron a Garci cuando la entrega
del primer Óscar al cine español, allá por los ochenta.

Duermes y despiertas, vuelves
a dormir al día siguiente, su
cesión exasperante a veces,
otras una bendición poder,
a través de la ventana, ver
cómo un pintor anónimo
dibuja la mañana para que,
antes de abrir la ventana,
las nubes, el celeste del cielo,
el sol, sin que mucho moleste,
las casas con sus techos, etecé,
etecé, conformen un cuadro que,
tras entrar por tus ojos, levanten
las ganas de seguir adelante, y
una sonrisa que extendida abarque
el sur de tu cara exprese que, a pesar
de algún que otro pesar, vivir merece
muy mucho la pena y la esperanza
de que, al fondo del paisaje, el sol ponga
cada pieza del púzle en su lugar se hace
fervor en tus venas, se hace Macarena
y Trianera a un tiempo y la feligresía
que aguarda dentro de ti grita, con
todo el vibrato que puede tu garganta,
guapa, guapa y guapa, y bonita y bonita

y bonita, y el paso, al impulso inferior
de los costaleros, asciende al cielo para
cogerlo y llevárselo a buen recaudo, y sentir
que cada latido del corazón tiene
su contraparte, su razón de ser.
Duermo y despierto, yo también,
no solo tú ?que hoy eres el protagonista
del cuento?, y siento en el centro
de mis operaciones que va a ser
un gran día ?como cantó Serrat
hace mucho tiempo?.

Es difícil.

La victoria mil padres,
la derrota, huérfana.
?Un tal Napoleón...

Es difícil mirar a los ojos
si los ojos no están abiertos,
si sus cuencas, vacías, llenan
un submundo extraño, y un relleno
de palabras no es suficiente a tapar
con un dedo el silencio, y el tiempo,
como un haz de varas tras el borde
cortante de un hacha, va dictando
sentencia, y es difícil la dificultad.
Es difícil hilvanar ideas si salen
de tus sesos sandeces, subproductos
destilados desde una sentina sucia,
de aguas fecales que ya mal huelen
a yogur caducado y a jamón rancio,
y la respuesta pendiente es a preguntas al aire
que vuelan todavía el entresijo de una nube,
con pájaros al margen de lo que pasa, y yo, ciego,
nadando mar adentro el dorso de una tabla
que naufraga y tú, de cerca, asomada,
precipicio abajo, una veranda de macetas
?tu madre tras la celosía, que su niña no sufra?,
y la erosión del riesgo cirniéndose cual halcón y,
después, el día termina, y yo...
Es difícil, sí, ¿o no?, no dejarse influenciar
por las barbas del vecino cuando se remojan; difícil
pensar que alguien a quien has visto no la vuelvas
a ver tras verla muy de cerca, y a lo mejor, en un faldón
de un periódico, en las hojas de las esquelas, acabes

constatando que la posibilidad de verla equivale a cero,
y te das cuenta de la debacle, y al final te arrepientes,
y tus salidas de tiesto, solo a veces, traen inundaciones
de mal arreglo, mala la succión de sus aguas negras.
Siempre acabo desparramándome ?o casi siempre?.

Esa grieta...

Por la grieta
entra la luz,
solamente...

Un chasquido...,
al aire, extenso, perdido
por entre el oxígeno,
el nitrógeno, el algo de vapor
y otros aires que lo contienen,
y ese sonido, cual heraldo,
anunció una rotura, una crisis
y lo que esta lleva en su étimo:
oportunidad y cambio, y por ahí,
como agua que espera hueco,
entró toda la luz del mundo, mas
no esa luz de las casas por la noche,
esa artificial, no, sino una luz rara,
desconocida en sus fuentes, que cielo
a través llega y aclara los nubarrones.
Un chasquido, o, en cualquier caso,
un sonido no acostumbrado a mis oídos,
arpegio de notas que me puso alerta,
algo pasa, debe de ser el inicio de algo,
un punto de inflexión de algo inimaginable
por grande ?eso me autoengañé?, y pensé
en mi manía persecutoria por divinizar
todo lo que me ocurre, por providencializar
hasta lo más nimio, lo más corriente, cual
si yo fuera un dios en la tierra, un ser excepcional
?que no lo soy, porque solo tengo el valor
de ser humano, como dijo mi paisano Antonio?.
Otro chasquido, consecuente, al lado del anterior,

se despidió a un nuevo aire como escopeta rota,
como si el gatillo, en exceso sensible, fuera un resorte
inútil, indigno de ser fruto de la inteligencia humana,
como un deshecho orgánico de un neuronaje, como
un error en la cadena de sucesos que explica lo que soy.
Pues eso, amigos, tonterías, mero relleno de un tiempo
que por fortuna sobra ?aunque me pagan y bien, y vivo
sin temer a los finales de los meses, un privilegiado....?

Despacio

Festina lente.
?Augusto la usaba mucho...

Muy despacio,
que el sabor penetre
la tensión superficial
del agua, sin darse cuenta
de que el movimiento
se está moviendo,
sin que parezca tiempo
lo que transcurre, un soplo
desplazándose, un detenerse
la respiración cuando aspira
a repletar la trama roja, quieta
de una sangre rápida, ligera
por dentro de un scalextric
intenso, de células en disputa
estrellándose en una curva.
Muy despacio entra mejor,
se siente, se vive más en dentro,
se llena uno de la sensación cierta
de haber vivido ese momento, eso
que entre las manos has tenido,
entre la boca, o entre las vísceras.
Que penetre, despacio, la fibra,
que después puedas contarlo
porque tu entendimiento da el ok,
lo adentra en la sección en la que
se intitulan las vivencias vividas,
las que se han grabado correctamente.
Muy despacio, y profundo el tacto

que el acto engendra, e instituye,
que en los dedos, y sus papilas quede
impresa de por vida el sentimiento,
el quejido que desde el corazón generó
un chorro de sangre constatante, lento,
eterno, sempiterno, fijo en su especie...
Tengo prisa ?por vivir, por gozar?,
voy despacio, muy despacio, intenso
koala, acérrimo, palpitante, militante...
Sueño con percatar el centésimo cambio
dado en una flor en su madurar diario.
Sería extaordinarioooooo.

Al cabo

Quieres la vejez
pero la niegas
cuando está.
?parafraseando a Quevedo...

Al cabo.
Empiezas con un paso,
algo, nunca sabes qué,
quizá sí cuándo pero no
con seguridad, un resorte
se despeina dentro, inicia
un mecanismo abstruso
que te impulsa, ¿dónde?
Al fin.
Ver la meta al fondo, puerta
con friso anunciando llegada
cual en los paneles móviles
de un aeropuerto, los números
ruedan que te ruedan, los destinos
cambian en el sentido de las agujas
de cierto reloj, y tú, desde abajo,
cervicales forzadas y mirada atenta,
ansías el neón de tu vuelo, tu partida.
Al cabo y al fin.
Creo que un motor, o algo así,
desde muy dentro, mueve engranajes
que, cual fichas de dominó, pergeñan
una cascada de sucesos y tú, en otra
tesitura, en pensando en qué comprar
en Mercadona o qué relleno aplico
a estas dos horas sueltas, no sabes,
ni quieres saber ?por otra parte? qué

se cuece en las cocinas del alma, mejor.
Al fin y al cabo.
El aire es ya brisa, el cutis seco de sol
lo premia con un terso diferente,
una suavidad en la piel diferente
?ups, dos veces la misma palabra?,
y el andar, bendito deporte, se hace
llevadero, viable a estas pesadas horas
de la tarde, y sigo, y miro tu foto, y
te veo más guapa que la vez anterior
que la miré, y miro, después, de frente
?no quiero perderme el estampado
del paisaje que me rodea?, y dejo
esto, dejo de escribir, que ya es suficiente...

Por escribir algo...

La perfección está justo antes de la perfección.
Igual que el placer y la dicha brotan, maravillosos,
la víspera del festivo.
Pues nunca vemos, amigo, lo que no está profundamente oculto.

?Luis Antonio Villena. Los monasterios más ocultos.

Como le oí decir una vez a Eduard Punset:
La felicidad está en la antesala de la felicidad.

Un cielo nublado es
lo que veo fuera,
en este momento,
gris ceniciento y algo malva,
a través de algún destello
a destiempo, el día no arranca,
la lluvia parece mandar
en el pelotón de fusilamiento,
las gotas, preparadas y listas,
están en la pose para disparar
muerte sobre el reo ofrecido,
abierto en canal delante
de un fotocol verde, con algo gris,
ceniciento, y la fiesta al fondo
parece esperar, se oyen canciones
al través de los flashes y el cielo,
que quieto, obediente, aguarda,
sigue insistiendo en los tonos grises,
pasteles y cenicientos, y el día, la noche,

no acaba de arrancar, y yo, gozando
de un momento como este de recogerme
en mí mismo y poner sandez tras sandez...
El mismo cielo de antes
sigue tan nublado como cuando
empecé a escribir, hoy no es día
de salir pero el trabajo obliga,
está cerca y la caminata hasta donde
me siento a que me paguen es corta,
estoy como en casa, como en una casa
segunda ?no he puesto segunda casa,
que es lo que quería, para que no se me
fuera mucho de renglón el versículo?,
y bien ?os contaba esto para aclarar
que el trabajo es una bendición para mí,
porque el tono de la oración desprende
lo contrario?, y esto que escribo no tiene
mérito alguno aunque a algunos le parezca
lo contrario, y lo digo porque me sale todo
esto de los dedos como el que ve, sin un ápice
de esfuerzo extra, y el mérito está en lo que
cuesta trabajo ?Messi no tiene mérito...?
Pues nada, eso quise decir hoy, nada a tener
en cuenta.
P.D. No lo voy ni a repasar. Lo lanzo así,
en bruto. No tengo ganas de manchar
esta espontaneidad barata...

No ahora

Quien tiene miedo
todo sonido, ruido.
?Sófocles

Cierta inquietud, oscura,
el piso desierto, sin un alma,
un silencio, pleno, y quienes
duermen, en lo profundo
y hondo de su reseteo.
La cerradura, fácil, tarjeta
de crédito mediante, esta,
de la Caixa, donde mis ahorros
campan a sus anchas, apenas
suenan los goznes al ceder,
entro, mis botines no hablan,
las suelas se atienen al plan,
busco algo de plata y monedas,
estas baratijas del mueble
casi me rentarán unos euros
en el mercadillo de mañana.
Me temo que la elección
de vecino no ha sido acertada.
Pensé que esta familia tenía
más caudal a mano, nada,
no hay de donde rascar lucro.
Vuelvo sobre mis pasos lento,
deshago lo hecho para que todo
haya sido una ilusión, y que si
echan a faltar algo que culpen
a alguien ajeno a mí, a otro,
inocente ?no me queda cargo

de conciencia porque no la tengo?.
Cierta inquietud, con las manos
en la masa espero no me atrapen,
que no se despierten ahora, no,
que sus ganas de orinar no vengan
en este mometo, ya me voy, los dejo
con algo menos de lo que tenían,
unas tonterías menos, nada...

Cúrame

El alma que se cura
a sí misma puede curar
a las demás.
?Pitágoras

Cúrame ?voy a elegir
esa palabra de la cita?,
cúrame tu ausencia,
el fuego apágalo, quema
y quema como arañando
adrede el torso de la espalda,
cúrame con tu presencia,
?después vete si quieres?,
y dame un trocito, un adarme,
de tu olor para que guardado,
en el bolsillo del pantalón,
pueda, con meter la mano,
impregnarme de ti, de ese día,
de tu recuerdo, y llevármelo
a la cara, restregarlo boca a boca,
chupar los dedos como poseyéndote,
y derramarme allí mismo, donde
se tercie, de la sabia que me provocas.
Cúrame, cúbreme la distancia
de hielo y nieve que media
entre tú y yo, mil kilómetros
que parecen una eternidad de asfalto,
y báñame con el deseo que todavía,
a pesar de la escarcha, guardas dentro
solo para mí, y sé volcán, aunque sea
solo una vez más, y ya morir tranquilo.
Cúrame, séme medicamento o panacea,

adminístrame in situ la sustancia
de la que mi alma precisa para estar serena,
para no presionarme con salir
al aire que me rodea y buscar asilo,
árnica, como paloma sin rumbo...
Cúrame, y hazlo mejor ayer que hoy,
que mi necesidad de ti es de una perentoriedad
que flipas, tanto que si pasa de hoy
que llegas a mis inmediaciones optaré
por cambiar de médico y solicitar uno de pago.
Más te vale, cúrame, baja ya de tan lejos...

Por escribir algo...

Pasado mañana.
Las hojas a punto
de caer al suelo, gris
el cielo sirve de manto,
el agua se hace líquida
y la nube pesa en el aire.
Pasado mañana.
Ayer ya vislumbré algo de
lo que está ya por suceder,
y el cambio de estación
es solo mera excusa, y yo
esperando que la nueva
de un regreso se cerciore
sobre la seguridad de papel
en blanco, con firma al pie.
Pasado mañana, pasado
a estas horas, un imaginar
ya ahora se ha tornado,
como irrealidad que sé aún
más real que la realidad
misma, y pesa en el aire,
y la humedad va calando
cualquiera de las vestiduras
que me invento para ocultar
aquello que tanto se ve, aún,
ya siendo ahora ayer todo
lo que pasó pasado mañana.
Y una mosca se me posa
osada en la luminosidad pixélica
de una pantalla que simula hoja
en blanco ?consulto si eso produce

mala suerte o es nada?, y escribo
sin esperar a las musas, desdeñando
si todo esto que junto en letras
va a ser acogido por el que dedica
en vano tiempo al otro lado de este
hecho comunicativo ?a lo mejor
quizás?, y, después de contar letra
a letra todas las palabras que llevo
voy pensando que quizá sea buena
idea que vaya poniendo el punto
y .
P.D. Voy a escribir un poquito más,
solo un poquito, porque la gana
se ha cogulado en forma de bala
que guardo en no sé qué recámara.
Las dejo para la próxima cual oro
en paño fuera, a buen recaudo.
Escribir por escribir, arte por arte.

Por qué no

Me parece que no.
En ocasiones, más por las mañanas,
veo luces tras el cristal.
El tráfico proyecta su prisa más
a veces, algunas mañanas, y sin saber
la razón los conductores presionan
con más fuerza los volantes, y la funda
adopta sin resistencia la ergonomía
de una mano, y la necesidad de llegar
a tiempo se hace cuestión de vida o muerte.
Puede ser que si, creo.
Al salir del portal noto el golpe del aire
más denso, como si un compresor imaginario
lo aglutinara en el seno de su engranaje
y redujera impenitente el espacio vacío
que suele mediar entre sus moléculas, creo.
En esos casos, con paciencia, voy abriéndome
hueco en dirección al trabajo con el machete
de la comprensión y finalmente tomo asiento,
y descanso de tanto competir, y respiro hondo.
A lo mejor no y sigo pensando que sí.
Al salir del cubículo que me alberga cada día
en la ganancia del pan noto cierto olor a azufre,
y con rapidez me hago a pensar que mi pituitaria
falla, que el mundo no puede estar demoronándose
estando yo dentro, y me acojo a sagrado y tiro de fe,
y me engaño que es hoy solo que pienso esto, solo,
que un mal día lo tiene cualquiera y que no hay mal
que cien años dure ?ni dos horas, me miento?.
Pienso que sí, que es posible.
Veo un niño con una cara a ratos fresa y otros nata

en el velador de una heladería, cerca de un estadio,
de donde ha salido con su padre tras gritar, sin saber,
los cientos de goles que su equipo, sin saber, ha metido,
y descansa de tanto esfuerzo contemplando voluptuosa
mente el helado, metido en una galleta cónica, y sonríe
la deliciosa ignorancia en la que aún está inmerso.
Sigo pensando que sí, por qué no.
Subo las escaleras y cruzo el umbral, y dejo de pensar...

Mucho

Me pones mucho, me dices
y me dices desde la distancia.
Me pones como un helado
contra el calor tórrido del verano,
el que emerge del desearte desespera
damente, como un río que, cansado,
no sabe donde desaguar tanto desborde.
Y tú a mí, te respondo, y el acumular
sediento de los minutos, de las horas,
se me hace vaso que llora una última gota
que lo colma, que lo deja abasto.
Me pones mucho, me dijiste
ayer, cuando hacíamos el amor
por videollamada, sintiendo, contra
cualquier pronóstico sensato, tu piel
dejándose rozar por la mía, tu calor
penetrando el parénquima que me aisla
de la intemperie y gozando, a pesar
de lo que parece a bote pronto, cada beso,
cada palabra que introduzco en el micro
y que tus auriculares reciben, cada gana
de estar pegado a ti, sintiendo tus treinta
y seis grados deliciosos de temperatura
contra mi pierna, como cuando estuvimos,
y contra un pecho que ahora llora en silencio.
Y tú a mí ?sigo respondiendo y responderé
de por vida?, y me miras como el salmón
que se entrega a las aguas que lo vieron nacer...

A lo fácil

A lo fácil, el próximo escrito
lo elaboro más, me lo prometo.
Voy a lo fácil, a, convirtiendo letras
en palabras sobre el blanco impoluto
de esta página, explicar el silencio
que precede necesariamente al acto
creativo, a narrar cual diario cómo,
apoyando los dos antebrazos en el borde
punzante de la mesa escritorio, derramo
la tinta inmarcesible de este pc contando
las aristas de ese silencio, la concentración
consecuente hacia no sé que hados que,
a modo de auriculares de radio, dictan
lo que debo escribir sin más protesta
que la obediencia ciega y sumisa,
y me limito a alinear la mente,
a conectarla a una suerte de güifi sideral
o imaginario que me haga bailar los dedos,
y que la tinta se haga río caudaloso, fértil,
que anegue mis campos cual Nilo feliz
de faraones y compruebo que, si no entro
en preocuparme de si es suficiente o no
la dotación acuosa de mis manantiales,
la historia se va escribiendo sola sin atender
a planes ni a guiones previos, como si, contra
pronóstico, hubieran libros apilados en cierta
biblioteca interior perdida entre las vísceras.
A lo fácil ?vuelvo a la frase inicial para sentir
que controlo este río?, y ahora ya es tarde

para cambiar la filosofía de esto que perpetro,
y, aunque no prometo ni un euro, me convoco
encarecidamente a forzar mi estro, a ponerlo
a prueba y someterlo a una adecuada piedra
de toque la próxima vez.
No arriendo mis ganancias...

Carecemos

Confieso que estoy viviendo...

Había un escollo, como un nudo
tan trenzado que apenas la habilidad
de sus dedos daba con la solución,
y un desconcierto ?aunque leve?
se iba haciendo dueño del aire.
Una especie de socavón sobre el transcurrir
de un camino que, de tanto trillado, el polvo
se iba haciendo núcleo de su amalgama.
Tuve que esquivarlo, y el rodeo a dar
era tan largo como buena parte del largo
del camino que estaba principiando, y es
que saltar el espacio vacío que este generaba
se hacía casi hazaña de un atleta y yo, sí,
no disfrutaba, ni todavía disfruto, de la dotes
gimnásticas suficientes para franquearlo.
Y para más inri ?pienso en esta serenidad
que al cabo me acompaña? a lo lejos, en el punto
donde la perspectiva cifra la existencia del camino,
no era adivinable ningún futuro juntos, binomio
posible frente al quizá de lo que nos esperaba.
Veía en mi prospectar una nebulosa, no me veo
contigo decías, y la tormenta amenazaba granizo
en un pronóstico que no parecía que fuese a fallar.
Fue una liberación, y sigue siéndolo tras el fluir
de la vida desde entonces, y toca aseverar, gritar
a los cuatro vientos, que el logos maquina cada
una de nuestras existencias cual reloj suizo, sí,
y es el pensamiento que nos acompaña en ese
transcurrir, en esa sucesion estacional, quien
marca la sustancia kármica de esa lógica.

Seguir, seguir sin pausa,
el camino allá delante flecha
marca hacia el horizonte, y,
en medio del abismo una luz,
a veces tiniebla, trae un signo
a colación, y residuo oseo
de lo que fue y tal vez hubo sido.
Seguir, sigo, sigues, y una casa,
en medio del follaje, establece,
Dios mediante, un centro neurálgico,
un punto de inflexión donde colocar
la púa del compás y dibujar circunferencias,
y es dentro de él donde, a modo de sino,
aposentarse debe el resto de lo que queda.
No me veo ahora, dices; te entiendo, digo, y
siempre y por siempre estaré dentro,
en una sombra que carece de previa luz.
Ayer me escribiste algo...

Ser piente

Lo único imposible:
lo que no
se intenta.

Se arrastra ?¿hasta cuándo??.
Una serpiente, sea cual fuere
la que toque en suerte, no puede
no reptar, no negarse a, para ir,
palpitar su musculatura en tierra
en pos de una presa, patas no hay
en su contorno, piernas aún menos,
y su falta de conocer, su ignorancia,
su no consciencia, le permite reír,
no lamentarse de no ser, no llorar
si no es necesario, proteger su piel
ante el acecho fatídico de depredantes
sin cuestionar sus límites.
Yo también, y cada día, reptando
sobre la rugosidad de una superficie
hasta quemar, lamentando no poder
levantarme, erguir el esqueleto, andar
a paso más vivo en pos de una entelequia.
Mi desventaja frente a la serpiente
es que estoy al tanto de mis fronteras;
hasta conozco la textura de esa corteza
que como muralla me envuelve, y hasta
dónde y cómo los resquicios que le van
naciendo me conectan con lo vulnerable
que soy, y sufro, y me siento imperfecto
cuando supero en perfección a cualquiera
sea la serpiente y su especie, cualquiera
la vida que se me compare, cualquiera...

Me arrastro ?¿Hasta cuándo??
Y si no siento un calor cerca, mano amiga,
y el frío cunde hasta que la sangre escarcha,
iré desvaneciéndome sobre la tierra así,
como lo hacen ellas, pero no con afán de vida,
sino de buscar una muerte pronta, tras la esquina.
No quiero saber, y menos saberme.
Ser sin saber qué soy, quién, hasta dónde,
como lo son ellas...

Si hablo

Nadie puede hablar
de sí mismo deprisa.

Si hablo,
las flores sueltan
al aire un perfume,
los calamares
emergen a por plancton
al desayuno, y las ballenas,
desnudas, ocultan su pudor
detrás de un ballenero.
Si hablo,
un eco, alto,
resuena como badajo
de una campana, y si
miras de repente,
como de sorpresa, nace
un sonido, un como canto
de sirena en una iglesía,
y una feligresía que sale deja
de creer en lo que antes creía.
Si hablo,
el paisaje, aludido,
me acoge cóncavo, me asume,
me cobija en su incomprensión
sin dejarme a merced de nada,
de ninguna ola a destiempo,
de ningún cocodrilo del Serengueti,
de esos que esperan la hora punta,
la del gran desfile de carne rayada
que se repite cada misma fecha,
cada mismo día, cada estación,

cada nuevo año, y no falta nunca,
como no falta el sol en la ventana
de mañana a las ocho, como nunca
un desayuno humeante, y una luna
que ilumine la oscuridad de repente.
Si hablo,
la vida huye, se agazapa,
se queda esperando tras un risco,
y cuando termine de locutar, agostando
la calidad precedente del silencio,
saldrá y aclarará el misterio, el por qué
de lo que sucede, el paradero perdido
del ser que llena cada palabra, y, tras
su puesta en escena, tras su performance,
rehuirá donde estuvo a salvo, libre,
al margen del qué dirán y zarandajas
del estilo, y se irá hundiendo, poco a poco,
en la tierra que la vio nacer, hace lustros.
Si hablo,
todos callan, y ese
es el inconveniente, el problema...

Hubo miedo

El miedo al disfrute
es hijo del miedo
a la libertad.
?Pablo d'Ors.

Hubo miedo.
El trance, de película de terror.
De mañana, temprano, cerca
de un promontorio a las afueras
de un cementerio, casi nada.
La lápida marmórea de la primera
tumba ?si tomo la referencia
de la puerta sur? se levemente movió
a eso de las once cuarenta y cinco;
el silencio, mortal, el cielo tenebroso,
como corresponde a una noche tal que
esa, todos los santos del treinta y tres,
y el enterrador durmiendo ya, ventana
cerrada a cualquier preocupación, solo,
su esposa fallecida recientemente, un paro
cardiaco en pleno conticinio, un grito que
Juan, el susodicho, lanzó al aire enrarecido
por un estado chubascoso próximo a ocurrir.
Hubo miedo.
Lo vi todo tras un panteón cercano, allí,
al margen de cualquier mirada, ni un alma
habitaba en esas horas el contorno, gotas
de lluvia que, tímidas, besaban una cara
acontecida como la mía, en silencio, sin ser
capaz de articular sonido alguno que pudiera

delatarme.
La lápida terminó por caer sobre la lodosa
tierra que alrededor se extendía, y un brazo,
blanco como la nieve, emergió para, apoyado
en los bordes del agujero que se formó al azar,
levantar un cuerpo robusto, lleno de jirones
de un sudario que hacía su función desde más
de dos lustros ?tanto hacía ya de su muerte?.
Una vez ergido sobre sus musculosas piernas,
que, sorprendentemente, pudieron mantener
su integridad ante tanto gusano hambriento,
se dirigió con decisión hacia la casa de Juan
con rostro de venganza frente al acto que,
por obligaciones de su cargo municipal, debio
cumplir aquel día, un doce de febrero.
Hubo miedo, lo vi tan cerca que reaccioné
cerrando los ojos de par en par y redoblando,
con toda la intensidad que cabía en mi escasa
voluntad, la callada de mis labios y mi lengua.
Hubo miedo, y todavía lo siento, en las noches.

Murió

Estar
en lo que
se está.
?Ese es el reto.

Murió.
Ayer, ya tarde, ya
sobrepasadas las doce,
una campanada
saliendo del teléfono,
pensé que era otra persona,
ya se esperaba de todos modos,
hace tiempo, octogenaria,
de un momento
a otro iba a suceder.
Murió, ya tarde,
en su cama, una residencia
geriátrica, casa improvisada,
no podía estar sola ya, era
lo conveniente, el riesgo era
grande, las paredes amenazaban
con desplomarse contra su débil
espalda, era lo mejor, y allí,
en compañía de otros pecios,
de otros trastos que debieron
arrumbarse, vivió sus últimos
despertares, su último aliento.
Murió, y la noticia,
después de años sin pasar veranos
con ella, sin gozarla ni padecerla
a partes iguales, me cayó como jarro
de agua fría, de repente, sin esperarlo.

Sí, murió, ya tocaba, su salud
lo iba pidiendo, y vivir así,
en sus circunstancias, no era buena idea,
era en vano, y una vez más constato
?con alegría? que la vida, incluso
para desaparecer del mapa, es generosa,
te trae siempre lo mejor, lo que pides
a gritos ?como ella, me da por pensar,
pedía su muerte?, lo que más necesitas
a pesar de los pesares.
Murió, ayer, y hoy
no podré verla, no podré alzar
mi mano derecha, para, a través
de un siniestro cristal, desearle
buena suerte en su nueva aventura;
y no podré porque no es lo conveniente,
lo políticamente correcto, porque
de estar presente levantaría ampollas
a quién no me apetece.
Esta tarde, después de trabajar, iré
a dar calor a mis niños.

Huyo

Huir es
regresar
eternamente.
?Guadalupe Grande.

Un lobo me persigue,
dientes blancos, largos,
afilados, puntiagudos,
chorreantes, ladra tenso,
me llama, me insta
a que me pare, espere,
que no tema, que solo
va a hacerme una pregunta.
Un lobo, azabache tirando
a claro, ojos golosos, a falta
de cariño, con un frío que arde
sobre la faz de su pelaje, ladra
otra vez, quiere abrazarme,
dice, pero yo no me fío,
todos son iguales, se hacen pasar
por abuelitas para, confiado, clavar
sus cuchillos blancos en la carne,
tierna de un cabritillo que soy yo.
Huyo, corro con toda la gana
que mandan las piernas, no quiero
parar porque los lobos no dicen
la verdad, de eso depende su sobrevivir,
pero, con lágrimas resbalando abajo
sus fauces, me asegura, con el corazón
palpitando en la mano, que el hambre
que padece no reside en mi cuerpo,
no, que se residencia en mi alma, y que,

si le doy unos grados de mi calor se irá,
y volverá a su guarida, que está tan fría...
Sus palabras me hacen detener la carrera,
le espero con una desconfianza enorme
poblando mi cara, y viene hacia mí, lento,
sereno, sin el deseo furioso que le rayaba
el corazón...

Aliméntate

Que tu alimento
sea tu medicina,
y tu medicina,
tu alimento.
?Hipócrates.
Aliméntate,
tus ganas, un rayo
vertiginoso
saliendo de tu boca,
tu falta, mis faltas,
la escarcha espada
de Damocles, el vacío
llenando tu conjunto,
y la espera, parada
de autobús sin línea.
Aliméntate bien amor,
que el camino es tan largo
como tortuoso y las curvas,
las más cerradas sobre todo,
no hacen bien al estómago.
En la ladera derecha de esa
montaña abajo hay, creo,
una suerte de fuente; abreva,
sírvete dentro todo el agua
que vas a necesitar y orina,
la que te sobre devuélvela,
y serás más feliz cuanto más mees.
Aliméntate; en tu zurrón
te he puesto alguna que otra vianda,
si sientes ese cosquilleo típico?
en el lado derecho del bazo? párate,
ábrelo y corta con la fuerza

de tus manos un pedazo, y siente
cómo el sabor te conforta y cómo,
esófago abajo, va nutriendo totally
cada célula de tu contorno, y ahora,
justo cuando eso tiene lugar, concibes
una felicidad de la que todavía
no se tiene noticia.
Aliméntate si aún, considerando
que estás escribiendo esto que negro
sobre blanco se dibuja, no has podido
ganarte el tiempo y la calma necesarios.
Ya me cuentas...

Mi manera...

Es mi manera,
qué se le va a hacer.

Hoy no tenía frase
de cabecera, las últimas
lecturas no me han dado
pie para citas, tal que,
en estos casos tiro palante
con lo primero que se me pose
en la cabeza, sea la barbaridad
que sea, no hago distingos.
El escrito de hoy tiene que ser,
por justeza de tiempos, rápido
de ejecución, sin repasos ni
pulimentos que me sirvan
para que el producto que dé
a la imprenta sea digno de ella.
Lo que estoy escribiendo, asimismo,
tiene que ceñirse a este sangrado
?como ya saben, un sangrado
mentiroso en tanto que finge
un poema cuando ni por asomo?,
y las palabras que se me vienen
a la piscina de la mente tienen
que ser vertidas respetando esta
falacia, esta impostación absurda.
Es mi manera, sin mérito, y, siendo
mi dejarme llevar tiene el solo
sentido de derramar, por la fuerza
de una costumbre ya inveterada

por arraigada en mí, de escribir cual
se come, se bebe o se duerme, inercia
que me dejo seguir por no recibir
fuerza contraria que me apee de este
pasatiempo ?tan sabroso por otra parte?
de inventar quimeras, de encarnar
imaginerías con el único propósito, sentido
y aliciente de suspender, aunque sea
la mota de polvo de una escasa media
hora, la flecha del tiempo, la ocurrencia
inevitable, inmarcesible de las cosas.
Hoy no tenía frase de cabecera...
y por contra, a vuestro pesar, se me ha
ocurrido esto.
Me tocaba escribir hoy...

Debajo

Debajo,
bajo la marquesina
de una parada de autobús,
el sol ausente, el gris predomina,
el blanco propio de las nubes
disuelto en la gestación inevitable
de una borrasca, detrás, en el gris
empedrado de la acera, un charco
se hace mar porque su lecho, cóncavo,
fruto de infinitas lluvias anteriores,
lo ha hecho posible de repente,
y el goteo fijo e incesante de nubes
reunidas como brujas de Zugarramurdi
ariscan el aire de la parada, lo tensan
como el elástico de un arco imaginario,
y yo, a salvo, balcón amplio de macetas
mojadas, suspenso, mirando la lucha
de cada cual por no mojarse, por salir
indemne cual si el agua fuera ácido sulfúrico,
seco, con un pijama a cuadros, sin la tensión
que la supervivencia genera en las neuronas.
A lo mejor bajo, debajo, por solidaridad,
sin paragüas, y empaparme del mismo agua
que los que llegan corriendo a refugiarse bajo
el techo naranja de esa marquesina, y quedarme
fuera, impávido, como si la ducha fría
de esta mañana no fuera ración suficiente
para espabilarme, como si la cortina
que me desmorona ahora, sin sentido,
me rayera el tergal barato de que se compone,

y resultara yermo, desnudo
ante los ojos estresados del viandante, y,
como si nada, les dijera que ya es suficiente,
que me subo al confort indolente de mi hogar,
que solo he bajado para solidarizarme
con el dolor que leía en sus rostros
desde la paz de una ventana, allá arriba;
que subo a secarme ?que ya quisieran ellos?,
que ya toca ponerse al socaire de un techo,
de una edificación fuerte, con habitaciones
y ladrillos, vestido, no desnudo de desamparo.
Debajo una tristeza, supervivencia, desamparo,
lucha, tensión, un autobús que no acaba
de llegar, un abrigo que se desea...

Ya macuesto

Vivir
es
prestar
atención.

No he dormido siesta,
todavía, y esta mañana
me levanté con alguna
hora de sueño, alguna
que me faltó por dormir;
el timbre sonó, por dentro
sabía que lo probable era
que durmiera poco dado
que ayer recibí un mensaje
del casero informando visita
de una nueva inquilina,
y de la bienvenida a un nuevo
microondas; escasas cinco
horas que ahora están pesando
en el tecleo necesario de las 28
letras de un abecedario yermo,
vacío de contenido, con un frío
atravesando las calles en un sentido
y en el contrario, y por semáforos
una gramática cada día más abstrusa
para mi gusto, más illevadera.
Cuando termine de escribir lo mismo
me pongo ermobi una media horita,
para quitarme la caraja, como decimos
aquí, y poder resistir los párpados
hasta una hora en que sea decente

acostarse en serio, con pijama franelero
y la colcha hasta el barboquejo, y amanecer
cuando el sol ya pueda, por la ventana,
darme los buenos días, como mandan
los cánones.
No he dormido siesta, y a una amiga,
que me habla por guasa, le sorprende
que no haya cerrado la vista aún fuera
el escaso lapso de media hora, y le digo
que sí, que justamente eso es lo que haré
en cuanto cuelgue este sinsentido
en el blog que unos incautos me permiten
para dar luz a mis tinieblas, y yo agradecido
por poder ocupar sin merecerlo el dorado
tiempo de más de uno de los que, aburridos,
acuden a vivencias que no importan a nadie.
Cierro ya, que los ojos se me cierran tal que
el telón de un teatro cae tras el aplauso
de un público que pide más de lo que se le ofrece,
y, a pesar de la decepción, mantienen la elegancia
intacta y la buena imagen de una cuna ya añeja,
ya con solera, y que con no volver consideran
suficiente pago a tanto intalento.
Cambio y cierro, ya está buenooo.

Un árbol

Un árbol,
un ser sujeto,
una piel áspera
de intemperie,
un sentir
del que no tengo
noticia, raíz,
tronco, hojas,
fotosíntesis,
lluvia acariciando
su piel, su tierra,
su sustento,
y el barro debajo,
la cavernosidad
que el enredar
de raíces gesta en orden
a sentirse firmes, seguras
contra el rigor de un suelo,
de unos vientos, de un tiempo,
de unas tempestades
a destiempo, y de la mano
amiga, a veces, y otras no
tanto, de alguien que se acerca.
Un árbol, dos árboles
una arboleda, un soto
cercando la ribera de un río
que no deja ver? y unos patos
surcando la tranquilidad del agua,
una estela, una flecha imparable.
Un árbol, grande, frondoso,

futuro abrigo-leña de tantos
y tantos, un cielo, unas nubes
pesando arriba para derramarse
de un momento a otro.
Y yo aquí, solo, contando árboles...

Una lagartija

Dicen que vivir
es arriesgarse,
competir.

Pegándose a la cal,
ascendiendo, la dama de noche
huele el aire, la luna redonda
con betas marrones, el cielo
sin un atisbo de tormentosa
descendencia, la música endulza
el vino y las cervezas, y ella,
una lagartija salamanquesa,
atrevida, sale de su zona de confort
y se adentra en los confines de lo ignoto,
en una trampa de curiosidad
que, a la postre, le saldrá cara.
Se queda quieta, un click de inseguridad
hiela su sangre, le molesta ese foco
de la esquina ?quién pudiera mover
de lado la viscosa luminosidad que suelta?,
y sigue adelante porque hacia atrás
es ya quimera, la música pinta hondas
solo perceptibles por ella dentro de la cal
que pisa, y, con la valentía que solo otorga
el instinto de supervivencia sigue, firmes
las patas como agujas en acerico, una mosca
como acicate a pocos metros, que para ella
son kilómetros, y sigue, con la convicción
que el verse entregada a la muerte concede,
de perdidos al río; y lo que no se imagina

es que la mosca es un dibujo de su imaginación,
un subterfugio que su mente se ha inventado
para impulsar sus patas hacia delante, risas
casi imperceptibles en la fiebre que su frente
va cobrando, el hambre es el mejor espabilador
que existe, la mosca la cree real, su pegajosa
lengua está salivando de deseo, los resortes
se preparan para dar el inminente salto.
Pegándose a la cal...
Todo era producto de una necesidad
de justificar su curiosidad, una ilusión
como otra cualquiera, un motivarse
sin precisar que el motivo sea cierto...

Nadie, nada

Nadie aprende
solo.
?Adela Cortina.

Nadie...
Me siento hoy, en concreto,
un nadie sin nada nuevo,
un recipiente vacío,
un celofán sin caramelo.
Me siento mar, callado,
en espera de barcos
que me surquen, quedo,
sereno, la procesión
por dentro, mirada al frente,
reír por dentro esperanza,
rezando un padrenuestro
ya caduco, al que la letra
que pronuncio le pesa
antigua e inncecesaria.
Nadie. Un nadie polvo,
mota al viento vuela
sin rumbo, en un dejarse
llevar peligroso, sin confiar
en que los vientos bondad
conlleven hacia la integridad
de mi carne, de mi sangre,
y en una copa dorada vino
en boca de fiel mojar el ácimo
pan del que todavía espera...
Y me siento parada de autobús
a las cinco de la mañana, serena,

en la sabiduría de que, más pronto
que tarde, algún bus llega, subir
la escalerilla y picar billete, y mirar
al través de la trasparencia vítrea
de una ventana, y ver otras almas,
sentadas, a las cinco de la mañana,
en la espera de otro bus que no llega.
Nadie, o más bien nada, para ser
más exactos, como ese título
que, allá por los años cuarenta,
dio el primer premio Nadal a Carmen,
de apellido Laforet, quien no necesitó
escribir nada más, nada, porque su Nada
le valió la eternidad en este mundo
inconmensurable, injusto, de las letras.
Detengo aquí este río, esta nada
que nada hacia un nadie de quien
es tributario, de quien nace y muere...

Tonto de atar

No hay
tonto
bueno.
?Unamuno.

Soy tonto.
Tan tonto que,
a despecho de tanto
que sucedió ayer,
no me di cuenta
de que te pierdo
más cuanto más
me obstino en mantener
mis trece de quererte,
de tenerte, de ilusionarte,
de pintarme contigo
futuros simples, y olvido
lo presente y lo que respiro
ahora, y entiendo lo obtuso
de no verlo, de no considerar
todo tu significado, significante,
tu continente, contenido,
de la calidad de tu esencia,
del dulce azúcar que tuyo
permanece aún en mis labios,
de cuándo y cuánto saboreé
tu sazón a la margen del Betis,
al borde de la cuna cóncava
de mi inerme cuerpo nato.
Tonto, a las tres, a las cuatro,
a todas las horas de cualquier

reloj, sea de pared o pulsera,
sea bigbén o compadre suyo,
ciego de cintura para arriba
y sordo, indemne a las palabras
que de tu boca me anunciaron
un desatino, una debacle,
hasta que ahora, en la estacada,
herido de rejón de muerte,
rebaño la sal de mis lágrimas,
la hiel de tu voz clavada
en mi culpa, recuerdo de miel
que se agriaría en breve,
cuando atardezca, rojo arrebol.
Soy tonto, y mañana más,
en una espiral exponencial
no describible por cualquiera
álgebra que se invente, y aquí,
yo, mirando el teléfono no fuera
que salte la liebre, una campanada
que me salve de este naufragio,
que me redima en dirección a ti,
de nuevo, que den fe de que echas
en falta mis tonterías, mi alegría,
que no paras de acordarte de...
cual martillo pilón.
Sigo en modo tonto, en este instante,
ya contigo, cómplice, reconquistada,
vuelta a mi cauce de donde nunca,
cual fuese la fuerza de la avenida
causante, debiste egresar, por fértiles
que sean tus aguas, por yermos
que sean los campos que te acucian.
Soy tonto, a pesar de ti.

Una vía...

Si no te tengo
confianza
no te soy ético.
?transcribo a Adela Cortina.

Una vía que se pierde
por y hacia un punto de fuga,
un camino férreo, atravesado
de lingotes de madera mala,
de esa que no se osa usar
en la ebanistería al uso,
esa que se paga en oro,
esta de la que si desangro
el bolsillo del que como
no profiere gritos de dolor,
no, porque ese dolor enseña,
no, porque es lícito dolerse.
Una vía, en blanco y negro,
que vi en un espacio televisivo
?Boek visual?, y que habla
de poesía imaginaria ?lo digo
porque es en imágenes?y que
un narrador, por boca vicaria
de la autora, pone voz lírica,
sugerente, de la que me hago
eco en estas palabras.
Confío en que hagas lo correspondiente,
lo que estipula la buena fe y el justo
raciocinio, ese que desde una antigüedad
tan remota como la clásica se empezó
a enladrillar y que ahora es santo y seña
de cada pensar, de cada quisque.

Estoy siendo vagón en vía muerta,
lo sé, y por eso no te reprocho
tu impasibilidad, tu frialdad acérrima
y polar para con mis fibras, y dejo
que la marejada de esta tempestad
desatada se venza en sus cimientos.
También vi, ahora que me hago
a recordar, una gota que desde cierta
distancia vertical caía constituyendo
ondas, que expansivas dibujaban una diana,
y que, tras el breve lapso de diez segundos,
desaparecían como estelas en el mar; y paro,
reflexiono, e inquiero sobre cómo el fondo,
lo que está debajo de la escena
donde tiene lugar lo que cuento, permanece
exento a toda esa agitación molecular, callado,
sin nada que apostillar a la física de partículas
que se está gestando ?como yo contigo?.
Una vía muerta ?eso estoy acabando
por ser...?

De espaldas

En el futuro
entramos
de espaldas.
?Eso dicen...

No me ocupa,
importa, llama
mi atención, estoy
en otras cosas, vivir,
reproducirse, morir,
eso es la trama
del guión de este teatro
que es existir, y solo
cambian las dimensiones
del escenario ?algo así,
recuerdo, dijo Gil de Biedma
en su famoso poema, aunque
mejor que yo, claro está?, y
no me ocupa, decía, preocupa,
detiene a pensar, porque
lo corriente, lo que sucede ahora,
me retiene tanta atención
que no me deja en la mente espacio
para proyectar escenarios plausibles
a un tiempo vista, que lo mismo
no llega a producirse, a tener lugar.
Sí, de espaldas, por fortuna, porque
de saberlo preferiría el suicidio, aún
fuese favorable como es lo que espero,
lo que a buen seguro me ocurrirá,
porque la vida siempre está de mi parte,

una vida que, he concluido, viene a ser
la puesta en escena de la verdad verdadera
que guardas dentro en el momento
de que se trata, la transformación matérica
del dios que habita la entraña y que es,
sin lugar a dudas, el único verdadero, sin
religiones ni zarandajas varias y similares.
No me ocupa, decía, digo, diré, porque
tengo tantas pruebas de que lo que imagine
estará a años luz de lo que me venga que...
A años luz por detrás, quiero decir.
Aquí lo dejo, no tengo tiempo de repasarlo.
Lo que estoy escribiendo en mi guórold
lo publico tal cual, me tengo que ir ya
a trabajar, casi ya, y no tengo ni quiero
tiempo para desbastarlo, así es más yo...

Albertadas

Hombre de muchos oficios,
maricón seguro.
?No sé quién, algún
homófobo jjjajja.

Ayer a la noche, viendo
un programa cultural de esos
que pongo de la Dos, tomé
una cita de Lope y la busqué:
"Rey servido, patria honrada",
y era por un juicio que la que
lleva el archivo de la Marina
ganó a Odissey, un barco caza
rrecompensas americano; vamos,
un pirata de la historia.
Esta mañana busqué su significado
en Chrome ?porque ayer, la dejé
en una página como recordatorio,
no tenía ganas? y no me inspiró
para que fuera apuntada como cita
de cabecera para algún escrito
de estos que prodigo en este nuestro
mentidero; lo borré y a otra cosa.
Casi no escribo ahora, pensé hace
más de una hora dejarlo para mañana
porque me apetecía entretenerme
en cosas más livianas, más llevaderas,
más de reírse, pero hallé que tuve tiempo
para reírme y me queda algo antes de cerrar
el chiringuito para irme a trabajar,
de manera que aquí

ando ?pero no se me ocurre nada, preciso
de asistencia literaria, casi psicológica?,
y noto que el tiempo avanza lento, los dedos
rápido y las ideas brillan por su ausencia,
ni están ni se les espera, en tanto que, mientras
aporreo el teclado, escucho unos ruídos al lado,
en la habitación de Kevin, y no sé si se está
mudando o se desahoga contra el mundo, así
que sigo en esto y luego me enteraré.
Retomo el hilo del principio: "Ayer a la noche,
viendo un programa...", y punteo un punto final
para que todo lo letreado hasta ahora quede
zanjado y enterrado en el olvido.
Vale.

Llueve...

En el Quijote llueve,
y si no hubiera llovido
no habría historia.

?La lluvia hizo que el barbero
se pusiera la bacía en la cabeza.

Nada.
Nada hubiera habido,
y ese todo que vino
a propósito de ti
se habría quedado
en aguas de borrajas.
Un trabajo, una pequeña
coincidencia, una distancia
tanto en lo geográfico
como en el tiempo, un sino
que si no hubiera tenido lugar
habría conmocionado el eje
rotacional del planeta
que nos aguanta, y la luna
habría desistido de sus goznes,
y Venus habría palidecido
y Júpiter buscaría otros cielos
más propicios, y Marte, y Miércoles...
Nada, y nadie por consiguiente,
habría habido entre los contactos
que hubiera propiciado en mis dedos
un mensaje, una llamada, un decir
a contratiempo, un provocar sonrisas,
un audio, una nota de video ?mejor

que vídeo, como tú lo dices?, un...
Pues nada, eso, que aquí estamos,
los dos, en una partida de billar
a tres bandas, teleamándonos,
como dos adolescentes que adolecen
de presencia, del calor que tilda
de vida nuestros cuerpos, dándole
el abrigo necesario para no perecer
ante este frío que ya arrecia, y batalla
como el Cid contra las hordas sarracenas.
Sí, y yo aquí, de vacaciones, y tú allí,
trabajando un día como este, una herejía
laboral, un hachazo contra el estatuto
de cualquier trabajador, cristiano o ronaldo,
cualquiera sea la religión que lo ligue
a este desaguisado que le llaman mundo.
Que te sea leve, pronto descansarás
el descanso del guerrero...

Castañas traigo

No sale nada
de donde no hay.
No aprende
quien no lee
lo suficiente.
?citas que parafrasean a Rosa.
No es suficiente.
La castaña al abrirse
ofrece su fruto en sazón
a quien pasa si osa los dedos
en las espinas de su cáscara,
arriesga su sangre, rebaña
en garfio la oquedad de dentro,
se hace con el premio y lo prueba,
se vale de su navaja, la corteza
elude, descamisa el ocre oscuro
de su envuelta y la carne obtenida
lleva a la boca, la mastica, al cielo
mira dando gracias y repite, y otra,
y se sacia de azúcares y proteína.
No es suficiente.
No solo de castaña vive el viajero
porque, humano, este precisa de calor,
de alojamiento, catre, bañera caliente,
algo cárnico que llevarse al estómago,
una sopa que queme en un prinicipio
para luego hacerse amigable, y soñar,
imaginar que en algún punto del periplo
va a darse de bruces con lo imprevisible,
a confundir molinos con gigantes, trotar
a lomos de un mentiroso rocinante, flaco,
contra la ferrosa realidad de unas aspas.

Sigue no siendo suficiente.
Quien anda y anda mucho, y lee
y lee mucho, ve mucho y sabe mucho,
y estas ?que ni por asomo mías? palabras
son de un caballero que de la pluma aviar
de un genio galopó y galopa el panteón
de la Literatura habida y por haber, y si
los gobiernos del mundo cual vademécum
lo usaran para sus quehaceres diarios,
tendrían sin lugar a dudas un bálsamo
de Fierabrás que purgaría a tanto trapacero
que holla los despachos de casas blancas,
rosadas y arcoíris; y si no que se lo digan
a Sancho cuando se despojó del grillete
que la Ínsula Barataria suponía para su sino.
Quien mal anda mal acaba, y a buenas
horas mangas verdes, y otros mil refranes
salpicando de gracias las mil páginas
continente de las más felices aventuras
que ninguna literatura ha parido salvo
la que me toca de cerca, y a esa pertenece
toda la letra que en las Américas verdeció
y verdece para vanagloria de mi lengua.
Ya sí es suficiente.

No, exactamente

Nunca un río
es el mismo.
?Heráclito de Éfeso.

No es exactamente igual.
Un agua es en sí diferente,
tiene la misma composición
química que cualquier agua,
sí, pero lo que no se ve, lo que
oculta por disuelto constituye
su marchamo de clase, su tic
nervioso, su atributo distintivo,
y lo que la cataloga en los estantes
de cualquier supermercado, sea
alemán o español, o chiquitistaní
si allí existieran los supermercados.
Esto viene a propósito del comentario
que dejaste caer ayer en nuestro chat:
Heráclito no era químico, no, ni falta
que le hacía para entender ?su enten
dimiento era fama en la comarca ?que
el agua que por su río efesiano ?del que
no quiero acordarme? bajaba rauda
nacía de un manadero que conectaba
por vía sagrada con el centro de la Tierra,
y desde allí, a la manera de una factoría
veinticuatro siete, subía a consecuencia
de una fuerza tan especial como extraña
que se sintetizaba en una suerte de marmita
divina, donde el moleculaje protagonista
de ese ingenio nacía nuevo desde algún

generador oculto a los ojos de los operarios,
y al aflorar al manadero susodicho
y posteriormente dar a luz entre las montañas
verdes de su tierra, tomaba la coloración,
el aroma, y el sabor únicos en ese contorno.
Toda esta alegoría viene a que, como quería
hacerte entender, lo que en apariencia es igual
a los incapaces ojos que nos llenan concavidades
que si no fuesen llenadas quedaría fea la cara,
siempre, en su magma, guarda un sello, un tic,
una genuinidad donde ningún sentido puede
vivir ni queriendo...
Te dejo, que tengo que ir a recoger
a los niños al colegio.

Que algún día...

Deseo mucho, sí,
pero con poco
me contento.
?Quixote dixit.

Te deseo,
sí,
te deseo felices fiestas,
y que la entrada de año,
un cuarto de siglo ya,
sea la que te mereces,
madre de familia, rota
de tanto forzar el esqueleto,
saciada de amor
con tan poco, y en espera
de que la prosperidad, esa,
tan anunciada y mancillada,
sobre todo en estas fechas,
sea una realidad tangible,
palpable, masticable, y no
el lema comercial de una marca
de turrones, o el emblema
azucarado de una caja
de galletas inglesa, y que calor
y fuego sean sinónimos, o acaso
causa y efecto de un mismo hacer,
de un intentar que el bien del otro
se apareje al tuyo luchando duro
desde las siete de la mañana...
Deseo que hoy, por fin, dejes
de tener que desear cada año,

por estas fechas, que yo, él, ese,
y el resto de mis hermanos
vivamos haciendo equilibrios
sobre un cordel que no merecemos
por méritos, porque no hemos
salido a ti, porque somo unas balas
que por orificios alternativos
se perdieron del revólver de un diablo,
y hasta hemos asaltado algún banco
?no sé si recuerdas ese del Parque
de María Luisa, ocupados por dos
enamorados, y que tuvieron que irse
por el ruido que hacíamos con las risas?,
y tu actitud gallinácea para con los tres,
como si la necesidad de acalorar los huevos
que nos vieron nacer, todavía hoy, cuando
somos ya padres de familia, fuera crucial
para que el envejecimiento que nos espera
a la vuelta de la esquina se cumpla como
debe cumplirse, como está programado.
Te deseo, sí, y solo te deseo
que vivas lo suficiente
para ver a tus nietos en la cúspide
soñada en tus breves y trabados sueños,
y quiero que dejes de pensar en mí,
que te centres en ti, en terminar tu misión,
en realizarte hasta tu punto y final
según el plan que alguien ideó para ti.
Eso te deseo, y a papá también.

Lo siento...

Quien siente bien
dice bien.

?parafraseo a mi referente,
mi amigo Miguel.

Me despierto y digo,
me incorporo
de lo horizontal
de una cama y digo,
me coloco las zapatillas,
me dirijo a abrir la ventana
para que la mañana entre
y llene mi cubículo y digo,
me desnudo para que el frío
tome posesión de lo vulnerable
que me envuelve y digo,
y digo alto, sacando la cabeza
por la ventana y haciendo
que el vecindario sepa
de lo que siento, y digo,
y no suelo maldecir porque
el mundo me agrada, y me pongo
ropa deportiva y corro a saludar
a los árboles del parque, les deseo
buenas fotosíntesis y buen oxígeno
para todo el que deambula este mar
de asfalto y frustración?que no
son las mías por fortuna?, y vuelvo,
me ducho y empiezo a dibujar
un día como el que estoy dibujando
ahora, disfrutando cada elemento

rutinario que conforma el conjunto
de mi preciosa rutina, que me enfoco
en gozar como si fuera lo mío, lo diario,
una vacación constante.
Y despierto y digo, y digo alto, claro,
rotundo, porque siento alto, claro,
rotundo, tanto que el suelo retumba
a cada pensamiento, a cada conclusión
que extraigo de cualquiera sea la premisa
que se me interponga entre mis silogismos
y yo, y el mundo, que siempre detrás
hace la guardia, cierra las puertas, prende
el fuego que mi caldo necesita para que sea
un buen caldo de cultivo.
Paro la pluma aquí.
El jueves más y mejor ?eso me gustaría?.

Infórmame...

Homero nos dice
más de hoy
que el periódico
de ayer.
?Paco Umbral.

Estar informado,
¿de qué?, ¿para qué?,
¿de qué me sirve saber
qué del mundo hoy
si te has ido?
¿Qué gano yo con saber
si el euro cunde más
hoy que ayer o menos
que mañana si no sé
si estaré respirando
mañana o dentro de un
minuto?
¿Qué me aporta que el
gobierno haya aprobado
tal o cuál ley ?que parece
prometer prosperidad? si
mi cama, a partir de ahora,
será yerma y fría?
Solo hago que mirar un chat
todavía vivo, eso quiero pensar,
y negaré por un tiempo
que todo el amor que prendiste
de él en palabras, audios y vídeos
sea ya crónica de un pasado
glorioso?desierto, oasis, agua?,
y me aferro a lo que siento

como percebe a su roca, no,
no es posible que este nido
que con paciencia de vencejo
construímos palo a palo se venga
abajo y se estrelle de impotencia.
Estar informado de qué, de quién
que no seas tú, qué me importa
si la velocidad a la que rota el globo
que me contiene es mayor o menor
o cotiza al alza o a la baja si tú, sí,
mi razón de ser, acaba de dejar vacío
un hueco en el triste viscolástico
de un jergón inútil, desvencijado y roto,
hasta plantearme ?a modo de punto
y aparte? si sigo respirando o aguanto
el aire que me resta hasta el disipe, si
debo consultar el diccionario que llevo
dentro para echar mano de conceptos
que a modo de salvavidas me salven
de este inminente naufragio.
No quiero informarme, no tengo ganas
de perder el tiempo ?el poco que me queda?.

Tus manos...

Manos que
tocan lo into
cable,
lo que al
alcance
no está
del pensaje,
lo que
de dentro
sale para
volverse
cieno
y vuelve
a ser reguero
y muerte, vida
sin semilla
dentro.
?Sigo tras el punto y aparte.
Manos,
abiertas, los dedos
puntas de estrellas
apuntando un nacimiento, uñas
de queratina que ansían
pincharse contra una carne
de amor vibrante, putrefacta
en su recuerdo de azúcar
que se fue sin dejar rastro.
Manos, las tuyas,
las que veo pintadas
en el extremo queratinoso
de un marrón sucio, oscuro,
y anuncian noche de día, y vaticinan

un éxito sin precedentes,
un alcanzar la cima que ni ellas
mismas imaginan y no creen.
Manos, dueñas, contra la piel
siento su rozar, su pasar profundo
para adjudicarse un calor restante
que todavía tengo, y que es tuyo,
y del que, generoso, me desprendo
hacia el que ya posee dentro
para hacer su mar más grande,
más océano que antes, sin esperar
nada a cambio ?ya que, de lo con
trario, no sería generoso la palabra
que encaja en este cuento?.
Manos... dentro de las mías....

A hueco

Sabes a hueco.
?Luna Miguel.

Tus besos, sí,
saben a hueco,
tus ganas, huecas,
tu decir hueco y
tu falta de interés
vacía de solemnidad.
Hueco, tu entorno,
tu nacimiento
de cada día, sin meta,
sin propósito aparente,
el sol te pide cuentas
y tú no haces otra cosa,
no se te ocurre, que rasgar
en su cara los debes
y los haberes que abriste
cual propósito de fin de año
el año pasado hasta bajar
de vergüenza la mirada, y
dar la callada por respuesta.
Tus caricias, también huecas,
pero de una oquedad simática,
profunda como los besos
que yo te di y que se tuvieron
que derramar porque no hallaban
habitáculo suficiente a su grandeza
y tú, ni corta ni perezosa, no se te
ocurría otra cosa que defenderte
atacando, y sacar como bandera
blanca los trapos sucios de antaño.

Tus besos, sí,
saben a hueco, y aún hoy,
en la construcción ilusoria
que un recuerdo supone, siguen
sabiendo a hueco, y tan hondo
es el sabor que me recuerda
el olor a cañería que a veces,
de repente, brota de mi inodoro
de mañana temprano ?cuando
el espejo es testigo de los cortes
que sobre la cara me practico
a propósito de un mal afeitado?.
Sí, y ese maldito sabor
no se me quita de las papilas
palatales. Todo me sabe a hueco...

Y tú qué?

Reescríbete hoy,
y mañana,
y el otro, y el otro...

No sé,
si estoy en lo cierto,
o si lo cierto es una masa,
un universo que no se deja
amasar por cualquiera
salvo que la manos contengan
la dulzura necesaria para que,
seducido, se preste a la caricia,
se avenga a que sus corpúsculos,
sus satélites, planetas y constelaciones,
sean remodelados por un nuevo dios,
alguien ?como tú? que con el calor
de sus manos, con la química
que esa energía desprende, convenza
a toda la inmensidad que un universo
supone y se abra a cambiar, a reformarse,
a entregarse a una nueva forma, una
incertidumbre tan incierta que pueda dar
al traste con el equilibrio tan fino
que tanto tiempo ha necesitado para forjarse,
y del que depende la tranquilidad de toda
la vida que habitamos sus rincones.
Reescribirse ?that's the question?
o morir, porque de no consumirse
aquello que se guarda para su conservación,
cualquiera sea la potencia refrigerante
de la que hablemos, la putrefacción llama
a la puerta un día y pasa a mejor recaudo,

y otra vianda, no necesariamente mejor,
pasa a ocupar el vacío insondable
que esa ausencia generó en una balda
determinada de un determinado frigorífico.
No sé, cada vez mi no saber
es más profundo y la perplejidad
se ahonda más en mis arrugas..., cada vez,
no sé, y en un no saber me disuelvo
vencido por su invencibilidad, y mi imbecilidad
es cada vez más invencible...
y tú, ¿Cómo estás? ¿Qué tal ayer con la familia?

Siénteme

No te quiero,
ya no más.

?de un ciego
a un tuerto.

Siénteme las manos,
son tuyas, tuyas
de solemnidad,
y que el aroma
que mi piel te exhala
impregne el cómo te miro,
?si la flor pudiera cifrarse
en pétalo? y que así,
con una electricidad cayendo
vello abajo, alcanzar a comprender
lo que una caricia conlleva,
si es una oquedad hueca, o un carecer
de luz y de fuego cuando el frío
arrecia y se precisa un vivirse cerca,
un abarcar un mar abandonado
a la deriva, naufragado, muerto.
Siénteme las manos, dame las tuyas,
tu ser una mota de polvo
en la reducida inmensidad de un abrazo,
e, ipso facto, que firmes un contrato
de propiedad exclusiva, una linde
alrededor de tus mangas que impida
de acceso la insolencia de otras manos,
extrañas, extranjeras a tus poros,
y si tu flor algún día se marchita,
sin agua que llevarse a sus raíces,

di en voz alta que me buscas, que el frío
que está quemando tu piel precisa
de la urgencia del calor que de la mía surge,
y hasta el tuétano entregarte y que sin mí,
sin mis oquedades de queso emmental,
no sería dable ecuación algebraica alguna
que dé como resultado tu felicidad
y la mía al unísono, en consonancia.
Siénteme las manos, mándame
las tuyas por whatsapp aunque fuese,
que yo me engañe y sienta tu caricia,
que el poder que dicen de la mente
se demuestre en esta ocasión y se ericen
mis ganas de tanto gusto, y asimismo las tuyas.
Siénteme las manos, y otras cosas...
que la vida es breve, y el amor, lento.

Estuve...

Estuve pensando...
Sí, fue sobre eso, lo que ya sabes,
aquel día, de tarde, ya el sol débil,
pensando en la cama, la luz ténue,
los primeros arreboles, las nubes
tiñéndose de lentitud y el aire, sí,
como enrarecido por lo que supone,
sí, la falta progresiva de esa energía
que le sostiene, y tú, en la mecedora,
viendo el parte informativo, noticias
que se pierden en el recuerdo nada más
entrar por los oídos, por repetidas, sí,
por consabidas, y yo en mi habitación,
con mis cosas, cerrando unas cuentas
pendientes de la contabilidad de ese mes.
Sí, pensando, quince años de eso, azul
era el tono con el que me venía esa imagen,
la tuya, bata blanca, pelo largo negro
azabache domado por un coletero, queso
manchego en finas lonchas sobre la mesa,
y salí de la habitación al baño y te dije
no sé qué, creo que te quiero en voz baja...
Estuve pensando, sí, ya a toro pasado,
sin nostalgia, asumiendo ya hace tiempo
la apisonadora equilibrante del tiempo,
todo pasa para bien, y ya mi corazón mira
para otro lado, y entiendo ?no hoy, hace
tiempo ya? que el suceder de la vida obedece
a una secuencia relojeril que rara vez atrasa,
y que ?aunque sea a toro pasado? agradeces

y concedes que fue lo mejor que podía pasar...
Sí, ahora también lo pienso y pienso igual.
Quiero dejar de pensar, voy a encender la tv.
para ver qué pasa en el mundo, un plato
de queso manchego en finas lonchas a modo
de triángulos escalenos, bata blanca, pelo corto,
mirada perdida ?no me he enterado de nada;
mi atención en las musarañas...?.

Sal y Sol

La luna sale,
sonríe, tiene sus
preocupaciones,
sus cráteres, pero sale,
se airea con el aire
que corre por encima,
regolito tibio ausente,
y el sol no lo calienta,
permance frío, carente,
sin huellas, sola, seca,
olvidada de la ciencia.
La luna sonríe, sale,
sigue adelante en su rotar
incesante, acostumbrada,
y el sol ignorante mira
a otro lado, despistado, falto
de la atención que necesita
un corpúsculo tan minúsculo,
que pesa poco en el trozo
de universo que el Sol domina,
y le conmina a mirarla por encima
del hombro, y el tiempo vuela,
y el espacio se hace magnitud física,
y la velocidad es cosa de un buen
motor y de un estimable carburador,
y la dinámica de la mecánica celeste,
esa que se mueve alrededor, insapiente
del formulaje eisteniano, sigue erre
que erre en lo suyo: "moverse".
La luna ya salió, y no se ve,

se escondió tras montañas de dudas
y arreboles y el sol, en otra liga
planetaria, no está para ella, pasa
de cuerpos celestes tan distantes
que los rayos, a veces, resbalan torpes,
y sus contornos, y sus regolitos, y sus
volcanes kilométricos son solo bultos
marrones según la perspectiva que yo
tengo, y la vida desde tan lejos vive
posible, imaginable, y su oronda faz,
tan abultada, me tranquiliza, me hace
pensar que está bien alimentada.
La luna sale y yo, quizá, con ella...

Fueron dos

Hace un año ya,
o casi,
y el geranio que planté
a tu costa sigue brillando,
las gotas de rocío
de mañana
resbalando hacia
un cáliz verde olivo.
Hace un año y como
si el tiempo fuese un reloj
parado, o una estatua
de acero inoxidable
en el centro de una plaza
harta de que los coches
que le circundan den vueltas
a ninguna parte, y los gases,
nocivos de solemnidad, hirieran
sin herir el esmalte impávido
que le sirve de guarida, y el geranio,
parece, que de mañana me canta
como si fuera ese jilguero tricolor
del que hablé hace tiempo, y no
pasa tampoco ni la librería Pérez,
esa donde de colegial compraba
los libros del curso y el recado
de escribir, y la panadería de Paco,
esa que me vio nacer a las carreras
callejeras y a alguna que otra bicicleta
herida por el roce; y me asomo al balcón
y el tiempo es acero inoxidable, y me

encanta...
Hace un año ya, y como si hubiera
o hubiese ocurrido en el último segundo
de un reloj de cuerda ya floja y de números
casi romanos, de antiguo que se me viene
a la mente, encima de la repisa central
de un mueble bar caoba ?aunque de caoba
solo tuviese el color? y se me reproduce
el chirrido que profería cuando cantaba
la hora de despertarse, y en esa tesitura
me alegro de encontrarme como me hallo
pasado casi medio siglo, pero no remontémo
nos tan lejos, solo a un año, al momento
en que me dio, como acceso de locura, por
plantar un geranio ?¿o fueron dos??.

Escasamente

Solo, escasamente,
media hora, solo,
dedicarte, expresarte,
solo, treinta, escasos,
solo decirte, tan solo,
que te sigo, nada más,
queriendo, eso solo,
y que muero, escaso
de tu cariño, caricias
en un almanaque roto,
partido de viejo, entonces,
seis de agosto, Sevilla,
ardiendo la tarima
donde hicimos el amor,
una playa al fondo, escasa,
solo media hora, y un barco
escaso, con velas rotas, herido
de viento, volcado sobre la arena,
y tú gimiendo, y mientras al aire
de la habitación lanzabas alaridos
de placer el barco, escaso, en media
hora, se partió de quilla, el viento
fuerte, irredento, cerró el contrato
de vida que el armador firmó solo,
obsolescencia programada dixit,
y yo, desde esa ventana, con la manos
apretando tu cintura y empujando
tu culo hacia el alfeizar, solo, incisivo,
coitus interruptus al sonar
la alarma, solo media hora tengo

para dedicarte, escasa, expresarte,
regalarte mi saliva de mañana
como a ti y a mí nos gusta, una playa
quieta, un barco atitanicado ya...
Solo, con una escasez mayor
aún que en el principio.
Qué bien que vienes otra vez...

Dura

Dura,
no arrendé las ganancias,
no aposté un ochavo
habida cuenta la diferencia
que nos une y nos separa.
Y dura,
y que mi corazón fuera
venciéndose ante el peso
de tu encanto no estaba
en los anales,
que los altos ventanales
de mi desconfianza se abrieran
como se han abierto, de par
en par, para que esta se fuera,
y que el terrón de azúcar
que tu voz lanza a las ondas
fuera bizcocho a mi paladar,
a la densidad pétrea de mis labios.
Dura,
y me sigue pareciendo
que la noche y su sueño
se están haciendo eternos,
que el despertar no sea más
que la ocasión del sueño
para aún más soñar,
y que la realidad que lo reviste
proteja a su sueño
para que siga soñándose,
que se sienta cuenta de un rosario
infinito y le proteja de la erosión
que la circunstancia ejerce

sobre la quimera cirniéndose
carnívora como halcón contra paloma.
Dura,
y que las ganas, la decisión,
y el deseo de ser siempre,
a tu lado, cada día, cada hora,
cada minuto y cada segundo ganen
en posibilidad, en carne, en sexo,
en cama que se queja de sus goznes,
en castigo de amor contra la pared,
tal y como a ti te disloca, y a mí.
Dura,
y casi es un año lo que ya ha sido.

Una mosca

Una mosca,
sin pedir permiso,
en mi teclado, negra
azabache con motitas
rojas, insolencia en la mirada,
una gota ligera se escapa
de la comisura izquierda
de su precaria existencia,
reacciona al aire al acercar
amigo un dedo ?índice, mano
derecha? ?no puede entender
la naturaleza de mi intención
porque su estar en el mundo
es tan efímero que no le da
tiempo de forjar ningún afecto;
solo le puede y le conduce su afán
inútil de sobrevivencia?, sobrevuela
la nada completa de mi habitación
hasta posarse ?no encontró sitio
más interesante? en la letra F justo
cuando sobre ella posaba el dedo
índice de la mano izquierda.
Con una lágrima resbalando ligera
la mejilla derecha de mi perfil izquierdo
reaccioné a la muerte súbita e injusta
de ese ser negro, diminuto, efímero
como la integridad de un segundo, e
inconsciente de la maravilla que vivir
cada instante me supone; y paro el ritmo
vertiginoso de mis dedos, dejo la trama
donde la última puntada y procedo triste

a enterrar en mi mala consciencia los restos
casi invisibles de una mosca cualquiera,
una de tantas que se posan a diario
en un cristal cualquiera de cualquier estancia,
de cualquier vivienda sea del nivel socioeconó
mico que fuese y que son matadas con la indi
ferencia con que se llena de basura cualquier
tiesto de cualquier vivienda debajo de cualquier
fregadero de cualquier cocina...
Una mosca,
y no tengo palabras,
solo un lamento, una culpa
pendiente de psiquiatra ?aunque,
a decir verdad, no necesito el suceso
de esta mosca para animarme a visitarlo.
No?

Siempre tuyo

Solo dispongo
de diez minutos
para dibujarte, solo,
en un estar pensando
cuánto fue lo que hubo
entre tu cuerpo y el mío.
Solo, dispongo, trituro
cada una de las palabras
que espadas se alojan
en el cuerpo de mi alma;
amor eterno de mentirijillas
?ahora lo entiendo? cuando
solo era una ilusión aérea,
un suspiro en un montón
de aire que acababa de entrar
de la mañana de ahí fuera,
de un nuevo día que se extiende
para mí y para ti, donde el reló,
recién despierto, presenta ufano
al espectador un nuevo estilo
numérico y un nuevo contorno
de plata y azul en dirección directa
a un futuro que nunca existe.
Solo dispongo de cuatro minutos ya,
y me queda mucho por decir,
aunque solo diré una cosa:
"que fue bonito conocerte profundo",
penetrar bajo la tersura de tu piel
y tentar hasta acariciar tu visceraje,
tu sensibilidad más sensible, tu pensar

más oculto, tu manera de...
Ya de solo dos. Pues eso, que te vaya
bonito no, y que no dudes de que la vida
te tiene reservado en su trastienda
unos planes que no te imaginas y que,
con creces, superarán cualquiera
de tus expectativas, de las mías.
Siempre tuyo...

De eso...

Se trata de vivir
?sé que es recurrente,
hablar de vivir es fácil,
todos vivimos, unos más
que otros, pero sí, es fácil
hablar de lo que hacemos
al escribir, por ejemplo,
que antes de escribir vivimos?.
Vivir no es no sufrir, no es
no entristecerse porque
lo que está de moda es reír,
mostrarse feliz no importando
que no se sea, sino sufrir
si toca sufrir, meterse en él
si lo que corre es el sufrimiento,
llorar la muerte de un ser querido
si ese ser querido viaja a otra tierra,
a otra latitud incógnita, limbótica,
etérea, y disfrutar llorando, meterse
dentro de las lágrimas y llorar fuerte,
con sentimiento, con sentido, pensando
que si vivimos la amargura amargándonos
de verdad también sentiremos de verdad
el azúcar cuando tengamos azúcar
en los labios y nos visite de pleno, y reír
grande, con la agallas, cuando toque reír,
porque si no se sabe llorar no se sabe reír,
y lo importante no es lo que se muestra
sino lo que se oculta dentro, en la víscera,
y lo que se muestra debería ser un medio, no un fin.

De eso se trata, y tampoco
de hacer poesía mostrando apariencia
de poesía.
La Poesía con mayúsculas, creo,
está en la materia de la palabra,
no en la forma, y en lo que juntas,
en concierto, forman, suenan, ritman,
no, eso solo son convenciones
de aquellos que se encargan de elevar
las convenciones a la palestra
para que los borregos las sigan, no.
La Poesía es una expresión de la vida,
una manera de contarla, y por ello
participa de su misma materia, tejido,
y los corsés, los lechos de Procusto,
son transgresiones de la vida,
de la naturaleza que nos consiste,
del transcurso silencioso, imperceptible,
que la vida tiene como lo tiene el día,
cada día que transcurre pasando, sí,
en silencio, sin decir aquí estoy yo,
sacando pecho, no, sino sin alzar la voz,
y toda convención es una forma
de poder, de alzar la voz, de violentar
lo que no es violento, como es la vida.
Sí, de eso se trata...

Con locura

Sí, con locura.
Después de la tormenta
sucede la calma, el sol,
tímido, fosforescente,
parece que ha salido, leve,
como sin querer molestar,
y se ha dado un garbeo
ligero para hacer hambre.
Sí, como decía, con locura,
y mi ligazón contigo
se me antoja de grafito,
revestido ya de esa dureza
que solo un material nuevo,
desconocido hasta hace nada,
puede presentar a la comunidad
científica, siempre reacia,
como de uñas, a adoptar ideas
que no concuerden con las suyas,
las ya aprobadas, y que le otorgan
un poder, un dominio confortable
no, lo siguiente, sobre un mundo
ideal construido de peipers, revistas,
y publicaciones de prestigio.
Con locura, y creo, vislumbro
que esta locura viaja hacia tu cuerpo
a una velocidad de más de cien mil
quilómetros por hora, como la Tierra
alrededor de su sol, y me entrego
a su vorágine como macho a hembra
que lo devora tras su cópula; eso quiero,

que me devores a propósito
de mi cópula en ti y antes también
si no te importa jajaja.
Sí, con locura, y una que no tenga
remedio ?al menos con la ciencia
que tenemos al alcance hoy?.
Te dejo para recuperar fuerzas
y retomarte bajo esta locura campante,
desmadrada, de la que me precio
tanto y a ti tanto te gusta...

Mi andalucismo

Mi andalucismo,
casi intransigente diría
no siéndolo yo, integrista
sin serlo ni queriéndolo,
devocionario, eso sí,
ya que por las venas
me corre a uña de caballo
todo un río de sabiduría
milenaria, de pueblos mil
que pasaron y prendieron
raíz en mi tierra; y una
alegría innata, disuelta en luz,
en un meollo químico, fotónico,
cuya especial luminosidad aún
no ha nacido quien la explique,
quien haya dado con su fórmula,
con su sanctasanctórum.
Mi andalucismo, mi pertenencia
acérrima a una manera de ser,
de sentir, de mirar, y a la que, sí,
me siento ligado en esclavitud,
en servidumbre latifúndica, always,
inmarcesiblemente consagrado
a elevar a los altares sus primicias,
sus prendas, sus fresas y sus natas,
y lo hago sin reparar en mi integrismo
?yo, que no soy integrista y reniego
de quienes lo son?, en un corage vivo,
entusiasta que, naciéndome en mi sur,
me sube hasta el norte de mi cabeza

y se me hace verbo, prosa, poema, voz,
lema, canción, rima al viento, pan,
aceite, gazpacho colorao, menudo,
tostada de aceite...
Mi andalucismo...
Inevitable, perenne, vivísimo
como las hojas siempreverdes
de un pino piñonero, encinas,
olivos como ningún otro, diverso
en el paisaje y la tradición, intenso
como solo la vida, cuando es ley,
lo es, como si este último minuto
fuera sentencia final de un mundo
que aún está por definirse, sin molde
que cual horma le dé necesaria cabida.
Siempre, forever and ever...

Una lámpara

Noche fría, distancia
de aceras grises e invierno,
manta en la mente, refugio,
mirada a lo alto, luz, hogar,
ventanas sucesivas, abejas
en enjambre debajo, jardín
abundante y verde afuera
de árboles, arbustos y matas.
Camino en silencio, una ventanera
luz aviva mis pasos, el pensar caliente
de un hogar de un aún oscuro frío,
sin leña que le conceda condición
alguna de refugio, de espacio
cuadrado y profundo, caliente,
carbonoso, absolutamente rico
de afectos, y que en nuestros vellos
alguna vez, sea en casa ajena o propia,
hemos sentido, un erizar de gusto.
Y el acenizado despertar de la mañana,
cuando el fuego se duerme ignorado,
cansado de hablarme solo, es un lujo,
un levantarse entre un aire todavía
caluroso de lo reciente, y, cuando caigo
en la cuenta de que esa lámpara
color crema tostada, cálida, acogedora,
fue muy antaño ese fuego familiar,
los clanes reunidos antes de acostarse,
me alegra tanto poder entenderlo
que, sin querer, se me abre una espita
en los ojos como transformado en lince.

Noche fría, ya casi en casa,
una lámpara color tostada de aceite
y miel me pone largo los dientes?y una
especie de envidia se me apodera;
seres gozando debajo, en pijama,
viendo su programa favorito?,
y casi ya meto la llave en el ojo,
y el calor se me va ya apoderando,
y de gusto me muero poco a poco.
La mirada se me empiezan a cerrar.
Ya, por fin...

Una furgo

Una furgoneta roja,
de un rojo carmesí,
clásica, de esas
que reparten pasteles,
de tienda en tienda;
desde la ventana, ahora,
saliendo de donde estaba,
aparcada entre otras furgos,
blancas las otras, hermanas
no de sangre, marcheando
hacia atrás, el conductor
ojo en retrovisor, maniobra
no fácil porque a pocos metros
a la izquierda pierde la visión
de los que entran por la vía
que sale de servicio de la ese treinta,
está nervioso porque se la juega, sol
?al menos tiene esa alegría?, volante
torsionado con fiereza, el estrés
se apodera de sus dedos, tiene prisa,
se le alojan en la cabina pasteles
delicados que si no se sirven a tiempo
corren el riesgo de pudrirse, la tensión
se le corta en la cara, las facciones
se profundizan contra los surcos
que ya se esculpieron en anteriores
maniobras; se decide a dar marcha
atrás, gira en dirección de cabeza
hacia la avenida Andalucía y entra
al fin en ella, respira hondo, ha salido

con suceso del trance, pone la radio
para celebrar el logro, los cuarenta
principales, y oye que el Betis pierde
contra el Baracaldo, se le oscurece
la alegría y se restituye al momento
anterior, la nueva tensión, que parecía
olvidada, vuelve a esculpir surcos
en la cara, y nuevas arrugas nacen.
El Betis marca el gol del empate
?siempre regresa el sol de su escondite?.

Que nada...

Que nada te desanime,
ese es el reto de hoy,
levantarse, asomarse
a la ventana aunque
un vendaval venga
a abofetearte la cara,
y del mismo impulso
hacia atrás estallar
contra el borde metálico
de la cama el blando
occipucio que posterior
guarnece tus pensamientos.
Que ni una miaja, ni un adarme
de inentusiasmo, cruce tu barrera
cefalorraquídea, que no se atreva
el insolente, que el horno no estará
para bollos ya que el sol, arriba,
está triunfando contra la última
rutina de lluvias que te ha azotado.
Nada, ni la más atroz
de las más atroces de las noticias
que por el mundo circulan
cual una suerte de sistema linfático,
autopístico, meándrico, con solo
el propósito de confundirnos, de que
permanezcamos ad aeternum en una
niñez que nos impida pararnos a pensar,
que nos haga deglutir lo indeglutible
con tal de conservar hasta el lustre
una indolencia vital aislante,

y que tú, que puedes reaccionar,
no lo hagas ?y para eso se te cortan
las alas de la crítica?, y que llames
a cualquier desapego que se tercie
felicidad, gusto por vivir, contentura.
Que no se te ocurra; y si caes
por un casual en el coco del desánimo
no desfallezcas, un mal día lo tiene
cualquiera, y seguir andando por si,
por otro casual, se te tercia una abeja
que lleve miel reciente, o una mariposa
de colores vivos, de esas de la suerte.
Pues eso. Voy a parar porque estoy
guaseando con mi chica y me estoy
indisponiendo para seguir... jajaj.

Una golondrina...

Una golondrina pasa
y se pierde, pero una solo,
y una no hace verano, de hecho
no lo estamos, estamos lejos
de estarlo, es dos, dos del dos,
con lo cual quedan al menos 4
para que lo sea aunque sea solo
meteorológicamente, porque dicen
los que supuestamente entienden,
los que dan el parte en los telediarios,
que hasta el veintiuno no entra, del 6,
y por lo tanto cualquier golondrina
que se atreva ?antes? a surcar no
importa qué cielo, está faltando al dicho,
está delinquiendo cualquiera de las lógicas
que aún hoy imperan y por lo tanto, sí,
debería ser detenida por las autoridades
que deciden sobre qué frases, citas, dichos,
deben reunirse en cualquier antología,
florilogio o colección que,cualquiera que
sea la editorial,se edite en este país o en
cualquiera de cualquiera de los mundos
existentes en este universo o en cualquiera
de ellos porque hoy ?está ya probado? no
hay uno solo sino pluris y eso, creo, nos
trastorna los planes no a mí solo sino
a cualquiera, hasta el punto de no saber
si se deben idear planes dobles, uno para
este mundo y otro, similar, paralelo, para

otro de esos mundos o universos, o planes
mono, o monoplanes, pero en ese caso, sí,
admitiríamos que no existen pluriuniversos
sino solo uno, el que pisamos, el que piso
?porque si empecé en primera persona
del singular no voy a pasar a la del plural
así por las buenas?, y esos otros aunque
no materiales nos toca como si lo fueran
y te das cuenta ?rompiendo todos los, sí,
estereotipos habidos y por haber? de que
los mundos no se definen por el estado
de la fibra que los componen sino por el, sí,
significado que le demos, es decir, que tan
real es algo que se toca como algo que se cree
tocar aunque no se toque, y ?he perdido ya
el hilo de lo que estaba contando? qué quieres
que te diga...
Pues nada, no te digo más nada.

Algo rapidito...

Algo rapidito, tengo
desde este preciso instante
diecisiete minutos para escribir,
desbrozar lo escrito, criticarlo,
publicarlo y abandonarlo, cual
perro que muerto, íntimo, deja
de latir tras un rosario de avisos
?avisos a los que por la cegazón
del amor no das razón?, y cuando
certificas que ya no palpita, no abre
los ojos para dedicarte un aunque
fuese tenue ladrido, un lametazo
contra pronóstico, te sumes lloroso,
aceptas sin atreverte del todo que ya,
al abrir la puerta al caer la tarde
después de una larga jornada laboral,
su alegría saltante y nerviosa, ya no,
ya deja de ser más, y la primera vez
que vives esa ausencia sientes un pinchazo,
tal una aguja de practicante, y el alma
se te astilla, grita bajito para no molestar
a los vecinos, y una lágrima ?ya gestada
en tus lagrimales desde hace tiempo? sale
como salía él cuando, correa en mano,
lo sacabas al parque a explayarse, a defecar
si no se defecó antes en su cubículo, a correr
todo lo que en su cuentaquilómetros cabe,
y vivir ese instante que tú le brindabas
cada día, al atardecer, cuando volvías laboral
de la calle y llegabas a poder sonreír libre,
plácida, sin notas de email que evalúen

la calidad de tu rendir libre, fuera del trabajo,
ociosa, siendo tú en la medida en que alguien
puede serlo en esta camisa de fuerza que llaman
sociedad contemporánea.
Son la una y cinco minutos ?me quedan otros
cinco?.
Pongo una última tontería, un pespunte final
en esta divagatio que tanto es en mí, que tanto
me caracteriza y me forra por dentro.
Si, algo he escrito, hoy toca, es martes.
Corto aquí para que a y diez haya dado ya
imprenta a todo este despropósito.
El jueves sigo...

Posí

Parece que le he cogido
el gusto a esto ?no se engañen,
repito ?digo repito porque ya
hice mención de esto en otra
de mis ocurrencias?, esto poema
no es? de escribir sin pensando
a contrarreloj; es como una liberación
engañosa, un dejarse llevar sin temer
si el helio de este globo me lleva a Marte
o a Miercoles o a Jueves, qué importa...
Me sueno ?no tengan en cuenta
la insolencia? a Cortázar en algún vídeo
que hace ya un tiempo gocé, él recitando
sus propios pasajes, sus cuentos tan llenos
de ingenio y de espontaneidad ?ese es mi
propósito, mi sueño? y a la vez tan desca
bezados, tan sin sentido aparente, tan locos
?como yo sé que soy? y a la vez tan cuerdos,
tal una especie de composición quijotesca
donde el humor más que evidente guarda
en su seno todo un tratado filosófico de una
sesudez que ni los más profesionales de este
género pueden ni pudieron pergeñar.
Eso parece, y me está resultando al tiempo
placentero ?por aquello de la libertad que
entraña escribir de esta guisa? y edificante
?por aquello de que escribiendo así convoco
incluso a aquellas musas que remisas suelen
esconderse tras los pliegues del pericardio
y se hacen las sordas a mis convocatorias?,
y si sigue la cosa por este derrotero continuaré

en este ejercicio ?aspiro a que alguien, alguno,
de mis pacientes lectores me diga algo, un faro
que en la oscuridad de este arte de componer
pueda servirme de luz a puerto?.
Posí ?como dice mi paisanaje?, y pongo ya,
en un breve muy breve, un punto y final gordo,
orondo, para que, aunque tenga la gana, sí,
la llamada de alguna sirena no pueda franquearlo.
Ya me decís.
Y tú, Carlos, si me comentas algo ponme porfi
una posdata porque si no me quedo igual jajja.

Precioso no

Precioso no.
Nunca un año más
trajo tanta renovación,
tanta vida nueva, tanta
primavera a una primavera
que ?aunque no quiera? va
agostándose lentamente, lenta.
No nunca tanto amor contenido,
tanto embalsado cuyos diques,
vencidos de la erosión
que la presión de la pasión conlleva,
no tuvieron otra que dejarse vencer,
que claudicar ante tanta avalancha,
y sí, precioso, y la luz luminosa, fiera
diría, radiante como no radia el astro
rey en ningún otro sitio, y un hotel
cóncavo, abrazando nuestros actos
como una gran madre que te acoge
ante un pesar, o ante la alegría súbita
de un alto acontecimiento; y autobús
arriba, autobús abajo, llevándonos,
trayéndonos a sus brazos, y mi ciudad
?qué decir ya, a estas alturas, de ella?
con una sonrisa permanente, perenne,
imperecedera, recibiendo el halo de amor
que nos circundaba sin saberlo, laurel
alrededor del cuello de quien triunfa, y
una cascada, una sucesión de miradas,
de sonrisas..., en ambas direcciones, iban
creando un microclima, una burbuja

dentro de la que paseábamos por sus calles,
absortos en el encanto que disuelto
en el aire que respirábamos iba trasminán
dose a nuestras sangres, contaminándonos
de una droga no sintetizada antes, natural
como lo era, y es, nuestro amor, y pura, sí,
sin adulteraciones de aquellas tan habituales
en el género lamentable que, en vena, llega
al torrente de los más desgraciados.
Precioso no ?y esto que ahora hago,
este depósito literario que perpetro ahora,
me sirve de aliviadero; y me está gustando,
me está haciendo bien?.

Responder...

Responder te quiero
a uno anterior es sucumbir,
como un rendir de armas
ante un fiero asedio, sí,
como un castillo de naipes
que se demorona con el leve
tocar de una de sus piezas clave,
cualquiera de aquellas que forman
el cimiento de ese amor que nace,
que va empezando a florecer
cual primavera temprana, a destiempo,
como esta dentro de la que escribo,
ahora, de la que es tributaria la luz
que por mi ventana funge de flexo,
cual ese que de estudiante se erigía
sobre mi entonces escritorio, distinto,
diverso al que ahora acoge mis antebrazos
y me da lecho, apoyo, sustento lígnico.
Responder te quiero a un te quiero
previo es ?si así la circunstancia lo dicta?
un sumergirse en una incertidumbre,
y con ella en el miedo que apareja, que hiela
al menos un trozo de un corazón que arde,
y lo deshereda de la ilusión que lo rellena
en ese preciso instante, en el levitar súbito
que ese pensar significa, y te devuelve frío
a una realidad que no quieres pero que manda.
Decir seguidamente un te quiero a otro
es desnudarse ante una intemperie
que se desconcoce, pero de la que se confía

calidez y sosiego sin más asidero que la necesidad
de que todo sea mar en calma, y sin más motor
que el pensar que el amor no puede conducirnos
a nada malo, por definición etimológica.
Seré valiente y diré, responderé, y haré seguir
a mi voz un te quiero de otro anterior, y me abriré
en canal vendiendo mis entrañas a la mejor postora.
Pues eso...

Tremendo

Fue tremendo...
Todos los vecinos salieron
por sus respectivas ventanas
pidiendo auxilio; el volcán, fiero
como un tigre, rugía en el aire
levantando la carrera desesperada
de hasta los cojos y Marcela, serena,
escondida en la cóncava paz que halló
en el hueco de una escalera, esperaba,
sin esperanza, que el volcán se deshao
gara para salir a rescatar lo poco que,
a buen seguro, quedara de sus pertenencias.
La altura de la ceniza alcanzaba ya
de media los diez centímetros y el aire,
de un sulfúrico excesivo, quemaba irremiso
todo el árbol respiratorio que cerca del corazón
se desplegaba en cada uno de los seres humanos,
desgraciados hasta la médula, que morían
asfixiados a los pocos segundos de intentar
un fustrado salvamento, a uña de caballo, como
si el diablo les persiguiera...
Marcela ?no sé si sobrevivió o no, le perdí
el rastro nada más tronó el aire por primera vez?
ojalá pueda contarlo a sus hijos, nietos, bisnietos...
Yo no pude, no tuve la fortuna.
Tremendo, sí, como si un dios desairado abroncara
a toda su grey en plena eucaristía.

Está bueno...

El café está bueno,
me estoy haciendo adicto,
?o quizá ya lo estaba?
mañanero solo ?de tarde
no me llama, lo tengo bien
acostumbrado, cual perro
que se educa bien?, con una
tostada de mantequilla tostada
en un grill ?albertadas? y sobre
la que esa sustancia amarilla
clara, derivada de la leche, reina
con una abundancia no sé si reco
mendable ?de algo hay que morir
¿no??.
El café sigue estando bueno ?como
en la frase de arranque de esto? y me
gusta dejarme llevar sin que el tiempo
pese, como si no pasara, como si el reloj
no se hubiese inventado todavía, como
si ese sol que se ve arriba estuviera pinta
do sobre un lienzo invisible, sol de dos
dimensiones sin posibilidad de traslación
por ningún planeta imaginable o imaginario
?como el mío?, y que mi naturaleza ?sea
la que fuere (me ocurre como a Emily D.)?
trace un cauce y discurra como río caudaloso,
rellenado de una sustancia quizá no acuosa,
una que no sea absorvida jamás por légamo
alguno, una que no se seque por el rigor fiero
de un sol de verano que establezca su ley.

El café estaba bueno ?ya no descansa por dentro
de ese vaso metálico que lleva mi nombre impreso?
y mancha de un color escatológico el blanco
inmaculado de esa taza que, tras publicar esto,
será sometida al rigor del jabón y el agua combinados.
El jueves más ?eso tengo planeado?.

Al cielo

Al cielo con ella
dicen los costaleros,
pétalos de rosas vuelan,
el palio tiembla
ante la emoción
del que va debajo.
Al cielo, y el cielo, difuso,
funge de sábana santa y
los clarines, a la retaguardia,
entonan sones de gloria.
Al cielo con ella y yo,
bajo el peso de tanto brocado,
lloro la devoción de tanto pueblo
en las calles ?y mi madre firme
en la memoria?.
Al cielo, sí, con ella, con Josefa,
que, desde un pequeño ventanuco
que, de seguro, habrá abierto ahora
para la ocasión, estará observando
con pasión, con una lágrima de éter
sobre su escasa mejilla, y hasta, me
atrevo a pensar iluso, verá cómo
me deshago en la entrega desde el roce
violento de las trabajaderas hasta la llaga
que en las plantas de los pies me quema.
Al cielo, sí, y cada año que no falte,
que ningún día santo de cada año no ande
debajo de ella llevándola en volandas
hasta el espacio de edén que ahora puebla
?sí, siempre que las fuerzas me vengan?.

P.D. Lo que me ha durado el café...

Al revolver

Al revolver la esquina,
atrás, en el burladero,
un toro, manso, rizado,
zaíno de pelo, arranca
contra la arena, gira, sí,
la cabeza busca norte
y Juan, retirado, trasteando
la suerte, no se decide, agarra
el embellecedor del borde
de la tabla que lo protege,
y el respeto ?que no el miedo?
le sube por el esternón hasta
el ojo derecho, y este ?que no
el otro? empieza a latir al son
que su corazón con batuta marca.
El toro, confundido, desnortado,
sin dar crédito a la ausencia
que sobre el albero reina, bufa fuerte
y el respetable ?que no respeta
el recogimiento que la escena merece?,
sin ganarse el respeto bufa, abronca
al torero su cobardía, alienta la bravura
del toro para que vaya a comérselo
con patatas y sacarlo de la zozobra
y el diestro ?que no lo era tanto?
se sigue agarrando como lapa a roca
basáltica al embellecedor del burladero
y el toro, que por fin se percata ?vista
corta donde las haya? coge carrerilla
y se dirige como un AVE Madrid-Sevilla

contra el ocre y rojo de las tablas.
Antonio ?¿o era Juan?? corre cual alma
llevando al diablo, salta la valla y callejón
mediante sale de este infierno en que algo,
un no sé qué, lo metió de chico sin aviso
y, saliendo de esta pesadilla, ganar la paz
de un mundo de afuera que lo llama
hacia su mesa de camilla y su caldito.
En el meollo de esa carrera sin cuartel
escucha una especie de campaneo metálico
y despierta ?son las siete de la mañana?.
Al abrir los ojos sintió una felicidad desusada.
A propósito de la peripecia entendió
que su vida no debía seguir los derroteros
de hasta entonces ?no.

Maruja

Esa Maruja, pintora,
casi escultora porque con sus manos,
agarrando por el cabo el pincel (o
por el culo, como decía ella) no pintaba,
moldeaba cada figura, cada personaje
que se le apetecía crear, como de la nada,
como de un sueño despierto, como onírica
que era ?no en vano se adscribió a la ola
en voga del surrealismo? y amiga de genios,
un genio como ella, la Dalí la llamaban siendo,
inequívocamente, el pintor ampurdanés versión
femenina y ?me detengo en la entrevista
que Joaquín Soler Serrano en su mítico programa
"A fondo" le hizo y que tengo pendiente? firme
militante de una feminidad que brotaba entonces
con motivo de unos aires republicanos que, lástima,
fueron neutralizados por la barbarie fascista.
Era morena
y de ojos chistosos,
de una inquietud
de pupilas que hacían
saltar las alarmas.
Era peculiar
y con una vehemencia
en la palabra que hería
la oreja, y el corazón.
Era sin sombrero
cuando el sombrero
era ley y cerrojo.
Era amiga de María

Zambrano, mi amiga,
mi hermana andaluza,
mi filósofa de cabecera,
mi poesía hecha suya.
Esa Maruja, Mayo por
apellido, florida cual indica
ese mes, de vera primavera,
de verdura que resurge verde,
como si en ese instante naciera
ese color y no antes, fiereza
salvaje en el tono y la luz,
paleta amplia y esbelta, esa era,
Maruja, y el Mayo le sobraba
porque ya su nombre anuncia,
contiene la luz que su apellido
predice y pregona, ella, sola,
única y reina de la noche.
Valga este vano homenaje para quien mereció
en vida lo que se le rindió postsepelium.

Una historia

Una historia fue,
una que no quise contar
en un principio pero...
Pasó hoy hace dos años
justos, en la Magdelaine,
en el mismo centro de París,
contento, contigo, sonrisas
de estar lleno de todo, amor
rebosando los poros, los párpados
no sabían de cerrarse de tanto
como no quería que nada, nada,
se escapase a la vista, al tacto,
a los olores que solo el aire de esta
tan magna ciudad contiene disueltos
en su fórmula química, y yo, y tú,
mientras levitábamos cada una
de las calles tocábamos en el bolsillo
si el candado de rigor, ese que compré
en un chino para ese viaje, seguía, y así,
cuando nos diera por acercarnos
al Pont des Arts, engancharlo en uno
de los alambres que al efecto tiene
el ayuntamiento bien dispuestos, limpios,
sin herrumbre, habida cuenta el reclamo
que suponen y los emolumentos que llevan
a las arcas públicas.
Una historia de muchas, de tantas
que todos los años se repiten en la dicha
ciudad del amor, un amor que a trancas
y barrancas fue forjándose como se forjan
las balaustradas, el retorcido hierro gaudi

niano que tanto me fascina y fascinará ?
voy a bajar el volumen de la música de fondo,
me martillea un oído? y que hoy, en la mesa
camilla repleta de invierno, nos ilustra esto,
este momento, este estar juntos tras una dura
jornada de trabajo, viendo nuestra serie.
Una más, con el caramelo que todas,
sin excepción, tuvieron al cocinarse y las menos
conservaron hasta el almíbar ?qué bonitooo?.
Voy un momento al baño y el domingo sigo.

Serengueti

Expedición por el Serengueti,
una, el otro día, a las cuatro
de la tarde, en la Dos de TVE,
después de comerme un cocido
de garbanzos con su pringá, sí,
un surtido completo y repleto
de manjares calóricos de aquí,
desde chico, recordando a ella,
mi madre, trocito de pan, sí,
en la mano derecha, presionando
con fruición chorizo fresco, tocino,
carne de cerdo y morcilla recién
sacada del cuenco de la matanza.
Cebras, ñus, y cabritillas de no sé
qué especie brincaban en el ensueño
que, en un abrir y cerrar de ojos,
acomodado a lo largo de un sofá rojo,
se amalgamaban en una trama
inaprensible, sobre no sé qué juicio
que me estaban haciendo por matar
a no sé quién, y un cocodrilo azul
que, dándole el juez permiso antes,
irrumpe en la sala para testimoniar
en mi contra, observador de los hechos
que se me imputaban, portando algo
así como una corbata a juego extraño
con la rugosidad fiera de un caparazón
ajedrezado que iba tapizando la caudal
cola a fin de que el partimiento de aguas
que su desplazarse por el río ejerce

sea cumplido como las leyes de la física
de partículas establece, cual centella.
De repente un grito de dolor, un ñu
pasto del ansia de siete cocodrilos, da
al traste con la dulzura que el sueño
en ese instante derramaba sobre un cojín
amarillo limón con damasco dorado.
Una expedición en el Serengueti, una
de tantas... a esa misma hora...

La Tremendita

La Tremendita la llamaban, veloz
con el fusil, con las enaguas barre
que barre el suelo artilloso, cuartel
de Lavapiés, Madrid, capital de España,
los gabachos rompiendo la tradición,
más de once siglos de solera asentada
sobre las sentinas de una nación vieja,
rancia, costumbrista como ninguna,
y el ropaje visigodo vistiendo la entraña,
leovigildos y hermenegildos en ristre, no,
portando a sangre hecha plasta la cruz,
arriana primero, católica a pesar después,
y una mujer, con las tetas derramando
el amplio escote roto por el esfuerzo, frío,
manchado de la sangre del compañero
muerto al pie de su cañón, una achicoria
de Juana de Arco cafeinando el coraje, no,
o sí, entre una lluvia de obuses napoleón
mediante y una honra hispánica que juega
a los dados con la Historia, unos gritos, aire
viciado de humo, de polvo de metralla, sí,
y otro compañero que cae sin sentido, solo ella,
única en su género en el marrón que supone
la defensa de una patria defenestrada, la labor
de la casa esperando a que ?según la habladuría
callejera? tenga a bien dejar los jueguecitos
de guerra y haga la faena y comida a los suyos,
y a eso, ella, la Tremendita, tapona los oídos
como tapona de arpillera y paja el trashueco
de su cañón en respuesta a una insolencia extraña.

Veloz, tremenda, madre de cinco hijos y esposa,
y él, su compañero, amoroso como entonces, sí,
no se estilaba, llenando su vacío logístico en casa,
yendo a Mercadona si hacía falta, poniendo coladas,
quitando el polvo de donde molesta y, vivir para ver,
repartiendo platos entre sus cachorros como el más
solícito de los pingüinos, sin pasar factura, sin mirar
por encima del hombro a nadie, con el azúcar tibio
de un amor que se convertía en orgullo y un orgullo
en amor, y ella, valerosa, dando la vida afuera, jornal
para su familia, brava, viendo como los gabachos
iban cayendo como castillo de naipes.

A veces...

A veces...
En la campiña sola,
a veces, la amapola
se yergue sola, roja,
llorosa, extraña, ríe
de ausencia, nadie, verde
su tallo llora, el frío
se disemina, niebla, reina
el cardo, se adueña, tierra,
y se sabe mayoría, sola,
roja, ausente, y el cardo
morado, punzante, ácido,
rugoso, espina en la piel,
vulgo, mediocre, común,
corriente, moliente, zafio,
hiriente frente a ella, sol,
consuelo, seda, ingenio, brío,
tocada de dios, única, sola.
Los campos que se ven
a la vista de una ventana,
en el agro, están macerados
para el cardo, no para ella,
no nutridos, no trabajados,
no aireados, no arados sino
para el vulgo, para el filisteo,
para el que no se digna a pensar,
para el que no..., para qué...
Miro, en esta sala, un cuadro,
desde el ojo de una ventana,
y se ven de morado los cardos,

a lo lejos, felices de serlo, lerdos,
punzantes, pinchantes, engreídos,
seguros de sí mismos, ignorantes
hasta el tuétano de su zafiedad,
y, mientras tanto, la amapola, esa
que casi ni se vislumbra desde aquí,
patito feo, se ignora magnánima,
se siente fea siendo hermosa, sola
cuando es una soledad aniquilante,
de esas que desola el alma en base
a su concepto, a su sola filosofía,
sin reparar en que lo que cuenta, sí,
lo que trasciende es lo que se posa
sobre el suelo, lo real, no el concepto,
pero la amapola, sola, minoría, no
se apercibe ?salvo que se lo digan?
de esa grandeza primigenia, savia
que le cursa las venas sin saberlo.
A veces...

Ya no

Una escultura
y algo más,
una suerte de ser,
de aparecer entre
una tiniebla, y luego,
en la sustancia
de la noche, renacer,
cubrir el gag existente
entre el cielo y el suelo,
la humedad que se hiela,
la sequedad ambiente,
y el rocío que no cesa reza
una salve marinera.
Algo más, un adolescente
adoleciendo de un dolor ciego,
que puebla la queja, circunloquio
que no sirve a la postre para explicar
lo que a fin de cuentas se explica solo,
sin consumir ese excedente de vida
que solo la vida sabe valorar, tasar,
y de cuya energía no se dispone
en un principio ?o eso me dijeron?.
Una delimitación del espacio,
una escultura, una propuesta
sobre algo de lo que no se tiene
noticia aún, un escaparate donde
exponer lo que no acaba de exhibirse,
un no decir nada, una almedra amarga
en la poética de un Mario Obrero,
tal que yo, esta vez, cuando mi edad,

a diferencia de la suya, no tiene espacio
en su numerología para epatar a nadie,
a una audiencia que se reúne en orden
a maravillarse del hilvanar logógico
de un adolescente de veinte años muy leído,
muy practicado en el don de la oratoria,
una especie de Cicerón avant la letre;
pero mi edad no es un queso gruyere,
una superficie lunar donde haya cabida
todavía para la sorpresa, no, ya, a esta edad todo
ha sido ya dado, y lo que no, adolece
de una caducidad impenetrable, pétrea,
y mi verborrea carece de mérito...
Me siento débil en sexo y por eso
no necesito, no me sale, como a él,
llamar a todo lo plural en femenino,
no me apetece reinvindicarme, que soy,
que existo, no lo necesito ni lo deseo,
y mi superficie ciliar es uniforme, lisa,
sin cráteres mantecosos que atraigan
la lengua, el mordisco, la aceituna.
No tengo hendiduras, ya no.

Si he de morirme...

Si se ha de morir
que se muera ignorante
(no saber que se ha muerto),
no llegar a concebir
que uno acaba de dejar
el camino que iba trazando,
derramarse tras un aneurisma
importuno, que no se le cita
y que te lleva como si vuelas
por el efecto levitante de un aire
repentino, una corriente ascenden
te, un alisio que no se cuenta
en el espacio que al tiempo
se le concede en el próximo parte
informativo de una televisión pública.
Si se ha de morir que no
me dé cuenta, que sea un punto
y final sin prórroga, sin lugar
para que reflexione y caiga
en la cuenta de que mé muerto,
que, una vez realizado el viaje
que las almas deben rendir, tranquilo,
caiga en la cuenta atrás de que ya,
ni por asomo, podré salir a correr,
a comer, al trabajo, al...
Si se ha de morir que sea
como he vivido, con la misma paz,
con la harmonía que a un perro,
atropellado, por dentro, su naturaleza,
le va recorriendo hasta producirse

el desenlace que debe producirse, sin más,
como la luna y el sol se suceden
sin hablarse, bajo el mandato de un reloj
que no está colgando sobre ninguna pared
pero que ?precisamente por eso? imprime
el rigor del tiempo con más dureza, sí,
sin que dentro se note.
Así me gustaría.

Me gusta

Me gusta tu perfume,
Georgina, de siempre
me gusta, me gustó,
me ha gustado, aroma
tibio, tu piel de punta,
el erizo de tu vellaje tenso,
como excitado por algo
?quizá por el roce de un dedo,
¿el mío? (puede ser)?.
Tu perfume, belladona seria,
constante, y sin darme cuenta
entra poros abajo, a destajo
hasta que los sentidos pierdo,
recuerdo, la vista me fue nube,
en tu cama, dentro de un motel
barato, camino de Wisconsin, ya
los lazos que nos ataban rotos,
como una despedida, tierna, luz
en los ojos, amor en huida, niebla
al través de la ventana, grisácea
la oportunidad de querermos,
por última vez, última cena, velas,
manteles negros, servilletas a juego.
Me gustaba porque ya, ahora, casi
no acierto a visionarte, a asociar
a tu perdida estampa ese pachulí azul,
de saldo, barato, vendido por garrafas,
y que a mí, ese día, esa carretera, ese
motel, ese Wisconsin, me pareció
ambrosía, néctar del caro, de los de bote
de vidrio veneciano, de caja labrada...

Sin ti

Sin ti no sé
si soy, si acabo de ser,
si mis ojos
ven correcto, si lo que ven
es o si es una ilusión,
un deseo, un quizá
traicionero y dañino,
el reflejo de un vacío lleno
de ausencia, de necesidad,
y sin ti, eso que veo lo guardo
difuso, provisional, a la espera
de tus ojos,
de la sentencia que ellos
pronuncien cual si fuera
un universo juez, inequívoco,
certero, consagre o destierre
la visión que ven mis ojos.
Sin ti,
a mi lado, la realidad
deviene un croquis roto,
desdibujado, un planteamiento
que no acaba de plantearse,
un trozo de plastilina duro,
informe, a la espera desesperada
de unas manos, las tuyas, dando
una forma definitiva, ordenando
a una arcilla plástica y maleable
que se pronuncie, concretando
una cosmovisión que se insinúa
por sí misma, no siendo suficiente

la vista de mis ojos.
Sin ti no sé si lo que veo es,
aún sabiendo de la sensatez
de mis ojos, de lo fiables que son,
han sido y vienen siendo,
porque ninguna sensatez, sea corta,
sea larga, no es imbatible, tal un rey
no es eterno, y cuatro ojos, o seis,
por muy miopes, ven más que dos
sea cual fuere su sabiduría porque,
por error de sistema, fallo repentino
o cortocircuito, el cableado eléctrico
que sustenta esa sensatez puede caer
como caen las torres más altas.
Pues sin ti no sé, y la distancia
entre la locura y la sensatez
es tan fina, que la sustancia
más pura y cristalina, de repente,
por azar del destino, puede decaer
en la ponzoña más pegajosa, ruín
y corrosiva que la química debajo
la una como de la otra,
haga pasar la segunda a la primera
en un abrir y cerrar de ojos.
Sin ti no se si soy, y mi saber,
vasto, es papel mojado sin tus ojos.

Jaime

Jaime estaba postrado
en la cama, sin ganas de nada,
pensando en cómo Silvia pudo,
cómo, queriéndole como le quería,
pudo liarse con otro, con ese,
de cuya mala reputación hablaban
los mentideros del pueblo,
un bala perdida cuyo mérito
fue dejar preñada a Elsa,
una vecina ya casada entonces,
ya cansada del marido y del roce
que esa vida dejaba en su entraña,
ya víctima de un desamor sordo,
sibilino, que se iba instalando día
tras día en un vacío que ella misma,
ni de chiripa, no sospechó tan hondo,
y él, diciéndole recio que la quería,
que le excitaba, le llenó de humo
barato e inexistente ese hueco, sí,
y ella ?como con saña?, sabiendo
la calaña del susodicho, sospechando
que más allá de un polvo o dos no había
horizonte posible con él, le desdeñó,
ninguneó recio, colocándolo en su lugar,
en su trozo de corazón solo reservado
para él?según sus palabras?.
¿Se le fue la olla o fue todo calculado?
Le costaba creer lo segundo al hablar conmigo,
en el bar de Ignacio, a la hora del café,
las pastas, el poquito de azúcar como a él

le gustaba, lo suficientemente caliente como para
chamuscar la punta de la lengua, sí, y relajado,
llorando cual Magdalena, Jaime Osteolaza
?así lo llamaba en el colegio, a mi lado? decía
lamentando, tengo la culpa, la he descuidado,
por las noches, en la cama, ni un beso de esos
que los amantes de cucharita se dan a mansalva,
ni un tequiero ni ningún vocablo que equivalga...
Yo, casi con un nudo cerrándome la garganta,
apenás pude poner réplica, armar aunque fuese
un consejo barato, al uso, ya que el corazón,
golpeando las paredes del pecho, producía un eco
que me impedía escuchar cualquier pensamiento,
cualquier tentativa de ofrecerle un lenitivo....

Vicky

Vicky parecía triste.
La mañana no comenzó bien,
el cierre del año, las facturas por doquier,
el contable de baja maternal, la máquina
del café estropeada, el baño atascado...
Ayer recibió una noticia no sé hasta qué punto
buena: su hijo se alistó en el ejército.
Ella sabía de su vocación castrense
desde hace tiempo. De pequeño, en alguna
que otra festividad de Reyes, se le podía ver
disfrutando entre soldados de plásticos y tanques
del mismo basto material disponiendo una batalla,
una de esas que veía por entre sus libros de texto,
a propósito de algún tomo de la enciclopedia
que su padre, de pequeño, como acicate, compró
con el sudor y la sangre de un viajante de aquellos
de antaño, de los que se dejaban la piel en una curva
cualquiera de cualquiera de las malas carreteras
que vertebraban un país en llamas como el suyo,
sin vocación de progreso y sin atisbo de poder ofrecer
a un soñador como él un futuro a su altura.
Vicky parecía triste. Quiero entender que era
porque su hijo del alma, el único que su cuenco
casi estéril le pudo proporcionar después de anhelos
y anhelos, de intentos infructuosos de florecer
para que el jardín de su matrimonio tuviera aunque
fuera una flor, se le iba de su lado, y con él su rastro,
su olor de mañana cuando entraba en su cuarto
a revisar si todo estaba en orden antes de ir por el bus
rutinario a la oficina en la que hoy, por la ley de Murfi,

nada funciona y todo se acumula como el polvo denso
de una casa cerrada durante años...

Es inabarcable...

Es inabarcable lo efímero,
lo que surge y se va, esa foto
de una vez que nos llega,
ese pájaro que pasa y no
se percibe ya que la atención
no estaba atenta, ese penalty
que se nos escapa y repetir
no se puede, ya que en el teatro
del mundo ?ese donde todo pasa
y nada queda? no se puede
rebobinar lo que va sucediendo,
no es dable la función bendita,
tan común hoy, de, gracias a YT,
ver después de ocurrido algún
espacio que antes ha sido videogra
fiado, y manejarlo a nuestro antojo,
para atrás, para delante, pararlo si
vamos al baño, si llama alguien a la puer
ta, escuchar con detenimiento, no per
der detalle...
Lo efímero, lo inaprensible, el segundo
que cae del segundero, que, como ho
ja caduca se entrega por apoptosis
a la tierra de la que extrajo su sustancia;
todo eso, y lo que no digo por que sería
prolijo enumerar, es la composición ami
noácida de la vida, de nuestro pudrirnos
sucesivamente con la esperanza de rege
nerarnos de alguna manera para man
tener el parénquima que nos recubre,
que nos aisla de la erosión ambiente,

esa que nos hiela en invierno si es invier
no, o la que nos tuesta si es verano, eso
que se nos escapa de entre los dedos ya
que es inaprensible (como dije más arriba).
Sí, inabarcable...

A medida que

Cuanto más ahondo
la superficie, cuanto más
ahondan mis dedos una tensión
superficial, cuanto mis pies, más,
en la playa, agua fría por dentro,
caliente por fuera, osan el atreverse,
más me doy cuenta de ser hoja seca
al viento, a merced de una tempestad.
Algodón que llora, en el cielo,
y parece que no pesa, que tiene solo
la densidad de una niebla que se toca
cuando cae al suelo, cuando se acerca
a que la acaricie el viandante, y allí arriba,
en lo alto del todo, el sostén ventoso
de una corriente hace que lo que pesa,
como un avión, sea apenas un vilano,
cual yo.
Miro el café ya inexistente a la izquierda,
la cucharilla muerta, la loza de la taza
manchada de una suerte de hollín desca
feinado, y detrás, como jarrón de natu
raleza muerta, se dispone un altavoz blanco,
con interior negro, a la manera de capuchinos
de esos que predicaban por las calles, y detrás,
granulada, una pared blanca, virgen aún, fácil,
sencilla como un cero que se pinta con un canuto.
Todo es un teatro de lo que por dentro corre,
la apariencia es una simple coraza, que protege
o pretende proteger, que, a la manera de cómo
los soldados medievales salvaban las partes nobles,

me protejo de dardos eventuales aunque ya, ahora,
a la sazón de estos momentos, ya mi pecho, entre
nado en el mejor gimnasio, puede con creces soste
ner el peso de cualquier nube, de cualquier avión...
O eso me han dicho.

Yo no lo leería...

He repasado la página de word donde
me apunto cosas ?a veces ?última
mente más de lo que sería recomenda
ble? me da ?a falta de citas de cabe
cera?ya no me da por eso ?al menos
últimamente?, me da por hacer un re
paso de arriba abajo a la susodicha pá
gina para, si me llama la atención al
go que escribí, tomarlo como pie para
?tirando de ese cabo de hilo? tejer
una albertada cumpliendo con este ab
surdo publicar a la semana tres escritos.
Ahora el sol se rebela, está como reinvin
dicándose tras un aguacero como ecua
toriano que ?hace apenas media hora?
ha presionado granizatoriamente contra
la placeta de abajo, donde los perros de
los vecinos corren ?como ya os conté?,
y desde aquí, a salvo de marejadas mojan
tes, le animo a sentar sus reales en un en
torno, el mío, el sevillano, donde el sol, a
hora, parece haber sido desalojado de su
sempiterno trono por la Virgen de la Cueva.
He repasado otra vez la susodicha ?es don
de estoy escribiendo? por si alguna palabra,
anotación, acotación, glosa, aditamento, no
ta, me viene al pelo para añadir a este relle
no sin sentido ni razón (ninguna me viene,
aunque cuando la repasé por primera vez
antes de empezar esto me entró la palabra

Ramón y Usun Yun).

Ya es tarde. Vuelco esto para que lo leáis

?yo no lo leería...

No quiero, no me gusta

No lo quiero hacer rápido,
rápidamente, auque al tiempo,
lo que yo prefiera o deje de
preferir se la trae al pairo, pero,
a despecho de lo que el tiempo
opine, no me gusta hacer cosas
a tontas y a locas, me gusta parar
sus manecillas, que parezca que
se han roto aunque fuese por la
eternidad de un instante, acercarme
con cuidado a la cosa y abarcarla
suavemente, observar con detenimi-
ento el tejerse que constituyó su ser,
untármela en los dedos para testar
su tacto, si es terciopeloso o áspero,
aproximármela a la punta de la lengua
para decidir su gusto, llevar la nariz
hasta sus inmediaciones a ver si, de
repente, algún aroma se me cuela
por entre la pituitaria amarilla, y, ya
saciado de tanto placer, abrazarla lento
con el puño de la mano derecha para,
como si fuese caracola de mar, pegar
su orificio al mío y entender qué me
está diciendo, si es una canción que ansía
compartir conmigo o una confidencia.
Desde el viernes arrastro un recuerdo,
la fascia del pie izquierdo, esa que se me hinchó
allá por mayo del dieciocho, se me ha vuelto
a rebelar pero solo por su borde exterior, y pi

do, u ojalá, mejor dicho, no se me agarre tanto
tiempo como la primera vez, que sea solo eso,
una visita, como esas de la vecina olvidadiza
que, acabando de venir de la compra, resulta
que se le pasó comprar sal (cosa inexplicable),
Bueno, ya mé quedao agusto, lo cuergo y a vé.

Nazaret lo supo

Nazaret lo sabía,
su hermana Antonia
se casaba, se tenía que casar,
no podía ser otro su destino, madre
abnegada para con una prole
desagradecida porque una prole
que no lo sea no sería fetén, sí,
lo sabía, lo supo desde que los vieron
juntos, tomando café o algo así
en la terraza del Sobrarbe, el bar de cerca
de la estación, y se les veía tan monos...
Nazaret estaba como desolada.
Por un lado le ilusionaba la idea de tener,
en un futuro próximo a buen seguro, so
brinos, y el chico, su futuro cuñado, no le
caía del todo mal, parecía buena gente.
Nazaret me lo dijo el otro día, en una con
versación expontánea de esas que no te es
peras y de repente, en medio de un informe,
suena con estridencia la campanita del móvil.
Sí, me transmitio con pelos y señales su tris
teza, el que, de noche, ya, a partir de que se mu
dara, ya, esas picantes conversaciones que jus
to antes de posar la cabezas sobre sus almoha
das levantaban alguna que otra queja aledaña,
hablando de chicos, de amigas, de los deberes
y exámenes que como lunares en un blanco
impoluto manchaban sus vidas de contrariedad,
sí, todo eso sería, en breve, pasto del pasado.
Nazaret lo sabía, sí; pero lo que no pudo olerse

ni por asomo fue que el casarse no fue idea ni
voluntad suya, ni siquiera del supuesto novio,
sino del azar que quiso que un óvulo y un esper
matozoide llegaran a un pacto ?y es verdad que
a cierta altura de ciertos eventos el volumen
de los acontecimientos difícilmente puede ocul
tarse, pasar desapercibido.
Cuando Nazaret se enteró ?no por boca de Anto
nia, lo que le dolió más? era ya tarde, los prepara
tivos y la lista de invitados se tornaron inamovibles.
Sí, me lo dijo por guasa; ella lo supo, y muy bien...

Veneno

Veneno es,
mas veneno entra
por cada poro, saltea
los recovecos de la piel
creando atajos, olor, ese
que tiene vía directa
al corazón, eso que abre
una puerta a una vivencia,
ese que es contraseña, viaje
en el tiempo, y el vello se eriza,
los ojos se pierden en el abismo
que en la pared denfrente
se abre, como un socavón
repentino, como una salida
cual árnica a un apuro, libertad
ofreciendo escape a un desaliento.
Fernando, tu efigie, santo
sin altar, palio que debajo
de tus pies se te brinda, venerado,
enriquecido en el tiempo, hazaña
que el pueblo pondera, tu torre,
alta, Turris que de tapón sirvió
a la preponderancia mora, campa
nario que tras un rampado a burro
de más de sesenta metros se alza
en majestad, avista hacia Bonanza
el serpenteo de tu río para su muerte,
veneno me es tu gracia, tu rapidez
en el habla, tu velocidad en la guitarra,
tu taconeo incesante, tu excelsa alegría

es mi veneno, y tu antídoto, ignoto.
Ayer, en un vislumbre, anoté
en el sentimiento estos versos, tuyos,
surgidos de tus dedos en un arranque,
en un trasluz a un sueño de esos que,
de cuándo en cuándo, tu mente, perversa,
dibuja como si Murillo viviera, ayer, ahora,
en un vislumbre, en una fiebre cuartana,
tras una cena copiosa, risas de por medio,
pescaíto frito y gazpacho, una guitarra
con cejilla y uña de goma, unas palmas
con sonido a hueco, unos capirotes vistos
al fondo de una puerta, un olor profundo,
a tradición, a acre incienso.
Veneno es, mas veneno enamorado,
soneto que no suena mas que al oído
del creyente, risa que disuelta lejos,
al final de un pasillo, recuerda dichas
antiguas, caducadas, de niño tozudo...
Pues eso, que no llueva.

Boiascribí

Voy a escribir, pienso,
y se me vienen al tintero
varias palabras, varios cabos
de donde tirar ?uno es Tània,
la chica catalana que un día
me encontré en un portal?
?voy a por un café con dos
dónuts?, otro es Besteiro,
un chico que, político, estu
dioso de las leyes, se mezcló
socialista con unos iconoclas
tas tertulianos del Café Gijón.
Tánia era guapa, digo era por
que se me dijo, no sé desde qué
fuente, que se enroló en las ju
ventudes socialistas de Barcelo
na y acabó de puta en el Rabal
y, por la sífilis y otros bichitos
de esos que tienen la mala cos
tumbre de mezclarse con la le
che, acabó defenestrada y hacien
do del portal de la sucursal del Ban
co español de crédito de Plaza
Cataluña su piso, un hogar sin fuego,
bajo una intemperie que en invierno,
en una ciudad que aunque condal
es ingrata para el que no tiene, percute
sobre la piel el aguanieve que cae
a la acera, y allí sigue, donde la hallé.
Acabo de hacer otra visual a mi guórold

en la tentativa de que alguna palabra,
de esas que escribo para que no se me ol
viden, se me meta por la rendija que abro
justo antes de escribir, just before,
y, mirando la red donde quedan atrapadas,
veo que buye, que se agita, la palabra "batuta";
la desenredo, le separo con atención, delicadeza,
el dédalo de hilos de nailon de los que esta pre
sa improvisada se vale para aprehender vocablos,
y noto, por el olor, que algo de sangre le ha saltado
de su cutis, y con agua oxigenada le rocío
para desinfectar aunque fuesen tres letras, las tres
primeras ?bat?, y ya restablecida, le pregunto
qué servicio me puede prestar en la elaboración
de esto que estoy escribiendo, ella, supertímida
a pesar del calado de su semántica, me dice que no
sabe, que pasaba por aquí con unas amigas
y que de repente se vio abducida por una especie
de red de pescador que, cual si fuese una sardina,
le asaltó sobre su cabeza, y sin tiempo de decir
esta boca es mía se vio arrastrada, separada de ellas
y llevada a un espacio ignoto.
Voy a dejar de escribir, a dejar a las yemas que descansen...

Eso parece...

El calor ha descendido,
el invierno, agazapado,
se atreve a volar contra
corriente, y el pájaro acos
tumbrado de mi ventana
me pregunta, y su pluma
se torna escasa al equili
brio que en su cuerpo la
temperatura suele, y me
mira perplejo, como no sa
biendo el motivo de este
descenso repentino, como
arrepintiéndose del viaje
que desde tierras africanas
emprendió, familia en ristre,
para procrear otra vez, al ca
lor del calor que en esta mi
tierra por estas fechas suele
derramarse por las horas...
Descendió ayer, lo noté
como una sorpresa no sor
prendente, o mejor dicho,
no placentera porque me
cogió como en bragas, en
manga corta, tal que en esas
duchas en las que el agua
desaparece del grifo con el ja
bón campando a sus anchas
por un cuerpo aterido, sin defen
sa ante el enemigo, a su merced.
Voy, mientras escribo, a extender

sobre mis hombros una toquilla,
como la llaman aquí, no sea que
acabe resfriado antes del punto
y final.

Hace frío

Hace frío.
Hace, a ese lado
de la cama, la sábana
desierta, la colcha no da
el calor suficiente a tu irte,
a tu dejarme aquí, varado,
ballena sin norte, sin kril a la boca,
y un hambre atroz en la entraña,
y es tarde para no estar durmiendo,
el trabajo de mañana no aceptará
excusas, y hace todavía frío.
Hace, y me levanto a ver
si la sangre, si circula de arriba
abajo, me oxigena el cerebro,
me da la ocasión de entender
como se debe lo que ocurrió,
el qué te llevó a mi estar solo,
ausente de ti, del vello que rozando
mi entrepierna deshelaba témpanos.
Todavía, y mira que me he puesto
de tu lado a ver si, por un casual,
la sábana bajera toma temperatura,
pero no; tu no estar deja un páramo
demasiado extenso, hasta el punto
de que el viento que corre aprovechando
la anchura arrastra tras de sí recuerdos,
sonrisas por nada, y voy muriendo
conforme a la mente regresan, y la sangre
no llega a todas las células, me temo.
Escucho un ring ring tras la caoba
de la puerta, y no tengo fuerzas para colum

near estas piernas, su musculatura vencida,
las zapatillas que se esconden para no encajar
unos pies que no quieren andar, y voy,
y la curiosidad me puede, y eres tú.
No doy crédito ?de nuevo la vida me juega
al escondite?.
Lloramos juntos...

Octavio

Octavio no sabía
que las flores ?no sabía?
tienen solo una primavera.
El tenía ?le dijeron en casa?
que una flor, como tú, como
yo, tiene una trayectoria, una
o dos oportunidades de crecer,
de ser lo que es y luego caerse,
de aprender de un error y subir
un peldaño tras besar el fondo,
y una sola primavera no basta,
no da abasto a tanta exigencia,
a tanta materia que pide forma,
a tanto proyecto sin fin final.
Octavio no lo sabía y cuando
lo supo sintió un decaerse,
un resquebrajarse uno de sus pilares,
aquel que soporta, del que pende
la necesidad de creer, de confiar
en lo que ven unos ojos, y sin crédito,
sin dar por cierto lo que la vista
le informa, anda por los campos
como cabizbajo, como si el alma,
que es solo soplo, pesara un quintal
y medio y la sangre, roja y ligera
como de costumbre, se tornara plomiza
y áspera; y caía, y volvía a caer
a merced de un peso excesivo, sucio,
del que las piernas desertaron
por falta de convicción y principios.

Octavio no sabía, y por eso,
me comentó, subió un día a un faro,
ese que está camino de Chipiona,
al borde de la carretera general,
del que dicen romano en sus tiempos,
y allí, subido, tras dar cuenta
de un dédalo de escaleras, se asoma,
se pierde entre el oleaje y el silencio
y regresa a una infancia donde era
feliz, donde era nadie, por hacer,
informe, pendiente, sin el peso
de ser individuo, perfilado, definido,
forme, con un cliché que cumplir.
Ya baja. Aquí le espero por si le sale
contarme qué vio esta vez.

Teresa

De Ávila
ni el polvo.

Teresa era diferente,
cómo veía, sentía,
ya de chica, ya cuando ju
gaba a la comba, su mirada
fuego, de un azul distinto,
más profundo, de un cielo
más celeste, más intenso,
disuelto en una témpera
más densa, más palpable.
Teresa creía en un dios
diferente al que se pintaba
en los libros, más humano,
vivo, más ese que anduvo
en el desierto cuarenta días
y cuarenta noches, en pos
de almas nuevas, no maleadas
aún por la erosión que al andar
queda en las zapatillas; y ella,
ilusa, tenía que creer era fe,
honesta entrega, y al comprobar
que no, cayó del caballo cual un
San Pablo equivocado, y, en evi
tando males mayores, migró
de su Ávila natal incomprendida,
iluminada, en orden a plasmar
lo que se le dibujó en su corazón;
y rezar y escribir un unísono
de convento en convento, joven

y entregada a un Jesucristo
que no acababa de estar con ella.
y el amor como gasolina
de un seiscientos yendo de concierto
en concierto por carreteras
imposibles, bandera protofeminista
cuando la monacalidad para la mujer
era sinónimo de libertad, intelecto
y corazón fluyendo a sus anchas,
moradas y autobiografías delineando
una mística apenas naciente,
atribuidas por algunos ?malas lenguas?
a alguna hierba
de un huerto regado con agua
bendita; ejemplo de rebeldía
cuando la rebeldía era moneda
de patíbulo, y paradigma de pure
za cuando el dogma era calma,
era seguridad y vivir, y su coraje
corazón bravo, ciego, insensato.
Así fue Teresa, así apuntaba
cuando la comba a la tarde,
tras la escuela, era su tarea.

Me llegaba

Me llega.
Me acaba de llegar
un olor, un perfume
muy tuyo, como pro
cedente de tu manantial,
como si en su química
más íntima guardara
una fórmula, una coca
cola oculta, y que toma
cuerpo solo cuando se vo
latiliza en el aire. Y me
recuerda tu cara, tus gestos
de máxima displicencia
si alguien ?que no yo?
te corta el grifo de libertad
que siempre tienes abierto.
Me invade ya. No sé si es
que el agujero de donde viene
está abierto en canal o es que
la tapadera que ese tipo de
agujero suele tener se ha roto
por alguno de sus extremos.
No lo sé.
Me llega directo al lóbulo olfativo,
me lo invade como las hordas
sarracenas de Al-Tarik ?me lo
invento? lo hicieron en solo tres
años sobre la geografía que me
caracteriza ?la de la piel de toro?
y ese repletar de tu esencia me
encanta, me hace trasladarme

a un país ignoto y bellísimo
a un tiempo, y juego de nuevo
a las alfileres imaginando ser
futbolista, y corro en pos de un
balón de fútbol sin atraparlo
nunca, quedándome en el sueño
de ser un Pelé o un Maradona...
Otro día sigo.
Perdónenme
que no me levante.

Kilo a kilo

Cincuenta kilos,
tu pecho dos, tus
nalgas uno, tus
piernas siete, tus
pensamientos treinta,
tu deseo veintisiete,
la gana arrancando
valladares quince, tus
intenciones ayer diez,
la vecina a la que reñiste
por meterse conmigo seis
kilos menos, tu madre,
la pobre, soportando
tus salidas de pata de banco
once, y tu padre, que se tuvo
que ir de casa porque la pena
de verte deshauciada le corroía
la entraña diecinueve.
Cincuenta solo, ni uno más
ni uno menos, y qué dice ella,
tu mejor amiga, esa a la que le
acabas contando cada polvo
que esparcimos en tela blanca,
cada lunar de un cuerpo como
el mío, tan volcado sobre ti.
Cincuenta kilos te resisto, ni
uno más, cuando las piernas,
hechas a aguantar las andadas
más largas que imaginarse pue
das, me piden tiempo muerto
cuando te sientas encima a que

te entre triunfal por tu puerta.
Cincuenta te cuento, ni uno más
ni uno menos, y tú, ¿Cuántos me
eres capaz de tragar si te habito?

Dónde

Dónde siento,
dónde se localiza
lo que siento, tú,
al otro lado de eso,
avasallas el centro,
donde nace la herida,
el daño que propiciaste
aquel día, un dardo rojo,
cerbatana en mi pecho,
aquel beso, aquel chico,
aquel chasquido, aquel,
y un hilo de sangre,
erosionando la comisura,
rasura sulfúrico el labio
frío que no besaste.
Dónde siento, dónde,
en qué parte del engaño
que perpetras el puñal
se aloja, se hace fuerte,
y me lo arranco, rojo
lo estampo contra el suelo,
lo absuelvo, lo detengo,
lo detesto según los casos,
lo reparo si el ventrículo
izquierdo ?quizá el derecho?
peta y desvasa, y yo, allí,
en el banquillo de tu desaire,
rezo que nunca se repita,
que la alegría de tus senos
vuelva grupas hacia mí,
y mis manos hagan garra

hasta desangrar el pezón,
y tu dolor y mi dolo uno,
y tu quejido y mi quejido
un ejido de luz azul,
y un led incansable nos arda
desde dentro, manifestando
que todavía la leña calienta,
que hay aún un foco activo
desde donde agua y manantial
se confunden y rebosan.
Dónde siento, si siento,
si ahora, el llanto húmedo
bajando la mejilla, siento
algo porque para mí
que la anestesia defensiva
que genera un corazón harto
me indiferencia, congela,
refrigera hasta la criogénesis
cada una de las células
implicadas en esto, en esta
suerte de torrente emotivo
que me está destrozando.
Dónde encuentro eso
que me arrasa.

Hay quienes...

Hay quienes dicen
que el olvido es una hiena,
una alimaña infame
que te persigue hasta
que los pulmones colapsan,
hasta que tus piernas,
presas de la incombustión,
se desmoronan como
un castillo de naipes
?pero no me atrevo
a dar crédito a habladurías?.
Hay quienes pronuncian
sermones hasta embadurnar
los oídos de barro, de cieno
difícil de desprender, leña
que tras arder deja un filete
de grisáceo recuerdo en el ojo,
y son sermones cual garrapatas
que se adhieren al cuero cabelludo
de un perro hasta sangrarle
las venas, y dejarlas inviables,
tal que el perro ?aún alimentado
previamente? acaba entregándose
a una muerte dulce e inagónica,
una muerte preferible a esta vida
llena de vallas y alambres, y él,
aún saciado de nutrientes, acaba
prefiriendo el deshaucio, desposeído
de lo más elemental, de su sangre,
de aquello que sin ello se le está negado
el existir, el ladrar, el correr tras

una pelota roja, amarilla, verde...
Hay quienes se arriesgan
a afirmar que la vida es eso,
remar contra corriente, sortear
los riscos que ocultos por el gris
y verde de un agua acechan
detrás de la confianza, y saltan
por la presa cuando la presa
más relajada está, más disfrutando
de un fluir escaso y lejano, ocasional,
precioso y preciado, y que acaba...
Hay quienes dicen
que el olvido es una hiena,
que se acobarda y se echa atrás
cuando el león reclama
su derecho sobre la víctima
que agotada, derrotada, rota,
pide árnica, clemencia.
Sí, los hay...

Inquieto...

Eugeni Karamazov inquieto,
la sentencia de un hilo,
pendiente, se sienta el juez,
observa el auditorio, flor
y nata de la sociedad peters
burguesa, los caballos ama
rrados fuera, de una soga
de entramado intrincado, os
cura, tenebrosa, rumiando la
sensación de fracaso
que, a buen seguro, se paladeará
en las lenguas de los partidarios
de Eugeni, que esperan lo peor
y lo desean, algunos, los más alle
gados, los que creen que un escar
miento le vendrá de perlas para sen
tar la cabeza, para valorar lo que vale
un peine, cada una de sus púas, sus
aristas, y que, eventually, madure,
se dedique a un oficio provechoso, por
que ahora, en las cárceles, dan cursos
de formación para integrar lo ininte
grable, para abrir una puerta no sabría
si a la esperanza o al definitivo descalabro.
Eugeni tenía en un puño el corazón,
apenas podía sentírselo, no palpitaba o ca
si, y su amigo Castellanos se mordía
las uñas tanto que el dedo corazón sangre
despedía por entre sus fibras, y su hermana,
Georgeva, con las lágrimas ya mares, corro

yendo el surco por el que descendía mejilla
abajo, no paraba de mandar guasas y guasas
a sus hermanos mayores y a los padres, y el
grupo familiar echando humo de audios, ví
deos, notas de vídeos, enlaces de tiktok, etc...
Incluso, ella, aprovechando la tensión, quiso
hacerse un selfie con el juez justo antes
de que se pronunciara para ponerlo como esta
do, y el juez, solícito, se avino a esperar y a po
ner morritos para que la foto quedara más chic.
Ya se levanta con el mazo en la mano izquierda,
parece que va a romper el silencio.

Adelfa rosa

Adelfa rosa,
tal como Rilke
la dijera, la contara,
la perfilara en su ima
ginario delirante,
en su vivir infantil,
dependiente, ideal,
existencialista.
Adelfa rosa, silenciosa,
que las mata callando,
una mosca tras otra,
atraídas por su irresistible
aroma a aguardiente
con una pincelada osada
de cicuta, que engancha,
que emborracha, que engaña
la consciencia, la secuestra,
la arrebata; y el burro inocente
que se la beneficia perece
en la gloria de un placer infinito.
Desde no sé la fecha, no la recuerdo,
tengo la costumbre de olerte
al pasar a tu lado, hasta el punto
de que algunas, residentes al borde
de algunos de mis caminos, me saludan
y me desean buenas tardes
o noches ?porque no suelo caminar
de día?, y el aire que las circunda
se llena de un sabor acre y dulce al tiempo,
y crean en el paladar una confusión

empalagosa y excitante, adictiva.
Adelfa rosa de Sevilla Este ?de esa
me acuerdo ahora?, tú que me esperas
?lo sé, y lo siento? como el agua
que de un tiempo a esta parte te falta,
ese agua que nutre tu vacío calórico,
ese que no reside en tu savia, que no sale
a flote desde la cavernosidad de tu raíz,
no, sino desde la atención, el afecto, la emo
ción del que acerca, como yo, su nariz
a aspirar hacia sí una pizca de tu esencia.
Adelfa rosa, y tu saber estar
me empuja los dedos a escribir esto,
sin ningún valor ni trascendencia
que pueda tenerse en cuenta...
Sola tú y tu circunstancia.
Adelfa rosa ?no la blanca ni la roja?.

Escarlata...

Sensual aparición disuelta
en la fiebre de una noche
blanca, lactosa, dulce, irreal
y existente al mismo tiempo.
Carnosidad sinuosa, labios
cual madroños en su tiempo,
y su jugo que brote, salga,
derrame su cauce, y yo,
por dentro, verterme desleído
en una salsa blanquecina y cálida.
Curvosidad de multa, precipicio
que se cierne allende el arcén
de sus agrestes carreteras, azul
asesino de una mirada que lacera,
mandíbula platónica en su perfecta
simetría y trazo; pero sobre todo
y por encima de todo su savia, sí,
el alcohol en que esta se cocina es
lo que me emborracha, me agarrota
como ratón a merced sin queso,
y la sangre me corre enhiesta,
y me riega hasta el tuétano alma
y huerto, melocotón caramelo,
almeja en su punto de mar exacto,
y sueño qué delicioso sería su ingesta,
banquete de dioses que nada más
tengo la opción de soñar, de chorrear.
Sensual aparición pero que vivo
como si se me tendiera al lado
en una noche de vino y rosas, y

con el poder que me otorga
mi vigorosa imaginación imagino
frenesíes que ni la Literatura
hasta este instante ha sabido
ni sabrá dibujar, delinear, encarnar.
Flor escarlata, rebelde, libre, exagerada...

Manuel

Manuel no lo sabía
?no es la primera vez
que parto con esta frase,
¿o era una parecida??.
Manuel no sabía
que la hiedra, tras trepar
el empinado mampuesto
de un muro, se muere
al llegar a su filo posterior,
cual náufrago que tras superar
el rosario de obstáculos del mar
toca la orilla para morirse.
Manuel era un hombre bueno
?algo cándido, diría?, y por ende
confiado en que el que se le posa
enfrente, la otredad, disfruta
de esa misma bondad y por ende
de su mismo interés por mezclarse
con el otro en el corto espacio
de tiempo que ofrece un encuentro,
una coincidencia, un ?cual si fuera
un Halley que cada setenta y seis años
nos visita? azar del destino, y no, no
toda la otredad goza de lo que él goza
?aunque dice que sufre en silencio?,
pero estoy seguro de que en esos momen
tos de autorreunión, de mirarse hacia den
tro, en ese espejo que todos tenemos
pero que muy pocos se atreven a mirar,
elasticará una sonrisa de satisfación,
de esas que son bocadillo de esos de choco

late a media tarde y un batido, y mirará
al cielo sintiéndose cumplido en su deber.
Manuel murió, ayer, de repente, dicen
que fue un escape cerebral, alguna venilla
ya débil de tanto tránsito claudicó de sangre
mientras dormía, en el mejor momento
de morir, cuando se está muerto y se respira...
Su madre es un ecce homo de desolación,
y su novia, atónita, preguntándole a Dios
el por qué tan pronto ?solo llevaban dos
meses y estaba empezando a enamorarse
de él, de su bondad sin límites, de su dar?...

Confieso que estoy viviendo...

Tú justificas mi existencia:
si no te conozco, no he vivido;
si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.

?Luis Cernuda. Si el hombre pudiera decir lo que ama.

La justificas, sí, tres veces,
como las que Pedro negó; una
por el perfume que exhalas,
el de tu cuerpo igual que al nacer,
ese olor a vida y a crema tostada
que el cuerpo de un bebé ofrece
tras el viacrucis del parto, el primero
de un largo rosario, a buen seguro.
Si muero sin conocerte para qué,
qué razón tiene una existencia
tan larga, tan de idas y venidas
que no llevan a ninguna parte,
cuya recompensa, al decir de los sabios,
es el instante en el que el tiempo
se detiene, justo cuando el reloj
de pulsera que tanto consultas se viene abajo,
claudica de sus vueltas y revueltas
y el cristal que protege las manecillas
se hace mantequilla líquida y chorreante.
Si no te conozco no he vivido ? o lo que
es lo mismo: "nací el día en que mis ojos
contornearon eléctricos tu aparecer rosáceo,
fulgurante, como unas potencias ventaneras",
y todo lo anterior, todo mi histórico papel
mojado devino, de repente, como esos apuntes

que tras la carrera lanzas al patio celebrando
el título y como gesto de liberación.
"Porque no he vivido". No estoy en consonancia
con lo que significa decir esto porque denota
una dependencia emocional de la que trato
de cuidarme en la medida en que la vida, mi diosa,
me permite, mas entiendo que se llegue a ese punto
porque el amor se convierte en cuanto alcanza
carta de naturaleza en drogadicción ?y algo así
creo que me pasa, lo confieso?.
Si muero sin conocerte no muero: Con este aserto
sí estoy de acuerdo y me adhiero como hierro
a imán porque, clara y notoriamente, lanza al aire
una segunda oportunidad de vida que se me antoja
deliciosa e irrechazable al tiempo.
Ya no comento más. Os dejo en paz.

Me acuden...

Me acuden los recuerdos,
el ruido es ensordecedor,
pongo la música más baja,
de fondo, por si retomo
el equilibrio, que no me caiga
a cualquier husillo que surja
en la acera, y pienso, o creo
pensar sin llegar a entender.
Me acuden ciertos recuerdos,
?solo ciertos? y construyo
con su argamasa un chiringuito,
la playa al fondo, quieta, caliente,
las sombrillas cual antenas antiguas
sobre los techos de pisos de tres
plantas, de PROTECCIÓN oficial,
donde en uno de ellos viví
mis primeros ocho años
?los más decisivos?,
los que esculpieron el recipiente
donde después se depositaron
los aprendizajes, los recuerdos,
cual argamasa...
Me acude ya solo alguno que otro,
como si saliera sin verse
de la mente un flujo ectoplásmico,
inapreciable siempre, que tuviera
final, fecha de caducidad,
tal que ya, ahora, las últimas gotas,
dificultosas, se forman saliendo
de la tubería de un grifo desierto

tras un corte de suministro, agua
que antes circulaba y se torna
preciosa, carísima, ansiada;
y se valora isofacto, en ese ya
o instante, solo, todo lo que supone
su existencia, su no poder ser falta,
desértica, seca, invisible, inexistente.
¿Para qué necesito albergar recuerdos?
Buena pregunta para alguien sin
respuestas porque no sabe, porque
no ha nacido para saber sino solo
para preguntar, solo, ya que el saber
es solo patrimonio de dioses y yo,
minúscula mota de polvo, me doy
con un canto en los dientes por solo
volar, no perecer ante el erosionante
empuje de un viento anunciando lluvia,
y yo, de una arquitectura tan deleznable
como efímera, no me siento sobrevivir,
no me tengo en poseer la corpulencia,
la invulnerabilidad necesaria, no.
Me acuden los recuerdos...
pero no tengo ya dónde alojarlos.

Su lechosidad...

Su lechosidad,
cautiva en un vaso
de esos, de cristal
barato, duralex, y
a los tres lavados
se ralla ya, se empaña.
Lleno, leche, añado un pastelito
poniéndole una nota de color,
por la tarde, alguna canción se filtra
por entre los visillos,
la televisión induce al sueño,
y su escote, mientras, se precipita
lujuria abajo, y empiezo a ver, mejor
intuir, una cuadrilla de genes
esculpiendo un contorno de ser
físico, unas facciones, lechosas,
de un blanco casi nuclear, pureza
de vikinga raza, horneadas bajo un frío
casi de cero absoluto, una esencia,
una sensualidad no perteneciente
a este mundo, a ninguna raza
sino a un Dios, o un eón, o dos
o vete a saber...
Su lechosidad ?recojo el introito?,
su lactosa sensualidad, algo de café
le vendría de perlas blancas...
y mientras, en un alarde
de erudición, de un imaginar febril,
la dibujo entre mis sábanas,
calientes pero sin quemar, fundiéndome

semen abajo entre sus porqués,
sus cuándos y sus cómos, y pereciendo
como el que muere hasta dormir sintiendo
que el calor se impone al frío precedente,
y morir contento, como agradecido
a un punto y final del que me arrepentiré
en breve...

Sine qua non

Con solo aceptar
es suficiente.
Ningún entorno
es perfecto, y ni siquiera
tú, o yo, y entonces,
exigir que a tu alrededor
cada pieza encaje sin fisuras
en la de al lado es excesivo,
injusto, y si así fuera
tu ojo, el mío, no estaría ready
para registrar lo perfecto, sino,
más bien, las taras, aquello
que nos advierte de un peligro,
de alguna mota de polvo posada
indebidamente en el raso contorno
de una mesa caoba, sobrelacada,
sobre la que cualquier mínima
disonancia se torna sospechosa,
cual un lunar sobre la blancura
de una piel, blanco de las miradas.
Enzo Fernández no supo
intermediar válidamente
entre su corazón y su mente,
y las interferencias y malentendidos
eran de una tempestuosidad
ya de límites insostenibles,
de manera que él, sin sospecharlo,
sin desearlo ni por asomo, solo hacía
que verter gasolina en el tanto fuego
que ya de tiempo campeaba dueño
en su alma, y su novia de entonces,

Marieta, no veía el día de irse siempre
de su lado, como quien se retira
de una batalla que no merece las balas,
con bandera blanca, con cuidado
de no despertarlo, y él, Enzo, negándose
a aceptar cualquier armisticio.
Condición sine qua non,
una raya constante, horizontal,
blanca tiza a lo largo de una línea
de salida ?donde todo renace?.
Una pieza, un puzzle, un cuadro...

En su atención

En atención a Góngora
y su magia, ella, Nazaret,
en clase, primaria, rudimentos,
fragmentos impepinables
sea cual fuere la educación
primaria de la que se trate.
Primera hora del planin, Martes,
nueve de la mañana, resuena
en la celosía palabras nacidas
del estro del insigne cordobés,
paridor de términos ?como a mí,
sin su feliz suceso, me tira?, y ella,
adánica en estos pinitos tal que
en otros muchos a su edad, se deshace,
se derrite de gusto por dentro, siente
como agua que cruza la piel cada voz,
vocablo, manera de combinar uno
y otro hasta sintetizar una suerte
de abracadabra inesperable.
Martes, primera hora, colegio público
rodeado por fuera de sus muros
de un agreste paisaje, y un verano
que nace y anuncia juegos en libertad,
y seguía leyendo, y se engolfó de tal guisa
en la historia que salía del libro de texto
que hasta se imaginaba ser Olivia, igual
que ella estudiante de primaria, junto a
unas compañeras de pupitre, niñas en flor
que, aprovechando la pasada primavera,
han tenido a bien abrir sus pétalos al polen
ambiente, y cuenta como sus pechos albos,

núbiles, pubescentes, apuntándose túrgidos,
despiertan la vida seminal de alrededor...
En atención a Góngora, y tras él Garcilaso,
Ruiz Zorrilla y tantos otros; la profesora
detiene la tenaz lectura de ella, casi tiene
que levantarse a su pupitre por que Nazaret,
tan ensimismada como ausente, seguía, seguía,
abstracta de un mundo que poco o nada
le importaba salvo si sentía hambre...
Todo esto solo por él, uno de mis referentes
inevitables, cordobés ?o más bien debería
decir cordubés? e indeleble a más no poder.

Si miro

Si miro al azar
tiendo a ver lo mismo,
una muesca en el tambor
de un revólver, una huella
a destiempo, que viene mal,
un algo que se me fijó
como mota de polvo volante
a un chambergo, un resfriado
mal curado, una lengua
que no llega a gustar, a dar
el placer que merece el resto
de un cuerpo de quien forma
parte y del que reniega.
Si miro al azar, y más
si es asomado a la ventana,
me arriesgo a que se me cruce
un vecino que grite, un perro
que ladre por ladrar, y celebro
que así suceda, que la vida sea
lo que debe ser, una obra de teatro
no escrita todavía aunque el plan
escenográfico exista como de antemano.
E incluso oso afirmar que si
huelo al azar, perro husmeando
una presa, olfateando por olfatear,
me pasa lo mismo, como si vida
y juego de cartas fueran las dos
monedas de una misma cara
y ambas, por hermanamiento,
hilvanaran en lo oscuro una trama,
un suceso cualquiera que al suceder

te acaba pareciendo único, como obra
y gracia de un dios que juega a los dados.
Miro al azar, por mirar...

...Comunicantes

Vasos comunicantes,
como pequeños cuencos
que se caen simpáticos
y unen sus químicas,
Dos sangres mediante
un pacto de sangre
si hubiera sangre ?solo
les corre un vídrio frío,
que fue incandescente
en su gestación primigenia?.
Así lo veo yo, contigo,
tal si dos números distantes,
habitantes de una parcela
distinta en el conjunto
de los números naturales, unidos
por un hilo fino, casi invisible,
pero fuerte tal el grafeno, se apega
sen cual si estuvieran a dos micras
de separación y oliesen sus aromas
tal un jardín de mañana bajo
una gran ventana, amplia, no distante,
que te invite a volar alto.
Vasos comunicantes, tus venas,
las mías, las savias empatadas
como alas de una mariposa,
una de esas que recorren sin pestañear
más de mil kilómetros al día
cumpliendo un mandato que no sabe
si viene de un superior jerárquico
o de una voz inédita, inaudita....

Sí, así lo veo, así lo siento.

No entraba

La pelota no entraba,
no había manera, ni
por activa ni por pasiva,
ni por acoso ni por derribo,
y en esa impotencia
ya firmada y declarada,
decidí olvidarme del fútbol,
imaginar, pensar que hay
otros mundos en los que ser
feliz ?o dichoso mejor, ya que
la palabrita de marras está
tan denostada que...? es dable,
y me retiré, colgué las botas
alto, en los cables de alta tensión
que cruzan las casas de mi barrio
como espadas de Damocles, y resp
iré con menos agobio, el aire
parecía entrar en mis pulmones
como menos cargado de cieno,
de esa cargazón que los tabaqueros
más empedernidos sienten en la gar
ganta, y la vida empezó a mirarme
con más condescendencia y ya, pelo
ta y pie se amigaron de otra manera,
con más amor, con no tanta exigencia,
donde la excelencia obligatoria su efecto
no alcanzara, no agobiara la pituitaria
congestionándome las fosas, restándome
capacidad física para llegar a las inmedia
ciones del área contraria...
La pelota no entraba, y eso, a la postre,

lo concebí como la mejor noticia
que cualquier telediario que se precie
podría pregonar ondas herzianas
mediante; y empezé a disfrutar del asueto,
de la grandeza y anchura de no hacer
nada si no se me terciaba, de la holgadez
que entrañaba vivir a demanda, sin nada
ni nadie que marcase los segundos
de mi reloj, de mi estar en este mundo...
La pelota no entraba...

Un moho ?que no un mojón?.

El moho era el rey,
un moho venido
de otro sitio, de una
especie extraña, escasa,
Virginia no tenía noticia,
ni siquiera un atisbo
de información, y Evaristo,
su director de tesis, exmiembro
de la comitiva darwiniana
que dio con tantos hallazgos
e invenciones a bordo del Beagle,
que dieron con la definición
del concepto humano y su fuente,
tampoco tenía mención previa,
ni siquiera en su plagada biblioteca
de títulos insignes e incunables; y ella,
sin saber qué dirección tomar
en un velero sin puerto a la vista,
se encontraba perdida, y paró máquinas,
detuvo en seco las observaciones
al microscópio y se sentó en el sofá
del despacho de él ?la llamó de urgencia?
y se animaron a cambiar el plan previsto
y engolfarse en la incertidumbre que él
?el moho? no bautizado aún, anunciaba
a bombo y platillo.
Ese trozo de pan de Alcalá, ínfimo,
minúsculo, abandonado a su suerte,
desdeñado sin la menor intención,
por descuido, tras dar buena cuenta

de un bocadillo de chorizo la tarde
anterior ?ella la afortunada, roja
de gusto como el propio derivado cérdico?
sirvió de resort a esta colonia inaudita,
cuyo asociamiento tisular era tan ignoto
que la ciencia, todavía, aún, no estudiado,
remisa a aceptar en su club a miembros
advenedizos, asombrada, no se lanzaba
a dar crédito, y ella ?orgullosa de no limpiar,
de no ser adecuadamente limpia por contra
de cómo se le hubo enseñado en casa?, agradecía
a Dios el defecto, la serendipia, la entropía eterna
a lo que todo lo que posa sobre este mundo
está sometido sin perdón ni excepción algunos.
Este moho ?de cuyo nombre no quiero
acordarme? sigue reinando en Alcalá.

Es más lento, sí.

El tiempo pasa más lento
de lo que lo planificas.
Empieza el día, montas
un plan, una previsión, y él,
dentro de los entresijos de ella,
pasa a una velocidad
de vértigo, y cuando te sientas,
café y tostada mediante, el pc
cual televisor moderno a la carta,
la música que te pones
de fondo para templar gaitas,
todo, amalgamado como gachas
maternas, confabulan una calma,
una lentificación capciosa del tiempo,
de la que te sientes orgulloso
de ser notario, de atestiguar sin firma,
solo con la mirada y los vellos erizados,
y todo lo planeado, lo escueto de listas
frías y racionales, se despliega marítimo,
oceánico, en un no pasar la vida
que te hace reflexionar lo que nunca
antes reflexionaste, y te quedas atónito.
Cuando anticipas, vas andando, pierdes
la noción del tiempo, del tráfico
que discurre rozándote la pantorrilla,
el tiempo pasa a pertenecer de súbito
a la dimensión einsteniana más conocida,
la del espacio-tiempo, donde un reloj,
sea del precio que sea, esté en estanterías
de caoba o de plástico desechable, no tiene
voz ni voto, donde su maquinaria ?precisa,

eso sí, pero de una precisión de andar
por casa? que lo mantiene en vida, que le
permite salvarse de la quema de ser tirado
a la basura, es tan nimia, tan insignificante
como la canica terrestre en un trozo
de universo, y eso me pega a la tierra,
me hace sentirme en el rigor de la realidad,
en el bocadillo de chorizo y el vaso de leche...
Ya está, lo dejo ya, que me estoy
poniendo pesado...

Cardenal

Cardenal.
Por fin, su propósito
desde que entró en el seminario,
Ayacucho, floreciente por entonces,
azucena brotando de las cenizas
de la ambición del gringo, la plata,
el pecunio. el sometimiento, normas
encabezantes de una constitución
política que no llegó a gestarse, y ello
a pesar de los esfuerzos de su partido,
el republicano radical, al que pronto,
casi rozando el bachiller, se alistó
por mor de mejorar el nivel de vida
de su gente, su pueblo, tan depauperado
por el colonialismo del gringo, uno que
no entiende de personas sino de números
y vil metal y al que toda su familia, casi
toda, y la práctica totalidad de la ciudad,
estaba acervizada, sin o con casi nula
probabilidad de oponerse o contrapesar
el abuso lacerante de estas sanguijuelas,
habida cuenta el poder tan empedernido
que ostentaban entonces ?pero se hizo
cardenal...?.
Color rojo escarlata, casi fucsia, el traje
de primicias que lució en el acto inaugural
con el papa presidiendo, y este daba bula
a mano alzada sobre un papel de lino
malva claro, insignia del pescador arriba,
en la cabeza del texto, y, mano temblorosa,

firmaba un consentimiento no emborronado
todavía a pesar del rigor de las manecillas.
Cardenal, y su cátedra, suite nupcial
del palacio episcopal, reluciente, empuñadura
estilo corinto, respaldo robusto de caoba,
guata estampada cual cartones goyescos.
Y allí sigue...
Ayer recibí un guasa expresando su felicidad.
78 años le contemplan, y el papado acecha.

Me gustaría...

Algunas monedas,
tenía alguna, roto
el bolsillo en una sola
costura, una esquina,
hilván caducado,
y la moneda corría
tergal abajo a descansar
del rigor gravitatorio,
cupo al poco en ese hueco,
se escurrió pernera abajo,
y el calcetín, ajustado, no supo
cómo retenerla, y el botín,
también ajustado, no dio
abasto a su circular descenso,
inevitable, hacia la acera,
y hacia la pérdida, el olvido,
y, cuando hube de contar
con ella, con su valor facial,
mis dedos, en pinza, índice
y pulgar conjurados, no dieron
a tocarla, y se crisparon
a la desazón derivada
de una pérdida definitiva,
irrevocable, irreversible,
y las patatas fritas que ya,
creyéndolas conmigo, estaba
degustando en la imaginación,
cayeron como al hueco hondo
de una escalera, de caracol,
tal fuera un caracol cualquiera

símbolo, icono, de un fracaso,
de manera que volvieron
al lugar de donde vinieron
?ipso facto?, y la saliva acumulada tuvo
que viajar sin el barro beige
de la patata ya masticada...
Tres monedas exactamente,
una de veinte, otra de cincuenta
y otra de un euro ?ojalá vayan
a parar a un bolsillo perentorio,
más precisado que el mío?.
Ojaláaaaa.

Labio...

Labio, mantequilla, tostada,
tentación, filo, corte, sangre,
sucesión de Fibonacci, narra
tiva escueta de un desayuno.
Labio superior ?si soy exacto?,
no desperdiciar nada y menos
lo que se come, lo que entra
por la boca ?impreso en mi ade
ene?, tal que, tras la grietecilla
se desató un hilo de sangre
diseminado por el instinto chupa
dor, la saliva expresa su natural
desinfectante y contiene la hemo
rragia, el sabor acre, como a aspi
rina de fiebre cuando infante, conec
ta con recuerdos ya instalados.
Sereno dejo que mis defensas
hagan su trabajo ?tiro de histó
rico? y la grietecilla, casi por en
salmo, va cerrándose, claudicando
ante la fiereza de mis soldados.
Labio, mantequilla, tostada...
y un rastro de sangre queda
sobre el pan mordido, crónica
de una batalla cruenta y feliz,
escrita en cursiva y con letra
capital al inicio de cada frase
en los mejores cronicones, el café
refrendando la astringencia
de la saliva, aportando su particu

lar acidez, su antioxidancia,
su energizante chute de vitalidad,
hasta que, cerrada, se me abre
la veda para volver a chupar
el cuchillo ?esta vez en la memo
ría el último desaguisado? tocando
con el labio el filo no cortante.
Acabo de lavar los platos...

A ver si es verdad...

La misma cosa,
igual rollo, plagiarme
a mí mismo se me está
convirtiendo en una cos
tumbre, y eso verdade
ramente no me gusta.
Escribir me sigue gustan
do pero lo suelo hacer
rápido, en poco tiempo,
como una taza de café
que de emergencia entrara
en mi cuerpo, como satis
faciendo una voz de dentro
que me llamara a beberlo
por el mero hecho del há
bito, no por una necesidad
objetivable y eso, sí, no me
hace demasiada gracia, mas
no soy yo el artífice de una
especie de especie llamada
Ser Humano ?no soy yo,
por suerte jaja?.
No quiero más, a partir
de ahora, que esta letra C
que cabalga sobre esta
línea sea la misma letra C
de siempre, que sea distinta,
con otro fleco en las puntas,
como de otra pasta, de otro
abecedario no inventado
si lo hubiera, y llegar al punto

de componer algo digno,
algo que siga no siendo impor
tante pero que merezca
una publicación, un permane
cer negro sobre blanco dentro
de este blog que para mí existe,
y seguir discurriendo tontadas
de diverso tamaño, según salgan.
Que esta energía que sopla
en mi adentro vaya y venga,
y siga respondiendo a una meteo
rología que ni los propios meteo
rólogos sepan, supieron o sabrán.
No sé si esta vez he conseguido
no caer, no lo sé.

Si quiere...

Prefiero que venga,
dejar un espacio vacío,
uno que me permita pen
sar, saber si lo que vengo
haciendo hace tanto sigue
siendo mío, siguen fruncien
do cada vello hasta erizarlo.
Prefiero sentir la tirazón den
tro, que un resorte de no sé
qué material salte, se erija
y haga bailar mis dedos de nue
vo sobre un teclado que llora
el antiguo roce, abandonado
a su suerte, sin amparo.
Que surja, en toda su escultu
ra, una gana, un algo que ne
gro sobre blanco ?como me da
por decir? dé contorno
a aquello que pienso, o me sale.
Que venga a mí y me pida
que le abrace, que le cuenquee
entre mis brazos y de la opresión
subsiguiente amase un mensaje
cualquiera, aunque sea solo vila
no al viento.
Pues eso, que así sea.

Sedimentos...

Una reacción,
quizá sea eso, una,
cuando mi relación
con la mujer ha sido
de tú a tú, compañe
ra, igual, en la Facul
tad de Económicas,
igual cerebro, igual
línea de salida, iguales
posibilidades de ser
lo que somos, incluso
diría que ellas, más cur
tidas por el patriarca
lismo, son más entregadas
a lo que hacen, más disci
plinadas, más capaces
en definitiva, pienso yo,
pero, a pesar de llevar a gala
ese bagaje moderno, actual,
apreciado y más si se trata
de un hombre en la cincuente
na, por dentro, por entre neuro
nas, por entre la glía y el gris,
me navegan pensamientos anti
guos, machistas, patriarcales,
respecto de los cuales la mujer
es hembra, es paridora y criadora,
es pieza necesaria en la permanen
cia de esta especie, está toda ella
al servicio de su progenie hasta ser
insolente que piense en ser quien

es; y no recuerdo que eso lo recibiera
de un búcaro que en casa, en un rincón,
en verano, anduviera dispuesto
al servicio del sediento, mi padre era
un machista clásico, ni hacía arriba
ni hacia abajo, acorde con sus tiempos,
y mi madre igual, y entiendo que el es
tudio, el moldeamiento de mi mente,
ha obrado este milagro. Me congratulo.
Quiero a la mujer empoderada ?como
se pregona ahora?, no a la sumisa, la
al servicio del macho, la exclusivamente
madre, criadora... La quiero ella misma,
siendo lo anterior si verdaderamente es
lo que desea, y que desarrolle su intelecto,
sus emociones, su fibra, alcanzar eso que
llaman comercialmente felicidad...

Casi mañana

Casi mañana,
casi, ya, te veo
pegada, como en Dadá,
al ritmo de una música
que tal entraba oído
abajo se concretaba
a la altura de tu culo,
tan bonito y propicio
a mi forma genital,
tan encajable en mí
como una pieza púzlica
respecto de la aledaña,
y es así como te siento
?¿cuántas veces mencionado
te lo he??, como que la pieza
que yo represento, que soy,
en ese púzle que tú y yo, día
a día, dibujamos y damos
materia tocable, tiene sentido
si la tuya, la que tú representas,
está a mi lado, porque al estar
uno encajado en el otro se cierra
un círculo, tal que el contorno
que limita el mundo que con ellas
construímos se contornea con líneas
rectas, sin sinuosidades que inviten
el encaje de otras, sin puertas hacia
nadie que habite fuera.
Casi mañana,
casi te veo, te estoy viendo,

tocando tu suavidad espeluznante,
tu calor como que lo siento dentro,
como si tus sensores, tus alarmas,
se transportaran cuánticamente
hasta la dermis de mis piernas,
me erizara el deseo del vello, excitara
el anhelante obelisco que rellena
el desierto de la entrepierna y tal
excálibur de la Guerra de las Galaxias
se encendiera enhiesta y buscara
tu ranura desesperadamente.
Casi nada, y ahora algo menos
que cuando empecé lo que ya,
de repente, puntúo final.

Uno, cientos

Un corazón,
el tuyo, el mío,
cual el pantalón
de un fontanero,
de bolsillos sin fin,
llenos, y cada uno,
de una forma, color
diverso, de latidos
de diversa raigambre,
uno de amistad,
otro del de la progenie,
otro pasión y sexo, y
el resto más pequeños,
para abarrotarlos de amores
de menor calibre,
esos que van en un gesto
amable, una mano tendida,
una sonrisa cuando toca.
Un corazón, mil comparti
mentos, mil maneras
de sentir, un caleidoscopio
de vibraciones, de vivir.

Me cuesta...

Me tenía confundida,
ese porte varonil, excelso,
seguro, me recordaba mu
cho la regla que la seño
de gramática exhibía
a fin de intimidar al que
osase equivocarse, y no solía
sonreir, le costaba hasta el pun
to de venirme a la cabeza eso
que de pequeña oía por la calle,
eso de que un hombre debe ser
impertérrito como un trozo
de mármol envolviendo un fére
tro, que la debilidad bendita
que nos caracteriza como seres
que vivimos no se sienta, que
para ligar, para gustar a las mu
jeres hay que ser enhiesto como
lo fue Odiseo frente a las sirenas
?qué lejos de la realidad estaban?,
y a mí que tanto me excitaba el lloro
de un hombre, el constatar que tanto
macherío es solo una careta para o
cultar un mar de vulnerabilidad.
Me tuvo, y durante mucho tiempo,
hasta que un día, café de por medio,
me confesó su homosexualidad.
Desde entonces no me fío un pelo...